

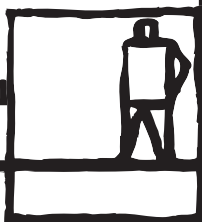
Políticas de la Memoria

Anuario de investigación e información del **CeDInCI** (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina)

N° 10/11/12 | Verano 2011/12



Las «ideas fuera de lugar» revisitadas: Roberto Schwarz, María E. Cevasco / Los archivos de las izquierdas y el movimiento obrero / Intelectuales y constelaciones posnacionales: Siskind, Sapiro, Dujovne, D. García / Fuentes para una historia del feminismo argentino / Encuesta sobre librerías y editoriales en la formación de las generaciones intelectuales argentinas / Ingenieros y Lugones: modernismo y socialismo *fin-de-siècle*: H. Tarcus / Romain Rolland y Stefan Zweig, la conciencia trágica de la Europa de entreguerras: Afrânio García, David James Fisher / Tortti, Piemonte, Viana: los otros rostros del socialismo argentino / Para una historia del libro y las editoriales en Argentina: Sorá, Barbeito, D. García / Reverberaciones de un debate: Sotelo, Petruccelli / Intervenciones: Adamovsky, Bergel, L. I. García, Fernández Vega, L. N. García / Vida del CeDInCI / Reseñas y Fichas / Ilustraciones de Alejandro Galliano



Staff

COLECTIVO EDITOR

Martín Bergel
Vera Carnovale
Laura Fernández Cordero
Adriana Petra
Horacio Tarcus

EDITOR DE RESEÑAS Y FICHAS

Martín Ribadero

COEDITORIA SECCIÓN HISTORIA DEL LIBRO

Ana Clarisa Agüero

CONSEJO ASESOR

Carlos Altamirano (Argentina)
Michael Löwy (Francia)
Bruno Groppo (Francia)
Ricardo Melgar Bao (México)
Sandro Mezzadra (Italia)
Enzo Traverso (Francia)
Olga Ulianova (Chile)

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

Ezequiel Adamovsky
Ana Clarisa Agüero
Luciana Anapios
Ignacio Barbeito
Andrés Bisso
Betina Bracciale
Clara Bressano
Juan Buonomo
Natalia Bustelo
Mariana Canavese
José María Casco
María Elisa Cevalco
Emilio Crenzel
Alejandro Dujovne
José Fernández Vega
David James Fischer
Afrânio García Jr.
Diego García
Luciano García
Luis Ignacio García
Ezequiel Grisendi
Sebastián Hernández Toledo
Laura Klein
Ricardo Martínez Mazzola
Manuel Muñiz
Laura Prado Acosta
Ariel Petrucelli
Augusto Piemonte
Pablo Requena
Fernando Rodríguez
Gisèle Sapiro
Roberto Schwarz
Mariano Siskind
Gustavo Sorá
Laura Sotelo
Pablo Tiscornia
Hernán Topasso
María Cristina Tortti
Lucía Ulanovsky
Juan Manuel Viana

Diseño original

Di Pascuale Estudio

Ilustraciones: Alejandro Galliano

Diagramación y Armado

Miguel Gramajo

ISSN 1668-4885

Precio en todo el país: 70 pesos

Precio en el exterior incluyendo envío: 40 dólares
(correo terrestre), 50 dólares (correo aéreo)

Políticas de la Memoria es una publicación anual del
CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación
de la Cultura de Izquierdas en la Argentina)
Fray Luis Beltrán 125
C1406BEC Ciudad de Buenos Aires
Argentina Tel. 4631-8893
informes@cedinci.org
www.cedinci.org

Las ilustraciones de este número

Alejandro Galliano vive en el Tigre, es profesor de Historia, publica ocasionalmente en Comux y en Barcelona y regularmente en su blog: <http://qu-miras.blogspot.com>, de donde tomamos con su permiso las viñetas que ilustran este número. Declara que hace humor político y que odia la palabra comic. «Me han dicho, insolentemente —nos escribe— que soy un rústico y también, en el fondo, un romántico. No reniego de ninguna de las dos».



Para nadie. Autorretrato.

Índice

Editorial	5
Sección Archivos	
Horacio Tarcus, <i>Los archivos del movimiento obrero, los movimientos sociales y las izquierdas en la Argentina. Un caso de subdesarrollo cultural</i>	7
«Las ideas fuera de lugar», todavía	
María Elisa Cevasco, <i>El significado de «Las ideas fuera de lugar»</i>	21
Roberto Schwarz, <i>Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después</i>	25
Intelectuales y constelaciones posnacionales	
Alejandro Dujovne y Diego García, <i>Introducción a la «Literatura mundial»</i>	31
Mariano Siskind, <i>La Globalización de la novela y la novelización de lo global</i> <i>Una crítica de la Literatura mundial</i>	39
Gisèle Sapiro, <i>El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI</i>	57
Dossier: Una cuestión palpitante. Versiones del feminismo en el entresiglos argentino (1897-1901)	
Laura Fernández Cordero, <i>Introducción</i>	67
Virgilio Prajoux, <i>El feminismo</i>	74
Una modista y Neo, <i>Feminismo y divorcio</i>	75
Virgilio Prajoux, <i>Feminismo. A la modista de L'Avennir</i>	77
Ernesto Quesada, <i>La cuestión femenina</i>	79
José Ingenieros, <i>Bases del feminismo científico</i>	86
Elvira López, <i>El movimiento feminista</i>	91
Horacio Tarcus, Espigando la correspondencia de José Ingenieros. Modernismo y socialismo fin-de-siècle	97
Sección Historia del libro, la edición y la lectura en Argentina	
Gustavo Sorá, <i>El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano</i>	125
Ignacio Barbeito, <i>Aportes para una historia del circuito editorial en la</i> <i>Córdoba de los '60s y primeros '70s. Ediciones Nagelkop, Aula Vallejo e Igitur</i>	143
Diego García, <i>Signos. Notas sobre un momento editorial</i>	149
Encuesta: Librerías y editoriales en la Argentina	159
Historia intelectual Europea «Homenaje a José Sazbón»	
Romain Rolland y Stefan Zweig, <i>la conciencia trágica de la Europa de entreguerras</i>	177
David James Fisher, <i>La Internacional de los intelectuales</i>	179
Afrânio Garcia Jr., <i>Stefan Zweig: profeta de la nación brasileña</i>	193
Variaciones en torno al socialismo argentino	
Juan Manuel Viana, <i>Jean Jaurès en el discurso del socialismo argentino:</i> <i>Jua B. Justo, Alejandro Korn y la cuestión del «socialismo ético»</i>	204
Augusto Piemonte, <i>El Partido Socialista argentino en su relación con el librecambio</i>	214



Cristina Tortti, Soluciones: una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña por el voto en blanco en 1960	224
--	-----

Intervenciones

Ezequiel Adamovsky, <i>Esa incómoda presencia (II): la izquierda y la «clase media» en Argentina, 1943-1969 (y un excursus sobre el presente)</i>	235
Martín Bergel, <i>Oriente y Occidente en el pensamiento de Mariátegui</i>	249
José Fernández Vega, <i>El alma política de las imágenes. Debates en la última Bienal de San Pablo</i>	259
Luciano Nicolás García, <i>La psiquiatría comunista argentina y el problema del antisemitismo soviético.</i>	267
Luis Ignacio García, <i>Teoría crítica e historia intelectual en José Szabón</i>	275

Debates sobre la violencia revolucionaria, la militancia y el marxismo

H.T, <i>Otra breve vuelta de tuerca sobre una prolongada discusión</i>	283
Ariel Petrucelli, <i>El marxismo después del marxismo</i>	287
Laura Sotelo, <i>Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica. Una discusión con Elias Palti.</i>	295

Vida del CeDInCI	303
-----------------------------------	-----

Reseñas críticas

Pablo Requena, a propósito de María Cristina Tortti, El viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda (1955-1965) , Buenos Aires, Prometeo, 2010;	306
Luciana Anapios, a propósito de Alejandro Martí, La biografía del anarquista Simón Radowitzky. Del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española , Buenos Aires, De la Campana, 2010;	306
Emilio Crenzel, a propósito de Hugo Vezzetti, Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos , Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009;	308
Ezequiel Grisendi, a propósito de Joy Damousi y Mariano Ben Plotkin (eds.), The Transnational Unconscious. Essays in the history of psychoanalysis and transnationalism , London-NewYork, Palgrave Macmillan, 2009;	310
Lucía Ulanovsky, a propósito de Samuel Amaral y Horacio Botalla, Imágenes del Peronismo. Fotografías 1946-1955 , Buenos Aires, Editorial Universidad Tres de Febrero, 2010;	311
Laura Klein, a propósito de Horario Tarcus, Cartas de una hermandad , Buenos Aires, Emecé, 2009;	312
Laura F. Cordero, a propósito de Isabella Cosse, Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires , Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010;	313
María Cristina Tortti, a propósito de Alicia Servetto, 73-76. El gobierno peronista contra las «provincias montoneras» , Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010;	314
María Elisa Cevasco, a propósito de Frederic Jameson, Valences of the Dialectic , London and New York, Verso, 2009;	315
Andrés Bisso, a propósito de Andrés Reggiani (comp.), Los años sombríos. Francia en la era del fascismo (1934-1944) , Buenos Aires, Miño y Dávila, 2010;	318
Mariana Canavese, a propósito de José Szabón, Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual , Buenos Aires, UNQ, 2009;	319
Ricardo Martínez Mazzolla, a propósito de Marina Becerra, Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique del Valle Iberlucea , Rosario, Prohistoria, 2009;	320
Fernando Rodríguez, a propósito de Alexandra Pita, La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes Intelectuales y revistas culturales en la década de 1920 , México, El	

Colegio de México / Universidad de Colima, 2010;	322
Hernán Topasso, a propósito de Maristella Svampa, Pablo Stefanoni y Bruno Fornillo, Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización , Buenos Aires, Taurus, 2010;	324
José María Casco, a propósito de Claudia Hilb, El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero , Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009;	325
Natalia Bustelo, a propósito de Maximiliano Fuentes Codera, El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra , Lleida, Universitat de Lleida/Pagès editors, 2009;	326
Juan Buonome, a propósito de Marc Angenot, El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible , Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010;	327
Sebastián Hernández Toledo, a propósito de Jaime Massardo, La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena , Santiago de Chile, LOM, 2008;	327
Laura Prado Acosta, a propósito de Isidoro Gilbert, La Fede, alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista (1921-2005) , Buenos Aires, Sudamericana, 2009;	328
Ana Clarisa Agüero, a propósito de Carlos Altamirano (dir.), Historia de los intelectuales en América Latina , Montevideo, Katz Editores, 2008-2010, 2 volúmenes;	329
Luis I. García, a propósito de Laura Sotelo, Ideas sobre la historia. La Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse , Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009;	330
Clara Bressano, a propósito de Andrés Bisso, Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943) , Buenos Aires, CeDInCI Editores, 2009;	332
Manuel Muñiz, a propósito de Christine Hatzky, Julio Antonio Mella (1903-1929). Una biografía , Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008;	334
Ariel Petruccelli, a propósito de Ezequiel Adamovsky, Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003 , Buenos Aires, Planeta, 2010;	335

Fichas de libros

Luis I. García (comp.), No Matar. Sobre la responsabilidad. Segundo volumen , Universidad Nacional de Córdoba, 2010, 301 pp.	336
Francois Dosse, Christian Delacroix y Patrick Garcia (dir.), Historicidades , Waldhuter Editores, Buenos Aires, 2010, 344 pp.	337
Analia Hounie (comp.), Alain Badiou, Toni Negri, Jaques Rancière, Slavoj Zizeck y otros, Sobre la idea del Comunismo , Buenos Aires, Paidós, 2010, 249 pp.	337
Luis Miguel Donatello, Catolicismo y Montoneros. Religión, Política y Desencanto , Buenos Aires, Manantial, 2010, 176 pp.	337
Rolf Wiggershaus, La Escuela de Francfort , Buenos Aires, F.C.E., 2010, 992 pp.	337
José M. Aricó, Marx y América Latina , Buenos Aires, F.C.E., 2010, 299 pp.	338
Mabel Bellucci, Carlos Jáuregui, una biografía política , Buenos Aires, Planeta, 2010, 224 pp.	339
Michel Winock, El siglo de los intelectuales , Madrid, Edhasa, 2010, 1046 pp.	339
Flavia Fiorucci, Intelectuales y Peronismo. 1945-1955 , Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011, 226 pp.	339
Alejandra Mailhe (comp.), Pensar al otro/ pensar la nación: Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina , La Plata, ediciones AL Margen, 2010, 382 pp.	339

Ficha de revistas

Revista Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX n° 1, año 1, Montevideo, 2010.	339
Perseu. Historia, memoria y política año 3, n° 3, São Paulo, mayo 2009.	339
Prismas. Revista de historia intelectual , Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, n° 14, 2010. ..	340
Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico n° 7, Buenos Aires, septiembre/octubre, 2010. .	340



Editorial

Políticas de la Memoria, la publicación del CeDInCI, vuelve a ver la luz luego de más de dos años de aparecido su último número. La demora en salir nuevamente responde a una única razón, que se deriva de dos realidades yuxtapuestas y difíciles de conciliar: la voluntad de poner a disposición de los lectores una revista de excelencia en los temas y enfoques que le son caros —la historia de las izquierdas, la historia de los intelectuales, los estudios sobre memoria y otras dimensiones culturales—; y los escasos recursos humanos que concurren en la realización de un esfuerzo de esa índole. Como muchas otras iniciativas del CeDInCI, esta revista lleva la marca de la autogestión: todas las tareas involucradas en su factura (escritura, traducción, corrección, pedidos de artículos, ilustraciones y colaboraciones, etc.) son obra del reducido Colectivo Editor y de algunos pocos generosos amigos que han brindado su tiempo para que la realización de esta edición fuera posible (de ellos, debemos subrayar el trabajo de los amigos del CEMICI de Córdoba, con Ana Clarisa Agüero, Diego García, Alejandro Dujovne y Ezequiel Grisendi a la cabeza). Una vez más, esperamos que la calidad y cantidad de materiales que ofrecemos a los lectores compensen la demora.

Abre este número Horacio Tarcus con un crítico cuadro de situación de los archivos obreros, de los movimientos sociales y de las izquierdas en la Argentina, que de alguna manera actualiza el proyecto bibliotecario y archivístico cedinciano.

A continuación, nos enorgullece publicar un breve *dossier* que revisita el decisivo ensayo del crítico literario brasileño Roberto Schwarz «Las ideas fuera de lugar». La entrega, que se compone de una conferencia del propio Schwarz y de una reseña de su obra a cargo de María Elisa Cevasco, surge de la sesión de cierre de las últimas Jornadas del CeDInCI consagradas, precisamente, al problema de la circulación internacional de las ideas.

El debate sobre la «Literatura Mundial» —un concepto acuñado por Goethe a comienzos del siglo XIX, y aludido en un célebre pasaje del **Manifiesto Comunista** por Marx y Engels, que ha adquirido nuevo vigor en algunos núcleos académicos europeos y norteamericanos—, no ha despertado hasta aquí entre nosotros gran atención. El *dossier* Intelectuales y Constelaciones Posnacionales, que presenta dos importantes ensayos que se inscriben más o menos directamente en la problemática —los de Mariano Siskind y de Gisèle Sapiro, precedidos por una introducción a la cuestión a cargo de Diego García y Alejandro Dujovne,— salda con creces ese vacío, y dispone una serie de ideas e hipótesis que pueden resultar estimulantes para pensar la historia y la sociología de la dimensión transnacional de las prácticas intelectuales y culturales.

Al cuidado de Laura Fernández Cordero, quien se encargó de su selección y estudio preliminar, la sección de documentos de **Políticas de la Memoria** presenta esta vez un mosaico de textos que intervinieron en los albores de los debates en torno al emergente feminismo a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Se trata de



un corpus hasta aquí de muy difícil acceso, puesto que, con una sola excepción, se compone de textos que nunca fueron reeditados.

La aparición del presente número coincide con la apertura pública del Fondo de Archivo de José Ingenieros, depositado por sus herederos en el CeDInCI. Horacio Tarcus transcribe aquí una serie de cartas y documentos inéditos extraídos de este fondo, y los enmarca en una reflexión sobre el programa juvenil que unió a Ingenieros y Lugones en la encrucijada entre el modernismo finisecular y el socialismo romántico.

Esta edición de la revista presenta además dos secciones nuevas, que esperamos que se sostengan en el tiempo y se alimenten del concurso de lectores e investigadores. En primer término, de un espacio enfocado a la historia intelectual europea, de reducida atención en los medios locales. En modesto homenaje a quien fuera su principal sostenedor en la Argentina, desde su propio nombre esta nueva sección quiere además colaborar en la continuación de la tenaz labor desarrollada en la materia por José Sazbón. En la ocasión, la sección se compone de dos artículos dedicados a dos figuras trágicas de la Europa de entreguerras, Romain Rolland y Stefan Zweig, a cargo de David James Fisher y Afrânio Garcia. En segundo lugar, inauguramos en este número un espacio dedicado a la historia de la edición, los libros y las prácticas de lectura, un campo que ha conocido recientemente un significativo desarrollo. Integran esta vez la sección estudios de Gustavo Sorá, Ignacio Barbeito y Diego García. Esta última sección se complementa en esta edición con una encuesta dirigida a veintisiete reconocidos intelectuales de diversa trayectoria y origen que residen en diferentes ciudades del país. La indagación se propuso averiguar a través de dos sencillas preguntas cuáles fueron las editoriales y las librerías que los acercaron a la cultura libresca.

La historia de las tradiciones de la izquierda argentina es nuevamente abordada en este número en un *dossier* consagrado a distintos temas, figuras y momentos del socialismo argentino. Conforman este bloque ensayos de Juan Manuel Viana, Augusto Piemonte y María Cristina Tortti.

La polémica sostenida por Horacio Tarcus y Elías Palti en ediciones anteriores de **Políticas de la Memoria** originada inicialmente en la estela del debate del Barco sobre la legitimidad de la violencia revolucionaria, y que conoció luego bifurcaciones hacia las tradiciones del marxismo local e internacional, y hacia las vinculaciones entre prácticas intelectuales y políticas, se prolonga en este número de la revista a partir de dos contribuciones de Laura Sotelo y Ariel Petrucelli.

El número se completa con una sección de artículos de temática diversa, con el espacio habitual dedicado a dar cuenta de las novedades de la vida del CeDInCI, y con otra novedad que nos complace anunciar: una nutrida sección de reseñas y fichas de libros y revistas de reciente aparición a cargo de Martín Ribadero, flamante editor de la sección.

Los archivos del movimiento obrero, los movimientos sociales y las izquierdas en la Argentina

Un caso de subdesarrollo cultural

Horacio Tarcus

La República Argentina es un país paradójico. El historiador Milcíades Peña solía decir que Argentina es el país del «como sí», donde nada es lo que parece, donde detrás de la pátina deslumbrante de modernidad es necesario descubrir el atraso. Aunque Peña estaba pensando sobre todo en el fracaso de la modernización industrial, su visión crítica es también pertinente para pensar el sorprendente atraso bibliotecológico y archivístico de la Argentina.

Los investigadores que proceden del exterior a trabajar durante un tiempo en el país viven la paradoja en carne propia: llegan hipnotizados por el atractivo de la ciudad capital moderna y pujante, pero no tardan en despertar de su sueño al toparse con el estado de abandono, el atraso tecnológico, las puertas cerradas y la opacidad institucional que caracterizan a las bibliotecas y archivos del país. Los investigadores no tardan en ver frustradas sus expectativas de acceder a las fuentes argentinas a través de catálogos digitalizados y de ser atendidos y orientados por personal competente. No tardan en descubrir, por citar los dos casos más resonantes, que los fondos documentales del Archivo General de la Nación duermen en el más absoluto abandono¹ y que la Biblioteca Nacional se ha convertido en una gran sala de espectáculos culturales, con absoluto menoscabo de su función más elemental: reunir, preservar, acrecentar, catalogar y difundir el patrimonio biblio-hemerográfico nacional.²

Los investigadores visitantes van descubriendo así la paradoja argentina: un país que desplegó a lo largo de dos siglos de histo-

ria una sorprendente riqueza cultural, de la que los argentinos estamos orgullosos, e incluso presumidos, pero que sin embargo no se preocupa en preservar. Un país agobiado por sus fantasmas históricos, que vive mirando un pasado que nunca logra saldar; un país que vive preso de sus dilemas históricos; un país cuyos hombres políticos, como en *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, se empeñan en vestir los trajes del pasado y se nombran con los nombres de los muertos; un país cuyos funcionarios se llenan la boca hablando de patrimonio y de memoria; pues bien, ese país, al mismo tiempo, no muestra interés en generar condiciones para resguardar institucionalmente sus fuentes históricas.

Atraso económico y subdesarrollo cultural

¿Cómo entender la paradoja argentina? Es necesario comenzar por despejar cualquier explicación de este atraso en términos del «factor económico»: me refiero a la conocida coartada del ahogo presupuestario propio de un país periférico, el que le impediría derivar los recursos necesarios para la modernización de sus bibliotecas y archivos públicos. Es que nuestro atraso es ostensible no sólo respecto de los países poderosos del llamado Primer Mundo que destinan significativos recursos a sus archivos y bibliotecas, sino incluso respecto de países latinoamericanos como Chile, Brasil y México.

En otros términos: el atraso argentino no se limita al terreno económico. En el plano de la preservación de nuestro patrimonio cul-

¹ En 1990 la jefa del Departamento de Conservación de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Doris Hamburg, visitó el AGN y elaboró un informe devastador sobre su situación. Casi veinte años después, la situación es la misma, o más grave aún. El Informe puede leerse como adjunto a la Recomendación 74/06 que el Defensor del Pueblo de la Nación elevó al Ministro del Interior a causa del estado crítico de la institución, con fecha 31/8/2006.

² Las propias instituciones del Estado argentino, como la SIGEN (Sindicatura General de la Nación) o la Auditoría General de la Nación, han elaborado reiteradamente informes críticos sobre la grave situación de la BN. Un informe oficial de la propia dirección de la institución emanado en el año 2004

bajo la gestión de Elvio Vitali reconocía que «la Biblioteca Nacional incumple con sus tareas básicas, esto es, adquirir, conservar, preservar, restaurar y difundir el patrimonio éditico de los argentinos». A pesar de los empeños realizados entre los años 2004 y 2006, la Biblioteca Nacional volvió a funcionar como un centro cultural. Durante enero del año 2007 se suscitó un fuerte debate público acerca de la misión de la Biblioteca Nacional a partir de una carta que dirigí al entonces Secretario de Cultura de la Nación, José Nun, presentando mi renuncia al cargo de subdirector (que ejercí durante todo el año 2006), debate que aún se encuentra accesible en diversas páginas de Internet.

tural somos también un país perfectamente subdesarrollado. John Holloway ha insistido con razón en que en un mundo globalizado, ya no importa tanto para la prosperidad de un país cuánto produce cada economía nacional, sino cuánto capital producido globalmente es capaz de atraer y retener cada Estado en su territorio. De la misma manera, en el terreno del patrimonio cultural, no importa tanto el capital simbólico que hemos sido capaces de producir nacionalmente: lo que está en juego es nuestra capacidad de valorizarlo como tal y, por ende, de generar las condiciones para preservarlo y socializarlo.

Los avatares de nuestro patrimonio bibliográfico, hemerográfico y archivístico son una prueba flagrante de esta afirmación. El estado calamitoso de nuestras bibliotecas, hemerotecas y archivos públicos es el resultado de un proceso donde se han combinado y mancomunado de la peor manera factores tan diversos como la ausencia de políticas públicas en materia bibliotecológica y archivística; la discontinuidad institucional del país, que también afectó a las bibliotecas y los archivos públicos; su falta de transparencia institucional frente a lectores, donantes y la sociedad en general; la ausencia de concursos públicos capaces de incorporar o promover profesionales competentes; la toma de las instituciones por parte de microcamarillas y sindicatos mafiosos que parasitan el Estado; y, *last but not least*, la falta de presupuesto.³

Tomemos el caso del destino de las grandes bibliotecas privadas así como de los fondos de archivo, sobre todo privados, ya se trate de escritores, políticos, militantes sociales, etc. Cuando no existen políticas públicas activas para preservar dicho patrimonio crucial para la historia de un país, se plantean tres opciones: permanece en manos privadas; es adquirido por coleccionistas privados; o bien es vendido a bibliotecas universitarias o centros de documentación del exterior del país.

Bibliotecas y archivos como «propiedad familiar»

Sin duda, las grandes bibliotecas privadas jugaron un rol importante, si no decisivo, en la historia cultural de nuestro país. Tal es su peso, que hasta podría trazarse una historia de la cultura argentina, al menos de la cultura de élite, haciendo la historia de las grandes bibliotecas personales, desde la de Juan Baltasar Maziel en los años de Virreinato del Río de la Plata, hasta la de Federico Vogelius en los años '60.

En la época de la Colonia, el rigorismo inquisitorial, la ausencia de imprentas y las trabas comerciales hicieron que, en ausencia de bibliotecas públicas, se constituyeran a fines del siglo XVIII grandes bibliotecas privadas, como la del Obispo Manuel Azamor y Ramírez⁴

³ Sobre la ausencia de políticas públicas en materia archivística entendidas como una «política de la memoria», véanse las reflexiones de Roberto Pittaluga, «Notas a la relación entre archivo e historia», en *Políticas de la Memoria* n° 6/7, p. 199 y ss.

⁴ El propio Obispo poseía en su biblioteca muchos de los libros prohibidos del *Index...* V. Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Bowker, 1974, p. 1 y ss.

o la del citado Maziel. Iniciado el proceso de la independencia, a pesar de los esfuerzos por nutrir a la joven nación de bibliotecas públicas, siguieron jugando un rol clave las bibliotecas privadas. Baste recordar, en la década de 1830, la biblioteca personal de Marcos Sastre, que pone a disposición de los estudiosos como Gabinete de Lectura, anexo a su famosa Librería Argentina de la calle Reconquista, donde se nutren de literatura romántica y utopística los jóvenes de la Generación del 37⁵; o la biblioteca del sanjuanino Manuel Quiroga Rosas, que Sarmiento dejara instalada en la memoria de los argentinos como una fuente preciosa de conocimientos renovadores.⁶ Tras la batalla de Caseros llegan al país muchos emigrados extranjeros portando sus bibliotecas, mientras los hombres de la élite constituyen grandes bibliotecas privadas, «en defecto de las públicas, a la sazón pobres y mal organizadas». «Raro fenómeno —sigue Buonocore—, que ha sido señalado, en diversas oportunidades por ilustres estudiosos visitantes de otros países de Europa y América». ⁷ En efecto, las bibliotecas privadas y las colecciones de archivos que llamaban la atención de los visitantes extranjeros pertenecían a figuras de la élite como Vicente F. López, Bartolomé Mitre, Ángel J. Carranza, Andrés Lamas, Vicente G. Quesada (cuya biblioteca fue luego completada por su hijo Ernesto), Miguel Navarro Viola, Manuel R. Trelles, Enrique Peña, Estanislao S. Zevallos o Francisco P. Moreno. Las generaciones siguientes no fueron ajenas a esta tradición, como lo demuestran las grandes bibliotecas reunidas por un José Ingenieros, un Agustín P. Justo, un Carlos Astrada o un José Aricó.

Aceptamos que, a falta de grandes bibliotecas públicas, las bibliotecas privadas jugaron un rol importante en la cultura del país. Lo penoso es que su destino final no fue siempre su institucionalización pública, como es el caso del Museo Mitre en Buenos Aires o la Biblioteca Aricó anexa a la Biblioteca Central de la Universidad de Córdoba. Bibliotecas extraordinarias, que reunían libros antiguos de enorme valor, colecciones de revistas muy escasas, grabados, litografías, mapas, documentos y manuscritos —como la de Andrés Lamas, la de Zevallos, la del Perito Moreno y la de Vogelius— se pulverizaron en subastas públicas (salvo la de Lamas, cuya dispersión se evitó porque la compró en remate la Biblioteca Nacional de Montevideo). La de los Quesada fue una de las bases sobre la que se organizó la Biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín, mientras que la biblioteca americanista del General Justo fue adquirida por la Biblioteca Nacional de Lima. Recientemente se dispersó la biblioteca filosófica y el archivo de Carlos Astrada, a través de su venta fraccionada a libreros de viejo...

En 1917 se abrió un número de la **Revista de Filosofía** con esta reflexión: «La historia cultural y política de nuestro país duerme en archivos familiares... La poca preocupación ambiente y el celo de los poseedores de los archivos hacen que informaciones inte-

⁵ Félix Weinberg, *El Salón Literario*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, p. 40 y ss.

⁶ D. F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia* (1850), Buenos Aires, EUDEBA, 1960, pp. 186-187.

⁷ Buonocore, *op. cit.*, p. 166.

resantísimas, que podrían prestar eficaz ayuda a historiadores y sociólogos, se esterilicen restando fuentes preciosas a la investigación científica. Nuestra historia... no puede, pues, ser escrita». Lamentablemente, casi noventa años después, gran parte del patrimonio histórico subsiste bajo la forma de patrimonio familiar.

Sin embargo, hoy la responsabilidad es otra: entonces, en 1917, el hincapié estaba puesto en la falta de modernización y de conciencia pública de las familias de la élite. La revista de José Ingenieros, en su afán modernizador y profesionalista, venía a recordar que la época de Don Vicente Fidel López, en que el actor histórico y el historiador se confundían, en que el archivo histórico y el archivo familiar eran uno solo, y en que la historia oficial se practicaba como la historia de las grandes familias patricias, había quedado muy atrás. Esas familias debían aceptar el relevo, tanto de su lugar de custodios del patrimonio así como del oficio de historiadores, por parte de los archivos y bibliotecas públicas y de los sociólogos e historiadores profesionales.

Si bien crecieron desde entonces a lo largo del siglo XX los campos profesionales de la sociología y de la historia, el proceso de cesión del patrimonio familiar al espacio público fue muy débil. Muchos archivos de personalidades de la cultura y la política argentina siguen celosamente resguardados por sus descendientes como propiedad familiar: no hay espíritu de legado, pues los herederos no tienen confianza en la capacidad de las instituciones públicas para resguardarlo y disponerlo a la consulta. El sentimiento de los donantes es, cuando se trata de los grandes archivos y bibliotecas públicas, que el patrimonio va a desaparecer entre los engranajes de una insondable estructura burocrática; o bien, cuando se trata de institutos de una escala menor, que va a ser apoderado por la facción que lo controla. Esto es: las grandes instituciones no ofrecen garantías de preservación; las pequeñas, de acceso público.

El patrimonio cultural y el coleccionismo

En el mercado de los libros, las revistas y los papeles argentinos, dado que las bibliotecas y archivos públicos están ausentes, la principal demanda proviene, o bien de los coleccionistas privados, o bien de las universidades y centros del exterior del país.

Detengámonos un momento en el coleccionismo privado. A diferencia de los políticos o intelectuales de la élite, que forman grandes bibliotecas porque los libros son imprescindibles para el ejercicio de su profesión, los coleccionistas están animados por una pasión bibliófila, siendo rara vez lectores sistemáticos o estudiosos de las colecciones que atesoran. Hay, desde luego, un tesón bibliófilo propio del coleccionista en muchos de los primeros —tal el caso de Mitre, de Navarro Viola o de los Quesada—, así como la mayor eficacia en la búsqueda de la serie completa exige a los segundos adquirir un conocimiento exhaustivo. Pero el coleccionista suele ser una figura más oscura, menos visible, poseedor de una cultura más parcial, fragmentaria e instrumental: generalmente son hombres que se ganan la vida en otros que-

haceres —empresarios, profesionales liberales—, en los que el coleccionismo funciona más al modo de un *hobby* que de una necesidad intelectual. Mientras que para los investigadores la gran biblioteca es en definitiva una suerte de taller que encierra sus herramientas de trabajo, para los coleccionistas sus series debidamente ordenadas y clasificadas pueden adquirir, en el límite, un carácter lúdico, decorativo o de prestigio social. De modo que si el acceso del investigador a las grandes bibliotecas y archivos familiares no suele ser sencillo, mucho más restringido y condicionado aún suele serlo en el caso del coleccionista, que guarda celosamente su tesoro bajo siete llaves...⁸

Los defensores del libremercado de bienes culturales presumen que el coleccionismo ha sido un factor de enriquecimiento del patrimonio nacional. Esgrimen en su favor que muchos coleccionistas privados, actuando como «investigadores» a veces sobre la base de su intuición y experiencia, recuperaron y organizaron durante siglos un patrimonio hasta entonces disperso, que finalmente terminaron cediendo a instituciones públicas. Pero como se ha señalado a propósito del caso del patrimonio de México (sobre todo, pero no exclusivamente, al arqueológico), «muchos formaron y forman sus colecciones con juicios subjetivos, con piezas compradas según sus predilecciones estéticas, o por su rareza y exotismo. También se conocen casos cuyo objetivo central ha sido ganar prestigio social; algunos más, por su afán casi enfermizo de atesorar, pero sobre todo por la esperanza de encontrar en el futuro mejores postores, es decir para especular». Para esta autora el coleccionismo tuvo valor en el siglo XIX y principios del XX, pero en los albores del siglo XXI su existencia no se justifica.⁹

En la Argentina de los últimas décadas, si llega a manos de un librero una carta de Mariano Moreno o de José de San Martín, un documento de puño y letra de Juan D. Perón, de Ernesto Guevara o de Jorge Luis Borges, difícilmente acuda a ofrecerlo en venta a la Biblioteca Nacional o al Archivo General de la Nación: se dirigirá a centros y universidades del extranjero, o a los coleccionistas locales. Pero el problema de la enajenación de nuestro patrimonio no radica en los libreros, pues es inevitable que a falta de demanda del sector público, acudan necesariamente al privado. Ni tampoco está en los coleccionistas ni en las instituciones del exterior, pues ninguna ley restringe la compra y la venta, e incluso la salida al exterior del país, de documentos de valor histórico. El problema está en la falta de un marco legal regulatorio, y sobre todo en la ausencia de políticas públicas acerca del patrimonio bibliotecológico, hemerográfico y archivístico.

⁸ En la Argentina, en las páginas de agradecimientos a quienes permitieron el acceso a fuentes con que suelen abrirse los libros de investigadores, la satisfacción por haber llevado a término la obra así como las normas usuales de la cortesía, hacen que se suela omitir el arduo trabajo de pesquisa tras el poseedor privado de los documentos, así como la serie de pruebas sucesivas con que los coleccionistas pueden someter al investigador antes de abrirle sus tesoros. Las pruebas suelen reducirse si se trata de un investigador del primer mundo.

⁹ Gilda Cubillo Moreno, «El coleccionismo y la compra-venta de bienes culturales en México», en *Memoria* n° 128, México D.F., octubre de 1999.

Drenaje patrimonial hacia los centros del (primer) mundo

En el caso de la venta a los coleccionistas, el patrimonio queda vedado a la consulta pública; en el caso de la venta a centros y universidades del exterior del país, sólo es accesible a los argentinos en condiciones de viajar y estudiar en el extranjero.

Respecto al drenaje patrimonial hacia el extranjero, no sólo se van dólares o «cerebros», sino también libros, revistas, cartas, manuscritos... Así como los investigadores egipcios se ven obligados a estudiar la cultura de su país en los museos de Londres y de París, los investigadores de la historia y el pensamiento argentinos sólo pueden consultar invalorable fuentes de nuestra cultura acudiendo a ciudades como Ámsterdam o Turín, Berlín o California. Por ejemplo, la hemeroteca y el archivo que sobre anarquismo y movimiento obrero argentinos dispone el Instituto de Investigación Social de Ámsterdam, son más completos que la suma de todos los existentes en la Argentina. Allí se conservaron durante más de un siglo, sobreviviendo incluso a la invasión nazi; aquí estos testimonios de nuestra memoria obrera apenas sobreviven penosamente, en colecciones no siempre completas, en algunas bibliotecas anarquistas.

Hay bibliotecas y archivos enteros que, por distintas vías y variados motivos, fueron saliendo del país. Ya señalamos que la biblioteca monumental de los Quesada constituyó la base sobre la que se fundó el Instituto Iberoamericano de Berlín y la de Agustín P. Justo fue adquirida por la Biblioteca Nacional de Lima; el archivo del filósofo Rodolfo Mondolfo, que sus descendientes donaron a la Asociación Dante Alighieri de Buenos Aires, partió sin embargo hace varios años rumbo a Italia; la biblioteca y el archivo del historiador Luis Sommi fue llevada después de su muerte a algún lugar de Moscú; Liborio Justo donó gran parte de su cuantiosa biblioteca y hemeroteca al Archivo Edgar Leuenroth de la Universidad de Campinas; el archivo de Victoria Ocampo puede consultarse en la Universidad de Harvard, los de Álvaro Yunque y María Rosa Oliver en la Universidad de Princeton; los de Roberto Arlt en el Instituto Iberoamericano de Berlín; el de Diego Abad de Santillán en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam... Los ejemplos podrían multiplicarse.

El universitario estadounidense, europeo, mexicano o brasileño tiene a su alcance extraordinarias bibliotecas y archivos, pudiendo consagrarles todo su tiempo y sus energías; el investigador argentino que se propone trabajar con este tipo de patrimonio sabe que el 50% de sus energías estarán destinadas a la búsqueda de sus fuentes, debiendo peregrinar por múltiples bibliotecas públicas, archivos privados y librerías de viejo. A menudo debe comprar sus fuentes, convirtiéndose sin quererlo en un atesorador privado. Y así como el coleccionista es un investigador principiante, insensiblemente el investigador argentino deviene un coleccionista amateur. Incluso ha llegado a suceder que los investigadores rivalicen, no por el rigor o la originalidad de sus interpretaciones, sino por la posesión de sus «propias» fuentes. Su mayor orgullo es estampar, a pie de página, esta manifestación de nuestro subdesarrollo cultural: «Original en el archivo del autor».

No podemos ignorar que, desde la antigüedad, la historia de las grandes bibliotecas (así como la de los grandes museos) está directamente vinculada a los proyectos de expansión imperial. Todos los conquistadores tomaron para sí o enviaron a sus soberanos botines de guerra o presentes de tierras exóticas que probaban sus hazañas, sus conquistas y sus descubrimientos. El inglés Thomas Richards, en **The Imperial Archive**, un clásico de los estudios poscoloniales, analiza los modos de apropiación y sistematización de lo que llama el «archivo imperial» británico. Este no sería tanto una biblioteca ni un museo, advierte, sino «una fantasía de conocimiento catalogado y reunido al servicio del Estado y del Imperio». Cuando los poderes públicos británicos hablan de «material catalogado» se refieren, de un siglo a esta parte, a «conocimientos ubicados bajo la jurisdicción especial del Estado»¹⁰. Su función de «reservorio del conocimiento universal» fue relevada luego por los Estados Unidos, que desde la Guerra Fría, y sobre todo desde la Revolución Cubana, ha construido una verdadera maquinaria de búsqueda, rastreo, compra y preservación de bibliografía latinoamericana. Cualquier bibliotecario argentino (o latinoamericano) sabe, por ejemplo, que si precisa información sobre una publicación de su país, sea antigua o la novedad más flamante, debe comenzar por ingresar al catálogo de la página web de la *Hispanic Division* de la *Library of Congress* de los Estados Unidos.¹¹

Sin embargo, no podríamos reaccionar ante este drenaje con un nacionalismo cultural, por otro lado hipócrita, cuando no generamos en el propio país las condiciones para preservarlo y socializarlo. El interés de estos países por nuestra producción cultural no puede dejar de ser para nosotros, en cierto sentido, motivo de orgullo; y su capacidad de preservarlo, causa de tranquilidad. El problema radica aquí, en nuestro país: en la ausencia de instituciones públicas interesadas en preservar efectivamente este patrimonio más allá de enfáticas enunciaciones; y en la falta de una cultura cívica que las acompañe. En ese sentido, no deja de tener razón Nicolás Helft, uno de los mayores coleccionistas de primeras ediciones y manuscritos de Jorge Luis Borges, cuando señalaba provocativamente poco tiempo atrás: «Carece de sentido batallar por la permanencia en el país de papeles valiosos cuando no existen políticas, recursos económicos, técnicos ni humanos para la preservación y difusión». En cambio, las universidades y centros del primer mundo «tienen la tecnología para resguardarlos y difundirlos. Estoy de acuerdo con que nuestros papeles queden en la Argentina, pero ¿de qué me sirve el original si por dejarlo aquí lo someto al deterioro ambiental, la burocracia y hasta el peligro de robo?»¹²

¹⁰ Thomas Richards, **The Imperial Archive: Knowledge and Fantasy of Empire**, London, Verso, 1993, cit. en Josefina Ludmer, **El cuerpo del delito. Un manual**, Buenos Aires, Perfil, 1999, pp. 216-223.

¹¹ Contrariamente, nuestro país —tan orgulloso por otra parte de sus tradiciones culturales— es uno de los pocos del mundo que no ha confeccionado su bibliografía nacional.

¹² Ana Laura Pérez, «El mercado de los originales», en **Cultura y Nación. Clarín**, 20/7/2002, p. 3.

Las fuentes del movimiento obrero, los movimientos sociales y las izquierdas en los archivos y las bibliotecas oficiales

En el caso de los archivos y publicaciones del movimiento obrero, los movimientos sociales y las izquierdas, la situación es tanto o más dramática. También aquí la Argentina exhibe una de sus características paradójicas, por la cual la vitalidad de sus movimientos populares —manifiesta a lo largo de un siglo tanto por su intenso activismo político así como por el despliegue de su capacidad organizativa y su riqueza cultural, desde el movimiento anarquista a fines del siglo XIX y comienzos del XX hasta la «nueva izquierda» de los años '70—, no encontró una expresión proporcional a su importancia en bibliotecas y archivos públicos que contaran con una dotación mínima de material documental reunido en torno a esas experiencias y a la vez disponible para la consulta y la investigación.

Por ejemplo, en vano buscará un investigador la historia obrera en el Archivo General de la Nación (AGN). El AGN no es tanto un archivo histórico como la memoria oficial del Estado. Su propia lógica de organización replica la del Estado y mira, por lo tanto, a la sociedad «desde arriba». Desde luego, el investigador avezado que sigue la pista, por ejemplo, de las fuentes para el estudio del anarquismo argentino, sabe que podrá encontrar algunas de ellas en las causas judiciales llevadas contra los anarquistas. Por su parte, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Congreso de la Nación sólo albergan marginalmente tramos de la historia obrera argentina.¹³

A las razones aducidas arriba respecto del problema de las fuentes archivísticas en general, habría que añadir aquí una serie de razones que hacen a la falta de preocupación de las instituciones públicas por este tipo específico de fuentes. En primer lugar, habría que señalar que la historia obrera sólo tortuosamente ha sido incluida dentro de lo que suele denominarse «la historia nacional»: la historia del movimiento obrero anarquista, socialista y comunista es parcialmente integrada dentro de los prolegómenos del movimiento obrero peronista, por lo que normalmente no se considera la historia de estas corrientes más allá de mediados del siglo XX. Otros movimientos sociales, como el movimiento estudiantil, el de las mujeres, el antifascista de la década de 1930 y primeros 1940, o los movimientos de solidaridad internacional (con la España Republicana en la década de 1930, o con la Revolución Cubana en la década de 1960), escapan casi por completo al horizonte de la mirada oficial y por lo tanto también a

sus bibliotecas y sus archivos. Significativamente, ninguna Universidad pública, ni siquiera la Universidad de Buenos Aires, ha suplido esta ausencia.¹⁴

En segundo lugar, habría que señalar que la producción gráfica de los movimientos sociales y de las izquierdas suelen adoptar características específicas que muchas veces hacen compleja su reunión y preservación. La propia condición de órganos de movimientos emergentes o contrahegemónicos, a menudo perseguidos o reprimidos, los convierte en publicaciones de aparición irregular, sujetas a sucesivas metamorfosis en su formato, a cambios de nombre para evadir la censura, e incluso a la aparición clandestina. Y las grandes bibliotecas públicas difícilmente coleccionan publicaciones periódicas de aparición irregular, folletos políticos, documentos gremiales y partidarios, mucho menos aún volantes o afiches políticos. Resulta evidente que la discontinuidad institucional sufrida por la Argentina a lo largo de buena parte del siglo XX, agravada por el terrorismo de Estado desplegado por el último régimen militar (1976-1983), hizo aún más difícil la tarea de preservar este tipo de fuentes históricas. A menudo los golpes militares vinieron acompañados de verdaderas *razzias* dirigidas no sólo a las bibliotecas personales de los militantes, sino también a librerías y bibliotecas.¹⁵

Archivos estatales / archivos de la sociedad

Pero si el AGN se ha restringido a ser, en el mejor de los casos, la memoria del Estado, y si la Biblioteca Nacional se limita a recibir, también en el mejor de los casos, las publicaciones de edición nacional que le llegan por depósito legal, han existido a lo largo del siglo XX los que podríamos denominar bibliotecas y archivos de la sociedad civil, verdaderos reservorios patrimoniales de los movimientos sociales argentinos y que además organizaron sus fuentes históricas de otro modo, pues han mirado la sociedad «desde abajo», desde la acción social y política.

La Argentina cuenta con una larga tradición de bibliotecas populares, bibliotecas obreras, universidades populares y archivos de movimientos sociales, tradición que remonta a fines del siglo XIX. Han sido las bibliotecas de los gremios obreros, las bibliotecas socialistas de la «Sociedad Luz» y de la Casa del Pueblo, así como las bibliotecas de los centros anarquistas las que durante décadas contribuyeron a preservar la memoria obrera, anarquista y socialista. Los socialistas, sobre todo, hicieron un verdadero cul-

¹³ En el año 1968 el historiador Nicolás Iñigo Carrera llevó a cabo un relevamiento de las publicaciones periódicas disponibles entonces, entre otros reservorios, en la Biblioteca Nacional. Si bien la presencia de la prensa obrera en la Biblioteca Nacional argentina no alcanzaba un equivalente al de la prensa obrera presente en las Bibliotecas Nacionales de países como Chile, Brasil o México, su número no era despreciable. Lamentablemente, desde que la Biblioteca Nacional inauguró su nueva sede en 1992, muchas de aquellas publicaciones relevadas en 1968 ya no están disponibles a la consulta... Véase N. Iñigo Carrera, «Materiales para el estudio de la historia del movimiento obrero argentino. Publicaciones periódicas oficiales, políticas y sindicales», en *Cuadernos de CICSO*, Buenos Aires, s/f.

¹⁴ Es llamativo el contraste con el Brasil, donde todas sus universidades, tanto públicas y privadas, cuentan en su seno con nutridos centros documentales especializados en historia social en general y en historia obrera en particular, abocados a recuperar y catalogar el patrimonio documental de sus respectivas regiones. Lamentablemente, también es enorme el contraste en el plano profesional: si bien la Argentina tiene el precedente en América Latina de haber creado en 1922 la Carrera de Bibliotecario (Facultad de Filosofía y Letras de la UBA) y en 1959 la Escuela de Archivología (Universidad Nacional de Córdoba), el desarrollo teórico y práctico de estas disciplinas en el Brasil, siendo mucho más reciente, es al mismo tiempo mucho más avanzado.

¹⁵ Judith Gociol y Hernán Invernizzi, *Un golpe a los libros. Represión en la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, EUDEBA, 2002.

to de la creación y el buen funcionamiento de sus bibliotecas. Sin embargo, al ser instituciones sujetas a los avatares de sus movimientos sociales y políticos, vivieron con ellos momentos de legalidad como de persecución, de expansión como de declive. Su carácter subsidiario les impedía alcanzar la suficiente autonomía y la necesaria profesionalización. Es así como la Biblioteca Obrera, fundada en 1897 a iniciativa de un grupo de dirigentes socialistas, fue destruida en 1953 cuando en el contexto de graves enfrentamientos entre el Partido Socialista y el gobierno peronista, grupos afines a este último incendiaron la Casa del Pueblo. La primigenia biblioteca, hemeroteca y archivo del Partido Comunista Argentino fue embarcada rumbo a Moscú en 1930, pocos días después del golpe militar de septiembre. Pero no todas las pérdidas se debieron a la represión, sino que la crisis y la pérdida de gravitación social, política y cultural del movimiento obrero y de las izquierdas también tuvieron su peso. Con la crisis de la izquierda, muchos locales anarquistas, socialistas y comunistas cerraron sus puertas, y a menudo sus bibliotecas y archivos se perdieron o dispersaron. En 1963 la Biblioteca Obrera volvió a erigirse con lo que se salvó del incendio de la Casa del Pueblo, y sobre la base de donaciones particulares, como Biblioteca Obrera «Juan B. Justo». Declara un patrimonio de 90.000 volúmenes (<http://www.adondevamos.com/bibliotecas/Biblioteca-Obrera-Juan-B-Justo/16/?js=0>), pero se encuentra en un estado penoso de abandono, no contando siquiera con un catálogo de su patrimonio. La otra gran biblioteca socialista, la perteneciente a la Sociedad Luz, fundada en 1899 por el médico socialista Ángel Giménez, fue parcialmente desguasada y permanece al día de hoy librada al olvido. Otro tanto sucede con la Biblioteca y el Archivo que perteneciera al dirigente socialista Alfredo Palacios, que atesora alrededor de 20 mil volúmenes (www.fundacionalfredopalacios.org).

La memoria anarquista preservada en la Argentina se concentra sobre todo en dos bibliotecas de esa orientación: la Biblioteca Popular «José Ingenieros» (<http://www.nodo50.org/bpji>) y la Biblioteca y Archivo de Estudios Libertarios (BAEL) perteneciente a la Federación Libertaria Argentina (www.libertario.org.ar/bael). Mientras que las piezas que componían la biblioteca y el archivo de la antigua FORA (Federación Obrera de la Región Argentina) en gran medida se han abandonado, disgregado y perdido, las jóvenes generaciones que tomaron el relevo en las dos primeras bibliotecas anarquistas citadas llevaron a cabo un voluntarioso trabajo de recuperación patrimonial, ordenamiento y catalogación. Pero como en otras bibliotecas de este tipo, donde a la escasez de recursos económicos se suma la propia concepción libertaria contraria a la profesionalización del trabajo, se reducen las posibilidades de ofrecer horarios accesibles para la consulta de lectores e investigadores.

La crisis del mundo comunista también llevó al cierre de decenas de locales que atesoraban libros, folletos y documentos relativos a la historia de esta corriente. La Biblioteca y el Archivo pertenecientes al Comité Central del Partido Comunista de la Argentina fue organizada en la década de 1990 por el militante Enrique Israel con vistas a su apertura pública, pero lamentablemente ésta nunca se concretó. Algunos de los fondos comunistas son hoy accesi-

bles en la Biblioteca del Centro Cultural de la Cooperación, fundado en 1998, que dispone de un Catálogo en Línea (<http://walysoft2.com.ar/pergamo/ccc/cgi-bin/pgopac.cgi?form?default>).

También se resisten a cerrar sus puertas algunas antiguas bibliotecas anarquistas y socialistas del interior del país, como la Biblioteca Popular «Juventud Moderna» de Mar del Plata, la Biblioteca «Pascual Vuotto» de esa misma ciudad, o la Biblioteca «Alberto Ghirardo» de Rosario. Lo señalado para los locales de Buenos Aires se repite o se agrava aún más en las provincias: sostenidas gracias al esfuerzo militante, estas instituciones subsisten más como reserorios documentales que como centros de documentación con sus fondos catalogados y accesibles al investigador.

La pérdida de peso social y político de la clase obrera argentina en el concierto del país gravitó también durante las últimas décadas sobre las bibliotecas y los archivos que atesoran los gremios y las centrales obreras. El principal acervo gremial es el que dispone el Centro de Documentación «Eva Perón», perteneciente a la Confederación General del Trabajo (CGT), fundada en 1930. Si bien preserva sobre todo la memoria obrera peronista, este archivo atesora también las actas y buena parte de la prensa obrera correspondientes a las diversas centrales obreras argentinas, de orientación anarquista, sindicalista o socialista, que precedieron a la CGT o compitieron con ella (FORA, UGT, CORA, etc.). Lamentablemente, como en todos los casos analizados hasta ahora, las condiciones de accesibilidad a los catálogos y a los materiales mismos no están a la altura de su riqueza patrimonial. Lo mismo sucede con el resto de la memoria sindical argentina, que se preserva, a menudo en condiciones inadecuadas, en los antiguos locales gremiales, tales como La Unión Ferroviaria, La Fraternidad, el Sindicato de Mecánicos (SMATA), etc.

Para concluir este rápido recorrido, señalemos que como contrapartida de la fragilidad institucional en lo que hizo a la preservación de los archivos, se desarrolló durante las últimas décadas una fuerte acción de recolección individual. Muchos dirigentes así como investigadores fueron acopiando en forma personal valiosas colecciones a medida que declinaban las instituciones políticas y gremiales. Algunos de ellos simplemente privatizaron estas fuentes, engrosando sus colecciones privadas; otros, más generosos, crearon nuevas instituciones para hacer accesible lo que habían recuperado. Entre ambos, muchos semi-institucionalizaron sus bibliotecas y archivos.

Entre los esfuerzos que fueron de lo personal a lo institucional merecen señalarse al menos dos. Por una parte, un cúmulo de fuentes relevantes para el estudio del sindicalismo clasista cordobés de inicios de la década de 1970 (sindicatos SITRAC y SITRAM) fue reunido tesoneramente por la historiadora Susana Fiorito en el marco de la Fundación Pedro Milesi, fundada por ella misma en la ciudad de Córdoba (www.fundacionpilesi.org.ar).

Asimismo, buena parte de las colecciones de periódicos gremiales de la corriente «sindicalista» y varios fondos de archivo de dirigentes sindicales argentinos (como Sebastián Marotta,

Francisco Pérez Leirós, etc.) fueron reunidos por el sociólogo Torcuato Di Tella en el marco de la Fundación Simón Rodríguez, de Buenos Aires. También a su iniciativa debemos la existencia del valioso Archivo de Historia Oral del Movimiento Obrero Argentino llevado a cabo en la década de 1970, y que hoy se encuentra depositado en la Universidad Torcuato Di Tella.

La experiencia de REMOS

El principal impulso para recuperar, proteger, organizar y modernizar los archivos obreros y sociales argentinos provino, como en el resto de América Latina, de una iniciativa de la Fundación Pablo Iglesias de Madrid. Aurelio Martín Nájera, responsable de la Biblioteca y el Archivo de la FPI, se dirigió en enero del año 1991 a diversas instituciones latinoamericanas poseedoras de fondos documentales con vistas a la constitución de una Red Iberoamericana de Archivos obreros. «La situación permanente de semilegalidad, clandestinidad y represión en que se desenvolvió la vida de las organizaciones obreras —decía el comunicado— hizo que la conservación, salvaguardia o sistematización en la custodia de la documentación generada en la actividad política, sindical y social fuera una quimera en la mente voluntariosa de los viejos militantes obreros. Por otro lado, la actividad de estas organizaciones al margen —cuando no enfrentada radicalmente— de las instituciones estatales, ha motivado que los archivos de este tipo que han logrado sobrevivir quedaran fuera de los sistemas nacionales de archivo de cada país, salvo pequeñas excepciones».¹⁶

El llamado señalaba que la democracia recobrada tanto en España como en América Latina, así como la conciencia despertada en medios académicos, gremiales y políticos, ponía a la orden del día el trabajo mancomunado de identificación de reservorios patrimoniales.

La invitación española fue el estímulo para que se constituyera una red de archivos argentinos referidos al movimiento obrero. Recogieron el guante Susana Fiorito, de la Fundación Pedro Milesi de Córdoba, y Nicolás Iñigo-Carrera de PIMSA (Programa de Investigación sobre los Movimientos Sociales Argentinos), quienes luego de sucesivos contactos y reuniones, lograron convocar una asamblea que en noviembre 1991 reunió en Buenos Aires a 45 instituciones y personas. Adoptó el nombre de REMOS, Red de Recuperación y Protección de los Archivos de Trabajadores y Movimientos Sociales de la Argentina.

Finalmente, después de un año y medio de comunicaciones, en abril de 1992 tuvo lugar en la Ciudad de Buenos Aires la Reunión que dio por constituida la Asociación Iberoamericana para la Recuperación y Protección de los Archivos de los Trabajadores y sus organizaciones (AIRPATO). Según puede leerse en el Informe

que presentó en dicha reunión, REMOS se había fijado como objetivos: «Recuperar la memoria histórica de los trabajadores y los sectores populares, y el movimiento social en general; organizar la búsqueda, identificación y protección de sus archivos y materiales históricos; crear conciencia de la necesidad de protección de los materiales existentes; evitar la pérdida de materiales por deterioro, venta o destrucción; lograr financiamiento para organizar y archivar documentación y para acondicionar material sin procesamiento y protección adecuados».¹⁷

La asamblea de la AIRPATO logró reunir 40 representantes de toda Iberoamérica. Se presentaron 17 informes, relativos a 19 países iberoamericanos. Sus actas impresas constituyen al día de hoy el principal relevamiento de conjunto de repositorios de fuentes obreras en España y casi toda Latinoamérica. Sin embargo, a pesar de este inicio auspicioso, la AIRPATO murió antes de nacer. Sucumbió a las fuerzas centrífugas que, como es frecuente, ponen en juego las estériles internas políticas y los afanes hegemónicos, así como una diversidad estructural que suele entorpecer los consensos entre las instituciones muy dispares entre sí y realidades nacionales también muy desiguales.

Por su parte, la REMOS argentina sobrevivió al fin de la AIRPATO, aunque subsistiendo como una red más bien virtual que real. El mérito y al mismo tiempo el límite de REMOS fue la diversidad de instituciones que logró reunir en red. Dicha diversidad daba la pauta de la dispersión de las fuentes obreras argentinas.¹⁸

Como se señala en el balance de sus propios hacedores, la debilidad de REMOS radicó en la propia diversidad de sus miembros y en su carácter abierto y reticular, condiciones que «hacen que muchas veces sea difícil llevar adelante proyectos que deben contar con la aprobación de todos los miembros de la red». (www.pimsa.secyt.gov.ar/remos/remos.pdf).

Sin embargo, REMOS dejó como saldo una primera red constituida, elaboró un primer cuadro de situación de los archivos obreros en la Argentina y confeccionó una guía de los repositorios. El Informe de REMOS presentado en la asamblea de la frustrada

¹⁷ *Ibid.*, p. 21.

¹⁸ REMOS articuló centros independientes (como la Fundación Pedro Milesi, o la Fundación Simón Rodríguez), centros académicos latinoamericanos (como CLACSO y FLACSO), bibliotecas y archivos vinculados a corrientes políticas (como la Federación Libertaria, la Biblioteca Alberto Ghiraldo de Rosario, la Biblioteca Obrera «Juan B. Justo» o la Fundación Alfredo Palacios); bibliotecas y archivos sindicales (como el Centro de Documentación Eva Perón del Instituto Jauretche de la CGT, el Círculo y Sindicato de Prensa, La Fraternidad-seccional Córdoba, el Sindicato de Camioneros, el SMATA Córdoba, etc.), centros universitarios públicos y privados (Universidad Di Tella, el Centro de Historia Obrera de la Universidad Nacional de Rosario, el Instituto de Estudios Históricos de la Universidad de Centro-Tandil, las Universidades de Bahía Blanca, del Comahue, Nacional de La Plata, etc.); entes estatales (como el Archivo General de la Nación, el Ministerio de Trabajo, el Archivo Histórico Municipal de la Ciudad de Buenos Aires y otras ciudades del país, etc.), entes internacionales (como la Oficina de la OIT para Argentina, Uruguay y Paraguay) y una cantidad de bibliotecas y archivos personales (como la Biblioteca Ismael Iñigo Carrera, la Biblioteca Domingo Mercante perteneciente a Nicolás Ciarnello, el Archivo del Sindicato de Petroleros administrado por Vilma Paura, la biblioteca socialista de Víctor O. García Costa, etc.).

¹⁶ Asociación Iberoamericana para la Recuperación y Protección de los Archivos de los Trabajadores y sus Organizaciones (AIRPATO), **Documentos de la primera reunión iberoamericana para la recuperación y protección de los archivos de los trabajadores y movimientos sociales**. 1992, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1992, p. 523.



AIRPATO, a pesar de tratarse de un texto consensuado entre instituciones muy diversas, no podía disimular el estado crítico en que se hallaban los archivos obreros y sociales en la Argentina. Ya sea en forma directa o ya en forma indirecta, se hablaba de «dispersión» de las fuentes y de la información, de ausencia de recursos técnicos así como de criterios profesionales en el trabajo archivístico conforme a las normas internacionales, de dificultades para el acceso al patrimonio por parte de la comunidad, de ausencia de redes a nivel local y regional y de falta de «conciencia archivística». Incluso se atrevía a manifestar «la preocupación [...] por las condiciones en que se está haciendo el traslado de materiales a la nueva sede de la Biblioteca Nacional y el destino de las colecciones que la integran».¹⁹

Pero acaso el gran mérito de esta red fue la realización del primer censo de repositorios obreros argentinos, cuyos resultados fueron publicados en un folleto titulado «Bibliotecas y Archivos documentales de los trabajadores argentinos». Según el mismo, para fines de la década de 1990, REMOS había logrado reunir información sobre los fondos obreros de 46 instituciones. Es significativo que muchas instituciones, al llenar la encuesta, dejaran en blanco los casilleros correspondientes a los rubros «Acceso», «Sala de consulta», «Horarios». Otros adherentes a REMOS, alrededor de 80 instituciones, ni siquiera brindaron información acerca de sus fondos. Como se señala en el balance de REMOS ya citado, dado que «la mayor parte de sus integrantes son particulares o pequeños centros de investigación o sindicatos, que no tienen estructura para sistematizar la información, [...] ha sido muy difícil contar con bases de datos y tratar de normalizarlas» (*op. cit.*).

Archivos del poder / archivos de la resistencia

Los primeros años de la década de 1990, cuando los vientos del neoliberalismo azotaban a una clase obrera en retirada y a una izquierda en crisis, constituyeron un marco histórico y político poco propicio para la afirmación de experiencias como AIRPATO o REMOS. La Argentina conocía por esos años índices de desocupación inéditos en su historia, la izquierda se batía en franca retirada y el movimiento de derechos humanos nacido bajo la última dictadura militar no lograba reponerse de un ciclo de declive iniciado en 1987 con la sanción de las leyes de impunidad y acentuado en 1990 con las leyes de indulto decretadas por el entonces presidente Carlos S. Menem. En este marco, la historia obrera que había comenzado a insinuarse en la agenda académica de la posdictadura quedaba reducida a un papel residual, mientras que la historia de las izquierdas no tenía carta de ciudadanía en el mundo universitario. Los archivos obreros o de las izquierdas aparecían entonces como carentes de toda relevancia y solo parecían constituir una carga onerosa para sus depositarios, los antiguos gremios y los viejos partidos en crisis.

¹⁹ «Informe de REMOS ante la Reunión Iberoamericana...», en *Ibid.*, p. 24.

Sin embargo, en los últimos años del siglo pasado y los primeros del presente una serie de circunstancias coincidentes favorecieron la revalorización de las experiencias militantes del pasado y con ellas las políticas de archivo. Acaso la multitudinaria marcha convocada en marzo de 1996 por los organismos de Derechos Humanos con motivo del 20 aniversario del golpe militar puede considerarse como el punto de partida de un nuevo ciclo. Es que, como ha señalado recientemente Daniel James, en años recientes ha eclosionado «lo que podríamos llamar el desarrollo de la cultura de la memoria en la Argentina, relacionado a su vez con un contexto político distinto. La Argentina ha vivido durante la última década su propio auge de la memoria, sobre todo en relación con las víctimas de la dictadura. Ha pasado de una cultura de amnesia oficialmente sancionada, vinculada a los gobiernos de Carlos Menem, a algo parecido a una cultura de duelo oficialmente dirigida bajo el presidente Kirchner. Este desplazamiento se ha reflejado en una explosión de los sitios archivísticos de la memoria —tanto virtuales y con base en Internet como reales—, primordialmente dedicados a la recolección de testimonios orales de los sobrevivientes. Ha habido una creciente intersección de una verdadera fiebre de archivo con lo que se ha denominado ‘era del testigo’ y ‘época del testimonio’».²⁰

En un contexto en que se reabrían las causas judiciales a los responsables del terrorismo de Estado, la sociedad civil recuperaba algunos de los archivos del poder estatal al mismo tiempo que producía nuevas fuentes testimoniales sobre los llamados «años de plomo». Es así que en marzo de 2001 varios organismos de Derechos Humanos conformaron la asociación Memoria Abierta, con el propósito de construir un archivo de testimonios orales sobre el terrorismo de Estado y que luego se extendió a otros proyectos. Paralelamente, en el ámbito de la Provincia de Buenos Aires se conformaba la Comisión Provincial por la Memoria, integrada por destacados miembros de esos mismos organismos, la Comisión tomó a su cargo el ordenamiento y catalogación del archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, «un extenso y pormenorizado registro de la represión política sobre hombres y mujeres a lo largo de medio siglo». La Comisión fue creada en agosto del 2000 y el archivo de la DIPBA fue abierto paulatinamente a la consulta pública a partir del año 2003.

Ahora bien, en los albores de la recuperada democracia argentina, asistimos a la emergencia —como parte de un proceso más vasto de elaboración colectiva de la experiencia traumática de la última dictadura militar— de una importante masa de literatura testimonial acerca de las experiencias de la represión, la cárcel, la tortura, la desaparición y el exilio. El sujeto privilegiado de esta literatura no era tanto el militante como la víctima de la represión ilegal, paraestatal. Si bien está presupuesto que la víctima era un activista político, su experiencia militante sólo podía aparecer en esta literatura de modo sublimado y elíptico.

²⁰ Daniel James, «Fotos y cuentos. Pensando la relación entre historia y memoria en el mundo contemporáneo», en *Políticas de la Memoria* n° 8/9, verano 2009, p. 9.

Sólo recientemente, en el lapso de los últimos diez años, hemos visto emerger un nuevo campo de testimonios, menos centrados en la represión y cada vez más en las propias prácticas militantes de las décadas de 1960 y 1970. La militancia política comienza a recuperar un primer plano y se la puede considerar en su positividad. Aquellos hombres y mujeres cuyos rostros y cuyos nombres a menudo sólo conocíamos como víctimas de la represión militar o paraestatal, a partir (aproximadamente) de 1996 comenzamos a reconocerlos como activos militantes de las izquierdas, con sus siglas, sus periódicos y sus puestos específicos de lucha.

El primer momento tuvo como libro paradigmático el **Nunca más** (1984); el segundo momento, los tres gruesos volúmenes de **La Voluntad** (1997-98).

La eclosión de esta problemática se manifestó antes en el periodismo de investigación que en la historiografía académica. Sin embargo, en este contexto de creciente interés colectivo por las experiencias del pasado reciente, muchos historiadores, sociólogos, politólogos, historiadores del arte y otros científicos sociales, especialmente los de las nuevas generaciones, comienzan a abocarse profesionalmente a la problemática de las experiencias militantes del pasado reciente.

El los últimos años, ese renovado interés por las experiencias militantes del pasado reciente comenzó a proyectarse también sobre un pasado algo más remoto, y temas como la cultura anarquista de comienzos del siglo XX, las vicisitudes de los combatientes argentinos en la guerra civil española, la experiencia del movimiento antifascista o la formación de la «nueva izquierda», ganan progresivamente interés entre los investigadores jóvenes e incluso de los lectores. No sólo se ha ampliado el foco de interés, sino también las perspectivas de estudio, pues los nuevos abordajes no sólo han recuperado el avance que representó la historia social de los años 1960 y 1970, sino también las innovaciones que en tiempos recientes representaron los estudios de género, los estudios culturales, la nueva historia intelectual y la historia de los intelectuales, las nuevas perspectivas que ponen el foco en la relación entre arte y política, o los estudios sobre los procesos de construcción de la memoria y de las identidades colectivas.

En suma, una nueva generación de investigadores, munida de nuevas herramientas teóricas y metodológicas, buscó comprender su presente histórico interrogándose primero sobre lo que ha dado en llamarse el «pasado reciente»; pero no tardó en descubrir que para comprender dicho pasado reciente (digamos el período que va del golpe militar de 1966 a la recuperación democrática de 1983), debía que remontarse, al menos, a un ciclo histórico más extenso, que remitía a 1917, sino a 1890 (por referir dos fechas emblemáticas). No podía desentrañarse el sentido de la llamada «nueva clase obrera» de fines de los años 1960 sin inscribirla en el ciclo de la clase trabajadora argentina abierto a fines del siglo XIX. Asimismo, aunque la llamada «nueva izquierda» de los años '60 y '70 tuviera su punto de partida identitario en su diferenciación con la «vieja izquierda», es ininteligible sin ella. Así como el Movimiento por los Derechos Humanos no nació con la últi-

ma dictadura militar, sino que tiene una extensa historia previa, como atestiguan instituciones como el Socorro Rojo, los Comités por la Libertad de Sacco y Vanzetti, o la sección argentina de la Liga por los Derechos del Hombre.

La experiencia del CeDInCI

El CeDInCI (www.cedinci.org) fue un fruto de este nuevo interés por la historia de los trabajadores, los movimientos sociales y las izquierdas, así como una de las instituciones que lo promovió y lo hizo propicio.

El proyecto nació a mediados de la década de 1990 de la inquietud por la recuperación de archivos y bibliotecas pertenecientes a viejos militantes por parte de un grupo de historiadores que ejercíamos la docencia y la investigación en la Universidad de Buenos Aires. A los historiadores que pensábamos que la agitada trayectoria de los movimientos sociales argentinos y de las corrientes ideológico-políticas que aspiraron a expresarlos y orientarlos, a pesar de las graves derrotas de los años 1970 y 1980, seguían constituyendo un gran estímulo intelectual y político, se nos presentaba un obstáculo insalvable: el del acceso a las fuentes gráficas, orales o fílmicas, a las publicaciones políticas, sindicales y culturales vinculadas a las luchas sociales en la Argentina, o a los fondos de archivo de las instituciones o personales, fuentes todas ellas imprescindibles para nuestra labor. Como queda dicho más arriba, en los archivos y bibliotecas oficiales o universitarios estas fuentes eran escasas, mientras que los archivos y bibliotecas de sindicatos y partidos de izquierda eran por lo general escasamente accesibles para los investigadores. Nos desesperaba la constante evasión de archivos y bibliotecas al exterior del país y mucho más todavía el abandono, el desguase o la pérdida lisa y llana de valiosos repositorios en nuestro propio suelo.

Construir un archivo que reuniera, recuperara y preservara el patrimonio histórico-cultural de las clases subalternas se constituía así en una tarea absolutamente necesaria. Algunos de nosotros habíamos tenido la suerte de conocer algunas instituciones más allá de nuestras fronteras que nos sirvieron como modelo, como el Instituto de Historia Social de Ámsterdam (IISG); la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea (BDIC) de Nanterre; el Instituto Iberoamericano de Berlín (IAI); la Fundación Pablo Iglesias de Madrid y el Archivo Edgar Leuenroth (AEL) de Campinas.

Fue en 1997 que el núcleo fundador resolvió bautizar la nueva institución como Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas.²¹ Con ese nombre se inscribió en abril de 1997 ante la Inspección General de Justicia como asociación civil sin fines de lucro. Entendimos que la expresión «cultura de izquierdas» ampliaba el espectro del centro más allá del mundo del trabajo sin

²¹ Integraron el núcleo inicial Horacio Tarcus, Ana Longoni, Gabriel Rot, Blas de Santos, Roberto Pittaluga, Jorge Cernadas, Irene Muñoz y Alberto Teskiewitz.



dejar de incluirlo, y el plural daba garantías de diversidad política e ideológica. Durante todo el año 1997 hicimos llamamientos, a través de una serie de reuniones, para reunir donaciones de fuentes documentales y contribuciones económicas. A través de una colecta logramos adquirir ese mismo año el fondo documental que sirvió de piedra basal del CeDInCI: la biblioteca, hemeroteca y archivo reunido a lo largo de su vida por el militante José Paniale. En ese fondo se preservaba buena parte de la memoria obrera, anarquista, socialista, comunista y trotskista de la primera mitad del siglo XX argentino, aunque no faltaron tampoco documentos relativos al movimiento de la reforma universitaria, ni los periódicos y boletines antifascistas de los años '30, ni los volantes de la campaña electoral de 1945-46 en las que iba a triunfar el peronismo...

El dinero reunido alcanzó para alquilar una casa en el barrio porteño de Abasto (Sarmiento 3433) y fue acondicionada gracias al trabajo colectivo de muchos amigos. El CeDInCI abrió sus puertas a la consulta pública en abril de 1998 integrando en lo fundamental dos acervos: el fondo Paniale, que reunía sobre todo publicaciones de la primera mitad del siglo XX, y el por mí reunido, que abarcaba fundamentalmente publicaciones de la segunda mitad del siglo XX. En dos años, el Centro logró consolidar un equipo voluntario formado por una decena de catalogadores e investigadores y a partir del año 2000 comenzó a retribuir económicamente, aunque muy modestamente, a sus catalogadores/investigadores. En el año 2002 se mudó a una nueva sede, mucho más amplia, en el barrio porteño de Flores, cedida en comodato por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires en reconocimiento a la labor desempeñada.

Si desde entonces se ha transformado en un centro vivo, activo, en constante crecimiento patrimonial gracias a sus donantes, crecientemente concurrido por investigadores del país y del extranjero (recibiendo alrededor de 15 lectores diarios), es porque ha logrado ofrecer accesibilidad a sus lectores y garantías a sus donantes.

El CeDInCI dispuso desde su fundación la libre consulta de todo su acervo con la única condición de la previa asociación del lector a través de una cuota voluntaria. Desde un principio ofreció asesoramiento a sus lectores al mismo tiempo que elaboró catálogos de su patrimonio que permitieron la autoconsulta. Además, desde el año 2008 está cargando los registros correspondientes a cada uno de sus fondos y de sus colecciones en una base de datos única, accesible en línea (<http://cedinci.no-ip.org/pergamo/opac/cgi-bin/pgopac.cgi?ISRCH>). Para mediados del año 2011 la base contaba ya con cincuenta mil registros.

El CeDInCI propició el renacimiento de una forma de transmisión de la memoria que casi se había extinguido en nuestro país: la del legado. A lo largo de estos once años, varios cientos de viejos militantes políticos, gremiales o estudiantiles, o bien sus descendientes, contribuyeron a completar y enriquecer aquel patrimonio inicial.

Hoy el fondo documental del CeDInCI reúne la mayor colección de materiales sobre la cultura de izquierdas en la Argentina, abarcando las producciones político-culturales de las principales

corrientes políticas del país desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. El arco político atraviesa corrientes tales como: anarquismo, socialismo, sindicalismo, comunismo, trotskismo, maoísmo, guevarismo, nacionalismo revolucionario y toda la familia de la «nueva izquierda».

Por una parte, reúne la mayor biblioteca del país especializada en pensamiento social y político. En total posee más de 30.000 volúmenes organizados temáticamente: Biblioteca marxista (Fondo Alfredo Alonso), Biblioteca Latinoamericana, Biblioteca de Estética y Filosofía Política (Fondo Héctor Raurich), Biblioteca de Pensamiento Argentino, Biblioteca Ruso-soviética, Biblioteca de Literatura Social, Biblioteca del Movimiento Obrero y la Guerra Civil Española, Biblioteca de Mujeres, Biblioteca de Arte, Cine y Teatro políticos y Biblioteca de Referencia.

Además, en el año 2011 recibió alrededor de diez mil volúmenes que constituían la biblioteca personal del filósofo argentino José Szabón, que en este momento están en proceso de catalogación.

Su Hemeroteca consta de:

- 1800 colecciones de revistas y periódicos políticos argentinos, desde **La Protesta** (anarquista) y **La Vanguardia** (socialista) hasta las publicaciones de la izquierda actual;
- 1600 colecciones de revistas culturales argentinas y 50 colecciones de folletos seriados, entre las que se destacan **El Mercurio de América**, **Revista de Filosofía**, **Síntesis**, **Sur**, **Davar**, **Punto de Vista**, entre otras;
- 1000 colecciones de revistas y periódicos de las izquierdas del mundo, sobre todo Europa y América Latina (como *Amauta* de Lima, **Le Devenir Social** de París, **Critica Sociale** de Roma, **Tierra y Libertad** de Barcelona, **Die Kommunistische Internationale** de Moscú, o **Casa de las Américas** de La Habana);
- 800 colecciones de periódicos del movimiento obrero argentino y de otros movimientos sociales (mujeres, estudiantes, etc.);
- 1.000 colecciones de publicaciones políticas y gremiales del resto del mundo.

Sus fondos audiovisuales están compuestos por:

- 5000 fotografías;
- 1000 afiches políticos;
- discos de pasta y 200 discos de vinilo con registros de voces de dirigentes políticos, marchas partidarias y «canciones de protesta» de los años 1960 y 1970.

Sus fondos de archivo se componen del siguiente modo:

- 36 fondos personales de dirigentes, militantes y escritores, como José Ingenieros, Nicolás Repetto, Juan Antonio Solari, Samuel Glusberg, Héctor P. Agosti, Milcíades Peña, Salvadora Medina Onrubia, entre otros, que suman más de 30.000 cartas, manuscritos y papeles personales;²²

²² Adriana Petra, «Los documentos particulares como fuentes históricas: la experiencia del CeDInCI con los fondos de archivo de las izquierdas argentinas», en **Políticas de la Memoria** n° 6/7, p. 206 y ss.

- Millares de folletos, volantes, documentos partidarios y recortes de prensa de organizaciones políticas y sociales. El Inventario de sus 36 archivos particulares y colecciones fotográficas y audiovisuales puede consultarse en: <http://www.cedin-ci.org/archivo.htm#>

Consciente de que un Centro de Documentación no es sólo un reservorio documental, el CeDInCI ha promovido en estos once años de vida toda una serie de iniciativas relativas a la socialización de sus fuentes, la investigación y el debate.

Por una parte, llevó a cabo un trabajo sistemático de microfilmación y digitalización, cumpliendo con una tarea de preservación pero también de socialización, pues gracias a la reproducción fotográfica o digital de muchas de sus valiosas colecciones no solamente se han preservado del deterioro y de la manipulación, sino que además se encuentran disponibles en otras bibliotecas y centros de documentación del mundo. El CeDInCI llevó a cabo hasta el presente cuatro proyectos de microfilmación que totalizan más de 200 rollos de microfilm, contando sobre todo con el apoyo de Universidad de Harvard, Latin American Microform Project (LAMP), Instituto Iberoamericano de Berlín (IAI) y Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea de Nanterre (BDIC).

Además, ha digitalizado y puesto a disposición de sus lectores y del público en general en formato CD, varias colecciones de revistas de muy difícil acceso, tales como **Certamen Internacional de La Protesta** (1927), **Contorno** (1953-1959), **Pasado y Presente** (1963-1973) y **Cristianismo y Revolución** (1966-1971).

El CeDInCI ha promovido la investigación y el debate mediante la organización de cursos y conferencias, así como con la realización bianual de las Jornadas de Historia de las Izquierdas (años 2000, 2002, 2005 y 2007). Tanto las IIIas. jornadas (consagradas a «los exilios latinoamericanos») como las IVas. («la prensa política y las revistas latinoamericanas») han convocado a numerosos investigadores no solo de Buenos Aires sino también del interior del país y de América Latina. En noviembre de 2011 ha convocado a las Vas. Jornadas, bautizadas como «José Ingenieros y sus mundos». Sus actas se editan en CD-rom.

Ha participado también activamente, junto a otras instituciones amigas, de la organización de las sucesivas Jornadas sobre Historia Reciente, de las las. Jornadas de Pensamiento Crítico José Sazbón (Rosario, 2010), 1^{er} Jornadas Internacionales José Aricó (Córdoba, 2011) y ha propiciado por tres años consecutivos el Encuentro de investigadores sobre anarquismo (2009, 2010 y 2011). Además, desde el año 2009 funciona en su seno un Seminario de Historia intelectual que reúne mensualmente una docena de investigadores.

En el año 1998 lanzó un boletín de informaciones, **Políticas de la Memoria**, que en el n° 3 se transformó en revista y aparece como anuario de investigaciones e informaciones del CeDInCI. Allí se publican ensayos, debates, investigaciones y se reproducen antiguas fuentes documentales.

Lanzó sus propias colecciones de libros bajo el sello CeDInCI editores, que comenzaron en el año 2006 con el libro de Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga (comps.), **Historia, memoria y fuentes orales**. En el año 2007 apareció una antología de la prensa antifascista: Andrés Bisso (comp.), **El antifascismo argentino**. El año siguiente apareció en la misma serie y en coedición con el Instituto Iberoamericano de Berlín el volumen: Sandra Carreras, Horacio Tarcus, Jessica Zeller (eds.), **Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino, Antología del Vorwärts (1886 - 1901)**. También en el 2008 apareció, en coedición con la Academia Argentina de Letras, un volumen conteniendo una edición digital facsimilar, un estudio introductorio y un índice de la revista anarquista **Martín Fierro** (1904-1905). Parte del acervo visual del CeDInCI fue reunido en el volumen **Gráfica política de izquierda**, editado por La Marca Editores en el año 2005. Además, muchos integrantes del equipo del CeDInCI colaboraron en una obra en la que trabajé durante varios años, entendiéndolo que era una herramienta insustituible para una labor como la nuestra. Me refiero al **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda». 1870-1976**, el primero en su género en América Latina.

El CeDInCI ha publicado, además, cuatro catálogos con sus fondos documentales: **Catálogo de publicaciones políticas argentinas; Catálogo de publicaciones de los movimientos sociales de la Argentina y el mundo; Catálogo de publicaciones culturales argentinas y Los socialistas argentinos a través de su correspondencia**.

En suma, CeDInCI nació como un proyecto independiente, autofinanciado a través de los aportes voluntarios de sus socios y mediante la constante presentación de proyectos de catalogación, microfilmación o edición. Ha logrado sumar a los apoyos recibidos de parte de las instituciones del propio país —Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Ministerio de Ciencia y Técnica de la Nación, Secretaría de Cultura de la Nación, Fondo Metropolitano de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, Fundación Antorchas, Centro de Estudios Históricos e Información «Parque de España» —; una aceitada red de vínculos con instituciones del exterior (Universidad de Harvard, LAMP, SEPHIS, Instituto Iberoamericano de Berlín, Bibliothéque de Documentation Internationale Contemporaine, Fundación Ford).

En 1999 el CeDInCI fue declarado de «interés de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires». Desde 2006 fue designado como lugar de trabajo de CONICET y alberga investigadores y becarios en las áreas de Ciencias Sociales y Humanidades. Desde el año 2006 el CeDInCI es miembro de IALHI (International Association of Labour History Institutions, www.ialhi.org) y ha participado en varias de sus convenciones anuales.

Pero probablemente fue en junio de 2010 que el CeDInCI recibió el mayor reconocimiento de toda su historia: en esa fecha suscribió un acuerdo con la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) mediante el cual se constituyó en una unidad académica de esa prestigiosa casa de estudios.

Finalmente, pero no menos importante, quisiera destacar que el



CeDInCI trabaja incansablemente en la *creación de una conciencia cívica* acerca del valor público de estos acervos, de la necesidad de que no se desguasen ni se enajenen. A través de artículos en su revista, de cursos y conferencias, o de cartas de lectores y de ensayos en los diarios, se dirige a funcionarios públicos y a la población en general buscando contribuir a una cultura de la preservación, de la recuperación, de la valorización de este patrimonio. Contra la opacidad de las instituciones, fomenta la transparencia: la ciudadanía tiene *derecho* a saber qué fuentes atesoran sus instituciones. Contra el espíritu corporativo, la «apropiación» institucional y la «privatización» patrimonial, viene abogando por el libre acceso a catálogos y fuentes, atendiendo no sólo a las necesidades del investigador, sino incluso al derecho de la ciudadanía a la información. Si es cierto aquello de que el acceso de la ciudadanía a los archivos y bibliotecas públicos es un índice de su calidad democrática, habría que concluir que la Argentina es uno de los países menos democráticos de la región.

Comencé este texto señalando que el problema de los archivos y las bibliotecas argentinas no era exclusiva y decisivamente presupuestario. Decía, pues, que era más grave: un problema de subdesarrollo cultural. La experiencia de once años de CeDInCI prueba que se puede hacer mucho en este terreno con escasos recursos económicos y apenas una decena de profesionales capacitados y dispuestos. Si las instituciones públicas visualizaran, como hicimos los que creamos el CeDInCI, el valor histórico de este patrimonio, podrían, también, generar la confianza necesaria para restablecer el espíritu de legado, y enriquecerse no sólo mediante compras sino a su vez a través de donaciones. Como nosotros, las bibliotecas y archivos del Estado podrían establecer proyectos conjuntos de microfilmación o digitalización con instituciones del exterior del país, por los cuales éstas afrontarían los costos a cambio de llevarse una copia, lo que permitiría a las instituciones argentinas preservar los originales, contar con una copia digitalizada y al mismo tiempo obtener los fondos para financiar el trabajo. Los recursos alternativos podrían ser muchos, pero sólo una conciencia y una voluntad colectivas que asuman, con espíritu benjaminiano, aquello de que «el patrimonio está en peligro», podrán generar nuevos pactos entre donantes y donatarios, coleccionistas e investigadores, instituciones locales y del exterior, con el objetivo de frenar la enajenación y la privatización de nuestro patrimonio archivístico y sentar las bases de un nuevo ciclo en la historia bibliotecológica y archivística de la Argentina.

“Las ideas fuera de lugar”, todavía

Las V Jornadas de Historia de las Izquierdas del CeDInCI, realizadas en noviembre de 2009 en Buenos Aires, tuvieron esta vez como eje convocante un tema crucial en la historia de los procesos culturales latinoamericanos: «¿Las ideas fuera de lugar? El problema de la recepción y circulación de ideas en América Latina». El título mismo remitía y a la vez homenajeaba a un texto ya clásico de la historia intelectual latinoamericana: «As idéias fora do lugar» (1973), del crítico brasileño Roberto Schwarz. Las Jornadas convocaron a más de cien investigadores de distintas disciplinas y países del continente para discutir sobre la recepción y circulación de ideas poniendo de manifiesto, como señaló Mariana Canavese en una reseña del evento en el suplemento **Ñ**, «al menos dos cosas: la creciente presencia de estudios sobre la apropiación y los usos locales de ideas producidas en otros contextos, y un suelo común abonado por la renuncia a juzgar la fidelidad de las lecturas en relación a las elaboraciones ‘originales’ y por la restitución del rol activo del lector; premisas remotas para las tesis de la objetividad textual y los discursos de las influencias, y que buscan zanjar las tradicionales explicaciones dualistas que oponen original a copia, metrópolis a colonia, desarrollo a subdesarrollo, etc., dejándole a América Latina un papel de mera receptora de ideas ajenas».

Si desde esa perspectiva las Jornadas cumplieron con creces sus propósitos, la mesa final, en la que participó el propio Schwarz —flanqueado por Carlos Altamirano, María Elisa Cevasco, Alejandra Mailhe y Horacio Tarcus— representó un lujoso e inmejorable cierre. Allí el crítico brasileño volvió sobre su texto de 1973, los malentendidos y debates que generó, y la actualidad de su problemática en la América Latina de inicios del siglo XXI. **Políticas de la Memoria** se enorgullece de poner a disposición de sus lectores la intervención de Schwarz —que actualiza y afina una de las más sofisticadas e incisivas tomas de posición frente al nacionalismo cultural de tan extendida y empobrecedora presencia en el continente—, precedida de una certera ubicación del renombrado ensayo que Cevasco preparó para la ocasión. Roberto Schwarz (Viena, 1938) fue profesor de Teoría Literaria en la Universidad de San Pablo (USP) y



luego en la Universidad de Campinas (UNICAMP). En 1958-59 participó del célebre *Seminario Marx*, junto a figuras como Fernando Henrique Cardoso, Francisco Weffort, Octavio Ianni y Michael Löwy. Autor de estudios sobre Kafka, Brecht, Oswald de Andrade y Chico Buarque, parte sustancial de su producción y de sus reflexiones han girado en torno a la obra de Machado de Assis. Publicó, entre otros, **A Sereia e o Desconfiado** (1965), **Ao Vencedor as Batatas: Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro** (1977), **Um Mestre na Periferia do Capitalismo: Machado de Assis** (1990), y **Misplaced Ideas: Essays on Brazilian Culture** (1992). María Elisa Cevasco, profesora de la USP, es conocida entre nosotros sobre todo por la edición castellana de **Para leer a Raymond Williams** (UNQ, 2003).

El significado de las “ideas fuera de lugar”

María Elisa Cevasco

El ensayo «A idéias fora do lugar» es el primer gran paso del trayecto intelectual de Roberto Schwarz, y marca un momento de florecimiento del pensamiento dialéctico en el Brasil. Como se sabe, la tradición de la crítica cultural dialéctica tuvo su primer gran momento en la obra de Antonio Candido (1918), a la que Schwarz va a dar continuidad y amplitud. Quiero hablar del ensayo en tres momentos: el de su publicación, los años 1990 y el presente.

El texto fue publicado en 1973, en la revista **Estudos CEBRAP**. Como han de recordar, se trata del primer ensayo dentro del prolongado asedio a través del cual Schwarz va a demostrar que Machado de Assis configura un punto de vista productivo para mirar, con los lentes de la crítica cultural, el capítulo brasileño de la historia de la modernización capitalista.

En este primer estudio ya están presentes las características fundamentales de ese proyecto. El ensayo parte de la intuición, que todos tenemos, del carácter postizo de las ideas en Brasil. Examina cómo ese rasgo se configura en el siglo XIX como uno de los resultados del desacople entre la doctrina más prestigiosa en los nuevos países de América Latina: el liberalismo europeo —y las nociones de libertad individual, trabajo libre, igualdad ante la ley, etc.—, y la vida real en un país en el que la economía estaba basada en el esclavismo. Ese desacople estructural es formador de la comedia ideológica que caracteriza al Brasil y nos molesta a todos, progresistas y conservadores.

Schwarz busca el fundamento de ese desfasaje —que no es exclusivo del Brasil— en el hecho que lo causa, las relaciones de producción, y sostiene que ellas muestran que las nociones de centro y periferia esconden su interdependencia (para dar sólo un ejemplo de la época de Machado: el esclavismo, abominación nacional, era una iniciativa comercial del capitalismo, abominación internacional). En el ensayo, Schwarz examina cómo esas relaciones de producción determinan la estructura social. En el

siglo XIX en el Brasil había tres clases sociales: los propietarios, los esclavos y los hombres denominados libres que dependían en todo de los propietarios, haciendo que las relaciones de favor dominasen la vida nacional. La relación de favor no soporta ni un minuto la ideología de la igualdad entre los hombres. Pues bien: en la esfera de la cultura, esta situación produjo un malestar, el de no poder representarse a través de las nociones disponibles. El choque entre las ideas importadas de una Europa liberal y nuestra realidad tiene como uno de sus resultados que en América Latina las ideas giran en falso, con interesantísimas consecuencias. Machado es el primer escritor brasileño que encuentra la forma literaria capaz de dar expresión a esta situación específica.

El ensayo de Schwarz tenía como primer propósito reconstruir el suelo histórico en el que se va a apoyar la obra de Machado, pero de hecho tuvo muchas otras implicancias. La principal es que pone fin a las explicaciones dualistas sobre el Brasil. Específicamente, en el campo de la historia de las ideas pone fin a la querrela sostenida por los partidarios de las explicaciones basadas en dualismos (la perenne discusión copia vs. original es la expresión cultural de una dicotomía que atraviesa otras esferas: metrópolis vs. colonia, atraso vs. progreso, desarrollo vs. subdesarrollo, hegemonía vs. dependencia). En su texto Schwarz señala cómo la coexistencia de esclavismo y liberalismo no es una excepción respecto de una normalidad que un día sería necesario alcanzar. En el sistema en que vivimos, toda superación supone permanencia, y todo cambio conlleva asimismo repeticiones. La llamada originalidad brasileña resulta así un ejemplo del desarrollo desigual pero combinado del capitalismo. Pues bien: el sólo hecho de haber aclarado de una vez por todas (aunque ciertamente con cada generación el tema retorna), que la modernización siempre conlleva la reposición del retraso, y que ello no es mala suerte o falta de desarrollo, sino una característica estructural de un sistema que genera exclusión, ya hace del texto de Schwarz uno de los más importantes de la producción brasileña.

Pero hay más. El ensayo presenta una rigurosa revisión y una pertinente renovación de categorías: una de las más productivas es la noción de ideología de segundo grado, que abre la posibilidad de comprender la historia mundial a partir de ese funcionamiento peculiar. En sus lugares de origen, las ideologías por lo menos describen la apariencia, mientras que aquí no la describen siquiera falsamente, y no gravitan según una ley que les sea propia. Esa situación las hace risibles. Claro que en la medida en que aparecen ridiculizadas, esas ideologías pueden dejar de engañar. Pueden, también, mostrar sus límites. En manos de maestros como Machado o Dostoievski, esa confrontación entre ideas y lugar social acaba por posibilitar la aparición de un «criterio para medir el desvarío del progresismo y del individualismo que el Occidente imponía e impone al mundo».¹ En otras palabras, examinada en países de modernizaciones truncas, la ideología maestra del Occidente, el progreso, tiene otro ritmo, un ritmo que puede ser avistado y escrutado por la crítica cultural.

En este capítulo de las determinaciones de orden más general, el ensayo abre una perspectiva de interrogación de un gran número de certidumbres. Por caso, dado que las ideas universales —el liberalismo en el caso del tiempo de Machado— no funcionan aquí de la misma manera, su pretensión de universalidad se ve abortada. Segundo, la convivencia de los contrarios, en el caso del esclavismo y el orden asalariado del mundo burgués, dice mucho de su interpenetración. De hecho, en este aspecto Brasil muchas veces prueba que al progreso, el otro nombre de la modernización capitalista, le es inherente la exclusión social. Las ilusiones de superación estallan en el reverso de cada avance histórico. Uno de los motores de esas ilusiones es justamente la imagen de los modelos de afuera, que nos da una idea de nación que no nos describe, pero que nos hace suponer que basta con hacer un esfuerzo histórico para poder, finalmente, entrar al concierto de las naciones y tener todo lo que esos modelos tienen. Claro que la división internacional del trabajo nos recuerda siempre la imposibilidad de esas ilusiones, en la medida en que es el horizonte máximo de expectativas que el sistema puede ofrecer. Todos queremos el progreso, pero pocos nos detenemos a preguntarnos ‘progreso para quién o de qué’. Embarcarse en el barco con agujeros del «ahora por fin vamos» equivale siempre a comprar el sistema por el precio por el cual se vende, e impide que se interroge el orden que genera el problema y hace agujeros en el proceso mismo de su producción y reproducción, en todo y cualquier barco.

Con esto llego a mi segundo momento: los años 1990, cuando nuevamente se plantea con fuerza la ideología de que íbamos a llegar a integrarnos en el admirable Mundo Nuevo de la globalización. En Brasil son años de intensos esfuerzos para, finalmente, modernizarnos. En la esfera de la cultura, vale la pena recordar que las palabras clave del nuevo orden mundial eran diversidad, pluralismo, hibridización, transculturación. Por un lado, este optimismo del intelecto describe, para seguir hablando como Schwarz,

la apariencia de la realidad: hay un gran flujo de comunicación entre los países, se traducen más libros al inglés, y hasta en el campo del enemigo, el cine, podemos competir. Este mercado ampliado condujo a muchos a pensar que no iba a haber más dominación sino hibridización (¡siempre me da ganas de preguntar a los aztecas o a los mayas qué les parece la hibridización!). En este contexto el ensayo de Schwarz adquiere una mayor relevancia. Aprendimos con él que la modernización capitalista necesariamente excluye. En su formulación, hay que tener siempre en cuenta que en los países creados por la descolonización vivimos en un «espacio diverso pero no ajeno»,² un espacio en que las categorías plasmadas en los países centrales no se aplican con propiedad ni pueden dejar de ser aplicadas: giran en falso, aunque sean obligatorias. El espacio es diverso porque la colonización obviamente no creó sociedades semejantes a las de las metrópolis, ni la ulterior división internacional del trabajo construyó igualdad. Pero se trata de un espacio del mismo orden, pues también es comandado por la dinámica abarcadora del capital. Una vez que se miran las relaciones reales, ideas como las de los ideólogos de una mezcla híbrida, capaz de reemplazar las relaciones reales de dominación, parecen poco verosímiles. Cito uno de esos ideólogos para que veamos qué sucedió con la hibridización. En un texto de 1992, se nos dice que los intercambios y los contactos posibilitados por la globalización son «progresistas y saludables» y dan impulso a la proliferación de nuevas culturas. Las viejas ideas de dominación e imposición no se aplicarían a este nuevo cuadro:

La densa red de decisiones culturales y económicas lleva a asimetrías entre los productores y los consumidores y entre los diversos públicos. Pero estas desigualdades no son casi nunca impuestas de arriba hacia abajo como quieren los que establecen oposiciones maniqueístas entre clases dominantes y dominadas, o entre países del centro y de la periferia.³

Si todos hubiésemos efectivamente aprendido con las ideas fuera del lugar, sería menos común tener evaluaciones que separan de forma tan radical la cultura de las condiciones materiales. Creo que con el debate sobre la globalización quedó más claro el aporte del pensamiento de Schwarz. Si permanecemos en el primer nivel, vale destacar que el debate de los años ‘90 entre autonomía cultural o integración a la cultura internacional del consumo —que muchas veces llegaba en la pregunta de si debíamos integrarnos a la cultura global o luchar por mantener una hipotética cultura nacional—, es una versión del viejo dualismo entre imitación o cultura original. Como antes, aunque sea inevitable el debate también hoy carece de sentido, en la medida en que presupone que se puede elegir sin tener en cuenta la fuerza de un sistema que se impone por todo el globo. En este contexto, ideas como hibridización son, en la mejor de las hipótesis, *wish fulfillment*.

¹ Roberto Schwarz, «As Idéias fora do Lugar», en **Ao Vencedor as Batatas: Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro**, São Paulo, Livraria Duas Cidades, 1977, p. 23.

² Roberto Schwarz, «Um Seminário de Marx», en **Sequências Brasileiras**, São Paulo, Companhia das Letras, 1999, p. 95.

³ Nestor García Canclini, «Cultural Reconversion», en George Yúdice, Jean Franco y Juan Flores (eds.), **On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture**, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, p. 34.

Para terminar, quiero retomar las ideas fuera de lugar como ideología de segundo grado. Lógicamente Schwarz sabe que en el centro donde son producidas esas ideologías son falsas, aunque allá, por lo menos, y tal como vimos, describen la apariencia de la realidad. Pero como ideologías de segundo grado, su funcionamiento en la periferia nos debería enseñar a no engañarnos con ellas. Se trata del privilegio epistemológico si no de toda la crítica en la periferia, sí de la visión materialista que verifica cómo efectivamente ocurre la mediación entre la totalidad sociohistórica y los niveles culturales y políticos.

Quiero concluir con un ejemplo de cómo la teoría de las ideas fuera de lugar nos permite entender mejor el funcionamiento real del sistema, a través del caso de una novela publicada en 2009 por Chico Buarque de Hollanda. Como se sabe, es uno de los mejores compositores de la música popular brasileña, y **Leche Derramada** es su cuarta novela. Siempre según la lectura de Schwarz, retrata un punto de llegada de las teorías de la modernización capitalista percibido desde su periferia. Como Machado, de quien hay muchos ecos en la novela, Chico Buarque logró dar materialización artística a las peculiaridades de la vida social del Brasil. El narrador de **Leche Derramada**, un anciano de 100 años, proviene de una familia que llegó al país en la primera década del siglo XIX. Los Assumpção pasan de amigos del rey a barones negreros, y de allí a aprovechadores del abolicionismo y traficantes de influencias en la República, la trayectoria típica de las elites de Brasil. Según la narración de Eulalio, la familia está en decadencia. Él mismo se casó con una chica morena, demasiado morena para los patrones racistas de su familia que, como tantas en Brasil, es racista aunque haya experimentado varios procesos de mezcla. Como el héroe de Machado, Don Casmurro, Eulalio está celoso de la mujer, que lo abandona con una hija chiquita. En el tiempo de la narración, el narrador tiene un nieto traficante de drogas, vive en la periferia de Río de Janeiro, cerca de una iglesia evangélica, y está internado en uno de los hospitales que testimonian el fracaso del Estado de Bienestar en Brasil. Desde el punto de vista de la narrativa las cosas no cambiaron mucho, ya que el abuelo del traficante de drogas de hoy es bisnieto del traficante de esclavos de ayer. Como en Machado, el narrador se expone y deja ver la latitud permitida en países donde la norma civilizada convive con la ausencia de garantías civiles.

La trayectoria de Eulalio Assumpção y su historia familiar ponen en tela de juicio el actual capítulo de la modernización capitalista donde las cosas, como diría el héroe de Lampedusa, cambian para permanecer como están. Concluye Schwarz: «Es como si el presente continuase la informalidad del pasado patriarcal, multiplicándola por mil, dándole una escala de masas, para mejor o para peor. Puede ser que sea ésta la «leche derramada» que no permite llorar: persistió la desigualdad, desaparecieron el decoro y la autoridad bien vestida, y no se instalaron el derecho y la ley. Esto es lo que hay en el intervalo entre antes y lo que ahora se llama modernización sin revolución burguesa.»⁴

⁴ Roberto Schwarz, «Brincalhão mas não Ingênuo», **Folha de São Paulo**, 28 de marzo de 2009, p. 9.

El resultado de este proceso histórico es lo que nos toca vivir, mientras sigamos bajo un régimen donde las ideas tienen que estar, necesariamente, siempre fuera de lugar.



IV INTERNACIONAL presenta

CORRERÍAS del PIBE ALTAMIRA

EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN

en

"LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA"

una historieta de ANDRE MALRAUX

con la participación especial de JAVIER BARDEM como Enrique Lister

CARY COOPER ALFREDO MAYO PEPE WERMUS

1938, RIO Ebro, EL ÚLTIMO ESFUERZO REPUBLICANO.

COMANDANTE LÍSTER, EL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS "GARIBALDI" DE LA XII SE HA QUEDADO SIN MUNICIONES. ENVÍELES TODO NUESTRO PARQUE AL FRENTE, ENTONCES

EH... ¿Y CON QUÉ PELEAREMOS NOSOTROS?

CON LAS MANOS Y HASTA LA MUERTE, COMO HA PEDIDO EL PRESIDENTE NEGRO EN DESDE FRANCIA

PIBE ALTAMIRA, TOMA, LLÉVALE NUESTRO PARQUE A LA BRIGADA "GARIBALDI" EN EL FRENTE, SON ÓRDENES DEL P.C.E.

PERO YO SOY DEL P.O.U.M., SOMOS ENEMIGOS.

NO IMPORTA, HIJO, YO SOY ANARQUISTA. LA PRIORIDAD AHORA ES VENCER AL FASCISMO, LUEGO NOS MATAMOS ENTRE NOSOTROS.

— ¿Y CÓMO ENCUENTRO A LA BRIGADA "GARIBALDI" EN EL FRENTE?

— ¡PDS, SON LOS QUE HABLAN ITALIANO, TÍO!

PVF, PVF

¡ATENZIONE, ATENZIONE!

ATENZIONE, STANDO QUESTA BRIGATA SENZA MUNIZIONE, QUESTA SONO GLI INTRUZIONI DEL DUCE:

- I. SCHERZO DI PANICO E GRITO PATRIÓTICO
- II. ANDANTINO E FUGA A UNO REFUGGIO SICURO
- III. ADAGGIO ANGUSTIOSO E INCOMENDAZIONI A DIO
- IV. GRAN FINALE, ASPETANDO QUI LA LUFTWAFFE ARRIVE A SALVARNO IL OGETE

¿CAPITO?

DISCULPE, ¿USTED ES ITALIANO?

CON SICUREZZA

ESTO ES PARA USTED

¡AH, LA FAMOSA QUINTA COLUMNA! GRAZIE

ME DIERON LA "CROZ ROJA DEL MÉRITO MILITAR", DEBE SER ALGUNA CONDECORACIÓN SOCIALISTA.

Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después

Roberto Schwarz

Antes que nada quiero agradecer a Horacio Tarcus por la organización de esta mesa, que me hace feliz, y por la invitación para venir a Buenos Aires a participar de ella. Seré breve, porque creo que mi papel aquí es más el de oír que el de hablar.

Como mi ensayo sobre «Las ideas fuera de lugar» —que es el tema de nuestro encuentro— dio margen a equívocos, tal vez valga la pena comentar algunos de ellos. El principal malentendido nació del propio título. Por un lado, fue un título afortunado, pues la fórmula se comunicó con la imaginación de la gente y se hizo famosa; por otro, es verdad también que complicó bastante, pues fijó la discusión en un falso problema, o, mejor dicho, en el problema que precisamente el ensayo procuraba superar.

Todavía hoy, aquí o allá, a menudo se me pregunta si la idea A o B no estarán fuera de lugar. Otras veces me invitan a contribuir a que las ideas sean puestas en su debido lugar. Ahora bien, es claro que nunca se me ocurrió que las ideas en el Brasil estuviesen en el lugar equivocado, ni tampoco que estuviesen en el lugar correcto, y mucho menos aún que yo pudiese corregir su localización —tal como el título sugirió a muchos lectores. Las ideas funcionan diferente según las circunstancias. Aún aquellas que parecen más dislocadas, no dejan de estar en su lugar si se toma otro punto de vista. Digamos entonces que el título en este caso pretendió registrar una impresión, de las más difundidas en el país y tal vez en el continente —la impresión de que nuestras ideas, en particular las ideas adelantadas, no corresponden a la realidad local—, pero de ningún modo expresaba la opinión del autor.

En realidad, la convicción de que las ideas avanzadas de Europa están fuera de lugar en la atrasada sociedad brasilera no tiene nada de nueva: por el contrario, es uno de los pilares del pensamiento conservador brasilero. Desde la Independencia en 1822 —que como ustedes saben no abolió el trabajo esclavo instituido durante la Colonia—, los beneficiarios del orden esclavista opinaban que las nuevas ideas europeas, relacionadas al trabajo

libre, a la igualdad ante la ley y a la autonomía del individuo, no tenían cabida en nuestro país. La misma Constitución, relativamente liberal, que acompañó la Independencia, era percibida como un cuerpo extraño. Como escribí en 1840 un poeta romántico y político importante: «Extranjeras son nuestras instituciones, mal e intempestivamente injertadas, contrarias a nuestras costumbres y tendencias naturales, y en desacuerdo con la inmensidad de un territorio inculto y con diferencias inconciliables de clases». También en el siglo XX fue común la misma sensación de que los avances europeos o norteamericanos en materia de derechos sociales, de costumbres o de arte moderno serían absurdos en el país, una especie de copia importada, desprovista de criterio, incompatible con nuestras características auténticas.

Siendo así, no tendría sentido que a comienzos de los años 1970 un crítico literario de izquierda, opuesto a las mitologías nacionalistas, viniese a repetir uno de los peores lugares comunes del nacionalismo conservador. Y de hecho, el problema del ensayo —al cual el título aludía irónicamente, como una dramatización— era otro: se trataba de esclarecer las razones históricas, los motivos por los cuales las ideas y las formas nuevas, indispensables para la modernización del país, causaban no obstante una innegable sensación de extrañeza y artificialidad, incluso entre sus admiradores y adeptos. Como explica una formulación clásica de un escritor libre de nostalgias, que sintonizaba con la revolución modernista, Sergio Buarque de Hollanda: «Trayendo de países distantes nuestras formas de vida, nuestras instituciones y nuestra visión del mundo e insistiendo en mantener todo eso en un ambiente muchas veces desfavorable y hostil, somos unos desterrados en nuestra tierra». Si «nuestra tierra» aquí es entendida como una alusión a la geografía y al clima, estamos ante un determinismo antiguo para el cual la organización europea de la vida resultará siempre extranjera en el trópico. Pero si entendemos la expresión en sentido coloquial, como la designación de una localidad históricamente formada, los «desterrados en nuestra tierra» serán seres divididos entre las realidades de la existencia



local y las realidades de los países-ejemplo en los cuales buscan —sus, nuestros— modelos de vida.

En resumen, el objetivo del ensayo no fue afirmar, por enésima vez, que las instituciones e ideas progresistas de Occidente son extranjeras y postizas en nuestros países, sino discutir las razones por las cuales tanta gente piensa que es así. ¿De dónde salía ese sentimiento de inadecuación, de impotencia o de inapetencia por el progreso? Así, pues, cuando algunos críticos me atribuían la tesis de que las ideas liberales en el Brasil están fuera de lugar, erraban el blanco. La convicción no era mía, era un hecho social de existencia indiscutible, ampliamente documentado a lo largo de más de un siglo y medio de vida nacional al punto de configurar una ideología influyente que traté justamente de analizar. La reflexión sobre este asunto me condujo a la historia, en sus grandes líneas.

Sumariamente diré que la causa del malestar ideológico mencionado se encuentra en el propio proceso internacional iniciado con la descolonización, o —cambiando de ángulo—, iniciado con la Independencia. Como todos saben, la Independencia se apoyó en ideas e instituciones liberales variadas, de inspiración europea y norteamericana, al mismo tiempo que conservó —como no podía ser de otra manera— mucho de las formas económicas de la Colonia, que así se volvían elementos condenados pero reales del orden contemporáneo. Para decirlo de otro modo, las nuevas elites nacionales, cuya identidad se configuraba asumiendo el liberalismo y las aspiraciones de civilización y modernidad, buscaban integrarse al concierto de las naciones modernas mediante la continuación e incluso la profundización de las formas de explotación colonial del trabajo, aquellas mismas que el ideario liberal debería suprimir. En lugar de la superación, la permanencia indecorosa, pero ahora como parte de la nueva patria y su progreso. La paradoja resultaba clamorosa en el Brasil, donde el trabajo esclavo y el tráfico negrero no sólo no fueron abolidos, sino que prosperaron notablemente durante la primera mitad del siglo XIX.

De este modo, el entrelazamiento cotidiano de las ideas modernas y del complejo de relaciones sociales ligados a la esclavitud era un hecho de estructura, tanto de la vida nacional como de la nueva división internacional del trabajo o del propio orden internacional en tren de implantarse. Las ex-colonias querían ser, pero no eran, naciones como las otras que les servían de ejemplo. La diferencia no era un vestigio del pasado en vías de desaparecer ni un accidente, sino un rasgo estable y poderoso de la actualidad. Un rasgo con mucho futuro por delante, y que exigía interpretación. Se trataba de una comedia ideológica original, diferente de la europea, con humillaciones, contradicciones y verdades propias, y que no concernía sólo al Brasil sino al conjunto de la sociedad contemporánea de la cual dicha comedia era una parte tan remota cuanto estructural. Las implicancias de esta situación llevan lejos. Voy a limitarme enseguida a señalar algunas, un poco al azar.

Digamos entonces que la posición perfectamente adecuada o escandalosamente inadecuada de las ideas modernas en el Brasil —según sea el punto de vista— configura una ambigüedad, que por un lado es una aberración local pero, por otro, participa del

presente mundial, de cuyo orden deriva más o menos directamente. Vale la pena insistir en esta doble inscripción, pues ella está preñada de consecuencias. Ustedes habrán notado que nuestra explicación partió de una peculiaridad corriente del país, que lo singulariza, para pasar enseguida al movimiento contemporáneo del mundo. Si es llevado a cabo de manera convincente, este procedimiento —que es la dialéctica en acto— tiene el mérito de superar el abismo entre la singularidad nacional y el rumbo general del presente. Su ventaja para la reflexión estética es obvia, pues aconseja entender el dato local como parte de la actualidad en sentido amplio, y no como nota pintoresca de interés tan sólo provinciano. En este sentido la dialéctica desprovincializa y desaliena nuestras historias —y nuestras literaturas— nacionales. Repasando lo expuesto, el punto de observación remite a un horizonte local, pero el horizonte último del análisis es globalizador e ironiza acerca de las limitaciones del primero.

La inserción de nuestras peculiaridades ideológicas, estéticas y sociales propias de una nación periférica en el presente del mundo crea una situación intelectual de alto interés, que contraría las divisiones establecidas. Si esta inserción es llevada a cabo sin complejos de inferioridad de ex-colonia, y sin exaltación patriótica burda, ella permite la reflexión libre sobre el curso real de las cosas, con base en experiencias hechas, históricamente sedimentadas. La articulación interna de las esferas que la división del trabajo intelectual suele separar —historia nacional de un lado, historia contemporánea del otro— abre el campo para una evaluación de la experiencia local a la luz del presente mundial; pero también, en sentido contrario, a una evaluación del presente mundial a la luz de la experiencia local. El valor crítico de esa desagregación de los ámbitos aún no ha sido debidamente explorado. No se trata de relativizar solamente la oposición de lo local y de lo mundial, sino también de lo periférico y de lo central y de lo dependiente y de lo hegemónico, oposiciones éstas políticamente más relevantes y cargadas.

Para concluir, volvamos a las «ideas fuera de lugar». Como intenté explicar, ellas siempre tienen alguna función, y en este sentido siempre están en su lugar, como quieren mis críticos. Sin embargo, las diversas funciones no son equivalentes ni tienen el mismo peso. Para dar un ejemplo, nótese que el ideario liberal en la Europa del siglo XIX correspondía a la tendencia histórica en curso, a la cual describía de manera verosímil. Incluso la crítica marxista, que procura desenmascarar ese ideario, reconoce que éste tiene fundamento en las apariencias del proceso social. Ahora bien, en las ex-colonias, que admiten y aún promueven el trabajo forzado, el liberalismo no describe ni de lejos el curso real de las cosas —y es en este sentido una idea fuera de lugar. Pero ello no impide que tenga otras funciones diversas. Por ejemplo, permite a las elites hablar la lengua más adelantada de la época, sin perjuicio de sacar provecho en casa de las ventajas del trabajo esclavo. Menos hipócritamente, puede ser un ideal de igualdad ante la ley, por el cual los dependientes y aun los mismos esclavos luchan. La gama de sus funciones incluye la utopía, el objetivo político real, el ornamento de clase, y el puro cinismo, pero excluye la descripción verosímil de lo cotidiano, que en Europa

es la que le confiere su dignidad realista. Es claro que en abstracto todas las funciones existen, y que la imparcialidad científica ordena reconocerlas a todas y no condenarlas. En principio, ¿por qué la función de prestigio valdría menos que la función descriptiva? Pero el hecho es que no vivimos en un mundo abstracto, y el funcionamiento europeo del liberalismo con su dimensión realista se impone y decreta que los demás funcionamientos no tienen sentido sino lateralmente. Las relaciones de hegemonía existen, y desconocerlas, a menos que se trate de un movimiento de superación crítica, es a su vez una respuesta fuera de lugar.

Para concluir, algo sobre la situación histórica del ensayo mismo, que es de los años 1970. En lo esencial, su asunto era la comedia ideológica del Brasil en el XIX, en el que liberalismo y esclavitud no son adversarios sino socios. Era una tentativa por captar las contradicciones sociales que están en el centro de la ironía literaria de Machado de Assis, que era mi objeto de estudio.

Secundariamente, sin embargo, el tema general de las «ideas fuera de lugar» tenía proyecciones espinosas en el presente: ¿y si también el marxismo, como el liberalismo, estuviera «desplazado»? Es decir, ¿y si también el marxismo contuviera presupuestos sociales europeos inhallables en la ex-colonia?

Desde otro ángulo, digamos que el ensayo trata de mostrar que el fenómeno mismo de las «ideas fuera de lugar» es inevitable, un efecto estructural de las descolonizaciones. Los nuevos países independientes necesariamente adoptaban algo o mucho del orden internacional moderno, y lo combinaban a su propia morfología colonial, produciendo combinaciones más o menos absurdas.

Sin embargo, la percepción misma de que las ideas están fuera de lugar involucra un cierto margen de maniobra: ¿sería posible evitar estas ideas, o mejor, adoptarlas de forma menos absurda o enajenada?

Nótese que aquellos eran los años del Tercermundismo, cuando la combinación de retraso y vanguardismo no era solo una desgracia, sino también una perspectiva de futuro y hasta una promesa para la humanidad. Así, el carácter desplazado del marxismo en las ex-colonias era un problema y era un desafío: había que reconstruirlo, para inventar caminos originales y posibles hacia el socialismo.

A partir de los años '80, con la victoria avasalladora del capitalismo en su versión neoliberal, este margen de maniobra se estrechó notablemente. Aunque la inadecuación social de las nuevas ideas hegemónicas fuera escandalosa, no parecía posible afrontarlas. Desde el punto de vista práctico, las ideas, aunque desastrosas, parecían estar en su lugar, no dejando espacio para caminos históricos singulares.

Hoy día, con la crisis del neoliberalismo, la situación vuelve a cambiar, y cabe a nosotros entenderla y aprovecharla.

EL CIRUTA COMUNISTA



¿VES, WALTER? AHÍ ESTAN OTRA VEZ, ¡EN TODAS LAS ESQUINAS LOS TENÉS ROMPIENDO LAS BOLAS!



AHORA VAS A VER QUE SE HACEN LOS SANTOS, TE SONRIEN, TE LLORAN MISERIA Y TE PIDEN ALGO. PERO TE FICHARON, Y A LA NOCHE, ESTOS MISMOS ANDAN FALOPEADOS Y TE CAGAN A TIROS



A VECES LOS VES MÁS PENDEJOS, INCLUSO AMABLES, Y TE DAN LÁSTIMA... ¡ERROR! ¡SON LOS PEORES! Y SI NO VAN CRECIENDO EN LA CALLE Y SE VUEVEN CRIMINALES COMO LOS OTROS



Y, CLARO, DESPUÉS NO PASA NADA, TOTAL, ENTRAN POR UNA PUERTA Y SALEN POR LA OTRA... ¡CUIDADO, AHÍ ESTAN, DALES ALGO Y NO LOS MIRES A LOS OJOS!



JHE - JHE, QUÉ TAL, SUBOFICIAL

¿UNA MANDARINITA?



¡HIJOS DE PUTA! ACÁ TENDRÍAN QUE HACER COMO HIZO DURRUTI EN ESPAÑA Y EMPEZAR A BAJARLOS EN LA CALLE



Intelectuales y constelaciones posnacionales

El proceso de emergencia del intelectual moderno coincidió, en la segunda mitad del siglo XIX, con la afirmación de los Estados nacionales. Es bien sabido cómo a la *intelligentsia* le cupo un rol determinante en la construcción de las instituciones estatales y en la producción de imaginarios nacionales. En ese marco, no sorprende entonces que los estudios sobre los intelectuales y sobre los artefactos culturales a ellos asociados, hayan privilegiado los espacios nacionales como unidad de análisis. Y sin embargo, en diversos momentos y con diferentes modalidades, tanto en sus prácticas como en sus representaciones, los intelectuales fueron –en ocasiones sin siquiera proponérselo– activos constructores de discursos y relaciones sociales de naturaleza posnacional o mundial.

Políticas de la Memoria se complace en presentar en este dossier a dos de las propuestas recientes que de modo más sofisticado han propiciado un abordaje de la historia y la sociología de los intelectuales desde una perspectiva posnacional. En primer lugar, el enfoque de la *Literatura Mundial*, una noción acuñada en el siglo XIX que ha sido fructíferamente revisitada en la última década, al punto que la atención y los debates que ha suscitado la han posicionado como un campo de discusión histórica, literaria y política de peso propio. En esta entrega, Alejandro Dujovne y Diego García reconstruyen los contornos generales de su reingreso, cuyas alternativas en Argentina y América Latina no han sido a la fecha suficientemente consideradas. Seguidamente, en un artículo reciente que ha causado sensación en los círculos académicos involucrados en el debate, Mariano Siskind propone un abordaje doble y complementario para pensar el lugar de la novela dentro del proceso de globalización cultural de la modernidad: el que surge de la confluencia de lo que denomina una «globalización de la novela» y una «novelización de lo global». Luego de reconstruir ambos horizontes, culmina revisando algunas prácticas pedagógicas de la literatura mundial para finalmente reproponerla críticamente como una herramienta decisiva en una política cultural cosmopolita. Y en segundo lugar, se pone a disposición de los lectores la introducción de corte programático de Gisèle Sapiro a un importante libro, también de reciente factura,



sobre la historia del espacio intelectual europeo. Se trata de una empresa tan auspiciosa como ambiciosa que, desde un enfoque deudor de la sociología de Pierre Bourdieu, se ha propuesto ir más allá del nacionalismo metodológico para reponer las variables y obstáculos que han favorecido o limitado la conformación de un campo intelectual posnacional en el viejo continente.

Alejandro Dujovne y Diego García son miembros del Núcleo de Cultura Escrita, Mundo Impreso y Campo Intelectual (CEMICI) de la Universidad Nacional de Córdoba (uno de los pocos espacios académicos que en Argentina se ha hecho sostenidamente eco de los debates propuestos en el presente dossier). Dujovne es Doctor en Ciencias Sociales, becario postdoctoral del CONICET e integrante del Núcleo de Estudios Judíos del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). García está culminando su tesis doctoral. Acaba de compilar, con Ana Clarisa Agüero, el volumen **Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura**. Por su parte, Mariano Siskind es profesor en Harvard University, donde enseña literatura latinoamericana. Editó, junto a Silvia Molloy, el volumen **Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina**. Ha colaborado con numerosos artículos en revistas especializadas y en libros colectivos como **The Cambridge History of Postcolonial Literature and World Literature: a reader** (a publicarse en el 2012). Finalmente, Gisèle Sapiro es socióloga y directora de investigación en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Tras trabajar en estrecha cercanía a Pierre Bourdieu, actualmente dirige el Centre Européen de Sociologie et de Science Politique, EHESS-Paris 1 (CESSP). Es también miembro del comité de redacción de **Actes de la recherche en sciences sociales**, donde ha coordinado una serie de números sobre la traducción y la circulación internacional de las ideas. Entre sus libros publicados se destaca **La Guerre des écrivains, 1940-1953** (Fayard, 1999) y **Translatio. Le marché de la traduction en France à l'heure de la mondialisation** (CNRS Editions, 2008).

Dossier | *Intelectuales y constelaciones posnacionales***Introducción a la “Literatura mundial”**

Alejandro Dujovne y Diego García

En su última entrega del 2010, el **Diario de Poesía** publicó en sus páginas un importante ensayo de Eric Auerbach traducido al castellano por primera vez a casi seis décadas de su aparición alemana: «Filología de la *Weltliteratur*».¹ Significativo por múltiples razones, el texto ha ocupado en los últimos años —como adecuadamente señala María Teresa Gramuglio en una informada e inteligente presentación en la misma revista— un lugar central a partir de la renovación del debate sobre la «literatura mundial».² En efecto, tal como sostiene Gramuglio, dos textos publicados cerca del año 2000 marcaron el retorno del campo de problemas abierto por Goethe cuando acuñó el concepto de *Weltliteratur* en la primera mitad del siglo XIX: **La república mundial de las letras** de Pascale Casanova, aparecido en 1999 en Francia, y el artículo «Conjeturas sobre la literatura mundial» de Franco Moretti en la **New Left Review** al año siguiente.³ En la década de 1950, cuando se publicó originalmente el texto de Auerbach, la cuestión fue planteada y discutida vivamente en distintos ámbitos académicos europeos y norteamericanos. En esa oportunidad, sobre el fondo de la dramática experiencia de las derivas del nacionalismo en la Segunda Guerra Mundial, el problema último estribó en si debía construirse un canon que contemplara lo mejor de la literatura en el planeta y, en tal caso, si una concepción tal de la literatura suponía incluir todo lo producido en cualquier tiempo y lugar. Pero este debate fue, como señalamos, tributario de la propuesta política y cultural a un mismo tiempo que elevó Goethe con el concepto de *Weltliteratur* en 1827. A través de ella afirmaba la necesidad de la emancipa-

ción de la literatura de los marcos nacionales, respetando sin embargo la singularidad cultural que expresaban.

La evidente dimensión política de la irrupción del problema de la «literatura mundial», tanto en Goethe como en los medios académicos a mediados del siglo XX, también está presente en las propuestas de Casanova y Moretti. Frente a la expansión del discurso de la «globalización» que señalaría un progresivo avance hacia la homogeneización cultural que se despliega más o menos suavemente sobre un mundo también cada vez más homogéneo, estos autores, aun cuando no pretendiendo dar una respuesta política directa a estas formulaciones, sostienen que la idea de literatura mundial no puede pensarse sino a condición de comprender las desigualdades históricas entre centros idiomáticos y culturales de mayor poder, y una heterogénea periferia conformada por zonas más débiles. A pesar de que la fuerza económica y política de los Estados constituye un factor relevante de análisis, ambos planteos destacan la existencia de recursos específicamente culturales acumulados a lo largo del tiempo que hacen que la geografía literaria no se organice sobre las mismas líneas que dan forma a los países.

La ambición heurística y la radical apuesta por una nueva aproximación analítica al hecho literario, no pasaron desapercibidas para la crítica literaria y la sociología de la cultura. Todo lo contrario, pocos años después de su publicación, sobre todo luego de la edición en lengua inglesa de la obra de Casanova, los debates, artículos y libros se multiplicaron en los medios académicos.⁴ Más allá de la legitimidad de ciertas objeciones, las hipótesis generales de ambas propuestas no sólo continúan teniendo validez sino que resultan altamente estimulantes para repensar los modos de abordar la producción literaria, y no sólo literaria, en América

¹ Eric Auerbach, «Filología de la *Weltliteratur*», **Diario de Poesía**, n° 81, Buenos Aires/Rosario, diciembre 2010-abril 2011, pp. 13-15 (ed. original 1952).

² María Teresa Gramuglio, «El retorno de la literatura mundial», **Diario de Poesía**, n° 81, pp. 11-12.

³ Pascale Casanova, 1999, **La République mondiale des lettres**, Editions du Seuil, París (edición castellana: **La república mundial de las letras**, Anagrama, Barcelona, 2001); Franco Moretti, «Conjectures on World Literature», **New Left Review**, n° 1, enero-febrero de 2000, pp. 54-68; y Franco Moretti, «More conjectures», **New Left Review**, n° 20, marzo-abril de 2003, pp. 73-81. Los textos se encuentran traducidos en la versión castellana de la revista.

⁴ Al respecto ver, entre otros, Christopher Prendergast (ed.), **Debating world literature**, Londres-Nueva York, Verso, 2004; e Ignacio M. Sánchez Prado (ed.), **América Latina en la «literatura mundial»**, Pittsburgh, ILLI, 2006.



Latina. En tal sentido, en esta breve introducción nos interesa presentar los aspectos esenciales de estas propuestas.

Orígenes de un concepto

Fue Goethe quien, hacia fines de la década de 1820, en el contexto de la emergencia del nacionalismo cultural y literario de corte romántico, formuló en una serie de notas y cartas la primera idea de «literatura mundial».⁵ Desde una posición humanista, Goethe vislumbraba a la literatura mundial como un nuevo estadio histórico de la cultura en que la producción y circulación literaria lograrían trascender las fronteras y las reivindicaciones nacionales, posibilitando, gracias a ello, un mayor y más intenso conocimiento y entendimiento entre las distintas culturas. Si bien, de acuerdo a Goethe, este espacio literario estaba comenzando a tomar forma, era preciso que los escritores y traductores de las distintas naciones —en su caso el llamado se dirigía especialmente a los escritores alemanes— participaran activamente en su desarrollo. La impronta humanista y cosmopolita de la formulación de Goethe se ve, por ejemplo, en el comentario que publica en 1828 en su periódico *Kunst und Altertum* (Arte y Antigüedad), acerca de dos publicaciones culturales escocesas de habla inglesa:

A medida que gradualmente lleguen a un público más amplio, estas revistas van a contribuir más efectivamente a la literatura mundial universal que deseamos; repetimos, si bien no se pretende que las naciones deban pensar de igual manera, el objetivo es, simplemente, que éstas crezcan conscientes unas de otras, que se comprendan mutuamente e, incluso, que si no están capacitadas para amarse, al menos se toleren recíprocamente.⁶

A través de la noción de literatura mundial pretendía dar cuenta de un espacio mundial de la literatura. Su idea de literatura mundial se asemejaba a un gran libre mercado de la literatura en que los productos literarios circularan de un país a otro y de una lengua a otra a través de la traducción (idea que pocas décadas después volverá a ser formulada, aunque en una clave distinta, por Marx y Engels en un pasaje del *Manifiesto Comunista*).⁷ Para

Goethe la traducción guardaba una función central en la conformación de ese nuevo espacio literario internacional en al menos dos sentidos. Por un lado, hacía posible la circulación de bienes literarios a través de las fronteras idiomáticas, al tiempo que, por el otro, constituía una forma de atribución de valor literario, tanto para la literatura que incorporaba la obra traducida como para la lengua de la que partía la obra.⁸ A este respecto, en una carta del 15 de junio de 1828 dirigida a Thomas Carlyle, Goethe escribía:

Aquí notamos algo nuevo, tal vez apenas percibido, y nunca expresado con anterioridad: que el traductor no está trabajando sólo para su propia nación sino también para la nación de cuya lengua toma su trabajo. Pues sucede con más frecuencia de lo que pensamos, que una nación obtiene fuerza y vigor de una obra y la absorbe de manera tan poderosa para su propia vida interna, que no puede ganar más placer ni continuar nutriéndose de ella. Este es el caso particular de los alemanes. Se encuentran inclinados al entusiasmo excesivo y, por la repetición demasiado frecuente de algo que les gusta destruyen algunas de sus cualidades. Es por lo tanto bueno para ellos ver uno de sus propios trabajos literarios renacido en la traducción.⁹

Más de un siglo después de la publicación de estas líneas, la impronta humanista goethiana en la reflexión acerca de la literatura mundial es recuperada por Erich Auerbach desde el mismo título del ensayo que comentábamos.

Filología y literatura mundial

La imagen de una literatura que trascienda las literaturas nacionales sin destruir sus singularidades le servía a Auerbach para contrastar la situación de la cultura a principios de la década de 1950. En efecto, la humanidad entendida como «resultado de la mutua fecundación en el interior de lo diverso» chocaba con un proceso donde «la estandarización domina en todas partes, ya sea según el modelo europeo-norteamericano o según el ruso-soviético». El pronóstico, que partía de un juicio que hacía foco en las semejanzas de las potencias que sin embargo organizaban en una estructura polar el mundo de la posguerra, no era alentador: «[...] la humanidad [...] deberá acostumbrarse a la circunstancia de que en un mundo organizado estandarizadamente no quedarán sino una única cultura literaria, y en poco tiempo pocas, quizás una sola lengua literaria. Y de este modo, la idea de la *Weltliteratur* se realiza y se destruye al mismo tiempo». Para decirlo de otro modo,

⁵ La idea de «Literatura mundial» o *weltliteratur* fue delineada fundamentalmente en el intercambio epistolar que mantiene con un joven y aún desconocido Thomas Carlyle. Si bien las primeras cartas datan de 1824, es en el intercambio que comienza en 1827 y se extiende hasta la muerte del alemán en 1832, que Goethe da forma a este concepto. Al respecto ver Waltraud Kirste, «Weltliteratur» de Goethe, un Concepto Intercultural, tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, 2000, pp. 140-159.

⁶ Citado en Fritz Strich, *op. cit.*, p. 350 (traducción nuestra).

⁷ «Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal». Karl Marx y Friedrich Engels, *El manifiesto comunista* (1848), varias ediciones.

⁸ Su conciencia acerca del rol crucial de la traducción en el desarrollo de la *weltliteratur* se correspondía con su propia experiencia tanto como escritor alemán, cuanto como traductor. En efecto, a lo largo del siglo XVIII académicos, poetas y escritores alemanes realizan una vasta y sistemática tarea de traducción de distintos géneros literarios y de diversas lenguas al alemán, contribuyendo de manera consciente y activa a saldar la brecha que separaba a esta lengua de otras con mayor tradición literaria, en particular el francés. Sobre este punto ver Waltraud Kirste, *op. cit.* pp. 160-213, y Pascale Casanova, *op. cit.* pp. 96-113.

⁹ Citado en Fritz Strich, *Goethe and World Literature*, Londres, Routledge y Kegan Paul Ltd, 1949 [1946], p. 22 (traducción nuestra).

se realiza en el sentido que el concepto fue utilizado por Marx y Engels; se destruye, en cambio, tal como lo imaginó Goethe. ¿Cuál es, si es que acaso tenga una, la tarea de la filología en este escenario en el que la literatura mundial se hizo efectiva de otra forma a la esperada? La imposibilidad de modificar lo que ya ocurrió orienta en un sentido conservacionista: «en el caso de los pueblos que se encuentran en la fase final de una fructífera diversidad, busca precisar y conservar la conciencia de esa fusión. Así, la riqueza y la profundidad de los movimientos espirituales de los últimos miles de años no se atrofiará al interior de esos pueblos».¹⁰ En este punto, el ensayo de Auerbach asume una dirección decididamente metodológica que termina por darle el tono general al escrito. Si se considera posible de realizar la tarea confiada a la filología de la «literatura mundial» es porque se dispone de una enorme cantidad de material que crece a un ritmo constante, y porque «poseemos un sentido histórico que heredamos del historicismo» imprescindible para el trabajo filológico. Sin embargo, esas condiciones que hacen posible una nueva filología implican, a su vez, nuevas dificultades: ¿quién es capaz de dominar la totalidad de ese material que, además, impone una creciente especialización de los estudiosos? ¿Cómo conjugar la aproximación filológica con las «nuevas corrientes» —sociológicas, psicológicas, etc.— que, en ocasiones, tienen un signo marcadamente anti-histórico? ¿Cómo escapar a la seducción sintética de amplias categorías ordenadas del pasado, que terminan por diluir su complejidad?

Desaconsejando —aunque no del todo— el trabajo colectivo, descartando la recopilación enciclopédica y alertando sobre la ceguera de las clasificaciones convencionales de los materiales, Auerbach propone como punto de partida metodológico —siguiendo el modelo de E. R. Curtius en **Literatura europea y Edad Media latina**— la delimitación de un fenómeno «singular, acotado y casi estrecho [...] exacto, objetivo [y] por lo tanto descriptible con medios técnicos-filológicos».¹¹ Elección que se debe complementar con la «potencial fuerza de irradiación» de ese fenómeno acotado, que lleve la indagación y la interpretación a una región más amplia, a la formulación de problemas más generales. Así lograba preservar, al mismo tiempo, unidad y universalidad.

«Filología de la *Weltliteratur*» fue escrito en EEUU, país al que Auerbach había emigrado en 1947; revela sin dudas, como afirma Gramuglio, su inscripción en el clima de la Guerra Fría. Sin embargo, gran parte de las ideas que allí se exponen están presentes desde, al menos, una década y media antes. Berlín de nacimiento, Auerbach había decidido exiliarse en Estambul en 1936 para escapar de la creciente persecución racial de la Alemania nazi. Poco tiempo después, en 1938, publicó un estudio histórico-conceptual del término *figura* que le permitía analizar rasgos centrales de la cultura medieval y sus conexiones con la antigüedad grecorromana; un término que funciona como un punto de partida acotado y permite, a su vez, un acceso controlado a problemas más amplios y generales.¹² Un año antes de la aparición de ese

estudio, Auerbach le contaba en una carta a Walter Benjamin las impresiones que el nacionalismo turco le había provocado a poco tiempo de su llegada:

[...] es un nacionalismo fanáticamente hostil a la tradición; un rechazo de toda la herencia cultural mahometana; la construcción de un vínculo imaginario con una identidad imaginaria turca, y una modernización tecnológica en el sentido europeo [...]. Para mí, cada vez se está volviendo más claro que la actual situación internacional no es más que una astucia de la providencia, orientada a llevarnos, a través de un sendero tortuoso y sangriento, hacia una internacional de trivialidad y esparcimiento cultural. Una sospecha de este tipo ya me había surgido en Alemania y en Italia, al ver la tremenda inautenticidad de la propaganda de 'sangre y suelo'; pero sólo aquí las pruebas de esta tendencia me parecieron casi seguras.¹³

La conexión con el pronóstico presentado en el texto de 1952 es evidente. Más allá de su rechazo a los nacionalismos del período de entreguerras, nos interesa destacar la potencia cognitiva de la distancia: es su exilio en Turquía el que le permite observar desde una perspectiva amplia lo que sucedía en Europa, así como proyectar y resolver con éxito un libro como **Mímesis**. De este modo, el perspectivismo histórico propio de la tradición en la que se había formado se combinaba con un perspectivismo espacial que le permitía apartarse de Europa, multiplicando las posibilidades de comparación.¹⁴

Perspectivas contemporáneas: la literatura mundial en un mundo desigual

A pesar de sus diferencias, los modelos de Franco Moretti y Pascale Casanova coinciden en la proposición de una idea fuerte de sistema literario mundial estructurado a partir de la oposición entre centros dominantes y espacios periféricos dependientes. Asimismo, ambos autores combinan, aunque de modos distintos, la perspec-

preparó en parte a **Mímesis**, publicado por primera vez en 1942, monumental trabajo donde Auerbach estudia —siguiendo los mismos principios metodológicos— la representación literaria de la realidad a partir del análisis de fragmentos de textos que forman parte del canon occidental. Para una lectura reciente de **Figura** ver Damián López, «Interpretación figurativa e historia. Reflexiones en torno a **Figura** de Erich Auerbach», en **Prismas**, n° 13, 2009, pp. 65-87.

¹³ Citado en Carlo Ginzburg, «Tolerancia y comercio. Auerbach lee a Voltaire», en el **Hilo y las huellas**, Buenos Aires, FCE, p. 179. Ginzburg sostiene que para Auerbach tanto la tolerancia ilustrada como la intolerancia nacionalista contribuyen, por diversos caminos, a la estandarización cultural.

¹⁴ Auerbach no fue el único alemán en encontrar refugio en la universidad de Estambul, ni tampoco el único en hacer de la principal ciudad turca un lugar privilegiado para analizar el devenir histórico de la literatura mundial. Por aquellos años, junto al importante núcleo de académicos que se congregaban allí, la mayor parte judíos, se encontraba el filólogo y crítico literario austríaco Leo Spitzer —que, de hecho, fue quien propuso a Auerbach para sucederle al frente de su cátedra en 1936 tras aceptar una oferta de la Universidad Johns Hopkins en Estados Unidos. En la trayectoria y producción de Spitzer, así como en la del grupo que lo rodeaba en Estambul, se percibe una sensibilidad humanista similar a la de Auerbach. Al respecto ver Emily Apter, «Global Translatio: The 'invention' of comparative literature, Instambul, 1933», en Christopher Prendergast (ed.) **Debating world literature**, op. cit., pp. 76-109

¹⁰ Eric Auerbach, «Filología de la *Weltliteratur*», op. cit., p. 14.

¹¹ *Ibid.*

¹² Erich Auerbach, **Figura**, Editorial Trotta, Madrid, 1998 (1938). Este trabajo

tiva de análisis desde una lectura internalista (esteticista, estructuralista, ideológica) de las obras con una mirada distanciada que permite la identificación de las estructuras sociales generales en las que éstas son producidas y adquieren sentidos específicos.

Conjeturas sobre la novela

«Conjeturas sobre la literatura mundial», el breve ensayo publicado en el **New Left Review** en el 2000, fue la carta de presentación de Franco Moretti en el debate sobre la *Weltliteratur*.¹⁵ Si bien ya había afrontado esos tópicos en investigaciones anteriores —especialmente en el tercer capítulo de su **Atlas de la novela europea. 1800-1900**— recién en este ensayo los ubicaba explícitamente en el espacio de problemas de la literatura mundial.¹⁶ Comenzaba recuperando los ya referidos pasajes de Goethe y Marx, con la intención de señalar no solo que la literatura mundial era «una literatura (singular, como en Goethe y Marx), o quizá, mejor, un sistema literario mundial (de literaturas interrelacionadas); pero un sistema que es diferente del que Goethe y Marx habían esperado, porque es profundamente desigual» (p. 66). Para defender esa hipótesis acudía a una serie de nombres que ya no eran los habituales para el área: Max Weber, Marc Bloch, Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein. Esta enumeración ya señala uno de los rasgos centrales de la propuesta de Moretti: poner en diálogo la historia y la crítica literarias con las ciencias sociales, en especial la historiografía y la geografía. Sin embargo, la serie de problemas y dificultades que le sirven como punto de partida para hilvanar su intervención remiten directamente a la figura de Auerbach —a pesar de que se encuentra raramente citado en los escritos del italiano y que, cuando aparece, la mención es generalmente marginal.

La voluntad programática de las *conjeturas* es explícita y le da el tono a los escritos del italiano: «[...] la literatura mundial no es un objeto, es un *problema*, y uno que pide un nuevo método crítico».¹⁷ Un nuevo método que debe formularse atendiendo a las condiciones actuales en las que se desarrolla la tarea crítica: la sobreabundancia de material y la tendencia a la especialización continua del estudioso, condiciones que combinadas acrecientan «la enormidad de lo no leído». A su vez, a razones más específicas —la decadencia de la enseñanza del latín y el predominio del inglés en la formación literaria— que son también un indicio de los dilemas políticos generales: “[un presente donde] la posibilidad inaudita de que todo el mundo pueda estar sometido a un único centro de poder; y un centro que ha ejercido durante mucho tiempo una hegemonía simbólica igualmente inaudita».¹⁸ A pesar del medio siglo que los separa, la continuidad con el diagnóstico de Auerbach domina la aproxima-

mación de Moretti, tanto a nivel de los elementos considerados como de los contenidos que ese juicio asume. El desafío, a su vez, sigue siendo el mismo: ¿cómo lograr la síntesis? En la respuesta a esa pregunta Moretti se separa radicalmente del filólogo alemán; en definitiva, es en el método propuesto donde la originalidad de su planteo se hace evidente: *no leer* es la actitud que asume polémicamente —a partir de la postulación de lo que llama, no sin ironía, «lectura distante». *No leer* de manera directa los textos literarios, alejarse de la lectura atenta, la *close reading*, que domina la crítica literaria, especialmente la anglosajona; concentrarse, sí, en la lectura de los ensayos críticos específicos elaborados por especialistas. La fortaleza de la propuesta descansa en el número de obras que pueden ser incluidas en el análisis; su posibilidad depende de la organización internacional del trabajo académico: es, básicamente, una empresa colectiva.¹⁹ Son las ciencias sociales y las naturales y sus modelos —los gráficos de la historiografía cuantitativa, los mapas de la geografía, los árboles de la teoría de la evolución, las olas de los análisis económicos— los que ayudan a obtener y organizar los datos y la información, los que guían la formulación de preguntas, los que permiten la construcción de series o la identificación de patrones comunes y, finalmente, los que orientan en la búsqueda de la explicación.

Hay, como señala Gramuglio, un punto de partida equivalente al que reclamaba Auerbach que permite la posterior expansión de la indagación: no un concepto, ni un tropo que puede seguirse en un conjunto diverso de textos, tampoco la supervivencia de una forma retórica, sino un género literario: la novela que, dada su incuestionable internacionalización, constituye una forma privilegiada para avanzar en la concepción de un sistema literario mundial. Es de nuevo la distancia —de una lectura indirecta, mediada por la crítica, pero especialmente de la mirada alejada que permite la abstracción y generalización de la cuantificación y la localización geográfica de los fenómenos literarios— la que permite una perspectiva comprensiva de ese sistema, además de novedosas aproximaciones a cuestiones clásicas de la crítica como la evolución de los géneros literarios, el ascenso de la novela, la circulación social y espacial del canon o la forma artística como resultado de fuerzas sociales.

Como sea, es incuestionable que la cercanía de los diagnósticos habilita, sin embargo, a que Auerbach y Moretti elaboren propuestas metodológicas sustancialmente diferentes. Quizás la lista de historiadores que abría «Conjeturas...» nos sirva para aproximarnos a aquello que genera esa distancia. Auerbach consideraba la actividad filológica como una favorecida por la conciencia histórica que el historicismo promovió; debía, por eso, estar atenta a lo singular. Moretti, en cambio, mira la historia a través del prisma de *Annales*.

¹⁵ Ver nota 3 del presente trabajo. «Más conjeturas...» fue la réplica de Moretti a las variadas respuestas críticas que recibió «Conjeturas...». Cfr. nota 1 de «More conjectures...» *op. cit.*, p. 73.

¹⁶ Franco Moretti, **Atlas de la novela europea. 1800-1900**, México, Siglo XXI, 1999.

¹⁷ Franco Moretti, «Conjectures...», *op. cit.*, p. 66.

¹⁸ Franco Moretti, «More...», *op. cit.*, p. 99.

¹⁹ Un primer resultado de ese proyecto fueron los cinco volúmenes, editados por Moretti entre 2001 y 2003, dedicados al estudio de la novela desde diferentes perspectivas, donde participan numerosos investigadores de todo el mundo. La versión inglesa constituye una selección de esas contribuciones en dos volúmenes: Franco Moretti (ed.) **The Novel**, Princeton University Press, 2007.

La geografía universal de la literatura

Tanto la formulación de una nueva perspectiva para el análisis de la literatura como el alcance histórico y geográfico de sus hipótesis, hacen de **La república mundial de las letras** una apuesta indudablemente ambiciosa y renovadora. La perspectiva construida por Pascale Casanova es tributaria de la idea de «estructuras desiguales» de Fernand Braudel y, sobre todo, del análisis sociológico de la cultura de Pierre Bourdieu. De este último toma la noción de campo literario, originalmente desarrollada en su estudio de la constitución del espacio literario francés, para proyectarla a escala global. La implicancia más inmediata y evidente de esta decisión, al tiempo que una de las más resistidas por cierta porción de la crítica, es la adopción de un enfoque sociológico que de modo consciente busca desplazar el ángulo de análisis desde una aproximación esteticista o ideológica de las obras literarias, propia de buena parte de la tradición de la crítica literaria, hacia una perspectiva que sitúa e interpreta a las obras a partir de un sistema sociocultural que condiciona las creencias y prácticas de los autores acerca de lo literario. De hecho, como parte de este movimiento, Casanova se opone a una definición a priori de lo específicamente literario, habitualmente establecido en términos inmanentes o esencialistas, proponiendo en cambio una aproximación sociológica donde lo literario se define a partir de las prácticas concretas que se despliegan en la «república mundial». En este sentido escribe: «El gigantesco poder de decir lo que es literario y lo que no lo es, de trazar los límites del arte literario, pertenece explícitamente a los que se otorgan, y a los que se otorgan, el derecho de legislar literariamente».²⁰

Al mismo tiempo, decíamos, la ambición de la obra reside en ofrecer un nuevo marco para releer la historia del conjunto de la literatura universal desde, al menos, el siglo XVIII en adelante. Para ello propone sustituir el análisis literario comparado por un enfoque que privilegia las relaciones literarias internacionales. La literatura mundial como perspectiva no intenta ser en tal sentido apenas una variación de la literatura comparada como disciplina o enfoque teórico-metodológico, sino la búsqueda de un nuevo paradigma de aproximación a la historia moderna de la actividad literaria.

En **La república mundial de las letras**, Pascale Casanova esboza un sistema cultural de escala planetaria definido por su poder de establecer el valor literario, es decir, de definir el patrón estilístico desde el cual se mide el grado de vanguardia o retraso de las distintas literaturas. Esta «república» es un espacio asimétrico donde no todas las literaturas ni todos los escritores que la componen están en igualdad de condiciones dentro de él. En efecto, la posesión diferencial de capital literario determina la existencia de literaturas dominantes y literaturas —así como de los escritores pertenecientes a ellas— dominados. Pero es precisamente esta asimetría la que produce la competencia entre literaturas por la adquisición y acumulación de capital literario para obtener el reconocimiento literario dentro de este espacio mundial, y la

que, mediante impugnaciones, rebeliones, negaciones y manifiestos permite la innovación de la literatura a nivel mundial.

El capital literario es una clase específica de capital simbólico constituido por la antigüedad de una tradición literaria, por la posesión de obras consideradas «clásicos universales», por el número de autores consagrados con que cada tradición literaria cuenta, así como también por un medio profesional más o menos numeroso, por un público restringido y cultivado, por instancias de reconocimiento y de crítica especializada, etc. De igual modo, la conformación de este capital también depende de la «literariedad» de la lengua en que se encuentra escrita cada literatura, es decir, de la riqueza literaria de esa lengua establecida a partir del prestigio de los textos escritos y de la sucesión de desarrollos y experimentaciones formales que se hayan realizado en ella. De este modo, son las naciones y regiones literarias que cuentan con una mayor concentración de esta clase de capital las que se encuentran en el centro de esta «república mundial».

Esta configuración se monta sobre una geografía que Casanova estructura sobre la oposición entre una capital literaria y regiones dependientes de ella cuyas posiciones se definen a partir de la distancia estética con la capital. De acuerdo a Casanova, la capital histórica de esta república fue París. Desde el siglo XVI hasta avanzado el siglo XX, esta ciudad habría conseguido constituirse en el centro de este sistema mundial y, por lo tanto, en juez universal del valor literario, gracias a la acumulación temprana de capital literario y a su continuada acumulación a partir de la reproducción de las creencias acerca de su universalidad cultural (estrechamente ligado a su liberalismo político) y de los efectos reales de estas creencias (la inmigración de escritores hacia ella, la búsqueda de reconocimiento por sus críticos, etc.). De este modo, aun siendo la experiencia nacional propia de Francia y en particular de una ciudad, París habría logrado presentar y hacer de su propia tradición la expresión legítima de lo universal.

Desde las primeras páginas del libro, Casanova subraya que las fronteras, capitales, vías y formas de comunicación del universo literario que trazarán, no coinciden completamente con las del universo político y económico. Esto quiere decir que si bien hay una serie de vínculos entre los espacios político y económico con el literario, este guarda una autonomía relativa respecto de aquellos. El vínculo entre el espacio literario con el espacio político se define por dos momentos. En el primero de ellos la literatura guarda un grado de dependencia mayor de la política en la medida en que los Estados-nación en su proceso de diferenciación y afirmación internacional inciden sobre el desarrollo de la literatura a través de políticas literarias o idiomáticas, en tanto la lengua constituye una parte fundamental de su construcción identitaria. Durante esa primera etapa las literaturas acumulan recursos literarios sobre la base del estrecho vínculo con las derivas históricas nacionales. En una segunda instancia, la literatura se desprendería del condicionante político nacional, para pasar a admitir solo los criterios estrictamente literarios. Sobre este punto la autora dice: «La conquista de la libertad del conjunto del espacio literario mundial se obtiene al hacerse autónomo cada ámbito literario nacional: las luchas y sus desafíos se deshacen de las

²⁰ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 39.



imposiciones políticas para obedecer de modo exclusivo a la ley específica de la literatura».²¹ En otras palabras, aun cuando las literaturas nacionales posean un origen fuertemente ligado al campo de poder, el sistema literario moderno se caracteriza por poseer principios de funcionamiento propios que refractan los poderes externos a él otorgándole autonomía respecto de las lógicas políticas y económicas (aunque estas últimas han adquirido mayor fuerza en las últimas décadas).

De este modo, en el espacio internacional conviven, como parte de una misma lógica, dos clases de literaturas. Por una parte aquellas aún condicionadas políticamente donde «los escritores están 'condenados' a una temática nacional o popular: deben desarrollar, defender, ilustrar, aunque sea criticándolas, las aventuras, historias y controversias nacionales. Empeñados casi siempre en defender una idea de su país, se comprometen a elaborar una literatura nacional».²² Y, por la otra, aquellas que han acumulado el capital necesario para liberarse del factor político nacional y plegarse a los criterios específicamente literarios: «Los retos políticos solo cambian de sentido en el momento en que el ámbito literario afirma su independencia frente a los imperativos nacionales y políticos, y en que surgen escritores anti o anacionales —tales como, en Irlanda, James Joyce primero y Beckett después— que, invirtiendo de algún modo la polaridad del espacio, devuelven a los nacionales a la dependencia política, el retraso estético y el academicismo».²³

Uno de los objetivos primordiales de esta perspectiva es ofrecer un nuevo punto de vista sociológico para comprender las apuestas estéticas y políticas llevadas adelante por los escritores en el transcurso de sus trayectorias. De acuerdo a Casanova cada escritor se halla sometido a dos clases de condicionamientos superpuestos. El primero es la posición que ocupa en su propio campo literario nacional, y luego el lugar que la lengua y la literatura nacional a la que pertenece detenta en el «mercado mundial». La situación de los escritores «desheredados», es decir, los que se sitúan en lenguas y literaturas «pequeñas» en relación al universo literario internacional, es sin duda la más interesante pues son ellos quienes, marcados por el drama de su posición, generan el desarrollo de nuevas formas de expresión, de novedades literarias. Si bien ninguno de los actores que componen este espacio universal es plenamente conciente de él (mejor dicho: todos ignoran la existencia de esta «república» y de su poder), los escritores situados en los márgenes, los «excéntricos», al estar expuestos a la violencia simbólica de su lógica pueden percibir ciertos aspectos de su maquinaria, tienen más lucidez que aquellos que se encuentran en el centro. La tensión a la que se ven sometidos estos escritores es resumida por Casanova en lo que llama el *dilema de Ramuz*, en referencia a las reflexiones acerca de esta cla-

se de descentramiento que experimentó el escritor suizo de lengua francesa Charles Ferdinand Ramuz (1878-1947): «Frente a una antinomia que solo les incumbe (y se les presenta) a ellos, tienen que hacer una «elección» necesaria y dolorosa: bien afirmar sus diferencias y «condenarse» a la vía difícil e incierta de los escritores nacionales (regionales, populares, etc.), escribiendo en «pequeñas» lenguas literarias y poco o nada reconocidos en el universo literario internacional, o bien «traicionar» aquello a lo que pertenecen e integrarse en uno de los grandes centros literarios, renegando de su 'diferencia'.²⁴

Consideraciones finales

El haz de problemas que Auerbach precisaba en el ensayo publicado a comienzos de los '50, y que había intentado enfrentar con los principios metodológicos elaborados y puestos a prueba en las investigaciones de la década previa, recuperó actualidad en los últimos años. Entre quienes contribuyeron a promover ese renovado interés se encuentra F. Moretti, quien recién en «Conjeturas sobre la literatura mundial» vinculó las tentativas renovadoras de la historia literaria que venía ensayando desde hacía una década con los problemas de la *Weltliteratur*. El caso de Casanova es diferente, la genealogía de su libro hay que buscarla en otra tradición: la de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. Y no sólo porque Casanova hace un uso inteligente y muchas veces innovador de algunas de sus categorías claves, sino porque su trabajo se reconoce en un proyecto que Bourdieu comienza a definir hacia fines de la década del '80 y cuya primera manifestación es el ensayo «Las condiciones sociales de la circulación de las ideas».²⁵ Ese proyecto, diagramado en parte con la colaboración de Joseph Jurt, no puede dejar, a su vez, de pensarse en conjunto con otro contemporáneo pero de un perfil más político: la publicación de la revista *Liber*.²⁶ Esa «revista europea de libros» buscaba consolidar una plataforma continental para enfrentar, desde una intervención intelectual, la internacional neoliberal. De todos modos, ambos proyectos están atravesados por la preocupación en lo *internacional* y su ligazón con la autonomía. En efecto esa dimensión es considerada como un índice, y a la vez un instrumento, en la consolidación de la autonomía de un campo. Reconocemos, entonces, una cuestión que guía los análisis sociológicos de intercambio y circulación de las ideas y que define un nuevo modo de «compromiso» político. Ese es el espacio, creemos, en el que hay que situar la obra de Casanova y sus sugerencias.

²⁴ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 237.

²⁵ Pierre Bourdieu, «Las condiciones sociales de la circulación de las ideas», en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2000, pp. 159-170.

²⁶ Cfr. Pascale Casanova, «La revista *Liber*. Reflexiones sobre algunos usos prácticos de la noción de autonomía relativa», en Patrick Champagne, Louis Pinto, y Gisèle Sapiro (dirs.), *Pierre Bourdieu. Sociólogo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, pp. 291-302; Gustavo Sorá, «Entrevista a Joseph Jurt», en J. Jurt, *Literatura y sociología*, Córdoba/La Plata, Ediciones Al Margen (en prensa). El programa político-intelectual tras *Liber* también puede encontrarse en el post scriptum «Por un corporativismo de lo universal» con el que Bourdieu cierra *Las Reglas del Arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama, 1995 [1992].

²¹ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 59.

²² Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 251.

²³ *Ídem*, p. 253. Casanova advierte que la direccionalidad general de este proceso que comparten las distintas literaturas desde el siglo XIX en adelante no se encuentra exento de retrocesos e interrupciones. Por ejemplo, literaturas con mayor tradición, tal como la española durante la dictadura franquista, pueden enfrentar circunstancias histórico-políticas que las conducen a atravesar la misma etapa «nacional» de las literaturas emergentes.

Más allá de las diferencias entre las propuestas de Casanova y Moretti, consideramos central enfatizar la concepción compartida de la *Weltliteratur* como un sistema internacional, relativamente autónomo —y por lo tanto con su capital específico— y desigualmente estructurado. El reconocimiento, tras esa idea elemental, de la perspectiva historiográfica de Fernand Braudel no debe finalmente sorprendernos: fue, en efecto, el historiador francés quien, subrayando la importancia de la dimensión espacial para comprender los procesos históricos, se concentró en la reconstrucción de los circuitos y redes de tráfico de capital, tecnología, bienes, creencias o ideas. Circuitos e intercambios que trascendían y consideraban las fronteras nacionales; que se organizaban en centros y periferias; que, finalmente, tenían su propia historia, es decir, *cambiaban*... con un ritmo también específico. Partiendo entonces de ese reconocimiento compartido, la posibilidad de extender estos modelos de análisis más allá de la historia de la literatura —ampliando de ese modo los objetos y los temas— no parece una apuesta aventurada o una nueva versión de la tendencia recurrente de la sociología o la historia a volverse literatura. El pasaje, entonces, hacia una historia o sociología de la cultura que tenga en cuenta las contribuciones de Casanova, Moretti y otros es, creemos, justificado. A priori, sin embargo, la sociología —por su tendencia modelizadora— parece estar mejor preparada que la historia para transitar ese camino; en especial si recordamos la crisis que recientemente sacudió la empresa historiográfica a partir del derrumbe de los paradigmas que la orientaron hasta ayer —entre los cuales la confianza en la cuantificación ocupaba un lugar central. Ese derrumbe motivó que la atención de los historiadores se posara en rasgos y detalles antes descuidados y, como contracara, que encontrara límites precisos en el intento de elaborar, con esa nueva información, imágenes amplias y coherentes del pasado que sustituyeran las anteriores. Como sea, los desfases en los desarrollos discretos de las disciplinas no constituyen necesariamente un freno para un intercambio que las beneficie; puede ser, por el contrario, el punto de partida para que revisen su propio pasado con una mirada, a la vez, más atenta y distanciada.



La globalización de la Novela y la Novelización de lo Global

Una crítica de la Literatura Mundial*

Mariano Siskind

Kant y la novela global

En «Idea para una historia universal desde un punto de vista cosmopolita» (1784) Kant esboza los parámetros historiográficos para una futura reconceptualización de la historia de la humanidad, narrada desde la perspectiva de la actualización de la libertad en una formación política cosmopolita que Kant imagina, primero, como una república mundial (*Weltrepublik*), y luego, como una federación de naciones (*Völkerbund*).¹ En este ensayo crucial, Kant articula el pasaje de la universalidad conceptual de la razón a su actualización universal (es decir, global) en instituciones cosmopolitas concretas, políticas, culturales y económicas. Así, este texto de Kant inaugura lo que podría ser denominado «discurso de la globalización»—una construcción simbólica que pretende atribuir un sentido de totalidad reconciliada a una serie de pro-

cesos históricos no necesariamente conectados entre sí, ni en el siglo XVIII, ni en el siglo XXI.

La construcción discursiva de la globalización es una operación altamente ideológica que consiste en la naturalización de la universalidad de la razón cuando, de hecho, esa condición de universalidad es el resultado de una operación hegemónica que universaliza la particularidad cultural de la razón como concepto, práctica y legalidad constitutiva de la sociedad burguesa desde el siglo XVII. Más importante aún, el discurso de la globalización de Kant opera una traducción del concepto abstracto y filosófico de lo universal a su actualización concreta, geopolítica, en un mundo que ahora es percibido como una totalidad de relaciones culturales, políticas y económicas reguladas, justamente, por la razón, como mediación, origen y finalidad. La narrativa de Kant sobre la realización global de la libertad burguesa (poco después perfeccionada por Hegel a través de los conceptos de 'espíritu' e 'historia universal'), por un lado, abre el horizonte interpretativo de la globalización como la dimensión espacial necesaria del proyecto de la modernidad y, por otro lado, provee la estructura epistemológica para los discursos económicos, políticos y militares de la globalización que nos rodean hoy.

Pero más allá de la narrativa cosmopolita del ensayo de Kant, estoy interesado en subrayar una idea en la que no repararon los historiadores y filósofos que se ocuparon de este texto. Hacia el final de «Idea para una historia universal desde un punto de vista cosmopolita», Kant sugiere que la novela podría jugar un rol muy importante en la producción de los discursos de la globalización, precisamente por imaginar el mundo como una totalidad mediada por la cultura burguesa. Tratando de autorizar la pertinencia de su propuesta teórica, Kant defiende su idea: «Ciertamente, querer concebir una Historia conforme a una idea de cómo tendría que marchar el mundo si se adecuase a ciertos fines racionales es un proyecto paradójico y aparentemente absurdo; se diría que con tal propósito sólo se obtendría una *novela*».²

* La versión original de este ensayo fue publicada en **Comparative Literature** 62:4 (2010), con el título «The Globalization of the Novel and the Novelization of the Global. A Critique of World Literature». Agradezco a las instituciones que me invitaron a presentar versiones preliminares de este trabajo: el Center for the Study of the Novel de Stanford University, el Humanities Center de Harvard University, el Foro de Crítica Cultural de la Universidad de San Andrés y el Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura «Oscar Terán» del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani» de la Universidad de Buenos Aires. Agradezco también a los amigos y colegas que aportaron valiosos comentarios para repensar algunas de las ideas aquí expuestas: Margaret Cohen, Franco Moretti, Homi Bhabha, Diana Sorensen, Steven Biel, Ken Puckett, Alex Woloch, Jérôme David, Chris Warnes, Alejandra Uslenghi, Alejandra Laera, María Teresa Gramuglio, Florencia Garramuño, Alvaro Fernández Bravo, Emily Alter, Tim Reiss y Víctor Vich por sus insumos y comentarios. Una versión más extensa de este texto integra el manuscrito de mi próximo libro **Cosmopolitan Desires. Globalization and World Literature in Latin America [Deseos cosmopolitas. Globalización y literatura mundial en América Latina]**.

¹ En «Idea para una historia universal desde un punto de vista cosmopolita», de 1784, Kant recomienda la república mundial como institución política cosmopolita normativa; sin embargo, once años más tarde, cuando publica «Sobre la paz perpetua. Ensayo filosófico», opta por una federación de naciones en un intento por resolver la tensión entre la soberanía de cada nación y la localización del poder en una instancia universal que, en su determinación del sistema global de acuerdos internacionales, trasciende y subsume la autonomía de cada uno de los estados que lo integran.

Lo que me resulta sorprendente en la admisión de Kant es su implícita comparación disciplinaria entre los discursos filosóficos y novelísticos, y su intento de determinar cuál de los dos es el más adecuado para producir una narrativa sobre la historia de un mundo moderno que debería marchar hacia la actualización global de la libertad racional. Pareciera estar diciendo: *aunque podría pensarse que la novela es mucho más adecuada para llevar a cabo esta tarea, me gustaría argumentar que es la filosofía la que tiene que hacerse cargo de esta tarea*. Más allá de que, previsiblemente, Kant considera que el trabajo de *conceptualizar* el proceso de la formación de un mundo moderno en escala global corresponde a la filosofía, es notable que se permitiera jugar con la idea de que la novela podría intervenir en la imaginación y simbolización de ese mundo como totalidad reconciliada; que con otros resultados, un novelista hubiera podido ser el protagonista de la narrativa heroica en función de la que Kant piensa el desafío histórico de la filosofía moderna.³ La novela, como la formación cultural que desde el siglo XVIII, pero especialmente durante el siglo XIX, hace visible el proceso histórico de la globalización; la novela —o al menos el potencial imaginario contingentemente contenido en la forma novela—, como el espacio cultural en el que el proceso de globalización se vuelve disponible para que los públicos lectores elaboren las transformaciones que experimentan en la particularidad de sus vidas cotidianas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando los discursos culturales hegemónicos de la modernidad representaban la presencia de la razón burguesa (a través de sus instituciones económicas, políticas y culturales) en cada una de las regiones del planeta en términos de una *mision civilizatrice*, la novela produjo eficaces narrativas sobre la formación global del mundo burgués. La novela fue la forma privilegiada de la imaginación moderna en el siglo XIX, y en función del poder estético y político de su representación de totalidades sociales, produjo potentes imágenes de la globalización de la cultura burguesa en aquellos textos que se ocuparon de territorios y culturas distantes.⁴ Esta es, precisamente, la especificidad de la relación entre la novela y el proce-

so histórico de la globalización: si la filosofía moderna conceptualizó la transformación del mundo en términos de la producción histórica de una totalidad burguesa (cfr., Kant, Hegel y Marx), la novela le proporcionó a ese concepto filosófico abstracto una realidad visual, un conjunto de imágenes e imaginarios que elevó la ficción de la ubicuidad burguesa a mito fundacional de la modernidad.

Mi objetivo en este artículo es proponer dos modelos diferentes pero complementarios para pensar la relación entre la novela y los discursos de la globalización. El primero, *la globalización de la novela*, no trabaja con formaciones textuales particulares sino con la expansión histórica de la forma-novela, de la mano de la empresa colonial de Europa Occidental. Este concepto me permitirá revisar los marcos teóricos que han servido para estudiar tanto la trayectoria global de la novela, de Europa a sus periferias, como la emergencia, desde finales del siglo XIX, de un sistema mundial de escritura, consumo y traducción de novelas.

El segundo modelo, *la novelización de lo global*, se centra en la producción de imágenes de un mundo globalizado en el discurso estético de la novela. Voy a leer estas figuras, en principio, en novelas de Julio Verne y en una novela de Eduardo Ladislao Holmberg. Previsiblemente, las imágenes que estas novelas producen de viajeros que propagan prácticas culturales modernas y burguesas en todo el mundo (y más allá, en el espacio exterior) son radicalmente diferentes. Verne era un novelista profesional que escribía en Francia para un público lector formado en instituciones públicas marcadas por discursos civilizatorios sobre la empresa colonial. Holmberg era un escritor aficionado (cuya primera ocupación eran las ciencias naturales) que vivía en una Buenos Aires que todavía era poco más que un pueblo (una *gran aldea*) y donde no existía, más allá de un puñado de amigos curiosos, un público lector para sus ficciones fantásticas y paracientíficas.⁵ Verne estaba inmerso en el corazón de la experiencia de la modernidad, mientras que el contexto argentino de Holmberg estaba constituido por un deseo de modernidad que tenía en su origen la ausencia de modernización.

Mi idea es que las determinaciones geopolíticas particulares que marcaron a cada uno de estos escritores producirán imaginarios disímiles respecto del alcance global de sus tramas y personajes. En las novelas de Verne los omnipotentes personajes burgueses (basados en el *topos* de la *bourgeois conquérant*) viajan venturosamente por todos los continentes, alrededor del mundo entero y más allá: el fondo del mar, el centro de la tierra, la Luna, Marte o el Sol. En *Viaje Maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte* (1875) de Holmberg, la posición social de la burguesía argentina en el mapa global del género novelístico de aventura sólo permite un viaje espiritual/inmaterial/imaginario: el

² Immanuel Kant, «Ideas para una historia universal en clave cosmopolita» [1784], en *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Tecnos, Madrid, 1994 (traducción de Concha Roldán Panadero y Roberto Rodríguez Aramayo), p. 20.

³ Se me ha señalado que aquí estoy leyendo a Kant de manera literal, que Kant no se estaba refiriendo a la novela como género literario sino como la dimensión imaginaria de un discurso siempre filosófico, o incluso de una filosofía vulgar cuyo discurso estaría por fuera de los límites científicos de la filosofía constituida como disciplina. Aún si esto fuera correcto, Kant elige referirse a 'la novela' como aquello que yace en el otro extremo de la filosofía y, en todo caso, invoca la especificidad de la imaginación novelística como espacio donde podría tener lugar una historia universal (no filosófica) con una intencionalidad cosmopolita.

⁴ Esta es una dimensión de la novela que ha sido pasada por alto por «las teorías de la novela» clásicas que han estudiado el género como producto estético del ascenso de la burguesía y la consolidación de las instituciones del estado nacional. Esta perspectiva crítica está históricamente determinada por una preocupación acerca de la especificidad de las culturas nacionales y las luchas hegemónicas en el contexto del estado nación (i.e., Ian Watt, Raymond Williams). El poder explicativo de estas teorías de la novela empuja la dimensión global de la novela, así como la posibilidad de pensar una historia de la novela que podría dar cuenta de las formas en que el proceso de globalización ha venido remodelando el mundo durante los últimos 200 años.

⁵ En 1884, Lucio Vicente López, más un gran historiador que un escritor de ficción, publicó *La gran aldea*, una novela *costumbrista* sobre Buenos Aires en los años 1860/1870, el período inmediatamente posterior a la guerra civil y anterior a la explosión de modernización de mediados de las décadas de 1880 y 1890. Esa es la Buenos Aires donde tienen lugar las novelas de Holmberg.

cuerpo físico de Nic-Nac nunca deja su hogar, y es su alma la que viaja a Marte, desprendida de sus ataduras carnales. Voy a tratar de leer estas novelas que toman sus materiales de los discursos de la aventura, la ciencia ficción y el espiritismo, en su relación con la hegemonía de los protocolos genéricos del realismo, para intentar ampliar los límites del concepto de representación.

Finalmente, en una extensa coda al argumento principal del artículo, me gustaría conectar el modelo interpretativo de la *globalización de la novela* y la *novelización de lo global* que mencioné más arriba con la *rentrée* del concepto de literatura mundial. Reintroducida recientemente en el debate académico por Franco Moretti, Pascale Casanova y David Damrosch, entre otros, esta noción restaurada de literatura mundial puede ser entendida como un intento de conceptualizar, justamente, la ubicuidad global de la novela desde fines del siglo XIX y mediados del XX. En la parte final del artículo voy a analizar la política cultural de la literatura mundial y de las prácticas críticas y pedagógicas derivadas de este concepto, para preguntarme si su regreso puede inocular un horizonte cosmopolita a instituciones culturales (en Estados Unidos, pero también en Argentina y América Latina) limitadas y empobrecidas por su mirada autorreferencial, provinciana y particularista.

La globalización de la novela

Entre el siglo XVIII y el XIX, la novela viajó de Europa a América Latina, al igual que hacia otras periferias del mundo, a través de canales coloniales y postcoloniales de intercambio simbólico y material.⁶ Por un lado, las novelas apelaban a una clase criolla desgarrada por la contradicción entre su adhesión cultural y económica a Europa y su deseo de autonomía política. Las elites locales encontraron en esos relatos de libertad subjetiva aquello que desencadenó la posibilidad de imaginar y modelar identidades independientes de las metrópolis coloniales. La dimensión específicamente latinoamericana del consumo de novelas en la región estuvo marcada por la oportunidad de aprehender la experiencia de la modernidad que, en buena medida, no estaba disponible en la vida cotidiana del público lector criollo, más allá de ínfimos espacios de ninguna manera generalizados, relacionados con las prácticas culturales inscriptas en lo que Walter Benjamin llamó «el interior burgués».

Debido al tipo de experiencias que la novela ofrecía a los lectores de las periferias coloniales y poscoloniales, los intelectuales

⁶ Me refiero aquí a la novela como forma estética históricamente determinada por el ascenso de la burguesía y su necesidad de representar su propia visión del mundo y su lugar en las sociedades modernas. Recientemente, esta idea clásica de «la emergencia (burguesa) de la novela» (*the rise of the novel*) ha sido criticada con el objeto de señalar una historia más larga de la novela que podría remontarse a la picaresca y a la poesía épica de caballería. De todas maneras, sigo creyendo que la hipótesis de la novela como artefacto cultural determinado por la visión del mundo burguesa, impulsada paradigmáticamente por Ian Watt en *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding* (1957), es todavía hoy la descripción más convincente de la génesis histórica de la forma novela (*stricto sensu*) en Europa o en sus periferias. No obstante, los argumentos de Watt consideran a la novela como una institución que trabaja sólo en un escenario nacional. El punto de este ensayo es, precisamente, pensar el rol que juega la novela en una escala mayor, más aún, global.

latinoamericanos advirtieron inmediatamente el importante rol que podían jugar la producción, recepción y traducción de novelas en el proceso de modernización sociocultural. Domingo F. Sarmiento fue el escritor y político más prominente (aunque no el único) en sugerir que las novelas eran un instrumento esencial para la modernización de América Latina. En **Facundo. Civilización y Barbarie** (1845) sostuvo que América Latina podía superar su atraso premoderno si las prácticas culturales y las instituciones civilizadas/modernas se imprimieran sobre su ser bárbaro natural. La modernización era un proceso de conversión (forzado o voluntario pero en todo caso violento) articulado en el acto de reproducir la modernidad europea en América Latina. Inmediatamente después de la publicación de **Facundo**, Sarmiento viaja a Europa, África del norte y Estados Unidos. Caminando por las calles de París, piensa:

Las ideas y modas de Francia, sus hombres y sus novelas, son hoy el modelo y la pauta de todas las otras naciones; y empiezo a creer que esto que nos seduce por todas partes, esto que creemos imitación, no es sino aquella aspiración de la índole humana a acercarse a un tipo de perfección, que está en ella misma y se desenvuelve más o menos según las circunstancias de cada pueblo.⁷

Sarmiento defiende un camino mimético de modernización según el que la imitación no es la condición postcolonial de la periferia, sino, en un giro platónico, una característica intrínsecamente humana. En todo caso, no duda en prescribir, precisamente, *qué* debería imitar América Latina de la cultura europea moderna: discursos (ideas y tendencias) e instituciones culturales. Y en su cita ofrece un solo ejemplo de estas instituciones: la novela.⁸ Alejandra Laera ha estudiado la importancia de la novela como institución modernizadora en **El tiempo vacío de la ficción**, donde cita un artículo de prensa de Sarmiento de 1856, «Las novelas», en el que se equipara el grado de modernización de una cultura dada con la cantidad de novelas que ésta consume. «Caramelos y novelas andan juntos en el mundo, y la civilización de los pueblos se mide

⁷ Domingo F. Sarmiento, **Viajes en Europa, África y América**, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981, pp. 138-139. El relato de la estadía de Sarmiento en París es muy interesante porque hay varias instancias en las que él mismo desestabiliza la noción de Francia como el lugar privilegiado de lo universal. Él —quizás una de las figuras más arrogantes en el siglo XIX latinoamericano— describe a la mayoría de los líderes políticos franceses como excesivamente provincianos. Y simultáneamente, reinscribe a Francia en el lugar del modelo normativo universal a imitar. Sarmiento juega, arrogantemente, con la idea de su propia superioridad respecto de buena parte de los intelectuales o funcionarios franceses, pero, finalmente, Francia sigue siendo el centro y origen del mundo moderno al que él aspira.

⁸ El señalamiento de Sarmiento es aún más interesante cuando se considera el hecho de que nunca escribió una novela. De acuerdo con Ricardo Piglia, sin embargo, utilizó las estrategias de composición de la novela para escribir **Facundo**: «No leemos a **Facundo** como una novela (que no es) sino más bien como un uso político del género. (**Facundo** es una proto-novela, una máquina, un museo del futuro de la novela)» (R. Piglia, «Sarmiento the Writer», en Tulio Halperin Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick y Francine Masiello (eds.), **Sarmiento. Author of a Nation**, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1994, p. 135). Para un análisis en profundidad del uso de estrategias de ficción en la escritura de este ensayo, ver Diana Sorensen, **Facundo and the construction of Argentine culture**, Austin, University of Texas Press, 1996 (especialmente el capítulo dos, «The Risks of Fiction. **Facundo** and the Parameters of Historical Writing»).

por el azúcar que consumen y las novelas que leen. ¿Para qué sirve el azúcar? Díganlo los pampas que no lo usan».⁹ La dulzura, ese *surplus* gustativo del sabor natural de los alimentos, puede ser considerada un signo de refinamiento gastronómico de la civilización, pero su valor como inscripción en las redes de consumo moderno se hace visible, relevante, cuando se lo yuxtapone y equipara con la educación sentimental y política que la novela proporciona. El sentido de la analogía humorística de Sarmiento entre los dulces y los artefactos literarios apunta al rol central que él le asignaba a la novela como parámetro universal para medir el grado de modernidad de una u otra nación.

Durante el siglo XIX, a través de los procesos de imitación, importación, traducción y adaptación formal y temática, la novela (pensada ahora como institución estético-cultural) echó raíces en América Latina, y hacia la década de 1880 la producción y el consumo de novelas estuvieron definitivamente establecidos. Este mismo proceso tuvo lugar, con variaciones en sus temporalidades, en África, Asia y Europa oriental y meridional, con especial intensidad en aquellas regiones con instituciones coloniales firmemente arraigadas.¹⁰ En el marco de la hegemonía global de la cultura moderno-burguesa europea (producida y reproducida en los vínculos con sus periferias coloniales y postcoloniales) la novela fue la primera forma estética universal de la modernidad.¹¹ Es importante tener en cuenta que la preeminencia global de la forma-novela por sobre otros géneros discursivos no puede ser explicada como el resultado de la necesidad supuestamente universal de *narrar* —narración y novela son prácticas culturales inconmensurables. La universalidad de la forma-novela resultó de la formación histórica (a través del colonialismo, el comercio y las promesas de emancipación) de un mundo en el que la cultura burguesa era cada vez más determinante. Donde quiera que se buscaran deseos modernos (deseos de autodeterminación, de identidad, de progreso y desarrollo material), se encontraban novelas. De hecho, ese podría ser un buen modo de definir el ser de la novela en la periferia: *la novela como la forma que encapsula y regula el deseo moderno*.

Esta interrogación mundial de la emergencia de la forma-novela y la institución-novela, introduce la pregunta respecto de la homogeneidad o heterogeneidad del mundo burgués, el espacio social

⁹ Domingo F. Sarmiento, «Las novelas», cit. en Alejandra Laera, **El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres**, Buenos Aires, FCE, p. 9.

¹⁰ En el caso puntual de Argentina, Laera explica que en la década que va de 1880 a 1890 se publicaron cien novelas sólo en Buenos Aires, mientras que en la década anterior el número de novelas editadas no habría superado las dos docenas. A. Laera, **El tiempo vacío de la ficción**, op. cit., p. 19.

¹¹ Franco Moretti incluso propone «a *law of literary evolution*» [«una ley de la evolución literaria»] que se podría deducir de este proceso de expansión global de la forma novela. Tal ley establecería (Moretti enfatiza el uso del potencial) que «in cultures that belong to the periphery of the literary system (which means: almost all cultures, inside and outside Europe), the modern novel first arises not as an autonomous development but as a compromise between a western formal influence (usually French or English) and local materials» [«en las culturas pertenecientes a la periferia del sistema literario (lo cual significa: casi todas las culturas, dentro y fuera de Europa), la novela moderna surge primero no como un desarrollo autónomo sino como un compromiso entre la influencia de la forma occidental (generalmente francesa o inglesa) y materiales locales»]. Franco Moretti, «Conjectures on World Literature», **New Left Review**, n° 1, 2000, p. 58.

global en el que las novelas circulaban. ¿Se podía (o mejor, se puede aún hoy) establecer marcadas diferencias entre la novela europea y la latinoamericana, la asiática, la africana, etc.? Sí y no. Sí, porque uno podría señalar diversos aspectos formales y temáticos de textos individuales (algo que hago en la próxima sección, donde conceptualizo y analizo la idea de *la novelización de lo global*) cuyas diferencias deben explicarse en función de, entre otros factores, una experiencia geopolíticamente determinada del proceso de globalización de instituciones, prácticas y valores modernos. Y sin embargo, si la globalización de la novela es conceptualizada como la expansión global de una institución moderna y modernizante, entonces sería muy difícil identificar las diferencias en términos de la función sociocultural y política de la novela en cada uno de esos espacios. En otras palabras, el sistema mundial de producción, consumo y traducción novelística, refuerza el sueño de una totalidad global de libertad burguesa con resonancias hegelianas; esto es, una totalidad cuya heterogeneidad interna (i.e., la particularidad formal o temática de la novela latinoamericana o africana o asiática *vis-à-vis* la novela europea) es funcional a la identidad de la *novela global*. Insisto: la globalidad de la forma-novela es el resultado del proceso histórico de hegemonía global —el producto de una operación de universalización de su particularidad burguesa y europea. En una nota interesante y rara vez leída de los **Cuadernos de la Cárcel**, «Hegemonía de la cultura occidental sobre toda la cultura mundial», Gramsci utiliza la categoría de hegemonía que él mismo desarrolló casi exclusivamente para analizar formaciones sociales dentro de escenarios nacionales, para considerar a los procesos de globalización como la historia mundial de la hegemonía occidental sobre sus otros culturales:

Habiendo admitido que otras culturas han tenido importancia y significado en el proceso de unificación «jerárquica» de la civilización mundial (y, ciertamente, ello debe admitirse sin más), ellas han tenido valor en cuanto se han convertido en elementos constitutivos de la cultura europea, la única histórica y concretamente universal, esto es, en cuanto han contribuido al proceso del pensamiento europeo y han sido asimilados por éste.¹²

Esta cita ilustra uno de los momentos más marcadamente hegelianos del pensamiento de Gramsci. Afirma que la cultura mundial —la posibilidad de proponer la existencia de un campo cultural global— depende de la mediación universal de la cultura europea; en tanto *hegemon* global, la cultura europea reconoce e incorpora las normas estéticas, formas y prácticas subalternas, para conformar un campo cultural mundial estructurado alrededor del *nuclei* predominante que rigió las apropiaciones que le dieron forma en primer lugar; un campo cultural global cuya universalidad y homogeneidad relativamente estable es el resultado de la mediación hegemónica de la cultura burguesa europea. En otras palabras, lo que estoy intentando hacer, con la ayuda de la categoría gramsciana de hegemonía, es revisar las dimensiones

¹² Antonio Gramsci, «Hegemonía de la cultura occidental sobre toda la cultura mundial», en **El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce**, Juan Pablos Editor, México, 1986, p. 109.

más mecánicas de los discursos culturales sobre las relaciones centro-periferia. Porque la periferia no se limita simplemente a recibir y absorber de manera pasiva los mandatos culturales del centro en función de una división internacional del trabajo y de un balance comercial que favorece el desarrollo del Primer Mundo; por el contrario, las relaciones centro-periferia están culturalmente mediadas por una producción hegemónica de consenso en los márgenes de la globalización.¹³ Esta mediación cultural hegemónica puede ser leída en la brecha que une y separa a la globalización de la novela de la novelización de lo global —o en el vacío que une y separa a la creación del capitalismo de «un mundo a su propia imagen» (según afirman Marx y Engels en **El Manifiesto Comunista**) a través de la expansión global de sus instituciones estéticas y culturales, de las reapropiaciones y reinscripciones literarias locales de aquel proceso constitutivo del mundo como totalidad de relaciones sociales modernas.

En este sentido, y tomando nota de la forma en que Gramsci entiende la noción de hegemonía, la operación de universalización que constituye la base discursiva para la globalidad de la novela no debiera ser entendida como una forma de subordinación cultural de la periferia al centro. En lo más mínimo. De hecho, esta es la razón por la cual invoqué las ideas de «importación», «traducción» y «adaptación», en vez de pensar sólo en términos de «imitación», «implantación» o «imposición». Las ideas de coerción y consentimiento implicadas en el concepto de hegemonía presuponen una agencia activa por parte de las culturas periféricas en la empresa de universalización de la novela. Esto es, en el siglo XIX y en el temprano siglo XX, la representación de la particularidad de la cultura burguesa europea y sus instituciones como universales fue una empresa compartida por intelectuales y profesionales en el centro y en los márgenes de un campo discursivo global que legitimaron la universalidad estética de la forma-novela, cuyo sustento material era la globalización efectiva de la institución-novela.

Sería fácil reducir la universalización de la novela como forma cultural e institución moderna a su descripción como mera función del sistema colonial, y ver el proceso histórico de la globalización sólo como un eufemismo para el establecimiento de relaciones coloniales opresivas. Creo que se trata de un error, o más bien de un reduccionismo que ha caracterizado al ala menos interesante de los estudios postcoloniales (que es un campo discursivo heterogéneo y complejo). Aunque la globalización de la novela coincide parcialmente con procesos coloniales específicos, la expansión global de la burguesía europea y sus instituciones supone la realización universal de la promesa de una modernidad política y cultural, y ya sea en el siglo XIX o en la actualidad, las periferias del mundo tienen un intenso deseo, propio y proactivo, de modernización sociopolítica y cultural —un deseo que encuentra figuraciones productivas, precisamente, en la novela. La glo-

balización de la modernidad burguesa y sus instituciones implicaron en el siglo XIX tanto la amenaza de la opresión (neo)colonial como la promesa de emancipación. De esta aporía —que Derrida formuló de manera eficaz en relación al significado del *pharmakon* de Sócrates— puede afirmarse, en atención a mi argumento, que la globalización es tanto la condición de posibilidad y de imposibilidad de la modernidad (y de la diferencia novelística) en los márgenes del Universal.

La novelización de lo global

El modelo de *la globalización de la novela* se propone dar cuenta del rol que tuvo la forma-novela en la expansión global de la cultura burguesa y sus instituciones durante el siglo XIX. Las trayectorias cruzadas de infinitos intercambios, importaciones, traducciones y adaptaciones de novelas (lo que yo denomino *la novela global como forma cultural*) vuelven visible la extensión espacial y la intensidad del proceso de globalización.

Sin embargo, esta matriz explicativa no está en condiciones de esclarecer dispositivos textuales, estrategias, tramas o personajes de la gran variedad de novelas concretas que dieron contenido específico a *la novela global como forma cultural*. Resulta necesario, entonces, especificar el modelo de la globalización de la novela, formular una hipótesis capaz de dar cuenta no sólo de la emergencia histórica de una forma global como la novela sino, también, de las narrativas de la globalización, cada una de las novelas singulares que se ocuparon de representar tierras y pueblos alejados de Europa, figurar la distancia física y simbólica, y poner en circulación imaginarios sobre la productividad de los desplazamientos globales. Entonces, si la globalización de la novela conceptualiza al mundo como una totalidad global cuyo contenido histórico está dado por las prácticas culturales, las instituciones y los valores de la cultura burguesa/moderna, la novelización de lo global (la segunda y complementaria manera en que trato de construir el concepto de *novela global*) rastrea los imaginarios universalistas puntuales que estos textos novelísticos ponen en circulación bajo la forma de imágenes narrativas de aventura, exploración e inversión colonial, sobre la expansión global, efectiva y material, de la burguesía europea.

Las novelas de Julio Verne resultan un sitio cultural productivo para pensar *la novelización de lo global*. Si el espacio y su significado se producen discursivamente (una idea que teorizó Henri Lefebvre y que Edward W. Said inscribió en la crítica literaria a partir de la noción de «geografías imaginarias»), las novelas de Verne representan uno de los momentos más altos en la producción de imaginarios sobre la transformación del mundo en una totalidad de la cultura y la sociabilidad modernas, a partir de un *surplus* textual que excede lo que usualmente se entiende como mera ficción del colonialismo.¹⁴ En sus novelas, los personajes burgueses viajan a través de los cinco continentes, marcando estrías sobre la

¹³ Esta mediación cultural atenuaría la «ley de evolución literaria» de Franco Moretti (ver nota 11), matizando su idea de que la novela periférica resulta de un compromiso entre forma occidental y materiales locales en un marco discursivo cultural-político (más que estético).

¹⁴ Debido al poder simbólico que tenía el discurso literario en Europa occidental durante el siglo XIX, la fuerza social de la narrativa de Verne para



superficie de la tierra (Deleuze y Guattari), trazando nuevas cartografías en función de una epistemología de la aventura y el exotismo (sólo unos pocos ejemplos: **Cinq Semains en Ballon**, 1863; **Voyages et Aventures du Capitaine Hatteras**, 1864-65; **Le Tour du monde en 80 jours**, 1872) [**Cinco semanas en globo**, 1863; **Las aventuras del Capitán Aterras**, 1864-65; **La vuelta al mundo en 80 días**, 1872]. Más aún, Verne se atreve a enviar a sus hombres burgueses más allá de la superficie de la tierra, hacia lo desconocido: a la Luna (**De la Terre à la Lune**, 1865; **Autour de la Lune**, 1870) [**De la tierra a la Luna**, 1865; **Alrededor de la Luna**, 1870], al Sol (**Hector Sevandac**, 1874-1876), al fondo del mar (**Vingt Mille Lieues sous les mers**, 1869-1870) [**Veinte mil leguas de viaje submarino**, 1869-1870], al centro de la Tierra (**Voyage au centre de la Terre**, 1864) [**Viaje al centro de la Tierra**, 1864]. En los párrafos finales de **De la tierra a la Luna**, el narrador omnisciente, canalizando el orgullo y el miedo que J.T. Maston sentía por sus tres amigos en el espacio, afirma: «ils s'étaient mis en dehors de l'humanité en franchissant les limites imposées par Dieu aux créatures terrestres» [«ellos se habían colocado más allá de la humanidad, superando los límites impuestos por el creador a sus criaturas terrenales»].¹⁵ En las novelas de Verne no hay límites para la realización del sueño burgués de libertad universal: el universo entero y sus más recónditos rincones esperan la llegada de los *bourgeois conquérants*.¹⁶ En ellas, los lectores contemporáneos encontraron el reflejo de su propia experiencia burguesa local transformada en aventuras globales que iluminaban la intensidad y la excitación que estaban al alcance de aquellos individuos deseosos de abrazar su subjetividad burguesa y explorar su potencial universalizante. Creo que estas narrativas tienen que ser leídas no sólo como puestas en escena de los discursos de la globalización, sino también como la recreación y reproducción de las condiciones de posibilidad para la aventura universal (colonial, productiva y en cualquier caso, modernizadora) de la burguesía europea.

La construcción de imágenes e imaginarios globales, de la transformación de la tierra por el deseo burgués, es un desafío simbólico que no podría completarse en una sola novela, y entonces tiene que ser reconstruido con la técnica del panorama, juntando las piezas encontradas en gran parte del archivo novelístico de Verne. Estas son algunas de las estrategias narrativas que abren la posibilidad, para las novelas y los lectores, de imaginar la tierra (y el más allá del planeta: el centro de la tierra, la luna, el sol,

promover y reforzar el discurso de la globalización puede imaginarse enorme. La importancia del rol de la literatura y, más generalmente, del mundo de «las artes y el entretenimiento» del Segundo Imperio no pueden ser exageradas: había una necesidad muy específica en Francia de producir y consumir imágenes del mundo colonial detrás de las fronteras de lo familiar, no sólo a causa de las dinámicas expansivas de la sociedad burguesa-moderna, sino, también, a causa de cierto aburrimiento respecto de la estabilidad económica y la solidificación de tradiciones (recientemente instituidas) en la clase media. Al respecto véase Raoul Girardot, **L'idée coloniale en France de 1871 a 1962**, París, La Table Ronde, 1972; Pascal Blanchard y Sandrine Lemaire, «Exhibitions, Expositions, Méditations et Colonies», en **Cultura Coloniale. La France conquise par son empire, 1871-1931**, París, Editions Autrement, 2003; Jules Compère, **Jules Verne: parcours d'une œuvre**, Amiens, Encreage, 1996.

¹⁵ Jules Verne, **De la Terre à la Lune**, París, Le Livre de Poche, 2001, p. 243.

¹⁶ Véase Charles Morazé, **Les bourgeois conquérants**, París, Librairie Armand Colin, 1957.

Marte) como un terreno disponible para ser capitalizado en función de una ganancia científica, financiera o simbólico-cultural.

1) Todas las novelas de Verne involucran viajes de algún tipo; en esas travesías hay siempre, por lo menos, una instancia en la que la novela da un paso atrás para formular el sentido cultural y económico (en un sentido amplio) del espacio en el que se despliegan sus tramas. Si la percepción recoge sólo fragmentos cuya articulación en imágenes mentales abiertas o más acabadas (operación psicológica e intelectual compleja que Kant teorizó concluyentemente en **Crítica del Juicio**), sólo la ficción puede producir una imagen de la tierra como una totalidad que es, de hecho, inaccesible a la percepción empírica. En **Autour de la lune**, Michel Ardan, el astronauta francés de la tripulación de tres (los otros dos son norteamericanos), mira por la pequeña ventana de la nave espacial —el misil ahuecado que los está llevando a la luna—, y exclama: «Hein! Mes chers camarades, sera-ce assez curieux d'avoir la Terre pour la Lune, de la voir se lever à l'horizon, d'y reconnaître la configuration de ses continents, de se dire: là est l'Amérique, là est l'Europe; puis de la suivre lorsqu'elle va se perdre dans les rayons du Soleil!» [«Ah! Mis queridos camaradas, será bastante curioso tener a la tierra por nuestra luna, verla salir en el horizonte, reconocer la forma de sus continentes, y decirse a sí mismo: allí está América, allí está Europa; luego, seguirla cuando está a punto de perderse en los rayos del sol!»].¹⁷ Esta es la misma perspectiva distanciada, a vuelo de pájaro, que Dr. Fergusson tiene en **Cinq Semaines en Ballon**: «Alors l'Afrique offrira aux races nouvelles les trésors accumulés depuis des siècles en son sein. Ces climats fatals aux étrangers s'épurèrent par les assolements et les drainages; ces eaux éparses se réuniront en un lit commun pour former une artère navigable. Et ce pays sur lequel nous planons, plus fertile, plus riche, plus vital que les autres, deviendra quelque grand royaume, où se produiront des découvertes plus étonnantes en outre que la vapeur et l'électricité» [«Entonces África ofrecerá a las nuevas razas los tesoros acumulados por espacio de siglos en su seno. Estos climas fatales para los extranjeros se sanearán por medio de la desecación y las canalizaciones, que reunirán en un lecho común las aguas dispersas para formar una arteria navegable. Y este país sobre el cual planeamos, más fértil, más rico, más lleno de vida que los otros, se convertirá en un gran reino donde se producirán descubrimientos más asombrosos aún que el vapor y la electricidad»].¹⁸ Además de la idea claramente colonialista de que África «ofrecerá» sus tesoros a la nueva raza de exploradores, científicos y colonialistas, la perspectiva elevada, vertical, produce una clara jerarquía, una relación de subordinación, entre el sujeto y el objeto espacial (humanizado) de esa mirada. En su cartografía narrativa imaginaria (del planeta en el primer ejemplo, de un continente entero en el segundo) las novelas de Verne representan el espacio como potencia y disponibilidad para la captura desde los discursos de la exploración, la aventura y la ganancia.¹⁹

¹⁷ Jules Verne, **Autour de la Lune**, París, Le Livre de Poche, 2001, p. 94.

¹⁸ Jules Verne, **Cinq semaines en Ballon**, París, J. Hetzel, 1865, p. 88.

¹⁹ Otra estrategia importante entre las operaciones de apropiación que las novelas de Verne ponen en funcionamiento es la *familiarización* de lo extra-

2) Factibilidad, medición, cálculo: dadas las inclinaciones positivistas de la burguesía francesa durante la segunda mitad del siglo XIX, la eficacia de una representación del mundo o del universo entero como un espacio homogéneo que puede ser atravesado, recorrido, demarcado, depende de la posibilidad de medirlo, cuantificarlo y clasificarlo. Por ejemplo, los ochenta días que Phileas Fogg se da para dar la vuelta al mundo (en **Le tour du monde en 80 jours**) presuponen la certeza filosófica y científica de la posibilidad de recorrer la circunferencia del mundo en una cantidad de tiempo predeterminada, y expresa la omnipotente confianza en el poder infinito de la voluntad del sujeto burgués moderno. Del mismo modo, **De la Terre à la Lune** es un viaje que, se espera, será completado exactamente en noventa y siete horas y veinte minutos, como indica el subtítulo del libro («*Trajet direct en 97 heures 20 minutes*») [«*Trayecto directo en 97 horas y 20 minutos*»]; de hecho, la preparación obsesiva y el estudio de todas las variables, científicas y económicas, ocupa casi la totalidad de la novela, que termina justo después del lanzamiento del cohete/proyectil. La posibilidad de calcular con precisión científica el curso de la aventura refuerza la omnipotente intuición inicial de que apoderarse de la Tierra o de la galaxia entera es una tarea al alcance de la mano, enteramente factible.

3) Colonización cultural: después de haber producido las imágenes que desencadenan un imaginario de la disponibilidad global, estas novelas representan el proceso material de apropiación de espacios supuestamente (esto es, imaginariamente) vacantes. Verne rara vez pone en escena personajes que encarnan de manera inmediata y transparentemente al estado colonial —aunque esto sí sucede en el caso de Hector Sevandac en la novela homónima, y en el de algunos de los miembros del Gun Club (la organización que preparó el lanzamiento del misil tripulado a la Luna) en **Autour de la Lune**, que proponen la exploración del espacio exterior «pour prendre possession de la Lune 'au nom des États-Unis pour ajouter un quarantième état à l'Union! Pour coloniser les régions lunaires, pour les cultiver, pour les peupler, pour y transporter toutes les prodiges de l'art, de la science et de l'industrie. Pour civiliser les Sélénites» [«¡Para hacerse de la luna en nombre de Estados Unidos y convertirla en el estado número cuarenta de la Unión! Para colonizar las regiones lunares, para cultivarlas, poblarlas y llevar allí todos los prodigios del arte, la ciencia y la industria. En definitiva, para civilizar a los selenitas»].²⁰ Más allá de estos casos francamente excepcionales, los casos más interesantes son los de aquellos personajes que (en sintonía con la genealogía de los discursos de la globalización) anticipan su agenda colonial, no en nombre del Estado-nación, sino más bien en nombre de la modernidad, de los propósitos universales y univertalizantes de la cultura burguesa. Por eso es que las novelas de Verne están pobladas de hombres de negocios, políticos, profesores, padres de familia, científicos y *bonvivants* no sólo de Francia sino de casi todas las

naciones de Europa occidental, así como Estados Unidos, Rusia y cualquier nación que haya tenido en esta época una creciente clase media, con ambiciones de proyección más allá de sus fronteras. Se trata de la realización material y simbólica de un mundo burgués: esa es la clave para entender la dimensión transnacional de la conceptualización filosófica y literaria del proceso de globalización en la segunda mitad del siglo XIX —el deseo de producir una totalidad homogénea de la cultura burguesa que eventualmente podría coincidir con la totalidad de la superficie de la Tierra (y, en Verne, con el universo entero). La novela más sorprendente dentro de este corpus es **De la Terre à la Lune**, cuyo cierre está a cargo de J.T. Maston, el secretario del Gun Club, quien, dirigiéndose directamente a los lectores burgueses de la novela, rinde homenaje a sus amigos astronautas que se aventuran en el espacio exterior en nombre de la civilización: «A eux trois ils emportent dans l'espace toutes les ressources de l'art, de la science et de l'industrie. Avec cela on fait ce qu'on veut, et vous verrez qu'ils se tireront d'affaire!» [«Esos tres hombres han llevado al espacio todos los recursos del arte, la ciencia y la industria. Con eso, se puede hacer cualquier cosa, y ustedes verán que, algún día, ellos podrán conseguirlo»].²¹

Las novelas de Julio Verne han sido leídas en la intersección entre ciencia ficción y la novela de aventuras. No me interesa discutir esta operación de inscripción genérica algo simplista y reduccionista, sino proponer que, a fin de destacar la relación política que sus relatos establecen con la expansión global de las instituciones y prácticas europeas modernas, es necesario interrogar sobre la relación de estas novelas con los protocolos de representación de la narración realista. En otras palabras, ¿qué pasa si pensamos a las novelas de Verne como una forma de *realismo oblicuo* —la construcción de la realidad burguesa, no necesariamente como parece ser, sino como *podría ser* si realizara toda su potencialidad?

Más allá de si Verne fue o no un profeta de tecnologías que sólo serían inventadas en el siglo siguiente o si estaba imaginando nuevos usos para las tecnologías ya existentes en su tiempo (los estudiosos de Verne han agotado sus energías críticas en estos debates), quiero inscribir a Verne en los márgenes de los protocolos de representación de la novela realista: relatos que dan cuenta de la función histórica y universalizante del sujeto burgués moderno que la novela realista, con su aproximación frontal a lo *real* de las relaciones sociales burguesas y su ficción de transparencia, no puede evocar de manera tan eficaz como los relatos de Verne. El *realismo oblicuo* de Verne, a través de un desvío fantástico-científico, vuelve visible lo *real* de los imaginarios globales de la modernidad europea, y así produce una representación acabada de las condiciones discursivas de la globalización.²² Lo que el realismo singular de Verne representa, entonces, no es (no sólo, no necesariamente) la formación social de las clases medias en el últi-

ño, misterioso o sublime, a través del uso de una retórica de la analogía: el Orinoco es como el Loire (**El soberbio Orinoco**); la luna se veía para Ardan, Barbicane y Nicholl como las montañas de Grecia, Suiza o Noruega (**Alrededor de la Luna**); en su camino al centro de la Tierra, Lidenbrok descubre otro «Mar Mediterráneo» (**Viaje al centro de la Tierra**).

²⁰ Jules Verne, **Autour de la Lune**, op. cit., p. 63.

²¹ Jules Verne, **De la Terre à la Lune**, op. cit., p. 244.

²² De hecho, este es el señalamiento que hace Roland Barthes en su lectura de **Veinte mil leguas de viaje submarino** en **Mythologies**: «Verne appartient à la lignée progressiste de la bourgeoisie: son oeuvre affiche que rien ne peut échapper à l'homme, que le monde, même le plus lointain, est comme un objet dans sa main» (R. Barthes, **Mythologies**, París, Seuil, 1957, p. 80).



mo cuarto del siglo XIX, sino el poder latente de la ideología que la sostiene.²³ Este es el potencial ideológico, radical y productivo, que la *novelización de lo global* abre para una lectura de la novela de fines del siglo XIX: imaginar el mundo como el escenario global de la universalización de la cultura burguesa donde la novela —o mejor, la novela global— puede ser inscripta para volverse legible en función de su valor estético y cultural diferencial.

La novelización latinoamericana de lo global

La globalización de la novela y la novelización de lo global no son aproximaciones metodológicas paralelas o alternativas; por el contrario, el crítico tiene la responsabilidad de articularlas en su interpretación comparativa de las novelas producidas o leídas en diferentes puntos del desigual campo de producción, consumo y traducción de novelas que constituye la base material de la ubicuidad global de la novela. En otras palabras, para entender las relaciones entre las diferentes articulaciones estéticas de la novelización de lo global en puntos distantes del campo novelístico global (en este caso, las condiciones materiales de producción de las novelas de Verne por un lado, y las de **Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac al planeta Marte** de Holmberg, por el otro), es necesario leer diacrónicamente los desplazamientos de las «novelas del espacio exterior» (globalización de la novela) en conjunto con las imágenes del universo producidas en cada uno de estos espacios culturales (la novelización de lo global).

Holmberg comenzó a publicar **Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac al planeta Marte** el 29 de noviembre de 1875 como una serie en el diario **El Nacional** de Buenos Aires. El texto cuenta la historia de Nic-Nac, un hombre común, aficionado a todo tipo de aparatos y disciplinas científicas y pseudo-científicas, que saca un turno con un medium alemán que acaba de llegar a Buenos Aires desde Europa. «Aquel espiritista se llama Friedrich Seele, o si queréis su nombre en castellano, Federico Alma».²⁴ Nic-Nac se siente «espiritualmente» atraído por el doctor Seele y le pide que pruebe con él la técnica de la transmigración o la *transplanetación* que consiste en ayunar durante extensos períodos hasta que el alma abandona el cuerpo para viajar por el universo. Nic-Nac ve la oportunidad perfecta para hacer su sueño realidad: «¿y si ahora tuviera la idea de lanzar mi espíritu a visitar los planetas?».²⁵

²³ Antonio Gramsci, escribiendo desde su celda en la prisión, se refiere a la naturaleza realista de los relatos de Verne, y explica que, en ellos, la construcción verosímil de la realidad está asegurada por la hegemonía de la ideología burguesa. En los libros de Verne nada es completamente imposible. Las «posibilidades» que tienen los héroes de Verne nunca están por fuera de las conquistas científicas ya realizadas. Lo imaginado no es enteramente «arbitrario» y, por consiguiente, es capaz de excitar la fantasía del lector, quien ya ha sido ganado por la ideología de la inevitabilidad del progreso científico en el dominio del control de las fuerzas naturales. Antonio Gramsci, **Selections From Cultural Writings**, Cambridge, Harvard University Press, 1985, p. 367.

²⁴ Eduardo L. Holmberg, **Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte**, Buenos Aires, Colihue y Biblioteca Nacional de la República Argentina, 2006, p. 39. Holmberg era médico pero nunca ejerció. Era un naturalista de vocación y escribió trabajos importantes sobre flora, fauna, geografía y paleontología, además de sus escritos literarios y su literatura de viajes.

²⁵ *Ibidem*, p. 43.

Después de ocho días de ayuno estricto, Nic-Nac se desvanece, su alma deja el cuerpo que la contenía, y él ve desde arriba como el doctor Seele trata de reanimar el cuerpo al que ya no pertenece. Pero después de los primeros momentos de su viaje espiritual, Nic-Nac encuentra a Seele (o, en rigor de verdad, a su espíritu), que lo guiará en su viaje a Marte. Juntos llegan al planeta rojo, que la novela describe en detalle, como si se tratara de un tratado naturalista, con especial énfasis en todo lo que refiere a su geografía, las características de su sociedad y su organización política (en clave positivista). Poniendo en evidencia la delgadez simbólica de la novela, todo resulta muy similar a la Argentina de la reorganización nacional posterior a 1862.²⁶ Después de su aventura interplanetaria, Nic-Nac (o, mejor dicho, su alma) regresa a su cuerpo en Buenos Aires.

El rasgo más interesante del libro de Holmberg es el juego formal de su estructura de marcos. La trama de para-ciencia ficción que acabo de describir se cuenta en el pasquín que Nic-Nac escribe (al interior de la novela de Holmberg) para contar su historia y autorizar su viaje espiritual/espacial. Y esa narrativa autojustificatoria está enmarcada por dos paratextos explicativos, escritos por el editor ficcional del manuscrito apócrifo de Nic-Nac. En la «Introducción», se refiere irónicamente a la relación del público lector en general con el fenómeno paranormal y narra el encuentro de dos jóvenes que leen en voz alta los titulares del periódico sobre la situación de Nic-Nac inmediatamente después de haber regresado de su travesía espacial. La prensa informa que no se trata de alguien en su sano juicio, y que ha sido admitido en un hospicio. La gente en la calle no se pone de acuerdo respecto de la naturaleza real o imaginaria del viaje de Nic-Nac: «unos negando el hecho, otros compadeciendo a su autor, algunos aceptando todas y cada una de las circunstancias del viaje». De manera similar, en la apócrifa «Nota del editor» que cierra la novela («El editor toma un momento la palabra»), el editor ficcional del pasquín de Nic-Nac le echa la culpa de las deficiencias del texto al hecho de que la identidad de su autor está comprometida por su demencia («¿Pero quién es Nic-Nac? ¿Dónde está? ¡Ah! ¡En una casa de locos!»), y pasa a informarle al lector sobre el diagnóstico psiquiátrico

²⁶ Nic-Nac describe la geografía marciana (montañas, bosques, mares y hasta ciudades), visita un país marciano, Aureliana, y describe su estructura social, sus pensadores místicos, sus científicos positivistas, sus debates parlamentarios, sus manifestaciones populares, etc. El título completo con el que la novela seriada fue publicada en formato libro a fines de 1875 era **El viaje maravilloso del Señor Nic Nac/ En el que se refieren las prodigiosas/ aventuras de este señor y se dan a conocer las instituciones/ costumbres/ y preocupaciones de un mundo desconocido**; pero incluso si este largo título subraya la naturaleza desconocida del planeta que Nic-Nac visita, lo que él encuentra en Marte es una imagen especular del rostro cambiante de la sociedad argentina a fines del siglo XIX, especialmente después del comienzo de la organización del estado moderno en 1862, 15 años antes de la publicación de Nic-Nac.

Como explican Sandra Gasparini y Claudia Román en su edición de **El tipo más original y otras páginas de Holmberg**, «la década del '70 está atravesada, en la Argentina, por una gran cantidad de gestos fundacionales. Se crean academias, establecimientos educativos, museos, observatorios: se echan los cimientos de una modernidad, en cuyo marco se construirá la Nación». Sandra Gasparini y Claudia Román, «Posfascio: Fauna académica: las *calaveradas perdonables* de Eduardo L. Holmberg», en Eduardo Holmberg, **El tipo más original y otras páginas**, Buenos Aires, Ediciones Simurg, 2001, p. 191.

del doctor Uriarte, quien está tratando a Nic-Nac en el hospital: se trata de una «manía planetaria».²⁷

Hay muchos elementos para comparar y contrastar entre la novelización de lo global de Verne y la de Holmberg (o la novelización de lo universal, entendida de manera literal: la *novelización cósmica*), entre ellos, la enorme disparidad en cuanto al valor estético de las novelas, porque **Nic-Nac** es una narrativa pobre, escrita de manera rudimentaria, en la que la construcción retórica de su valor simbólico es francamente básica.²⁸ Pero más allá del desigual valor estético de las novelas (que podría ser explicado recurriendo al talento individual de cada uno de los novelistas; o a los diversos grados de autonomización de los campos literarios francés y argentino, y a la actualización práctica de los protocolos formales de la escritura novelística), me interesa concentrarme en los interrogantes críticos que abren, por un lado, la consideración de la naturaleza inmaterial del viaje de Nic-Nac, y por otro, la ambigüedad que la estructura de marcos paratextuales del propio texto abre en relación con el relato en primera persona del protagonista.

²⁷ Eduardo L. Holmberg, **Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte**, op. cit., pp. 39, 179 y 180.

²⁸ Víctor Vich me ha señalado como posible razón de esta disparidad entre las novelas europeas y las latinoamericanas durante el siglo XIX que en América Latina los poetas y ensayistas producían los textos más relevantes mientras que la novela tenía un lugar marginal en el campo cultural y literario. En un artículo en el que discute el posible lugar de la literatura latinoamericana en la nueva literatura mundial propuesta por Franco Moretti en «Conjectures on World Literature», Efraín Kristal explica que: «In Spanish America poetry was the dominant literary genre, and the essay or sociological treatise was of far greater significance than the novel until at least the 1920s, if not later. It is emblematic that Sarmiento's **Facundo** (1845) —a sociological treatise about a caudillo— had a greater bearing on the history of the novel of the Latin American dictator than any straightforward work of narrative fiction written in the 19th century; or that Octavio Paz's **Labyrinth of Solitude** was more influential than any Mexican novel until the publication of Juan Rulfo's **Pedro Páramo** in 1955. And it is not a coincidence that José Carlos Mariátegui —the first Latin American Marxist philosopher and literary critic— does not cite a single novel of significance in his essay on Peruvian literature, published in 1927. The early Spanish American novel is certainly of historical interest, as a symptom of cultural and political processes worthy of scholarly attention. But it would be misleading to pretend that it was the most widespread literary genre, or that it had many practitioners or readers. One would be hard-pressed to point to a single literary work, other than **María** (1867) by the Colombian Jorge Isaacs, as an example of a 19th-century Spanish American novel that was widely read within and beyond the national borders in which it was produced.» [«En la América española la poesía fue el género literario dominante, por lo menos hasta 1920, sino más tarde. Resulta emblemático que **Facundo** (1845) de Sarmiento —un tratado sociológico sobre el caudillo— haya tenido una incidencia mayor en la historia de la novela del dictador latinoamericano que cualquier trabajo sencillo de narrativa de ficción escrito en el siglo XIX; o que **El Laberinto de la Soledad** de Octavio Paz fue más influyente que cualquier novela mexicana hasta la publicación de **Pedro Páramo**, de Juan Rulfo, en 1955. Y no es una coincidencia que José Carlos Mariátegui —el primer filósofo y crítico literario latinoamericano marxista— no cite una sola novela importante en su ensayo sobre la literatura peruana publicado en 1927. La temprana novela de la América española es, sin duda, de interés histórico, en tanto sintomática de procesos culturales y políticos dignos de atención académica. Pero sería engañoso pretender que fue el género literario más extendido, o que tuvo muchos profesionales o lectores. Sería difícil señalar un solo trabajo literario, aparte de **María** (1867) del colombiano Jorge Isaacs, como ejemplo de novela del siglo diecinueve de la América española que haya sido ampliamente leído dentro y fuera de las fronteras nacionales en la que fue producido.]. Efraín Kristal, «Considering Coldly...». A response to Franco Moretti». **New Left Review**, n° 15, mayo-junio de 2002.

En las novelas de Verne la universalidad de los personajes viajeros está determinada por el hecho de que sus desplazamientos (aun cuando se trata de trayectos sin referentes reales, como un viaje al centro de la tierra, o a la luna o al sol) son representados en función de los códigos retóricos del realismo. Se trata de viajeros que dejan atrás sus espacios locales de pertenencia (Francia, los Estados Unidos, o incluso el planeta tierra) con el objetivo de materializar sus aspiraciones universales apropiándose del universo. El viaje de Nic-Nac es marcadamente diferente. Entonces, ¿cómo podría leerse la naturaleza imaginaria o espiritual de su viaje a Marte en la novela de Holmberg? O, para decirlo de otra manera, ¿cómo debería entenderse la aventura de Nic-Nac en Marte cuando el predicado universal de su viaje no depende de dejar atrás a la nación sino abandonar su cuerpo?

Quizás, la posibilidad más obvia sería interpretar esta diferencia a partir del marcado interés de Holmberg por el espiritismo y los fenómenos paranormales, y su intento de reconciliar estas prácticas con el credo positivista hegemónico —intento conciliador que puede leerse en diferente lugares de América Latina y Europa a fines del siglo XIX.²⁹ Si bien éste es un punto importante que hay que tener en cuenta al leer la novela de Holmberg, no parece ser suficiente para agotar los sentidos culturales e históricos que están en juego en este texto. Por este camino, por ejemplo, podría explicarse la elección de un viaje espiritual y de una *out of body experience*, por sobre un sueño o una alucinación inducida por drogas. Y, sin embargo, ello no dice nada acerca de la decisión de narrar un viaje imaginario/espiritual en vez de uno real, como en el caso de Verne. Otra aproximación a la naturaleza imaginaria del viaje universal de Nic-Nac consistiría en analizar este giro de la trama como una opción novelística determinada por las condiciones de enunciación periféricas de Buenos Aires a media-

²⁹ En una pieza muy interesante sobre genealogías de la ciencia ficción en Argentina, Angela Dellepiane da cuenta de la circulación de discursos sobre espiritismo en los años setenta y ochenta del siglo XIX en Argentina. Documenta la presencia de libros de Allan Kardec (seudónimo de Hyppolite Léon Denizard Rivail), un discípulo del científico y pedagogo alemán Pestalozzi, quien a finales de su vida desarrolló una técnica para contactar espíritus y se hizo célebre como médium; y de Camille Flammarion, autor de famosos trabajos sobre espiritismo y astronomía, así como de trilladas novelas de ciencia ficción. Véase también, la edición que Antonio Pagés Larraya hizo en 1957 de los cuentos cortos fantásticos de Holmberg. Adriana Rodríguez Pérsico señala la tensión constitutiva en el núcleo del discurso de Holmberg, y explica que en sus novelas y cuentos cortos, la preeminencia positivista de los imaginarios científicos en el fin de siglo latinoamericano coincidió con la crítica de la ciencia y su lógica causal como principio explicativo de la formación de la sociedad y cultura modernas: «Holmberg continúa y altera el modelo narrativo científico... [y] los postulados científicos coexisten con fenómenos sobrenaturales. De las certezas darwinistas resbalamos hacia los misterios del más allá». Rodríguez Pérsico sigue una idea de Josefina Ludmer para presentar a Holmberg como un sujeto híbrido, el intelectual científico-jurídico que inscribe su ejercicio en el Estado, y el escritor creativo: «Tal vez, este carácter descentrado — la pertenencia múltiple y la pluralidad de intereses— le haya proporcionado a Holmberg una mirada estereoscópica que le permitió hacer la defensa y la crítica de la ciencia y la política. Esa posición subjetiva peculiar es condición, ante todo, para los cambios de perspectiva en torno a la problemática de la ciencia —sus ventajas, límites, errores y aciertos— en los distintos relatos. Al mismo tiempo, ella hace posible el cruce y la valoración, la nivelación de saberes opuestos, como la ciencia y el espiritismo, que se trenzan en **Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac**». Adriana Rodríguez Pérsico, «Las reliquias del banquete' darwinista: E. Holmberg, escritor y científico», **Modern Language Notes**, vol. 116, n° 2, 2001, pp. 389 y 383.

dos de la década de 1870, que, comparadas con aquellas de Verne, serían inferiores en términos de disponibilidad de recursos simbólicos y materiales. Si se eligiese esta hipótesis interpretativa, la elección de Holmberg habría estado marcada por la marginalidad de una cultura determinada por la falta de una experiencia de primera mano del potencial universalizante/globalizante de la burguesía —experiencia disponible para escritores inmersos en una cultura que estaba expandiendo sus prácticas, valores e instituciones modernas hacia las periferias del mundo. Otra vez según esta línea, Holmberg habría elegido representar un viaje espiritual en función de los límites que le imponían sus condiciones marginales de enunciación. Un viaje espiritual, en contraposición a la representación de Verne de un viaje sustancial, cuyo objetivo era trazar el mapa de las interacciones de las naciones representadas por los astronautas, y realizar de manera omnipotente la apropiación colonial de la Luna por parte de las potencias coloniales occidentales. Así, el viaje de Nic-Nac habría sido desencadenado por un deseo cosmopolita de explorar aquello que yace más allá del espacio cultural propio, pero debería ser pensado como un impulso cosmopolita relativamente inconsecuente: un cosmopolitismo espiritual, inmaterial; aspiraciones cosmopolitas puras que no pueden realizarse, un cosmopolitismo como pura potencia simbólica sin sustento material —en fin, un cosmopolitismo consciente de sus limitaciones e imposibilidades.

Sin embargo, yo creo que los supuestos detrás de esta interpretación de la brecha entre Verne y Holmberg son equívocos y, en consecuencia, sus conclusiones no serían históricamente precisas. Por un lado, hacia fines del siglo XIX las elites latinoamericanas participaban de viajes y exploraciones por todo el mundo —y si no estaban inscriptas en un proceso colonial transcultural, sí contaban con la experiencia hegemónica que les ofrecía la colonización interna que estaban llevando adelante y que conduciría a la consolidación de estados nacionales liberales. Por otro lado, Holmberg podría haber escrito sin ninguna dificultad el viaje real a Marte de un astronauta argentino, forma en que Verne *envió* a la Luna a dos americanos y un francés. ¿Por qué no? De hecho, **De la Terre à la lune** de Verne fue publicada diez años antes que **Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac al planeta Marte**, y es probable que Holmberg (generalmente señalado como el primer latinoamericano en escribir textos de ciencia ficción)³⁰ haya leído a Verne antes de escribir **Nic-Nac** en las páginas de **EL Nacional**.³¹ Entonces, nuevamente, la cuestión es por qué Holmberg escribió una novela sobre un viaje galáctico recurriendo a la transmigración y a la *transplanetación* en vez de a la ciencia y la tecnología modernas. ¿Debería uno pensar que la decisión de Holmberg respecto del argumento de su novela estaba determinada estructuralmente por las condiciones materiales de América Latina en el contexto del proceso mundial de globalización? ¿O aquello fue

el resultado de una preferencia personal? En otras palabras, la decisión de escribir un viaje imaginario-espiritual, y no la representación de un viaje *real* a Marte, ¿habría tenido que ver con la situación periférica de Argentina y Latinoamérica en el proceso histórico-mundial del colonialismo, o con los intereses personales de Holmberg y su creencia en el fenómeno paranormal? Responder estas preguntas afirmativamente supondría una concepción mecánica de las relaciones (perfectamente transparentes) de prácticas artísticas y culturales y determinaciones económicas estructurales, y con ello se ignoraría el hecho de que la falta de una experiencia directa de la modernidad tecnológica no podría nunca inhibir la imaginación literaria —y por el contrario, podría incluso alentar la producción de escenas científicas, narrativamente eficaces. Sin embargo, no es necesario seguir esta línea mecanicista porque la propia novela establece en sus paratextos el hecho de que los viajes de Nic-Nac son, en el mejor de los casos, una aventura patológica:

No, Nic-Nac no es un loco furioso, es un loco tranquilo. Y es tan cierto lo que afirmamos, que basta abrir el libro de entradas de aquel establecimiento para leer una partida en la que consta que el señor Nic-Nac padece de una '*manía planetaria*'. El director del establecimiento, hombre instruido y observador incansable, ha manifestado que Nic-Nac es un ente original, afable, un tanto instruido, al que se le pueden creer muchas de las cosas que dice, exceptuando, empero, los medios de los que se ha valido para transmigrar de la Tierra a Marte y de éste a aquélla.³²

Al diagnosticar al personaje principal como enfermo de «manía planetaria», el editor devuelve la experiencia de Nic-Nac a la esfera científica de las taxonomías psiquiátricas, dentro de cuyos límites la *transplanetación* es una enfermedad mental y no la posibilidad de un viaje a través del universo. El *editor* no deja dudas: quien quiera alcanzar las estrellas debe hacerlo con la tecnología necesaria, tal como hicieron los miembros del Gun Club en **De la Terre à la Lune**; las ciencias paranormales no conducen a la realización de la universalidad sino al confinamiento psiquiátrico. Hacia el final de la nota del editor, la relación racional e instrumental con el mundo —dislocada luego de haber establecido la naturaleza delirante de la narrativa en primera persona de Nic-Nac— ha sido restaurada, y las representaciones literarias del universo como una totalidad de sentido están mediadas, de nuevo, por una representación realista *à la Verne* de causas y efectos físicos.

Si las novelas de Verne son capaces de producir imágenes efectivas del mundo como una totalidad de la libertad mediada por relaciones sociales modernas, es precisamente porque están seguras del lugar que tienen como novelas (y en rigor de verdad, como novelas francesas) en el proceso histórico de la expansión global de las instituciones, valores y prácticas modernas. ¿Qué determina en el caso de **Nic-Nac** lo que Jameson llama «la diferencia

³⁰ Adolfo Prieto, «La generación del ochenta: la imaginación», en **Capítulo: la historia de la literatura argentina**, Buenos Aires, CEAL, 1967.

³¹ Angela Dellepiane hace la conexión rastreando la publicación de las novelas de Verne en **EL Nacional** de Buenos Aires entre 1872 y 1875, el mismo periódico que publicó **Nic-Nac** en 1875. Angela Dellepiane, «Narrativa argentina de ciencia ficción: tentativas liminares y desarrollo posterior», **Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas**, Frankfurt, Vervuert Verlag, 1989, p. 220.

³² Eduardo L. Holmberg, **Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte**, op. cit., pp. 179-180.

situacional radical en la producción cultural de sentidos»³³ **Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac al planeta Marte** no intenta siquiera imaginar un mundo unificado bajo la hegemonía de las relaciones sociales modernas. En vez de ello, despliega un imaginario universalista alternativo sólo para negarlo inmediatamente después, como si las condiciones marginales de producción de la universalidad hayan sido las que determinaron la demarcación de los límites de su imposibilidad.

En una coyuntura histórica inmediatamente anterior a la inauguración de un nuevo horizonte universalista para la cultura latinoamericana marcada por el discurso del *modernismo*, cuando los escritores latinoamericanos aún no están interesados en la representación de su deseo de universalidad sino en la exploración de las fronteras de sus particularidades nacionales o regionales (piénsese en **El Zarco**, de Ignacio Manuel Altamirano; en **Una excursión a los indios ranqueles**, de Lucio V. Mansilla; en **Martín Fierro**, de José Hernández; en **Viaje a la Patagonia Austral**, de Francisco Moreno; en la mayor parte de **Tradiciones peruanas**, de Ricardo Palma; en los primeros ensayos de González Prada; en las **Memorias póstumas de Brás Cubas**, de Machado de Assis; y hasta en **Escenas Norteamericanas**, de José Martí), el **Nic-Nac** de Holmberg planteó preguntas sobre la novelización de lo global y lo universal que pocos parecen estar considerando en esa época en las periferias del mundo moderno: ¿pueden viajar mis personajes del mismo modo en que viajan los personajes de Verne? ¿Pueden producir con y a través de sus desplazamientos imágenes de un mundo moderno reconciliado, afable y disponible? ¿Pueden ser identificados como sujetos cosmopolitas, metropolitanos o coloniales, esforzándose por inscribirse a sí mismos en el orden universal de la modernidad?

Desde la seguridad que tienen de sí y su lugar en el mundo, las novelas de Verne no necesitan dar respuestas afirmativas a estas preguntas porque las preguntas mismas están presupuestas en la certera creencia del texto en su naturaleza discursiva universal. La «diferencia situacional radical» del **Nic-Nac** de Holmberg y, de hecho, de cualquier narrativa latinoamericana interpelada por preguntas más apropiadas para un Dr. Fergusson, un Phileas Fogg o un Michel Ardan, no reside en su respuesta afirmativa, sino en el reconocimiento de un límite. Este obstáculo epistemológico, en efecto, vuelve visibles las condiciones de enunciación de un espacio marginal en el que la reproducción de un discurso teleológico de la globalización es decodificado como la «manía planetaria» de un esquizofrénico y la «fantasía espiritista» de una proto-novela tosca y precaria que, de todas maneras, anticipa las aspiraciones cosmopolitas del discurso del *modernismo*.

En tanto potencialidad discursiva abierta por la globalización de la novela, estas y otras novelas producidas en espacios metropolitanos o marginales ponen en circulación imágenes del mundo, concebido como el horizonte cosmopolita de intervención hegemónica o contrahegemónica de la novela.

³³ Fredric Jameson, «A Brief Response» [a Aijaz Ahmad], **Social Text**, n° 17, otoño de 1987, p. 26.

Coda. Una crítica de la literatura mundial

El doble argumento de este artículo nació de dos preocupaciones. Por un lado, la pregunta en torno a cómo conceptualizar el rol de la literatura —y de la novela en particular— en la producción y reproducción de los discursos de la globalización, y, al mismo tiempo, en torno a las maneras en que estos discursos determinan los imaginarios de la novela. Por otro, cierta inquietud sobre la reemergencia, en el contexto del discurso académico en Estados Unidos y Europa, del concepto de literatura mundial como un intento de dar cuenta de lo que aquí he llamado la ubicuidad global de los textos literarios, la universalidad de la novela como institución moderna y, por lo tanto, la formación de un campo global de producción, consumo, traducción y desplazamiento de novelas.³⁴

En esta parte final del artículo, me gustaría interrogar no ya la noción misma de literatura mundial que, desde la reelaboración y actualización propuesta por Franco Moretti en «Conjectures on World Literature» (2000), la publicación de **What is World Literature?** (2003) de David Damrosch, y la traducción del libro de Pascale Casanova **République mondiale des lettres** al castellano y al inglés (en 2001 y 2004 respectivamente), ha sido ampliamente debatida. Se trata, más bien, de examinar las prácticas críticas y las implicancias políticas, así como la situación del campo literario global, presupuestos en el concepto de literatura mundial.³⁵

Aquí no me interesa la polémica respecto de si la literatura mundial es una herramienta crítica para clasificar textos literarios del mundo, si se trata de una disciplina y una forma de leer (y, en consecuencia, el nuevo paradigma para la literatura comparada), o si es el nombre de un espacio de intercambio y circulación simbólica que excede a las culturas nacionales particulares; la literatu-

³⁴ El concepto de literatura mundial ha sido periódicamente rearticulado desde que Goethe lo acuñó en veinte referencias distintas en conversaciones, correspondencia y diarios personales durante la segunda mitad de la década de 1820 —referencias que Fritz Strich reunió bajo la rúbrica de *Weltliteratur*. Para un excelente reporte de las diferentes implicancias del concepto en Goethe y en la historia literaria, véase **What is World Literature?** de David Damrosch (Princeton, Princeton University Press, 2003); Vilashini Cooppan, «Ghost in the Disciplinary Machine: The Uncanny Life of World Literature» (en **Comparative Literature Studies**, vol. 41, n° 1, 2004); **Debating World Literature**, de Christopher Prendergast (ed.) (Londres y Nueva York, Verso, 2004); y para una perspectiva latinoamericana, la colección de Ignacio Sánchez Prado **América Latina en la «Literatura Mundial»** (Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006).

³⁵ Aunque la polémica alrededor de la redefinición del concepto y la práctica de la literatura mundial en los Estados Unidos se inició con la publicación del ensayo de Moretti en 2000, el artículo «Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism» de Fredric Jameson (publicado en 1986) anticipó muchas de las líneas que organizarían el debate casi dos décadas más tarde. En ese texto, Jameson escribe que «Today the reinvention of cultural studies in the United States demands the reinvention in a new situation, of what Goethe long ago theorized as 'world literature'. In our more immediate context, then, any conception of world literature necessarily demands some specific engagement with the question of third-world literature» [«Hoy, la reinención de los estudios culturales en los Estados Unidos demanda la reinención, en una nueva situación, de lo que Goethe tiempo atrás teorizó como 'literatura mundial'. En nuestro contexto inmediato, entonces, cualquier concepción de literatura mundial necesita algún compromiso específico con la cuestión de la literatura del Tercer Mundo»]. Fredric Jameson, «Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism», **Social Text**, n° 15, otoño de 1986, p. 68.

ra mundial supone, hasta cierto punto, todas estas operaciones críticas y pedagógicas.

En este artículo, con la articulación de la *globalización de la novela* y la *novelización de lo global*, me ocupo de los efectos culturales y teóricos que el regreso del concepto de literatura mundial produce sobre los modos en los que conceptualizamos, imaginamos y enseñamos la naturaleza global de la novela como institución. Lo que me preocupa es reflexionar sobre el potencial de la literatura mundial (literatura mundial como un nombre específico de un campo de estudio, una disciplina, una práctica pedagógica y un canon) para iluminar o velar las inscripciones globales de la formación hegemónica de la institución literaria —un proceso dislocado y desigual que determina el status literario-mundial de los textos. La cuestión que me gustaría examinar en esta última parte del artículo es si la literatura mundial sirve al propósito cosmopolita que se supone es constitutivo de sus prácticas críticas y pedagógicas.

Detrás de la *reentré* del concepto de literatura mundial yace un objetivo político ciertamente elogiado: se trata de imprimir una direccionalidad universalista al nacionalismo preponderante en el sistema educativo y en el ambiente cultural de los Estados Unidos —un proyecto cosmopolita que, en efecto, debe ser visto como una batalla simbólica por el futuro de la ciudadanía global. Este objetivo de la nueva literatura mundial, con el cual es difícil disentir, está muy en línea con la propuesta pedagógica radical y polémica que Martha Nussbaum presentó en 1994 en un ensayo que ya es un clásico académico en Estados Unidos, «Patriotism and Cosmopolitanism» [«Patriotismo y Cosmopolitismo»]:

As students here grow up, is it sufficient for them to learn that they are above all citizens of the United States, but that they ought to respect the basic human rights of citizens of India, Bolivia, Nigeria, and Norway? Or should they, as I think—in addition to giving special attention to the history and current situation of their own nation—learn a good deal more than is frequently the case about the rest of the world in which they live, about India and Bolivia and Nigeria and Norway and their histories, problems, and comparative successes? Should they learn only that citizens of India have equal basic human rights, or should they also learn about the problems of hunger and pollution in India, and the implications of these problems for larger problems of global hunger and global ecology? Most important, should they be taught that they are above all citizens of the United States, or should they instead be taught that they are above all citizens of a world of human beings, and that, while they themselves happen to be situated in the United States, they have to share this world of human beings with the citizens of other countries? I shall shortly suggest four arguments for the second conception of education, which I shall call cosmopolitan education. [A medida que los estudiantes crecen ¿nos conformamos con que aprendan que son, sobre todo, ciudadanos de los Estados Unidos, pero que deben respetar los más básicos derechos humanos de los ciudadanos de India, Bolivia, Nigeria y Noruega? ¿O, como yo creo, debe-

rían —además de prestarle especial atención a la historia y la situación actual de su propia nación— aprender, mucho más de lo que sucede habitualmente, sobre el mundo en el que viven, sobre India y Bolivia y Nigeria y Noruega, y sus historias, problemas y éxitos relativos? ¿Deben limitarse a aprender que los ciudadanos de India tienen idénticos derechos humanos, o deberían también aprender sobre los problemas del hambre y la polución en India, y lo que estos problemas implican para los problemas generales del hambre global y la ecología global? Más importante aún ¿se les debe enseñar que ellos son ante todo ciudadanos de los Estados Unidos o, en cambio, se les debe enseñar que son ante todo ciudadanos de un mundo de seres humanos, y que mientras a ellos les toque estar situados en Estados Unidos, deben compartir este mundo de seres humanos con ciudadanos de otros países? Sugeriré brevemente cuatro argumentos para la segunda opción de la educación que yo llamaría la educación cosmopolita].³⁶

Cuando es entendido como parte de un proyecto mayor de educación cosmopolita, el valor político del concepto de literatura mundial se vuelve innegable, especialmente cuando, como en el caso de la propuesta de Nussbaum, la noción de cosmopolitismo está expresada como un deseo de justicia universal.³⁷ La cuestión es si la literatura mundial es capaz de realizar ese programa cosmopolita. O, mejor aún, ¿qué concepción de literatura mundial, si es que la hay, podría producir prácticas críticas y pedagógicas capaces de concretar esas metas? Para decirlo rápidamente: mi problema con algunos discursos críticos sobre literatura mundial es que, al tratar de dar cuenta del alcance del concepto y su corpus, producen un cuadro excesivamente uniforme y estático del estado real de las literaturas del mundo en un momento histórico dado; un canon que tiende a repetirse en antologías y series de *grandes trabajos globales*, o en programas curriculares de universidades de Estados Unidos y Europa que recogen siempre más o menos el mismo tipo predecible y tipificado de textos.³⁸ Hasta en aquellos momentos en los que se gesticula un reconocimiento de la importancia de considerar el *desarrollo desigual y combinado* y la asimetría de las relaciones del poder global, el mapa de

³⁶ Martha Nussbaum, «Patriotism and Cosmopolitanism», en *For Love of Country?*, Boston, Beacon Press, 1996, p. 6 [hay traducción castellana: Martha Nussbaum, «Patriotismo y cosmopolitismo», en M. Nussbaum (ed.), *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y «ciudadanía mundial»*, Barcelona, Paidós, 1999].

³⁷ Para hacer un repaso del debate y las diferentes intervenciones que respondieron al trabajo de Martha Nussbaum, especialmente en relación con su presentación binaria de las metas del cosmopolitismo y del patriotismo, véase Martha Nussbaum, *For Love of Country?*, op. cit.

³⁸ Hay excepciones, por supuesto. En dos textos bastante recientes y muy interesantes, Vilashini Cooppan y Katie Trumpener ofrecen un detallado informe sobre la creación de cursos sobre literatura y cultura mundial en Yale (v. Vilashini Cooppan, «Ghost in the Disciplinary Machina», op. cit.; Katie Trumpener, «World Music, World Literature. A Geopolitical View», en Haun Saussy (ed.), *Comparative Literature in an Age of Globalization*, Baltimore, Johns Hopkins, 2006). De todas maneras, creo que el caso que voy a analizar, las series «Approaches to Teaching World Literature» [«Aproximaciones a la enseñanza de la literatura mundial»], a causa del patrocinio de la Modern Languages Association se impone por su peso institucional por sobre cualquier intento individual de crear programas de estudio de literatura mundial que desafíen nociones reificadas del 'mundo' y de las líneas de fuerza que condicionan su formación.

la literatura mundial que se produce frecuentemente tiende a reforzar los esencialismos románticos (un remanente de la acuñación que hiciera Goethe del concepto de *Weltliteratur*), en un cuadro en el que las periferias del mundo se especializan en la producción de alegorías nacionales hiperestetizadas que expresan sus particularidades culturales —por ejemplo, sus sueños frustrados de modernidad—, mientras que los centros metropolitanos son quienes aportan verdaderas innovaciones estéticas.

Algunos de los comparatistas más destacados del campo trabajan desde hace una década en la redefinición de la literatura mundial en relación con la herencia de los estudios postcoloniales —una articulación discursiva que alejó a la teoría de la literatura mundial de las dos amenazas que de todas maneras aún siguen pesando sobre la disciplina, como si sus orígenes románticos no la dejaran ir, reteniendo la literatura mundial, recordándole su marca de nacimiento *goetheana*: por un lado, la postulación de la literatura mundial como un espacio de intercambios y relaciones igualitarias, parejas, para las literaturas del mundo (en otras palabras, la literatura mundial como discurso igualador que corrige los males del imperialismo cultural y/o la globalización económica); por otro lado, la lógica *expresiva* según la cual ciertas obras comunicarían la experiencia histórica o estética de sus culturas de origen y, en consecuencia, se vuelven parte del corpus de una literatura mundial que pasa a ser entendida como adición de una infinidad de particularidades nacionales o regionales.

En los discursos críticos de Franco Moretti, Pascale Casanova, David Damrosch, Haun Saussy, Emily Apter, Shu-mei Shih y Wai Chee Dimock entre otros, la literatura mundial está ya más allá de las amenazas de la expresividad cultural y la ceguera ideológica de las determinaciones políticas de la disciplina, y así, entonces, tienen bien ganado el prefijo *post* que indica su inscripción en un campo discursivo de políticas que ya no se ocupan solamente de reivindicaciones identitarias. *Sus literaturas mundiales* son, en verdad, articulaciones *post-mundiales* del concepto de literatura mundial y se han ocupado de neutralizar el primero de los dos peligros que acabo de identificar.³⁹

³⁹ **La République Mondiale des Lettres** de Pascale Casanova es una de las propuestas más efectivas contra la construcción de la literatura mundial como espacio homogéneo y «liso», en el que la literatura (al igual que otros discursos) circula en pie de igualdad a causa de un valor cultural que es autónomo respecto de la desigualdad económica que estructura el mundo social. A pesar de su evidente enfoque *francocéntrico* (claramente un residuo esencialista que tiende a resurgir cuando el campo intelectual francés piensa en la función estructural de Francia en una red de relaciones globales) su uso de la teoría de Bourdieu —en relación con la organización del espacio social en campos (sólo) relativamente autónomos, estructurados por instituciones y prácticas específicas— es muy productivo, y vuelve evidente la formación desigual de una literatura mundial y de campos culturales constituidos por relaciones de poder asimétricas. Al mismo tiempo, pienso que el modo en el que Casanova despliega la noción de campo de Bourdieu es demasiado rígido, y entonces, su división de un mundo con un solo centro consagrado (París) y muchas periferias, donde la función estructural de la periferia es producir innovaciones y el rol del primer y segundo centros es reconocer, consagrar y reproducir dichas innovaciones, es otra manera de esencializar la periferia, por no decir que ese esquema no siempre es del todo cierto; de hecho, la idea de que el Tercer Mundo produce renovaciones estéticas e ideas revolucionarias parece ser una fantasía habitual (en un sentido lacaniano) de las culturas metropolitanas.

En todos estos autores, la conceptualización de la literatura mundial en función de preocupaciones propias del discurso crítico del postcolonialismo, pero también de las variaciones postestructuralistas sobre la crisis de las identidades (nacionales o cualquier otra) y de la teorías de sistemas mundiales de Immanuel Wallerstein, tiene como resultado una narrativa teórica sobre la dimensión global del campo cultural basada en la consideración de la desigualdad constitutiva de las relaciones sociales mundiales al interior de una configuración cultural dada.⁴⁰ Pero esta renovación del concepto de literatura mundial a nivel teórico, no puede modificar (al menos no suficientemente rápido) la mayoría de las prácticas pedagógicas inscriptas en el campo de la literatura mundial que, como todos estos reconocimientos teóricos, parecen estar rezagadas e impregnadas del romanticismo particularista del siglo XVIII. Una rápida revisión de los planes de estudio de la literatura mundial y de la mayoría de las antologías, muestra que la lógica de la representación y la expresividad están todavía en el centro de la escena, especialmente cuando uno observa las características estéticas de los textos que forman parte de los programas de estudio y de las antologías, y a la relación que estos rasgos formales y temáticos establecen con las características imaginarias del país o región de los que estos trabajos provendrían (donde procedencia y formación estética están unidos en una relación de continuidad transparente). David Damrosch ha definido esta lógica constitutiva más elocuentemente:

In world literature, as in some literary Miss Universe competition, an entire nation may be represented by a single author: Indonesia, the world's fifth-largest country and home of ancient and ongoing cultural traditions, is usually seen, if at all, in the person of Pramoedya Ananta Toer. Jorge Luis Borges and Julio Cortázar divide the honors for Mr. Argentina [«En la literatura mundial, como en una suerte de competencia de Miss Universo literaria, una nación entera puede estar representada por un único autor: Indonesia, el quinto país más grande del mundo y hogar de tradiciones culturales antiguas y vigentes, es visto frecuentemente, si es que lo es, en la persona de

⁴⁰ Una de las primeras y más interesantes intersecciones de la literatura mundial y el postcolonialismo fue ofrecida por Homi Bhabha: «world literature could be an emergent, prefigurative category that is concerned with a form of cultural dissensus and alterity, where non-consensual terms of affiliation may be established on grounds of historical trauma. The study of world literature might be the study of the way in which cultures recognize themselves through their projections of 'otherness'. Where, once, the transmission of national traditions was the major theme of a world literature, perhaps we can now suggest that transnational histories of migrants, the colonized, or political refugees —these border and frontier conditions— may be the terrains of world literature» [«la literatura mundial podría ser un categoría prefigurativa emergente que refiere a una forma de disenso cultural y alteridad, donde los términos de afiliación no consensuados pueden establecerse alrededor de un trauma histórico. El estudio de la literatura mundial debería ser el estudio de la manera en que las culturas se reconocen a sí mismas a través de sus proyecciones de lo que es una alteridad. Si antes la transmisión de las tradiciones nacionales era el tema principal de la literatura mundial, quizás podemos sugerir ahora que las historias transnacionales de los migrantes, los colonizados o los refugiados políticos —estas condiciones de bordes y fronteras— pueden ser el terreno de la literatura mundial. Homi Bhabha, **The Location of Culture**, Londres y Nueva York, Routledge, p. 12 [Hay traducción castellana: Homi Bhabha, **El Lugar de la Cultura**, Buenos Aires, Manantial, 2002].



Pramoedya Ananta Toer. Jorge Luis Borges y Julio Cortázar se dividen los honores de Mr. Argentina].⁴¹

Un ejemplo pertinente para este estado de la disciplina es la serie de libros «Teaching World Literature» [«Enseñando literatura mundial»] de la MLA [Modern Languages Association]. Cuando recibí por mail el catálogo de esta colección sentí curiosidad por ver qué novelas y autores latinoamericanos habían sido incluidos. El catálogo había sido publicado en el invierno de 2007 para celebrar la proximidad de un hito: la serie tenía 95 títulos y planeaba alcanzar los cien volúmenes al año siguiente. Leí el folleto de punta a punta y no me sorprendí al encontrar que: a) en términos de heterogeneidad discursiva la lista no seguía del todo los patrones del canon global post-multicultural que es conocido en las aulas universitarias en todo Estados Unidos (al menos en clases de literatura comparada). La lista de títulos tenía una abrumadora mayoría de trabajos modernistas en inglés de los siglos XIX y XX, un puñado de novelas británicas del siglo XVIII que marcan (según la crítica anglosajona) el surgimiento del género, unos pocos clásicos antiguos (la *Biblia*, Homero, Eurípides, Virgilio), textos canónicos medievales y de la modernidad temprana (Chaucer, Dante, teatro y poesía Isabelina, Molière) y la narrativa de esclavitud y liberación de Frederick Douglass como la única inclusión que pudo haber forzado los límites de la institución literaria. Quizás más sorprendente era el hecho de que una serie que lleva el nombre de «Teaching World Literature» tuviera sólo un texto en una lengua no occidental (japonés). De noventa y cinco títulos, sesenta y cinco son de diferentes entonaciones del inglés, catorce están en francés, tres en italiano (Boccaccio, Dante y, sorprendentemente, no

Petrarca, Manzoni, Leopardi, Di Lampedusa o Svevo, sino el *Pinocchio* de Collodi), tres en alemán (Goethe, Kafka, y Mann), tres en español (drama español del Siglo de Oro, Cervantes y García Márquez), tres en griego y latín clásicos (Homero, Eurípides y Virgilio), y sólo un representante del ruso (Tolstói), el noruego (Ibsen), el japonés (Murasaki Shikibu) y el hebreo clásico (la *Biblia*).

En *What is World Literature?*, David Damrosch presenta un argumento por demás convincente respecto de la ampliación de los límites del significante «literatura mundial» en Estados Unidos. Si a comienzos del siglo XX las antologías y planes de estudio de literatura mundial «defined 'the world' unhesitatingly as the Western World» [«definían 'el mundo', sin vacilaciones, como el mundo occidental»],⁴² Damrosch señala cómo, durante los años noventa, muchas antologías (entre ellas *The Harper Collins World Reader*, y *The Norton Anthology of World Literature*) cambiaron radicalmente su aproximación a la literatura mundial, convirtiéndola en un campo verdaderamente global que abarca el mundo entero y todas las etapas históricas, desde las narrativas indígenas de las Américas anteriores a 1492 hasta las literaturas postcoloniales y posmodernas de las periferias del mundo occidental.⁴³ Comparto la perspectiva optimista de Damrosch respecto de una literatura mundial que parece haber superado su estrecha y conservadora concepción previa del mundo. Pero a continuación, me encuentro con la serie «Approaches to Teaching World Literature» que, dado el peso institucional de la MLA, no puede ser considerada meramente como la presencia residual de una concepción arcaica del campo y de su estrecho alcance sino que, por el contrario, parece volver evidente la condición endeble y dispar de los cambios que menciona Damrosch en relación con la práctica pedagógica de la literatura mundial en la mayoría de las universidades de Estados Unidos, que pareciera contradecir la manera en la que los intelectuales más progresistas la teorizan.

Aparte de la producción y reproducción de la hegemonía global del inglés, encuentro un problema más importante en la serie de la MLA, pero también en algunas de las nuevas antologías de la literatura mundial multicultural: la lógica de la expresividad que está en juego en la dialéctica de inclusiones y exclusiones que da forma a los cánones vigentes en el discurso institucional de la

⁴¹ David Damrosch, «World Literature in a Postcanonical, Hypercanonical Age», en Haun Saussy (ed.), *Comparative Literature in an Age of Globalization*, op. cit., p. 44. Damrosch analiza los cambios progresivos en un grupo de antologías de textos de literatura mundial durante la segunda mitad del siglo XX: «The tellingly titled *Norton Anthology of World Masterpieces* was content in its first edition of 1956 to survey the world through a total of only seventy-three authors, not one of whom was a woman, and all of whom were writers in «the Western Tradition» stretching from ancient Athens and Jerusalem to Modern Europe and North America... To a very real extent, the expansion of our understanding of world literature has improved this situation during the past dozen years. The major anthologies (such as those now published by Longman, Bedford, and Norton itself) today present as many as five hundred authors in their pages, often with dozens of countries included. It is even possible to consider that the old Eurocentric canon has fallen away altogether... This dismantling, however, is only half of the story, and not only because it hasn't yet occurred in practice to the extent that it has been achieved in postcolonial theory...» [La elocuentemente titulada *Norton Anthology of World Masterpieces* se contentaba en su primera edición de 1956 con estudiar el mundo a través de un total de sólo setenta y tres autores, ninguno de los cuales era mujer, y todos los cuales eran escritores de la «tradición occidental» que se extiende desde la antigua Atenas y Jerusalén hasta la Europa moderna y Norteamérica... En términos muy reales, la expansión de nuestro entendimiento de la literatura mundial ha mejorado esta situación durante los últimos doce años. Las principales antologías (como aquellas publicadas ahora por Longman, Bedford y el propio Norton) presentan hoy hasta quinientos autores en sus páginas, a menudo con una docena de países incluidos. Incluso es posible considerar que el viejo canon eurocéntrico ha desaparecido por completo... este desmantelamiento, no obstante, es sólo la mitad de la historia, y no sólo porque no ha ocurrido aún en la práctica en la medida en que ha sido logrado en la teoría postcolonial...]. *Ibid.*, pp. 43-44. El punto al que intento llegar es que, aun cuando las antologías hayan expandido sus coberturas, una gran mayoría de los textos incluidos (especialmente cuando provienen de las periferias del mundo europeo-norteamericano) lo están porque la antología presupone una relación expresiva entre el texto y la particularidad cultural de su postulado origen.

⁴² David Damrosch, *What is World Literature?*, op. cit., p. 124.

⁴³ En relación a los comienzos del siglo XX, Damrosch examina en detalle «a pair of ambitious multivolume anthologies that were prepared in the first decade of the century: *The Best of World's Classics*, in ten volumes, published in 1909 by Funk and Wagnalls under the editorship of Senator Henry Cabot Lodge; and the still more ambitious fifty-volume series *The Harvard Classics*, published just a year later by P.F. Collier and Son, under the general editorship of Harvard's president, Charles W. Eliot» [«Un par de ambiciosas antologías de varios volúmenes que fueron confeccionadas en la primera década del siglo: *The Best of World's Classics*, en diez volúmenes, publicada en 1909 por Funk y Wagnalls bajo la edición del Senador Henry Cabot Lodge; y la aún más ambiciosa serie de cincuenta volúmenes *The Harvard Classics*, publicada justo un año más tarde por P.F. Collier and Son, bajo la edición general del presidente de Harvard, Charles Eliot.]. *Ibid.*, p. 120. Y cuando escribe sobre el reciente giro multicultural de las antologías de literatura mundial, Damrosch es, de hecho, uno de los protagonistas de este cambio en la concepción de la literatura mundial. Él es el editor de tres volúmenes *The Longman Anthology of World Literature. The Ancient World, the Medieval Era, and the Early Modern Period*, que, efectivamente, cumplen la promesa de una nueva literatura mundial.

literatura mundial. En la colección de libros de la MLA, la presencia de los textos en inglés y francés responde de manera relativamente transparente a una dinámica que reproduce un canon preexistente. La misma lógica podría aplicarse a la Biblia, a los clásicos greco-romanos, Cervantes y Lope de Vega, Goethe, Tolstói, Ibsen, Kafka y Thomas Mann.

Si uno considera los textos que quedan fuera de este grupo —de la narrativa japonesa, **La historia de Genji (Genji Monogatari)**, **Cien años de soledad**, de Gabriel García Márquez, y **Things Fall Apart**, de Chinua Achebe—, de ninguna manera se trata de inclusiones chocantes o subversivas, pero sí dan cuenta claramente de la concepción que esta colección tiene respecto de lo que los márgenes de Occidente pueden contribuir al campo discursivo de la literatura mundial. Más allá del valor estético de estos tres textos, la pregunta que invoca esta inclusión de sólo tres representantes de culturas periféricas es ¿por qué estos tres? ¿Qué hay detrás de la elección de las desventuras medievales de los cortesanos japoneses de **La historia de Genji** (siglo XI); de la narrativa de disturbios coloniales en África de **Things Fall Apart** (1958); y de la alegoría genealógica mágico-realista de **Cien años de soledad** (1967)?

Creo que la respuesta se encuentra en la creencia habitual de que estos tres textos, de algún modo, expresarían las experiencias históricas japonesa, africana y latinoamericana. Este cliché de la crítica metropolitana está basado en la reducción de la vastedad y complejidad de cada una de estas culturas a un sentido singular que se presenta (tal vez inadvertidamente) esencializado: un Japón tradicional que vive en el imaginario de Occidente, una África tribal víctima de la violenta reestructuración social del colonialismo, una América Latina encantadoramente pre-moderna, condenada para siempre al caos sociopolítico, a las guerras civiles y a la administración irracional de sus recursos materiales y simbólicos.⁴⁴ En el caso de **Cien años de soledad**, su transformación en *best-seller* mundial fue precedida por la expectativa del público lector europeo y norteamericano respecto del realismo mágico como una forma estética que encarna la naturaleza social supuestamente pre-moderna, maravillosa y exótica de América Latina.⁴⁵

⁴⁴ Para un comentario sobre la inclusión de las novelas de García Márquez y Achebe en antologías de literatura mundial recientes como resultado de la globalización del canon de la literatura mundial, véase James English, «Prizes and the Politics of World Culture» en **The Economy of Prestige. Prizes, Awards and the Circulation of Cultural Value**, Cambridge, Harvard University Press, 2005, pp. 306-307.

⁴⁵ En **What is World Literature?**, Damrosch explica que: «I take world literature to encompass all literary works that circulate beyond their culture of origin, either in translation or in their own language... In its most expansive sense, world literature could include any work that has ever reached beyond its home base». [«Tomo la literatura mundial para abarcar todos los trabajos literarios que circulan más allá de su cultura de origen, ya sea en traducciones o en su propia lengua... En su sentido más amplio, la literatura mundial podría incluir cualquier trabajo que alguna vez haya llegado más allá de su base»]. David Damrosch, **What is World Literature?**, *op. cit.*, p. 4. La razón por la cual yuxtapuse la noción de David Damrosch de lo que constituiría una novela *literaria mundial* o global, es porque pienso que la economía política de las editoriales transnacionales (*qué vende, qué no*) determina de manera casi absoluta las elecciones en torno a qué se traduce y qué se lee en los cursos de literatura mundial. En otras palabras, las editoriales europeas y norteamericanas, por lo general traducen las obras que tienden a responder a las expectativas del público lector *del norte* acerca de lo que, por ejemplo, la literatura latinoamericana o africana es o debería ser. Para una articulación

En otras palabras, la novela de García Márquez vino a representar y expresar lo que una parte importante de la esfera del público literario mundial asumía que era la esencia de la cultura y la historia social de América Latina; América Latina y no necesariamente Colombia, o el norte tropical de Sudamérica, o Santa Marta, porque **Cien años de soledad** ha sido leída en todo el mundo (incluso en América Latina) como una metáfora narrativa de la experiencia histórica y el destino sociopolítico de la región entera. Así, esta lógica expresiva esencialista puede ser leída a) como una ideología romántica que supone que la particularidad cultural está perfectamente contenida en la unidad indivisible de la nación (o en este caso, la región cultural); y b) como un discurso de la globalización basado en la postulación de la coexistencia acrítica y de ninguna manera problemática de identidades regionales fijadas e instituciones nacionales. En consecuencia, no es sorprendente encontrar en la colección «Approaches to Teaching World Literature» de la MLA clásicos franceses, alemanes, italianos, rusos y estadounidenses, junto a apenas dos *clásicos* modernos de América Latina y África.

No es necesario aclarar que ninguno de los proponentes de una *literatura mundial post-mundial* suscribiría, en sus discursos teóricos, esta lógica esencialista contraria a cualquier programa o deseo cosmopolita, que sin embargo, puede recogerse en el relevamiento de prácticas tan extendidas. Pero entonces, ¿cuál sería la alternativa para determinar la conformación de un corpus que sí permitiera una práctica crítica y pedagógica cosmopolita en el trabajo con la literatura mundial? En «Conjectures on World Literature», Franco Moretti proporciona la respuesta más convincente, aunque definitivamente impracticable, a esta pregunta. Para él, la literatura mundial debe cumplir la promesa universal implícita en su nombre mismo, y opera un pasaje de la literatura mundial a las literaturas del mundo. Es decir, cancela la determinación de un corpus o un canon, ya que para él la literatura mundial, en tanto que disciplina, debe ocuparse de todas las literaturas alguna vez escritas en cualquier parte del mundo.⁴⁶ Este nuevo campo *literalmente universal* transforma a la literatura mundial en una empresa necesariamente colectiva con una clara división del trabajo: en la planta baja los especialistas produciendo conocimiento sobre literaturas particulares a través de la lectura atenta de textos y contextos culturales; en el nivel superior, la esfera meta-discursiva de *über-comparatistas*, como Moretti, rastreando, a través de lo que él llama *lectura a distancia (distant reading)* como contraparte de la práctica textualista de *close reading*, las tendencias y los patrones universales que harían visible el sistema mundial de la literatura como una totalidad cultural global. Al proponer leer *todo* de manera indiscriminada,

interesante de literatura y política y la emergencia de la *novela global* en los años sesenta, con **Cien años de soledad** de García Márquez como caso preeminente, véase Michael Denning, «The Novelist's International», en Franco Moretti (ed.), **The Novel. Volume I. History, Geography and Culture**, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2006.

⁴⁶ Tomo la idea de un desplazamiento de la literatura mundial a las literaturas del mundo del ensayo de Djelal Kadir «Comparative Literature in the Age of Terrorism» (de Haun Saussy (ed.), **Comparative Literature in an Age of Globalization**, *op. cit.*), aunque él describe este pasaje para condenar a buena parte de los proponentes de la disciplina de la literatura mundial, Moretti incluido.

Moretti evita el peligro de una literatura mundial conformada por textos que son seleccionados en función de su supuesta capacidad de expresar y representar sus respectivas culturas nacionales o regionales de origen.⁴⁷ Con la camiseta de América Latina, entonces, ya no tendríamos sólo al realismo mágico y al testimonio, sino a la totalidad del inmensamente heterogéneo universo estético de la región.⁴⁸

Y sin embargo, a pesar de los post-post en función de los que se re-teorice la noción de literatura mundial, la práctica crítica y pedagógica de la literatura mundial *realmente existente* sigue estando acosada por amenazas de las que es difícil desmarcarla: ¿puede la literatura mundial constituirse como un proyecto cosmopolita que tiene como objetivo la articulación de diferencias culturales con vistas a alcanzar metas emancipatorias? ¿Puede un discurso y una pedagogía de la literatura mundial producir *el planeta* que Gayatri Spivak ha propuesto, como una forma de imaginar un mundo que «overwrites the globe» [reinscribe al globo] como «the imposition of the same system of exchange everywhere... in the gridwork of electronic capital... drawn by the requirements of Geographical Information Systems»? [La imposición del mismo sistema de intercambio en todas partes.... en la grilla del capital electrónico...delimitado por las demandas de los Sistemas Informáticos Geográficos].⁴⁹

Esta dimensión éticamente normativa ha marcado la urgencia cultural y política de la tarea histórica de la literatura mundial des-

de Goethe hasta sus reformulaciones más recientes: la literatura mundial como una construcción estética impregnada de demandas cosmopolitas de reinscribir relaciones sociales injustas a escala global —ya sean coloniales, bélicas u opresivas en los términos más generales. Y al mismo tiempo, el deseo cosmopolita de convertir las restricciones y limitaciones de nuestra propia cultura particular, y de nuestra experiencia claustrofóbica en ella; una convicción cosmopolita sobre la naturaleza necesariamente universal de la promesa de emancipación cultural; la literatura mundial como un proyecto de cultura global (como la negación dialéctica de la unilateralidad de las particulares culturas locales), donde el potencial emancipatorio de la «cultura» pueda, finalmente, realizarse. David Damrosch advierte que estas grandes expectativas no se han declarado en ningún lugar de manera tan elocuente como en el artículo clásico de René Wellek «The Crisis of Comparative Literature», de 1959, en el que propone una disciplina estructurada en función del discurso de la literatura mundial: «Comparative literature has the immense merit of combating the false isolation of national literary histories» [«La literatura comparativa tiene el mérito inmenso de combatir el falso aislamiento de las historias literarias nacionales»].⁵⁰ En el último párrafo del artículo, Wellek expande esta idea y establece el rol crucial de la crítica en la producción de valores cosmopolitas y, en consecuencia, en la actualización material del sujeto universal imaginado por la Ilustración; la literatura comparada y la literatura mundial como discursos críticos que podrían volver visible un mundo ética y políticamente cosmopolita por venir:

Once we grasp the nature of art and poetry, its victory over human mortality and destiny, its creation of a new world order of the imagination, national vanities will disappear. Man, universal man, man everywhere and at all time, in all his variety, emerges and literary scholarship ceases to be an antiquarian pastime, a calculus of national credits and debts and even a mapping of networks of relationships. Literary scholarship becomes an act of the imagination, like art itself, and thus a preserver and creator of the highest values of mankind [Cuando comprendamos la naturaleza del arte y la poesía, su victoria sobre la muerte y el destino, su creación de un nuevo orden mundial de la imaginación, las vanidades nacionales desaparecerán. Emerge el hombre, el hombre universal, el hombre en todas partes y en cualquier época, en toda su variedad, y la erudición literaria dejará de ser un pasatiempo anticuado, un cálculo de créditos y deudas nacionales e incluso un mapa de las redes de relaciones. El estudio de la literatura se convertirá en un acto de la imaginación, como el arte mismo, y así en un espacio de conservación y creación de los más altos valores de la humanidad].⁵¹

Si hoy, en el contexto de furiosas desigualdades alimentadas en parte por un proceso de globalización financiera y militar, el hori-

⁴⁷ Damrosch no ve en esta expansión infinita y absoluta de los horizontes de la literatura mundial, la solución a sus problemas, sino, por el contrario, una disolución del valor y la especificidad de la disciplina: «If the scope of world literature now extends from Akkadian epics to Aztec incantations, the question of what is world literature could almost be put in opposite terms: What isn't world literature? A category from which nothing can be excluded is essentially useless» [Si el alcance de la literatura mundial se extiende ahora de la épica acadia a los encantamientos aztecas, la pregunta de qué es la literatura mundial casi se podría plantear en términos opuestos: ¿qué no es literatura mundial? Una categoría de la cual nada puede ser excluido es esencialmente inútil]. David Damrosch, **What is World Literature?**, p. 110.

⁴⁸ Los dos volúmenes de **The Novel**, el intento enormemente ambicioso de Moretti de repensar la historia de la novela y las perspectivas teóricas sobre ella —un proyecto que emprendió luego de haber propuesto sus «Conjectures on World Literature»—, puede leerse como la aplicación práctica de las ideas de Moretti en el ya famoso artículo. Aquí, Moretti presenta a la novela, precisamente, como una forma paradigmáticamente universal, un sitio en el que una comunidad de críticos puede producir un discurso concreto y bien fundado sobre la literatura mundial.

⁴⁹ Gayatri Chakraborty Spivak, **Death of a Discipline**, New York, Columbia University Press, 2003, p. 72. En el tercer y último capítulo de este libro, Spivak propone la noción de *planetariedad* como el contenido específico posible de la nueva literatura comparada que reclama; una literatura comparada basada en una forma de leer que reconoce en la opacidad y la indecibilidad de los tropos retóricos, sin ceder nunca ante la demanda hegemónica de transparencia y comprensibilidad completa. Planetariedad es la figura que necesita ser des-figurada, esto es, ética y políticamente des-figurada. El planeta, entonces, es el sitio donde, quizás, seamos capaces de inscribir una forma de comunidad éticamente diferente a aquella figurada en el mundo de la globalización. «When I invoke the planet I think of the effort required to figure the (im)possibility of this underived intuition» [«Cuando invoco al planeta pienso en el esfuerzo que se requiere para figurar la (im)posibilidad de esta intuición inmotivada»]. *Ibid.*, p. 72. Este es el primer desafío que nos presenta la categoría de planetariedad: que el planeta no existe aún, hoy, en el contexto de la hegemonía de los discursos de la globalización financiera. La literatura mundial, entonces, podría ser pensada como el estudio crítico comparado de la dimensión simbólica del mundo figurado como *planeta*.

⁵⁰ René Wellek, «The Crisis of Comparative Literature», en Stephen G. Nichols (ed.), **Concepts of Criticism**, New Haven y Londres, Yale University Press, 1963, pp. 282-283.

⁵¹ *Ibid.*, p. 295.

zonte cosmopolita del discurso de Welles nos parece relevante e incluso urgente, no resulta sencillo hacerse eco de su optimismo humanista sobre la potencialidad de la literatura mundial. El problema que encuentro en esta genealogía de la literatura mundial (nuevamente: de Goethe y Welles, hasta muchos de los impulsores de una literatura mundial renovada hoy) es que tiende a ver *el mundo* de la literatura mundial como un campo en el que las diferentes singularidades culturales que se definen unas a otras a través de violentos antagonismos éticos y económicos encuentran un discurso común y entran en un diálogo que sirve como modelo para una agencia política global. La literatura mundial como mediación y forma de la traducción cultural capaz de producir un mundo reconciliado que es impensable por fuera de esta confianza humanista en el poder simbólico de la cultura.⁵²

Pero en esta literatura mundial «informed by a sense of the implicit parity between literatures» [informada por un sentido de paridad implícita entre literaturas],⁵³ representada como una esfera pública habermasiana para el diálogo global, lo que parece perderse es el registro de la opacidad de la otredad cultural y los fracasos intermitentes de la comunicación y la traducción global involucradas en relaciones sociales hegemónicas que conforman el mundo de intercambios estéticos y culturales de la literatura mundial; esto es, la formación hegemónica del discurso y el objeto disciplinar de la literatura mundial, y la delimitación necesaria de lo que cae dentro y fuera de la literatura mundial —qué llega a ser traducido (y por qué y a través de qué articulaciones institucionales específicas) y qué, en consecuencia, alcanza audiencias que están más allá de la cultura de origen de un texto dado, particularmente los centros académicos metropolitanos.⁵⁴ Volviendo a **Cien años de soledad** de García Márquez, una lectura crítica de la novela *con propósitos cosmopolitas* no debería transformarla en un símbolo alegórico de la particularidad cultural de América Latina, y determinar su valor literario mundial, precisamente, en

términos de su capacidad para representar la región; y menos aun, en función del sabor exótico que aportaría al canon de la literatura mundial con sus personajes que ascienden al cielo en medio de sábanas desplegadas e infladas como globos. Estos modos (por lo general invocados de manera complementaria) de argumentar la universalidad paradójica de **Cien años de soledad** dependen de la afirmación según la cual el realismo mágico expresa algo respecto de la constitución pre-racional de las sociedades latinoamericanas que escapa a los protocolos de representación del realismo moderno. Y, por lo tanto, reifican una percepción reductiva, esencializante y condescendiente de las complejas relaciones estéticas y políticas entre la estética latinoamericana y la estructura social de la región. Sylvia Molloy explica esta fascinación metropolitana: «Magic realism is refulgent, amusing, and kitschy (Carmen Miranda's headdress; José Arcadio Buendía's tattooed penis) — but it doesn't happen, couldn't happen, here» [«El realismo mágico es refulgente, divertido y kitsch (el tocado de Carmen Miranda; el pene tatuado de José Arcadio Buendía) —pero esto no sucede, no podría suceder aquí»].⁵⁵

Un abordaje cosmopolita, atento a las fuerzas hegemónicas en juego en la especificidad de una formación cultural dada, subrayaría que el status global de la novela de García Márquez no tiene nada que ver con una relación supuestamente privilegiada con su cultura de origen, sino con la producción material de su globalidad. Por ejemplo, podría preguntarse sobre la globalización del realismo mágico como forma estética, cuya presencia puede recogerse desde los años '70 y '80 en África, el sudeste asiático, Europa oriental y el sudoeste chicano de los Estados Unidos. ¿Cuándo fue traducido García Márquez (y quizás también Alejo Carpentier) en cada uno de estos lugares —y cómo fueron leídas sus novelas y cuentos cortos? ¿Cuáles fueron las tradiciones estéticas locales existentes —así como las relaciones socioculturales— que podrían haber contribuido a transformar las narrativas del realismo mágico en una forma de interpelación postcolonial?⁵⁶ ¿Cómo, en qué formas e instancias específicas, el realismo mágico fue apropiado y reescrito? ¿Fueron borradas las huellas históricas de estas apropiaciones globales del realismo mágico, o fueron reconocidas a fin de producir formas cosmopolitas de afiliación? Y, a su vez, ¿cómo responden García Márquez y otros autores mágico-realistas a los ecos globales (cosmopolitas y postcoloniales pero también hegemónicos y metropolitanos) de sus discursos?

La idea doble de la globalización de la novela y la novelización de lo global que propongo en este artículo es un intento de reinscribir el debate sobre la literatura mundial en relación con este

⁵² Una de las críticas más efectivas de este paradigma totalizante es la idea de una globalización de la diferencia propuesta por Emily Apter en su artículo «Global *Translatio*: The 'Invention' of Comparative Literature, Istanbul, 1933» en el que rastrea la construcción de los discursos de la literatura mundial y comparativa de Leo Spitzer durante su exilio en Turquía —un discurso basado en «untranslatable affective gaps» [«vacíos afectivos intraducibles»]: «Spitzer's explicit desire to disturb monolingual complacency» produce a «a paradigm of *translatio*... that emphasizes the critical role of multilingualism within transnational humanism... a policy of *non-translatio* adopted without apology» [«El deseo explícito de Spitzer de interrumpir la complacencia monolingüe» produce «un paradigma de *translatio*... que enfatiza el rol crítico del multilingüismo dentro del humanismo transnacional... una política de no-traducción que no es apologética»]. Emily Apter, «Global *Translatio*: The 'Invention' of Comparative Literature, Istanbul, 1933», en Christopher Prendergast (ed.), **Debating World Literature**, op. cit., pp. 108 y 104.

⁵³ Katie Trumpener, «World Music, World Literature. A Geopolitical View», op. cit., p. 198.

⁵⁴ Un ejemplo de la interpelación material más productiva de la dimensión global de las formaciones literarias es **A Turbulent Decade Remembered. Scenes from the Latin American Sixties**, de Diana Sorensen (Stanford, Stanford University Press, 2007). El notable estudio de Sorensen de las instituciones que conformaron la materialidad del boom de la literatura latinoamericana en los años sesenta (véase especialmente el capítulo 4: «Toward a Transnational Republic of Letters: A Geography of Discursive Networks») debería considerarse como un futuro camino posible para dar con una literatura mundial consciente de la importancia del intercambio material y las relaciones hegemónicas.

⁵⁵ Sylvia Molloy, «Latin America in the U.S. Imaginary: Postcolonialism, Translation, and the Magical Realist Imperative», en Mabel Moraña (ed.), **Ideologies of Hispanism**, Nashville, Vanderbilt University Press, 2005, p. 129. Este texto es una referencia crucial y definitiva para pensar las relaciones reificadas entre Estados Unidos y América Latina.

⁵⁶ Homi Bhabha ha caracterizado célebremente al realismo mágico como una práctica estética descolonizadora: «the literary language of the emergent postcolonial world» [«el lenguaje literario de un mundo postcolonial emergente»]. Homi Bhabha, «Introduction: narrating the nation», en Homi Bhabha (ed.), **Nation and Narration**. Londres y Nueva York, Routledge, 1990, p. 7 [hay traducción castellana: **Nación y Narración**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010].

horizonte cosmopolita. También es un intento de dar cuenta de la universalización progresiva de la producción, recepción y traducción novelísticas, y de las imágenes e imaginarios singulares de esta universalidad que reduplican, en textos específicos, el horizonte discursivo global de las prácticas literarias modernas.⁵⁷ O para ponerlo en términos ligeramente diferentes: se trata de un intento de aprehender la realización de la universalidad de la literatura mundial como proceso hegemónico, sin volver a caer en la tentación de reafirmar identidades particulares nacionales o regionales deificadas —el desafío es poder preservar dicha universalidad como el horizonte necesario de prácticas cosmopolitas con propósitos emancipatorios.⁵⁸

A pesar de sus diferencias metodológicas, las intervenciones más inteligentes en el debate coinciden en pensar a la literatura mundial no como un cuerpo definido sino como una forma de leer, de establecer relaciones e imaginar nuevos y sorprendentes contextos de lectura no-nacionales que puedan iluminar nuevos sentidos en un texto literario. Mientras escribía bocetos y borradores de este artículo se me ocurrió que el significado de la literatura mundial podía pensarse en relación con los términos de la clásica caracterización de Marx de 'clase' como una relación social: la literatura mundial como una relación cultural cosmopolita. El modelo de la globalización de la novela y la novelización de lo global, con su énfasis en procesos históricos a escala global y la producción de imaginarios globales, nos permite ver a la literatura mundial como una relación social, una relación social cosmopolita —la literatura mundial como un discurso crítico, pero también como un campo universal de intercambios culturales concretos, materiales, ambos constituidos por fuerzas asimétricas estructurales que se disputan el significado de lo global. En otras palabras, la globalización de la novela y la novelización de lo global ponen en primer plano la tensión constitutiva del discurso de la literatura mundial: por un lado, la pulsión cosmopolita por representar un mundo diverso como una totalidad multicultural internamente reconciliada; y, por el otro lado, el mandato, también profundamente cosmopolita, de relevar el espacio mundial de la interacción asimétrica de las fuerzas culturales y económicas hegemónicas y subalternas que determinan la realización de un mundo desigual, infinitamente diferente de sí mismo. Nuestro desafío

es reconocer y rearticular en nuestras prácticas pedagógicas y en el diseño de nuestros proyectos de investigación estas complejas interpelaciones cosmopolitas que apuntan a formas opuestas de simbolizar las diferencias globales, asumiendo que es imposible hacerse cargo del costado normativo de un discurso cosmopolita como la literatura mundial sin dar cuenta de las relaciones hegemónicas globales que determinan su emergencia. El deseo de discursos y mercancías «of distant lands and climes» [«de tierras y climas lejanos»]⁵⁹ que constituye hoy nuestra subjetividad cosmopolita deseante es al mismo tiempo, el terreno simbólico donde esperamos poder inscribir una práctica intelectual emancipatoria, pero también una domesticación del mundo que reproduce las relaciones hegemónicas que la literatura mundial intenta, con o sin éxito, reencauzar.

[Traducción del inglés de Vera Carnovale.
Revisión técnica de Martín Bergel]

⁵⁷ Otra forma de entender el concepto doble de globalización de la novela y la novelización de lo global como un intento de asir la articulación del proceso de globalización y el discurso literario, es en términos de un análisis diacrónico en el caso de la *globalización de la novela*, y de una perspectiva sincrónica en el caso de la *novelización de lo global*.

⁵⁸ En una intervención reciente dentro del debate sobre la reemergencia del concepto de literatura mundial, Roberto Schwarz escribió, en esta misma dirección, que si la intención de desenterrar la idea de la literatura mundial «is to question the universality of the universal and the localism of the local, then it could be a good starting point for further discussion» [«apunta a cuestionar la universalidad de lo universal y el localismo de lo local, entonces podría ser un buen punto de partida para una discusión que debe profundizarse»]. Roberto Schwarz, «Competing Readings in World Literature», *New Left Review* n° 48, noviembre-diciembre de 2007, p. 98. Para Schwarz (y yo acuerdo enfáticamente) el sentido de este retorno de la literatura mundial pasa por cuestionar discursos esencialistas de la universalidad y la particularidad; y subrayar que tanto lo universal como lo local son construcciones históricas en las que las prácticas literarias intervienen de manera decisiva.

⁵⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, «The Manifesto of the Communist Party», en Roberto C. Turner (ed.), *The Marx-Engels Reader*, Nueva York y Londres, W.W. Norton, 1979, p. 477 [hay múltiples ediciones castellanas].

El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI*

Gisèle Sapiro

A pesar de la memoria aún vívida de un pasado prestigioso y de los fuertes incentivos proporcionados por las instancias de la Unión Europea, la construcción económica y administrativa de Europa no parece haber tenido su correlato en el espacio intelectual. Para comprender los obstáculos que encontró el surgimiento de este espacio, debemos situarlo en una perspectiva histórica de largo plazo, la del proceso de formación de los Estados-nación. Este proceso contribuyó a la desintegración de la comunidad letrada europea, que se comunicaba en una sola lengua: el latín. La fragmentación de esta comunidad a partir del desarrollo y afirmación de las lenguas vernáculas estuvo estrechamente ligada al nacimiento del mercado del libro y a la expansión del público lector a grupos sociales no necesariamente formados en las humanidades clásicas —mujeres, clases medias urbanas, y luego la clase obrera. Si el francés fue hasta el siglo XVIII la lengua de la cultura de las cortes europeas, el *Bildungsbürgertum* pronto habría de establecer el austero rigor de la *Kultur* alemana frente al encanto superficial de la *civilisation* francesa,¹ iniciando el proceso de nacionalización de la cultura letrada. Desde mediados del siglo XIX, mientras el alemán y el inglés ganaron ascendencia como las lenguas de la ciencia, la traducción se convirtió en el principal modo de circulación transnacional de textos.

La multiplicación de Estados-nación en el siglo XIX europeo fue acompañada por el desarrollo y diferenciación de las profesiones intelectuales que tomaron formas variables de acuerdo a las estructuras políticas y administrativas de los distintos países y a las relaciones de competencia entre sí.² En razón del papel cen-

tral otorgado a la cultura, la construcción de identidades nacionales dependió muy especialmente de los productores de representaciones colectivas que eran los intelectuales. Hombres de letras, publicistas y pensadores del mundo social, proclamadores de un futuro radiante o nostálgicos de un pasado perdido, asumieron el rol de profetas del mundo moderno. Esta construcción nacional se desarrolló en el marco de una competencia internacional cada vez más intensa que tuvo a Europa como su centro, y se constituyó en un modelo que circuló de un país a otro a través de un proceso mimético. En el siglo siguiente, este nuevo principio de cohesión que debía suplantar la religión para formar entidades abstractas de base territorial iba a tener consecuencias fatales hoy bien conocidas por nosotros, del colonialismo a las dos guerras mundiales, y luego a las guerras étnicas.

Después de la Primera Guerra Mundial, las relaciones intelectuales que comenzaban a desarrollarse entre los países —intercambios académicos, puesta en común de saberes, organización de la educación y la investigación, derechos de autor— devinieron un componente de las relaciones internacionales, con la esperanza de que favorecerían la pacificación de los espíritus. A pesar de las rivalidades y tensiones que subsistían, sobre todo entre las tres grandes potencias, Francia, Alemania y Gran Bretaña, estas relaciones fueron institucionalizadas en 1924 con la creación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, precursor de la UNESCO, que impulsó la formación de instancias internacionales (sociedades de autores, asociaciones profesionales, federaciones de educación y de periodismo) en áreas en las que todavía no existían. Éstas desempeñaron un rol importante en la promoción de los intereses corporativos de los intelectuales, en la difusión del modelo de organización profesional, y en la armonización de la regulación (derechos de autor, propiedad intelectual). Paralelamente a los intercambios oficiales entre los Estados

* El presente artículo es una versión adaptada de la introducción al volumen Gisèle Sapiro (ed.), *L'Espace intellectuel en Europe XIXe-XXe. De la formation des Etats-nation à la mondialisation*, La Découverte, Paris, 2009.

¹ Norbert Elias, *La Civilisation des moeurs* [1939], trad. fr. Calmann-Lévy, Paris, 1973. [Hay traducción al castellano: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989].

² Andrew Abbott, *The System of Professions: An Essay on the Division of Expert Labor*, The University of Chicago Press, Chicago, 1988; Gisèle Sapiro,

«Les Professions intellectuelles, entre l'État, l'entrepreneuriat et l'industrie», *Le Mouvement social*, n° 214, enero-marzo 2006, pp. 3-24.

y las instancias internacionales, o en concurrencia con ellas, las fundaciones filantrópicas fomentaron la internacionalización de los intercambios en las ciencias sociales y humanas. Además de estos factores institucionales, algunos factores políticos de la época ayudaron a trascender las fronteras nacionales: el internacionalismo socialista, el humanismo pacifista, la voluntad de reconstrucción luego de las dos guerras mundiales, las migraciones voluntarias o forzadas (los exilios), la movilización contra el fascismo, o incluso los movimientos sociales como Mayo de 1968.

Los Estados europeos jugaron un rol central en la construcción de este espacio intelectual internacional, que no se limitaba a Europa, en particular en el período de entreguerras. De hecho, la noción y la definición mismas de Europa eran en esa época, como lo son ahora, un objeto de disputa entre campos políticos opuestos, desde la izquierda a la derecha. Frente a la concepción de Europa como un «cruce» de culturas que prevalecía en el lado del humanismo pacifista, la Alemania nazi aspiraba a establecer un nuevo orden europeo bajo su propia hegemonía, basado en la teoría de la superioridad de la raza aria y en el exterminio de los pueblos judío y gitano. Este «proyecto» condujo a la destrucción casi total del Viejo Continente. Sobre sus ruinas se construyeron dos sistemas ideológicos, el comunismo y el (neo) liberalismo, creando una división geopolítica que duró cincuenta años y movilizó fuertemente a los intelectuales en ambos lados en favor o en contra del sistema dominante en su zona. Mientras que, bajo el dominio de la URSS, los países de Europa oriental se convirtieron al socialismo de Estado, la doctrina neoliberal se difundió a través del mundo occidental, cuyo centro se había desplazado desde Europa a los Estados Unidos. El nuevo orden mundial inaugurado por el acuerdo del GATT de 1947 exigió la apertura de las fronteras erigidas por los Estados-nación con el objeto de propiciar el intercambio de bienes. El proyecto europeo promovido por un grupo de modernizadores agrupados en torno a Jean Monnet vio la luz en este contexto en conexión con el Plan Marshall, en el momento de apogeo de la Guerra Fría y cuando las guerras de descolonización comenzaban a extenderse.

Sin embargo, como ya hemos señalado, en contraste con el desarrollo de los Estados-nación la construcción económica y administrativa de esta entidad territorial no fue verdaderamente acompañada de una unificación cultural. Varias hipótesis se nos hacen presentes para explicar este fenómeno. En primer lugar, la lógica económica y monetaria tiende a la homogeneización mientras que, en términos culturales, Europa se caracteriza por la diversidad. Los defensores de un proceso de unificación global tienden a ver esta diversidad como un obstáculo más que como una ventaja, a pesar de estar profundamente arraigada en los *habitus* culturales nacionales. Como la religión, la identidad nacional fue construida en torno a símbolos y rituales. Pero la lengua desempeñó un rol especial en la formación de comunidades nacionales: funcionó, aún en los casos en que fue impuesta mediante medidas coercitivas, como cemento cultural. Ahora bien, la cuestión de los idiomas se encuentra en el centro de las luchas en torno a la construcción de Europa, aun con el predominio del inglés (o más bien un dialecto empobrecido y técnico del mismo). La

lengua es también una barrera en la formación de un espacio público en Europa. En efecto, la fragmentación de este espacio ha sido sin dudas acentuada, por un lado, por el desarrollo de sistemas nacionales de educación superior y, por el otro, por la expansión de la base social de reclutamiento de los intelectuales: el multilingüismo, característica de las elites culturales, no es ya la norma. Y es principalmente en el nivel nacional que ellos encontraron su público.³ No se trata solamente del repliegue de los intelectuales hacia la esfera nacional: el proceso de autonomización de los campos intelectuales respecto de las expectativas de los poderes económicos y políticos, así como la lección aprendida de la experiencia de un pasado manchado de sangre y la deconstrucción de las ideologías nacionales, sin duda también explican porqué Europa no ha encontrado su ejército de profetas. Han sido los expertos más que los intelectuales quienes se han involucrado en la construcción europea,⁴ acentuando la sensación de desposesión de las poblaciones frente a un proceso llevado a cabo por sobre sus cabezas. La defección de los intelectuales europeos también se explica en parte por la hegemonía cultural ejercida por los Estados Unidos en varios dominios intelectuales, desde la literatura hasta las diferentes ciencias humanas, lo que ha hecho que las relaciones con ese país fueran priorizadas. Así, la relación con Estados Unidos resulta fundamental para comprender la construcción europea, incluso en el ámbito intelectual. Frente a esta hegemonía, también están los que temen, con cierta razón, una profundización de la brecha Norte-Sur.⁵ Sin embargo, más allá del floreciente campo de los «estudios europeos»,⁶ se han multiplicado las tentativas más o menos autónomas de crear un «imaginario» colectivo: antologías, colecciones, obras de múltiples autores⁷ y series históricas.⁸ Pero su impacto continúa siendo limitado. Tal vez se deba a que, a diferencia de las culturas nacionales, la identidad «europea» no se inculca en las escuelas; puede deberse también al hecho de que los intelectuales han perdido una buena parte de su poder carismático. Razón por la que esta historia podría ser también la de la emergencia, apogeo

³ Abram de Swaan, «The European Void: the Democratic Deficit as a Cultural Deficiency», en John Fossmann y Philip Schlesinger (eds.), **The European Union and the Public Sphere: A Communicative Space in the Making?** Routledge, Londres y Nueva York, 2007, pp. 135-53.

⁴ Tal como fue demostrado por diversas contribuciones al número de **Actes de la recherche en sciences sociales** «Constructions européennes: concurrences nationales et stratégies transnationales», coordinado por Antonin Cohen, Yves Dezalay and Dominique Marchetti, pp. 166-167, marzo 2007.

⁵ La identidad 'europea' fue, en el pasado, construida en gran medida por oposición al Imperio otomano, tal como lo señala Jean-Frédéric Schaub, **L'Europe a-t-elle une histoire?**, Albin Michel, París, 2008.

⁶ Craig Calhoun, «European Studies: Always Already There and Still in Formation», **Comparative European Politics**, 1, 2003, pp. 5-20; Ioana Popa, «La Structuration internationale des études européennes: un espace scientifique dissymétrique», en Didier Georgakakis y Marine de Lassalle (eds.), **La 'Nouvelle Gouvernance européenne'. Genèses et usages politiques d'un livre blanc**, Presses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg, 2007, pp. 117-48.

⁷ Véase por ejemplo Ursula Keller e Ilma Rakusa (eds.), **Writing Europe: What is European About the Literatures of Europe? Essays from 33 European Countries**, CEU Press, Budapest y Nueva York, 2004.

⁸ Tal como la serie La construcción de Europa coordinada por el historiador Jacques Le Goff y lanzada en 1988 por cinco editoriales europeas: Laterza (Italia), Seuil (Francia), Beck (Alemania), Blackwell (Reino Unido) y Critica (España). Ver Hervé Serry, "Faire l'Europe": enjeux intellectuels et enjeux éditoriaux d'une collection transnationale", en Gisèle Saporo (ed.), **Les Contradictions de la globalisation éditoriale**, Nouveau monde, París, 2009, pp. 227-52.

y caída de la figura del intelectual tal como apareció en Europa en la era de la Ilustración.

La comprobación de estas hipótesis requiere de un proyecto de investigación a gran escala, que rompa con el nacionalismo metodológico que continúa prevaleciendo en la historia intelectual. Esta tarea fue emprendida por la red europea ESSE,⁹ a partir de un enfoque teórico común y la confrontación de trabajos empíricos. Sus resultados fueron publicados en un volumen, *L'Espace intellectuel en Europe*, que pretende ofrecer tanto una visión general del campo como las perspectivas para la investigación con miras al desarrollo de una historia social del espacio intelectual en Europa.¹⁰ El presente artículo ofrece una aproximación a los principios metodológicos propuestos por la red ESSE para el desarrollo de una historia intelectual transnacional.

En primer lugar, el mundo intelectual no debe ser abordado como un espacio sin anclaje que sólo existe en el universo de las ideas, sino como un universo social compuesto por agentes —individuos e instituciones— que constituyen mediaciones susceptibles de análisis socio-histórico. En el siglo XVIII este universo adquirió una autonomía relativa en relación a las esferas política, económica y religiosa, lo que justifica un tratamiento metodológico distinto de su modo de funcionamiento, aun cuando las lógicas externas continúen actuando sobre él en grados variables que precisan ser estudiados.¹¹ Asimismo, la división del trabajo intelectual y la institucionalización académica de las ciencias humanas condujo a la diferenciación de los campos de producción intelectual,¹² que conforman espacios de lucha por la imposición de la definición legítima de la actividad considerada (literatura, filosofía, historia, sociología, etc.). Esta es la razón por la cual el estudio de los distintos campos se beneficia al ser resituado en el espacio en el que esta lucha tiene lugar, un espacio que limitaremos aquí a la cultura letrada y/o intelectual, a la que el adjetivo «intelectual» nos remite, una cultura caracterizada por el rol central de la palabra escrita, de la que surgieron tanto la tradición

literaria como las ciencias humanas y sociales, a pesar de que la primera se acercó a las artes a medida que las segundas se orientaron hacia las ciencias naturales.¹³ En el momento mismo en que este espacio se estaba bifurcando, los «intelectuales» emergieron como una categoría social y afirmaron su poder simbólico en tanto que fuerza política.¹⁴

Este proceso de diferenciación y autonomización coincidió con el surgimiento de los Estados-nación. Si bien la relación entre los dos fenómenos aún no ha sido estudiada, la nacionalización de la vida intelectual en el siglo XIX es un hecho indiscutible, lo que en parte explica porqué este enfoque fuera situado primero en un marco nacional. Sin embargo, la delimitación nacional de los campos de producción cultural ha sido legítimamente cuestionada y desafiada por un conjunto de investigadores.¹⁵ Por otra parte, algunas investigaciones han avanzado desde diversos ángulos en la exploración de la dimensión transnacional: de la comparación de los campos intelectuales en Europa o la construcción cultural de las identidades nacionales a la «República mundial de las letras».¹⁶

Estas exploraciones han planteado una serie de problemas a los que también se han enfrentado los especialistas en transferencias culturales (*cultural transfers*).¹⁷ Los límites del comparatismo, especialmente del nacionalismo metodológico que éste supone, han sido puestos de relieve de manera oportuna.¹⁸ Esto presenta problemas de definición que requieren de un esfuerzo de historización de las categorías de clasificación del mundo social, empezando, para nuestros propósitos, por la noción misma de «intelectuales».¹⁹ En este sentido, se ha subrayado el carácter experimental de la historia comparada de los intelectuales y de

⁹ ESSE: Pour un Espace de Sciences Sociales Européen, es una red de centros de investigación europeos creada en 2003 cuyo objetivo es el análisis de las condiciones de posibilidad y realización de un espacio europeo para la investigación en ciencias sociales. La red fue financiada por el Sexto programa marco de la Unión Europea. Para mayor información ver <http://www.espaceesse.org>

¹⁰ Ver Gisèle Sapiro (ed.), *L'Espace intellectuel en Europe XIXe-XXe. De la formation des Etats-nation à la mondialisation*, La Découverte, París, 2009. Esta obra fue realizada en el marco de red ESSE.

¹¹ Jürgen Habermas, *L'Espace public*, trad. fr., Payot, París, 1962 [Hay traducción al castellano: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Ed. Gustavo Gili, México y Barcelona, 1989]; Lewis Coser, *Men of Ideas: A Sociologist's View*, The Free Press, Nueva York, 1965, nueva edición 1970 [Hay traducción al castellano: *Hombres de ideas: el punto de vista de un sociólogo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968]; Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, Seuil, París, 1990 [Hay traducción al castellano: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995]; Daniel Roche, *Les Républicains des lettres: gens de culture et Lumières au XVIIIe siècle*, Fayard, París, 1988; Didier Masseur, *L'Invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1994.

¹² Sobre el concepto de campo ver Pierre Bourdieu, *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Seuil, París, 1992, y *Homo Academicus*, Minuit, París, 1984. [Hay traducción al castellano: *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995; y *Homo Academicus*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2008].

¹³ Wolf Lepenies, *Between Literature and Science: The Rise of Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988 [Hay traducción al castellano: *Las tres Culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994]; Johan Heilbron, *The Rise of Social Theory*, Polity, Cambridge, 1995.

¹⁴ Christophe Charle, *Naissance des 'intellectuels': 1880-1900*, Minuit, París, 1990 [Hay traducción al castellano: *El nacimiento de los «intelectuales»*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2009] y *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle: Essai d'histoire comparée*, Seuil, París, 1996. Acerca de la evolución y la diferenciación de las formas de intervención de los intelectuales ver: Gisèle Sapiro, «Modèles d'intervention politique des intellectuels: le cas français», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 176-177, enero—marzo 2009, pp. 8-31.

¹⁵ Ello ha sido discutido en la red ESSE, en particular en referencia a los casos de Bélgica, Quebec, Suiza, Alemania Occidental y Oriental, y Galicia, en la primera conferencia organizada por Joseph Jurt (ed.), *Champ littéraire et nation, Frankreich-Zentrum der Universität Freiburg*, Freiburg im Breisgau, 2007.

¹⁶ Christophe Charle, *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle*, op. cit.; Anne-Marie Thiesse, *La Création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle*, Seuil, París, 1998 [Hay traducción al castellano: *La Creación de las Identidades Nacionales*. Ézaro, Santiago de Compostela, 2010]; Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, Seuil, París, 1999 [Hay traducción al castellano: *La República mundial de las letras*, Anagrama, España, 2001].

¹⁷ Michel Espagne y Michael Werner, *Philologiques*, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1990-1994, 3 volúmenes.

¹⁸ Michel Espagne, «Au-delà du comparatisme», en *Les Transferts culturels franco-allemands*, Presses Universitaires de France, París, 1999, 35-49.

¹⁹ Christophe Charle, «Intellectuels, Bildungsbürgertum et professions au XIXe siècle: Essai de bilan historiographique comparé (France, Allemagne)», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 106-107, marzo 1995, pp. 85-95; y «L'Histoire comparée des intellectuels en Europe. Quelques points de méthode et propositions de recherche», en Michel Trebitsch y Marie-Christine Granjon (eds.), *Pour une histoire comparée des intellectuels*, Complexe, Bruselas, 1998, pp. 39-60.

su dimensión reflexiva.²⁰ Por otra parte, la cuestión de saber si los fenómenos comparables son el producto de las mismas estructuras o de la circulación de modelos culturales no tiene una respuesta *a priori*, sino sólo *a posteriori*, sobre la base de un análisis empírico para cada caso.²¹ Los métodos de comparación cruzada han sido propuestos bajo el nombre de *entangled history* o *histoire croisée* para encontrar una salida a la falsa disyuntiva entre comparatismo e intercambios interculturales.²² El estudio de las transferencias culturales requiere, por su parte, no sólo una reconstrucción meticolosa de los espacios de referencia, sin la cual es probable que se pierda lo esencial (a saber, las formas de reapropiación y de reinterpretación de los modelos o los bienes que están en circulación, de conformidad con las apuestas específicas del espacio de recepción), sino que también requiere un análisis estructural del sistema de relaciones en el que esos espacios se encuentran más ampliamente insertos. Del mismo modo, el comparatismo sólo es posible a condición de que también se comparen las estructuras sociales dentro de las que se encuentra el fenómeno estudiado, ya se trate de la demarcación y la jerarquía de las disciplinas —a fin de entender la posición de cualquiera de ellas— o de la sociogénesis de las instituciones de la vida intelectual.²³

El estudio de las condiciones sociales de la circulación de ideas presenta algunos problemas específicos, que Pierre Bourdieu abordó en una conferencia pronunciada en la inauguración del *Zentrum Frankreich* de la Universidad de Friburgo (Alemania).²⁴ Un estudio de esta clase requiere tanto de la reconstrucción de las categorías de clasificación propias de los espacios de origen y de recepción, como del análisis de las modalidades de la transferencia. Los intercambios interculturales implican la circulación de textos (nos limitamos aquí a la palabra escrita, pero esto podría incluir asimismo otros medios de comunicación) y/o de personas. Las modalidades no son las mismas en los dos casos. Como señala Bourdieu siguiendo a Marx, los textos circulan sin sus contextos, lo que constituye una fuente constante de malentendidos. La traducción, que es, como se ha dicho, una de las principales formas de transmisión cultural de la palabra escrita, implica además la sustitución de un texto por otro, dando lugar con frecuencia a conflictos de interpretación que se suman a los derivados de la polisemia de las obras (se puede citar como ejemplo las traducciones al francés de Max Weber). Pero la comparación de la traducción con el original resulta significativa sólo a la luz de las normas de traducción

del espacio de recepción,²⁵ así como las diversas interpretaciones y usos que se hacen de los textos traducidos tienen que estar relacionados con las apuestas específicas en dicho espacio, tal como lo implican los prólogos, notas, comentarios, reseñas críticas y controversias. Además de proporcionar una medida de la intensidad de los intercambios culturales,²⁶ la circulación de los textos, especialmente a través de la traducción, plantea de manera general la cuestión de los mediadores —editores, representantes de la cultura oficial, traductores, críticos— y de las lógicas diferentes de mediación —económica, política y cultural.²⁷

La circulación de personas es la otra modalidad a través de la cual se operan las transferencias intelectuales. Siendo relativamente internacionalizada, la vida intelectual ofrece —aunque de manera desigual, con arreglo a la posición ocupada en el espacio nacional y/o internacional— muchas oportunidades de viajes —coloquios, congresos internacionales, estancias de investigación y enseñanza, residencia de escritores— que están pensadas para favorecer el intercambio de ideas y la confluencia de tradiciones intelectuales. Las trayectorias migrantes, ya sean forzadas o voluntarias, pueden ser también un poderoso vector de transferencia cultural e incluso de innovación, tal como en el caso de Claude Lévi-Strauss, exiliado en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.²⁸

Estas transferencias tienen lugar en un espacio transnacional de bienes simbólicos, cuya estructura y principios de jerarquización precisan ser reconstruidos.²⁹ Éstos se debaten entre tres lógicas, política, económica y cultural, cuyo peso relativo varía según las coyunturas. Las apuestas políticas pueden tener un impacto directo sobre los intercambios, tal como lo demuestra el caso de la importación de las literaturas de los países de Europa Oriental durante el período comunista.³⁰ La internacionalización de la vida

²⁰ Michel Trebitsch, «L'Histoire comparée des intellectuels comme histoire expérimentale», en *ibid.*, pp. 61-78.

²¹ Para una discusión de estos problemas y casos de estudio, ver Christophe Charle, Julien Vincent y Jay Winter, *Anglo-French Attitudes: Comparisons and Transfers between English and French Intellectuals since the Eighteenth Century*, Manchester University Press, Manchester, 2007.

²² Ver la distinción en Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, «Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité», *Annales HSS*, n° 1, 2003, pp. 7-36. Fabrice Clément, Marta Roca i Escoda, Franz Schultheis y Michel Berclaz, *L'Inconscient académique*, Éditions Seismo, Zurich, 2006.

²³ Este texto fue publicado por primera vez en los *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte/Cahiers d'histoire des littératures romanes*, 14to año, 1-2, 1990, pp. 1-10 y luego en *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, 2002, pp. 3-8 [hay traducción al castellano: «Las condiciones sociales de la circulación de las ideas», en Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 159-172].

²⁵ Ver Gideon Toury, «The Nature and Role of Norms in Translation», *Descriptive Translation Studies and Beyond*, John Benjamins Press, Amsterdam & Philadelphia 1995, pp. 53-69. Las prácticas de traducción también difieren, no obstante, en función del tipo de restricción social que pesa sobre ellas. Cf. Gisèle Sapiro, «Normes de traduction et contraintes sociales», en Anthony Pym, Miriam Shlesinger and Daniel Simeoni (eds.), *Beyond Descriptive Translation Studies: Investigations in Homage to Gideon Toury*, John Benjamins Press, Amsterdam & Philadelphia, 2008, pp. 199-208.

²⁶ Johan Heilbron, «Towards a Sociology of Translation: Book Translations as a Cultural World System», *European Journal of Social Theory*, vol. 2, n° 4, 1999, pp. 429-44.

²⁷ Ver Johan Heilbron and Gisèle Sapiro (eds.), «Les Échanges littéraires internationaux», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 144, 2002; Johan Heilbron and Gisèle Sapiro, «Outlines for a sociology of translation: current issues and future prospects», en Michaela Wolf (dir.), *Constructing a Sociology of Translation*, John Benjamins Press, Amsterdam/Philadelphia, 2007, pp. 93-107 (con J. Heilbron). Version française: «Pour une sociologie de la traduction: bilan et perspectives», <http://www.espace.org/fr/art-257.html>; Gustavo Sorá, *Traducir El Brasil: Una Antropología de la Circulación Internacional de Ideas*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003; Gisèle Sapiro (ed.), *Translatio: Le Marché de la traduction en France à l'heure de la mondialisation*, CNRS Éditions, Paris, 2008; Gisèle Sapiro, «Globalization and cultural diversity in the book market: the case of translations in the US and in France», *Poetics* 38/4, 2010, pp. 419-439.

²⁸ Laurent Jeanpierre, «Une opposition structurante pour l'anthropologie structurale: Lévi-Strauss contre Gurvitch, la guerre de deux exilés français aux États-Unis», *Revue d'histoire des sciences humaines*, n° 11, 2004, pp. 13-43.

²⁹ Ver en particular las actas del Congreso de la red ESSE organizado en la Universidad de Venecia por Anna Boschetti (ed.), *L'Espace culturel transnational*, Nouveau Monde Éditions, Paris, 2010.

³⁰ Ioana Popa, *Traduire sous contraintes. Littérature et communisme*, CNRS Éditions, Paris, 2010.

intelectual también se inscribe, históricamente, en una competencia entre los Estados-nación, en donde la cultura y la ciencia son instrumentos de influencia y hegemonía. Sin embargo, las nacionalidades, a pesar de tener cierto peso, incluso en áreas en las que esto es negado (como las ciencias), son sólo un aspecto de los conflictos y luchas de competencia del espacio intelectual transnacional. En términos generales, las vanguardias literarias y artísticas han pretendido trascender las fronteras territoriales y culturales, así como de los géneros y las especialidades. Se han aliado gustosamente con los movimientos políticos radicales, también internacionalistas, como el socialismo, el trotskismo o el maoísmo. Las apuestas políticas internacionales, tal como el movimiento antifascista de la década del '30, tienden por lo general a movilizar a los «intelectuales» en el sentido que el término adquirió durante el caso Dreyfus.³¹ En el período de entreguerras apareció otra forma de internacionalismo intelectual bajo la forma de reivindicaciones corporativas de los «trabajadores intelectuales» en el escenario internacional, que obtuvo el reconocimiento oficial de la Liga de las Naciones y de la Organización Internacional del Trabajo.

La tensión entre regionalismo, nacionalismo, internacionalismo y transnacionalismo (a los que deberían añadirse otros principios de identidad, como la religión o la pertenencia étnica) es sólo una de las variantes de la tensión entre particularismo y universalismo que afecta la vida intelectual. Si bien el grado de internacionalismo se puede medir y varía según el dominio o las disciplinas en consideración,³² los significados que estas oposiciones asumen en diferentes configuraciones sociohistóricas no pueden ser definidos a priori. Las identidades nacionales fueron construidas, en su origen, en una lucha contra la hegemonía de la cultura francesa, que se pretendía universal.³³ El universalismo humanista pudo ser utilizado como una justificación intelectual para el colonialismo.³⁴ Si bien el internacionalismo presupone la existencia y la cooperación de los Estados-nación, sabemos que los nacionalismos no se corresponden de manera sistemática con las divisiones políticas y administrativas, y que las fronteras entre el regionalismo y el nacionalismo son a veces tenues (tal el caso de, por ejemplo, Galicia).³⁵ Actualmente, el proceso de recomposición de las identidades colectivas pasa no sólo por la noción de «mundialización», que refiere a la circulación de bienes y mode-

los, sino también por la formación de entidades regionales supra-nacionales tales como la Unión Europea por una parte,³⁶ y la valorización de las culturas regionales locales y de las trayectorias inmigratorias por otra.

En paralelo a estas apuestas políticas e identitarias, la producción intelectual y cultural depende en parte de las lógicas del mercado que pesan sobre los intercambios culturales internacionales a través de la imposición de restricciones económicas —rentabilidad de corto plazo, racionalización de los costos, etc.—, y que se encuentran en contradicción con los requerimientos específicos de la producción intelectual (que es costosa en términos de tiempo y que demanda una inversión desinteresada). Como consecuencia, el mercado transnacional de bienes culturales tiende a estructurarse, al igual que los mercados nacionales, según la oposición entre un polo de producción restringida, donde prevalecen las lógicas intelectuales y/o políticas, y otro de gran producción, regida por la lógica mercantil.³⁷ Desde la composición a la distribución, pasando por la traducción, la fabricación de *best-sellers* mundializados se encuadra claramente en esta última.³⁸

El papel histórico que los Estados-nación han jugado en la organización de este mercado —control, protección, regulación— explica, por otra parte, algunas de sus propiedades, incluso si éste tiende a inclinarse en favor de los agentes económicos (editores, agentes literarios, grandes conglomerados).³⁹ Como reacción al creciente peso de las limitaciones económicas sobre las empresas de producción cultural y también a las presiones, en nombre de la globalización, para la apertura de las fronteras al libre comercio y la eliminación de los «privilegios» otorgados por los Estados bajo la forma de protección o de ayudas a determinadas categorías de bienes, las políticas de apoyo para el polo de la producción restringida se han desarrollado en varios países como Francia, en el marco de la creencia compartida de que los bienes culturales no son mercancías ordinarias.

A pesar de no estar totalmente al margen de las lógicas de la política y la economía, el polo de la producción restringida es la expre-

³¹ La cuestión del compromiso intelectual en Europa fue planteada en un coloquio de la red ESSE organizado en la Universidad de Bielefeld por Ingrid Gilcher-Holtey, y que se plasmó en un volumen editado por ella: **Zwischen den Fronten: Positionskämpfe europäischer Intellektueller im 20. Jahrhundert**, Akademie Verlag GmbH, Berlín, 2006.

³² Yves Gingras, «Les Formes spécifiques de l'internationalité du champ scientifique», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 141-42, 2002, pp. 31-45.

³³ Anne-Marie Thiesse, **La Création des identités nationales**, op. cit.; Pierre Bourdieu, «Deux impérialismes de l'universel», en Christine Fauré and Tom Bishop (ed.), **L'Amérique des Français**, François Bourin, París, 1992, pp. 149-55. [Hay traducción al castellano: «Dos imperialismos de lo universal», en Pierre Bourdieu, **Intelectuales, política y poder**, op. cit.]

³⁴ Immanuel Wallerstein, **L'Universalisme européen. De la colonisation au droit d'ingérence**, Demopolis, París, 2006 [Hay traducción al castellano: **Universalismo europeo: el discurso del poder**, Siglo XXI, México, 2007].

³⁵ Anton Figueroa y Xoán González Millán, **Communication littéraire et culture en Galice**, L'Harmattan, París, 1997.

³⁶ Se podrían citar ejemplos de otras organizaciones internacionales regionales intergubernamentales con fines políticos, tales como el parlamento Panafricano (o, en una escala menor, la Unión para el Mediterráneo), o no gubernamentales con fines científicos o culturales específicos, como CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

³⁷ Pierre Bourdieu, «La production de la croyance: contribution à une économie des biens symboliques», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 13, 1977, pp. 3-43; P. Bourdieu, «Une révolution conservatrice dans l'édition», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 126-127, marzo 1999, pp. 3-28 [Hay traducción al castellano: «La producción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos», en Pierre Bourdieu, **Creencia artística y bienes simbólicos. Elementos para una sociología de la cultura**, Aurelia Rivera, Buenos Aires, 2003, pp. 155-225]; Gisèle Sapiro, «Translation and the Field of Publishing. A Commentary on Pierre Bourdieu's 'A Conservative Revolution in Publishing' from a Translation Perspective», **Translation Studies**, vol. 1, n° 2, 2008, pp. 154-67.

³⁸ Ver John Thompson, **Merchants of Culture. The Publishing Business in the Twenty-First Century**, Polity Press, Cambridge, 2010.

³⁹ Ver las actas del simposio de la red ESSE que tuvo lugar en París en enero de 2009 en Gisèle Sapiro (ed.), **Les Contradictions de la globalisation éditoriale**, Nouveau Monde Éditions, París, 2009.

sión del proceso de autonomización del campo intelectual a través de la imposición de valores propios y de un *ethos* intelectual —rigor, desinterés, capital cultural, auto-referencialidad, reflexividad—, incluso cuando la noción de desinterés adquiere sentido sólo en relación con la búsqueda de beneficios simbólicos, en particular el reconocimiento de los pares. Este polo tiene sus lugares de sociabilidad (grupos de discusión, seminarios de investigación, coloquios) así como sus propias instancias de difusión y consagración (revistas intelectuales, literarias o científicas, colecciones, premios literarios o académicos, otros honores) y sus agentes (escritores, críticos, investigadores, editores literarios y académicos). La noción de autonomía, si bien no debe ocultar las luchas de competencia individual y los intereses específicos en juego, permite comprender las formas de acumulación del capital específico, tanto a nivel nacional como transnacional, de los individuos y de los colectivos. Así como se puede hablar de capital literario acumulado por un campo literario nacional, especialmente en cuanto al número de obras que han entrado en el patrimonio universal,⁴⁰ las tradiciones intelectuales nacionales están dotadas de un capital simbólico variable según la disciplina (por ejemplo, la filosofía alemana goza de gran prestigio en la escena internacional) que puede ser medida en función de criterios similares (número de obras traducidas, enseñadas, comentadas, etc.).

Esta aproximación, que precisa del trabajo conjunto de historiadores de la cultura y la literatura, sociólogos y politólogos, es decididamente multidisciplinaria. Requiere la sinergia de diferentes métodos de las humanidades y las ciencias sociales: cuantitativos y cualitativos, sincrónico y diacrónico, estructural e histórico, comparativo y monográfico (caso, configuración, trayectoria, transferencias), aproximaciones internas y externas a las producciones intelectuales, métodos explicativos y hermenéuticos. La perspectiva y las escalas varían desde la larga duración de la formación de un espacio intelectual europeo del conocimiento, pasando por el estudio de los procesos de mediano término, tales como la transformación de los campos intelectuales en los siglos XIX y XX, su internacionalización o la evolución de intercambios culturales, medida a través de los libros traducidos, hasta el corto plazo de una coyuntura-encuentro de series causales de las que nace un acontecimiento-, como en el caso de mayo de 1968. La comparación, basada en datos cuantitativos y/o cualitativos, debe ser utilizada tanto de manera sincrónica (entre los países, las tradiciones nacionales, los grupos sociales, las profesiones) como diacrónica (evolución de la configuración de un ámbito cultural o una disciplina, o el intercambio entre los espacios). Las transferencias están relacionadas con la estructura asimétrica de los intercambios en los que se producen, con la investigación de los retos sociales y los actores, tanto individuales como institucionales; mientras que las tomas de posición de los intelectuales se relacionan con las posiciones que ocupan en su espacio de referencia y con sus trayectorias individuales.

Una breve descripción del volumen **L'Espece intellectuelle en Europe** da una idea de la forma en que este abordaje ha sido llevado a la práctica en un programa de investigación. El trabajo está

organizado de acuerdo a una lógica doble: cronológica y temática. La primera parte trata de las condiciones históricas de surgimiento de un espacio intelectual en Europa y su evolución en los siglos XIX y XX, en particular en sus relaciones con el campo de poder; la segunda está más específicamente dedicada al campo literario, en tanto la tercera se centra en las ciencias sociales y las humanidades.

A partir de una perspectiva histórica de largo plazo, Víctor Karady reconstruyó las estructuras demográficas e institucionales que permitieron la emergencia de un espacio europeo de conocimientos sobre el hombre y la sociedad desde el fin de la Edad Media hasta el siglo XIX. Hasta la Reforma, la unidad del conocimiento estuvo ampliamente asegurada por el control ejercido por la Iglesia sobre las universidades. El humanismo ofrecería una alternativa cultural común, así como más tarde lo hizo la Ilustración. Pero para entonces la cultura y la ciencia se habían convertido en una apuesta por afirmar el poder de la monarquía y fundar su prestigio. La posición dominante que las universidades alemanas y francesas ocuparon a principios del siglo XIX ayudó a mantener una cierta homogeneidad del espacio intelectual europeo a pesar del proceso de nacionalización de las instituciones de enseñanza e investigación, lo cual finalmente provocó su fragmentación.

Las condiciones de surgimiento de los «intelectuales» como categoría social en el siglo XIX fueron analizadas por Christophe Charle desde tres ángulos: la evolución social comparada de las condiciones sociales de la vida intelectual bajo el efecto del desarrollo de la educación y la expansión de la oferta de los productos culturales, con el crecimiento del mercado del libro y la prensa escrita; el cambio en el *status* de las actividades intelectuales, marcado por la brecha entre aquellos que son cooptados por el Estado y los que son independientes pero cada vez más sujetos a las limitaciones del mercado; y la nueva relación entre el campo intelectual y el campo político que se desarrolló en los países de Europa hacia finales del siglo XIX. Este análisis, que articula la comparación estructural de los campos intelectuales con la circulación de los modelos —en particular el modelo intelectual *dreyfusard*—, permite explicar las diferentes tradiciones de compromiso (*engagement*) de los intelectuales, desde la *intelligentsia* rusa, pasando por el *public moralist* británico, hasta el *intellectuel* de estilo francés, así como sus límites (sobre todo en Alemania) y su renovación (con el fenómeno de la radicalización en Rusia o la aparición del reformismo en el Reino Unido).

La internacionalización del campo intelectual de entreguerras, que examina mi trabajo, reviste una doble forma, profesional y política. La primera se observa en el nacimiento de un «gremialismo intelectual» (la *Confédération des travailleurs intellectuels* nacida en 1919 en Francia, y que se internacionaliza en 1923), que aglutinó las demandas corporativas de las profesiones intelectuales, y en la institucionalización de relaciones intelectuales internacionales con la creación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. La segunda está marcada por las apuestas ideológicas de la reconstrucción de Europa después de la Gran Guerra (retraducido en el debate de ideas por medio de una lucha en torno a

⁴⁰ Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, op. cit.

las nociones de cultura y civilización), y por el aumento de las tensiones políticas en la década de 1930, lo que llevó a la movilización de los intelectuales a favor o en contra del fascismo.

Por su parte, Anna Boschetti aborda los problemas ligados a la recomposición del espacio intelectual en Europa en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, período que se caracterizó por su hiperpolitización debido a los efectos materiales y simbólicos de la guerra, el nuevo orden establecido por los vencedores, y la subsiguiente Guerra Fría. Frente a los países de Europa del Este, donde los intelectuales se hallaban bajo estrecha vigilancia de las autoridades —lo cual no excluía un cierto grado de autonomía variable de acuerdo al país y al período—, la figura del intelectual crítico se difundió a través de las democracias parlamentarias occidentales, de manera particular en Italia, con el diario *Il Politecnico*, y Alemania Occidental, con el **Gruppe 47**. Pero la cuestión del compromiso adquiere formas diferentes en función de la historia de las relaciones entre el campo intelectual y el campo de poder.

En su investigación acerca de la dimensión internacional de los movimientos de Mayo de 1968, Ingrid Gilcher-Holtey muestra que fueron precedidos por una reorientación cognitiva de la izquierda, que se caracterizó por sus raíces específicamente europeas. Si bien las condiciones políticas y sociales de la formación de los movimientos del '68 difieren de un país a otro, el proceso de movilización puso en evidencia algunos elementos comunes, tales como la crisis estructural de las universidades y la aparición de una nueva izquierda estudiantil, con la guerra de Vietnam funcionando como un catalizador de la internacionalización. Ingrid Gilcher-Holtey también conecta los movimientos de 1968 a la Primavera de Praga a través de las ideas-fuerza de «democracia participativa» y «autogestión» o «co-gestión».

La segunda parte trata de las apuestas propias del campo literario. La multiplicidad de las relaciones entre literatura y nación son exploradas por Joseph Jurt: la literatura jugó un papel fundacional en la construcción de las naciones modernas, especialmente en ausencia de estructuras políticas nacionales; en otros contextos, la literatura se convirtió en un atributo importante de una nación políticamente constituida. La definición nacional de literatura es, sin embargo, puesta en tela de juicio por las demandas universalistas de algunos escritores que —con o sin razón— niegan el anclaje de su trabajo en una tradición cultural particular. También es cuestionada, por una parte, por el regionalismo y, por la otra, por la existencia de áreas lingüísticas. Jurt examina en particular los casos de las zonas transnacionales de habla francesa y de habla alemana (esta última en el período de las dos Alemanias).

Esta definición nacional fue reafirmada por la historia literaria.⁴¹ Si bien la necesidad de «desnacionalizarla» ya ha sido establecida,⁴² Pascale Casanova ha señalado los peligros propios de escribir una

historia de la literatura europea, que se debate entre la idea de una unidad cultural, impuesta por las autoridades políticas, y una realidad heterogénea. La razón principal es que, a pesar de su rico pasado y del voluntarismo político actual, este espacio literario continúa siendo un espacio en proceso de construcción. Como consecuencia de ello, su historia sólo puede ser captada a través de las luchas de competencia y los conflictos entre las literaturas nacionales, que ofrecen el único principio de cohesión que es metodológicamente aceptable. Este es el enfoque que Casanova propone para sentar las bases de esta empresa, prestando particular atención a las luchas específicas por invertir las relaciones de poder que estructuran este espacio, especialmente por parte de los escritores pertenecientes a las literaturas dominadas.

La producción intelectual no está sujeta sólo a los esfuerzos por inscribirla políticamente, sino también a los intereses económicos que se ejercen sobre ella, especialmente a través del mercado del libro. Por un lado, este mercado ha estado ligado a la construcción de los Estados-nación;⁴³ mientras que, por el otro, su lógica expansionista ha sido un factor poderoso en el traspasamiento de las fronteras nacionales, ya sea en el marco de un área lingüística o mediante la traducción. Tal como lo he demostrado en la obra, Europa jugó un papel histórico en la formación de un mercado internacional de la traducción. En la era de la mundialización, ésta es la región en que la densidad y la diversidad de los intercambios son mayores. Pero esta diversidad varía de acuerdo a las categorías de las obras en cuestión: es más fuerte en el polo de producción restringida, principalmente a causa del vínculo histórico antes mencionado entre la literatura y la construcción de identidades nacionales, y casi inexistente en el polo de la producción a gran escala, que se rige por la lógica comercial. Esta conclusión también es válida para las traducciones en las humanidades y las ciencias sociales, por contraste con los ensayos, biografías, guías turísticas, etc.

Estas ciencias constituyen el foco de la tercera parte del libro. Johan Heilbron señala que éstas han estado, desde sus orígenes, fuertemente marcadas por sus contextos nacionales. Una parte importante de las ciencias sociales se ha constituido desde el Renacimiento como «ciencias de gobierno», es decir, como conocimiento administrativo y político y como *know-how* al servicio de los Estados nacionales emergentes. Al reconsiderar la noción de «tradición nacional» desde esta perspectiva, el autor distingue varios significados para el término en función de si se trata de una cuestión de formas de pensar y actuar que son específicas de una disciplina o campo de investigación, o si tiene que ver con las particularidades de las constelaciones disciplinarias y las jerarquías intelectuales (por ejemplo, la posición hegemónica de la filosofía en Francia), o con las posturas más generales y prácticas que ayudan a definir lo que se llama «estilos» nacionales («empirismo británico» frente al «racionalismo francés», por ejemplo), y que se encuentran anclados en la cultura escolar.

⁴¹ Ver Michel Espagne, *Le Paradigme de l'étranger. Les chaires de littérature étrangère au XIXe siècle*, Éditions du Cerf, París, 1993.

⁴² Ver por ejemplo Christie McDonald and Susan Suleiman (ed.), *French Global: a New Approach to Literary History*, Columbia University Press, Nueva York, de próxima aparición.

⁴³ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, (1983), edición revisada 1991 [Hay traducción al castellano: *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000].

Como Johan Heilbron, Nicolas Guilhot y Laurent Jeanpierre sugieren la posibilidad de concebir una historia transnacional de las ciencias sociales en términos de tres mecanismos generales que han estructurado la circulación de las personas y las ideas: en primer lugar, el funcionamiento de las instituciones científicas internacionales y de las redes transnacionales; en segundo lugar, la movilidad de los académicos, las visitas de investigación organizadas por las universidades desde comienzos del siglo XX, y las migraciones voluntarias o forzadas, tales como el exilio de los académicos alemanes a Estados Unidos en el período nazi; en tercer lugar, las políticas de intercambio adoptadas por las instituciones no universitarias, estatales o privadas como las fundaciones filantrópicas.

El problema de la europeización de las ciencias sociales es abordado a través del caso de la sociología. La multiplicidad de significados que el término «sociología europea» ha asumido nos remite a distintas fases históricas. Johan Heilbron distingue cuatro: el momento de la génesis de esta nueva ciencia en Europa, entre 1830 y 1880; su primera institucionalización en las universidades, que corresponde a su nacionalización, entre 1880 y 1920; las décadas situadas entre el período de entreguerras y la década de 1970, que fue una etapa de expansión de la disciplina y del traslado de su centro a los Estados Unidos a través de las migraciones producidas por el nazismo y el fascismo; y la fase más reciente, desde la década de 1970 hasta finales del siglo XX, que constituyó un período de crisis, fragmentación y búsqueda de nuevas formas de síntesis, pero que también vio el surgimiento de grandes figuras de la disciplina en Europa (Bourdieu, Elias, Giddens, Habermas, Bauman, Beck).

Este período de la globalización está marcado por el crecimiento significativo de las colaboraciones internacionales e intraeuropeas, como lo muestran Yves Gingras y Johan Heilbron (con datos que lo respaldan) en un estudio de la evolución de la proporción de las publicaciones científicas en las ciencias sociales y las humanidades, escrito en colaboración internacional con investigadores de los principales países europeos. Queda claro de esta investigación, que aísla un subconjunto de revistas académicas europeas mediante la comparación con revistas nacionales e internacionales, que si bien la tendencia hacia la internacionalización, que varía según las disciplinas, va en aumento, las colaboraciones con Estados Unidos son dominantes. Los resultados sugieren, en términos generales, que una buena parte de la producción científica de las ciencias sociales continuará siendo local y nacional.

Entre los aspectos que quedaron fuera debido a la ausencia de suficientes trabajos pormenorizados que permitan proponer incluso generalizaciones hipotéticas, se encuentra la dimensión étnica, sin la cual no se puede entender la especificidad de la formación de las élites en el centro-este de Europa.⁴⁴ El nacionalismo metodológico ha llevado a restar importancia a esta clase de variable, del mismo modo que ha tendido a reificar las entidades nacionales ocultando las

realidades heterogéneas que éstas cubren, desde los fenómenos migratorios a la concentración geográfica y cultural. Por lo tanto cabe preguntarse en qué medida el Estado-nación resulta una unidad pertinente para aprehender el espacio intelectual transnacional: si la nacionalidad es, como se ha dicho, la propiedad más importante en este espacio, y si los estados contribuyen con la estructuración de los mercados de bienes culturales, la ciudad constituye una unidad territorial de referencia más decisiva para la vida intelectual, tanto por los lugares de socialización y sociabilidad que ofrece como por la concentración de actividades culturales.⁴⁵ Como paso previo a la comprensión de las apuestas intelectuales, el estudio de las condiciones sociales e históricas ha recibido más atención que las representaciones —las categorías de percepción y evaluación, producciones, ideas— que requieren la apertura de una extensa área de investigación sobre la comparación de los sistemas de clasificación,⁴⁶ la circulación de modelos, y los efectos de las transferencias cruzadas sobre las obras,⁴⁷ integrando los logros de la *Begriffsgeschichte* así como las perspectivas abiertas por la escuela de Cambridge (en particular el trabajo de Quentin Skinner) y la nueva sociología de las ideas.⁴⁸ Este empeño debería ser completado por una historia social y cultural del *ethos* intelectual tal como fue iniciada por Pierre Bourdieu con la noción de «sesgo escolástico», y por Wolf Lepenies con su reflexión sobre la melancolía, que caracteriza, según él, al intelectual europeo en contraste con el científico.⁴⁹

Si los intelectuales europeos tienen un papel que jugar, es el de defender la autonomía del pensamiento crítico que fue conquistada históricamente en esta parte del mundo, y que está constantemente amenazada por las fuerzas históricas.⁵⁰ Desde la introduc-

⁴⁴ Este tema es el objeto de un proyecto de investigación liderado por Victor Karady en el contexto del Séptimo Programa Marco de la Unión Europea. Este proyecto se encuentra aún en una etapa inicial y resulta prematuro extraer incluso conclusiones provisionales.

⁴⁵ En tal sentido, podemos citar también, por supuesto, otras obras como Carl Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, Vintage Books, Nueva York, 1980 [Hay traducción al castellano: *Viena Fin-de-Siècle*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981], y Michaël Pollak, *Vienne 1900: une identité blessée*, Julliard, París, 1984; Christophe Charle y Daniel Roche (eds.), *Capitales culturelles, capitales symboliques: Paris et les expériences européennes*, Publications de la Sorbonne, París, 2002; Christophe Charle (ed.), *Capitales européennes et rayonnement culturel. XVIIIe-XXe siècle*, Éditions Rue d'Ulm/Presses de l'École normale supérieure, París, 2004; Christophe Charle, *Théâtres en capitales, naissance de la société du spectacle à Paris*, Berlin, Londres et Vienne (1860-1914), Albin Michel, París, 2008.

⁴⁶ Tal empresa fue lanzada, en el marco de la red ESSE, por Olivier Christin, «Anthropologie historique comparée des sociétés européennes», seminario realizado los días 16 y 17 de septiembre de 2005 en el Frankreich-Zentrum, Freiburg im Breisgau.

⁴⁷ Algunos casos de estudio fueron presentados en el marco de la red ESSE y publicados (ver las obras citadas supra), pero se encuentran todavía muy dispersos como para permitir una síntesis.

⁴⁸ Charles Camic y Neil Gross, «The New Sociology of Ideas», en J. R. Blau, *The Blackwell Companion to Sociology*, Blackwell, Oxford, 2004. Ver también Mathieu Hauchecorne y Etienne Ollion, «What is the new Sociology of Ideas? A Discussion with Charles Camic and Neil Gross», *Transeo*, n° 1, enero, 2009, <http://www.transeo-review.eu/What-is-the-new-sociology-of-Ideas.html>, puesto en línea el 9 de diciembre de 2008, consultado el 5 de enero de 2009.

⁴⁹ Pierre Bourdieu, *Méditations pascalienas*, Seuil, París, 1997 [Hay traducción al castellano: *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999]; Wolf Lepenies, *Melancholy and Society*, Harvard University Press, Cambridge (EEUU) 1992; y del mismo autor, *Qu'est-ce qu'un intellectuel européen? Les intellectuels et la politique de l'esprit dans l'histoire européenne*, Seuil, París, 2007.

⁵⁰ Pierre Bourdieu, «Pour un corporatisme de l'universel», post scriptum a *Règles de l'art*, op. cit., pp. 459-472 [Hay traducción al castellano: «Por un corporativismo de lo universal», post scriptum de *Las Reglas del Arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995].

ción de métodos de gestión en la enseñanza y la investigación⁵¹ a las diversas formas de la censura ejercida por los grandes grupos de comunicación, esta autonomía está ahora en peligro. El espacio intelectual europeo podría ofrecer un sitio desde el cual organizar la resistencia a estas amenazas. Ya existen algunas iniciativas.⁵² Pero la defensa de su autonomía no nos dispensa de una revisión crítica de su funcionamiento y de los conocimientos que produce, los intereses a los que pueden servir, los valores que vehiculizan y las preguntas que excluyen (como la cuestión de la hegemonía cultural, las relaciones desiguales entre las culturas, y la diversidad cultural).⁵³ Esta revisión crítica requiere, necesariamente, considerar la historia, objetivo para el que la obra *L'Espace intellectuel en Europe* pretende sentar las bases. El hecho de que, como recordaba Michel Foucault,⁵⁴ esta historia relativice nuestra comprensión no conduce necesariamente, tal como Pierre Bourdieu ha demostrado, al relativismo epistemológico, sino que, por el contrario, puede llevar a un mayor grado de reflexividad, que debería permitir evitar los errores del pasado: del universalismo cientificista a la ciencia colonial pasando por el nacionalismo metodológico.⁵⁵

[Traducido del francés por Alejandro Dujovne]

⁵¹ Ver Isabelle Bruno, *À vos marques, prêts... Cherchez. La stratégie européenne de Lisbonne, vers un marché de la recherche*, Éditions du croquant, París, 2008.

⁵² Desde 2003 la Universidad de Manchester organiza una serie de congresos sobre el tema «Discurso, poder y resistencia». El encuentro de abril de 2009 trató sobre «El poder y la academia».

⁵³ Ver Gisèle Sapiro, «The intellectual space in Europe», *The Myth of Europa*, edición del 10 de enero 2009, p. 12 (en <http://issuu.com/euroalter/docs/europajan>).

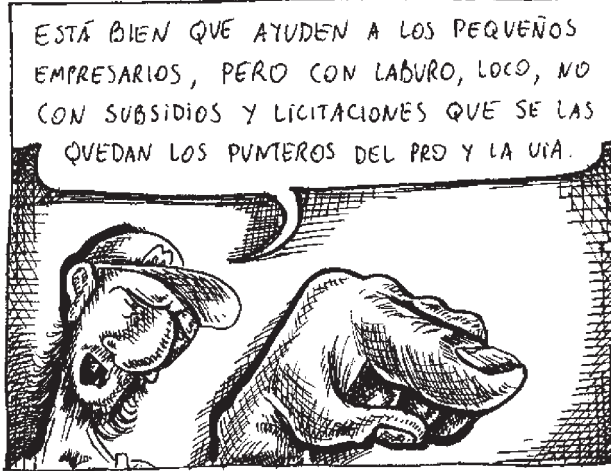
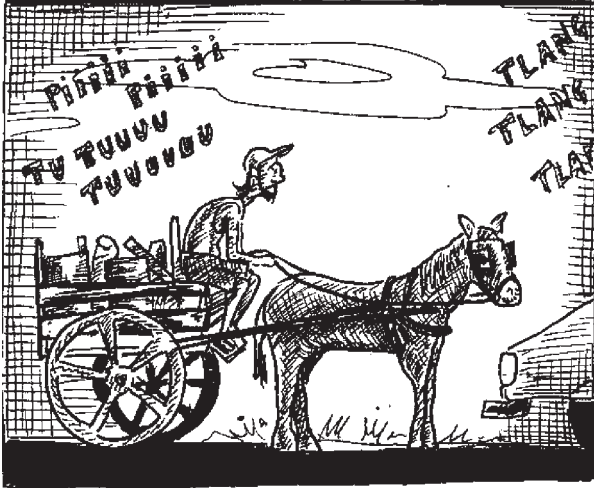
⁵⁴ Michel Foucault, *Les Mots et les choses*, Gallimard, París, 1966 [Hay traducción al castellano: *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México, 1968].

⁵⁵ Pierre Bourdieu, *Science de la science et réflexivité, Raisons d'agir éditions*, París, 2001, y «L'Objectivation du sujet de l'objectivation», en Johan Heilbron, Remi Lenoir y Gisèle Sapiro (eds.), *Pour une histoire des sciences sociales*, Fayard, París, 2004, pp. 19-23. [Hay traducciones al castellano: *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y la reflexividad*, Anagrama, Barcelona, 2003, y dentro de dicha obra, «Objetivar el sujeto de la objetivación», pp. 154-163].



¿POR QUÉ EL EXTREMISMO POLÍTICO DEBE SER MONOPOLIO DE LOS TAXISTAS? CONTRA EL TACHERO FACHO LLEGA...

EL CIRUTA COMUNISTA



Dossier | Una cuestión palpitante

Versiones del feminismo en el entresiglos argentino (1897-1901)

Laura Fernández Cordero

Moderno y equívoco, el feminismo comenzó a emerger en la prensa y en la política locales en la última década del siglo XIX. Si, para entonces, en Europa ya tenía sus referentes y sus organizaciones aquí, todavía, el feminismo era un término que lindaba con «femenino» y «femenil».¹ Sin embargo, en muy pocos años adquirió visibilidad, interés académico y los contornos de un movimiento político y social. Ese proceso convocó voces de las más diversas posiciones ideológicas que abordaron lo que coincidían en caracterizar como una cuestión «palpitante». Algunos de aquellos voceros son protagonistas de este dossier que tiene como objetivo presentar cinco intervenciones en torno al feminismo entre 1897 y 1901; se trata de textos que, con una excepción, no fueron reeditados y ofrecen la oportunidad de observar una recepción muy significativa, ya que tiene lugar en los años inmediatamente anteriores al surgimiento de las primeras feministas propiamente dichas y de sus organizaciones locales. Efectivamente, el Consejo Nacional de Mujeres de la República Argentina (una filial del *International Council of Women*) se fundó recién en 1900. Allí convivieron no sin tensiones, las tradicionales matronas dedicadas a tareas asistenciales y filantrópicas, y las universitarias que tenían un proyecto progresista basado en la educación y el desarrollo de las mujeres de los sectores más atrasados.² Estas últi-

mas fundaron la Asociación de Mujeres Universitarias Argentinas en 1902 con referentes como Cecilia Grierson, Elvira Rawson, Petrona Eyle, Sara Justo y las hermanas López, Ernestina y Elvira.³

Antes de todo despliegue institucional, los primeros en utilizar el término feminismo pronto habrían de desecharlo. Son los anarquistas quienes en los últimos años del siglo XIX denominaban feministas a los grupos de mujeres que se constituían, bajo sus ideales, en varias ciudades del país.⁴ Sin embargo, la mayoría de los militantes —e incluso las mujeres que escribían en la prensa libertaria y que llevaron adelante su propio periódico— no utilizaban esa denominación para describir sus intereses y objetivos.⁵ Esa oposición al feminismo se hizo hegemónica dentro del anarquismo, no obstante tuvo un momento de discusión cuando desde un periódico de la corriente individualista surgió un intento de rescatarlo para la causa. Ecos de esa discusión se verifican en el intercambio que publicamos aquí: una nota de Virgilio Prajoux en el periódico **Germinal**, la respuesta a una carta de lectores del periódico **El A'vvenire** y la crítica a esa respuesta por parte de Prajoux, entre los meses de diciembre de 1897 y marzo de 1898.

¹ Dora Barrancos registró uno de los primeros usos del término en el periódico **La Nación** de 1898 y lo relacionó con una de las primeras aproximaciones académicas a la cuestión: el discurso de Ernesto Quesada que se compila en este dossier. «Primera recepción del término 'feminismo' en la Argentina», **Labrys, revista de estudios feministas/études féministes de la Universidad Nacional de Brasília**, Brasil, n° 8, agosto-diciembre 2005. Disponible: www.unb.br/ih/his/gefem. Cfr. Introducción a **Primer Congreso Femenino, Buenos Aires 1910, Actas y Trabajos**, AAVV, Universidad de Córdoba, 2008.

² Para una historia del feminismo local: Marifran Carlson, **¡FEMINISMO!: the woman's movement in Argentina from its beginnings to Eva Perón**, Chicago, Academy Chicago, 1988; Asunción Lavrin, **Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940**, University of Nebraska Press, 1995. Hay versión en español: **Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay, 1890-1940**, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2005; Marcela Nari, «El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo

XX», en J. Suriano (comp.) **La cuestión social en Argentina 1870-1943**, Buenos Aires, La Colmena, 2000; Alejandra Vasallo, «Entre el conflicto y la negociación. Los feminismos argentinos en los inicios del Consejo Nacional de Mujeres, 1900-1910», en Fernanda Gil Lozano y otros, **Historia de las Mujeres en la Argentina, Siglo XX**, tomo 2, Buenos Aires, Taurus, 2000.

³ Otros espacios institucionales creados por las mismas mujeres: Centro Socialista Femenino (1902), Unión y Labor (1909-1913), Centro Feminista Juana Manuela Gorriti (1911), Liga por los Derechos de la Madre y el Niño (1911), Asociación Pro Derechos de la Mujer (1918), Unión Feminista Nacional (1918).

⁴ «Grupo Femenista Anárquico», **La Protesta Humana**, n° 3, 15 de julio de 1897. En 1899 **La Nueva Humanidad** anuncia que se va a formar un «grupo femenil» denominado «Las Proletarias» que tiene por objetivo «publicar un periódico que defenderá los intereses de su sexo», n° 5, 1 de agosto de 1899. Las conclusiones del Congreso Revolucionario de París demuestran que, todavía en 1900, utilizan «feminismo» como sinónimo de la cuestión de la mujer. **La Protesta Humana**, n° 100, 24 de noviembre de 1900.

⁵ Entre otros: Pepita Gherra, «A las mujeres», **La Anarquía**, n° 22, 8 de agosto de 1897. P.G., «Femenil», **La Anarquía**, n° 22, 8 de agosto de 1897. Varios en **La Voz de la Mujer** (1896-1897).



El título de una de las notas anarquistas y el uso que hace Ernesto Quesada en el segundo texto aquí compilado, evidencian la inestabilidad de un término que se encuentra en plena definición. Prajoux habla del «femenismo», mientras que Quesada recurre a las comillas para hablar bien del «femeneismo» ante un auditorio que incluye al Arzobispo y a las mujeres del Patronato de la Infancia dispuestas a sentirse reunidas por lo femenino, y quizás no tanto a ser llamadas feministas. Casi simultáneamente, José Ingenieros publicaba una nota en **El Mercurio de América** en la que no sólo ya habla de feminismo, sino que intenta precisar la definición abogando por un feminismo «científico». Finalmente, en 1901 Elvira López dedicará su tesis de doctorado a circunscribir la historia, el desenvolvimiento y la actualidad de una expresión política que ya denomina, sin más, «movimiento feminista».

Este *dossier* compila textos que son muy diferentes entre sí. Para empezar, las notas de la prensa libertaria con el espíritu combativo propio de la propaganda de ideas. Allí, cada cuestión es debatida desde el punto de vista de la emancipación que el anarquismo propone; así el feminismo entorpece para algunos o coadyuva para otros en la demolición del estado de cosas y en la previsión de la sociedad futura. Quesada, en cambio, despliega el monólogo de un conferencista que, dada su reconocida trayectoria, derrama legitimidad sobre el objeto en cuestión; según el intelectual, Argentina no puede ni debe permanecer fuera de la corriente modernizadora que trae el mismísimo «femeneismo». Por su parte, el texto de Ingenieros constituye su respuesta a una encuesta internacional que lleva adelante el Dr. Gambarotta de Milán y que, según nota al pie, ha sido enviada a eminentes autores. A diferencia de los anteriores, el trabajo de López —cuya extensión obliga a incluir aquí sólo la introducción y la conclusión— es parte de una extensa recopilación de datos de suma actualidad para presentar, como tesis, en una universidad que hace muy poco ha abierto sus puertas a las mujeres.

Las notas de la prensa, la conferencia, la respuesta a una encuesta y la tesis no presentan un intercambio directo. Los periódicos **Germinal** y **El A'venire** carecían de la circulación y la visibilidad que tendrá luego una publicación emblemática como **La Protesta**. A su vez, la conferencia de Quesada se pronuncia el 20 de noviembre, mes en que está datada la publicación de Ingenieros, de modo que es difícil que pudieran leerse mutuamente. Tampoco López los cita en su documentada tesis. Sin embargo, si bien no hay referencias de lecturas directas, el conjunto de textos deja entrever ecos y huellas de un intenso diálogo. Por ejemplo, como redactor de **La Montaña**, Ingenieros había recibido y comentado las publicaciones anarquistas, entre ellas **L'Avvenire**, periódico con el que incluso él y Leopoldo Lugones sostuvieron una polémica.⁶ Por su parte, con toda seguridad López ha leído o escuchado a Quesada en su rol de profesor o de conferencista, así como ha tomado contacto con el periódico anarquista **La Voz de la Mujer**, según señala en su tesis.

⁶ **La Montaña: periódico socialista revolucionario**. El periódico salió en Buenos Aires en 1897. Sus redactores eran José Ingenieros y Leopoldo Lugones. La colección completa fue publicada por la Universidad de Quilmes en 1996. Sobre la polémica con los anarquistas: n° 6, 15 de junio de 1897.

El objetivo de este *dossier* es, sobre todo, reponer estas intervenciones pioneras y fundacionales a fin de encontrar nuevos cruces y diálogos. Para ello, siguen unas breves notas que ofrecen algunas claves de lectura y, luego, la transcripción de los textos.⁷

El feminismo del contrafeminismo anarquista

Parece un juego de palabras, pero es un modo de contener la paradoja anarquista: fueron los primeros en utilizar el término y hasta anticiparon con sus ideas los feminismos de los años setenta del siglo siguiente y, sin embargo, rechazaron de plano esa etiqueta ya que identificaron el feminismo como un movimiento burgués cuyos principales reclamos por los derechos civiles y políticos resultaban escasos o ridículos a los ojos libertarios. Dora Barrancos denominó «contrafeminismo del feminismo anarquista» a esa posición incómoda.⁸ Otras autoras clasificaron a las militantes como feministas aunque ellas no usaran el término para referirse a sí mismas o a sus actividades.⁹ Mientras que, ante la falta de un feminismo organizado en la Argentina de aquel entonces, se optó por considerar feministas a quienes señalaran «la existencia de relaciones de poder entre varones y mujeres que subordinaban a estas últimas; la injusticia de dicha subordinación; y la voluntad de cambiarlas: emancipar, liberar, a las mujeres de la opresión.»¹⁰ Sin embargo, al contrario de lo que se suele afirmar, las redactoras de **La Voz de la Mujer** —el célebre periódico anarquista— no utilizan nunca esa denominación, ni siquiera para criticarla. Incluso en los años veinte, al editar otro periódico, **Nuestra Tribuna**, no sólo las anarquistas mantenían esa postura, sino que cuando algunos compañeros las atacaban al grito de «¡feministas!», ellas se defendían diciendo que nada tenían que ver con el feminismo burgués y atemperado de sus congéneres. A lo sumo les simpatizaba el feminismo inglés con su verba altisonante y su costumbre de salir a romper faroles cuando querían hacerse escuchar.¹¹

Sin embargo, la heterogeneidad y la vocación polémica eran constantes en la propaganda anarquista, y es por eso que aunque la posición dominante fuera contraria al feminismo, a fines del siglo pasado era posible todavía intentar darle un giro libertario. Especialmente preocupado por el tema Virgilio Prajoux, un cola-

⁷ Con excepción de la tesis de López, cuya extensión lo impide, los textos se transcriben completos. Con el fin de facilitar la lectura se modificaron la acentuación y la puntuación, y se han subsanado algunos errores ortográficos. [NE]

⁸ Dora Barrancos, **Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo**, Buenos Aires, Contrapunto, 1990, p. 267.

⁹ Maxine Molyneux, «No God, No Boss, No Husband: Anarchist Feminism in Nineteenth-Century Argentina», **Latin American Perspectives**, Vol. 13, n° 1, winter, 1986, pp. 119-145. Hay versión en español: «Ni Dios, ni Patrón, ni marido. Feminismo anarquista en la Argentina del siglo XIX», **La Voz de la Mujer, Periódico comunista-anárquico**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 16.

¹⁰ Marcela Nari, «El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo XX», *op.cit.* p.278.

¹¹ «Las feministas protestan», s.f., **Nuestra Tribuna**, n° 30, 1 de junio de 1924. El periódico **Nuestra Tribuna. Quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura** salió en Necochea, Tandil y Buenos Aires desde 1922 a 1925. Sus treinta y nueve números fueron dirigidos por Juana Rouco quien estuvo acompañada, en la primera etapa de la publicación, por Fidela Cuñado, Terencia Fernández y María Fernández.

borador recurrente del periódico **Germinal**,¹² publica en diciembre de 1897 la primera nota que presentamos: «El feminismo». El autor da cuenta de la importancia de la cuestión y pretende ofrecer una mirada anarquista, esto es, los reclamos serían justos pero el diagnóstico de fondo, erróneo. Es decir, la ausencia de la mujer en los cargos políticos no tendría como solución su incorporación, sino la destitución de la representación política misma. En un sentido similar, la aberración mayor no sería que una mujer fuera siempre juzgada por varones, sino el preciso acto de juzgar. Y así sucesivamente, en una lógica libertaria que lleva a bregar por la destrucción completa del sistema de opresión.

Es preciso aclarar que las primeras reivindicaciones de la emancipación femenina, y los primeros llamados a su concreción a través de la lucha, provinieron de los varones nucleados en el grupo que editaba la revista **La Question Sociale**. A través de la serie de folletos de «Propaganda anarquista entre las mujeres», los miembros de la redacción las convocaban a la brecha común utilizando, para ello, textos de reconocidas militantes europeas como Soledad Gustavo y Ana María Mozzoni.¹³ Sin embargo, esa convocatoria traía aparejada una enorme dificultad porque en los textos de las autoras se identificaba a los hombres como opresores de la mujer y así, por propia definición, los enemigos podrían ser los varones anarquistas. Esa consecuencia inesperada y la posibilidad que se desestabilizara el frente de lucha común es la trampa que intenta evitar Neo, el autor de la segunda nota aquí presentada. Miembro del periódico **L'Avvenire** responde en un espacio dedicado al debate de ideas titulado «Accademia», la carta de «Una modista» que pregunta por el feminismo.¹⁴ Neo advierte a la lectora que el feminismo no conviene a las mujeres del pueblo ya que se trata de una expresión típica de mujeres burguesas. Su objetivo declarado es encauzar la particularidad del reclamo feminista en el clamor universal de los oprimidos y evitar así las divisiones que podía introducir la diferencia de los sexos. La última frase de su nota de opinión, paternalista y prescriptiva, ilustra el temor de algunos varones anarquistas, y dispone todo un modelo para las mujeres: «Pero recuerda que el

amor no es lascivia insensata, y que de tu conducta debe emanar la imagen de la mujer redimida.»

Ante esa respuesta, Virgilio Prajoux no deja pasar la oportunidad de entablar una nueva discusión con **L'Avvenire** y escribe una segunda nota de tono fuertemente polémico: «Feminismo. A la modista de *L'Avvenire*.»¹⁵ No es la primera vez ni será la última que las publicaciones se enfrenten. Mientras que **L'Avvenire** se enrolaba en la corriente organizadora que acompañará el desarrollo de **La Protesta**, **Germinal** se declaraba de manera intransigente contrario a esa tendencia y proclamaba los principios del anarquismo individualista. Esa marca se expresa en su opinión acerca del engaño al que habrían sometido a la supuesta modista que escribe a **L'Avvenire** y que Prajoux denuncia en primera página. Como Neo, intenta enmarcar la acción de «los y las feministas» en el ideal superador de la destrucción total del sistema opresivo ya que, insiste el autor, la incorporación de las mujeres no alcanza aunque sea justa porque el problema real es el gobierno, la justicia, la economía, y no que en esas instancias se encuentre subordinada la mujer. Sin embargo, discute que el feminismo sea sólo una creación burguesa y rescata su índole revolucionaria y científica. A su vez, Prajoux sugiere que el más sincero anarquista puede esconder un tirano doméstico que somete a su compañera, incluso cuando cree que la protege. El anarquismo no estaría exento, provoca el autor, de una maliciosa intención de controlar o detener una emancipación que deben llevar a cabo las propias mujeres. Así, el consejo de Neo, procurando que la mujer se quede «en lo que es», constituye para Prajoux una flagrante contradicción con los principios libertarios.

Su análisis cobra sutileza cuando percibe y denuncia el lazo insidioso de opresión y mentira que puede acarrear el amor, incluso el amor libre anarquista. Para algunos propagandistas, esa fórmula debía restringirse a uniones libres, es decir, consensuadas, sucesivas, orientadas por el afecto mutuo y cuyos límites estarían definidos por sus propios protagonistas y no por el Estado o la Iglesia. Otros defendían la posibilidad de comenzar a vivir relaciones simultáneas o «contemporáneas», gobernadas solamente por las voluntades de los amantes involucrados. En ambos extremos, tácitamente establecían un estricto marco heterosexual. La «cuestión de la mujer» suponía, entonces, la liberación de su sexualidad ya que sólo de ese modo podría ser una verdadera compañera de los amores libres.¹⁶ Esa premisa impactaba directamente en la consigna de la emancipación de la mujer y desbordaba cualquier intento de circunscribirla a la búsqueda de unos derechos o a la participación electoral. Por eso Prajoux no deja de lado ese aspecto al recordar, en su segunda intervención, que el hogar es uno de los espacios de mayor opresión y que allí las mujeres se suelen ver obligadas a cumplir un papel de falsas «apasionadas» que, «sin haber gozado» siquiera, sufren las consecuencias de un embarazo imprevisto. Me detengo para recordar la fecha: es una

¹² **Germinal. Periódico anarquista.** El periódico comenzó a salir en Buenos Aires el 14 de noviembre de 1897 y se ha conservado hasta el n° 25 del 5 de marzo de 1898, aunque es probable que no fuera el último. Se sostiene por suscripción voluntaria, como era usual en esa época. Sus directores fueron: Baldomero Salbans hasta el n° 4, Francisco García hasta el n° 24 y, luego, León S. Urrutia. Mantuvo una tirada de 2000 ejemplares. Es difícil encontrar datos sobre la vida de Prajoux. En 1895 habría sido administrador de **Avvenire**, una publicación de San Pablo, Brasil (Gonzalo Zaragoza, **Anarquismo argentino (1876-1902)**, Madrid, de la Torre, 1996, p.167). Agradezco a los miembros de la red de investigadores del anarquismo (<http://redestudiosobreanarquismo.blogspot.com/>) por intentar rastrear más indicios de la esquiwa biografía de Prajoux.

¹³ Laura Fernández Cordero, «Queremos emanciparos: anarquismo y mujer en Buenos Aires de fines del XIX», **Izquierdas**, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, USACH, n° 6, 2010.

¹⁴ «Una modista» y Neo, «Femminismo e divorzio», **L'Avvenire** n° 40, 13 de enero de 1898. **L'Avvenire. Periodico comunista-anarchico** comenzó a salir en Buenos Aires en idioma italiano el 1° noviembre de 1895. Se ha conservado hasta el n° 216, del 21 de noviembre de 1902, aunque no indica que fuera el último número. Se sostenía por suscripción voluntaria. Tuvo una segunda época en 1903. Sus principales responsables fueron Héctor Mattei, N. Consorti y Felice Vezzani (Diego Abad de Santillán, **El movimiento anarquista en la Argentina desde sus comienzos hasta 1910**, Buenos Aires, Argonauta, 1930, p.72.)

¹⁵ Virgilio P., «Feminismo. A la modista de *L'Avvenire*», **Germinal**, n° 8, 6 de marzo de 1898.

¹⁶ Laura Fernández Cordero, «Subjetividad, sexualidad y emancipación. Anarquistas en Argentina (1895-1925)», Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, 2011.

nota publicada en 1897. Y no se trata de una corriente ultra revolucionaria dentro del movimiento ya que, por ejemplo, los integrantes de **La Protesta Humana**, de algún modo más moderados, también estaban preocupados por relacionar la sexualidad y la emancipación tal como lo indica, entre otras acciones, la promoción y el comentario, durante ese mismo año, de una conferencia titulada «Las relaciones sexuales».¹⁷

A pesar de que Prajoux es muy duro con el redactor de **L'Avvenire**, a quien tacha de «burguésimo», no se registran respuestas en los meses subsiguientes. La argumentación individualista se pierde y así el discurso sobre la emancipación de la mujer tendrá en el anarquismo local una presencia decisiva,¹⁸ pero no recurrirá al feminismo como etiqueta para dar cuenta de su permanente preocupación por incluir a las mujeres en sus filas, ni para caracterizar a sus más avezadas oradoras y militantes.

Las labores femeninas

Ernesto Quesada (Buenos Aires, 1858 - Spiez, Suiza, 1934) fue invitado a cerrar la Exposición Femenina del año 1898. Su reputación intelectual podía garantizar que el numeroso público presente en el acto de clausura comprendiera la importancia de la exhibición impulsada por el Patronato de la Infancia. Las organizadoras no se vieron defraudadas, ya que Quesada hizo gala de su reconocida erudición y presentó un recorrido desde la antigüedad hasta las últimas novedades de un movimiento cuyo epicentro identifica en Europa y EEUU y que él, todavía, denomina entre unas comillas protectoras: «femeneismo». En su argumentación Quesada se desplaza del elogio almibarado de los bordados y encajes que se acaban de exhibir, hacia la descripción de unas tareas nuevas que se han impuesto algunas mujeres, especialmente las de procurarse derechos civiles y políticos. Así las labores femeninas se traducen en «cuestión femenina» y desde allí se enlazan con lo que Quesada denomina el «femeneismo internacional», un «asunto de interés palpitante».

Al orador el programa del femeneismo le resulta «simpático», sobre todo porque no busca «masculinizar» a la mujer, sino que brega por una educación que les permita desarrollar profesiones, artes u oficios que hasta el momento las convocan en escaso número, y obtener, finalmente, la determinante independencia económica. Sin embargo, la parte del programa que avanza sobre los derechos políticos le resulta más problemática ya que avizora un cambio tan profundo en las costumbres que no sólo afectaría a las mujeres, sino que amenaza con convertir a los hombres en «amas de cría... y todo lo demás». Así, las «leyes eternas» que gobiernan la asignación de tareas femeninas y masculinas se verían conmocionadas por un movimiento que exige derechos civiles que ningún modernizador negaría, pero tam-

bién derechos políticos que convertirían a las mujeres en inesperados «hombres de estado». Quesada le teme, como muchos, a la mujer virilizada pero advierte, como pocos, que el reverso del proceso puede traer una suerte de feminización del hombre, o al menos convocarlo a tareas que resultaban impensables como compartir el trabajo doméstico o la crianza. La ansiedad que produce la amenaza de un desorden tal se ve contrarrestada por un diagnóstico tranquilizador: el «femeneismo», sentencia Quesada, no ha desembarcado aún, por lo menos no en las formas europeas y mucho menos estadounidenses. Hay sí una cuestión femenina ineludible que es necesario atender, definir y contener. Su propuesta será, entonces, definir ese movimiento, circunscribir sus alcances y, sobre todo, evitar que su desembarco entre en contradicción con la idiosincrasia nacional. Con esa premisa, se pregunta si es viable aquí el modelo de mujer norteamericana; si las vicisitudes de la política contrarían la maternidad y la disposición natural de la mujer al hogar; si el temperamento latino está preparado para el arrollador impulso de las emancipadas; si el orden social soportará el embate; si conviene importar el modelo inquietante de «la mujer yankee»; etc.

Para responder esos interrogantes despliega una de sus armas preferidas, una batería de datos estadísticos que ilustra a los oyentes sobre la densidad de población, la cantidad de habitantes varones en el país y la relación entre el número de solteros y el de casados. Quesada argumenta como un científico pertrechado con imbatibles datos y concluye como un consejero amigable: el movimiento femeneista local debe ser acotado. Ante los derechos políticos, Quesada será aún más cauto y opta por recomendar prudencia. Es decir, ocuparse de la promoción de la mujer, sostener y promover su educación o ajustar la legislación civil para acompañar su innegable adelanto. Tareas como la beneficencia, la mejora en la educación y cierto avance sobre algunos oficios y profesiones podrían convivir perfectamente con los ideales del hogar y la maternidad.

Mediante sus saberes y su reputación, Quesada está operando sobre un proceso que se intuye, pero que aún no se ha declarado. El espectáculo que le brindan las mujeres asociadas para la caridad y la educación le resulta todavía «hermosísimo» y no duda en pedir que las mujeres argentinas se asocien «pues en sus manos el movimiento femeneista sería más prudente y más práctico.» Veinte años después sus presagios se han cumplido y, sin embargo, cuando tiene enfrente a las feministas propiamente dichas —formadas con las mismas armas que el profesor y dispuestas a responder las conclusiones científicas y las prescripciones políticas— la simpatía de Quesada hacia aquel incipiente «femeneismo» será reemplazada por la incomodidad y la advertencia.¹⁹

¹⁷ «Reuniones, grupos, iniciativas», **La Protesta Humana**, n° 3, 15 de julio de 1897.

¹⁸ Mabel Bellucci, «Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina. Argentina alrededor del 900», **Nueva Sociedad**, n° 109, septiembre-octubre 1990, Venezuela, pp. 148-157.

¹⁹ Ernesto Quesada, «La lógica de nuestro feminismo», **Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación**, Buenos Aires, n° 4, 1920. Ver el análisis que hace Sol Denot en el número anterior: **Políticas de la Memoria**, n° 8/9, Buenos Aires, CeDInCl, 2008, pp.203-211

Del feminismo idealista al feminismo científico

Estamos ante un momento particular de la prolífica vida intelectual y política de José Ingenieros (Palermo, Italia, 1877- Buenos Aires, 1925). El texto aquí presentado es de esos años en que tiene lugar cierta inflexión, consignada por sus críticos, según la cual Ingenieros se fue desplazando desde un heterogéneo espacio que podríamos denominar anarco-socialismo hacia el positivismo declarado y la participación decidida en algunos flamantes aparatos del Estado.²⁰ Pero todavía tiene veintiún años —y no había quitado aún la letra g de su apellido— cuando anuncia en la revista **El Mercurio de América** que ha sido incluido en una encuesta internacional auspiciada por «varias de las mejores revistas europeas de sociología» y en la cual, como se ocupa en detallar, se registran las opiniones de «eminentes personalidades».²¹ Con ese gesto, al mismo tiempo que sienta bases para su propia legitimidad intelectual, instala un tema «cuyo palpitante interés no escapará a nadie». A pesar de que la consulta es más extensa, Ingenieros elige las dos primeras preguntas del Dr. Gambarotta orientadas hacia diversas facetas de la emancipación de la mujer.

El término feminismo le es conocido y no se ve obligado a marcarlo con comillas. Ya lo utilizaba en 1897 cuando era redactor del periódico **La Montaña** y allí anuncian el congreso Feminista Internacional de Bruselas.²² Es evidente que está al tanto de su desenvolvimiento, sin embargo, a diferencia de Quesada, no habla de las mujeres del movimiento feminista internacional. En cambio, organiza el debate en dos campos encabezados por sendos varones: Feministas que siguen básicamente a Stuart Mill y Antifeministas sintetizados en la figura de Proudhon. Sin adherir a ninguna de esas dos líneas, Ingenieros argumenta a favor de una de las tres fórmulas propuestas por el responsable de la encuesta: «La mujer igual, jurídicamente, al hombre, con derechos diferentes a los de éste, pero equivalentes a ellos.» Sin embargo, le da un giro fundamental ya que subordina su realización a una evolución generalizada del orden social. Varias premisas sostienen esa argumentación. En primer lugar, la certeza de que son las condiciones económicas-sociales las que determinan la organización social y, por tanto, la familia y el estatus jurídico de la mujer. Obviamente sigue a Marx, Engels y Bebel, pero también a Morgan, Letourneau, Lafargue y, especialmente, a Loria.²³ En segundo lugar, si bien el avance de las mujeres responde a una «tendencia indiscutible en el desenvolvimiento histórico» depende de esa premisa determinante. En este sentido, la emancipación femenina queda atada a una transformación generalizada del capitalismo o, en palabras de Ingenieros, a la «socialización de las fuerzas econó-

micas». En ese marco se desarrollará no ya un feminismo «idealista», sino toda la promesa del feminismo «científico».

Ingenieros traduce la segunda parte de la encuesta en un problema de «psicología afectiva». Aquí sus premisas rectoras indican que el «potencial afectivo» es equivalente en ambos sexos, que es el ambiente el que define los contenidos morales y que la moral es relativa y variable. Según Ingenieros, el código moral vigente para la sexualidad contradice la naturaleza humana y, no sólo eso, sino que es impuesto por los hombres a los individuos «socialmente inferiores, las mujeres.» En ese sentido, además de denunciar el «egoísmo sexual de los varones», reivindica el «derecho de amar» para las mujeres. De este modo, en su definición del feminismo, Ingenieros sugiere que la cuestión de la mujer no termina en la igualdad jurídica o política, sino que se vincula con el ejercicio concreto de la sexualidad.

Por sus críticas al matrimonio burgués y sus propuestas innovadoras, se ha señalado con acierto el matiz libertario del Ingenieros interesado por las cuestiones del amor.²⁴ Sin embargo habría que hacer notar que esa línea de continuidad es más significativa aún si se toma en cuenta que Ingenieros no recupera cualquier definición del amor libertario sino la más radical, es decir, las versiones de amores simultáneos o contemporáneos que en la prensa anarquista convivían con propuestas más moderadas. En sus propias palabras, la «pluralidad afectiva» consistiría en la «aptitud de cada individuo, macho o hembra, para sentir emociones afectivas de carácter sexual hacia varios individuos del sexo opuesto». Haciendo convivir a Nietzsche y Spencer, Ingenieros coincide con los anarquistas al vincular la emancipación de las mujeres no ya con un conjunto de derechos a reivindicar sino, también con una transformación radical de las costumbres sexuales y las instituciones del amor. Dimensión francamente soslayada por Quesada y aun por López. Sin embargo, como aclara Ingenieros, no habrá que temer saltos ni cambios bruscos, sino que se impondrá un lento devenir hacia la inexorable desaparición de la monogamia y el desarrollo de nuevas formas de familia.

Así, el feminismo científico que propone Ingenieros es muy ambicioso, pero su programa está doblemente encorsetado, por un lado por la transformación general de la sociedad, por otro, por una evolución de la institución familiar que puede llevar «cientos o miles de años». Incluso, la esperanza de una intervención subjetiva fuerte y decisiva se vislumbra dificultosa en el mismo texto ya que, Ingenieros omite toda referencia a las militantes feministas europeas y norteamericanas que con tanta simpatía mencionara Quesada. A lo sumo reconoce la existencia de «los feministas contemporáneos» en cuya desdibujada referencia vuelven a perderse las feministas y sus agrupaciones. Es curioso porque antes y después de este artículo, Ingenieros supo reconocer y valorar la actuación de las mujeres. De hecho, cuando anuncian el Congreso de la Liga Feminista Belga y otras actividades del feminismo europeo, él y Lugones, como redac-

²⁰ Oscar Terán, **José Ingenieros. Pensar la nación**, Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 27. Horacio Tarcus, **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda» (1870-1976)**, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 312.

²¹ La revista **El Mercurio de América** se publicó en Argentina entre 1898 y 1900, bajo la dirección de Eugenio Díaz Romero y el influjo de Rubén Darío, por entonces con mucho ascendiente sobre varios intelectuales rioplatenses. Por su parte, Guglielmo Gambarotta editó un libro con los resultados de la encuesta: **Inchiesta sulla donna**, Turín, Bocca, 1899.

²² **La Montaña**, n° 4, 15 de mayo de 1897.

²³ Terán, *op.cit.*, p. 33.

²⁴ Hugo Vezzetti, «Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros», **Anuario de Investigaciones**, n° 1, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 1989.

tores de **La Montaña** elogian la participación de las mujeres en la lucha.²⁵ Dos años después, en una conferencia que tiene lugar en el Centro Socialista Obrero, Ingenieros pide que las mujeres saluden «la aurora de la nueva era» y las insta a la acción.²⁶ Sin embargo, para la respuesta a la encuesta internacional, el ascendente intelectual elige dar cuenta de un devenir histórico objetivo en el cual, más que un movimiento político en expansión, ve constituirse firme y predecible, una nueva rama de la ciencia positiva.

La tesis del movimiento feminista

Desde la extensión de las Escuelas Normales en las últimas décadas del siglo XIX las mujeres obtenían el título de maestra, pero pronto comenzaron a presionar sobre el ciclo de estudios superiores. Como se sabe, en continuidad con las tareas que se suponían «naturales», luego del magisterio, las mujeres se inclinaron a los estudios relacionados con la enfermería, la farmacia y la obstetricia, y, así, la primera graduada surgió de la carrera de medicina en 1889.²⁵ Elvira López y su hermana Ernestina —hijas del pintor Cándido López— ingresaron a la Universidad de Buenos Aires en 1896. Ese mismo año, la inauguración de la Facultad de Filosofía y Letras dio lugar a una oportunidad inédita: a diferencia del resto de las facultades de la Universidad de Buenos Aires, que exigían un título otorgado por los Colegios Nacionales, la nueva facultad permitió el ingreso de las graduadas de escuelas normales. A causa de ello, la mitad de su población fue femenina al menos durante las tres primeras décadas.²⁸ Incluso entre los ocho primeros doctorados, cuatro eran mujeres; entre ellas Elvira López con su tesis «El movimiento feminista».²⁹

Que López eligiera el feminismo como tema central de su tesis no responde simplemente a su temprano activismo (participa del Consejo Nacional de Mujeres desde sus inicios) sino, también, al interés que el tópico despertaba entre los académicos que definían los programas de estudios. Nucleados en la nueva facultad, un grupo de profesores — entre los que se contaban, Rodolfo

Rivarola, Antonio Dellepiane, Alfredo Colmo y Ernesto Quesada— se mostraba particularmente interesado por las cuestiones de la modernidad y atento a los nuevos cambios sociales, entre ellos la cuestión de la mujer.³⁰ Sin embargo, López no cita a ninguno de los profesores de la extensa lista de varones que encabeza su tesis en calidad de padrinos, evaluadores y autoridades. En cambio, el bagaje de autores que maneja es el de la Europa contemporánea con acento en Francia.

Si en los textos anteriores podíamos ver un esfuerzo por definir el feminismo, la estrategia de López es radicalmente distinta. Más que una definición inaugural, los primeros párrafos de su tesis sintetizan la defensa de un movimiento que ya cosecha las primeras objeciones. En principio, la de constituir una «utopía ridícula», pero también una media docena de acusaciones que no es difícil encontrar sutilmente conjuradas en la conferencia de Quesada: la subversión de leyes naturales, la creación de un tercer sexo, los propósitos anárquicos o destructivos, etc.

Como el resto de los autores que conforman este dossier, López afirma que el feminismo es un fenómeno inevitable. Su tesis despliega gran parte de los tópicos que sintetizara Quesada en su conferencia, con un uso menos obsesivo de las estadísticas, pero con el mismo afán de pensar el feminismo en su versión local. Con impresionante erudición López describe la situación de la mujer desde la antigüedad hasta la última noticia del feminismo internacional. Ese amplio panorama hace empujarse el recorrido de Quesada y vuelve escandalosa la omisión de Ingenieros, ya que López da cuenta de un movimiento nutrido, vital y cada vez más cercano.

Antecedente indiscutible de los actuales estudios de género, la tesis presenta una doble pertenencia que será marca del cruce entre el movimiento feminista y la universidad.³¹ A la vez militante y doctoranda, López acentúa la importancia de la educación y brega decididamente por los derechos civiles. Su enfoque privilegia la «equivalencia» más que la igualdad enarbolada por otras feministas, y, aunque comprometido y avanzado, se encuentra cruzado por las tensiones con las que el feminismo lidiará décadas más tarde. En su argumentación, la naturaleza femenina actúa como un corset que prescribe mandatos indiscutibles, mientras que la maternidad como un destino inevitable y la propia condición física de la mujer la confinan al hogar y a algunas tareas derivadas de la asistencia.³² De este modo, López delinea un camino posible para el movimiento feminista: asociaciones prudentes, avances educativos, equivalencias en el derecho civil. El contramodelo sería, precisamente, la mujer anarquista si tomara el ejemplo de «la terrible Luisa Michel», célebre libertaria francesa. En cam-

²⁵ **La Montaña**, n° 4, 15 de mayo de 1897. También reciben la **Revue Féministe** que se edita en París bajo la dirección de Clotilde Dussard, n° 6, 15 de junio de 1897.

²⁶ Una síntesis de la conferencia que pronunció Ingenieros en el Centro Socialista Obrero en 1899 fue editada como parte de un folleto que compiló Pablo Ingenieros: «Elogio de la risa. El feminismo. Estudio crítico científico sobre el hipnotismo», La obra del Dr. José Ingenieros, n° 7, 1927. Disponible en CeDInCI: (SCAB/BPA R1/13-4)

²⁷ Susana V. García, «Ni solas ni resignadas: la participación femenina en las actividades científico-académicas de la Argentina en los inicios del siglo XX.», *Cadernos Pagu*, n° 27, Campinas, dec. 2006. Disponible: http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-83332006000200007&lng=en&nrm=iso. Último acceso: 29 de junio de 2011.

²⁸ Sol Denot, «La emergencia de las mujeres en la Universidad de Buenos Aires: transformaciones del campo intelectual y nuevos sujetos, 1889-1930», V Encuentro Nacional y II Latinoamericano «La Universidad como objeto de investigación», Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Humanas, 30, 31 de agosto y 1 de septiembre de 2007.

²⁹ María Cristina Spadaro, «La ilustración un triste canto de promesas olvidadas», V Jornadas de Investigación en Filosofía, 9-11 de diciembre de 2004, La Plata. En **Revista de Filosofía y Teoría Política**, anexo 2005. Disponible: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library>. Último acceso: 29 de junio de 2011.

³⁰ Denot, *op.cit.*

³¹ Esa condición pionera será celebrado en el centenario de la publicación de la tesis. Dora Barrancos, «Cien años de estudios feministas en la Argentina», **mora** n° 8, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, diciembre 2002.

³² Cecilia Tossounian, «Maternalismo y ciudadanía en el pensamiento de Elvira López», *Actas de las VII Jornadas de Historia de las Mujeres, II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género* (CD), Salta, 2003.

bio, como señala en una nota al pie de su tesis, reconoce y valora el trabajo de las redactoras del periódico **La Voz de la Mujer** y otras propagandistas, algo poco común en la época por fuera del movimiento anarquista. Paradójicamente, estaría de acuerdo con ellas en no procurar derechos políticos, pero no porque los considere inútiles, sino porque podrían afectar la condición natural de la mujer.

Así, López concentra su atención en la necesidad de acompañar el imparable desarrollo del feminismo con la revisión y modificación urgente del derecho civil que, por omisión o con explícita disposición, impide el acceso de las mujeres a una ciudadanía plena. Apenas empieza el siglo cuando ella escribe; deberá esperar hasta la reforma del Código Civil en 1926 para que algunas de esas reivindicaciones se concretaran. Sin embargo, no llegará a ver la conquista del divorcio, ni la patria potestad compartida porque, a pesar del tempranísimo reclamo feminista y el de otros sectores, serán alcanzadas en nuestro país recién en los años ochenta del siglo veinte.

Definir y contener el movimiento feminista

Los autores de los textos que aquí se presentan coinciden en el carácter inevitable del feminismo y en su ligazón con la modernidad y el progreso. Pese a sus diversas inscripciones ideológicas, descansan sobre un suelo común hecho de un conjunto de lecturas (Stuart Mill, Morgan, Marx, Michelet), posicionamientos filosóficos y epistemológicos (cientificismo, evolucionismo), referentes del feminismo o del profeminismo (Olimpe de Gouges, Mary Wollstonecraft, Madame De Staël, María Cheliga), una disposición crítica hacia la religión (ateísmo, laicismo, anticlericalismo), escenarios históricos (la antigüedad, el mundo clásico, la Francia revolucionaria), estereotipos nacionales (la radicalidad sajona, la preeminencia del pensamiento francés, la modernidad estadounidense, el retraso español), etc.

Sin embargo, sus definiciones y sus consiguientes disposiciones políticas serán diversas. Para el anarquismo en general, el feminismo resultará insuficiente. Algunos lo consideran desechable por su marca de clase y su reivindicación de los derechos políticos. Como vimos, una voz menos poderosa pero presente, advertirá que podría complementarse con la lucha libertaria. Finalmente aunque hayan o no aceptado inscribirse en ese movimiento, sus discusiones por la emancipación de la mujer, la centralidad que le otorgaban en la emancipación humana y el hecho de asumir el hogar y la sexualidad como espacios de poder, lo convierten en un antecedente indiscutible de los feminismos que estallarán muchas décadas más tarde.

Por su parte, la preocupación de Quesada advierte la necesidad de que el feminismo se desarrolle acompañando el carácter nacional. Según su opinión, la radicalidad sajona quizás no fuera lo más conveniente en una sociedad mayormente latina y procuraba, por ello, encauzar prudentemente el «femeneísmo» que veía despuntar en las labores de las mujeres del Patronato y en sus acti-

vidades benéficas y asistenciales. Para Ingenieros el feminismo no entrañaría un reclamo particular y fácil de resolver a través de un conjunto de reformas. Al contrario, el despliegue de los cambios en la vida de la mujer sólo podrían ser efectivos en la medida en que hubiera una transformación radical de la organización económica y social. A la espera de esa transformación inevitable el feminismo será una rama más de la ciencia. Menos ambiciosa en ese sentido, pero mucho más en otros, López concibe que su presente era el momento perfecto para subsanar las injusticias que sufría la mujer y encuentra que, sin mayores inconvenientes podrían acceder a derechos y espacios que mejoren su situación y que, sin embargo, no contraríen características esenciales de lo femenino.

Como se verá de inmediato, estos textos tienen mucho más por decir. A esas lecturas revitalizadoras invita el presente *dossier*.



El feminismo¹

Virgilio Prajoux

Mlle. Chauvin, la bien conocida y ardiente propagandista de la emancipación de la mujer, ha visto su pedido de admisión en el cuerpo de abogados de París rechazado por el foro, a pesar de haber ella demostrado sus capacidades necesarias para tal puesto. Los ensoñados de la magistratura basaron su rechazo en la inadmisión del sexo femenino en el foro francés, caso previsto por la ley!!

La parcialidad con que en todos los tiempos el hombre ha diferenciado sobre las capacidades respectivas de los dos sexos, es innegable, hoy estamos viendo los resultados. Las prerrogativas que el varón ha otorgado exclusivamente a su sexo para el desempeño de empleos administrativos y la gestión de intereses públicos y privados, ha hecho, ayudado por la educación de la mujer, la muy coqueta y frívola que hizo y hace todavía las delicias de la mayoría de los hombres.

Laudables esfuerzos son los que hacen ahora una pléyade de mujeres para reconquistar en la sociedad, su lugar al par del hombre. Generosas intenciones animan a las propagandistas femeninas. Sus agitaciones son dignas de aplauso y de ayuda... Pero parece que las mujeres no comprendieron todavía cual eran las verdaderas desigualdades entre ellas y el hombre.

Protestan contra la eliminación de la mujer en la participación del gobierno, recriminaron en contra la magistratura [sic], por estar exclusivamente compuesta de hombres, cuando las mujeres también están sujetas a pasar bajo sus poderes, como acusadas. Argumentaron contra la usurpación del derecho de paternidad, en fin, pleitearon con elocuencia, ayudadas por talentos masculinos, en pro de la inteligencia femenina, relegada hasta ahora en los bajo-fondos de las divagaciones religiosas y de los quehaceres domésticos; y no reconocieron que la desigualdad para la mujer, como dijo Tolstoi, no consistía en la privación del derecho de votar o de ejercitar una magistratura —quedando para saber si estas ocupaciones constituían derechos— pero sí en la desigualdad de condición moral, en la interdicción de ir hacia un hombre o de alejarse de él, de escoger a uno de su gusto en vez de ser escogidas. Tolstoi tiene razón. La cuestión femenina es más alta que una tribuna parlamentaria o jurídica. Tiene su asiento en la misma esencia de la familia y en las relaciones y en la relación diaria de los dos sexos.

La campaña actual emprendida por los y las feministas puede ser animada de mucha generosidad, pero es errónea por haber sido mal

comprendida la igualdad de los sexos. Verdad es que el hecho de ser una mujer juzgada únicamente por hombres, constituye un crimen; pero el crimen mayor no es la ausencia del elemento femenino, en el acto de juzgar, pero sí el acto mismo por ser antinatural y vergonzoso. También son elocuentes las palabras pronunciadas por Mll. Olympe de Gouges, revolucionaria francesa de 1792: «La mujer tiene derecho de subir al patíbulo, lo debe igualmente tener para subir a la tribuna.» Pero más elocuentes aún son las que condenan el patíbulo y la tribuna.

La ausencia de la mujer en el gobierno de los pueblos y en la administración de los asuntos públicos, puede ser chocante; pero más chocante e injusto es la facultad que se arrogaron algunos hombres de gobernar a los demás y administrar asuntos que no les incumbe sino que para perpetuar la opresión. La presencia de la mujer en los parlamentos, tribuna, foro y administración no atenuaría en nada las miserias, las injusticias y la tiranía y todas las aberraciones provocadas por esas instituciones, al contrario, las generalizarían dándole un carácter más universal, por consiguiente un aspecto de justicia que no tienen ni pueden tener.

Un diputado, un magistrado, un administrador de bienes públicos, serán siempre unos privilegiados, y ahora bien, nosotros preguntamos ¿qué ganarían las mujeres no privilegiadas con tener representantes de su mismo sexo? nada, salvo el ser tiranizadas directamente por mujeres y aquí se presenta el mismo axioma. Poco importa el color de la mano que castiga y de la forma del fusil que mata; la cuestión es de no ser castigado y no ser muerto. Si los y las feministas están animados por verdaderos sentimientos de justicia *a fortiori* deben combatir las causas que obstaculizan sus advenimientos.

Hoy, en los mismos espíritus avanzados o igualitarios si la mujer no es considerada como esclava del hombre en el sentido brutal de la palabra lo es de hecho, por el simple hecho que vemos en la mujer el cuerpo orgánico que nos debe hacer gozar espasmódicas emociones... pero en la medida de reciprocidad (?) apresurase a decir, y es justamente este espíritu que se debe combatir e infiltrar en los cerebros la convicción que la mujer no está hecha para el mayor goce del hombre, como tampoco este último para mantener a la mujer bajo ninguna medida de reciprocidad muy discutible. [sic]

Este es el verdadero terreno de la emancipación de la mujer, que sus defensores parecen no haber comprendido. El asunto es vasto y volveré a ocuparme de él.

¹ Virgilio P., **Germinal. Periódico anarquista**, nº 3, 12 diciembre 1897. Disponible en el CeDInCl: microfilm, rollo nº 26.

Feminismo y divorcio¹

Neo

ACADEMIA

Esta rúbrica está dedicada a las discusiones calmas, serenas, exentas de personalismos, y está a disposición de quienes deseen pedir explicaciones o formular objeciones a nuestros principios y nuestra táctica de lucha.

Recibimos la siguiente carta:

Querido redactor de Academia,

Me ha emocionado el artículo «A las hijas del pueblo» aparecido en el último número de *L'Avvenire*. Leyéndolo, he pensado que hasta que los hombres no sean capaces de llevar a cabo el socialismo-anárquico, nosotras las mujeres no podremos comenzar a cuidar un poco el interés nuestro.

¿Qué hacer? He sentido hablar muchas veces del feminismo y quisiera saber a propósito tu opinión. ¿No te parece que cuando las mujeres sean capaces de obtener los mismos derechos que la ley concede a los hombres, habrán ya dado un bello paso hacia su emancipación? ¿Y del divorcio qué piensas?

Espero que quieras serme cortés con una respuesta, y te la agradezco. Saludos.

Una modista

El feminismo no conviene a las trabajadoras, a las mujeres del pueblo. Es una creación conveniente a las mujercitas elegantes, de monedero abultado, las cuales no sienten la necesidad de recurrir al varón para tener el pan cotidiano. Gozando de tales condiciones económicas, bien con razón demandan los mismos derechos legales del hombre, porque poseen de hecho la independencia necesaria para usarlos.

¿Pero a ti plebeya, pobre, inculta, condenada a ser mantenida por el hombre, de qué te servirá la personalidad jurídica, la facultad de poder ejercitar las profesiones liberales, el derecho de ser electora y electa? Tú no tienes patrimonios por los cuales te sea necesario disputar en tribunales, no tienes medios para frecuentar la universidad, estás obligada a buscar con ansia un marido, el cual, en compensación del escaso pan que te provee, se apropia de tu libertad y no te permitiría nunca ejercitar con conciencia los derechos políticos.

El feminismo es un fenómeno que revela la evolución moral que se produce en la mente femenina, y desde este punto de vista merece la simpatía de los amigos del progreso. Pero esto no significa que sea aconsejable a las mujeres del pueblo, las cuales, como precisamente sucede a los operarios frente a los capitalistas, encuentran la causa primera de cada desgracia en la servidumbre económica a la que están sujetas.

Lo mismo se puede aplicar al divorcio. Representa un progreso real, es un poderoso palazo dirigido a los fundamentos de la absurda institución matrimonial, y un primer paso sobre la vía que conduce al amor libre. El divorcio niega el principio de la intangibilidad del vínculo matrimonial; y cuando de una institución se daña el espíritu se determina el fin. No se comprende más el rito matrimonial y cesa de ser un sacramento religioso, cuando puede ser revocado. El divorcio reduce el matrimonio a un contrato cualquiera, y en eso justamente está el progreso.

Las mujeres de las clases acomodadas, provistas de suntuosos patrimonios que las tornan económicamente independientes del hombre, podrán gozar los beneficios del divorcio. Pero tú, mísera plebeya, ¿cómo podrías? Cualquier cosa mala que te haga el marido, por lo cual te resulte sombría su compañía, no obstante los servicios que te inflige, no podrás libertarte porque de él esperas el pan cotidiano. Si también, en un relámpago de revuelta, encontraras la osadía de abandonarlo, estarías obligada a buscar rápidamente un nuevo compañero, vale decir un nuevo patrón, a fin de que no te falte el pan. Porque el trabajo tuyo, malamente retribuido, no te permitirá proveerte de las necesidades de la vida. Tanto peor si tuvieras hijos, porque entonces no podrías dedicarte a los trabajos retribuidos, y

¹ «Una modista» y Neo, «Femminismo e divorzio», *L'Avvenire* n° 40, 13 de enero de 1898. Disponible en el CeDInCl: microfilm, rollo n° 10.

los cuidados afectuosos, el trabajo duradero que ellos te requerirán, no reeditará en un peso. Los trabajos hogareños, las ansias de madre, tu obra de ama de casa, de niñera, de educadora, no son considerados como merecedores de recompensa en la actual sociedad.

Ves entonces que la causa de tu esclavitud es esencialmente económica, y que solamente podrás tratar de igual a igual al hombre cuando tu trabajo sea retribuido como el suyo. Entonces sí tu sueño de amor, tu palpito sublime, tu sentimiento gentil, encontrarán su apoteosis en la libertad. Y esta paridad económica, además de la jurídica y moral, de la mujer en comparación con el hombre, es solamente posible en una sociedad donde no exista más el derecho de propiedad y el Estado.

Es el socialismo-anárquico el que permitirá a la mujer usufructuar, a la par del hombre, de todas las riquezas sociales, en proporción de sus necesidades, y como compensación de su trabajo, de cualquier naturaleza que sea. Puesta en estas condiciones, la mujer buscará al hombre, no más para tener de qué satisfacer las necesidades del vientre, sino únicamente para amar y ser amada. Ella llegará a ser así absolutamente libre, porque el día en el cual no tenga más palpitos para su compañero, antes que el amor sea reemplazado por el odio, la violencia, la inmoralidad, podrá apartarse, sin perjudicar su condición económica, y sin que sobre ella descienda inexorablemente la esfera del prejuicio.

Pero mi cortés lectora demuestra creer que el socialismo-anárquico debe llevarse a cabo únicamente por obra de los hombres. Lamentablemente tal vez sucederá así. ¡Pero cuánto se allanaría el camino si las mujeres aportaran a favor de las nuevas ideas la preciosa contribución de su energía, de su sentimiento! En muchísimas circunstancias su obra podría resultar más útil que la del hombre.

Entendámonos. Yo no pretendo, oh mujer del pueblo, que te valgas de tu atractivo para imponer a los jóvenes las ideas nuevas. Esto no serviría más que para crear anárquicos de ocasión, y volverte ridícula, antipática, despreciable; dado que el amor debe permanecer alto, bien alto, por encima de las opiniones personales. Es una explosión de sentimiento, o no es nada. Tampoco pretendo que te conviertas en una heroína, una mártir de las nuevas ideas. Este caso, bien lo comprendo, podrá verificarse como excepción pero no como regla, y por otra parte la acción violenta no es la única necesaria, ni la más útil para el triunfo de las nuevas ideas, las cuales deben en primer lugar apropiarse de los cerebros, desterrando los prejuicios que los dominan.

Permanece mujer como eres, conserva tu característica gentil, tu tesoro de sentimientos afectivos, la poesía que circunda tus pensamientos. Con estas armas podrás combatir eficazmente el prejuicio; como fuiste potente al divulgarlo, serás potente al destruirlo. Los mismos medios están a tu disposición. Tus amigas vienen continuamente a descargar contigo su angustia; te piden continuamente el consejo, el consuelo piadoso; te confían sus dudas cotidianas, sus inefables dolores, como sus alegrías y sus esperanzas, los niños te son siempre pródigos en simpatía y besos. A veces también los hombres preguntan a tu intuición de mujer

la explicación del más fútil incidente, haciendo tesoro de las tonas supersticiones de las que sos todavía maestra.

Así, aprovecha de esta posición tuya para combatir los errores, para profundizar la semilla del nuevo ideal de justicia, de libertad, de amor. Enseña a amar las miserias, a admirar la fuerte rebelión que por su redención sufren quienes combaten, a detestar todas las opresiones, todas las explotaciones, todas las injusticias. Cuando vislumbres a una madre, una niña, una trabajadora, golpeada por la miseria y las insidias, limpia sus lágrimas con afecto de hermana; y consuélala, haciendo relampaguear en su mente la visión de una sociedad nueva en la cual haya justicia para todos, pan para todos, amor para todos. Combate el entumecimiento de la inteligencia de los niños con las estúpidas fábulas del diablo y de los ángeles, de las hadas y de los monstruos, del paraíso y del infierno, del castigo y del pecado; cuéntales la historia piadosa de las miserias, de los dolores, de los abusos a los que están sujetos los trabajadores; no enseñar a odiar, no, porque siempre deshonesto es el odio, solamente digno de naturalezas abyectas; pero no dejar de inspirar en las mentes juveniles la aversión más decidida contra la prepotencia del patrón, contra las orgías del rico, contra el hurto cotidiano del capitalista, contra las violencias de la autoridad; no omitir algún pretexto para repetir a los niños, a los muchachos, que todos los hombres nacen con el mismo derecho al bienestar y a la libertad, y que la tierra, como todas las riquezas sociales, pertenece a todos.

Se necesita crear una educación nueva, y tú, mujer, que conoces el arte sublime de encender los corazones, puedes crearla.

Y si tus cuidados domésticos te conceden alguna hora de tregua, en vez de malgastarla en el chisme, dedícala a reunir a las amigas que comparten tus ideas. En la asociación revigorizarán su fuerza, alcanzarán siempre más vastas cogniciones, comenzarán a tener conciencia de su personalidad, de su valor, y a la obra individual podrán añadirle la obra colectiva, participando así de la vida pública mejor de lo que lo puedan permitir los derechos políticos reclamados por el feminismo.

Así es, oh hija del pueblo, esto es lo que puedes hacer hoy para cuidar tus intereses de mujer. Y presta atención que cuando alcances a adquirir toda la conciencia de tu valor, cuando el espíritu de las nuevas ideas haya realzado el nivel de tu dignidad, podrás bien decir que has conquistado todo aquello poco de bueno que te es posible tener en la sociedad presente.

No serás más una vulgar mujercita, sino una mujer libre y culta. Entonces gozarás, en toda su pureza, la alegría del amor, no más ofuscado por los prejuicios, no más prostituido por los intereses. El hombre más cínico no sabrá rehusarte su admiración.

Ama, ama mucho, ama a todos, oh mujer libre, sobre cuyo labio vibra el palpito de la sociedad futura. El amor es tu vida, tu fuerza, tu redención. Pero recuerda que amor no es lascivia insensata, y que de tu conducta debe emanar la imagen de la mujer redimida.

[Traducido del italiano por Betina Bracciale]

Femenismo. A la modista de *L'Avvenire*¹

Virgilio Prajoux

Conque, ya estás enterada de lo que es el feminismo, de su valor y fines en el movimiento social internacional; te aconsejaron alejarte de este movimiento porque es nocivo para las hijas del pueblo, de no hacer caso de él porque es una creación de las «mujercitas elegantes», y que si sufres la tiranía no solo de las instituciones burguesas (obras del hombre), sino, principalmente del hombre, de tu padre, hermano, esposo, compañero, debes esperar pasiva y resignada del compañero, esposo, hermano y padre que éstos te den la felicidad dándote la libertad, haciendo ellos la Revolución redentora.

¿Estás enterada y satisfecha? Si lo estás tú, en cambio no lo estamos nosotros y, nos atrevemos a decirte, a ti modista de «L'Avvenire» que te han engañado bárbaramente. Poniendo los puntos sobre las íes, es lo que vamos a probar.

El feminismo no es una creación de las mujercitas elegantes y de bolsillos repletos como lo afirma el señor de la «Academia». Solo basta hojear algunas páginas de la historia para convenirse de la esencia altamente revolucionaria y justiciera del feminismo. Cuando las religiones, y principalmente la cristiana hubieron destruido la individualidad de la mujer, condenándola como un ser impuro, un bicho dañoso, una criatura de satanás, entonces, quedó abierto el camino de la tiranía que hasta hoy ensangrentó el mundo entero; tiranía que no se hubiera desarrollado, hechos que no se hubieran cumplido si la mujer, con su extrema fuerza sensitiva que provoca a aquellos impulsos humanamente generosos, tan frecuentes en su sexo a pesar de la innoble esclavitud donde hállase sumida, si hubiera tenido parte activa en la marcha de la humanidad. Pero, la reacción se impuso, y la revolución del 89 ofrece el espectáculo de revolucionarios como Marat, Olympe de Gouges y varios otros alzando la voz a favor de la condenada, pero, sin embargo, sin purificarla del veneno cristiano con el que durante los siglos se la ensució.

Tenemos que adelantarnos hasta la tercera parte del presente siglo para ver a los Mill, a los Michelet en la literatura destruir con elocuencia la superioridad del hombre, a los Coste, a los Pouchet con la ciencia médica y anatómica probar que la mujer no es un ser fisiológicamente impuro; a los Acollas, a los Richer, los Daniel Sterne (condesa Agoult) eminentemente feministas apoderarse de los descubrimientos científicos y llevarlos al terreno sociológico:

La mujer no es inferior al hombre, no es impura, mucho menos una herida; no existe del hombre a la mujer ninguna separación intelectual en pro o en contra de éste o de ésta, solo mide diferencia orgánica, cuyas propiedades no pueden servir de base a especie alguna de superioridad.

Estas afirmaciones de la ciencia, basadas no solo en un principio de justicia, sino también en averiguaciones, cuyos resultados son irrefutables: manifestaciones de la inteligencia, pruebas de valor cívico y actividad vital. Pues, es justamente de este principio de igualdad, comprobado en los estudios antropológicos y psíquicos que ha nacido el feminismo actual. En efecto ¿como podía la mujer, quedarse en el estado de sumisión impuesto por 19 siglos de tiranía religiosa cuando, a la faz del mundo, repeliendo las viejas preocupaciones y rutinarias ideas, la ciencia afirmó la no superioridad del masculino?

Nacido de una revolución científica y de un principio de justicia libertaria, el feminismo después de andar a tientas en divagaciones lloronas con Michelet, tomó cuerpo de lucha y es esta forma que hoy está revistiendo con los Bauer, los Lacour, las Dissart, las Hudry-Menos; formas simbólicas, con Tolstoi e Ibsen, y nuevas averiguaciones científicas y positivas con Luis Franch y E. Carpenter. ¿Cuán lejos estamos de esta creación debida a las mujercitas elegantes, no les parece a Uds.?

¿Qué se deduce de lo precedente? Que el feminismo es la reivindicación de la individualidad para la mujer; individualidad que bárbara e hipócritamente le es negada de un modo positivo por los unos e implícito por la mayoría de los socialistas y anarquistas.

¹ Virgilio P., «Femenismo. A la modista de *L'Avvenire*», *Germinal*, n° 8, 6 de marzo de 1898.



tas, puesto que, unos y otros quieren a la mujer en el hogar cuando es justamente allí donde ella es cuádruplemente esclava: esclavitud económica, esclavitud paterna, esclavitud marital, esclavitud filial; he ahí el patrimonio de la mujer cuya opresión siente cuanto más es del pueblo, porque ahí el hogar es aun más tiránico por ser más estrecho y más brutal el hombre, merced a intelecto craso y oprimido por su vida miserable [sic].

¿Quieren una prueba de los sentimientos de falsa generosidad de la mayoría de los obreros? Solo basta oírlos gritar con desesperación que sus salarios ni siquiera son suficientes para mantener a sus mujeres. Y esto quiere decir que ellos se abrogan el derecho de mantenerlas; y que en virtud de este derecho, la mujer mantenida deberá servirles de criada y de algo más. Lo mismo deseaban los socialistas Russel y Marty, en un congreso de Burdeos, cuando propusieron la supresión del trabajo manual para las mujeres, afirmando —uso Michelet— «que el hombre debía trabajar para la mujer». Esto es, ni más ni menos querer perpetuar la dominación del hombre sobre la mujer.

“Cuando es que la mujer comprenderá que tiene que proveer ella misma a sus necesidades para emanciparse del hombre.» Esto lo dijo un simple legislador, pero que tenía algo más de sentido común y sentimientos de justicia, que muchísimos de aquellos furibundos libertarios y principalmente del burguésimo autor del artículo de *L'Avvenire*.

¡La cuestión económica! Ahí está el nudo gordiano que los débiles y los interesados oponen a la emancipación de la mujer. Pues, hay que decirlo de una buena vez. La cuestión económica es uno de los principales caracteres que animan al feminismo actual; y si es que la mayoría del elemento feminista busca la resolución del problema por medio del parlamentarismo, de la ley: está en el error, como lo están los socialistas parlamentarios, como lo están los obreros con sus asociaciones de resistencia, que dicho sea de paso, sólo saben resistir al empuje de las nuevas ideas, como los sois vosotros mismos, los anarquistas tan magnetizados por vuestras organizaciones, como, en fin, lo son todos aquellos que no habiendo comprendido la marcha del progreso ni su índole altamente individual, lo quieren provocar como en los organismos primitivos del general al particular cuando la verdad es que en los organismos superiores, el progreso se produce del particular al general.

Está dicho, la situación económica de la mujer le impide emanciparse del hombre. Pero, también al obrero su situación económica se opone a su emancipación del patrón, del capitalista. ¿Acaso esto implica la fatalidad de aceptar sin murmurar el yugo y de esperar todo de la bondad del amo? Si así lo pensáis, señor de *L'Avvenire*, nos vemos obligados a deciros que sois un vulgar conservador y que bien haréis en ofrecer vuestra mercancía a cualquier limpia-culos burgués.

Existe una diferencia muy grande entre el sufrir la opresión y aceptarle con resignación. Sin embargo, es esta resignación que ofrecéis a la mujer cuando la invitáis en «quedarse en lo que es» con

su «característica gentile» los «tesoros de afecciones» y la «poesía del pensamiento». Pues, esta «poesía», aquellos «tesoros», este «característica gentile» en fin, este «quedarse en lo que es», se traducen positivamente en remiendos de trapos, limpieza de cacerolas y el papel más inicuo aun de *apasionada*, en el lecho con el esposo cuando por lo general, la mujer siente repugnancia por un acto que trae por único resultado una cadena más a su vida, y sin haberlo querido, muchas veces, y sin haber gozado, casi siempre: Un hijo [sic].

Lejos de no servir para nada a las hijas del pueblo, el feminismo es una cuestión trascendental para ellas, visto que más que nadie sufren ellas todas las opresiones y todas las injusticias que 20 siglos de tiranía religiosa han amontonado sobre las cabezas, mutilando los cuerpos, torciendo los cerebros con su inquisitorial desarrollo.

Y tú, mujer del pueblo, víctima expiadora de las debilidades brutales del hombre, recuérdate que hoy, lo que con tanto cinismo el mentiroso poeta llama amor, es una cadena dorada con los sofismas, y que solo sirve para oprimirte más. No quiero decirte de no amar. Lejos de mí este pensamiento; ama, que en cierto periodo la naturaleza reclama los besos frenéticos, pero, si estás desilusionada por la horrible realidad: no cur [se corta el texto]... barte bajo una fatalidad que no existe, pero si, yérguete en tu dolor punzante, y odia, odia mucho, que odiar es vivir.

La cuestión femenina¹

Ernesto Quesada

Exmo. señor Presidente:
Ilmo. Señor Arzobispo:
Señoras y Señores:

Está en camino de convertirse en hermosa realidad la frase del poeta: «el siglo XVIII ha proclamado los derechos del hombre; el siglo XIX proclamara los de la mujer.» ¿No hay acaso mucho de exacto en aseveración semejante, cuando se nota en el mundo entero una verdadera agitación en favor de la mujer, admitiéndola en la enseñanza superior, en las profesiones liberales, en las industrias y en el comercio; bregando por reconocerla derechos civiles, iguales a los del hombre, y aún pensando algunos en acordarla franquicias políticas; cediéndola, por fin, el primer lugar en el alivio de los miserables y en la redención de los descarriados? Nada hay sobre la tierra que inspire respeto más profundo que ver a la mujer, de encumbrada o modesta posición, robar instantes preciosos al cuidado del propio hogar, para congregarse en asociaciones que tienen la misión sublime de combatir la miseria, enseñar, y corregir al que ha errado. Benditas sean mil veces las que así saben enaltecer su sexo, y hacer lo que el hombre, por infinitas ocupaciones solicitado, no había sabido o podido hasta ahora realizar!

Esta exposición femenina, que hoy se clausura, no es sino una manifestación incompleta del poder de la mujer entre nosotros, en la época contemporánea. No basta tan sólo visitar una exposición: menester es darse cuenta del significado de acto semejante. Una exposición exclusivamente femenil tiene, por ese solo hecho, una tendencia marcada: tácitamente plantea la cuestión femenina, que es una de las más grandes del siglo que fenece; remueve la discusión de la actual condición de la mujer, en los diferentes aspectos de la vida, en la instrucción, en el trabajo, y en todas las demás esferas de la actividad social. En una palabra: impone la solución del problema, otrora pavoroso, de la emancipación del «sexo débil».

No cabe hoy el silencio: la fuerza de las cosas exige entre nosotros, como en todas partes, el atento estudio de aquel problema. La tradición que consagra a la mujer como alma del hogar, subsiste hoy con la fuerza vivaz de antaño, y continuará subsistiendo eternamente. Pero, indudable es que no todas las mujeres se casan y pueden, por lo tanto, fundar hogares y, cualesquiera que sean las razones complejas que expliquen el fenómeno, el hecho es que, en todas las clases sociales, existe un grupo femenino numeroso que tiene que buscar otro ideal a su actividad.

Añádase a esto que las crecientes necesidades de lo superfluo, —más imprescindibles hoy de satisfacer que lo estricto necesario, y que engendra constantemente la civilización— hacen que la vida se torne a su vez más difícil y que, a llenar sus exigencias materiales, no baste ya la sola actividad del hombre en la familia; por cuya razón la mujer no casada se ve forzada a proveer por sí misma a lo inevitable, para no pesar como triste carga sobre los suyos, a las veces poco dispuestos o quizá imposibilitados para subvenir a esas obligaciones.

No es nuevo, sin duda, el problema. Desde siglos atrás, en las capas inferiores de la sociedad, la mujer ha trabajado materialmente a la par del hombre. Las clases medias la permitían el ejercicio del comercio y de la industria. Las clases elevadas, por el contrario, consideraban que la mujer para el hogar o para los salones debía ser tan sólo destinada; transformando así, inconscientemente quizá, el concepto antiguo que la convertía en un ser inferior al hombre, y necesitada de su protección y tutela: resabio de las épocas anteriores al cristianismo, en las cuales era esclava la mujer y sólo para el placer servía. Pero, aún en las naciones más civilizadas, el hombre condescendía apenas en permitir el trabajo femenino independiente, sin igualarlo al suyo y sin acordarle los mismos medios de preparación por una sistemática enseñanza, ni la idéntica sanción de sus resultados; ya que continúa cuasi soberana la ficción legal de la incapacidad de la mujer, equiparada por las leyes a los menores de edad o a los faltos de juicio, lo que implica el desconocimiento de su personalidad.

Y bien: desde hace un siglo todo ha cambiado a ese respecto. La

¹ Discurso pronunciado en el acto de clausura de la Exposición Femenina, en el Pabellón Argentino, el 20 de noviembre de 1898. Buenos Aires, Imprenta Pablo E. Coni, 1899. Según nota del editor, este discurso fue publicado en la revista **La Quincena** correspondiente a noviembre y diciembre de 1898.



propaganda precursora fue considerada como una insania, y aquella Mary Wollstonecraft, que hoy se ensalza con tanto fervor, fue poco menos que el objeto de la mofa y de la compasión de sus coetáneos. Poco a poco, las exigencias de la vida material impusieron soluciones parciales de hecho: fue menester admitir a la mujer en los talleres, si bien se cometió la injusticia de asignarle salarios inferiores a los demás obreros; se tuvo que organizar la enseñanza femenina obligatoria; llegando hasta reconocerla el derecho de ejercer las profesiones liberales, a pesar de haber dicho Mad. De Staël que «las mujeres carecen de profundidad en sus concepciones y de continuidad en sus ideas». ¿No es natural, entonces, que aspire aquélla a que se la reconozcan los mismos derechos civiles de que hoy goza tan sólo el hombre? Y no son pocas las que sueñan con los derechos políticos...

¿Ha sido justificada esta trascendental evolución? Materialmente hablando, no había razón alguna para que la mujer fuese considerada, no ya inferior al hombre, sino en absoluto destinada a diversa esfera de acción. El prejuicio popular de que la mujer nacía y se formaba sólo para el matrimonio, perdiendo en él su propia personalidad, era, sin duda, un resto del ingenuo antropomorfismo de las primeras edades, cuando el hombre se consideraba centro de lo existente. Siglos y siglos ha predominado tan errónea concepción, y víctima de ella ha sido la mujer, en el sentido de que aquellas que no realizaban el exclusivo y excluyente ideal del matrimonio, sólo como estorbo eran consideradas; y sufrían vejaciones sin cuento, cuando los innumerables conventos carecían ya de sitio, pues no sólo en ellos se refugiaban las que tenían irresistible inclinación a la vida monacal, sino que servían también para las desgraciadas que, sin vocación verdadera, eran allí empujadas por brutal egoísmo de su familia o de su época. De ese punto de vista, el cambio experimentado ha sido incalculable. Lo curioso es que se haya necesitado un siglo —¡y qué siglo! aquel durante el cual se ha agitado mayor número de ideas,—para destruir no ese prejuicio, sino el singular paralogismo de que, siendo la mujer la igual del hombre, no debía ser como tal tratada, ni en las escuelas, ni en la vida diaria, fuera del gineceo familiar. La educación de la mujer era, hasta hace poco, considerada como diversa de la que al hombre correspondía y casi exclusivamente dedicada a las llamadas «artes de adorno», cuando alguna se la daba; hoy, tiene a ser exactamente la misma que la del hombre, en el sentido de la enseñanza.

Insensiblemente, la transformación ha sido grande. ¿Cómo ha sucedido esto; cuáles sean todavía las reivindicaciones legítimas que se proclaman, y cuál es el estado actual de la cuestión femenina? Tal es lo que desearía acentuar, para apreciar las ventajas o inconvenientes de la evolución que presenciamos, y que tiene a modificar el tipo femenino legado por las edades.

En todas las épocas, la mujer se ha distinguido por sus cualidades, y el mismo paganismo, eminentemente antropomorfista, tuvo que dar sanción solemne a ese hecho, al poblar su emperio con diosas de todo punto iguales a sus dioses. La historia recuerda los nombres de las mujeres que, en las artes y en la guerra misma, supieron immortalizarse. Desde la era cristiana, con la cual

comienza su verdadera independencia, más grande ha sido su acción; llegando a ser libertadora, con Juana de Arco, y contribuyendo al descubrimiento del nuevo mundo, con Isabel la Católica. Innegable es, pues, esa actuación descolante de la mujer; pero no hay que olvidar que se trata de casos excepcionales, los cuales, —si bien son elocuente refutación de las doctrinas pesimistas de los filósofos, que la niegan aptitudes para todo lo que no sea la vida doméstica,— no modifican en nada la situación de real inferioridad en que vivía.

Mientras tanto, en todas las épocas la influencia de la mujer sobre el hombre ha sido innegable, y puede afirmarse con verdad que, en el hogar o fuera de él, si bien ha sido la inspiradora de todo lo bueno, desgraciadamente también ha sugerido no poco malo, de lo que el hombre ha realizado en la vida pública o privada. Una mujer excelente, es la providencia del hombre; una maléfica, su perdición: como una ironía a la dependencia humillante en que las leyes y las costumbres la han tenido, la mujer se ha vengado finamente ejerciendo siempre una influencia decisiva.

El movimiento propiamente «femeneista», arranca desde mediados del siglo XVII, como aspiración vaga y utópica; y hace crisis en los albores de la revolución francesa, por más poco simpático que sea el recuerdo de las *tricoleuses* de entonces, y de los batallones capitaneados por aquella bella e iluminada Théroigne de Méricourt. Toma un aspecto doctrinario, en 1797, en los escritos de la inglesa Mary Wollstonecraft; la cual, previendo el porvenir, trazó un cuadro de las reivindicaciones femeninas de la época, que hoy día se encuentran realizadas casi en su totalidad. La revolución europea de 1848 provocó un movimiento «femeneista» considerable: clubs y periódicos fueron fundados para acordar a la mujer los mismos derechos que al hombre, degenerando, desgraciadamente, dicha propaganda en aquellas tropas de *vesuvianas*, que París vio desfilar por sus calles, para renovar ese triste espectáculo en 1871, llegando hasta convertir esos regimientos femeninos en legiones de petroleras...²

La gran reforma legislativa que este siglo ha visto implantar en todos los países, consagra sin embargo la injusta desigualdad de la mujer y del hombre, sometiendo a aquella a perpetua tutela: de los padres primero, de los esposos después, y de los jueces por último. ¿Qué de extraño tiene ello, cuando la codificación contemporánea se ha basado en el código de Napoleón; y este soberbio dominador de pueblos, sólo apreciaba la mujer por el número de hijos que a la patria daba? Persistir hoy en mantener semejante ficción legal, es un error y una injusticia. Necesario es pues, dirigir los esfuerzos en el sentido de la reforma de esas leyes; y a eso tiende una serie de congresos «femeneistas», entre los que se destacan los de las exposiciones universales de París, en 1889, y de Chicago, en 1892: los cuales han conducido a la formación de sociedades femeninas de carácter internacional, como la *Union universelle des femmes*, que preside la polaca Marya Cheliga, y la pseudo *Primrose league*, que patrocina la aristocrática duquesa de Uzès.

² Quesada se refiere a las *pétrolouses*, supuestas mujeres incendiarias que habrían actuado durante la Comuna de París. [NE]

Pero, este movimiento es diverso según el país de que se trate, pues las costumbres de cada uno han producido divergencias tales, que lo que se consideraba como solución en alguno de ellos, es, en otros, cosa antigua y aceptada. Así, en Inglaterra, la independencia social de la mujer es asunto que nadie discute, por estar encarnado en los hábitos británicos: salvo los derechos políticos, goza allí la mujer de todas las demás franquicias. En Alemania, por el contrario, la situación es inversa: el prejuicio medieval subsiste; de ahí que la literatura germánica contemporánea sea copiosa en libros, que en Inglaterra parecerían un anacronismo.

Esta diferencia curiosa del estado y condición de la mujer, según los respectivos países, quedó elocuentemente demostrada con motivo del poderoso movimiento «femineista» internacional, provocado por la exposición centenaria de Chicago. El congreso norteamericano había creado una comisión de señoras para que organizara una exposición femenina, como sección independiente: no se ahorró esfuerzos para que ésta fuera una concluyente demostración de la actividad de la mujer, al expirar el siglo. El pensamiento encontró eco tan entusiasta en el resto del mundo, que reinas y emperatrices se pusieron a la cabeza de las respectivas comisiones nacionales. El *Woman's building*, de Chicago, clasificó metódicamente todo lo recolectado, y se publicó el resultado de aquel esfuerzo, en libros que han permitido darse cuenta de la cuestión. ¿Cuál ha sido, pues, el resultado? Por de pronto: que el movimiento «femineista» es lo más irregular. En algunos países, había seguido una marcha acertada y moderada, dirigido por los elementos más ponderados y al unísono con las costumbres: la evolución había producido resultados admirables. Tal es el caso de Inglaterra. En otros países, había caído en manos de ilusos o energúmenos que, por un momento, intentaron convertirlo en bandera revolucionaria, predicando la violencia. Así había pasado, en época anterior, en Francia. En otras naciones, se había estrellado ante una indiferencia singular, porque las costumbres reinantes no toleraban ni la idea siquiera de modificar la organización de la familia. Ese es el caso de Alemania. De los demás países europeos: en Rusia, el sentimiento femenino estaba exaltado, pero abrazando —por un curioso fenómeno literario— las exageraciones del sansimonismo y de aquella impetuosa y perturbadora Clara Démar; en España, la mujer, salvo contadas excepciones, obedecía a la apatía atávica de las viejas costumbres; en los otros, por fin, fuera de los hombres de pensamiento, no se percibía interés por debatir el problema femenino.

En Estados Unidos, por el contrario, era maravilloso el espectáculo: la educación primaria, igual y común a los dos sexos; la instrucción secundaria femenina, tan importante casi como la de varones; las academias y universidades, para ambos por igual abiertas; no hacían sino explicar la actuación de la mujer en todas las profesiones y en los empleos administrativos. Las costumbres sancionaban esa igualdad perfecta, y llegaban hasta constituir un verdadero privilegio en favor suyo, ya que la aseguraban una amplia libertad, estableciendo en su propio resguardo que la queja de una mujer por haberla faltado en lo mínimo cualquier hombre, constituye una presunción de culpabilidad para éste, lo que es así siempre interpretado por autoridad y pueblo.

Nada llama, por lo tanto, la atención en aquel país, en lo tocante a la situación social de la mujer: es abogada, médica, comerciante — y hasta repórter de los diarios, donde demuestra ser más ingeniosa que sus colegas masculinos,— sin que nadie tenga la ingenuidad de preocuparse por ello. Hasta del goce de los derechos políticos disfruta en más de uno de los estados de la Unión, y es sólo cuestión de tiempo verla ocupar las bancas legislativas, o revestirse de la toga de la magistratura. Los clubs femeninos son poderosos y florecientes: el *Sorosis*, de Nueva York, y el *New England Woman's Club*, de Boston, con sus millares de socias, —que se reúnen, para debatir sus intereses corporativos, en los salones elegantes del restaurant neoyorkino *Delmonico*,— no son sino ejemplos tomados al acaso entre la falange interminable de asociaciones femeninas, que pululan por todas partes en Norte América, donde constituyen una fuerza social, y aún ejercen evidente influencia sobre la marcha de los sucesos políticos. Excusado es decir que, en la producción literaria, científica y artística, descuella allí la mujer en lugar preferente, sobre todo en el número y clase de pintoras; lo que justifica indirectamente la vieja leyenda pagana, que llega hasta atribuir a la mujer la invención de aquel arte excelso, pretendiendo que tuvo su origen en el ardiente deseo de una mujer enamorada, que anhelaba perpetuar la imagen de su amado!

El ideal de la emancipación de la mujer parece, pues, realizado en su mayor parte. Para facilitarlos, han ido los Estados Unidos hasta dar lugar, con una reglamentación especialísima del divorcio, a que el contrato de matrimonio sea una carga tan ligera, que la soporten sólo aquellas que estén con él satisfechas, y puedan las demás repetir ensayos sucesivos, hasta realizar el soñado ideal... sin perjuicio de que allí las católicas mantengan con intransigencia el dogma de la indisolubilidad del vínculo.

«Las mujeres nos gobiernan: tratemos de hacerlas perfectas»; tal parece haber sido el propósito yankee. Para nosotros, hijos de la raza latina, esa «perfección» nos parece algo exagerada. ¿Ha dañado ella, sin embargo, a las condiciones esencialmente femeninas de la mujer? No, y eso lo sabe todo el que ha viajado por Estados Unidos, o ha tratado en cualquier parte del mundo a la norteamericana. El hecho es que, por lo menos, su influencia social es tal, que la civilización ha ganado inmensamente, y el hombre es hoy allí más culto que en la época, relativamente reciente, que provocó aquella acerba crítica del humorista Mark Twain: *The gilded age*.

Pues bien, nosotros acabamos de celebrar a nuestro turno una exposición femenina, como hicieron los del norte en Chicago. ¿Qué resultados se desprenden de la exposición argentina?

Ante todo, es pertinente recordar que la exposición que hoy se clausura, es una obra improvisada en breves semanas, y en las condiciones más poco favorables, por lo menos en sus comienzos. Al iniciarse la exposición, casi nadie tuvo fe en ella, y sólo pocos creyeron que llegaría a inaugurarse; tan sólo la meritoria perseverancia de la comisión de señoras, presidida por una dama de condiciones singulares y de una energía verdaderamente asombrosa, pudo asegurar el resultado. Pero no se dispuso del tiempo necesario para confeccionar un programa metódico, y organi-

zar la exhibición con un propósito, por decirlo así, técnico. De ahí que haya tenido que recibir todo lo que la iniciativa individual creyó deber mandarle, reuniendo una serie realmente interesante de bordados y de encajes, que demuestran la habilidad consumada de la mujer argentina en ese género de trabajos; una colección numerosa de telas, pintadas o dibujadas, que revelan la innegable afición artística del otro sexo; y exhibiendo en más de una vidriera de su gran salón, antigüedades preciosas de marfil y plata, abanicos, telas: recuerdos familiares, conservados con amor y ostentados con orgullo.

Realmente, la colección de encajes podría rivalizar con la de cualquier parte del mundo, y el hecho tiene su importancia cuando se recuerda que la confección de encajes constituye una de las principales riquezas de Flandes, y es lo que está hoy levantando a la desgraciada Irlanda, donde volvió a implantarla con ese objeto, hace poco, la noble duquesa de Aberdeen. ¿Por qué no podría esa industria prosperar entre nosotros, y ser una fuente de riqueza para el país, a la vez que una proficua ocupación para millares y millares de mujeres de la clase media, en vez de gastar éstas en vano su salud en el trabajo desesperante de la costura, que las lleva derechamente a la tisis, sin permitirles siquiera vegetar con tranquilidad? Para ello quizá se necesitaría que, imitando el ejemplo citado de Irlanda, se establecieran clases especiales de bordados y de encajes, en determinados institutos, trayendo maestras adecuadas de Flandes. Las cifras de ese comercio son de bastante importancia, como para merecer meditar esta cuestión.

Las manifestaciones artísticas, por lo que toca a las pinturas expuestas, revelan que hay elementos suficientes para aprovechar la creación de cursos especiales de dibujo, que no sólo cultiven el arte puro, sino que puedan servir para desarrollar el arte aplicado a las industrias, permitiendo a la mujer descollar no sólo en la pintura, sino llegar a crearse una importante fuente de recursos, al obligar a las industrias a recurrir a ellas por modelos artísticos para sus diferentes producciones.

La exposición femenina, desgraciadamente, no ha podido mostrar en sus salas lo que se refiere a las manifestaciones de la mujer en la enseñanza, como profesora o alumna; porque eso pertenece a otra sección de este gran certamen. Tampoco ha podido coleccionar la producción en lo literario, a pesar de no ser escasos los libros de ciencia, historia o literatura, debidos a argentinas distinguidas.

Sea de ello lo que fuere, es indudable que lo reunido aquí basta para demostrar toda la importancia del asunto, y ha servido para que la comisión de señoras resuelva celebrar, en plazo relativamente breve, una nueva y completa exposición «femineista», cuyas colecciones puedan figurar en el gran torneo internacional de París, en 1900; y que habrá tiempo para organizar con el debido método, a fin de que pueda juzgarse con exactitud cuál es la condición actual de la mujer argentina, y cuáles las medidas que para su mejoramiento deben ser adoptadas por los gobiernos o la iniciativa privada.

¿Conviene proponerse como ideal la transformación de la mujer yankee, y puede ese tipo femenino ser trasplantado con éxito a estas regiones de América? Nada es imposible, y quizá fuera así de desear; a pesar de que son muchos los que firmemente creen que, con solución semejante, se zapan los cimientos mismos de la organización de la familia, y se subvierten todos los principios que la tradición nos ha legado. Ahora bien: nuestro país tiende a una evolución profunda en cuanto a la raza que lo habita, ya que, dada su posición geográfica y la avalancha inmigratoria, procedente de todos los países europeos, el futuro pueblo argentino no será quizá netamente latino sino una mezcla de diversas razas, y pudiera ser que predominara en ella la sangre anglo-sajona. Si ese fuera el caso ¿no cambiarían entonces las costumbres y no variarían quizá nuestros actuales prejuicios «nacionales»? Por otra parte, en países nuevos y cosmopolitas como el nuestro, acaso no sean tan perniciosas las libertades... y hasta sus exageraciones. ¿Y por que habría de abusar de ellas tan luego la mujer? El hecho de haber sido creada después del hombre, ciertamente la ha libertado de muchos de los defectos de éste, lo que infunde confianza en su mayor perfección... La prueba, sobre todo, no carecería de interés.

La exposición femenina no ofrece, sin embargo, elementos bastantes para columbrar la solución de ese problema trascendental. El censo general de la república, levantado en 1895, en cambio nos permite darnos cuenta clara del fenómeno; y por más que las cifras suelen ser, a las veces, odiosas, ¿cómo evitarlas, cuando ellas arrojan plena luz sobre cuestiones que, de prescindir de aquéllas, aparecen envueltas en las divagaciones metafísicas?

Nuestro país se encuentra, a este respecto, en condiciones especialísimas: su población, a pesar de haber aumentado más de un ciento por ciento en un cuarto de siglo,³ apenas alcanza a ocupar nominalmente su vasto territorio,⁴ de manera que todavía se halla libre de las gravísimas e insolubles cuestiones sociales que la enorme densidad de la población impone al viejo mundo. No tiene los inconvenientes insuperables de los países de tradiciones arraigadas, ya que más de la cuarta parte de la población se compone de extranjeros,⁵ y que, entre los mismos argentinos, las tres cuartas partes pertenecen a razas de los países más diversos.⁶ Las costumbres, pues, pueden modificarse sin mayores inconvenientes: hay, sin embargo, que tener en cuenta determinadas particularidades, ya que, entre nosotros, a la inversa de lo que pasa en el resto del mundo, predominan los hombres sobre las mujeres;⁷ lo que,

³ El censo de 1869 daba 1.877.490 habitantes; el de 1895, 4.094.911: de modo que el aumento de 2.217.835 demuestra un crecimiento de 127,7 en 25,66 años.

⁴ La densidad de la población, en 1895, era de 1,40 habitantes por kilómetro: en 1869 era sólo de 0,60.

⁵ En 1895, había 1.004.527 extranjeros, siendo los argentinos 2.950.384: es una proporción de 254 ‰ mientras que en 1869 la proporción había sido de 121 ‰.

⁶ Desde 1857, época desde la que se llevan registros ordenados de la inmigración, han llegado al país 2.500.000 almas, cuyos hijos son argentinos y hoy forman familias enteras: no es aventurado evaluarlos en un 75 ‰ de la población netamente argentina. Basta observar los apellidos de la casi totalidad de los hombres que figuran en la vida pública argentina, para reconocer aquel hecho.

⁷ En 1895, los hombres representaban un 538 ‰ y las mujeres sólo el 472 ‰ de la población: pero, en la netamente argentina habían 44.480 muje-

unido a la facilidad de vida y a la exigencia de ocupar territorios enormes, favorece la constitución de la familia y el gran número de hijos, haciendo que la mujer sea aquí mucho más solicitada que en las naciones europeas. Al tener en cuenta el análisis del problema femenino y las soluciones propuestas por los pensadores europeos, necesario es, pues, no olvidar la idiosincrasia nacional, que modifica grandemente la cuestión. Debe, además, reflexionarse que la Argentina es el país que tiene mayor número relativo de niños, sobrepasando a la Francia en una tercera parte, y superando no sólo a las naciones europeas, sino a Norte América; lo que ha producido el singular resultado de que la población varonil, en el período propicio para la vida matrimonial⁸ ofrezca a la mujer una proporción doble de candidatos de la que se observa en otras partes del mundo. De ahí que el último censo haya demostrado un aumento en los casados, con la consiguiente disminución en los solteros y en los viudos; con todo, todavía los varones exceden a las mujeres en el número de solteros, y es dato curioso saber que para medio millón de mujeres casaderas hay, entre nosotros, tres cuartos de millón de hombres que desean casarse.⁹ No hay, con todo, que hacerse muchas ilusiones, porque en los países nuevos el hombre está absorbido por la lucha por la vida, y generalmente exige que su mujer lo ayude en la contienda. Por eso, acaso, es mayor la proporción de extranjeros casados, como también son relativamente más las extranjeras que se casan:¹⁰ ¿significa eso que la mujer extranjera, por educación o por atavismo, está más dispuesta al trabajo, y prefiere ser una ayuda y no una carga en el hogar? Cuestión es esta que nos llevaría demasiado lejos el profundizarla...¹¹

Lo que sí debe seriamente llamar la atención, es el hecho de que casi la totalidad de nuestra población masculina tiene arte, oficio u ocupación; mientras que, en la femenina, apenas pasa eso con la mitad de la misma, de modo que la otra mitad resalta absolutamente obligada a depender de los varones para su subsistencia.¹² El trabajo de la mujer es, pues, un problema en este país; no deja, a la destituida de fortuna hereditaria, más solución que el matrimonio o la miseria, si el vicio no la arrebatara. ¿Qué remedio tiene tan grave mal? Por de pronto, hay que comenzar a cambiar ese estado de cosas desde la escuela, y ésta no es pequeña tarea en un país donde casi la mitad de la población está todavía privada de instrucción.¹³ Desgraciadamente, la proporción es todavía más sensible respecto de las mujeres: entre los varones, casi la mitad son

alfabetos, pero en las mujeres, sólo algo más de la tercera parte, es decir, que hay mayor número de mujeres en condiciones desfavorables para labrarse un porvenir.¹⁴ Y lo curioso del caso es que la culpa de ese desequilibrio no la tiene el Estado, pues la instrucción en las escuelas públicas demuestra que es casi igual la asistencia de varones y mujeres.¹⁵ Los poderes públicos han hecho, en efecto, laudables esfuerzos en ese sentido, tratando a ambos sexos por igual, y los progresos alcanzados en el último cuarto de siglo son notables,¹⁶ por más que sea todavía cierto que, por desgracia, hay medio millón de niños sin educación alguna!

Si, pues, en la escuela queda amplio margen para la acción oficial, que puede llegar a establecer el perfecto equilibrio en la educación de ambos sexos —sin pretender que, como en Australia, se invierta esa proporción;¹⁷— en la vida diaria, en las profesiones, artes u oficios, está casi todo por hacer para independizar a la mujer, y para convertirla en una compañera útil del hombre y en una ayuda eficaz en la familia. Es preciso, sobre todo, hacer mentir al viejo proverbio, que sólo ha prosperado gracias a la vanidad de los hombres, a saber: «el meollo de la mujer es poco, y el que no lo toma, es loco»

En este sentido el programa del femineísmo no puede ser más simpático: no busca emancipar a la mujer, masculinizándola e invirtiendo los papeles, sino que quiere igual instrucción para ambos sexos e igual posibilidad de ejercer cualquier profesión, arte u oficio. Esto no impedirá nunca que la parte más agraciada del bello sexo prefiera las dulzuras del hogar a la lucha independiente por la vida; pero nada es más justo que preparar a la mujer, en general, para afrontar las dificultades que puedan presentársele. De ahí que, al exigir igualdad de instrucción, se proteste contra la llamada «educación femenina», que ha sido hasta hoy meramente decorativa: debe la mujer estar armada con las mismas armas que el hombre, para emprender con éxito la lucha por la vida. Esta primera reforma lleva como corolario la igualdad de los derechos civiles. Tan sólo esas dos justísimas reivindicaciones traerán, como consecuencia forzosa, la independencia económica de la mujer; lo que, en puridad de verdad, cambiará del todo en todo la faz social de las naciones.

Ahora bien, ¿es razonable el femineísmo que tiende a acordar derechos políticos a las mujeres? Teóricamente no puede ser más justificado, pues se basa en la mismísima razón que acuerda a los varones dicha franquicia; en el hecho de que todo contribuyente tiene derecho para ser gobernante, es decir, elector y elegible. En realidad, ante la persona moral del Estado, ambos sexos son iguales. Pero, ¿no producirá esa reforma, caso de triunfar, una inversión completa en las costumbres, y, al convertir a las mujeres en miembros de parlamento y en «hombres de estado», no relegará acaso

res más que varones, y en la extranjera 267.407 varones más que mujeres, formando en el conjunto una diferencia de 222.927 en favor del sexo masculino. En las naciones densamente pobladas, como las europeas, la proporción es inversa: en Inglaterra hay sólo 485 % de varones, y las mujeres son 1064 % en relación al otro sexo; en Francia, esas cifras son 496 y 1014 respectivamente; en Austria, 489 y 1044; en Holanda, 494 y 1024; en Alemania, 490 y 1040, etc.

⁸ Entre los 30 y los 70 años.

⁹ He aquí las cifras del censo: aumento en el número de casados, 40 %; disminución en el de solteros, 22 %; en el de viudos, 18 %. Exceso de varones sobre mujeres en los solteros, 44 %. En cifras exactas: para 514.183 solteras había, en 1895, 739.213 solteros.

¹⁰ En 1895, la proporción de solteros era la siguiente: argentinos, 636 %; extranjeros, 464 %; de casados: 325 % los primeros, 494 % los segundos.

¹¹ La proporción de 1895 era: 545 % argentinas solteras y 219 % extranjeras en iguales condiciones; y 351 % casadas de las primeras, contra 677 % de las segundas.

¹² Proporción de varones con profesión 866 %; de mujeres, 445 %.

¹³ Es decir un 456 %, o sean 1.766.184 personas de ambos sexos.

¹⁴ Varones alfabetos: 492 %; mujeres, 415 %; diferencia en contra de la mujer: 77 %.

¹⁵ Los varones representan un 298 %, de la asistencia de su sexo a las escuelas; las mujeres un 294 %. Son, pues, las familias las negligentes. Estas cifras, excusado es decirlo, se refieren a los niños de 6 a 14 años, época de la educación obligatoria.

¹⁶ En 1869, los varones escolares representaban un 206 %, las mujeres 194 %. En 1895, esas cifras eran, respectivamente, 424 % y 440 %. Diferencia a favor de la mujer, 16 %.

¹⁷ Allí las mujeres alfabetas forman el 824 % de su sexo, mientras que los varones, en las mismas condiciones, sólo alcanzan al 738 %.



a los varones —como se ha insinuado por un discretísimo crítico— a ser amas de cría... y todo lo demás? El hecho es que la mujer goza ya hoy, sin mayor escándalo, de los famosos derechos políticos en Nueva Zelanda y en el oeste de los Estados Unidos; en Inglaterra está quizá en vísperas de lograrlo, habiendo ya ejercido en 1888 el cargo de representante del condado de Londres...

Por lo menos, con reforma semejante, habrá que decir adiós a la poesía, y no podrá ya repetirse la estrofa hermosa del vate castellano:

Vivir cual flor que amaga el torbellino;
Ser hermosa y ser pura: esa es tu gloria;
Ser tierna y consolar, es tu destino;
Amar, sufrir, llorar: esa es tu historia.

¿No se corre quizá el peligro de violar leyes eternas, al apartar a la mujer del reinado tiránico del amor, y al virilizar demasiado el sexo femenino? Ahí está el caso conmovedor de Sofía Kowalewski, la rusa portentosa que ha brillado con mayor esplendor entre los matemáticos de este siglo, y la cual, después de una existencia, envidiable y envidiada, de triunfos académicos, deja entre sus papeles la confesión del vacío terrible de una existencia ajena al amor, porque los hombres olvidaban su sexo al rendir culto a su genio matemático! La ciencia vencida por el amor... pero ¿qué otra cosa expresa aquella caballerescas inscripción en una tumba célebre: *Morte, quis fortior - Gloria et amor?* En ese terreno la mujer es hasta hoy soberana indiscutible, y cuyo cetro nadie sería osado a disputar. Y son tan poderosos los recursos que ello le presta, que nada puede resistirle; y hace y deshace todo, directa o indirectamente, en la vida pública y privada, obteniendo indefectiblemente con la dulzura lo poco que su arrogancia no pueda alcanzar. El hombre, sin metáfora puede decirse, es su esclavo...

Todo eso desaparecerá en el siglo XX, si hemos de escuchar a estas noveles amazonas. La mujer de este fin de siglo parecería aspirar, por una inconsecuencia verdaderamente digna de su sexo, a despojarse de lo femenino, en lo más íntimo e irremplazable del concepto; y a competir con los varones, a brazo partido, en la lucha prosaica por la vida. Si las cosas se extreman, —y como la mayoría de los hombres no se compone precisamente de los que todo lo sacrifican a ser galantes con cualquier dama,— resultará que este desdoblamiento de candidatos a todas las profesiones, artes, oficios y beneficios, traerá consigo una verdadera y honda perturbación social, de la que quizá no salga lo mejor para la mujer. Pero siempre habrá bastantes de estas dispuestas a luchar y a triunfar, dando así provechoso empleo a irresistibles atavismos de combatividad: los cuales, contenidos hoy por los prejuicios sociales, se vengán quizá martirizando a las personas, a quienes el destino condena a vivir cerca de aquéllas...

Reduzcamos, pues, la cuestión a sus justas proporciones; y reconozcamos que, en la República Argentina, la cuestión femenina no tiene la importancia que reviste en los países de Europa; la igualdad de ambos sexos es absoluta en la educación, tiende a serlo en el ejercicio de las profesiones, y deberá sancionarse en la legislación civil. Falta aún mucho por hacer, pero esta es tarea que, más profi-

cuamente que los poderes públicos, pueden desempeñar las mismas mujeres, aunando sus esfuerzos en asociaciones con ese fin.

Un hecho resalta, con todo, desde este momento: la influencia extraordinaria de las asociaciones femeninas de beneficencia, su extenso radio de acción, y su misión caritativa y educacional. Hay secciones de la presente exposición, que se componen de trabajos de asilos, talleres o escuelas, dirigidos exclusivamente por sociedades de damas. Y de ese género son las que entre nosotros sostienen y administran hospitales, asilos de huérfanos, casas maternales, salas de infantes, colegios de adultos, refugios de ancianos; formando una vasta red de beneficencia, que constituye una administración tan complicada como la de un Estado, con presupuestos cuantiosos, con atenciones minuciosas y en constante aumento.

Es realmente hermosísimo el espectáculo que ofrecen nuestras señoras más distinguidas, tomando valientemente a su cargo tarea tan abrumadora, y desempeñándola con un tacto especial, del que sería incapaz el hombre. Acreedoras a la justa gratitud del país, cumplen silenciosamente con su deber. Empeñadas están en resolver arduos problemas, pues saben ciertamente que no basta recoger a las criaturas desamparadas, educarlas y enseñarlas oficios rudimentarios, si se las ha de lanzar inopinadamente, en la edad más peligrosa, al torbellino de la vida diaria: ¿cuántas logran labrar su porvenir, cuántas apenas vegetar, cuántas sucumben desesperadas o son presa involuntaria del vicio que las acecha? Es urgente encontrar para las asiladas otra ocupación que no sea la costura o el servicio doméstico: sin duda la que tenga la oportunidad de casarse tiene ya sus obligaciones trazadas, pero muchas hay que permanecen solteras, sea por poca simpatía al matrimonio o por cualquier otra razón... ¿Serían acaso más felices, si hubieran podido cursar la actual enseñanza oficial? Podrían así llegar a ser maestras normales; pero, sin repetir la crítica amarga que el profesor Gubernatis hace poco formuló, es indudable que esa solución no podría servir sino a una fracción pequeña de las mujeres a que me refiero. ¿Por qué no se las ve empleadas tras los mostradores de las tiendas, en los escritorios de las casas de comercio, o en determinadas reparticiones públicas, como las de correos y telégrafos? Los hombres que ocupan esos puestos encontrarían seguramente mayor y mejor alimento a su desbordante actividad, en otro género de trabajo, más en consonancia con su naturaleza varonil.

¿No podrían acaso nuestras mujeres de la clase media, encontrar una ocupación dignísima de ellas, si tuvieran la necesaria vocación, con dar mayor vuelo a las recientes escuelas de enfermeras, y reclamar para sí el honor de atender al servicio de los hospitales y de los asilos, que hoy se ven forzados a apelar a la caridad del viejo mundo, de donde traen esas hermanas abnegadas, que se someten con resignación a las penurias de un viaje fatigoso, tan sólo porque vienen a llenar aquí un vacío inexplicable? Mucho pueden hacer en el sentido de remediar esas deficiencias nuestras sociedades de caridad; si bien a las veces sólo la acción discreta del gobierno, favoreciendo determinada tendencia, podría contribuir con eficacia decisiva para resolver el problema. Las poderosas sociedades femeninas de beneficencia permiten a la mujer argentina hacer todo el aprendizaje del gobierno propio, ya que forman aquellas un verdadero

microcosmos político, con sus luchas electorales, sus asambleas legislativas, el voto de cuantioso presupuesto, la administración de la rama ejecutiva, etc. ¿Han logrado evitar los inconvenientes que en el macrocosmos político se notan, vale decir: han sido siempre tranquilas sus luchas internas; no se ha cometido alguna vez un pequeño fraude para obtener el triunfo de una lista determinada; se ha inspirado siempre su gestión en las necesidades verdaderas, sin obedecer a favoritismos? Como los hombres no asisten a esos conciliábulos reservados, nada pueden decir de lo que en ellos pasa; y sólo conocen de la gestión administrativa lo que publican las respectivas «memorias»: tampoco, como se ve, ha escapado la mujer a la plaga oficinesca de «la literatura oficial»!

Lo que es indudable es que la vida pública sufriría un entorpecimiento gravísimo, si las asociaciones caritativas femeninas llegaran a cesar o simplemente a ser menos diligentes en su celo. Multitud de servicios sociales se paralizarían, y sería grande la perturbación del gobierno civil. Es, pues, en vista de esos resultados innegables que pareceme entrever la solución del problema femenino, en la acción confederada de las asociaciones existentes o en la formación de otras especiales, que tengan por objeto: sea provocar una agitación pública en favor de la reforma de la legislación civil, en el sentido de igualar a la mujer con el hombre: sea para reclamar de los poderes públicos la admisión de la mujer a los empleos administrativos sedentarios, que su sexo le permite cómodamente desempeñar; sea para obtener del comercio análoga medida, sobre todo en las tiendas y bazares, concurridas sólo por un público femenino como comprador; sea para abrir a la actividad de la mujer otras carreras y profesiones que ensanchen su esfera de acción. No debe esperarse que estas reformas se operen por la acción, ya excesivamente paternal, de resoluciones legislativas o decretos gubernamentales: es menester interesar la opinión pública, y contar principalmente sobre la acción individual. De ese modo, si algo chocaran las costumbres actuales con aquella transformación, se irían modificando paulatinamente. Ya la mujer argentina conoce la importancia y el poder irresistible de sus asociaciones: que tome la iniciativa de inspirar y realizar las reformas que considere benéficas para su sexo, pues en sus manos el movimiento feminista sería más prudente y más práctico, que en las de apóstoles del otro sexo, a veces por demás ilusos o que piden más de lo que en realidad es conveniente.

El campo de acción de la mujer argentina es vastísimo, y está casi inexplorado. En lo relativo a la beneficencia pública, en sus diversas formas, por más que se crea que se ha hecho todo o casi todo, hay en ello un error profundo. A pesar de lo realizado por las asociaciones de beneficencia, es enorme lo que queda aún por hacer. La sociedad que ha organizado esta exposición, por ejemplo: esta benemérita asociación del Patronato de la Infancia, puede decirse que está en los comienzos de sus tareas. Cuando se reflexiona en la aterradora desproporción entre el limitado número de criaturas que los recursos de esta sociedad permite recoger y atender, y el de infantes que, por falta de medios o descuido de sus padres, mueren o se pervierten, llégase a comprender la razón del celo admirable de estas señoras, sin que las arredre la indiferencia o la crítica del público.

Y en esa tarea loable merece la mujer argentina el más respetuoso aplauso; porque siendo, en toda sociedad, la mujer quien

hace las costumbres, es tranquilizadora la seguridad moral de que su influencia será benéfica y sensata, pues, como se ha dicho con rara exactitud:

Sin la mujer, el hombre sería rudo, grosero, e ignoraría la gracia, que es la sonrisa del amor; la mujer esparce alrededor del hombre las flores de la vida, como esas lianas trepadoras que adornan el tronco de las encinas con sus guirnaldas perfumadas.

Señoras y señores: Permitidme hacer un voto antes de terminar, y estoy seguro de que me acompañareis de corazón a formularlo. Que el ejemplo nobilísimo que dan nuestras señoras más distinguidas, sea empeñosamente imitado en las demás clases sociales, porque será menester de la cooperación de todas las mujeres; y que éstas, hasta las de las capas más inferiores, —las desheredadas de la fortuna o las víctimas de una suerte desgraciada,— se convenzan de que, para resolver seriamente el problema social, todas deben aunar sus esfuerzos. Y como, por proscrito que se encuentre el viejo prejuicio de la estirpe, le ha infundido nueva vida la moderna ciencia con sus leyes de atavismo, ello obliga doblemente a las personas que pueden, entre los suyos, recordar antepasados ilustres; como sucede con la dignísima presidenta del Patronato, cuya noble abuela llevó al altar de la patria los haberes y las joyas de familia, para contribuir a fundir los cañones que debían darnos independencia y gloria!

Y, por último, así como es menester reclamar la cooperación de la mujer argentina, en una obra que a ella la enaltece, y que el pueblo todo debe proteger; tampoco puede olvidarse que la esencia misma del gobierno democrático, impone a éste la conveniencia y a la vez la obligación de fomentar tarea semejante; de modo que el Patronato de la Infancia tiene derecho a contar con la ayuda del gobierno y la protección del pueblo, para poder realizar el propósito humanitario en que se encuentra empeñado, y por cuyo mejor éxito, seguro estoy, renuevan todos los presentes sus votos más fervorosos.

NOTA

Este discurso fue publicado en la revista **La Quincena**, correspondiente a noviembre y diciembre de 1898. Su Dirección insertó la nota siguiente:

El discurso que publicamos fue pronunciado por el doctor Ernesto Quesada en la ocasión indicada, a pedido de la comisión de damas del Patronato de la Infancia, presidida por la señora Teodolina Alvear de Lezica, y a cuyo cargo corrió la reciente Exposición Femenina. El acto de clausura revistió solemnidad inusitada: más de 3000 personas, entre las cuales se contaba lo más granado de la sociedad argentina, asistió a la ceremonia, en la que se encontró presente el señor Presidente de la República, y también el señor Arzobispo de Buenos Aires. El hecho de que discurso semejante, sobre tema tan delicado y que tan íntimamente se relaciona con las ciencias sociales, fuera pronunciado en esa circunstancia, demuestra que la cuestión femenina tiene ya entre nosotros los caracteres de un asunto de interés palpitante, y respecto del cual es conveniente se pronuncie la opinión elevada de los que han estudiado el gran problema.



Bases del feminismo científico¹

José Ingenieros

I. La condición jurídica de la mujer

Hace ya muchos años que se gasta tiempo y energías en las exteriorizaciones inocentes de un feminismo a base de filantropía, de humanitarismo y de justicia. Creo que ya es hora de acabar con esas manifestaciones de *feminismo idealista* y comenzar una serie de estudios y agitaciones en que entren menos todas esas palabrotas del lirismo social y se dé mayor cabida a los criterios, más acertados, del criticismo científico y a los métodos y documentos rigurosamente positivos que serán la verdadera fuerza del movimiento feminista en el porvenir.

Haciendo así, se inicia la vida del *feminismo científico*, que es el único que puede y debe preocupar a los que estudian los trascendentales problemas planteados por la sociología y la psicología contemporáneas. Entre ellos ocupa un sitio de elección la

condición jurídica de la mujer; problema que la historia muestra bajo tantos y tan variados aspectos cuando el espíritu se concentra intentando descifrar los jeroglíficos que las pasadas instituciones jurídicas han grabado sobre las piedras que señalan el rumbo seguido por la humanidad en su eterno movimiento de evolución. La historia es rica de fenómenos; de cada fenómeno la ciencia puede deducir numerosas enseñanzas.

La leyenda bíblica —simbolizadora de las instituciones de una época— nos muestra a Eva extraída del tórax de Adán para serle compañera; pero después del pecado queda sometida a él: y esta inicua sentencia cúmplase todavía, rigurosamente, entre los pueblos en que fue pronunciada. La historia de muchas tribus primitivas, y de algunas contemporáneas que aún se encuentran en las primeras fases de la vida en sociedad, nos muestra a la mujer como un objeto perteneciente al hombre: se la compra, vende y explota como a un animal de carga; para el café contemporáneo «la mujer es el buey del marido». Por su parte, los filósofos, ¡siempre los filósofos! llegaron alguna vez hasta negar la espiritualidad del alma de la mujer mientras la afirmaban para el hombre.

Pero ésta, como todas las medallas tiene su reverso. En la historia de las instituciones religiosas encontramos a la mujer ya sacerdotisa, ya pitonisa. Era la de Diana la destinada al supremo honor de cortar las venas a los extranjeros arrojados por la suerte a las costas de Tauridia; y era la bárbara druida la que concurría, en las Galias, a los sacrificios romanos. Belkiss, de Saba, Talestria, de las Amazonas, Semíramis de Nínive, evidencian que en la historia antigua no era imposible a la mujer ocupar la cumbre del dominio político. En la mitología griega fue a nueve mujeres, las musas, que se designó como inspiradoras de la poesía, del arte, y de la ciencia; prueba de la consideración en que la mujer era tenida. Platón, en su República, las admite a gobernar los Estados y dirigir los ejércitos.

No obstante esa multitud de hechos contradictorios sin hilación aparente, surge, para la sociología, la necesidad imperiosa de buscar cuales son las relaciones existentes entre la condición jurídica de la mujer y su condición social, pues, evidentemente,

¹ **El Mercurio de América**, Año I, T. I, Buenos Aires, noviembre de 1898. Disponible en el CeDInCl: SCB/CCA 14-0.

Creyendo útil conocer las opiniones en que está dividido, sobre esta cuestión, el pensamiento del mundo intelectual contemporáneo, en sus grupos jurídico, literario y sociológico, se está realizando una *enquête* —a la que ya han respondido, entre otras eminentes personalidades, Max Nordau, Lombroso, Pantaleoni, Novicow, Sighele, Ferrero, etc.— por iniciativa del Dr. Guillermo Gambarotta, del foro de Milán, auspiciado por varias de las mejores revistas europeas de sociología. En la circular invitación que hemos recibido se formulan las siguientes cuestiones, cuyo palpitante interés no escapará a nadie.

Cuestión única principal: La mujer igual, jurídicamente, al hombre: con derechos idénticos a los de éste. La mujer igual, jurídicamente, al hombre: con derechos diferentes pero equivalentes a los de éste. La mujer no igual, jurídicamente, al hombre: con derechos menores a los de éste.

Son tres fórmulas que sintetizan tres programas. ¿Cuál de ellos es preferible? El preferible es realizable?

Cuestiones secundarias, complementarias —1° Los amores de una mujer, desde el punto de vista moral, deben ser juzgados lo mismo que los amores de los hombres? En otras palabras: el «derecho de amar» debe ser igual en la mujer y en el hombre? —2° La mujer casada tiene el derecho de ganarse la vida con su propio trabajo? —3° La madre tiene igual, mayor o menor derecho que el padre de cooperar a la educación de la prole? —4° *idem* al desarrollo de la prole? —5° Es admisible el derecho del voto para la mujer? político y administrativo, o bien el uno o el otro solamente?

Cuestión última facultativa—Vuestra esposa, si tuviera derechos iguales a los vuestros podría pareceros menos seductora, menos amable?

Dos de estas cuestiones, la condición jurídica y el derecho de amar, encarradas con amplitud de criterios, encierran nuestra respuesta a la *enquête*.

las instituciones jurídicas son correspondientes a determinadas formas sociales, y son variables como éstas y con éstas.

Spencer, admitiendo que las sociedades evolucionan del tipo militar al tipo industrial, encuentra que hay asociaciones naturales entre el militarismo y la poligamia y entre el industrialismo y la monogamia. Entiendo que tanto la premisa como las conclusiones son aproximativamente exactas, pero incompletas y deficientes, pues se limitan a constatar la modalidad de un fenómeno sin explicar sus condiciones de esencialidad. Labriola afirma que Darwin no fue el filósofo de su ciencia; acaso pueda algún día afirmarse otro tanto de Spencer.

Desde que la Sociología comenzó a estudiar las instituciones sociales, constató, como primeros fenómenos su evolución en el tiempo y la existencia de vínculos determinados entre todas las correspondientes a una misma forma de organización social. De allí surgen algunas evidencias: 1° Las instituciones jurídicas que determinan la situación de la mujer evolucionan; 2° Cada una de esas instituciones es armónica con las demás instituciones sociales de cada momento histórico; 3° Son determinadas por la forma de organización social.

Los estudios históricos y científicos de Morgan, Engels, Letourneau, Marx, Lafargue, Loria, han demostrado que las condiciones del ambiente económico —determinado por los sistemas que rigen la producción y el cambio en armonía con las condiciones del ambiente natural— son las que determinan las diversas formas de organización de las sociedades humanas y las diversas relaciones de los individuos, los grupos y los pueblos entre sí. La forma de la familia, la situación de la mujer en ella, su capacidad como productora y consumidora ante el doble criterio de la conveniencia del individuo y de la especie, no están excluidos de la concepción general de los fenómenos históricos. Luego la condición jurídica de la mujer varía, en general, paralelamente a su condición económico-social.

Aparentemente la moral y los sentimientos sociales de caridad y filantropía, debieran jugar una considerable influencia sobre la situación jurídica de la mujer. No es así. La moral, en sus múltiples formas y evoluciones, está principalmente subordinada a las condiciones de hecho del ambiente en que se desenvuelve —y léase al respecto la obra magistral de Aquiles Loria;— los sentimientos sociales también lo están, y lo prueban así el asesinato de los ancianos por sus mismos hijos y el asesinato selectivo de los niños, cuando se considera que su capacidad de producción será inferior a su capacidad de consumo; esos expedientes económicos son usados por muchas tribus salvajes o bárbaras.

En las relaciones económicas de los grupos sociales, se ha encontrado la explicación de todas las formas familiares desde la promiscuidad —o «matrimonio comunal» de Lubbock— hasta la monogamia, a través del matriarcado y del patriarcado, de la poliandria y de la poligamia, que Spencer clasifica, más racionalmente, como poliginia. Y, correspondiendo a esas instituciones domésticas, diversas situaciones de la mujer en la familia y la sociedad y condiciones jurídicas diferentes.

La promiscuidad primitiva se transforma en familia matriarcal cuando surge la necesidad de intensificar la producción con el trabajo asociado por causa del aumento de la población; el patriarcado es correspondiente a una nueva necesidad del perfeccionamiento en la asociación del trabajo para la producción; la monogamia tiene sus vínculos con la propiedad individual.

La condición de la mujer en la familia, y por consiguiente su condición jurídica, varía junto con su grado de dependencia económica del hombre. La supremacía de éste sobre el resto de la familia es debida a que él es quien la mantiene; alguien ha hecho notar el paralelismo existente entre esa supremacía y la económica de las clases sociales: en una sociedad con esclavitud la mujer equivale jurídicamente a una esclava del marido, en una sociedad feudal a una sierva o vasalla, y en la sociedad capitalista equivale a una asalariada.

El mismo café que dijo a John Barrow que «la mujer es el buey del marido» agregó: «ha sido comprada y por consiguiente debe trabajar»; allí la mujer, jurídicamente, no puede ser más que una esclava. En cambio en la República de las Amazonas, que gracias a los historiadores griegos ha salido de la leyenda para ingresar a la historia, ofrece el ejemplo de lo contrario: en un pueblo en el cual las mujeres producen o conquistan todos los medios de subsistencia que necesitan, ellas son absolutamente independientes de todo yugo masculino; allí la situación jurídica de la mujer es la privilegiada, pues los hombres aprisionados en las batallas son, social y jurídicamente, esclavos.

Se observa que, en general, la situación social de la mujer en la historia ha mejorado progresivamente y también que el desarrollo creciente de las fuerzas productivas en todos los grupos sociales salidos de la barbarie ha hecho cada vez menos dependiente a la mujer del hombre, por cuanto dentro de la familia monogámica, económicamente mantenida por el hombre, la manutención de la mujer ha sido progresivamente menos gravosa; de allí una tendencia a su exacta compensación por medio de los servicios domésticos prestados por la mujer. O, en términos más rigurosos: la cantidad de trabajo gastada por el hombre para mantener a su mujer se aproxima a la gastada por la mujer en el hogar en beneficio del hombre. Vemos, pues, que siempre marchan paralelamente la situación económica-social y la jurídica de la mujer.

¿Cómo debe, pues, encararse el problema en nuestros días? En primer lugar se constata un hecho —un hecho es más que un argumento— la elevación jurídica de la mujer es una tendencia indiscutible en el desenvolvimiento histórico, y es correlativa a un mejoramiento de su situación económico-social. En segundo lugar la condición jurídica de la mujer no puede ser *de hecho* ni más ni menos elevada que aquélla. El obtener en nuestros días una nivelación jurídica del hombre y la mujer sería una simple conquista *formal* y no *esencial*; pues aunque el código los nivelara, las condiciones de hecho de la vida, de pendientes de las condiciones naturales y económicas, harían persistir el presente desnivel. Es evidente, pues, que la primera condición requerida para la igualdad jurídica del hombre y la mujer es su igualdad económica y social.



La opinión divídese en dos campos, entre los contemporáneos: Feministas y Antifeministas. Hace ya algún tiempo Proudhon y Stuart Mill dieron sobre el tema las dos notas más vigorosamente opuestas. Para el primero la mujer es un diminutivo del hombre, inferior a él, física, moral e intelectualmente. «Inferior ante el hombre desde todos los puntos de vista, es algo como un término medio entre él y el resto del reino animal.» Para Proudhon la mujer no podría ser jurídicamente responsable hasta los 45 años; y su condición jurídica deberla ser incomparablemente inferior a la del hombre.

Para Stuart Mill, la mujer y el hombre son iguales, por su intelectualidad y sus sentimientos, por su corazón y su razón. Ella, como él, puede y debe participar a la dirección de la familia y del Estado; todas las carreras y profesiones, manuales e intelectuales, deben serle accesibles; con esto la familia ganaría esposas inteligentes y madres instruidas, y la sociedad adquirirla artistas, profesores, sabios, funcionarios, y quizás gobernantes concienzudos y honrados. «En los pueblos libres, la justicia debe ser el principio cardinal y no puede admitirse que en la célula social, en la familia, persista la tiranía. La sociedad no puede ser una república en general y una aglomeración de monarquías en su detalle; una sociedad semejante no puede prosperar, pues encierra una contradicción que es germen de destrucción fatal.» Para Stuart Mill es justa y humanitaria la nivelación jurídica del hombre y la mujer.

Todos los feministas contemporáneos han seguido consciente o inconscientemente, las huellas de Stuart Mill; han hecho del feminismo una cuestión de justicia, de razón, de humanidad, etc., y han creído que la elevación de la mujer consiste exclusivamente en la elevación de su condición jurídica. Platonismo inocuo que no puede tener mucha influencia sobre la emancipación de la mujer.

Es con otros criterios, rigurosamente científicos, que la sociología debe buscar la solución del problema; y creo que con ellos no puede sino llegar a esta conclusión: la igualdad jurídica del hombre y la mujer está subordinada al previo nivelamiento de sus condiciones económico-sociales. Ese nivelamiento será posible, y solamente entonces, cuando la presente forma de producción capitalista haya evolucionado hacia su forma inmediata superior caracterizada por la socialización de todas las fuerzas económicas de producción y de cambio, y por una división cada vez mayor del trabajo y su mayor simplificación y accesibilidad para cada individuo. Entonces todos los individuos, hombres y mujeres, podrán ser iguales en su carácter de unidades útiles de la producción social. Y cuando el hombre y la mujer sean, de hecho, socialmente iguales, no podrán dejar de serlo jurídicamente.

Verdad es que la Naturaleza, con el fin único de la reproducción de la especie, ha diferenciado a los individuos de la especie humana en machos y hembras, determinando en ellas condiciones fisiológicas que los hacen diferentemente aptos para realizar las diversas formas del trabajo requeridas para satisfacer las condiciones de reparación que sustituyen el desgaste del individuo y de la especie. Creo que esas diferencias, que no contienen ningún germen de superioridad, deberán ser tenidas en cuenta por la legislación del porvenir que será, forzosamente, una legislación científica.

Luego: «La mujer igual, jurídicamente, al hombre, con derechos diferentes a los de éste, pero equivalentes a ellos; la realización de este programa está subordinada a una evolución previa de la presente organización social.» Creo que en esos términos debe plantearse el programa del *feminismo científico*.

II. El derecho de amar y la pluralidad afectiva

Al inquirir si los amores de una mujer, desde el punto de vista moral, deben ser juzgados lo mismo que los amores de los hombres; o, en otras palabras, si el «derecho de amar» de la mujer es igual al homónimo del hombre, se plantea el problema más importante de la psicología afectiva, que hasta ahora no ha sido convenientemente abordado por los muchísimos que han escrito de él, casi siempre con criterios profundamente desacertados.

Se ha exagerado, y se exagera todavía, al hablar o escribir, la importancia de las funciones sexuales y afectivas en la mujer; el hecho se ha repetido desde que dijo Hipócrates: «*Faemina est quod est propter uterum*», hasta que escribió Mme. de Stael: «Toda la vida de la mujer se reduce a un episodio, que es el amor.» Y sin embargo se ha considerado, por lo general, más amplio para el hombre el derecho de amar, que para la mujer. El hecho se explica porque, al tratar estos problemas, los sentimientos afectivos suelen entrar en juego desplegando su omnipotencia en perjuicio de las ideas, cuyo poder es normalmente inferior al de ellos; y de allí que el hombre al tratar de determinar los límites del «derecho de amar» de la mujer, no lo hace siguiendo un proceso mental, sino obedeciendo a un proceso sentimental que en último análisis despotiza sobre la voluntad, obedeciendo en este caso a las formidables instigaciones de «egoísmo sexual». Pero la interpretación científica de este problema, debe desligarse de toda influencia de los sentimientos, so pena de no ser científica; la mayor expansión e intensificación del individuo es, en gran parte, dependiente de la educación, subordinada de los sentimientos y del predominio siempre mayor de las ideas sobre la voluntad. Jules Payot escribió un libro muy inteligente y muy lírico sobre esta cuestión.

Los hechos comprobados científicamente, son los que pueden argüir en la cuestión. La herencia de fuerzas psíquicas al estado latente —que podría llamarse en adelante *inneidad psicológica*— no presenta diferencias relativas al sexo del individuo; las modalidades y finalidades naturales de su afectividad son análogas: cópula para la reproducción de la especie; su *perceps* y *receptus* sensitivo es absolutamente el mismo. Luego los individuos machos de la especie humana no *nacen* diferentes de los individuos hembras, desde el triple punto de vista de su intelectualidad, de su afectividad y de su sensibilidad.

Sin embargo es indiscutible que en esas tres formas principales de la vida del individuo se notan, en los adultos, diferencias notables: la intelectualidad media del hombre es mayor que la de la mujer; algunas sensibilidades presentan una inversión de esos coeficientes; la afectividad presenta diferencias cualitativas y cuantitativas en ambos sexos. Pero esas diferencias, y esta observa-

ción es de una importancia capitalísima, no son innatas sino adquiridas, son la resultante de la doble acción ejercida por la educación y el ambiente sobre el individuo.

Vemos pues que el potencial afectivo, o capacidad afectiva, o coeficiente de afectividad, (elijan los buscadores del *bon mot*), es igual en los individuos de ambos sexos y que en las condiciones de desarrollo se encuentra la causa de las diversificaciones que experimenta en los adultos de uno y otro sexo. Así como se modifican ciertas especies vegetales, sometiénolas a especiales sistemas de cultura; así como se modifican las especies zoológicas, bajo las influencias de determinadas condiciones ambientes — como los criadores refinan los caballos y los médicos atenúan la virulencia de los microbios;— de la misma manera el ambiente de una época dada, determina criterios morales dado que, por medio de la educación, modifican la intelectualidad, la afectividad y la sensibilidad de los individuos.

El ambiente y la moral no son cosas fijas y universales; lejos de eso, la moral es una noción absolutamente variable en el tiempo y en el espacio. Las condiciones cósmicas y sociales influyen sobre la moral de una manera directa y absoluta. Por moral no puede entenderse más que el criterio medio, variable en el tiempo y en el espacio, con que se juzga una acción determinada. No hay una moral; hay morales, o, más bien dicho, hay un criterio con que se juzgan actos, que es constantemente variable y no igual en todas partes. En armonía con la moral se ha condenado el parricidio y se ha dado muerte al anciano padre enfermo; se ha prestado la esposa al transeúnte extranjero y se ha asesinado a la esposa adúltera; se ha regado con sangre el altar de los dioses y se ha condenado los sacrificios sangrientos; se ha vivido en la promiscuidad y se ha predicado la castidad. Esto último para que el más alto enfermo de la filosofía universal, Nietzsche, pudiera afirmar en su nueva moral que «predicar la castidad es una obra perniciosa».

Creo que sistematizar en códigos la moral, darle una norma científica, pretender fijar sus futuras modalidades, intentar subordinar a ella las energías individuales o colectivas, es el más profundo de los errores, y no lo han conseguido ni lo conseguirán los filósofos ni los sabios, ya merezcan mi más profundo respeto científico, como Guyau, o mi más tierna conmiseración, como Janet.

Además la moral es variable para cada clase social, para cada época de la vida, para cada temperamento individual, y conduce a considerar bueno o malo un acto que no lo es para otro u otros, y a considerar justo o injusto lo que resulta ser precisamente lo contrario para los demás. Se deduce que en la imposibilidad de guiarse por un código moral «natural» los grupos humanos se guían por un código «convencional», que es siempre impuesto por los más fuertes. El sexo masculino, más fuerte económicamente que el femenino, le impone un código moral que le beneficia de una manera exclusiva, pues atribuye al hombre *derechos* que consagra como *delitos* en la mujer, verbigracia: el adulterio. Con esto viola las bases naturales de la vinculación afectiva de los sexos, pues ésta no puede existir sino entre iguales. Por su parte las mujeres ricas casadas con hombres que no lo son, se

preocupan de exigir a éstos una rigurosa fidelidad reservándose el derecho de serles infieles.

Esta moral, que es simple convencionalismo, no puede sino ser perniciosa a las expansiones de la afectividad de la mujer. Recuerdo la invectiva de Nietzsche: la moral contra natura, es decir casi toda la moral enseñada hasta hoy, está dirigida, precisamente, en sentido opuesto a los instintos de la vida.

La compra de la mujer o del hombre, en uso en algunos pueblos primitivos, persiste aún; es verdad que su existencia es menos aparente, pero esto se debe a que la simulación está perfectamente protegida por una adaptación al código moral de nuestra época; es un verdadero mimetismo moral. El egoísmo sexual se parapeta detrás del embuste del convencionalismo para hacer siempre exacta la noble protesta de María Deraismes: o el hombre asesina a la mujer porque le resiste, o la desprecia porque le cede.

Este carácter convencional de la moral hace que, en primer lugar, la unión legal, el matrimonio, se haga obedeciendo a otros móviles que no son los afectivos, generalmente el interés; en segundo lugar se atribuye más moralidad e importancia al vínculo legal que al vínculo afectivo, produciendo esas dos causas el fenómeno, cuya constatación no ha escapado a la sociología, de que el amor aparece más tarde, después del matrimonio, con todo su vigor y su atrevimiento y se implanta fuera del círculo matrimonial, trayendo como lógica consecuencia el engaño recíproco del hombre y la mujer.

Esos hechos evidencian dos cosas: que el código moral presente no está en armonía con la naturaleza humana, que no pudiendo encerrarse en su círculo de hierro se ve obligada a romperlo frecuentemente; y que es un código impuesto por los individuos económicos y socialmente privilegiados, los hombres, en perjuicio de los socialmente inferiores, las mujeres. Esos dos hechos cuya observación se hace cada día más general y extensiva a los miembros de toda la escala social, producen una reacción contra el código moral vigente y determinan una corriente contraria a la superioridad moral y social del vínculo legal del matrimonio sobre el vínculo afectivo, reacción que Spencer ha constatado y explicado perfectamente.

De esos fenómenos —y de otros muchos de psicología afectiva que no es del caso referir— llegamos a una concepción nueva del problema afectivo, que por otra parte puede armonizarse perfectamente con las más recientes nociones adquiridas en el terreno experimental por la psicología científica. A mi juicio, existen en el individuo, macho o hembra, condiciones psicológicas esenciales que determinan en él la «pluralidad afectiva», es decir la «*aptitud de cada individuo para sentir emociones afectivas de carácter sexual hacia varios individuos del sexo opuesto.*»

Los spencerianos y los socialistas consideran que la monogamia es la forma superior de la organización de la familia y se limitan a demostrar que a la presente forma de unión legal sucederá una forma monogámica de unión libre por elección afectiva. Y no se equivocan.



Pero es un profundísimo error creer que esa forma monogámica es la última que revestirá la familia; es una contradicción en los evolucionistas creer que la familia dejará de evolucionar en cuanto una evolución posterior chocan sus sentimientos. Es tan absurdo como las negaciones de los que siendo beneficiados por la presente organización económica, pretenden detener, negándolas, sus futuras transformaciones. Felizmente esto no es posible; pues si la evolución es la ley superior de la existencia y de la vida ella tiene que realizarse no obstante y a pesar de los sentimientos y los intereses de los individuos.

En la unión libre monogámica por elección afectiva esas ideas y sentimientos individuales se modificarán tendiendo a aproximarse nuevamente a sus formas naturales, alejándose cada vez más de todo convencionalismo traducido en restricción legal. La afectividad siendo múltiple en los individuos éstos tenderán insensiblemente a emanciparse del yugo de la monogamia extendiendo en toda su amplitud su potencial afectivo sobre uno o más individuos del sexo opuesto y uniéndose sexualmente con ellos por mutuo consentimiento y por el tiempo que dure la afinidad afectiva.

La manutención social de los hijos, que los spencerianos y los socialistas admiten, es la única condición esencial para esa evolución posterior y para el funcionamiento del sistema.

Spencer, en la conclusión del cap. VIII de «Instituciones domésticas», defiende la monogamia con este argumento de resumen: «todas las ideas y los sentimientos hoy asociados al matrimonio requieren necesariamente la unión simple». Pero Spencer, a cuyo genio tanto debe la teoría de la evolución, olvida que esos sentimientos y esas ideas no pueden estar excluidos de la concepción evolucionista. No existían en otra época los que hoy inducen a considerar como sagrada la unión monogámica legal e indisoluble; ahora comienzan a desintegrarse aflojando su rigorismo legal superafectivo, aceptan el *collage*, y preparan, por evolución, la génesis de las ideas y los sentimientos armónicos con la unión libre prevista por casi todos los sociólogos. Pero éstos a su vez evolucionarán tendiendo a aproximarse más a las condiciones naturales de la «pluralidad afectiva», hecho inevitable y que, sin embargo, las ideas y los sentimientos presentes hacen aparecer monstruoso a la inmensa multitud de pensadores superficiales.

Algunos creerán que se trata de una simple vuelta al pasado, de una simple regresión a la promiscuidad primitiva; y esto sería una prueba de absurdo pues la historia enseña que la civilización no presenta verdaderas regresiones a las instituciones de sus épocas salvaje y bárbara.

Una regresión existe, pero es puramente formal, produciéndose sobre los caracteres externos; ello es, por otra parte, el mejor argumento científico en favor de esta concepción. Una de las leyes menos conocidas, y no por eso menos cierta que las demás científicamente comprobadas, es la ley de regresión aparente, intuida por Dramard y explicada y defendida brillantemente por Enrique Ferri. Esta ley constata que todas las instituciones sociales vuelven a revestirse de las formas que tuvieron en períodos históri-

cos primitivos. El fenómeno, según Ferri, ha sido intuido o constatado parcialmente por Cognetti de Martiis para las instituciones económicas, por Carducci para la literatura, por De Hartmann para la esencia de las ideas religiosas, por Spencer para las instituciones políticas; Ferri lo evidencia refiriéndolo a la propiedad y a la penalidad. Creo que la concepción de la evolución como un movimiento helicoidal es la que mejor explicaría esta ley.

Sin embargo los partidarios de la unión monogámica pueden vivir sin alarmarse; las transformaciones sociales no se producen a saltos, y mucho menos las que están custodiadas por ideas y sentimientos secularmente arraigados. Acaso esta regresión aparente de la institución familiar requiera algunos cientos o miles de años para ser completa; pero por eso no dejará de producirse, es menor la satisfacción intelectual de poder hacer su previsión científica.

Por sobre las alarmas de los sentimientos está la ciencia que sabe, con Lucrecio, el sabio poeta naturalista, que: «Todo es metamorfosis: siempre un flujo nuevo desaloja las cosas viejas y el eterno cambio rejuvenece el Universo».

El movimiento feminista¹

Elvira V. López

Introducción

Por aquella natural tendencia del espíritu humano que lo lleva a recibir con recelo toda innovación y resistirse a ella, el *feminismo* ha sido combatido y mirado por muchos como una utopía ridícula, que se propusiera nada menos que invertir las leyes naturales o realizar la monstruosa creación de un tercer sexo. Se le atribuyeron propósitos anárquicos, la destrucción del hogar, la transformación de la mujer en un ente anómalo, apartado de los fines para que ha sido creada; de aquí las resistencias, muy justificadas por cierto, si el feminismo tal cosa se propusiera.

Algunos creen que este movimiento envuelva un ataque al orden social y a la religión; sin embargo, a pesar de los progresos realizados en estos últimos años, no se ve que la sociedad ni la familia hayan padecido en lo más mínimo, ni tampoco la religión, a menos que ella sea sinónimo de ignorancia.

No falta quien diga que el feminismo pretende la igualdad de los sexos, lo cual es absurdo si se piensa que igualdad en este caso significa identidad, pero muy justo si se reconoce como expresión de equivalencia. Digamos con Legouvé: «nadie pretende asimilar la mujer al hombre; este sería el medio más seguro de esclavizarla, pues un ser colocado fuera de su natural esfera es necesariamente inferior y por consiguiente está avasallado. En esta diferencia, en vez de un signo de inferioridad, hallamos precisamente la razón de ser elevada a mejor suerte.»

No puede decirse que el feminismo sea una doctrina; no es ni puede serlo, más bien podemos considerarlo como una tendencia o una aspiración, y mejor todavía como una necesidad, resultado fatal de la ley de la evolución y de la crisis económica del siglo.

El feminismo, como el socialismo, no han unificado aún sus aspiraciones ni uniformado sus tendencias hacia un fin determinado. «Allá va con su prédica ardiente ora juiciosa o desequilibrada, siempre ganando terreno, probablemente hasta que la satisfacción común detenga el movimiento.»² Y aunque reconoce como base y origen el factor económico, no es tampoco ajeno al triunfo de la ciencia positiva y a la caída de los prejuicios escolásticos. El aumento de la población, los rigores de la lucha por la vida y la crisis matrimonial que se produce en algunos países de Europa, obligan a la mujer a buscarse nuevos horizontes y a no contar más que con sus propias fuerzas: de aquí ese movimiento que no pretende trastornar el mundo, sino introducir mayor equidad en las relaciones sociales y mejorar la suerte de la mujer y del niño. Por eso se ha dicho con razón que el feminismo envuelve un problema de justicia y de humanidad.

¿Qué hacer con las mujeres que no tienen bienes de fortuna y que no se casan? Porque hay que presentar la cuestión así, con toda claridad y franqueza, dice María Chéliga. Todos saben que las complicaciones de la vida moderna alejan del matrimonio a muchas personas, temerosas de no poder soportar las cargas de una familia; esta tendencia se manifiesta sobre todo en las clases superiores de la sociedad, y reconoce por causa, en parte las dificultades de carácter material que provienen del estado social actual, y en parte las exigencias de nuestra época: «pretensiones absolutamente condenables desde el punto de vista de la moral», dice Ziegler.

De todos modos, existe un número de mujeres que no pueden esperar la protección del matrimonio y a quienes es necesario colocar en condiciones de que puedan lograr, solteras, una situación de independencia moral y económica que las coloque al abrigo de la miseria, y de todos los peligros que ella trae aparejados, o que puedan afrontar el matrimonio con más madura reflexión. Es indudable que la mujer ha nacido para el hogar, que en él reina y que esa es la más noble aspiración de su alma. Pero, ¿y la que nunca llegue a satisfacer esa aspiración? Y lo que es más gra-

¹ Tesis presentada para optar al grado de doctora en Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. La biblioteca de esa facultad guarda un ejemplar de la tesis. La versión aquí transcrita proviene de la edición de la Imprenta Mariano Moreno de 1901, disponible en la Biblioteca de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani». En 2009, la tesis fue publicada en la colección Reediciones y Antologías de la Biblioteca Nacional.

² O. Saavedra, Carta al Dr. Lemoine.

ve aún, ¿ la que después de casada se quede viuda con hijos que mantener, la que no halle en su esposo la protección y ayuda que debía esperar, o que por enfermedad de éste deba buscar el sustento propio, el del esposo y el de sus hijos? Y como no es posible saber cuáles tendrán necesidad de hacer uso o no de la independencia que procura una educación adecuada, de aquí que el fácil acceso a las profesiones sociales deba ser dado a todas y esto es lo que el feminismo pide.

Los partidarios de lo que se ha llamado la causa de la mujer, pretenden colocar a ésta en condiciones de ganar su subsistencia con las mismas facilidades que el hombre y mayores aun si fuera posible, para que no se vea lanzada en las vías de perdición a que muchas veces empuja la miseria.

No sólo las mujeres se han propuesto realizar esta obra de justicia distributiva, pues se han declarado en su favor publicistas, sociólogos y filósofos de la talla de Stuart Mill, que ha merecido ser llamado el piloto del siglo.

Los programas feministas no pregonan el odio contra el hombre: en todas sus reuniones y congresos solo piden que se mejore la condición económica y moral de la mujer, la protección a la maternidad y a la infancia, la libertad del trabajo.

No puede asignarse a este movimiento un momento culminante inicial: las reivindicaciones que en nombre de la justicia pretenden, no son solo de estos tiempos y pueden mirarse como la expresión de un estado social, característico de todo un periodo de la civilización humana. Como se funda en hechos generales de gran antigüedad, nada tiene de particular que desde muy antiguo se hayan manifestado ideas y conclusiones, que deben estimarse como antecedentes históricos del actual movimiento en favor de la mujer. «Desde la más remota antigüedad, dice Frank, los filósofos y moralistas se han preocupado en el problema de los derechos de la mujer, formulando ideas y teorías que difieren muy poco de aquellas que han logrado triunfar en nuestra época».

Tuvieron las mujeres defensores como Platón, que proclamó la igualdad de los sexos, Cicerón y Séneca que declararon que la condición de la mujer es para un estado la causa de su salvación o de su ruina. Pero el verdadero movimiento feminista está dentro del siglo que acaba de expirar, y solo da treinta años a esta parte ha entrado en un periodo de prosperidad, cuyos últimos resultados no es posible prever.

«En todos los países cultos la cuestión de la mujer y sus derechos se abre camino. En algunas partes se han verificado recientes reformas, en otras se verifican a diario o se preparan para un porvenir cercano. Se empieza a comprender que el movimiento es de los que pueden tener un gran alcance, no sólo para las principales interesadas, sino desde el punto de vista más general de una verdadera renovación social.»³ «El problema de la emancipación femenina, dice el señor V. Guzmán en su libro «La mujer»,

ha sido planteado desgraciadamente en malos términos, las exigencias y exageración de los propósitos le arrebató su severa majestad para vestirla con el ropaje del ridículo».

Es que, como los rumbos no están aún bien definidos, cada partidario exige lo que le sugiere su pasión de prosélito y así han perjudicado muchas veces la causa a que querían servir; algunos llegan en sus delirios hasta afirmar que la honestidad es vana, por ejemplo preconizar la superioridad del amor libre, como lo han hecho en Alemania varios autores socialistas.

No hay que considerar a la mujer de nuestro siglo como una esclava, pues su situación, comparada con la del pasado, es de libertad, si bien limitada. No es cierto que la mujer moderna sea un ser privado de la protección de las leyes y ajena al respeto de los hombres, ni es posible olvidar los beneficios que la legislación civil le ha acordado y las prerrogativas de que las sociedades cultas la rodean, sin embargo está lejos de hallarse en la plenitud de los derechos que le corresponden.

En el siglo que comienza, la mujer recorrerá seguramente las jornadas que le faltan, porque la evolución femenina es irresistible y se manifiesta ya en todas partes, aunque no del mismo modo; ni ha llegado en todos los países a igual altura. En Francia, donde tan difícil le es unificar las aspiraciones, se revela en libros, periódicos y conferencias; sensato y moderado unas veces, absurdo y delirante otras; pero en donde se ha iniciado y mayores resultados positivos ha obtenido, es en Norte América.

En el curso de nuestra exposición trataremos de demostrar cuáles son los problemas que entraña la evolución completa del movimiento feminista, cuales las reformas que se imponen, los trabajos realizados ya y los progresos que se han obtenido hasta ahora. Consideraremos la cuestión desde los siguientes puntos de vista:

1. Que la mujer reciba una instrucción y educación seria y sólida, para lo cual ha de renovarse en gran parte la que actualmente se le da. La mujer necesita ser instruida para el hogar, para la sociedad y para las carreras profesionales:
 - a) Para el hogar, porque no es verdaderamente madre quien no sabe guiar y educar;
 - b) Cuando una sólida instrucción sea el patrimonio de la mayoría de las mujeres, la sociedad se elevará y por su influencia se verá libre de la atmósfera de frivolidad que hoy domina en ella;
 - c) La instrucción completa, que procura la manifestación y desenvolvimiento de las aptitudes especiales, permitirá a la mujer colaborar eficazmente en la obra del progreso general.
2. Es preciso que la mujer pueda practicar todas aquellas profesiones que no sean contrarias a su dignidad y a su sexo. La mujer debe ser siempre mujer; no saliéndose de su esfera es como puede estar segura de conseguir el triunfo de su causa.
3. Debe haber, hasta donde sea posible, igualdad absoluta en cuanto al goce de los derechos civiles en la vida privada y personal, en la vida de la familia, en la sociedad y en el Estado.

³ Díaz Arana, Revista Jurídica.

4. La mujer debe gozar de la misma condición que el hombre, esté soltera o casada, en lo tocante a las relaciones de propiedad, contractuales y mercantiles, en el ejercicio de la patria potestad y de la tutela.
5. Cuando la evolución haya llegado hasta aquí, la mujer podrá aspirar, si lo desea aún, a representar en el Estado el espíritu femenino y alienar los puestos vacíos, como una colaboradora del hombre, no como rival o competidora.
Antes de comenzar la tarea, séanos permitido expresar aquí, el más sincero sentimiento de gratitud hacia todos nuestros profesores, y muy especialmente hacia aquellos que, con sus sabios consejos y oportunas indicaciones, nos han ayudado en el presente trabajo.

Conclusión

Por lo que ha podido verse en el curso de este modesto trabajo, el movimiento feminista, que hoy se ha hecho universal, es una necesidad histórica y no podrá detenerse hasta que haya conseguido dar solución a los problemas económicos y jurídicos que lo han originado; por consiguiente, es necesario que la sociedad, en lugar de combatirlo, trate de estudiar sus causas y de dar satisfacción a lo que se ha llamado las reivindicaciones de la mujer, justo es reconocer que ya han empezado a trabajar en ese sentido, como lo prueban diversas disposiciones legislativas dictadas en estos últimos años, a fin de concederle mayor latitud de derechos.

Si en un principio, como sucede con todo partido que pretende afirmar la necesidad de su existencia, se incurrió en exageraciones que dieron asidero a la crítica; si, como todas las propagandas, tiene ésta también fanáticos y alucinados, la mayoría, mejor orientada hoy y aleccionada por las lecciones de la experiencia, ayudada por las luces de mujeres excepcionales y de filántropos y sociólogos que han puesto su inteligencia al servicio de la causa, operan un movimiento que no puede llamarse revolucionario, pero que indudablemente producirá, tarde o temprano, una reforma completa en la situación social de la mujer.

Las reivindicaciones que el feminismo persigue entrañan diversos problemas: pedagógicos unos, como cuando pretende instrucción *equivalente* para los dos sexos, sin que esto suponga *identidad*; económicos otros, como cuando asegura que la mujer tiene derecho a que su trabajo sea remunerado lo mismo que el del hombre, puesto que a menudo tiene como aquél que ganarse la vida, sostener a sus padres ancianos, cuando no a un esposo enfermo y a sus pequeños hijos; implica también problemas jurídicos aun más complicados, cuando quiere que se constituya la familia en un pie de perfecta igualdad, que la sociedad conyugal no limite la capacidad jurídica de la mujer y que la totalidad de sus derechos sea respetada dentro y fuera del matrimonio; para conseguir lo cual creemos que no bastarán las reformas legislativas; y toda una educación que rehacer en el hombre lo mismo que en la mujer, las mejores leyes serán insuficientes para protegerla contra un esposo brutal o refinadamente cruel,

al paso que para los que comprendan sus deberes toda legislación será superflua.

Además ¿quién podrá negar que la inferioridad en que hoy es tenida la mujer no sea en gran parte culpa de ella misma?; que se eleve, que se muestre digna de figurar como compañera del hombre, que tome en serio su importante papel de cooperadora en la gran obra de la vida y del trabajo que impulsa a las generaciones a la felicidad por el progreso, y entonces no habrá más limitaciones que las que le impongan, como esposa, las restricciones que necesariamente deben existir en una asociación de esa clase, que no está en el poder de nadie destruir, sin degradar con ella a toda la humanidad; y las trabas que la naturaleza de su sexo le impone y que son igualmente indestructibles.

En cuanto al goce de los derechos políticos a que aspira el feminismo sajón y eslavo principalmente, y que ha hallado eco en algunos pueblos latinos, responde a la creencia de que la intervención femenina en los asuntos públicos permitirá hacer triunfar más fácilmente las anteriores reivindicaciones, que son también las de más vital interés.

La experiencia está demostrando que, en todos aquellos países donde se ha concedido a las mujeres algunos puestos administrativos, su influencia se ha hecho sentir inmediatamente como filantrópica y moralizadora en alto grado: como ejemplo podría citarse la represión del alcoholismo en Suecia e Inglaterra, que sólo ha tenido eficacia desde que las mujeres fueron llamadas a intervenir en ella.

Por nuestra parte creemos que, cuando en nombre de la equidad el sexo femenino protesta contra la exclusión sistemática de todo puesto público en que se pretende tenerle, cuando pide que se le permita velar por la educación de la infancia y la moralidad o asistencia pública, cuando aspira a ocupar los puestos abandonados al lado del hombre -como colaboradora inteligente y benéfica- su pretensión es justa y no puede ser desestimada; pero cuando desea lanzarse a la arena ardiente de las luchas políticas y escalar los puestos que las debilidades de su sexo y su misión maternal le vedarán siempre, nos parece ridícula y nos inspira tanta compasión como aquellas que, usando bastón o empleando lenguaje y modales hartos libres, creen dar muestra de independencia y superioridad de espíritu, sin comprender que sólo consiguen convertirse en seres anómalos y repugnantes.

M. Alfredo Fouillée, que no es feminista, piensa acerca de este movimiento del siguiente modo:

Sin duda hay que poner un límite a las reivindicaciones femeninas, pero sea cual fuera la opinión que se tenga en este punto, es cierto que la civilización de un pueblo puede medirse según el grado de humanidad y de justicia que los hombres revelan en su trato con las mujeres [...] Encontrar en todo el equilibrio, asegurar doquiera la ecuación entre los derechos y los deberes en la familia, por una distribución mejor del poder y de las funciones en la vida social, por una justa ampliación



de los derechos civiles de la mujer; sustituyendo así de una manera progresiva el régimen de sumisión por el de justicia ¿no es éste uno de los más grandes problemas que habrá de resolver el porvenir?⁴

Las feministas norteamericanas que, como es sabido, se hallan a la cabeza de este movimiento por sus mayores progresos, pretenden que en el futuro la *New Woman*, convertida por su cultura superior en verdadera compañera del hombre, transformará el hogar en un centro de goces intelectuales y de suprema armonía espiritual; el monopolio de las tareas sedentarias estará en sus manos o bien el trabajo la elevará a una condición de absoluta independencia material; si se les pregunta que quién cuidará interior del hogar, contestan con el aplomo característico de su espíritu atrevido y emprendedor pues se ocuparán de tales faenas las personas que sientan gusto por ellas y que harán de eso su oficio, o bien... las máquinas.

En todo esto hay mucho de quimérico: «La mujer, como dice Margaría Durand,⁵ es inferior al hombre en fuerza física, la naturaleza limita su actividad y la maternidad no es un accidente pasajero, sino una función que absorbe la mejor parte de su existencia». El instinto maternal, más fuerte que cualquier educación, subsistirá siempre intacto a pesar de todo y por consiguiente, entonces como ahora, su papel en la vida será el sacrificio continuo y constante, la noble abnegación del cariño que se inmola por la felicidad de los demás; ésa es también la esencia de su alma y las feministas lo están probando: sus ligas en favor de la paz responden de ese sentimiento *maternal* que vibra en todo corazón de mujer; todas sus propagandas están impregnadas de filantropía, y el movimiento que han operado no es otra cosa que un sentimiento de inmensa compasión hacia las mujeres y los niños que sufren y cuya suerte anhelan mejorar.

El día en que la mujer crea poder desentenderse de los cuidados del hogar, que reclaman una consagración casi continua, sobre todo si hay hijos pequeños, se habrá hecho también indigna del sagrado nombre de madre. Es preciso pues no exagerar, si hoy descuida a menudo tan importantes deberes para correr en pos del placer y de las vanidades del mundo, abandonando sus hijos y su hogar a manos mercenarias con infinito perjuicio para todos, que, mañana, una mala interpretación de su papel en la vida, no la haga igualmente condenable. Otra faz de la cuestión femenina que hay que considerar ahora es la condición actual de la mujer sin bienes de fortuna y a quien las necesidades económicas arrancan del hogar para lanzarla desarmada y débil a la lucha por la vida, ¿se le ha de censurar acaso cuando procura armarse y ponerse en condiciones de poder vencer? ¿No serán tal vez más culpables los que le hacen aun más penosa esta lucha oponiéndole todo género de obstáculos, so pretexto de salvaguardarlas fuerzas, la salud o el decoro femenino? ¿No debería más bien la sociedad, en beneficio de la raza y en nombre de la humanidad, abrir

camino a las que buscan en el trabajo honrado, un recurso contra el vicio y la miseria que debilitan y degradan?

Que se le deje la libre elección de una carrera cuando una educación conveniente le haya permitido revelar sus aptitudes, y que sea la concurrencia la que se encargue únicamente de eliminarla de aquellas ocupaciones contrarias a su salud, superiores a su capacidad o a sus fuerzas.

Razón de más peso para oponerse al ingreso de la mujer en las profesiones llamadas viriles sería la observación de que con esto se provoca una baja en los salarios cuyo resultado es el rechazo de los hombres, que son sustituidos por mujeres, lo cual al fin y al cabo sólo aprovecha al capitalista. «Cuando se ha reemplazado al empleado masculino con empleados femeninos, dice F. Coppee, se cree haber realizado un progreso y se piensa haber conquistado para las mujeres algo en el bienestar público; pero, ¿a dónde han ido los hombres que ocupaban esas oficinas? ¿Han hallado otros empleos? En la lucha por el trabajo de nuestra civilización, no es muy posible.»

A la primera objeción contestan las feministas aconsejando llevar a la práctica el lema socialista, «a igual trabajo igual salario»; a la segunda responde M. Durand⁶ que el trabajo de que la sociedad dispone no es una cantidad fijada para siempre, de modo que los nuevos obreros no hallen puesto, antes por el contrario la civilización los aumenta sin cesar y extraordinariamente: los hombres excluidos de ciertos trabajos hallarán otras ocupaciones nuevas.

«Las mujeres al invadir los archivos, escritorios y demás trabajos secundarios, los impulsarán poco a poco a las grandes empresas, a las tareas penosas y hasta peligrosas, más en armonía con las fuerzas del hombre que hoy tienden a afeminarse en empleos que no exigen mayor esfuerzo que el que las mujeres podrán desplegar para cumplirlos.» Además es útil para la sociedad que el elemento femenino con sus cualidades especiales de orden, método, prolijidad, perseverancia, delicadeza, previsión y escrupulosidad intervenga en todas las ocupaciones que armonicen con ellas. En nuestro país, por ejemplo, la admisión de la mujer en aquellos empleos públicos decorosos aunque poco remunerados, como ser los de bibliotecario, escribiente, secretario, y otros puestos de menor cuantía en los ministerios, aun cuando diera por resultado desalojar a muchos, muchísimos jóvenes, traería acaso como ventaja curar a los demás de ese mal que alguien ha llamado «empleomanía» y que hoy reviste entre nosotros proporciones alarmantes: la generalidad sólo pretende obtener un título oficial para enseguida vivir a expensas del Estado, aceptando los empleos más humildes a veces y de muy escasa remuneración. Con la superior inteligencia que todos reconocen a los argentinos, se ingeniarían cuando esos recursos faltaran, en buscar otras ocupaciones que si bien exigen mayor esfuerzo, serían también más útiles para ellos mismos y para su país.

⁴ *Temperament et caractère selon les individus, les sexes, et les races*, pp. 283-284.

⁵ *La société américaine*, op. cit.

⁶ Op. cit.

En esta tierra nueva hay muchos ricos filones sin explotar, nuestras inmensas tierras vírgenes aguardan aún la labor fecundante de sus hijos; nuestras industrias incipientes necesitan de su bien inspirado impulso; las ciencias, las artes, las letras, todo está aún por hacer en estas colonias libres apenas desde ayer y con toda una civilización nacional que crear: que se lancen en esas vías seguros de que allí no hallarán como competidora a la mujer.

En conclusión diremos que el movimiento feminista no pretende apartar a la mujer de sus naturales funciones; cuando habla de emancipación debe entenderse que lo que quiere es sacarla de la ignorancia que esclaviza, y que si la palabra reivindicación está inscrita en sus banderas, ella no es atentatoria para el hogar ni para la sociedad; pues a nadie se le oculta y menos aun a las feministas qué, a menos de una transformación radical, el principio de la familia tal como hoy existe, ofrece a la mujer garantías de protección asegurándole una posición social conveniente; por lo tanto el feminismo, mientras por una parte sostiene en la lucha por la vida a aquellas que no tienen ni pueden esperar tener un hogar, debería por otra fortificar el concepto de esa institución, y recordar al hombre que él es el designado para subvenir a las necesidades de la familia, después de haberlo empeñado a crearlo, e inclinar a los jóvenes de uno y otro sexo a que sacrifiquen muchas preocupaciones y necesidades ficticias que hoy apartan cada vez más del matrimonio.

Se dice que la mujer actual, con sus frivolidades y su ignorancia, es un tipo de transición; así lo deseamos, pero quisiéramos también que la mujer nueva, cuyo advenimiento presagia el feminismo para un porvenir no lejano, tuviera algo de esas antiguas matronas que veneran nuestros hogares y de aquella de quien dicen las Escrituras:

Fortaleza y hermosura es su vestido, la sabiduría y la clemencia están en sus labios, no comió el pan de la ociosidad. Levantáronse sus hijos y la llamaron bienaventurada y su esposo también la alabó. Muchas mujeres acumularon tesoros mas tú a todas has sobrepujado.

Admitida
Buenos Aires, julio 30 de 1901
Lorenzo Anadón, Presidente
Rafael Castillo, Secretario



IV INTERNACIONAL presenta

CORRERÍAS del PIBE ALTAMIRA



EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN

en

"EL ASESINATO DE TROTSKY"

una historieta de JOSEPH LOSEY

con

y la participación especial de JAVIER BARDEM como Ramon Mercader

RICHARD BURTON

SALMA HAYEK

PEPE WERMUS



COYOACAN, 1940 OYE, LEONCITO, ¿POR QUÉ NO APROVECHAMOS QUE DIEGO ESTÁ PINTANDO LA TAPIA Y ME ENSEÑAS ESA REVOLUCIÓN PERMANENTE QUE NUNCA ACABA?

HUM... NO CREO QUE ESTEN DADAS LAS CONDICIONES OBJETIVAS: EN CUALQUIER MOMENTO NATASHA VUELVE DEL MERCADO

¡NO ME VENGAS CON ARGUMENTOS ESTALINISTAS, QUE ME HE APEITADO PARA TI!

BUEH... A VER



PIBE ALTAMIRA, TENGO UN ASUNTILLO, ACU... ¡AYÚDAME, LEV... NATASHA FUE AL MERCADO, SI VIENE EL MANDADERO, LE DECIS QUE PASE NOMÁS Y DEJE LA MERCADERÍA QUE EL SOSTEN SE ME ATORÓ EN EL PASAMAMOS QUE TENGO EN LA COLUMNNA, VEN!

SI

NO DIGAS SI DÍ IA



MI PRIMERA MISIÓN DE IMPORTANCIA PARA LA IV INTERNACIONAL ALGÚN DÍA LLEGARÉ A FUNDAR MI PROPIO SOVIET EN VILLA CRESPO. ¡HE, VAMOS A ENSEÑARLES A ESTOS MEJICANOS QUE SU REVOLUCIÓN CAMPESINA ES PEQUEÑO BURQUESA AL LADO DE LA NUESTRA.

TOC TOC

OH, EL MANDADERO, ¡A TRATARLO CON CAMARADERÍA CLASISTA!

¡AH AAH LEV, LEV!

¡FRIDA!



HOLA, SOY RAMÓN... DIGO JACK... NO... (HOSTIA ¿CÓMO ERA!?)... JACQUES MORNARD... O THOMPSON... BUENO, YA... SOY RAMÓN MERCADER

SI, SI, EL MULCHACHO DEL MERCADO, VENGA



PASE, PASE, CAMARADA, HAGA SU TRABAJO Y SALGA POR LA PUERTA DE SERVICIO.

¡CONY, SI SABÍA QUE ERA TAN FÁCIL, ME OFRECÍA PARA MATAR A FRANCO!



BUEH, MISIÓN CUMPLIDA LA REVOLUCIÓN MARCHA... ¡CÓMO LE ESTÁ DANDO LEV A LA BIGOTUDA, GROSSO!

AAAAH

Espigando la correspondencia de José Ingenieros

Modernismo y socialismo *fin-de-siècle*

Horacio Tarcus

En un artículo olvidado de 1948 consagrado a explicar el «Advenimiento de Lugones», el crítico Luis Emilio Soto rememoraba los tiempos de la llegada del autor de **Las montañas del oro** a Buenos Aires, su militancia en el socialismo y su encuentro con el joven Ingenieros, a quien designa como «el compinche ideal, el joven dotado de inquietudes revolucionarias, de sensibilidad y de audacia». Y sugiere Soto: «Algún joven Plutarco de la Atenas del Plata hubiera podido ver en ellos dos vidas paralelas, durante un tiempo por lo menos» (Soto, 1948: 2).

Más que de un Plutarco, las figuras de Ingenieros y Lugones merecerían el ejercicio historiográfico que practican últimamente los franceses, una suerte de biografía intelectual comparada (pienso en alguna medida en el Deleuze-Guattari de François Dosse, pero sobre todo en el Sartre-Aron de Sirinelli¹). A la espera de esa labor, contentémonos aquí con algunos trazos anticipatorios.

Mientras preparo la edición de un grueso volumen con la nutrida correspondencia de Ingenieros, no puedo sustraerme a la tentación de ir dando a conocer algunas piezas claves, sobre todo de sus años de juventud, que creo que iluminarán no sólo algunos episodios escasamente conocidos de su militancia socialista, sino sobre todo aportarán a la estrecha relación establecida entre Ingenieros y Lugones, sus vínculos con Rubén Darío y el rol que los dos jóvenes amigos asignaban al par modernismo-socialismo.

Asimismo, la correspondencia que Lugones e Ingenieros intercambiaron a fines del siglo XIX y principios del XX con otros jóvenes socialistas libertarios de Chile y del Uruguay nos permitirán comenzar a vislumbrar la intensa red político-intelectual que se había establecido entre grupos socialistas y revistas modernistas de los tres países del Cono Sur. Finalmente, una serie de documentos, de cartas y de intervenciones públicas de Ingenieros con otros actores de esos años nos permitirán discernir diversas etapas de su compromiso militante con el socia-

lismo, así como los motivos de su alejamiento del partido que él mismo había contribuido a fundar.

Si bien desde hace muchas décadas vengo reuniendo correspondencia inédita del autor de la **Sociología argentina** en diversos reservorios, la mayor parte de los documentos transcritos aquí provienen del Fondo de archivo de José Ingenieros, depositado por sus herederos en el CeDInCI. La apertura pública de este Fondo en noviembre de 2011, con sus miles de cartas, apuntes, originales de obras y otros documentos en su mayor parte inéditos, será sin lugar a dudas un poderoso estímulo para los investigadores que quieran visitar con nueva base documental la historia política e intelectual argentina durante las dilatadas tres décadas que van de 1893 hasta 1925.

Lugones e Ingenieros: «vidas paralelas»

Ni Lugones ni Ingenieros nacieron en el seno de familias de la élite porteña; uno llegó a Buenos Aires siendo apenas un niño, el otro —como escribió Darío— siendo «un bizarro muchacho de veintidós años, de chambergo y anteojos». Si bien terminaron conquistando un lugar de reconocimiento en los cenáculos literarios y políticos de la Gran Ciudad para fines de siglo, ambos debieron trabajar intensamente, desplegando sus múltiples talentos pero también aprovechando cierto capital escolar y familiar.

Aunque su nacimiento en Italia fue tardíamente asumido por sus biógrafos, Giuseppe Ingegneros —que no Ingegneri, como se figuró un biógrafo recurrente— había nacido el 24 de abril de 1877 en Palermo, Sicilia, Italia, en una humilde casa de la Vía Candelai n° 45. Era el segundo hijo de Salvatore Ingegneros (1848-1922) y Mariana Tagliavia (1853-1925). En el año 1880 Salvatore debió exiliarse con su familia en Montevideo, y en septiembre de 1885 se instalaron definitivamente en Buenos Aires. Lugones, en cambio, había nacido el 13 de junio de 1874 en una antigua casona de Villa de Santa María del Río Seco, aldea ubicada al norte de la Provincia de Córdoba, donde su padre Santiago M. Lugones había adquirido unas tierras para explotar junto a su esposa Custodia

¹ François Dosse, **Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada**, México, FCE, 2009; Jean-François Sirinelli, **Sartre et Aron. Deux intellectuels dans le siècle**, Paris, Hachette Pluriel, 1999.



Argüello. El joven Leopoldo, el mayor de cuatro hermanos varones, llegó a Buenos Aires en febrero de 1896.

Ciertamente, cuando comienzan sus primeros escarceos políticos y literarios ya contaban ambos con cierto capital cultural. Si «Ingenieros» no era, en la babélica Buenos Aires de aquellos años, sino uno más entre los miles de apellidos italianos —y para mayor confusión, un apellido español italianizado; el apellido «Lugones», en cambio, remitía a una antigua familia de Santiago del Estero de hacendados, frailes y militares, con la que Leopoldo estaba emparentado. Tal es así que cuando le es presentado al General Roca, lo primero que éste le pregunta es:

—¿Desciende usted del general Lugones, el guerrero de la Independencia?

—No exactamente, pero soy de la misma familia (Joaquín de Vedia, 1922: 54).

Pero si respecto de la «portación de apellido» la relación es desigual y la familia Ingenieros vive en la década de 1890 en una humilde casita del pasaje La Piedad, donde la madre, como se decía, «cose para afuera», el capital familiar del joven José no es despreciable: su padre, un periodista internacionalista y masón, había dirigido en su país natal el órgano republicano **L'Umanitario**, había contribuido a fundar la sección italiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores y editado del primer periódico socialista de Sicilia: **Il Povero**, junto con el célebre socialista francés Benoît Malon, lo que le valió persecución y prisión. Según el testimonio de su hijo Pablo, mantuvo estrechos vínculos con «los principales revolucionarios de Europa»: Amilcare Cipriani, Giuseppe Garibaldi, Giuseppe Mazzini, Benoît Malon, Enrico Malatesta, Andrea Costa, etc. (Tarcus, 2007b).

Entonces, si su padre es aquel «oscuro periodista italiano» del que habló Ingenieros más de una vez, supo sin embargo educarlo en la lectura de todo el universo liberal-socialista propio del librepensamiento de la segunda mitad del siglo XIX. En este hogar cosmopolita, humilde pero donde no faltaban un piano ni una biblioteca, se recibían visitas, periódicos y correspondencias en las que se hablaba indistintamente en castellano o en italiano, en francés o en inglés. Y Salvatore incentivó en su hijo menor aún más ese conocimiento de los idiomas —que iba a ser decisivo en su vida adulta—, pagándole por traducciones que en verdad no estaban destinadas a la imprenta.

El adolescente Leopoldo, en cambio, para abrirse un camino en el universo de las nuevas lecturas debe sustraerse del rigorismo católico de doña Custodia, que había iniciado a sus hijos en las primeras letras leyéndoles pasajes de la Biblia o encíclicas papales. El obispo fray Mamerto Esquiú se alojaba en casa de los Lugones cuando visitaba Río Seco. En 1877 la familia Lugones se traslada a la ciudad de Santiago del Estero, y enseguida a Ojo de Agua, aldea de la misma provincia cercana a la frontera con Córdoba, donde Leopoldo cursa los primeros años de la escuela primaria. En 1886 es enviado a casa de su abuela materna, Rosario Bulacio de Argüello, para concluir los estudios primarios en la

escuela particular de Ignacio Garzón. Poco después la familia se instala en la ciudad de Córdoba y Lugones se traslada a la casa paterna de la calle Santa Rosa. Acaso el liberalismo de su padre —un activo caudillo alsinista— así como las nuevas amistades del joven Leopoldo entre los condiscípulos más rebeldes del colegio nacional cordobés, hayan incidido en el descubrimiento de otros autores —Lamarck, Darwin, Haeckel, Spencer, Comte, Tolstoy, Zola—, al punto tal que el rector del Colegio Nacional de Monserrat citó a su abuela, recomendándole que vigilase las lecturas de su nieto.

Hay semejanza entre los futuros amigos respecto del capital escolar. Ingenieros cursará sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires mientras Lugones lo hará en el Colegio de Monserrat. El año 1892 los encontrará casi en simultáneo, uno en Buenos Aires, el otro en Córdoba, al frente de dos huelgas estudiantiles. Ingenieros cursaba el 5° año del Colegio Nacional bajo el rectorado de Adolfo Orma. En el contexto del conflicto desatado en el ámbito educativo entre los sectores laicistas y clericales, Orma es destituido cuando los alumnos abuchean al inspector general de enseñanza, Santiago Fitz Simons. El nuevo rector, Valentín Balbín, es resistido por el joven Ingenieros y sus condiscípulos. Lugones cursaba en 1892 el 4° año del Colegio Nacional y se iniciaba como orador al frente del movimiento estudiantil que se levantaba en huelga contra el severo régimen disciplinario impuesto por el rector Tarasco Castellanos. Ingenieros exige la renuncia de Balbín, Lugones la de Castellanos.

Ingenieros venía llevando adelante una carrera ascendente en el sistema educativo, que había comenzado en Buenos Aires en el Colegio Catedral del Norte (hoy José Manuel Estrada) dirigido por Froncini y más tarde por Pablo Pizzurno, que se continuaría enseguida en la Universidad de Buenos Aires y se prolongaría luego en universidades europeas. Lugones, en cambio, ya se ha involucrado en los círculos liberales de la ciudad, es una joven promesa entre los poetas y los periodistas, y no ha de concluir siquiera el bachillerato, emprendiendo desde entonces una formación autodidáctica. Así, aparece en diciembre de ese mismo año leyendo el poema «Los mundos» en un acto en el Teatro Rivera Indarte, de la Avenida Vélez Sarsfield. Es el poeta profético de la anunciación revolucionaria:

Ese día llegó cuando del siglo
la luz en los espacios alboreaba;
y el pueblo eterno mártir
de todas las batallas,
adivinó, como el arcángel bíblico,
que de casta de dioses era su alma.
(«Los mundos», en **Primeras letras**, 1947: 15).

Al concluir, los asistentes recorrieron las calles de la ciudad cantando estribillos opuestos al gobierno provincial (Canedo, 1974). El paralelismo se acentúa de modo singular en 1893, año de la iniciación en el periodismo liberal y también del segundo levantamiento radical. El 1° de junio Ingenieros lanza el primer número de **La Reforma. Periódico literario estudiantil**, donde alterna

textos en los que fustiga la gestión del rector Balbín con poemas que firma Catulo. **La Reforma** alcanza a publicar ocho números, apareciendo el último el 20 de agosto. Lugones, por su parte, lanza hacia el mismo mes el periódico **Los Principios. Periódico literario liberal**. Pero la insurgencia radical lo obliga a suspender la publicación por unos meses. El 19 octubre, finalmente, relanza **Pensamiento Libre** como quincenal de orientación librepensadora con la ayuda de su amigo Nicolás González Luján, responsable de la administración y, por otra parte, su futuro cuñado. Según declara el editorial, abogará por la «difusión de las ideas liberales y democráticas». Alcanza a publicar nueve números (en **Primeras letras**, 1947: 7 y ss.).

Los dos levantamientos cívico-militares de la Unión Cívica, el primero en julio y el segundo en septiembre de 1893, empujaron tanto a Ingenieros como a Lugones al ejercicio de las armas. Curiosamente lo hicieron en bandos enfrentados. Ingenieros participó, junto a otros compañeros de **La Reforma**, de la insurrección radical que comandaba Hipólito Yrigoyen en la Provincia de Buenos Aires: tomó parte en los combates de Quilmes, bajo los órdenes Miguel A. Páez, y en el de Ringuelet, bajo el mando del Capitán Eduardo Dasso, siendo felicitado en este último por el jefe de las fuerzas revolucionarias (**La Reforma** n° 8, 20/8/1893). Lugones, en cambio, que acababa de acceder —gracias a los contactos de su padre con el Partido Autonomista provincial— a un puesto municipal en el Registro civil, es convocado por el gobierno provincial a integrar una guardia nacional para resistir a los rebeldes. El joven Leopoldo había recibido instrucción militar y alcanzado el grado de teniente cuando marchó en tren con un batallón de voluntarios rumbo a Rosario. El convoy fue atacado por los rebeldes, quienes finalmente fueron sofocados. A su regreso a la capital provincial, Lugones fue ascendido al grado de capitán. Lugones volvió a su quehacer poético y periodístico: relanzó entonces su periódico anticlerical, publicó poemas con el seudónimo de Gil Paz y publicó en folleto su primer poemario: «Los mundos».

En las jornadas fundacionales del Partido Socialista

El año 1894 encontrará a Lugones descubriendo y auspiciando el socialismo en Córdoba y a Ingenieros incursionando en el de Buenos Aires. Seguramente, no es ajeno el hecho de que el 7 de abril de ese año aparezca en Buenos Aires **La Vanguardia. Periódico socialista científico, defensor de clase trabajadora**, fundado por Juan B. Justo.

El 13 de octubre de ese año, siendo Ingenieros estudiante de medicina, observaba con su discípulo Ángel Giménez las columnas de trabajadores que se concentraban en la Plaza Rodríguez Peña para dirigirse a la Plaza de Mayo, al mitin a favor del proyecto de jornada laboral de 8 horas presentado por el concejal Eduardo Pittaluga. Justo, su profesor de la Facultad de Medicina, los invita a incorporarse a las filas socialistas. Menos de dos meses después, el 7 de diciembre, Ingenieros y Giménez, junto a una docena de estudiantes, fundan en el Hospital de

Clínicas el Centro Socialista Universitario (CSU), que se proponía «perseguir los fines del socialismo científico representado por el Partido Socialista Internacional». Ingenieros fue su primer secretario. El CSU se sumó al Partido Socialista Obrero Internacional, formalmente creado en abril de 1894 como enlace entre tres de los grupos socialistas entonces existentes (Agrupación Socialista de Buenos Aires, *Les Egaux* y *Fascio dei Lavoratori*). Sin embargo, la verdadera estructuración partidaria estaba todavía pendiente y desde entonces comienza para Ingenieros un período de activismo socialista febril que se extenderá por un lapso de ocho años. Será designado miembro del comité central y secretario del Partido por la convención reunida el 13/4/1895; el orador infalible en los actos del 18 de marzo (aniversario de la Comuna de París) y del 1° de Mayo (el día del trabajador); el propagandista que se enfrenta tanto con católicos como con anarquistas en las prolongadas jornadas de controversia. En octubre de este año aparece «¿Qué es el socialismo?», su folleto destinado a la iniciación y difusión del ideario del CSU, y causa de una agria polémica con el socialista de origen alemán Germán Avé-Lallemant en las páginas del periódico socialista **Vorwärts** (Tarcus, 2007a).

Entre tanto, los socialistas cordobeses comienzan a reunirse en el año 1894. Según testimonio del propio Lugones, alcanzaban por entonces el número de ochenta simpatizantes (Lugones, 1904/1963: 157-9). Hacia agosto de 1895 convoca Lugones una reunión en Córdoba con vistas a constituir formalmente el Centro Socialista de esa provincia. Viaja enseguida a Buenos Aires, por primera vez, para entablar relaciones con el partido en formación. Juan B. Justo lo recibe en la redacción de **La Vanguardia**. Allí nace la amistad con el abogado Carlos Malagarriga, con el escritor y periodista Roberto Payró y, sobre todo, la hermandad con José Ingenieros.

Lugones tiene entonces veintiún años, Ingenieros dieciocho. Como se desprende del paralelo trazado hasta aquí, el poeta socialista que incursiona en la biología y en la sociología, y el sociólogo socialista y estudiante de medicina que escribe versos con seudónimo, tenían experiencias, lecturas y anhelos comunes. Ya hablamos del librepensamiento, de las rebeldías estudiantiles y del socialismo. Aún hemos de referirnos al modernismo, a los cenáculos protovanguardistas de la bohemia y a la masonería.

Pero no nos anticipemos. Lugones regresa a Córdoba luego de su incursión porteña lleno de entusiasmo: en casa de González Luján reúne a sus amigos para transmitirles sus experiencias con el socialismo bonaerense. A comienzos del mes siguiente, según informa **La Vanguardia** del 8 de septiembre, están creando en la localidad de San Francisco el Centro Socialista Obrero Internacional de Córdoba. En sesión del día 28 se han dado un reglamento, que adjuntan en nota del 1° octubre al Comité Central del Partido Socialista Obrero Argentino para su aceptación. Lugones y su hermano Santiago están entre los firmantes.²

² Original en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI.



Comienza entonces la correspondencia entre los amigos y una estrecha colaboración, que se extenderá por un lustro. Vale la pena transcribir completa — respetando la característica grafía de Lugones, que sigue las pautas de la reforma ortográfica chilena— esta primera carta en la que acusa recibo del folleto «¿Qué es el socialismo?»

Córdoba, otre. 28 de 1895

C° José Ingenieros

De mi estimación:

Acabo de leer su interesante trabajo sobre el socialismo científico i su adaptación posible en la Argentina.

Pídeme usted un juicio, i en rigor de verdad, debo declararle que soi incapaz de formularlo, claro, en concepto científico. Discípulo todavía, apenas puedo atreverme a una apreciación en general de su trabajo, no, sin embargo, a una resolución decisiva sobre el mismo.

Entrando, pues, a hacer algunas observaciones sobre su trabajo, me permitirá decirle, que hubiera querido hallar en él contenidas ciertas definiciones, necesarias, porque en mi sentir las definiciones son como teoremas de vastísimos desenvolvimientos en lo teórico, i más, si se quiere en lo práctico. Por ejemplo, en su libro abunda la palabra justicia, repetida siempre con razón, es verdad, pero no definida, i esta cuasi falta implica una vulnerabilidad de que no dejará de aprovecharse cualquier burgués perspicaz o anarquista platónico, de los que consideran a la justicia como una abstracción simbólica, como un principio conservador, cuando es, dígame lo que se quiera, el más revolucionario de los principios.

Me explicaré mejor: Para mí la propaganda socialista debe jirar en estos dos quicios: Libertad i Justicia, definidas como La acción voluntaria que no daña a nadie, i como La necesidad manifiesta del mayor número, respectivamente; definiciones, como Vd. ve, eminentemente positivistas. Ahora bien, demostrado que hai una voluntad en ejercicio que daña (la burguesía) se deduce que la libertad no existe, i poniendo en claro que la reforma social es la necesidad manifiesta y surjente del mayor número, se prueba que ella es la justicia. Siguiendo por esta vía que en apariencia es silogística i que no es más que una lei de jeneración progresiva, resultante del análisis, llegamos a demostrar que asistidos de la justicia, luchamos por la libertad. Mucho más que las cifras, mucho más que las necesidades i dolores puestos en claro, tengo la creencia de que una exposición doctrinaria i racional como la enunciada, obtendría la adopción del gremio estudiantil, a quien dedica Vd. su juicioso libro.

La vida del aula desarrolla cierta tendencia al razonamiento abstracto, que es bueno no contradecir violentamente, i que, siempre, tiene la conveniencia de dar a la reflexión una especie de etereidad refractaria al apasionamiento que siempre engendra la exposición de las culpas demasiado horribles.

Por otra parte, como siguiendo ese método, hai, para fundarlo, necesidad de recurrir a la prueba, ahí tiene Vd. la aleación posible i benéfica de la crítica con el raciocinio, del hecho con el derecho, del ejemplo con la máxima.

La tendencia revolucionaria del elemento latino, resulta de su afición a la lógica, que en evolución, conduce forzosamente a la revolución; i por ende creo que con la lógica debe propagarse la nueva idea en las naciones de origen latino. Desde luego, ningún socialista cree ya en la transformación pacífica, i Vd. mismo predice la revolución; entonces no hai inconveniente en aceptar el método que conduce al desiderátum revolucionario.

Esperaba, además de esto, un capítulo en su libro: un capítulo que pudo titularse La mentira del ahorro, por ejemplo, tendiente a demostrar por el examen de la lei de los salarios, la imposibilidad en que está el obrero de ejecutarlo. Vd. sabe que el ahorro es la mentira más peligrosa de que se ha valido la burguesía, para fomentar en el obrero esperanzas que son siempre paños de Penélope. Es éste en mi sentir un punto capitalísimo, con más razón digno de tratarse, si se considera que corren abundantemente entre nosotros obras como la de Smiles, sobre la materia, con visos de evangelios o códigos filosóficos, envueltos en una especie de sagrada inviolabilidad. Hacerle comprender al obrero, que en el dintel de su clase está escrita la frase que Dante colocaba en la puerta de los infiernos, en enseñarle una verdad, talvez la más tremenda, porque hace de su porvenir una verdadera roca de Sísifo.

Pero esto, será, no lo dudo, la base quizás de otro trabajo suyo, pues no es de esperar se detenga quien empieza tomando su puesto en la fila, armado de tan bien templadas armas.

En síntesis, su folleto es juicioso, rico de criterio, i sobre todo, desprovisto de esa hueca i impulsiva fraseología que es el escollo en que generalmente tropiezan los propagandistas. Vale más pecar de seco que de empalagoso.

Mi más calurosa felicitación por su primer paso en la senda escabrosa de esta emancipación social, deseada por todos los que queremos realizar el reinado del bien pleno, i mi deseo de que consiga ser odiado por la burguesía encanallada i rapaz, tanto como es estimado por este su compañero, a quien ha de permitir, desde hoy, llamarme cariñosamente suyo affmo amigo.

Salud i R.S.

L. Lugones³

Ingenieros y Lugones construyen su hermandad espiritual en torno a ese socialismo de librepensadores, donde se conjugan los ideales de Justicia y Libertad con el determinismo de la «ley de los salarios»; y donde la ética del productor, material e intelectual, se erige contra la inmoralidad del burgués, rapaz y canalla.⁴ Ingenieros, en su folleto, había distinguido entre el socialismo reformista anglosajón y el revolucionario latino, para

³ Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en poder de Horacio Valla Ingenieros.

⁴ En otro trabajo me propuse distinguir las etapas sucesivas del socialismo del joven Ingenieros: brevemente, postulé el influjo del «socialismo integral» de Malon para 1895; el socialismo revolucionario de Jean Allemane para 1897; el materialismo económico de Loria para 1900 y el socialismo reformista de Turatti para 1905 (Tarcus, 2007a).

sostener la conveniencia de las tácticas reformistas mientras se mantuviera una estrategia revolucionaria. Lugones acaba de escribirle al amigo señalando que en las naciones de origen latino, como las de América del Sud, se impone entonces la prédica revolucionaria: «Desde luego, ningún socialista cree ya en la transformación pacífica, ¡Vd. mismo predice la revolución!». La propaganda socialista, para los dos amigos, antes que la acción política y el cooperativismo, como la concibe Justo, no será sino crítica ideológica a las ilusiones burguesas en el seno del proletariado (el «ahorro» de Smiles, pero también el parlamento, la política misma...) y crítica moral a la inmoralidad del mundo burgués, a la que la política no es en absoluto ajena.

De igual modo que su amigo Ingenieros en Buenos Aires, Lugones y su grupo empastan afiches en las paredes de los talleres de la ciudad, levantan tribunas y hacen llamados a los obreros, a los empleados e incluso a los escritores a afiliarse al Centro. La campaña proselitista en diversas ciudades de la provincia a favor del socialismo hace conocer la voz tronante del joven Lugones, donde consigue algunos adeptos pero sobre todo levanta las protestas y la inquina de los sectores tradicionales. Lugones quiere rugir sus versos insumisos y la prosa de su socialismo romántico, pero en la tradicional ciudad mediterránea el peso agobiante de la Iglesia católica le pone sordina a su voz y le va cerrando los caminos. Entiende que ha alcanzado un techo en aquella ciudad y proyecta instalarse en Buenos Aires.

El episodio que sigue es bien conocido: Lugones le escribe desde San Francisco a su amigo el poeta Carlos Romagosa en Córdoba, pidiéndole apoyo para emplearse en un diario de Buenos Aires. Romagosa, hombre de la generación anterior pero sensible a la innovación que traía el modernismo literario, escribe la célebre carta de recomendación a Mariano de Vedia, director del diario **Tribuna**, tan citada en la bibliografía lugoniana. Si bien Romagosa apela en su presentación a las redes familiares —«Leopoldo Lugones es pariente de aquel distinguido 'intelectual' malogrado que se llamó Benigno Lugones», destaca enseguida las cualidades del escritor —«Escribe en prosa y en verso con la misma facilidad, y con el mismo estilo exuberante y resplandeciente»— y le advierte a este hombre del roquismo que el tono indignado y apostrofante no es sino producto pasajero de su juventud:

Cuando haya vivido y aprendido más; cuando los continuos desencantos maceren implacablemente su vehemencia; cuando palpe la realidad y penetre y conozca a fondo los hombres y las cosas, y se convenza de que todo esfuerzo sincero es definitivamente estéril, porque se estrella en lo refractario de la arcilla de que estamos amasados; y que no es cuerdo exigir de los hombres lo que no es susceptible de la naturaleza humana: la perfección; cuando sucede en él todo esto, entonces dejará el apóstrofe, arma violenta e irritante, que esgrimen los que creen y esperan con cándida vehemencia... («La carta de Romagosa», en **Nosotros**, 1938: 12 y ss.).

La amistad con Darío y el cenáculo de La Syringa

Como se desprende de la carta de Romagosa, Lugones no es de aquellos que, como su amigo Ingenieros, o como Mario Bravo, o muchos otros socialistas, cultivan la prosa de la propaganda socialista y en los tiempos libres riman algunos versos; Lugones es, antes que nada, un poeta; o en todo caso, como lo reconocerá enseguida Darío, «un poeta socialista». De modo que Lugones no sólo va a conformar con Ingenieros el ala revolucionaria del Partido Socialista, sino que va a integrar, también con Ingenieros, el ala modernista del Ateneo de Buenos Aires, que emergió en 1893 como una de las instituciones culturales más prestigiosas y prestigiantes de la élite porteña.

Darío había llegado a Buenos Aires el 13 de agosto de 1893. Contaba apenas veintiséis años, pero venía de publicar **Azul** en Valparaíso, libro que había merecido el respaldo consagratorio de Juan Valera; y de ser recibido por José Martí en Nueva York, que lo estrechó en sus brazos y le susurró: «¡Hijo!». Darío pasó tan sólo cinco años entre nosotros, pero su poesía revolucionó el incipiente campo literario local, siendo acogida no sólo por las revistas literarias de la nueva generación sino incluso por el severo Groussac en las páginas de **La Biblioteca**. Es que en 1896 Darío publicará en Buenos Aires dos libros considerados como la consagración del modernismo literario: **Los raros** y **Prosas profanas**.

Aunque ideado para diferentes fines por Rafael Obligado y otras figuras de la élite porteña, el Ateneo —una institución cultural concebida a la manera de los ateneos liberales europeos, a medio camino entre los antiguos salones literarios de la élite y las modernas salas de conferencias y los Museos de Bellas Artes del '900— parecía creado a la medida de Darío. El Príncipe de las letras castellanas llegó providencialmente a Buenos Aires cuando el Ateneo comenzaba a florecer. Había sido formalmente fundado el 23 de julio de 1892 en una reunión de intelectuales celebrada en la casa de Obligado; pero el local público se abrió un año después, el 15 agosto de 1893, bajo la presidencia del anciano patriarca Carlos Guido y Spano, en «los altos» (como se decía) del Nuevo Banco Italiano, Rivadavia frente a la Plaza de Mayo; dos años después se mudó a otro salón no menos elegante situado en el *Bon Marché* de la comercial calle Florida al 783 (hoy Galerías Pacífico). La nueva asociación artística y literaria de la élite porteña será espacio de debate entre los consagrados poetas románticos y los jóvenes modernistas emergentes, capitaneados por Darío. Ingenieros está entre los primeros socios: su carnet, firmado por Calixto Oyuela, data de julio de 1893.⁵

Lugones llega a Buenos Aires en febrero de 1896. Ingresará aquí a la redacción del diario **El Tiempo**, que Carlos Vega Belgrano había fundado en 1893. Vega Belgrano, periodista y escritor, nieto del prócer y una suerte de mecenas de los modernistas, dará un impulso vital al Ateneo y financiará la edición de **Prosas profanas** de Darío y **Las montañas del Oro** de Lugones. Entre reseñas de libros y ensayos diversos, Lugones anticipa en las páginas de **El Tiempo** varios tra-

⁵ Original en el Fondo José Ingenieros, CeDinCl.

mos de su poemario socialista **El misal rojo** —igual que con los **Salmos rojos** de Borges dos décadas después, **El misal rojo** nunca fue publicado. Apenas tres meses más tarde, el 8 de mayo, encontramos a Leopoldo Lugones en El Ateneo leyendo su *Profesión de fe*.

Desde las páginas de **La Vanguardia**, un suelto anónimo —¿José Ingenieros?— participa a los socialistas del éxito del camarada en el mundo literario: «Leopoldo Lugones, nuestro compañero de Córdoba, es presentado al mundo literario de Buenos Aires, leyendo en el Ateneo su hermosa 'Profesión de fe'. En ella canta a la ciencia y a la igualdad, fulmina al dios Millón, desprecia al clero, espera de la agitación del pueblo, excita a la lucha por la idea, pinta sus dolores y predica su triunfo». Roberto Payró saluda el arribo del poeta de **Azul** desde las páginas de **La revista nueva**, que desde 1893 venía publicando a algunos de los jóvenes modernistas. Pero la consagración será la nota de Darío, «Un poeta socialista», aparecida también en **El Tiempo (Primeras letras, 1947: 31-32)**.

El propio Darío intenta con Ricardo Jaimes Freyre capitalizar en un órgano propio la fructífera cosecha entre los jóvenes porteños y lanza la **Revista de América**, pero el proyecto naufraga en el tercer número. Recién el 20 de julio de 1898, cuando Groussac debió clausurar **La Biblioteca**, el poeta Eugenio Díaz Romero se decide a lanzar en Buenos Aires **El Mercurio de América**, de modo que los modernistas del Ateneo contarán ahora con una suerte de órgano oficioso.

Después de las veladas del Ateneo o del trabajo en la redacción del **Mercurio**, en la calle Florida, el grupo rubendariano continúa con sus discusiones, sus lecturas y sus bromas en los restaurantes porteños y trasnocha luego en los cafés de la bohemia. Darío lo recordó en las memorias que escribió a pedido de **Caras y Caretas**: «Claro que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías». Y añadía: «Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud» (Darío, 1915).

Muchos de ellos escribían en los mismos cafés, como lo recordaba Darío en ese mismo texto —«Casi todas las composiciones de **Prosas Profanas** fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de **La Nación**, ya en las mesas de los cafés, en el Aue's Keller, en la antigua casa de Lucio, en lo de Monti»— y en aquel poema en que cantó nostálgico sus vida porteña, celebrando la camaradería de artistas, periodistas y escritores, más allá de las diferencias políticas:

Kants y Nietzsches y Schopenhauers
ebrios de cerveza y de azul
iban, gracias al *calembour*
a tomarse su *chop* en *Auer's*.

Yo era fiel al grupo nocturno
y en honor a cada amigaso
allí llevaba mi pegaso
y mi siringa y mi coturno.

(Darío, 1909/1995: 313).

Hace aquí Darío una alusión a una de las fuentes de su poesía, la dionisiaca, y al mismo tiempo al cenáculo porteño de La Syringa que se congregó en torno suyo. Es que Darío, como lo señaló Machado, pulsó magistralmente la lira poética al mismo tiempo que hizo sonar los tonos menores de la flauta pánica («bruma y tono menor..., toda la flauta/ y Aurora, hija del sol..., toda la lira»).⁶

El grupo que constituía La Syringa en torno a Darío estaba formado por un grupo círculo íntimo de «Pentarcas» compuesto por José Ingenieros, el crítico y musicólogo José Ojeda y los poetas y periodistas Antonio Monteavaro, José Pardo y Luis Doello Jurado; y en torno de ellos, otro círculo concéntrico formado por Eugenio Díaz Romero, Ricardo Jaimes Freyre, Leopoldo Lugones, Américo Llanos, José León Pagano, Charles de Soussens, Luis y Emilio Berisso y Mauricio Nirenstein. El grupo se disgregó con la partida de Darío, pero conoció un renacimiento a principios del '900, esta vez en torno a Ingenieros. Lugones, que participó marginalmente de la primera Syringa, parece haber sido ajeno a la segunda; Jaimes Freyre partió a Tucumán en 1901; en cambio, se sumaron en esta etapa nuevos syringos, como Manuel Ugarte, que llegaba de París con su incipiente antipersecutionismo y Florencio Sánchez, que venía de Montevideo para triunfar en Buenos Aires con «M'hijo el doctor».

Los «templos» a los que alude Darío en sus poemas no son otros que los cafés y los bares de la bohemia porteña: «lo de Monti», «lo de Lucio», la cervecería alemana Aue's Keller, la Confeitería Suiza de Cuyo y Maipú, el Café de Los Inmortales y «lo de Hansen», en Palermo; aunque también se reunieron en la casa de Luis Berisso de la calle Charcas o luego, en la segunda Syringa, en el consultorio de Ingenieros de la avenida Santa Fe.

Diarios y revistas publicaron durante estos años poemas eróticos firmados por un tal Hermenio Simel, como aquel «Beso pagano», que aparecía dedicado a Rubén Darío:

Los mismos lirios tuvieron celos: la inmaculada
siente el veneno roer su carne, se siente loca,
bajo las fiebres afrodisíacas que la reclaman.⁷

No era otro que Ingenieros, en uno de los heterónimos con los que tanto disfrutaba desdoblarse, dando a conocer los textos que leía en aquellas «tenidas». Herminio provenía de Hermes, cuya adaptación romana con el dios Mercurio aludía al **Mercurio de América**. Simel leído al revés es Lemís, y alude a *Lemice Terrieux*, seudónimo de Paul Masson, una suerte de Alan Sokal del París finisecular que enviaba falsas colaboraciones científicas a diarios y revistas, quienes las publicaban confiadamente sin advertir que

⁶ La cita corresponde al poema «A Rubén Darío» de Antonio Machado citado por Delia Kamia (seudónimo de Delia Ingenieros) y Reyna Suárez Wilson en un libro que quedó inconcluso y que iba a publicarse con el nombre de **La Syringa**. Diversas versiones de los borradores del volumen se conservan en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

⁷ Hermenio Simel, «Beso pagano», fragmento. En Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

Lemice Terrieux se trataba de un seudónimo que sonaba a *Le Misterieux*, «el misterioso». Según fuentes de la época, «Terrieux» llegó a interesar con sus comunicados a la mismísima Academia de Ciencias francesa... (Martí, 1958).

Hay un texto de Ingenieros en que Ingenieros explicó el «Origen y esencia de 'La Syrninga'». Sólo que lo hizo en jerga syringal... Leamos:

La Syrninga, institución de estética y de crítica, preexiste, existe y subsiste. Es un exponente del espíritu dionisiaco y, como él, remonta su origen hasta la primera sonrisa del piteco ancestral. Todo syringo es dionisiaco; puede, ulteriormente, ser apolíneo.

El carácter de syringo no se confiere u otorga; se reconoce y comprueba. El espíritu syringal reviste gradaciones; en la América Latina alcanza hasta el quinto grado; se ignora la existencia de grados superiores, pues nadie puede presumir ni comprobar cualidades que exceden de su comprensión.

Cierta noche de conversaciones satanistas, en el salón del 'Ateneo', Rubén Darío y yo prolongamos la plática hasta el amanecer. Y tuvimos este diálogo:

—Rubén: nace el lucero. Maullará por tres veces el gato negro.

—Déjame pensar en el unicornio...

—Oye...

Y oímos, a lo lejos, los tres maullidos, tristes y dolorosos como una queja sepulcral.

Rubén continuó;

—Presientes las voces macabras...

Y acercando sus labios a mi oído, murmuró misteriosamente:

—¡Eres syringo!

—Tú posees el quinto grado —le respondí.

—Es también el tuyo, pues de otro modo no me interpretarías. Y poniendo en contacto las yemas de nuestros pulgares, permanecemos silenciosos durante cuatro horas, sorprendidos por el descubrimiento recíproco.

Es cuanto puedo revelar, exotéricamente, sobre la esencia y origen de la Syrninga. Las revelaciones de carácter esotérico son imposibles: perderá la voz quien intente hablarlas, y sufrirá parálisis de la mano quien ose escribirlas; por otra parte, serían absolutamente incomprensibles para los 'incíreces', es decir, para los 'no-syrningos'.

José Ingenieros
(1904)

Ingenieros conservó entre sus papeles algunos testimonios de estos años de bohemia. Uno de ellos es la carta que le envía Darío desde París en octubre de 1903, cuando recibe una de las entregas de los **Archivos de Criminología, Medicina legal y Psiquiatría** y el libro de Ingenieros **La psicopatología en el arte**:

París, Oct. 25 1903

Mi inolvidable amigo:

Mil gracias por su constante envío de su sabia revista, y

sobre todo por su libro sesudo y justo sobre la obra y personalidad de nuestro potente Sicardi. Le he seguido de lejos, y me he complacido cuando he notado que Lemice ha subido muy alto. Me regocijo y soplo mi siringa en su honor.

¿Cuándo le veré por estos mundos?

Mis recuerdos a mi querido y excelente amigo Becú, a Díaz Romero, a Ojeda, a Nirenstein y demás antiguos miembros de la capitalla en que se cantaba cierto célebre himno:

«.....»

Verá en Sion... al Nazare ...no»;

y usted reciba un abrazo, después de tanto silencio, de su amigo

Rubén Darío

Darío alude aquí a un poema de su autoría dedicado al poeta bohemio Charles de Soussens, elaborado en una de aquellas noches syringales y que acabó por convertirse en el primer himno de la cofradía. Soussens, bohemio entre los bohemios, había nacido en Friburgo, pero Ingenieros bromeaba diciendo que en verdad era «ginebrino». Lysandro Galtier en su citado libro sobre el poeta suizo-francés lo transcribe, pero Dalia Kamia rescató una versión más completa y algo diferente, escrita de puño y letra de Darío:

Soussens, hombre triste y profundo,
Verá en Sión al Nazareno.

Soussens es el hombre más bueno
más bueno del mundo.

Soussens, *sans sou* [a menudo sin], poeta, tú,
Que aborreces siempre el «Bon Sens» [Buen Sentido],
Estarás siempre *sans le sou* [sin dinero],
Soussens!

Pero vencerá Belzebú,
Siendo tu insignia aquí La France,
Dinos versos franceses, *Sous*
Sens [*sous sens*: ¡en marcha!].

R. Darío⁸

Otro de los documentos conservados por Ingenieros es el poema «Amonestación», que compuso Darío en una de aquellas noches y que se conserva escrito de su puño y letra. Como se refiere a las vicisitudes sufridas por Ludovico —Luis Berisso, uno de los syringos— en su proceso de transmigración, y dado que Ojeda e Ingenieros lo musicalizaron y el cenáculo lo adoptó como uno de sus himnos, aparece referido en la literatura de la bohemia porteña como «Himno a Berisso». Esta es la versión, ligeramente distinta a la conocida, que transcribo del manuscrito de Darío:

⁸ Transcripto por Dalia Kamia y Reyna Suárez Wilson, manuscritos inéditos de **La Syringa**. Fondo Ingenieros, CeDInCI.

AMONESTACIÓN

Música de Ojeda e Ing.[engnieros]

Ludovico se sigue así
 sufrirá en su transmigración
 Tornarse ha en un ouistití
 Querrá ver a José Martí.
 Y daranle a comer maní
 Y daranle a leer a Pi
 Y oirá música de Chapí,
 Ingegnerios le hará fí! fí!
 Será amigo de Bonmatí
 Y Becú negarale el sí
 Tendrá cartas desde Calí
 Tendrá queso de buen Taffí
 Y panales de Camoatí
 Y una estola daranle allí
 bien tejida de ñandutí
 Ludovico se sigue así.
 Padecerá eso en su transmigración.

Con Pi puede aludir al escritor catalán Pi y Margall; Ingenieros hipnotizaría a Ludovico haciendo un pase con sus manos (fí! fí!); Bonmatí era un librero de aquellos años; Carlos Alberto Becú es el poeta modernista, pionero del verso libre a la francesa...

El poema está acompañado del dibujo de un fauno tañendo la syringa y de una nota en la que pide al cenáculo la aprobación del himno:

A los miembros de consejo de La Siringa
 envío para su aprobación y adopción
 e instrumentación,
 esa canción.
 2ª de la serie
 y primera de 1898.

La firma es un monograma: Rubén como una suerte de animalito y Darío, un cisne.⁹

Un breve excursus interpretativo: La Syringa

¿Cómo entender La Syringa? ¿Peña literaria, cofradía, sociedad secreta, manifestación de la bohemia artística, estudiantina, burla casi adolescente? ¿Es pura «fumistería», mera burla cruel de los «sobreadaptados» a expensas de los «nuevos», de los «viejos», los «inocentes» y de todos desprevenidos que quedaban fuera del código —como han querido habitualmente los críticos nacionalistas de Ingenieros, desde Emilio Becher y Gálvez, Doll y Anzoátegui, hasta los populistas en el presente? Incluso algunos socialistas pusieron sus reparos: uno de sus partícipes tardíos, Ugarte, recordaba los años de La Syringa no sin remordimientos,

y Dardo Cúneo solía preguntarse qué quedaba de Ingenieros detrás de sus «piruetas»...

Esta hermandad consagrada al semidiós griego Pan y que celebraba el culto del vino, de la poesía, de la música y de la risa —una suerte de «trouville de bohemios a lo Barrio Latino», como señaló un cronista de la época— tenía un evidente carácter lúdico. Hay sin duda en el grupo, con sus «pentarcas», sus «templos» y sus «tenidas», su jerga exotérica y esotérica —*syringales*, *incírcices*, *lemís*, *lemishear* y un largo etcétera— y sus burlas a menudo crueles a los desprevenidos «incírcices» —los no syringos—, algo de *fumisterie* a la francesa, a la manera del extravagante poeta francés Émile Goudeau y su *Circle des Hidropathes de la rive gauche*.

Sin embargo, no podría reducirse fácilmente, como se ha querido con frecuencia, a una manifestación de la burla de jóvenes positivistas ufanos de su éxito social frente al candor provinciano (la «cachada porteña»), la simplicidad de los inmigrantes o las creencias esotéricas del *fin-de-siècle*. En primer lugar, no todos los consagrados a la risa fueron socialmente exitosos por igual: algunos *permanecieron* en la bohemia, y muchos de ellos son además provincianos, inmigrantes o hijos de inmigrantes. Además, Gutiérrez Girardot ha identificado el histrionismo de los artistas modernos, la celebración colectiva en los bares y el culto de la risa entre las características de la bohemia artística *fin-de-siècle*:

Para la sociedad, bohemio y poeta fueron sinónimos, y como en sus propósitos *épatteur le bourgeois*, los poetas escandalizaban con extravagancias, acentuaban el rasgo de bufón que tenían esencialmente en la imagen que de ellos trazó Nietzsche. Se reunían en cafés porque allí encontraban lo que les negaba la sociedad: reconocimiento, público, contactos, admiración, seguidores, y porque huían de la mansarda pobre y de la soledad. El café era un mundo contrario al de la vida cotidiana burguesa... (Gutiérrez Girardot, 2004: 151-52).

En segundo lugar, y todavía más importante, su credo científicista no aparecía para ellos reñido entonces con el cultivo de metafísicas llamémosles «espiritualistas» en boga en aquellos años, desde la filosofía de Nietzsche —a quien Ingenieros y Lugones, iniciados por Darío, leyeron intensa y apasionadamente— hasta otras más bien oscuras y menos perdurables, como la misma teosofía. El interés que despertó en aquellos años este curioso sincretismo elaborado por Mme. Blavatsky en figuras como José Martí, Rubén Darío, Amado Nervo, Herrera y Reissig, Santos Chocano, Leopoldo Lugones e incluso José Ingenieros, pone de manifiesto las afinidades electivas entre la teosofía y la cultura modernista.¹⁰

En tercer término, habría que recordar que la fe de Ingenieros y Lugones en la ciencia y en el socialismo como prácticas que por definición aspiraban a la transparencia y a la mayor publicidad,

⁹ Original en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI. Está reproducida fotográficamente en **Fondo de Archivo José Ingenieros. Guía y catálogo**, Buenos Aires, CeDInCI / UNSAM, 2011.

¹⁰ Poniendo el foco en un período inmediatamente posterior, Ricardo Melgar Bao y Eduardo Devés han sugerido una serie de afinidades electivas entre la teosofía y el antiimperialismo latinoamericano de los '20, e incluso entre teosofía y anarquismo (Devés, 2007).

no les impidió tampoco iniciarse en la masonería ni practicar sus ritos, alcanzando ambos el grado treinta y tres.¹¹ Los dos amigos, a los que se sumará enseguida Florencio Sánchez, se reunían por las noches en el Club de Residentes Extranjeros con los masones de dos o tres generaciones —Miguel Cané, Alejo Peyret, Olegario V. Andrade, Joaquín V. González, Eduardo L. Holmberg, Eduardo Wilde, Enrique García Velloso. En este sentido, deberíamos añadir las redes masónicas como otra de las formas de incorporación de los nuevos a la élite.

La crítica nacional-populista, al identificar una contradicción entre el cientificismo reinante y la fascinación de los intelectuales por los rituales y las fórmulas mágicas, o al atribuir esta última a pura «simulación», desconoce la paradoja propia del proceso de secularización de la modernidad que ha señalado Gutiérrez Girardot al recordarnos las reflexiones de Durtal, el personaje de *Làbas* (1891) de Huysmans: «Qué época más extraña... Justamente en el momento en que el positivismo respira a todo pulmón, se despierta el misticismo y las locuras de lo oculto». Y añadía:

Pero siempre ha sido así; los fines de siglo se parecen. Todos vacilan y están perturbados. Cuando reina el materialismo, se levanta la magia. Para no ir más lejos, mira el siglo pasado. Al lado de los racionalistas y los ateos, encuentras a Saint-Germain, Cagliostro, Saint-Martin, Gablis, Cazzote, las Sociedades de Rosacruz, los círculos infernales, como ahora (cit. en: Gutiérrez Girardot, 2004: 73).

Se olvida a menudo que el mismo positivismo no fue un puro racionalismo sino «una nueva teología intramundana con una jerarquía eclesial y hasta el culto de una Virgen (Clotilde de Vaux)» (*Id.*, 78). Lo que postulaban los positivistas latinoamericanos, y en esto Ingenieros no fue la excepción, es que se podía tener «una moral sin cristianismo». En suma, la secularización del mundo «no fue solo una 'mundanización' de la vida, una 'desmiraculización' del mundo sino a la vez una 'sacralización' del mundo» (*Id.* 79-80).

Así, mientras los nacionalistas franceses sacralizaban la nación, elaborando sus símbolos, celebrando sus ritos y sus cultos —esto es, secularizaban el vocabulario de la misa y de la praxis religiosa—, los modernistas hispanoamericanos invertían la poesía mística para expresar algo profano, como la incertidumbre del poeta en Machado; o profanaban la misa y sacralizaban el eros, como en Darío, donde el poeta no era sino el sacerdote de la misa erótica, la hostia una vestal ardiente y acto de amor, la consagración (*Id.*, 82).

Postulo entonces que La Syringa debería ser considerada como un grupo reunido por afinidades electivas, por una williamsiana

«estructura de sentimiento» cuya comprensión sólo se hace patente si se la inscribe en el universo de ideas, valores, sensibilidades y símbolos propios del modernismo. Siempre y cuando, claro, entendamos por el término algo más que una escuela literaria que vino a renovar la poesía hispanoamericana de fin de siglo y lo inscribamos en un movimiento mucho más amplio.

Gutiérrez Girardot ha dado un extraordinario impulso a los estudios sobre el modernismo al invitar a pensarlo dentro de un movimiento de reacción del artista moderno frente al proceso de racionalización del mundo, impulso que extiende a todo el siglo XIX y que remonta incluso a la experiencia del *Sturm und Drang*. Un siglo antes que Martí y que Darío «nacionalizaran» estos tópicos, los románticos alemanes rechazaron la sociedad burguesa, colocando al artista en el lugar del «genio» (Heinse) o del «marginado rebelde» (Schlegel), y postulándolo, al mismo tiempo, como sujeto novelable (Gutiérrez Girardot, 2004: 54). Y es así que tanto en la «novela de artista» de un Stephan George como de un Martí aparecen el artista héroe, el artista sacerdote y apóstol de la justicia (*Id.*, 63).

Si el hombre moderno es, como lo definió Hegel, un anfibio, el artista es la expresión extrema de esta figura, obligado a «vivir como un burgués y pensar como un semidiós» (Flaubert). El artista es, pues, un semidiós que debe usar máscara de burgués, «pues lo que no puede expresar en el mundo burgués, sus deseos, sus pasiones, sus afectos, sus esperanzas, sus ilusiones, lo expresa libremente en la obra literaria». Baudelaire habla de una «envoltura divertida» a la que recurre el artista para llegar a ese público que desprecia: «La envoltura divertida, aperitiva, titilante, no es una concesión al público, sino una provocación: es el *épateur le bourgeois*. Pero esta provocación evidencia precisamente el deseo íntimo del artista de ser tenido en cuenta en la sociedad burguesa y la desilusión de ese deseo. Es una forma artística de un despecho social» (*Id.*, 60).

En esta perspectiva, la creación de universos imaginarios o la apelación a exóticos paisajes no es leída como simple evasión de la realidad, sino como orgullosa afirmación del artista frente al orden burgués, o como búsqueda utópico-romántica en el pasado de una plenitud perdida (*Id.*, 56-58). El modernismo, pues, no se refugió en la manida «torre de marfil» sino en la creación por parte de los artistas de un «reino ambiguo en el que reinan la fantasía y la libertad, pero también la nostalgia del mundo y de la sociedad que los expulsó»:

Desde la perspectiva de la moral tradicional, de la hipócrita moral cristiana de la sociedad burguesa del siglo pasado, la libertad, la fantasía y sus productos, la ambigüedad del gozar-sufriendo, el 'amoralismo esteticista' es 'decadencia'. Y en este sentido de la palabra la usó Spengler en su *La Decadencia de Occidente* (1918-1922). Pero lo que se llamó 'decadencia' fue en realidad una intensificación de la vida que al ser llevada a su extremo ocasionaba no solamente gozo, sino también angustia, plenitud y duda e incertidumbre, sensualidad y remordimiento, impiedad y nueva fe (*Íb.*, 68).

¹¹ Ingenieros fue iniciado como *loweton* en la masonería argentina el 22 de agosto de 1888. Adquirió el carácter de masón en la Logia Unión Italiana Primera n° 90, el 5 de agosto de 1898, cuando alcanzó la mayoría de edad. No sólo su padre, sino también sus educadores (Ricaldoni, Pizzurno y Alcorta) eran masones. Lugones se inscribe el 13 de febrero de 1899 en la Logia Masónica Libertad.



Es, en suma, en este universo romántico-parnasiano-simbolista-modernista, con su religiosidad pagana que reacciona frente a la crisis de las religiones institucionalizadas en Iglesias así como al ceremonial ya vacío de una Masonería en decadencia; con su culto del Arte y de la Risa que desprecia al «Dios millón», a la «prosa del mundo» capitalista y a todas las formas de desencanto propias del mundo moderno; con su celebración de la confraternidad en pequeñas comunidades consagradas al Arte y el Pensamiento; con su comunión entonando himnos y compartiendo simbolismos y jergas esotéricas, frente a la masividad, la cuantificación y el anonimato de las urbes modernas; sólo inscrita en este universo, digo, es que el cenáculo de La Syringa cobra sentido y significación histórica.

El ala romántico-revolucionaria del socialismo

Pero volvamos a los círculos socialistas, donde, como veremos, no estará ausente el programa modernista. Una vez en Buenos Aires, Lugones se sumará a Ingenieros en la febril actividad socialista de los años heroicos, que recordará no sin nostalgia pocos años después:

La verdad es que se trabajaba como nunca ha vuelto a hacerse. Molina y Vedia fundó una escuela libertaria de tipo tolstoiiano y proyectaba en no sé qué tierras paraguayas, una colonia anarquista modelo; Justo escribía folletos de propaganda, y organizaba con Piñero el centro socialista de estudios; Ingegnieros y yo redactábamos «La Montaña», al vitriolo y al picrato de potasa, y dábamos conferencias dominicales en la plaza Herrera, en Barracas, ganando el kiosco desde la una a los misioneros metodistas con sus biblias y sus caras de levadura (Lugones, 1904/1963: 157-9).

Ya tuve ocasión de presentar en otro texto el derrotero del ala socialista-romántico-revolucionaria que Ingenieros y Lugones animaron entre los años 1896-1898 en el seno del Partido Socialista (Tarcus, 2007a). Baste recordar ahora algunos jalones para presentar los nuevos documentos y precisar hechos y circunstancias hasta hoy poco esclarecidos.

Apenas llegó Lugones a Buenos Aires, se instaló en el barrio porteño de Barracas y se integró a la Agrupación Socialista de Barracas al Norte, fundada en 1895 por los miembros de la familia Cardalda y demás mecánicos del Taller Sola del Ferrocarril Sud. Ingenieros solía colaborar con la Agrupación levantando tribuna de propaganda en la Plaza Herrera del barrio de Barracas, y ahora contará con el apoyo de la vibrante oratoria de su amigo Lugones. Días después de la llegada de Lugones, se plantea la primera disidencia de este centro con el Comité Ejecutivo del Partido Socialista, pues este sólo había convocado a los afiliados empadronados para participar en la elección interna para candidatos a diputados socialistas por la Capital Federal, cuando la mitad de los obreros del Centro de Barracas no estaban nacionalizados. Lugones e Ingenieros defendieron la postura de la Agrupación de Barracas, la que emite un documento que cuestiona la dirección partidaria: «renuncia formalmente al sagrado principio del internacionalismo el socialista que adquiere la ciudadanía argentina» (Tarcus,

2007). No es casual que esta agrupación en la que se asientan Ingenieros y Lugones, díscola a la disciplina del Partido, y que sostendrá en agosto de 1896 la «huelga de los ciento veinte días» de los ferroviarios y los mecánicos, se llamará por cierto tiempo «Centro Socialista Revolucionario».

En junio se celebró en Buenos Aires el primer congreso partidario, donde según lo recordaba el mismo Lugones algunos años después, el padre fundador, el líder mejor preparado y el dirigente más medido —«la ciencia y la conciencia del Partido»— iba a sufrir una derrota a manos del ala izquierdista:

Entre todo esto, es penoso hacer constar que la influencia del doctor Justo no predominó jamás. Era el que más daba y el que más perdía en el asunto, pero su acción intelectual no arrastraba a tales fervorosos. Su lastre científico le impedía sobrenadar en la espuma de aquella marejada.

El primer congreso obrero marcó una derrota para el grupo que seguía sus inspiraciones, el más serio y diminuto del partido. Solo tuvo cuatro votos para sostener una declaración de principios que admitía la posibilidad de alianzas con otros partidos, mientras el intransigente aturdió y triunfó con sus peroratas y aplausos. No han vuelto a celebrar los obreros una reunión más interesante así por el número de elementos como por la importancia que la prensa entera le dio. Allí se afianzaron la popularidad y la fama del doctor Ingegnieros, que empezaba a ser y se convirtió del todo en el verdadero caudillo del partido (Lugones, 1904/1963:).

El Congreso se celebró los días 28 y 29 de junio de 1896 en el local del *Verein Vorwärts*, Rincón 1141, con la participación de 35 delegados por las asociaciones y centros socialistas y otros 50 por las sociedades gremiales. Entre los primeros se contaban Justo y Domingo Risso por el Centro Socialista Obrero, Antonino Piñero y Ramón Potau por el Centro Socialista de Barracas, Ingenieros y Nicanor Sarmiento por Centro Socialista Universitario, Roberto J. Payró por el Centro de Tucumán, Leopoldo Lugones y Ángel Giménez por el de Córdoba. Entre los delegados gremiales estaban Esteban Jiménez (tipógrafos), Francisco Cúneo y Gabriel Abad (mecánicos), José Casot (carpinteros), Ricardo Cardalda (conductores de tráfico), Miguel Pizza (hojalateros), etc. (Tarcus, 2007a).

La primera sesión se consagró a discutir la Declaración de Principios, los Estatutos y el Programa. Justo se dirigió a la asamblea como miembro de la comisión redactora. Lamentablemente, no se conservan las actas del Congreso, pero por diversos testimonios sabemos que algunos puntos de esta primera sesión desataron animados debates y exigieron incluso modificaciones en los proyectos. Entre los documentos desclasificados del Fondo Ingenieros se encuentra un texto impreso por los disidentes proponiendo la modificación de la Declaración de Principios.

En la redacción de Justo, el método de la insurrección proletaria no estaba descartado, pero sólo quedaba contemplado como vía excepcional en tanto y en cuanto la burguesía conculcase los dere-

chos políticos. De cualquier modo, parece razonar Justo, sea cual fuese el resultado final de la emancipación proletaria (vía pacífica o violenta), el único camino que la prepararía sería el de su autoorganización para la acción política. En cambio Lugones e Ingenieros imaginan un escenario de insurrección «clásica», donde la burguesía armada resistiría a un proletariado que necesariamente debería recurrir a la violencia revolucionaria para imponer su triunfo después de acumular poder a través de un período de acción legal. Esto sólo podía expresarse elípticamente en la Declaración de Principios de un partido que buscaba conquistar su plena legalidad y es así que la tendencia izquierdista propone el siguiente Proyecto de reforma:

**PROYECTO DE REFORMA
A LA
DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS
Presentada por el Comité Ejecutivo
DEL
Partido Socialista Obrero
Al Iº Congreso del mismo en la Argentina**

Donde dice: «Que esta revolución resistida por la clase privilegiada solo puede ser llevada a cabo por la fuerza del Proletariado organizado,»

Sustituir:

Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos, esa fuerza consistirá en la aptitud del Pueblo para la acción política y la asociación libre.

Que este es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen.

Por tanto: el Partido Socialista Obrero llama al pueblo trabajador a alistarse en sus filas de partido de clase, etc., etc.¹²

La enmienda de los izquierdistas fue votada por la mayoría (29 votos contra 3) e incorporada a la Declaración de Principios. Justo recién logró votar su supresión en el Segundo Congreso partidario de 1898, cuando el ala romántico-revolucionaria había perdido dentro del partido el peso conquistado entre los obreros socialistas en los años 1896-97.

Por:

Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza.

Que por este camino el proletariado podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza y se formará una conciencia de clase, que le servirán para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente.

Es que la vida partidaria conoció estos años no pocos sobresaltos, en buena medida provocados por Lugones e Ingenieros en su calidad de élite artístico-intelectual, y que trajeron como consecuencia el recelo de buena parte de los trabajadores del Partido. Lugones había colaborado con Payró, en mayo de 1896, en la creación del Centro Socialista de Estudios. El obrero de origen alemán Augusto Kühn cuestionó desde las páginas del semanario **Vörrwarts** la pertinencia de un centro *especial* consagrado a los estudios, cuando era todo el partido el que estaba necesitado de formación socialista. Ingenieros defendió la iniciativa de sus amigos Payró y Lugones desde las páginas de **La Vanguardia** (Tarcus, 2007a).

Pero el partido se conmocionó cuando Lugones publicó en el diario **El Tiempo**, cuya redacción integraba, su «Saludo» a Luis Amadeo de Saboya, el hijo del rey Víctor Manuel II. El duque de los Abruzzos había llegado de visita a la Argentina en julio, y los medios de la élite lo recibieron jubilosamente. Lugones, buscando *épatteur le bourgeois*, ensayó allí un diálogo imaginario con el duque apelando a un común código aristocrático: el Artista, esto es, el aristócrata del Arte, se dirige a un aristócrata de la sangre. Es así que se representa imaginariamente ante el duque, besando su mano («besaría lo mismo el tobillo de Su Santidad, arrodillado. Mi alma permanecería en pie») y diciéndole: «Príncipe,[...] el Pueblo también tiene su heráldica. Usa una cucarda roja. Yo la uso». Y le habla a continuación de un país que forzosamente le va a estar vedado cuando transite los salones de la élite porteña, la Ópera o los jardines de Palermo: el país de Sarmiento, de Rosas y de Alem, el país que cuenta con veinticuatro mil niños analfabetos, el país de los artistas... Hay en Buenos Aires veinte mil almaceneros, escribe Lugones, «que odian desastrosamente el arte». Y concluye: «Yo no encuentro obstáculo en mi socialismo, Señor, para besar vuestro noble mano. La pezuña del cerdo burgués es lo que me horroriza» («Saludo», en **El Tiempo**, 11/7/1896, reprod. en **Las primeras letras**...).

La Vanguardia no comprende el gesto lugoniano y estalla una crítica anónima —redactada por el obrero carpintero Domingo Risso, inmigrante italiano—: el saludo de Lugones al duque «no es ciencia, no es socialismo, ni otra cosa que se la parezca. Es acrobatismo puro. En nuestro partido no caben los autores de semejantes artículos». Risso reclama al Comité Ejecutivo nada menos que la expulsión. Lugones replica con una carta «A la Dirección de *La Vanguardia*» donde se queja de la interpretación literal de su texto: «parece que es perjudicial hablar de socialismo con un poco de estilo, con un poco de gramática, con un poco de arte también, como si una de las más graves dificultades con que tropieza nuestra idea no fuera la dolorosa falta de cultura intelectual en que la inmensa mayoría de los obreros se encuentra». Porque tiene «una idea más alta del Pueblo», Lugones no quiere hacerle llegar «la impasible vulgaridad de la cartilla periodística»: él mismo ha permanecido en su seno «para aprender a hablar en buena lengua del pueblo y para el pueblo» y desde ese aprendizaje quiere enseñar y educar en buena prosa.

Lugones pregunta a cuatro socialistas de su estima si su artículo justifica su expulsión del partido, e incluye sus respuestas a final de su nota. Antonino Piñero responde escuetamente «no»; Payró,

¹² En Fondo José Ingenieros, CeDInCI.



que se trata de una cuestión «de arte» y no de política; Justo, fiel a su estilo, responde: «Creo que el artículo del compañero Lugones sobre el príncipe de los Abruzzos, aunque encierra ideas completamente reñidas con nuestra teoría, no da argumento para la expulsión del autor del seno del Partido, como no lo da ningún error que no sea de carácter práctico». Ingenieros, en cambio, atiza la polémica: responde a la pregunta de su amigo «Absolutamente no» y añade: «pero en manos de quien no pueda o no quiera entenderlo, puede motivar interpretaciones absurdas» (**La Vanguardia**, 1º/8/1896, transcripto en **Las primeras letras...**, 1963: 49-50).

Aunque Justo pusiera paños fríos al conflicto, no es difícil imaginar la sensibilidad herida de los trabajadores socialistas frente a los gestos aristocráticos de Ingenieros y Lugones. Ingenieros, por su parte, asiste de galera y levita a un acto del 1º de Mayo. Larra pone en su boca el siguiente diálogo con Roberto Payró:

—Debemos ir al mitin del 1º todos de gorra, así conseguiremos estar a tono con los obreros —dijo Payró en tono imperativo.
—¿Por qué?—le pregunta Ingenieros. Y agrega:
—Yo iré como siempre, calzando galera y vistiendo levita.
—¿Piensas, entonces, hacerles sentir la superioridad?
—De ninguna manera. Yo aspiro a que todos puedan usar galera, es decir, que haya entrada franca a la vida para todos, a la completa redención de nuestro destino sobre la tierra (Larra, 1938: 31).

Semanas después del éxito de los revolucionarios en el Congreso partidario, estallan las discusiones en el seno del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Obrero Argentino acerca de la utilidad de la lucha política. Envuelto en estas discusiones, Ingenieros ha quedado en minoría en el CEN y decide renunciar a la membresía para la que lo había elegido el Congreso en junio. Pero desde el llano, se propone articular la oposición a la acción político-parlamentaria en el seno del Partido y es así que el 25 de julio de 1896, le dirige al obrero Juan Toulouse, uno de los militantes del Centro de Barracas al Norte que animaban el ala revolucionaria y que había sido elegido miembro suplente del CEN, la siguiente carta:

Estimado Toulouse
¿Ha visto las porquerías que nos están haciendo los aspirantes a diputados y los serviles que los rodean?
A mí me han hecho aparecer como renunciante del Comité Ejecutivo, a Lugones le dicen en *La Vanguardia* la mar de porquerías. Si siguen así, son capaces de transformar el Partido Socialista en un rebaño de mansos corderos.
Mañana domingo a la 1 de la tarde lo espero en el Centro Socialista de Estudios, pues debemos hablar algo muy importante sobre estos canallas.
De todas maneras, espero que Usted no irá a la reunión de Flores, para demostrarles que sin nosotros no valen nada.
Lo espero a la 1 en el Centro Socialista de Estudios.
Salud y revolución social

José Ingegnieros¹³

¹³ Transcripta en el manifiesto de Ingenieros «A los Trabajadores afiliados en

Toulouse hizo pública la carta en el partido y estalló el escándalo. Un grupo de once afiliados, la mayoría de extracción obrera, reclamó al CEN la expulsión. La retractación de Ingenieros no conformó, y el CEN resolvió suspenderlo por diez meses. Ingenieros protesta, pide una asamblea partidaria para explicarse y el CEN, en respuesta, llama al voto general de afiliados para que ratifique o rectifique su decisión. Ingenieros lanza un manifiesto: «A mis compañeros, los trabajadores socialistas» (agosto 1896) denunciando una maniobra. El Centro Socialista Obrero lo invita a exponer sus explicaciones, pero Ingenieros se sabe en minoría y responde con la renuncia. El Centro Socialista Universitario, del que fuera fundador, no lo apoya, pero en cambio encuentra pleno respaldo en el Centro Socialista de Barracas al Norte, que reclama al CEN su rehabilitación.

Todavía en febrero de 1897 el asunto no se ha resuelto, e Ingenieros lanza un manifiesto público: «A los trabajadores afiliados en el Partido Socialista Obrero Argentino». Toulouse y los impugnadores responden con otro: «A los trabajadores afiliados en el Partido Socialista Obrero Argentino que quieran conocer a José Ingegnieros», donde no ahorran calificativos: intrigante, mentiroso, hipócrita, ambicioso... Pero más allá de los desplantes de Ingenieros y las invectivas de sus impugnadores, es interesante remarcar que a la confrontación entre reformistas y revolucionarios, se superpone otra: intelectuales/trabajadores. Ingenieros, en su manifiesto, recalca que en el seno del CEN lo había defendido «el trabajador Pizza»; en el manifiesto contra Ingenieros, se le retruca que entre quienes lo sancionaron se encontraban «los *trabajadores* S. Feldman y H. Curet» (subrayado en el original). Ingenieros es acusado ahora de haber recortado trozos de literatura socialista «para darse bombos de *autor*, cuando, a sus diecisiete años empezaba a estudiar y conocer nuestras ideas»; y haber halagado luego a las bases obreras para convertirse en su *caudillo*.

Las acusaciones entre una parte y otra dividieron el frente izquierdista de junio de 1896, pero de todos modos el autor de «¿Qué es el socialismo?» contaba con el respaldo de muchos compañeros y era capaz de llevar adelante una intensa campaña en defensa propia: argumentó que sólo fue de una broma «de mal gusto», que se trataba de una carta «privada» que el partido no tenía derecho a juzgar, envió cartas a los afiliados y, por sobre todas las cosas, no abandonó nunca la propaganda socialista. Ingenieros era un publicista útil al partido y Justo no era amigo de las querellas internas, de modo que en mayo de 1897 la suspensión fue levantada. El Fondo Ingenieros alberga correspondencia y documentos varios de este episodio penoso pero revelador.

Entre abril y septiembre de 1897 Ingenieros y Lugones logran lanzar, para escándalo de las «fuerzas vivas» de la ciudad, su propio medio de prensa, un quincenario que rivaliza tanto en agresividad de estilo como en doctrina con el socialismo reformista de **La Vanguardia**. Se trata de **La Montaña. Periódico socialista**

el Partido Socialista Obrero», Buenos Aires, sin fecha [febrero 1897]. Fondo José Ingenieros, CeDInCl.

revolucionario, cuyo primer número apareció fechado el «12 Vendimiario del año XXVI de la Comuna» (el 1° de abril de 1897 de la «E. V.», esto es, de la «Era Vulgar»). Su primera sección, «Estudios sociológicos», incluía normalmente tres artículos, casi siempre traducciones del francés o el italiano, que enfocaban cuestiones doctrinarias del socialismo: temas tales como «la sociedad sin Estado», la teoría del materialismo histórico, el trabajo y el salario de la mujer, el socialismo y la libertad, la concentración capitalista y otros semejantes, eran presentados bajo un rótulo que buscaba autorizarlos con el rigor de lo científico-sociológico.

La segunda sección —«Arte, Filosofía, Variedades»— distinguió aún más a **La Montaña** respecto de **La Vanguardia** y otros periódicos socialistas. La sección artística y cultural no ocupaba un lugar subalterno en el periódico, sino que constituía una sección fija y relevante, lo que hizo de **La Montaña** un periódico que conjugó audazmente arte y política. Tal es así que Mario Centore, el director de uno de los periódicos hermanos del quincenario —**El Pueblo** de Valparaíso, Chile— saludaba la aparición de **La Montaña** con un artículo titulado «Sobre arte y socialismo» (**LMt** n° 3, 1°/5/1897: 70). A diferencia de la anterior, es probable que esta sección fuese preparada en su mayoría por Leopoldo Lugones, quien le imprimió una agresiva orientación modernista, denostando como superados a movimientos como el realismo o el romanticismo.

Ya postulé en otro lugar que **La Montaña** se movió entre el modernismo y el socialismo revolucionario, constituyendo acaso el primer intento local de articular vanguardia política y vanguardia artística, incluso cuando esta última no se identificaba aún con ese término (Tarcus, 2007a). Ya en la primera entrega, la sección artística se abre con el poema «Metempsicosis» de Rubén Darío y números subsiguientes aparecen poemas del peruano José Santos Chocano y el propio Lugones. Sin embargo, la mayor parte de los textos están tomados de la prensa francesa (y en menor medida italiana) y reproducidos en su lengua original. Encontramos en la sección, entre otras firmas, las de los franceses Paul Verlaine, Gustave Flaubert, Adolphe Retté, Octave Mirbeau, Paul Mink, Alina Valette; y las de los italianos Adone Nosari, Ada Negri, entre otros.

Como ha señalado Madelaine Rebérioux respecto del mundo artístico e intelectual francés, el rechazo al conformismo había ganado a lo largo de la década de 1890 «a sectores vinculados a la literatura, e incluso a la pintura: impresionistas, como Pissarro y Signac, poetas y novelistas, sobre todo simbolistas, como Laurent Pailhade, Francis Viélé-Griffin, Stuart Merrill y Pierre Quillard, Octave Mirbeau y Paul Adam, y en el último extremo Mallarmé. En las revistas donde colaboraron —**La Plume** desde 1889, **Les entretiens politiques et littéraires** desde 1890, **La Revue Blanche** desde 1891—, el inconformismo literario se asimila a la revuelta política, y el verso libre a la propaganda por la acción. ¿Anarquismo literario?» (Rebérioux, 1984: II, 225).

En mi trabajo ya citado he insistido en que no se trata propiamente de anarquismo sino de socialismo revolucionario, de inspiración sobre todo francesa (Tarcus, 2007). Sostuve allí que Lugones e Ingenieros, desafiando el carácter filisteo de «la pro-

sa del mundo» burguesa, levantan, de un lado, la literatura modernista (con toda una serie de ecos románticos y simbolistas) contra el canon neoclásico; y de otro, se inspiran en la vertiente socialista revolucionaria y antiparlamentaria cuyo portavoz por aquellos años era el periodista y militante francés Jean Allemane (1843-1935), contra el socialismo reformista y parlamentario, cuyos exponentes habían sido los socialistas lassalleanos de la Asociación *Vorwärts* y, en 1897, Juan B. Justo y el sector que lo apoyaba en el seno del Partido Socialista.

Las tareas vinculadas a la redacción del periódico y al cobro de las suscripciones, así como la organización de actos en los teatros porteños para sostener controversias y reunir fondos, amén de las lecturas en el Ateneo y de las ocupaciones particulares de cada uno (el periodismo en Lugones, los estudios de medicina en Ingenieros), llevaron a los dos amigos a desatender las reuniones ordinarias del Partido. Ante una reconvención que les dirigió el Comité local, los dos amigos respondieron con la siguiente carta, la que nos da el tenor del clima de tensión que provocaban los gestos desafiantes de Lugones e Ingenieros en las filas socialistas:

Buenos Aires, 23 de noviembre (e.v.) 1897

Al Secretario del Comité Local del P.S.O.A, S. Montagnoli

En contestación de la nota que con fecha 22 de corriente nos ha sido dirigida por la secretaría de ese Comité, debemos decir:

- 1° Que bajo ningún pretexto permitiremos amonestaciones de ningún género, ni notas con entonación autoritaria, vengán de donde vinieren;
- 2° Que nuestra asistencia a las reuniones del Partido Socialista, es firmemente voluntaria i por afinidad integral, pues tenemos por costumbre no hacer sino lo que nos da la gana, por entender que así es conforme con los principios del Socialismo;
- 3° Que la carta orgánica del Partido, aprobada por su Soberano Congreso en 22 de Junio de 1896 no autoriza a los comités locales para imponer á los afiliados su concurso en las reuniones de propaganda;
- 4° Que si hemos incurrido en falta, el Comité ha debido proceder a acusarnos ante quien corresponda; pues sino no la ha habido, toda amonestación equivale a una intolerancia;
- 5° Que las resoluciones de los Comités socialistas no deban en ningún caso (el presente, por ejemplo) agredir la autonomía é iniciativa libre de los afiliados;
- 6° Que pedimos al compañero secretario se abstenga en adelante de remitirnos notas como la que contestamos, pues quedarán indefectiblemente sin respuesta;
- 7° Salud y Armonía Social

José Ingenieros L. Lugones¹⁴

¹⁴ Las siglas E.V. a continuación de la fecha quieren decir Era Vulgar. Borrador. Fondo José Ingenieros, CeDinCl.



Socialismo revolucionario y modernismo en el Cono Sur

Sabíamos por las correspondencias que publicaba **La Montaña** que a lo largo de los meses que van de abril a septiembre de 1897 han crecido los vínculos con los jóvenes de Chile y del Uruguay animados por análogas sensibilidades.

Se produce un fluido intercambio de periódicos y revistas, poemarios y folletos políticos; en cada país se reseñan las publicaciones de los países hermanos y se intercambian correspondencias. La temprana formación del socialismo argentino es un poderoso estímulo para las todavía emergentes vanguardias socialistas de Santiago, Valparaíso y Montevideo, adonde llegaba regularmente **La Vanguardia** pero ahora, en 1897, venía a sumarse **La Montaña**. Este último atraía especialmente a los jóvenes que se interesaban al mismo tiempo por el socialismo y cultivaban las letras modernistas. No nos olvidemos que Darío venía de publicar **Azul** en Chile, donde había dejado cierta siembra literaria, y que en Montevideo aparecía desde 1895 la **Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales**, editada por Víctor Pérez Petit y José Enrique Rodó.

Lugones e Ingenieros se cartean y traban amistad con diversas figuras allende la cordillera: Mario Centore, médico y escritor tacneño, futuro miembro del Ateneo de Lima, que para 1897 reside en Valparaíso como editor de la página literaria de **El Pueblo. Diario de las once de la mañana, absolutamente defensor de las clases trabajadoras**; con el obrero pintor Luis Olea, uno de los editores de **El Proletario** de Santiago; con el sindicalista mecánico Magno Espinoza; con el escritor libertario Alejandro Escobar y Carvallo; con el profesor y futuro esperantista Luis E. Sepúlveda Cuadra y el escritor Francisco Garfías Merino, fundador de la revista literaria **La Antorcha** y del Ateneo de la Juventud de Valparaíso (Tarcus, 2010).

La intensidad de la correspondencia viene a corroborar lo que Escobar y Carvallo señalaba en sus «Memorias»:

...en Buenos Aires acababa de salir a la luz una importante revista, **La Montaña**... y a cuyos redactores, Leopoldo Lugones, gran poeta, y José Ingenieros, escritor y aventajado estudiante de Medicina, podía dirigirme en demanda de consejos. Escribí, entonces, tímidamente al primero, exponiéndole mis deseos y solicitándole orientación. Le describía la situación de atraso y de pobreza de la clase obrera chilena... A vuelta de correo recibí una extensa carta de Lugones refiriéndose al Socialismo... Su generosa amistad se manifestó luego enviándome un paquete de libros... Desde el año anterior mantenía correspondencia con José Ingenieros, cofrade de Lugones, y redactor de **La Montaña**. Por esa época publicó su libro **La mentira patriótica**, de gran resonancia en América. El notable escritor me favoreció con un ejemplar con dedicatoria autógrafa y se estableció entre nosotros una verdadera amistad intelectual... (Escobar y Carvallo, «Memorias», Santiago de Chile, 1959, cit. en Tarcus, 2010).

Del otro lado del Río de la Plata, llegan correspondencias del obrero marmolero José Capelán; el periodista catalán José Puig y Roig; y el periodista socialista y masón Adolfo Vázquez Gomes, editor de **El Intransigente** de Montevideo, diversos afluentes que van a contribuir, entre 1896 y 1910, al proceso de fundación del Partido Socialista del Uruguay (López D'Alessandro, 1994: 118 y ss.).

De todo este cúmulo de correspondencia, transcribo aquí una de las cartas de Mario Centore a Ingenieros, muestra más que elocuente respecto de la unidad programática entre modernismo artístico y socialismo revolucionario que, tal como venimos sosteniendo, Hermanaba a esta generación de latinoamericanos. Centore no solo encumbra a Lugones por encima del mismísimo Darío, sino que ensaya una singular interpretación de la nota consagratoria del nicaragüense sobre Lugones, «Un poeta socialista». Leamos:

Mario Centore
A José Ingenieros
S. y R.S.

Mi amigo muy querido:

En mi poder sus dos simpáticas epístolas. Esta mía es una contestación a ambas.

Gracias, muy sinceras gracias ante todo, por su real envío «Rituales de Aurora». Es una página brillante que muestra a Ud. bajo una fase de artista que me confirma en mi opinión de que es Ud. uno de los escogidos de esta América democrática que odia decididamente, estúpidamente, burguesamente, al divino y maldito Arte.

Si algo vale, mi palabra de aliento la tiene usted con todo entusiasmo. Adelante. Usted mismo lo ha dicho: «En la lucha se conquistan los laureles». Y después «los tristes —es decir, los fuertes— son los vencedores», en la exposición de nuestro querido y genial hermano de armas; ese bello y grande de espíritu, que es el primero y más hondo pensador-artista de América del Norte, de América del Centro y South América. Y uno de los primeros del Mundo también, pese a grandes y pequeños: los Rubén Daríos o Arturo A. Ambrogis¹⁵ de cualquier parte. Ha propósito. Rubén Darío es ciertamente un admirable artista, un original poeta, un hermoso talento, en suma; pero, ¿dónde [está] en él el fuerte creador de cuya primera ley da la fórmula él mismo; dónde siquiera el pensador humano? Hay muchos —y hubiera podido haber aún más, a no ser por la Eterna Segadora— Rubén Daríos en América: Ricardo Jaimes Freire, Diego Dublé Urrutia, Alberto Salomón, —oh! muchos!— entre los vivos; Julián del Casal, José Asunción Silva y Gutiérrez Nájera, entre los idos. En cambio, Lugones no hay más que uno. Díaz Alivon, Chocano, Andrés A. Mata, etc., los más fuertes poetas de América —vale decir, los verdaderos poetas jóvenes de América— hoy, son partículas de Hugo, Verlaine, Lecomte, etc. Lugones, entre éstos, es... Hugo mismo. ¿Quién sería osado así a disputarle el trono? Y si para

¹⁵ Arturo A. Ambrogis (1874-1936) era un escritor y periodista salvadoreño que conoció a Darío a los 16 años de edad. En su paso por la Argentina trabó relación con José Ingenieros.

algunos, hasta hoy, la corona del Rey —«Su Majestad Literaria»— ha ceñido las sienes de Darío, para los más —esto es, para los mejores— el cetro no se dio jamás a aquel que los menos ensalzaron Sacerdote, Dios y Apóstol...

Y con o sin «Las Montañas del Oro» que usted me anuncia se publicará luego allá, Lugones tendría, en el gran Reino del Arte, la consagración. «Un poeta socialista», el juicio-presentación de Darío me ha hecho por eso sonreír íntimamente, cuando (no ciertamente entre líneas) lo leí en EL Tiempo, el buen diario bonaerense. En ese juicio, el poeta socialista, sol naciente, hace una sombra densa al poeta burgués —por que Darío, con su alto Arte y todo, es un burgués— y hay mucho de gloria refleja de la luz que es esa sobra sobre la bondadosa gravedad del crítico que hace de padrino.

Así, al vuelo, tal es mi pensamiento sobre esto de «la corona que ha ceñido las sienes de Darío». Con no entera imparcialidad, sin duda. Pero le emplazo a Ud para mis «Intelectuales Latino Americanos», que será mi primera obra de aliento y donde haré justicia.

Y otras a propósito. A principios de diciembre dejaré esta tierra de Chile, rumbo a toda América, en pos del Arte y del Ideal. Se trata de una como jira alrededor del continente, en busca de datos personales, obras —documentos psicoartísticos y fisiológicos, en suma— para la composición de mi obra proyectada. Los medios de vida espero ganármelos en la Prensa y la Tribuna; es decir, escribiendo para los diarios libres (!) de las ciudades que visite y dando conferencias sobre Arte, Socialismo, etc., según el medio ambiente de las mismas. Haré así, a la vez, mi obra y alguna propaganda por nuestra Obra. Estaré ausente un año, más o menos. Y acabada la excursión iré a esa gran Buenos Aires a estrechar a Uds. fraternalmente la diestra y a editar mi libro. Querrían decirme ahora, Ud. y Lugones, qué opinión les merece mi pensamiento a realizarse? Espero la palabra de Uds. lo antes posible, para recibirla aquí, y junto con ella, mucho les agradecería me enviaran una colección de «La Montaña» (no importa sin empastar), pues solo me quedan números sueltos de cinco o seis fechas; y si no les es gravoso, algunos canjes socialistas y literarios de los que tengan sobrantes.

En cuanto a «Las Montañas del Oro», que Lugones me haga el bien de favorecerme con dos ejemplares, apenas aparezcan. Y Ud. envíeme en fin todos sus trabajos publicados excepto los de «La Montaña», que tengo ya coleccionados (Precisamente estas colecciones han dado fin a las otras del periódico).

La «Unión Socialista» sigue funcionando. Es indigna de ninguna consideración. Sin embargo, en obsequio a la buena armonía que Ud. me aconseja tan discretamente, procuraré, antes de partir, el acercamiento.

Y respecto de C. Aratta, lo que Ud. me observa lo sabía yo también. Pero hay que ser parcial, mi buen amigo. Hay que levantar a un intelectual como Aratta por encima de cualquier Pérez Petit, en bien de la Obra. Además, este Pérez Petit, que Ud. no juzga mal, ha dicho también cosas perfectamente estúpidas, tratándose de Arte, y se ha revelado un ignorante, no una sola vez. Por ejemplo, recuerdo el juicio del tal sobre Darío, a propósito de «Prosas profanas», publi-

cado en la Revista Nacional. Allí habla del movimiento artístico de América, tan estúpidamente como no se ha hablado nunca. Y hace por ignorancia lo que yo por parcialidad; y no hace de tal suerte, que da grima. Y se puede ver en ese juicio, siguiendo a Darío, y todos híbridamente amalgamados, a nuestro Lugones junto a un Julio Baubill y a un Pedro Naón, a Adolfo García junto a un [Abraham Zacarías] López Penha; a [José Santos] Chocano, a [el tacneño Federico] Barreto, a [Ricardo] Jaimes Freire, junto... a un Santiago Espinoza, entre todos los imbéciles literarios del mundo, el más imbécil.

Por lo demás, en más de una ocasión, he creído haber hecho justicia al Pérez Petit de otros trabajos, y en adelante haré lo mismo.¹⁶

Contestadas sus dos simpáticas epístolas, aunque muy a las carreras. Y este grato deber cumplido, no es menos grato decir a Ud. Salud! con mis mejores afectos de hermano que le quiere y le admira.

A Lugones y a Ud. mi constante recuerdo les pertenece entera y afectuosamente.

S.y R.S.

Mario Centore

Valparaíso, Novbre. 15/1897

P.S. Antes de partir y después de su respuesta, les escribiré aun una vez desde aquí!

No olvide mis encargos. Vale!¹⁷

En octubre de 1897, cuando los editores de **La Montaña** habían tejido una significativa red entre los jóvenes de su generación en torno al programa modernista-revolucionario, se dirigieron a sus suscriptores con el siguiente anuncio:

La Montaña

Periódico Socialista Revolucionario

Casilla Correo 1337

Buenos Aires, Octubre 1 de 1897

A los amigos y compañeros:

Dos motivos nos inducen a interrumpir durante un trimestre la publicación de LA MONTAÑA:

La necesidad de dar a nuestra publicación un carácter y un formato más en concordancia con su próxima función de órgano intelectual de la juventud socialista de Sud América;

La imposibilidad de consagrar a su redacción, durante ese tiempo, toda la actividad que requiere, debido a la proximidad de la época final del año que recarga excesivamente de tareas a la juventud que estudia;

¹⁶ Hasta la maduración de la obra de Pedro Herrera y Reissig, fue la **Revista Nacional** de Montevideo la que, a través de Pérez Petit y de Rodó, introdujo la obra de los modernistas argentinos, como los poetas Pedro J. Naón y Julio Bambill.

¹⁷ Fondo José Ingenieros, CeDInCl, 4 folios, manuscrita.

LA MONTAÑA continuará sus publicaciones en Enero próximo, como revista mensual, en las condiciones indicadas en el prospecto adjunto. Será remitida solamente a los suscriptores que hayan abonado el importe de los trimestres pasados.

A todos los que han acompañado, cooperando a su brillante éxito, un apretón de manos; nuestra promesa, indudablemente superflua, de permanecer independientes como hasta hoy; y la esperanza de que continuará a nuestro lado en la tarea que iniciamos en pro del Arte y del Socialismo.

José Ingegnieros – Leopoldo Lugones

el lirio Rojo

Revista mensual de estudios sociológicos y literarios

Colaboración de

Carlos Alfredo Becú; Augusto Bunge; Rubén Darío; Macedonio Fernández; José Ingegnieros; Juan B. Justo; Leopoldo Lugones; Carlos Malagarriga; Roberto J. Payró; etc.

Formato = La Revue Blanche, París
(25 x 16 – Cada número 64 páginas)

Suscripción

Rep. Argentina : Bimestre 1.00 \$; Año: 6.00 \$ — Exterior: Año: 15 Francos.

Correspondencia y suscripciones a: «LA MONTAÑA». Casilla Correo 1337 Buenos Aires

Como ya sabemos, Justo no abrigaba la menor simpatía por **La Montaña**, y en modo alguno quería ver su nombre involucrado en una futura revista que amalgamase arte con política. Es así que le dirigió a Ingenieros la siguiente misiva:

Oct. 14 de 1897

Amigo Ingegnieros:

Le ruego que en cualquier otro anuncio que se haga de una futura revista evite el poner mi nombre porque, como Ud. sabe, aunque gran admirador del arte, no soy absolutamente capaz de cultivarlo, y mal puedo figurar entre los colaboradores de «El Lirio Rojo», periódico que, por su título como por su índole, tiene que ser esencialmente libertario.

Deseando el mayor éxito para la nueva y simpática empresa que Ud. y Lugones acometen, lo saludo afectuosamente

J.B. Justo

Avenida Rivadavia 1727

Como ha señalado con acierto Javier Franzé, existía una contradicción insalvable entre el socialismo de Justo, por un lado, y el de Lugones (e Ingenieros, añadimos nosotros), por otro. El socialismo justista es un clásico representante de la Segunda Internacional y, más aún, de la línea de la socialdemocracia alemana. La emancipación del trabajador es en esta concepción el resultado de las condiciones que ofrece a la acción política proletaria el propio desarrollo capitalista. «El socialismo, así, se planteará el lugar del proletario en la sociedad futura como fin de su identidad de trabajador asalariado. Por su parte, el modernismo se planteará la ausencia de reconocimiento del artista en la sociedad presente, y buscará recomponer ese lugar a partir de la negación de toda mediación del mercado: se trata de recuperar el prestigio del oficio en cuanto tal. El ahora intelectual a la fuerza, busca rehacerse con la identidad del artista, recuperar el reconocimiento y el lugar social perdidos». El socialismo, para Justo como para Bernstein, es más un camino que una meta, un proceso largo y paciente de acción política y transformación gradual; mientras que para los modernistas revolucionarios, el fin lo es todo, y el movimiento nada, porque el movimiento implica andar por este mundo, recorrerlo en la certeza de que hay en él caminos que conducen a otro lugar. Lugones no concibe tal experiencia, porque el mundo existente es para él todo desarraigo, escisión entre espíritu y necesidad, pensamiento y cuerpo, interioridad y exterioridad (Franzé, 1998).

La experiencia de *El Mercurio de América*

El Lirio Rojo no alcanzará a publicar siquiera un primer número, pero otra revista vino enseguida a ocupar su lugar. El 20 de julio de 1898 aparecía la entrega inicial de **El Mercurio de América**, dirigida por el poeta Eugenio Díaz Romero (1877-1927). Como ya queda dicho, la revista contó con la colaboración de Darío y los jóvenes modernistas que lo escoltaban en el Ateneo, los mismos que por las noches animaban los ritos y ceremonias de La Syringa. Según la pintoresca descripción de uno de sus miembros, la redacción del **Mercurio** consistía en un pequeño cuarto, ubicado estratégicamente en la calle Florida, «por cuyas ventanas penetraba a torrentes el agua en los días de lluvia y donde el viento encontraba mil flautas para rimar extraños acordes; cubierto con una vieja y pomposa alfombra roja; ostentando en sus paredes un retrato de Verlaine y una caricatura de Darío, la figura encubierta por un velo encarnado de la Fabiola de Wiseman y un dibujo prerrafaelita de Venus surgiendo de las hojas de un nelumbo; con viejos divanes pretenciosamente moriscos, y un estante cargado de libros escritos en los más diversos idiomas, muchos de los cuales conservaban las huellas de una intacta virginidad, era el templo donde una veintena de poetas, literatos, filósofos, pintores, músicos y aprendices, oficiaban en el ritual del Arte en su postrera manifestación» (Goycochea Menéndez, 1902).

El Mercurio, considerada «la más valiosa de las revistas que produjo el modernismo» (Lafleur, 1968: 29), apareció mensualmente durante dos años. En sus páginas Darío despidió a Mallarmé; Jaimes Freyre avanzó su **Castalia bárbara** y Lugones anticipó **Los crepúsculos**.

culos del Jardín; Matías Calandrelli, Díaz Romero y Rodó discutieron la poética modernista y el lugar que le correspondía a Darío e Ingenieros dio a conocer sus primeros artículos de sociología. Además, y para retomar el paralelismo, los dos amigos siguieron la actualidad bibliográfica mundial: Lugones tuvo a su cargo la sección «Letras francesas», e Ingenieros, la sección «Letras italianas».

Ingenieros publicó en dicha sección una crónica sobre las obras recientes de Gabriele D'Annunzio, globalmente elogiosa aunque matizada con diversos reparos: «Sin embargo —añadía—, esto no basta para autorizar ni explicar las absurdas e injustas invectivas de nuestro Leopoldo Lugones contra D'Annunzio, en las que, sin duda, se revela una tendencia a sentar plaza de verdugo literario. Verdad es que el talento da derechos y privilegios, y yo soy de los primeros en defenderlos; pero no es menos cierto que el talento no ha dado en ninguna época el derecho del Absurdo y la Injusticia» (*Mercurio de América*, n° 2-3, agosto-septiembre 1898, p. 154).

Días después, Ingenieros recibe esta carta de su amigo:

[Buenos Aires, agosto o septiembre de 1898]

Querido compañero:

me gusta! Franco i duro: es mi sistema. El suaviter in modo... etc., resulta vulgar excusa de impotentes.

Injusto y absurdo, está bien; así le pareció a usted, i así lo dijo: mejor todavía.

En lo de «verdugo literario» el injusto es Vd. ¡Verdugo yo, i sobre todo de D'Annunzio! Hai muchas leguas de aquí a Milán. Luego, esa tragedia representada por la Sarah i por la Duse; luego, esa diputación; luego, ese triunfo sobre los hemisferios del Planeta... ¿No le parece a Vd. que ya entramos casi en lo absurdo? No acepto el oficio, al cual me supone usted pretensiones. Yo hago mi ameriquita como puedo, i nada más. Solo que esto tampoco me obliga a admirar al Señor D'Annunzio, i lo siento, pues me veo privado de un placer; reconozco en Vds. esa ventaja sobre mí. Por supuesto, he expresado mi opinión aunque sin discutir el prodigio; he dicho que ese Gabriel de no sé qué anunciaciones (vea: Gabriel D'Annunzio; el seudónimo es visible; oiga: «el ángel del Señor anunció a María»... así comienza la antífona del Ángelus; el tal ángel se llamaba Gabriel, precisamente. Y Vds. que no creían en Pascual Rachetu del epigrama!) he dicho, pues, que ese Gabriel me parece un capón, o si se quiere un andrógino como diría Péladan, recordando por culpa de M. Thévenez el «Vice suprême» en sus relaciones con «Il piacere». He añadido que, fuera de los plagios, porque no me salgan con el robo i el asesinato de Boileau, la obra del ángel anunciador me parece un horrible montón de lugares comunes: v. gr.

«Tutto al mondo è vano.

Ne l'amore ogni dolcezza».

Esto, que como idea i como expresión es lastimoso, da pretexto al Sr. D'Annunzio para labrar una multitud de estrofas en no sé cuál de los libritos que le editan los hermanos Treves; creo que en L'issotéo — La Chimera. Naturalmente,

el bordado sobre semejante fondo, no luce mucho que digamos, i recuerdo que a decir tal vulgaridad, salen, montando cada uno su estrofa, Céfiro, Paris, Elena, Amadís, Diana, Boccaccio, Margarita de Navarra... Lo de siempre: Linda rima, bello ritmo, i caprichos tan originales i tan nuevos como

miserable-

mente

interminable-

mente

deleznable-

mente

plagiabile-

mente

¡Pregúntele al Sr. Pérez-Petit cómo se hacen estas cosas!

Y no es que yo quiera poesía filosófica. Vd. bien lo sabe.

No; pero de esto a disculpar la vulgaridad, hai distancia. Además, Vd. coincidió conmigo en que el Señor D'Annunzio no piensa, aunque inventando una teoría —¡como siempre!— para establecer diferencias entre el artista i el poeta! Ahora, en serio, Vd. sabe perfectamente que no hai tal teoría. Se es una i otra cosa a la vez, o nada de las dos.

En resumen: D'Annunzio piensa mediocrementemente, o no piensa; es un plagiario; su eterno recurso de arte consiste en desnudar una mujer i en insinuar alguna «sutil injuria», para interesar a las mucosas exclusivamente; las mías, entre paréntesis, no se interesa: yo me duermo en las misas negras i demás inocentadas del repertorio.

Ya ve que esto no es de verdugo sino de buen hombre: así me pasaba con el finado Mallarmé; aquello no era para mí; no le hallaba gracia al pellejo vacío de la uva. Consecuencia; según Ingegneros: «Lugones, verdugo de Mallarmé».

¡Y qué quiere! Me gusta más el potro de Güemes, bárbaro i todo, que el poney domesticado de Franck Brown. O si Vd. quiere menos brusquedad, prefiero la seda de Albert Samain, el terciopelo ardiente de Eugenio de Castro —i no digamos las urdimbres salomónicas de Swinburne— a la algodonería bizantina del diputado Pascual. Cuestión de gustos.

Mi juicio sobre éste, ya lo conoce Vd. —es un retórico. ¿Es más? No lo creo, pues se trata de un ensartado de palabras. Que hace bellas cosas, añadirán sus admiradores. Sin duda. Pero con retórica, no se hace más que retórica; no se hace ni arte, ni pensamiento —no se crea, en una palabra.

Para concluir, le pido que no diga más eso de verdugo. Falta hacen por aquí, a no dudarlo, pero yo no pertenezco a la especie, más que Rubén me llama «catapultante». Ahora, si no admirar a D'Annunzio implica lo otro, entonces llámeme Vd. como quiera, en la seguridad de que lo aceptaré. Pero Vd. no lo hará, conviniendo conmigo en que sería una exageración.

Un abrazo i R.S.

L. Lugones

Para no publicar, naturalmente.¹⁸

¹⁸ Tres folios, cinco carillas manuscritas. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros. Frank (y no Franck) Brown era un acróbata, payaso y empresario circense de origen inglés instalado tempranamente en la Argentina. Darío le consagró unos versos.

Seis meses después, en febrero de 1899 Ingenieros vuelve a la carga en el **Mercurio de América** con el tema D'Annunzio:

Y ahora vamos a mi Leopoldo que va siendo un caso en nuestro movimiento literario [...].

Lugones, tiene actualmente, una desfavorable predisposición contra todo lo que tiene saber a modernismo. Hay en esto cierta animosidad, de apóstata. Me explico. Lugones tuvo su crisis de modernismo y llegó en sus primeras erupciones hasta el límite extremo de lo que, con o sin acierto, se dio en llamar decadentismo. Hoy, que ya está en la cumbre, lo veo más cerca de Hugo y de Taine que de Verlaine o Mallarmé. ¡Y esta misma evolución lo hace cruelmente injusto con sus cofrades y maestros de ayer!

En un bello artículo sobre nuestro íntimo de arte y de corazón Rubén Darío, dice Lugones que es explicable la admiración de aquél por Mallarmé, y agrega, con una exclamación llena de fina ironía: «¡Pero por D'Annunzio!». Creemos en la sinceridad de la invectiva, aunque estas cosas no están exentas de cierto Lemís.

Ingenieros inserta aquí una nota al pie, donde se lee lo siguiente:

Darío, Becú, Díaz Romero, Pardo, Lugones, Llanos, Jaimes Freyre, Pagano, Ojeda y Nirenstein, miembros de la extinta *Siringa*, pueden informar sobre la significación de este término. («Letras italianas», en **El Mercurio de América** año I, tomo II, febrero 1899, pp. 153-54)

Ya sabemos la «etimología» del «lemís» al que alude Ingenieros. Pero Lugones, que se ha casado en diciembre de 1896 y que en abril de 1897 fue padre de Polo, su único hijo, no quiere aparecer públicamente como miembro de La *Siringa* («Yo he contraído deberes que Ud. no tiene», le dirá en una de las próximas cartas). Ingenieros es ahora, y por muchos años más, un soltero gozoso de su soltería (como veremos enseguida, Lugones va a preguntarle: «¿ça marche?»). Además, Lugones se debe a una hermandad más íntima,¹⁹ la que comparte con Darío y con Ingenieros, antes que a las relaciones más laxas de camaradería que Ingenieros cultiva y disfruta (Sarlo-Altamirano, 1997: 177). Es así que, al leer la nota en el **Mercurio**, replicó a su amigo con la siguiente carta:

Buenos Aires, 5 de marzo [de 1899]

Ingenieros: - He visto con la sorpresa consiguiente que Ud. no ha sabido abstraerse al placer de un titeo por complacerme en algo que era perfectamente racional de mi parte, siendo un puro capricho de la suya. He sido sacrificado a una broma de dudoso buen gusto, i ello me mortifica, no por el hecho en sí, mas por verme obligado a poner desde hoy, entre yo i Ud. distancias que el mutuo cariño había salvado.

Creí que bastaría un pedido mío para que mi nombre no

se incluyera en la célebre *Siringa*, por buena que fuera la compañía. Me he equivocado, y con el fin de prevenir repeticiones posibles, usaré desde hoy restricciones y escasearé confidencias. Todo esto no quiere decir, naturalmente, que ni yo ni cuanto es mío dejemos de estar a sus órdenes; pero a fin de que Ud. no extrañara de visu mi nueva conducta, he creído prudente referírsele.

Avisole, además, que rectificaré en El Mercurio la nota de Ud., en los términos duros que merece.

Créame siempre su buen amigo i sobre todo no dude de que lamento hasta donde es posible que una ligereza suya, imperdonable ya, me obligue a dar este paso.

Su amigo afmo.

Lugones²⁰

Ingenieros escribe una carta de respuesta el sábado 4 de marzo que no alcanza a despachar hasta el lunes. Esa carta se ha perdido, en cambio se ha preservado la que le escribe al amigo inmediatamente después, el lunes 6:

Lunes, mediodía [6 de marzo de 1899]

Lugones:

En un sobre, la adjunta carta esperaba, desde el sábado por la noche, una estampilla para llegar a sus manos. Aunque yo no le debo explicaciones de ningún género se la incluyo; puede servir de material ilustrativo.

Recibo, y acabo de leer, su carta delicadamente descortés. Es una puñalada, profunda, de esas que se reciben sin decir ¡ay!, resignadamente.

Su amistad, la mejor y la más intensa que he sentido, no puede tener —ni debe tener— para mí ninguna restricción; una telaraña interpuesta entre nosotros equivale a la gran muralla de la China.

Si Vd. cree que nuestra amistad debe tener restricciones, y nuestra mutua confianza límites, yo considero que debemos romperla de una manera absoluta y definitiva. Vd. mismo refiriéndose a Berisso decíame días pasados que con relaciones y desconfianzas, no puede haber verdadera amistad.

Si la nuestra no ha de ser verdadera, que no sea. Ni Vd. me necesita, ni yo lo necesito a Vd.

Lamento que no sepa distinguir cuáles, entre sus amigos, lo son de conveniencia y cuáles de corazón y de cerebro.

Todos no nos llamamos Luis.

Nunca he esperado nada de Vd., intelectualmente, porque en el terreno en el que yo actúo nada ha podido ni podrá darme. Mi amistad es amistad; y la amistad es total, o no es.

Si cree que podemos seguir siendo amigos, como lo hemos sido hasta hoy, sea. Amistad restringida no es amistad, yo no la concibo; y me estimo y lo estimo suficientemente como para no admitirla entre nosotros.

Ser o no ser.

¹⁹ Sobre este tipo de vínculos a los que era afecto Lugones, me permito remitir a mis **Cartas de una hermandad** (Tarcus, 2009).

²⁰ Dos folios, tres carillas, manuscrita. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros.

Suyo siempre,
Ingenieros²¹

Lugones se apresura a responderle el mismo día, dando por cerrado el episodio:

6 de marzo [de 1899]

Ingenieros: —Acabo de leer sus dos cartas, i excuso decirle que ya no tengo ningún reproche que hacerle. Esto equivale a expresar una alegría tan grande como la molestia que su nota me causó; es decir, algo equivalente a novecientos cuarenta i seis millones ochocientos setenta i dos mil miriámetros de firmamento... más una fracción.

Nadie más que yo lamentaba tener que hacer lo que hice con Ud. Pero Ud. en mi caso hubiera procedido igualmente. Ya tenía escrita una nota para el *Mercurio*, bastante cargada de ají, como mía. No la escribí sin dificultad; jamás una página literaria me ha costado tanto. No se la mando, porque creo que es mejor enterrar este asunto bajo buen acopio de tierra, i ni siquiera hablar más de él.

Lamento sí que cometida la lijereza, no hubiera tiempo para remediarla; ya ve lo que ha podido producirse a causa de ella. Por esto es que nunca se debe cometer lijerezas. La nota no era cosa que pudiera dañarme i desde este punto de vista Ud. tenía razón resistiéndose a mi pedido. Pero no me va a negar que es poco halagüeño verse uno figurando de igual a igual con ciertos individuos que no sólo están abajo en la obra (para eso hacemos obra: para distinguirnos) sino que son, algunos, personalmente antipáticos. Ud. comprenderá a cuál de ellos me refiero, i sabe el por qué.

Como amigos i en privado acepto i doi bromas de cualquier naturaleza —pero en público, no, porque mi nombre pertenece también a otros i su interés limita mi independencia personal. Yo he contraído deberes que Ud. no tiene; cuando Ud. se encuentre en mi caso (i a propósito, ¿a *marche*?) opinará i obrará como yo, porque entonces la capa no podrá convertirse en sayo a voluntad, so pena de dejar desnudos a quienes hai que mantener vestidos.

Como la gente no sabe distinguir i para ella todos son Luises, estaría expuesto, si no comenzara por Ud., a verme incluido en otras *Syringas* cuyo sabor epigramático me supiera —trocados los accidentes de modo i lugar— a chabacanería insoportable. Ya ve que tengo razón, i que es justa mi resistencia a verme enrolado entre ciertos señores a quienes nunca he negado ni mi amistad ni mi benevolencia, creyéndome, eso sí, superior, aunque sin hacérselo sentir, porque me sé más trabajador y más de aguante que ellos.

Con Ud, con Rubén, ya es otra cosa. Yo quiero mucho la igualdad, pero la igualdad entre los semejantes. Para llegar a serlo, el camino está abierto; llegue quien quiera i me complaceré en declararme igual suyo; pero mientras no llegue, no le consideraré tal i creo que procederé racionalmente.

Con estas ideas, que Ud. conoce, su nota resultaba mortificante. No se las manifesté al pedirle que borrara mi nombre, porque sabía que Ud. las percibiría como razones suficientes para hacerlo. Tampoco dudé de que lo haría. Juzgue de mi desagradable sorpresa al darme con lo contrario. Si se hubiera tratado de otro, habría seguido diversa senda. Pero tratándose de Ud., lo menos que podía yo hacer, era enderezarle mi carta «delicadamente descortés», anunciándole que iba a contestar i no disimulándole el estado de mi espíritu. Era lo correcto.

Me dice Ud. que no me debe explicaciones; creo lo contrario. Entre amigos como nosotros, creo que siempre se debe una explicación, porque el concepto de honor que se tiene para los otros no es aplicable en estos casos. Cónstele, pues, que a pesar de su salvedad, considero su carta como una explicación que Ud. me debía después de lo que ha pasado. Me pongo en su caso; yo hubiera escrito probablemente lo mismo, sin que ello quite que hubiera estado en un error. Deseo que acepte este concepto de varonil franqueza, sin creer, aunque es ocioso decirlo, que mi interpretación vaya a hacerse pública.

Por mi parte, pediré a Díaz Romero que salve en una nota del próximo número el error de la suya, manifestando que mi nombre se incluyó por equivocación en ella. Así, ni Ud. ni yo apareceremos, i todo se habrá salvado tranquilamente.

Le espero mañana a las 6 ½. Su

L. Lugones

6 de marzo²²

Resistencias en el socialismo y señales desde la élite

El año 1898 será el último que encontrará a Lugones e Ingenieros compartiendo activamente una campaña socialista. En este caso, será el recrudescimiento del conflicto limítrofe entre Argentina y Chile, iniciado un año antes, el que invita a los amigos a lanzar una campaña internacionalista de hermandad de los pueblos argentino y chileno. Ya el 5 de marzo de 1897 Lugones le escribía a Mario Centore, en Valparaíso:

El Pueblo necesita profilaxia de libertad, aire, buen aire para sus pulmones, rotos por el fardo de tantas preocupaciones fatales, y de tantos prejuicios estúpidos. Sobre todo este Pueblo de América, que no quiere convencerse, a pesar de sus propias llagas, del absurdo republicano y patriótico que tan bien han sabido remacharle al calcañar los infames ladrones de la burocracia y los galoneados asesinos del militarismo. Nosotros hemos conseguido aquí una gran victoria contra la Patria. Seremos tal vez más de 20.000 obreros los que no creemos ya en ella. En cambio, creemos en la Humanidad. Yo creo que sería ya oportuno iniciar una liga obrera contra el militarismo, que, tanto en estas tierras como en aquella

²¹ Un folio, dos carillas, manuscrita. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros.

²² Dos folios doblados a la mitad, 8 carillas manuscritas. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros.

nación de Chile, amenaza devorarse lo más sano y lo más fuerte de la carne del Pueblo. Dígalo Ud. allá por las columnas del simpático periódico en que escribe y yo lo haré por acá, en las de uno socialista-revolucionario, que se llamará «La Montaña» y que aparecerá el 1º de Abril.²³

Ingenieros dicta el 12 de febrero de 1898 una conferencia en el Centro Socialista Obrero: «Cuestión argentino-chilena. La mentira patriótica, el militarismo y la guerra». En su alegato antimilitarista, que enseguida se editará en folleto en Argentina, en Chile y en Brasil, se perfila una concepción evolucionista (Spencer, Morgan, Engels) y se agudiza el individualismo elitista que termina por imponerse en su sistema apenas un lustro después (Tarcus, 2007a). Ingenieros y Lugones intensifican la correspondencia con sus amigos chilenos, que con su respaldo y orientación habían fundado la Unión Socialista en 1897 y, ahora, en 1898, respondían a la campaña antimilitarista.

La última participación pública de Lugones en el socialismo fue en ocasión de la celebración del 1º de Mayo de 1898, calurosamente celebrada por sus compañeros. Allí leyó un poema inspirado en el artículo 5º de la reciente ordenanza municipal que se había fijado en carteles públicos para los últimos carnavales: «Es prohibido disfrazarse con el uniforme del ejército». Dice el poema:

Su excelencia el mono

Pedro el murguista, mi viejo amigo,
viste un mono de coronel.
Le da un penacho, cruza su ombligo
con una faja digna de él.
(Con una faja de coronel)

En su cadera suena una espada,
tiene áurea franja su pantalón.
Y bajo el arco de la quijada,
va el barbiquejo de su morrión.
(Es de ordenanza su pantalón)

Muy dignamente pasea y danza;
Tal vez guerrero como él no hay;
Diez brandeburgos ornán su panza
y dos medallas del Paraguay.
(Como otros muchos jefes, que hay)

Y viendo que otros, frente por frente,
pasan vestidos como anda él,
el mono piensa: ¿para esa gente,
tampoco tiene pena el cartel?
(Es un secreto que ignora él).

Leopoldo Lugones²⁴

²³ Transcripta en **EL PUEBLO**, Valparaíso, lunes 12 de abril de 1897, n° 547, p. 1. Fondo Ingenieros, CeDInCI.

²⁴ «Su excelencia el Mono», en **Almanaque socialista de La Vanguardia para 1900**, Cooperativa de Publicaciones, Buenos Aires, 1899, p. 56.

Pero para entonces Lugones ha comenzado a transferir sus lealtades a la masonería. Se distanciará del socialismo definitivamente hacia 1900, aunque recién en 1904 va trazar un balance de su experiencia. Se trata del texto ya citado «Nuestro socialismo», donde sostiene su crítica en términos que serán retomados reiteradamente en el siglo XX, sobre todo por los nacionalistas:

el socialismo fue y continúa siendo un partido extranjero, en el cual el elemento criollo no figura sino esporádicamente. Sus directores, aun los argentinos, no conocen el país, ilustrándose a su respecto con los fenómenos de la capital. No han comprendido nunca que el socialismo, escuela económica o partido correspondiente a un grado tal de civilización, estará impedido de avanzar allá donde todavía no haya sido este alcanzado. Prematuro en la capital, es utópico en las provincias, mientras la diferencia de civilización que separa a la una de las otras no disminuya lo bastante para posibilitar la propaganda. Ahora bien, estas diferencias son enormes, pues hay estados donde imperan aún las ideas del siglo XVII, al paso que aquí se vive en el veinte, como en cualquier ciudad de Europa.

Exceptuando el Rosario y La Plata, ningún otro centro ha respondido de una manera apreciable. Las veintiséis agrupaciones que figuran en las listas del partido, incluso cinco correspondientes a las ciudades antedichas, son tan pequeñas, que carecen enteramente de influencia en sus respectivas localidades. No creo que en todas lleguen a reunir dos mil votos. Y ello basta probar mi aserción, si se considera que en la capital, donde cuenta con quince centros, el partido calcula su fuerza electoral en 3500 votantes, con exageración evidente, como lo demostrará la elección de Marzo (**La primeras letras...**, 1963: 157).

Si Lugones evidenciaba momentos agudos en el diagnóstico, iba en cambio a equivocarse en el pronóstico. En dichas elecciones, las del 13 de marzo de 1904, Alfredo Palacios fue elegido diputado nacional por el distrito de La Boca, reconociéndose como el primer legislador socialista de América.

Ingenieros, por su parte y fiel a su estilo, se despidió del partido de modo más espectacular. A lo largo de la serie de artículos y conferencias, viene radicalizando entre 1899 y 1900 la dimensión científica y evolutiva del socialismo contra las ilusiones de cierto socialismo ingenuo y popular. En el **Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1901**, publicado a fines del año anterior, escribe estas líneas críticas que también pueden leerse como auto-críticas respecto de su socialismo romántico de 1896-98:

Se ha soñado mucho; se ha delirado mucho. Una nube de sentimientos ha empañado el horizonte de las ideas. Sobre un pedestal de Justicia, de Libertad, de Revolución, de Fraternidad, de... etc; se había erigido un Templo Rojo; rojo de sangre o de aurora, poco importa; palabras...

Eso fue vivir en la Luna y no en la Tierra

El socialismo comienza ahora a no ser un «ideal», sino una

realidad. No ya una «aspiración», sino un hecho inevitable, resultante de la evolución misma de la sociedad capitalista. No una «revolución» que haría el proletariado el día que fuera fuerte y consciente, sino una lenta, muy lenta, transformación de las instituciones... («La acción útil y los sueños inútiles de los socialistas», 1900, cit. en Tarcus, 2007a).

Ingenieros ha hecho suyo, plenamente, el programa del reformismo socialista, en el contexto del debate internacional sobre el «millerandismo» y sobre las tesis de Bernstein. Y una vez más parece hablar de su propia transformación cuando declara: «Era tiempo de salir de ese globo de vidrio rojo en que estábamos encerrados bajo la augusta custodia del sectarismo, la fantasía y la autosugestión (*Ibid.*). La vieja retórica de la revolución, los «martirios», los ideales, etc., «todo ello queda archivado en el cofre hierático de las retóricas antiburguesas para uso de jóvenes sentimentales y de viejos jacobinos» (*Ibid.*). Pero Ingenieros fue más lejos aún, y decidió cuestionar uno de los mitos, aún vivos, de la mentalidad revolucionaria del último cuarto de siglo: la *Commune*.

La conferencia que, en nombre del Comité Ejecutivo, dictó el 18 de marzo de 1901 en el salón del *Vorwärts* fue el punto más alto de ruptura con la cultura obrera socialista ya instalada en el partido. Escogió nada menos que este evento, devenido en un ritual laico para los obreros socialistas (y anarquistas), para hacer manifiesto el vuelco político-intelectual que había comenzado tres años atrás y ahora consumaba plenamente. La Comuna, había señalado en su conferencia de 1901, fue un acontecimiento excepcional, producto de circunstancias difícilmente repetibles históricamente. La heroica insurrección y resistencia de los obreros parisinos debía ser recordada, pero no como modelo de revolución e insurrección a repetir. Los socialistas debían abandonar responsablemente, junto al siglo que había concluido, la vieja estrategia insurreccional, la perspectiva catastrofista respecto del capitalismo y la dictadura del proletariado de que habló Marx. El socialismo del siglo que comienza debía darse una nueva estrategia conforme a las nuevas circunstancias históricas: desarrollo capitalista, mejoras en las condiciones de la clase obrera, legislación social, presencia de los socialistas en los parlamentos europeos...

Incluso para sus propios compañeros de partido, Ingenieros había llegado demasiado lejos y figuras fundacionales del socialismo local como los obreros Adrián Patroni y Esteban Dagnino censuraron sus tesis desde las páginas de **La Vanguardia**. Ingenieros respondió con un artículo en este mismo semanario que tituló «Contra las ilusiones, no contra el entusiasmo» (Tarcus, 2007a).

La Protesta Humana también brama contra Ingenieros. Para el anarquista Félix Basterra, Ingenieros es ya «un evolucionista escéptico, desilusionado, descreído; nada entre el plato marxista y el plato de la evolución legal y científica». Incluso Pascual Guaglianone, amigo de Ingenieros, en otro artículo de **La Protesta Humana**, anuncia el paso del autor de la **Simulación de la locura**, tras la controvertida conferencia sobre la Comuna, a las filas del «radicalismo burgués», observando además que Ingenieros nunca fue sinceramente revolucionario, ni siquiera en tiempos de **La Montaña**. Días después, desde las páginas de **La Vanguardia**,

Ingenieros le responde sin hesitar con una carta en que reconoce el cambio (Tarcus, 2007a).

Ingenieros deja el Comité Ejecutivo y se concentra en su actividad profesional. Nicolás Repetto intenta, en enero de 1902, tender un puente y le escribe una carta donde le manifiesta su asombro de que causas tan nimias —«la ingrata impresión que le causara la falta de acogida que hicieron algunos a su espiritualísima conferencia»— pudieran provocar un efecto tan desmesurado como su alejamiento del partido. Ingenieros le respondió amistosa pero tajantemente con esta amarga carta en que reafirma su convicción «científica» en el futuro del socialismo al mismo tiempo que reconoce su pérdida de fe en la capacidad de la masa proletaria y califica al PS como una secta entre otras. Acaso lo que más afectó el orgullo de Ingenieros fue el párrafo en que Repetto le aconseja: «Para que el mal rato pase, ahí va una receta. Pase dos o tres meses lejos de la masa y del partido; disfrute de todas las delicias de los nuevos medios y cuando se empalague volverá a nuestras filas con el ánimo y las ideas cambiadas». Vale la pena prestar atención, en la respuesta de Ingenieros, a las solicitudes provenientes de la élite, así como a su voluntad de mantenerse, aunque fuera del partido, fiel al socialismo. Dado su valor testimonial, la copio íntegra a continuación:

Buenos Aires, 23/1/1902

Al Dr. Nicolás Repetto.

Muy estimado:

Me regocija que Ud., con su carta, me dé motivo para continuar esta conversación epistolar, grata para mí desde que el interlocutor merece mi simpatía y mi respeto como hombre i como estudioso. Permítame que le transmita todas mis impresiones, tales como saltan bajo los puntos de la pluma que corre presurosa, latigueada por el deseo de dar expresión al momento psicológico por que atraviesa mi espíritu de socialista; lentamente invadido de un escepticismo que es la resultante de la disección serena y objetiva del socialismo, como doctrina y como partido.

Se equivoca Vd. —y me extraña, pues no le son del todo nuevas mis ideas actuales— al creer que mi pesimismo es fruto de una impresión del momento, imputable a la «falta de acogida» que alguien pudo hacer a una de mis conferencias. No, Dr. Repetto, lo único que en realidad no puede turbar la serena objetividad de mi criterio es el juicio de personas que no pueden considerarse autorizadas para juzgarme. Esto no significa desconocer que -como socialista militante- no me Agreda gran cosa un comentario imbécil, si se lo hace en el órgano oficial del partido a que estoy afiliado.

Los juicios que, en forma algo dura, expresé en una carta anterior, son el resultado de una lenta y madura evolución de mi pensamiento respecto de la capacidad intelectual presente de la masa proletaria. Antes he creído que fuera susceptible de una rápida elevación que le permitiera formarse una conciencia clara de su porvenir en las futuras transformaciones sociales de los pueblos civilizados. Ahora, la creo absolutamente incapaz de realizar por su propio esfuerzo

ninguna obra capaz de cooperar al inevitable advenimiento del Socialismo; creo que, para ese objeto, sólo sirve como materia prima para ser usada por directores políticos inteligentes. Siendo este mi pensamiento actual, no me creo habilitado para decir otras cosas en mis conferencias, y no puede sorprenderme el poco éxito que entre los trabajadores ignorantes han tenido las últimas que he dicho. El elogio a la masa, la palabra de aliento, tienen un límite; Turatti —en su folleto tan combatido por ser tan bueno— lo dice: «confortiamo le masse à credere in se stesse, ma non inganniamole coll'adulazione servile». Sin ir allende el Océano, podemos aleccionarnos en el grande Sarmiento, que tuvo la gloria de ser, ante la masa, el más impopular de nuestros políticos, porque jamás supo transar con sus contemporáneos ni acariciar el lomo a las turbas de ningún partido. Se equivocó mucho, es cierto; pero se equivocó por sí mismo, no dejándose equivocar por el criterio amorfo de las masas.

Permítame una página de autobiografía.

Le demostraré que ya no pueden turbarme las críticas de los insectos que se infiltran por la malla poco tupida y poco escrupulosa, de los partidos en formación, creyéndose predestinados a catenizar.

He atravesado momentos dolorosos, en épocas de crisis en la vida del partido socialista, permaneciendo confiadamente en las filas de la masa proletaria que tenía entonces mis simpatías más efusivas. No me doblaron muchas perfidias de los «compañeros», no me sedujo el halago de sectas adversarias. Luché y sufrí; sufrí muchísimo, sin desmayar: me sostenía una fuerza inmensa, única, la fe, fuerza absoluta. No esquivaré el relato del peor episodio. Hace varios años —por defender a un amigo— escribí una carta particular llena de frases impremeditadas nacidas al calor de una indignación momentánea; algunos «compañeros» me impusieron una retractación (como actualmente le imponen a Vd.) para darse el placer de mortificarme; yo, naturalmente no accedí. Los «compañeros» me suspendieron por tiempo indeterminado, careciendo de coraje para expulsarse. Algunos centros protestaron; se llamó un voto general; yo dí a luz un manifiesto inoportuno pero decente; once «compañeros» me respondieron con otro indecente, que acaso Vd. conozca, en el que se batió el record de la injuria soez y del ultraje. No respondí una palabra ni me retiré del movimiento. El tiempo me hizo justicia (que si no la hubiera hecho sería lo mismo); se resolvió levantarme la suspensión i los 11 «compañeros» comprendiendo lo injusto de su exceso, me devolvieron su estimación y su amistad; enseguida recuperé por algún tiempo el papel de meneur predilecto en que tantos nos hemos turnado en breve andar de tiempo.

Reflexione, doctor Repetto, si teniendo en mis precedentes semejantes bancarrotas socialistas, que sobrellevé dignamente hasta llegar a la más halagadora de las rehabilitaciones, reflexione si puede hacerme roncha la «falta de acogida» a una conferencia. Agregue que mi evolución moral, paralela a la fisiológica, me ha tornado inviolable; he aprendido a acribillar a carcajadas de ironía a todos los que me malquieren injustamente.

La cuestión no es, pues, transitoria; es fundamental. Los últimos tres o cuatro años, tan asiduos de estudio como fecundos de observación objetiva, han ratificado mi pensamiento socialista, pero han anonadado mi primitiva fe en la masa popular. Espero que pronto salga de las manos ignorantes que actualmente la manejan en los partidos burgueses, para que entre a ser manejada por políticos inteligentes i progresistas, entre los cuales el primer rango corresponderá siempre a los que se inspiren en el Socialismo. Este criterio actual podría fácilmente rastrear en mis escritos y conferencias de los últimos años, integrándose y definiéndose día a día. No lo impute, pues, a un estriilo transitorio.

En cuanto a la actividad de los socialistas bonaerenses, no creo haber exagerado al decirle que en su inmensa mayoría viven una actividad febriciente, hornalla de tristes pasiones personales. Evocando mis recuerdos los veo, durante 9 años, afanarse en un vaivén estertoroso de rencillas, odios, insultos, expulsiones, estafas, cismas; ¿no es este el pequeño mundo de seres inferiores estigmatizado por el Maestro Voltaire en su genial «Micromegas»?

Tengamos la lealtad de constatar los hechos. La prueba es absoluta, actual: la cuestión Palacios, gran semillero de chismes y rencores; la cuestión Margall; la del Concejo Nacional; la de Rueda; la de su retractación; las embestidas de Torcelli con doble fondo de escisión del Partido; las diversas cuestiones del grupo italiano; las macanas entre La Vanguardia y La Rivendicazione; el resurgimiento de la cuestión Perseguiti; los problemas Cardalda-Chacón; etc. etc. ¡Todo esto ocurre simultáneamente hoy, bajo nuestros ojos, en ese pequeño torbellino que se cree investido de la misión de reformar la sociedad!

No sostendré que ese grupo de hombres sea peor que otro análogo; pero no concedo que sea mejor. Es igual. Todas las agrupaciones sectarias resultan ser puntos de convergencia de los elementos aberrantes de las colectividades sociales; un grupo de socialistas comprende tantos elementos anormales e inadaptables como uno de anarquistas, de espiritistas, de anticlericales, de vegetarianos, de ejército de salvación, de antivacunistas, de oculistas, de literatos decadentes. En todos ellos suelen encontrarse pocas unidades cultas, honestas, concientes de las ideas fundamentales de la secta, rodeadas por decenas o centenas de sujetos inconscientes e inútiles. «No deben ser tan malos —me objeta Vd.— cuando Vd. pudo salir tan bueno. ¿O pretende haber escapado a la influencia del medio?». Sí, lo pretendo. Y agrego: me salvé, milagrosamente, después de haber estado expuesto a perecer ahogado entre el oleaje embriagador del aplauso de la muchedumbre. ¡Qué veneno ese aplauso! ¡Qué terrible veneno...! Veneno para quien lo recibe y cadena para la masa que lo otorga. Ahora que he dejado de gritar y pretendo razonar, tengo siempre ante mis ojos los cuatro renglones de Schopenhauer: «Un gran obstáculo opuesto al gran progreso del género humano, es que los hombres no escuchan a aquellos que les hablan con prudencia, sino a los que gritan más fuertes».

Cuando me sumergí en el medio a cuya influencia he escapado, tenía 16 años y, con ellos, una cultura superior a la gene-

ral para mi edad. Durante 6 años malgasté enormes cantidades de energía en una labor de propagandista absolutamente estéril. Aprendí pocas cosas, dado el tiempo que tardé en aprenderlas; aprendí que la masa es inferior e inferiorizante. En ese período, como miembro de la secta (digámosle partido, si Vd. quiere) sufrí la inevitable *capitis diminutio* que no es misterio para el más modesto estudioso de psicología colectiva. Mi juicio, aún en formación, extraviado en las tortuosidades aberrantes del sectarismo, solo pudo salvarse a merced de una resurrección de mi espíritu crítico, que fue consecuencia de lecturas científicas fundamentales ajenas a toda preocupación sectaria. Estas me pusieron en condiciones de analizar *objetivamente* las cuestiones que antes solo veía a través de mis sentimientos individuales y sociales.

Y mientras, por una parte, el determinismo, y el evolucionismo consolidan mi concepto de la doctrina científica socialista —como expresión de la verdad objetiva de la evolución social— por otra parte destruyo las bases sentimentales de mi fe en la masa, borrando mis primitivas ilusiones sobre la justicia y la injusticia sociales sobre la posibilidad de subvertir el orden natural de la evolución social, y sobre todo los proyectos de cambiar de un día para otro la fase del mundo económico mediante el delirio del fanatismo optimista que se llama Revolución Social.

Confieso que el contacto de la masa proletaria y socialista perturbó, por regla general, mi evolución psicológica. En su seno se forjan los Pangloss del optimismo socialista o los Bakunines del pesimismo anarquista. El Dr. Stockmann, el «enemigo del pueblo» de Ibsen, no puede ser hechura de la masa; y Turatti, cuando dice «non inganniamo coll'adulazione servile» cae víctima de la ilusión de creer que a la masa puede decirse una verdad distinta de la que ella cree. Y ya tenemos a Turatti convertido en Italia en «un enemigo del pueblo» ibseniano...

Sin embargo, yo no puede hacer mi anticultura en la masa. Pero no por acción del medio, sino a pesar de su acción. La acción de la masa crea caudillos, que siendo sus amos no dejan de ser sus siervos: de la pasta «chusma» se modelan Rozas, Alem, M [ilegible]...

Si de los actuales socialistas criollos mi propaganda hubiese convertido «tantos» como Vd. «cree», ya tendría motivos para afligirme y para cubrirme el cuerpo con barniz incombustible preparándome para el día que me toque purgar ese yerro entre las ascuas infernales de Tubalcaín. Preferiría haber hecho pocos, pero mejores; solo me satisfacen muy pocos de los que puedo haber hecho o contribuido a hacer. En adelante espero convertir menos, pero mejores; es obra larga, de años. No se trata de inducir sujetos a afiliarse en el partido, sino de orientar su mentalidad según las ideas científicas que, aplicadas a la Sociología, son la base de la doctrina socialista. Gente así podría ser útil a su medio y a su época, los otros no pasan de simples ceros agregados a tales o cuales unidades: a Vd., a Palacios, a Justo, a Patroni, a mí, y a todo el que se proponga emborracharlos con el mucho néctar del halago y con caricia lisonjera de una identificación con sus pasiones y sus impulsos.

Estamos de acuerdo en un punto esencial; Vd. juega con palabras al poner a unos «políticos superiores» cual hombres no tan bien dotados pero «que tengan inteligencia, perseverancia y sinceridad». Las ideas que Vd. pretende oponer son equivalentes. El político superior es el que tiene esas condiciones, que no son el patrimonio del común de los políticos burgueses, sino el privilegio de una ínfima minoría. Quedamos pues de acuerdo en que la masa solo puede servir al progreso social puesta al servicio de hombres de esas condiciones.

Así como es verdad que las masas ignorantes y fanatizadas tienen una frivolidad enfermiza para cambiar de amos y tutores, tiene que ser necesariamente cierto —como Vd. dice— que contribuyen a la elevación de muchos desgraciados. Pero estimo que Vd. la erra de medio a medio al considerarse como uno de los llevados por ella: y conste que comprendo que solo quiere referirse a la elevación moral e intelectual, pues fuera irrisión suponer otra clase de encumbramientos.

La masa me enseñó a no creer en ella; y esa enseñanza me costó largos años de disipación de energías, estérilmente para los demás, con perjuicio para mí. Me fue perjudicial porque me desvió del perfeccionamiento de mi cultura, y porque mantuvo a mi espíritu abrumado bajo el peso del más absurdo sectarismo, traba a toda la evolución de la mente. Si en algo me elevó realmente fue haciéndome escéptico antes de tiempo; este mérito no se lo desconozco, y casi me lo compensa de las actividades malgastadas: gracias a ese escepticismo encuéntrome en las mejores condiciones para hacer estudios sociológicos objetivos, sin que mis perspectivas mentales sean deformadas por mirajes de justicia, de libertad, de fraternidad, de emancipación, etc., bellas palabras huecas que constituyen el Eldorado de los líricos i metafísicos de todos los tiempos.

En su carta encuentro frases que no comprendo y que mi cacumen no consigue descifrar: «permanecer entre nosotros», «tal vez vuelva a nosotros», etc. ¿Qué significan? ¿Alguien le ha dicho acaso que pienso irme? ¿Dónde voy a ir? ¿Considera Vd. que nuestro ambiente político hay algo preferible al P.S. que tan poco vale? No, doctor Repetto, no hay donde ir, desgraciadamente sin empeorar.

Nuestro P. es bien triste cosa, y fuerza es que así sea dadas las condiciones de forzosa inferioridad de los hombres que lo componen; pero, por lo menos, tiene a su espalda una doctrina científica y filosófica que puede ser tan aceptada y defendida por todo hombre inteligente y estudioso. A pesar de que casi la totalidad de los que se llaman sus partidarios están incapacitados para comprenderla y la exponen a menudo a los azares del ridículo, ella es una verdad en la Comprensión sociológica del movimiento evolutivo de los pueblos civilizados. Eso me basta.

Los otros partidos están formados por una masa igual a esa, algunas veces peor, carecen de directores verdaderamente superior (se puede seguir una mala política si quien la dirige es un hombre de genio, un Sarmiento), en cambio no tienen la disculpa de una doctrina verdadera y decente, que pueda ser defendida sin ruborizarse. En tales condiciones no

me voy porque aún deseándolo no tendría donde ir sin menoscabo del respecto que tengo por mí mismo. Nuestro mal P.S. es el «meno peggio» de la política ambiente.

Solo en un caso podría pensar de otra manera; si yo fuera político de profesión, si tuviera el propósito de hacer carrera en política, me iría donde me sonrieran mejores halagos, donde se me brindara tajada más suculenta. Pero actualmente mi profesión es otra, ejerzo la medicina, y aún no he deseperado de llegar a ganar un mendrugo honestamente.

Debo decirle que su receta político-social no revela que Vd. sea tan buen terapeuta como cirujano. «Pase dos o tres meses lejos de la masa, del partido; disfrute de todas las delicias de los buenos medios, y cuando se empalague volverá a nuestras filas con el ánimo y las ideas cambiadas». Tomando el rábano por donde no se debe podría decirle que conozco todos los medios «desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca», lo mismo que el personaje de Zorrilla; solo me falta una novicia «que esté para profesar», aunque no espero llegar al éxito como el adversario de Luis Mejía. Pero como su receta es demasiado seria, me veo precisado a privarme de un desahogo de justo orgullo.

Un amigo —que no es por cierto un amigo político— me insinuó oficiosamente el usufructo de «todas las delicias» en cambio de mis simpatías y mi pluma para la causa de una presidencia y un ministerio impopulares. Alguien a quien, en cierto modo, debiera considerar superior mío, me ha planteado repetidas veces «todas las delicias» que me resultarían cobijándome bajo el estandarte del partido de la unificación. Y, por fin, otro amigo, pariente de uno de los candidatos en la reciente contienda provincial, me ofreció concretamente «todas las delicias» en cambio de mi cooperación activa a la candidatura de un consanguíneo.

He desechado, pues, tres ofrecimientos de «todas las delicias»; créame que no será por su receta que iré yo a buscarlas. Como socialista tengo motivos de jactancia y de orgullo: es facilísimo ser socialista puro, intransigente e incorruptible, a cualquier analfabeto tragaburgueses que nadie se ocupará de convertir en impuro, transigente y venal. El orgullo está en poder contar que se ha rechazado «todas las delicias» cuando ha habido quienes se ocuparan de venir a ofrecerlas. El otro puritanismo es una variación sobre el tema de las uvas agrias del zorro.

Y con este barquinazo autobiográfico queda mi inmodestia sobre el carril tranquilo de nuestra conversación, cierro.

Con el más afectuoso apretón de manos, le saluda como siempre

su affmo. y S.S.S.

José Ingenieros

Tres meses después, Ingenieros escogió un modo teatral de despedida, en otro evento que también se había transformado en una jornada mítica de la cultura obrera. Fue un 1° de Mayo de 1902. Llega, una vez más, al acto del Día del Trabajo vestido de jacquet y galera de felpa.

En el grupo que rodea a Justo, se explica. Dice que ha aceptado la tesis de que la humanidad divide a los hombres en elegidos y gregarios. Justo da muestra notoria de su molestia, pero calla. Ingenieros sigue explicando. El gregario es el igual. El elegido es... Pero es el momento de iniciar la conferencia. Justo se dispone a pasar al escenario para hablarle al público que lo espera. Ingenieros se dispone a retirarse. El que se va tiende su mano para el saludo. Justo la rechaza, diciendo:

—De ninguna manera. Si le doy la mano a usted debiera dársela a cada uno de los compañeros que en el salón y eso no sería posible (Cúneo, 1956: 270).

Ingenieros se desafilia del PS en los días siguientes. Permanecerá, de todos modos, como votante y simpatizante, colaborando con el partido en ciertas ocasiones. El alejamiento de la que, de ahora en más, nombrará como «la secta», no será un impedimento para mantener una estrecha amistad con Palacios, Ugarte y del Valle.

Lugones e Ingenieros: encuentro y desencuentro

Lugones se aleja del socialismo en el '900, Ingenieros en 1902. Entre ambas fechas, los dos amigos comparten una experiencia, que es al mismo tiempo un reconocimiento de la élite hacia cada uno de ellos. En junio de 1901 son designados por el gobierno argentino como delegados al II Congreso Científico Latino Americano celebrado en Montevideo. Ingenieros expone en la Comisión de Sociología y en la de Psicología, Lugones en la de Pedagogía, en el Teatro Solís. Los dos amigos se hospedan, junto al resto de la delegación argentina, en el Hotel Barcelona y participan de la bohemia montevideana en las mesas del Café Sarandí, de 25 de Mayo entre Cerro y Juncal.

Ha comenzado para ambos amigos el proceso de cooptación por parte de la élite. El ascenso de Lugones es vertiginoso. En 1898 había dejado la redacción de **El Tiempo** y se había incorporado a **La Tribuna**, de Mariano de Vedia, en cuya redacción conoció, como ya señalamos, al General Roca. Pero en 1901, tras la exitosa experiencia del Congreso Latino Americano de Montevideo, está viajando por el interior del país en cumplimiento de funciones en el Ministerio de Instrucción Pública, interinamente a cargo de Joaquín V. González. El 12 de diciembre está entre los fundadores de la Liga Patriótica que lidera Manuel Carlés. Una vez a la semana ingresa libremente a la Casa Rosada para conversar con el Presidente Roca (Canedo, 1974: 89).

Pero quizás el punto crítico de su cooptación por el roquismo haya que buscarlo a fines de 1903, cuando el viejo General, a punto de concluir su segundo mandato presidencial, recurrió al inédito expediente de convocar a una suerte de convención de notables para elegir a su sucesor. La convención sesionó entre las protestas de la población, animadas por radicales y por socialistas. El propio Ingenieros, aunque ya fuera del partido, apareció manifestando en el centro de la ciudad junto a sus amigos Palacios, del Valle Iberlucea y Ugarte. Lugones, en cambio, dictó el 6 de noviembre de 1903 su «Conferencia política» en el Teatro Victoria,

de Buenos Aires, para apoyar a Manuel Quintana, el elegido: «Apaguemos la linterna filosófica y vayámonos en paz. Hemos hallado al hombre» (1903: 47).

Ingenieros, por su parte, ha construido una reputación como médico psiquiatra, disfruta de un consultorio concurrido y ha emprendido una carrera meteórica en el sistema médico así como en el universitario. Eduardo Wilde fue su tutor de tesis; José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga van a apadrinarlo en su carrera médico-universitaria; y Joaquín V. González va a convocarlo como especialista para elaborar su frustrada Ley de Trabajo. El punto de inflexión de su cooptación por la élite hay que buscarlo a escasos dos años después del de Lugones. El 29 de marzo zarpa del puerto de Buenos Aires rumbo al V Congreso Internacional de Psicología a realizarse en Roma, comisionado por el gobierno argentino. La suerte quiso que lo hiciera en el mismo barco, el vapor italiano Sirio, que conducía al ex presidente Julio Argentino Roca y a sus tres hijas a París. Ingenieros financiará su estancia de un año y medio en Europa oficiando como una suerte de secretario personal del General, e incluso cortejará a una de sus hijas...

También Lugones llegó, un año después —marzo de 1906—, por primera vez a París. Los dos amigos seguían escribiéndose y frecuentándose. Una postal imaginaria pero plausible de 1906 podría mostrarnos reunidos en una mesa de un café de París al joven médico de fama mundial con el poeta de la voz tronante, el Príncipe de las letras castellanas y el Zorro tucumano.²⁵

A través de sus tortuosas metamorfosis —que lo llevan de la frecuentación de las élites políticas a las militares, y de las militares a los grupúsculos nacionalistas— y a pesar de padecer menosprecio y soledad, Lugones permaneció como intelectual de la élite, sin ensayar siquiera algún camino de retorno. Acaso no sea aventurado afirmar que el suicidio era la única salida al encierro en que se introdujo.

Ingenieros, en cambio, concluyó amargamente su idilio de seis años con los círculos del poder. Cuando en 1911 se postuló como profesor titular de la cátedra de Medicina Legal, el Poder Ejecutivo designó al candidato colocado en segundo término de la terna. Con su acostumbrada teatralidad, rompió definitivamente con la élite argentina: retó a duelo al elegido para el cargo, le envió una carta insultante a Sáenz Peña, cerró su consultorio, renunció al Instituto de Criminología, dejó sus cátedras y se autoexilió en Europa durante tres años. Cuando en 1913 apareció en Madrid la primera edición de **El hombre mediocre**, Ingenieros apuntó en una nota que para realizar su trabajo había «encontrado un ejemplo perfecto en el actual presidente de su 'país'».

Cuando retornó a la Argentina, en julio de 1914, no volvió a frecuentar el Jockey Club, sino que se opuso a la guerra que apenas comenzaba, apoyó la Revolución Rusa, prohió la Reforma Universitaria y se convirtió en el artífice del antiimperialismo latinoamericano. Significativamente, hizo todos estos movimientos sin apartarse totalmente de su perspectiva meritocrática. Incluso cuando apoyó el sistema soviético, lo hizo considerando que representaba una forma superior a la democracia burguesa mediocrática que había denostado en aquel ensayo que le daría fama póstuma. Ingenieros postulaba que con el sistema de democracia directa propio de los consejos, se había encontrado, finalmente, el modo de escoger a los mejores. En suma, rompió con la élite sin romper con el elitismo.

Para 1924 el contraste entre los viejos amigos no podía ser mayor: al mismo tiempo que Ingenieros proclamaba «la glorificación de Lenin», Lugones anunciaba «la hora de la espada». Cuando el fundador de la Unión Latino Americana estrechaba vínculos con el exiliado Haya de la Torre, el autor de **La guerra gaucha**, lo hacía con el dictador Leguía.

David Viñas los postuló como las dos contrafiguras que permiten pensar el campo intelectual bajo los primeros gobiernos radicales, proyectándose incluso sobre los años '30:

La disputa parecía ineludible; en el período intermedio del alvearismo llegó a considerársela saludable y fueron varios —sobre todo desde el campo ideológico donde leninismo, revolución mexicana y reforma universitaria se yuxtaponía— que la anunciaban o trataban de provocarla. Se dijo: «Hubiera sido el enfrentamiento fundamental de la década». Incluso, cierta entonación boxística, lateral, pero muy difundida en esa coyuntura, llegó a colorear algún síntoma que se tomó como amago o provocación. Y hasta los socialistas más radicalizados de Yucatán, que consideraban al autor de **El hombre mediocre** como su teórico privilegiado, abundaron en ese sentido. De las cátedras tradicionales se quería pasar a las «trinchovas» o al ring (Viñas, 1989: 11-12).

Viñas grafica inmejorablemente el campo tensado por el desencuentro:

Cotidianidades y lugares distintos, antagónicos casi: *paradas*, jergas horarios y públicos diversos; Biblioteca del Consejo Nacional de Educación y 'Tortoni'; Círculo Militar / Casa del Pueblo; el recorrido de Santa Fe o la Avenida de Mayo». Lenin y Mussolini aparecían como símbolos irreductibles; se apostaba a D'Annunzio o a Barbuse y Romain Rolland; al *Vittoriale* o a *Clarté*. La mitológica homogeneización del rubenismo del 1900 o de **El mal metafísico** se iba craquelando día a día» (Viñas, 1989: 12-13).

No obstante, si los seguidores de Ingenieros atacaron a Lugones y los de Lugones, hicieron lo propio con Ingenieros, los dos viejos amigos se cuidaron de aceptar la confrontación directa que acaso todos esperaban. Seguramente, eran conscientes de que, con todas

²⁵ Siguiendo con la sincronía, Lugones e Ingenieros coinciden incluso en sus primeras estancias en Europa: en 1906 y en 1911-1914. No hemos localizado hasta el momento registros de sus vínculos personales más allá de 1906, pero es posible conjeturar que también en la segunda ocasión compartieron la mesa con Darío. Por otra parte, Ingenieros recoge en su **Revista de Filosofía**, al menos hasta 1921, algunos textos de Lugones tomados de **La Nación** u otras fuentes.



sus diferencias, cada uno a su modo había permanecido fiel a ciertos núcleos del programa «anti-político» juvenil, de oposición radical a las formas de la democracia liberal, de desdén aristocrático a la mercadización y a la masificación. Sólo que desde 1903, cada uno había buscado realizarlo, con mejor o peor suerte, por caminos tan diversos como el nacionalismo y el comunismo.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos, Beatriz Sarlo, **Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia**, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Canedo, Alfredo, **Aspectos del pensamiento político de Leopoldo Lugones**, Buenos Aires, Marcos, 1974.
- Cúneo, Dardo, **Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Alpe, 1956.
- **El romanticismo político**, Buenos Aires, Transición, 1955.
- **Lugones**, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- Darío, Rubén, **La vida de Darío contada por él mismo**, Barcelona, Maucci, 1915.
- «Versos de año nuevo» (1909), en **Poesía dispersa**, Barcelona, Planeta, 1995.
- de Vedia, Joaquín, **Cómo los ví yo**, Buenos Aires, Gleizer, 1922.
- Devés, Eduardo, **Redes intelectuales en América Latina**, Santiago de Chile, IDEA, 2007.
- Francé, Javier, «Lugones, 1897: socialismo y modernismo», en **Cuadernos hispanoamericanos** n° 560, Madrid, febrero 1997, pp. 63-78.
- Galtier, Lysandro D.Z., **Carlos de Soussens y la bohemia porteña**, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1973.
- Ghraldo, Alberto (ed.), **El archivo de Rubén Darío**, Buenos Aires, Losada, 1943.
- Goycochea Menéndez, M., «El cenáculo de la Syrninga», en **Vida social. Semanario americano de literatura y arte** n° 364, Buenos Aires, 5/1/1902.
- Gutiérrez Girardot, **Modernismo. Supuesto históricos y culturales**, Bogotá, FCE, 2004.
- Ingenieros, José, «Origen y esencia de la Syrninga», en **Ideas. Revista mensual**, año III, n° 23-24, Buenos Aires, 1904.
- Kamia, Delia, «La Syrninga», en **Sociedades literarias argentinas (1864-1900)**, La Plata, UNLP, 1968.
- Lafleur, Héctor René, Sergio D. Provenzano, Fernando P. Alonso, **Revistas literarias argentinas. 1893-1967**, Buenos Aires, CEAL, 1968.
- Larra, Raúl, **Payró**, Buenos Aires, Claridad, 1938.
- López D'Alessandro, Fernando, **Historia de la izquierda uruguaya. 1. Anarquistas y socialistas (1838-1910)**, Montevideo, Carlos Álvarez, 1994.
- Löwy, Michael y Robert Sayre, **Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.
- Lugones, Leopoldo, «Conferencia política», 1903, en **Antología de la prosa**. Selección y comentario inicial de Leopoldo Lugones (hijo), Buenos Aires, Centurión, 1949, pp. 32-47.
- Lugones, Leopoldo (hijo) (ed.), **Las primeras letras de Leopoldo Lugones**, Buenos Aires, 1963.
- **Mi padre**, Buenos Aires, Centurión, 1949.
- Martí, Jorge Enrique, «Ingenieros y Doello Jurado», en **La Prensa**, suplemento dominical, Buenos Aires, 18/5/1958.
- Nosotros a José Ingenieros**, Número extraordinario de la revista **Nosotros** n° 199, Buenos Aires, diciembre 1925.
- Nosotros a Leopoldo Lugones**, Número extraordinario de la revista **Nosotros** n° 26-28, segunda época, Buenos Aires, mayo-julio 1938.
- Oddone, Jacinto, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, dos vols.
- Rebérioux, Madelaine, «El socialismo francés de 1871 a 1914», en Jacques Droz, **Historia general del socialismo. De 1875 a 1918**, Barcelona, Destino, 1984, 2 vols.
- Rubione, Alfredo (dir.), **La crisis de las formas**, vol. 5 de la **Historia crítica de la literatura argentina**, Buenos Aires, Emecé, 2006.
- Soto, Luis Emilio, «Advenimiento de Lugones», en **La Nación**, febrero 1948, pp. 1-2.
- Tarcus, Horacio, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007a.
- **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda»**, Buenos Aires, Emecé, 2007b.
- **Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco y Samuel Glusberg**, Buenos Aires, Emecé, 2009.
- «Redes socialistas y modernistas entre la Argentina y Chile a fines del siglo XIX», ponencia presentada en el II Congreso Internacional «Ciencias, tecnologías y culturas. Diálogo entre las disciplinas del conocimiento. Mirando al futuro de América Latina y el Caribe», Santiago de Chile, 29 de octubre al 1° de noviembre 2010.
- Terán, Oscar, **José Ingenieros: antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI, 1979.
- Viñas, David (dir.)/Graciela Montaldo (ed. del volumen), **Historia social de la literatura argentina. Tomo VII: Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1916-1930)**, Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- Zanetti, Susana, «El modernismo y el intelectual como artista», en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina**, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. I.

Dossier | Sección Historia del libro, la edición y la lectura en Argentina

Las razones de una nueva sección

En las últimas tres décadas, una serie de desarrollos provenientes de la bibliotecología, la crítica literaria y la historia cultural e intelectual (desarrollos de muy diversas edades y ocasionalmente convergentes) fueron delineando una zona de estudios en torno a la producción de impresos y las condiciones y modalidades de su circulación y recepción. Provenientes de diversas tradiciones más o menos ancladas nacionalmente (en especial francesa y anglosajona), su evolución y creciente convivencia produjo así un notable corpus de investigaciones que, profuso en aproximaciones monográficas a experiencias particulares, estuvo jalonada también por notables intentos de conceptualización, sistematización e integración de evoluciones muy diversas (más o menos cualitativas o cuantitativas, intensivas o extensivas, internalistas o externalistas, interesadas en la fábrica del libro, sus viajes en el espacio, las mediaciones implicadas o los consumos efectivos).

En virtud de los propios procesos y geografías implicados en la evolución de esta zona disciplinar, su desarrollo en nuestro continente no ha podido sino ser muy desigual, revelando en parte una atención muy viva hacia las producciones sintéticas más notables y en parte un mapa muy contrastante de estudios específicos –saturado en ciertas ciudades brasileras y canadienses y marcadamente débil en otras.

El interés en contribuir a alterar ese mapa está entre las razones de esta nueva sección de **Políticas de la Memoria**, que recoge el desafío de ofrecer materiales y avances relativos al mundo editorial argentino y latinoamericano, y prolonga una de las líneas de actividad documental y analítica del CeDInCI de Buenos Aires así como del CEMICI de Córdoba. No huelga decirlo, más que una voluntad disciplinar (el tipo de voluntad que empuja a cercar y emancipar un cierto campo de estudios) pesa en esta iniciativa la constatación, compartida hoy por historiadores intelectuales y de la cultura, de que todo fenómeno «de



ideas» participa de procesos muy complejos en los cuales la fábrica material del impreso y el libro, las modalidades de su circulación en el espacio y las formas efectivas de su apropiación revisten un elevado protagonismo.

Políticas de la memoria inaugura así esta sección consagrada a la *Historia del libro, la edición y la lectura en Argentina*; sección que intentará acercar en cada entrega una serie de trabajos consagrados a los grandes temas y problemas involucrados, a ciertas experiencias editoriales o librerías locales y ciertos lectores nacionales o continentales, así como algunos materiales (documentos de diverso tipo) significativos para su desarrollo.

En esta primera edición pueden leerse un texto introductorio, y en parte programático, de Gustavo Sorá; dos trabajos consagrados, en este caso, a las décadas del sesenta y el setenta (el primero de Ignacio Barbeito, que rescata una serie de experiencias cordobesas mayormente ensombrecidas por el atractivo de la experiencia *pasadopresentista* y el segundo de Diego García, que descentra la consideración de Córdoba al tematizar una experiencia que correspondió por igual a cordobeses y porteños).

Ana Clarisa Agüero
Horacio Tarcus

EL LIBRO Y LA EDICIÓN EN ARGENTINA

Libros para todos y modelo hispanoamericano

Gustavo Sorá*

¿En qué medida las singularidades de cada mercado editorial nacional interpelan los supuestos generales de la historia del libro y de la edición? Éste fue el objetivo del coloquio *Le livre, l'édition et la lecture dans le monde contemporain*, realizado en Sydney en julio de 2005. Con este evento, el campo internacional de estudios sobre el libro y la edición ganó espacio, por primera vez, en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas. A la cabeza de su organización estaban Jean-Yves Mollier, Jacques Michon y Martin Lyons, destacados investigadores en este campo de conocimiento en Francia, Québec y Australia.¹ Desde finales de la década de 1980, Roger Chartier y Robert Darnton encabezaron la afirmación de esta clase de estudios, dedicados preferentemente a la Edad Moderna. Una vez asentadas las perspectivas analíticas para comprender los mundos sociales y culturales generados por la producción, circulación y apropiación de manuscritos e impresos, el evento de Sydney buscó amplificar la cartografía de experiencias nacionales gestadas desde el siglo XIX hasta el presente. La monumental *Histoire de l'Édition Française* (editada en 4 volúmenes entre 1986 y 1991) era la referencia mayor para motivar la escritura de obras equivalentes. Al tiempo del encuentro de Sydney, ya estaba publicado un nuevo tomo de esa obra, esta vez dedicado al siglo XX. Jean-Yves Mollier era la autoridad central para ordenar el panorama de la edición francesa entre los

siglos XIX y XX.² No casualmente el título del Coloquio era en francés y la mitad de las ponencias fueron en esa lengua. Por esos años también aparecieron voluminosas historias de la edición en Inglaterra, Australia, Estados Unidos, Italia, España, Canadá.³ Era el tiempo de contrastar los diversos «modelos» nacionales de la historia de la edición y expandir la indagación hacia contextos nacionales y lingüísticos de países no centrales. Ése fue el origen del presente trabajo.

Mi objetivo fue brindar un panorama de la historia del libro y de la edición en la Argentina, en la larga duración. Creí necesario aportar un sucinto panorama del modo como hasta entonces se habían escrito fragmentarios aportes para esa historia y subrayar en un racconto histórico general tres aspectos que se destacan en la configuración del «modelo argentino»: la significación de los extranjeros y del espacio trasnacional en la implantación de las artes de la impresión, la edición, la comercialización de libros; la centralidad de los proyectos que desde inicios del siglo XX bus-

* CONICET/Universidad Nacional de Córdoba. Coordinador del Área de Antropología Social y Director del Programa Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual (CEMICI) del Museo de Antropología de la UNC; Director de la Maestría en Antropología de la UNC. Autor de *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de las ideas* (libros del Zorzal, 2003) y de numerosos trabajos consagrados a la antropología e historia de la edición.

¹ Jacques Michon ocupa la primera cátedra dedicada exclusivamente a historia del libro y la edición, creada en la Universidad de Sherbrooke. Allí fundó y dirige el Grupo de investigación sobre la edición literaria en Québec (GRÉLQ). Entre otros trabajos, es autor de *Histoire de l'édition littéraire au Québec au XXe siècle 1900-1930* (Montréal, Fides, 1999). Martyn Lyons es profesor de historia en la Universidad de Sydney y se ha especializado en historia moderna de Francia e historia de las prácticas culturales. Entre otras obras, es autor de *Le triomphe du livre* (1984) y *Napoléon Bonaparte and the legacy of the French Revolution* (1994).

² Un jalón de esta posición fue el artículo de Mollier «Les mutations de l'espace éditorial français du XVIIIe au XXe siècles», publicado en el primero de los dos números que *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* consagró a editores y editoriales, en 1999. Jean Yves Mollier (1947) es Profesor de Historia Contemporánea y Director del Centre d'Histoire Culturelle des Sociétés Contemporaines de la Universidad de Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines. Su extensa obra abarca numerosas monografías dedicadas a los principales editores franceses del siglo XIX (Calman-Levy, Hachette, Flammarion, Plon, Larousse, etc.). Entre otros aportes, podemos mencionar sus libros *La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914)* (México, Instituto Mora, 2009); *Où va le livre?* (París, La Dispute, 2000) y *L'argent et les lettres. Histoire du capitalisme d'édition 1880-1920* (París, Fayard, 1988).

³ Cito apenas la historia de la edición española en la medida en que resulta una referencia indispensable para engarzar a aquélla la historia de la edición en la Argentina y en América Latina: Martínez Martín, Jesús (dir.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, 527 páginas. La historia de la edición española e hispanoamericana comenzó a ganar cuerpo en España a partir de la obra de promoción del libro y fomento a la lectura de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, creada en 1981. Esta institución ha publicado, desde entonces, una Biblioteca del Libro con una veintena de títulos como *El libro en Hispanoamérica*, del mexicano José Luis Martínez (1984), o *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, del francés Jean-François Botrel (1993).



caron afirmar la creencia en una importante masa de lectores a través de colecciones de «libros baratos» y, finalmente, la acción de argentinos que participaron decididamente en el tejido de relaciones de interdependencia entre los diferentes mercados iberoamericanos. A diferencia del caso brasileño, por ejemplo, es imposible comprender la historia de la edición argentina de forma «unitaria», prescindiendo de la escala iberoamericana que determina su diferenciación específica. Si bien algunos panoramas culturales y políticos trabajados en este texto pueden parecer superficiales para el lector argentino, no cedo en la intención de explicar hechos generales para un lector potencialmente extranjero, postura antropológica que va al encuentro de los objetivos trasnacionales del mencionado coloquio.

A partir del 2006, los estudios sobre la edición en Argentina crecieron a buen ritmo, lo que dificulta una completa actualización bibliográfica y un exhaustivo análisis de las perspectivas que prevalecen en este dominio de saber. Si bien agregué algunas referencias insoslayables, prefiero que este trabajo pueda leerse como testimonio de ese momento que hoy podríamos considerar «bisagra». Desde entonces, algunos de nosotros hemos testeado la posibilidad de organizar un primer coloquio argentino sobre estos asuntos, inclusive algún periódico especializado. La iniciativa de Horacio Tarcus y Ana Clarisa Agüero en **Políticas de la Memoria** debe considerarse a la vanguardia en la concretización de esos anhelos colectivos.

Los estudios sobre el libro y la edición en la Argentina

En Argentina, el libro y la edición acompañaron la formación de la cultura y del Estado. En las primeras décadas del siglo XX ya se puede caracterizar un espacio diferenciado de librerías, imprentas y editoriales que dinamizó una intensa actividad literaria, intelectual, científica. La alfabetización de la mayor parte de la población nativa y extranjera, y el desarrollo de distintas esferas de actividad cultural (periodismo, literatura, artes plásticas, cine, radio), marcaron en esa época los contornos de la modernidad en Argentina. Por contraste con otras realidades latinoamericanas, las historias de la literatura y de la cultura caracterizan a la Argentina de ese período como una moderna «cultura letrada».⁴ La historia y la literatura han basado su dominio en el campo académico, con el estudio de la plena modernidad de las letras y la política en el proceso de consolidación de la cultura nacional que se extiende desde finales del siglo XIX hasta la década de 1940. La originalidad del pensamiento nacional y continental en el con-

texto de la historia occidental contemporánea sobresalió como problema estructurante de los capítulos que esas disciplinas consagraron a la cultura legítima. No es raro, pues, que el ensayo y la historia de las ideas se hubieran desarrollado como las formas impresa y discursiva más valoradas para pensar tales procesos. Estas elecciones son correlativas, como en otros casos nacionales,⁵ a una baja legitimidad de los estudios sobre las formas materiales y las condiciones sociales y económicas de existencia de los bienes simbólicos, sobre las propiedades de las prácticas culturales como unos hechos sociales entre otros. En Argentina, los estudios sobre el libro y la edición han sido, generalmente, capítulos complementarios, menores, de investigaciones dedicadas a objetos legitimados y distintivos: géneros literarios, obras de autores, movimientos intelectuales de impacto en la política. Si bien en los últimos años se elaboran proyectos más centrados en el libro y la edición, estos apenas se articulan en una comunidad de especialistas, con equipos que interactúen en eventos y publicaciones especializadas.⁶

Hasta 2006, la historia del libro en Argentina había sido preponderantemente emprendida por fuera de la actividad académica. Bibliógrafos, bibliómanos, bibliotecarios, historiadores aficionados, editores, libreros han escrito un considerable número de trabajos sobre su propio mundo: imprentas, librerías, editoriales, bibliotecas. Una obra ejemplar de ese repertorio es la de Domingo Buonocore; entre las décadas de 1910 y 1950, y desde Santa Fe, fue autor de artículos de prensa y libros que pueden leerse como retratos de «prohombres» del libro.⁷ Aquel conjunto abarca trabajos dedicados a empresas singulares: por ejemplo las imprentas Coni y Peuser o la editorial Lautaro.⁸ También algunas memorias y autobiografías.⁹ En los años noventa, el **Boletín**

⁴ Véanse, por ejemplo, Prieto, Adolfo, **El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna**, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006 [1988]; Sarlo, Beatriz, **Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988; y Romero, Luis Alberto, «Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares», en Diego Armus (comp.), **Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 40-67. Para los antecedentes decimonónicos de la Ciudad Letrada en América Latina, véase Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina**, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. 1, Jorge Myers (ed.), **La ciudad letrada, de la conquista al modernismo**.

⁵ Cfr. Darnton, Robert, «História intelectual e cultural», en **O beijo de Lamourette. Mídia, cultura e revolução**, San Pablo, Companhia das Letras, 1990, cap. 10, y Chartier, Roger, «História intelectual e história das mentalidades», en **A história cultural entre práticas e representações**, Lisboa-Rio de Janeiro, Difel-Bertrand, 1990, cap. 1.

⁶ Esta afirmación se sustenta en un contraste: digamos que no se observa algún movimiento de construcción de una historia nacional del libro que pueda inspirarse en las guías modelares de la **Histoire de l'édition française** (Cf. Darnton, Robert, «Histoire du livre - Geschichte des Buchwesens: An agenda for comparative history», en Hans Bökeler (dir.), **Histoires du livre. Nouvelles orientations**, París, IMEC-Éditions de la MSH, 1995, pp. 451-458). Diferente es el caso de los estudios sobre la edición de revistas y sobre la lectura, los cuales han sido ciertamente mucho más expresivos, como evidencian algunos coloquios específicos y obras colectivas: véanse, por ejemplo, Girbal-Blacha, Noemí y Diana Quatrocci-Woisson (dirs.), **Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX**, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999 y Sosnowski, Saúl (ed.), **La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas**, Buenos Aires, Alianza, 1999.

⁷ Véanse, por ejemplo Buonocore, Domingo, **Libreros, editores e impresores de Buenos Aires**, Buenos Aires, El Ateneo, 1944, y **El mundo de los libros**, Santa Fé, Castelví, 1955.

⁸ Imprenta Peuser, **Don Jacobo Peuser. Rasgos salientes de su vida y su obra**, Buenos Aires, Peuser, 1943; Grondona, Iván, **Imprenta Coni. Apuntes para la historia de una imprenta y una dinastía**, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San Telmo, 1990; Clementi, Hebe, **Lautaro. Historia de una editora**, Buenos Aires, Leviatán, 2004.

⁹ Por ejemplo, Peña Lillo, Arturo, **Memorias de papel**, Buenos Aires, Galerna, 1988; Maunás, Delia, **Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino**, Buenos Aires, Colihue, 1995; Yánover, Héctor, **Memorias de un librero**, Buenos Aires, Planeta, 1997. La Editorial Dunken inició en 2004 una colección de biografías denominada «El aporte de los editores españoles en el Río de La Plata», que incluye breves trabajos sobre El Ateneo, Losada, Aguilar, Sudamericana y Espasa-Calpe.

y la serie Estudios de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos hicieron valiosos aportes bajo la dirección de José Luis Trenti Rocamora. Otro segmento de este conjunto está formado por diagnósticos del sector editorial que reúnen significativos datos históricos, biográficos y estadísticos.¹⁰

El escritor y la industria cultural, del crítico literario Jorge Rivera, había sido el emprendimiento de raigambre académica más comprensivo hasta el momento que marcamos como umbral.¹¹ Tal como manifiesta el título, la historia de las imprentas, las librerías, las editoriales, aparece en ese extenso trabajo como medio para comprender tiempos y condiciones sociales, políticas y materiales de la profesionalización del escritor. En años recientes, el campo de los estudios literarios manifiesta renovado interés por abarcar al mundo del libro como medio específico para comprender la evolución del sistema literario nacional. Los exhaustivos trabajos de Patricia Willson y Graciela Batticuore,¹² por ejemplo, calibran sus indagaciones con algunos de los problemas recientes de la historia internacional de la edición de corte académico.

Remarco el año 2006 como nueva época en los estudios argentinos sobre el libro y la edición por referencia a los aportes de Gregorio Weinberg y de José Luis de Diego. La perspectiva del precioso librito de Weinberg (**El libro en la cultura latinoamericana**)¹³ se aleja de la tradición literaria, aun permaneciendo fiel al estilo del ensayo. Su significación se acrecienta por la rara posición de Gregorio como editor que intervino intensamente en los combates por la construcción de la «biblioteca argentina», acción marcada por una singular dialéctica entre compromiso y distanciamiento.¹⁴ En la obra colectiva que dirigió José Luis de Diego (**Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2000**)¹⁵ apa-

recieron rigurosos estudios sobre el peso específico de la edición, es decir como esfera que no es apenas tributaria de la creación estética sino fuerza coactiva.¹⁶ En algunos pasajes de esa obra, sin embargo, aún resuena la inercia de abordar la edición como apéndice para repensar el canon literario nacional, al igual que en otras monografías remarcables como la que Fernando Degiovani dedicó a las colecciones Biblioteca Argentina (R. Rojas) y La Cultura Argentina (J. Ingenieros), en tanto que manifestaciones impresas de los combates intelectuales generados por el Centenario.¹⁷

Entre los historiadores, quien primero despuntó en el escenario contemporáneo de estudios sobre el libro y la edición en la Argentina fue Leandro de Sagastizábal con **La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura**, publicado por Eudeba en 1995. Si bien los capítulos que componen ese libro son desiguales, fragmentarios y en algunos aspectos superficiales, su valor reside en la intención de implantar tempranamente la edición como programa de investigación y enseñanza.¹⁸ Posteriormente, De Sagastizábal aplacó dudas sobre su proyección historiográfica con una monografía sobre la Bibliografía de la República Argentina de Navarro Viola.¹⁹ No se puede dejar de ponderar la importancia de trabajos previos al de De Sagastizábal, como el que Luis Alberto Romero dedicó a la significación del libro barato y las políticas culturales del socialismo.²⁰ Este trabajo, sin embargo, se encuadró en emprendimientos más vastos de historia cultural que no dieron lugar a investigaciones especializadas y sistemáticas sobre impresos y editoriales. Esta misma apreciación se puede realizar sobre Alejandro Eujanián, de quien en 1999 apareció un brillante trabajo sobre libros, lectores y editores / cultura, clases y poder en el último cuarto del siglo XIX.²¹ A pesar de citar solamente a un historiador del libro (Chartier), este texto manifiesta, de modo similar a Batticuore y Willson, impregnación de las hipótesis que la «nueva historia cultural» dedicaba al mundo del libro y la lectura.

¹⁰ Por ejemplo, García, Eustacio, **Desarrollo de la industria editorial argentina**, Buenos Aires, Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, 1965, y Bottaro, Raúl, **La edición de libros en Argentina**, Buenos Aires, Troquel, 1964.

¹¹ Este trabajo fue originalmente editado en fascículos entre 1980 y 1985 en la célebre colección **Capítulo. Historia de la literatura argentina**, que dirigió Susana Zanetti en el CEAL. El trabajo de Jorge Rivera se subdividió en cuatro partes: «El camino hacia la profesionalización (1810-1900)»; «La forja del escritor profesional (1900-1930)»; «El auge de la industria cultural (1930-1955)» y «Apogeo y crisis de la industria del libro (1955-1970)». Aquí utilizo la edición reunida de esos cuatro capítulos bajo el título **El escritor y la industria cultural**, en la serie **Capítulo. Cuadernos de literatura argentina**, n° 3, Buenos Aires, CEAL, 1985, pp. 313-647. El trabajo de Rivera extendió los originalísimos aportes que Adolfo Prieto realizó en 1956 con su **Sociología del público argentino** (Buenos Aires, Leviatán). Es interesante observar que hacia finales de los años 1980, Rivera aún trabajaba sobre la edición argentina en colaboración con Jorge Lafforgue; juntos obtuvieron un subsidio del CONICET específicamente orientado a estudios del pasado editorial argentino, promovido durante la gestión de Gregorio Weinberg como Vice-presidente de la institución.

¹² Willson, Patricia, **La constelación del sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Batticuore, Graciela, **El taller de la escritura. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti: Lima-Buenos Aires (1876/7-1892)**, Rosario, Beatriz Viterbo, 1999.

¹³ Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, 111 pp.

¹⁴ Sobre el lugar de Weinberg como editor e investigador el mundo editorial, véanse Gustavo Sorá, «Gregorio Weinberg y la edición: estampa de un fundador de la biblioteca argentina», en **La Biblioteca**, n° 4-5, 2006, pp. 452-470, y «Traducir la nación: Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino», en **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, vol. 21, N° 1, pp. 77-99.

¹⁵ Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

¹⁶ También en 2006 se publicó **Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia**, de Mónica Bueno y Miguel Ángel Taroncher (Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006). Si bien esta obra presenta algunos problemas analíticos y empíricos (señalados parcialmente en una reseña que le dediqué en **Prismas** n° 11, 2007, pp. 289-291), es importante ponderar su significación para motivar investigaciones monográficas sobre el mayor número posible de experiencias editoriales en nuestro país.

¹⁷ **Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina**, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.

¹⁸ Por aquellos años, no es un dato menor, De Sagastizábal dirigió la carrera de Edición que fue creada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ese ámbito se gestaron carreras de especialistas del mundo editorial (por ejemplo, Gabriela Adamo y Natalia Silberleib) que, en algunos casos, abrieron el camino a debates e investigaciones sobre la edición como profesión. Formado en historia por la UBA, De Sagastizábal se ha desempeñado en diversas funciones de importantes editoriales como EUDEBA, Planeta y Fondo de Cultura Económica.

¹⁹ De Sagastizábal, Leandro, **Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX**, Buenos Aires, Norma, 2002. El estudio monográfico dedicado a Viola abre importantes hipótesis sobre la diferenciación de la edición argentina a fines del siglo XIX.

²⁰ Romero, Luis Alberto, *Ibid.*. En tiempos precedentes, aparecieron raros trabajos dispersos: por ejemplo Heras, Carlos, **Orígenes de la imprenta de niños expósitos**, La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Documentos del Archivo, Tomo X, 1943.

²¹ Eujanián, Alejandro, «La cultura: público, autores, editores», en Marta Bonaudo (dir.), **Nueva Historia Argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, T. IV.



Otra vertiente analítica remite a los proyectos de Horacio Tarcus que salieron a luz, principalmente, a partir de su investigación sobre Samuel Glusberg, editor porteño de decisiva influencia en los proyectos intelectuales de José C. Mariátegui.²² En su desplazamiento de la historia de las ideas a la historia intelectual, Tarcus se sumergió de múltiples maneras en los problemas del libro y la edición en la Argentina. En aquel libro mostró que la historia de la política y la cultura podía abrirse a un nuevo horizonte en la medida en que paralelamente se construyeran medios de «capitalización documental». El Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) creció, desde entonces, como catalizador de series de impresos y documentos de intelectuales, editores y otros agentes culturales. Este proyecto institucional es modélico en la generación de las condiciones necesarias para los estudios sobre la cultura impresa, el campo editorial y las formaciones intelectuales.²³ Al interior de la historia intelectual no puede dejar de mencionarse la significación creciente atribuida por Carlos Altamirano a la edición. Su mirada sobre esa práctica se manifiesta desde sus trabajos con Beatriz Sarlo, emerge tangencialmente en algunos de sus textos y se prolonga en los temas impuestos en las agendas de la historia y la sociología de la cultura por el Programa de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes.²⁴ Sobresale en ese medio la permanente atención que Alejandro Blanco presta a la edición para indagar la historia de la sociología en América Latina. Sus trabajos incluyen, por ejemplo, detallados capítulos sobre las funciones de director de colecciones y de traductor tanto de Gino Germani como de José Medina Echevarría.²⁵

En los últimos años se han incrementado notablemente los trabajos monográficos que abordan diversas manifestaciones de la historia editorial en la Argentina. Ante la imposibilidad de dar cuenta de esta fase, deseo remarcar dos aportes cordobeses: la tesis de Alejandro Dujovne sobre la edición en la historia del judaísmo y los judíos en la edición argentina²⁶ y el capítulo de tesis de Ana

Clarisa Agüero sobre la historia de la cultura impresa en la Córdoba del giro de los siglos XIX a XX.²⁷ La importancia de los estudios de Dujovne radica en la atención a un mundo de inmigrantes diferentes a los españoles pero de significación tal vez homóloga a estos para comprender la evolución de la edición en nuestro país. Agüero tal vez sea la primera en romper el atomismo porteño-céntrico para revelar el alcance de la historia de la edición en el interior del país. Muestra que las experiencias desarrolladas en Córdoba no fueron apenas tributarias del mundo impreso gestado en Buenos Aires, sino que generaron fuerzas específicas de diferenciación de trayectorias y prácticas culturales que tuvieron peso en la estructuración de las elites y el poder, y en ciertos casos alcanzaron dimensión nacional e internacional.²⁸

Como cierre de este brevísimo panorama, no se puede dejar de señalar las lagunas que observa este campo de investigación en ciernes. Es importante advertir que los trabajos que en Argentina se han dedicado al libro y la edición en contados casos dialogan con los estudios que signaron el tiempo y los debates de esta especialidad en el escenario académico internacional desde 1958, año de publicación de *L'apparition du livre*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin. Una aproximación crítica o criteriosa al campo internacional de estudios sobre el libro y la edición esclarecería un sistema de objetos indispensables para densificar nuestra propia historia: monografías de decenas de emprendimientos singulares, estudios sobre experiencias en contextos urbanos y regionales diversos, investigaciones sobre la edición de géneros no literarios, análisis económicos y jurídicos, historias de instituciones, indagaciones sobre el papel del Estado, enfoques desde la bibliografía material y la sociología de los textos, etnografías de ferias y de los usos de los bienes impresos. De más está decir que una investigación sobre el libro y la edición lo es necesariamente sobre un amplísimo sistema de funciones, posiciones, especializaciones e instituciones conexas: autores, traductores, papeleros, gráficos, libreros, bibliotecarios, agentes literarios, ferias, bibliotecas, agremiaciones, sistema educativo. Como buscaré demostrar, los límites geográficos y mentales de la Argentina guardan apenas una parte de las causas y condiciones que estruc-

²² Tarcus, Horacio, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2001. Fernanda Beigel también enfocó el peso de las prácticas editoriales en su tesis doctoral, dedicada al impacto de la obra de Mariátegui en América Latina (*La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006).

²³ En *Marx en la Argentina* (Siglo XXI de Argentina, 2009), Tarcus demuestra la importancia de la edición y la materialidad de los impresos en una empresa analítica que equilibra los instrumentos específicos para analizar tales temas con los de los estudios de recepción, de los intelectuales, de la política, sin reducir alguna de esas dimensiones a un factor determinante.

²⁴ Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, CEAL, 1980; Altamirano, Carlos, «Ideas para un programa de historia intelectual», en *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, y «Elites culturales en el siglo XX latinoamericano», Introducción al Vol. II de *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2010.

²⁵ Blanco, Alejandro, «Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina», en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, N° 169, 2003, Vol. 43, pp. 45-71 y «Karl Mannheim en la formación de la sociología moderna en América latina», en *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, N° 80, 2009, vol. XXVII. En el Programa de Historia Intelectual de la UNQ, Jorge Myers también es autor de numerosos trabajos sobre intelectuales latinoamericanos en los que resalta la centralidad de experiencias editoriales, como en los casos de los ateneístas mexicanos o del historiador venezolano Mariano Picón Salas.

²⁶ Dujovne, Alejandro, *Impresiones del judaísmo. Una sociología histórica*

de la producción y circulación transnacional del libro en el colectivo social judío de Buenos Aires, 1919-1979, Tesis doctoral inédita, IDES-UNGS, 2010, y «Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953», en *Revista del Museo de Antropología*, N° 1, 2008, pp.121-138.

²⁷ Agüero, Ana Clarisa, *Local / nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto con Buenos Aires y lugares relativos en el mapa cultural argentino (1880-1918)*, Tesis doctoral inédita, UNC, 2010, y «Microsociedades, ciudades y catálogos. La Imprenta Argentina de Vicente Rossi», en Agüero, AC. y Diego García (edits.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2010, pp. 51-74.

²⁸ Estas tesis se enmarcan en las actividades del programa de investigaciones Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual del Museo de Antropología de la Universidad de Córdoba, no casualmente creado en 2006. Se trata de un programa en historia y sociología de la cultura en el que el libro y la edición demarcan el área de especialización central. Además de los proyectos de Dujovne y Agüero, allí se elaboran otros convergentes: Ezequiel Grisendi aborda los proyectos editoriales de Martínez Paz y la implantación de la sociología, Pablo Requena el lugar del libro, las obras y la edición en la afirmación y dispersión del reformismo, María José Zapata la recepción de Sartre en Buenos Aires, Adriana Vulponi las ferias de libros y la diferenciación de la literatura infantil y juvenil como género editorial, etc.

turan nuestra historia editorial. Una perspectiva transnacional es indispensable. Espero que esta premisa quede clara para la edición argentina y desde ésta cuestione tal limitación para todo problema tocante a ésta o cualquier nación.

El presente estudio expone un boceto de la historia del libro y de la edición en Argentina en un esquema de larga duración (1810-1950). Aún bajo el riesgo de presentar una rasa versión generalizante, se justifica esta elección a partir del objetivo de ordenar umbrales de diferenciación progresiva de las prácticas de edición, señalando aquellas formas impresas y esquemas de pensamiento y acción profesionales que han distinguido la historia de la producción, circulación y usos de los libros en Argentina de la de otros lugares de América Latina. Para ello, insisto en tres hipótesis que deberían trazar tal historia: los extranjeros y el espacio transnacional, el libro barato o «al alcance de todos», y la escala iberoamericana.²⁹

Ya en 1901 la Biblioteca del diario La Nación confirmó la existencia de un amplio público general, ávido de modas y clásicos de la literatura universal y de las obras representativas de las letras y el pensamiento argentinos. La génesis de este proceso de formación de comunidades de lectores remonta a las políticas de Sarmiento, a la difusión del folletín, al fenómeno «Martín Fierro», a la temprana diferenciación de una esfera pública.³⁰ Sin embargo, hay que remontarse aún más atrás para observar la génesis de una división social entre las prácticas del mundo del libro y las literarias: las primeras fueron desarrolladas por extranjeros que llegaban al país con un saber adquirido en sus lugares de origen; las segundas eran producto de miembros de la elite criolla exiliados o formados en el exterior. El equilibrio del análisis entre los productores de textos y los productores y comerciantes de impresos es indispensable para aprehender los procesos culturales y sociales en su unidad y complejidad. Asimismo para demostrar la condición «nacional extranjera» que supone la constitución de toda cultura nacional y de los campos editoriales en particular.³¹

Por otro lado, la Guerra Civil española marcó, como ha sido suficientemente recalado,³² el destino de todos los mercados editoriales del continente. El exilio de editores e intelectuales republicanos en Argentina y México profundizó alianzas entre agentes y empresas de tales mercados en un momento en el que la Argentina

ya poseía un espacio editorial bien diferenciado y devino, en gran medida gracias a la paralización de España, el principal centro editor en lengua castellana. Desde los años '40 las apuestas en un lugar y otro fueron cada vez más interdependientes; la escala del mercado pasó a ser definitivamente Iberoamericana. Es por ello que resulta estratégico observar algunas dimensiones del campo editorial argentino desde México, a través de la historia del Fondo de Cultura Económica (FCE), una editorial que es casi sinónimo de libros mexicanos. En efecto, gran parte de las elecciones iniciales del catálogo del FCE orientadas a las ciencias sociales y humanas se realizaron por contraste con el perfil de las editoriales argentinas de distribución continental, que difundían literatura, ensayo, psicología. El reformista argentino Arnaldo Orfila Reynal fue quien lideró el arribo de los libros del FCE al sur del continente, y a partir de 1948 dirigió la editorial mexicana durante casi 20 años. Su trayectoria permite caracterizar un tipo de experiencias sociales, editoriales y académicas que afirmaron ciertas relaciones constantes en la configuración de los campos editoriales hispanoamericanos hasta tiempos recientes.

Algunos rasgos de la edición en el siglo XIX

«Del contrato social o principios de derecho político. Obra escrita por el ciudadano de Ginebra Juan Jacobo Rousseau [sic], se ha impreso en Buenos Aires para instrucción de los jóvenes americanos. Con superior permiso, en la Real Imprenta de los Niños Expósitos. Año de 1810.» Así reza el frontispicio del que puede ser considerado, en cierto sentido, el primer libro «libre»³³ editado en la Argentina. Salió de imprenta días después del estallido de la Revolución de Mayo, hito fundamental del proceso de emancipación rioplatense de la corona española.

La Imprenta de los Niños Expósitos (Casa Cuna) funcionaba en Buenos Aires desde 1781. Se trataba de la primera imprenta que habían llevado los jesuitas a la ciudad de Córdoba, en 1765, y que se encontraba abandonada desde la expulsión de la orden en 1767.³⁴ Su restauración y traslado a Buenos Aires fue iniciativa de José de Silva Aguiar, un portugués que en 1759 abrió la primera librería de la ciudad y fue reconocido como Bibliotecario de la Librería del Real Colegio de San Carlos. Por su iniciativa, el virrey

²⁹ Si bien este ejercicio busca promover esquemas para una historiografía de la edición en Argentina, quizás no hubiera emprendido este arriesgado panorama (el cual, soy consciente, dispersa numerosos frentes de indagación no abordados con rigor y no aprovecha cabalmente los importantes avances de algunos estudios editados desde 2006), sino hubiera sido incitado a ello a partir de la preparación de un trabajo para el mencionado coloquio de Sydney.

³⁰ Véanse Prieto, *Ibid.*, Batticuore, *Ibid.* y Eujanián, *Ibid.*

³¹ Bourdieu, Pierre, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n°145, 2002 [1990], pp. 3-8; Miceli, Sérgio, *Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo*, San Pablo, Companhia das Letras, 2003; Casanova, Pascale, *La República Mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2002.

³² Por ejemplo, Espósito, Fabio, «Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)», en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires-Madrid, Katz, 2010, Vol. II, pp.515-536.

³³ En el sentido que Pierre Bourdieu otorga a los procesos de autonomización de la producción de bienes simbólicos con relación a la «tutela de la aristocracia y de la Iglesia, así como de sus demandas éticas y estéticas». Cfr. Bourdieu, Pierre, «El mercado de los bienes simbólicos», en *Creencia artística y bienes simbólicos*, Córdoba, Aurelia Rivera, 2003 [1971], p. 86.

³⁴ El interés de este trabajo, se insiste, recae sobre la edición de libros. Anteriormente a este período, la circulación de impresos estuvo condicionada a los controles imperiales españoles y al dominio de la iglesia católica de la educación y la cultura. En un estudio sobre la librería jesuítica de la primera universidad argentina, la de Córdoba, Carlos Page resalta el florecimiento de la circulación de libros en el Siglo XVIII: «en 1722 el gobierno español suprimió los impuestos que cargaban sobre la exportación de libros a América, lo cual favoreció notablemente la introducción de libros en el puerto de Buenos Aires. Pero por allí también los ingleses eludían los controles e introducían clandestinamente obras en inglés y francés. También lo hizo un tal Francisco Lobato en 1739 que traía un cargamento de libros de Brasil que llevó a Santa Fe y Córdoba». Page, Carlos, «La librería jesuítica. Historia del expolio de un emblemático patrimonio cultural de Córdoba», en *La Biblioteca Jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, EUDECOR, 2000, p. 21.



Vértiz le concedió la administración de la Real Imprenta durante diez años. Silva y Aguiar tuvo el privilegio exclusivo para la impresión de cartillas, catones y catecismos para todo el Virreinato del Río de La Plata. La Imprenta realizó una intensa actividad, «produciendo cuanto papel impreso podía hacer falta en el virreinato». También realizó trabajos para Chile, Paraguay y Montevideo.³⁵ En comparación a lo realizado en los principales centros coloniales españoles (Nueva España y Perú),³⁶ se puede afirmar que en el Río de La Plata la producción de libros durante el período colonial fue insignificante.

Si bien ya se habían impreso libros en el Virreinato del Río de La Plata, **Del contrato social** fue el primero que no respondió a una demanda práctica.³⁷ Un análisis del momento de aparición, del proceso de traducción, del arte de su confección, de su significación como emblema para los criollos independentistas, justificaría tratar al libro de Rousseau como un umbral genético para la diferenciación de las prácticas intelectuales y editoriales en el Plata. De este modo la Argentina asoció su propio nacimiento como nación independiente a la traducción.³⁸ Y la traducción es un hecho concreto que permite introducir la cuestión más relevante para observar la formación de prácticas culturales nacionales: la nacionalización de lo universal a través de formas de apropiación de ideas, prácticas y recursos que dominan en el escenario internacional.³⁹

Después de 1816, cuando el Congreso de Tucumán declaró formalmente la independencia, se incrementó el número de impresoras.⁴⁰ En primer lugar, se continuó traduciendo libros de humanis-

tas franceses.⁴¹ Los escritores criollos ensayaban las bases ideológicas del país en los numerosos periódicos⁴² que acompañaban la efervescencia de un estado de opinión. Su prédica motivó el decreto sobre la libertad de imprenta, en 1811,⁴³ y la creación temprana de la Biblioteca Pública, en 1812. Hacia la década de 1820 las imprentas editaban libros didácticos, religiosos, de «generalidades»⁴⁴ y algunas obras poéticas de autores criollos como **Dido. Tragedia en tres actos**, de Juan Cruz Varela (1823). Pero el primer signo de unificación de la producción poética «argentina» fue publicado en París en 1824: **La Lira Argentina**. Este indicio nos conduce a la génesis de un fenómeno estructural a la formación de toda cultura nacional en general y de los campos editorial e intelectual en particular: su deuda e imbricación con modelos, prácticas, capitales del exterior.

París fue el origen de los autores y/o ediciones de la mayor parte de los impresos leídos en Argentina y en Hispanoamérica durante todo el siglo XIX. Algunos datos son contundentes: entre 1814 y 1914 en Francia se editaron alrededor de 5.000 títulos en español, lo que da un promedio de 45 títulos por año. Como vimos, en la primera mitad del siglo prevalecieron los géneros de lo que hoy en día clasificaríamos como ciencias sociales: política, historia, derecho. En la segunda mitad, libros escolares. Entre 1840 y 1844 había al menos 25 editores de libros en español en Francia, de los cuales 5 eran importantes; hacia 1861, el catálogo de los Hermanos Garnier contabilizaba 540 títulos en español; más de la mitad de los libros escolares utilizados en Argentina entre 1865 y 1891 eran extranjeros: 61, de los cuales 31 eran de origen francés y 16 españoles.⁴⁵ Se afirma, como corolario, que la formación

³⁵ Heras, Carlos, «Introducción. Los primeros trabajos de la Imprenta de los Niños Expósitos», en *Ibid.*. Entre otras clases de impresos, la Real Imprenta produjo almanques, devocionarios, filiaciones y fojas de servicios para las tropas, timbrados para la Secretaría del Virreinato, papeles para el correo, la aduana, papeletas y carteles para los toros, pleitos, catecismos, cartillas y Gacetas precursoras del periodismo.

³⁶ Cfr. Martínez, José Luis, *Ibid.*; Castañeda, Carmen, «Vers l'autonomie du système d'édition mexicain», en Jacques Michon et Jean-Yves Millier (dirs.), **Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIII e siècle à l'an 2000**, Québec-París, Les Presses Universitaires de Laval-L'Harmattan, 2001, pp. 289-295.

³⁷ Por demanda del poder colonial y religioso ya se habían editado libros de teología en latín, didácticos (por ej., **Construcción de las reglas y pretéritos**, por Marcos Márquez de Medina, 1783), prácticos (por ej. **Instrucciones para la inoculación vacuna**), además de los primeros periódicos: **El Telégrafo Mercantil** (1801-1805); el **Semanario de Agricultura, Industria y Comercio** (1802) y algunas crónicas sobre las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807.

³⁸ «En la paupérrima vida literaria de comienzos de siglo, [el ideólogo de la Revolución] Mariano Moreno no sólo hace publicar y prologa la traducción española de **El contrato social** en la Imprenta de los Niños Expósitos (marca con la traducción de una teoría la práctica revolucionaria), sino que en el viaje que lo verá morir desterrado, distrae sus horas huecas traduciendo al abate Jean Jacques Barthélemy, una traducción literaria hecha por plater»; Panesi, Jorge, **Críticas**, Buenos Aires, Norma, 2000, p. 82.

³⁹ Como afirma Casanova (*Ibid.*, p. 10), la formación de un campo literario nacional dominado, sin tradición, en sus orígenes se apoya en gran medida en «la traducción como acumulación de capital». La traducción permite entrar en la concurrencia literaria mundial, apropiarse de la antigüedad y la nobleza, «nacionalizando», traduciendo en la lengua nacional los grandes textos universales, «aquellos reconocidos como capital universal en el universo literario».

⁴⁰ La Real Imprenta de Niños Expósitos pasó a denominarse Imprenta del Estado y luego, ya bajo la dirección de Pedro de Angelis, adquirió los vicios de un taller al servicio de los intereses políticos de turno. En servicio al gobierno de Juan M. De Rosas, de Angelis realizó la crítica del **Dogma** de la «Joven Generación» de 1837, tratando a Esteban Echeverría y los suyos como «estudiantes de Derecho presumidos y holgazanes» (Rojas, Ricardo,

«Nota preliminar», en Esteban Echeverría, **Dogma Socialista**, Buenos Aires, Biblioteca Argentina, n° 2, 1915 [1838], p. 14). A la Imprenta del Estado se sumaron las de la Independencia, de Gandarillas, de Álvarez, del Comercio, de Ayllones y Cía., la Argentina y otras de escasa actividad (Cfr. Rivera, *Ibid.*, p. 315). En Córdoba, recién volvió a funcionar una imprenta en 1820, cuando el gobernador Juan Bautista Bustos motivó el arribo de nueva maquinaria desde Buenos Aires con destino a la Universidad (Page, *Ibid.*, p. 32).

⁴¹ La Imprenta del Estado editó, por ejemplo, **Impreso sobre los últimos seis meses de la América y del Brasil**, de M. De Pradt (1818) y **Ensayo sobre las garantías individuales que reclama el estado actual de la sociedad**, por P.C.F. Daunon (1822), traducido del francés por el Deán Funes, 209 pp.

⁴² Entre los primeros de este período estaban el **Correo de Comercio** y la **Gazeta de Buenos Aires**, fundados en 1810; **El observador americano** (1811); **El Censor** (1812) y **El grito del Sud** (1812). Estos fueron los más significativos entre el centenar de periódicos de vida efímera que surgieron y desaparecieron entre 1810 y 1820; Cfr. Ulanovsky, Carlos, **Parent rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos**, Buenos Aires, Espasa, 1997, p. 14.

⁴³ Geneviève Verdo aclara que en dicha época los decretos de libertad de prensa buscaron antes limitar la posibilidad de la crítica sobre los nuevos gobiernos independientes que garantizar la libertad de opinión. («El escándalo de la risa o las parodias de la opinión en el período de emancipación rioplatense», en François-Xavier Guerra y Annick Lempérière (orgs.), **Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX**, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 234).

⁴⁴ Entre otras curiosidades editadas desde la Imprenta del Estado, se puede mencionar **Nuevos y curiosos pronósticos de Miguel Nostradamus para el año 1822 y Defensa del bello sexo. Caracteres de la historia, género, disposición, méritos, ocupaciones, costumbres e importancia del bello sexo en todas las partes del mundo, interpoladas con muchas anécdotas singulares y divertidas**, Traducidos, aumentados y coordinados para nuestras lectoras americanas por José Antonio Cantillon, profesor de idiomas, en Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos, 1820, 85 pp.

⁴⁵ Cfr. Brafman, Clara, «Les manuels scolaires de lecture d'origine français en Argentine dans la deuxième moitié du XIXe siècle», **Histoire de l'éducation**, n° 69, 1996, pp. 63-80, citado por Jean-François Botrel «Exportation

de comunidades de lectores fue posible, en gran medida, gracias a la fuerte expansión transatlántica de la producción intelectual y editorial francesa. Se trata de una constante de todo el siglo XIX que implicó la traducción, adaptación o producción original de impresos en Francia. Jean-François Botrel ha estudiado «la librería 'española' en Francia» y plantea un marco indispensable para conocer el mundo de la edición y la lectura en la Argentina de aquel tiempo: «la dimensión 'española' del comercio francés del libro (y del impreso de un modo general) no puede ser estudiado con independencia de su función de sustitución o de concurrencia y del carácter internacional de las redes que ella supone; es decir que la librería 'española' debe ser estudiada tanto en Perpignan como en París, pero también en Madrid, Valencia, Buenos Aires, México... o Río de Janeiro».⁴⁶ Su noción de «librería española» impone la observación del complejo espacio internacional que suponía la edición y el comercio de libros en castellano. De modo inverso, postulamos que la investigación de los impresos editados, vendidos y leídos en Argentina supone extender el estudio y las evidencias al menos a las mismas plazas a las que se refiere Botrel. Así, no es casual que en viaje al Plata, Arsène Isabelle observara que, en 1830, más de la mitad de las obras de la Biblioteca Pública de Buenos Aires eran de origen francés. Lo mismo sucedía en las librerías de la ciudad,⁴⁷ que privilegiaban la venta de las obras de Hugo, Constant, Leroux, Lamartine, Dumas. Como eco de movimientos intelectuales europeos, desde entonces surgieron las primeras manifestaciones sobre el arte de escribir, la apelación a lo nacional, los juicios sobre el gusto literario y sobre las condiciones de publicación. Entre los periódicos que se multiplicaban en la década de 1830 sobresalió **La Moda**. Frente a los nombres patrióticos de las restantes publicaciones, **La Moda** invocaba un mercado sin fines morales necesarios, para lectores que allí podían conocer novedades literarias pero también frivolidades mundanas, modos de comportamiento y formas de estar en *la sociedad*. Este caso, ciertamente tomó un modelo francés.

Hacia fines de la década de 1820 fueron instaladas las primeras litografías. La primera de ellas fue la del suizo Hipólito Bacle, quien editó el primer periódico ilustrado: **El Diario de Anuncios**. En 1833 le siguió la Litografía Argentina fundada por el francés Hilaire Bertrand.⁴⁸ Por su lado, la lógica de edición de libros seguía el circuito cerrado de las suscripciones. Así salió, en 1832, **Elvira o la novia del Plata**, de Esteban Echeverría, la primera pieza de poesía romántica.⁴⁹ Con Echeverría se impusieron composiciones que

fusionaron literatura y nación, y un movimiento crítico y asociativo responsable por el primer movimiento literario del país: La Asociación de Mayo. Los protagonistas de este cenáculo, entre quienes se destacaron Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, se agrupaban en el Salón Literario del librero montevideano Marcos Sastre. Las bases programáticas de la Asociación fueron compuestas por Echeverría en el **Dogma de la joven generación**, que debió ser publicado en **El Iniciador** de Montevideo en 1838, a causa de la persecución que sufrieron por parte del gobierno de Juan Manuel de Rosas. En dicha plataforma generacional, la escisión de la actividad intelectual de la política era explícita: sus autores buscaban imponer un programa para pensar al país y la realidad «americana» como modo de superar las miserias de la lucha armada entre unitarios y federales. La edición de sus libros en Montevideo y en Santiago de Chile inauguró una constante para toda la historia editorial latinoamericana: los movimientos de autonomización de la producción intelectual y editorial fueron cíclicamente frenados por intervenciones políticas y crisis económicas. En su faz positiva, el exilio indujo el tejido de redes de relaciones internacionales y latinoamericanas que persistirían después de la recuperación de «libertad de pensamiento y asociación».

La organización del Estado sólo fue posible después de 1853, cuando comenzó a ser pacificado el territorio tras décadas de luchas entre caudillos y se dictó la primera **Constitución Nacional**. La progresiva implantación del liberalismo económico y político fue acompañada por el triunfo del positivismo en el plano de las ideas. Para los pensadores del '37, que con las armas llegaron al poder después de la batalla de Caseros contra «la tiranía de Rosas», la implantación de una nación moderna sólo sería posible tras erradicar los elementos «bárbaros» del caudillismo. En el plano literario, Domingo F. Sarmiento tematizó con **Facundo** la encarnación de la barbarie en los caudillos del interior con su base social y cultural rural. En **De la educación popular** (1849) comenzó a difundir sus estrategias pedagógicas como política suprema para construir la nación. Al ser nombrado presidente en 1868, Sarmiento inició sus obras «civilizatorias»: el fomento a la inmigración selectiva, la creación de Escuelas Nacionales y Normales para formar profesores en base a modelos anglosajones, la construcción de escuelas y bibliotecas por todo el territorio nacional y la promoción de campañas de alfabetización.

Según el Almanaque del diario **La Tribuna**, hacia 1855 en Buenos Aires había 10 imprentas, 2 litografías y 11 librerías.⁵⁰ Las principales ciudades del interior ya contaban con imprentas que editaban periódicos, folletos y ocasionalmente libros. En los veinte años que siguieron a 1852, en Buenos Aires fueron fundados grandes talleres de impresión de libros (Coni, Kraft, Peuser, Biedma, Estrada) y de periódicos (**La Prensa**, **La Nación**) cuya actividad sería dominante hasta mediados del siglo XX. Los diarios y revistas se afirmaron como plataforma de acción de publicistas como Bartolomé Mitre, Valentín Alsina, Dalmacio Vélez Sarsfield, Lucio

des livres et modèles éditoriaux français en Espagne et en Amérique Latine (1814-1914)», en Jacques Michon y Jean-Yves Mollier (dirs.), *Ibid.*, p. 235.

⁴⁶ Jean-François Botrel, «La librairie 'espagnole' en France au XIXe siècle», en **Le commerce de la librairie en France au XIXe siècle (1789-1914)**, Paris, IMEC - Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997, p. 287. La traducción y la cursiva son mías.

⁴⁷ Se reconocía a las librerías por el nombre de sus propietarios (Ocantos, Sastre, Ezeiza, Larrea, Riesco, etc.), entre los cuales había algunos franceses: Mercet, Minvielle, Duportail, Laty, Halbach. Rivera, Jorge, *Ibid.*, p. 322.

⁴⁸ Entre las imprentas, las más activas fueron las del Estado y de la Independencia. Entre los periódicos, en 1839 la imprenta de **La Gaceta Mercantil** importó una impresora a vapor de tipo Hoe. Sobre otras imprentas y litografías, véase Rivera, Jorge, *Ibid.*, p. 318-319.

⁴⁹ La importación del romanticismo por Esteban Echeverría fue fruto de varios años de estudio en París y Londres en la segunda mitad de la década de 1820. Echeverría era hijo de un comerciante vasco y una madre criolla.

Weinberg, Félix, **Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución**, Buenos Aires, Taurus, 2006.

⁵⁰ Rivera, Jorge, *Ibid.*, p. 324.



Mansilla, Domingo Sarmiento; militares, abogados, hombres de letras que despuntaron como portavoces de una «generación» (del '80), cuya unidad social y horizontes liberales permitió desarrollar los proyectos políticos, económicos y culturales que predominaron en Argentina hasta el peronismo. Entre ellos se fue destacando un periodismo de especialización creciente en las figuras de José María Gutiérrez y José Cantilo.

Una marcada diferencia se observa entre los fundadores de imprentas y de periódicos. En el primer caso, fueron predominantemente extranjeros; en el segundo, criollos, líderes políticos oriundos de familias tradicionales. En síntesis, se puede afirmar que mientras la actividad literaria, periodística, intelectual se diferenciaba a partir de la acción de individuos de la elite local, el desarrollo complementario de la actividad impresora y librera fue emprendido por extranjeros que en algunos casos llegaron al país ya formados en su oficio.

Un caso destacado entre los impresores extranjeros del siglo XIX es el de Pablo Coni. Había nacido en Saint-Maló, Francia, el 30 de noviembre de 1826;⁵¹ allí su padre habría animado el *Cabinet de Lecture et Librairie Coni*.⁵² Se formó como maestro impresor en París y, después de la revolución de 1848 en la que combatió, decidió emigrar a California. En la escala del navío en Montevideo, Pablo conoció a líderes del movimiento unitario argentino. Allí el gobernador de Corrientes Pujol lo invitó a dirigir la Imprenta de la provincia junto a José Barnheim. Este encuentro demuestra la rareza de los capitales representados por un conocimiento en las artes de imprimir y comercializar impresos y la significación atribuida a los mismos para la afirmación de proyectos políticos, de una esfera pública. La moderna Imprenta del Estado de Corrientes fue elegida, entre otras cosas, para imprimir el primer sello postal del país y numerosas publicaciones del gobierno nacional de la Confederación. En 1859 Coni regresó con su familia a París y en 1863 se instaló definitivamente en Buenos Aires, donde abrió su propio taller. Llegó de Francia con un equipo de operarios y con máquinas modernas. A partir de entonces, los principales líderes políticos e intelectuales del poder como Alberdi, Mitre y Sarmiento confiaron en Coni la impresión de algunas obras. El crecimiento de su catálogo se apoyó en la edición de libros escolares⁵³ y en ediciones por encargo de organismos públicos⁵⁴ e ins-

tituciones de ciencia.⁵⁵ También publicó narrativa y poesía, entre otras **La vuelta de Martín Fierro**, de José Hernández, en 1879. Coni tuvo la oportunidad de ser representante para Argentina de unos fabricantes franceses de linotipias, pero prefirió seguir con la composición manual. Esa oferta de representación fue tomada por la Imprenta Serra Hermanos. A mediados de la década de 1870, Pablo Coni fue uno de los fundadores del Club Industrial, el cual en 1887 dio origen a la Unión Industrial Argentina. El club organizó la Primera Exposición de Industrias en 1877, y entre 1875 y 1884 Coni editó el órgano de difusión **El Industrial**. En aquella exposición, la fábrica La Primitiva expuso el primer pliego de papel producido en el país. Editores e impresores competían en cada una de estas exposiciones por la premiación de los mejores libros e impresos. En 1881, Pablo Coni fue Presidente de la Exposición Continental conmemorativa de los 300 años de Buenos Aires.

La posición de Coni entre los industriales evidencia la fuerza del sector impresor de Buenos Aires. En efecto, había gran cantidad de talleres que imprimían libros: en 1882 el **Anuario Bibliográfico de la República Argentina** de Navarro Viola contabilizaba 40 «editores». Once de ellos habían editado más de 10 libros ese año. Coni era el segundo en importancia, con 83 títulos, después de la Imprenta de Biedma (91) y seguido por Del Porvenir (61), De la República (36), Carlos Casavalle (32) y La Nación (32). Según el **Anuario**, el total de libros publicados ese año era de 544. Por otro lado, los impresores en 1870 ya publicaban los **Anales de la Sociedad Tipográfica Argentina**, y en 1878 protagonizaron la primera huelga del país. Poco después, en 1879, el Colegio Pio IX de Artes y Oficios inauguró el primer curso de formación en imprenta. Finalmente, en 1882 se organizó en Buenos Aires la Primera Exposición Continental de Obras Impresas, en la cual el librero montevideano Carlos Casavalle obtuvo la medalla de oro.⁵⁶

Aun así, al tiempo de la organización del estado nacional la impresión de libros en Argentina continuaba siendo una rareza. Los libros llegaban de París, posiblemente de Londres o Nueva York. El comercio de libros producidos en Barcelona (de Espasa, Salvat, Gili, Sopena, Muntaner) y Madrid comenzó a ser regular en la década de 1850, aunque con grandes dificultades. La industria española no contaba con la estructura de la francesa, que permitía proyectarse sobre el mundo cultural iberoamericano sin quedar sujeta a los vaivenes políticos y económicos de los principales puertos. El reducido círculo de la elite letrada se apropiaba de estos productos en un espacio librero de cierta diferenciación. Así lo reseña Buonocore con su característico tono celebratorio:

El decenio de 1862 a 1872 fue fecundo para las artes gráficas. De año en año se suceden libreros y editores ilustres. Helos aquí: Carlos Casavalle, en 1862, con su Librería de Mayo; Coni, en 1862 (...) funda su taller; Kraft en 1864 (...); Peuser en 1867 abre las puertas de su Librería Nueva; los hermanos Igón adquieren en

⁵¹ Grondona, Iván, *Ibid.*.

⁵² En tal periodo, «el comercio del libro era floreciente en el pequeño puerro bretón, con dos libreros-impresores (Hovius et Valais) y dos librerías (Mathurin Lebreton et Louis Hue)». Sorel, Patricia, **La Révolution du livre et de la presse en Bretagne (1780-1830)**, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2004, p. 141. En la detallada tesis de Sorel, estudio que se extiende hasta 1830, no figura Coni como agente del mundo del libro bretón.

⁵³ Por ejemplo, **Método de Lectura Gradual**, de D.F. Sarmiento (1870); **Compendio de Gramática i ortografía**, de Andrés Bello; **Anales de la Educación Común**. Para observar el peso creciente del sistema escolar y la importancia de los libros didácticos en el desarrollo de la industria editorial, se puede mencionar que en 1881 fue editada la 14ª edición de la **Lección de Gramática** de Marcos Sastre, con una tirada de 10.000 ejemplares. Del mismo autor, en 1887 ya se habían publicado 37 ediciones de **Anagnosis**, nombre dado a un método para enseñar y aprender a leer.

⁵⁴ Por ejemplo: **Fallos de la Suprema Corte de Justicia**; **Proyecto de Código Civil** de Vélez Sarsfield; **Revista de Legislatura y Jurisprudencia**; **Revista Militar y Naval**; etc..

⁵⁵ **Anales del Museo Público de Buenos Aires**; **Anales Científicos Argentinos**; el **Boletín** y las **Actas de la Academia Nacional de Ciencias**; **Revista Científica y Literaria**; **El Agricultor**; **Revista de la Arquitectura**; **Revista Universitaria**, etc..

⁵⁶ De Sagastizábal, Leandro, *Ibid.*, p. 121 y p. 123.

1868 la histórica Librería del Colegio; Luis Jacobsen, recién llegado al Río de La Plata [desde Dinamarca], planta su famosa librería Europea en 1869 y, por último (...) Ángel Estrada, en 1871, instala en la calle San Martín entre Cuyo y Corrientes, en la llamada 'cuadra de las imprentas', su Imprenta Americana...⁵⁷

Poco después abrieron los comercios de Joly, Brédhal y Félix Lajouane. Buonocore caracteriza a la librería-editorial de Casavalle⁵⁸ como la más comprometida con las elites del poder y a la Librería Europea de Jacobsen como polo cosmopolita. La caracterización del público lector como elite se debe antes al número hipotéticamente⁵⁹ reducido de consumidores que a su diferenciación por poder adquisitivo o capitales intelectuales. Prueba de ello es la eclosión de colecciones de estilo generalista y precios reducidos que pasaron a competir en la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de colecciones de editores franceses como Garnier, Hachette y —más tarde— Ollendorf, pero también españolas como las de Gaspar y Roig, Mellado y Fernández de los Ríos.⁶⁰ A pesar de la expansión del mercado, la forma de venta de los impresores-libreros seguía siendo predominantemente por suscripciones.

Jorge Rivera estima que entre 1880 y 1899 las imprentas de Biedma, Coni, Kraft y Peuser editaron 40 novelas de autores argentinos.⁶¹ Aun así es posible observar el esbozo de dos polos del mercado: por un lado, librerías-editoras como Lajouane hacían imprimir lujosas ediciones en París y atendían a una selecta clientela de autores y lectores. Por otro, la evolución del espacio gráfico y periodístico inició la producción local de folletines de autores extranjeros y nacionales. Más allá, pequeños talleres de impresión (Tomassi, Roller, Matera) publicaban «cuadernillos gauchescos» que llegaban hasta un incipiente público lector en el campo.⁶² Con estas dos últimas formas impresas por primera vez se apeló a un público lector anónimo. Bajo este cuadro, en 1872 fue publicado **El gaucho Martín Fierro** de José Hernández. Allí éste denuncia los males políticos y sociales de su tiempo a través de las penurias del paisano Martín Fierro. En pocos años se vendieron 48.000 ejempla-

res del libro que pasó a ser considerado poema épico nacional.⁶³ Hacia fines de la década de 1880, varios autores argentinos habían gozado de éxito de ventas y un pionero de la auto-ayuda como Samuel Smiles llegó a vender 30.000 ejemplares de sus libros sobre el ahorro, el deber, la ayuda.⁶⁴

Por otra parte, a medida que se incrementó la población extranjera en las últimas décadas del siglo XIX también se generaron subsistemas editoriales y culturales apoyados en la edición de periódicos y libros en otras lenguas, y en el desarrollo de asociaciones de inmigrantes que creaban sus propias estructuras de enseñanza.⁶⁵ Ante la imposibilidad de detenernos con mayor detalle sobre las relaciones entre el movimiento literario, de imprenta, librero, editorial y educativo, podemos señalar tres dimensiones que dan cuenta de la organización progresiva de un espacio editorial nacional: la agremiación del sector gráfico; la presencia del Estado en la planificación de acciones educativas apoyadas en la difusión del libro como instrumento de civilización y el surgimiento de un primer anuario bibliográfico.

Por un lado, en 1875 la Sociedad Tipográfica Bonaerense presentó reclamos para establecer un régimen arancelario para incentivar «la exoneración de derechos a las materias primas empleadas en los oficios (tipografía y litografía)» y producidas en el país.⁶⁶ Por otro lado, el presidente Domingo Sarmiento, que ya había creado un Consejo General de Educación, promovió en 1870 la creación de la Comisión Protectora de Bibliotecas Públicas. De allí en más, el Estado pasó a asumir un rol intermitente en el sostenimiento de instituciones particulares y públicas destinadas a la divulgación del libro y la lectura. Hacia 1876 ya habrían existido alrededor de 200 bibliotecas distribuidas en las regiones más pobladas del país.⁶⁷ Posteriormente, en 1884 Sarmiento solicitó

⁵⁷ Buonocore, Domingo, «Dos libreros de Buenos Aires: Carlos Casavalle y Luis Jacobsen», en 1955, *Ibid.*, p. 316.

⁵⁸ Sobre Carlos Casavalle véanse Piccirilli, Ricardo, **Carlos Casavalle. Impresor y bibliófilo**, Buenos Aires, Julio Suárez, 1942, y Pastormello, Sergio, «1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial», en José Luis de Diego, *Ibid.*, pp. 19 y ss..

⁵⁹ Gran parte de las afirmaciones de esta caracterización del mundo del libro en Argentina permanecen como hipótesis en la medida en que hay pocos estudios que permitan ir a fondo con los problemas de la producción, comercio y lectura de impresos durante el siglo XIX.

⁶⁰ La lenta construcción del estado argentino luego de 1853 coincidió con un boom de la edición madrileña desde 1845, motivada por un salto en la expansión capitalista española. Botrel ha estudiado el intento de radicación en Buenos Aires de los impresores-libreros catalanes José Gaspar y José Roig, en 1852. Estos se apoyaban en el horizonte hispanoamericano con que lanzaron su Biblioteca Ilustrada en 1850, la cual concurría con emprendimientos similares de Mellado y Fernández de los Ríos: la consigna común era «producir barato para vender mucho». Botrel, Jean-François, «Gaspar y Rois et le rêve américain des éditeurs espagnols (1845-1861)», en AAVV, **Des moulins à papier aux bibliothèques. Le livre dans la France méridionale et l'Europe méditerranéenne (XVIIe-XIXe siècles)**, Montpellier, Université Paul Valéry, 2003, pp. 269-285.

⁶¹ Rivera, *Ibid.*, p. 330.

⁶² Rivera, *Ibid.*, p. 329.

⁶³ El mencionado estudio de Alejandro Eujanián aporta un cuadro ejemplar de las condiciones sociales y políticas que explican el fenómeno Martín Fierro. Para analizar las transformaciones de las comunidades de lectores entre el **Facundo** y el **Martín Fierro**, aborda las políticas educativas, la producción, circulación y recepción de libros, las funciones de la prensa, etc.. Propone elementos relacionales para comprender la formación de la crítica y del espacio público, como las oposiciones entre las prácticas de lectura en las tertulias de elite y en los fogones en el campo. Este trabajo logra una síntesis muy equilibrada de los factores complejos que asocia el caso-límite del **Martín Fierro**, como los desafíos que la lectura en voz alta y en medios rurales impuso a las elites letradas y urbanas. Muestra además la polivalencia de la obra a partir de sus recepciones populares y eruditas. Demuestra el desplazamiento de las posturas del autor desde la crítica social hacia la moralización de las masas rurales y su «civilización» a través de su educación, en tanto que fuerza productiva esencial del sistema económico nacional. La trayectoria de Hernández es trabajada por Eujanián al punto de demostrar sus desplazamientos desde las márgenes del poder hacia la búsqueda de reconocimiento literario y político entre las elites tradicionales.

⁶⁴ Sobre la eclosión de colecciones «populares», folletines y best sellers hacia finales del siglo XIX, véanse, aparte del trabajo de Eujanián, Prieto, *Ibid* y Pastormello *Ibid.*, p. 12 y ss..

⁶⁵ Desde 1857 hasta 1916 ingresaron al país 4.758.729 inmigrantes, de los cuales se radicaron 2.575.021. La inmigración significó el 60% del crecimiento demográfico del país entre 1869 y 1929. Gómez, Hernán, **Expansão do espaço jornalístico e transformações sociais em Buenos Aires, Argentina (1890-1940)**, Tesis de doctorado, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2005, p. 1.

⁶⁶ Imprenta Peuser, *Ibid.*, p. 27.

⁶⁷ El Consejo de Escuelas y la Comisión de Bibliotecas difundían sus políticas a través de **La educación común**, una revista quincenal ilustrada. La política de fomento de bibliotecas populares fue casi abandonada hacia fines del siglo XIX. Volvió a emerger con gran fuerza a partir de los gobiernos



autorización a Eduardo Wilde, Ministro de Instrucción Pública durante la presidencia de Julio A. Roca, para realizar un viaje a Santiago de Chile para implementar un proyecto de fomento a la publicación de libros en castellano. El objetivo era ayudar a «los editores-libreros al pago de costos de edición». La iniciativa fue aceptada por los gobiernos de Chile, Uruguay y Colombia, dando origen a un «Convenio sobre fomento y propagación de publicaciones útiles». El objetivo era subvencionar «la producción, la traducción y publicación en lengua castellana de obras de lectura general». El acuerdo establecía la proporción de recursos que le correspondía invertir a cada Estado y de ejemplares que recibirían a cambio. Además proponía incluir dichos gastos en ediciones en el presupuesto nacional.⁶⁸

Finalmente, entre 1879 y 1887 el escritor católico Alberto Navarro Viola organizó y publicó el **Anuario Bibliográfico de la República Argentina**.⁶⁹ Como demuestra Leandro de Sagastizábal, al cuantificar, clasificar y ordenar la producción editorial del país y los libros que circulaban en un mercado local del libro, Navarro Viola dinamizó disputas por regular los criterios de control y valoración de los «buenos libros» y de las actividades del mundo editorial. Esto se expresó en un extenso debate entre Navarro Viola y Ernesto Quesada, escritor que ladeó a su padre en la organización de la Biblioteca Nacional y devino un teórico de la bibliografía nacional. Entre otros aspectos, el **Anuario** permite observar el número de imprentas, librerías y otros engranajes de la edición, así como la publicidad, los premios literarios, las revistas y periódicos donde se diferenciaba la crítica. Estableció así un medio inédito para unificar, imaginar, totalizar un espacio regional de producción, circulación y consumo de libros.

«El libro al alcance de todos»: hacia la formación de un mercado nacional del libro

A pesar de los fenómenos que aquí observamos, es preciso resaltar el hecho de que, hasta la primera guerra mundial, la edición de libros no fue una actividad diferenciada. Dependía de la lógica comercial de la librería, del mecenazgo privado u oficial y de un mundo de la imprenta dominado antes que nada por la producción de diarios y periódicos. Para la década de 1880, el **Anuario Bibliográfico** de Navarro Viola estimaba la producción de periódicos en Argentina a partir del siguiente recuento estadístico:

Publicaciones periódicas por frecuencia de edición⁷⁰

	1881	1884	1887
Publicados diariamente	38	65	80
Semanalmente	41	106	121
Quincenalmente	20	28	25
Mensualmente	15	31	45
Anualmente	2	5	10
Total	165	348	443

Publicaciones periódicas por lengua de edición

	1881	1884	1887
Castellano	145	316	396
Otras lenguas	20	32	47

La Prensa, Sud América y otros diarios importantes apelaban, de modo discontinuo, a la edición de folletines por fascículos que, en algunos casos, después eran reunidos en libros rústicos. Pero entre todas las empresas periodísticas, la principal responsable por la popularización del libro y la consecuente formación de las dimensiones de un mercado nacional, fue el diario **La Nación**.⁷¹ A partir de 1901 lanzó la Biblioteca de La Nación. La decisión de crear la colección fue impulsada por el Director Emilio Mitre cuando el diario incorporó linotipos. La renovación tecnológica hubiera dejado sin trabajo a 400 empleados. La edición de libros permitiría evitar ese problema social y seguir aprovechando maquinarias de composición manual, vetustas para la época. La dirección de la colección estuvo en manos de Roberto J. Payró y José María Drago. En las páginas de ese diario Rubén Darío movilizaba el modernismo americanista. Roberto Payró despuntaba en este movimiento y se afirmaba entre los pocos escritores que comenzaron a vivir de su pluma, en la doble condición de escritores-periodistas.⁷² El sustento a la creación literaria autónoma por las grandes empresas periodísticas está en la base de las ambivalencias en el pensamiento de Payró, quien adhería a la defensa del «arte utilitario» en la línea de Saint-Beuve pero también promovía un arte desinteresado, contrapuesto a los nuevos valores del mundo mercantil e industrializado.⁷³

Hasta el fin de su ciclo en 1920, la «Biblioteca La Nación» editó 872 títulos y 1.500.000 ejemplares.⁷⁴ Acompañando la multiplicación geométrica de la población alfabetizada (un aumento de 250% entre 1895 y 1914)⁷⁵, fue por esos años la principal vía de

«populares» del radicalismo en la década de 1920 y del peronismo después de 1945. Hacia 1949 había 2.400 bibliotecas populares.

⁶⁸ Cfr. Auza, Néstor Tomás, **Sarmiento, precursor latinoamericano del libro**, 1988, citado en De Sagastizábal, Leandro, 2002, *Ibid.*, pp. 97-98.

⁶⁹ Navarro Viola era un abogado escritor, bibliófilo y editor que, al tiempo de publicar el **Anuario**, se desempeñaba como Secretario Privado del Presidente de la Nación Julio A. Roca.

⁷⁰ Tabla del **Anuario Bibliográfico de la República Argentina**, Tomo IX (1888), reproducido en De Sagastizábal, Leandro, *Ibid.*, p. 129.

⁷¹ Para un estudio sobre la expansión del espacio periodístico en Buenos Aires, véase Gómez, Hernán, *Ibid.*

⁷² La profesionalización del escritor fue posibilitada por los diarios de gran circulación y por revistas ilustradas como **Caras y Caretas**, que pagaban de forma regular por las colaboraciones literarias. Esa revista fue creada en 1898 por el periodista español Eustaquio Pellicer.

⁷³ Rivera, *Ibid.*, p. 335.

⁷⁴ Severino, Jorge, «Biblioteca de 'La Nación' (1901-1920). Los anaqueles del pueblo», en **Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos**, n° 1, 1996, pp. 57-94.

⁷⁵ De Sagastizábal, Leandro, **La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura**, Buenos Aires, EUDEBA, 1995, p. 47.

edición de literatura universal y argentina en Buenos Aires. Acorde a nuevos gustos de una clase media en formación, el catálogo abarcó clásicos de la literatura «universal» (Goethe, Shakespeare, Ibsen, Dostoievsky, Chejov, Twain, Eça de Queiróz, Tolstoi), mucha literatura de gran aceptación pública en la época, particularmente francesa (Zola, Verne, Dumas, Jules Mary, Paul Feval, Salgari, Stevenson), y sólo 20 autores argentinos, los cuales, sin embargo, aseguraban los mayores réditos simbólicos para las apuestas de una colección que hiciera justicia a su nombre. Como afirman Auza y Trenti Rocamora, la Biblioteca de La Nación «incluye entre sus títulos muchos de los textos pertenecientes a los clásicos argentinos del siglo XIX y los coloca al alcance del público que de otro modo, probablemente, no hubiera tenido oportunidad de leerlos por ser muchos inéditos y otros provenientes de antiguas y cortas ediciones, totalmente agotadas por entonces. Naturalmente Mitre, pero también Sarmiento, Vicente Fidel López, Miguel Cané, García Mérou, Lucio V. Mansila, Echeverría, entre otros figuran en el catálogo de la Biblioteca, matizando el pensamiento nacional con el mensaje que transmitían los escritores más representativos de la narrativa mundial».76 En síntesis, esta biblioteca representó el primer proyecto editorial argentino pensado para un público general.77

Al confirmar la existencia de un amplio público lector,78 la «Biblioteca La Nación» indicó una estrategia que marca la historia del libro en Argentina: la edición de libros de bajo costo, de altas tiradas y a ser distribuido por canales no tradicionales para poner «el libro al alcance de todos». Hacia 1920, cuando dejó de aparecer, la divulgación masiva del «libro barato» ya orientaba el perfil de los dos principales proyectos editoriales desarrollados en el país entre 1915 y esa fecha: «La Cultura Argentina» (1915-1925) y la «Biblioteca Argentina»,79 creados y dirigidos por José Ingenieros y Ricardo Rojas, respectivamente. Los nombres y *slogans* de las dos colecciones-editoriales transluen el filón a explotar por la edición argentina en los años de la guerra y subse-

cuentes. El *slogan* de La Cultura Argentina era «Ediciones de libros nacionales»; el de la Biblioteca Argentina era «Publicación mensual de los mejores libros nacionales»: libros sobre la nación y preferentemente de autores nacionales. Ambas pretendían afirmarse como proyectos pedagógicos independientes, de difusión masiva. Las figuras de lector eran el estudiante, el obrero, el inmigrante a asimilar, de allí que un factor central de producción y venta fuera el precio accesible.80 Las dos buscaron crear alternativas para la publicación de libros de autores «como los propios editores» y reeditar «clásicos del pensamiento argentino» que, a excepción de los pocos editados por la Biblioteca La Nación, nunca habían sido publicados en gran escala. Ambas colecciones no fueron proyectos de editoriales sino de intelectuales dominantes que idearon una colección autónoma a imprimir por un taller (Rosso) y por una librería (Librería del Colegio) importantes, cuyos nombres aparecían de modo sobrio, en tapas o colofones. Es preciso destacar el hecho de que, al igual que la Biblioteca de La Nación, estas colecciones no fueron proyectos de editores sino de intelectuales que divulgaron un sistema de autores y obras a partir de talleres de impresión. Igual es el caso de un tercer proyecto editorial de gran impacto, desarrollado en 1916: la Cooperativa de Buenos Aires. Éste fue liderado por los escritores Manuel Gálvez y el uruguayo Horacio Quiroga.81 A pesar del éxito de ventas de sus obras literarias, estos autores crearon una cooperativa entre pares ante la disconformidad frente a las posibilidades de edición de la literatura nacional contemporánea. En síntesis, se trató de grandes proyectos de «edición sin editor».

Estas colecciones fueron decisivas en la formación de un primer canon de la literatura y el *pensamiento argentino* impreso. Las disputas entre estos sellos y muchos otros por la edición de los autores representativos de las letras, la historia, la filosofía o la política nacionales marcó un cambio de estado del espacio editorial argentino. Desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, la edición de la producción literaria e intelectual nacional comenzó a igualar el fondo de traducciones en las que se apoyó la génesis del espacio intelectual y editorial argentino.82 Antes que una sustitución de lo extranjero por lo nacional, se puede postular la hipótesis de que el éxito alcanzado por las colecciones de «libros

76 Auza, Néstor y J.L. Trenti Rocamora, **Estudio e índice de la colección «La Cultura Argentina» (1915-1925)**, Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos, Serie Estudios, N° 3, 1997, p. 24.

77 Para Jorge Severino, «fue la biblioteca de los pobres y de la clase media (...) sin excluir a los pobladores de la campaña» (*Ibid.*, p. 57). Aun cuando tal caracterización deba ser investigada a la luz de las condiciones de clase y de las representaciones concretas que pudieron figurarse los impulsores del proyecto editorial y los propios lectores, es innegable que la colección fomentó la eclosión de una importante masa de lectores. Ésta fue la gran contribución de la «Biblioteca La Nación» al escenario cultural argentino.

78 Entre 1869 y 1914 la población alfabetizada pasó del 20 al 60%, y hacia fines de la década de 1920 el porcentaje de nativos alfabetizados rondaba el 90% (Rivera, *Ibid.*, p. 349 y Sarlo, Beatriz, *Ibid.*, p. 18).

79 Después de la muerte de Ingenieros, en 1925, La Cultura Argentina fue proseguida por Lorenzo Rosso, su impresor y distribuidor. Al comienzo continuó la edición del fondo sin el sello LCA, después lo sustituyó por el de La Cultura Popular, preservando las características gráficas. Finalmente restituyó el de La Cultura Argentina hasta su muerte, en 1935. Jorge Rivera constata la continuidad entre ambos proyectos: «se registran los mismos textos canónicos de Alberdi, Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Gutiérrez, etc., con el agregado de textos positivistas (Álvarez, Ramos Mejía, Bunge), de algunos poetas románticos tardíos (Ricardo Gutiérrez, Carlos Ortiz, José de Maturana), de autores con arraigo popular (Fray Mocho, Evaristo Carriego, Almafuerte), de viajeros ingleses (Nead, Gillespie, Proctor, King), de memorialistas (Paz, Arenales, Mansilla), etc. (Rivera, *Ibid.*, pp. 142-143). El detallado estudio de Auza y Trenti Rocamora sobre La Cultura Argentina (*Ibid.*) incluye la reconstitución completa del catálogo.

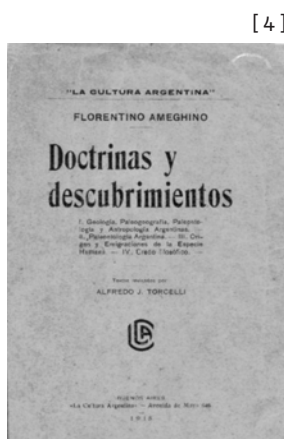
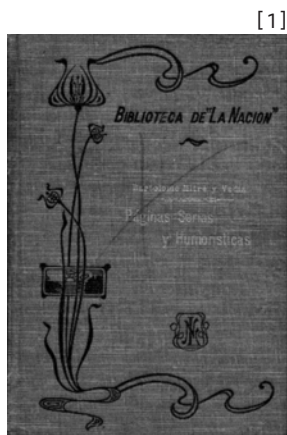
80 En la contratapa de cada ejemplar de la primera colección se lee: «La Cultura Argentina no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas; La Cultura Argentina edita en el país y vende los libros a precio de costo; La Cultura Argentina persigue fines educativos y no es una empresa comercial». En la contratapa de los libros de la segunda se manifestaba: «Esta Biblioteca publicará mensualmente, en condiciones económicas, los mejores o más famosos libros nacionales con el objeto de contribuir a la educación popular, por la obra de nuestros más esclarecidos autores. Fundada esta Biblioteca por iniciativa particular, ella sale a la luz sin subvención alguna del Estado, librado su éxito al apoyo del pueblo, que podrá adquirir cada volumen por 1,50 \$ m/n. Para ponerla al alcance de estudiantes y obreros, a quienes especialmente se la destina (...)».

81 También participaron la poetisa Alfonsina Storni, Juan Carlos Dávalos y Benito Lynch. En cinco años consiguieron buenas ventas para 68 títulos. Es interesante notar que al tiempo en que desarrollaron este proyecto, Gálvez y Quiroga planearon (sin lograr realizar) una empresa cinematográfica en 1917 (Rivera, *Ibid.*, p. 361).

82 Este nuevo tiempo y su precedente (caracterizado por el predominio de las traducciones en la «Biblioteca La Nación») concuerdan con el esquema propuesto por Pascale Casanova (*Ibid.*) sobre las relaciones entre traducción y constitución de sistemas literarios y editoriales nacionales.



nacionales» fue correlativo a una caída de las traducciones de literatura extranjera, a excepción de autores de gran difusión, como Anatole France o H. G. Wells. El filón de la literatura traducida de vocación pública fue continuado por la Editorial Tor, fundada en 1916 por el español Juan C. Torrendel, quien radicalizó el abaratamiento y popularización del libro.



Las formas materiales de los objetos impresos es la vía de entrada para observar la diferenciación creciente del espacio editorial y cultural argentino hacia fines de la década de 1910. Los libros de la Biblioteca de la Nación eran pequeños (16,5 X 12 cms.), con tapas de color gris o marrón con guardas en estilo *art nouveau*. La mayoría de los libros de esta colección salían en tapas duras y en rústica. Las formas de las colecciones de Ingenieros y Rojas se alineaban con parámetros «modernos»: tapas sobrias de un solo color claro, líneas rectas y el ícono de cada colección en posición central. Las tapas de los libros de Tor señalarían una continuidad con las de las revistas ilustradas: eran coloridas, con dibujos simples y la indicación en contratapa de la variedad de géneros abarcados por esta línea editorial. Siguiendo la tradición española, los nombres de los autores eran castellanizados.

La representación del obrero y el estudiante como lector también orientó el surgimiento de la editorial Claridad, fundada por Antonio

Zamora⁸³ alrededor de la colección «Los Pensadores» («Publicación semanal de obras selectas»). La misma comenzó a ser editada en febrero de 1922 con un título de Anatole France. Si bien este lanzamiento era una apuesta segura, el lema sarmientino que ladeaba al sello («Educar al soberano») sostenía la idea de que la editorial «no debía ser una empresa comercial, sino una especie de universidad popular»⁸⁴. Para garantizar esta vocación, los dirigentes de Claridad ofrecían una tribuna «incontaminada, no comercializada y firme en su orientación pacifista por excelencia, laica, revolucionaria y de corte ecléctico».⁸⁵ Zamora había nacido en Zaragoza, España, y estaba afiliado al Partido Socialista. La creación de la revista **Claridad**, en julio de 1926, fue patrocinada por los dirigentes Alfredo Palacios, Mario Bravo y Juan B. Justo. El nombre se inspiraba en *Clarté (liga de solidaridad intelectual por el triunfo de la causa internacional)*, creada en París en 1921 por Henri Barbusse. El ícono de la editorial era el pensador de Rodin. Si bien entre 1930 y 1959 Zamora fue electo en varias oportunidades y ocupó importantes cargos públicos, la editorial no funcionó como órgano de Partido. Mantuvo sí un estricto lineamiento internacionalista. Sus ediciones formaron el grueso de las bibliotecas de los centros socialistas a través de los cuales se alfabetizó a amplios contingentes (argentinos y extranjeros) de las barriadas populares de las principales capitales.

Como demuestra Luis Alberto Romero, Claridad y Tor promovieron un fuerte cambio cultural. En la genealogía de editoriales *generalistas*⁸⁶ que venimos siguiendo, Tor y Claridad difundieron su obra en un momento en que fue posible acentuar la real llegada del libro barato a los barrios periféricos, a las nuevas camaradas alfabetizadas (extranjeros inmigrantes, obreros, migrantes rurales), al interior, a otros países de América Latina. Romero afirma que, a pesar de la representación del «público popular» manifiesta por las colecciones de Ingenieros y Rojas, La Cultura Argentina y la Biblioteca Argentina objetivaban la demanda de *un público lector ya formado* y comprometido en los debates intelectuales de las décadas del diez y del veinte.⁸⁷ Desde un comienzo, «Los Pensadores» apostó a las altas tiradas y la gran distribución. De cada número se publicaban al menos 5.000 ejemplares, que se vendían a 0,20 centavos. Ya a mediados de los años treinta se estima que las tiradas de la revista **Claridad** alcanzaban 10.000 ejemplares, mitad de los cuales se comercializaba, junto a los libros de la editorial, en una red de librerías y kioscos que abarcaba todo el continente. Los libros se editaban en tapas de cartón forrado y en formato mayor (13 x 18 cms.) que las colec-

⁸³ Zamora nació en España en 1896. Ingresó al medio gráfico a través del diario **La Montaña**.

⁸⁴ Emilio Corbière, citado en Cassone, Florencia, «Pensamiento y acción socialista en Claridad», en Girbal Blacha y Quatrocchi-Woisson (orgs.), *Ibid.*, p. 96.

⁸⁵ La Dirección, «Síntesis de la obra de Claridad al cumplir una nueva etapa de su vida», **Claridad**, N° 322, febrero de 1938, citado en Cassone, *Ibid.*, p. 105.

⁸⁶ Editorial *generalista* corresponde a la representación nativa que producen los propios editores cuando se refieren a catálogos diversificados y orientados a públicos diversos. De ningún modo debería ser pasada por alto esta denominación para absorberla en nociones como ediciones «populares». La caracterización de «sectores populares», como propone por ejemplo Romero (*Ibid.*), introduce un sesgo desde intereses intelectuales del presente que puede violentar el orden simbólico y social de otro periodo histórico.

⁸⁷ Romero, Luis Alberto, *Ibid.*, p. 46.

ciones precedentes. En general, se trataba de volúmenes de más de 200 páginas y su precio era solamente 1 peso, un tercio del jornal de un obrero, proporción impensable para los actuales esquemas de formación de valor de los bienes editoriales. La localización de la editorial y de su taller de impresión en el sur de la ciudad de Buenos Aires era congruente con el sistema de elecciones culturales y políticas.⁸⁸

En su acción literaria, Claridad fue una de las plataformas de edición y el espacio de reunión predilecto del grupo Boedo. Leónidas Barletta y César Tiempo, por ejemplo, acompañaban a Zamora en la dirección. Por oposición a la estética pura cultivada en el círculo de Florida, Claridad reposaba sobre el realismo y la crítica social. A diferencia de las colecciones precedentes de «libros nacionales», Claridad regeneró la traducción y difusión de autores de diverso origen nacional y lingüístico. Prosiguió, en alguna medida, la función genética del campo cultural nacional que requería la consolidación de un público lector. Como afirma Patricia Wilson, la traducción por entonces continuó sustentando «la adquisición de un patrimonio cultural, el entretenimiento y la sensibilización ante los problemas sociales».⁸⁹ Las elites letradas no dejaron de ser provistas de las cuidadas ediciones de libreros y bibliófilos como Félix Lajouane. La vanguardia literaria, por su lado, lanzaba sus ediciones por libreros y editores como Manuel Gleizer y Samuel Glusberg, afín a la reproducción de un círculo de producción intelectual restringido.

Entre 1900 y 1935, en Argentina se publicaron 2.350 títulos.⁹⁰ Si bien no es fácil estimar la significación cuantitativa por relación a la población del país y la evolución del sistema de enseñanza, se puede afirmar que la edición de libros argentinos pasó a ser imaginada como un pilar de afirmación de la cultura nacional en el escenario internacional, especialmente hispano-americano. Así lo manifiestan las repercusiones que tuvo la Primera Exposición Nacional del Libro en 1928.⁹¹ Un portavoz de ese evento entre la gente del libro en la Argentina fue Alberto Gerchunoff:

La Argentina lee. Lee desmesuradamente, inmensamente, ansiosamente, con la ansiedad con que se lee no bien se ha aprendido a leer. Y tiempo vendrá en que no habrá leído en vano. Lee bien y lee mal. El hombre argentino ha comprendido el valor del libro, ha comenzado a refugiarse en el libro, a amar esa cosa deliciosa

y fiel, confidencial y melancólica, que es el escondido tesoro que nos brinda la página abierta.⁹²

La significación del discurso triunfalista del autor de **Los gauchos judíos** reside en su poder de fijación de una idea que eclosionó con las ventas masivas del **Martín Fierro**, se asentó con las colecciones de libros baratos iniciadas por **La Nación** e influyó en las apuestas por el público de masas de editores que, como Gonzalo Losada, Arnaldo Orfila Reynal o Boris Spivacow, atraviesan el siglo y remarcen un hecho único entre los mercados editoriales de América Latina.⁹³

Los republicanos españoles y la formación de un mercado editorial hispanoamericano

La década de 1930 cobijó tres dimensiones indispensables que completan la condición de un campo editorial: la multiplicación de sucursales de editoriales extranjeras, especialmente españolas; la separación progresiva de las prácticas editoriales de las de impresión y de librería y la agremiación de los editores en una sociedad. Al final de ese período se suma otro factor externo de gran significación: el exilio de intelectuales y editores españoles republicanos en Argentina y México. De modo general, es posible afirmar que la evolución del mundo editorial en lengua castellana fue (y es) segmentada por los tiempos y la estructura del mercado español. Desde las emancipaciones de las colonias, éste dependió de las importaciones americanas. Botrel evidencia esa condición de interdependencia temprana a través de la presencia de mercaderes de libros españoles en el Nuevo Mundo.⁹⁴ Lo que genéricamente se denomina «el exilio republicano» movilizó otros intereses que trascendieron el horizonte de acciones editoriales. Ellos fueron de naturaleza política, académica, intelectual. Este fenómeno no debe comprenderse monocausalmente, sino como el injerto de nuevas figuras, miradas, capitales sobre un efervescente estado de los campos intelectuales en América Latina, los que a su vez representaron tierra firme para la reconversión de los proyectos republicanos truncados. Como si los «republicanos» hubieran actuado como nuevos conductos de comunicación y circulación entre editores, intelectuales y políticos de México y Argentina.

Bajo esta premisa, es estratégico observar las transformaciones del campo editorial argentino a la luz de las relaciones entre argen-

⁸⁸ Más acá en el tiempo, la edición para el «gran público» también guió las innovaciones de José Boris Spivacow en EUDEBA (1959) y en el Centro Editor de América Latina (1966).

⁸⁹ Según P. Willson (*Ibid.*), solo en los años '40 la traducción se amplió hacia autores funcionales a las afirmaciones estéticas de las vanguardias. Como paradigma, la autora contrapone las traducciones tardías de Henry James frente a las tempranas de H. G. Wells. Las mismas fueron realizadas hacia 1945 por Jorge Luis Borges y José Bianco para la editorial Sur de Victoria Ocampo.

⁹⁰ Esta cifra se distribuye de la siguiente manera: 400 libros entre 1900 y 1910; 550 entre 1911 y 1920; 650 entre 1921 y 1930; y 750 entre 1931 y 1935 (Rivera, *Ibid.*, p. 349). El importante aporte de Rivera aún espera por investigaciones más detalladas que lleven a verificar o corregir estos datos estadísticos fundamentales para la historia del libro en Argentina.

⁹¹ «Celebración de la Primera Exposición del Libro Nacional», **La Literatura Argentina**, n° 2, octubre de 1928.

⁹² Gerchunoff, Alberto, «Alabanza del buen tesoro. Las 2.500 librerías argentinas y la exposición del libro», **La Nación**, 21 de septiembre de 1928 -reproducido en Buonocore, 1955, *Ibid.*, p. 322.

⁹³ La significación de esta creencia generadora de prácticas no necesariamente correlatos estadísticos y podría ponderarse en su versión antitética, que persiste en poderosos mercados editoriales como el brasileño, el mexicano y, con algunos ribetes, el español. En estos países es constante la expresión de representantes del mundo del libro que caracterizan sus países como carentes de lectores, aun cuando algunos indicadores estadísticos e institucionales puedan refutar esta representación.

⁹⁴ Botrel, *Ibid.*. Las relaciones entre el mundo editorial argentino y español es un tema de especialización de Fabio Espósito (*Ibid.*), quien actualmente desarrolla un proyecto Junto a José Luis de Diego y colegas españoles para profundizar el conocimiento de ese tema. Primeros resultados de esa cooperación han aparecido en el N° 15 (2009) de la revista digital **Orbis Tertius** de la Universidad Nacional de La Plata.

tinios, españoles y mexicanos que generó el Fondo de Cultura Económica (FCE), una editorial que es un casi sinónimo de «libros de México». En otras palabras, en función del nuevo estado de las relaciones internacionales que gravitaron en las subsecuentes transformaciones del campo editorial argentino, resulta estratégico pasar a observarlo desde el exterior. Me detendré en particular en dos aspectos: la trayectoria del editor argentino Arnaldo Orfila Reynal, que dirigió el FCE durante casi 20 años, y la división de nichos de edición entre Argentina y México a partir de los años 40.

La historia editorial de México y Argentina fue otra después de la Guerra Civil Española. Hacia fines de los años '30, los exiliados republicanos fundaron editoriales o renovaron casas ya existentes, produciendo efectos de campo.⁹⁵ Desde entonces la escala del mundo editorial en lengua castellana fue definitivamente iberoamericana. Al ritmo del exilio y de las crisis de las guerras, de los procesos de urbanización y de la expansión de la escolarización, el mercado editorial argentino creció a un ritmo inusual. Se fundaron editoriales de todo tipo, se consolidaron institucionalmente los diferentes gremios y asociaciones sectoriales y se exportaron libros a todos los países iberoamericanos. En Argentina, algunos rasgos de esta configuración ya estaban presentes antes del exilio republicano. Por un lado, se puede señalar que, como vimos, los españoles ya protagonizaban importantes emprendimientos editoriales. Benito Hortelano hacia 1880; el gallego Valerio Abeledo, que instaló en 1901 una librería que dominaría el espacio de ediciones de libros jurídicos; Pedro García, fundador en 1912 de la librería El Ateneo, que dominaría gran parte de la distribución nacional de libros y la edición de obras sobre técnica, ciencia y medicina en América Latina; posteriormente los mencionados casos de Juan Torrendel en Tor y de Antonio Zamora en Claridad. Por otro lado, en la década de 1920 se instalaron sucursales de editoras españolas: Labor en 1920, Espasa-Calpe en 1925. Esta última fue dirigida por Joaquín Gil y allí trabajó Gonzalo Losada una vez que se radicó en el país hacia 1928. En 1936, al recrudecer la Guerra Civil española, Espasa-Calpe Argentina S.A. comenzó a editar con independencia de la casa matriz e hizo punta al lanzar la Colección Austral, dirigida por Guillermo de Torre. Hacia 1938, tras el triunfo de los nacionalistas, la sede española

se declaró pro-franquista y reclamó subordinación a la sucursal argentina. La doble presión, comercial y política, hizo que Gil y Losada fundaran sus propias editoriales homónimas. Losada dominó la edición literaria en Argentina por varias décadas.⁹⁶ Entre los exiliados, Antonio López Llausás se incorporó hacia 1939 en la editorial Sudamericana, creada poco antes por el poeta Oliverio Girondo y la escritora y mecenas Victoria Ocampo. Lentamente se convirtió en accionista principal y hacia la década de 1960 Sudamericana era la cuarta empresa editorial del país con un catálogo exclusivamente literario. Otro caso relevante fue el de la editorial Emecé, creada en 1939 por los gallegos Medina del Río y Álvaro de las Casas, con recursos aportados por Alejandro Braun Menéndez. Emecé comenzó publicando textos en gallego. Al igual que en el caso de Llausás, los editores españoles se apoyaron en iniciativas intelectuales o en socios capitalistas argentinos. Gracias a la estructura ya firme del campo editorial y al universo cultural argentinos, Losada, Sudamericana y Emecé rápidamente consiguieron devenir grandes empresas especializadas en literatura. La guerra benefició a todo el mercado argentino, que desde fines de los años '30 ya era el principal productor de libros en castellano. La distribución continental de los libros, que ya era realidad para empresas anteriores como Tor, El Ateneo y Claridad, cimentó el prestigio de aquellos sellos que pasaron a ser elegidos como plataforma de edición de importantes escritores de otros países latinoamericanos.

Se puede afirmar que en Argentina los republicanos crearon muchas editoriales y que en México se reunieron alrededor de un proyecto político-cultural de Estado que gravitó en torno a la editorial Fondo de Cultura Económica (FCE) y a las figuras de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes.⁹⁷ Esta divergencia apunta a una relación muy diferente en cada caso nacional entre intelectuales y Estado y al origen de una cierta división entre los géneros editoriales predominantes en la Argentina (literatura) y en México (ciencias sociales y humanidades). El FCE fue fundado en septiembre de 1934. Como indica su nombre, la economía era un asunto central en un país fuertemente afectado por la crisis del '29. El origen del FCE remite a la acción de Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Daniel Cosío Villegas y a un conjunto de jóvenes que, desde fines de los años veinte, reconvirtieron sus carreras de derecho en doctorados en economía, obtenidos, principalmente, en la London School of Economics y en Harvard.⁹⁸ Para la fundación de la editorial reunieron un importante capital entre una veintena de bancos estatales y empresas privadas, lo que denota el flujo de los fundadores entre las elites modernizadoras del Estado mexicano.

⁹⁵ Con efecto de campo me refiero al impacto que producen las apuestas innovadoras de nuevos editores sobre el tablero editorial y entre los especialistas establecidos. Como en todo campo, las relaciones internacionales cuentan entre los principales factores de diferenciación y autonomización. Las mismas pueden expresarse en prácticas de mercado típicas (exportación e importación de libros, compra y venta de licencias, etc.) y en experiencias profesionales o no, como las resultantes de exilios, que impulsan la importación de modelos de comportamiento, estrategias comerciales innovadoras, etc. En la evolución de los mercados editoriales, los vínculos internacionales pasaron a ser regulados, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, a través de instituciones transnacionales como la Unión Internacional de Editores y el Grupo Interamericano de Editores, de ferias internacionales, congresos, revistas especializadas, programas de formación superior. Efecto decisivo tuvieron en diferentes períodos instituciones de expansión internacional de países hegemónicos, como el *Franklin Book Program*, ligado al Departamento de Estado de Estados Unidos. En el marco de la Alianza para el Progreso, eso produjo algunos aportes (como el estudio de Eustacio García de 1965) y considerable «daño» en las redes editoriales e intelectuales del americanismo (Gustavo Sorá, «Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60», *Revista del Museo de Antropología*, N° 1, Córdoba, 2008, pp. 97-114).

⁹⁶ Schwarzstein, Dora, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 14-8 y ss.

⁹⁷ En México, otras editoriales fundadas por republicanos fueron Séneca (Juan Larrea y Eugenio Ímaz, colaborador de la *Revista de Occidente*) y Ediapsa (Rafael Giménez Siles y Miguel Prieto). Al contrastar los dos mercados nacionales, se observa en México un reconocimiento muy dispar entre el FCE y las restantes editoriales fundadas por españoles, y en Argentina un panorama más equilibrado entre las editoriales concurrentes de tal origen.

⁹⁸ La propia Escuela de Economía se creó en 1929 como apéndice de la Facultad de Derecho. La mayor parte de las referencias en este bosquejo del FCE están extraídas de *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica*, México, FCE, 1980 y de Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la Casa Fondo de Cultura Económica (1934-1994)*, México, FCE, 1994.

Como es habitual en muchas editoriales orientadas al mercado universitario, la edición de libros por parte del FCE estuvo desde el principio vinculada al éxito de una revista: **El Trimestre Económico**. Los primeros libros salieron en 1935: **El dólar de plata**, de William P. Shea, y **Karl Marx**, de Harold Laski, los que iniciaron la «Sección Economía». Pero la publicación de libros sólo pasó a ser regular en 1939,⁹⁹ después de la reconfirmación de Daniel Cosío Villegas como director y del arribo planificado de republicanos españoles, cuyo centro intelectual fue La Casa de España, institución creada como un anexo del FCE.¹⁰⁰ En 1937 se abrió la «Sección Ciencia Política», posteriormente denominada de «Política y Derecho», con la publicación de **Doctrinas y formas de la organización política**, de G. D. H. Cole, libro traducido por Alfonso Reyes. En 1939 comenzó la «Sección de Historia», dirigida por Silvio Zavala y Agustín Millares Carlo, con el lanzamiento de **Proudhon**, de Armand Cuvillier, traducido por María Luisa Díez-Canedo.

La llegada a la Argentina de los libros mexicanos del FCE a partir de 1940 fue una importante novedad. Estos respondieron a la demanda de libros de «historia», de «sociología» y de disciplinas afines, los cuales hasta entonces, en su mayor parte, provenían de España. La distribución continental dejó de ser un privilegio exclusivo de editores argentinos y españoles. Lo fundamental de este período fue la institucionalización de mercados nacionales de libros en México, Brasil, Argentina, Chile y su interrelación creciente en un mercado iberoamericano.¹⁰¹ Esta realidad informaba esquemas de percepción decisivos para realizar nuevas apuestas culturales y de mercado:

En 1938 y en la Argentina se fundó la editorial Losada y se estableció Espasa-Calpe, ambas con pretensiones continentales —lo que incluía a México. Hacia octubre del mismo año ya se encontraban en México algunos de los primeros ‘transtrerrados’ fundadores de la Casa de España (...) *Ante la inminencia de que las editoriales argentinas invadieran el campo cultivado por el FCE*, quedaban dos posibles soluciones: «reiterar todos los esfuerzos en la misma dirección» o ampliar las actividades mediante nuevas secciones afines a la economía. Su propuesta fue crear las secciones de sociología, dirigida por José Medina Echavarría, la de ciencia política, dirigida por Manuel Pedroso, y la de historia (...) *Cosío restringía la oferta*

⁹⁹ Entre 1934 y 1938 se editaron entre 4 y 6 títulos por año, cifra que saltó a 52 en 1939. *Ibid.*, p. 112.

¹⁰⁰ El primer director de la Casa de España fue Alfonso Reyes, quien había sido embajador en el Brasil y en la Argentina. Junto a Cosío Villegas son reconocidos como los principales promotores del arribo de intelectuales republicanos a México. Entre estos, en el FCE se destacó la acción de Javier Márquez y Enrique Díez-Canedo. La Casa de España se convertiría, años más tarde, en el prestigioso Colegio de México (Aub, Max, «Los españoles del Fondo», en **Libro conmemorativo...**, pp. 189 y ss.).

¹⁰¹ Para el caso de Brasil, véase Sorá, Gustavo, «La Maison et l'Entreprise. José Olympio et l'évolution de l'édition au Brésil», **Actes de la Recherche en Sciences Sociales**, N° 126-127, 1999, pp. 90-102. Para la década de 1930 en Argentina, sería decisivo estudiar la relación capital-interior. En aquel tiempo se observa una importante actividad editorial en La Plata, en Córdoba, en Rosario, en Santa Fe y en Tucumán; especialmente en las editoriales universitarias, pero también en otras para-universitarias o culturales. En el interior se publicaban no sólo ciertas investigaciones de punta sino también traducciones y opciones bibliográficas no cubiertas por la edición en la ciudad de Buenos Aires.

*al campo de las ciencias sociales y —a partir de 1942— de la filosofía, porque en él no había competencia, pues las editoriales argentinas y chilenas (las españolas que inundaban el mercado casi desaparecieron a partir de 1938) se ocupaban de literatura, de la que había ‘cierto hastío’, según el director. Un punto más a favor: ante la competencia, la calidad del papel e impresión de los libros del FCE no tenía rival. (cursivas mías).*¹⁰²

El FCE sólo editaba poesía de manera marginal bajo el sello Tezontle, iniciado en 1940. La división internacional de los géneros también se profundizaba con alianzas, como demuestra la representación del FCE en Buenos Aires a cargo de Losada, una editorial *generalista* que, antes que nada, publicaba literatura. La relación entre el FCE y Losada fue producto de relaciones de solidaridad entre exiliados republicanos y militantes de izquierda.¹⁰³ Losada pasó a ser conocida como «la editorial de los exiliados» y la sede de su librería representó un lugar central para la sociabilidad intelectual del progresismo español e hispanoamericano en Buenos Aires. En su «ronda intelectual» marcaban presencia Atilio Rossi, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Guillermo de Torre, Luis Jiménez de Asúa, Francisco Romero, Francisco Ayala, Rafael Alberti, Jorge Amado durante su exilio en Buenos Aires, Pablo Neruda y otros. La circulación de los libros de Losada estaba prohibida en España. La alianza con Losada sirvió de avanzada exploratoria antes de que el FCE iniciara su expansión internacional a través de Buenos Aires, con la apertura de una sucursal en 1945. Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña eligieron a Arnaldo Orfila Reynal para asumir la gerencia de la sucursal porteña. Ellos conocían al platense desde 1921, cuando Orfila viajó a México como representante del reformismo en el I Congreso Internacional de Estudiantes. Asentando el americanismo y diseminando el reformismo universitario a nivel continental, dicho encuentro tejió alianzas de duradero impacto para la diferenciación de las elites intelectuales de varios países.

Arnaldo Orfila Reynal nació en La Plata en 1897 y falleció en México en 1998. En 1910 ingresó al Colegio Nacional de La Plata. Se doctoró en química en la Universidad de La Plata (UNLP), ciudad donde pasó a trabajar en farmacia y en la industria lechera. Ingresó al Partido Socialista, siguiendo una trayectoria similar a la de varios otros ex-alumnos del colegio, como Enrique Anderson Imbert, Carlos Sánchez Viamonte, José Ernesto Rozas, que llegaron a ocupar altos cargos en la política nacional. Participó activamente en las luchas estudiantiles de la reforma universitaria: en 1918 fue delegado estudiantil por la UNLP en el congreso reformista de Córdoba; en 1919 fue presidente del comité de huelga de estudiantes de la UNLP y en 1921 participó del Primer Congreso Internacional de Estudiantes como uno de los 5 delegados argentinos. En México trabó amistad duradera con Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Helidoro Valle, Miguel Ángel Asturias, Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo

¹⁰² Arciniega, *Ibid.*, pp. 83-84.

¹⁰³ Sorá, Gustavo, «Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en tierra firme», en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales...**, pp. 537-567.

Toledano y otros intelectuales que se reencontrarían en proyectos de corte americanista, como el propio FCE. Durante los años '20 y '30 Orfila Reynal formó parte de un círculo de reformistas que se adjudicaban el rótulo de discípulos de Alejandro Korn y que formó la base del Movimiento Popular Americanista Renovación. Este grupo tendría gran peso entre las elites universitarias, artísticas y políticas dominantes en La Plata hasta el advenimiento del peronismo. Orfila Reynal colaboró con algunos emprendimientos editoriales de Renovación, tales como las revistas **Atenea** (1918), **Valoraciones** (1923-1928) y **Libertad Creadora** (1934). Su actividad en estos medios estrechó los vínculos de amistad con el peruano Manuel González Prada y los mexicanos José Vasconcelos y Daniel Cosío Villegas, entre otros. La militancia cultural de este círculo intelectual atrajo hacia la Argentina al dominicano Henríquez Ureña y al guatemalteco Juan José Arévalo, futuro presidente de su país. Orfila Reynal inauguró la Cátedra Libre Alejandro Korn en la UNLP y fue uno de los fundadores (1937) y secretario general (1938-1948) de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), que aún funciona en La Casa del Pueblo de La Plata. También colaboró con las editoriales Claridad y Atlántida. En la primera creó la colección «Autodidacta» (1944), orientada a un público pre-universitario. En la segunda publicó un par de libros con pseudónimo.¹⁰⁴

Como demarca la elección de Orfila Reynal como director de la sucursal en Buenos Aires, la acción del FCE en Argentina se profundizó a través de una red de relaciones intelectuales dominada por un linaje de reformistas, discípulos de Alejandro Korn, militantes del Partido Socialista.¹⁰⁵ El reconocimiento de Orfila Reynal se produjo en el punto máximo del dominio de esta fracción de elite cultural, cuando era Secretario General de la UPAK. Al igual que el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), esta institución se fundó y se desarrolló bajo el clima opositor al dominio conservador en la política argentina de la década de 1930. Orfila y sus pares seguían los ideales de la «libertad creadora» que proponía el filósofo neo-kantiano Alejandro Korn y los proyectos pedagógicos del socialismo que en el plano editorial lideraba Claridad.

La elección de Orfila Reynal como gerente librero y editor se corresponde con la trayectoria modélica de este tipo de especialistas: tales posiciones generalmente son ocupadas por personas con trayectorias a mitad de camino entre la cultura y la gestión, el arte y la producción. Individuos con experiencias previas en medios comerciales o empresariales, generalmente en el terreno de la cultura: librerías, diarios, imprentas.¹⁰⁶ La función-editor y la función-autor

se realizan como opuestos complementarios: el comercio y la producción de bienes culturales genera una esfera de actividad e intereses específicos que rara vez es compatible con una dedicación plena a la actividad literaria o académica. A diferencia de la mayoría de sus pares reformistas, Orfila Reynal, en parte a causa de su titulación como químico, no publicó regularmente ni fue profesor. Segundo Tri, Aníbal Sánchez Reulet y Juan José Arévalo eran profesores de filosofía; Pedro Verde Tello y Carlos Sánchez Viamonte, abogados; Luis Aznar, profesor de historia; Guillermo Korn, periodista y dramaturgo; A. Sánchez Garrido, profesor de letras. A diferencia de Orfila, todos tenían cargos en la Universidad. El editor es un especialista en «relaciones públicas»: conoce y pone en contacto a escritores y a productores de bienes simbólicos, escoge traductores, coordina la actividad de directores de colección, sigue la labor de correctores, sabe de las artes del papel y de la publicidad y toma decisiones sobre todas estas actividades. Como vimos, la militancia política y el viaje a México de 1921 dotaron a Orfila de un capital de relaciones sociales sostenido que lo distinguió como líder de los grupos culturales y políticos en los que participó.

La significación de la sucursal del FCE en Buenos Aires y el papel de promotor cultural de Orfila Reynal fueron acentuados después del golpe militar de 1943 y durante el peronismo. Los ritmos de la vida intelectual y política en Argentina no dejaban de ser tenidos en cuenta para definir las líneas editoriales del FCE. En la visión de Orfila Reynal:

(...) la editorial mexicana casi no tenía competencia: las editoriales argentinas se ocupaban de temas distintos. El Fondo tenía por entonces pocas colecciones editoriales que contaban con muy buena acogida: Economía, Sociología, Historia, Filosofía, Política y Derecho, Biblioteca Americana, Tierra Firme, Tezontle y los libros del Colegio de México. En cambio las editoriales argentinas editaban literatura, psicología, pedagogía y otros temas que no estaban en el catálogo del Fondo.¹⁰⁷

La dispersión de las apuestas culturales del FCE, sintetizadas en los géneros del catálogo, observó una lógica relacionada a una sensibilidad americanista, atenta a sus correlatos en el resto de Hispanoamérica, especialmente en Argentina. Para Cosío Villegas, quien se sentía discípulo de Antonio Caso y en la década del veinte ocupó la cátedra de sociología de la Facultad de Derecho,¹⁰⁸ la singularidad del continente y su destino ya estaban demostrados en la escritura literaria e historiográfica:

Pocos comprenden en América que debemos cuidar de nuestras cosas, sea cual fuere el valor que ellas tengan. De todos modos nosotros tenemos que descubrir y registrar ese valor. La originalidad de América está de sobra comprobada en la obra puramente literaria. Asimismo en las disciplinas históricas (...) Pues bien, esa misma origi-

¹⁰⁴ Véase Rocca, Carlos José, **Homenaje al Dr. Arnaldo Orfila Reynal. Líder de la Reforma Universitaria y organizador de la Universidad Popular Alejandro Korn**, La Plata, UPAK, 1998; Gálvez Cancino, Alejandro, «Alejandro Orfila Reynal, un promotor cultural», en **Todo es historia**, n° 320, 1994, pp. 76-79.

¹⁰⁵ «Recuerdo que entre quienes más frecuentaban la sucursal se encontraban Alfredo Palacios, Francisco Romero, José Luis Romero, Mario Bravo, Risieri Frondizi, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Jorge Romero Brest, Luis Aznar, José Bianco, María Rosa Oliver, Adolfo Homberg y muchos intelectuales de la provincia y del Uruguay» (A. Orfila Reynal, citado en Arciniega, *Ibid.*, p. 228).

¹⁰⁶ Antes de emigrar a la Argentina como gerente ejecutivo de Sudamericana, Antonio López Llaús había trabajado en la Librería Española de Barcelona, perteneciente a su padre, y había creado una imprenta. Previo a fundar su editorial en 1938, Gonzalo Losada había trabajado en empresas papeleras

y, a partir de 1928, como jefe de ventas de la sucursal argentina de Espasa-Calpe. Antes de crear la revista **Claridad**, en 1922, Antonio Zamora había trabajado en el diario **Crítica**.

¹⁰⁷ Arciniega, *Ibid.*, p. 227.

¹⁰⁸ Cosío Villegas, *Ibid.*, cap. 4.

nalidad debe ser infundida en los otros órdenes de la cultura que no puede ni debe estar circunscrita únicamente a la literatura y al análisis histórico. Todo lo demás debe tener lugar en la producción libresca americana.¹⁰⁹

Este esquema de apreciación marcó la acumulación del fondo editorial al punto que puede afirmarse que la jerarquía de los géneros editados fue liderada por las secciones de economía y sociología.¹¹⁰ La sección Sociología comenzó en 1941 y fue dirigida por el exiliado español José Medina Echevarría.¹¹¹ La sección Antropología comenzó en 1944 bajo la dirección de Alfonso Caso y Daniel Rubín de la Borbolla, con la edición de **La civilización azteca** de George Vaillant, traducido por Samuel Vasconcelos, y **La Rama Dorada** de James G. Frazer, traducido por E. y T. Campuzano y Julián Bravo. En 1944 también fue publicado uno de los libros que mayor impacto tuvieron en la historia de la edición castellana de ciencias sociales: **Economía y Sociedad**, de Max Weber, traducido por un equipo dirigido por J. Medina Echevarría.

Hasta avanzados los años '50, las novedades de las colecciones de disciplinas sociales y humanas eran casi todas traducciones.¹¹² Una vez que asentó su perfil, la editorial se proyectó, lentamente, sobre la historia, el ensayo y la literatura, los géneros de la tradición nacional e hispanoamericana, géneros «sin traducción». En 1944 aparecieron la «Biblioteca Americana» y la colección «Tierra Firme». La primera buscaba recuperar la «literatura prehispánica», las «letras coloniales», «obras maestras de la erudición hispanoamericana»; libros presentados con estudios escritos por «especialistas de las ideas», de las «letras clásicas», de la «historia del arte» y de las independencias republicanas.¹¹³ La segunda colección buscó revivir «el olvidado sueño de un humanismo continental» que permitiera «encararnos con nuestros problemas específicos».¹¹⁴ Allí aparecieron títulos de Gilberto Freyre, de Alfonso Reyes, de Germán Arciniegas. Estos géneros fueron más eficaces para profundizar la conexión entre intelectuales actuantes en México y en Argentina. Para «Tierra Firme», Arnaldo Orfila Reynal organizó una reunión en Buenos Aires con 32 «intelectuales suramericanos», con la participación, entre otros, de Daniel Cosío Villegas y Ezequiel

Martínez Estrada. La «Biblioteca Americana» fue diseñada en sus 26 números iniciales por Henríquez Ureña, al tiempo que se desempeñaba al frente del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires. Del cruce entre las demandas editoriales mexicanas y la exclusión universitaria de los intelectuales reformistas surgieron libros de autores argentinos editados en México, como **Las ideas políticas en Argentina** (1946) y **La Edad Media** (1949, uno de los primeros títulos de la colección Breviarios, inaugurada un año antes), de José Luis Romero.¹¹⁵

La sucursal del Fondo en Buenos Aires, situada en Avenida Independencia, pasó a funcionar como La Casa de México. Su actividad consolidó un flujo de intercambios abonado por la actividad diplomática de Amado Nervo, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, y creció con la frecuente visita de investigadores mexicanos. Como vimos, las características del mercado editorial argentino y el movimiento intelectual americanista que allí floreció entre los años '30 y '40 fueron un faro constante para diseñar, por contraste, las elecciones editoriales del FCE. En aquellos años, Daniel Cosío Villegas afirmaba: «Argentina es de todos los países de América el que en mejores condiciones está para dar impulso a nuestro proyecto».¹¹⁶ A través de Buenos Aires, el FCE se impuso progresivamente como marca de mexicanidad y contribuyó a la afirmación de América Latina como espacio cultural transnacional, como palabra de orden moral y político. Ya en 1955, edad dorada de la Casa, cuando Arnaldo Orfila Reynal dirigía el FCE en México, Juan José Arreola concluía: «México se ha dado cuenta de que el Fondo, como la pintura y las películas, lleva su nombre a todas partes del mundo en la etiqueta prestigiosa de los libros que se dividen ya en series numerosas».¹¹⁷ Orfila fue separado del FCE en noviembre de 1965. Por entonces gozaba de enorme prestigio intelectual y era un portavoz de peso de la Revolución Cubana, algo insostenible para las huestes intelectuales del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. La embestida política contra el director del FCE generó un gran escándalo entre intelectuales de todo el continente, movimiento que a continuación daría origen a la editorial Siglo XXI.¹¹⁸

Conclusiones desde el presente

«Creció un 28% la industria del libro»;¹¹⁹ «El sector editorial crece y emplea»;¹²⁰ «Repunte de la industria editorial»;¹²¹ «Rosario se

¹⁰⁹ Cosío Villegas, citado en Arciniega, *Ibid.*, p. 88.

¹¹⁰ El valor diferencial de los géneros del catálogo es apreciado tanto por los volúmenes de edición-reedición, como por los modos de presentación y caracterización del perfil de la casa por sus principales protagonistas. Sin contar las tiradas masivas de los Breviarios y de la Colección Popular, entre los libros con mayores tiradas hasta 1980 se encontraban **El capital**, de K. Marx (103.000 ejemplares); **Historia económica y social de la Edad Media**, de Henri Pirenne (100.000); **Estudio del Hombre**, de Ralph Linton (96.000). FCE, **Libro conmemorativo...**

¹¹¹ Ese año aparecieron los primeros títulos: **La propaganda política**, de F.C. Barlett, traducido por Francisco Giner de los Ríos, otro republicano incorporado por «La Casa»; **Raza, ciencia y política**, de Ruth Benedict, traducido por Ernestina de Champourcin; **Ideología y Utopía**, de Karl Mannheim, traducido por Salvador Echevarría, e **Historia de la Cultura**, de Alfred Weber, traducido por Luis Recaséns Siches.

¹¹² Pascale Casanova (*Ibid.*) observa que, para el medio literario, la traducción es el recurso indispensable para forjar el reconocimiento de una literatura nacional (en este caso de unas ciencias sociales mexicanas, argentinas). En un tiempo inicial, la traducción nacionaliza un capital de valores culturales universalizados o reconocidos en escala internacional.

¹¹³ Bataillon, Marcel, «Biblioteca Americana», en FCE, **Libro conmemorativo...**, pp. 161 y ss..

¹¹⁴ Picón-Salas, Mariano, «Tierra Firme», en *Ibid.*, pp. 164 y ss..

¹¹⁵ Otros títulos de autores argentinos publicados por esos años fueron **Antiguas literaturas germánicas** (1951), de Jorge Luis Borges y Delia Ingenieros e **Historia de la literatura hispanoamericana** (1954), de Enrique Anderson Imbert. Este último título de la colección «Breviarios» acumuló 100.000 ejemplares en 7 reimpressiones hasta 1980.

¹¹⁶ Cosío Villegas, citado en Arciniega, *Ibid.*, p. 87.

¹¹⁷ Arciniega, *Ibid.*, p. 127.

¹¹⁸ Orfila Reynal, las editoriales Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI son referentes centrales de investigaciones que realizo desde hace varios años. Además de los textos ya citados, entre los que les he dedicado y permiten ampliar los problemas esbozados en esta sección está también «Des éclats du Siècle. Unité et désintégration dans l'édition hispano-américaine en sciences sociales», en Sapiro, Gisèle (dir.), **Les Contradictions de la globalisation éditoriale**, París, Nouveau Monde éditions, 2009, pp. 93 a 116.

¹¹⁹ **La Nación**, Sección Cultura, 23/12/2004, p. 20.

¹²⁰ **Clarín**, Cuaderno Económico, 22/5/2005, p. 15.

¹²¹ **La Nación**, Nota del Editor, 23/4/2005, p. 24.



postuló como 'Capital Mundial del Libro' en 2007»; Argentina país-tema de la feria de Frankfurt en 2010; Buenos Aires invitada de honor del Salón del libro de París en 2011.¹²² Después que la economía argentina abandonó el sistema de Convertibilidad, la industria del libro argentino se recuperó con gran rapidez. Algo difícil de explicar después de la caída del gobierno de De la Rúa en diciembre de 2001, cuando el mercado y el Estado se deshacían. Pero el optimismo no va muy lejos. La memoria de los especialistas del mundo del libro y de los lectores está marcada por una historia editorial que desde inicios de los años 50 ondula entre fases de fuerte crecimiento y de retracción, los llamados «booms» y las «crisis». Las curvas de un estudio estadístico histórico ilustrarían esa historia quebrada. La última «crisis» estuvo representada por la venta de las grandes editoriales literarias y de libros didácticos a grupos transnacionales.¹²³ Ello ha asentado creencias sobre una Edad de Oro, cuando los libros de edición argentina eran una referencia para el mundo iberoamericano. Este trabajo llegó hasta un tiempo en que ese campo nacional fue modélico para la construcción de un espacio iberoamericano del libro. El modo en que esa historia de esplendores y fracasos funciona en el presente, tanto en la producción de creencias en el medio profesional del libro como en la orientación de los trabajos académicos, debería alentar el intento de comprender ese mundo desde el pasado y desde el presente, desde la historia y la memoria, la etnografía y la sociología, la economía y la política.

En este trabajo he elegido una alternativa historiográfica para observar los particulares tiempos y características de un caso nacional en su convergencia con los procesos generales de diferenciación de la actividad editorial en América Latina y en Occidente. Durante el siglo XIX, la actividad literaria, intelectual, didáctica fue protagonizada por miembros de la elite criolla cuyo profetismo cultural fue producto de raras carreras de formación en Europa o, en la mayoría de los casos, de experiencias en el exterior debidas al exilio. De modo complementario, los conocimientos especializados para el desarrollo de prácticas de impresión, de comercialización y producción de libros fue predominantemente encabezada por extranjeros cuya acción gravitó en la institución de una cultura nacional. El mundo del libro combina todos los elementos de una experiencia *nacional-extranjera*.

Al tiempo de la institucionalización de un Estado-nacional, en la década de 1860, las experiencias editoriales comenzaron a delinear los contornos particulares del mundo del libro en Argentina. La combinación de políticas de alfabetización, de fomento a las bibliotecas, a la producción de libros y la efervescencia de la esfera público-política de finales del siglo XIX sentaron las bases para que a inicios del 900 fuera posible idear una colección como la «Biblioteca de La Nación». La larga vida del proyecto, las formas materiales del «libro barato», las representaciones de un público lector muy extendido, anónimo, idealmente superpuesto a una supuesta alfabetización universal, afirmaron un esquema de pen-

samiento y acción que fue asumido y expandido por la mayoría de los proyectos editoriales que hicieron época a lo largo del siglo XX: El Ateneo, Tor, Claridad, Losada, Sudamericana, Emecé, Santiago Rueda, la Editorial de la Universidad de Buenos Aires, etc.. Quizás los últimos emprendimientos editoriales impulsados por tal tipo de representación fueron los de las editoriales Centro Editor de América Latina y Siglo XXI; ambas fundadas en 1966, la primera por José Boris Spivacow al renunciar a EUDEBA tras la «noche de los bastones largos» y la segunda por Orfila Reynal, al ser expulsado del FCE como «extranjero comunista». En la mayoría de tales casos, la edición en gran escala no fue sinónimo de géneros o textos «populares». Un análisis de los catálogos de esas empresas afirmaría la combinación de apuestas vanguardistas con edición de lo clásico y autores y temas del momento. Por otro lado, la gran escala señala tiradas por lo general muy altas y, a partir de la década de 1930, orientación a un mercado latinoamericano.

Tal como demuestra la percepción de los editores que armaron las líneas del catálogo del Fondo de Cultura Económica de México, el desarrollo temprano de movimientos intelectuales y de actividad editorial en Argentina condicionó el espacio de lo posible para los proyectos editoriales con pretensión continental generados en otros países. En los años '20, Buenos Aires fue la entrada para la expansión de las grandes editoriales españolas en la América de lengua castellana, y en los años '40 lo fue para la articulación de movimientos intelectuales y políticos americanistas. De modo inverso, las elecciones de los editores argentinos pasaron a ser interdependientes del impacto de editoriales como el Fondo de Cultura Económica y de la nueva fase de dominación editorial española iniciada a inicios de los años 60. El golpe de 1976 afectó duramente los campos intelectual, académico y editorial argentinos. De allí en más, el americanismo no volvió a florecer y no hay evidencias de que la edición argentina continuara siendo modélica para profesionales del libro de otros países. Los nuevos rumbos de la creciente internacionalización del mercado editorial alejan aún más esa posibilidad. Los editores latinoamericanos se encuentran antes en Frankfurt que en Buenos Aires. Todos compiten entre sí tras los nuevos bienes y capitales de la cultura universal. No hay innovación tecnológica que prometa dar luz a procesos homólogos a los aquí reseñados en tanto ejes constitutivos de nuestra historia editorial, dimensiones cuya singularidad quedaría bien demostrada en una perspectiva comparativa entre las historias editoriales de Iberoamérica.

¹²² *Ñ*, 9/4/2005, p. 19.

¹²³ Sudamericana fue vendida a Bertelsman a través de su intermediaria Plaza & Janés en 1997; Emecé al Grupo Planeta en el 2000, etc..

APORTES PARA UNA HISTORIA DEL CIRCUITO EDITORIAL EN LA CÓRDOBA DE LOS '60S Y PRIMEROS '70S

Ediciones Nagelkop, Aula Vallejo e Igitur

Ignacio Barbeito*

1. El efecto *Pasado y Presente*

Los estudios volcados al análisis de las condiciones que posibilitaron en el umbral de los años sesenta la conformación de una *nueva izquierda* en Argentina han reparado frecuentemente en la actividad editorial desarrollada por los integrantes de ese foco de irradiación ideológica que fuera la revista **Pasado y Presente**. Con base en Córdoba primeramente, intelectuales y militantes del Partido Comunista como José Aricó, Oscar del Barco y Héctor Schmucler, a los que se sumarían desde Buenos Aires Juan Carlos Portantiero y José Carlos Chiaramonte, consolidaron un proyecto editorial que iba a prolongarse y ramificarse a lo largo de dos décadas. El libro de Raúl Burgos, **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente**, permite formarse una idea cabal de la magnitud de aquella empresa que prohiaría algunos sellos editoriales, decenas de títulos y miles de libros.¹

Sin embargo, la celebridad póstuma adquirida por *Pasado y Presente* —que constituye, sin duda, un justo reconocimiento— causa al menos dos efectos controversiales al intentar aproximarse al ámbito de la producción editorial de la Córdoba de los sesenta. Por una parte, empuja a algunos investigadores a precipitarse en conclusiones sobre las relaciones que en Córdoba mantuvieron política, cultura y actividad editorial, las que no por generales disimulan un notorio unilateralismo. Por otra, aunque a menudo en directa relación con lo anterior, esa celebridad eclipsa la existencia de varias publicaciones e iniciativas editoriales que contribuyeron tanto o más decisivamente a la renovación del cam-

po cultural cordobés y que, consideradas retrospectivamente, imprimen una huella en la historia del espacio editorial nacional que no por modesta puede ser desestimada.

Una prueba evidente del influjo de estos efectos es la atribución a *Pasado y Presente* del mérito de haber despertado a Córdoba de un pretendido sopor de campanas anotiándola de la existencia de las obras del Marqués de Sade, Stéphane Mallarmé, Antonin Artaud, Georges Bataille y otras figuras del parnaso francés.² Menos evidente es la inconsistencia de principios entre la orientación

² Resulta desproporcionado, y casi podría decirse *arbitrario*, asociar la línea editorial de *Pasado y Presente* con la recepción de dichas obras y autores. Ambos circulaban ya en Córdoba con anterioridad a la aparición del primer número de la renombrada revista. Así, Agustín Larrauri había publicado en 1943 y a través de la Editorial Mediterránea su traducción de **Un golpe de dados**, de Stéphane Mallarmé, y en 1954 un ensayo titulado **Mallarmé. Poeta símbolo**. También cuatro años antes de la publicación de **Sade, filósofo de la perversión** por el sello clandestino Garfio -sello que Raúl Burgos incluye entre los emprendimientos editoriales de *Pasado y Presente*-, el académico, crítico y escritor Enrique Luis Revol presentaba su ensayo **Caminos del exceso. William Blake y el Marqués de Sade**. Aun más, cabría remontarse algunas décadas atrás, cuando en la segunda mitad de la década del veinte la revista **Clarín**, fundada por el filósofo Carlos Astrada, Oliverio de Allende y, al parecer, Emilio Pettoruti, difundía textos de Rimbaud, Valéry, Apollinaire y el cubismo, en un «último fulgor» de la Reforma de 1918, según juzga Matías Rodeiro. (Cfr. Rodeiro, Matías, «La vanguardia vivió en Córdoba. Aproximaciones a la revista **Clarín**», en **Deodoro. Gaceta de crítica y cultura**, Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, n° 7, pp. 18-19). Estos antecedentes, en cierta forma escogidos al azar, no pretenden negar la existencia de unas u otras afinidades entre algunos miembros de la revista marxista y aquellas obras y autores; efectivamente existieron, pero de un modo más bien marginal a la orientación político-cultural dominante de la publicación encabezada por José Aricó. Y es allí donde probablemente se vuelve más nítida esa «tensión intelectual» entre Aricó y Oscar del Barco a la que se ha referido Horacio Crespo. Porque justamente fueron los intereses estético-políticos de Del Barco los que predominaron cuando Sade y Mallarmé, entre otros, se asociaron al trayecto de *Pasado y Presente*. Cercanos estaban también algunos poetas y escritores que colaborarán episódicamente con uno u otro proyecto vinculado al grupo. Entre ellos cabe mencionar a Alfredo Paiva -según testimonio de Del Barco, poseedor de una completísima biblioteca sobre el movimiento surrealista- y Emilio Terzaga. Paiva, Terzaga y Del Barco (este último empleando sus segundos nombre y apellido, Alberto Drazul) tradujeron tres textos de Bataille publicados por Signos bajo el título **Las lágrimas de Eros** (1968). El volumen fue reeditado en Buenos Aires por Ediciones Lunaria en 2003.

* Profesor y Licenciado en Filosofía. Es autor de **El mobiliario está más vivo que la gente. Sobre la idea de ficción en Michel Foucault** (Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, 2006) y de numerosos trabajos consagrados a problemas de filosofía práctica y literatura. Actualmente, y en su condición de becario de la SeCyT-UNC, desarrolla una investigación sobre la idea de *experiencia* en los escritos de Oscar del Barco.

¹ Burgos, Raúl, **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores, 2004.



gramsciana y políticamente constructiva que caracterizó la tendencia dominante en los emprendimientos que llevaron el sello Pasado y Presente y el anarquismo deconstructivista que hallaba inspiración en la lectura de aquellos autores. La idea gramsciana de que la cultura es «organización, disciplina del propio yo interior, es tema de posesión de la propia personalidad, es conquista de ciencia superior, por lo cual se consigue comprender el propio valor histórico, la propia función en la vida y los propios deberes»³ resultaba reñida con un registro teórico que se empeñaba en mostrar la ausencia de sujeto a que estaba sometida la existencia del *espacio literario*, reparando militantemente en el poder destructivo de la escritura y defendiendo la autonomía intransigente del arte en general y de la *écriture* en particular: «Escribir [decía Sollers al concluir un ensayo sobre Sade] con la única finalidad de destruir incesantemente las reglas (...)».⁴

Por eso, si Pasado y Presente se identifica con un proyecto cultural de izquierda fundamentalmente consolidado a través de la producción editorial, no se deben minimizar o desconocer sus expresiones contradictorias pretendiendo encolumnarlas al servicio de una misma causa política. Antes que ser empleadas para relativizar el prestigio adquirido por este sello, esas contradicciones deben constituir una motivación adicional para explorar el circuito editorial de la Córdoba de los sesenta y primeros setenta y volver visibles algunas iniciativas que no por olvidadas dejan de reclamar, a poco de aproximarnos a ellas, una más justa ponderación.

De entre esas iniciativas queremos recordar en este artículo tres de ellas, dispares en cuanto a sus características y proyección pero reveladoras de una escena editorial local compleja y dotada de indudables rasgos cosmopolitas. La primera es el sello Ediciones Nagelkop, a través del cual algunos integrantes de Pasado y Presente adquirieron una valiosa experiencia en el campo de la edición.⁵ En segundo lugar, nos detendremos en la revista **Aula Vallejo**, de neto corte académico. Por último, exploraremos diferentes números de **Igitur. Revista literaria**, una publicación independiente gestada con inspiración juvenil y vocación de construir vínculos con otras revistas independientes de Argentina y América Latina.

2. Ediciones Nagelkop

Durante la década del sesenta y comienzos de la del setenta, la Librería Córdoba (luego Paideia), ubicada en la zona céntrica de la

³ Citado en Bignami, Ariel, **Antonio Gramsci. La conciencia de la revolución**, Buenos Aires, Editorial Almagesto, p. 74.

⁴ Sollers, Philippe, «Sade en el texto», en **La escritura y la experiencia de los límites**, Valencia, Pre-textos, 1978. La traducción de este ensayo del director de la revista **Tel Quel** formó parte del volumen editado por el sello clandestino Garfio.

⁵ Además de Nagelkop y de las experiencias editoriales relevadas por Raúl Burgos en **Los gramscianos argentinos**, cabría también mencionar la edición de un *Long Play* conteniendo lecturas de Julio Cortázar de algunos textos propios, con el título **Cortázar lee a Cortázar**. Ciro Bustos se encargó de diseñar la tapa del disco, en tanto Héctor Schmucler contactó a Cortázar en París y Oscar del Barco redactó el texto incluido en la contratapa, realizando también una serie de gestiones para la edición. Los hechos son relatados por Ciro Bustos en **El Che quiere verte**, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, pp. 280-281.

ciudad de Córdoba, se convirtió en un lugar de referencia ineludible para buena parte de la intelectualidad de la época. Su propietario, Bernardo Nagelkop, supo convertirla en un estimulante espacio cultural, en un vehículo de comunicación de intereses y motivaciones intelectuales diversas.⁶ La librería fue también el sitio en el que se gestó un pequeño emprendimiento editorial: Ediciones Nagelkop. Aunque omitida en la reconstrucción emprendida por Raúl Burgos, esta iniciativa reluce en los orígenes de la vocación editorial de algunos de los integrantes de Pasado y Presente.

Entre 1965 y 1970, Bernardo Nagelkop auspició la traducción, edición y publicación de un puñado de importantes estudios, tal vez inspirado por el ejemplo de su amigo Alberto Burnichón, librero, editor y promotor de nuevos talentos literarios aunque, si ha de juzgarse por los títulos publicados, también el influjo de los jóvenes de Pasado y Presente es indudable. El primer trabajo vio la luz en 1965; se trataba de **Problemas actuales del marxismo**, de Henri Lefebvre, en traducción de César Ulises Guiñazú. Ese mismo año se publica **Historia de una amistad**, un librito que contenía la traducción de un artículo de Jean-Paul Sartre aparecido originalmente en la revista **Les Temps Modernes**.⁷ La traducción fue realizada por Esteban Estrabou y Elma Kolhmeyer de Estrabou y la edición estuvo al cuidado de José María Aricó. Lo que parecía ser el comienzo de una atractiva serie se discontinuó hasta 1970, año en el que Nagelkop publica dos libros más, también de autores franceses: **Hegel y el Estado**, de Eric Weil, y **Figuras. Retórica y estructuralismo**, de Gérard Genette; el primero una traducción de María Teresa Poyrazian, el segundo en versión al castellano de Nora Rosenfeld y María Cristina Mata, con revisión técnica de Alfredo Paiva.

Ahora bien, en el curso de ese mismo quinquenio Nagelkop contribuirá directamente a la publicación de al menos otros tres libros. Sin embargo, las solapas de los volúmenes de Sartre, Weil y Genette, que detallan las publicaciones anteriores de Ediciones Nagelkop, nada dicen sobre ellos. El primero es de 1966, una **Antología** de textos del Marqués de Sade. Luego, en 1968, le sigue **Sade, filósofo de la perversión**, un conjunto de ensayos sobre la obra y la figura del autor de **Las ciento veinte jornadas de Sodoma**. Como bien señala Burgos, el libro sobre Sade fue publicado ocultando la identidad de quienes intervinieron en su edición, puesto que mientras la obra era traducida por Oscar del Barco y otros colaboradores, se descubrió que la Editorial Paidós había adquirido los derechos correspondientes.⁸ Tratando de eludir seguras represalias, los cordobeses siguieron adelante inventando un nombre y una dirección de fantasía, «Ediciones Garfio» —en alusión al carácter «pirateado» de la obra—, radicada en Montevideo. A pesar de los recaudos, la maniobra fue descubierta por Paidós, que responsabilizó a Bernardo Nagelkop —uno de

⁶ Un relato emotivo de la significación de ese espacio es el que ofrece Santiago Funes. Cfr. www.nostromoediciones.net/web/images/stories/numeros_revista/numero_3/barlovento/bernardo_nagelkop.pdf.

⁷ Sartre, Jean-Paul, «Merleau-Ponty Vivant», en **Les Temps Modernes**, París, n° 184-185.

⁸ La versión de Paidós aparecerá al año siguiente, en la colección «Letras mayúsculas», dirigida por David Viñas: Klossowsky, P., Barthes, R., Sollers, Ph., et al., **El pensamiento de Sade**, Buenos Aires, Paidós, 1969. Ésta contiene dos ensayos que no fueron incluidos en la edición de Garfio.

sus clientes— de infringir la ley. Había sido Nagelkop —y no Pasado y Presente, como entiende Burgos— quien, soportando los costos de la edición paralela, ya se disponía a distribuir el libro sobre Sade. Y sería Nagelkop también quien se vería conminado a destruir la totalidad de la tirada recién salida de imprenta cuando un representante de Paidós se apersonara en su local. Sin embargo, de los dos mil libros editados Nagelkop logró preservar de la guillotina una buena cantidad. Ese mismo año publicaría el tercer libro de esta serie solapada: la traducción que Oscar del Barco, César Ulises Guiñazú y Carlos Giordano hicieron de **La filosofía en el tocador**. Para la ocasión también se escogió un nombre editorial de fantasía, «La novela filosófica».

Los episodios ocurridos en torno a Garfio tendrían un carácter meramente anecdótico si no fuera por el hecho de que **Sade, filósofo de la perversión** constituía una contribución temprana a la difusión en Argentina de las tesis de la neo-vanguardia francesa de la revista **Tel Quel**, la que sabría coronarse de celebridad tras el Mayo Francés. En efecto, los trabajos reunidos en el libro habían sido originalmente publicados en el número 27 de **Tel Quel**, aparecido en Francia apenas un año antes. Éste y los otros dos libros de Sade editados por Nagelkop obedecían, casi con certeza, al consejo de Del Barco que, de esta manera, daba inicio a una estimulante y productiva reflexión en la que el materialismo semántico de Sade y Artaud se encontraba con Marx para coorcer los cimientos de la sociedad burguesa. No se trataba entonces —diferenciándonos con esto de la conclusión de Burgos— de la «concepción embrionaria del papel de la cultura en la transformación de la política» que Pasado y Presente consagrara posteriormente con la serie de los **Cuadernos**; era más bien una manera de contribuir a desencajar la palabra de la tendencia predominante a subordinarla a la mera satisfacción de requerimientos de utilidad. Ésta tendencia no tenía ni tendría ningún ascendiente sobre Pasado y Presente, y sería la misma tendencia contra la cual combatiría poco después la revista **Literal**: «No matar la palabra, no dejarse matar por ella».⁹

3. La revista **Aula Vallejo**

En agosto de 1959 se celebró en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba el Simposium

«César Vallejo, poeta central de Hispanoamérica; su Vida, su Obra, su Significado». La celebración del encuentro venía a coronar los esfuerzos del poeta español Juan Larrea, por entonces Profesor de la alta casa de estudios, reuniendo a especialistas procedentes de universidades nacionales y extranjeras. El encuentro iba a constituirse en un enérgico estímulo para la creación de una publicación periódica íntegramente dedicada a Vallejo y que, por calidad y unidad de concepción, se convertirá en una destacadísima revista académica que, a diferencia de otras publicaciones cordobesas de la época, alcanzará trascendencia internacional: la revista **Aula Vallejo**.

Larrea, llamado por algunos «el padre desconocido del surrealismo español», valorado por otros como la voz en el exilio de los intelectuales republicanos, había llegado a Córdoba en 1956 por invitación de Víctor Massuh, Decano Interventor de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Lo avalaba una extensa y sólida trayectoria cultural y académica desarrollada en España, Francia, México y Estados Unidos. En Córdoba, Larrea emprendería, siempre bajo los auspicios de la Facultad de Filosofía y Humanidades, la creación del Instituto del Nuevo Mundo y del Centro de Documentación e Investigación «César Vallejo», desde los cuales organizaría la edición de la revista que también lo tuvo como director. La admiración que Larrea profesaba por Vallejo tenía su asiento tanto en el conocimiento exhaustivo de la obra del poeta peruano como en los profundos vínculos de amistad que lo habían unido a él a partir de los primeros años de la década del veinte. Larrea y Vallejo habían editado en París la revista **Favorables París Poema**, que, aunque alcanzó solamente dos ediciones, contó con colaboradores de la talla de Vicente Huidobro y Tristan Tzara. Al despuntar la década del sesenta, Larrea se proyectaría desde las páginas de **Aula Vallejo** como la más alta autoridad en la obra vallejana.

Entre 1961 y 1974 aparecerán trece números de **Aula Vallejo** reunidos en cinco volúmenes de más de cuatrocientas páginas cada uno. Amén del carácter excepcional que revestía un proyecto editorial íntegramente consagrado a un autor, **Aula Vallejo** situaba la obra del poeta peruano como una vía de acceso privilegiada a la comprensión de la crisis del Occidente europeo y a la prefiguración del destino redentor cifrado en América del Sur. Éstas eran al menos las convicciones del director de la revista, que reconocía en Vallejo una «potencia imaginativa superior a la del medio cultural ambiente» y dotada de una perspectiva poético-profética con la que él mismo se identificaba.¹⁰ Si bien **Aula Vallejo** debe ser definida como una revista estrictamente académica, su órbita de influencia aspiraba a extenderse más allá de los recintos universitarios, según consignaba Larrea al presentar el primer número, aparecido en agosto de 1961: «Nos anima el propósito de dotar a nuestra lengua de un órgano universitario de crítica, de creación y de opinión donde se refleje, recoja y elabore el latir creciente y cada vez más encendido de nuestra juventud cultural en torno a

⁹ Pero la tensión no debería forzarse. Ariel Idez ha dedicado un estudio a la revista **Literal** y a su contexto de interlocución. En un pasaje de su libro, Idez conjetura: «Debe haber sido considerable el estupor que provocó la presencia de **Literal**...» en las librerías de la época al ser exhibida junto a publicaciones como **Envío** o **Pasado y Presente** (Cfr. Idez, Ariel, **Literal: la vanguardia intricante**, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 47-48). Sin embargo, el grupo reunido en torno a **Pasado y Presente** había mantenido una actitud abierta hacia esas tendencias con las que ahora, en 1973, despegaba **Literal**. Baste recordar que la revista cordobesa había publicado un célebre ensayo de Masotta y que de una u otra manera, como todos los investigadores reconocen, su nombre queda asociado no sólo a la difusión del marxismo sino también a la ya señalada de autores como Sade, Mallarmé y Bataille. Aunque la segunda época de **Pasado y Presente**, contemporánea de **Literal**, cuente con una orientación casi exclusivamente política, no puede dejar de apreciarse que algunos de sus miembros mostraban una trayectoria cuyas contribuciones anticipaban muchos aspectos retomados por **Literal**. Además de Héctor Schmucler, debe mencionarse a Oscar del Barco, que también fue colaborador de **Literal**.

¹⁰ Cfr. la transcripción de la controversia que Larrea mantiene con Andre Coyné, quien negaba la vinculación de la poesía de Vallejo con el surrealismo: Coyné, Andre, «Vallejo y el surrealismo», en **Aula Vallejo**, Centro de Documentación e Investigación «César Vallejo», Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, n° 8-9-10, p. 219.

Vallejo, y que al mismo tiempo sirva para centralizar el interés que en todas partes suscita la figura y la obra del poeta».¹¹

Sin embargo, la voz de esa «juventud cultural» permanecería mayormente ausente de las páginas de la revista de Larrea. En sus distintas entregas, **Aula Vallejo** se circunscribiría a difundir algunos artículos de reputados especialistas. La mayoría de estos artículos eran presentaciones en eventos impulsados desde el Centro de Documentación e Investigación dirigido por el propio Larrea. Así, la segunda entrega de **Aula Vallejo** —correspondiente a los números 2, 3 y 4 del 2º semestre de 1961 y 1º y 2º semestre de 1962— daría a conocer las Actas del Symposium de 1959. En la tercera entrega (números 5, 6 y 7), que recién vería la luz en 1967, se publicarían los trabajos premiados en un concurso organizado por la revista. Por último, en el cuarto volumen, publicado en 1971, se harían públicas las Actas de las Conferencias Vallejianas Internacionales celebradas en Córdoba en julio de 1967, otro acontecimiento de gran envergadura y amplia repercusión. A estos trabajos se sumaban otros de Larrea, estudios bibliográficos y varios textos de Vallejo, incluidos algunos inéditos.

Injusto sería no subrayar el celo encarnizado con que Larrea hizo explícitos todos los asuntos referidos al ordenamiento cronológico y a la edición de la obra de su viejo amigo, tema dominante de la última entrega de **Aula Vallejo** y arma imbatible de controversia esgrimida a raíz de la edición de las **Obras Poéticas Completas** de Vallejo en 1968. Esta última había sido dirigida por la esposa del poeta, Georgette Philippart Travers de Vallejo. Larrea sometió dicha edición a una crítica demoledora. Georgette Vallejo lanzaría luego duras acusaciones contra Larrea y otros críticos, muchas de ellas motivadas por lo que la esposa del poeta nacido en Santiago de Chuco entendía como intentos de invisibilizar al Vallejo marxista, al Vallejo militante y revolucionario, para ella su perfil dominante y núcleo significativo de su obra. Larrea, por el contrario, trataba a la esposa de Vallejo como una mente atribulada por quimeras y presa de insanía, relativizando el compromiso político de quien fuera su amigo y recordando el juicio insistente de éste acerca de que los poetas debían abstenerse de militar en política.¹² De esta manera Larrea dejaba trasuntar también una posición personal ante la realidad política inmediata, que era también la que había hecho valer en **Aula Vallejo**. Considerando estar situado en una crisis transformativa total que comprometía a todo Occidente, haciéndolo oscilar entre dos totalitarismos, Larrea despreciaba el presente «turbo y nauseabundante» y la «atorbellinada generación actual», considerando necesario levantar la vista con Vallejo hacia un esplendor que «trasciende desde el porvenir».¹³

¹¹ Larrea, Juan, «Presentación» en **Aula Vallejo**, *op. cit.*, n° 1, p. 6. Para un estudio exhaustivo de esta revista, que incluye los índices completos: Lagmanovich, David y Pollastri, Laura, **La revista Aula Vallejo**, Tucumán, Cuadernos de Norte y Sur, 2001.

¹² Larrea, Juan, «Un doloroso caso de insanía», en **Aula Vallejo**, *op. cit.*, n° 11-12-13, pp. 315-323.

¹³ *Ibid.*, p. 179.

4. **Igitur**. Una poesía sin atributos

La actividad poética y literaria desarrollada puertas afuera de las instituciones académicas cobró intensidad en la Córdoba de los sesenta, irrumpiendo a veces con ademán iconoclasta. Grupos literarios, publicaciones, presentaciones y traducciones contribuyeron a conformar una nueva camada de lectores y escritores, perfilando un circuito que, considerada su informalidad, resulta hoy soterrado y laberíntico. Aunque generalmente poco proclives a la asunción de compromisos políticos directos y apremiadas por la escasez de recursos económicos, estas realizaciones contribuyeron a dinamizar el clima cultural abriendo espacios de intercambio y difusión por fuera de los restringidos canales institucionales; pero hay que apelar a minúsculas noticias bibliográficas o esperar el ocasional recuerdo de algún protagonista de aquellos años para dar con el rastro de sus accidentadas existencias.¹⁴ Tal es el caso de la revista literaria **Igitur**, de la que se editaron al menos siete números entre 1966 y 1969, según lo recuerda su Director, el poeta y traductor Carlos Culleré.¹⁵

El primer número de **Igitur** se dio a conocer al público en setiembre de 1966.¹⁶ Presentaba un estudio de Alberto Luis Ponzo sobre la obra de César Vallejo, otro de Culleré sobre Baudelaire, un relato de César Ulises Guiñazú, poemas de Manuel Pacheco y Adolfo Martínez Howard y una sección consagrada a homenajear al poeta guatemalteco Melvin René Barahona (1932-1965), exiliado luego del golpe de Estado que en 1954 derrocó al gobierno democrático y de orientación anti-imperialista del presidente Jacobo Arbenz Guzmán. Una sentencia de Lautréamont encabezaba el editorial, hecho que iba a repetirse a lo largo de las siguientes ediciones, todas impresas mimeográficamente, superando casi siempre las cincuenta páginas y con atractivas ilustraciones: «Atraviesa las arenas del desierto hasta que el fin del mundo sumerja las estrellas en la nada». El editorial en cuestión hacía de esa sentencia el núcleo de un programa: «Sin filiación ajena al quehacer literario. Tal vez con demasiados ideales puramente creativos. Nuestro programa está rebalsado de ellos. Tanto mejor. Este programa dice: acerquémonos en función de la poesía. Vivamos la poesía. Esclarecer los interrogantes del hombre es

¹⁴ Si bien no repara en ninguno de los emprendimientos aquí considerados, el escritor Antonio Oviedo ha situado en estas mismas coordenadas temporales el proceso de conformación en Córdoba de lo que denomina «una vanguardia intempestiva». Como exponentes más paradigmáticos de ella, Oviedo escoge la experiencia teatral del *performer* Jorge Bonino y los relatos reunidos en **Memoria de aventura metafísica** (EUDECOR, 1968), de Oscar del Barco. Siguiendo el análisis de Beatriz Sarlo en **La máquina cultural**, Oviedo evalúa que esa vanguardia, asentada en una pronunciada exigencia de autonomización estética, será desplazada tras la aceleración del proceso de radicalización política experimentado luego del *Cordobazo*. Oviedo, Antonio, «Una vanguardia intempestiva: Córdoba», en Cella, Susana, **Historia crítica de la literatura argentina**, vol. 10, Buenos Aires, Emecé, 1999. La conclusión de Oviedo, tributaria de los estudios de Horacio Crespo sobre el período nos parece, cuanto menos, precipitada, por los motivos que exponemos al cerrar este artículo.

¹⁵ Entrevista personal. El Consejo Editorial de **Igitur** estaba conformado además por el artista plástico Enrique Garaycochea, Lucy Figueroa y contaba con colaboradores como Ofelia Castillo, Rosalba Campra y también César Ulises Guiñazú.

¹⁶ Se publicaron reseñaciones en los diarios **Córdoba** y **La voz del interior**, el 15 y el 22 de setiembre de 1966, respectivamente.

una labor eterna. Queremos expresar nuestro aporte a esa labor». Una vocación de autonomía que será reforzada con el subtítulo que se agregará en la portada a partir del cuarto número, «Aporte para una poesía-poesía». Autonomía, pero también irreverencia juvenil contra las tendencias conservadoras y localistas que los integrantes de **Igitur** percibían en su entorno inmediato: «Desde aquí a lomos de **IGITUR** —concluye el editorial del cuarto número— queríamos declarar lo que hemos declarado; todo está tranquilo, la S.A.D.E. y nuestras letras provincianas comen todos los días y pueden dormir el sueño de los justos. Abajo las campanas y los despertadores, no es justo querer que las cosas y los cuerpos desistan de su esencia».¹⁷

Esta percepción, indudablemente embriagada por un sentimiento de asfixia, empujaría a **Igitur** a tender lazos con otras revistas del ámbito cultural argentino y latinoamericano, oficiando así de agente promotor de intercambio editorial. De allí la exigencia que destaca en cada entrega: «Conozca y difunda revistas literarias», que **Igitur** acatará con énfasis, publicando en cada ocasión abundantes listados de revistas y libros recibidos. Una rápida lectura de cualquiera de esas listas permite dimensionar la amplitud de una activa red de circulación e intercambio: Rosario, Buenos Aires, La Plata, Montevideo, Santiago de Chile, Caracas, México, Madrid y París. De esta manera, **Igitur** hacía causa común con publicaciones de otras ciudades, hermanadas en idéntico empeño y a menudo orgullosas de su condición de «independientes», como **El lagrimal trifulca** (Rosario), **Cormorán y delfín** (Buenos Aires) y **Barrilete** (Buenos Aires).

Es de destacar que la condición de independencia esgrimida por **Igitur** y sus pares de otras ciudades no entraba en contradicción con la ambición de integrarse en una estructura sostenible de cooperación e intercambio, capaz de afrontar contingencias políticas y económicas. Producto de esa inquietud común fue la celebración del «Primer Congreso Nacional de Revistas Literarias» en Capital Federal, convocado por la revista **Punto Omega** y del que **Igitur** se hiciera eco en su quinta edición cursando invitaciones a los interesados. Casi un año después, en una demorada quinta entrega que reunió un número doble, **Igitur** se colocaba a la cabeza de aquellas gestiones, informando de la creación de la Confederación de Publicaciones Literarias Argentinas Independientes (COPLAI), cuyos representantes, procedentes de Buenos Aires, Rosario y Córdoba, se habían reunido en esta última ciudad bajo los auspicios de la publicación cordobesa.

En sus distintas entregas, **Igitur** difundió poemas y relatos de autores en su mayoría latinoamericanos; dedicó además algunas de sus páginas a informar y analizar nuevas obras publicadas (de filosofía, de teatro, de narrativa) y ciertos eventos destacados de la vida cultural cordobesa. Una «tangible promesa», tal como la calificó un crítico, mostrándose condescendiente tras advertir al lector sobre la inmadurez propia de la juventud de sus editores.¹⁸ Poco después, estos se radicaron en el exterior y abandonaron el

proyecto. Sin embargo, lograron depositar en los archivos de la época una cuota de encanto y agitación libertaria.

5. Observaciones finales

Atendiendo a lo señalado al comienzo de este artículo, no puede dejar de advertirse que, en conjunto, los casos de las revistas **Igitur** y **Aula Vallejo** y el de Ediciones Nagelkop ofrecen al investigador una vía de acceso necesariamente complementaria a la de Pasado y Presente para el examen de las vinculaciones entre actividad editorial, cultura y política en aquella Córdoba de los años sesenta y primeros setenta. Si en el último caso es la política —en un sentido amplio, es decir, no limitado al análisis coyuntural— la que prima a la hora de definir los contenidos de las otras dos dimensiones, el examen de los anteriores muestra una tendencia a preservar celosas distancias.

Revisemos las páginas de **Aula Vallejo**, que nos permitirán asomarnos a la reelaboración melancólica por la que Juan Larrea verá encarnarse en el porvenir de América aquel ideal trascendente cuya concreción vio frustrarse tras el fracaso de la Segunda República Española. Las resonancias políticas de tal reelaboración sobrevuelan toda otra coyuntura que no sea la del desencadenamiento de una «crisis transformativa total» en la que Larrea constataba el agotamiento de Occidente, sometido al vaivén entre dos totalitarismos.¹⁹ Más elusivas aun resultan las sucesivas entregas de **Igitur**, cuyos redactores mantuvieron un *pathos* iconoclasta desvinculado de la realidad política y social. Por otra parte, si bien los títulos editados por Nagelkop se dejarían caracterizar por las formas que adquiriría por entonces la intervención de los miembros del grupo Pasado y Presente en temas de política y cultura,²⁰ la tensión entre los títulos directamente vinculados a diversas facetas de la problemática marxista y aquellos otros que se hacían eco de un Sade redivivo, exponente ejemplar de un materialismo semántico lanzado al desmembramiento del *logos* y el antropocentrismo, evidenciaba una difícil convivencia. Lejos de resolverse a favor de uno de sus polos, esa tensión se intensificaría en los años venideros. Los lenguajes de esas vanguardias, estéticamente crípticos y políticamente descentrados, al punto de desempeñar habitualmente el papel de una oposición en la oposición, constituirían un dispositivo discursivo eficaz en términos de supervivencia.²¹ Este dispositivo permitiría a aquellas vanguardias ramificarse y desconcertar a sus eventuales enemigos. Consideramos, por último, que el relevamiento hasta aquí reali-

¹⁷ «Editorial», en **Igitur. Revista Literaria. Aporte para una poesía-poesía**, Córdoba, n° 4, p. 4.

¹⁸ En **Lugones. Del pensamiento clásico a la cultura actual**, Revista de la Secretaría, Ministerio de Educación y Cultura de la Provincia de Córdoba, Córdoba, n° 2, p. 159, enero-febrero-marzo de 1970.

¹⁹ **Aula Vallejo**, *op. cit.*, n° 8-9-10, p. 308.

²⁰ Burgos, Raúl, *op. cit.*, p. 115 y ss..

²¹ Al respecto es ilustrativo el posicionamiento que esgrimirá Del Barco a raíz de la polémica sobre el «Caso Heberto Padilla», señalando la discontinuidad existente «entre lo político en sentido estricto y lo literario (...) La acción de los políticos sobre la literatura no puede ser directa (determinar cómo y qué escribir), así como tampoco la acción de los escritores sobre los políticos puede ser directa: el común denominador es la sociedad. Creer en una acción directa no es revolucionario (...)». Del Barco, Oscar, «Respuesta a 'Puntos de partida para una discusión'», en **Los Libros**, n° 21, p. 32, setiembre de 1971.



zado abona la hipótesis de que la actividad editorial desarrollada en Córdoba durante el periodo consignado no estuvo característicamente supeditada a las demandas del campo político. Con frecuencia, los productos de aquella actividad se inscribían en dominios enunciativos —el de la *literatura*, el de la *poesía*, el de la *filosofía*— que reclamaban para sí el derecho a una autonomía cultural lo suficientemente robusta como para exonerarlos de toda identificación directa con alguna de las fuerzas sociales y políticas en pugna por aquellos años.

Resumen

El presente artículo tiene por objetivo indagar y analizar algunas iniciativas editoriales desarrolladas en Córdoba durante los años sesenta y primeros setenta. El texto hace foco en dos revistas (**Aula Vallejo e Igitur**) y un sello editorial vinculado a los miembros del grupo de Pasado y Presente (Ediciones Nagelkop). De esta manera, nos proponemos mostrar que la actividad editorial y cultural tuvo una marcada autonomía respecto de la política. Planteamos también que, en ese contexto, el vanguardismo contribuyó a intensificar dicha autonomía.

Palabras Clave

Córdoba, Edición, Revistas, Vanguardia

Abstract

The objective of this paper is to examine certain editorial initiatives developed in Córdoba during the sixties and early seventies. The text focuses on two reviews (**Aula Vallejo and Igitur**) and a publishing firm linked to the members of Pasado y Presente group (Ediciones Nagelkop). In this way, we intend to show that cultural and editorial activity had a marked autonomy as regards politics. We also argue that, in that context, vanguardism contributed to the strengthening of this autonomy.

Keywords

Córdoba, Publishing, Reviews, Avant-garde

EXPERIENCIAS: CÓRDOBA / BUENOS AIRES

Signos

Notas sobre un momento editorial**

Diego García**

Signos fue una editorial que llegó a elaborar un catálogo de casi una veintena de libros relativos a ciencias sociales, literatura y política. Funcionó a principios de la década de 1970 durante un breve lapso, poco más de un año, en el número 1536 de la calle Viamonte de la ciudad de Buenos Aires.¹ Su historia, sin embargo, ha sido destacada sobre el fondo que componen las efímeras experiencias editoriales con las que compartió un tiempo; y si bien es indudable que esa importancia descansa en variados motivos, no resulta menos cierto que los que se presentan con mayor peso tienen que ver con su deriva posterior —su desaparición terminó por coincidir con la apertura de Siglo XXI Argentina en 1971— o con parte del grupo que la dirigía —reconocido ya en ese momento con el nombre de la revista que había publicado algunos años atrás, **Pasado y Presente**.² De esta manera, la experiencia de Ediciones Signos encontró su sentido cuando fue ubicada en la serie de proyectos editoriales que el grupo de José María Aricó llevó adelante en el pasado o dirigirá en el futuro; o cuando fue pensada como antecedente, más o menos conocido, de una casa editorial de dimensiones hispanoamericanas que había instalado una sucursal en el país. Ambas aproximaciones suponen los problemas clásicos de los relatos retrospectivos. De este modo, si por un lado se analiza la experiencia

de Signos desde Siglo XXI, por el otro se lo hace desde la novela familiar que Aricó se encargó de elaborar sobre **Pasado y Presente** —como grupo resistente a los vaivenes de la historia— hacia fines de los '80. Ese peligro común, sin embargo, disimula otro tipo de dificultades: así, en un caso, Signos aparece como una etapa entre otras en el itinerario de un grupo que, partiendo de las provincias y los márgenes, gana progresivamente el centro político-intelectual; en el otro es reducida a otra empresa teleológica, aunque de otro tipo: la construcción de una empresa editorial capaz de competir en el mercado hispanoparlante.

Para intentar restituir la complejidad de los acontecimientos que derivaron en Ediciones Signos, tomamos aquí otro punto de partida: el proyecto inicial de ediciones —reconstruido tanto a partir de folletos publicitarios como de las listas aparecidas en las solapas o contratapas de los libros publicados o en los avisos y anuncios de las revistas culturales— y los libros que efectivamente se concretaron. También le prestaremos atención al grupo que conformó la editorial y a las relaciones y vínculos que estableció con el mundo editorial y con el más amplio espacio intelectual y político. En efecto, en un momento de creciente *politización* de la cultura, la tarea editorial puede ser pensada, como sugiere Raúl Burgos, como una forma de acción política.³ De lo que se trata, empero, es de establecer las modalidades de esa acción a partir de las condiciones y maneras que ese vínculo pudo adoptar.

* Quiero agradecer especialmente a Juan Carlos Garavaglia y a Santiago Funes, quienes respondieron generosamente mis consultas vía mail. Mi reconocimiento, además, a Horacio Crespo, Gustavo Sorá y Ana Clarisa Agüero, que colaboraron de diverso modo en la elaboración de este escrito.

** Profesor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente es Coordinador Académico del Programa Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual (CEMICI) del Museo de Antropología de la UNC y docente de la Escuela de Historia de la misma universidad, donde concluye su doctorado. Becario de la ANPCyT a tal fin, su trabajo se consagra al análisis de la dinámica cultural cordobesa en los años sesenta, con especial énfasis en los ámbitos de la edición y la historiografía. Es co-editor de **Culturas Interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura** (Al Margen, 2010).

¹ Las fechas aproximadas en las que funcionó Signos: marzo/abril de 1970 a mayo/junio de 1971 (reconstruido a partir de los sellos de imprenta y de las publicidades que aparecen en la revista **Los Libros**).

² Formaron parte de la editorial José Aricó, Héctor Schmucler, Juan Carlos Garavaglia, Enrique Tandeter, Santiago Funes, entre otros.

³ Burgos, Raúl, **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores, 2004.


Tabla 1: Plan inicial de ediciones de Signos

PENSAMIENTO CRÍTICO		
COLECCIÓN: Historia	COLECCIÓN: Economía y Sociedad	COLECCIÓN: Rhesis
<p>Maurice Dobb, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo</p> <p>Geoges Rudé, La multitud en la historia</p> <p>Karl Kautsky, La cuestión agraria</p> <p>José Luis Romero, Maquiavelo historiador</p> <p>Robert Boutruche, Señorío y feudalidad</p> <p>Pierre Coubert, El antiguo régimen, vol. I</p> <p>Witold Kula, Teoría económica del sistema feudal</p> <p>Carlos S. Assadourian, Crecimiento económico y dependencia colonia (América Latina, S. XVIII)</p> <p>Eric Hobsbawm, En torno a los orígenes de la Revolución Industrial</p>	<p>Andre Gunder Frank, Capitalismo y subdesarrollo en América Latina</p> <p>Stanley Moore, Crítica de la democracia capitalista</p> <p>Alain Touraine, El movimiento de mayo o el comunismo utópico</p> <p>Rieser, Seeman, Vidal, Kon, Amiot, Touraine, La alienación como concepto sociológico.</p> <p>S.F. Bloom, Un mundo de naciones</p> <p>Juan Carlos Marin (comp.), Problemas agrarios en América Latina</p> <p>Dobb, Pietranera, Poulantzas, Rieser, Banfi, Estudios sobre «El Capital», vol. I</p> <p>Gunder Frank, Johnson, Cockroft, Economía política del subdesarrollo en América Latina</p> <p>J. R. Brandao Lopes, Cambio Social en el Brasil</p> <p>José Nun, Marginalidad y ejército industrial de reserva</p> <p>Mario Tronti, Obreros y capital</p>	<p>Levi-Strauss, Jakobson, «Los gatos» de Baudelaire</p> <p>Tzvetan Todorov (comp.), Teoría de la literatura</p> <p>Godel, Hjemstev, Wells, Vendryes, Starobinsky, Ferdinand de Saussure</p> <p>Nicolás Rosa (comp.), La crítica literaria en la Argentina</p> <p>Michel Foucault, Raymond Roussel</p>
FILOSOFÍA PARA CIENTÍFICOS	PENSAMIENTO FUNDAMENTAL	SERIE DEL AIRE LIBRE
<p>Louis Althusser, Introducción</p> <p>Macherey, Balibar, Experiencia y experimentación</p> <p>Fichant, Pecheux, Sobre la historia de las ciencias</p> <p>Alain Badiou, El concepto de modelo. Conclusión provisional</p>	<p>Karl Marx, Miseria de la filosofía</p> <p>Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, vol. I (Grundrisse)</p> <p>Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, vol. II (Grundrisse)</p> <p>Karl Marx, El Capital, sección VI (inédita)</p> <p>Jacques Derrida, De la gramatología</p> <p>Georges Canguilhem, Lo normal y lo patológico</p>	<p>Jean Paul Sartre, Extraña amistad</p> <p>Juan Carlos Onetti, La novia robada</p> <p>Rodolfo J. Walsh, Un oscuro día de justicia</p> <p>Honoré de Balzac, Sarrasin</p> <p>Samuel Beckett, El expulsado</p>
LA HISTORIA INMEDIATA		PASADO Y PRESENTE LITERATURA
<p>Francisco Delich, Crisis y protesta social – Córdoba, mayo de 1969</p> <p>Murmis, Portantiero, El peronismo</p>		<p>Georges Bataille, Las lágrimas de Eros</p> <p>Stephane Mallarme, Igitur o la locura de Elbehnon</p> <p>Williams Burroughs, Cartas del Yage</p> <p>Alfred Jarry, El amor absoluto – El otro Alceste</p>
EN DISTRIBUCIÓN		
CUADERNOS DEL PASADO Y PRESENTE	EDICIONES DEL PASADO Y PRESENTE	
<p>Karl Marx, Introducción general a la crítica de la economía política (1857) (3ª ed. revisada)</p> <p>Louis Althusser, La filosofía como arma de la revolución (2ª ed.)</p> <p>Gorz, Mandel, Lettieri, Santi, Martinet, Barjonet, Francia, 1968</p> <p>Cerroni, Magri, Johnstone, Teoría marxista del partido político I</p> <p>Badiou, Althusser, Materialismo histórico, y materialismo dialéctico</p> <p>Gorz, Maccio, Sartre y Marx</p> <p>Santi, Valier, Banfi, Alavi, Teoría marxista del imperialismo</p> <p>Cesare Luporini, Dialéctica marxista e historicismo</p> <p>Lukacs, Lenin, Luxemburg, Teoría marxista del partido político II</p> <p>Rosa Luxemburg, Huelga de masas, partido y sindicatos</p> <p>Rodinson, Trablusi, La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí</p> <p>Mandel, Krasso, Johnstone, El marxismo de Trotski</p> <p>Piana, Maccio, Daghini, Lukacs, El joven Lukacs</p> <p>Karl Marx, Formaciones económicas pre-capitalistas</p>	<p>Nicos Poulantzas, Hegemonía y dominación en el Estado moderno</p> <p>Celia Durruti, Clase obrera y peronismo</p> <p>José Ratzer, Los marxistas del noventa</p>	

La lista reproducida arriba es la transcripción de un folleto publicitario difundido presumiblemente en abril o mayo de 1970.⁴ Permite una aproximación al plan inicial de publicaciones y, de modo más general, al tipo de proyecto editorial que representaba Signos. No todos los libros anunciados allí, ya lo dijimos, se concretaron durante la breve vida de la editorial: de esa lista no superan el 30 %. Varios de los que allí aparecen recién se publicaron bajo el sello de Siglo XXI - Argentina —como **De la Gramatología**, de J. Derrida, **En torno a los orígenes de la revolución industrial**, de E. Hobsbawm, **Raymond Roussel** de M. Foucault, o el volumen anunciado sobre el peronismo de J. C. Portantiero y M. Murmis, entre muchos más—, y otros no llegaron a publicarse nunca, como el de C. S. Assadourian, que prometía una versión en libro de su tesis doctoral en historia, aprobada en la Universidad Nacional de Córdoba ese mismo año.⁵ Teniendo en cuenta que era una empresa que involucraba a pocas personas, la cantidad de títulos publicados por la editorial es considerable: alrededor de 20 en casi un año y medio de existencia. El número es mayor si sumamos aquellos que, ya listos y preparados, fueron publicados de inmediato por **Siglo XXI** luego de la fusión.

El catálogo que presenta el folleto está conformado por libros de historia, sociología, filosofía, teoría literaria, literatura y política, organizados en bibliotecas y colecciones cuyo criterio de agrupamiento descansa en las distinciones disciplinares aunque, en algunos casos, ese criterio parece haber sido sustituido por o combinado con otros. Si bien constituye una primera disposición del catálogo —más adelante se va a crear al menos una nueva colección titulada «Ensayos»— y algunas de las colecciones no conocerán libros impresos —como el caso de la «Serie del aire libre» y del «Curso de filosofía para científicos»—, esa vacilación va a ser reforzada por alguna de las publicidades gráficas de la editorial, que privilegian al autor, el título o la tapa de sus libros o que van a referirse indistintamente a colecciones o bibliotecas.⁶ Lo que sí se distingue nitidamente son las colecciones que forman parte de la editorial y aquellas que ésta distribuye: los «Cuadernos de Pasado y Presente» y la «Ediciones de Pasado y Presente». El motivo parece claro, ambas colecciones tenían una existencia previa, y por lo tanto autónoma de Signos. La Editorial Pasado y Presente, fundada en mayo de 1968 en Córdoba por algunos de los miembros de la revista del mismo nombre —que había generado un notorio impacto en el espacio de la izquierda argentina con los 9 números de sus «Cuadernos» editados entre 1963 y 1965—, ya había publicado, en ese momento, los doce primeros números de esa serie, además de los tres libros anunciados bajo el título de «Ediciones de PyP»: el de J. Ratzel, el de N.

Poulantzas y el de C. Durruty.⁷ El peso del grupo cordobés parece aumentar en la estructura de Signos si consideramos que otra de las colecciones lleva el nombre de «Pasado y Presente/Literatura» y, además, que otro de los vinculados a la edición de la revista cordobesa, Héctor Schmucler, dirige la que se titula «Rhesis».⁸ Tomando en cuenta estos elementos, R. Burgos propuso ubicar la experiencia de Signos como un término más en la serie que constituyen los proyectos editoriales, entendidos como una forma de intervención política, del grupo Pasado y Presente.⁹ La hipótesis no puede convencerlos, y no sólo por el tipo de lectura que promueve —como advertimos más arriba— sino especialmente por algunos de los efectos que genera respecto del tema que nos interesa; en efecto, deja en un segundo plano a otros integrantes centrales para la comprensión del proyecto y el funcionamiento de la editorial, como Juan Carlos Garavaglia y Enrique Tandeter, y opera una interpretación reduccionista de los libros publicados o programados al ubicarlos en el eje general de «transformación de la política por la cultura».

Si bien R. Burgos reconoce la cuestión polémica implicada en el uso, y el alcance, de la categoría de *grupo* aplicada a Pasado y Presente, la resuelve unificando una deriva múltiple y cambiante bajo la figura y la trayectoria de Aricó; es decir, adoptando el punto de vista de la auto-representación retrospectiva que **La cola del diablo** terminó de consagrar tras una serie de artículos y entrevistas. De ese modo, la experiencia de Pasado y Presente, más allá de los vaivenes propios del ritmo de la política y de los *corsi e recorsi* de las polémicas intelectuales, se exhibe como una marcada por la unidad y la continuidad.¹⁰ Recientemente un par de ensayos volvieron sobre el asunto. Por un lado, en el texto ya citado, H. Crespo, que comparte con Aricó la doble condición de testigo e historiador, considera injustificado fijar la mirada sólo en Aricó y recupera la importancia de otras figuras —y de alguna de las tensiones que avivaron—, como J. C. Portantiero, O. del Barco o J. Tula. Su hipótesis, sin embargo, vuelve a descansar sobre la memoria de Aricó: Pasado y Presente existió como grupo, pero «tan sólo hasta la finalización del exilio mexicano en 1984».¹¹ Por otro lado, Adriana Petra propone desplazar los términos del pro-

⁴ Agradezco a Ana Laura Iglesias y a Pablo Requena el conocimiento de este folleto, encontrado durante el proceso de organización de los papeles de Gregorio Bermann. La fecha que tomamos como referencia para datar el folleto es la que aparece en el pié de imprenta del primer libro publicado por la editorial: la **Miseria de la Filosofía**, de K. Marx, de mayo de 1970.

⁵ Agreguemos, además, que se publicaron varios libros -como veremos más adelante- ausentes en esta lista; y que se divulgaron otros, como **Las panteras negras** de Gene Marine, que recién aparecieron en Siglo XXI -en este caso con un leve cambio en el título: **Los black panthers**. Ver **Los Libros**, N° 15/16, p. 2 y N° 20, contratapa.

⁶ Ver **Los Libros** N° 15/16, p. 2; N° 17, p. 2 y N° 18, p. 2. .

⁷ Quienes fundan la editorial son José Aricó, Oscar del Barco, Juan José Varas y Santiago Funes, cfr. Burgos, Raúl, *op. cit.*, p. 154-157. Sobre los Cuadernos ver Crespo, Horacio: «En torno a *Cuadernos de Pasado y Presente*» en Hilb, Claudia (comp.), **El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009. No todos los números de los «Cuadernos» estaban disponibles en 1970, como podemos observar en el folleto, ya que habían agotado su tirada original.

⁸ Si bien es conocido que J. Aricó dirigía «Cuadernos» y «Ediciones de PyP» y Oscar del Barco alentaba «PyP/Literatura», «Rhesis» es la *única* colección de Signos que reconocía un director efectivo: se señalaba el nombre de Schmucler en la portada de los libros que la conformaban.

⁹ Burgos, Raúl, *op. cit.*, pp. 159 y 160 (donde, además, señala una lista muy incompleta de los libros publicados por Signos).

¹⁰ Burgos, Raúl, *op. cit.*, pp. 23-25 y 98 y ss.

¹¹ Crespo, Horacio, «En torno...», *op. cit.*. Ese momento cristaliza, según Crespo, una serie de cambios que hacen imposible seguir pensando en la existencia de un grupo: finaliza la edición de los «Cuadernos», irrumpe una nueva generación, cambia el escenario político con el retorno democrático, se modifican las estrategias de intervención política, aparecen nuevos ámbitos de agregación y se consolida el viraje socialdemócrata de los referentes. La versión de Aricó en una entrevista de 1984 citada por H. Crespo: «La necesidad de una autocritica en el marxismo», en Aricó, José, **Entrevistas. 1974-1991**, Córdoba, CEA-UNC, 1999, p. 33.



blema —no se interesa por la continuidad o la coherencia del supuesto grupo— para definirlo mejor: «¿Cómo y bajo qué condiciones históricas, sociales y culturales nace y se organiza un grupo cultural?». Atenta a la primera etapa de la publicación, piensa la revista antes que nada como un tipo de *microsociedad*, como uno de los múltiples espacios donde se desarrolla la dinámica intelectual.¹² Considerada de ese modo, lo importante es restituir la variedad de contextos pertinentes que hicieron posible la revista: la cultura comunista en la década del '50, la universidad, la presencia de la cultura italiana en la Argentina de la época o la recepción local de los debates del Partido Comunista Italiano. Esa perspectiva permite evitar las trampas de la historia voluntaria —por otro lado, legítima y necesaria— y de la coherencia que imprime su ojeada retrospectiva. Además, señala un modo de analizar las formaciones y agrupamientos intelectuales —una revista, un movimiento estético o una editorial: como un marco o espacio de sociabilidad intelectual, de estructura y reglas informales.¹³

¿Cómo se constituyó, entonces, Ediciones Signos? Para responder esta pregunta hay que recuperar las figuras de Juan Carlos Garavaglia y Enrique Tandeter, centrales en el proceso. En efecto, la idea de organizar un nuevo emprendimiento editorial —enfocado en libros de historia y ciencias sociales— surgió de dos amigos, egresados de la carrera de Historia de la Universidad de Buenos Aires, que se conocían desde su paso por el Colegio Nacional de Buenos Aires.¹⁴ Con ese objetivo, hacia el final de sus carreras universitarias tantean diversas posibilidades, aprovechando vínculos previos —en especial los de J. C. Garavaglia, que había trabajado en la Librería Jorge Álvarez durante algunos años— y la reciente aparición de varias editoriales. Los intentos, todos frustrados, van desde la Editorial Jorge Álvarez, pasando por Ediciones de La Flor —a cargo de Daniel Divinsky, a quien conocían por su paso por la carrera de historia— y Galerna, dirigida por Jorge Schavelzon; todas editoriales fundadas a lo largo de la década del '60.¹⁵ También ensayan con otra editorial que había aparecido en esos años en México y que en Buenos Aires sólo tenía una sucursal: Siglo XXI.¹⁶ En una carta fechada el 28 de abril de 1969, V. López Perea, director de la sucursal en Argentina, le comentaba a Orfila Reynal, director de la editorial, que «tres muchachos, estudiantes de historia ofrecen una suma de pesos para que la sucursal se convierta en una editorial», y agrega que «tienen ganas» y que «le pasaron una lista de posibles títulos donde predominan los de la editorial francesa **Maspero**», o pare-

cidos a la línea de esa editorial. Un año más tarde —en mayo de 1970— informa que los mismos jóvenes han abierto una editorial por su cuenta, a lo que Orfila Reynal responde que ya le «habían escrito los jóvenes de la editorial Signos... están muy bien orientados y quieren que Siglo XXI los distribuya».¹⁷

En ese lapso, habían entrado en contacto con los animadores de la Editorial Pasado y Presente, con quienes, finalmente, acuerdan la apertura de Signos. Lo que aparece, en definitiva, es la gama de posibilidades y opciones que Garavaglia y Tandeter estimaron viables de acuerdo a sus objetivos y recursos: arco que comprende las editoriales recientes volcadas al polo cultural.

Intentemos echar mayor luz sobre el acuerdo, considerando brevemente la situación de José Aricó y de H. Schmucler, los otros implicados en el origen de la editorial. Tras el último número de la revista en 1965 —y también luego de la frustración que supuso el apoyo a la efímera experiencia del EGP durante 1964—, los itinerarios de ambos siguieron vías muy diferentes. Schmucler viajó a París en 1966 con una beca otorgada por la Universidad Nacional de Córdoba para realizar estudios de doctorado en la *École Pratique des Hautes Études* bajo la dirección de Roland Barthes, en el área de semiología. Vuelve a la Argentina a principios de 1969 y se instala en Buenos Aires donde, al poco tiempo, comienza a editar, publicada por Galerna, la revista **Los Libros**. Inspirada en la *Quinzaine Littéraire*, **Los Libros** era una publicación cultural, y no sólo literaria, de actualidad bibliográfica que intentaba mantener una periodicidad mensual y apostaba por la renovación de la crítica —estructuralismo, psicoanálisis—, las ciencias sociales —la «nueva historia», la antropología leivtraussiana, la sociología— y la vanguardia literaria —alejada de los productos del *boom*.¹⁸ Sostenida económicamente en su primera etapa por las publicidades de las editoriales locales, en su número 8 (mayo de 1970) suma por un tiempo el patrocinio de varias casas latinoamericanas —Monte Ávila, Siglo XXI, Editorial Universitaria de Chile, Fondo de Cultura Económica, Losada— y cambia el subtítulo de tapa: de «Un mes de publicaciones en Argentina y en el mundo» pasa al de «Un mes de publicaciones en América Latina».¹⁹

¹² Petra, Adriana, «En la zona de contacto. Pasado y Presente y la formación de un grupo cultural», en Agüero, Ana Clarisa y Diego García (eds.), **Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura**, Córdoba/La Plata, Ediciones Al Margen, 2010, p. 215.

¹³ Cfr. Altamirano, Carlos, **Intelectuales. Notas de investigación**, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2006, especialmente pp. 115-129.

¹⁴ E. Tandeter recibió el título de Profesor en Historia en 1969, mientras que J. C. Garavaglia el de Licenciado en Historia en 1970. Habían nacido en el mismo año: 1944.

¹⁵ Schavelzon habían trabajado para J. Álvarez desde su juventud; Divinsky fue su socio en la primera etapa de De La Flor. Jorge Álvarez funcionó como editorial desde 1962, De La Flor comenzó a funcionar en 1966 —aunque sus primeros libros datan de 1967— y Galerna en 1969.

¹⁶ Sobre los orígenes de Siglo XXI, cfr. Sorá, Gustavo, «Edición y política. Guerra Fría en la cultura latinoamericana de los años '60», en **Revista del Museo de Antropología**, vol. 1, n° 1, 2008, pp. 97-114.

¹⁷ Archivo Siglo XXI-México: correspondencia administrativa de O. Reynal. Las cartas están fechadas 28/4/1969, 8/3/1970 y 15/5/1970, respectivamente. No encontré carta de respuesta a la primera propuesta.

¹⁸ Sobre **Los Libros**, cfr. el inteligente ensayo —aunque casi exclusivamente enfocado en la crítica literaria— de Jorge Panesi, «La crítica argentina y el discurso de la dependencia», en **Críticas**, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000, pp. 17-48. También De Diego, José Luis, **¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)**, La Plata, Ediciones Al Margen, 2001.

¹⁹ Como señala Panesi, esa «latinoamericanización no pasa por la difusión del *boom*, sino por el mercado, la vanguardia y la política». Al tiempo que busca expandirse en el mercado editorial latinoamericano que, a su vez quiere consolidar, ese proceso pasa por «la *vanguardia* puesto que los productos de la nueva narrativa que se exaltan pertenecen a la alquimia esotérica emparentada con París... [y la literatura norteamericana]; y por la *política* pues se privilegia respecto de la literatura o la cultura latinoamericanas (hay números dedicados a la situación de Chile, Perú, Bolivia, Cuba)», *op. cit.*, pp. 32 y 33. La distribución continental de la revista era más una expectativa que una realidad, situación que sospechaba y preocupaba a O. Reynal y que se puede percibir en su intercambio epistolar con Norberto Pérez -intercambio que, por otro lado, revela los límites del mercado de libros continental. Así, además de las preguntas recurrentes sobre cuál era la tirada y cómo se distri-

Desde las páginas de **Los Libros** —a partir de su primer número— van a ser difundidas, comentadas y reseñadas las publicaciones de Pasado y Presente que, recordemos, Aricó había fundado junto a otros en 1968 —varios de esos comentarios eran realizados por los mismos editores, ahora en el rol de críticos o comentaristas. También es en ellas donde Tandeter y Garavaglia van a publicar sus primeros escritos.²⁰

Aricó se había volcado decididamente a la actividad editorial desde 1965, primero a partir de la publicación de una serie de folletos titulados **Cuadernos de la FUC** (Federación Universitaria de Córdoba) y luego con la apertura de **Eudecor** (Editorial Universitaria de Córdoba), que dirigía Gregorio Bermann y en la que Aricó se desempeñaba como gerente (hasta su disolución en 1968).²¹ La creciente especialización en las tareas editoriales se concreta con la mencionada apertura de la Editorial Pasado y Presente y la salida de los primeros números de los Cuadernos. La intensa actividad de la nueva editorial fue inmediatamente reconocida en el mundo político-intelectual de la izquierda, aunque financieramente la situación era insostenible a corto plazo. La búsqueda de alternativas económicas —y de expansión de la distribución— que hicieran sustentable el proyecto editorial se puede entrever en una noticia publicada en **Los Libros**, donde se anuncia que Pasado y Presente y Galerna co-editarían los **Fundamentos de la crítica de la economía política 1857/1859 de Marx**.²² En ese marco se define positivamente la propuesta de los historiadores porteños y tiene lugar la decisión de Aricó de trasladarse a Buenos Aires en 1970. Horacio Crespo completa el panorama revelando las conexiones políticas que, en esos primeros años de la década del '70, vincularon a Aricó con miembros del maoísta Partido Comunista Revolucionario y también tuvieron expresión en colaboraciones editoriales de diverso tipo.²³ En definitiva, lo que queremos subrayar es que Signos fue el resultado

de una confluencia de intereses en un contexto de ebullición editorial que es en parte lo que intentamos reconstruir.

Una vez en funcionamiento, Signos se organizó de un modo laxo a partir de una división elemental de funciones: mientras Tandeter se desempeñaba como gerente, Aricó y Garavaglia se concentraban en la tarea estrictamente editorial y Schmucler se hacía cargo de la difusión.²⁴ De todas maneras, y a pesar de que las decisiones editoriales las tomaba el núcleo original de manera conjunta, podemos reconocer la presencia de cada uno de sus miembros en las diversas colecciones. Los títulos de la colección «Historia» eran seleccionados, seguramente antes de la conformación de la editorial, por Tandeter y Garavaglia, como así también algunos de los que componen la colección «Economía y sociedad». Predominan los autores reconocidos dentro del marxismo británico —Dobb, Hobsbawm— y otros relacionados con la historia social y económica cercana a *Annales*: Rudé, Boutruche, Kula. No debería sorprender la reedición, 30 años después de la original, del libro de J. L. Romero sobre Maquiavelo, ya que señala una tradición en la que se quieren reconocer y participar: la de la renovación historiográfica en Argentina —y Assadourian, además de los vínculos de amistad con los demás animadores de la editorial, debe también ser interpretado en esa estela.²⁵ Conviven con esos libros destinados a interesados, otros de horizontes de lectura más amplios y con una factura menos atenta al rigor que imponen las operaciones propias de la disciplina, cuyo género, sin embargo, dicen cultivar: los libros de A. Gunder Frank —ya muy conocido en ese momento por las variadas polémicas que ha provocado con sus tesis *dependentistas* y, sin embargo, no muy leído por falta de traducciones al castellano— son una muestra de esto. En el caso de la colección «Rhesis» la situación era más clara: como señalamos, era la única con un director estrictamente reconocido en los libros publicados por la editorial, quizás por el prestigio que Schmucler había alcanzado por su estadía en Francia o por la dirección de la revista **Los Libros**. El nombre de la colección remitía a un concepto técnico de la crítica y la historia de la literatura: un discurso o recitado en tono épico realizado, habitualmente, por un mensajero, cuyo contenido son las acciones que tienen lugar fuera del escenario. Si el título no hace nada para disimular la academia que se asoma por detrás ni para ampliar el llamado —más allá de aquellos que reconozcan el concepto y posiblemente descifren el mensaje— al ejercicio de una nueva crítica, los libros publicados indican lo que se espera de esa actividad: que sea, simultáneamente, científica y de vanguardia; el formalismo ruso es aquí no sólo un ejemplo sino un antecedente y fuente de inspiración.

Un último caso: la colección «Pasado y Presente/Literatura», tras la que se adivina la acción de Oscar del Barco. La selección insis-

buía la revista, o sobre si era justificada la inversión económica para apoyar su publicación, aparecen cuestiones de otro tipo, como la conveniencia de comentar libros aparecidos en México —que, por el desfasaje en la distribución, atentaba contra la novedad en Argentina— o si sólo se reseñaban los que ya se distribuían en Argentina —lo que suponía el peligro inverso: que las reseñas perdieran interés en otros países por su tardanza. Archivo Siglo XXI-México: correspondencia administrativa de O. Reynal.

²⁰ En el caso de Garavaglia, una reseña del libro de León Pomer **La guerra del Paraguay. Gran negocio**, en **Los Libros**, N° 5, noviembre de 1969, p. 26 y 27; en el de Tandeter se trata de una reseña del libro de Enrique Florescano, **Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)**, en **Los Libros**, N° 6 diciembre de 1969, p. 22.

²¹ Burgos, Raúl, *op. cit.*, pp. 150-152. Entre los libros editados por **Eudecor** podemos nombrar **Televisión y cultura de masas**, de T. Adorno, **Las vanguardias artísticas del siglo XX**, de M. de Michelis, **El modo de producción asiático**, de M. Godelier, **Las formaciones económicas precapitalistas**, de K. Marx, y **El drama social de la universidad**, de D. Roca (una selección de escritos preparada por G. Bermann).

²² **Los Libros**, N° 3, septiembre de 1969, p. 27. La co-producción no se concretará y, luego de ser anunciado como uno de los títulos de Signos, finalmente se coeditará entre 1971 y 1975 por Siglo XXI Argentina y Siglo XXI España.

²³ Cfr. Crespo, Horacio, *op. cit.*, donde se detallan las colaboraciones de militantes del PCR -C. Echagüe, H. Ciafardini, C. Altamirano- en algunos números de los Cuadernos; además del libro de Razter publicado en 1969 por la Editorial Pasado y Presente -**Los marxistas argentinos del 90-** y de recordar el **Mao Tse Tung** que escribió Aricó para la colección Los Hombres de la CEAL, publicado en 1971. De acuerdo a Crespo, fue Portantiero quien disuadió a Aricó de su afiliación al PCR y lo alentó hacia la reedición de la segunda etapa de la revista **Pasado y Presente**.

²⁴ Gran parte de los colaboradores de Signos provenía de la experiencia cordobesa: Santiago Funes, en primer lugar —quien también se había trasladado a Bs. As.—, Ofelia Castillo, M. Cristina Mata, como traductoras, Raquel Carranza, como traductora y prologuista, Jorge Tula, más adelante y en tareas generales.

²⁵ «Reedición de un libro interesante pero ya envejecido» dice el texto que acompaña la noticia de **Maquiavelo historiador**, **Los Libros** n° 11, septiembre de 1970, p. 34.

te sobre la vanguardia, en este caso literaria: G. Bataille, S. Mallarmé, G. Apollinaire, W. Burroughs, todos nombres que se relacionan con los libros de la colección que dirige («El hombre y su mundo») en la editorial Caldén —de José Luis Mangieri— y con su actividad editorial en Córdoba.²⁶ En estos casos —por el género, el estilo, los temas, las intenciones—, las interpretaciones o lecturas posibles pueden multiplicarse, la actividad del editor por ello se multiplica: no sólo selecciona el texto, lo traduce y prologa o presenta sino que, además, escribe notas críticas comentándolos: así las intervenciones de Del Barco en **Los Libros** son sobre autores que él mismo publicó o va a publicar: Bataille, Sade y Blanchot entre otros. Si esos libros constituyen textos irreductibles a un uso político directo es posible, y deseable, una lectura política en un sentido amplio.²⁷ Lo mismo vale para la literatura norteamericana, que recibe un tratamiento —como señala Panesi— privilegiado: su opacidad (o directamente su indolencia) política funciona como condición para oponerla al producto literario-mercantil y *transparente del boom*.

Consideremos ahora algunos de los títulos que se publicaron por Signos y que no habían sido anunciados previamente, es decir, que no formaban parte del plan de ediciones de la editorial.²⁸ Su análisis, pensamos, puede resultar indicativo de los vínculos entre la política y la edición. Veamos el caso del libro de Mattelart y Castillo, **La ideología de la dominación en una sociedad dependiente**, que apareció bajo el sello de la editorial en noviembre de 1970. Mattelart llega a la editorial por recomendación de C. S. Assadourian, en ese momento en Chile. Buscaba la impresión urgente del libro —un estudio crítico sobre la prensa chilena; su intención era que circulara antes de la asunción de Allende a la presidencia, prevista para fines de ese año. La publicación del libro, financiada por sus autores, está marcada por el ritmo y los apremios de la política. A partir de allí se establece un vínculo estrecho entre Mattelart y Schmucler que derivará en varios proyectos compartidos, orientados a desbrozar un área de estudios hasta ese momento inexplorada: los relacionados a la comunica-

ción y la cultura masiva.²⁹ El producto más conocido de esa colaboración será la revista **Comunicación y Cultura** que, en sus diversas fases (apareció primero en Chile, luego en Buenos Aires y finalmente en México), apuntaló la especialización en ese campo. La tarea crítica tenía un sentido político innegable y estaba guiada por una voluntad de intervención explícita: buscaba desmontar las construcciones ideológicas de los poderes establecidos. Ese desmontaje, a su vez, no debía renegar del rigor científico, plataforma de la actividad crítica.³⁰

Esta vista rápida de algunas de las colecciones y los libros que conformaban la apuesta editorial de Signos remite a la ya clásica formulación de Oscar Terán: «la política se tornaba en la región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica»; y, podríamos agregar, la editorial.³¹ Nada podemos objetar a la imagen de la época que, a partir de esa constatación, se elabora; lo que no compartimos, sin embargo, es la conclusión que de ella derivan otros estudiosos.

Ya es un lugar establecido en la historiografía que analiza la cultura de izquierda en la Argentina de ese periodo, la hipótesis de la creciente politización de los hombres de letras y los artistas, politización que sigue un arco que va de la figura del compromiso *sartreano*, con todas sus ambigüedades, de mediados de los '50, a la radicalización armada de fines de los '60 y principios de los '70. Como sugiere el conocido título del libro de Claudia Gilman, los intelectuales habitan **Entre la pluma y el fusil**: tensión que en la dimensión temporal se resuelve como continuidad, *de la pluma al fusil*. Recientemente, José Luis de Diego insiste —siguiendo a Terán, Gilman y, especialmente, a Sarlo— en remarcar ese recorrido: «En los setenta, entonces, el imperio de la política termina por abolir los atisbos de autonomía de la actividad intelectual y artística».³² Uno de los ejemplos privilegiados para sostener esta posición es la deriva de la revista **Los Libros**: luego del proceso ya mencionado de latinoamericanización, la política va invadiendo la revista hasta monopolizarla por completo. A fines de 1971, el subtítulo «Un mes de publicaciones en América Latina» es sustituido por uno más resueltamente militante «Para una crítica política de la cultura». Al año siguiente, Schmucler abandona la dirección de la revista, que queda bajo la dirección de B. Sarlo, C. Altamirano y R. Piglia.

²⁶ Cfr. el escrito de Ignacio Barbeito en este mismo número. Sobre los cruces entre estos proyectos editoriales es revelador el caso de **Las lágrimas de Eros** de G. Bataille. Anunciado en el primer número de **Los Libros** (julio de 1969, p. 34) como una edición de Pasado y Presente del primer semestre de 1969, al año siguiente aparece en el folleto de Signos que reproducimos más arriba, como el primer número de «Pasado y presente/Literatura». Sin embargo, en el **Catálogo Histórico de la Editorial Siglo XXI** (del 2005) se indica el libro como publicado en 1968, por Signos. Para agregar confusión, Del Barco publica parte del texto que compone ese libro bajo el título **Breve historia del erotismo** en la editorial Caldén, en 1970.

²⁷ Aunque esa lectura no deje de expresar tentativas explícitas por imponer un control sobre el escrito y la inestabilidad de sentido que lo amenaza: «El encierro de Sade se inscribe en el mismo gesto que encierra a los mendigos y los locos, que persigue a los revolucionarios y cerca a los poetas. La exclusión de Sade se emparenta con la exclusión de Marx, con la condena de Joyce, con el suicidio de Roussel, con la locura de Artaud. La saciedad de la razón no puede mirarse en esos espejos endemoniados que en lugar de reflejar un rostro agradable le muestran una masa sangrienta. Una sociedad esencialmente *criminal* siempre va a encerrar a aquéllos que la llevan al lugar del crimen y le hacen ver la víctima. Una sociedad criminal como la nuestra necesita tener la conciencia tranquila, aplacada, y, en consecuencia, debe encerrar por la fuerza, en un encierro dentro del encierro, a todos esos fantasmas empujados en romper». Del Barco, Oscar, «El enigma Sade», en **Los Libros**, N° 1, julio de 1969, pp. 12 y 13 (el comentario es sobre **La filosofía en el tocador**, edición preparada por él mismo).

²⁸ Ver, al final, Tabla 2.

²⁹ Schmucler ya había comenzado a transitar esos temas desde la cátedra Semiología del Periodismo Escrito, en la Escuela Superior de Periodismo de la Universidad de La Plata, de la que se hizo cargo en 1970.

³⁰ El libro **Los derechos del escritor**, de A. Solzhenitsin, constituye otro caso interesante. El análisis de la polémica por la persecución y la censura en el país natal del reciente premio Nobel de literatura promovió un debate que se confundía con el provocado por el «caso Padilla»: el de los vínculos entre literatura, política y sociedad. El libro fue publicado con un extenso prólogo de Santiago Funes, que intentaba balizar los términos de la polémica en una intervención fuertemente marcada por el maoísmo.

³¹ Terán, Oscar, **Nuestros años sesenta**, Buenos Aires, Puntosur, p. 15, 1991.

³² De Diego, José Luis, «Los intelectuales y la izquierda en Argentina (1955-1975)», en Altamirano, Carlos (dir.), **Historia de los Intelectuales en América Latina, II**, Buenos Aires, Katz Editores, 2010, p. 408. En palabras de Sarlo: «[entre el final de los '60 y principios de los '70] la izquierda ya casi no se plantea la «cuestión intelectual como cuestión específica: se ha resuelto -disuelto- en la política», **La Batalla de las ideas**, Buenos Aires, Ariel, p. 104.

Sin embargo, si consideramos la cuestión desde un punto de vista más amplio, aunque siempre haciendo foco sobre los mismos actores, las cosas parecen más complejas. A mediados de 1971 Signos se disuelve luego de acordar la apertura de la editorial Siglo XXI – Argentina. La fusión fue promovida por María Elena Satostegui, gerente del FCE en Buenos Aires y ex mujer de Arnaldo Orfila Reynal. La nueva editorial dividió las tareas de forma tal que el antiguo grupo que dirigía Signos se ocuparía de las prácticas de edición literaria —a pesar de que se organizó un Consejo Editorial de notables— mientras que los relacionados con Siglo XXI dirigirían las tareas administrativas. Signos pudo, de esa forma, salvar un fondo editorial que estaba en peligro por dificultades financieras. Siglo XXI, a su vez, aprovechó la habilidad de ese grupo para seleccionar títulos novedosos del extranjero o para comprometer a algunos de los representantes más interesantes de las ciencias sociales a nivel local. De ese modo renovó el crédito político-intelectual que, con una estrategia muy similar —establecer alianzas con intelectuales de peso—, había obtenido a partir del escándalo que derivó en su fundación.³³ En los años siguientes a la apertura de Siglo XXI-Argentina se publicaron la mayoría de los títulos que proyectaba concretar Signos.³⁴ Orfila Reynal, que hacía un tiempo evaluaba la posibilidad de abrir una editorial en su país de origen, se decidió finalmente por hacerlo con una pequeña editorial, con cuyos integrantes había tenido varios contactos: mediante su ex mujer; a través de las correspondencia con dos jóvenes que estaban proyectando una editorial; participando como patrocinador de una revista cultural. Sin embargo, hay un vínculo previo, motivado estrictamente por cuestiones políticas: luego del infausto fracaso del EGP, algunos de los jóvenes participantes fueron detenidos y condenados a reclusión perpetua. Norberto Frontini, antiguo aperador editorial del FCE en América del Sur, colaborador estrecho de O. Reynal en ese momento y padre de uno de los detenidos, lo mantiene al tanto de la situación, desplegando un relato pormenorizado a través de numerosas cartas entre 1966 y 1969.³⁵ Allí se piensan acciones para pedir la libertad de los detenidos, para denunciar los abusos policiales, para difundir y hacer público lo que sucede. Y allí también O. Reynal se entera de la existencia de algunos de los miembros de Pasado y Presente que apoyaron al EGP.

En definitiva, creemos que la potencia de la política para generar vínculos que derivan en relaciones en parte intelectuales y en parte profesionales es especialmente visible en el modo en el que O. Reynal se terminó vinculando a este grupo. La politización, entonces, funciona en este caso como una condición de posibilidad para que se desarrollen otras tareas más o menos específicas como la editorial. Actividad que promueve, vimos, la edición y circulación de libros que permiten la consolidación de ciertas disciplinas y de sus apuestas más o menos renovadoras. Esto se percibe con mayor claridad si consideramos no sólo el entrama-

do de sociabilidad que conforman las editoriales de izquierda vinculadas a la literatura y a las ciencias sociales —existía así una red de relaciones que permitía el intercambio y la circulación de personas y que comprendía a Signos, Caldén, CEAL, Galerna, de La Flor, Tiempo Contemporáneo y Eudeba, revistas como **Los Libros** y librerías como Jorge Álvarez, entre otras— sino, además, los otros contextos o marcos específicos en donde estos individuos o grupos intervenían. Así, para el caso de Signos, la universidad es un espacio de primer orden: del núcleo fundador, salvo Aricó, todos los demás enseñaban en la academia y publicaban en sus medios. Constituye, a la inversa, una de las razones que explican la especialización de Aricó como editor profesional. De ese modo, la politización no parece ir en contra de la especialización intelectual, en todo caso promueve ciertas prácticas que la harán, más tarde o más temprano, un camino posible de recorrer. De otra manera, y atento a la perspectiva que promueve el ciclo de politización creciente que caracterizaría a los intelectuales de izquierda en esos años —según el relato que J. L. de Diego viene a actualizar—, resulta cuanto menos curiosa la forma de transitarlo de algunos de los que participaron de la edición de **Pasado y Presente** en su primera etapa: del apoyo intelectual a una experiencia armada a la apertura de una editorial de literatura y ciencias sociales.

³³ Sobre la apertura de Siglo XXI, cfr. Sorá, Gustavo, *op. cit.*.

³⁴ Ver Tabla 3

³⁵ Sobre N. Frontini y sus vínculos con D. Cosío Villegas y O. Reynal en el FCE, cfr. Sorá, Gustavo, «Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en *Tierra Firme*», en Altamirano, Carlos, **Historia de los intelectuales...**, *op. cit.*, pp. 537-566.

Tabla 2: Libros efectivamente publicados por Ediciones Signos

PENSAMIENTO CRÍTICO		
COLECCIÓN: Historia	COLECCIÓN: Economía y Sociedad	COLECCIÓN: Rhesis
<p>José Luis Romero, Maquiavelo historiador, 1970</p> <p>COLECCIÓN: Ensayos ***</p>	<p>Andre Gunder Frank, Capitalismo y subdesarrollo en América Latina, 1970</p> <p>Alain Touraine, El movimiento de mayo o el comunismo utópico, 1970</p> <p>Rieser, Seeman, Vidal, Kon, Amiot, Touraine, La alienación como concepto sociológico, 1970</p> <p>Dobb, Pietranera, Poulantzas, Rieser, Banfi, Estudios sobre «El Capital», vol. I., 1970</p> <p>Gunder Frank, Johnson, Cockcroft, Economía política del subdesarrollo en América Latina, 1970</p>	<p>Levi-Strauss, Jakobson, «Los gatos» de Baudelaire, 1970</p> <p>Tzvetan Todorov (comp.), Teoría de la literatura, 1970</p>
<p>Francisco Delich, Tierra y conciencia campesina en Tucumán, 1970 ***</p> <p>Norbert Lechner, La democracia en Chile, 1970 ***</p>	<p>E. Pinilla de las Heras, Reacción y revolución en una sociedad industrial, 1970 ***</p> <p>A. Mattelart, C. Castillo y L. Castillo, La ideología de la dominación en una sociedad dependiente. La respuesta ideológica de la clase dominante chilena frente al reformismo, 1970 ***</p>	
LA HISTORIA INMEDIATA	PENSAMIENTO FUNDAMENTAL	PASADO Y PRESENTE LITERATURA
<p>Francisco Delich, Crisis y protesta social – Córdoba, mayo de 1969, 1970</p> <p>A. Solzhenitsin, Los derechos del escritor, 1970 ***</p>	<p>Karl Marx, Miseria de la filosofía, 1970</p> <p>Karl Marx, El Capital, Libro I, Cap. IV, 1971</p> <p>Martin Nicolaus, El Marx desconocido: Introducción a la Edición española de los «Grundrisse», 1971 *</p>	<p>Jean Paul Sartre, Extraña amistad</p> <p>Juan Carlos Onetti, La novia robada</p> <p>Rodolfo J. Walsh, Un oscuro día de justicia</p> <p>Honoré de Balzac, Sarrasín</p> <p>Samuel Beckett, El expulsado</p>
<p>* En realidad no llegó a publicarse: es un borrador preparatorio para la edición de los Grundrisse que finalmente será publicado por Siglo XXI –Argentina.</p> <p>** Ver nota 26 del presente trabajo.</p> <p>*** Libros publicados por Signos sin haber sido anunciados previamente.</p>		

Tabla 3: Libros anunciados por Signos entre 1970 y 1971 y publicados por Siglo XXI–Argentina*

PENSAMIENTO CRÍTICO		
COLECCIÓN: Historia	COLECCIÓN: Economía y Sociedad	COLECCIÓN: Rhesis
Maurice Dobb, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo , 1971. Geoges Rudé, La multitud en la historia , 1971. Karl Kautsky, La cuestión agraria , 1974. Robert Boutruche, Señorío y feudalidad , 1971. Witold Kula, Teoría económica del sistema feudal , 1974. Eric Hobsbawm, En torno a los orígenes de la Revolución Industrial , 1971.	Stanley Moore, Crítica de la democracia capitalista , 1972. S.F. Bloom, Un mundo de naciones. El problema nacional en Marx , 1975 (en coedición con Siglo XXI-España)	Michel Foucault, Raymond Rousset siglo XXI , 1973
FILOSOFÍA PARA CIENTÍFICOS	PENSAMIENTO FUNDAMENTAL	SERIE DEL AIRE LIBRE
Fichant, Pécheux, Sobre la historia de las ciencias , 1971. Alain Badiou, El concepto de modelo , 1972.	Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política , vol. I, II y III, 1971-1975 (en coedición con Siglo XXI España). Jacques Derrida, De la gramatología , 1971. Georges Canguilhem, Lo normal y lo patológico , 1971.	Juan Carlos Onetti, La novia robada , 1973. Rodolfo J. Walsh, Un oscuro día de justicia , 1973.
LA HISTORIA INMEDIATA		
Murmis-Portantiero, El peronismo , 1973 (con el título: Estudios sobre los orígenes del peronismo I) Gene Marine, Los black panthers , 1971. **		
* La lista se elaboró respetando las colecciones originales de Signos. ** Anunciado en diversas publicidades de Signos.		

Resumen

El artículo intenta reconstruir los contextos efectivos de emergencia de Ediciones Signos, una editorial que funcionó a principios de la década del '70, momento de «ebullición» del mundo editorial de izquierda. Luego de funcionar por poco más de un año, y de publicar alrededor de 20 libros, la editorial se disolvió para dar origen a una mucho más conocida: Siglo XXI-Argentina. Se privilegia como entrada a esa experiencia editorial la reconstrucción del plan inicial de ediciones y de los libros efectivamente publicados por Signos. Esa reconstrucción del catálogo —efectivo y potencial— permite una aproximación que restituye las posibilidades y opciones abiertas en aquel momento, eludiendo las trampas de los relatos retrospectivos. Entre éstos últimos, se pretende cuestionar especialmente las simplificaciones que implican las hipótesis habituales sobre el proceso de creciente politización de los intelectuales de izquierda durante el período.

Palabras Clave: Editoriales, Izquierda, Intelectuales, Catálogos

Abstract

The paper tries to rebuild the effective emergency contexts of Ediciones Signos, a publishing house that worked at the beginning of the '70s, time in which the publishing world of the left «boiling». After to work for little more than a year, and published some 20 books, the publishing house was dissolved to give rise to a much more well-known: Siglo XXI - Argentina. The reconstruction of the initial plan of editions and the books actually published by Signos are privileged as input to that editorial experience. This reconstruction of the catalogue —actual and potential— allows an approximation that restores the possibilities and options open at that time, eluding the traps of the retrospective accounts. Among the latter, the paper intends to discuss particularly the simplifications that mean the usual hypothesis about the process of increasing politicization of the leftist intellectuals during the period.

Keywords: Publishing houses, Left, Intellectuals, Catalogues

ENCUESTA sobre librerías, libros, editoriales y lecturas

Álvaro Abós / César Aira / Carlos Altamirano / Carlos Sempat Assadourian / Beatriz Bragoni / Gregorio Caro Figueroa / Pablo de Santis / Fernando Devoto / Torcuato Di Tella / Jorge Dotti / Alejandro Eujanián / José Pablo Feinmann / Elvio Gandolfo / Roberto Gargarella / Adrián Gorelik / Tulio Halperin Donghi / Roberto Jacoby / Noé Jitrik / Martín Kohan / Laura Malosetti Costa / Guillermo Martínez / Tununa Mercado / Jorge Monteleone / Beatriz Sarlo / Maristella Svampa / Héctor Tizón / Hugo Vezzetti

evocan

Buenos Aires / Corrientes / Córdoba / Santiago de Chile / Mendoza / Salta / París / Roma / Madrid / México / Rosario / Montevideo / Bahía Blanca / Ramos Mejía / Gral. Roca / Neuquén

En el marco del impulso que buscamos dar a los estudios sobre el libro, la edición y la lectura en la Argentina, les propusimos un par de preguntas muy simples a un conjunto de figuras académicas, intelectuales y artísticas argentinas: ¿qué librerías, qué editoriales fueron importantes en su formación?

Tratamos de ponderar en nuestra elección a varias generaciones y ocupaciones, y buscando involucrar diversas ciudades, ámbitos y grupos. Dirigimos nuestra encuesta a una treintena de personas por correo electrónico.

Casi todas nos respondieron. El resultado es el que los lectores tienen a la vista.

El conjunto ofrece, creemos, no sólo el interés intrínseco de sus testimonios sino también ingentes materiales para futuros trabajos.

¡Incontables gracias a todos los que respondieron!

Ana Clarisa Agüero

Horacio Tarcus

PREGUNTA 1: ¿Hubo una o más librerías que constituyera/n una referencia para usted durante su formación? ¿Recuerda quién la atendía, qué libros descubrió allí, si conoció en ese espacio a otros intelectuales, académicos o artistas?

PREGUNTA 2: ¿Reconoce, a lo largo de su trayectoria, ciertas editoriales que acompañaran su formación? ¿En qué aspectos contribuyeron a forjar planes de lectura significativos para su experiencia personal y generacional?

ÁLVARO ABÓS

PREGUNTA 1: Debido a que nací y crecí en el centro de Buenos Aires, las primeras librerías que recuerdo —y las primeras a las que acudí de adolescente a comprar libros— son las de Corrientes, en ese ya legendario tramo de Libertad a Callao, o Ayacucho. Recuerdo las grandes Fausto y Ulyses. Pero la más entrañable era Moro. Ubicada justo al lado del cine hoy Loire. Primero, porque sólo vendía libros de segunda mano, por tanto más baratos, y los únicos que durante largos años estuvieron al alcance de mis flacos bolsillos. Luego por la figura discreta y simpática de quien fuera uno de sus últimos dueños en la saga de esta familia librera: don Atilio Moro. A quien acompañé fielmente, junto a la larga pléyade de sus

clientes, cuando recaló en su última andadura, el local de Rodríguez Peña casi esquina Bartolomé Mitre. Sólo me dediqué a la escritura ya mayor, por lo tanto en mi juventud no frecuentaba librerías como autor. Sí, en cambio, fui militante político en las juventudes peronistas de comienzos de los años sesenta. En carácter de tal recuerdo haber peregrinado mucho a la pequeña Librería del Mar Dulce, un local situado en un sótano de la Avenida Córdoba, quizás al mil trescientos, donde alguna vez, con otros compañeros de militancia, escuchamos los monólogos interminables de su dueño, Jorge Abelardo Ramos, autor que junto a Hernández Arregui y Arturo Jauretche era entonces muy influyente. Fuera del circuito de Corrientes, recuerdo que me gustaba mirar la vidriera de la primitiva librería Norte, en Pueyrredón entre Santa Fe y Arenales, por su contenido armonioso y surtido. En otros puntos de la ciudad, recuerdo la librería Atlántida de la calle Florida, porque en su vidriera siempre había cuadros de algún pintor argentino.

PREGUNTA 2: Durante mucho tiempo, en mi infancia y juventud, leí —además de las consabidas colecciones infantiles y juveniles como la «Robin Hood»— mucha literatura policial, debido a que mi padre era adicto a ella. En las décadas del cuarenta y cincuenta se publicaban muchas colecciones, tanto en la modalidad de quiosco (recuerdo las colecciones «Rastros», «Pandora», «Cobalto») como



de librería («Séptimo Círculo», «Naranja» de Hachette, «Club del Misterio» de Fabril Editora, etc.). Esas lecturas abrieron camino a otras, más «prestigiosas», pero sedimentaron en mí el gusto por la narratividad y el misterio, que aún me interesa centralmente. Ya en mi primera juventud, por motivos familiares, estaba muy enterado de las novedades que venían de Barcelona, ¡nada menos! Recuerdo que adquirí **La Ciudad y los Perros** de Vargas Llosa —entonces desconocido—, publicado por la «Biblioteca Breve» de Seix Barral, en cuanto llegaron ejemplares a Buenos Aires; y como entonces era redactor del semanario **Compañero**, lo comenté en sus páginas, con lo que quizás fui uno de los primeros reseñistas de ese libro. En otro orden de cosas, recuerdo cómo los jóvenes nutríamos nuestra voracidad política en los tomos baratos de las colecciones «La Siringa» de Peña Lillo y Coyoacán, del citado Ramos. Eran libros pequeños, de cien páginas.

CÉSAR AIRA

PREGUNTA 1: Cuando vine a vivir a Buenos Aires (1967; y vine como causa principal por las librerías que no había en Pringles), las librerías más importantes para mí fueron la Galatea, de Gattegno y Goldstein, en la calle Viamonte, y Letras, de María Rosa Vaccaro y Margarita, también en Viamonte. Los libros ingleses los compraba en Pigmalión y en Rodríguez (Galerías Pacífico). Las «novedades», en la calle Corrientes (Fausto, Martín Fierro, Hernández frente a La Paz). Los «libros de viejo»: Parque Rivadavia, que empecé a frecuentar a comienzos de los setenta y era muy bueno entonces. Creo que en esa etapa la librería que más satisfacciones me dio fue Galatea. Después, y durante más de diez años o quince, fui todos los días a la librería de Fiorentino («libro barato y fino») en Caballito, en sus tres locales, primero en Rivadavia, después en una galería en Primera Junta, y el último en la calle Neuquén. Tuve una relación muy entrañable con Enzo Fiorentino, y cuando se murió dejé de tener librería favorita, hasta estos últimos años que he hecho mi refugio en la de Garamona, La Internacional Argentina.

PREGUNTA 2: Los libros de la editorial Sur eran los que venían con cierta garantía de calidad y sofisticación. Los de la colección «Clásica y Contemporánea» de Losada eran imprescindibles para lecturas latinoamericanas. Compré muchísimos (creo que a la larga todos) de la «Serie del Siglo y Medio» de EUDEBA, y después compré sistemáticamente todo lo que publicaba el Centro Editor, sobre todo en las colecciones que dirigía Horacio Achával. Pero igual de importantes para mí, o más, fueron las ediciones de Penguin, Everyman's Library, Livre de Poche, y Gallimard en las colecciones Poésie y Folio.

CARLOS ALTAMIRANO

PREGUNTA 1: Cuando vivía en Corrientes, no había más que una sola librería para quienes tenían inquietudes intelectuales, la Librería del Universitario. Ya en Buenos Aires, la librería a la que concurría con más frecuencia era Fausto, en Corrientes casi Talcahuano. Era la que tenía las novedades que uno quería comprar o robar, pero ésta era una empresa difícilísima porque había muchos empleados, permanentemente atentos a los movimientos de quienes dábamos vuelta por las mesas y los estantes. También iba, pero mucho menos, a las librerías que permanecían como un recuerdo de cuando la Facultad de Filosofía y Letras quedaba por

Viamonte: Galatea, Verbum, Nueva Visión. Y también recuerdo la librería Jorge Álvarez, a la que iba con cierta asiduidad cuando la atendía, ya próximo a su cierre, Germán García. Respecto de la sociabilidad intelectual, no recuerdo más que este trato con Germán, que era un tipo brillante.

PREGUNTA 2: De las editoriales cuyos libros acompañaron mi formación, recuerdo a Lautaro, ligada al PC [Partido Comunista], a la editorial de Jorge Álvarez y a Seix-Barral, cuyos títulos me resultaban carísimos, pero hacía todo lo posible para conseguir.

CARLOS SEMPAT ASSADOURIAN

PREGUNTA 1: Entre 1950-1955, desde los 13 hasta los 17 años, mi recuerdo más fuerte son las idas a Paideia (cuando estaba en el Pasaje Central) a buscar literatura «clandestina», esto es marxista. Reconocido por este afán empezó a atenderme, o sea a indicarme dónde estaban ubicados los materiales que buscaba, un empleado que después supe (cuando entré a la Fede [Federación Juvenil Comunista]) que se llamaba Moisés Corzo y que era yerno de Miguel Contreras.

Entre los 17-20 años, además de seguir yendo a Paideia, agregué visitas a «librerías de viejo», una que estaba en la primera cuadra de Obispo Trejo y otra en la segunda cuadra de 25 de mayo. Pero en este lapso, los libros más importantes para mí procedieron no de librerías sino de la biblioteca personal de Pancho Aricó.

De 1959-1960 a 1966 (primero estudiante de Historia y después graduado e investigador en el Instituto de Estudios Americanistas), Paideia era mi (nuestra) referencia de novedades editoriales, y también a menudo de citas. Pero los encargos de libros especializados casi siempre los hacía en Nubis pues allí trabajaba, dándome un trato muy especial, mi hermana Rosa Estela. No siento que en Paideia (o en Nubis, si se quiere agregar) haya «descubierto» algún libro ni tampoco «conocido» a intelectuales, artistas, etc.. Estos libros y relaciones procedían del ámbito de la Facultad-Cefyl [Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras], del grupo político y del propio trabajo.

PREGUNTA 2: Se me imponen como editoriales más significativas el FCE y Siglo XXI, esto es, en cierta manera, Orfila Reynal. Por mi interés hacia el llamado «marxismo» —y claro, también por razones de amistad personal— siempre seguí con mucha atención y reconocimiento al trabajo editorial de Aricó en «Cuadernos de Pasado y Presente» y en Siglo XXI. Pero no atribuyo ninguna influencia especial a estas referencias editoriales ni en mi formación ni en mis planes de investigación.

Fuera del cuestionario, atendiendo a que éste trata de libros: más que en Córdoba, fue en mis años en Santiago de Chile (1967 - octubre de 1973) donde armé una biblioteca, digamos, *valiosa*, debido al contacto con un extraordinario librero de viejo: ediciones del siglo XIX y primeros años del XX de Argentina, Chile, Perú (también de Europa), tanto de literatura como de fuentes para la investigación histórica. Después del golpe de Pinochet, esta biblioteca mía me fue enviada a Córdoba en avión en unas 80 cajas, y al irme a México (agosto de 1975) quedó en casa de mi padre. En 1976, a poco tiempo del golpe de Videla, mi padre me envió a decir que un camión del ejército había allanado la casa y llevado

la biblioteca. Mi padre no dejó de avisarme del dato principal: quien dirigía esta operación de robo era un capellán.

BEATRIZ BRAGONI

PREGUNTA 1: Sí las hubo; el suministro de libros universitarios en Mendoza dependía de un librero «ambulante», oriundo de Buenos Aires creo recordar, que trabajaba por encargo u ofrecía lo que le enviaban en la misma facultad. Pero fue Prometeo la librería que cumplió un papel central en tanto que me permitía entrar en contacto con novedades editoriales completamente ausentes en bibliotecas o librerías de Mendoza. En mis años de formación, quien asesoraba mis inversiones librescas era la lista bibliográfica derivada de la lectura minuciosa de las notas al pie, y las generosas indicaciones de Mario Ranaletti, de las que dejé incluso constancia en los agradecimientos de mi libro. Paidós en Santa Fe también fue importante; los libros antiguos los hojeaba y si podía los compraba en una librería de la calle Las Heras que luego cerró.

PREGUNTA 2: Hay cuatro colecciones o planes de lectura que acompañaron mi formación en historia argentina: los libros de Hyspamérica; la colección de Paidós (dirigida por Halperin); algunos textos de Hachette / Solar, dirigida por Gregorio Weimberg, y la colección de Sudamericana dirigida por Luis Alberto Romero (que luego siguió en Siglo XXI). En conjunto, esa combinación de lecturas (y de otras, naturalmente) me permitió descubrir temas y problemas ausentes en mi formación de grado y ensayar un recorrido personal bastante libre, sujeta no tanto a los imperativos de la coyuntura sino a las exigencias de mis propias inquietudes u obsesiones.

GREGORIO CARO FIGUEROA

Pregunta 1: A comienzos de los años '60, en una ciudad pequeña como Salta, cuando era alumno del Colegio Nacional y comencé a leer libros que no eran los textos obligatorios, las librerías eran una rareza. Había algunas librerías-papelerías dedicadas a la venta de textos escolares y artículos de papelería, las que, sin embargo, reservaban algún espacio para libros de literatura, de historia o de política. La primera librería-papelería que recuerdo es La Montaña, de un señor Rivero, en calle Mitre al 400. Esa librería, de pisos, mostrador y estantes de madera, estaba impregnada del embriagante olor a libros. En un estante vidriado había libros rústicos de Editorial Tor, de Sopena y otros más caros.

Todos los comienzos de clase esperaba el momento de ir a La Montaña a comprar el libro de lectura con ilustraciones coloreadas y de «tapa dura», para cada uno de los grados de la escuela. Esos libros eran el plato fuerte en la lista de útiles que entregaban las maestras. Recuerdo que en el primer grado inferior nos pidieron el libro de «lectura inicial» de Raquel Robert que tenía el título **Mamá**. Era un librito apaisado, editado por Kapelusz. Las primeras palabras que allí aprendimos cabían en un renglón: «Ema lee a papá» o «Mamá ase a la sala». También nos enteramos allí que las fechas históricas que debíamos recordar eran el Día de la Bandera, la muerte del general San Martín, el Descubrimiento de América, la nacionalización de los ferrocarriles y el 17 de Octubre de 1945.

En los años '50 y hasta 1970, la única librería dedicada solo a libros era El Estudiante, de don Ramón Cardozo. Era un hombre

corpulento, de rasgos muy salteños, que comenzó siendo canillita y luego fue uno de los principales dirigentes políticos del Partido Socialista de Salta. En 1958 fue candidato a legislador nacional en la lista que postuló a gobernador de Salta al doctor Carlos S. Fayt, salteño. Conservo dos raros y excelentes folletos que escribió Fayt en 1958: uno sobre la situación social de Salta y otro sobre sus problemas educativos. Ambas publicaciones forman parte de lo mejor del ensayo sobre Salta, género apenas cultivado en esta «tierra de cantores y poetas», más que de ensayistas y críticos sociales. Cardozo reeditó a Joaquín Castellanos y editó a Juan Carlos Dávalos, Manuel J. Castilla, Néstor Saavedra y a César Perdiguero, entre otros. Fue un hombre que se hizo a sí mismo y ejerció un mecenazgo sin alardes. Su librería estaba ubicada en calle Caseros a dos cuadras de la Plaza 9 de Julio. Era un pequeño local, parte de una casa muy antigua. Cuando estaba cerrando entré a rescatar los últimos libros. Recuerdo haber encontrado algunos de los títulos de la Colección «El Pasado Argentino» de Hachette, dirigida por don Gregorio Weinberg. Cardozo traía, además, periódicos políticos.

La librería «de libros» más importante de Salta hasta comienzos de los años '80 fue la Librería Salta, idea del doctor Roberto García Pinto, médico de profesión que se consagró luego a la literatura y al ensayo. Durante años la atendían con mucha profesionalidad las hermanas Ortiz Solá, sobrinas de Patrón Costas. Ubicada en el edificio del Hotel Salta, esta librería incluía todos los géneros. Tenía un sentido pluralista. Era, además, un sitio de encuentros, diálogos y comienzo y final de discusiones.

Cerca de la librería de don Ramón Cardozo, a media cuadra sobre calle Itzaingó, había una librería-papelería: Antártida, propiedad de la familia Matus. Un día que entré a comprar carpetas, encontré y me detuve ante los títulos editoriales que difundían autores a los que comencé a leer. Recuerdo la colección de pequeños libros de Editorial Coyoacán, que dirigía Jorge Abelardo Ramos y la colección «La Siringa», de Arturo Peña Lillo. Más tarde se abrió una pequeña librería frente al correo, su dueño era Pepe Mizrajhi, un porteño, creo que amigo de Alberto Szpunberg y de Salvador María del Carril. Recuerdo que se vinculó al dueño el grupo guerrillero del EGP que apareció en Orán. Luego, esa librería, que tuvo otros dueños, pasó a manos de Pedro González, porteño y peronista que llegó esos años a Salta y se quedó aquí. Por unos meses intenté vender los libros de esa librería puerta a puerta. Creo que terminé comprando casi todos ellos, aunque no recuerdo si los pagué todos. Pedro González dirige, desde hace veinte años, el mensuario **Claves**.

Otra librería que recuerdo es La Tradición, de Pedro Portela Huguet, nacionalista católico. Allí compraba los libros de editorial Theoría y de Huemul, folletos del padre Leonardo Castellani, que en los años '50 vivió en Salta. Un profesor de literatura nos hizo leer un folleto donde Castellani demonizaba al liberalismo. Allí también se vendía **La Hostería Volante** y las conferencias antisemitas del padre Julio Meinvielle, que entonces hablaba del peligro del «aparato frondicista-comunista».

Otra de las librerías-papelerías que daban importancia al libro era la Librería San Martín, que por iniciativa de su dueño, el señor Salas, también editó libros de autores locales. Tenían un hermoso local, ubicado en la actual Plazoleta Cuatro Siglos, sus muebles,



pisos y revestimientos de madera. Recuerdo especialmente la librería El Colegio, de un excelente ser humano y profesional: don Benito Crivelli, que abrió un espacio cultural en su pequeño local de calle Caseros. En ese salón coexistían buenos libros, exposiciones, conferencias y reuniones en un clima de libertad y tolerancia.

En los años '60 fue importante la apertura de un pequeño puesto de venta de EUDEBA debajo de la escalera del edificio de Buenos Aires 177, donde funcionaban, en un ambiente pequeño y casi familiar, el Departamento de Humanidades y la Facultad de Ciencias Naturales, semillas de la futura Universidad Nacional de Salta. Pese a mi insolvencia y al hecho de ser un estudiante secundario que solo merodeaba la biblioteca de Humanidades, obtuve un crédito para comprar la edición de EUDEBA del libro **Alberdi y su tiempo**, monumento de erudición, escrito por Jorge Mayer, o pagar de contado **Los que mandan**, de José Luis de Imaz.

Había en la ciudad algunos vendedores de libros a domicilio. Entre otros, recuerdo al señor Zintac, que distribuía las publicaciones del Partido Comunista, y el señor Ciro José Amezúa, un buen conocedor de libros, representante de la Editorial Aguilar. También en esos años, don Luis Azán Arteaga, bibliófilo y amante del libro antiguo, abrió un pequeño local en calle Santiago del Estero, entre Deán Funes y Zuviría. Allí fueron a parar varios libros de la biblioteca de mi padre los que, con infantil ignorancia e irresponsabilidad, vendí para comprar golosinas. Una tarde, habiendo agotado los ejemplares valiosos de su biblioteca, decidí llevar el que yo consideraba una joya: un ejemplar de la Biblia. Cuando lo llevé, don Azán apenas lo miró y dijo: «No me interesa. Estas ediciones no valen ni un peso. Son las que regalan y mandan por correo los protestantes».

PREGUNTA 2: Aunque traté de leer esa variada literatura política — un abanico que iba desde el Partido Comunista al nacionalismo de derechas —, las preferencias se decantaron por el lado de lo que se llamaba «la izquierda nacional», a la que adherí en mi juventud. Tenía 17 años cuando tuve mi conversión al socialismo, leyendo párrafos del **Manifiesto Comunista** en uno de los tomos de la extensa **Historia de las Ideas Políticas** de Mariano de Vedia y Mitre que tenía mi padre. No tuve plan de lectura. Tampoco maestros ni guías. Quizás por temperamento, por edad y por la época, todo era apresurado, disperso y desordenado. A veces leíamos para encontrar la frase impactante que diera fuerza a una arenga política o diera brillo a un panfleto.

En aquel momento, bajo ese rótulo podían convivir peronistas como Cooke, socialistas como Manuel Ugarte, nacionalistas como José María Rosa, ensayistas como Juan José Hernández Arregui — cuya prosa obligaba a recurrir al diccionario — o marxistas como Rodolfo Puiggrós. Aquella corriente de la izquierda nacional que nos parecía homogénea e integrada por individualidades que cultivaban relaciones armónicas, luego se nos rebeló como un territorio minado de diferencias ideológicas que iban más allá de los matices y los estilos, a lo que se añadían conflictos personales.

En algunos, más que la fidelidad y las preferencias de los autores del partido influía el clima de época, el que no estaba exento de cierto *snobismo* y deseo de estar a la moda que dictaban los semanarios porteños como **Primera Plana**. Se compraban libros y se los leía no sólo por los temas y la importancia de los auto-

res. Se compraban libros según la editorial que los lanzara al mercado. Los de la editorial Jorge Álvarez eran de obligada compra. El primero, **Literatura argentina y realidad política**, de David Viñas. Pasar de los manuales de Giusti al ensayo de Viñas era un desafío. También comprábamos algunos de los libros del catálogo de Siglo Veinte. El que más me impresionó y recuerdo fue la primera edición de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, de Juan José Sebreli, de cuya mano recorrí Buenos Aires con la imaginación antes de conocerla cuando ya tenía veinte años.

Sin la promoción editorial de esas editoriales de moda, me interesé por libros de un sociólogo importante e injustamente olvidado: Julio Mafud, a quien conocí muchos años después. Mafud fue trabajador ferroviario y pudo estudiar en París al lado de Alain Touraine. Casi todos sus libros, todos agotados, fueron editados por Americalee. Por recomendación de un amigo de mi padre leí al peruano José Carlos Mariátegui, o libros de Haya de la Torre y de Luis Alberto Sánchez que había en la biblioteca de mi padre, quien fue amigo de apristas notorios como Andrés Towsed Ezcurra o Ramiro Prialé. Percibí que la visión y el tratamiento que daban ambos a los problemas del mundo andino al que Salta pertenece permitían acercar la seca teoría a una realidad diferente de la Argentina pampeana. Aquel intento de explorar matices no evitó la caída en el maniqueísmo y la simplificación, a la moda.

Tenía y ojeaba libros de Gramsci editados por Lautaro en los años '50, y me detenía en textos de los precursores de esa izquierda nacional, como Jorge Enea Spilimbergo y la seductora prosa de Jorge Abelardo Ramos, a quien conocí en Salta en 1963 y quien, años después, prologó mi libro primerizo. En 1963 me sumé al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), de cuyo Comité Nacional fui el más joven miembro. A Ramos y Spilimbergo les regalé algún tomo de la monumental obra de Bernardo Frías sobre Güemes. En la tercera edición en dos tomos de **Revolución y Contrarrevolución en la Argentina**, Ramos incorporó información y opiniones históricas de Frías, al que valoró. Spilimbergo escribió luego su valioso ensayo **Güemes y la guerra social americana**. Esta selección, sesgada, no excluyó la lectura del libro de Aldo Ferrer **La economía argentina. Etapas de su desarrollo** y tampoco de **El personalismo**, de Emmanuel Mounier, que editó EUDEBA en sus cuadernos. También habían caído en mis manos libros de Federico Pinedo, Juan B. Justo o Leonardo Paso.

La búsqueda impaciente de respuestas nos hizo confiar en nuestros guías políticos, desdeñando al resto. Si ellos criticaban a Bartolomé Mitre, a Juan B. Justo, Jorge Luis Borges o a Marcelo de Alvear, eso nos evitaba meternos en la obra y en la acción de esos hombres situados de forma clara e irredimible en el campo «cipayo». En mi biblioteca están las huellas de las editoriales y autores que seguí, y ya nombré: Coyoacán, La Siringa y los libros de Peña Lillo, de Jorge Álvarez, Fondo de Cultura Económica, EUDEBA, son los que más recuerdo.

En abril de 1967 invitamos a Arturo Jauretche, que estaba en esos días en Tucumán en la Norte Libros, de Lauro Fagalde —su librería fue la más importante del Noroeste argentino—, a presentar su libro **El medio pelo en la sociedad argentina**. El acto se hizo en el local de FOETRA, el sindicato telefónico, y me atreví allí a hablar de Jauretche y de ese libro en su presencia. Allí entendí que así como las personas nos llevan a los libros, tam-

bién los libros nos acercan a las personas, y los autores que conocimos en papel se hacen de carne y hueso.

PABLO DE SANTIS

PREGUNTA 1: La librería que recuerdo con más cariño era la Fiorentino, legendaria librería de Caballito. Había estado en la Avenida Rivadavia, pero cuando yo la conocí (en 1976, contaba yo con 13 años) ocupaba un pequeño local en Parral y Yerbal. La atendían Enzo Fiorentino y su esposa, que eran amables y pacientes. Había una increíble cantidad de libros raros (ahí compré por ejemplo **El libro de las pipas**, de Dino Buzzati, que sigue siendo una rareza, aun para las librerías italianas) pero lo más importante de la librería era la sección de poesía. Fiorentino había comprado, en la quiebra de la editorial Fabril, todos los ejemplares de la maravillosa colección que dirigía Aldo Pellegrini, quizás los libros mejor editados de la Argentina. Mi madre me regaló el primero (Ungaretti) y yo luego fui comprando los otros: Michaux, Rimbaud, Montale, Pessoa... Tras el cierre de Fiorentino hubo algunos otros intentos (una librería de historia militar, una librería con mucho material de filosofía) pero el local terminó convertido en un lavadero.

PREGUNTA 2: Recuerdo especialmente la colección de literatura argentina del Centro Editor de América Latina, que dirigía Susana Zanetti. En esa editorial empecé a leer algunos autores como Andrés Rivera, Juan José Saer, Elvio Gandolfo, Daniel Moyano, Héctor Tizón, los ensayos de David Viñas... Entre 1980 y 1982, el CEAL de Spivacov publicó una cantidad extraordinaria de ficciones y ensayos argentinos, a pesar de las dificultades y de la monumental quema de libros. Recuerdo también los fascículos, donde se dejaban escuchar no sólo las voces del pasado sino las de quienes estaban escribiendo la literatura argentina en ese mismo momento. Otras colecciones que recuerdo con cariño, y en distintas épocas de la vida, son la «Robin Hood» de Acme, con las portadas de Pablo Pereyra, los policiales que editaba la Bruguera española, bajo la dirección de Juan Martini, la Minotauro, que dio a conocer en Argentina a Bradbury, Ballard y tantos otros autores de ciencia ficción, las ediciones de librería Fausto, que solían contar con extraordinarios prólogos de Jaime Rest y de Carlos Gardini, y «El séptimo círculo» (Emecé), tan abundante en libros rarísimos disfrazados de policial.

FERNANDO DEVOTO

PREGUNTA 1: Llegamos a los libros a través de numerosas mediaciones, unas impersonales otras personales. Una referencia perdida en las notas de un libro que leímos, un elenco bibliográfico, el anaquel de la biblioteca de los padres o de un amigo, un estante de una librería, el programa de una materia, catálogos de novedades (y ahora internet) son algunas de las primeras. Un comentario bibliográfico o la opinión del autor de un libro en el mismo libro (favorables o desfavorables, poco importa ya que a veces las segundas influyen más que las primeras), la opinión o la recomendación de un amigo, un colega, un profesor, un estudiante, un librero, son algunas de las segundas. La preferencia por una u otra vía (y yo he preferido, en general y crecientemente, las impersonales) es idiosincrática. Del mismo modo en que cuando lle-

gamos a una ciudad desconocida nos ponemos a caminar sin orden ni concierto a ver qué descubrimos, u optamos por orientarnos con una guía de turismo o con las recomendaciones de quienes ya estuvieron allí. Admitiré que la primera opción es más razonable, la segunda más imprevisible. Todo ello me sugiere dos observaciones. Una es que las librerías son una de las vías de acceso a lo que leemos, entre otras. La segunda es que hay muchos modos posibles de relacionarse con las librerías, algo así como «los usos de la librería».

Mi relación con los libros y con las librerías fue cambiando a lo largo de los años. Estamos también nosotros en el tiempo. El peso de las opiniones prestigiosas acerca de qué leer fue disminuyendo en mí con los años (no porque pensase que aquellas habían dejado de serlo) y la búsqueda personal reemplazó al canon. Ello indica que también cambió mi relación con las librerías y con los libreros. De una mayor atención a los segundos pasé a prestar más atención a las primeras, vistas como un lugar en el que uno podía curiosear libremente muchos libros, y eventualmente comprar alguno, con algo más de argumentos que el simple título de un catálogo.

Mi relación con las librerías tuvo asimismo muchas fases y diferentes intensidades pero creo, haciendo un balance, que el momento más fecundo coincidió con mi período de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, en la primera mitad de los años setenta. En torno al edificio de la calle Independencia existían numerosas librerías y la preferencia de estudiantes y profesores por unas o por otras mostraba algunos rasgos de las diferentes sociabilidades políticas que allí existían. Desde luego que ningún lugar era exclusivo, pero los ámbitos nacional-populares tenían una mayor propensión a frecuentar Cimarrón de Miguel Hurst (en la esquina de Independencia y Urquiza) o Biblos de Javier y Ricardo (a la vuelta por Urquiza). Aunque yo recuerdo que también las frecuentaba, en especial la segunda, más ordenada y amigable, mis preferencias iban sin duda hacia otra, Trilce. Era, en mi opinión, la librería más bonita y mejor arreglada, la más grande y espaciosa, con su amplia parte central sin incómodas «bancarelas». El tiempo transcurría en ella más lenta y amigablemente por el carácter de sus propietarios, Isabel Valencia y Horacio Fernández, y ayudado por el hecho de que allí no vendían ni apuntes ni clases desgrabadas, sino solamente libros. Ello favorecía un menor tránsito y, a la vez, una mayor comodidad para hojear los libros y una mayor sociabilidad entre los frequentadores del lugar. La alentaba también el tablero de ajedrez que Horacio tenía sobre el mostrador y las partidas que allí se jugaban entre él y otros visitantes. Entre jugadores y curiosos se armaba siempre un pequeño grupito. Recuerdo entre los observadores ocasionales a Juan Caros Portantiero, Mario Margulis y Fernando Álvarez. Será aquel lugar siempre para mí la librería modélica de un tiempo que fue. Época en que toda librería debía incluir alguna forma de tertulia. Isabel y Horacio eran dos personas muy diferentes. Ella era del ambiente de la Facultad, una intelectual y una militante y, aunque reservada, siempre establecía algunas complicidades (recuerdo, entre otros comentarios al pasar, escuetos pero reveladores, sobre la actualidad o sobre los libros, uno sobrio pero entusiasta acerca de Fermín Chávez ante una pregunta mía acerca de una obra que estaba hojear). Fue secuestrada y luego desapareció, en un atardecer de invierno (un lunes, tal vez) de 1976, estando

yo en la librería. Horacio no era del mundo de la Facultad, y además mucho no le interesaba esa fauna a la que miraba con un dejo de simpática ironía. Había trabajado toda su vida, si no recuerdo mal, en el ámbito de libros, distribuidores y editores. No daba opiniones ni consejos sobre ellos pero sí sabía decir bien quiénes otros habían comprado el mismo libro que uno había adquirido y hasta cuántos ejemplares había vendido. Una vez, al comprarle yo el **Mediterráneo** de Braudel (en su primera edición), me dijo que en toda su vida de librero ése era el segundo que vendía, y que el primero se lo había vendido a Enrique Tándeter.

La desaparición de Isabel y el sombrío clima de ese tiempo llevaron a la declinación de la librería (paralelamente a la de la Facultad). Poco luego, Horacio decidió cerrarla. Lo vi todavía algunas veces en el Club San Lorenzo, al que me invitó a jugar torneos de ajedrez. Supe luego que al tiempo también él desapareció. Con los años encontré nuevamente a Camilo, el hijo de ambos que tenía entonces alrededor de 9 años y pasaba parte de su tiempo post escolar en el patio que había detrás de la librería. Como su padre, se vinculó con el mundo de los libros a través de una imprenta de su propiedad, y ahora ha creado él también una editorial a la que ha llamado nuevamente «Trilce». ¡Suerte con los libros, Camilo!

Con los años conocí y frecuenté otras librerías en otras latitudes. Casi nunca establecí relaciones con los libreros o los empleados. Iba, entraba, permanecía largo rato curioseando libros y compraba. Algunas eran librerías generales, otras especializadas, y con el tiempo me parece que es una buena combinación frecuentar ambas. Así, en Roma, Tombolini en Piazza Venezia (que me fuera indicada por Renzo De Felice) tenía casi todo lo que uno pudiera necesitar en temas históricos, y Rinascita (en via delle Botteghe Oscure) o Rizzoli (en via Tomacelli), más amplias y espaciosas, tenían un poco de todo. La misma combinación la experimenté en París entre PUF, en la Plaza de la Sorbona, en tiempos en que Historia estaba en el subsuelo, y Jean Touzot en Plaza Saint Suplice (esta última tenía también casi todo, incluidas no pocas cosas del siglo XIX). En Touzot y Tombolini uno debía saber lo que quería, ya que no había ni muchos libros visibles ni mucha paciencia en los empleados. En Rinascita recuerdo a un señor muy elegante con terno, que compraba enormes cantidades de libros de historia y ciencias sociales. Su rostro me resultaba familiar y luego lo identifiqué, era Bruno Trentin, que había sido secretario general de la FIOM (metalmecánicos) y luego lo sería de la CGIL. Pensé entonces, con melancolía, en las enormes diferencias entre la Argentina e Italia (y ahora que escribo estas líneas entre aquella Italia y la de ahora). Quizás a ese elenco haya que agregar todavía a Marcial Pons en Madrid, en la Plaza del Conde del Valle de Suchil, cuyos catálogos de novedades además jugaron un papel tan importante en tiempos pasados.

En Argentina no me he hecho aficionado a otras librerías. Desde luego que siempre he ido a Platero desde mis tiempos de estudiante a buscar libros viejos, y en las últimas dos décadas he preferido ir a una librería cerca de mi casa, La Boutique del Libro, de Martínez, con propietarios amigables que tienen lo más importante y me dejan mirar libre y pausadamente en sus anaqueles. Biblos en Puán es también otro de mis hábitos. Las librerías especializadas, en cambio, tienen ya tantas cosas, con la inverosímil expansión de las obras publicadas gracias a que tantos historia-

dores hacen ahora como los poetas de antaño: pagan (o hacen pagar a su institución) aquello que producen. ¿Qué librería podrá albergar tantos libros y cómo orientarse entre ellos? Y aún en ese caso, ¿dónde encontrar el tiempo para leerlos? Siempre está allí la «ley» de Gerschenkron (cuántos libros puede leer una persona a lo largo de su vida, basta calcular cuántos por semana, multiplicar por 52 y luego volver a multiplicar, digamos por treinta o cuarenta años).

PREGUNTA 2: La pregunta acerca de la importancia de las casas editoriales en la formación personal es para mí de más difícil respuesta. Muchas grandes editoriales, aunque influyentes, fueron empresas demasiado adheridas a una época, y sus catálogos envejecieron mucho o se revelaron, con el tiempo, excesivamente estrechos en sus opciones. La posibilidad de un balance suprime o disminuye, inevitablemente, la temporalidad del sujeto. Desde este balance ex post, creo que entre las editoriales que ofrecían un repertorio variado que incluía un buen número de libros de historia que hoy llamaríamos clásicos, Fondo de Cultura Económica de México era la que poseía el catálogo, a mis ojos actuales, más interesante. Los breviaros y los libros grandes en tapas negras (o no) pueblan mi biblioteca de obras que considero justamente importantes. Quizás a ella haya que agregar Siglo XXI en algunas de sus épocas y sedes (y ciertamente en la actual de Argentina) y EUDEBA, en su producción de los años de Spivacow.

En el contexto internacional, creo que la editorial más influyente en mí, por su apertura a temas y corrientes muy diversas (y por su capacidad de traducción), y en especial a las ciencias sociales, fue Il Mulino, creada por un grupo de profesores universitarios en Bologna. Ciertamente, es difícil olvidar a Einaudi (en la época Einaudi) o a Laterza, pero, más allá de la innegable calidad de tantos de sus libros, algo esas empresas tenían de datado o de estrecho que limitaba a veces su capacidad de percibir los cambios de clima historiográfico o de abrirse a otras tradiciones internacionales. Y todavía quizás se podría agregar a tres editoriales más pequeñas y originales, Marsilio de Pádua, Guida de Nápoles (en su origen una emblemática librería en la que se reunían muchos intelectuales antifascistas, incluido Croce) y, recientemente, Donzelli. En Francia es complicada la elección pero, y pese al carácter también segmentado de su gusto (agravado por la ligazón con la «movida» intelectual parisina), es difícil relativizar el papel de un nombre de leyenda: la «Bibliothèque des Histoires» de Gallimard. Desde luego, otras editoriales con catálogos más abiertos deben agregarse, de Fayard a Flammarion y de ésta a Seuil. En el caso español, creo que a Crítica se le aplican (agravadas) las consideraciones hechas a propósito de Einaudi y, más allá de los innegables libros de gran valor que editó, prefería o prefiero otras como Ariel, Península o Taurus y, más recientemente, las publicaciones de la Universidad de Valencia y la colección de Historia que un grupo plural de destacados historiadores españoles dirige en Marcial Pons. En el mundo anglosajón, con todas sus editoriales universitarias, me es más difícil escoger. Por señalar una, indicaría Cambridge University Press. Y, finalmente, un recuerdo para nuestra vecina Banda Oriental.

Ciertamente el panorama presentado no hace justicia a muchas otras casas editoriales cuyos libros influyeron sobre nosotros.

Refleja nuestro presente más que nuestros pasados y está sometido a la memoria y el olvido que son, a la vez, selectivos y arbitrarios. Ciertamente también, suelen brindar (las reconocidas) un plus de prestigio a los libros que publican. Sin embargo, el valor de ellos es, a la larga o a la corta, independiente del editor (y también del autor); pertenece al misterioso mundo de los lectores.

TORCUATO DI TELLA

PREGUNTA 1: El Ateneo, de la calle Florida. No recuerdo personas. La «librería de los dos franceses» de la calle Tucumán al 500, que creo se llamaba Galatea. Los vendedores con quienes yo hablaba o a los que pedía información eran «los dos franceses».

PREGUNTA 2: Fondo de Cultura Económica, desde los años cincuenta hasta ahora. Siglo XXI (especialmente la sección argentina de la casa española).

JORGE DOTTI

PREGUNTA 1: Ciertamente hubo, pero fundamentalmente en Roma. En Buenos Aires, a partir de la adolescencia, recuerdo sobre todo Quartier Latin, donde no sé si «intelectuales» pero sí conocedores de la bibliografía filosófica académica (lo cual sigo agradeciéndoles) eran sus dueños; una pareja de rusos políglotas, sobre todo ella. Se podía acceder a obras clave en las cuatro lenguas en que cabía leer filosofía (precaución o imperativo aún en vigencia, aunque ya menos excluyente). Para obras en español estaba Verbum, que me resultaba muy localista aunque su *factotum* (me avergüenzo de haber olvidado su nombre) era una figura significativa y gentil. También Galatea, una joya circunscripta a lo francés, con todo lo bueno y todo lo malo que eso significa/ba (incólume en su fortaleza iconográfica, el poster de Gerard Philippe *bibliófago*). En San Martín y Viamonte, en un subsuelo, había otra atrayente. Años después tuve un interlocutor en Nacho Zoppi, a lo largo de las distintas librerías a las cuales atraía lectores, fueran o no compradores. Con la democracia, Gandhi fue un foco. Desde hace unos cuantos años, visito Prometeo (de notable labor editorial además), La Mancha y últimamente también Arcadia; menos seguido Guadalquivir. La producción en español que ofrecen es notable.

Pero las más importantes para mí fueron varias librerías romanas, que menciono pese a creer que son referencias ajenas a la constelación focalizada por esta encuesta. Tombolini, Herder, Feltrinelli, Editori Riuniti (en el macizo templo de Botteghe Oscure); de otras, como una maoísta y otra trotskista, y también de algunas más, olvidé el nombre. Por lo demás, la mayoría ya no existe. Siempre, hasta el día de hoy, las librerías de usados; pero los *bouquinistes* que me deslumbraron hace casi medio siglo fueron los de los quioscos de Tribunales. Por entonces, en todas estas librerías de viejo se conseguía mucho; hoy, para mis intereses, casi nada.

PREGUNTA 2: En la primera adolescencia, y sólo para novelas, EUDEBA, Sudamericana y eventualmente alguna otra, aunque en casos aislados; más tarde, sobre todo al incorporar la ensayística sobre historia de las ideas argentinas, Centro Editor, sin excluir alguna otra editorial, para ciertas obras en particular (Siglo XXI, v.g.). En el caso del CEAL, lo decisivo para mí fueron los contactos personales y amistosos con intelectuales clave, ligados variadamen-

te a sus actividades, y las lecturas que se me hicieron conscientemente obligatorias.

En el ámbito filosófico, aprecio lo que en su momento hizo la Editorial Charcas, y destaco la tarea que ahora lleva a cabo Hydra, donde deposito también mis afectos. Hay nuevas editoriales cuya oferta filosófica es importante, pero no es (salvo contadas excepciones) la temática que me hace sentir culpable si la ignoro. Reconozco que, para mis intereses, un rol central tuvieron y tienen editoriales extranjeras, que no cabe mencionar.

ALEJANDRO EUJANIÁN

PREGUNTA 1: Mi formación profesional comienza en el año 84, pero voy a contestar las preguntas con un concepto amplio de formación, que excede lo estrictamente disciplinar. Sobre todo porque influye en las respuestas. El libro nuevo para mí era muy excepcional, y por cuestiones de dinero tenía que pensar bien qué compraba. Para las lecturas disciplinares, recurría a los libros prestados, fotocopias y lo poco que se podía conseguir en biblioteca. Pero en general, el acceso a los textos, más que libros, era a través de los profesores. En cambio, trataba de comprar, porque los leía, marcaba y quería conservar, los libros de ciencias sociales y literatura.

En cuanto a las librerías, también una distinción. Compraba, y lo sigo haciendo, muchos libros usados. Casi toda mi biblioteca conserva esa textura y aroma. Pero allí no participé de ninguna sociabilidad especial. Entraba, revolvía, pagaba y me iba. En cuanto a las librerías de «nuevos», pasaba mucho tiempo, pero compraba poco y en cómodas cuotas. Sobre todo en una librería cuyas dueñas eran profesoras de la Facultad de Ciencias Políticas y que estaba atendida por amigos; sin duda allí conocí gente. Pero no lo recuerdo como un ámbito de sociabilidad intelectual sino como un lugar amable y en el que me sentía cómodo. Todavía sigo necesitando esto en una librería, un ambiente amable y casi familiar, y no me acostumbro a comprar en las grandes cadenas. Como espacio para conocer gente, mucho más importante fue la Facultad de Humanidades y los bares de los alrededores, por los que en esos años circulaban más o menos todos los habitantes de la aldea — por no decir *campo* y mucho menos *mundo*— cultural rosarina.

PREGUNTA 2: No pensaba tanto en editoriales, aunque leía casi todo lo de Anagrama en literatura; Fondo de Cultura o Alianza eran las referencias en ciencias sociales. Todavía recuerdo las excelentes tapas de Alianza de aquellos años. Como dije antes, casi exclusivamente la biblioteca de mi formación profesional la armaron mis profesores, y tuve la suerte de contar con muchos de ellos que nos habilitaron una lectura amplia, variada y renovada. Pero en cuanto a esa formación más amplia que fue la que orientó mis trabajos luego, más que las editoriales y las materias que cursaba fueron las revistas las que influyeron en mis lecturas. Hasta comienzos de los '80, las revistas eran el medio más familiar para mí: de **Isidoro** al **Tony**, y de **Humor** a **El Porteño**. Un poco después **Punto de Vista**. Creo que fue por esta última que llegué a los autores que más me interesaban: Foucault, Barthes, Paul Veyne, Derrida, Bourdieu y Williams, entre otros, pero no muchos más. Autores a los que veía como un medio para la crítica de una historiografía que, a comienzos de los '80, estaba aquí muy influida por los deba-



tes interrumpidos de los '60 y '70; por ejemplo la discusiones sobre los modos de producción, la transición al capitalismo, etc.. Cuestiones que, debo confesar, no suponían en ese momento para mí ningún problema relevante y a las que años después, por un interés historiográfico, pude dotar de sentido.

JOSÉ PABLO FEINMANN

PREGUNTA 1: Mi formación universitaria empezó en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte. Andaba por ahí en 1961. Era muy pibe. No me decidía por nada. Pero en 1962 me inscribí en filosofía. Hice todas las materias optativas en la carrera de letras. Y hasta me pasé a letras durante dos años en los que me aburrí mucho. Volví a filosofía. Fueron muy buenos años. Estudiaba como un poseído. Y era amigo de Enrique Pezzoni, Víctor Massuh (que era joven, generoso y, aunque fuertemente antimarxista y antiperonista, nada hacía prever sus opciones posteriores que, creo, arruinaron su vida desde que regresó a la Argentina en 1984), Conrado Eggers Lan, Guillermina Camusso, Nelly Schanith y Ansgar Klein, que influyó mucho en mis estudios sobre Hegel. Con Guillermina hicimos un seminario sobre Sartre que duró un año. Durante el verano de 1967 (luego de ese seminario que se desarrolló durante 1966, con la interrupción del golpe de Onganía) leí íntegramente la **Crítica de la razón dialéctica**. Empezaba a las cinco de la tarde y terminaba a las cinco de la mañana. En esas 12 horas leía alrededor de 76 páginas. Pero tomaba miles de notas. Como sabía que Sartre la había escrito ayudándose con anfetaminas también recurrí a ese recurso. Tomé Dexedrina spansule y Dexamil (unas pastillas verdes con forma de corazón). Pero nunca exageradamente. La **Crítica** había sido editada por Losada, que publicaba muchos libros de filosofía y lingüística, de color amarillo. De modo que Losada fue muy importante en mi formación. Después hice las cosas previsibles de ese tiempo aunque con seriedad y trabajo. Leí la obra de Marx **El Capital** en la edición de Fondo de Cultura Económica, que tenía tres tomos. Durante la dictadura quemé el primero, que tenía todas mis notas, y creo que fue un acto de increíble autodestrucción.

Conocía a algunos intelectuales, pero no trascendieron. Eso me duele porque esperaba mucho de ellos. Recuerdo a Oscar Terán, pero era mayor que yo, o León Rozichtner. Las librerías de la calle Viamonte eran Galatea, Letras y los libros marxistas se compraban en la facultad en una especie de guarida que tenía Abel Langer, a quien menciono en mi novela **La astucia de la razón**, que narra esos años, entre otras cosas. Los libros que le compré a Abel todavía los tengo y los uso. Son las ediciones en Lenguas Extranjeras de la Unión Soviética. Y son entrañables para mí. Sólo recuerdo a una señora con sobrepeso que atendía la librería Letras. También estaba (en la calle Córdoba) Quartier Latin, donde compraba los libros en francés. Ahí compré **Pour Marx y Lire le Capital** en las ediciones de François Maspero. Fue a fines de 1965. Me volví estructuralista. Un fervoroso althusseriano. ¡Las cosas que hace uno en la vida! La **Fenomenología del Espíritu** la leí en la edición de Fondo de Cultura Económica, también Heidegger y Merleau-Ponty. En literatura, fue importante Sudamericana con **Rayuela** (de la que no recuerdo *nada*) y **Cien años de soledad**, que nunca me interesó. Detesté siempre el realismo mágico. Hay miles de cosas más pero sería interminable. Luego leí y distribuí

en la facultad (ya en la calle Independencia) el periódico de la CGT de los Argentinos, y leí a Walsh, que me interesó.

PREGUNTA 2: Creo que está dicho. Las editoriales fueron Losada, Sur, Emecé, Jorge Álvarez, Siglo XXI, Fondo de Cultura Económica, Grijalbo, Sudamericana, Ediciones de la Flor y algunas otras muy pequeñas que llevaban los nombres de sus propietarios. Fueron la base de nuestra formación. Y también los libros en francés, aunque yo no era un fanático de los idiomas. El resto ya era escribir. Mis ensayos eran buenos y muy serios, valorados por los profesores, pero mis ficciones no valían mucho. Me faltaba entrelazarlas con el cine; cuando lo hice se dispararon. Desde pibe me dijeron que escribía bien. Eso marcó mi vida. Yo también advertía mi facilidad y encontraba un fuerte goce en esa práctica. Cierta vez, en una reunión de profesores (yo era un principiante aún en la carrera, pero algunos profesores me distinguían invitándome a cenar y dialogaban conmigo, algo que acentuaba mi tonta petulancia juvenil), uno dijo en voz muy alta: «¿Vieron cómo escribe este chico? ¡Es música!». Fue música para mis oídos. Y fueron hermosos esos años. Después vendrían los de la militancia, los del sonido y la furia, los del fracaso, los de la muerte. Pero ese tesoro de los años de formación siempre está conmigo.

ELVIO GANDOLFO

PREGUNTA 1: En Rosario, una librería fundamental para muchos en los años de mi formación inicial fue Aries, que dirigía Rubén Sevlever, con un socio encargado de la difícil administración, de apellido Papalardo, y con una serie de empleados como Samuel Wolpin (de la revista **El lagrimal trifurca**) y Carlitos Schorck (de la revista **Setecientosmonos**). Tenía materiales infrecuentes, como una colección completa de **Poesía Buenos Aires**, que adquirí allí. Más tarde fue igualmente central la librería Signos, más moderna, inclinada a materiales académicos y con un diseño (en su segundo local) digno de la época de una película de Kubrick o James Bond, con una sinuosa pared metálica y amarilla. La dirigía sobre todo Juan Martini, y también en ella trabajaron diversos conocidos y amigos. Ahora recuerdo en especial a Nora Catelli, que luego se exilió en España, donde todavía vive. En Buenos Aires me gustaban mucho las librerías que trataban bien a nuestra revista, **El lagrimal trifurca**, entre las que recuerdo a Casavalle, Norte y Galatea (¡inolvidables franchutes: uno muy amable y otro muy seco y más petiso!). Más tarde, durante muchos años, la librería Premier cuando estaba en la calle Corrientes, con gente como Víctor Pesce, Ricky y otros. Pasaban por allí a menudo Levvero (cuando vivió en Buenos Aires), Ricardo Piglia y otros, observados por la mirada bondadosa de «el pelado» García, también editor (del último libro de Amalia Jamilis, por ejemplo). Había otra librería, misteriosa, en Corrientes pasando Callao, yendo desde el centro: era el único lugar donde siempre había algo raro o bueno de ciencia ficción, o la revista **Cuasar**, que no se conseguía en casi ningún otro sitio. Desde siempre ha sido clave también la enorme librería de saldos Libertador, por la que siempre paso por si han puesto algo nuevo. Ya ahora, en Palermo, paso a menudo por Miles y por la que era antes La Boutique del Libro. Un centro, primero cercano, después un poco más lejos, ha sido siempre La Internacional Argentina de Francisco Garamona, donde he

tenido grandes charlas con Francisco y Laura, y Sergio Bizzio, Ricardo Strafacce, muy de vez en cuando con Fogwill (nos veíamos mucho más seguido en el desaparecido bar El Taller), y una larga serie de poetas, narradores y diletantes. Montevideo tiene algo excepcional que es la calle Tristán Narvaja, cargada de librerías. Durante años fueron fundamentales Rubén (de libros viejos, después dividida en otras dos librerías de las que prefiero Cooperativa del Cordón), y la librería La ciudad, primero manejada por Carlos Gutiérrez y Walter Comas. Este último se fue a España; cuando volvió después de unos años fundó Rayuela, central durante muchos años, hasta su muerte reciente, y adquirida poco antes por C. Gutiérrez, que la convirtió en Minerva 2 (la 1 es hoy la que había sido La Ciudad). Las menciono a todas porque estoy lejos de haber terminado mi formación. Y seguramente faltan varias de las que me acordaré en los días siguientes.

PREGUNTA 2: Aquí la lista sería interminable. En lo laberíntico y marcador por su impulso y abundancia están ante todo la vieja EUDEBA y el Centro Editor de América Latina. Después las grandes colecciones completistas y masivas, desde la colección «Austral», pasando por «Alianza de Bolsillo», hasta la actual colección blanca de Cátedra. En poesía, las colecciones «Los poetas» de Fabril, y las finísimas ediciones de Assandri de Córdoba. O las de Fausto, tanto en poesía como en narrativa. En buena parte, para mí han sido tan importantes las revistas como las editoriales: **Eco Contemporáneo**, **Diario de poesía**, **El corno emplumado** de México, **Más Allá**, **V de Vian**, **Magazine Littéraire** (que compré durante décadas), **Investigación y ciencia** (traducción de **Scientific American**), actualmente **Las ranas**, hasta no hace mucho **Tsé tsé**. En Uruguay el sello Banda Oriental tiene una colección de Lectores con tirada grande (por suscripción), con muchas decenas de títulos de todo tipo. También la vieja Rueda, algunas de cuyas traducciones de Faulkner (**Luz de agosto**, por ejemplo) o Joyce eran las mejores. O Siglo Veinte, con otra de Burroughs (**Almuerzo desnudo**) también muy buena. Las recuerdo porque leí muchos otros títulos de esos sellos que ahora he borrado de mi memoria. También, desde luego, Minotauro, y las colecciones de policíales «El Séptimo Círculo» y la que dirigió Piglia, «Serie Negra».

P.D. ahora pienso que **Luz de agosto** era de Siglo Veinte. Todo esto fue contestado según funciona la memoria, sin mucha tardanza ni re-memoración.

ROBERTO GARGARELLA

Pregunta 1: Recuerdo que cuando empecé a frecuentar el centro de la ciudad terminaba la dictadura, y yo acostumbraba a caminar por las librerías de la calle Corrientes y zonas cercanas. Ahora me vienen a la memoria, especialmente, tres de esas librerías. Ante todo, mencionaría a Hernández, por un episodio aparentemente menor, pero decisivo en mi vida. Yo era un ávido lector de historia, sobre todo de historia argentina, pero todo lo que había consumido hasta esos años de fin de régimen eran materiales de la historia oficial. Recuerdo, en los tiempos posteriores a la derrota en Malvinas, entrar en la librería Hernández y ver, sobre una mesa, una cantidad extraordinaria de libros viejos, con títulos como **Manual de la guerra de guerrillas**, **Escritos de Mao Tse Tung** y

centenares de libros sobre marxismo. Quedé pálido y tembloroso de emoción ante el descubrimiento. No por la idea de que allí estaba la verdad oculta que yo no había conocido hasta entonces (aunque algo de esto era cierto) sino simplemente por reconocer que había un mundo entero de lecturas que me eran por completo ajenas, que me habían sido directamente negadas. De la misma época recuerdo otra sorpresa mayúscula, que se produjo cuando conocí a la librería Galerna. En este caso, me conmovió ver la —para ese entonces— notable selección de material que tenían allí, en el área de ciencias sociales. Al poco tiempo, yo comenzaría a estudiar sociología y Galerna pasaría a ser un lugar de visita obligada, en donde encontrar lo que no encontraba en las habituales librerías de paso. Finalmente, mencionaría a la Gandhi, en aquel tiempo sobre la calle Montevideo, que fue la librería que adopté como propia. Por entonces, el local estaba a cargo de Jorge Tula, con quien solía conversar y con quien trabé una buena relación que se prolongó en el Club de Cultura Socialista. Las dos primeras librerías citadas fueron mis librerías de iniciación. La Gandhi, en cambio, fue la librería de la que me hice habitué y donde quedé instalado todo mi afecto libresco. Como *bonus track*, mencionaría a una pequeña librería, armada de modo casi artesanal y escondida en los pasillos oscuros de la galería Recamier, en Belgrano. La librería era atendida por un esforzado y joven librero y su hermosísima sobrina. La selección de libros que tenían era sorprendente, pero en este momento no recuerdo si era ésta la razón principal de mis habituales visitas a la misma.

PREGUNTA 2: Dado el momento en que comencé a relacionarme con las librerías —finales de la dictadura—, mi repentina fascinación por la izquierda de las ciencias sociales y mi temprano ingreso en la carrera de sociología, hubo algunas editoriales que, sin dudas, marcaron mi juventud universitaria: Amorrortu, con sus libros amarillos, de donde leí, por caso, a Erving Goffman y **La presentación de la persona en la vida cotidiana**; y, sobre todo, Siglo XXI, de donde leí con la boca abierta, por caso, a Marta Harnecker y **Los conceptos elementales del materialismo histórico**, o **Las venas abiertas de América Latina**, dos bombas de tiempo que estallaron dentro de mi cabeza.

ADRIÁN GORELIK

PREGUNTA 1: Hay una librería que marcó especialmente mi iniciación, el pasaje, podríamos decir, a comienzos de los años ochenta, de la arquitectura a la historia: Concentra, primero en su local de Maipú y Viamonte y luego en el de la calle Montevideo entre Charcas y Paraguay, en la planta baja de la Sociedad Central de Arquitectos, donde todavía sigue funcionando. Raquel Reich, su dueña, nos dejaba pagar los carísimos libros de historia de la arquitectura en cuotas anotadas en unas tarjetas de cartón dobladas al medio (en nuestro mundo todavía no existía la tarjeta de crédito, y ahora que existe, Raquel sigue anotando en tarjetitas unas especies de puntos que les otorga a los compradores frecuentes, sin que eso se traduzca necesariamente en ninguna rebaja perceptible). A partir de su mudanza a la SCA, en 1988, Concentra se convirtió en el paso obligado antes y después de nuestras reuniones (allí funcionó hasta aquellos años el programa de historia que había armado Pancho Liernur a comienzos de los ochenta) y

de las estadias en su biblioteca; recuerdo muy bien la presencia asidua en aquellos años de Ernesto Katzenstein, siempre curioseando y prodigando displicentemente su asombroso saber sobre todo lo que tuviera forma.

En los primeros ochenta, el resto de los libros que no eran de arquitectura los compraba en las librerías de Corrientes, como Hernández, Fausto o Lorraine (pese a su tamaño ínfimo, que hacía imposible quedarse mirando libros adentro; y revisando ahora algunos libros comprados entonces me sorprende al descubrir que esa misma librería publicaba en los años setenta las Ediciones Fichas con los libros de Milcíades Peña que yo perseguía hacia 1980 en las librerías de saldos). Y, por supuesto, en las «librerías de usados», por Rodríguez Peña, Paraná o Sarmiento, o en los puestos del Parque Rivadavia. En ese entonces no diferenciaba las librerías de acuerdo a si buscaba libros de ciencias sociales, historia o filosofía, o ensayos y literatura *tout court* (y si como «formación» se cuenta esta última, y en mi caso sin duda debería, tengo que señalar la importancia de esas librerías de Corrientes, donde leí más de un libro de parado, fragmentándolo entre varias de ellas para no delatarme). Pero con la apertura de la Gandhi en la calle Montevideo, en 1984, y de Prometeo un año después en el mismo local donde sigue actualmente, en Corrientes y Riobamba, todo eso cambió: la búsqueda de libros especializados se concentró casi por completo allí y, sobre todo, nació para mí un tipo de trato diferente con los libreros que, hasta entonces, había sido básicamente el de un comprador anónimo. A poco de funcionar la Gandhi ya conocía al Negro Tula, y era muy fácil encontrar a Pancho Aricó y a otra gente del exilio mexicano, a quienes estábamos comenzando a frecuentar en los primeros cursos que daban en el país a su regreso; en Prometeo me llevó un poco más de tiempo, pero luego fue imposible no conocer a Raúl Carioli y a Ricardo, su librero histórico.

De todos los libros que compré en Concentra, Gandhi y Prometeo, hay tres de aquellos años ochenta de los que recuerdo perfectamente el modo en que estaban expuestos en el momento en que los vi y los compré, apenas aparecidos (y quizás la fijación del recuerdo tenga que ver con que estuvieron entre los primeros libros importantes para mí de cuya aparición me pude sentir contemporáneo): en Concentra, **La esfera y el laberinto**, de Manfredo Tafuri (carísimo, comprado con el dinero que acabábamos de cobrar por un trabajo con un amigo, aunque los dos sabíamos perfectamente que el libro iba a ser mío); en Prometeo, **El espejo de la historia**, de Tulio Halperin; y en Gandhi, **Una modernidad periférica**, de Beatriz Sarlo (voy a revisarlos a mi biblioteca para verificar sus años de edición —1984, 1987 y 1988, respectivamente—, y me vuelvo a sorprender notando que ninguno de los tres tiene la estampita de la librería en la primera página, lo que me hace pensar que ese hábito todavía no se había impuesto entre nosotros).

PREGUNTA 2: En esto tampoco voy a ser demasiado original: soy en buena medida el producto de los catálogos de divulgación que organizaron empresas editoriales como las de Boris Spivakov en EUDEBA y el Centro Editor de América Latina. Provengo de una familia en la que se leía mucho y en la que se alentaba la compra de libros, pero sin un plan autónomo de la escuela, de los medios

o del mero azar, ya que no había nadie próximo con una formación propiamente intelectual que pudiera guiarme (mi padre es médico y mi madre había hecho el traductorado de inglés). En ese sentido, las colecciones de EUDEBA, primero, que estaban en casa cuando yo era chico (la «Serie del Siglo y Medio», en la que leí **Los siete platos de arroz con leche**, las crónicas de Fray Mocho y la de los libros ilustrados, de los que conservo todavía la **Guerra al malón**, ilustrada por Carlos Alonso, y el **Fausto**, por Oski), y del Centro Editor después, que íbamos comprando semana a semana (tengo todavía varios de los fascículos de «Capítulo» de entonces y una hilera bastante larga de libritos de la maravillosa «Biblioteca Básica Universal») me organizaron un primer universo de autores y valores literarios. (Para terminar con la niñez y la adolescencia, recuerdo también muy bien la atracción que me producían en la biblioteca de mis padres tres colecciones de clásicos, que asaltaba de modo completamente salvaje: las de Aguilar y El Ateneo, las dos en papel biblia pero la primera con tapas de cuero, y la de los libros más pequeños de Austral/Espasa Calpe. También los libros de Losada, que un tío mío de Mercedes me prestaba —Sartre, Flaubert y toda la poesía—, mientras otra tía me pasaba, libro a libro, toda su colección de «El séptimo círculo» de Emecé.)

Ya en términos de formación un poco más especializada, cuando empecé a armarme mi propia biblioteca en los finales de la Facultad, a comienzos de los ochenta, al Centro Editor (que comenzaba a sacar dentro de «Capítulo» la serie «Sociedad y cultura» con las reediciones de los autores de **Contorno**, José Luis Romero, Héctor Agosti, etc., con esas tapas con fotografías llamativas de Ricardo Figueira —serie que bastante después supe que organizaban Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano) se le sumaron, como editoriales claramente reconocibles por mí en aquel entonces, Siglo XXI y el Fondo de Cultura Económica, con catálogos en los que un título remitía a otro y se podía seguir la trayectoria de algunos autores o el hilo de algunos debates. Esto seguía siendo muy importante en una formación hasta entonces básicamente autodidacta, ya que el hecho de haber estudiado Arquitectura tampoco ayudaba a organizar un plan de estudio y lectura ordenado; en aquel tiempo la Dictadura había impuesto la matriz profundamente antiintelectual que luego siguió caracterizando esa carrera. En ese sentido, creo que los primeros planes más sistemáticos de lectura que seguí, antes de comenzar mi formación como historiador, provinieron de los grupos de estudio de marxismo y de la militancia política, y en ello cumplieron un papel clave las librerías de saldos donde volvían a aparecer a comienzos de los ochenta los libros editados en los sesenta y los setenta por Jorge Álvarez, Nueva Visión, Siglo Veinte o La Pléyade, «los Cuadernos de Pasado y Presente» y buena parte de la producción de esas pequeñas editoriales de la izquierda como Anteo, «Cuadernos de cultura revolucionaria», Fichas, etc., o los libros más viejos de la editorial Claridad.

Por el lado de la arquitectura misma, Gustavo Gili (que entonces tenía una base porteña en Buenos Aires, una especie de depósito en San Telmo en el que se conseguían sus libros un poco más baratos, pero al contado) dominaba por completo, con la sola competencia de los viejos libros de Nueva Visión o Infinito, cuyos pequeños y excelentes catálogos (Mumford, Panofsky, Pevsner, Argan, Banham) sobrevivían a precio de saldo en Concentra. Y

simplemente para añadir una experiencia que puede dar cuenta del clima bibliográfico de aquellos primeros ochenta, recuerdo dos detalles: las irresistibles tapas blancas de los libros de Walter Benjamin editados por Taurus (con la traducción y los prólogos de Jesús Aguirre que fueron luego bastante criticados), con los que intentaba completar la colección iniciada casi casualmente con el librito sobre Brecht editado por Arca de Montevideo, y continuada luego con el **Angelus Novus** traducido por Murena que un amigo me regaló, aunque no en la edición original de Sur, sino en la que sacó Edhasa en España a comienzos de los años setenta; y los libros de la serie «Comunicación» que editaba Alberto Corazón, con sus tapas de cartón duro, su encuadernación artesanal y su llamativa tipografía de stencil —todo lo cual les daba un estudiado aire de clandestinidad—, con traducciones mayormente del italiano sobre lingüística y marxismo, o con debates y revisiones sobre la Unión Soviética (y como en la serie había varios títulos sobre arquitectura, ciudad o planificación, también se conseguían a precio de saldo en Concentra).

Ya entrados los ochenta, para mi dedicación a la historia argentina fueron muy importantes las colecciones temáticas o de reediciones que se vendían en los kioscos de Hyspamérica (la «Biblioteca Argentina de Historia y Política», que veo ahora que estaba dirigida por Pablo Costantini) y nuevamente el Centro Editor (los libros negros de la «Biblioteca Política Argentina», dirigida por Oscar Troncoso, o los blancos y rojos de «Los fundamentos de las ciencias del hombre», dirigida por Ricardo Figueira). Especialmente las reediciones permitían que alguien como yo se armase una biblioteca básica de clásicos argentinos por unos pocos pesos. Y lo mismo cabría decir de los clásicos del pensamiento social y la filosofía, que ponía en los kioscos también Hyspamérica (con tapas duras azules) o Planeta-Agostini («Obras maestras del Pensamiento Contemporáneo», con tapas blandas granate o duras marrones). Y supongo que, aunque las librerías han sido siempre muy importantes para mí, eso no hizo sino aumentar un idilio por los kioscos que continúa vivo, a pesar de todos los cambios que han sufrido.

TULIO HALPERIN DONGHI

PREGUNTA 1: De todo mi aprecio: Tiene toda la razón en insistir con las preguntas de su encuesta, ya que debiera haber contestado hace rato. No lo hice porque no sabía qué contestar; nunca he participado en tertulias de ninguna librería. Visitaba bastante seguido las de Viamonte (Verbum, Clio, Letras, Galatea) tanto como estudiante de Historia como después, cuando empecé a enseñar en la Facultad, y a menudo me encontraba allí con alguien conocido, y supongo que charlábamos de cualquier cosa porque no puedo recordar ningún tema específico, pero todo eso pesaba mucho menos que los encuentros en el Bar Florida, también sobre Viamonte, y en el café Jockey Club de Florida y Viamonte. Estrujándome la memoria descubro que lo más parecido a lo que me pide son mis visitas a Fondo de Cultura cuando estudiaba Derecho e Historia, durante el primer peronismo. Allí cuando tenía dinero compré bastantes cosas (con descuento) y charlaba bastante con la gerente, Delia Etcheverry, una socialista de La Plata (vieja amiga y correligionaria de Arnaldo Orfila, entonces en México y gerente de la editorial) que era una encantadora solterona y

maestra sarmientina, de una rectitud (e ingenuidad) a toda prueba, a la que habían echado de su puesto en la escuela Mary Graham después de que dio a leer a sus alumnas **Amores Bolcheviques** y **Paso Al Eros Alado**, dos obras de Alexandra Kollontay, ya para entonces embajadora soviética en Suecia y que según Lenin tenía el problema de que nunca había logrado distinguir entre el bolchevismo y la pornografía. Delia había temerariamente decidido cumplir con su deber de esclarecer a sus estudiantas en ese delicado tema cuando ya el año cuarenta corría. Pero con ella no hablaba de temas culturales o ideológicos (en ese campo ella estaba bastante cerca de su padre, Rómulo Etcheverry, un caudillo conservador —creo que hay todavía una estación en la línea a La Plata que lleva su nombre— que celebró la ley de matrimonio civil haciendo casar por civil a todos sus peones, ahora que podían hacerlo sin pagar tributo al oscurantismo). Ahora que lo pienso, lo que compraba allí tuvo bastante que ver con mi formación, así que queda para la pregunta siguiente. Lo que hablábamos tenía más bien que ver con la situación cada vez más sofocante debida a la consolidación del peronismo, que nos llevaba a ocupar tanto de nuestro tiempo en chismes de cesantes.

PREGUNTA 2: Paso entonces a la segunda pregunta. Como decía, en buena medida me desasné en los temas que comenzaban a ocuparme en lo que publicaba o distribuía el Fondo de Cultura, básicamente lo que había programado Ortega seguir publicando con el sello de Revista de Occidente y lo hacían sus discípulos refugiados en México: todo Dilthey, que no entiendo cómo no sólo compré, sino leí religiosamente, y cosas de Cassirer, Meinecke y Groethuisen, más lo que los alumnos de Gaos publicaron bajo el sello del Colegio de México sobre la ilustración en México e Hispanoamérica.

Otra librería en la que compré mucho fue Ciencia de Rosario, cuando enseñaba allí a fines de los cincuenta. Pero, de nuevo, no había en esa clásica librería de viejo ninguna tertulia, el dueño era bastante iletrado y por suerte tenía una idea bastante imprecisa de lo que valía lo que tenía en sus estanterías, lo que me permitió adquirir las pocas cosas valiosas que incluye mi Biblioteca como el **Registro Oficial de la Provincia** y luego **Estado de Buenos Aires** y algunas otras cosas por el estilo.

Y esto es todo lo que puedo decirle, que como usted ve es bien poco. Dele por favor mis más cordiales saludos a Horacio, y mis mejores deseos para ese milagro argentino que es el CEDIN-Cl. Muy cordialmente suyo, Tulio Halperin Donghi.

ROBERTO JACOBY

PREGUNTA 1: Las librerías de la época que visitaba eran Galatea, especializada en libros de arte, Jorge Álvarez, Pedro Sirera. Más adelante Siglo XXI y Tiempo Contemporáneo. No tuve relación con quienes atendían pero sí recuerdo a algunos, excepto con Jorge Álvarez. En esa última vi a muchos de los intelectuales de la época que solían pasar o reunirse por allí, García Lupo, Viñas, Píri Lugones. A Germán García también, pero a él lo conocía de otra librería cuyo nombre no recuerdo.

PREGUNTA 2: No podría decirlo, mis lecturas fueron sumamente desordenadas.



NOÉ JITRIK

PREGUNTA 1: La primera librería que suscitó mi atención estaba en la calle Triunvirato, antes de que pasara a integrarse a la más notoria y anhelada Corrientes: casi no tenía nombre o no lo recuerdo, puedo creer que era la antigua de Manuel Gleizer, pero no estoy seguro. Ahí compre un ejemplar del **Ulises** de Joyce, que acababa de salir en la traducción de Salas Subirats. Después, cuando al deseo de tener libros se le oponía la crónica escasez de recursos, empecé a frecuentar en largos paseos nocturnos las «librerías de viejo» de la calle Corrientes; en particular la del viejo Palumbo que, sentado junto a la puerta, gordo y barbudo, según dicen inspiró a Roberto Arlt para componer un inolvidable personaje de **El juguete rabioso**. Por pocos pesos salía cargado de libros que todavía conservo. Pero, posteriormente, las librerías de junto a la Facultad, en la calle Viamonte, tuvieron otro carácter: Verbum, en cuyo mostrador un diligente y simpático Vázquez respondía a mis curiosidades —¿qué se habrá hecho, dónde estará?—, Salón Casavalle, cuyo dueño, el señor Kohan, sabía todo lo que había que saber para satisfacer no sólo las necesidades estudiantiles sino ese algo más que predecía una inclinación a la literatura; también había otra librería, dirigida por dos mujeres, cuyos nombres se me escapan y, en la cuadra siguiente, la casi inaccesible Galatea, francesa a más no poder. Salón Casavalle desempeñó un papel fundamental en mi vida profesional: invitado a ser profesor de literatura argentina en Córdoba, sin mayores títulos para serlo, tuve el tino de ir a consultar al Señor Kohan, instalado ya entonces, hacia 1960, en la calle Sarmiento: me hizo comprar una pila de textos con los cuales organicé mis cursos, aprendí lo que no sabía sobre clásicos argentinos y me asomé, con prudencia, al misterioso negocio de la librería de viejo, esa insidiosa pregunta del lego que no imagina de dónde vienen esos ejemplares a veces semi-destruidos, inesperados, a veces intactos pero siempre valiosos y entonces accesibles, no como ahora en que el negocio del libro usado ha sufrido el contagio del *concepto de antigüedad* y lo que realmente vale anda vagando por las nubes. Otras librerías jalónaron mis vagancias: Fray Mocho, por ejemplo, en la calle Sarmiento, donde pasaban cosas, conferencias o algo más; nunca El Ateneo ni las librerías turísticas, que siempre me parecieron una blasfemia en relación con la literatura. En cambio, la de Jorge Álvarez, en plena efervescencia «boomística», era un centro de reunión y de atracción: nos encontrábamos ahí con Rodolfo Walsh y David Viñas, Piri Lugones actuaba de fascinante, con Paco Urondo celebrábamos la noche y, por suerte, pude conocer entonces a Leopoldo Marechal, por lo menos, en tanto que el esquivo Álvarez cultivaba el prestigio de Torre Nilsson y Guillermo Schavelzon aprendía el mester de librería para fundar poco después Galerna, auxiliado por Ángel Rama y acaso también por mí.

PREGUNTA 2: La primera editorial que me importó fue Losada: a uno de mis hermanos, acaso pensando en mí, se le ocurrió comprar una llamada «Biblioteca contemporánea», unos cien volúmenes que venían con mueble y todo y que le dieron a mi habitación una nueva perspectiva; los autores eran preferentemente españoles: si no hubiera sido por eso jamás habría sabido quiénes eran Ramón Gómez de la Serna —con quien me cruzaba en la calle Florida, seguido a pocos pasos por Luisa Sofovich, su

mujer—, Pérez de Ayala, Antonio Machado: puedo creer que existe algo que se designa como imaginario y que es objeto de construcción, esa biblioteca hizo mucho, tanto que pese al tiempo que pasó no olvidó lo que fueron para mí Machado o Pérez Galdós, que regresan siempre a mí. Posteriormente, me fascinó, pero más de lejos, lo que ocurría entre Sur, Sudamericana y Emecé: los libros de Borges en primer lugar y las colecciones dirigidas por él y Bioy Casares acercaban a la gran literatura, ésa que parece alcanzable y que, una vez que uno se acerca, se aleja en la multiplicidad de sus significaciones. Tener, por ejemplo, **Ficciones** en primera edición o **Moby Dick**, que todavía conservo, o los «Cuadernos de la Quimera», Kafka y Baudelaire, no es olvidable, aunque mi relación con las editoriales sea otra desde hace ya muchos años. Las admiraba, los libros que emitían debían ser poseídos en una furia de coleccionista formado por ellas, pero en la certidumbre de que esa formación era adecuada. Hubo otras que también dejaron huellas en mí: Argos, que publicó **Ferdynurke**, la modestísima Claridad, con sus escritores de Boedo, enternecedores y valientes, Botella al mar, que Arturo Cuadrado ponía a disposición de poetas necesitados de protección pero buenos, y otras cuyos libros, menos sistemáticamente, vinieron a llenar mi biblioteca. Todo eso me llevó, con un gesto vagamente arqueológico, a reconocer lo que había hecho Manuel Gleizer, nada menos que hacerse cargo de la mejor literatura argentina de entre 1920 y 1940, o «Anaconda», de Samuel Glusberg, cuyo nombre le debe haber sido inspirado por Horacio Quiroga, y tantas otras.

Todo eso, que describe cierto momento de la formación intelectual de la Argentina, es incomparable con lo que ocurre hoy día en el mundo editorial: las grandes firmas, se sabe, son fábricas de libros y en pocas ocasiones descubren o fomentan: lo hacen si el público los obliga pero, tendencial y vocacionalmente, la cosa va por otro lado y en ello los secundan las librerías deslumbrantes que asesinan los libros si no se venden rápidamente. Por suerte, siguen brotando, de la nada o casi, pequeñas editoriales, marginales, que hacen lo que quieren o las guían propósitos más vinculados con cierta tradición: aventuran, apuestan, a veces pierden pero, en todo caso, recuperan una respiración que parece más propia de una cultura que se busca y que se vincula con un deseo, no extinguido y todavía fuerte, de eso que se conoce como lectores, especie rara pero que existe y sostiene la literatura contra las plurales amenazas de un cielo tecnológico cuyos beneficios están por verse.

MARTÍN KOHAN

PREGUNTA 1: Antes yo iba a las librerías, pasaba por las librerías. La experiencia de estar en una librería me la procuró y me la reveló la Gandhi de Montevideo. La diferencia no radica nada más que en cuestiones de duración; yo podía pasar por cualquier otra librería durante más de una hora, por ejemplo, y estar en Gandhi apenas una media hora: pero en cualquier caso en Gandhi estaba. No era el tiempo de estar lo determinante, era la manera de estar. Ahora la empleo en sitios diversos, pero hace más de veinte años fue en Gandhi donde la aprendí.

La timidez ha forzado desde siempre mi renuncia a la sociabilidad; en el café de la librería Gandhi, de mesa a mesa, no alcancé a trabar relación con nadie. A cambio, y sin precisar tratos personales, gozaba de una tácita sugestión de comunidad: la discreta comu-

nidad de los lectores potencialmente afines. Una tregua y una excepción para mi mortificación habitual por no encajar en mi entorno.

PREGUNTA 2: Eran los años en que comenzaba mi formación en la teoría: Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Taurus, fueron algunas de las señas que me marcaron y que sé que comparto con muchos. Cuando vuelvo a esos libros, me dejo ganar por la ilusión de un pasado que se restablece. Esa ilusión es vana: lo certificó primero la mudanza de la librería Gandhi, y lo decidió para siempre su cierre.

LAURA MALOSETTI COSTA

PREGUNTA 1: Durante mis años de formación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA hubo dos librerías que fueron muy importantes para mí: Biblios y Tekne. Estaban a unos metros de la Facultad, en Marcelo T. de Alvear, y allí íbamos a comprar lo que podíamos. Los libros de historia del arte siempre fueron caros y en general los compartíamos con varios compañeros, pasábamos fotocopias, leíamos en grupo, etc.. Otra librería para nosotros imprescindible en esa época fue la italiana Viscontea, que traía libros en italiano con precios mucho más accesibles que los españoles y textos fundamentales como los del Universo de las Formas. También fui asidua buscadora de libros en las ferias de los parques (Rivadavia y Plaza Italia) y en «librerías de viejo», muchas, sobre todo las de la Avenida Corrientes, que a veces traían libros de México y de España a precios buenísimos. Para los libros argentinos de historia siempre Prometeo, también, y las facilidades y descuentos que nos hacía Raúl Carioli.

PREGUNTA 2: Los libros de historia del arte traducidos al español han sido siempre caros porque las traducciones casi siempre son hechas en España. La editorial española más importante para nosotros ha sido Alianza, y en particular «Alianza Forma», una colección impresionante. También Gustavo Gili, Nerea, Gedisa, Paidós, Siruela. Para el arte latinoamericano, ha sido fundamental el Fondo de Cultura Económica; en Argentina, el Centro Editor de América Latina, y últimamente Edhasa y Paidós. En fin, para mis temas de siglo XIX europeo e historiografía del arte también leo mucho en inglés, los libros son muy accesibles cuando salen en *paperback* en las universidades inglesas y norteamericanas.

GUILLERMO MARTÍNEZ

PREGUNTA 1: Recuerdo tres librerías que fueron importantes para mí en Bahía Blanca: la librería Pampa Mar, que tenía actividades culturales en un subsuelo (donde se fundó, por ejemplo, el primer cine club de la ciudad). Todavía existe y es una de las más importantes en Bahía Blanca. La librería Cosmos, que era la que tenía habitualmente más pronto las novedades de Buenos Aires. Y una librería de usados, El Quijote, donde iba a canjear libros.

PREGUNTA 2: Colecciones que fueron importantes para mí: la colección «Capítulo» de literatura argentina («Biblioteca Argentina Fundamental», del Centro Editor de América Latina); la colección «Cuadernos» (Editorial EUDEBA), ambas de la biblioteca de mis padres. También, más aquí en el tiempo, la biblioteca de **Página 12**.

TUNUNA MERCADO

PREGUNTA 1: «Lo afirmo apodícticamente —escribió Juan Filloy en su libro de memorias **Esto fui**— la biblioteca Vélez Sarsfield fue, ha sido y por siempre será el cerebro lúcido del barrio General Paz (...). Lámpara de verdad y belleza intelectual, en su seno se han nutrido muchas generaciones». Fue la primera biblioteca popular circulante, dicen que del país, fundada por un consejo de vecinos en 1909. A esa biblioteca, en la esquina de Lima y Félix Frías, frente a la plaza Alberdi, íbamos los chicos del barrio. No puedo decir que fuera para mí un templo ni que mis horas transcurrieran leyendo en ella. El escritor cordobés Daniel Salzano, brillante cronista de Córdoba, en **La Voz del Interior** recuerda que la biblioteca «tenía todas las novelas de Verne, y el bibliotecario — que se parecía al señor de la caja del Quacker— no solo las había leído y releído, sino que había obligado a hacer lo propio a todos los niños de la galaxia Gutemberg empadronados en cinco cuerdas a la redonda de la plaza Alberdi». Entre esos niños estábamos yo y mis hermanos, indebidamente, porque vivíamos a más de seis cuerdas de ese radio. Recuerdo haber sacado **Narciso y Goldmundo** y **Demián**. Hesse era estremecedor, movía el espíritu, que es el «órgano» que resonaba para mí cuando adolescente. A Verne lo teníamos completo, en una edición chilena de incontables ejemplares, con tapas e interiores ilustrados, pero no de lujo. No puedo aseverarlo, pero era Ercilla o Zigzag el nombre del editor. La Biblioteca era la casa del espíritu número 2. A la número 1 la teníamos en un descanso de la escalera. Albergaba un «espíritu» de gran tamaño, 30 tomos en librero propio del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano -Montaner y Simón, Barcelona, y W.M. Jackson Inc., Nueva York. En la sala había autores universales, entre los que incluyo en especial a los escritores de Córdoba de distintas épocas, que editaban sus libros en imprentas o en librerías: Filloy, Omar Viñole, Manuel Rodeiro, Carlos Stutz, gente cercana a la Facultad de Letras como Adelmo Montenegro, Emilio Sosa López, Enrique Luis Revol, los hermanos Baldovin. Traductores del alemán impecables como Alfredo Terzaga o Vicente Álvarez, entre otros, que nos hicieron conocer a Hölderlin, Rilke y Trakl. Una editorial Assandri —que era también librería— figuraba en muchos lomos. Estoy hablando de fines de los años cincuenta, comienzo de los sesenta. Recuerdo a clásicos de toda especie, de España, Portugal, Italia, Argentina.

Había una Biblioteca Circulante Córdoba, donde me asocié antes de entrar a la universidad. Allí leí Sartre, Simone de Beauvoir, Julien Green, Gide, Thomas Mann, Pavese, Roger Vailland, Hemingway.

PREGUNTA 2: La librería de los sueños fue siempre Paideia. Lo fue por su dueño, Bernardo Nagelkop, que en aquellos años que me conciernen estaba en el Pasaje Central, entre Deán Funes y 9 de julio. Allí se alimentó, con su consejo y concurso, la vida intelectual de Córdoba. Tenía unos juicios estrictos sobre el libro que tenía que recomendar. Sabía lo que teníamos que leer los estudiantes de Letras; no sólo lo que pedían los profesores (Dilthey, Mircea Eliade, Croce, Edmund Wilson, Stefan Zweig, Busaniche, Payró, Luckács, Goldmann, Garaudy y hasta Plejanov!), sino esos textos secretos que solo oídos muy finos podían recibir (y nos esforzábamos para lograrlo). Y el editor de los sueños fue Alberto Burnichón, que hacía —daba la impresión de que a mano— unos



libros perfectos para encuadrar la mejor poesía. Bernardo murió hace dos años. Lo sucedió Rubén Goldberg, que sigue siendo un librero de los de antes. A Burnichón lo asesinaron los militares.

JORGE MONTELEONE

PREGUNTA 1: He vivido mi período de formación, esa *Bildungsroman* de la adolescencia y la juventud en la cual comenzamos a leer, en un suburbio del Gran Buenos Aires, que era un barrio de obreros y clase media baja en Ramos Mejía. Había una módica biblioteca donde estaban Poe y Verne (aunque, curiosamente, no Salgari), un inesperado **Filosoficula** de Lugones y las ediciones dudosas de clásicos de editorial Tor y de Sopena, confundidos con Axel Munthe o Maxence Van der Meersch, que mi viejo compraba en su juventud. Mi abuelo comunista, reverente de la educación, me regalaba libros a veces. Por supuesto, la lectura de historietas era voraz y sigo aficionado a ellas. Solo había una librería en Ramos Mejía, donde di con mis primeros hallazgos en los años del secundario: los libros populares del Centro Editor de América Latina de literatura universal, los libros de Borges y de Cortázar y los libros de poesía de editorial Losada. Por ejemplo, la edición de **Relatos** que hizo Sudamericana con los primeros cuatro libros, o **Rayuela**, o **El hacedor**, y Neruda, García Lorca, Jiménez, Alberti, Aleixandre. Y luego **La náusea** de Sartre y **El extranjero**, de Camus, que eran accesibles allí.

El único circuito de librerías estaba lejos de mi casa, y para hallarlas debía viajar «al centro». Mis recursos eran escasos y mis recorridos por la ciudad desconocida eran limitados. Por eso el gran campo de búsqueda eran las librerías de viejo en el camino que va de Callao hasta Corrientes y de allí hasta el Obelisco. Compraba mucho en las mesas de saldos de estas librerías abarrotadas. Fui autodidacta y nadie, ni libreros ni maestros, me indicaron qué leer, por eso la pesca fue ávida y desordenada. Por ejemplo, yo escuchaba a Spinetta y sabía por él que existían Rimbaud y Artaud. En una misma tarde conseguí en una librería de viejo un libro decisivo para mí: **Las iluminaciones**, en la traducción de Cintio Vitier, de tapa plateada, y **Una temporada en el infierno**, en una rara edición de Kraft; así como varios libritos de Artaud, uno de ellos con un texto de Pizarnik. El kiosco era una fuente inmediata, porque también obtenía mi caótica información de la lectura del suplemento cultural del diario **La Opinión** desde 1973, o de la revista **Crisis**, cuyo primer número compré en quinto año del secundario y que leía de punta a punta, sin perderme un número. Así supe que existían Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández, Juan L. Ortiz, Ricardo Molinari y también Ricardo Piglia, Abelardo Castillo, Juan José Saer, Luis Gusmán, los nuevos narradores de entonces. Y Roland Barthes, cuyo adelanto de **El placer del texto** casi no entendí pero me deslumbró por completo. Ya en la universidad de la dictadura, el autodidactismo continuó para conjurar lo que NO se enseñaba. No tuve mentores tampoco allí, ni afuera. Desde entonces busqué y leí todos los libros de Barthes, por ejemplo los de Siglo XXI y antes, las ediciones en francés que llegaban a la librería Hachette. En las mesas de saldos también aparecían apilados e ignorados las primeras ediciones de **El frasquito**, **El fjord**, **Sebregondi retrocede**, o libros de Antonio Di Benedetto como **Zama**. Y dos libros deslumbrantes: **La literatura y el mal** y **Las lágrimas de Eros**, de

Georges Bataille. Y el **Ulises**, y Kafka, y los libros de Proust en la edición de Rueda, traducidos por Marcelo Menasché. Y otros libros «nuevos», que solía comprar en la librería Hernández. Con el estudio del francés, algo irregular, iba a Galatea a comprar mis Rimbaud, Baudelaire y Verlaine. En la librería de la calle Florida que estaba en un subsuelo, en el actual CCEBA, compraba algunos libros españoles importados, sobre todo de poesía bilingüe, como algunas ediciones de Hiperión. Pasaron cosas raras: compré **Respiración artificial** en un kiosco de diarios de mi barrio, en la primera edición de Pomaire, o **Brillos**, de Luis Gusmán, en una mesa de saldos de Once. Estaban también las librerías de la facultad. Un día Jorge Fondebrider, que estaba en **La danza del ratón** y trabajaba en una de ellas, me hizo traer de una librería de Entre Ríos los tres tomos plateados de **En el aura del sauce**, de Juanele. Una fiesta móvil y todavía secreta en esos años.

Pero podría decir que el gran espacio en el que mi biblioteca se volvió ecléctica, numerosa y múltiple fue la feria de libros del Parque Rivadavia, que frecuenté durante años, y donde fui fugazmente empleado de un puesto de libros. Allí conocí a Horacio Tarcus y al que entonces firmaba como Gabriel Martín Vega, que iban a dirigir una revista cultural. Con ellos y algunos otros estudiantes de Filosofía y Letras y mis amigos «cultos» de Ramos Mejía, a los veintipico formamos una de las pocas y precarias revistas culturales que aparecieron bajo la dictadura: **Ulises**, que luego se unió con **Arte Nova**, que dirigía Enrique Záttara. Allí publiqué mis primeros textos, incluyendo un microrrelato sobre el «algo habrán hecho» en el número 1 de diciembre de 1978, llamado «Terneza de navidad». Era una revista de izquierda y los milicos la detectaron y recibimos amenazas. Creo que teníamos convicciones, mucho miedo, cierta inocencia un poco arrojada, pero sobre todo una enorme alegría de hacerlo y no queríamos largarlo. Publicamos el número siguiente firmado con seudónimos, como si eso hubiera sido una seguridad. Ésa fue mi primera experiencia intelectual, entrañable, unida al circuito de la busca de libros.

Podría afirmar que llegué a la cultura letrada a través de esos circuitos de distribución subalterna del suburbio y de la ciudad, como el kiosco de diarios y revistas, las librerías de viejo, las mesas de saldo y la feria de libros usados. Las otras librerías, visitadas cuando reunía unos pesos, eran menos accesibles y más lejanas.

PREGUNTA 2: Ya mencioné al Centro Editor de América Latina, del gran Boris Spivacow (que antes creó EUDEBA) y que tuvo numerosas y sucesivas colecciones que fueron fundamentales para mi formación. Especialmente las generadas en la década del ochenta, las series de la «Biblioteca Total», las de «Capítulo», las de «La Nueva Biblioteca», los libros y colecciones literarias al cuidado de Susana Zanetti, de Beatriz Sarlo, de Jorge Lafforgue, de Jaime Rest, entre otros. También ese espacio generado por Rest en las series de Ediciones Librerías Fausto, donde se publicaba desde novela gótica hasta Chejov, Scott Fitzgerald, Hesse, Calvino, Schwob o Henry James. Y su gran colección de poesía bilingüe, con traducciones argentinas: Mallarmé, Pavese, Michaux, Montale, las antologías de poesía norteamericana, inglesa, alemana, francesa. También tuve descubrimientos, vinculados a cierta lectura de las vanguardias surrealistas, en libros elegidos para la editorial de Rodolfo Alonso. En Corregidor leí libros decisivos, como esa míti-

ca edición de 1974, de tapa verde: los **Cuentos completos** de Onetti, con prólogo de Ruffinelli. Durante años leí mucha literatura española en las ediciones de Losada. Creo ser, junto a Carlos Battilana, el único lector que queda vivo en la Argentina de Azorín. Pero allí estaba también San Antonio Machado. Y toda la poesía de Lorca, de Jiménez, de Alberti, de Aleixandre. Y Sartre, y Camus. Me gustaban los libros de Tiempo Contemporáneo, todas sus colecciones, incluyendo los policiales de la «Serie negra», y de entre ellos, ese tesoro inconcluso que nadie se anima a reeditar: **El idiota de la familia**, de Sartre. Y aun libros inesperados, como **Los cuadernos de Malte Laurids Brigge**, de Rilke. Los libros que editó la editorial Sudamericana en los años de Enrique Pezzoni, que también preservaba y distribuía la herencia de Sur. Son innumerables, y hasta publicó a Noé Jitrik y a Josefina Ludmer, además de Silvina Ocampo, de Manuel Puig, de Virginia Woolf, de Vladimir Nabokov. Había libros poderosos, como **Doktor Faustus**, de Thomas Mann. Y entre los libros de Sur, uno, luminoso: **Ensayos escogidos**, de Walter Benjamin, en la traducción de Héctor A. Murena. Me gustaba la primitiva tipografía de los libros de Emecé, donde leí todo Borges y a Bioy. La biblioteca ideal de Borges, el sistema de referencias de sus textos y a veces de sus restricciones, funcionó por un tiempo como una especie de súper-yo. O, como decía Masotta, creía que «cierto borgismo siempre será pertinente». Me llevaba a otros libros, pero no me impidieron la lectura de la literatura francesa que, como observó Saer, menoscababa: Baudelaire y Proust, por ejemplo. Y mencioné a Santiago Rueda, donde estaba completo **En busca del tiempo perdido**, en tomos enormes que atesoró. Y Faulkner, y Joyce, y Hemingway. La lectura de la poesía de Borges me abrió el camino a los modernistas y a la gauche. La de la revista **Xul**, a la de Oliverio Girondo. En el Fondo de Cultura Económica seguí la poesía latinoamericana moderna, leí largamente a Alfonso Reyes y tuve otro descubrimiento iluminador: los libros de Gaston Bachelard, que fueron la base inicial de mi trabajo teórico de años sobre el imaginario poético. Los libros de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano publicados en Hachette fueron fundamentales para mi formación en la crítica literaria.

He asistido, por fortuna, al final de la rica época de las editoriales nacionales que la dictadura y el neoliberalismo contribuyeron a atomizar o destruir. Tengo cientos de esas ediciones, un pequeño canon occidental en mi domicilio. Creo que el gran heredero de esa tradición editorial en nuestros días, con su vasta trayectoria para crear los catálogos de El Ateneo, Adriana Hidalgo Editora, Interzona y la actual El cuenco de plata, es uno de los mejores editores, no solo de Argentina, sino de Latinoamérica: Edgardo Russo.

BEATRIZ SARLO

PREGUNTA 1: La primera librería a la que fui, a los 12 o 13 años, sin supervisión, estaba sobre la calle Cabildo, más o menos a la altura de Mendoza u Olazábal. Tenía toda una pared con la colección Austral, cuyos índices yo examinaba en mi casa y de los que elegía, mal, por palpito, qué número iba a pedir; también recuerdo la biblioteca pública de Belgrano, a cincuenta metros de Cabildo. La librería y la biblioteca funcionaron, durante un tiempito, en tándem. Después, a los 15 años, me animé a llegarme hasta Hachette para comprar la edición Garnier de **Le rouge et le noir**; gasté toda la plata que llevaba en un volumen encuadernado en

pasta de **Les fleurs du mal**. La librería me pareció inmensa, hostil; nadie me ayudó; los vendedores eran descuidados y antipáticos. A los 17 años, ya en la Facultad, fui a la Librería Pardo, sobre Maipú. Allí, con una generosidad imprevista, me ofrecieron (como a todos los estudiantes de la calle Viamonte) una «cuenta corriente». Me atendía siempre un librero cabezón y renco, con ancha frente «de poeta», que conocía toda la bibliografía usada en la facultad y bastante más. Casi no conservo ni media docena de libros de los que compré: literatura española, Menéndez Pidal, qué sé yo. Frente a la Facultad, sobre Viamonte, estaba Verbum. Su dueño se llamaba Vázquez y había colgado en una de las columnas de la librería retratos autografiados de escritores argentinos. La erudición de Vázquez, el hecho de que yo supiera que conocía a muchos escritores, era demasiado para mi timidez y mi incultura. Las librerías más importantes de mis años sesenta son Fausto (donde estaba Germán García, de quien era amiga) y, sobre todo, Jorge Álvarez, adonde iba todas las tardes hasta que se cerró, creo que por quiebra, y donde veía de lejos a gente que admiraba como Jauretche o García Lupo. Yo corregía galeras para la editorial de Álvarez y nadie, excepto el pelado López (bibliotecario a la mañana en el Nacional Buenos Aires) y Claudio Armengol, amigo que había vendido libros en el CEFyL [Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras], se dignaba mirarme. Pirí Lugones, una reina allí, pensaba que gente como yo era demasiado poco para la jerarquía del lugar. De todos modos, Carlos Pérez (desaparecido en 1976), encargado de producción en Jorge Álvarez, lindo, elegante, melancólico y bondadoso, me sacó de allí para que lo ayudara en una editorial nueva que fundó en 1967. A comienzos de los setenta, iba mucho a Martín Fierro, donde era vendedor el Flaco Gusmán, que acababa de publicar o anunciaba la inminencia de **El frasquito**. A Fausto también volvía casi todas las tardes, para insistir sobre José Luis Rettet para que pusiera algún aviso en la revista **Los Libros**. Al lado de la oficina de esa revista estaba Galerna. Manuel Gestal (que se exilió en México y hoy vive en España) trabajaba allí con Claudio Armengol y Polo Rodríguez Pujol. Me prestaban el teléfono y los libros que yo eligiera. Cuando el ejército allanó la oficina de **Los Libros**, Manuel se quedó tres días vigilando la calle para impedir que yo me acercara, avisarme y salvarme por si todavía estaban esperándome. Supongo que debo nombrar a Manuel el librero más importante de mi vida.

PREGUNTA 2: Lo primero: una colección de libros que estaba en el colegio y leí durante la primaria: «Reading and Thinking»; eran muchos y de niveles diferentes, tapa dura, ilustrados con imágenes que hoy diría prerrafaelistas. En ellos encontré el primer poema que me impactó, de Walter de La Mare, pero no recuerdo el tema ni porqué me impresionó tanto. Luego, uno de Byron: «When we two parted in silence and tears...» Ya mencioné la «Colección Austral». Tan importante fue, poco después, la «Biblioteca Contemporánea» de Losada y los pequeños tomitos de clásicos franceses de la colección Hachette que compraba en el Palacio del Libro. Luego, desde que se fundó, EUDEBA. Pero el punto de giro, lo que decidió mi vida, fue haber trabajado no sólo en esa editorial sino en el Centro Editor. Conocí a la gente que me ayudó a saber qué tenía que leer, qué pintura tenía que mirar, gente con la que discutí durante años, que me humilló por mi ignoran-



cia o me dio una palmadita en el hombro. Fue mi familia intelectual y afectiva; Boris Spivacow me permitió sobrevivir durante los años de la dictadura. Hacer colecciones en el Centro Editor era, como práctica, un verdadero plan de lectura.

MARISTELLA SVAMPA

Pregunta 1: Una librería ayudó a mi formación; se trata de Quimhué libros, situada en Gral. Roca, Río Negro, donde compraba tanto los libros de literatura como de ensayos durante mi adolescencia, e igualmente cuando era estudiante de filosofía en Córdoba y cada tanto viajaba al sur a visitar a mi familia. En esa librería conocí profesores universitarios, pues era (y sigue siendo) un lugar de reunión o de cruce entre intelectuales del lugar. También solía visitar a menudo la librería Siringa, de la ciudad de Neuquén, que cerró sus puertas hace unos diez años. Era más completa que la de Gral. Roca, pero era atendida de manera muy negligente. En Córdoba no hallé una contrapartida, los libros eran muy caros y solo visitaba las librerías de usados, que eran más bien escasas. Hasta el día de hoy, la dueña actual de la librería de Gral. Roca (antes la librería era atendida por la madre) es una de mis mejores amigas.

PREGUNTA 2: Sobre editoriales. Los libros de Losada, que eran baratos y ofrecían excelentes autores tanto en literatura como en filosofía, acompañaron parte de mi formación. No creo que haya influido más que eso.

HÉCTOR TIZÓN

Pregunta 1: La librería de Héctor Yánover en la calle Las Heras. Héctor fue el único gran librero de Buenos Aires. Allí descubrí casi al mismo tiempo que él a Thomas Wolfe, autor de **El tiempo y el río** en traducción inmejorable de una argentina que luego en España lograron afeár.

También en esa librería conocí a los que luego serían nuestros amigos de por vida como Horacio Salas y Oski.

PREGUNTA 2: He pasado gran parte de mi vida adulta fuera del país, pero conservo un entrañable recuerdo de don Gonzalo Losada, representante de la mejor España, amigo y protector de José María Arguedas, Rafael Alberti y Seoane, entre otros.

HUGO VEZZETTI

PREGUNTA 1: No es fácil establecer un comienzo para una «formación». Si tengo que referirme a la pasión por la lectura, como una parte básica del aprendizaje intelectual, debo comenzar por una librería de mi infancia (en realidad, un gran quiosco con mesa de libros para vender y canjear que estaba en Jujuy y la Av. Caseros) de donde obtenía casi exclusivamente novelas de vaqueros (a veces, confieso, sin pagarlos). Los libros en casa (no muchos) venían de El Ateneo, pero era mi padre el que los encargaba y los traía a través de un conocido que trabajaba allí. Recuerdo, sobre todo, la colección de Monteiro Lobato sobre la banda de Perucho y Naricita (más de 20 libros) que nos disputábamos con mi hermano cuando llegaban.

Después, ya en el secundario (fines de los '50 y comienzos de los '60), empecé a recorrer las librerías de Corrientes, y allí se fue conformando una geografía perdurable de los libros y las libre-

rías. De esos primeros recorridos no recuerdo ninguna en particular, y tampoco hablaba con los libreros: recorrer librerías siempre fue una actividad solitaria para mí. Así armé mi primera biblioteca: no puedo reconstruir cómo fui formando mis gustos y preferencias, pero lo que recogía sobre todo era literatura (Sartre y Camus estuvieron entre las primeras lecturas de esa etapa, pero recuerdo un temprano descubrimiento de Faulkner) y ensayos e historia argentina.

Estudí en la Universidad del Salvador, en el edificio histórico de Callao y Tucumán y en algunos otros de la zona (Rodríguez Peña entre Corrientes y Sarmiento). La librería Resio, que estuvo durante muchos años en Callao entre Tucumán y Viamonte, me surtía de libros, y seguí recurriendo a ella hasta el fin de la dictadura por lo menos. Era atendida por una familia de libreros que habían dado nombre al lugar, los Resio. No tenía mucho en exhibición pero el depósito era inagotable. Yo trataba generalmente con dos hermanos que eran de la segunda generación de la familia, muy eficientes: lo que no tenían lo conseguían. Era un lugar para ir a buscar los libros que uno necesitaba, pero también para preguntar por un autor o una temática. De allí salió una primera biblioteca en psicoanálisis, filosofía y ciencias sociales (incluyendo Marx y otros autores de izquierda que los hermanos Resio, que atendían a un público básicamente católico, conseguían sin hacer comentarios).

Pero las librerías de Corrientes seguían siendo un territorio para la búsqueda y el descubrimiento. De esa época ya recuerdo la librería de los hermanos Del Valle, en la esquina de Rodríguez Peña y Corrientes. Más adelante se separaron o se pelearon y uno de ellos, al que seguí viendo hasta los '80, se puso a la vuelta, por Callao; primero en un local a la calle y luego en el 2º piso de un viejo edificio de departamentos, a pocos metros del anterior. Este Del Valle (no recuerdo el nombre) era un librero especializado en literatura e historia argentina, con ideas propias, nacionalistas si no me equivoco. Con él *había* que hablar porque no entregaba sus libros a cualquiera; tenía unas fichas que guardaba celosamente y donde estaba lo que consideraba importante: esos libros había que merecerlos. En esa librería y en alguna otra (Platero, en Talcahuano y Lavalle, y otra que estaba en Sarmiento entre Callao y Riobamba, de cuyo nombre no me acuerdo) completé mi biblioteca de clásicos argentinos.

Por supuesto, visitaba la librería Hernández y conocí a su dueño (incluso durante la dictadura se le podían pedir discretamente libros que no estaban a la vista), pero no puedo decir que mantuviera con él conversaciones sobre los libros. En general, las librerías no fueron, para el período de mi formación, espacios de sociabilidad intelectual. Eso obviamente cambió en la posdictadura, con la librería Gandhi, sobre todo, y Prometeo.

También estaba Martín Fierro, en Corrientes entre Libertad y Cerrito; allí trabajaba en los '70 Luis Gusmán. Yo no iba mucho, pero hablábamos (teníamos algún amigo en común) y podía pedirle alguna sugerencia. Recuerdo que en medio del «Rodrigazo» fui a gastarme en libros todo lo que había cobrado, como un modo de preservarme de la inflación: todavía los libros tenían el precio marcado en la 1ª página y ese precio se respetaba (después, con el aprendizaje inflacionario, los libreros aprendieron a incluir esos códigos indescifrables que les permiten ajustar los precios sin corregir en el libro).

Finalmente, en épocas en que era muy difícil conseguir libros en otros idiomas (sobre todo la dictadura, y después, hasta que se impuso la compra *on line*) usé mucho el servicio muy eficiente de la Oficina del libro Francés, en la calle Talcahuano. Docenas de libros, desde los seminarios de Lacan hasta las obras de Foucault, Bourdieu, Castel, los historiadores franceses, vinieron de ahí.

PREGUNTA 2: De la primera época (si dejo de lado la colección «Robin Hood» de mi infancia: Salgari, etc.), la editorial de la iniciación literaria (Dumas sobre todo, Verne...) era Sopena.

De la época de mis estudios universitarios, la editorial de referencia en psicoanálisis y en ciencias humanas era Paidós: compraba mucho la «Biblioteca del Hombre Contemporáneo»: consultaba el catálogo de obras que se incluía en cada libro y a menudo anotaba otros títulos para comprar. El Fondo de Cultura Económica era el sello para las ciencias sociales y las humanidades, sobre todo los «Breviarios».

Un poco después vinieron los libros de Amorrortu, Nueva Visión y Siglo XXI. Esta última era la más importante porque en ella encontraba tanto los textos de psicoanálisis (comenzando por la 1ª edición de los textos de Lacan) como las obras más representativas de las nuevas corrientes, sobre todo francesas. Pero también consultaba las ediciones españolas: Alianza, Taurus, Gedisa. En los '70, la Oficina del libro Francés me permitía acceder a los catálogos de Seuil, Gallimard, Vrin y otras.

Pero creo que fueron los autores, más que las editoriales, los que fueron dando forma a una trayectoria intelectual y a experiencias de lectura que se han plasmado en mis primeros trabajos, ya en los '80.



TENDENCIAS

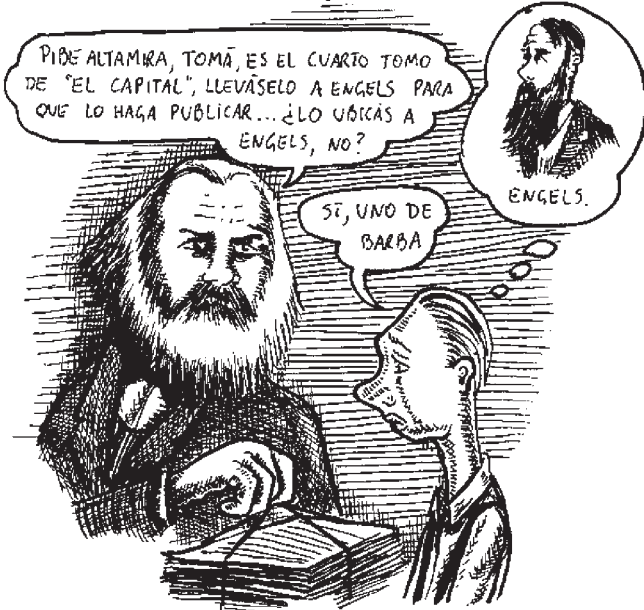


La columna del profesor Lombroso

hoy

¿POR QUÉ DEJÓ DE USARSE LA BARBA DECIMONÓNICA?

EL PIBE ALTAMIRA, CADETÉ DE LA REVOLUCIÓN



AL FINAL, FRANZ FANON TENÍA RAZÓN "LOS EUROPEOS SON TODOS IGUALES"

Romain Rolland y Stefan Zweig: la conciencia trágica de la Europa de entreguerras

Políticas de la Memoria se complace en presentar a continuación la primera entrega de una sección que desde ahora ocupará un lugar fijo en sus páginas, dedicada a artículos y ensayos sobre historia intelectual europea. No es que esa cantera haya estado con anterioridad ausente en la revista. Tampoco, que lo haya estado en otros varios emprendimientos de miembros del Colectivo Editor. En particular, en publicaciones anteriores como **Praxis**, **El Cielo por Asalto** y **El Rodaballo**, Horacio Tarcus ha persistido en iniciativas que han procurado poner al alcance del público lector argentino materiales que hacen a la multidiversa historia de las ideas y los intelectuales del viejo continente. Lo que sencillamente buscamos aquí, al colocarle nombre propio a ese empeño, es, de un lado, darle mayor visibilidad; y, de otro, colaborar mínimamente en el desarrollo del campo consagrado en nuestro medio a la historia intelectual europea, e incentivar a los investigadores a adentrarse en él y ofrecer sus contribuciones.

Se trata de una empresa que no necesita mayor justificación, desde que la cultura argentina y latinoamericana se ha nutrido secularmente de los desarrollos intelectuales europeos, en procesos de recepción, adaptación y recreación de ideas que han tenido allí su foco de origen. Y sin embargo, entre nosotros son muy reducidos los espacios dedicados a escudriñar desde ese punto de vista la historia de Europa. Precisamente, esta sección quiere además, desde su propio nombre, homenajear los ingentes y sostenidos esfuerzos del más refinado cultor argentino de la historia intelectual europea. Con escasos recursos y limitado apoyo institucional, José Sazbón desarrolló quijotesca durante décadas una insigne labor en docencia e investigación dentro de ese campo, produciendo desde esta esquina marginal del espacio mundial de las humanidades una serie de ensayos que no tiene nada que envidiarle a las producciones de los más renombrados exponentes del área en los principales centros académicos. Su propia biblioteca, que contiene piezas de singular valor –y que puede ser provechosamente consultada en el CeDInCI, tras la generosa donación que hiciera de ella su familia luego de su fallecimiento–, es un rico muestrario de la impenitente curiosidad que Sazbón supo exhibir en la materia.



En esta oportunidad, integran la sección artículos dedicados a facetas y momentos de los itinerarios de dos de los más importantes intelectuales y escritores europeos del período de entreguerras: Romain Rolland (1866-1944) y Stefan Zweig (1881-1942). Dos figuras que, además, legaron preciosos testimonios, en sus escritos y en su praxis intelectual, de la crisis civilizatoria mayúscula que supusieron en el siglo XX las guerras mundiales y el advenimiento de los fascismos. Ambas figuras, también, supieron ser muy populares en Argentina y América Latina. Pero han sido escasos entre nosotros los esfuerzos por adentrarse en sus singulares trayectos vitales. En esta entrega ofrecemos, en primer lugar, un capítulo de una de las más completas biografías intelectuales de Rolland, a cargo de David James Fisher (**Romain Rolland and the politics of intellectual engagement**, Berkeley, University of California Press, 1988). Admirado por su inquebrantable labor antibélica en tiempos en los que la euforia guerrera y nacionalista había embargado a las mentes más lúcidas de Europa, Rolland fue objeto de numerosas biografías y textos sobre su persona (entre las que se cuenta una hecha por el propio Zweig). En ese contexto, la de Fisher se destaca por su trabajo erudito en una gran cantidad de fuentes y documentos. Ofrecemos aquí el capítulo que intersecta a Rolland a la salida de la Primera Guerra Mundial, cuando ensaya iniciativas tendientes a la agrupación internacional de intelectuales con el fin de evitar nuevas conflagraciones. Seguidamente, ofrecemos un ensayo del brasileño Afrânio Garcia sobre el último período de vida de Stefan Zweig: el que lo encuentra a un tiempo, paradójicamente, celebrando las potencialidad del Brasil, tierra de acogida en el exilio, y enfrascado en un clima interior de creciente pesadumbre por el avance nazi sobre el mundo (clima desde el que escribirá su maravillosa autobiografía **El Mundo de Ayer**), en una pendiente que lo precipitará al suicidio en 1942.

David James Fisher ejerce actualmente como psicoanalista, disciplina desde la que ha reorientado sus intereses iniciales en historia intelectual. Es autor de **Cultural Theory and Psychoanalytic Tradition** y de un libro consagrado a Bruno Bettelheim, uno de los más célebres psicoanalistas norteamericanos del siglo XX (**Bettelheim: Living and Dying**). Afrânio Garcia es profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París y se especializa en sociología de la circulación internacional de las ideas.

La Internacional de los Intelectuales

David James Fisher

En una palabra —que debe ser nuestra palabra de honor— somos *buenos europeos*, los herederos de Europa, los ricos y colmados, pero también sobreabundantemente obligados herederos de milenios del espíritu europeo.

Friedrich Nietzsche, **La Gaya Ciencia**

El dilema de Romain Rolland en la inmediata posguerra residía en descubrir un medio de lucha contra futuras guerras que mantuviera intacta su concepción decimonónica de la responsabilidad del intelectual. Su compromiso durante la Gran Guerra lo salvó de verse devorado por las ideologías o movimientos de masas de la posguerra. Desde 1919, y luego ya en los años 1920, procuró rescatar un rol útil para el compromiso del escritor europeo.

Como Freud, Rolland emergió de la Primera Guerra Mundial con un sentido de la muerte trágico y alterado.¹ Su experiencia como escritor antibelicista reforzó su rechazo al cinismo, la violencia y la *realpolitik* que veía en la situación de posguerra. Y para prevenir nuevas guerras, urgió a los europeos a trabajar activamente por la paz. Esa tarea gustaba colocarla bajo la admonición de Spinoza: «la Paz no es mera ausencia de guerra, sino que es una virtud que surge de la fuerza de carácter».² Así, Rolland buscó restaurar un sentido de compañerismo, comprensión mutua, tolerancia y autenticidad a la elite intelectual de Europa y del mundo. Y dirigió su acción a los *literati* y a los jóvenes del frente cultural.

La noción de una Internacional de la Mente surgió originalmente como un antídoto contra todas aquellas dimensiones retrógradas adjudicadas a la guerra: el nacionalismo, el militarismo, el clima de consenso acrítico, el delirio de masas y el frenesí destructivo.³ Con la prolongación de las hostilidades, Romain Rolland temió que el tejido fundamental e incluso la existencia misma de

la cultura europea estuvieran en peligro. Impulsado por ese temor, a comienzos de 1919 comenzó a actuar en función de su sueño de una internacional de los intelectuales. Esa tarea la empezó sin tener un sentido práctico o administrativo, y sin gozar de los recursos económicos y humanos existentes en otras instituciones. Así, la iniciativa fue en rigor un emprendimiento personal, caro y absorbente en términos de tiempo, dinero y energía.

La internacional de los intelectuales debía ser una asociación voluntaria de artistas, científicos y pensadores, organizados en torno a principios universales, supranacionales, progresistas y humanistas. En la visión de Rolland, la *intelligentsia* así reunida debía ser independiente de instituciones nacionales o académicas, la Sociedad de las Naciones, la Internacional Socialista, o la Internacional Comunista creada en marzo de 1919. En su perspectiva, en situaciones de crisis el pensamiento libre podía ofrecer puntos de vista inconformistas y disidentes.

Rolland propuso que la internacional de los intelectuales auspiciara congresos regulares y conferencias capaces de estimular el diálogo entre letrados. Esos eventos, junto a una universidad internacional, crearían redes de organizaciones educativas y de estudiantes. Todo ello estaría ligado a una casa editorial y a la publicación de un diario, un boletín, y una revista multilingüe que combinara literatura, biografías, ciencia y saberes eruditos. Los europeos ampliarían su conocimiento de otras culturas a través de excelentes traducciones de clásicos no europeos y a través de la proliferación de biografías populares de figuras culturales seminales.⁴ El proyecto de Rolland apuntaba directamente al nacionalismo y al etnocentrismo promovidos por la ignorancia, los caracteres nacionales estereotipados y la xenofobia. La guerra había exacerbado esas formas primitivas de pensamiento. Tanto

¹ Sigmund Freud, «Thoughts for the Times on War and Death» [1915], en **The Complete Psychological Works of Sigmund Freud**, Standard Ed., traducción de James Strachey, vol. 14, pp. 274-302.

² Baruch de Spinoza, **A Political Treatise**, en **The Chief Works of Benedict de Spinoza**, traducción de R. H. M. Elwes, Londres, 1883, p. 314.

³ Romain Rolland, «Pour l'Internationale de l'esprit» [1918], luego en **L'Esprit libre**, Ginebra, 1971, pp. 322-331; para otras perspectivas sobre la postura pacifista de Rolland, véase David James Fisher, «Pacifism and the Intellectual: The Case of Romain Rolland», en **Peace and Change**, 7, no. 1-2, invierno de 1981; René Cheval, **Romain Rolland, l'Allemagne et la guerre**, París, 1963, pp. 681-699; William T. Starr, **Romain Rolland and a World at War**, Evanston, Illinois, 1956, pp. 162-169, 173-174 y 207-208.

⁴ Cartas de Romain Rolland a Maxim Gorki, 18 de marzo de 1917 y 27 de marzo de 1919, Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; **Journal des années de guerre**, París, 1952, p. 1052; Jean Perus, **Romain Rolland et Maxim Gorki**, París, 1952, pp. 45-52.



la casa editorial como la universidad internacional, según creía, podrían desarrollar mejor sus metas en Rusia, Asia o América – en cualquier sitio antes que en París.⁵ El escritor francés veía asociada la internacional de intelectuales a la diseminación del esperanto, la lengua internacional por la que abogaba.⁶ Además, tenía en mente empresas colectivas monumentales, como una Enciclopedia del Siglo Veinte.⁷

Si la idea de Romain Rolland de preservar y reinventar la cultura elevada era elitista, ese elitismo se veía atenuado por su propuesta de que los escritores debían mediar entre la cultura alta y la popular. Los productos culturales debían ser inmediatamente accesibles a las masas y no restringidos a grupos particulares. La internacional de los intelectuales tenía que ser apolítica en su organización e ideología. No debía estar vinculada ni a partidos políticos, grupos, programas o estrategias electorales, ni a movimientos de masas o visiones politizadas del mundo. Rolland insistía en que la organización debía ser plural y hasta ecléctica, en su horizonte general de búsqueda de una nueva política de la verdad, la paz mundial y el diálogo intercultural. Su internacionalismo era congruente con un individualismo intransigente y una forma sentimental de socialismo. Para Rolland, el rol de los intelectuales consistía en sintetizar y unificar, en construir puentes entre los pueblos.⁸

Romain Rolland reaccionó de modo ambivalente frente a la Revolución Rusa. Ella lo condujo a reflexionar sobre el fenómeno de la revolución social moderna y a reevaluar sus prioridades culturales más asentadas. Él fue uno de los primeros escritores occidentales que se mostró receptivo en referencia a los desarrollos en la Unión Soviética, pero cierta incomodidad presidió su trayectoria como compañero de ruta intelectual. Durante el período de entreguerras, no sin desgarras reconsideró su postura pro-soviética.

La enigmática posición de Romain Rolland sobre la Revolución Bolchevique surgía de fuentes fragmentarias y a veces contradictorias. Las noticias arribaban siempre filtradas por los puntos de vista de los *reporters*. Mucha de la información le había llegado a través de informes escritos y de la discusión con intelectuales rusos que habían pasado la guerra en Suiza. Los más importantes de ellos eran Anatolí Lunacharsky, que se convertiría en el ministro de educación; Nicholas Rubakin, un filólogo e intelectual de gran erudición, simpatizante de Kerensky; y Paul Birukof, un

tolstoiano.⁹ De las discrepancias respecto a la revolución de estos intelectuales derivaban algunas de las perplejidades y confusiones de Rolland. Además, estuvo en estrecho contacto con Henri Guilbeaux, editor de la revista **Demain** e intermediario entre la izquierda europea de Zimmerwald –opuesta a la guerra– y los bolcheviques.¹⁰ Muchos de los primeros visitantes a la URSS (Alfred Rosmer, Jacques Mesnil, Victor Henry) se entrevistaron con Rolland en Suiza y compartieron con él sus impresiones desde los primeros días de la revolución.¹¹

Ni partidario entusiasta ni oponente inflexible, Rolland en cambio asumió el rol de simpatizante de la Revolución Rusa sin por ello declinar su espíritu crítico. Sin enrolarse en el Partido Comunista o en sus organizaciones internacionales, sostuvo una posición de solidaridad internacional con los sucesos rusos y celebró algunos de sus logros. Su postura era la de alguien que podía mostrar empatía con la Revolución Rusa sin ser un bolchevique y sin abandonar una perspectiva crítica. Y en toda su carrera como intelectual comprometido, sus escritos sobre la Unión Soviética mantuvieron un estilo personal e impresionista.

Rolland hizo hincapié en aquello que resultaba universal y liberador del proceso ruso. En sus optimistas reportes dirigidos fundamentalmente a una audiencia francesa y europea, tempranamente pronosticó que la Revolución Rusa podía desafiar los *impasses* de la política en Occidente así como sus obsoletas estructuras sociales. La revolución podía convertirse en una vía alternativa a la decadencia. Podía asimismo liberar a los seres humanos de la idea fútil de que la historia no podía ser entendida ni hecha. Pero, de otro lado, le señaló a los bolcheviques la necesidad de evitar las distorsiones, el aislamiento y la arrogancia de sus predecesores franceses del siglo XVIII. Específicamente, aconsejó a los revolucionarios rusos y a sus seguidores europeos no incurrir en la violencia gratuita y el faccionalismo interno. La misión soviética trascendía las fronteras rusas: debía ser la de traer la paz mundial, la libertad, la fraternidad, y con ellas una acrecentada conciencia acerca de las posibilidades históricas de liberación. «Dejen que su Revolución sea aquella de la humanidad grande, saludable y fraternal, evitando los excesos en los que hemos caído».¹²

Escribir historia contemporánea era un riesgo asumido; aconsejar a los revolucionarios acerca de la revolución no lo era menos. Su defensa crítica del proceso ruso lo dejó a merced de ataques de comunistas, de centristas y de la derecha. En los escritos de Rolland había además una preocupación por la cuestión de la

⁵ Carta de Romain Rolland a Rabindranath Tagore, 26 de agosto de 1919, en **Rabindranath Tagore et Romain Rolland. Lettres et autres écrits**, París, 1961, pp. 27-28; **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1272-1273; carta de Rolland a Paul Vaillant-Coutourier, 30 de marzo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1777.

⁶ Romain Rolland, «Romain Rolland et l'Espéranto», **La Vie ouvrière**, 6 de agosto de 1919; Romain Rolland, «L'Opinion de Romain Rolland sur l'Espéranto», **La Vie ouvrière**, 23 de abril de 1920.

⁷ Carta de Romain Rolland a Upton Sinclair, 22 de agosto de 1919, Archivo Upton Sinclair, Lilly Library, Indiana University, Estados Unidos.

⁸ Romain Rolland, «Pour bâtir la cité libre de l'esprit», 1 de noviembre de 1918, luego en **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1637.

⁹ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 242, 699 y 1113.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 1129-1131, 558, 644-45; acerca de la actitud de Henri Guilbeaux hacia Romain Rolland, véase su «L'Age nouveau et les intellectuels», **Demain**, agosto-septiembre de 1918, p. 198; sobre Guilbeaux, véase Alfred Senn, **The Russian Revolution in Switzerland** (Madison, Wisconsin, 1971), pp. 37, 141, 162, 174, 180, 213 y 227-228.

¹¹ Romain Rolland, «Journal inédit (1919-1920)», **Europe**, noviembre-diciembre de 1965, pp. 201-204 y 207; y **Journal intime**, carnet 32, mayo-julio de 1920, pp. 28-56-57, 74, 183 (en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale).

¹² Romain Rolland, «A la Russie libre et libératrice» [1 de mayo de 1917], en **L'Esprit libre**, Ginebra, 1971 (publicado primeramente en **Demain**, 1 de mayo de 1917, y luego reimpresso en **Le Populaire**, 22 de julio de 1919).

recepción de la Revolución Soviética, por precisar el espíritu adecuado con el que debían leerse las informaciones que arribaban relativas a su desarrollo. Así, exhortó a su audiencia a ver los sucesos sociales rusos con una actitud abierta y no partidaria, y a dejar de lado las nociones denigratorias que circulaban acerca de los comunistas insurrectos. Rolland desconfiaba de las interpretaciones demagógicas, emocionales y mal informadas de los hechos rusos, así como de aquellas provenientes de la derecha europea y los círculos de clase media, incluida la prensa, que fomentaban la histeria anticomunista. Al mismo tiempo, insistía en hacer distinciones entre los varios grupos y partidos de la izquierda.¹³ A lo largo de los años de entreguerras, nunca asumió una posición unívocamente antisoviética aunque buscó diferenciarse cuidadosamente de aquellos que, difamando sin matices a la Unión Soviética, servían invariablemente a intereses reaccionarios.

Rolland cayó en la cuenta de que la Unión Soviética estaba rodeada de enemigos hostiles y necesitaba defensores de prestigio, individuos de conciencia, que fueran claramente no bolcheviques. En octubre de 1919, auspició una obra dramática de propaganda humanitaria titulada «For Our Russian Brothers: Against the Starvation Blockade». Rolland vinculó la mentalidad belicista proveniente de la guerra a la política contrarrevolucionaria, y denunció enconadamente la invasión aliada al territorio ruso. La cruzada de las democracias burguesas de América y Europa contra los soviéticos era un «crimen horroroso». Sobre todo, esa invasión revelaba los intereses de clase de los opositores a la revolución. La Revolución Rusa pertenecía al tipo de «grandiosas y caóticas aventuras de renovación del viejo y corrompido orden».¹⁴ Él la representaba como un símbolo de las potencialidades humanas, una expresión de las inextinguibles posibilidades de liberación.

Frente a la postura de los críticos que equiparaban a la Unión Soviética a un anarquismo sangriento, Rolland replicaba que era prematuro discutir los resultados de un experimento social recién iniciado. Ningún europeo podría desestimar la Revolución Rusa por su carácter destructivo en vistas del funesto *record* que en esa materia había mostrado Europa en cuatro años y medio de guerra total: de veinte a treinta millones de personas asesinadas o mutiladas, colapso económico, tierra e industria devastadas. En cambio, la Revolución Rusa había surgido de la debacle de la guerra, postulándose como un correctivo del imperio y del militarismo, y prometiendo una era de vasto planeamiento agrícola e industrial. «El bolchevismo no es desorganizado; ha intentado organizar el caos y el desorden; ha intentado proveer nuevas fórmulas sociales en medio de la ruina material y moral de Europa».¹⁵

A pesar de lo mucho que Rolland alabó a la Revolución Rusa, declinó aceptar la exportación mecánica a Occidente del liderazgo bolchevique, así como su disciplina partidaria, su agitación política o sus análisis sociales. Respecto a los líderes bolcheviques y la ideología marxista-leninista mantuvo una actitud ambivalente, aunque en general negativa. Los revolucionarios rusos diferían de los socialistas humanistas y democráticos que admiraba. Rolland juzgaba a Lenin y a Trotsky como líderes honestos, tenaces y fieles, y nunca dudó que fueran personas de altos principios. Ambos estaban motivados por ideales de un orden social justo. Ambos tenían ideas bien articuladas en torno al internacionalismo, y habían vivido en el extranjero. Aun así, percibía en ambos una inusual vocación por las acciones y los discursos violentos. Eran portadores de un carácter fanático y despótico; actuaban fuera de la conveniencia política; y continuamente exhibían rasgos de autoritarismo personal e intransigencia doctrinaria. En la mirada de Rolland ni la conciencia ni la lucha de clases darían nacimiento a un mundo pacífico. Le resultaba preocupante que los bolcheviques quisieran «revolucionar el mundo», que recurrieran a la violencia para conseguir sus objetivos. Y sus impresiones iniciales del marxismo-leninismo fueron igualmente negativas. Para Rolland, el leninismo era una vulgarización del socialismo, una ideología amoral que sistemáticamente dejaba de lado los componentes espirituales y psicológicos del comportamiento humano. Sus leyes de hierro del desarrollo económico provenían de una visión estrecha de las relaciones productivas y de la economía política. Su visión de los procesos históricos le parecía determinista y reduccionista. El leninismo además justificaba cínicamente la dictadura de clase provisional para justificar nuevas formas de tiranía.¹⁶

Y, sobre todo, a Rolland le disgustaban las ideas bolcheviques de una dictadura de una minoría, la centralización, el secreto y la regimentación de la vida intelectual y artística. A su parecer, el leninismo lo politizaba todo en demasía, era dogmático, intolerante con perspectivas políticas opuestas, y ciego a la intuición y otros métodos críticos de análisis. Los leninistas, según había aprendido a través de su amistad con Gorky, sospechaban de los intelectuales, si es que no eran sencillamente antiintelectualistas. El partido de vanguardia no toleraba otros movimientos vanguardistas. Lenin, al querer transformar la guerra mundial en enfrentamiento revolucionario de clases, había despreciado todas las posturas antibélicas surgidas durante la contienda por ser ellas ingenuas, peligrosas, «bacterias» pequeñoburguesas.¹⁷ A pesar de sus logros revolucionarios, Rolland nunca justificaría la centralización bolchevique de la opinión, ni las reducciones de las libertades individuales y democráticas. Tampoco consintió límite alguno surgido desde arriba sobre opositores políticos, sindicatos, artistas o pensadores. Estos grupos tenían que manejar sus asuntos sin hostigamientos ni llamados a la disciplina partidaria.¹⁸

¹³ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1227-1228, 1366, 1426, 1537, 1547-1548 y 1577; carta de Rolland a Jean-Richard Bloch, 24 de octubre de 1918, en *Deux Hommes se rencontrent. Correspondance entre Jean-Richard Bloch et Romain Rolland (1910-1918)*, París, 1964, pp. 375-380; carta de Rolland a Monsieur B., *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1700.

¹⁴ Romain Rolland, «Pour nos frères de Russie. Contre le blocus affameur» [23 de octubre de 1919], *Quinze Ans de Combat*, París, 1935, pp. 31-32, publicado originalmente en *L'Humanité*, 26 de octubre de 1919.

¹⁵ Romain Rolland, artículo sin título, *La Vie ouvrière*, 22 de octubre de 1919.

¹⁶ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1700 915, 1010, 1131, 1139, 1167-1168, 1183, 1365 y 1784.

¹⁷ La visión del imperialismo de Lenin puede verse en su *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*; para su posición sobre el pacifismo, véase «Bourgeois Pacifism and Socialist Pacifism» [1917], en *Collected Works*, vol. 23, Moscú, 1964, pp. 177-194.

¹⁸ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1342, 1366, 1367, 1426-1427, 1537, 1547-48 y 1517.



La idea de una internacional de los intelectuales de Romain Rolland en 1919, en suma, se oponía diametralmente a la Internacional Comunista de Lenin. Aun así, el escritor francés valoró la grandeza del experimento soviético desde sus comienzos. Los bolcheviques mostraban poder organizacional, y estaban iniciando valiosos esfuerzos en materia económica, científica, educacional y cultural. Además, en su colosal proyecto de reconstrucción social debían enfrentarse con obstáculos internos y externos, que incluían la hostilidad hacia sus conquistas de los países burgueses del mundo.¹⁹

El fin de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución Rusa incentivaron tentativas revolucionarias en los países centroeuropeos. Y la represión a la que fueron sometidas causó un profundo impacto en Romain Rolland.²⁰ Un texto sobre la revuelta espartaquista sintetiza sus puntos de vista sobre esos abortados ensayos. «Enero sangriento en Berlín», tal su título, narra e interpreta los hechos de ese alzamiento desde el 5 al 11 de enero de 1919, y su culminación en el doble asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg el día 15 de ese mes. Una vez más Alemania mostraba su culto por la fuerza desnuda, la embriaguez de sus clases dirigentes, y el servilismo de su gente.²¹

Rolland defendió a los socialistas revolucionarios contra la salvaje represión. Escribía como un intelectual independiente interesado en la verdad histórica y contrariado por la monstruosidad de los asesinatos. Presentía que la supresión del levantamiento tendría consecuencias calamitosas no sólo para la causa de la revolución alemana, sino también para la de la paz mundial. Y se encargó de señalarlo enfáticamente en función de alentar a las corrientes de opinión progresistas francesas —sobre todo la de orientación socialista— acerca de los peligros políticos y morales de la situación.²²

Rolland veía a Liebknecht y Luxemburg como los exponentes por excelencia de un sincero socialismo democrático marxista y revolucionario. Eran pensadores de estatura, y sobre todo activistas que habían condenado la Gran Guerra y trabajado por la reconciliación franco-alemana, empezando por la promoción de contactos fraternales entre las clases obreras de ambos países. Advirtió el contraste entre la desinteresada calidad de su compromiso con los trabajadores y, al mismo tiempo, el aplastamiento implacable de su propio movimiento.²³

Esta sangrienta represión clarificaba la profundidad de la reacción conservadora y militarista en Alemania, caracterizada por la furia nacionalista, el revanchismo contra Francia, y la figura ficcional de la puñalada en la espalda. El establecimiento de la República de Weimar no había cambiado sustancialmente al pueblo alemán. Los capitalistas, junto a la prensa burguesa, enfrentaban el levantamiento espartaquista defendiendo sus intereses de clase. La revuelta espartaquista se transformó en una oportunidad para eliminar a los socialistas revolucionarios, retrasando «el progreso de la idea socialista».²⁴

Los socialdemócratas de derecha establecieron así un terrible precedente histórico, que buscaron legitimar en nombre de la democracia. La mayoría de los socialistas alemanes habían auspiciado la Unión Sagrada y permitido la guerra para domesticar y burocratizar la estructura del Partido Socialdemócrata (SPD). En 1919 los líderes del gobierno socialista no se comportaban en las crisis de modo diferente a los liberales o reaccionarios. Los socialistas alemanes no tenían escrúpulos en convocar a la armada imperial y a los Freikorps para aplastar por la fuerza a la revolución. Ni Scheidemann ni Ebert mostraron remordimiento por los hechos criminales: «Los fraticidas vencedores se regocijan sin vergüenza».²⁵

La clase obrera organizada, concluía Rolland, debería aprender del giro catastrófico de los eventos para unirse en torno a sus propios intereses. La revolución espontánea sólo facilitaba la represión policial. Más significativo, los movimientos de trabajadores tenían que estar en guardia contra las acciones traicioneras, divisivas y oportunistas de sus antiguos líderes. Los socialistas en el poder usarían los instrumentos de la violencia de estado contra la clase obrera organizada. «Era la primera vez que el Socialismo se encontraba del lado del poder y contra el proletariado».²⁶ Y predijo que no sería el último incidente de esa naturaleza.

Reaccionando contra el engaño y la decepción de socialistas por socialistas, Romain Rolland quiso mantener a distancia su internacional intelectual de la Internacional Socialista. Durante todo el período de entreguerras, mantuvo una escéptica e incluso desconfiada postura respecto de los políticos y partidos socialistas de Europa. Dentro del socialismo no defendía ni a los sectores de extrema izquierda, que creían que la revolución era inminente, ni a los del centro o la derecha reformista, legalista y pragmática. El socialismo de posguerra, incluido el francés, carecía de liderazgo, dirección ideológica, fe, y la capacidad de distinguirse a sí mismo del *establishment*.²⁷

La actitud de Rolland respecto a Woodrow Wilson varió de octubre de 1914 a la primavera de 1919. Primeramente, lo imaginó como un hombre moderado y desinteresado de buena voluntad. Lo cautivaba su lenguaje generoso e ilustrado. Pero las ilusiones de Rolland se vieron truncadas por la negativa de Wilson a intervenir en el fin de las hostilidades bélicas durante la guerra, y por

¹⁹ *Ibidem.*, pp. 1700, 1782 y 1784; carta de Rolland a Bloch, 24 de octubre de 1918, en **Deux Hommes se rencontrent. Correspondance entre Jean-Richard Bloch et Romain Rolland (1910-1918)**, *op. cit.*, pp. 375-380.

²⁰ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, pp. 152, 766, 802, 1205, 1343, 1524, 1661-1662; carta de Rolland a Jean Longuet, 22 de agosto de 1918, en **Un Beau Visage à tous sens. Choix de lettres de Romain Rolland (1886-1944)**, París, 196, pp. 158-159; carta de Rolland a Bloch, 24 de noviembre de 1918, en **Deux Hommes se rencontrent. Correspondance entre Jean-Richard Bloch et Romain Rolland (1910-1918)**, *op. cit.*, p. 380. Véase además Peter Nettl, **Rosa Luxemburg**, Oxford, 1969, pp. 486-489.

²¹ Romain Rolland, «Janvier sanglant à Berlin», en **Quinze Ans de Combat**, *op. cit.*, pp. 11-30, primero publicado en **L'Humanité**, 16 a 18 de febrero de 1919. Véase además Romain Rolland, «Sur un martyr», **L'Avenir international**, n° 13, enero de 1919, pp. 36-39; **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1704.

²² Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1704.

²³ Romain Rolland, «Janvier sanglant à Berlin», *op. cit.*, pp. 27-29.

²⁴ *Ibidem.*, pp. 11, 12 y 15.

²⁵ *Ibidem.*, p. 27.

²⁶ *Ibidem.*, p. 30.

²⁷ Romain Rolland, «Journal inédit (1919-1920)», *op. cit.*, pp. 181-182.

su incapacidad para imponerse como árbitro de una paz justa. Luego del armisticio, Wilson no frenó las ansias de revancha de los Aliados.²⁸ En el momento de la apertura de la Conferencia de Paz, el 18 de enero de 1919, Rolland creía que el presidente norteamericano era un fraude, y que el tratado en ciernes sentaría las bases de una futura guerra mundial.²⁹

Romain Rolland nunca aceptó la credibilidad de los ideólogos democráticos wilsonianos. El Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones representaron para él la apoteosis final del idealismo liberal, el colapso de las expectativas erigidas por la Ilustración y la Revolución Francesa. La traición de Wilson resultó especialmente dura porque abolló muchas de las grandes esperanzas de Rolland. Y se mantuvo crítico de los falsos profetas, desconfiando de los parlamentarios –incluyendo los radicales franceses, que abogaban por las banderas wilsonianas del internacionalismo legal y el humanitarismo democrático. Y así como su internacional de los intelectuales se concibió a distancia tanto de los Bolcheviques como del campo socialista, también rechazó cualquier lealtad oficial respecto del liberalismo de posguerra:

La abdicación moral del presidente Wilson, que ha abandonado sus propios principios sin tener la franqueza de admitirlo, señala la ruina de aquel idealismo de la gran burguesía que por un siglo y medio dio a la clase gobernante su prestigio y su fuerza, a pesar de sus muchos errores. Las consecuencias de este hecho son incalculables.³⁰

El grupo *Clarté* se inició en 1916-1917 a partir de cuatro jóvenes escritores y periodistas franceses: Henri Barbusse, Victor Cyril, Raymond Lefebvre y Paul Villant-Couturier. Barbusse y Lefebvre habían recibido inspiración de las posiciones antibélicas de Rolland, y simpatizaban con su postura de intelectual pacifista de izquierdas. Su concepción de *Clarté* coincidía con los principios de Rolland en favor de la independencia de los intelectuales y la regeneración de la vida cultural. Bajo su paraguas, *Clarté* buscó agrupar a veteranos de guerra, antimilitaristas, republicanos, radicales, protocomunistas, socialistas, pacifistas, académicos e incluso intelectuales nacionalistas.³¹

²⁸ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 66, 969, 1002, 1053-1054, 1368, 1431, 1537, 1654. Sobre las posiciones públicas de Rolland respecto a Wilson véase Romain Rolland, «Lettre ouverte au président Wilson» y «Une lettre de Romain Rolland à Jean Longuet», en *L'Esprit libre*, Ginebra, noviembre de 1918, pp. 332-333 y 334. Estas cartas fueron publicadas además en *Le Populaire*, París, 18 de noviembre y 4 de diciembre de 1918 respectivamente.

²⁹ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1661 y 1665; véase también las pp. 1696-1697, 1738, 1776, 1799, 1822, 1828-1829 y 1832.

³⁰ Romain Rolland, «Une lettre de Romain Rolland à Jean Longuet», cit.; véase además *Quinze Ans de Combat*, op. cit., p. 186; *Journal Intime*, carnet 30, julio-octubre de 1919 (en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale). Rolland rechazó escribir un artículo para *L'Art Libre* sobre Wilson en 1924, por creer en la profunda insinceridad del ex-presidente y en los «fallos en su verdad interna»; véase la carta de Rolland a Paul Colin, 6 de febrero de 1924 (también en Archivo Romain Rolland).

³¹ Nicole Racine, «The *Clarté* Movement in France, 1919-1921», *Journal of Contemporary History*, 2, n° 2, abril de 1967; Annie Kriegel, «Naissance du mouvement *Clarté*», *Mouvement Social*, n° 42, enero-marzo de 1963.

En 1919, Rolland manifestó dudas profundas acerca de los reclutas del movimiento *Clarté*. Sus miembros carecían de autoridad literaria e intelectual, eran arribistas, y se parecían «al mundo de la moda de París en un ensayo general de teatro».³² Algunos periodistas y celebridades teatrales, como Colette y Edmond Rostand, podrían dar brillo y cierta «camaradería superficial» en tiempos de relativa calma, pero en una crisis no serían de fiar. El tono parisino del movimiento *Clarté* incomodaba a Rolland. Su parroquianismo sugería un compromiso evanescente con el internacionalismo y la paz. Muchos de los miembros de *Clarté* (J. H. Rosyn, Paul Fort, Anatole France) habían adoptado claramente posiciones chauvinistas. Muchos adherentes eran virulentamente antisoviéticos. Antes que la internacional de los intelectuales se tornara una reunión inútil de *litterati* franceses, Rolland sugirió una organización más democrática e internacional. Una asociación tal estaría mejor ubicada fuera de París, donde «el pensamiento y la acción extranjeros» podrían ser recibidos más abiertamente.³³

A juicio de Rolland, la estructura organizacional de *Clarté* estaba mal pensada, y era demasiado ecléctica y difusa. «Sobre todo, la actual situación requiere la constitución de un núcleo sólido, cerrado, resistente, de almas intransigentes que enarboles la nueva fe».³⁴ Rolland era partidario de un grupo más pequeño y más cuidadosamente seleccionado de pensadores, seriamente preparados para la oposición permanente a la guerra. Como apóstoles de la paz y el internacionalismo, serían inflexibles en cuestiones claves, personalmente honorables, y no estarían involucrados en consideraciones prácticas de carrera, reputación o afiliación política. La experiencia de la Gran Guerra había enseñado el valor del rechazo. El contexto de posguerra colocaba a los intelectuales ante abruptas opciones: «El prudente silencio, el amable ni sí ni no, debe ser interpretado como un No».³⁵

En 1919, Rolland le achacaba a *Clarté* equivocaciones respecto al curso de sucesos. Peor aún que su confusión ideológica le resultaba el cuidado que la organización ponía en no ofender a los miembros centristas y nacionalistas de su consejo asesor. Esto significaba que *Clarté* carecía de determinación para emerger como una voz de oposición.³⁶ En privado, Rolland temía que *Clarté* estuviera bajo el patronazgo moral de Anatole France. Él había condenado al célebre francés volteriano por sus exabruptos xenofóbicos durante la guerra, y por lo que juzgaba un calculado silencio a propósito del injusto tratado de paz.³⁷

Después de renunciar al comité de *Clarté* el 23 de junio de 1919, Rolland discrepó ácidamente con su engañosa estructura edito-

³² Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1824.

³³ *Ibidem*, pp. 1272, 1273 y 1777.

³⁴ Carta de Romain Rolland a Henri Barbusse, 23 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1831-1832.

³⁵ Carta de Romain Rolland a Henri Barbusse, 14 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1828.

³⁶ *Ibidem*, p. 1826; véase también las cartas de renuncia colectiva dirigidas al grupo *Clarté* por siete rollandistas: Charles Vildrac, Georges Chenevière, F. Crucey, Léon Werth, Albert Doyen, L. Bazalgette, Paul Signac (*ibidem*, p. 1830).

³⁷ *Ibidem*, pp. 1824-1825. Cartas de Romain Rolland a Marcel Martinet, 10 de julio de 1919, y a Edouard Dujardin, 10 de julio y 4 de septiembre de 1919. Todas en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale.

rial, consistente en dos comités paralelos: uno compuesto por renombradas figuras internacionales (Anatole France, Thomas Hardy, Upton Sinclair, Stefan Zweig), pero de escaso poder de decisión efectivo; y otro que, casi invisible, retenía el poder efectivo, y que estaba compuesto por el pequeño círculo parisino. Rolland creía que resultaba antidemocrático e irresponsable que se tomaran decisiones sin consultar al resto de la entidad.³⁸ Así, se vio cada vez más fastidiado por la torpe mediocridad burocrática de Victor Cyril, el menos talentoso de los fundadores de *Clarté*.³⁹

El rechazo de Rolland a permanecer dentro del grupo *Clarté* muestra la naturaleza purista y herética de sus ideales. Su anhelo de formar una internacional de los intelectuales no contó con diplomacia táctica y flexibilidad. Estaba tenazmente preparado para asumir el riesgo de ser «uno contra todos». *Clarté* no aceptaría los supuestos de Rolland ni su necesidad de decencia moral absoluta.

El individualismo intransigente de Romain Rolland, su deseo de completar sus proyectos intelectuales en curso (novelas, obras teatrales, biografías) y sus esfuerzos por reorientar la vida cultural europea, hicieron que su ruptura con *Clarté* fuera inevitable. Aun así su alejamiento no supuso rupturas totales. Continuó su amistad con Barbusse, Lefebvre y Vaillant-Couturier, esperando poder colaborar con ellos o unirse en futuros emprendimientos. A fines de 1919 y comienzos de 1920, se le presentó una oportunidad. Junto con Barbusse y el escritor francés Georges Duhamel, Romain Rolland intentó preparar el primero de una serie de Congresos Internacionales de Intelectuales. Pero ese encuentro nunca tuvo lugar.⁴⁰

Al mismo tiempo, Rolland le escribió a Edmund D. Morel, secretario de la Unión de Control Democrático, una organización inglesa pacifista e internacionalista, declarando que no estaba dispuesto a convertirse en un miembro activo de esa organización.⁴¹ Él podía ser, al mismo momento, comprometido y no alineado; sumarse a esa asociación sería una labor de tiempo completo, lo que lo distraería de su arte y su soledad meditabunda. Su trabajo por una internacional de los intelectuales siguió adelante sin la ayuda de asociaciones políticas o ideológicas tales como la Unión de Control Democrático, aun cuando acordaba con sus metas y estimaba a sus líderes:

También he llegado a la etapa de un internacionalismo integral, y creo en la necesidad para la evolución humana de una

transformación radical por el beneficio del mundo del Trabajo. Pero, esencialmente, me limito a mi propia tarea como un «trabajador de la mente». Esto es suficientemente considerable para demandar todas mis energías. Me gustaría incluir a los grandes intelectuales de diversas naciones que han conservado la independencia de su pensamiento, planteándoles los principios de una Internacional de la Mente, que luchará contra el desastroso trabajo de los intelectuales que han sido formados en regimientos útiles para los nacionalismos enemigos.⁴²

Romain Rolland abrió su carrera de posguerra con una proclama poderosa y de gran visibilidad sobre la autonomía intelectual y la libertad, la «Declaración de Independencia del Espíritu». Allí afirmaba inequívocamente la dignidad de la vocación intelectual. Fue publicada inicialmente en París en el periódico socialista *L'Humanité*, el 26 de junio de 1919, dos días antes de la firma del Tratado de Versailles; traducido luego a los principales idiomas, leído en los diarios y revistas de Francia, Suiza, Inglaterra, Italia, Alemania, Austria y Estados Unidos, su manifiesto, firmado por un selecto círculo de intelectuales del mundo, recibió tanto atención como algunos significativos reconocimientos que le otorgaron legitimidad.⁴³ La controversia disparada por la «Declaración»

⁴² Carta de Romain Rolland a Edmund D. Morel, 30 de marzo de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1778.

⁴³ Cartas de Rolland a Amédée Dunois, 6 de enero de 1919, 24 de junio de 1919, Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; Pierre-Jean Jouve, *Romain Rolland vivant*, París, 1920, pp. 217-219. La Declaración apareció por primera vez como «Fièvre déclaration d'intellectuels», *L'Humanité*, 26 de junio de 1919, p. 1; también fue publicada en *L'Art Libre*, junio de 1919; *La Feuille*, junio de 1919; *Rassegna Internazionale*, julio de 1919; *Forum*, agosto de 1919; *Demokratie*, 18 de julio de 1919; *Foreign Affairs*, agosto de 1919; *New York Times Current History Magazine*, octubre de 1919 y en *The Liberator*, diciembre de 1919. Fue reimpresso en Romain Rolland, *Les Précurseurs* (1919), en *L'Esprit Libre*, pp. 337-342 y en *Quinze Ans de Combat*, pp. 1-6. Sobre las resonancias contemporáneas, véase Paul Souday «Une Déclaration d'intellectuels», *Le Temps*, 27 de junio de 1919; Marcel Martinet «Les Intellectuels et la guerre», *La Vie Ouvrière*, 2 de julio de 1919; F. Vandérem, *Le miroir de lettres*, París, 1919, pp. 112-116. El siguiente es el detalle nacional de aquellos que firmaron la declaración: *Francia*: Alain, Raoul Alexandre, René Arcos, Henri Barbusse, Charles Badouin, Léon Bazalgette, Edouard Bernaert, Lucien Besnard, Jean-Richard Bloch, Louise Bodin, Samuel Buchet, Dr. E. Burnet, Alphonse de Chateaubriant, Georges Chennevière, François Crucy, Paul Desanges, Fernand Desprès, Albert Doyen, Georges Duhamel, Edouard Dujardin, Amédée Dunois, Gustave Dupin, Dr. Joseph Fiévez, Waldemar George, G. George-Bazile, Jean Guéhenno, Augustin Hamon, Pierre-Jean Jouve, C. A. Laisant, A. M. Labouré, Raymond Lefebvre, Marcel Martinet, Emile Masson, Alexandre Mercereay, Luc Mérica, Mathias Morhardt, Georges Matisse, Madeleine Matisse, A. Pierre, August Prenant, Gabriel Reuilland, Romain Rolland, Jules Romains, Nelly Roussel, Han Ryner, Dr. Schirardin, Edouard Schoen, P. Schultz, Edouard Schneider, Séverine, Paul Signac, Dr. Robert Sorel, Gaston Thiesson, Jules Uhry, Paul Vaillant-Couturier, Charles Vidrac, Dr. Wacker, Léon Werth. *Alemania*: G. van Arco, Albert Einstein, W. Foerster, Leonard Frank, H. von Gerlach, Ivan Goll, Wilhelm Herzong, Hermann Hesse, David Hilbert, Käthe Kollwitz, Max Lehmann, Heinrich Mann, A. Mmoissi, Paul Natorp, Georg F. Nicolai, Nithack-Stahn, H. Paasche, Hélène Stoecker, Fritz von Unruh, H. Wehberg, Franz Werfel. *Italia*: Enrico Bignami, Roberto Bracco, Benedetto Croce, Amaldo Lucci, Attilio Cimbro, Marie Cimbro-Bonnet, Confucio Cotti, Dino Muratore, Dr. Enrico Lenzi, Dr. Elsa Castagneri. *Bélgica*: Paul Colin, Georges Eekhound, J. F. Eslander, Frans Hellens, Geroges Khnopff, Frans Masereel, Mélot du Dy, Jacques Mesnil, Edmond Picard, Henry van de Velde. *Suiza*: Ernst Bloch, Dr. Robert Eder, August Forel, Charles Hofer, Proffesor Ragaz, H. Roorda van Eysinga. *Inglaterra*: Edward Carpenter, Lowes Dickinson, Roger Fry, Bertrand Russell, Israel Zangwill. *Suecia*: Verner von Heidenstam, Ellen Kay, Selma Lagerlöf, Carlo Lindhagen. *Cataluña*: M. López-Pico, Alfons Maseras, Eugenio D'Ors, Paul M. Turull, Emilio H. del Villar. *Holanda*: Dr. L. G. Brouwer, Dr. Frederick van Eeden, J. C. Kapteyn.

³⁸ Cartas de Romain Rolland a Henri Barbusse, 17 y 23 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1831-1832.

³⁹ Romain Rolland, «Journal inédit (1919-1920)», op. cit., p. 185.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 184-185, 187-188; Romain Rolland, Henri Barbusse, Georges Duhamel, «Appel pour le premier Congrès de l'Internationale intellectuelle», *L'Humanité*, 23 de enero de 1920; *Clarté*, 24 de enero de 1920. Véanse también las cartas de Rolland a Raymond Lefebvre, 31 de diciembre de 1919, 4 de enero de 1920, 15 de enero de 1920 y 19 de febrero de 1920, Archivo Romain Rolland, París, Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; Shaul Ginsburg, *Raymond Lefebvre et les origines du communisme français*, París, 1975, pp. 114-116, 119-122; Nicole Racine, op. cit., p. 203.

⁴¹ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1726-1727; sobre Morel, véase Sheldon Spear «E. D. Morel's U. D. C. International», *Peace and Change*, 7, n° 1-2, 1981, pp. 97-108.

ilustra que Rolland había tocado un nervio sensible en Europa. El discurso afirmaba el sentido de los «Derechos del Hombre» intelectual. Rolland enfatizaba el derecho y la obligación de los intelectuales a pensar, investigar, escribir, publicar y comunicar honestamente, sin las ataduras de la censura, del nacionalismo o de las correlaciones políticas. Tras cinco años de conflicto, convocaba a los intelectuales a enfrentar las relaciones morales miserables, el silencio, la aquiescencia y los disgustos para con ellos mismos. Los incitaba a dar cuenta de sus propios asuntos para poder tejer alianzas fraternales con las masas democráticas. La versión final del texto decía:

Declaración de Independencia del Espíritu

Trabajadores de la Mente, camaradas aislados alrededor del mundo, separados durante cinco años por ejércitos, la censura y el odio de las naciones en guerra, nos dirigimos a Ustedes con un pedido en esta hora cuando las barreras han caído y las fronteras se han reabierto, para revivir nuestra unión fraternal pero de una manera nueva, más segura y confiable de la que existía antes.

La Guerra volvió confusas nuestras categorías. La mayoría de los intelectuales puso su ciencia, su arte, su razón al servicio de los gobiernos. No queremos acusar ni reprochar a nadie. Sabemos de la debilidad de las almas individuales y de la fuerza elemental de las grandes corrientes colectivas: éstas últimas se han extendido sobre las primeras rápidamente, que no estaban preparadas para un trabajo de resistencia. Hagamos que esta experiencia nos ayude en el futuro!

Hagamos conocer, ante todo, los desastres que han sido provocados por la total abdicación de la inteligencia del mundo y su esclavización a las fuerzas desencadenadas. Pensadores y artistas han sumado una cantidad incalculable de odio venenoso a la plaga que devora la carne y el espíritu de Europa; buscaron en su saber, en su memoria, en su imaginación, viejas y nuevas razones, razones históricas, científicas, lógicas y poéticas para odiar; trabajaron para destruir la comprensión y el amor entre los hombres. Y por lo tanto han desfigurado, envilecido, rebajado y degradado el Pensamiento, aquel del que son representantes. Han hecho del Pensamiento un instrumento de las pasiones y (sin saberlo, quizás) de los intereses egoístas de facciones políticas o sociales, del Estado, del país o de una clase. En el presente, fuera de la batalla salvaje de la cual todos los países involucrados, victoriosos o derrotados, emergen estropeados, arruinados y desde lo profundo de su corazón (aunque no lo admiran)

tan) avergonzados y humillados por su exceso y maldad, el Pensamiento, comprometido con esos países en la batalla, emerge, como ellos, degradado.

De pie! Dejen que desentrañemos la mente de sus compromisos, de sus humillantes alianzas, de su oculta esclavitud. La Mente no es esclava de nadie. Nosotros somos quienes servimos a la mente. No tenemos otro señor. Existimos para mantener, para defender su luz, para reunir en torno a ella a todos los hombres equivocados. Nuestro deber es sostener un punto fijo, apuntar a la estrella polar en el medio de las turbulentas pasiones de la noche. Entre esas pasiones de orgullo y mutua destrucción, no tenemos alternativa. Las rechazamos a todas. Honramos a la Verdad, libre, sin fronteras ni límites, sin prejuicios de naciones ni de castas. Seguramente, no estamos desinteresados respecto de la Humanidad. Es por la Humanidad que trabajamos, por ella como un todo. No conocemos pueblos. Conocemos al Pueblo –único, universal–, al Pueblo que sufre, que pelea, que falla y que constantemente se pone de pie y que siempre transita un largo camino empapado de su propia sangre –al Pueblo de todos los hombres, todos igualmente nuestros hermanos. Y es en virtud de ello que ellos pueden ser, como nosotros, conscientes de esa fraternidad, que nosotros levantamos por sobre sus conflictos ciegos, el Arca de la Alianza –la Mente libre, una y múltiple, eterna.⁴⁴

El primer párrafo subrayaba la unidad fraterna entre los intelectuales y la reapertura de las fronteras de la mente en coincidencia con la reapertura de los límites nacionales. Refiriéndose al intelectual como «camarada» y como «trabajador de la mente», afirmaba el principio de la significación fundamental del trabajo mientras evidenciaba el elusivo vínculo entre trabajadores e intelectuales. La solidaridad intelectual debía servir como oposición a las fuerzas militaristas, al nacionalismo, a la censura y al odio que los habían dividido durante la Gran Guerra. Las asociaciones científicas y culturales de preguerra eran anacrónicas e insuficientes; así, promovía un nuevo modelo de diálogo intelectual. En el segundo párrafo, se critica a los intelectuales europeos por permitir que su inteligencia e imaginación fuera manipulada por los gobiernos enfrentados. Allí no se visualiza la ofensiva censora, aunque se aludía vagamente a una propuesta para resistir futuras guerras. Para prevenir la repetición de la catástrofe, Rolland exhortaba a los intelectuales a recordar cómo habían sido traicionados principios y expectativas fundamentales.

El tercer párrafo de la Declaración de Rolland apunta directamente contra los intelectuales europeos por contribuir a la atmósfera de odio universal creada durante la guerra. El saber había sido convertido en un instrumento de guerra. Los pensadores habían perdido su perspectiva de los eventos y de sus propias responsabilidades ante la urgencia. Los intelectuales habían producido propaganda bélica de manera desvergonzada y habían diseminado calumnias racistas y chauvinistas. Muchos de ellos se habí-

Austria: Dr. A. H. Fried, Stefan Zweig. *Rusia:* Paul Birukof, Maxim Gorky, Nicolas Rubakin, L. de Wiskovatov. *Hungría:* Monseigneur Alexandre Giesswein, Andreas Latzko. *Polonia:* Dr. M. de Rusiecka. *Grecia:* Georges Donvalis, Yannios. *Estados Unidos:* Jane Adams, Sherwood Anderson, Van Wyck Brooks, Waldo Frank, Frederick P. Hier, B. W. Huebsch, John Haynes Holmes, Horace B. Liveright, Edgar Lee Masters, Scott Nearing, Upton Sinclair, Alfred Stieglitz, Louis Untermeyer, Oswald Garrison-Villanrd. *India:* Ananda Coomaraswamy, Rabindranath Tagore. *Argentina:* Dr. Manuel Galvez. *Brasil:* Benedicta Costa. La petición fue firmada también por más de 100 escritores y académicos españoles cuyas firmas fueron reunidas por Emilio H. del Villar; 28 profesores de la Universidad de Turín; 56 profesores y estudiantes de Piamonte y otros 617 firmantes de Europa Central convocados por Georg F. Nicolai y publicados en su folleto **Romain Rollands Manifest und die deutschen Antworten**, Charlottenburg, 1919.

⁴⁴ Romain Rolland, «Déclaration de l'indépendance de l'Esprit», *L'Esprit libre*, pp. 337-338.

an confabulado con las mentiras de los gobiernos dominantes, aliándose con los poderes centrales.

«Abdicación de la inteligencia» significaba la capitulación de la postura ética y racional en un momento de frenesí. Los intelectuales europeos, al renunciar a su prerrogativa de defensa de la cultura, la razón y los valores humanos, habían minado las bases de su propia autoridad. La guerra había negado repetidamente los verdaderos fundamentos de la creatividad y la indagación crítica, libertades que abarcaban el derecho a resistir la contienda bélica, la opresión, y las opiniones unidimensionales. La mente, insistía Rolland, no conoce de amos, ni de jerarquías privilegiadas, ni de parámetros a los que debiera someterse. La mente y el espíritu eran fines en sí mismos: puros, sagrados, indivisibles, inalienables.

Si los intelectuales europeos habían degradado el pensamiento, habían degradado en ese proceso además su propio carácter. La repetición de adjetivos mordaces empleados («desfigurados, devaluados, degradados, inferiores») revela la profundidad de la furia de Rolland ante lo que juzgaba una traición. La vida intelectual se mantendría en ese estado de degradación, a menos que los intelectuales demostraran capacidad de autocritica y descubrieran modos efectivos y concientes de combatir la pasión por la razón, y de luchar contra las corrientes colectivas homicidas.

En el párrafo final, Rolland llamaba encendidamente a los intelectuales a elevarse sobre los escombros de una guerra que no había tenido ganadores. Para redimirse y revitalizar la cultura, los pensadores debían abstenerse de cualquier contribución a la muerte y la destrucción. Y debían evitar todas las alianzas turbias como las que se daban en nombre de la nación, los partidos, los grupos o las clases.

Rolland conectaba su noción totalizadora de la humanidad a una concepción oceánica tanto de los pueblos como de la misión de los intelectuales por abrazar el universo. Esta idea mística se oponía a las nociones nacionalistas, liberal-democráticas, socialistas y bolcheviques de la lucha histórica concreta y popular. El intelectual ideal trabajaba fraternalmente por los miserables y explotados. Y esa idea subrayadamente abstracta de libertad que tenía Rolland, le permitía unir el trabajo manual y el trabajo mental. Para enfatizar la necesidad de la autonomía intelectual, para superar la mácula de la sumisión del intelecto, su manifiesto concluía con una nota trascendentalista. La libertad, la igualdad y la fraternidad sólo podrían ser alcanzadas si los intelectuales se elevaban sobre los mezquinos y cegadores conflictos de la vida diaria. Bajo los ecos persistentes del lema *Au-dessus de la Mêlée* («Más allá de la Contienda»), Rolland exhortaba a los escritores a actuar como individuos imparciales, universalistas, humanistas y moralmente libres de toda corrupción.

El manifiesto publicado fue casi idéntico al primer borrador de Rolland escrito el 16 de marzo de 1919.⁴⁵ Sólo una frase estraté-

⁴⁵ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., 16 de marzo de 1919, pp. 1769-1771.

gicamente ubicada en el párrafo final, que afirmaba la misión de los intelectuales, fue cambiada. En la versión original se leía: «Nosotros tomamos el compromiso de servir solamente a la Verdad libre» («*Nous prenons l'engagement de ne servir jamais que la Verité libre*»). La versión publicada omitía la palabra «engagement»: «Nosotros honramos solamente la Verdad».⁴⁶ Rolland entendía que los moralistas podían estar *engagés*, pero sus primordiales preocupaciones, obligaciones, promesas (todos términos contiguos al uso francés de *engagement*) debían ser descubiertos en las más profundas capas de significado de la vida humana y de sus relaciones con el mundo.

Rolland explicó el sentido de la «Declaración» en agosto de 1919 en *Foreign Affairs*, la revista pacifista de Edmund D. Morel.⁴⁷ Para justificar su iniciación del diálogo entre trabajadores e intelectuales, recordaba a su audiencia su posición minoritaria durante la guerra. Para su cometido de hermandad universal, arguía, la justicia social y la comprensión mutua entre las naciones enfrentadas eran condiciones necesarias, pero no suficientes. Además de ello, los intelectuales debían coordinar sus esfuerzos contra las ideas y fuerzas políticas conservadoras, para luchar contra el rearme de las fuerzas de la tiranía. Rolland pretendía usar su prestigio para mediar entre el espacio cultural y las clases trabajadoras, o cuanto menos para prevenir el crecimiento de sus malentendidos.

Rolland reclamaba a la clase trabajadora organizada a no dejar de lado a los intelectuales. Así como podía no sancionar el desdén intelectual hacia el pueblo, se negaba a aceptar el antiintelectualismo obrero. Al respecto, se mostraba particularmente contrariado con el proceso soviético, donde los intelectuales eran activamente celados, y donde podía advertir una incipiente paranoia respecto a los artistas.⁴⁸

A pesar de esa oposición a la censura de los soviéticos para con los intelectuales, Rolland alababa el experimento ruso en cuanto a sus esfuerzos de reconstrucción social y sus objetivos de eliminación de la escasez material. La Revolución Bolchevique era un modelo social participativo y de desarrollo económico de una enorme significación a nivel global.⁴⁹ Y en esa coyuntura, separar a los intelectuales de la clase obrera representaba coartar la dinámica de creatividad natural y crucial perspectiva crítica necesaria para la construcción de una sociedad durable. Los trabajadores precisaban de la visión y pericia de los intelectuales; éstos, a su vez, madurarían de un modo anticuado sin contactos significativos con trabajadores. Y aún más peligroso eran los precedentes de intelectuales que se habían posicionado contra los obreros socialmente conscientes, deviniendo una ideológica «herramienta de opresión en manos de los explotadores».⁵⁰

⁴⁶ *Ibidem*, p. 1770.

⁴⁷ Romain Rolland, «The Intellectuals: Their failure – Their Opportunity», *Foreign Affairs*, n° 2, agosto de 1919, pp. 5-6. Luego reimpresso en *Quinze Ans de Combat* como «Pour l'union des travailleurs des mains et de l'esprit» (commentaire a la Declaration de l'Independance de l'Esprit), pp. 7-10).

⁴⁸ Romain Rolland, «The intellectuals: Their Failure – Their Opportunity», op. cit., p. 5.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 6.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 5.

Rolland sustentaba el diálogo propuesto sobre dos nociones: la primera, que los objetivos de los trabajadores manuales y los trabajadores intelectuales eran igualmente dignos, más allá de la división del trabajo; y la segunda, que la fraternidad estaba mejor implantada fuera de los partidos políticos y de los movimientos de masas. Por el momento, Rolland trabajaba para poner al descubierto los prejuicios más asentados, incluyendo los estereotipos aceptados por la clase obrera y sus representantes.⁵¹

Para Rolland el propio futuro del mundo dependía de la colaboración entre los trabajadores y los intelectuales. Así, podía concluir su comentario a la Declaración haciéndose eco del entusiasta mensaje de Marx en el **Manifiesto Comunista** de 1848:

Trabajadores manuales e intelectuales, unámonos. Unámonos todos quienes creemos en la posibilidad de un mundo más libre, más feliz, más digno, en el cual las fuerzas de producción y de creación estarán armoniosamente asociadas antes que trabajar para su mutua destrucción, como lo están haciendo ahora, en parte a partir de nuestra mutua oposición que es tanto absurda como criminal. No dejemos fatigar nuestra esperanza y nuestra acción: dejemos a los intelectuales iluminar el camino que los trabajadores tienen que construir. Hay diferentes facciones en el mundo del trabajo. Pero el objetivo es el mismo.⁵²

En un apéndice a la Declaración publicado en **L’Humanité** en agosto de 1919, Rolland reiteraba su apoyo crítico a la Unión Soviética. Se lamentaba que «nuestros amigos rusos» estuvieran impedidos de firmar su manifiesto, al tiempo que condenaba la intervención militar Aliada y el bloqueo de la Unión Soviética y proclamaba que «el pensamiento ruso es la vanguardia del pensamiento del mundo».⁵³ «El pensamiento ruso», en la perspectiva de Rolland, no se cifraba en el leninismo sino más bien en su legado literario y en los desarrollos artísticos soviéticos.⁵⁴

Rolland compuso una apasionada dedicatoria revolucionaria en el segundo volumen de sus ensayos antibélicos, **Les Précurseurs**. Fechada en agosto de 1919, la dedicatoria rezaba:

En memoria
De los mártires de la nueva Fe:
la Internacional humana.
A Jean Jaurés, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg,
Kurt Eisner, Gustav Landauer,
Víctimas de la feroz estupidez
y de la mentira asesina,
liberadores de los hombres que los mataron.⁵⁵

En esta dedicatoria, Rolland expresaba su solidaridad con los mártires asesinados del socialismo, el comunismo y el anarquismo en Europa —particularmente con los militantes revolucionarios. Las cinco célebres personas que saludaba en la dedicatoria eran devotos a la revolución, al internacionalismo, y al humanismo socialista. Eran, al mismo tiempo, revolucionarios e intelectuales de alto calibre. Al colocarse cerca del proletariado, Rolland parecía ver al socialismo como el único método de erradicación de las raíces materiales de la guerra mundial y la represión social, y el más próximo a establecer el internacionalismo. Rolland vinculaba la violencia a la ignorancia, la insinceridad y la mistificación de clase. El socialismo, por el contrario, parecía ser la ideología que abarcaba todo lo concerniente a la «Internacional humana» —y en ella el camino universal a la libertad tanto individual como colectiva.

Esta identificación emocional con los socialistas revolucionarios era incompatible con su más moderado y apolítico compromiso con la libertad de pensamiento. Significativamente, Rolland abrió **Les Précurseurs** con esta comprometida dedicatoria, pero lo cerraba con la Declaración idealista. Entre ambas, el cuerpo del texto se compone de artículos publicados entre 1916 y 1919 que defendían los ideales de una internacional de los intelectuales. Pero la tensión entre la dedicatoria y la Declaración permanecía irresuelta. No había una clara y decidida toma de posición acerca de quienes serían los precursores del futuro, si los líderes de la clase obrera o los intelectuales pacifistas. Y la contradicción entre una nítida lealtad a la revolución socialista y el deber de ejercer el espíritu libre de cada uno, coloreó todos los escritos comprometidos de Rolland de los años ‘20. Al ofrecer consejos a los trabajadores sin ser uno de ellos, al hacer el elogio de los mártires del socialismo revolucionario permaneciendo fuera de las organizaciones socialistas y de la disciplina revolucionaria, al clamar por el fin de los antagonismos entre obreros e intelectuales manteniéndose a distancia de la lucha política, Rolland se halló atrapado en un cúmulo de contradicciones. Para suavizar el tono paternalista de sus escritos, formuló una imagen armoniosa del futuro mezclando todas las formas del trabajo productivo. Una vez más, optaba por un ideal de totalidad y trascendencia.

El 25 de abril de 1919, Romain Rolland envió a George Bernard Shaw una copia de la «Declaración», requiriendo su firma.⁵⁶ Ese curso era coherente con su plan original de asegurarse firmas de escritores, artistas y científicos distinguidos e independientes de cada país importante del mundo.⁵⁷ La invitación generó una controversia privada que reactivó las relaciones tormentosas que había mantenido con Shaw durante la guerra.⁵⁸

Romain Rolland le decía a Shaw que el manifiesto no sólo ayudaría a restaurar la autonomía intelectual interrumpida por la gue-

⁵¹ *Ibidem*, p. 6.

⁵² *Ídem*.

⁵³ Romain Rolland, «Declaration de la Independance de l’Esprit», **L’Esprit Libre**, p. 342.

⁵⁴ Jean Perus, **Romain Rolland et Maxime Gorki**, *op. cit.*, pp. 53, 57-64 y 73.

⁵⁵ Romain Rolland, dedicatoria a **Les Précurseurs** (1919), en **L’Esprit Libre**, *op. cit.*, p. 175

⁵⁶ Carta de Romain Rolland a George Bernard Shaw, 25 de abril de 1919, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1796.

⁵⁷ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1771; Pierre-Jean Jouve, **Romain Rolland vivant (1914-1919)**, Paris, 1920, p. 218, n. 1.

⁵⁸ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1007.



rra, sino que también revertiría la desilusión de los miembros jóvenes y silenciosos del espacio cultural. En un intento por desarmar el cáustico látigo de Shaw, Rolland confesaba que tales llamamientos eran tentativas por tomar posición contra un demonio evidente; sus autores eran como Don Quijote, atacando molinos de vientos. En vez de espadas, los intelectuales idealistas empleaban sus plumas. Rolland ansiaba el apoyo de Shaw para reforzar la confianza endeble de una «juventud intelectual que espera, desorientada, angustiada, para que sus mayores la guíen y le brinden confianza en el poder de la mente liberadora... He tomado cuenta del quiotismo de esta convocatoria. Pero una vez en su vida Don Quijote doblegó a su adversario.»⁵⁹

Shaw respondió en francés el 7 de mayo de 1919, negándose categóricamente a firmar y devolviendo algunos párrafos de la «Declaración» con correcciones editoriales no requeridas. Desestimó los reclamos infundados de virtudes de los pensadores de Romain Rolland, mientras se mofaba de sus propias deficiencias lingüísticas:

Tenemos que confesar antes que reprocharnos: sin eso tendremos los aires de Fariseos, inclusive snobs. Para evitar esto te desafío a corregir un poco tu versión: ¿Qué piensas de eso? Naturalmente, sabrás como editar mis sandeces: soy un lingüista horroroso.⁶⁰

La revisión de Shaw enfatizaba la necesidad de la defensa nacional y de la imposibilidad de la neutralidad imparcial en tiempo de guerra. En esos momentos, la supervivencia adquiriría preeminencia por sobre la oposición intelectual o la imparcialidad: «Buscar como podamos por sobre la batalla. Inútil: en guerra el primer deber es para con el hogar, el vecino, la tarea suprema es desviar la muerte de ellos.»⁶¹

Romain Rolland encontraba que los cambios de Shaw distorsionaban el espíritu del discurso. Shaw, el animador, desplegaba juegos semánticos, simplemente caricaturizando su posición «por sobre la batalla». Rolland, en cambio, acusaba a Shaw de ofrecer una excusa para los excesos patrióticos de los intelectuales durante la guerra. En tono sarcástico, Shaw justificaba el sacrificio de todas las formas de resistencia en beneficio de la defensa nacional y de la mera supervivencia. Rolland replicaba: «No pongo la nación, el país, el hogar, antes que todo. Por sobre todo, pongo la libertad de conciencia». Shaw garantizaba a los futuros belicistas un «cheque en blanco». Esta vigilancia de Rolland, sin embargo, no politizaría el compromiso intelectual: «no veo futuro en los esfuerzos por adaptar el librepensamiento a las necesidades políticas... Si el pensamiento quiere salvar a los demás, dejen que primero se salve él mismo. Dejen que haga lo suyo constituyendo, por sobre las naciones, una Internacional del pensamiento, una conciencia mundial.»⁶²

⁵⁹ Carta de Romain Rolland a George B. Shaw, 25 de Abril de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1796.

⁶⁰ Carta de George B. Shaw a Rolland, 7 de mayo de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1815.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Carta de Romain Rolland a George B. Shaw, 28 de mayo de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1817.

La respuesta de Shaw ridiculizaba la seriedad de Rolland en tanto mistificación idealista del librepensamiento. Shaw, con franqueza, le recordaba las necesidades materiales y biológicas del hombre común y del soldado, así como el imperativo de «salir del paso», especialmente en tiempos de emergencia militar. Consideraba que bregar por una Internacional de los Intelectuales era excesivamente pomposo y moralmente puritano, incluso hipócrita. Con un humorístico autodesprecio, Shaw se burlaba de las ideas de Rolland sobre la omnipotencia de El Pensamiento. El hombre de pensamiento era un constructo lingüístico, no una realidad histórica:

Adulas a la guerra y al hombre. «El Hombre de Pensamiento» no existe. Yo no soy pensamiento. Yo soy Bernard Shaw. Tú eres Romain Rolland. Comemos, y ocho horas después, olvidamos nuestra filosofía, y solo sentimos hambre... Todo lo que dices sobre El Pensamiento es cierto. Por lo tanto, deja que El Pensamiento firme tu manifiesto. Pero John Smith y Pierre Duval no podrán firmar. Ellos deben pelear por nosotros; y nosotros, al menos, debemos pagar los impuestos. Ningún hombre está por sobre la batalla. Semejante pretensión sería repugnante para el mundo y rompería nuestra influencia. Disculpa mi franqueza: escribiendo en inglés tengo bastante tacto; pero en idiomas extranjeros, cada uno escribe como puede.⁶³

Romain Rolland rechazaba las dicotomías de Shaw por encontrarlas falsas y cínicas. La necesidad material no requería ni el abandono de cierta perspectiva ni la renuncia a la conducta racional. Rolland defendía su posición antibélica y afirmaba principios caritativos. Los intelectuales debían usar sus ideas y su sensibilidad ética para enfatizar la comunión, y no el disenso, entre pueblos y naciones:

No es estrictamente necesario olvidar ideas cuando uno siente hambre. A lo largo del tiempo, ha habido hombres que murieron por sus ideas. Hay muchos que han muerto por ellas en esta guerra. Habrá otros durante esta paz... No estoy por sobre las batallas –todas las batallas. He estado, estoy y estaré siempre «por sobre la batalla» de naciones y países. Estoy luchando contra las naciones, los países, las castas, contra todas las barreras que separan a los hombres.⁶⁴

La próxima carta de Romain Rolland, en la cual incluyó una copia de su mordaz obra antibélica *Liluli* (1919), fue un punto de quiebre en este intercambio. Shaw inmediatamente valoró la inteligente ironía de *Liluli*, derrochando elogios y apelando a algunos adjetivos en alemán: «*Liluli* es *kolossal, grossartig, wunderschön, espléndida*. Me ha parecido enorme, infinita, al borde del éxtasis».⁶⁵ Bajo el auspicio de Shaw, *Liluli* fue puesta en escena ante el público británico. Romain Rolland entendió finalmente que los

⁶³ Carta de George B. Shaw a Romain Rolland, 27 de junio de 1919, citada en Romain Rolland, *Par la révolution, la paix*, París, 1935, pp. 13-14.

⁶⁴ Carta de Romain Rolland a George B. Shaw, 29 de junio de 1919, cit. en *ibid.*, p. 14.

⁶⁵ Carta de George B. Shaw a Romain Rolland, 10 de julio de 1919, cit. en *ibid.*, p. 14.

dardos que disparaba Shaw apuntaban más a la forma que al contenido de su propuesta. La sátira de Shaw funcionaba para «marcar la aberración servil de un pensamiento irregular durante la guerra».⁶⁶ Sin embargo, Shaw no firmó el manifiesto y el debate finalizó como había comenzado, estancado.

La «Declaración» de Romain Rolland ofendió a varios intelectuales marxistas de la inmediata posguerra, muchos de los cuales estaban cerca de la Internacional Comunista. Rolland envió a Max Eastman, escritor norteamericano bohemio y antibelicista, una copia de la «Declaración», ampliando así el intercambio amistoso que había tenido con los escritores estadounidenses de izquierda durante la guerra. Eastman publicó el manifiesto en el periódico neoyorkino **The Liberator**, pero en ese mismo número presentó una crítica en clave marxista.⁶⁷

Eastman consideraba a la perspectiva que Rolland tenía de los intelectuales como un grandioso autoengaño, envuelto en una retórica platónica que ensombrecía la opción real para los intelectuales: estar a favor o en contra del proletariado. «Debemos posicionarnos y posicionar todos nuestros recursos sin reserva del lado de la clase trabajadora contra los dueños del capital. Debemos adoptar –al menos tanto como estemos comprometidos con esta cuestión social– una mentalidad combativa y comprometernos en una lucha de clases consciente». Las nociones de Romain Rolland eran efusivas y sentimentales. Eastman dudaba sobre la posibilidad real de una autonomía individual en una sociedad de clases. El escritor francés sobreestimaba la actividad intelectual, y de esa manera daba a su manifiesto «el sabor de una superioridad o importancia autoconsciente». Despreciaba, en todo sentido, la posibilidad de aplicar ideas en circunstancias prácticas y fallaba en construir una perspectiva instrumental del saber humano.⁶⁸

Eastman argumentaba que la lucha actual por la libertad y la democracia era sinónima con la misión global del comunismo. Si el marxismo era el mejor método científico para revelar las complejas raíces económicas de las relaciones sociales, el movimiento comunista internacional se había convertido en la clave del cambio social. El intelectual verdaderamente comprometido se unía al proletariado en la lucha de clases total contra la burguesía. No se podía contar con la mayoría de los intelectuales para participar en esos combates revolucionarios. Eastman elogió la valentía moral de Romain Rolland durante la guerra pero esperaba poco de aquellos escritores que se resguardaban de la aventura revolucionaria. Eastman reafirmaba su sospecha sobre los intelectuales cuando repudiaba la metáfora «por sobre la batalla» como pretensión de indiferencia olímpica o de independencia cósmica.⁶⁹

Romain Rolland respondió en privado a la denuncia pública de Eastman: «el desacuerdo entre nosotros es, en efecto, total. Tal es así que no trataré de discutirlo aquí. Prefiero exponer estas dos tesis de un modo más objetivo en un trabajo que estoy escribiendo.» Negaba que su idealismo fuese una religión insistiendo que era más bien algo experimental, una estrategia de descubrimiento sin plazos definidos, anclada en una duda radical: «No soy devoto de ninguna fe, ni religiosa ni marxista. Vengo del país de Montaigne en donde se duda y se busca eternamente. Busco la verdad. Nunca la alcanzaré».⁷⁰ Ante la interpeelación a los intelectuales respecto a trabajar activamente en las luchas sociales del proletariado o sumarse a organizaciones comunistas, Rolland sostenía que la felicidad, la justicia social y la voluntad general del pueblo nunca habían sido atendidas por dictaduras o teorías dogmáticas. «La comunidad social que sólo puede ser salvada renunciando a la libertad de su pensamiento, no lo será verdaderamente. Porque en ese caso estaría siendo salvada en base a principios corruptos.» Suspiciousmente, Rolland notaba que Eastman quería subordinar la indagación intelectual libre y la conciencia individual a las necesidades de la «nueva ciencia», el marxismo. Y esa era una forma ingenua de arrogancia intelectual.⁷¹

El ataque de Eastman fue el primero de una serie de confrontaciones con intelectuales marxistas que marcarían la carrera de Romain Rolland como intelectual comprometido. De hecho, este episodio anticipaba el celebrado debate con Henri Barbusse de 1921-1922. Más allá de eso, Rolland saludó el diálogo con los intelectuales marxistas del siglo XX. Siempre distinguió a las personas de sus discusiones. Estimaba personalmente a Eastman, y respetó su reseña de la «Declaración» pese a la irreconciliable disputa mantenida.⁷²

Durante la guerra, las relaciones de Rolland con Albert Einstein fueron cordiales.⁷³ En 1919, esperaba que Einstein se uniera a su campaña por la libertad intelectual y que pudiera sumar seguidores a su «Declaración» en Alemania. El 5 de junio de 1919, registró el «consentimiento» de Einstein.⁷⁴

Las razones para que Einstein apoyara la «Declaración» eran variadas. Veía que el firmar la declaración era el menor de dos males, aunque a su juicio las peticiones colectivas eran riesgosas en ese momento. Ellas sólo provocaban contra-petitorios, o podían confundir sobre los verdaderos propósitos. Einstein sugería que la diplomacia silenciosa a través de las conexiones privadas podría ser más efectiva que las protestas abiertas contra el clima internacional de desconfianza y venganza. E instaba a la exploración de la responsabilidad alemana durante la guerra:

⁶⁶ Romain Rolland, *Quinze Ans de Combat*, op. cit., p. LXIV; Romain Rolland, *Par la révolution, la paix*, op. cit., pp. 14-15.

⁶⁷ Max Eastman, «A letter to Romain Rolland», *The Liberator*, diciembre de 1919, pp. 24-25. Sobre las relaciones entre Rolland e Eastman durante la Guerra véase Romain Rolland «Voix libres d'Amérique», agosto de 1917, *L'Esprit libre*, pp. 222-234.

⁶⁸ Max Eastman, «A letter to Romain Rolland», op. cit., p. 24.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 25.

⁷⁰ Carta de Romain Rolland a Max Eastman, 5 de diciembre de 1919, en *Un Beau Visage à tous sens*, op. cit., pp. 161-162; Romain Rolland, «Journal Inédit (1919-1920)», op. cit., pp. 183-184.

⁷¹ Romain Rolland, «Journal Inédit (1919-1920)», op. cit., p. 183.

⁷² Carta de Romain Rolland a Waldo Frank, 21 de marzo de 1920, en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale.

⁷³ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 510-515, 1284-1286, 1762, 1771.

⁷⁴ *Ibidem*, 1820.



No estoy entre los autores del petitorio [la Declaración]. Me mantengo a resguardo de la amargura que domina en la mayoría de los países. No creo que esos esfuerzos por una reconciliación internacional tengan mucha posibilidad de éxito por ahora. Lo firmé porque hubiera sido peor no hacerlo; pero estoy convencido que el petitorio no tendrá mucha respuesta.⁷⁵

Romain Rolland se había mostrado atraído por los esfuerzos de Heinrich Mann durante la guerra para promover la reconciliación franco-germana, y había seguido su controversia con su hermano, Thomas Mann. En 1919, Heinrich Mann era uno de los hombres de letras más famosos. Aunque firmó la Declaración, criticaba la frase «No conocemos pueblos. Conocemos al Pueblo». Rolland consideró la sugerencia de Mann de revisar esa frase dado que podía ser tomada como una concesión al nacionalismo.⁷⁶

Georg Frederick Nicolai, profesor de biología en la Universidad de Berlín, pacifista y autor de **La Biología de la Guerra** (1917), surgió como el más temprano y enérgico defensor de la Declaración. Romain Rolland elogiaba su «gran europeísmo» durante la guerra. Y, en 1919, Nicolai fue el dinamizador de la idea de Rolland de armar el manifiesto.⁷⁷ Hizo circular la solicitud de Rolland por toda Europa central durante 1919, en parte para popularizar el nombre del escritor francés y en parte para observar la «respuesta alemana» al petitorio. Publicó las distintas versiones en su **Romain Rolland's Manifest and die deutschen Antworten** (1919). Asimismo, Nicolai consiguió que fuera publicado en numerosos periódicos alemanes, revistas y hasta en programas de teatro en 1919, como por ejemplo **Demokratie, Forum, Freiheit, Berliner Tageblatt, Deutsche allgemeine Zeitung, Vorwärts** y **Germania**.⁷⁸

Karl Kraus, el conocido satírico, crítico y poeta vienés, se negó a firmar la Declaración de Rolland y dio sus explicaciones. Kraus no estaba preparado para perdonar a los intelectuales alemanes por su sórdida conducta durante la guerra. No podía expresar solidaridad con otros ya incluidos en la lista. La oposición a la guerra de Kraus se basaba en motivos más conservadores, como la preservación de la cultura y la tradición. No compartía los postulados de los pacifistas europeos o de los intelectuales de izquierda sobre la guerra ni acordaba con ellos sobre sus métodos de aproximación a cuestiones morales complejas.⁷⁹

Romain Rolland y el filósofo idealista italiano Benedetto Croce no intercambiaron correspondencia durante la guerra pero estaban recíprocamente al tanto de sus actividades a través de intermediarios. Croce firmó la solicitud pero subrayó su ambigüedad respecto del pensamiento antibelicista de Rolland.⁸⁰ Y le hizo mención al escritor francés, de una manera pedante, de sus propios trabajos sobre la Gran Guerra:

Con agrado he sumado mi firma a su solicitud. Pero deseo, y así comprenderá el sentido y el límite de mi aceptación, que lea el libro [L'Italia dal 1914 al 1918] que le envió, que es el registro de todo lo que he escrito durante la guerra. Encontrará allí su nombre algunas veces y las razones de nuestras divergencias. Creo que la guerra es sagrada, pero también que la verdad es sagrada, y ésta no puede ser utilizada como un instrumento de guerra. Estos instrumentos están hechos de otro material.⁸¹

Rolland le admitió a Croce que ambos tenían preferencias ideológicas y sociales diferentes. A cambio del libro que le había enviado, le encomendó consultar su antología de escritos antinacionalistas y antiimperialistas, **Les Précurseurs**. Y le señaló que, a pesar de sus diferencias, como idealistas acordaban en la libertad intelectual y en la importancia que le otorgaban al intelecto.⁸²

Rolland encontró rechazos inesperados entre cuatro distinguidos miembros de la comunidad intelectual y científica francesa. El economista y pacifista francés, Charles Gide, objetó la «Declaración» puesto que ella «negaba el derecho de existencia de las naciones en favor del solo reconocimiento de la unidad universal del proletariado, lo que equivaldría a la doctrina de la Internacional.»⁸³ De la misma manera, Charles Richet, Premio Nobel y miembro de la Academia Francesa de Ciencias, también se negó a suscribir el texto.⁸⁴ Marie Curie, Premio Nobel en física y química, tampoco sumó su firma, tal vez por «timidez u obstinado nacionalismo», escribió un desilusionado Rolland. Le había pedido, de mala gana, la firma a Anatole France, aun luego de expresar todas sus reservas sobre su inclusión en el consejo de la revista **Clarté**. Enojado, había expresado que el anciano escéptico durante la guerra «había guardado un silencio discreto con aires de superioridad.»⁸⁵

Sin embargo, existieron numerosas reacciones positivas a la solicitud de Rolland, muchas de las cuales abrieron nuevas relaciones intelectuales en su vida. La cordialidad e intensidad emocional de esas respuestas tranquilizaron al escritor francés.⁸⁶

⁷⁵ Cartas de Albert Einstein a un colega en Breslau, 17 de agosto de 1919, y a un profesor liberal en Potsdam, 18 de agosto de 1919, citadas en Otto Nathan y Heinz Norden (eds.), **Einstein on peace**, New York, Simon and Shuster, 1960, pp. 31-32.

⁷⁶ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1817.

⁷⁷ Romain Rolland, «Un Grand européen: G. F. Nicolai», 15 de octubre de 1917, **L'Esprit Libre**, pp. 262-297; Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 802, 1600-1602, 1607-1609, 1756-1769, 1771.

⁷⁸ Georg F. Nicolai, **Romain Rollands Manifest and die deutschen Antworten**, Charlottenburgo, Mundus, 1921, p. 27. Algunos de los firmantes fueron Alfred Adler, Johannes R. Becher, Edouard Bernstein, Max Brod, Martin Buber, Ricahrd Dehmel, Kasimir Edschmid, Albert Einstein, August Forel, Wilhelm Foerster, Leonard Frank, Ivan Goll, Walter Gropius, Wilhelm Herzog, Hermann Hesse, Kurt Hiller, Hermann Kantorowicz, Karl Kautsky, Annette Kolb, Käthe Kollwitz, Andreas Latzko, Carlo Lindhagen, Emil Ludwig, Heinrich Mann, Walter Rathenau, Arthur Rosenberg, René Schickele, Arthur Schnabel, Arthur Schnitzler, Wilhelm Steckel, Hélène Stocker, Ersnt Toller, Kurt Tucholsky, Fritz von Unruh, Franz Werfel, Kurt Wolff, Stefan Zweig.

⁷⁹ Karl Kraus en Georg F. Nicolai, *ibid.*, pp. 54-56.

⁸⁰ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 574 y 606. También véase Roland N. Stromberg, **Redemption by war: The Intellectuals and 1914**, Lawrence, Kansas, 1982, pp. 74-75, 150.

⁸¹ Carta de Benedetto Croce a Romain Rolland, 9 de abril de 1919, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1792 y 1864.

⁸² Carta de Romain Rolland a Benedetto Croce, 18 de abril de 1919, en **Un Beau Visage à tous sens**, op. cit., p. 160.

⁸³ Carta de Charles Gide a Romain Rolland, mayo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1817-1818.

⁸⁴ Carta de Charles Richet a Romain Rolland, mayo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1818.

⁸⁵ Romain Rolland, **Quinze Ans de Combat**, op. cit., p. LXIX, n. 1; véase también Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1814.

⁸⁶ Como ejemplo de éstas respuestas positivas, véase la carta de Israel Zangwill a Rolland, mayo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1818-

Rolland estuvo alegre y fastidioso a la vez por la respuesta del filósofo británico Bertrand Russell. Russell le escribió calurosamente: «no sé cómo expresarle mi alegría al recibir su carta y la Declaración que la acompaña. Marca el fin del aislamiento de los tiempos de guerra.»⁸⁷ Russell simpatizaba con los esfuerzos de Rolland por reconciliar a los intelectuales de todos los países. Sin embargo, tenía sus reservas sobre el tercer párrafo del texto, que hallaba demasiado acusatorio y moralista, lo que contradecía la reivindicación fraternal del manifiesto:

No me gustaría que se imponga a los firmantes la tarea de decir públicamente: Peccavi (he pecado). Preferiría realizar la reconciliación lo más fácil posible. No quiero que proclamemos que éramos moralmente superiores. Me gustaría que hiciéramos todo lo que estuviera a nuestro alcance para disminuir el rencor en el interior de las naciones, así como también en el nivel internacional. Por mi parte, preferiría un párrafo constructivo antes que crítico, un párrafo sensible al futuro y las grandes tareas que tienen por delante los intelectuales.⁸⁸

Romain Rolland interpretó la respuesta de Russell en tono esperanzador y aprobatorio. Aunque reacio a incorporar a aquellos pensadores «que traicionaron una vez y que lo volverían a hacer»,⁸⁹ instó a Russell a que consiguiera más firmantes ingleses para la «Declaración».

En Inglaterra, Bertrand Russell, quien firmó con entusiasmo, pide recortar de la Declaración la censura a quienes hayan cometidos fechorías. Y por cierto que el sentimiento que inspira este pedido es noble y puro: está bien ser modesto; pero debemos saber como preservar un orgullo justo en nuestro interés por grandes causas, no olvidar las traiciones del pasado, y así no dar lugar a las traiciones del futuro.⁹⁰

Hacia el final de la campaña de circulación de la «Declaración», Rolland se mostraba desilusionado con su primera recepción:

No es posible unir a un pequeño puñado de intelectuales europeos en torno a un texto afable y demorado. Uno podría decir que algunos de aquellos que pelearon más enérgica-

mente durante los cinco años de la guerra están actualmente exhaustos y dudan de sí...Mi Declaración ha recibido tantos pedidos de modificaciones y atenuaciones de diferentes lados, que dándoles lugar, de ella no quedaría nada más que el título.⁹¹

Las principales objeciones presentadas a la «Declaración» se concentraban en su perspectiva explícitamente internacionalista y en el requerimiento de que los intelectuales criticaran sus exabruptos y se retractaran de las creencias mantenidas durante la guerra. Se arguía además que en una solicitada abierta como ésta, era inapropiado tratar desigualmente a los intelectuales nacionalistas y a aquellos proclives al consenso. La compasión podía expresarse en una historia moralizante o en una novela psicológica, «pero no en una Declaración que es una acción, un grito de guerra, una interpelación a la juventud indecisa y descorazonada que, en la desolación de sus almas, espera un rumbo, una guía».⁹²

Los intelectuales debían rendir cuentas de sus acciones, de sus inacciones, de sus malos juicios y de su falta de entereza moral. Los pensadores habían sido útiles a la muerte y a la confusión promoviendo un odio que, según un Romain Rolland conmovido, «devastó, devasta y devastará a Europa en el tiempo por venir.»⁹³ Los mismos hombres impenitentes prepararían a Europa para su próxima guerra, que parecía inevitable. Por esas desavenencias, Rolland casi abandona su proyecto de colecta de firmas para la solicitud. Como último intento, reconsideró la presencia de los jóvenes intelectuales o los veteranos de guerra educados. Si ellos le fallaban, haría circular la «Declaración» sólo con su nombre a pesar del riesgo personal, «porque uno nunca debe reprimir el llanto de la conciencia, más allá de que uno sea o no sea comprendido.»⁹⁴

En una carta a Russell, Rolland hacía explícitas las razones de su intransigencia hacia los pacifistas europeos. Muchos pacifistas de preguerra —liberales internacionalistas, cristianos y socialistas antimilitaristas— se habían convertido en chauvinistas y belicistas durante el conflicto. Su retórica antibélica se había evaporado con el inicio de la *Union Sacrée*. Su pacifismo debía ser considerado con cautela a menos que pudieran dar cuenta francamente de sus giros oportunistas durante la guerra. Rolland dudaría de buena fe hasta que esas figuras pudieran probar su compromiso activo con la paz. El creía que esos «elementos de compromiso moral» podían manifestarse nuevamente tan pronto como volviera a darse una situación de emergencia nacional.⁹⁵

Rolland lamentó su fracaso en establecer un centro para el internacionalismo intelectual en un país neutral. Las mentes libres de Europa continuaban asiladas en sus propios países, «hermética-

1819; Edmund D. Morel, «Contributions from Abroad», *Foreign Affairs*, 1, agosto de 1919, p. 5; la carta de Louis Untermeyer a Rolland, 28 de septiembre de 1919, y las de Stefan Zweig a Rolland del 20 de marzo de 1919, 23 de marzo de 1919, 7 de abril de 1919 y 14 de abril de 1919, todas en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; la carta de Hermann Hesse a Rolland, 2 de mayo de 1919, en *D'une rive à l'autre. Herman Hesse et Romain Rolland. Correspondance et fragments du Journal*, París, 1972, p. 61; carta de Alain a Rolland, 29 de junio de 1919, en *Salut et fraternité. Alain et Romain Rolland*, París, 1969, pp. 79-80; carta de Jean Guéhenno a Rolland, 4 de julio de 1919, en *L'Indépendance de l'esprit. Correspondance entre Jean Guéhenno et Romain Rolland*, París, 1975, p. 15; carta de August Prenant a Rolland, junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1820; cartas de Rabindranath Tagore a Rolland, 24 de junio de 1919 y 4 de octubre de 1919, *Rabindranath Tagore et Romain Rolland. Lettres et autres écrits*, París, 1961, pp. 25-26 y 29-30.

⁸⁷ Carta de Bertrand Russell a Rolland, 7 de abril de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1790.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 1791.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 1792.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 1814.

⁹¹ Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 4 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1819; Russell había propuesto el 4 de mayo de 1919 revisar el tercer párrafo de la «Declaración». *Ibidem*, p. 1818.

⁹² Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 4 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1819.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1820.

⁹⁵ Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 23 de junio de 1919, en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale.



mente cerrados» unos de otros. La lucha común era más efectiva que el combate individual. Mientras hablaba de la «mentira corrupta...que ha infectado a todo el pensamiento de Europa», dejaba ver sus propios conflictos respecto de estar o no comprometido:

No hablo de ninguna manera en contra de mis inclinaciones. Soy una persona solitaria que ama vivir lejos de las ciudades y de la acción, cerca del arte y de la naturaleza. Distintas circunstancias me han obligado y no estoy contento con ello. Pero al menos me gustaría comprometerme con la ayuda a los jóvenes «trabajadores de la mente» de Europa y América (y de otros países) para multiplicar las ocasiones para reunirse, para discutir en conjunto, para cooperar en lo posible con proyectos conjuntos, para que puedan prepararse para los nuevos huracanes que vemos acumularse en el horizonte.⁹⁶

En 1919 el compromiso de Romain Rolland era claramente más cultural que político. Comenzó su trayecto de posguerra con la perspectiva de que la acción y el espíritu, la política y la moral, y la lucha colectiva y la individual, podían ser fusionadas. Sus escritos glorificaban la fraternidad humana, los ideales pan-humanísticos y la tenacidad moral de aquellos actores y testigos con una consciencia ética reconocida. Escribió para inspirar a sus lectores con las metas que él consideraba trascendentales y eternas. Así, se incluía en la antigua tradición francesa de la figura del moralista. A pesar de sus oponentes, Rolland tendía a atribuir al sacerdocio intelectual cualidades y funciones divinas.

Los escritos de Romain Rolland a lo largo de 1919 fueron de tono opositor. Incitaba a los intelectuales a protestar contra el mal concebido y vengativo Tratado de Versalles, a repudiar todas las formas de imperialismo y de nacionalismo manifiesto o latente, insistiendo en su versión informal y extrajurídica del internacionalismo, reabriendo el diálogo entre todos, dando los primeros pasos hacia una internacional de la mente. Vinculó una mirada rudimentariamente pacifista con la posición individualista, secular e idealista de occidente. Por sobre todo, quiso demostrar que la perspectiva antibélica no se aplacaría con la victoria aliada, y que podría diferenciarse de las posiciones liberales, bolcheviques y socialistas.

De este modo, muchos aspectos del compromiso de Romain Rolland con su realidad sociopolítica contemporánea viraron hacia lo concreto, pese a que el lenguaje continuara siendo abstracto y distante. Rolland escribió a su confidente en tiempos de guerra y luego biógrafo, Pierre-Jean Jouve, que «la única acción fecunda que podemos hacer en este momento deberá ser lenta, tenaz, deliberada.»⁹⁷ La acción creativa y la tranquila meditación presuponían una mente limpia y comprender el proceso de ceder ante los últimos cambios culturales. La intercesión política era evanescente y de dudosa eficacia.

Romain Rolland reconocía que era urgente y que los distintos abu-

ros requerían de un intelectual comprometido y preocupado con lo inmediato, cuando no de su intervención activa. El fin de la guerra no había significado el fin de la injusticia social, la opresión política, la explotación económica y la exclusión cultural. Muchas batallas debían ser dadas.

Durante 1919, Rolland estuvo al mismo tiempo comprometido y distante. Si continuó haciéndole frente a las causas centrales de su presente, fue siempre en nombre de los más altos valores humanistas. Se movió desde una posición del «Buen Europeo» hacia una visión planetaria. El sentimiento oceánico de Romain Rolland lo habilitaba para asumir posiciones públicas, muchas veces radicales y hasta militantes, usualmente impracticables, más allá del tiempo, el espacio, la causalidad y la particularidad. Su misticismo oceánico le indicaba cómo la parte se fundía en el todo, y lo prevenía ante la posibilidad de abandonarse a un estado de inutilidad. Así, continuó luchando sin esperar un resultado favorable, siempre teniendo a la humanidad en el centro de su mirada comprometida:

Lo que me salva de las últimas desilusiones es que siempre puedo escaparme del presente; ya sea por costumbre, o por naturaleza, mi mente se embarca en los grandes espacios — los siglos y el mundo completo. La inspiración requiere de la calma, extensa, de ritmo constante —un ritmo apropiado—, que doblega a la fiebre. Creo que debemos acostumbrarnos a esa gran amplitud; la gigantesca crisis mundial, en la que estamos metidos, no admite velocidad; falta un siglo, quizás más, para corregirla; no veremos su fin; pero déjenos que la marquemos con el ritmo de nuestros pulsos; dejen que nuestro pensamiento secular haga algo... Dejen que cada uno de nosotros sea el Hombre.⁹⁸

[Traducción de Ezequiel Grisendi y Martín Bergel]

⁹⁶ Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 16 de marzo de 1920, en *Un Beau Visage à tous sens*, op. cit., pp. 162-163.

⁹⁷ Carta de Romain Rolland a Pierre-Jean Jouve, 9 de junio de 1919, cit. en Jouve, op. cit., p. 263.

⁹⁸ Carta de Rolland a Pierre-Jean Jouve, 9 de junio de 1919, cit. en Jouve, op. cit., pp.262-263.

Stefan Zweig: profeta de la nación brasileña*

Afrânio Garcia Jr.

Victor Karady es un científico social que, a mi criterio, encarna al intelectual cosmopolita, practicante de un internacionalismo sin fallas. Esta admiración viene también de mi condición de inmigrante intelectual: la generosa solidaridad con los recién llegados en los países de Europa occidental es algo para destacar incluso cuando los extranjeros se convierten en referencia obligada en la explicación de las trayectorias de los autores intelectuales que pertenecen al panteón intelectual de los centros culturales hegemónicos, como es el caso de sus investigaciones históricas sobre los orígenes y modos de funcionamiento de la escuela de pensamiento sociológico conformada en torno a Emile Durkheim. Como Karl Polanyi (1886-1964), quien transformó la percepción de los historiadores ingleses de la revolución industrial e instauró el debate en los Estados Unidos sobre el carácter instituido del «sistema de mercado formador de precios», Victor Karady ha logrado ofrecer un punto de vista desencantado del emprendimiento pionero de los durkheimianos, permitiendo una mejor comprensión de su proyecto científico y la edición de textos desconocidos, incluso en Francia. Esa capacidad de revertir el desfavorable destino de la emigración impuesto por las circunstancias nos lleva a preguntarnos si la virtud de transformar «un impedimento en una ventaja» no tiene orígenes húngaros. Las marcas de su 'proximidad distante' con Francia se manifestaron desde la llegada a este país, después de dejar su Budapest natal, cuando los tanques rusos aplastaron la insurrección de 1956. ¿Será su cosmopolitismo una forma de renacimiento en un universo desconocido, pero que mantiene las posibilidades de hacer revivir los vínculos y las expectativas suscitadas por el universo de origen, que todo inmigrante no puede nunca sofocar? Lo que es cierto y seguro es que Víctor Karady ha demostrado que la condición de extranjero podía armoni-

zarse con el proyecto de construcción del conocimiento más universal. El presente estudio trata de seguir las huellas de sus cuestionamientos para entender la génesis de la valoración del lazo nacional y las transformaciones del espacio político e intelectual que acarrea.

Brasil, país del futuro es el título de un libro de Stefan Zweig destinado a ser una representación colectiva de la nación; todas las generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial han conocido desde la infancia esta expresión divulgada por los manuales escolares, cuyo eco sostenía la esperanza de ver un moroso pasado, asociado a la esclavitud y a la colonización predatoria, transmutado en el florecimiento de una colectividad gestionada de manera democrática y dotada de poderío económico. Una suerte de presagio que se deseaba ansiosamente ver materializado, y cuyo origen estaba más allá de todo cuestionamiento. Sin embargo, al concentrar la atención en el autor de la fórmula y en las condiciones de su inmediato éxito, nos encontramos con una serie de enigmas interrelacionados. ¿Cómo es posible que un escritor europeo tan reconocido, uno de los autores más vendidos del período de entreguerras, apóstol, si los hay, del individualismo y del pacifismo, opositor de los nacionalismos que dieron pie a guerras asesinas, haya podido redactar una obra que fue leída como un elogio del nacionalismo cultural brasileño promovido por el régimen de Vargas en su etapa más autoritaria? ¿Cómo explicar este libro absolutamente único dentro de su prolífica obra, más bien consagrada a la poesía, al teatro, a las novelas y a las biografías? De hecho, el volumen fue publicado en Río de Janeiro el 1 de agosto del 1941 por la editorial Guanabara de Abrahao Koogman con el apoyo de la Dirección de Prensa y Propaganda (DIP) creada por el dictador. Siete meses después, el 23 de febrero de 1942, Zweig se suicidaba en compañía de su mujer, Charlotte Altman, en Petrópolis. ¿Estaría realmente convencido del destino prometedor que su profecía contribuiría a erigir? ¿Puede este asunto reducirse a un nuevo complot organizado por los regímenes autoritarios?

* La versión original de este artículo fue publicada en el número especial de los **Cahiers d'études hongroises** dedicado a homenajear a Victor Karady en ocasión de su retiro como investigador del CNRS de Francia (Afrânio García, «Stefan Zweig, prophète de la nation brésilienne», **Cahiers d'Études Hongroises**, n° 14, Paris, L'Harmattan, 2006, pp. 69-84).

La sociología de las condiciones de existencia y de difusión de esta obra, tal como siempre la ha practicado Víctor Karady —en sintonía con el proyecto científico de Pierre Bourdieu—, permite comprender mejor los aspectos intelectuales, sociales y políticos encerrados en este episodio, incluido el interés de los distintos protagonistas por no esclarecer sus malentendidos.¹ La exhibición de la máscara mortuoria de Stefan Zweig, en la vitrina de una librería brasileña, me conmovió particularmente. ¿Acaso la valorización de la colectividad nacional se habría servido de la prueba del sufrimiento del prójimo para alabar los méritos de cierta literatura? ¿Seremos los herederos de violencias de las cuales ignoramos casi todo, incluso su propia existencia? Zweig concluyó su autobiografía en 1941 en Brasil, aunque recién fue editada en 1944, dos años después de su muerte trágica. Allí señala, desde el principio, de qué forma las fuerzas en guerra consteñían sus posibilidades de narrar su propia vida:

Soy consciente de las circunstancias adversas, pero sumamente características de nuestra época, en cuyo marco intento plasmar estos recuerdos míos. Los escribo en plena guerra, en el extranjero y sin nada que ayude a mi memoria. En mi habitación de hotel, no dispongo de un solo ejemplar de mis libros, ni de apuntes, ni de una carta de amigo. No puedo ir a buscar información a ninguna parte porque la censura ha interrumpido o ha puesto trabas a la correspondencia en todo el mundo. Vivimos ahora tan aislados como hace siglos, cuando aún no se habían inventado los barcos de vapor, los trenes, los aviones y el correo. De modo que no guardo de mi pasado más que lo que llevo detrás de la frente. En estos momentos, todo lo demás me resulta inaccesible o, incluso, perdido.²

Este aislamiento, correlativo de la situación de extranjería, no lo lleva al camino de la introspección y la intimidad, como en tantas novelas suyas, sino a buscar lo que en su propio destino procedía del de toda su generación:

Tampoco será *mi* destino el tema de mi narración, sino el de toda una generación, la nuestra, la única que ha cargado con el peso del destino, como, seguramente, ninguna otra en la historia (...) Nosotros, en cambio, los que hoy rondamos los sesenta años y *de iure* aún nos toca vivir algún tiempo más ¿qué no hemos visto, no hemos sufrido, no hemos vivido? Hemos recorrido de cabo a rabo el catálogo de todas las calamidades imaginables (y eso que aún no hemos llegado a la última página). Yo mismo, por ejemplo, he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad, y

cada una de ellas la viví en un bando diferente: una en el alemán y otra, en el anti alemán. (...) Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración; he visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea.³

Brasil, con toda evidencia, no constituía un refugio protector que permitiera el olvido de las tragedias de las cuales había sido testigo o protagonista; avivó el deseo del examen reflexivo sobre su propia existencia y le permitió tal vez tomar cierta distancia ante las urgencias por asegurarse la supervivencia. El que había celebrado las virtudes del individualismo se veía obligado a expresar el carácter insoportable de las cadenas de interdependencia creciente entre los individuos de todo el planeta:

Cuando las bombas arrasaban las casas de Shanghai, en Europa lo sabíamos, sin salir de casa, antes de que evacuasen a los heridos. (...) No había país al que poder huir ni tranquilidad que se pudiese comprar; siempre y en todas partes, la mano del destino nos atrapaba y volvía a meternos en su insaciable juego.⁴

Todos los hilos conductores que daban sentido a lo que se llama «una vida» parecían haberse desplomado al abrirse las hostilidades en Europa. Dar testimonio de estas observaciones, de sus esperanzas, de sus esfuerzos por entender lo que estaba pasando, es lo que quedaba por hacer para legar a las generaciones siguientes una percepción del mundo de ayer:

Así, pues, no actué gratuitamente cuando acabo de momento esta mirada retrospectiva sobre mi vida en una fecha determinada. Es que aquel día de septiembre de 1939 pone punto final definitivo a la época que formó y educó a los que ahora tenemos sesenta años. Pero si con nuestro testimonio logramos transmitir a la próxima generación aunque sea una pavesa de sus cenizas, nuestro esfuerzo no habrá sido del todo vano.⁵

De hecho, la residencia en el Brasil, aunque fuese provisoria, parecía poco probable si uno se sitúa en una época anterior a los años 1930. Menos probable aún si se la elegía como objeto intelectual o como simple curiosidad. La introducción de **Brasil, país de futuro**, vuelve sobre las imágenes suscitadas por la evocación de ese país antes de viajar allí en 1936, después de haber aceptado viajar a la Argentina por invitación del PEN Club. Hay que resaltar que las obras de Stefan Zweig empezaron a traducirse al portugués y publicarse en el Brasil en 1932, el mismo año en el que empezaron a inquietarlo, incluso a perseguirlo, en su tierra natal, Austria. Las persecuciones y amenazas en Europa,

¹ Cfr. Pierre Bourdieu, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, décembre 2002, pp. 3-8 [hay traducción castellana en Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999]; Victor Karady «Les Juifs et les Etats-nations dans l'Europe contemporaine (XVIII- XIX siècles)», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 118, juin 1997, pp. 28-54 ; Victor Karady, «La migration internationale des étudiants en Europe 1890-1940», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, décembre 2002, pp. 47-60.

² Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* [trad. de Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek], Barcelona, Acanalado, 2008, p. 15.

³ *Ídem*, pp. 9 y 12-13.

⁴ *Ídem*, p. 14.

⁵ *Ídem*, p. 15.

que se aceleraron con la subida del nazismo, van a obligar a incluir en la cartografía del escritor cosmopolita a un país clasificado, aún en 1941, como *terra incognita* desde el punto de vista de su producción intelectual, precisando incluso que su desconocimiento sería «tanto como lo fue en el sentido geográfico para los primeros navegantes». ⁶ ¿Qué visión estereotipada marcaba la percepción del Brasil de los residentes de las grandes potencias del hemisferio norte?

Tenía yo la presuntuosa idea media del europeo o norteamericano respecto al Brasil, que ahora me esfuerzo por reconstruir: cualquiera de las repúblicas sudamericanas, que no se distinguen claramente una de otra, con un clima cálido y malsano, condiciones políticas revueltas y finanzas disolutas, negligentemente administrada, y sólo medianamente civilizada en las ciudades costeras, pero de muy hermoso paisaje y grandes posibilidades inexploradas; un país, pues, a propósito para emigrantes desesperados o colonos, pero de ningún modo un país del que pudiera esperarse un aliciente intelectual ⁷

Fue entonces el derrumbe del marco de su existencia cotidiana lo que lo impulsó a ampliar sus horizontes hacia otros universos sociales y culturales. Todo cosmopolitismo de nacimiento tiene como fundamento el pasado de poder del espacio político de la familia de origen, o la riqueza económica, social e intelectual del linaje. El examen del recorrido social e intelectual de Stefan Zweig saca a la luz los recursos movilizados en su oficio de escritor y las bases de acumulación de su notoriedad como artista y como mecenas promotor de las vanguardias. Su itinerario parece fungir como un formidable revelador de la decepción de los científicos y artistas de Viena, nacidos bajo el Imperio de los Habsburgo, que apostaron a los beneficios del liberalismo político y a la creatividad artística y los descubrimientos científicos todopoderosos, más tarde condenados a asistir, sin saber cómo reaccionar, al ascenso de las fuerzas totalitarias y antisemitas (como han mostrado tan sutilmente las notables investigaciones de Carl Schorske y Michael Pollack). ⁸ En un breve resumen de su itinerario personal, Stefan Zweig no duda en hablar de suicidio al referirse a su espacio de pertenencia afectiva, Europa:

Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso –la monarquía de los Habsburgos–, pero no se molestó en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor

de los casos. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas. ⁹

Desaparecida la imagen benévola del titular de la monarquía de los Habsburgo, sometida la Viena natal al Tercer Reich, bajo los órdenes de un Führer de origen austriaco, quemados sus libros en la plaza pública como en la época medieval, sólo le quedan a Zweig los recuerdos de un mundo lleno de promesas. La vocación de escritor, adquirida en una edad precoz, podía dar libre curso a sueños de emancipación en ámbitos antiguamente considerados como sagrados, pero su ejercicio no lo guardaba del camino a una posible bestialidad bajo los ropajes de una ideología política. Conclusión: «Para mi profundo desagrado, he sido testigo de la más terrible derrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad de cuantos caben en la crónica del tiempo». ¹⁰

El análisis de su trayectoria permite entender cómo ese desamparo se acompañaba de un capital simbólico susceptible de interesar al gobierno de Getúlio Vargas: de **Brasil, país del futuro** salieron 100.000 ejemplares sólo en su edición brasileña; ya desde 1941, en plena guerra, la obra fue traducida y/o publicada en otros cinco idiomas: alemán, español, francés, inglés y sueco. Ningún escritor brasileño de esa época hubiera realizado tal proeza.

I. La precocidad del heredero

Stefan Zweig nació en Viena en 1881 en el seno de una familia de la burguesía judía que, como señala Carl Schorske, constituía uno de los sectores más fieles a la monarquía católica de los Habsburgo y a la política de modernización que promovió. Su testimonio brinda una descripción objetiva:

Mis padres (...) eran gente acomodada que poco a poco fue haciéndose rica, incluso muy rica, y eso, en aquella época, era un buen colchón para asegurar paredes y ventanas. Su forma de vida me parece tan típica de la llamada «buena burguesía judía» (la burguesía que hubo de dar a la cultura vienesa valores tan esenciales y que, como contrapartida, hubo de ser totalmente exterminada) que, con este informe sobre su existencia cómoda y silenciosa, narro en realidad algo impersonal: al igual que mis padres, diez o veinte mil familias de Viena llevaron la misma vida en aquel siglo de valores asegurados. ¹¹

El abuelo se dedicaba al negocio de productos industriales que permitió a su padre crear una fábrica de tejidos en Bohemia; por su amplia prosperidad fue calificado por su hijo de «gran industrial». La familia de su madre tenía conciencia de gozar de un rango más elevado aún que la de su padre, especialmente gracias a su implantación internacional en la red de grandes banqueros:

⁶ Zweig, Stefan, **Brasil, país del futuro**, Buenos Aires, El Aleph, 1999, p. 7.

⁷ *Ídem*, pp. 6-7.

⁸ Carl Schorske, **Vienne, fin de siècle**, Paris, Seuil, 1983 [hay traducción castellana: **La Viena de fin de siglo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011]; Michael Pollack, **Vienne 1900, une identité blessée**, Paris, Gallimard Julliard, 1984.

⁹ Zweig, Stefan, **El mundo de ayer**, *op.cit.*, p. 10.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ídem*, p. 22.



Los Brettauer (...) pronto se habían dispersado por el mundo desde Hohenems, un pueblecito de la frontera suiza, siguiendo el modelo de las grandes familias banqueras judías, aunque, claro está, en dimensiones mucho más pequeñas.(...) En este círculo familiar ya no existían pequeños comerciantes ni corredores de bolsa, sino sólo banqueros, directores, catedráticos, abogados y médicos; todos hablaban más de una lengua, y recuerdo la naturalidad con que en casa de la tía de París, durante las comidas, se pasaba de una a otra indistintamente. Era una familia muy «apegada a sí misma» (...). Este orgullo de pertenecer a una «buena familia» era inextirpable en todos los Brettauer.¹²

Entre 1887 y 1900 Zweig hizo sus estudios primarios y secundarios en Viena y después de recibirse de bachiller hizo su primer viaje a París. Sus comienzos como escritor datan de antes del fin del secundario, época en la cual ya publicaba poemas en revistas literarias. Su primera recopilación de poemas se publicó en Berlín en 1901. Esa precocidad obedecía a la comodidad económica de su familia y a la importancia dada por esas familias judías a la inversión intelectual. Es probable que, por ser hermano menor, haya encontrado mayores facilidades para dedicarse a los placeres intelectuales que su hermano mayor, Alfred, que sucedió a su padre en la administración de sus negocios; pero más importante para explicar su vocación de escritor parece haber sido el deseo de las grandes familias judías de emanciparse de su estatuto de inferioridad a través del reconocimiento de individuos dotados de talento y de una cultura universal. Lo que fue típico de su trayectoria, la utilización de su riqueza económica para hacerse camino en una carrera artística o de mecenas protector de las artes nuevas, resultó la realización del propósito más secreto y fundamental de los judíos como comunidad de destino. De allí que, a los sesenta años, el escritor que defendía desde su juventud un individualismo sin restricciones pudiera reconciliarse con sus orígenes de grupo estigmatizado que lo hizo todo para trascender su situación inicial:

En opinión generalmente aceptada, la verdadera y típica finalidad de la vida de un judío consiste en hacerse rico. Nada más falso (...) No se debe a una casualidad el que un lord Rothschild llegase a ser ornitólogo, un Warbug, historiador del arte, un Cassirer, filósofo, y un Sassoon, poeta; todos cedieron al mismo impulso inconsciente de liberarse de lo que un judaísmo estrecho de miras había limitado al mero y frío ganar dinero (...) «Buena» familia significa, pues, algo más que un elemento puramente social que ella misma se otorga con este calificativo; significa un judaísmo que se ha liberado o empieza a liberarse de todos los defectos, las mezquindades y pequeñeces que el gueto le había impuesto, a fuerza de adaptarse a otra cultura y, si era posible, a una cultura universal.¹³

De 1900 a 1904, cursa filosofía y estudios germánicos y románicos en la universidad de Viena. En julio de 1904 defiende su tesis de doctorado en filosofía con un trabajo sobre Hippolyte Taine;

en sus años de juventud parece haberse dedicado más a frecuentar la bohemia literaria, acercándose a pretendientes de orígenes sociales y geográficos muy diversos, sin sentir necesidad de profundizar los conocimientos de un ámbito especializado con el objeto de afirmarse profesionalmente. De hecho, su reconocimiento como hombre de letras tuvo lugar muy tempranamente. Envío una obra poética al diario **Neue Freie Presse**, «el cual, por su posición distinguida, por sus esfuerzos en favor de la cultura y por su prestigio político, significaba para toda la monarquía austro-húngara lo mismo que, poco más o menos, el **Times** para el mundo inglés y el **Temps** para el francés.»¹⁴ Theodor Herzl, entonces crítico y responsable –antes de dedicarse por completo a la causa sionista–, aceptó de inmediato el artículo presentado. Fue el comienzo de una amistad larga y duradera. Zweig nunca olvidó ese gesto del crítico preferido de los vieneses que permitió acelerar su reconocimiento literario:

Gracias a él, de la noche a la mañana yo había ascendido, a los diecinueve años, a una posición prominente, y Theodor Herzl, que desde aquel momento me trató con bondad y afecto, aprovechó en seguida una ocasión casual para escribir, en uno de sus ulteriores artículos, que no había motivos para creer en la decadencia del arte en Viena. Todo lo contrario, junto a Hofmannsthal, había ahora una retahíla de jóvenes talentos de los que cabía esperar lo mejor, y mencionaba mi nombre en primer lugar.¹⁵

Viajó por toda Europa, empezando por Berlín, y luego París, Londres, Bruselas, algunas ciudades de España y de Italia. Se dedicó entonces a la traducción de poesía, novelas, y obras de teatro, y en general a la crítica literaria, todos medios de «ejercitación» – como él mismo calificó esos años de diletantismo literario financiados por su situación familiar. Se dedicó en especial al teatro, actividad cultural que, como recuerda Michael Pollak, ocupaba el primer plano de la escena de Viena, y en 1905 ó 1906 concibió la obra «Thersite», aceptada por el Teatro Real de Berlín. La muerte del actor principal, seguida por otras peripecias con grandes actores austríacos, postergó su consagración como autor para el año 1912 con la obra «La Casa de la orilla del mar». De esa forma, en 1914, antes de que fuera movilizado como oficial de tropas del Imperio Austrohúngaro, su fama como hombre de letras ya se había establecido, tanto como poeta y autor de cuentos y biografías, como de obras de teatro y ensayos. Había viajado también a Argelia, a la India y a los Estados Unidos, pero al parecer Sudamérica como continente no le suscitaba un interés particular, ni por sus paisajes, ni por su cultura. El universalismo de sus afanes literarios no integraba al continente sudamericano en su perímetro.

Durante la guerra de 1914, se alistó como voluntario y fue destinado a los Archivos imperiales de la guerra, en el «grupo literario» que se ocupaba del servicio de prensa y de las actividades de propaganda. Hacia 1912 conoce a Friderike von Winternitz (1882-1971). La pareja se constituye durante la guerra, y vive en una casa

¹² *Ídem*, pp. 27-28.

¹³ *Ídem*, pp. 29-30.

¹⁴ *Ídem*, pp. 136-137.

¹⁵ *Ídem*, pp. 144-145.

en los suburbios de Viena, en una relación que concluye en matrimonio en enero de 1920. Gracias a su capital social, ni sus actividades literarias ni su vida íntima sufrieron demasiadas interrupciones, hasta la derrota germánica en 1919. El 1 de diciembre del 1914, señalaba en su diario:

Presentación en los Archivos de guerra. Me han confiado un trabajo realmente muy agradable que me satisface. No una tarea subalterna o de segundo orden, sino un verdadero trabajo. Esperemos que lo lograré! Vestido con el uniforme por primera vez hoy, sentimiento ajeno, a pesar de todo. Uno se siente un poco ridículo con un sable del cual uno no se sirve.¹⁶

En 1917, concluye su largo poema «Jeremías», presentado en el teatro en 1918. Viaja entonces a Suiza para participar en una serie de conferencias, y conoce a Romain Rolland, quien abrigaba convicciones pacifistas. Los horrores y las matanzas de la Primera Guerra Mundial dejaron una profunda huella en Zweig. Su pacifismo se alimentó de la proximidad de los combates mortíferos, seguramente informado de las masacres de la guerra de trincheras, pero lo suficientemente alejado como para no padecer amenazas directas.

En todo caso hemos de observar que su obra posterior conlleva la marca de esa experiencia dolorosa, no tanto en relatos o análisis de enfrentamientos armados, como en obras como **Castello contra Calvin** (1935) o **El triunfo y la tragedia de Erasmo de Rotterdam** (1934), alegatos a favor de la tolerancia frente a la diferencia radical de ideales y concepciones del mundo. No se trata aquí de examinar esa parte de su obra literaria. Para nuestro propósito central basta constatar que de 1919 a 1932, fecha en la cual su editor en Brasil —Abraham Koogman— le escribe una carta proponiéndole traducirlo, su prestigio literario ha alcanzado su apogeo. Al final de la guerra, en marzo de 1919, se aleja de Viena y se va a vivir a Salzburgo, donde vive con Friderike y sus hijas después de su casamiento. Tomar distancia de «mis queridos amigos, debido a nuestras opiniones divergentes durante la guerra» le procuró la tranquilidad necesaria para su «trabajo [que] siempre y en cualquier lugar sacó provecho de esta vida retirada»; pero sería un error creer que ese período es uno de aislamiento: muy por el contrario, desarrolla entonces una intensa actividad epistolar, que se complementa con frecuentes viajes por toda Europa y, sobre todo, por la acogida en su hogar de los intelectuales más prometedores o de vanguardia. La casa de Salzburgo funcionó así como un salón prestigioso. Su notoriedad se debía tanto a sus obras como a su posición de mediador entre individuos, círculos y tendencias artísticas y eruditas, y a su vocación por tejer los hilos del debate constitutivo de la República de las Letras a escala europea. De allí en más, los que iban a verlo a Salzburgo constituían la prueba más segura de su notoriedad internacional y de su papel de corredor bien informado del mercado de los valores en alza o en baja. Aunque lejos de los salones y de los cafés de la Viena de antaño,

Nuestra casa de Kapuzinerberg se volvió una casa europea. ¿Quién no ha sido hospedado ahí? Nuestro libro de oro lo podría certificar mejor que el recuerdo solo, pero este libro también, con la casa y tantas otras cosas, quedó presa de los nacional-socialistas. ¿Con quiénes no hemos pasado ahí horas cordiales, contemplando desde la terraza el hermoso y apacible paisaje, sin sospechar que justo en frente, sobre la montaña de Berchtesgaden estaba el hombre que iba a destruir todo eso? Romain Rolland se quedó en nuestra casa, y Thomas Mann; entre los escritores Van Loon, James Joyce, Emil Ludwig, Franz Werfel, Georg Brandes, Paul Valéry, James Adams, Schalom Asch, Arthur Schnitzler fueron nuestros huéspedes, acogidos con toda amistad; entre los músicos, Ravel y Richard Strauss, Alban Berg, Bruno Walter, Bartók, sin hablar de los pintores, actores, eruditos venidos de todos los puntos de la rosa de viento. ¿Cuántas buenas y claras horas de conversación nos traía el soplo de cada verano?¹⁷

El indicio más significativo de su posición de vocero acreditado de la comunidad intelectual europea es sin dudas el discurso pronunciado en los funerales de Sigmund Freud, el 26 de septiembre de 1939; el otro orador fue Ernst Jones, en nombre de los círculos de psicoanalistas. Es verdad que se frecuentaban y que, en 1908, comenzó una correspondencia bastante periódica, nutrida sobre todo por los envíos de libros de Zweig seguidos de comentarios de Freud.¹⁸ Stefan Zweig publicó incluso una biografía del fundador del psicoanálisis, fríamente recibida por el maestro. No fue reconocido como un pensador que podía sopesar la innovación científica introducida por Freud, sino más bien como el escritor famoso que podía atestiguar el impacto de sus descubrimientos en todos los ámbitos del conocimiento y en las transformaciones del sentido común: «Ese extraordinario descubrimiento del alma humana vive, como una leyenda imperecedera, en todos los idiomas y en el sentido más literal, porque acaso ¿hay un idioma que podría pasarse, privarse de los conceptos, de los vocablos, que arrancó al crepúsculo del inconsciente?».¹⁹

Las teorías de Freud sólo podían ser percibidas por un hombre de letras del tipo de Zweig como una invitación a agudizar la mirada a fin de sondear los misterios de la vida íntima, incluidos los de los grandes personajes cuyos nombres se recuerdan en la memoria colectiva o la historiografía. El trabajo minucioso que solía preceder a la escritura de sus biografías, como por ejemplo la consagrada a **María-Antonieta** —y sin que ello signifique pretensión alguna por convertirse en historiador—, tal vez se vinculaba a una búsqueda por acceder a detalles capaces de develar la trama de motivaciones y actos íntimos que explicarían mejor ciertos comportamientos cuya lógica comúnmente está vedada al entendimiento. En todo caso, por su vocación por atender a su sociabilidad inmediata y por el sentido mismo que le asigna a su trabajo literario, parece haber sido poco sensible a las dimensio-

¹⁶ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, Paris, Stock, 1994, p. 64.

¹⁷ Stefan Zweig, **El mundo de ayer**, op. cit., pp. 437-438.

¹⁸ Cfr. Sigmund Freud y Stefan Zweig, **Correspondance**, Paris, Payot et Rivages, 1995.

¹⁹ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, op.cit., p.157.

nes propiamente sociales de la evolución histórica; en la anterior cita, se puede observar el dolor de quien ha percibido demasiado tarde, por detrás de la felicidad de las conversaciones intelectuales de los días de verano, la llegada al poder de Adolfo Hitler. El retorno de lo reprimido, en este caso, se debía sencillamente al encadenamiento de actos interdependientes, como dice Norbert Elias. Las persecuciones y las amenazas padecidas ya a principios de 1930, que lo llevarán a buscar refugio en el Brasil, se sintieron tanto más en la medida en que Zweig no se había percatado del entrelazamiento de acontecimientos que transformaron la llegada del nazismo en una ola irresistible. Al igual que lo ocurrido con su amigo Sigmund Freud, la disección de los mecanismos del alma humana no lo protegió contra una violencia que lo empujó hacia el camino inexorable del exilio.

II. El Europeo apátrida

El año 1932 marca un giro en la recepción de los libros de Stefan Zweig que anuncia un brutal cambio entre el autor y sus lectores. Su prestigio internacional era tal que un joven editor de Río de Janeiro, Abrahao Koogman, muy vinculado con la comunidad judía europea que emigró al Brasil, le envió una carta proponiéndole un plan sistemático de publicación de sus obras. Era el principio de un vínculo comercial y, posteriormente, de una amistad que perduraron hasta la muerte de Zweig, y que fueron esenciales en las disputas vinculadas a los funerales y al cumplimiento de disposiciones testamentarias diez años más tarde. Por otra parte, el antiintelectualismo de los nazis llegó hasta la quema de libros en plazas públicas; nuestro autor no pudo evitar esa suerte. Desde esa época hasta 1938, sus libros fueron publicados en Austria, en la editorial Herbert Heichener. Pero la edición de **Brasil, un país del futuro**, fue la obra de un editor alemán que se hallaba instalado en Estocolmo, Suecia. La llegada masiva de sus libros al Brasil coincidió con el anatema pronunciado en Alemania y luego en Austria; como lo señalan sus memorias, una cosa podía difícilmente compensar la otra, en particular porque la pérdida concernía a quienes lo leían en su idioma materno, la lengua de composición de todas sus obras. Todos sus esfuerzos centrados en la valoración del alemán como idioma de expresión literaria y acumulación de conocimientos, de acuerdo con sus predecesores o algunos de sus contemporáneos, quedaban repentinamente devaluados. La imposibilidad de un retorno a la tierra natal cambió por completo el sentido y los sentimientos que acompañaban sus viajes; las fronteras nacionales dejaban huellas aún en alguien para quien transponerlas sin cesar, a fin de afirmar el universalismo de su marco de reflexión, había sido una cuestión fundamental.

En 1934, durante la requisa de su casa de Salzburgo por la policía, se dio cuenta de que, en el futuro, las persecuciones no harían más que aumentar. El pretexto policial revelaba el hecho de que los escritores como él eran enemigos: los policías venían a embargar un escondite de armas después de un ataque de la Wehrmacht con ametralladoras y cañones en los barrios obreros de Viena. Para Stefan Zweig, «la última vez que la democracia

europea se defendió así del fascismo fue en España.»²⁰ Al día siguiente, en Salzburgo,

mientras todavía estaba leyendo en la cama, llamaron a la puerta; nuestro bueno y anciano sirviente (...) apareció con la cara desencajada. Me dijo que tenía que bajar, que habían venido unos señores de la policía para hablar conmigo (...) Me esperaban allí cuatro policías de paisano, los cuales me comunicaron que tenían orden de registrar la casa; les tenía que entregar en el acto las armas de la Alianza Defensiva Republicana que tuviera escondidas (...) Tras aquella visita oficial mi casa dejó de gustarme y tuve el presentimiento de que aquellos episodios no eran sino el tímido preludio de intervenciones de mayor alcance. Aquella misma tarde empecé a empaquetar los papeles más importantes, decidido a vivir en adelante en el extranjero (...) Sin informar de mi propósito a ningún amigo ni conocido, dos días más tarde emprendí viaje a Londres.²¹

De hecho, Zweig se fue solo, ya que su esposa Friderike y su familia siguieron residiendo en la misma casa. Hay que observar que ese incidente se produjo antes de que los nazis se hicieran con el poder en Austria. Desde esa partida de su país natal, los viajes se multiplicaron y cambiaron de sentido. Sintiendo víctima de las persecuciones nazis, Zweig amplió el horizonte de sus contactos internacionales. Esa preocupación es la que puede explicar su visita al Brasil en 1936. Tal como lo formuló en sus memorias:

Viví aquellos años en Inglaterra sólo físicamente, no con toda el alma. Y fue precisamente la inquietud por Europa, esa dolorosa inquietud que nos destrozaba los nervios, lo que, en los años entre la toma del poder por Hitler y el estallido de la Segunda Guerra Mundial (...) Un ciclo de conferencias a lo largo y ancho de los Estados Unidos me ofreció la grata oportunidad de ver este inmenso país en toda su diversidad y, a la vez, unidad, de este a oeste y de norte a sur. Pero quizá fue todavía más fuerte la impresión que me causó América del Sur, adonde acepté viajar de buen grado a raíz de una invitación al congreso del PEN Club Internacional; nada me pareció tan importante en aquel momento como reforzar la idea de la solidaridad espiritual por encima de países y lenguas (...) Cuando, al cabo de unas horas de parada, el barco desatracó de nuevo, corrí a mi camarote. Me resultaba demasiado doloroso seguir viendo ese hermoso país que había caído víctima de una horrible desolación por culpa de otros; Europa me parecía condenada a muerte por su propia locura, Europa, nuestra santa patria, cuna y Partenón de nuestra civilización occidental.²²

La experiencia del Congreso en la Argentina y la estadía en el Brasil como huésped oficial de Getulio Vargas, entonces presidente electo después del establecimiento de la Constitución de

²⁰ Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, op.cit., p. 483.

²¹ *Ídem*, pp. 486-487 y 488-489.

²² *Ídem*, pp. 497-498 y 500.

1934, se inscribieron en el proyecto de hacer renacer la esperanza de una Europa de libertades mucho más allá de sus fronteras físicas: «Deberíamos empezar a pensar, me decía a mí mismo, ya no sólo a la europea, sino mirando más allá de Europa; no deberíamos enterrarnos en un pasado moribundo, sino participar en su renacimiento».²³

Redactadas probablemente en el Brasil, esta parte de sus memorias condensa el argumento central del elogio realizado en **Brasil, país del futuro**. Las teorías raciales no tenían allí sustento alguno como ocurría en Europa, el territorio era tan inmenso y deshabitado que podía permitir la inmigración de los perseguidos en Europa para desarrollar una civilización nacida en el hemisferio norte. Después de expresar un juicio favorable de la Argentina, Stefan Zweig comparaba las condiciones de vida en América del Sur y en Europa:

Una impresión no menos imponente, una promesa no menor, supuso para mí Brasil (...) aquí, el embrutecimiento que trajo consigo la Primera Guerra Mundial no ha penetrado todavía en las costumbres, en el espíritu de las naciones; aquí los hombres viven más pacífica y educadamente que entre nosotros, menos hostil que entre nosotros es el trato entre las diferentes razas; aquí el hombre no ha sido separado del hombre por absurdas teorías de sangre, raza y origen; se tenía el singular presentimiento de que aquí todavía se podía vivir en paz; aquí el espacio, por cuya mínima partícula luchaban los estados de Europa y lloriqueaban los políticos, estaba preparado, en una abundancia incommensurable, para recibir el futuro (...) aquí se podía continuar y desarrollar en nuevas y grandiosas formas la civilización que Europa había creado. Con ojos felices ante las mil formas de la belleza de aquella nueva naturaleza, vi el futuro.²⁴

Stefan Zweig llegó por primera vez al Brasil el 21 de agosto del 1936 y sólo permaneció allí 12 días en los que fue huésped oficial del gobierno brasileño.²⁵ Al llegar, el presidente de la Academia Brasileña de Letras lo esperaba en el puerto. Sus conferencias en la Academia y en los sitios de más renombre de la intelectualidad conservadora tuvieron gran repercusión. Frecuentó también el Instituto Brasileño de Historia y Geografía (IHGB), garante de la historiografía oficial. El 25 de agosto de 1936 fue recibido en el palacio presidencial por Getulio Vargas, del cual hizo el elogio a la salida del encuentro. Ofreció también una conferencia promovida por el Centro Israelita Brasileño; el editor Abrahao Koogman desempeñó un papel importante en la organización de su estadía y, como ya señalamos, la exclusividad de los derechos de publicación de las obras del escritor austríaco data de ese mismo año. Es probable que en esa época haya iniciado las negociaciones con el gobierno de Vargas en relación a la publicación de **Brasil, país del futuro** a cambio de una visa permanente ya que, poco después de su regreso a Europa, distintos diarios europeos

y norteamericanos publicaron el ensayo **Pequeño viaje a Brasil** (entre el 17/10/1936 y el 8/11/36). Ese breve texto incluía las observaciones consignadas en su diario y las propuestas fundamentales del libro publicado en 1941.²⁶ La presencia más fuerte del fascismo en la Argentina quizás influyó en su elección del Brasil como refugio en América del Sur. En una carta de septiembre de 1936 a su mujer Friderike, señalaba su malestar ante el congreso organizado por el PEN Club en Buenos Aires:

El congreso está puntuado de choques entre fascistas y los demás, luego cae de nuevo en un mortal aburrimiento —¡todo está traducido en tres idiomas! No hablé ni una vez, rechacé presidir, no estoy bueno produciéndome en público (...) Una foto de formato gigante me representa llorando durante el discurso de Ludwig. Sí, es lo que se podría leer en enormes caracteres! En realidad estaba tan asqueado cuando se nos presentó como mártires que había ocultado la cabeza entre las manos para que no me fotografieran, y fue justamente eso lo que tomaron, luego inventaron una leyenda adecuada.²⁷

El Brasil de 1936 había experimentado los conflictos ideológicos que marcaban el panorama europeo: en noviembre de 1935, el sublevamiento de la Alianza Nacional de Liberación (ANL), con fuerte participación de los comunistas en Río de Janeiro, Recife y Natal en el Nordeste, fue sofocado por el ejército. Los integralistas, versión local del fascismo, se organizaban en todo el país, pero en ese momento apoyaban al presidente Vargas (trataron de derrocarlo sin éxito en 1938). La revolución de 1930 se había institucionalizado gracias a una Asamblea Constituyente libremente electa, que dotó al país de un nuevo título legal en 1934. Debidamente elegido tras la votación de la constitución de 1934, la autoridad de Getulio Vargas ya no dependía del exclusivo control del ejército y de la policía, aunque la cláusula de uso de las facultades de «estado de guerra» fue utilizada constantemente después de la sublevación de 1935. Por otra parte, la dificultad de los intercambios económicos con Europa y los Estados Unidos, tras la crisis de 1929, trajo aparejado un cierto crecimiento económico promovido por la industrialización vinculada a la sustitución de importaciones. El fuerte crecimiento urbano de ese período no estuvo vinculado al desempleo masivo, como en Estados Unidos y en Europa, sino a la expansión del mercado de trabajo industrial que ofrecía oportunidades económicas y sociales a los obreros, más ventajosas que las que tenían los campesinos. De esa forma, el primer viaje se realizó en el momento en que el Brasil estaba pasando a ser de un país exportador de productos agrícolas (café, azúcar, cacao, caucho) a un país industrializado, de un país rural a un país urbanizado; se trataba de un momento particularmente favorable. Los servicios públicos se estaban expandiendo considerablemente: tal los casos del sistema educativo federal, de la promoción de servicios de salud en el conjunto del territorio, y de la creación de una infraestructura de transporte. El Estado nacional conoció en esa época una centralización del sistema de deci-

²³ *Ídem*, pp. 500-501.

²⁴ *Ídem*, pp. 501-502.

²⁵ Alberto Dines, **Morte no Paraíso**, Rio de Janeiro, Rocco, 2004, p. 19.

²⁶ *Ídem*, p. 75, n. 114.

²⁷ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, *op.cit.* p. 155.

siones y una reorganización sin precedentes de sus modos operativos. El establecimiento de Facultades de filosofía, ciencias y letras permitió la construcción de verdaderas universidades como la de San Pablo en 1934 y la de Río de Janeiro en 1935. Eran instituciones que ofrecían una base firme para la instalación de un mercado cultural, permitiendo en primer lugar una mayor autonomía de las editoriales en relación con las librerías de las metrópolis. Contribuían, además, a la formación de productores y de un público de teatro y radio, de la industria del disco y, más tarde, del cine y la televisión. El futuro colectivo e individual conocía otros horizontes; la profecía de Stefan Zweig, como la de tantos otros, señalaba un futuro que estaba objetivamente inscripto en las tendencias de la época. Pero en su caso, su fama de hombre de letras cosmopolita resultaba especialmente apta en el reconocimiento y la sanción del Brasil como una colectividad dotada de un proyecto de sociedad con los atributos necesarios para ser reconocida como «civilizada». En un mundo en guerra, frente a la ambición nazi de extender su control a América del Sur, esa predicción tenía aún más valor para los gobernantes.

III. Crónica de un suicidio anunciado

Aún antes de la declaración de guerra, la anexión de Austria por parte de Alemania en marzo de 1938 impulsó a Zweig a adoptar la decisión de cambiar de nacionalidad; en octubre del mismo año, pidió la nacionalidad británica. Sus libros fueron quemados en Salzburgo; el vínculo amoroso con su nueva secretaria, Charlotte Altman, originó su divorcio con Friderike, aunque continuaron su correspondencia. En 1939, año del comienzo de las hostilidades en Europa, se casó con Altman, quien se mató el mismo 23 de febrero de 1942. La guerra marca para él la señal mayor de que el mundo que había contribuido a constituir se había derrumbado definitivamente; sus memorias finalizan deliberadamente el 3 de septiembre de 1939, fecha de la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. Esa lucidez progresiva de la significación del exilio está muy claramente tratada en sus memorias. El intelectual libre de todos los lazos y las raíces terminaba conociendo las limitaciones de todo exiliado, de todo inmigrante:

La caída de Austria produjo en mi vida privada un cambio que en un principio consideré del todo insignificante y puramente formal: perdí mi pasaporte austríaco y tuve que pedir a las autoridades británicas un documento sustitutivo, un pasaporte de apátrida. En mis sueños cosmopolitas me había imaginado a menudo en mi fuero interno cuán espléndido y conforme a mis sentimientos sería vivir sin estado, no estar obligado a ningún país y, por lo tanto, pertenecer a todos sin distinción. Pero una vez más tuve que reconocer cuán imperfecta es la fantasía humana y hasta qué punto no comprendemos las sensaciones más importantes hasta que no las hemos vivido nosotros mismos.²⁸

²⁸ Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, op.cit., p. 512.

Todos los que acusan a la sociología del arte de reduccionismo, de introducir artificialmente el análisis de las restricciones sociales en el examen de las obras de arte –sobre todo en las obras de ficción– para comprender mejor el abanico de sus múltiples significados, deberían meditar sobre este testimonio de Stefan Zweig. En todo caso, una vez declarada la guerra, aún la naturalización del nuevo matrimonio Zweig no lo protegía de las preocupaciones impuestas a todos ellos que han nacido en el suelo de los enemigos de Gran Bretaña. En junio de 1940, obtuvo una visa de seis meses en el Brasil adonde fue más tarde pasando por los Estados Unidos. Llegó allí el 21 de agosto de 1940 y partió cinco meses más tarde, el 21 de enero de 1941. Durante esa estadía, viajó a la Argentina y al Uruguay, oportunidad que le permitió obtener una visa permanente para Brasil. Fue en ese viaje que tomó las notas y formuló las observaciones abordadas en **Brasil, país del futuro**. A su regreso, visitó Belem en el Amazonas e hizo un viaje a los Estados Unidos, antes de regresar a Londres. Gracias a la calidad de las bibliotecas y librerías de Nueva York, la redacción de **Brasil, país del futuro** concluyó en suelo norteamericano. Para el matrimonio Zweig, el país sudamericano se presentaba también como el país de la última oportunidad:

Fui a mi habitación y coloqué mis cosas en una maleta. Si se confirmaba lo que había predicho un amigo que ocupaba un cargo importante, en Inglaterra a los austríacos nos contarían entre los alemanes y cabía esperar que nos impusieran las mismas restricciones; quizás aquella misma noche ya no me dejarían dormir en mi cama. Había bajado un escalón más: desde hacía una hora ya no era sólo un extranjero en aquel país, sino también el enemigo, un extranjero enemigo, exiliado por la fuerza en un lugar donde no se hallaba su corazón palpitante. ¿Se podía imaginar una situación más absurda para un hombre expulsado hacia tiempo de una Alemania que lo había estigmatizado como antialemán a causa de su raza y de su modo de pensar, que la de encontrarse en otro país donde, por un decreto burocrático, le imponen una comunidad de la cual, como austríaco, nunca ha formado parte?²⁹

En agosto de 1941, el matrimonio Zweig llegó a Río de Janeiro para instalarse por un período más largo. Alquiló a tal efecto una casa en Petrópolis hasta abril de 1942; esa ciudad, en el siglo XIX, había acogido la residencia de verano del Emperador del Brasil que pertenecía por su madre al linaje de los Habsburgo. Será su última morada; allí concluyó sus memorias en noviembre de 1941, donde el desamparo frente a la evolución de Europa resulta evidente:

Cualquier otro vínculo, todo lo anterior y pasado, se había roto y destruido, y yo sabía que, después de esta guerra, todo debería volver a empezar de nuevo, pues la misión más íntima a la que había dedicado toda la fuerza de mi convicción durante cuarenta años, la unión pacífica de Europa, había fracasado. Aquello que yo temía más que a la propia muerte, la guerra de todos contra todos, se había desencadenado por

²⁹ *Ídem*, p. 544.

segunda vez (...) Y sabía que una vez más todo lo pasado estaba prescrito y todo lo realizado, destruido: Europa, nuestra patria, por la que habíamos vivido, sería devastada más allá de nuestras propias vidas.³⁰

Esa misma sensación, explícita en sus memorias, de agotamiento físico y mental en los esfuerzos de reconstrucción de su vida individual, incluso después de finalizada la guerra, se expresa en la Declaración del 22 de febrero de 1942, donde trata de explicar su suicidio. En diciembre de 1941, justo después del ataque japonés contra Pearl Harbour, los Estados Unidos entraron en guerra, pero aún en 1942, el avance de los países del Eje constituía la característica predominante de la evolución de los combates. Al mismo tiempo que concluía su autobiografía, Stefan Zweig elaboró un cuento —«El jugador de ajedrez»— que mostraba de qué forma un rústico descendiente de campesinos de Europa central podía vencer a todos sus rivales mucho más cultos que él mediante la simple aplicación de su inteligencia en una modalidad única del juego social. Quizás sea la única metáfora que lograría forjar para explicar la ascensión meteórica de Adolf Hitler, así como la radical impotencia de los intelectuales para cerrarle el camino. En el momento del carnaval —del 15 al 17 de febrero de 1942— regresó a Río acompañado por Lotte Altman para alojarse en un barrio tranquilo en lo de su editor Abrahao Koogman. Volverán a Petrópolis a toda prisa, después de que Zweig leyera en los periódicos del 17 de marzo noticias que fueron percibidas como una señal de que los males de la guerra estaban llegando también a Brasil. Zweig entregó al editor sobres que debía abrir más adelante: contenían los manuscritos del cuento para enviar a los editores extranjeros y sus disposiciones testamentarias. La pareja regresó a Petrópolis sin que nadie supiera que la decisión del fin último estaba tomada. A pesar de sus instrucciones relativas a un entierro en el cementerio judío de Río de Janeiro, las deliberaciones entre la burocracia de Vargas, su editor, y los líderes de las asociaciones judías, desembocaron en la imposición de funerales nacionales en Petrópolis. Quien había predicho un destino de primer nivel para el Brasil quedaba así incorporado al panteón nacional. La violencia infligida a la vitrina de la librería quizá sólo sea la reproducción del acto colectivo del rito de iniciación, en el sentido de Van Gennep, en que los representantes de la Nación, de los cuerpos intermedios o de simples empresas comerciales se han apoderado de los cuerpos de los individuos para convertirlos en símbolos.

Los malentendidos sobre ese honor, que contrariaba explícitamente el deseo del difunto, muestran la complejidad de los equilibrios de fuerza inscriptos en los equilibrios de sentido, y prefiguraban debates futuros bajo forma de ensayos, reportajes, obras de teatro, películas o de sencillos análisis sociológicos. ¿Víctimas del autoritarismo, homogeneizando los regímenes europeos y brasileños de la época? ¿Imágenes de mártires del antisemitismo como prefiguraba el episodio argentino? ¿Incomprensión de todo libre pensador, como la persecución de Sócrates? ¿Acontecimiento que podría no haber sucedido nunca si el con-

junto de las circunstancias que lo hicieron inevitable no se hubieran presentado de manera tan adversa? Imposible sostener una única alternativa.

Hay que señalar, sin embargo, que Stefan Zweig fue generoso con sus anfitriones y respetuoso de todos los acuerdos públicos. Un pequeño texto titulado «Declaração» —de uso habitual en el Brasil como protocolo que antecede una toma pública de la palabra, aunque en este caso redactado totalmente en alemán— deja ver su preocupación porque su suicidio pudiera ser interpretado como un rechazo de la tierra que lo había acogido, o incluso como una señal de que su libro no era más que un conjunto de fórmulas de circunstancia o carentes de sinceridad. Zweig manifiesta allí que se sintió muy bien recibido, y se muestra esperanzado respecto al destino del Brasil, al punto de señalar que, si hubiera tenido que reconstruir completamente su vida, lo elegiría como lugar de residencia. Sólo que una decisión de esa índole hubiera comportado exigencias que no podía asumir por falta de fuerzas. esa decisión. Una vez más, creo que reafirmaba que se contaba entre los artesanos de **El Mundo de Ayer**, aunque muy decepcionado por las vías de su evolución o de su derrumbe. Sus escritos, sin embargo, constituyen testimonios o huellas que permiten a las nuevas generaciones descubrir las trampas que enfrentó durante su vida e incluso después de su muerte. ¿Acaso no tomó la precaución de enviar a los editores de varios países su último manuscrito y de consignar por escrito el destino de toda su obra?

En fin, ¿el inusitado fin de su vida no reforzó la necesidad de leer sus textos para entender su mundo —vivido o imaginado a partir de sus vivencias—, ese universo diferente del que enfrentan sus lectores en la vida cotidiana, un mundo habitado por configuraciones reconstruidas por arqueólogos, el *Mundo de Ayer*? ¿No nos lleva a aguzar formas de pensamiento que permitan comprender la trama de relaciones entre literatura y situación social en que cada texto adquiere existencia objetiva?

Espero por mi parte haber contribuido por lo menos a mostrar que los problemas propuestos por Víctor Karady acerca de los vínculos entre la intelectualidad judía, la génesis de naciones de Europa Central, y el antisemitismo, son llaves valiosas para tratar de entender la génesis de las profecías sobre el futuro nacional del otro lado del Atlántico, en América del Sur. Espero, además, haber respetado las reglas de su conducta como sociólogo: la universalidad de una problemática, o de un modelo de explicación, no se decreta a partir de una autoridad institucional —por importante que sea su notoriedad y prestigio—, sino que se demuestra mediante un análisis empírico que somete la teoría a la prueba de los procesos que debe permitir comprender.

[Traducido por Pablo Tiscornia.

Revisión técnica de Laura Fernández Cordero y Martín Bergel]

³⁰ *Ídem*, p. 545-546.

DICIEMBRE DE 2001

PRONTO, LUIGGI, SONO IO, TOMI, TOMI NEGRI, HO VISTO IL BOLOGNI IN PIAZZA DI MAGGIO, ILA MULTITUDINE! UNE FORZA SOCIALE CREATIVA E PROTEICA COMME UNE MACHINA DESEANTE DI DELEUZE, DI SPINOZA. STAMMO IN TEMPO DI RIVOLUZIONE E TUTTI ALI CLASSI SOCIALE SI FUDEN IN LA MULTITUDINE!



JUNIO DE 2002

SI, SI, LUIS, LISTO. CAVAL QUE EN SEATTLE, CHAU...



BUENO, DARTO, HAY QUE HACER COMO EN SEATTLE. CONSTITUIR UN MOVIMIENTO DE SUBJETIVIDADES DIVERSAS. SALIMOS DE LANUS, CORTAMOS EL PUENTE PUEYRREDON Y DE AHI HASTA PLAZA DE MAYO, DONDE NOS ESPERAN LOS AHORRISTAS DE CADALLITO, QUEBÁS CASTELLS Y D'ELIA. SE NOS UNAN EN EL CAMINO.



IV INTERNACIONAL presenta

CORRERÍAS del PIPE ALTAMIRA

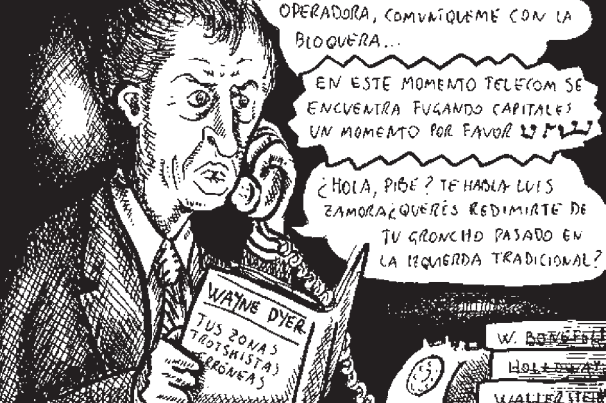
EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN

en

PIQUETE Y CACEROLA... LA LUCHA ES UNA SOLA!!!

ENERO DE 2002

PERFECTO, TOMI, TENEMOS QUE MOULIZAR A TODOS LOS GRUPOS SUBALTERNOS EN UN MOVIMIENTO ANTICAPITALISTA DE AUTODETERMINACION Y LIBERTAD, CHAV.



JULIO DE 2008



La experiencia política y cultural del socialismo argentino ha sido objeto de atención creciente en los últimos años, particularmente entre una nueva generación de historiadores que en el entrecruzamiento de una renovada historia política y las herramientas provenientes de la historia intelectual, han revisitado temas, problemas y figuras de aquella tradición o bien iluminado otros poco o nunca analizados. En este marco se ubican los artículos que integran este *dossier*. El primero pertenece al investigador Juan Manuel Viana, becario doctoral de Conicet y docente de la Universidad Nacional de Rosario, quien a partir de una cuidada reconstrucción discursiva analiza la recepción de Jean Jaurès en el socialismo argentino y las interpretaciones contrastantes en torno al tópico del «socialismo ético» con el que se asoció la figura del francés. José Augusto Piemonte, doctorando de la Universidad de Buenos Aires, analiza la cuestión del librecambio como elemento organizador de la tradición socialista en la Argentina y el rol que este jugó en el posicionamiento del partido comandado por Juan B. Justo en el seno de la Segunda Internacional. Por último, María Cristina Tortti, docente e investigadora de la Universidad Nacional de La Plata y autora de **El viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda** (2010), reconstruye la experiencia del periódico **Soluciones**, publicación que en el marco de la llamada «traición Frondizi» resultó un temprano ensayo de articulación política entre fuerzas de la izquierda socialista y comunista y el peronismo proscrito.



Jean Jaurès en el discurso del socialismo argentino: Juan B. Justo, Alejandro Korn y la cuestión del socialismo ético*

Juan Manuel Viana

«... resulta doblemente curioso que nunca se haya intentado analizar el paralelismo de ambas figuras del socialismo [Justo y Jaurès], ni siquiera a la luz de un texto tan sugerente e ilustrativo como las conferencias porteñas de Jaurès»

(José Aricó, **La hipótesis de Justo**, Bs.As., Sudamericana, 1999, p.92)

1. Cuestiones de método

En ocasiones, la historia del pensamiento socialista tiende a igualar a todo un conjunto de formas ideológicas, bajo la nota de su carácter no-revolucionario. Revisionismo, reformismo, parlamentarismo, gradualismo, democratismo, integrarían una lista de rótulos intercambiables, que son pasibles de adquirir especificidad histórico-espacial, aunque no matices teórico-conceptuales. La denuncia de tal simplificación, por su parte, corre con otro riesgo: el exceso normativista. Pensar a los textos como «más cerca» o «más lejos» de una definición adecuada de los diversos perfiles doctrinarios, implica soslayar que dichos textos fueron concebidos para intervenir en debates y luchas puntuales: una interpretación «por definiciones», tiende a empobrecer nuestra comprensión histórica.

Sabemos que las intervenciones intelectuales surgen en el lábil campo de la retórica política: nuestro rescate suele ofrecérselas reificadas, como piezas teóricas consumadas. La tarea de una historia político-intelectual es reconstruir las redes en las que se plasma el significado de tales intervenciones, bajo al menos dos variables: discurso y tradición. Si el «discurso» es el horizonte de aquello que se puede nombrar y pensar en un determinado tiempo-espacio; y la «tradición» consiste en operaciones de otorgamiento de continuidad a un grupo de nombres para relanzarlos como ideas ante horizontes cambiantes; parece constituir una

auténtica decisión metodológica el que optemos por una de las dos perspectivas analíticas. La apuesta por el discurso, pone en suspenso la efectividad de una continuidad semántica; al estudiar la continuidad, se relativiza el horizonte discursivo en tanto mero «contexto». Articular ambas dimensiones constituye un desafío epistemológico: emprenderlo sin recaer en viejos vicios aparece como el suelo mínimo de condiciones.

En nuestro objeto, debemos abocarnos a interpretar un horizonte discursivo: el del llamado «antipositivismo argentino». Bajo este rótulo, se ubica a una serie de expresiones que coinciden en denunciar el determinismo, reivindicando la existencia de lo que hoy llamaríamos un resto no objetivable, que adquiere diversos nombres: su coordenada filosófica es un genérico «subjetivismo». Por otra parte, un efecto de tradición ha querido que tal rótulo no venga a marcar una ruptura con la expresión de una política científica socialista —coordenada del socialismo del Centenario— sino que, por el contrario, se integrara en una línea de intervención política que habría adquirido una suerte de autoconciencia ética, latente desde los inicios. Hacia finales de los años veinte, Korn lee a Justo como un socialista ético «no explícito» y a Jaurès como el modelo a seguir; Américo Ghioldi reivindica a los tres para justificar, contra el peronismo, un socialismo heredero del liberalismo. No se trata de reescribir la tradición socialista en un recto sentido. Pero indagando en la complejidad de horizontes de sentido, a la vez que en el sentido retórico de algunas intervenciones de Jean Jaurès, Juan B. Justo y Alejandro Korn, pretendemos aportar elementos para pensar los modos en que una tradición socialista tramitó las rupturas discursivas desde sus diversas fundamentaciones.

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en las «Vas. Jornadas de Historia de las Izquierdas», organizadas por el CeDInCI, los días 11, 12 y 13 de noviembre de 2009, en Buenos Aires. Agradecemos a Adriana Petra, Horacio Tarcus y Patricio Geli la invitación a colaborar con la presente edición.

2. Política y metafísica en Jean Jaurès

Varios historiadores de las ideas, han indagado en la obra específicamente filosófica de Jean Jaurès: el n.º 155 de *Cahiers Jaurès*, está dedicado íntegramente a tal tópico:¹ especialistas en filosofía como André Robinet y Alexis Philonenko dan relieve a tal volumen. A la vez, al menos dos tesis doctorales relativamente recientes abordan, más profundamente, la relación entre pensamiento político y metafísica en Jaurès.² Con anterioridad, Leszek Kolakowski había dedicado al francés un muy valioso capítulo de su extensa obra sobre las distintas corrientes teóricas del marxismo³. Dicho vínculo no puede ser soslayado: en 1881, Jaurès egresa de l'École Normale Supérieure como uno de los tres mejores promedios, por detrás de Lesbazeilles y el mismísimo Henri Bergson.⁴ Devenido en legislador republicano en 1885, al no ser reelegido en su banca retoma su actividad académica, hacia finales de la década, doctorándose en filosofía hacia 1892 con dos tesis: «*De la réalité du monde sensible*»⁵ y «*De primis socialismi germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel*».⁶ En 1893, ya puede considerarse a Jaurès un político socialista, pues ingresa al parlamento en representación de la facción socialista de Benoît Malon, opuesta a la ortodoxia kautskiana de Jules Guesde. Devenido político profesional, su obra no disminuye en cantidad ni calidad, aunque sólo pasa a retomar los temas de metafísica cuando estos vienen a apuntalar cuestiones más afines a la discusión teórico-doctrinaria: sus interlocutores han cambiado y Jaurès pasa a ser uno de los más destacados intelectuales del alto cuadro dirigencial de la II Internacional Socialista. Convertido en una figura de armonización práctica, logró no obstante sentar los principios teóricos de un tipo de interpretación del socialismo que gozó de amplia aceptación. De modo muy simplificado, podría intentarse resumir su pensamiento socialista bajo las siguientes coordenadas.⁷

a) En moral o en política, el socialismo es una fuerza inscrita en la historia del hombre; pero ésta, bajo una mirada de tipo pan-teísta-evolutivo, es pensada a su vez bajo la amplia legalidad del universo, que responde a una tendencia hacia la armonía

final. Históricamente, se trata de un ideal multiforme y sobre-determinado, que adquiere en el siglo XIX el nombre de socialismo, pero que viene a coronar el despliegue evolutivo de todas aquellas luchas que se dieron en nombre de la igualdad, la justicia y la libertad. Por tanto, el socialismo no está reñido con el republicanismo, sino que es una forma superior de realización del gran ideal de Humanidad, en el cual ambas formas políticas se inscriben.

- b) Supuesto este carácter acumulativo de la historia, y aun de todo el devenir cósmico, la figura que predomina en Jaurès es la de la evolución sin pérdidas: su pensamiento es el de una síntesis, como el de la dialéctica. Pero para el francés, las contradicciones en las que se expresa toda forma histórica no se resuelven necesariamente bajo la forma del conflicto: cree en la síntesis armónica. Por ello, descrea de la hipótesis marxiana de la necesidad de la pauperización general.
- c) No obstante el tono metafísico de su visión del socialismo, Jaurès considera al proletariado como el encargado de llevar adelante la realización del ideal de justicia, igualdad y libertad. Plasmada la contradicción entre «hombre-instrumento» y «hombre-fin en sí mismo», que revela la relación del salariado, los trabajadores están llamados a manifestar el ideal de justicia bajo la máxima potencia de su necesidad vital. Al trabajador le *va su vida* en realizar al Hombre: su particularidad, es la vía de la generalidad.
- d) El camino por el cual se asciende hacia el ideal es, como dijimos, progresivo: contempla a la democracia como forma privilegiada de ese ascenso. Y si bien no opera económica y tácticamente como un reformismo liberal, contempla, sí, la necesidad de integrar a las clases bajo la potencia del ideal socialista.
- e) Por la misma lógica evolutiva, la forma nacional no es concebida por Jaurès como un contrapeso del socialismo: considera que cada ascenso hacia la armonía se debe montar en la historicidad y la particularidad cultural de cada nación. Internacionalismo, en Jaurès, supone una previa constitución de naciones. Profundamente identificado con la cultura francesa, se mantiene en constante alerta y diálogo con la cultura y política alemana.

¹ *Cahiers Jaurès*, Paris, n.º 155, janvier-mars 2000: «Jaurès philosophe. Colloque», Paris 1999. Se trata de la publicación de la *Société d'études jaurésiennes*, dirigida hasta 2005 por la historiadora Madeleine Rebérioux, y desde entonces por el también historiador Gilles Candar.

² Brumert, Ulricke, *L'universel et le particulier dans la pensée de Jean Jaurès. Fondements théoriques et analyse politique du fait occitan*, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1990, y Antonini, Bruno «Une nouvelle thèse de doctorat sur Jaurès» en *Cahiers Jaurès*, n.º 165-166, 2002/3-4, pp. 57-62.

³ Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo*, Madrid, Alianza, 1985, Tomo II, pp. 118-142.

⁴ Lévy-Bruhl, Lucien, *Jean Jaurès. Maestro y mártir del socialismo*, Buenos Aires, El quijote, s/f, p. 35.

⁵ Jaurès, Jean, «*De la réalité du monde sensible*», en *Oeuvres de Jean Jaurès*, Max Bonnafous, Les éditions Rieder, 1937, tomo VIII.

⁶ Jaurès, Jean, *Origines du socialisme allemand*, Paris, Les Écrivains réunis, 1927, en <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k56521817> consultado el 01/12/2010.

⁷ Retomando las lecturas antedichas, hemos explorado la relación entre política y metafísica en Jaurès, en nuestra investigación para el seminario de doctorado dictado por el Prof. Patricio Geli, «Itinerarios del pensamiento socialista en tiempos de la II Internacional: momentos europeos y argentinos» Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1er. Cuat, 2008.

3. Jaurès y el marxismo

Aunque pueda presuponerse lo contrario, en el denominado *Bernstein Debate*, Jaurès sienta posición a favor de la posición de Kautsky. El francés se declara, entonces, defensor de la «vía revolucionaria». Ahora bien, ¿qué significado tiene la «revolución» en Jaurès? Más allá de puntuales salvedades, no significa avalar el ataque violento o *coup de main*: más bien, parece ser el modo de considerarse heredero de la tradición revolucionaria francesa. La figura conceptual elegida por Jaurès resulta paradójica: «evolución revolucionaria».⁸ Este posicionamiento, sin dudas, puede considerarse como un mero giro retórico y táctico para seguir perma-

⁸ Jaurès, Jean, *Estudios socialistas*, Valencia, Sempere, 1909, p. xv.

neciendo bajo la línea doctrinaria marxiana. No obstante, revela otras dimensiones: principalmente, dos diferentes modos nacionales de insertarse en dicha línea.⁹ Para Eduard Bernstein, ser revisionista de Marx implicaba, antes que nada, ser un marxista. El modo de abandonar su ortodoxia, suponía considerar al socialismo como una ideal racional que permitiría organizar la vida económica, jurídica y social de un pueblo del mejor modo posible. Negando a la economía marxiana su status de conocimiento, Bernstein diferencia implícitamente un valor científico y un valor ético del marxismo. El capitalismo, para el teórico del revisionismo, es una forma de vida mucho más estable que la que proyectó Marx; no es ajustada la idea de una determinación económica sobre las identidades revolucionarias; por ende el socialismo, si es algo, debe ser un ideal racional de sociedad. Esto, en clave de filosofía alemana, significa: Marx, menos Hegel, más Kant. Con Jaurès, por el contrario, no asistimos a un pensador de matriz marxiana. Marx, es para él un momento de la evolución de ese gran ideal de Humanidad. Debe ser tomado como uno de sus defensores más lúcidos: el que pudo revelar la forma de la evolución histórico-material de la gran lucha universal. Pero tomar al marxismo como dogma es un error: Jaurès propone a las filosofías de la historia idealistas y materialistas como dos modos complementarios de describir la Vida. No se puede separar, más que intelectual y abstractamente, materia y forma.¹⁰ Jaurès, entonces, no puede ser asimilado al revisionismo, pues ubica a Marx en un desarrollo amplio de la historia del socialismo. Y aun más, no representa, en términos filosóficos, una posición de socialismo ético similar a la neokantiana: para Jaurès, la idea de *Justicia* está ya inscrita en el devenir cósmico. En rigor, la «idea» no es una invención de la racionalidad humana: su expresión moderna es una actualización de potencias previas. El modelo metafísico que opera en Jaurès es del tipo neoplatónico-romántico: el cosmos se reorganizará, desde su ruptura, en un retorno a la unidad original, que es coincidente con la armonía final. En ese ascenso, las determinaciones se acumulan. ¿Cómo opera esta idea metafísica en su concepción política? El socialismo, siguiendo a Benoît Malon, será para Jaurès una suerte de instinto de solidaridad: la moralidad humana es una especie de facultad innata¹¹. No se trata de seguir un ideal racional que plantee un salto entre el ser y el deber ser: sino, más bien, de seguir una suerte de orden natural, que se encuentra siempre en pugna con las potencias disolventes. No obstante —en este monismo o panteísmo evolutivo— el triunfo del principio de armonía se presenta como garantizado.¹²

Finalmente, en el terreno estratégico, aun siendo un sostenedor de figuras y metáforas revolucionarias, el modo jauresiano de rea-

lización del socialismo es asimilable al modelo reformista: las mejoras de la vida de los trabajadores se tramitan por la racionalización política de las luchas. El parlamento sigue siendo el ámbito privilegiado: lugar de la república y del socialismo.

4. La visita de Jaurès: primera recepción.

Jaurès no fue un hombre de largas travesías: salvo breves viajes europeos, permaneció casi toda su vida en Francia. Su gira sudamericana en 1911 representa un acontecimiento significativo aun para los historiadores franceses. El número 139 de *Cahiers Jaurès*, de enero-marzo de 1996, está dedicado a pensar su gira por Brasil, Uruguay y Argentina, y las consecuencias mutuas de su visita.¹³ No podemos detenernos aquí en aspectos relevantes de dicha visita: acontecimiento tan cultural como político, inscripto en la estela de otras célebres visitas europeas¹⁴. El propio Juan B. Justo había invitado a Jaurès a la Argentina, en el Congreso de la Internacional Socialista de Copenhague, en 1910. Podemos leer la invitación como una pretensión de validación del socialismo argentino, después del debate con el italiano Ferri, en 1908. Éste, recomendaba al Partido Socialista argentino reinterpretar la realidad argentina —a juicio de él incapaz de generar un partido obrero o socialista— para pasar a asumir un rol de Partido Radical a la franco-italiana, sin abstencionismo, y con un programa de reformas y democratización política. Si Justo había sabido, relativamente, resistir el embate del italiano —mediante una defensa heterodoxa de la necesidad del socialismo en una sociedad con preeminencia rural, y con urbes en rápida formación— la valoración jauresiana del socialismo argentino vendría a reforzar su lectura, ahora desde una voz quizá más poderosa que la del propio Ferri. Jaurès y Ferri solían representar posiciones opuestas al interior de la Internacional. Como hemos dicho, el francés defendía la idea de que cada realidad nacional desarrolla una forma política con su validez específica: en su caso, esto implicaba resistir la generalización del modelo alemán del Partido Social Demócrata. La extraordinaria integración de Jaurès al medio argentino supuso en ese sentido un éxito: la labor del socialismo argentino fue revalidada por uno de los principales dirigentes socialistas del momento.

El francés, llegado al país el 1º de septiembre de 1911, ofreció ocho conferencias pagas: siete en el Teatro Odeón de Buenos Aires, y una en el Teatro Argentino de La Plata. Luego, se dispusieron algunas charlas gratuitas con militantes socialistas. Salvo la pronunciada en La Plata, fueron todas transcritas taquigráficamente por el joven Antonio de Tomaso, y rápidamente reunidas en un volumen editado por La Vanguardia.¹⁵ El temario de las conferencias quedó a total criterio de Jaurès. Los títulos de las conferencias fueron:

⁹ Jousse, Emmanuel, «Jaurès et le révisionnisme de Bernstein: logiques d'une méprise», en *Cahiers Jaurès*, Paris, n° 192, 2009, pp. 13-49.

¹⁰ Jaurès, Jean y Lafargue, Paul, *Idealisme et matérialisme dans la conception de l'Histoire*, Paris, Publications du groupe des étudiants collectivistes, 1895- <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5448071m.r=:langES>, consultado el 01/12/2010.

¹¹ Jaurès, Jean, «Preface a 'La morale sociale' de Benoît Malon», en *Revue du Mauss permanente*, Paris, 23 mai 2007, en <http://www.journaldu-mauss.net/spip.php?article121>, consultado el 01/12/2010.

¹² Esta diferenciación metafísica entre un «socialismo ético» neokantiano y un «socialismo moral» panteísta, puede leerse en Kolakowski, *op. cit.* pp. 240-283.

¹³ En un reciente artículo, Carlos Miguel Herrera se hace eco de este volumen, incorporando fuentes argentinas para pensar las consecuencias de la visita a la Argentina de Jaurès, y de cómo impactó en el francés su lectura de la realidad argentina. Cfr. Herrera, Carlos, «Jaurès en la Argentina: la Argentina de Jaurès», en *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 37, segundo semestre 2009.

¹⁴ Sarah Bernardt, Paderevski, Caruso, Anatole France, Georges Clemenceau, Enrico Ferri, entre los principales.

¹⁵ Jaurès, Jean, *Conferencias. Con prólogo de Juan B. Justo*; Buenos Aires, La Vanguardia, 1911.

La fuerza del ideal; Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas; Nacionalidad, democracia y clase obrera; La política social en Europa y la cuestión de la inmigración; La organización militar de Francia; Las consecuencias de una guerra europea y los medios de garantizar la paz; Civilización y socialismo; El Partido Socialista Argentino.

Lúcidamente, Jaurès logró que su visión del socialismo surja a partir de un análisis de la historia material e ideal argentina. Ubicó a Juan Bautista Alberdi como figura central de las ideas argentinas.¹⁶ Buena parte de sus exposiciones lo ocupó el problema de las nacionalidades: en qué medida las burguesías nacionales pugnan por su conformación en los países de inmigración masiva como en la Argentina, y qué tarea le cabía al socialismo respecto a la incorporación a la vida cívica de esas masas.

La primera de sus conferencias, por otra parte, resumió su visión de la filosofía de la historia. *La fuerza del ideal* puede leerse como una síntesis de su intervención en el debate con el marxista Paul Lafargue, hacia 1895, titulado «El idealismo en la historia». En este texto, Jaurès expresa que las visiones idealista y materialista de la historia deben complementarse. La evolución puede explicarse en una clave idealista, como la lucha de los hombres por realizar un arcaico anhelo de igualdad: las modernas formas, como ideales, reactualizan una serie que es tan antigua como el hombre mismo, animal que porta en sí una suerte de instinto de solidaridad. A la vez, el nervio de la explicación materialista marxiana residiría en una contradicción física: se utiliza al hombre, fuerza viviente, como una máquina o fuerza sin vida. Se pregunta Jaurès si dicha contradicción, lejos de refutar al socialismo ideal, no viene a reencontrarse con él. Pues la contradicción de un capitalismo que hace del hombre un medio y no un fin en sí mismo puede leerse tanto desde una clave idealista como materialista. En una sintonía nada lejana del propio bergsonismo —que supone una unidad ontológica, pero un dualismo metodológico— afirma: así como no se puede cortar al hombre en dos, disociando vida orgánica y vida consciente, no se puede cortar en dos la humanidad histórica, y disociar en ella vida ideal y vida económica.¹⁷ En la conferencia argentina va más allá: la evolución material puede ser pensada como la afirmación de un ideal. Aun el determinismo económico reconoce que hay una suerte de «plan» que se cumple con inexorabilidad. A ese plan, que las ciencias naturales otorgan un lugar central, Jaurès lo llama «ideal». De hecho, la «idea de evolución» lo es por antonomasia: bajo la misma lógica, el ideal de técnica subyace al despliegue tecnológico efectivo. Así, Jaurès busca reconciliar materialismo e idealismo como concepciones complementarias de la Historia. No obstante, el elemento ideal es el que resulta privilegiado: la obra político-social se alimenta de hombres que experimentan vivamente un ideal moral y estético, el de justicia y el de belleza.

¿Vale clasificar entonces a Jaurès como un idealista? Genéricamente sí. Pero este registro reconoce múltiples variantes en la clasificación metafísica. ¿Se trata de un idealismo subjetivista? Técnicamente, no: su tesis filosófica constituye un extenso esfuerzo por probar «la realidad del mundo» con independencia de la percepción humana. Pero la realidad que le adjudica no es la materialista, ni la fenomenista: todo el mundo es un gran «noúmeno», incluida la propia conciencia. La conciencia humana —diríamos hoy, con Deleuze— es una suerte de «pliegue» del mundo: está constituida por la misma sustancia que todo el universo. La sensibilidad es posible porque supone un plano de equivalencia: percibimos y decodificamos formas visuales y sonoras porque las propias ondas han dejado una marca en su acción infinita sobre la superficie de nuestro cuerpo. No hay un orden del ser distinto del mero aparecer: hay sólo ser, que se estructura en diversos grados o potencias. La conciencia es una actualización, no un receptáculo al que el mundo le es exterior. De este modo, el principal argumento filosófico que es descartado por Jaurès es el subjetivismo gnoseológico.

De todos modos, dicha diferenciación conceptual no se opera en su primera recepción argentina, y tenemos así a un Jaurès que es interpretado genéricamente como un idealista. El tono de sus conferencias, obedece más al de un intelectual republicano formado en la filosofía espiritualista, que al de un dirigente socialista.

Como contrapartida a esta cuestión filosófica, Jaurès agrega un posicionamiento menos etéreo: defiende los términos civilizatorios del proyecto de penetración colonial pacífica. Puede verse en sus conferencias,¹⁸ el modo en que interpreta el problema nacional en la Argentina: una nación en formación, que terminará de nutrirse redoblando la apuesta migratoria, pues le cabe un importante rol en el concierto mundial. Una nación que puede albergar muchísimos más hombres, se fortifica no por anexión brutal, sino por asimilación pacífica de las fuerzas del trabajo. La cuestión social argentina se expone en una clave curiosamente alberdiana, aunque a escala mundial: el incremento poblacional garantiza, no solo la renovación étnico-económica, sino más bien la firmeza de una nación destinada a realizar el ideal de Humanidad. Fortalecidas las nuevas naciones pacíficas, generalizado el libre-comercio y la inmigración, pueden convertirse aquéllas en los garantes objetivos de la paz internacional.

Bajo el halo de estos señalamientos, queda claro que Jaurès reafirma y legitima el accionar cívico y democratizador del Partido Socialista argentino. Un Juan B. Justo agradecido sabrá reconocer al dirigente francés dicho halago. Sin embargo, se guardará ya en 1911 de prever dos diferencias. La primera, como una suerte de separación al interior de la política argentina: advierte a Jaurès que el público burgués y *snoob* de sus conferencias en el Teatro Odeón no representaba un terreno fértil para su prédica, habiendo sido más bien presas pasajeras de su encanto retórico y de su

¹⁶ Para Diana Quattrochi-Woisson, esta opción revela qué tan profundamente interpretó Jaurès el linaje liberal y reformista del socialismo argentino. Cfr. «Jaurès, Alberdi et l'historiographie argentine», en **Jean Jaurès cahiers trimestriels**, n° 139, pp. 85-101.

¹⁷ Cfr. Juan Jaurès y Pablo Lafargue, **El concepto de la historia (controversia)**, Barcelona, Centro Editorial Presa, s/f, pp. 5-35.

¹⁸ Especialmente en «La política social en Europa y la cuestión de la inmigración». Este punto es analizado específicamente en Blanc, Jordi, «Individu, société et transcendance à travers les conférences de Jaurès à Buenos Aires», en **Jean Jaurès cahiers trimestriels**, n° 139, pp. 61-84.

carácter de figura estelar europea. La segunda, en una sintonía afín, consiste en delimitar su visión de las dificultades para la realización del proyecto socialista en la Argentina:

[...] chocamos en este país con las dificultades más complejas, chocamos con la prepotencia de los mandones que no tienen idea de lo que es gobernar un pueblo moderno, chocamos con el sable de la policía que cae con frecuencia sobre nosotros, y chocamos también con la pedantería de una ciencia oficial que pretende desautorizarnos diciendo que este movimiento es exótico.¹⁹

Los discursos de Jaurès habían tenido un plus «armonizador» de clases, más allá de lo que recomendaban los términos discursivos de una variante del socialismo, aun si ella fuera «reformista». Compartir charlas con dirigentes como Julio A. Roca, le valió a Jaurès no pocas críticas en la propia Francia.²⁰ Parece entonces que el propio Justo, en oportunidad de presentar al dirigente francés frente a un auditorio socialista mayoritariamente obrero, pretende reubicarse, de alguna manera, hacia la izquierda de las conferencias del Odeón.

5. Muerte de Jaurès, lecturas subjetivistas

La recepción del pensamiento de Jaurès puede dimensionarse no sólo en Juan B. Justo, sino también en otros intelectuales socialistas, que de hecho contendieron con aquél en el liderazgo ideológico del partido. Tanto Manuel Ugarte como Alfredo Palacios, presentan señales explícitas de haber hecho propio el pensamiento jauresiano. En el caso de Ugarte, el vínculo es profundo: como representante argentino, participa en los Congresos de la II Internacional de Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907). Norberto Galasso²¹ destaca la fortaleza de la impresión que causó en Ugarte el pensamiento del francés. De hecho, es el único delegado que apoya, en Amsterdam, la moción de Jaurès respecto a la autonomía táctica de cada partido socialista. Quizá pueda justificarse la filiación jauresiana de Ugarte no sólo desde este último aspecto, que es el más señalado por Galasso, sino también por un motivo que podríamos llamar de afinidad filosófica o cultural. La referencia a un ideal que se encarna, no sólo en la historia material, sino también en la historia cultural de la humanidad, abre en Jaurès la puerta hacia una fundamentación espiritualista del socialismo: hay todo un campo de apropiación, que es contemporáneo al acceso al socialismo de intelectuales formados en las letras, la filosofía y aun el derecho, que puede leerse esquemáticamente como

el encuentro entre anti-positivismo y socialismo reformista. Parte reveladora de ese encuentro en la Argentina, es también Alfredo Palacios. Montado sobre un espiritualismo quizá post-religioso —donde la armonización de clases de la doctrina social de la Iglesia juega un rol inicial— su ingreso al socialismo se tramita por la vía del liderazgo personal y oratorio. En ese Jaurès que equilibraba las tendencias en pugna al interior del socialismo mediante el uso acertado del lenguaje, y en la atrayente personalidad oratoria que trascendía largamente los límites de la dirigencia obrera, se pueden trazar claros lazos de identificación con el Palacios de su primer período partidario.

Todo ese campo discursivo se manifiesta en otro de los acontecimientos fundantes de la recepción de Jaurès en la Argentina: su muerte en 1914. Justo emite breves y emotivas palabras en su honor, en un acto socialista convocado en el Frontón Buenos Aires. En tal alocución, resulta interesante su referencia a la no centralidad de las personas en el movimiento socialista:

Se dice que el asesino de Jaurès es un loco. Apresurémonos a creerlo. [...] Se puede, a veces, decapitar al despotismo, se puede decapitar el papado; pero es imposible decapitar el socialismo. Porque no sería socialismo un movimiento de masas inconscientes sugestionadas por la voz sonora de un hombre. El socialismo es, ante todo, y por sobre todo, la difusión de la conciencia y la capacidad histórica en la masa del pueblo. Es esa elevación de la mente colectiva que pone ya al pueblo trabajador de la ciudad de Buenos Aires por encima de la titulada clase dirigente en cuanto a capacidad para dirigir la marcha efectiva de los sucesos. [...] Inspirémonos en sus grandes sentimientos, hagamos vivas en la acción sus altas ideas y así Jaurès será inmortal.²²

Queda claro que la intención más general de Justo es la de renovar fuerzas en un auditorio socialista que se presentaba golpeado por la noticia de la muerte del francés. No obstante, resulta interesante notar cómo en el preciso momento de evocar el perfil, la fortaleza y todo el influjo de una personalidad de la talla de Jaurès, Juan B. Justo se empeña en remarcar el carácter objetivo del socialismo como fuerza histórica. Desde ya que dicha reflexión no se encontraba en pugna con las ideas jauresianas: en efecto, en el francés se da incluso una inscripción vital y cósmica del socialismo, por lo cual la dimensión «personal» parecía hundirse en un fondo de naturaleza más metafísica. Aunque la intervención de Justo supone una distancia respecto a la valoración del peso personal de los líderes socialistas, calificados en otro tramo de su alocución como «trabajadores de la palabra».

Más allá de esto, la interpretación en clave personal y subjetiva se iba a multiplicar en el cuadro de las evocaciones de Jaurès. En el nudo de acontecimientos que confluyen en el 1914, el francés iba a ser integrado en una discursividad mucho más amplia que la socialista: pasaba a ser, eminentemente, un defensor de la paz

¹⁹ Cfr. «El Partido Socialista Argentino» en Jaurès, *Conferencias*, p. 3.

²⁰ Sumados al controversial asunto de los 150.000 Francos recaudados por las conferencias en Brasil, Uruguay y Argentina y a su ausencia por dos meses, se lo criticó desde izquierda por departir amablemente con las oligarquías que reprimen a los trabajadores sudamericanos. Desde la derecha, se ligó su nombre al de su hermano Louis, Comandante de Marina, responsable de la explosión del Acorazado *Liberté* en la rada de Toulon. Cfr. Moret, Frédéric «*Vie privée et vie publique: la presse française devant le voyage de Jean Jaurès en Amérique latine*», en *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, n° 139, pp. 103-113.

²¹ Cfr. Galasso, Norberto, *Manuel Ugarte: un argentino «maldito»*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1985.

²² El discurso es transcripto en Pan, Luis, *El mundo de Nicolás Repetto*, Buenos Aires, Nuevo Hacer Grupo Editor Latinoamericano, 1996, pp. 239-240.

internacional. Su muerte es reflejada desde el señalamiento de su perfil de pacifista y humanista consecuente. Las editoriales de la revista **Nosotros** de dicho año, son elocuentes para rastrear esta recepción de su «figura».

Ha sido asesinado el más alto representante contemporáneo de la humanidad que espera el advenimiento de días mejores, días de más Amor, más Verdad, más Justicia, más Belleza. [...] la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria... hoy hiere en nuestro bando a Jaurès.²³

La respuesta a cuál es el bando en el que militan tanto Jean Jaurès como la propia línea editorial de la revista **Nosotros**, suscitó la intervención de Manuel Gálvez, también colaborador de la publicación, preguntándose si la revista transigía su declaración de imparcialidad política y se declaraba así, «socialista». En el número siguiente se le respondió también bajo firma editorial:

Nosotros no es socialista, puede creerlo el amigo Gálvez. Pero **Nosotros** es una revista argentina, país que auspicia todos los nobles y generosos ideales; Jaurès, aparte su condición de socialista militante, fue un luchador incansable por la paz, por la justicia, por la libertad; Jaurès representaba el presente como lo representa la Argentina, así como Francisco Ferdinando de Austria, con quien lo poníamos nosotros en contraposición, representaba el pasado: nada más natural que habláramos de nuestro bando y del bando contrario. ¿O está Manuel Gálvez con el otro bando? Buen provecho le haga; pero constituirá entonces una ínfima minoría en nuestro ambiente, cuyo espíritu cree interpretar **Nosotros**.²⁴

Pueden encontrarse allí dos elementos que consideramos importantes en la interpretación de la recepción de Jaurès en la Argentina. Por un lado, la clave axiológica en la que se incorpora a su pensamiento. Aparece Jaurès como un intelectual que defendió con su propia trayectoria una serie de valores concomitantes con un espíritu general «republicano-democrático». Nada hay de anacrónico ni sesgado en esa apropiación de la obra jauresiana. Sin embargo, puede notarse cómo es realzado el perfil intelectual que se conecta con el liberal-reformismo, en detrimento de su específico aporte al pensamiento y a la práctica socialista.²⁵ El segundo elemento que pretendemos extraer, permite trazar identidades por antagonismos en común. El surgimiento en la propia Francia de un tipo de nacionalismo, ya no ligado al *éthos* de los gestores de la Tercera República, sino por el contrario basado en figuras de la restauración monárquica y

la anti-ilustración, se patentizaba en la herida que significó la muerte de Jaurès a manos de un militante de esta última orientación política. Ocupando el dirigente socialista una posición alejada del cosmopolitismo —sostenida por la propia rama «ortodoxa» de Guesde— representaba, no obstante, un punto de conflicto con aquellos nacionalistas restauradores de un orden pre-moderno, monárquico, aunque no uniformemente clerical. La nota irónica destinada a ubicar a Manuel Gálvez en «el otro bando» —el mismo de Francisco Ferdinando de Austria— puede ser leída bajo el nuevo esquema de antagonismos en los que se constituirá la identidad socialista: una nueva derecha antidemocrática, quizá más relevante en sus ideas que en sus prácticas, vendrá a polemizar y a hostigar desde la pluma a un socialismo cada vez más exclusivamente ligado a la defensa, también filosófica, de la democracia representativa.

6. El socialismo de Justo: ¿política científica o fuerza moral?

La imagen de Jaurès destinada a perdurar en el ideario socialista argentino, se inscribe bajo los términos de un inespecífico «socialismo ético». El escándalo de una guerra entre naciones civilizadas genera en el seno del socialismo una división que excede la toma de posición respecto a la «cuestión nacional». Se trata de interpretar si la crisis europea no obedece al agotamiento de un paradigma filosófico-cultural. En paralelo a la idea de un agotamiento del positivismo y el cientificismo académicos, la pretensión de «renovación espiritual» hace efecto al interior de la fuerza dirigida por Justo. **Teoría y práctica de la Historia**²⁶ había sido el hito teórico del socialismo hacia los años del Centenario argentino. Una visión objetivista de la historia, edificada desde sus bases biológica, económica y técnica, que permitiría interpretar el devenir de los pueblos bajo premisas «teóricas». La propia historia argentina encuentra en Justo una inteligibilidad de ritmos prolongados, cuando se la escruta desde una clave económica: tránsito del feudalismo hacia el capitalismo agrario; guerras civiles que materializan una lucha entre terratenientes provincianos y burgueses urbanos. El pueblo criollo que protagonizó esta historia, al parecer de Justo, luchó con coraje y valentía, pero lo hizo sin una conciencia esclarecida y sin metodología: de allí, *derivaría* su inexorable debacle cultural y étnica. Una inmigración que modernizó las estructuras, pudo efectivizar el paso de una población como mano de obra guerrera, hacia una mano de obra agraria e industrial. En la creciente especialización y localización que surge hacia finales del siglo XIX, se perfilan las condiciones de un proletariado en lucha. El surgimiento del Partido Socialista es interpretado, en Justo, como la consecuencia natural de dicho desarrollo capitalista. Sin embargo, el Debate Ferri vendría a modificar la expresión casi mecánica de tal emergencia: el socialismo argentino se ve llamado a representar tanto a los obreros como a todos los ciudadanos que pugnen por la modernización de la vida argentina. En la construcción ideológica justiana —aplicada

²³ **Nosotros**, n° 64, 1914; en Ulla, Noemí (selección y prólogo), **La revista Nosotros**; Buenos Aires, Galerna, 1969, p. 385.

²⁴ **Nosotros**, n° 65, 1914, en Ulla, *op. cit.*, p. 22.

²⁵ Así, el Jaurès pacifista, termina «compartiendo» espacio de homenaje necrológico de **Nosotros** con quien falleciera casi en los mismos días en nuestro país: el Presidente Roque Sáenz Peña, quien es destacado como político idealista, defensor de la paz interior y exterior, reformador e intérprete del alma de su pueblo. En fin, demócrata en los valores, y reformista en su práctica. La simultaneidad de ambas muertes (Jaurès el 31 de Julio, Sáenz Peña el 9 de agosto), nos ofrece un plano discursivo en el cual se manifiesta el ideario por el que las editoriales de **Nosotros** los congregan a ambos.

²⁶ Justo, Juan B., **Teoría y práctica de la Historia**, Buenos Aires, Lotito y Barberis Editores, 1era. ed., 1909.

a responder la impugnación del italiano sobre la necesidad de un Partido Socialista en una nación de economía agraria— el PS es caracterizado como el único partido político propiamente dicho, siendo doble su tarea: conseguir una creciente representación trabajadora en el ámbito parlamentario, y proveer las ideas y prácticas necesarias para insertar a la Argentina en la modernidad política. La definición de progreso como «bienestar mensurable de la población»,²⁷ no hace más que poner en fórmula la intención justiana: traducir el ideal genérico que muchos parecían compartir en la Argentina del Centenario, en términos de una auto-denominada «política científica».

Ahora bien, esta interpretación objetivista de las tareas políticas del socialismo, encontró en su práctica un desdoblamiento. Por un lado la política científica, entendida como ejercicio de gobierno orientado por un saber histórico-económico, sólo fue ejercido a título legislativo por los socialistas comandados por Justo: no lograron acceder a la gestión ejecutiva del Estado. Esto, por su lugar de enunciación, deja en el plano de la normatividad, o del «deber ser», a todo el gran conjunto de iniciativas e investigaciones propugnadas bajo tal modelo de gestión estatal. Por tal razón, debe indagarse al discurso socialista desde su rol en la conformación cultural, ideológica y organizativa de un horizonte de modernidad. Este eslabón educativo, parte central de las tareas solicitadas a un socialismo de economía en vías de industrialización, fue quizá el estandarte más visible del socialismo justiano. Tramitadas sus rupturas iniciales con las fuerzas sindicalistas, y obturado su crecimiento electoral por la plena entrada en juego del radicalismo, la denominada «labor cultural» del Partido Socialista se convierte así en un desafío a los términos de su fundamentación epistemológica más profunda. Porque, entonces, ¿no es el socialismo una fuerza moral, que pretende realizar una labor educativa sobre toda la sociedad argentina, y que viene a realizar de modo pleno una tarea civilizatoria?

Esta duplicidad, presente desde ya en el pensamiento de Juan B. Justo, ofrece los elementos para sentar el paralelo entre el argentino y Jaurès, que fuera esbozado por José Aricó.²⁸ Una primera cuestión a zanjar es, sin dudas, la posición respecto al marxismo. Señala Aricó lo antedicho: vemos en Justo menos de Bernstein que de Jaurès, en tanto sólo el alemán podía considerarse un marxista de pleno derecho. Compartió, sí, Justo un cierto horizonte de coincidencia con el marxismo neokantiano: la idea de plusvalía no tuvo para él valor epistemológico, y sí moral. Es una suerte de «alegoría», cuya fuerza reside en señalar la falacia de considerar al salariado como un contrato. Pero en tanto Marx considera al hombre como «mercancía» no acertaría en los términos elementales: pues pone al hombre al nivel de las cosas. En ese plano —quizá de evaluación superficial de la categoría marxiana— puede encontrarse a Justo, Bernstein y Jaurès en los tér-

minos más generales de un socialismo ético. El marxismo tiene valor de denuncia, más no científico.²⁹

7. Alejandro Korn y la igualación axiológica de la tradición socialista

Dicha pretensión de superación del momento «marxiano» del socialismo, adquiere en nuestro medio una expresión de época, en textos de efecto perdurable. Nos referimos a la interpretación que hizo Alejandro Korn, en su tardía «conversión» al socialismo, manifestada en textos que van de 1916 a 1936, año de su muerte. El primer jalón es un breve texto aparecido en los **Cuadernos del Colegio Novecentista**, en 1918, denominado a posteriori por Francisco Romero como «Socialismo ético».³⁰ Allí, establece la necesidad de una renovación general de la cultura, una ruptura con el fondo materialista que alimenta el individualismo utilitario. ¿Por qué oponer al individualismo una doctrina socialista igualmente materialista? Aquí Korn esboza el linaje de su visión del socialismo: hay quienes han comprendido que el problema social no es económico, sino ético. Aun «el amplio espíritu que fue León XIII» dejó volcar en su encíclica «*De rerum novarum*» la posición católica respecto a la cuestión social. Queda entonces, a los socialistas, actualizar su filosofía ante esta evidencia: ha sido Jean Jaurès uno de los encargados de emprender dicha renovación. Sobre el comienzo de la década del treinta, ya afiliado al PS y convertido en el guía intelectual de los jóvenes universitarios que hacen el tránsito del reformismo al socialismo, Korn trazará el sentido de la influencia de Jaurès en nuestro medio. Pero antes de ello, encontramos en 1925, en uno de sus textos de mayor relevancia, una referencia a Justo en una clave llamativa. En «Nuevas Bases», texto en donde el médico platense plasma su manifiesto post-positivista para la cultura argentina, señala al socialismo de Juan B. Justo como el encargado de sentar las bases ideológicas del siglo XX. En una futura e imaginada concordancia entre el socialismo justista y el nacionalismo de integración cultural de Ricardo Rojas, proyecta en Justo el perfil que arriba trazáramos, pues ve en su «obra política y social» un legado más perdurable que el de la mera obra escrita. Si se debe a su partido la labor educativa y moral más fecunda; ¿cómo conciliarla con su fraseología objetivista?

No nos perturbe la aparente estrechez de su base teórica. El socialismo, en realidad, se ha dado cuenta de que el problema social, más que económico, es un problema ético. Públicamente no puede confesarlo, porque este pensamiento no es de Marx, sino de Le Play, de Schmoller y de León XIII.³¹

En las mencionadas semblanzas de Jean Jaurès, la línea de asimilación y continuidad, se completa. Pues ha sido el francés un ade-

²⁷ Cfr. Justo, Juan B., «La teoría científica de la historia y la política argentina», en **La realización del socialismo**, Obras de Juan B. Justo, Tomo VI, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1949, pp. 172-173.

²⁸ Aricó, José, *op. cit.*, pp. 85-95.

²⁹ Desde esta pertenencia genéricamente no marxista, Jorge Dotti ve en el socialismo justiano el otorgamiento de un lugar privilegiado para los ideales morales. Cfr. Dotti, Jorge, **La letra gótica. Kant en la Argentina**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1992, pp. 178-185.

³⁰ Cfr. Korn, Alejandro, **Obras completas**, Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 503-505.

³¹ Korn, *op. cit.*, p. 201.

lantado que, desde la política, ha enfrentado al positivismo. Su socialismo idealista representa la superación del socialismo materialista marxiano. Es este «tercer momento» la fase más evolucionada de la larga historia socialista: Saint Simon es su orientación práctica, Marx su fase científica; Jaurès su formulación ética. No desconoce Korn los términos de la metafísica jauresiana, y expresa la doble matriz ideal-material de su filosofía de la historia. Pero ve en la potencia ética y axiológica de su pensamiento, el elemento más firme para renovar la espiritualidad de un socialismo ceñido a los términos materialistas del marxismo. Nuevamente, vincula al socialismo vernáculo con la línea de orientación jauresiana. No obstante, señala cierta «demora» en el reconocimiento de esa asimilación: según Korn la visita de Jaurès desató el éxito aparente que predijera el «maestro Justo». El mundo burgués admiró su poder oratorio, pero no asimiló el caudal de sus ideas renovadoras. Sólo los hechos que siguieron a su trágica muerte irían a confluír en la asunción generalizada de sus ideas. Así, para Korn, a comienzos de la década del treinta,³² la tradición de socialismo argentino inaugurada por Justo, se podía caracterizar bajo los términos del «socialismo ético», expresión de la renovación doctrinaria emprendida por Jean Jaurès.

8. Epílogo: Justo contra el socialismo ético. ¿Cuestión de nombres?

Esta lectura sobre las operaciones interpretativas de Korn, puede ser pensada como un mero ejercicio conceptual. En nuestra opinión, ofrecen un testimonio de las nuevas maneras en que se tramitaron, por demarcación e identificación, las formas de entender al socialismo: ya no frente al marxismo clásico, sino directamente frente al bolchevismo. Ahora bien, lo cierto es que el juicio del platense parece dictaminar la suerte filosófica del socialismo justiano: se habría tratado de un «socialismo ético», aun cuando su fraseología muestre residuos de su formulación inicial materialista. Korn, argumenta que la visita de Jaurès habría operado de avanzada de la renovación espiritualista, subjetivista y antipositivista, y que el propio socialismo argentino se mostró en consonancia con esa anticipación, aunque mucho más en sus prácticas que en sus formas teóricas.

De la dicotomía entre «política científica» y «prácticas pedagógicas», vimos que podía desprenderse una interpretación como la que formula Korn. ¿Cabe proyectar este matiz filosófico en la identidad de un partido que, desde 1930, abandonaría su horizonte obrerista y se volcaría más explícitamente a las clases medias urbanas? Quizás sí, pero tal asimilación no debe pasar por encima de coyunturas y posicionamientos partidarios, que exceden los marcos del presente trabajo.³³ Tal «coagulación» semántica admite sus

figuras: ¿qué afirmó el propio Juan B. Justo sobre los términos de una renovación ética del pensamiento socialista? Es necesario retroceder hacia una serie de textos producidos en los años de la Gran Guerra,³⁴ para encontrar la valoración que el propio Justo formulara acerca de las crecientes apelaciones «éticas» del socialismo. Un tópico al que Justo dispensó atención fue el de las «condiciones materiales y mensurables de la paz». Un artículo aparecido en **La Vanguardia** hacia junio de 1916, lleva el sugestivo nombre de «Los nuevos valores éticos». Afirma allí que la guerra, siendo un fenómeno tan espantosamente material, no ha curado a los hombres de las divagaciones metafísicas. Quienes piden que se purgue al socialismo del materialismo marxiano, llegan al extremo de responsabilizar a Marx de la catástrofe bélica. Dicha extravagancia, sostiene Justo, se acompaña de la siguiente advocación:

[...] restaurar en el socialismo los valores éticos, una concepción histórica en que el respeto a la personalidad humana y a las nacionalidades esté por encima de toda pretendida necesidad económica. Y agrega Araquistain: 'El socialismo deberá dar en lo sucesivo preponderancia a los valores éticos y jurídicos sobre los económicos en toda política internacional'. ¡Pobres de nosotros si nos dejáramos guiar por frases semejantes!

[...] El respeto de los socialistas por la personalidad humana! En buena hora. Pero frente a un 'carnero' ¿lo antepone-mos a la conveniencia colectiva de un gremio en huelga? [...] ¿Vamos a creer en la preponderancia de los valores éticos y jurídicos? Si estos factores no predominan siquiera dentro de la nación [...] ¿cómo hemos de creer que preponderen en la vida internacional?

[...] Lo que exige nuestra atención no son las declaraciones redundantes y estériles, sino el estudio de las condiciones materiales, mensurables, de la paz.³⁵

En una clave afín se expresa Justo en la nota del 1º de mayo de 1918 llamada «¡Purifiquemos la paz!».³⁶ Parafraseando a Bernard Shaw, sostiene una dura hipótesis: condenemos la guerra, pero no desde la hipócrita homilía papal. Si la paz es el velo que oculta la esclavitud de la mayor parte de las personas, no es ésa paz la que debe defenderse. La guerra se resolverá por sí misma, y quizás nos deposite en una nueva paz, superadora de la anterior. Más allá de los términos, una cierta confianza monista en que la violencia pueda parir una paz verdadera, informa la editorial de Justo. Estos breves textos nos manifiestan, en una coyuntura puntual del socialismo argentino, cómo el propio Justo ofrecía una persistencia objetivista frente al avance de una argumentación crecientemente ética y armonizadora al interior del socialismo. Nada de expurgar al socialismo de Marx, ni mucho menos de responsabilizarlo a él, o a cualquier persona o doctrina por un proceso histórico. Los términos de la reacción espiritualista le aparecen a Justo como una expresión inocente, o bien como un velado intento restaurador de

³² Hemos resumido aquí lo expresado en tres textos: «Juan B. Justo», nota de redacción para la muerte de Justo en 1928; «Jean Jaurès en la Argentina», discurso en ocasión del aniversario de la muerte del francés pronunciado en 1932; y «Hegel y Marx», curso desarrollado en la Escuela de Estudios Sociales 'Juan B. Justo' hacia 1934. Cfr. Korn, *op. cit.*, 506-507; 519-527; 565-580, respectivamente.

³³ Cfr. Herrera, Carlos, «Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955», en **Nuevo Topo**, n° 2, Buenos Aires, abril/mayo 2006, pp.127-153.

³⁴ Reunidos en su mayoría en el tomo V de sus Obras: Cfr. Justo, Juan B., **Internacionalismo y patria**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933.

³⁵ Justo, **Internacionalismo y patria**, p. 281 (destacado nuestro).

³⁶ Ídem, pp. 283-286.



ideologías retrógradas. No ofrece los nombres de sus polémicas internas de años anteriores: tanto Palacios como Ugarte, referentes de lecturas del socialismo con énfasis en valores espirituales, eran ya figuras exteriores al partido. La referencia que nos brinda es la de «Araquistain», sin más informaciones.

En torno a tal referencia, cabría arriesgar un trazo profundamente hipotético. Creemos que Justo refiere al español Luis Araquistain (1886-1959), por esos años escritor, periodista, más tarde dirigente de la Segunda República Española. Es probable que Justo lo cite desde alguna de sus crónicas periodísticas: habiendo resido en su primera juventud en nuestro país, supo colaborar, entre otros, con el diario **La Nación**. Javier Rubio Navarro,³⁷ refiere que entre 1916 y 1922 alcanzó fama sucediendo a Ortega y Gasset al frente de la revista **España**, militando en una suerte de socialismo Fabiano. Los itinerarios intelectuales del español lo conectan con dos planos referidos en el presente texto. El primero, su filiación al socialismo ético de tipo neokantiano: en **España en el crisol**, definió al socialismo como una tarea cuya esencia espiritual es que todo hombre sea un fin en sí mismo y no un simple instrumento.³⁸ El segundo, su pertenencia a la red de intelectuales que difícilmente pueda reducirse al complejo de sensibilidades antiimperialistas y espiritualistas, pero que extensivamente incluye a Unamuno, Ugarte, Palacios, Ingenieros, Vasconcelos, y Araquistain, entre varios otros hacia los años veinte.³⁹

Lo que nos importa es que, simbolizado en Araquistain, se proyecta el rechazo de Justo a transitar hacia un nuevo paradigma de concepción del socialismo. Este iba a adquirir un status discursivo a partir de la década del veinte, una vez diferenciadas las tendencias centrista y revolucionaria, de acuerdo al posicionamiento frente al bolchevismo. Lo cierto es que, a los ojos de Justo, la invocación axiológica del socialismo se emparenta mucho más con dogmas metafísicos y religiosos supuestamente ya superados, que con una renovación filosófica de sus fundamentos

Específicamente, creemos que Justo, más allá de la estrategia socialista, ve en la avanzada espiritualista una reposición religiosa. Jaurès, sin ser católico, consideró positivo el aporte de las religiones en la lucha por afirmar los más altos valores. De su efectiva actitud comprensiva hacia la espiritualidad religiosa —que tiene en rigor en él una versión panteísta y no teísta— se ha visto en el francés al representante de la renovación espiritualista no marxista. El socialismo cristiano y personalista, lo incluye en

su tradición.⁴⁰ La cuestión religiosa que circula detrás del motivo espiritualista, es quizá el punto de diferenciación más profundo que impide a Justo identificarse como «socialista ético».⁴¹ Que dicha «espiritualidad» sea más una cuestión de horizontes de sentido que una decisión intelectual,⁴² es algo que Justo difícilmente podría haber dilucidado. En tanto figura de tránsito del siglo XIX al XX, el líder socialista ofrece signos de una ruptura general del pensamiento occidental: serán otros, necesariamente, los que puedan comprender aun los paradójales alcances de sus propias argumentaciones.

³⁷ Rubio Navarro, Javier, «Luis Araquistain (1886-1959). Cinco notas», **La ilustración liberal**, Madrid, n° 12, 2002, en http://www.libertaddigital.com/ilustracion_liberal/articulo.php/280, consultado el 01/12/2010.

³⁸ Araquistain, Luis, **España en el crisol**, Barcelona, Minerva, 1921, citado en Rivera García, Antonio, «Crítica y crisis del republicanismo en el primer Araquistain», edición digital para **Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico**, 2004, en <http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/respublica/hispana/documento51.pdf>, consultado el 01/12/2010.

³⁹ Devés Valdés, Eduardo, «La red de los pensadores latinoamericanos de los años 1920: (relaciones y polémicas de Gabriela mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, el Repertorio Americano y otros mas)», en **Boletín Americanista**, Universidad de Barcelona, año II, n° 49, 1999, pp. 67-79; <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/articulo/view/98812/164539>, consultado el 01/12/2010.

⁴⁰ Cfr. Díaz-Salazar, Rafael, **La izquierda y el cristianismo**, Madrid, Taurus, 1998.

⁴¹ Puede indagarse no sólo en la religiosidad de Manuel Ugarte, sino también en la compleja posición de Alfredo Palacios al respecto. Cfr. una curiosa e interesante interpretación desde el demo-cristianismo, en De Vita, Pablo, «Alfredo Palacios, ¿una visión cristiana del socialismo?», en **Criterio**, n° 2291, Buenos Aires marzo 2004, en <http://www.revistacriterio.com.ar/sociedad/alfredo-palacios-questuna-vision-cristiana-del-socialismo/> consultado el 01/12/2010.

⁴² Korn, «Exposición crítica de la filosofía actual», en *op. cit.*, p. 491

Resumen

Desde la visita de Jean Jaurès a la Argentina en 1911, las ideas del francés tuvieron creciente recepción en el socialismo argentino: después de su muerte, sería su figura de «demócrata» la que aglutinara a un horizonte discursivo más amplio que el socialista. La idea de un socialismo ético, como traducción filosófica de un modo de comprender el socialismo como práctica reformista, queda adherida al pensamiento de Jaurès, y es retomada por un intelectual como Alejandro Korn. Éste, hacia los años veinte, interpreta en clave retrospectiva el desarrollo del socialismo argentino bajo tal sello filosófico, ubicando a Juan B. Justo como su emblema. Resulta interesante contrastar dicha lectura con los propios juicios de Juan B. Justo: sobre Jaurès, y sobre el tópico del socialismo ético. El contraste entre Korn y Justo revela más una dispar comprensión de ambos acerca de los nuevos tiempos de las ideas, que una diferencia doctrinaria sustantiva.

Palabras clave: Jean Jaurès; Socialismo ético; Argentina.

Abstract

Since Jean Jaurès visited Argentina in 1911, their ideas had increasing reception in the Argentine socialism: after his death, it would be his figure of «democrat» the one that agglutinated an ampler horizon than the Socialist. The idea of an ethical socialism, as philosophical translation of a way to understand the socialism as a reformist practice, stays adhered to the thought of Jaurès, and is retaken by an intellectual like Alejandro Korn. This one, towards the Twenties, interprets in retrospective key the development of the Argentine socialism under such philosophical seal, locating Juan B. Justo as its emblem. It turns out interesting to contrast this reading with the judgments of Juan B Justo: about Jaurès, and about the topic of the ethical socialism. The divergence between Korn and Justo reveals more a difference in the understanding of the new times of the ideas, than a substantial opposition about socialist doctrine.

Keywords: Jean Jaurès ; Ethical Socialism : Argentina



Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra

El Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio

Augusto Piemonte

Al momento de producirse su estallido, la dirección del Partido Socialista Argentino (PSA) no entendió que la Gran Guerra fuera expresión de un conflicto entre naciones conducidas por las pretensiones imperialistas de sus burguesías dominantes. Su posición tomaba un distanciamiento tajante respecto de las posturas revolucionarias más expandidas que promovía el ala izquierda de los partidos socialistas europeos, todas las cuales confluían hacia la necesidad de combatir la guerra internacional, y que alcanzó el paroxismo en el bolchevismo ruso con su táctica para reconvertirla en una guerra civil de clases. Lo destacable es que los socialistas argentinos encontraron la forma de justificar sus rechazos hacia este antimilitarismo activo, no-neutralista, sin que ello supusiera recaer en las estipulaciones que eran defendidas por la socialdemocracia mayoritaria, quien ante los acontecimientos de agosto de 1914 había tomado la determinación de votar los créditos de guerra a los efectos de garantizar la defensa de la patria propia. El PSA demostraría una importante flexibilidad teórica al advertir que la confrontación militar mundial no era «consecuencia simple y fatal de la propiedad privada y la producción mercantil»,¹ puesto que las relaciones de propiedad y de producción en Gran Bretaña y en Estados Unidos se desarrollaban sin tamaños sobresaltos. Desde el primer momento en que la contienda bélica estuvo más cerca de ser un hecho consumado que un riesgo potencial, generando un intenso debate hacia el interior del socialismo mundial, los socialistas argentinos identificados con el «parlamentarismo» se encargaron de proponer un antídoto original para prevenirla en primer lugar, y cuando el estallido del conflicto se hizo inevitable continuó propalando lo que interpretaba eran sus buenos oficios. La propuesta argentina no iba a encontrar adhesiones comprometidas ni mucho menos duraderas en el campo del socialismo internacional. No obstante, las numerosas y recurrentes omisiones a sus enmiendas no consiguieron minar la coherencia de los planteos ni tampoco acallar las proclamas de

una voz poco ortodoxa. La insistencia habría de arrojar sus resultados, si bien magros, cuando, con motivo de la celebración de la Conferencia Socialista de Berna de 1919 —es decir una vez finalizada ya la guerra pero cuyos efectos devastadores se dejaban sentir todavía—, se consiga instalar la cuestión librecambista en el centro de la agenda pronta a ser discutida. Será entonces tomada en consideración la noción argentina de la libertad de comercio, si bien desde una perspectiva pasible de asumirla en su dimensión progresista pero contraria a hacer de ella el más eficaz predicamento a la hora de contribuir en el estrechamiento de relaciones armónicas entre los pueblos del mundo.

Las respuestas que podían practicarse en torno de los problemas originados por la realidad ineluctable que signaba el proceso de formación y consolidación de estados nacionales dependían, necesariamente, de aquellas condiciones históricas en las cuales éste se enmarcaba. La Primera Guerra Mundial era la manifestación consumada de la convergencia de una serie de problemáticas diversas originadas al calor de esta nueva estructuración socio-política. En este punto resultará esencial establecer algunas precisiones respecto de la presencia o ausencia de cierto margen de operatividad para la producción de pensamientos y prácticas autónomas por parte de los partidos socialistas nacionales durante la época que estamos analizando. Tal como advierte Maxime Rodinson, deberá ser tomada con precaución la imagen del socialismo europeo que se piensa a sí mismo desde la cumbre de un orden jerárquico, fundamentando su lógica en la convicción de que «Si Europa es la vanguardia de la civilización europea, el proletariado europeo es la vanguardia de la vanguardia».² La aplicabilidad analítica de esta sentencia sólo puede ser aceptada en forma presurosa, acrítica, pues no resiste su contraste con la realidad; la intencionalidad que lleva impresa presupone que, ya fuera en forma explícita, ya en forma implícita, al socialismo argentino —al

¹ Justo, Juan B., **Internacionalismo y Patria**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933, p. 152.

² Rodinson, Maxime, **Sobre la cuestión nacional**, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 17.

socialismo de ultramar en general— le tocaba cumplir con un rol subsidiario en la lucha mundial por la emancipación de los trabajadores. Si bien el entramado socialista se hallaba dispuesto de manera tal que los grandes partidos europeos, apoyados en su madurez teórica y en el elevado volumen de afiliados, estaban en condiciones de impartir a sus pares menores ciertas lecciones esenciales sobre el comportamiento para el correcto desempeño de la vida política, también es cierto que el socialismo argentino, aferrado como estaba a una suerte de heterodoxia marxista, supo encontrar los espacios que le permitieron generar planteos originales a algunos de los localismos que dificultaban el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Existía hacia el interior del PSA cierta libertad de criterios respecto de determinadas concepciones que el socialismo europeo predominante asumía como dogmas. Sin lugar a dudas, uno de estos factores de divergencia teórico-práctica más salientes que acompañaron la trayectoria del partido a lo largo de la Segunda Internacional lo constituyó su defensa apasionada del librecambio.

Algunos condicionamientos argentinos en la vía al socialismo

La posibilidad de operar con una flexibilidad relativa en los compromisos políticos que se debatían en el seno del socialismo internacional era producto de las características con que había sido gestada la Segunda Internacional. Tratándose de un foro para la circulación de polémicas más que de una organización con fines pragmáticos, su misma naturaleza constitutiva contemplaba la adopción de posiciones enfrentadas.³ No era sino en la observación atenta en relación al caos que dominaba la II Internacional, con la consiguiente imposibilidad de establecer un frente común de lucha verdaderamente orgánico, que Jean Jaurès afirmaba con total certeza: «Todos o casi todos tenemos un gran desorden en nuestras ideas tácticas, y por ello nuestra acción es contrariada y debilitada»⁴. Esto dejaba al PSA en situación para moverse con un grado de independencia tal que le permitía, por un lado, abstenerse de votar en el Congreso de Amsterdam de 1904 en la cuestión referida al colaboracionismo gubernamental del Partido Socialista de Francia, en tanto que, por otra parte —y sin que ello supusiera una incongruencia de principios—, quedaba libre de manos para celebrar el proceso revolucionario abierto en Rusia en 1905. Es decir que, tal como señala Leonardo Paso a partir de esta situación, para los comienzos del siglo XX «el P. Socialista de Argentina ocupó en diversos problemas posiciones intermedias [entre el marxismo y el reformismo], o apoyó a los grupos marxistas».⁵

Que el socialismo tuviera una visión del país inserto en una economía agropecuaria y concentrara una parte fundamental de su programa de reformas a minar el latifundio es un hecho com-

probado que da cuenta de una raigambre verdaderamente nacional.⁶ Su *praxis* política distaba de ser el reflejo fiel de la dinámica europea. La necesidad argentina respecto de un contacto fluido con el exterior no se limitaba al intercambio de mercancías. De primer orden para el crecimiento de la economía nacional resultaba la afluencia de fuerza de trabajo proveniente desde Europa. A causa de la inmigración europea entre el primer Censo Nacional, realizado en 1869, y el tercero, de 1914, la población en edad de trabajar registró en la Argentina un incremento astronómico: los 923.000 trabajadores existentes en la primera fecha habían visto ascender su número a 3.360.000 para el segundo año indicado.⁷ No constituye ninguna novedad el advertir que la enorme masa de extranjeros recientemente llegada al país no disponía de la propiedad de instrumentos para la producción, por lo cual debió ofrecer su fuerza de trabajo en el creciente mercado laboral. Ahora bien, cuando esta masa de inmigrantes busca empleo lo hace preponderantemente en el mundo rural, puesto que el pilar de la economía argentina del período no lo constituye la producción industrial sino el sector primario. Si quería convertirse en el partido de los explotados, el Partido Socialista, aunque urbano en su composición de origen e interesado en captar al incipiente y moderno ciudadano proletario, no podía escapar a la obligación planteada en la necesidad de atender las exigencias de los peones rurales y jornaleros.

Ante esta situación concreta el librecambio aparecía como una consecuencia lógica en el entramado teórico socialista parlamentario, al asumirlo así el partido no incurría en ninguna operación ideológica pasible de disparar la polémica, pues no implicaba un desplazamiento de estructuras mentales definidas ni mucho menos asentadas. En este sentido, tiene razón Portantiero cuando observa que, para la época que estamos analizando, «el proteccionismo no era una bandera de los sectores populares, sino de sectores de las clases dominantes como el monopolio azucarero de Tucumán y de políticos conservadores (...)».⁸ En ple-

⁶ Oddone, Jacinto, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, CEAL, 1983, tomo 2, pp. 269-272.

⁷ Cifras tomadas de Lobato, Mirta Zaida, «Los trabajadores en la era del 'progreso'», en M. Z. Lobato (dir.), **Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)**, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, tomo V, p. 469. Argentina se convirtió en el período señalado en la tercera nación del mundo con mayor número de inmigrantes recibidos. Cfr. Cantón, Darío y José L. Moreno, «La experiencia radical (1916-1930)», en Cantón, D., José L. Moreno y Alberto Ciria, **La democracia constitucional y su crisis**, Buenos Aires, Paidós, 2005, pp. 21-22.

⁸ Portantiero, Juan Carlos, **Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna**, Buenos Aires, FCE, 1999, p. 41. Por más que difícilmente se pudiera asimilar a Manuel Ugarte con la defensa de la bandera de las clases dominantes cuando habiendo dejado de ser uno de los más influyentes políticos del PS, pero acusando todavía la lógica argumentativa acuñada por socialismo argentino, menosprecia el librecambismo a ultranza que la línea oficial enarbola en su programa económico, tras considerar que garantizando el rendimiento del salario de la clase obrera en el corto plazo por medio de la defensa del librecambismo se sacrificaba el desarrollo de la producción industrial condenando al país al atraso pues los países «que sólo exportan materias primas son, en realidad, pueblos coloniales», lo cierto es también que la posibilidad de advertir esta tensión entre modelos de desarrollo económico posibles y deseables distaba todavía de verse instalada en el centro del debate, su lugar era muy marginal en el espectro teórico del socialismo argentino electoralista de la época. Ugarte, Manuel, **La Patria grande**, Madrid, Editora Internacional, 1924, p. 226.

³ Kriegel, Annie, **Las Internacionales Obreras**, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1968, pp. 64-65.

⁴ Jaurès, Jean, **Estudios socialistas**, Valencia, F. Sempere y Cía., 1909, p. 89.

⁵ Paso, Leonardo **Historia de los Partidos Políticos en la Argentina (1900-1930)**, Buenos Aires, Directa, 1983, p. 440.



na discusión en torno a qué posición debía reclamarse al gobierno nacional en la compleja problemática que tenía por eje la cuestión ligada al intercambio comercial, el delegado por Catamarca abogó, durante el III Congreso Extraordinario del Partido, sobre la conveniencia que podría detentar la merma en la exportación de carne y trigo a Europa. Su efecto redundaría, según el delegado, en un marcado descenso en el precio de venta dentro del mercado nacional, lo que a su vez habría de repercutir en los niveles de consumo de los asalariados argentinos.⁹ La posición era totalmente transgresora para los parámetros de convención propios del socialismo, y la propuesta fue descartada en forma inmediata por la plana mayor del partido: el carácter conservador del proteccionismo era algo que no podía siquiera ser puesto en duda. Lo que importaba en primera instancia no era la promoción de la revolución social, sino mucho antes la redistribución de los ingresos. Los derechos aduaneros redundaban en un encarecimiento de los medios de vida para la clase obrera. Además, y en contra del desarrollo industrial que en primera instancia se adscribe como justificación en los planteos proteccionistas, el socialismo encabezado por Juan B. Justo evidenciaba un proyecto de nación autosustentable, en donde el ruralismo, y no la actividad industrial, podía desempeñar bien el papel de sector económico dinamizador del proceso de modernización argentino.¹⁰ Más aún, la profusa insistencia del socialismo local por la necesidad de nacionalizar a la gran masa inmigrante adquiriría una mayor claridad, dice Julio Godio, cuando se advierte en ella la búsqueda de un beneficio para la cultura política progresista en general.¹¹ Si a raíz de la creciente participación política los trabajadores podrían ganar la experiencia suficiente hasta llegar a comprender que su destino era el de unirse naturalmente a los esfuerzos convocados desde el PS, entonces cobra todo su significado el interés puesto en la facilitación de los requisitos necesarios para la creación de partidos políticos modernos, los cuales debían ser lanzados justamente desde el polo de desarrollo económico agropexportador asentado en el Litoral. La puja por el librecambismo se explica en el ideario de Juan B. Justo a partir del momento en que se advierte el diagnóstico referido al hecho de que, tratándose de un país con una economía atrasada y dependiente, la Argentina debía desarrollar no sólo una lucha social —como era el caso de las naciones industrializadas—, sino que en simultáneo a ella tenía que afrontar una lucha por su liberación nacional.¹²

Por lo tanto, se puede evidenciar que la reacción ensayada por el socialismo cultivado en la Argentina ante la coyuntura bélica internacional se hallaba relacionada con un problema más general y profundo para su desarrollo interno, y es que su dependencia respecto del comercio exterior, elemento dinamizador de la econo-

mía nacional, provocaba que el grueso de las fuerzas del Partido Socialista fueran dirigidas hacia la salvaguarda del orden de intercambio comercial hasta entonces vigente. Creemos por esto mismo que es errónea la postura adoptada por Alberto Plá cuando, habiendo pasado revista a la oposición de los marxistas del Club Socialista Vörrwarts hacia el proteccionismo económico, entiendo que todo el socialismo argentino incurría en la concepción etapista de la vía al socialismo calcada del modelo europeo.¹³ Al asumir la defensa encarnizada del librecambio, el socialismo argentino en su conjunto estaba, en realidad, reconociendo las condiciones estructurales específicas del país, a partir de las cuales debía generar políticas de intervención social acordes con el fin de transformar la realidad social.

Librecambio en jaque: el impacto de la guerra submarina

La delegación argentina que concurrió a las distintas conferencias y congresos de la Internacional Socialista quedó compuesta por Antonio de Tomaso, encargado de interceder en los debates de corte político-militar, y por Juan B. Justo, sobre quien recayó la importante tarea de tomar parte en las discusiones político-económicas. Fue «el maestro» quien, dadas las condiciones de existencia en que se sustentaba la actividad teórico-práctica del partido que integraba, tuvo la responsabilidad de imprimir en el centro de la discusión la huella del pensamiento original del socialismo argentino. Cualquier cambio que deviniera de un descalabro repentino en la macroeconomía argentina tendría efectos regresivos para el proletariado argentino en su camino hacia la emancipación. Es esta la razón por la cual Justo elevaba a la Conferencia de Berna la proposición referida a la necesidad de «insistir sobre el librecambio en la constitución y el mantenimiento de la sociedad de los pueblos, punto de vista burgués, si se quiere, de la burguesía más progresista y esclarecida, sobre el cual hay que insistir ahora en los medios obreros».¹⁴ Dentro de este esquema el proteccionismo aparecía como la encarnación más negativa que podía caberle al nacionalismo; se infería, en consecuencia, que el librecambio era la manifestación más elevada y deseable de dicho complejo simbólico-cultural. El proteccionismo ahondaba en el aislamiento de las distintas naciones al promover la solidaridad entre las clases antagónicas fundamentales, enfrentadas a partir de entonces a sus respectivos pares extranjeros. Es por ello que Justo, ante los sucesos de agosto de 1914, señala como un error de orden capital el hecho de que la Internacional Socialista se haya decidido a sumar sus voces en el coro patriota que estallaba en reclamos militaristas, cuando el procedimiento correcto hubiera consistido en la propagación de los beneficios relacionales que encerraría la actividad comercial dentro del concierto de naciones.¹⁵ La solución propuesta por el

⁹ El episodio es recogido por Cúneo, Dardo, **Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Solar, 1997, pp. 373-374.

¹⁰ Geli, Patricio y Leticia Prislei, «Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo», en **Entrepasados**, Buenos Aires, n° 4/5, 1993, pp. 37-38.

¹¹ Godio, Julio, **El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases, 1880-1910**, Buenos Aires, Erasmo, 1972, pp. 129-130.

¹² Corbière, Emilio, «Juan B. Justo y la cuestión nacional», en **Todo es Historia**, Buenos Aires, n° 62, junio de 1972, p. 21.

¹³ Plá, Alberto, «Orígenes del Partido Socialista Argentino (1896-1918)», en **Cuadernos del Sur**, Buenos Aires, Tierra del Fuego, n° 4, marzo-mayo, 1986, p. 46.

¹⁴ Justo, J. B., **Internacionalismo y Patria**, op. cit., p. 19.

¹⁵ *Ídem*, p. 53.

socialismo argentino era original y tendría larga proyección, aunque no conseguiría alcanzar las repercusiones buscadas: al auge militarista debía ser contrapuesta la apertura de los mercados internacionales para la libre circulación de bienes y capitales.

El liberalismo económico, con su lucha clasista hacia interior de cada nación, tenía la facultad de hacer más factible la unidad mundial de los trabajadores. Era en su lucha nacional en calidad de consumidores donde los trabajadores encontraban el medio más eficaz a los fines de confrontar internacionalmente con los agentes de su explotación en la esfera de la producción. De este modo, la reducción de los derechos aduaneros debía convertirse en una de las exigencias más urgentes del socialismo, componente prescriptivo del programa de partido que sería satisfecho cuando se pudiera alcanzar la eliminación definitiva de los mismos. Fueron muy activas las políticas dirigidas en este sentido por el socialismo argentino. Así, por ejemplo, se realizó una serie de conferencias en la noche del 31 de julio de 1912 patrocinadas por el Comité Ejecutivo del PSA con la intención de discutir la política impositiva nacional, que repercutía fuertemente sobre la adquisición de bienes de primera necesidad y dejaba libre de exacciones proporcionales el consumo vinculado al «privilegio» y al «vicio».¹⁶ Pero las políticas económicas defendidas por los grandes partidos socialistas de Europa se dirigían en un sentido completamente distinto al que pretendía adjudicarles el partido argentino: al apoyar la intervención armada impulsada por sus gobiernos centrales, aquellos adherían también, implícitamente, a la política económica proteccionista que en tales condiciones propugnaba la coyuntura internacional. No obstante, y aunque en un primer momento el PSA aplaudió la posición neutralista del gobierno de Yrigoyen, cuando se sintió obligado a romper con ella para clamar por la declaración de guerra en compañía de los aliados su postura económica librecambista permaneció intocable.

La elevada capacidad del PSA para adaptar recursos teóricos que intervendrían en las proyecciones programáticas se hacía notoria en la polémica sobre la guerra internacional. La novedad de la coyuntura bélica mundial llevaba al líder del socialismo oficial en la Argentina a argumentar en el Congreso Socialista extraordinario de 1917 que el pueblo alemán de seguro aborrecía de los métodos inmanentes a la misma,¹⁷ para poco tiempo después pasar a sostener, el primero de mayo de 1918, que para los gobernantes tamaña destrucción era imposible de lograr sin la participación activa del pueblo.¹⁸ Pese a este cambio de percepción, el PSA era coherente en su decisión de guardar distancias respecto de cualquier ortodoxia dogmática que le representara la obligación de mantenerse dentro de confines poco maleables. La mutabilidad táctica no implicaba en este caso una mutabilidad ideológica. En tanto los intereses representados continuaran siendo los que se consideraba que correspondían a la clase obrera, y en tanto el objetivo máximo se constituyera en la búsqueda por liberar al proletariado de la explotación capitalista, el PSA se sentía en

la libertad de reconfigurar sus programas de acción de acuerdo a la opción que considerase más viable bajo el signo de los tiempos. Al menos esta era la explicación que el partido se daba a sí mismo para justificar la naturaleza cambiante de sus actos. De otra manera el PSA no podría sostener que «La lucha de clases siendo una gran verdad es hoy sólo una verdad relativa, frente a la guerra»¹⁹ y al mismo tiempo seguir considerándose el defensor de los intereses de los trabajadores en la Argentina.

Promediando el mes de septiembre de 1914 el gobierno argentino tomó conocimiento del fusilamiento del vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant, recayendo la responsabilidad en el ejército de ocupación alemán. Este atropello funcionó a modo de preanuncio respecto de las violaciones a las soberanías nacionales que cabía esperar diera lugar la conflagración. Sin embargo, el hecho no recibió una condena tal por parte del PSA que lo condujese a reformular su posición frente a la guerra. El comercio de la Argentina con el extranjero no corría riesgos con la muerte del diplomático nacional. Pero muy pronto el acopio de trigo argentino destinado a Gran Bretaña, en conjunción con las disponibilidades para el mismo fin preparadas por Estados Unidos y Australia, se convirtió en una razón de estado para el gobierno alemán, quien a principios de febrero de 1917 decidió en consecuencia elevar a las naciones neutrales la advertencia de que sus embarcaciones serían atacadas en caso de que fueran sorprendidas navegando en aguas bloqueadas.²⁰

Cuando en abril se produjo el hundimiento de la embarcación argentina «Monte Protegido» la cancillería argentina exigió que fueran presentadas las debidas excusas por parte de las autoridades alemanas, pues el barco había abandonado las costas argentinas con anterioridad a la disposición unilateral de guerra submarina irrestricta y, por ende, el derecho internacional amparaba la legalidad de sus últimas actividades.²¹ El reclamo efectuado por el gobierno argentino fue debidamente respondido por el gobierno alemán y el incidente no pasó a mayores. No obstante, al hundimiento del «Monte Protegido» le siguieron los de otras dos embarcaciones argentinas: el del «Oriana»²², producido el 6 de junio, y el más resonante caso del «Toro», que tuvo lugar el 22 de junio en aguas de libre circulación. Al momento de elaborar una composición de lugar que dé cuenta de la realidad internacional en que debatía el socialismo argentino, es importante tener presente que, si bien a través de lo dispuesto por intermedio de su Ministerio de Relaciones Exteriores el gobierno alemán se manifestó favorable a indemnizar a su homólogo argentino en aquellos casos en que se demostrara la violación de las condiciones internacionales vigentes, ello no suponía desde ningún punto de vista el cese de las hostilidades en las zonas declaradas bajo blo-

¹⁶ *La Vanguardia (LV)*, 1/8/1912, 1956, p. 1.

¹⁷ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 145.

¹⁸ *Ídem*, p. 156.

¹⁹ *Ídem*, p. 158.

²⁰ Weinmann, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994, p. 106.

²¹ *Ídem*, pp. 114-115.

²² Se concluyó tras los peripetias del caso que en realidad la nave «Oriana» no podía ser considerada como argentina a causa de su pabellón. Cfr. Lascano, Luis Alén, «Argentina y la Gran Guerra», en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 69, enero de 1973, p. 43.



queo. Esto no significaba otra cosa que el perjuicio drástico para las ventas de los bienes agropecuarios que la Argentina producía en masa con el objetivo de destinarlos a la exportación; su mayor mercado se hallaba aislado y los riesgos de sortear con éxito el aislamiento eran demasiado grandes. Vale decir que las condiciones socioeconómicas argentinas se hallaban revestidas por ciertas especificidades que planteaban un reto singular de cara a la adopción de aquellas interpretaciones sobre los acontecimientos recientes y los procedimientos de orden práctico de ellos derivados que proliferaban en los caldeados debates del socialismo internacional. Y es que, como señalara Godio, las complejidades que presentaba la realidad argentina la dotaban de un cariz que era único en su género:

Argentina, país políticamente independiente no es una colonia, ni inclusive semi-colonia, sino un país capitalista agrario dependiente en expansión, donde la cuestión social no puede ser reducida al enfrentamiento campesino-terrateniente, y donde la cuestión nacional no está planteada como lucha anticolonialista.²³

Es en el moderno sistema capitalista mundial en donde se inserta el modelo económico agroexportador que asume la Argentina. Las ciudades centrales presentan una magnitud considerable en los mismos comienzos de su existencia. En ellas el proletariado incipiente, compuesto en número significativo por extranjeros de origen europeo, no reconoce más que un pasado construido en las relaciones sociales de producción libres. La estructura económica y social del país combina elementos de la modernidad y del atraso, lo que genera aquellas fricciones que le dan una fisonomía propia. No tiene, por ello mismo, que recuperar el socialismo argentino las claves teóricas signadas por la *doxa* socialdemócrata de la época, así como tampoco siente apremio por retrotraerse hacia aquellas otras que habían sido promovidas desde el socialismo «científico» primigenio. Sintomático de esta situación es la recriminación argentina que en 1907 dedica a la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán, el más poderoso y paradigmático de entre los miembros de toda la familia socialista, por no haber sabido poner un freno a la política proteccionista impartida por el gobierno de su país, la cual desde 1904 estaba haciendo estragos en la lucha emancipatoria de una población cada vez más extenuada.²⁴ En los puntos más acuciantes de la cuestión económica los roles pedagógicos, al menos en la práctica teórico-discursiva, aparecían invertidos: eran los políticos profesionales del PSA los que señalaban los errores de sus hermanos mayores al tiempo que enseñaban el método para revertir las fallas.

El socialismo argentino en el socialismo europeo

Durante el Congreso de Copenhague, Juan B. Justo se opuso a la propuesta de Sorge, delegada por el Partido Socialista de Francia, cuando con motivo de la fuerte represión sufrida por el movi-

miento obrero austral elevó la moción que llamaba a boicotear los productos de origen argentino. Ello sin dudas implicaría un duro golpe al librecomercio, motivo por el cual el representante argentino contra-argumentó advirtiendo sobre las repercusiones negativas que habrían de recaer tanto en los obreros argentinos como en los europeos.²⁵ Interesa resaltar aquí el hecho de que con esta situación se demostraba la existencia y la interacción entre dos elementos que resultan claves al momento de entender la dinámica de la relación socialista entre secciones nacionales con posiciones jerárquicas distintas: por un lado, la independencia del pensamiento socialista argentino, por el otro, la incompreensión que de él obtenían los grandes partidos europeos de la Internacional.

La defensa encarnizada del librecomercio era un síntoma del cientificismo evolucionista que embargaba el pensamiento de la corriente sector mayoritaria del PSA: solamente por su intermediación podría sanearse el aparato productivo de aquellas industrias ineficientes, expresión oportunista del capital especulativo, capital parasitario, que gozando del beneficio de las tasas impositivas elevadas que pesaban sobre sus equivalentes elaborados en el extranjero lograban prolongar artificialmente su existencia. El proteccionismo económico redundaba así en el atraso de las fuerzas productivas nacionales. Para el PSA la intromisión libre de trabas por parte del capital extranjero libre en la economía argentina era, a fin de cuentas, una demostración más en el sentido de que se estaba por la defensa y el estímulo de ideales propios del internacionalismo. A su vez, claro está, la evolución material que así debía lograrse estaría implicada en una maduración consiguiente de las condiciones políticas y sociales de la nación.²⁶ En todas sus manifestaciones posibles, el proteccionismo no podía producir nunca otra consecuencia más que la de inundar el mercado con productos artificialmente onerosos y de baja calidad, condenando así a la ruina material del proletariado nacional.

En el Primer Congreso Socialista Obrero Argentino, celebrado en los días 28 y 29 de junio de 1896, los socialistas modelaban el perfil de su partido al adoptar por principio la definición de que «nuestro movimiento es ante todo económico. No somos ideólogos que luchan por vagas aspiraciones de justicia, o de libertad; queremos en primer término el mejoramiento económico, y sabemos que así conseguimos lo demás por añadidura».²⁷ Dentro de esta lucha socialista que debía desenvolverse en la esfera de la economía, el socialismo entroncado en el pensamiento de Juan B. Justo iba a imponer de a poco, y hasta hacerse fuerte en todos los resquicios del partido, la opinión de que dicha confrontación económica tenía que librarse, en primer lugar, dentro del ámbito de la circulación, quedando a tal propósito fuertemente vinculada a la presión que podía ejercerse por los canales de expresión política. La clase obrera requería de la presencia de un capitalismo desarrollado, del normal funcionamiento del sistema de libre

²³ Godio, J., *El movimiento obrero*, op. cit., p. 40.

²⁴ LV, 22-23/7/1907, 512, p. 1.

²⁵ LV, 25/9/1910, 1382, p. 1.

²⁶ Esta postura se remonta a los inicios del socialismo como proto-partido. Cfr. LV, 2/11/1895, n° 44, p. 1.

²⁷ LV, 4/7/1896, n° 27, p. 1.

competencia, precondition para alcanzar las puertas de la sociedad socialista. Tanto así que, en plena guerra mundial, la liberación del comercio internacional de obstáculos aparecía a los ojos de los socialistas parlamentarios de la Argentina como «la obra pacifista por excelencia»²⁸.

Del mismo modo en que había ocurrido entre los grandes grupos socialdemócratas de Europa que acabaron dando su consentimiento al militarismo, una vez más la guerra de defensa aparecía como justificativo para la empresa bélica a los ojos del diputado socialista de Tomaso, quien comprendía que: «En 1914 los socialistas alemanes se han defendido por temor a la invasión rusa».²⁹ De la misma opinión era el senador del Valle Iberlucea, quien al afirmar que «*las obras contra la libertad de un pueblo son atentados contra todos los otros; una nación puede emprender una guerra sólo para defender su soberanía, su libertad, su propiedad (...)*»³⁰ dejaba en claro, además de la validez de la guerra defensiva, el internacionalismo del interés con que debía servirse a los fines de revertir los atropellos de la guerra ofensiva. En este sentido, del Valle Iberlucea exigió la ruptura franca de relaciones con Alemania aún antes de que se produjera el hundimiento del Monte Protegido. El argumento en que se basó esta exigencia consistió en la declaración de hostilidades que realizó Estados Unidos al país europeo ante el anuncio de que la campaña submarina sería incrementada al punto tal que quedarían sin efecto los derechos de neutralidad amparados bajo el derecho internacional.³¹

En Argentina, a diferencia de lo que ocurre por entonces en Europa, son los trabajadores los que se manifiestan, si no a favor de un internacionalismo proletario consciente y activo, al menos sí en apoyo a la neutralidad adoptada por el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Y son aquí, paradójicamente, los dirigentes socialistas los que deciden reclamar la intervención argentina en el conflicto bélico mundial. Arrastran en su decisión a los afiliados que habían expresado su determinación en las elecciones internas, tal como quedó demostrado con el plebiscito partidario realizado en el marco del III Congreso extraordinario del partido celebrado en abril de 1917 que acabaría dando forma al embrión del comunismo en el país. Por la parte que toca a los afiliados al partido, esta situación quizás pueda explicarse en la inexistencia de un sentimiento nacional fuerte, lo que sin dudas podía acercarlo a las posiciones antibélicas propugnadas por el socialismo internacionalista, perspectiva que era alimentada desde el grupo izquierdista local conducido por José Penelón. Por el lado del liderazgo parlamentarista, actor central del análisis propuesto, la postura se comprende, como se ha visto, en su concepción evolucionista de la lucha sociopolítica y en la metodología asumida para llevarla adelante. Teorías más extremas como la que sostenía el bolchevismo ruso a partir del derecho a la autodeterminación de las naciones, con su propuesta de convertir la guerra internacional interburguesa en una

guerra civil interclasista, tenían grandes dificultades para ser asimiladas por el mundo del trabajo en las condiciones político-sociales de la Argentina de los años de la Gran Guerra.

Urge recordar que en los años previos al estallido de la guerra la misma línea mayoritaria del PSA se había manifestado anticipadamente en su contra, tras considerar que de producirse de acuerdo a las tendencias signadas por el largo período de «paz armada», sería el «producto de maquinaciones de la burguesía imperialista».³² La dirección del Partido, de hecho, había decidido en 1912 que en señal de protesta se sumaría a la huelga general que promovía un sector de la Segunda Internacional, aquel que encontraba en la figura de Gustave Hervé a su máximo referente. La posibilidad de la merma en los intercambios comerciales era ya una preocupación para el partido argentino al inicio mismo del conflicto. Parecía entonces remota la posibilidad de que el PSA consintiera la intervención argentina en una guerra de las características señaladas. Su trayectoria daba indicios en ese sentido. El repudio en contra de la agitación burguesa que tenía la intención deliberada de caldear los ánimos en contra del pueblo chileno, así como también la admiración y el apoyo moral hacia el movimiento independentista de Cuba, fueron oficialmente ratificados en el II Congreso del Partido Socialista, llevado a cabo durante los días 12 y 13 de junio de 1898.³³ En caso de guerra con Chile, se sostenía que el proletariado no sería «sino el dócil esclavo que da su cuerpo, su vida y la suerte de los suyos, en defensa de los intereses del burgués capitalista».³⁴ Pero al socialismo argentino, en cambio, le faltaban certezas para decidir su percepción sobre los acontecimientos cubanos: si en primera instancia supone que en nada se beneficia el proletariado de Cuba con la obtención de su independencia nacional,³⁵ poco tiempo más tarde concibe que la facultad para autodeterminarse implica una mejoría respecto de su posición colonial precedente, al tiempo que lo pone condiciones más propicias para un futuro avance paulatino hacia la transformación social.³⁶

En las discusiones parlamentarias que a mediados de 1913 tuvieron por eje los criterios empleados para la aprobación de las partidas presupuestarias, del Valle Iberlucea se manifestó en el Senado contrario a que se mantuviera la espiral ascendente de gastos que insumía el ministerio de Guerra y Marina de la Nación.³⁷ Como se ha señalado más arriba, la guerra submarina total declarada por Alemania iba a producir un cambio drástico en la posición neutralista hasta entonces asumida unánimemente por el PSA, pues peligraba con ella la integridad del comercio trasatlántico. Más allá de que la causa no fuera en absoluto la esperada, lo cierto es que las agresiones alemanas terminaron por otorgar los pretextos que la corriente parlamentaria necesitaba para extremar

²⁸ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 273.

²⁹ De Tomaso, Antonio, *La Internacional y la Revolución*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1919, p. 144.

³⁰ Del Valle Iberlucea, Enrique, *La Cuestión Internacional y el Partido Socialista*, Buenos Aires, Martín García, 1917, p. 12 [26 de enero de 1916].

³¹ *Idem*, pp. 94-99 [13 de abril de 1917].

³² Corbière, Emilio, «Orígenes del comunismo argentino. Los socialistas y la guerra del catorce», en *Todo es Historia*, n° 81, febrero de 1974, p. 19.

³³ Dickmann, Adolfo, *Los Congresos Socialistas. 40 Años de Acción Democrática*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 11-12.

³⁴ *LV*, 2/2/1895, n° 5, p. 1.

³⁵ *LV*, 17/8/1895, n° 33, pp. 1-2.

³⁶ *LV*, 31/10/1896, n° 44, p. 1.

³⁷ del Valle Iberlucea, Enrique, *Discursos parlamentarios*, Valencia, F. Sempere y Compañía, s/f, pp. 43 y 51.

sus reclamos en pos del incremento irrestricto para la circulación internacional de mercancías.

Es importante advertir que si bien Bernstein en 1911 había plasmado en su breve escrito «De la secta al partido» algunas opiniones favorables al librecambismo político y económico,³⁸ resulta innegable que el Partido Socialista argentino tenía al momento de aparición de aquel folleto una amplia trayectoria dirigida en ese sentido. De hecho, en el encuentro que el dirigente socialista argentino Antonio de Tomaso mantuvo con el teórico revisionista salta a simple vista que la defensa que emprende este último del librecambio no descansaba tanto en sus virtudes intrínsecas como en las debilidades y perjuicios que supone el proteccionismo: «El proteccionismo, sobre todo en los países avanzados, lleva por necesidad a la política imperialista y de guerra. Todos nuestros proteccionistas socialistas fueron imperialistas».³⁹ El grupo de los socialistas parlamentaristas de la Argentina, por el contrario, se mantuvo inmerso en la reivindicación coherente, invariable, del derecho a la libertad de las naciones para entablar relaciones comerciales. La definición que enarbolaba el socialismo argentino del librecambio no se establece por la negativa: se identifica en este sistema el portador genuino de las experiencias que permiten la maduración política del proletariado, y así puede comprobarse desde finales del siglo XIX hasta el final del período que nos ocupa.

Aunque se expandió por todos los reductos del socialismo parlamentario de la Argentina, lo cierto es que perteneció a Justo la originalidad de convertir en una bandera, más que en un tópico, la noción de librecambio entendida como aquel elemento clave del proceso de modernización emergente, en el cual el socialismo debía hacer hincapié con el objeto de contribuir a posicionar estratégicamente al proletariado en la lucha social y política. Las delegaciones argentinas que concurrieron a los distintos congresos y conferencias que se realizaron en el marco de la Segunda Internacional elevaron a sus pares de otras naciones los contenidos de la propuesta librecambista, sin llegar a capturar la correspondencia tan ansiosamente buscada. En este sentido es oportuno rescatar la apreciación de José Aricó:

A diferencia de una actitud habitual en el pensamiento socialista de la época, desde el inicio de su militancia por el socialismo intentó encontrar las raíces de esta corriente ideal en la propia realidad nacional, cuya historia desde una perspectiva clasista intentó revalorizar críticamente.⁴⁰

Para el grupo parlamentario argentino, a diferencia de los postulados que enarbolaba el marxismo revolucionario en Europa y en la Argentina, los derechos y los intereses de los trabajadores no eran antagónicos, sino que se encontraban integrados en el conjunto más amplio de los derechos e intereses nacionales.

Invitado a la ciudad de Buenos Aires a fines de octubre de 1908

para dar a conocer sus apreciaciones sobre el socialismo argentino, Enrico Ferri, diputado por el Partido Socialista Italiano, había sostenido, para disgusto de sus compañeros nativos, la imposibilidad de constituir un Partido Socialista serio en un país en que la mayoría de su población económicamente activa no se hallase vinculada a las actividades de la industria.⁴¹ Los comentarios de Ferri alentaron una larga serie de respuestas en las páginas del órgano del PSA. No era ésta sino otra forma expresión más en donde se reflejaba el sentimiento de superioridad que experimentaba el socialismo parlamentarista europeo en relación a las encarnaciones del pensamiento socialista extra-continental. Este aura de «espíritu rector» partía de un desconocimiento de las distintas realidades nacionales y acababa traducéndose en una impugnación anticipada de cualquier experiencia política que no siguiera las mismas pautas ni se aplicara en un terreno con idénticas características que aquellas bajo las cuales había triunfado el «socialismo progenitor». El arribo a la Argentina de otra figura de renombre internacional Jean Jaurès sirvió, en consecuencia, para purgar a nivel local la desafortunada impresión que sobre el socialismo argentino había dejado el visitante honorífico anterior.

Antes de visitar la Argentina en septiembre de 1911, el político francés realizó inesperadamente un paso fugaz por Montevideo, y aprovechó la oportunidad para brindar una conferencia improvisada. En ella manifestó la convicción de que las potencias europeas se hallaban encaminadas a un régimen de destrucción de proporciones inusitadas, constituyendo lo interesante de su diagnóstico el haber vaticinado que el corolario del estallido bélico internacional vendría dado por un paralelo estallido social que habría de decantar en el inicio de un proceso revolucionario para los países directamente afectados.⁴² Pero este pronóstico no era de ninguna manera precursor del impulso positivo que le adjudicaría la izquierda socialista un año más tarde en el Congreso de Basilea. Aun cuando la explosión revolucionaria fuera descartada por el líder socialista francés, atento su comportamiento a la construcción de una trayectoria homogénea y sin fisuras en favor de la transición político-social pacífica, es importante señalar que la premisa en que descansaba su fundamentación consistía en advertir que los gobiernos centrales debían hacer frente a la sublevación de los pueblos que, con toda seguridad, originaría de forma natural la exigencia estatal para que sus ciudadanos partieran al frente de combate. El socialismo argentino mayoritario compartía este posicionamiento táctico respetuoso de la legalidad a partir de la cual debía desarrollarse el cambio gradual de la realidad social. De tal modo, en su informe al Comité Ejecutivo del PSA, con motivo de la celebración del Congreso de Copenhague, Juan B. Justo sostenía el 10 de noviembre de 1910 que «no somos absolutamente un partido de violencia, sino un partido de orden en un país de revueltas».⁴³ Esta suerte de «materialismo gradualista» fue decisivo en la orientación que tomó la intervención argentina en las polémicas internacionales.

³⁸ Cfr. de Tomaso, A., *La Internacional*, op. cit., p. 67

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Aricó, José, *La tradición socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 2006, p. 10.

⁴¹ Justo, J. B., *Socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1920, pp. 123-141.

⁴² Sáenz, Jimena, «Monstruos sagrados en el Centenario», en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 68, diciembre de 1972, pp. 73-74.

⁴³ *LV*, 10/11/1910, n° 1421, p. 1.

Los lineamientos temáticos trazados por la Internacional Socialista para su debate en la Conferencia de Berna consistían en cuatro puntos fundamentales, a saber: 1) las responsabilidades de la guerra; 2) las cuestiones territoriales; 3) La Sociedad de las Naciones; 4) La cuestión rusa.⁴⁴ En el punto referido a la Sociedad de Naciones, donde el centro de la atención pasaba por la necesidad de consensuar el desarme de todas las naciones y garantizar la permanencia de la paz a través del arbitraje internacional, con su intervención Juan B. Justo logró colar en la agenda socialista la cuestión del librecambio,⁴⁵ al punto tal que entre las resoluciones de la Conferencia de Berna se afirmaba que era requisito de la Sociedad de las Naciones

prevenir toda guerra económica mediante el establecimiento de un régimen fundado en el libre cambio, el libre acceso a todos los países, la puerta abierta en las colonias y el control internacional de las grandes vías de comunicaciones mundiales. Si algunas naciones establecen tarifas aduaneras, éstas deberán ser sometidas a la aprobación de la sociedad de las naciones.⁴⁶

Este triunfo del socialismo argentino tuvo aún cierta pertinencia, si bien mucho más tibia, en la Conferencia de Amsterdam, siendo que fue escuchada la proposición argentina de que se implementaran «reglas para la abolición gradual de las trabas legales al comercio internacional».⁴⁷

La pérdida del lugar de trascendencia de los planteamientos a favor del librecambio se vería confirmada en forma definitiva con la celebración de los cónclaves subsiguientes. Cuando la Conferencia Internacional Socialista de Lucerna se expide sobre las cuestiones económicas de posguerra resuelve que para el caso de Alemania y Austria:

Los arreglos para el control del crédito, de la navegación, de la alimentación y de las materias primas, deben ser confiables, en forma bien definida, a organismos en cuyo seno los adversarios tengan una representación bajo el control de la sociedad de las naciones en vez de estar en manos de organismos dominados por dos o tres de los principales gobiernos aliados.⁴⁸

Se exigía no ya la derogación de los instrumentos de control de las economías nacionales de estos dos países vencidos en la contienda, sino que ahora era explícita la convicción referida a la necesidad de reemplazar una forma de intervención por otra. La capacidad del socialismo argentino para ganar la consideración de sus pares europeos en la acogida de argumentos programáticos que le eran propios quedaba así aniquilada. En este sentido, no es casual el hecho de que el Congreso de Berna haya ocupado un lugar destacado en numerosas oportunidades dentro de las pági-

nas de **La Vanguardia**, en tanto que los encuentros posteriores del socialismo internacional apenas merecieron alguna mención breve. Sin lugar a dudas fue Berna el momento álgido del PSA en su encuentro con las fuerzas socialistas internacionales.

Consideraciones finales

Aunque dotado de una conformación que respondía a parámetros de índole nacional, el *corpus* ideológico que daba unidad de sentido al Partido Socialista Argentino tenía una dimensión internacional, razón por la cual «si ante los regionalismos provinciales el socialismo como ideología tendencialmente universalista debía asumir una identidad nacional, del mismo modo, ante los nacionalismos, debía asumir una identidad internacionalista».⁴⁹ En torno a los problemas que se generan a partir de la dinámica combinada en el complejo relacional relativo a la cuestión de las naciones, el núcleo de la discusión no es el mismo entre el socialismo europeo y el argentino. Si en Europa los numerosos intentos por comprender la realidad social a comienzos del siglo XX otorgan un lugar central del debate a la cuestión territorial, en el caso argentino es la cuestión ligada al comercio internacional la que captura el grueso de la atención en las diatribas que suscitan las formaciones nacionales y sus interacciones.

Los socialistas argentinos no se resignan a ocupar un lugar de subordinación en la lucha por la emancipación mundial de los trabajadores. Aunque no cuenta con el prestigio que la trayectoria otorga a sus pares europeos, hay una crítica fuerte y recurrente que la dirección del PSA destina a la Segunda Internacional, y es aquella que consiste en objetar el silencio generalizado en torno de las cuestiones vinculadas a los comercios internacional y colonial, silencio mantenido sin variantes desde que las hostilidades entre naciones se constituyeron en motivo de análisis pormenorizado a partir del Congreso de Stuttgart. Esta omisión deliberada hacia el papel del intercambio comercial hubo de sostenerse hasta después de finalizada la contienda, ganándose un lugar de privilegio en la conferencia celebrada en Berna en 1919, y aún así habría de volver pronto a quedar minimizada en la reunión que con posterioridad encontró a la Internacional Socialista en Amsterdam. La centralidad adjudicada por el socialismo argentino al librecambio venía dada por la potencialidad transformadora en que, de acuerdo a su perspectiva, éste se halla envuelto:

Revolucionario es el librecambio porque dirige en todas partes el trabajo humano hacia su empleo más productivo; porque, a igualdad de aptitud para la acción gremial y política, permite a los productores más alto nivel de vida; porque rompe la rutina de cada país, destruye las empresas parasitarias e impone perentoriamente a todos el progreso técnico-económico; porque estrecha el campo de acción retrógrada de

⁴⁴ Cfr. LV, 25/3/1919, n° 4219, pp. 2-3; LV, 18/3/1919, n° 4212, p. 3.

⁴⁵ LV, 8/2/1919, n° 4171, p. 1.

⁴⁶ LV, 30/6/1919, n° 4315, p. 1.

⁴⁷ LV, 29/6/1919, n° 4314, p. 1.

⁴⁸ LV, 7/10/1919, n° 4413, p. 1.

⁴⁹ Becerra, Marina, «¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX», en Camarero, Hernán y Carlos Miguel Herrera (eds.), **El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 101.



la corrupción política, del monopolio y del privilegio; porque define los antagonismos sociales internos y hace interdependientes a los pueblos.⁵⁰

Al momento de interpretar los motivos y establecer un programa de acción ante una coyuntura de tanta trascendencia como lo fue el estallido bélico de 1914 no se debía perder de vista el carácter excepcional del que ella era producto. Pero la libertad para entablar intercambios comerciales entre países era un derecho que se defendía tanto en la paz como en la guerra, y los socialistas asumían la tarea de velar por las condiciones de su realización. La solidaridad entre capitalistas y asalariados que impulsaba el proteccionismo decantaba en el más nocivo de los nacionalismos, el cual tenía que ser combatido con ingentes esfuerzos, pues constituía un freno al proceso social en que se desenvuelve con naturalidad la lucha de clases. El internacionalismo era identificado con el liberalismo económico total, y el verdadero nacionalismo era el que se basaba en el internacionalismo comercial. Era éste, según la percepción del socialismo argentino hegemónico, el único nacionalismo que constituía una vía válida para la maduración política de los proletariados de cada país.

Por lo tanto, si la interpretación que de la guerra había promovido en un principio la Segunda Internacional era acertada, entendiendo que su causa y fundamento radicaba en la expansión del capital comercial monopolista en busca de nuevos mercados, entonces la solución estaba, a decir del PSA, al alcance de la mano: bastaba con abrir las fronteras nacionales a los productos de todas las regiones del mundo. Por eso las exigencias de intervención militar con la finalidad de proteger a la marina mercante de las consecuencias provocadas por la guerra submarina irrestricta impulsada por Alemania le permitían al PSA romper con los votos de neutralidad desde un lugar totalmente original, bien apartado de los planteos justificativos de los socialistas europeos. Y es que, por el rol que se le había adjudicado, al insistir en la necesidad de defender el comercio internacional, el socialismo argentino podía legitimar su acción en el convencimiento de que se estaba así estimulando el desarrollo de la lucha de clases. Nacionalismo e internacionalismo aparecían, en consecuencia, como dos proyecciones sociales imbricadas, no como partes de una dialéctica forzada entre par de antagónicos, sino unidas en una relación de interdependencia beneficiosa en donde el buen desarrollo de uno se hallaba supeditado al correcto desempeño del otro.

La existencia de naciones fuertes era un prerrequisito para la conformación de un internacionalismo vigoroso. La amalgama que estrechaba a estas dos construcciones poniéndolas en correspondencia unívoca no era otra que la actividad económica. En el esquema teórico del socialismo mayoritario argentino no mediaba contradicción alguna entre la funcionalidad nacional del partido y la proyección internacional del movimiento socialista:

El partido socialista sabe respetar la canción patria, como también la bandera azul y blanca; pero el partido socialista, como fracción de una entidad internacional, al mismo tiempo que recuerda las armoniosas estrofas de la canción patria, recuerda el himno de los trabajadores. En esa forma, nacional e internacional a la vez, contribuye al engrandecimiento del país por el mejoramiento económico e intelectual del pueblo trabajador, queriendo que los trabajadores tengan una patria legítima, y que ésta no sea el monopolio de una clase privilegiada, de un partido puritano, que a cada momento la invoca, aunque le traicionen las ideas y los hechos, realizando conspiraciones y deshonrando al país ante el mundo entero.⁵¹

De este modo, en los años de conflicto bélico internacional y en la inmediata posguerra, el Partido Socialista Argentino se propuso —y logró— abordar aquellas problemáticas acuciantes que influían más allá de la Argentina, partiendo de claves de análisis autóctonas. Bajo ningún punto de vista puede objetarse que la defensa a ultranza del libre comercio, promovida por la conducción del PSA durante tantos congresos y conferencias internacionales, haya consistido en realidad en la mera adopción de una propuesta emergida y gestionada en las «altas esferas» del socialismo mundial. La Segunda Internacional Socialista se hallaba organizada internamente de tal manera que era posible para los partidos nacionales que la integraban, tomar distancia en términos relativos respecto de las concepciones asumidas en su seno. El socialismo argentino se hizo eco de esta posibilidad para realizar una exégesis auténtica de los hechos y delinear una respuesta de acción acorde: su defensa de la libertad de comercio fue, para el partido sudamericano, la consumación de esta libertad de pensamiento.

⁵⁰ Justo, J. B., *Internacionalismo y Patria*, op. cit., p. 62.

⁵¹ Del Valle Iberlucea, E., *Discursos parlamentarios*, op. cit., p. 38.

Resumen

Pese a que los grandes partidos socialistas de Europa podían sentirse en condiciones de impartir a sus homólogos menores ciertas lecciones esenciales para la vida política, el socialismo argentino logró encontrar espacios críticos que le permitieron generar planteos originales en torno de algunas de las dificultades cruciales que obstruían el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Desde la dirección del PSA se evidenciaba un proyecto de nación autosustentable que no desdeñaba de la exportación de productos agrarios. La campaña submarina irrestricta declarada por Alemania al promediar la Gran Guerra hizo peligrar la integridad del comercio trasatlántico, extremando los reclamos argentinos en favor de la circulación internacional de mercancías. Este artículo intenta, por tanto, contribuir a la aprehensión de la tradición política específica del PSA, centrandolo para ello la atención en uno de los factores de divergencia teórico-práctica más salientes que acompañaron su trayectoria durante la Segunda Internacional: el librecomercio.

Palabras clave: Partido Socialista Argentino; Segunda Internacional; librecomercio.

Abstract

Although the big socialist parties in Europe might have felt able to impart essential lessons on political life to their minor counterparts, the Argentine socialism was able to create critical spaces that allowed it to generate original proposals around some of the crucial difficulties obstructing the national road towards overcoming capitalism. A self-sustaining project for the nation that did not disdain the export of agricultural products was evident from the direction of the PSA. The unrestricted submarine campaign declared by Germany midway through the Great War was threatening the integrity of transatlantic trade, taking the Argentinian claims for the international flux of goods to extremes. This article attempts, therefore, to contribute to the apprehension of the PSA-specific political tradition, by focusing the attention on one of the most salient theoretical and practical factors of divergence that accompanied its tradition during the Second International: the free trade.

Keywords: Socialist Party of Argentina; Second International; free trade.

Soluciones: una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña por el voto en blanco en 1960

Cristina Tortti

Este trabajo hace foco en una temprana experiencia de articulación política entre fuerzas de izquierda y peronismo, producida durante el primer tramo del gobierno de Arturo Frondizi. Los acuerdos logrados para la edición del quincenario **Soluciones**, vocero del Movimiento Obrero Unificado y de la campaña por el voto en blanco, muestran hasta qué punto la llamada «traición» de Frondizi operó como elemento acelerador de procesos de reconfiguración político-ideológica que, desde 1955, venían incubándose en ambas tradiciones. Si bien el pleno despliegue de dicha articulación se producirá más adelante —avanzada la década del sesenta—, sus orígenes pueden rastrearse en los puntos de coincidencia alcanzados por quienes, habiendo sido electores del gobierno «desarrollista», se convirtieron rápidamente en sus más férreos opositores.

Sin embargo, experiencias como las de **Soluciones** no han quedado registradas en nuestra memoria social y política, ni han merecido suficiente atención por parte de la historiografía.¹ Tal vez por esta razón, cuando se intenta explicar el origen de las múltiples formas de entrecruzamiento —práctico y discursivo— entre la izquierda y el peronismo, se recurre casi exclusivamente a los efectos del golpe de estado de 1966, mientras que significativos episodios producidos sobre el fin de los cincuenta y principios de los sesenta permanecen en la oscuridad.

1. Peronismo, comunismo y frondizismo

En el campo de la izquierda esos tempranos procesos incluyeron, en la mayor parte de los casos, intentos de acercamiento a los

trabajadores y al proscrito peronismo, tanto en el nivel sindical como en el político. En consonancia con la «intelectualidad crítica» de la época, la franja joven de la militancia de izquierda había ingresado en lo que Carlos Altamirano (2001) denominó «situación revisionista» respecto del peronismo. De ese modo, se incrementarían el malestar que ya existía en sus tradicionales partidos Socialista y Comunista (PS y PC) y se promoverían debates que, en muchos casos, conducirían a fracturarlos.

Al mismo tiempo, en sectores peronistas ligados a la «resistencia» y a la llamada «línea dura» se adoptaban formas de lucha y consignas novedosas dentro de su movimiento, tal como se aprecia en el Programa de La Falda, surgido del congreso realizado por las «62 Organizaciones» en 1957, cuando éstas aún estaban integradas por peronistas y comunistas.² Dentro de la misma tendencia puede ubicarse el hecho de que, en las elecciones nacionales de 1958, comunistas y peronistas coincidieran en el voto a

¹ Con la excepción de Norberto Galasso, **Cooke, de Perón al Che**, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2005, quien menciona la experiencia de **Soluciones**.

² La Comisión Intersindical de Gremios Normalizados, primer agrupamiento sindical opositor a la «Revolución Libertadora», fue creada en 1957 a instancias de los comunistas: reunía a los gremios «normalizados», dirigidos sobre todo por comunistas y peronistas, y su principal reivindicación consistía en el cese de las intervenciones en los sindicatos y en la CGT. A mediados de ese año, y como expresión del fracaso del congreso «normalizador» de la CGT convocado por el Interventor de la central, emergieron dos agrupamientos: las «62 Organizaciones» (comunistas y peronistas) y los «32 Gremios Democráticos» (alineados con la «Revolución Libertadora»). Hacia fines de 1957, los «19» gremios comunistas se separaron de las «62» organizaciones peronistas; la desavenencia, según los comunistas, se debió a que una vez que los peronistas alcanzaron la normalización de un número mayor de sindicatos tendieron a menoscabar el lugar de sus aliados; los peronistas, por su parte, lo atribuyen a que en vísperas de las elecciones para convencionales constituyentes, los comunistas se inclinaron por apoyar el proceso electoral del cual ellos estaban proscritos y votarían en blanco, ver carta de Cooke a Lagomarsino, del 20/6/1957, en Roberto Baschetti, **Documentos de la Resistencia Peronista**, La Plata, de la Campana, 1997, pp.109-119; Alejandro Schneider, **Los compañeros**, Buenos Aires, Imago

Arturo Frondizi: el candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) había logrado instalarse como opositor a la «Revolución Libertadora»; frente al «continuidismo» representado por el Radicalismo del Pueblo,³ el frondizismo se diferenciaba por su actitud menos hostil hacia el peronismo.

La propuesta y el discurso de Frondizi también resultaban atractivos para los sectores medios por cuanto articulaba un plan para sacar al país del estancamiento económico con una fórmula para la integración política del peronismo. A las resonancias antiimperialistas y al lenguaje actualizado y «moderno» de Frondizi, se agregaba el hecho de que la UCRI contaba con un «ala izquierda» dentro de la cual se destacaba el grupo de jóvenes que desde las páginas de **Contorno** había sido pionero en plantear la necesidad de religar a los intelectuales y a la izquierda con el movimiento popular.

Por esas razones el programa de la UCRI operó como polo de atracción tanto para el peronismo, que buscaba su legalización, como para el Partido Comunista (PC) que encontraba en él una orientación adecuada para la resolución de las tareas «nacional-democráticas» que, de acuerdo con su línea política, debían preceder a la construcción del socialismo.⁴ Acercándose la fecha de las elecciones, el apoyo a Frondizi halló su fórmula práctica en el acuerdo sellado entre él y Perón —a través de John W. Cooke y Rogelio Frigerio—, por el cual el 23 de febrero de 1958 la UCRI capitalizaría al crucial electorado peronista que, un año atrás, se había expresado votando en blanco.⁵

Durante el primer tramo de su gobierno —«los ocho meses desarrollistas»— y en medio de importantes expectativas, Frondizi tomó una serie de medidas de fuerte impacto en la opinión pública; con ellas cumplía buena parte de sus compromisos con el movimiento obrero y el peronismo al decretar un significativo aumento de salarios, una amplia amnistía y sancionar la Ley de Asociaciones Profesionales que reinstauraba el modelo sindical

vigente durante el gobierno de Perón. Sin embargo, junto con ellas, anunció la «batalla del petróleo» y la reforma del artículo 28° de la Ley de Educación, que le valieron la oposición de los sectores progresistas y de izquierda que lo habían apoyado⁶ y que, entonces, comenzaron a hablar de la «traición» de Frondizi. El cimbronazo se sintió en la misma UCRI cuando un grupo de sus legisladores, reclamando el cumplimiento del «Programa del 23 de Febrero», se apartó de la bancada oficial para conformar el «Bloque Nacional y Popular», y varios funcionarios cercanos a Ismael Viñas, y junto con él, renunciaron a los cargos que desempeñaban en el gobierno para, finalmente, abandonar el partido.⁷

Poco después, hacia fines de 1958 se produjo la huelga petrolera de Mendoza, primera manifestación de repudio a los contratos recientemente firmados con empresas extranjeras; impulsada por la dirigencia comunista y peronista, la huelga fue inmediatamente declarada ilegal por el gobierno que, además, decretó el Estado de Sitio en todo el territorio nacional y dispuso la «movilización militar» de los huelguistas y la ilegalización del PC.⁸ Muy poco tiempo después, el gobierno anunció el Plan de Estabilización, los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional y una serie de medidas que indicaban claramente la ratificación del cambio de rumbo.⁹

Entre la mencionadas medidas se destacaron las destinadas a la privatización total o parcial de empresas estatales consideradas deficitarias, tales la de ferrocarriles y el Frigorífico «Lisandro de la Torre». Cuando en enero de 1959 el Presidente giró al Congreso el proyecto de ley que autorizaba la venta o arrendamiento de

Mundi, 2006, p.104; Daniel James, **Resistencia e integración**, Buenos Aires, Paidós, 1990, cap. 3.

³ El proyecto «nacional y popular» de la UCRI apuntaba a un programa de industrialización sostenido por la activa participación del Estado que, a la vez, restringiría el papel del capital extranjero e induciría al agro pampeano a elevar su productividad; también prometía el fin de las proscripciones políticas y una política que sostuviera la participación de los asalariados en el ingreso nacional. Esta propuesta se inspiraba en la Declaración de Avellaneda, de abril de 1945, considerada fundante del Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) —que dentro de la UCR, se había opuesto a la incorporación del radicalismo a la Unión Democrática—, ver Marcelo Cavarozzi, **Autoritarismo y democracia**, Buenos Aires, Ariel, 2002; Alain Rouquié, **Poder militar y sociedad política en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, Vol. 2; Carlos Altamirano, **Bajo el signo de las masas**, Buenos Aires, 2002.

⁴ Nota editorial «La gran tarea de la hora es derrotar al continuismo», **Nueva Era**, n° 1, 1958, publica los «5 puntos» aprobados por la Convención Nacional del PC, fijando su propuesta posición: 1) Defensa de las riquezas nacionales; 2) Garantías efectivas de los derechos de los trabajadores; 3) Estabilización de los campesinos en la tierra; 4) Establecimiento de los más amplios derechos democráticos; 5) Política exterior independiente.

⁵ Principales partidos y candidatos: UCRP, R. Balbín-S. del Castillo; UCRI, A. Frondizi. A. Gómez; PS, A. Palacios-C. Sánchez Viamonte; P. Demócrata Cristiano, L. Ayarragaray-H. Sueldo; P. Demócrata Progresista, L. Molinas-H. Thedy, **La Nación**, 18/2/1958. Resultados para presidente y vice: UCRI, 4.090.000; UCRP, 2.624.454; DC, 289.245; PS, 262.366, **La Nación**, 19/3/1958.

Por otra parte, hubo 831.658 votos en blanco, adjudicables a peronistas que desobedecieron la indicación de sufragar por Frondizi, Robert Potash, **El Ejército y la política en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1981, vol. I, pp. 358-365. Los votos obtenidos por Frondizi eran la suma de los obtenidos por su partido y los «blancos» en 1957.

⁶ Antes de cumplir un año, el gobierno de Frondizi ya había tomado gran parte de las medidas que, según sus planes, pondrían en marcha la economía argentina; en medio de la agitación social y política que esas medidas generaron, en junio terminó de sellarse su ruptura con el peronismo, cuando el mismo Perón denunció el incumplimiento del pacto que, secretamente, había sido suscripto antes de las elecciones. La reglamentación del art. 28 de la Ley de Educación, que autorizaba la creación de universidades privadas, fue especialmente devastador de la adhesión en sus propias filas. El abandono del «programa progresista» se verificó con los nuevos contratos petroleros y con el conjunto de medidas destinadas a alentar al capital privado y extranjero. Cautela peronista.

⁷ Además del Bloque Nacional y Popular, se creó el Movimiento Nacional y Popular (MNyP), y el grupo liderado por Ismael Viñas, el Movimiento Nacional de Unidad Popular (MNU), que sostenía una idea «frentista» y como los primeros tendía a coincidir con el PC.

⁸ Inicialmente la huelga petrolera no tuvo el apoyo de la dirigencia peronista a nivel nacional que aún estaba en buenas relaciones con Frondizi a raíz de la reciente sanción de la Ley Asociaciones Profesionales. Luego, cuando Perón ordenó denunciar los contratos petroleros, las «62» convocaron a un paro que finalmente no concretaron, **La Vanguardia**, 4 y 11/11/1958.

⁹ Todas estas medidas formaban parte de los acuerdos por los cuales el país recibiría créditos —oficiales y privados— que serían aplicados, sobre todo, a la explotación de petróleo, carbón y hierro, a la expansión de las industrias química y siderúrgica, y a la fabricación de vehículos y maquinarias; a cambio, el gobierno se comprometía a reducir el gasto público y a eliminar el déficit, cuyas fuentes ubicaba en la «ineficiencia» de las empresas públicas y en los servicios «subsidiados»: desde Ley de Inversiones Extranjeras, que aseguraba condiciones favorables a los capitales de origen externo y la decisión de vender empresas DINIE —que habían sido confiscadas por el gobierno de Perón sobre el fin de la Segunda Guerra Mundial.



ese frigorífico, se desató un conflicto de magnitud inusitada. Los trabajadores, liderados por Sebastián Borro, ocuparon la planta y, después de una desigual batalla, fueron violentamente desalojados por las fuerzas militares y policiales enviadas por el gobierno; al tiempo que el conflicto se propagaba por las calles del barrio porteño de Mataderos,¹⁰ muchos trabajadores eran detenidos y se allanaban los sindicatos dirigidos por peronistas o comunistas. La represión se extendió al PC, cuyos locales —incluida la sede central— y su periódico **La Hora** fueron clausurados, mientras que Radio Rivadavia era sancionada por difundir la palabra de los trabajadores en huelga.

A partir de este episodio, la relación entre el peronismo y Frondizi entró en un acelerado deterioro que culminaría en ruptura cuando, en junio, Perón dio a conocer los términos del «pacto» incumplido. Al mismo tiempo que el peronismo pasaba a la oposición, la tramitación del enfrentamiento con Frondizi ponía en evidencia que dentro del Movimiento existían posiciones no siempre coincidentes: frente a la «línea dura» de las «62» y a dirigentes combativos como Cooke, despuntaban los sectores «integracionistas» y «neoperonistas» dispuestos a la negociación con el gobierno.¹¹

2- En respuesta a la «traición»

El año 1959 marcó el pico más alto de la combatividad obrera: iniciado con los sucesos arriba mencionados, continuó con la ola de grandes huelgas —bancaria y metalúrgica, entre otras— a la cual el gobierno respondió con la suspensión del proceso de normalización sindical y el incremento de la represión, llegando incluso a amenazar con poner en vigencia el Plan Conintes.¹²

En ese contexto, el PC, el peronismo combativo y los grupos disidentes de la UCRI intensificaron sus vínculos, logrando producir interesantes experiencias opositoras. A nivel sindical, en junio, se constituyó el Movimiento Obrero Unificado (MOU), y en octubre comenzó a publicarse el semanario **Soluciones**. **Para los problemas nacionales**, destinado a promover una política frentista

y a impulsar el voto en blanco en las elecciones de renovación parlamentaria que se realizarían el 27 de marzo de 1960.

Además de órgano de denuncia de la proscripción y de la escalada represiva, **Soluciones** oficiaría a lo largo de su trayectoria como vocero del MOU. El Director y principal impulsor del semanario fue Ismael Viñas, quien estaba acompañado por un Consejo de Dirección integrado por Jorge Cooke —en representación de su hermano John W.—, el militante comunista Isidoro Gilbert, el demoprogresista Santiago Barberis y el dirigente cañero Lisandro Caballero. **Soluciones** publicó 28 números, entre el 8 de octubre de 1959 y el 14 de abril de 1960. Según Gilbert, el periódico era financiado por el PC y expresaba la posición aperturista de un sector de la dirigencia partidaria —principalmente Victorio Codovila y Ernesto Giúdice—, quienes consideraban que «habiendo una izquierda peronista» los comunistas debían vincularse con ella.¹³

Del lado de Viñas, la iniciativa formó parte del proceso de ruptura con la UCRI y de su evolución hacia posiciones propias del nacionalismo popular y revolucionario.¹⁴ Por su parte, J. W. Cooke —exiliado en Montevideo—, si bien no tenía demasiado aprecio por los comunistas parece haber considerado que el acuerdo político expresado por **Soluciones** abría una perspectiva conveniente para el peronismo en esa etapa.¹⁵ En tal sentido, en el número 1 de **Soluciones**, junto con el acuerdo programático de los editores, se publicó una nota en la que J. W. Cooke alentaba una perspectiva unitaria y destacaba la necesidad de desterrar «sectarismos» y luchar por la «liberación nacional», comprometiendo no sólo a los trabajadores sino también a «parte de las clases medias y de la burguesía nacional no ligada al imperialismo».¹⁶

Los puntos de coincidencia en los que se sustentaba el semanario apuntaban a la defensa de los intereses nacionales en el ámbito económico, el resguardo de los derechos de los trabajadores, la defensa de las libertades democráticas —derogación de las leyes represivas y fin de las proscripciones—, y la promoción de una política exterior independiente y pacifista.¹⁷ Los contenidos

¹⁰ El gobierno declaró ilegal el paro y ordenó el desalojo de la planta, y ante la irreductible posición de los trabajadores, el ministro de Trabajo Alfredo Allende, decidió que fuerzas policiales y militares iniciaran la represión; en la madrugada del 17 de enero, después de varias horas de asedio, un tanque de guerra derribó el portón e ingresó al Frigorífico, en cuyo interior permanecían cerca de seis mil trabajadores, Ernesto Salas, **La resistencia peronista**, Buenos Aires, Biblos, 2006.

¹¹ Diversos autores atribuyen a Cooke la proclama que acompañó la toma del Frigorífico, y también los vinculan con el posterior episodio de los Uturunco. Después de los episodios del Frigorífico, desairado por el Consejo Superior y Coordinador el Peronismo, y buscado por la policía se exilió en Montevideo.

¹² El escalonamiento de medidas represivas reconoce los siguientes momentos durante 1958: 1) 11 de noviembre, Decreto 9674, Declaración del Estado de Sitio; 2) 14 de noviembre, Decreto «secreto» 9880, Conmoción Interna del Estado (Conintes), basado en la correspondiente ley sancionada durante el gobierno de Perón; 3) 12 de diciembre, Ley 14774, prórroga sin término de la vigencia del Estado de Sitio. Más adelante, el 13 de marzo de 1960, el Plan Conintes será efectivamente aplicado a través del Decreto 2628; y el 17 de ese mismo mes, el Decreto 2369 declara producida la situación de «emergencia» prevista en la Ley 13234 (organización del Estado en tiempos de Guerra), que extiende la jurisdicción militar a delitos cometidos por civiles, Robert Potash, **El Ejército y la política en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, vol. II, cap. 8; Daniel James, *op. cit.*, cap. 5.

¹³ Estos dirigentes acariciaban la idea de, en un futuro, participar de la construcción de un «partido obrero» unificado; en cambio, otros dirigentes —particularmente en el Comité Capital— eran más bien hostiles a esa idea.

¹⁴ Más adelante, Ismael Viñas y su grupo constituirían el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), mientras que otros disidentes de la UCRI se mantuvieron cercanos al PC y muchas veces integraron agrupaciones —los «partidos amigos»— que permitían a los comunistas contar con un instrumento electoral y sortear su propia proscripción.

¹⁵ Según Isidoro Gilbert (entrevista con la autora, 2001) en la «izquierda peronista» y en la zona de influencia de **Soluciones** se ubicaban dirigentes tales como S. Borro, J. C. Laholaberry, A. Olmos, G. Rearte y el metalúrgico Héctor Tristán; éste, a quien llamaban el «worker», que había desempeñado un papel importante en la «resistencia peronista» y trabajado con la Juventud Peronista, luego sería admirador de la Revolución Cubana y secretario de Cooke. Según el mismo testimonio, entre los dirigentes comunistas de Capital que no simpatizaban con **Soluciones**, se contaban Nadra y Larralde, quienes en muchos casos, reflejaban el malestar que solía vivirse en el ámbito sindical en relación con los peronistas, quienes muchas veces tendían a acordar con Frondizi en desmedro de los comunistas. El entrevistado sostiene que entre el PC y Cooke luego se produjo un distanciamiento, a raíz de las respectivas posiciones sobre la Revolución Cubana. Ver también, Norberto Galasso, *op. cit.*, y **Correspondencia Perón-Cooke**, Buenos Aires, Parlamento, 1984.

¹⁶ **Soluciones**, n° 1, 8/10/1959.

¹⁷ El texto completo decía: a) defensa de nuestra economía (explotación esta-

de ese programa, coincidentes con los del MOU, fueron desarrollados desde diversos ángulos, a lo largo de los 28 números; en cada uno de ellos pueden leerse entrevistas y notas de opinión de dirigentes políticos y sindicales tales como Luciano Molinas (demoprogresistas), Juan Laholaberry y Ricardo Obregón Cano (peronistas), Ramón Alcalde y Lisandro Viale (UCRI disidentes), Alcira de la Peña y Miguel Zárate (comunistas), Alfredo Palacios (socialista argentino), quienes con sus denuncias contribuían a crear un clima deslegitimante hacia las elecciones que se avecinaban.

Según el diagnóstico de **Soluciones**, la situación política nacional podía caracterizarse con sólo dos palabras: «democracia e ilegalidad». Tal fue el título de la nota que encabezó el n° 4 y en la cual se afirma que, a cuatro años de la caída de Perón, la exclusión política y económica de los trabajadores había adquirido «aire de permanencia y de sistema», y que con la proscripción del peronismo y del comunismo se privaba de voz y derechos a la totalidad de una «clase», a la que además, se empujaba a la «ilegalidad».

Soluciones y la experiencia «unitaria» del MOU

En 1959, con la CGT aún intervenida, el mapa político del sindicalismo estaba compuesto por tres agrupaciones principales: las «62 Organizaciones» peronistas, el Movimiento de Unificación y Coordinación Sindical (MUCS) comunista y los «Independientes». Después de los desencuentros producidos durante la larga huelga bancaria, a mediados de 1959, las dos primeras no solo volverían a acercarse sino que además lograrían atraer a los «Independientes», ya definitivamente separados de los «32 Gremios Democráticos». En los «Independientes» militaban sindicatos y dirigentes con apreciable presencia en los gremios de servicios, en muchos casos políticamente ligados o cercanos al Partido Socialista Argentino (PSA) y a la UCRI.¹⁸ El acercamiento, insistentemente busca-

do por el MUCS, se vio facilitado del lado de las «62» por la adopción de una estrategia confrontativa por parte de Perón, quien a partir de la denuncia del «pacto» comenzó a amenazar con el «giro a la izquierda» de su movimiento.¹⁹

La unidad, que en junio ya estaba en vías de alcanzarse,²⁰ llegó de la mano del acuerdo político-sindical sintetizado en el programa conocido como los «13 puntos», cuyas demandas incluían el fin de las proscripciones, el levantamiento del Estado de Sitio y el fin de la desnacionalización de la economía, la implementación de una política de reforma agraria y la devolución de la CGT a los trabajadores. El acuerdo incluía que la conducción del MOU fuera ejercida de manera paritaria por una «Mesa de Dirección» integrada por dos representantes por cada una de las tres agrupaciones político-sindicales —«62», MUCS e «Independientes». El MOU celebró su Primer Plenario el 6 de noviembre de 1959, con Álvaro Alsogaray en el Ministerio de Economía y en pleno período represivo: al comenzar las sesiones, la «Mesa de Enlace» proclamó que la Presidencia Honoraria del cónclave correspondía a «los 121 presos y confinados» por obra del gobierno represor.²¹

Desde el momento mismo en que comenzó a ser editado, **Soluciones** operó como amplificador tanto de las actividades del MOU como de las de cada una de las agrupaciones que lo integraban. En tal sentido, comentando el plenario realizado por las «62» en Rosario, el semanario destacaba con particular énfasis las palabras de los dirigentes que explícitamente reafirmaban los acuerdos alcanzados: las de Amado Olmos calificando al peronismo y al comunismo como «partidos populares» —en tanto ambos tenían «bases obreras»—; las de Eleuterio Cardozo reivindicando enfáticamente el derecho de los trabajadores a intervenir en política; y la vibrante convocatoria lanzada por Augusto T. Vandor llamando a organizar la «resistencia civil» para lograr la libertad de los presos políticos y gremiales.²² Sobre el fondo de esas declaraciones, **Soluciones** cerraba la nota atacando dura-

tal de las principales riquezas, desconocimiento de los contratos petroleros y de electricidad, contra el gran latifundio, rechazo del Plan del FMI y diversificación del comercio exterior, reforma agraria que apuntale la industrialización, control estatal del comercio exterior y comercio con todos los países; b) defensa de los intereses de los trabajadores y el pueblo: respeto a las conquistas, medidas de emergencia contra la carestía, reconocimiento de la voluntad obrera en los sindicatos y en la central única, derecho de huelga; c) defensa de las libertades democráticas: derogación de leyes represivas, legalidad a todos los partidos políticos, campañas por libertad de expresión, de los presos, levantamiento del Estado de Sitio, democratización del aparato de represión del Estado, retorno de las FFAA a su misión específica, supresión de las secciones política y especial de la policía; d) defensa de la cultura nacional: defensa de la conciencia nacional contra la penetración imperialista corrosiva y deformante (y sigue sobre educación, universidad y laicismo); e) política exterior independiente y pacifista (denuncia de pactos militares, anular bases extranjeras, contra ramas nucleares y solidaridad con pueblos coloniales), **Soluciones**, n° 1, 8/10/59.

¹⁸ Por entonces, en las «62» existía una «línea dura», en la que militaban hombres como S. Borro y A. Olmos; un corriente de «centro», a la cual pertenecían Augusto T. Vandor y Andrés Framini, además de un sector «integracionista», cuyos nombres más relevantes eran los de Pedro Gomiz y José Carulias (poco más adelante, expulsados de las «62»). Entre los «Independientes», se contaban los gremios de bancarios, seguros, mercantiles de la Capital, ferroviarios, luciferuercistas, y entre sus dirigentes más conocidos A. Grano y Alfredo March. El MUCS dirigía algunos sindicatos tales como químicos, prensa, madereros y gastronómicos; entre sus dirigentes se destacaban P. Chiarante y M. Zárate, entre otros.

¹⁹ La huelga bancaria, desarrollada entre abril y junio, contó con una gran presencia del MUCS y con el retaceado apoyo de las «62». La huelga fue quebrada por la «movilización militar», y dejó como saldo unos 5000 cesantes, Omar Acha, **Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945-1962)**, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2008, pp. 222-224.

²⁰ **La Vanguardia**, 23/6/1959. **La Vanguardia** por entonces expresaba al Partido Socialista Argentino (PSA): sus dirigentes sindicales militaban en los «independientes». El PSA desde julio de 1958 se había separado del PS Democrático, orientado por A. Ghioldi: seguía fiel a la «Revolución Libertadora» y sus gremialistas formaban parte de los «32 Gremios Democráticos» ó «Democráticos gorilas», María C. Tortti, **El «viejo» Partido Socialista y los orígenes de la «nueva» izquierda**, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

²¹ **Soluciones**, n° 6, 12/11/1959 y **Nuestra Palabra**, 26/1/1960 (**Nuestra Palabra** era el periódico del PC). La «Mesa de Enlace» del 1° Plenario del MOU estaba integrada por: Castillo (vidrio), Jonsch (telefónicos), García (caucho), Cabrera (aeronáuticos), Zárate (construcción), Ruzo (radiotelegrafistas) y Grano (comercio). La Mesa del Plenario, durante las deliberaciones estaba compuesta por Donaire (CGT Avellaneda), Luján (CGT de Córdoba) y los delegados metalúrgicos y textiles por su participación en la última huelga. Entre quienes hicieron llegar adhesiones figuran la Federación Universitaria Argentina, Familiares de Detenidos, Presos de Caseros y Familiares de Sebastián Borro (que estaba prófugo).

²² **Soluciones**, n° 18, 4/2/1960. La Mesa Directiva de las «62» estaba integrada por Augusto T. Vandor, Andrés Framini, Juan Carlos Laholaberry, Eleuterio Cardozo, Pedro Martínez, Amado Olmos, Jorge Di Pasquale, Sebastián Borro, Orfelio Andrade, Miguel Gazzera, Juan Jonsch, M. Castillo, Rosendo García, Juan Racchini, A. Porciones, H. Bustamante, **Soluciones**, n° 12, 24/12/1959.

mente a la «nueva horneada de traidores», es decir a los dirigentes que no se integraban al MOU, buscando debilitarlo y posibilitar la existencia de una CGT «dócil» a los dictados de Frondizi y de Frigerio.²³

Ante la inminencia de las elecciones de renovación parlamentaria, además de las declaraciones contra la carestía y la difusión de su programa de «13 puntos», el MOU fue dando centralidad a la cuestión político-electoral. En tal sentido, y de manera simultánea, dio a conocer el «Memorial de los Trabajadores al Poder Ejecutivo» y organizó una concentración en apoyo al voto en blanco; el Memorial, con las firmas de Augusto T. Vandor, Antonio Cabrera y Horacio Soto, reclamaba el fin de los despidos, la reincorporación de los cesantes, el cese de las intervenciones sindicales —en construcción, carne, vestido, bancarios y seguros—, la devolución de la CGT a los trabajadores y la libertad de los presos. El gobierno, por su parte, además de desconocer los reclamos del Memorial, prohibió el acto que se proyectaba realizar en Plaza Once, ciudad de Buenos Aires.²⁴

Soluciones y la denuncia de la represión estatal

Desde el primero hasta el último de sus números el semanario desarrolló una intensa campaña de denuncia de las medidas de excepción habilitadas por la vigencia del Estado de Sitio y el Plan Conintes. En virtud de dichas medidas, el Poder Ejecutivo encuadraba las causas en figuras tales como «participación en actos de terrorismo», aun en aquellos casos en que la acusación remitía exclusivamente a la pertenencia a organismos políticos y sindicales proscriptos o intervenidos: al aplicarse la figura de «subversión», los detenidos tenían negado el recurso a la justicia ordinaria y eran colocados bajo jurisdicción de los tribunales militares. Al respecto, **Soluciones** publicó una serie de entrevistas a dirigentes y personalidades provenientes del ancho arco del «antifondizismo», quienes además de condenar al Poder Ejecutivo, llamaron la atención sobre la complicidad del sistema político en su conjunto. En una de ellas, Fernando Torres —abogado de la UOM—, señalaba la co-responsabilidad del Parlamento en el mantenimiento de leyes violatorias del estado de derecho; en otra, Lisandro Viale —diputado provincial por la UCRI en Santa Fe— destacaba la contradicción implicada en la aplicación de las leyes de excepción y la justicia militar a los trabajadores, mientras que los militares —que efectivamente se «sublevaban» contra el gobierno— no eran molestados por ningún tribunal.²⁵

De manera regular, **Soluciones** publicaba llamativos recuadros

con los nombres de los detenidos, su ubicación en diversos penales del país y la nómina de quienes eran sometidos a repentinos traslados. En el mes de noviembre de 1959 informaba sobre la existencia de «121 presos y confinados» entre los que figuraban los peronistas Lorenzo Miguel, Oscar Bidegain, Andrés Framini y Juan Racchini, y los comunistas Rubens Iscaro, Pedro Chiarante, Miguel Zárate y Rodolfo Aráoz Alfaro —apoderado legal del PC.²⁶ Muchas veces, esas notas iban acompañadas por denuncias sobre torturas y detenidos que «desaparecen por varios meses»,²⁷ así como por cartas remitidas por presos o por dirigentes que se encontraban en la clandestinidad: tal el caso de Sebastián Borro, quien aún en condición de «prófugo» seguía participando en actividades político-sindicales y hacía oír su voz rechazando las acusaciones que lo vinculaban con «actos terroristas».²⁸

También a través de **Soluciones** es posible conocer la existencia de la Comisión Jurídica del MOU, creada para atender a los detenidos y también para defender los «fueros profesionales» de los abogados defensores, frecuentemente violentados por las autoridades. La Mesa Directiva de la Comisión estaba integrada por Fernando Torres (UOM), Carlos Monroy (CGT Avellaneda), David Tieffenberg (Empleados de Comercio), Luis Cerrutti Costa (telegrafistas y radiotelegrafistas), Alfonso Nasiff (aeronáuticos) y Mauricio Birgio (construcción). A la vez, tanto esta Comisión como la más antigua Liga Argentina por los Derechos del Hombre —ligada al PC—, propiciaban la formación de «comisiones de familiares» y auspiciaban a las que con el mismo fin surgían en el ámbito de la Federación Universitaria Argentina (FUA).²⁹

La campaña contra la represión se completaba con movilizaciones callejeras —como la producida durante la visita del Presidente nor-

²³ **Soluciones** n° 25, 24/3/1960. La «nueva horneada» vendría a reemplazar a los «viejos traidores» de los «32», a los que consideran en decadencia.

²⁴ **Soluciones** n° 10, 10/12/1959; n° 16, 21/1/1960; n° 23, 10/3/1960.

²⁵ **Soluciones** n° 5, 5/11/1959 y n° 6, 12/11/1959. Probablemente algunas de las acusaciones se refirieran a atentados producidos por los «comandos», por ejemplo el denominado «Comando Insurrección» al que pertenecían entre otros Gustavo y Alberto Rearte, Norma Kennedy, Rulli, Spina y Felipe Vallese. Por entonces, A. Rearte era buscado por la policía y su hermano Gustavo, detenido desde marzo, ver también **Soluciones** n° 4, 29/10/1959; n° 9, 3/12/1959; n° 24, 17/3/1960. Entre los dirigentes que se pronunciaron: los del PDP y del PSA.

²⁶ **Soluciones**, n° 6, 12/11/59, Entre los confinados en el sur o en Caseros: los comunistas Iscaro, Chiarante y Troissi; en cuanto a la ubicación: 4 de Esquel; 7 en Mercedes; 1 en el Correccional de Mujeres Humberto I; 3 en el Departamento Central de Policía; 2 en Villa Devoto; 1 en la Comisaría 6ª.

Soluciones, n° 9, 3/12/1959 proporciona la siguiente nómina de detenidos: Caseros, 38; Viedma, 22; Santa Rosa, 5; Esquel, 4; Mercedes, 7; Correccional de Mujeres Humberto I, 1; Departamento Central de Policía, 3; Villa Devoto, 2; Comisaría 6ª, 1. Otros recuadros y notas sobre el tema: **Soluciones** n° 2, 15/10/1959; n° 4, 29/10/1959; n° 17, 28/1/1960; n° 18, 4/2/1960; n° 20, 18/2/1960; n° 27, 7/4/1960.

²⁷ **Soluciones**, n° 28, 14/4/1960, reproduce informes médicos que hablan de golpes y torturas, de traslados sorpresivos y de detenidos que «desaparecen» por varios meses. No se trata sólo de peronistas y comunistas, sino también de socialistas como Manuel Dobarro, detenido en Resistencia, Chaco, por hablar contra el Conintes en un acto público (Dobarro fue liberado, aunque más adelante volvió a la situación de «buscado»), y de otros dirigentes que sufrieron intimidaciones, como fue el caso del radical del pueblo Santiago del Castillo, cuyo domicilio fue allanado por la policía.

²⁸ **Soluciones**, n° 13, 31/12. Borro afirmaba que ni él ni la Comisión Directiva de su gremio propiciaban «atentados». En relación con la persecución a Borro fue detenido su hermano José; lo mismo ocurrió con Floreal Chiarante, hijo del dirigente comunista buscado, **Soluciones**, n° 5, 5/11/1959. Otras cartas: la remitida por Aráoz Alfaro, desde Villa Devoto, **Soluciones** n° 3, 22/10/1959; la de los presos de Viedma, sin procesos ni causa abierta, **Soluciones**, n° 9, 3/12/59; la de los de Caseros, **Soluciones** n° 28, 14/4/1960 denunciando torturas en Coordinación Federal, firmada entre otros por José Pracánico, José Borro, Rubens Iscaro, José Zárate, Jerónimo Izzetta.

²⁹ **Soluciones**, n° 6, 12/11/59.

³⁰ **Soluciones**, n° 22, 3/3/1960, denuncia que el preso político es tratado como «rehén» y convoca a formar comisiones de defensa y solidaridad. Además, se informa que durante los desórdenes producidos por la visita de Eisenhower hubo entre 15 y 20 estudiantes detenidos, y otros 50 el día en que el presidente norteamericano «fue paseado» por el centro de la ciudad.

teamericano D. Eisenhower—³⁰, conferencias de prensa y grandes actos públicos. Uno de ellos, destinado a reunir fondos para los familiares de los metalúrgicos detenidos, fue organizado por la UOM en el Luna Park y consistió en un «Festival Artístico Danzante» en el que actuaron figuras tan consagradas y populares como Tita Merello, Hugo del Carril, Aníbal Troilo, Edmundo Rivero, Argentino Ledesma y Alfredo Barbieri.³¹ En éste como en otros casos, los anuncios de **Soluciones** anudaban la solidaridad, la denuncia y el reclamo por la vigencia del estado de derecho con la campaña por el voto en blanco en las elecciones que se avecinaban.

3- La estrategia electoral de Frondizi

Tal como lo ha mostrado Catalina Smulovitz (1990), la estrategia de Frondizi apuntaba al doble objetivo de incluir al electorado peronista en el juego político legal y, a la vez, evitar que como fuerza política autónoma ganara elecciones, lo cual en caso de ocurrir, podría desatar la reacción de las Fuerzas Armadas (FFAA) contra su gobierno.³² Confiaba en que produciendo rápidos resultados económicos y haciendo ciertas concesiones al sindicalismo peronista, en esta primera etapa le sería posible retener una parte sustancial de los votos logrados en 1958, y así fortalecer a su propio partido. Para una segunda etapa proyectaba autorizar la concurrencia del peronismo, con la esperanza de que la UCRI pudiera vencerlo en las urnas.

Atendiendo al hecho de que, en condiciones de proscripción, la dirección política de los trabajadores era la ejercida por los dirigentes sindicales, Frondizi apuntaba en primer lugar a la consolidación de un sector «moderado» en el sindicalismo, y en el plano estrictamente político-electoral, a la existencia de variados «neo-peronismos» que, al igual que los dirigentes sindicales «integracionistas» expresaban, si no una comunidad de objetivos con su gobierno, al menos una voluntad de entendimiento con él.³³ En 1959, en las condiciones del «juego imposible»³⁴ —cuya regla de oro era evitar el regreso del peronismo al poder—, el Presidente ya había decidido «escalonar» las elecciones, comenzando por los distritos que eran más favorables a su partido.

Pero la UCRI no era el único partido que esperaba captar el voto peronista: también la izquierda alimentaba expectativas respecto del «electorado vacante»: tanto el PC como Partido Socialista

Argentino (PSA)³⁵ esperaban «canalizar» a ese electorado o, eventualmente, «confluir» con él. En abril de 1959, los resultados de las primeras compulsas electorales —de carácter provincial y municipal— realizadas en San Luis, Catamarca, Corrientes y Mendoza trajeron algunas novedades en este sentido. En el caso de Mendoza, junto con la derrota de la UCRI —a manos del Partido Demócrata— se observaba cierta disminución del voto en blanco que, presumiblemente, había favorecido a la izquierda —en particular al PC.³⁶

Desde entonces, por cierto tiempo, y pese a ese moderado crecimiento de la izquierda, diarios y revistas políticas comenzaron a hablar, con alarma, de un posible encauzamiento del voto peronista por parte de la izquierda.³⁷ Por su parte, y apelando a estrategias diversas, el PC y el PSA redoblaban sus esfuerzos para que el vaticinio se convirtiera en realidad. Los socialistas argentinos —recientemente separados del «ghioldismo»— ofreciendo a su partido como «canal legal» para la expresión político-electoral de los «trabajadores proscriptos», y los comunistas, intensificando sus esfuerzos por concretar «acciones unitarias» entre los «proscritos peronistas y comunistas».³⁸

4- Soluciones lanza el «Frente Blanco»

Fue en ese contexto, y mientras Perón amenazaba al gobierno con la temida alianza entre su movimiento y la izquierda, que tomó cuerpo el proyecto de **Soluciones** para promover el voto en blanco en las elecciones del 27 de marzo de 1960. El PC apostaba a dar continuidad política a los acuerdos logrados en el MOU y a no dejar pasar la oportunidad de ligarse con el peronismo: la opción por el «blanco» —ya perfilada en el peronismo— era doblemente ventajosa para él en tanto le permitiría acompañar electoralmente a los trabajadores y a la vez incluirse en la polí-

plejas causas de esa división, la posición a sumir sobre el gobierno de la «Revolución Libertadora» ocupó un lugar central. En el PSD, liderado por Américo Ghioldi, permanecieron quienes apoyaban al gobierno militar y su política «desperonizadora» —cuyo reflejo a nivel gremial eran los llamados «32 Gremios Democráticos». En el PSA militaban dirigentes tales como Alfredo Palacios, Alicia Moreau, Carlos Sánchez Viamonte y José L. Romero, y la izquierdizada Juventud Socialista (Alexis Latendorf, Enrique Hidalgo, Pablo Giussani y Ricardo Monner Sans, entre otros); el PSA comenzó a desarrollar una política opositora al gobierno de Aramburu, y lo mismo hizo luego con Frondizi; sus dirigentes gremiales, por lo general, se ubicaron entre los «Independientes», María C. Torti, *op. cit.*

³⁰ En el caso del PSA el incremento consistió en la duplicación de sus votantes (de los 8836 que el PS aún unificado había logrado en 1957, se pasó a 20.824); localmente concentrado en Godoy Cruz, permitió que su candidato R. Dellasanta alcanzara la intendencia del Departamento. En cambio el PC pasó de 15.973 a 33.300. El voto en blanco se redujo de 93.071 a 70.025, *La Nación*, 28/4/1959.

³¹ Por su parte, el Arzobispo de La Plata, Mons. A. J. Plaza, en una «pastoral» advertía sobre la «infiltración comunista» en las universidades y en el movimiento obrero, *La Nación* 4/4/1959. A raíz de estos resultados y de los recientes episodios del Frigorífico Lisandro de la Torre, fueron prohibidas las actividades del PC (Decreto 4965 del 27/4/1959), y luego el Decreto del 22/9/1959 le retiró la personería electoral, *Nueva Era*, noviembre de 1959.

³² *Nuestra Palabra* 8 y 11/3/1960, informa sobre la constitución de dichos comités en empresas y barrios, conformados por comunistas y peronistas.

³³ La situación del PSA era otra: siendo un partido legal aunque de escasas fuerzas, decidió «concurrir» ofreciéndose como «canal legal» para los trabajadores proscriptos —es decir, peronistas y comunistas—, llevando como programa los «13 puntos del MOU», M. C. Torti, *op. cit.*

³¹ **Soluciones**, n° 6, 12/11/1959.

³² Catalina Smulovitz, «En búsqueda de la fórmula perdida», Buenos Aires, **Documentos CEDES**, 1990.

³³ En la práctica, el «integracionismo» y los «neoperonismos» tendían a aceptar la proscripción de Perón, ya que oponerse podía implicar que ellos mismos fueran proscriptos. En realidad, desde 1955 habían existido formaciones «neoperonistas»: la Unión Popular, dirigida por A. Bramuglia —que en 1957 obtuvo reconocimiento legal para la elección de constituyentes, y en 1958 volvió a concurrir. También desde 1957 el Partido Populista, liderado por L. Saadi, tenía reconocimiento legal, María F. Arias y Raúl García Eras, «Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas», Samuel Amaral, **Perón: del exilio al poder**, Buenos Aires, Cántaro, 1993; Marcelo Cavarozzi, *op. cit.*

³⁴ Guillermo O' Donnell, **Modernización y autoritarismo**, Buenos Aires, Paidós, 1972.

³⁵ En julio de 1958, el viejo PS se había fracturado, dando lugar a dos nuevos partidos: el PS Argentino (PSA) y el PS Democrático (PSD). Entre las com-



ticamente visible masa del voto en blanco.³⁹ En cuanto al grupo de Ismael Viñas, la opción pública por el «blanco» contribuiría a dar visibilidad a los conflictos internos de la UCRI y señalaría un camino al resto de los frondistas «decepcionados».

El primer anuncio oficial respecto de que la continuidad de la proscripción sería contestada por el voto en blanco provino del Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo, y fue publicada en el número 4 de **Soluciones**. Poco más adelante, se pronunciarían en el mismo sentido la Convención Nacional del PC y las «62 Organizaciones», durante un Plenario celebrado en Rosario.⁴⁰

Como parte de la estrategia opositora, desde el semanario se procuraba atraer al acuerdo a aquellas fuerzas políticas que, aunque se pronunciaban en contra de las proscripciones, eran ambiguas respecto de la posición que asumirían el 27 de marzo: además del PDP —uno de cuyos hombres llegó a integrar el Comité de Redacción de **Soluciones**—, el llamado iba dirigido al PSA y también a la corriente liderada por Santiago del Castillo dentro de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).⁴¹ Desde el punto de vista de **Soluciones**, era imprescindible que dichos partidos se pronunciaran claramente y evitaran hacer el juego al gobierno presentándose a unas elecciones fraudulentas con la vana esperanza de promover cambios desde las bancas que esperaban obtener. En un mensaje claramente dirigido a los socialistas argentinos, a los sectores juveniles de la Democracia Progresista, a los disconformes de la UCRI, y también a los radicales «del pueblo», **Soluciones** consideraba que la única postura correcta era la de sumarse a la «desobediencia comicial» y a la «huelga de boletas», luchando por la plena vigencia de la «legalidad».⁴² Por esta razón, a principios de marzo de 1960 el quincenario saludará la decisión de Alfredo Palacios, quien acababa de renunciar a su candidatura en el PSA denunciando las condiciones de ilegalidad en que se desenvolverían los comicios: sin embargo, desde **Soluciones** se hacía notar que el hecho quedaría circunscripto al «nivel personal» ya que su abstención no había logrado involucrar a su partido.⁴³

⁴⁰ **Soluciones**, n° 4, 29/10/1959; n° 18, 4/2/1960; n° 21, 25/2/1960. En **Nuestra Palabra**, 1/3/1960, el PC dedica un extenso artículo destinado a promover las «acciones unitarias» y «comités de lucha» para el voto en blanco entre comunistas, peronistas y «otros sectores del pueblo». Otra de sus publicaciones, **Nueva Era**, n° 3, abril de 1960, contiene el «Llamamiento del CC del Partido Comunista a la clase obrera y al pueblo argentino para que voten en blanco el 27 de marzo y luchen por la anulación de las elecciones fraudulentas y por la realización de elecciones verdaderamente democráticas»; el «Llamamiento» afirmaba que la vigencia del Plan Conintes y la proscripción del peronismo y del comunismo constituían «un golpe de estado militar palaciego de carácter preventivo, primer paso hacia el establecimiento de una dictadura militar o cívico-militar abierta».

⁴¹ **Soluciones**, n° 9, 3/12/1959; n° 20, 18/2/1960; n° 21, 25/2/1960; n° 24, 17/3/1960.

⁴² **Soluciones**, n° 5, 5/11/1959; n° 6, 12/11/1959. En el número 6, el PC se defiende de quienes desde el gobierno lo acusan de «insurreccional», afirmando su posición «legalista». Según I. Gilbert (entrevista citada), las presiones para propagandizar y/o impulsar «acciones insurreccionales» más bien provenían de J. W. Cooke, y sobre todo de Alicia Eguren.

⁴³ **Soluciones**, n° 24, 17/3/60; n° 25, 24/3/1960. Palacios había expresado: «Es el estado de guerra, es la dictadura, no es posible presentarse en esas condiciones». Sobre la renuncia de Palacios, ver también **La Razón**, 16/3/1960 y **La Nación**, 16, 17 y 20/3/1960. La prensa insinúa que, en realidad, la renuncia de Palacios se habría debido a que el candidato se sintió incómodo con la campaña izquierdizada desarrollada por la Juventud Socialista —campaña que «habría disgustado a importantes dirigentes».

En relación con los sectores medios, el semanario puso especial atención en el movimiento universitario, no sólo acompañándolo en su oposición a las recientes medidas del gobierno, sino también oficiando de vocero de las declaraciones con las que la FUA (Federación Universitaria Argentina) que, en plan de redefinir el vínculo entre estudiantes y trabajadores, acababa de adherir al programa de los «13 puntos» del MOU.⁴⁴ Respecto del mundo sindical, **Soluciones** redobla su crítica a aquellos dirigentes peronistas o «independientes» que, a su juicio, estrechaban lazos con el frondismo, apartándose de la línea «unitaria» trazada por el MOU y debilitando al «Frente blanco».⁴⁵

Si bien la lucha por la «plena legalidad» y el fin de las proscripciones constituía el fin inmediato del «Frente Blanco», su valor estratégico radicaba en ser la base de un futuro «frente de liberación». Aunque las características y alcances de dicho «frente» nunca fueron objeto de una discusión abierta en **Soluciones**, en diversas notas se dejan ver diferencias nada desdeñables entre quienes lo propulaban. En una columna de opinión, J. W. Cooke sostenía que al «frente» se integrarían el peronismo y «muchos de los que aún permanecen en los partidos que hoy son parte del oprobio», pero se diferenciaba del PC cuando agregaba que en dicho «frente» caducarían las estructuras políticas pre-existentes y que las «divisiones artificiales» desaparecerían.⁴⁶ En cambio, los comunistas estaban lejos de imaginar algún tipo de «fusión» de las «fuerzas populares» y, menos aún, de compartir estilos de conducción de corte «movimentista»: para ellos, en el frente, cada clase estaría representada por su/s partido/s y cada fuerza política mantendría sus rasgos ideológicos, sus objetivos de largo plazo y su autonomía organizativa.⁴⁷

Sin adentrarse en la discusión de esas diferencias, a medida que se acercaba la fecha de los comicios, **Soluciones** fue endureciendo su discurso sobre el gobierno y la presión sobre los partidos que no se pronunciaban por la oposición frontal. Desde su punto de vista, dichos partidos no comprendían que Frondizi, al someter al país a las leyes del «estado de guerra interna», hacía del poder civil en una mera «ficción» al servicio del «verdadero gobierno», el ejercido por las FFAA. En ese tono se expresaron muchos de los entrevistados por el semanario: el peronista Amado Olmos llamó a repudiar en bloque a la UCRI y a todos los partidos que no se sumaran al «revolucionario» voto en blanco; Vicente Marischi, dirigente sindical comunista, exigía el fin del Estado de Sitio y de las proscripciones y la convocatoria a elecciones constituyentes que permitieran formar un gobierno «de amplia coali-

⁴⁴ **Soluciones** n° 3, 22/10/1959; n° 6, 12/11/1959; n° 22, 3/3/1960; n° 25, 24/3/1960.

⁴⁵ Los dirigentes mencionados son P. Gomiz, E. Cardozo, J. Carulias, quienes finalmente fueron expulsados de las «62». Carulias, dirigentes de la UTA, fue expulsado de las «62» en el plenario realizado en Rosario entre el 18 y el 20 de diciembre de 1959; en la ocasión, Vandor hizo un combativo discurso contra el «integracionismo», exclamando en uno de sus pasajes «¡Guay, de quienes abandonen la posición de la resistencia!»). Algo similar ocurre con quienes se separan del MUCS, por caso los mercantiles de A. March, y también con dirigentes «divisionistas» que como los de los gremios ferroviarios, se mantienen fuera del MOU, **Soluciones**, n° 12, 24/12/1959; n° 13, 31/12/1959; n° 14, 7/1/1959; n° 18, 4/2/1960.

⁴⁶ **Soluciones**, n° 6, 12/11/1959.

⁴⁷ **Soluciones**, n° 24, 17/3/1960.

ción democrática». ⁴⁸ En el caso de Marischi puede advertirse que, aunque se señalan «errores» y «vacilaciones», las fuerzas concurrencistas no son condenadas en bloque sino que más bien se apunta a ganarlas para una futura acción común. ⁴⁹

En medio de tan virulenta campaña opositora no deja de resultar llamativo que recién en vísperas de las elecciones **Soluciones** publicara un artículo de tono autocrítico; por primera vez, quienes habían contribuido a llevar a Frondizi a la Presidencia de la Nación, asumiendo sus responsabilidades. Con un lenguaje muy cercano al del PC, se asumía el «error» de no haber construido, en 1958, una «coincidencia organizativa» capaz de «controlar» a los triunfadores del 23 de Febrero. El primer freno al gobierno no se lo habían puesto esas fuerzas políticas sino la resistencia popular durante el conflicto universitario y la huelga del «Lisandro de la Torre»: las «coincidencias» políticas recién habían comenzado a fructificar a mediados de 1959 con la constitución del MOU y del «Frente Blanco». Ante este crecimiento de la «unidad popular», el gobierno empeñaba todas sus fuerzas no sólo en dividir al peronismo —alentando a los «neoperonismos»— sino también intentando debilitar sus lazos con los comunistas —tentando de mil maneras a algunos de sus dirigentes.⁵⁰

Los resultados electorales

Una vez realizadas las elecciones y conocidos los resultados se comprobó que el 27 de marzo un cuarto del electorado había votado en blanco (24,7%); si bien la UCRP resultó ganadora —con cerca del 24,3 %—, el dato relevante pasaba por la derrota del partido de gobierno —la UCRI, que apenas se acercó al 21% de los votos.⁵¹ A la hora de interpretar las cifras, el gobierno enfatizaba que el «blanco» había sido derrotado porque la mayor parte de la población había votado positivo; **Soluciones**, por su parte, ofrecía una interpretación inversa: el electorado se había dividido entre un tercio que apoyaba al gobierno y dos tercios que lo repudiaban. Entre estos últimos ubicaba en primer lugar al «Frente Blanco»,

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ Ésta sería una diferencia que con el tiempo se ahondaría entre los animadores de **Soluciones**: el rol otorgado a la lucha democrática y legal y el papel de «los radicalismos» en el futuro frente. Para el peronismo de izquierda, la izquierda socialista y el MLN el eje central del frente debería pasar por el peronismo, dejando sólo un espacio secundario para «los radicalismos».

⁵⁰ **Soluciones**, n° 25, 24/3/1960. Esta autocrítica recoge mucho de la posición del PC, ver **Nuestra Palabra**, 1/3/1960.

⁵¹ **Nueva Era**, n° 3, abril de 1960, publicados siguientes resultados electorales:

- votos en blanco: 2.080.000
- UCRP: 2.058.000
- UCRI: 1.731.000
- Absteneridos: 765.000
- Conservadores: 750.000
- Socialistas, las dos tendencias: 693.000
- Demócratas Progresistas: 235.000
- Demócratas Cristianos: 344.000
- Otros partidos: 524.000

La revista agrupa los votos según la división «votos por el Plan del FMI» (los de la UCRI y los Conservadores), y «votos contra el Plan del FMI» (todos los demás), de donde deduce el carácter «progresista» de la mayor parte del electorado. Se estima que el voto en blanco obtuvo aproximadamente un punto más que en 1957 debido al apoyo del PC, María F. Arias y Raúl García Eras, *op. cit.*

y luego a los «los partidos liberales de oposición» (UCRP y Partido Socialista Democrático) y al conjunto integrado por el Partido Socialista Argentino, los pequeños «partidos proletarizantes» o neoperonistas —como el Partido Obrero o el Partido Laborista—, y a los «fluctuantes» como el Demócrata Progresista.

El «blanquismo» —los «votos populares»— contendría el voto masivo de la clase obrera y de la pequeña burguesía «progresista» —particularmente sus capas intelectuales— de las «zonas dinámicas» del país tales como el Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba. En el caso del Gran Buenos Aires, el análisis de **Soluciones** mostraba que el «blanco» se había impuesto en doce distritos —General Sarmiento, Merlo, Esteban Echeverría, Lanús, Avellaneda, Morón, San Martín, San Isidro, La Matanza, Lomas de Zamora, Almirante Brown, Florencio Varela y Quilmes—, mientras que la UCRP lo había hecho en Tigre, Moreno y Vicente López. En cuanto a la Capital Federal, sobre un croquis que identificaba las secciones electorales, sugería un «corte social» entre los distritos en los que había predominado la UCRP y aquellos en los cuales lo había hecho el «blanco». ⁵²

Respecto de los radicalismos, el semanario anota que mientras la UCRP «vive su euforia», en la UCRI algunos —como Héctor Gómez Machado— presagiaban que habiendo pasado ya la parte más dura del plan económico del gobierno, el partido «arrasaría» en los próximos turnos electorales. Por otra parte, según **Soluciones**, del lado de las FFAA, algunos generales estarían soñando con «la unidad de los radicalismos» como única forma de vencer al peronismo y de evitar su confluencia con la izquierda. ⁵³

Pese a festejar como un triunfo los resultados del 27 de marzo, **Soluciones** deja entrever cierta decepción con el caudal obtenido por el voto en blanco: «hay que decirlo claramente, fueron menos de los que pudieron ser». ⁵⁴ Es que al comparar estos porcentajes con los de 1957, se observaba que el «blanco» se había mantenido en un nivel similar, y que los votos perdidos por la UCRI habían sido ganados por «el otro radicalismo». Suponiendo el «origen popular» de esos votos, la crítica apuntó hacia los «dirigentes incapaces, dudosos o deshonestos», a los «que se dicen peronistas» pero entraron en arreglos con el gobierno y restaron fuerza al «Frente Blanco». ⁵⁵

5- Hacia el fin de **Soluciones**

En ese contexto, y pese a haberse logrado el objetivo de golpear al gobierno con el voto en blanco, en el ámbito de **Soluciones**

⁵² El «blanco» corresponde a las secciones 1, 15, 16, 2, 3 y 4, lindantes con partidos del conurbano de la zona sur y oeste, **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960.

⁵³ **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960. Los generales mencionados son Labayrú y Osorio Arana.

⁵⁴ **Soluciones**, n° 26, 31/3/1960.

⁵⁵ **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960. En la nota editorial «El balance de los resultados de las elecciones del 27 de marzo», y en F. Nadra, «La lucha electoral bajo el Plan Conintes», **Nueva Era** n° 3, abril de 1960, el PC utilizaba la expresión «dirigencias vacilantes» para aludir a los líderes sindicales y políticos peronistas que, en lugar de enfrentar decididamente la política proscripiva, negociaban con el gobierno, actuaban como instrumentos del «integracionismo» y desviaban a los obreros de «sus objetivos de clase».



no se logró afianzar la unidad sino que, por el contrario, se profundizaron las diferencias. Al respecto, el periódico ya se había mostrado crítico con los dirigentes que, de manera inconsulta, lanzaban iniciativas que por su carácter unilateral erosionaban los acuerdos alcanzados en el MOU. En tal sentido, el quincenario había reaccionado ante las palabras de Vandor, quien en abril de 1960, desde el plenario de las «62» y sin consulta con sus aliados del MOU, había afirmado que «el movimiento obrero» respondería a la política gubernamental instrumentando desde «paros parciales hasta huelga general».⁵⁶ Dentro de la misma perspectiva, y casi como anuncio de la inminente disolución del MOU, el último número de **Soluciones**⁵⁷ tituló con frases tales como «Dividir para reinar» o «Que nada rompa la unidad»; en este caso, y ya sin medias palabras, se afirma que el gobierno —a través de Rogelio Frigerio— estaría tentado a «algunos dirigentes peronistas» con la promesa de regresar al «programa del 23 de febrero» para así provocar mayor división dentro del peronismo, y dispersión en el «Frente Blanco». **Soluciones** advierte algo de esa maniobra en una reciente propuesta de las «62» destinada a modificar la composición de la Mesa Directiva del MOU, sustituyendo la «actual representación paritaria» de las agrupaciones integrantes —«62», MUCS e Independientes— por una «Mesa Coordinadora» elegida por voto directo de los sindicatos. De esa manera, las «62» se asegurarían la mayoría y podrían subordinar —o prescindir— de sus aliados no peronistas, en particular de los comunistas del MUCS.

En realidad, ya desde los tres últimos números era notoria la ausencia del MOU en las páginas del periódico. En su lugar, las declaraciones y propuestas de carácter sindical provenían exclusivamente del MUCS o de las «62 Organizaciones». Cuando en el número 28 se publicó el «Programa de Soluciones Mínimas» que las «62» dieron a conocer en conferencia de prensa, **Soluciones** reiteró su opinión respecto de que medidas de ese tenor deberían ser tomadas por el plenario del MOU, y no por uno solo de sus integrantes.⁵⁸ A la vez, en ese mismo número —el último—, se da a conocer una Declaración en la que el Comité Ejecutivo del PC llama a mantener y acrecentar la «acción unitaria» con los trabajadores peronistas, y reafirma su línea para la construcción del «Frente Democrático Nacional» con todas las «fuerzas progresistas, democráticas y patrióticas». En la misma declaración, la dirección comunista valoriza el propio aporte al reciente caudal del «blanco» al afirmar que «de no haber sido ilegalizado», el PC hubiese seguido aumentado sus votos, tal como venía ocurriendo desde las elecciones de Mendoza y Santa Fe.⁵⁹

⁵⁶ **Soluciones**, n° 27, 7/4/1960.

⁵⁷ **Soluciones**, n° 28, 14/4/1960.

⁵⁸ El mencionado programa contiene entre sus puntos: rechazo a una posible modificación de la Ley de Asociaciones Profesionales, normalización de la CGT, modificación del rumbo económico, libertad a los presos políticos y gremiales y fin de las proscripciones, **Soluciones**, n° 28, 14/4/1960.

⁵⁹ Sobre Mendoza, ver nota 34. En Santa Fe, en 1959, se habían desarrollado elecciones comunales en las que efectivamente los comunistas habían incrementado sus votos. **Nueva Era**, n° 3, abril de 1960, contiene completo el «Llamamiento del CC del Partido Comunista a la clase obrera y al pueblo argentino para que voten en blanco el 27 de marzo y luchen por la anulación de las elecciones fraudulentas y por la realización de elecciones verdaderamente democráticas».

Según puede apreciarse en las notas de los últimos números, las discrepancias entre peronistas y comunistas tenían su raíz inmediata en apreciaciones divergentes respecto de las perspectivas políticas abiertas por las recientes elecciones del 27 de marzo. Para el PC, en vistas a ensanchar los márgenes de «legalidad» en el escenario político nacional, la derrota de la UCRI a manos de la UCRP podía ser leída como un dato doblemente alentador: por un lado, el gobierno había sido debilitado, y por otro, la necesidad de superar la derrota impulsaría a sus legisladores a promover «medidas populares».

En cambio, en los ambientes peronistas, profundamente hostiles a la UCRP, nada positivo se esperaba de su triunfo; más aún, se evitaba toda opinión que aunque sólo fuera potencialmente pudiera incrementar el prestigio de ese partido. Por otra parte, si bien desde hacía algunos meses se había roto el pacto con Frondizi, en el peronismo no faltaban quienes conservaban lazos con la UCRI y su política «integracionista», o buscaban la legalización política a través de los neoperonismos.

Por su parte, el grupo de Viñas, cada vez más cercano a las posiciones de Cooke, pensaba que el «frente» a construir no debería ser tan amplio como para incorporar a radicales «del pueblo» ni tendría como objetivo la construcción de un gobierno de «amplia coalición democrática», como proponía el PC. El atento seguimiento de los sucesos cubanos, sumado al reciente desencanto con Frondizi, llevaba a poner en duda la posibilidad de que la «burguesía nacional» acompañara la realización de un proyecto antiimperialista; más aún, las vicisitudes del gobierno de Fidel Castro mostraban que, para no frustrarse, la liberación nacional debía convertirse en revolución social.

Completando el cuadro de dificultades que llevaría a su fin la experiencia de **Soluciones**, corresponde mencionar que desde algunos círculos, particularmente los que rodeaban a John W. Cooke y Alicia Aguren, se ejercía presión con el fin de que el quincenario se manifestara en favor del inicio de acciones de tipo insurreccional, con las que los comunistas no acordaban.⁶⁰

Para finalizar, una breve mención del itinerario posterior de los grupos que dieron vida a **Soluciones** permitirá apreciar la importancia de aquella temprana experiencia de unidad sobre los discursos y prácticas de cada uno de ellos en los años siguientes. Al mismo tiempo se advertirán los límites que la empresa unitaria entrañaba, toda vez que los obstáculos provenían no sólo de las diferencias en la cultura y el estilo político de cada corriente, sino también de las divergencias existentes en los respectivos espacios políticos.

En el caso de los ex-frondizistas, como ha sido visto, ya durante 1959 una importante cantidad de dirigentes y parlamentarios

⁶⁰ Debe recordarse que entre octubre de 1959 y junio de 1960, se desarrolló la guerrilla peronista de los Uturuncos, en las provincias de Santiago del Estero y Tucumán, ver Ernesto Salas, *op. cit.* Reiteradamente se ha señalado que Cooke estuvo entre los promotores de dicha experiencia. I. Gilbert (entrevista con la autora, 2009) confirma que, particularmente Egiuren, alentaba el pasaje a acciones insurreccionales.

de la UCRI —y de su Juventud— procesó su ruptura no sólo con Frondizi sino también con el partido.⁶¹ unos organizando el Movimiento Nacional y Popular (MNYP), y otros constituyendo el Movimiento Nacional de Unidad Popular (MNUP), bajo el liderazgo de Ismael Viñas. En principio ambos grupos se ubicaban en las cercanías del PC, pero luego los avatares de la política nacional y la influencia de la Revolución Cubana hicieron que la gente de Viñas evolucionara hacia posiciones propias del nacionalismo popular y revolucionario, y se acercara tanto al peronismo de izquierda como a la radicalizada izquierda socialista.⁶² Al mismo tiempo que la experiencia de **Soluciones** tocaba a su fin, Viñas ya había conformado una nueva organización, el Frente de Izquierda Revolucionario Popular (FIRP), antecedente directo del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), grupo claramente ubicado en el campo del «cubanismo» y de la naciente «nueva izquierda» argentina. La consolidación de esta línea no podía sino generar diferencias con los comunistas en temas tan importantes como el de las «etapas» y las «vías» de la revolución.

El PC, por su parte, conservó buenas relaciones con otros ex —frondizistas que, en muchos casos, fueron sus aliados en la conformación de «partidos amigos», a través de los cuales en ocasiones pudo sortear su propia proscripción electoral.⁶³ También, y a pesar de la disolución del MOU, conservó vínculos con sectores del peronismo gremial y político, en particular con el Ing. Alberto Iturbe —presidente del Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo. Una de las líneas de continuidad de esas relaciones se expresaría más adelante cuando, en las cruciales elecciones de marzo de 1962 el PC —como casi toda la izquierda— llamó a votar por Andrés Framini, candidato de la Unión Popular a la gobernación de la provincia de Buenos Aires.⁶⁴ Para los comunistas, especialmente para el sector de Codovilla, Framini y su discurso «clasista» encarnaban el «giro a la izquierda» del peronismo que tanto los ilusionaba.⁶⁵

En el peronismo, particularmente en su «línea dura», el fin de la experiencia de **Soluciones** y del MOU no implicó la clausura de sus relaciones con la izquierda. Entre 1960 y 1962, además de mantener nexos con el PC, intensificó los vínculos con el grupo de Viñas y con la «izquierda» del PSA. Durante esta etapa, en la que el peronismo parecía orientarse hacia la constitución de «frentes de izquierda», se produjeron dos episodios de importancia en el plano político-electoral: en febrero de 1961, Alfredo Palacios —candidato del PSA— fue consagrado senador por la Capital Federal con el apoyo del PC y del grupo de Viñas, y un importante aporte de votos peronistas⁶⁶; en marzo de 1962, Andrés Framini fue elegido para ejercer la gobernación de la provincia de Buenos Aires, no sólo con el voto del peronismo sino con el de casi toda la izquierda —desde el PC hasta los grupos y partidos de la «nueva» izquierda.⁶⁷

Cuando esas elecciones fueron anuladas, la pasividad con que el peronismo respondió al arrebato de su triunfo produjo una extendida decepción en los medios de izquierda. Sin embargo, poco meses después —ya derrocado Frondizi—, con el nuevo avance de los «duros» en el sindicalismo parecía concretarse el «giro a la izquierda» anunciado por Perón: en julio de 1962 el plenario de las «62 Organizaciones» aprobó en Huerta Grande un programa de tono socializante que, de allí en más, sería recurrentemente invocado por el sindicalismo «antiburocrático», por la CGT de los Argentinos, y por todas las corrientes de izquierda, incluidas las del peronismo.⁶⁸

⁶¹ Ya en abril de 1959, **Contorno**, n° 9/10 había publicado «Análisis del frondizismo», que contenía las principales tesis de Viñas acerca de la necesidad de conformar un movimiento de tipo nacionalista popular y revolucionario que superara al frondizismo y su frustrada experiencia de «frente nacional y popular».

⁶² La «izquierda» del PSA —predominantemente juvenil—, se proclamaba revolucionaria, pro cubana e impulsaba la constitución de un frente con el peronismo; sus posiciones eran más cercanas a las de Cooke, Viñas y los futuros grupos disidentes del PC —por ejemplo, Vanguardia Revolucionaria—, que del ala «moderada» de su propio partido, María C. Tortti, *op. cit.*

⁶³ Entre ellos: el Partido del Trabajo y del Progreso y el Movimiento Popular Argentino.

⁶⁴ **Nuestra Palabra**, 20/2/1962 y 6/3/1962.

⁶⁵ La posición comunista, expuesta en el Comité Central en julio de 1962, en V. Codovilla, «El significado del 'giro a la izquierda' del peronismo», Buenos Aires, Anteo, 1962, y **Nuestra Palabra**, n° 3, 31/7/62, afirmaba que después de las «vacilaciones» posteriores al 18 de marzo, en los trabajadores peronistas había crecido la «conciencia de clase», y que su lenguaje político resultaba «más cercano al de los comunistas»; y que Perón, comprendiendo la madurez alcanzada por la clase obrera, había aconsejado un «giro a la izquierda» cuya vigencia se evidenciaba en que algunos dirigentes peronistas habían participado en el Congreso Mundial de la Paz —realizado en Moscú— y en que una delegación de las «62» estuviera pronta a viajar a Cuba. En otra parte, el documento señala que a partir del «giro», dentro del peronismo se diferenciaban tres «alas»: la «derecha» (Guardo, Bramuglia, Mercante, Saadi, Iñiguez), la «ultraizquierdista» (Borro, Di Pasquale y Jonch), y la «fundamental», encabezada por Framini.

⁶⁶ En esa elección, Palacios se impuso en varios de los distritos con fuerte composición obrera de la ciudad de Buenos Aires, M. C. Tortti, *op. cit.*, cap. 4.

⁶⁷ Framini fue votado por los comunistas, los socialistas de vanguardia, el MLN, entre otros grupos; además, suscitó el apoyo público de grupos universitarios e intelectuales. Sobre el masivo apoyo de la izquierda a Framini, M. C. Tortti, *op. cit.* cap. 6.

⁶⁸ El Programa retomaba el espíritu de de La Falda, ver nota 1. En el de Huerta Grande se reclamaba el control obrero sobre la producción, la nacionalización de las industrias básicas y un plan de expropiaciones de la gran propiedad rural.



Resumen

El quincenario **Soluciones** refleja una temprana experiencia de articulación política opositora entre algunos sectores de izquierda y el proscrito peronismo, durante la primera etapa de la presidencia de Arturo Frondizi. El artículo muestra la confluencia de comunistas, peronistas y ex frondizistas en la constitución del Movimiento Obrero Unificado, en la denuncia de la proscripción y de la represión, y en la organización de la campaña por el voto en blanco en las primeras elecciones de carácter nacional convocadas por el gobierno. Las páginas de **Soluciones** permiten advertir hasta qué punto la llamada «traición» de Frondizi aceleró los intercambios y los procesos de reconfiguración político-ideológica que venían incubándose en las mencionadas tradiciones políticas desde la caída del peronismo.

Palabras clave: peronismo; izquierda; proscripción.

Abstract

The fortnightly **Solutions** reflects an early experience of opposition political articulation among some left sectors and the proscription Peronist, during the first stage of the presidency of Arturo Frondizi. The article shows the confluence of Communists, peronists and former Frondizism in the constitution of United Workers Movement, in denouncing of the proscription and repression, and in the organization of the campaign for the white vote in the first national elections convened by the government. Solutions pages enable us to detect how the «betrayal» Frondizi, accelerated trade and processes of political-ideological reconfiguration coming incubated in the mentioned policy traditions since the fall of Peronism.

Keywords: peronism; left; proscription.

ESA INCÓMODA PRESENCIA (II)

La izquierda y la “clase media” en Argentina, 1943–1969

(y un *excursus* sobre el presente)

Ezequiel Adamovsky (UBA/CONICET)

En un artículo anterior me ocupé de analizar las percepciones de la izquierda argentina respecto de los sectores medios desde sus inicios hasta las vísperas del peronismo¹. Sostuve allí que la totalidad de las tradiciones estudiadas —socialistas, comunistas y los primeros trotskistas— coincidían en una mirada ambivalente y en una cierta dificultad para «situar» políticamente a esos sectores. Todas partían de una doctrina que imaginaba lo social de acuerdo a un antagonismo fundamental que era binario: burgueses vs. proletarios. La práctica, sin embargo, fue exigiendo a todas ellas convocar a la acción a los sectores medios, lo que colisionaba con el fuerte obrerismo de origen. No obstante, esta tensión no condujo a revisiones doctrinarias profundas (salvo en el caso de algunos altos dirigentes del Partido Socialista (PS). Por otra parte, identificamos en esta época un intenso uso del mote «pequeñoburgués» para atacar a adversarios internos o externos; el sentido peyorativo y acusatorio de esta expresión no favorecía un sinceramiento doctrinario, toda vez que su utilización «disciplinaria» impedía discutir un hecho por demás evidente pero rara vez tematizado: que las dirigencias y buena parte de la militancia de todos los grupos estaba lejos de ser proletaria. En el presente trabajo me ocuparé de analizar la evolución de la misma problemática en los años posteriores a 1943. Como veremos, la ambivalencia y las dudas respecto de la clase media, que habían permanecido como un tema irresuelto, se acentuaron tras la irrupción del peronismo y, más tarde, por influencia de la Revolución cubana. Junto con ello, se hicieron evidentes algunas facetas nuevas que enriquecieron y complejizaron los debates.

a) Los socialistas

Para el PS, la irrupción del peronismo resultó una verdadera catás-

trofe. Como muchos entonces, la dirigencia partidaria caracterizó a Juan Domingo Perón como un líder «nazifascista», cuyo objetivo era instalar una «dictadura totalitaria» y cuyas medidas a favor de los trabajadores sólo tenían intenciones demagógicas.² En sintonía con sus prioridades estratégicas previas, el PS puso en segundo plano la cuestión del bienestar de los trabajadores, para erigirse en guardián de la cultura, el civismo y la libertad amenazadas, y no tuvo reparos en integrar una alianza con las demás fuerzas políticas —incluidos los conservadores— para detener el ascenso de Perón. El resultado fue una debacle sin precedentes: por una parte, muchos de sus votantes obreros y de sus dirigentes sindicales se pasaron al peronismo, dejando al partido virtualmente sin base trabajadora. Por la otra, como efecto de la polarización política que trajo aparejada el nuevo movimiento, la Unión Cívica radical (UCR) tendió a concentrar el voto antiperonista, quitando otro contingente de votantes tradicionales del PS. Con la victoria de Perón en los comicios de 1946 el partido perdió su representación en el Congreso y a partir de las elecciones siguientes obtuvo un porcentaje de votos cercano a lo irrelevante.³

El carácter marcadamente plebeyo del fenómeno peronista puso todavía más en evidencia la identificación del PS con la cultura letrada de la élite, su apego al liberalismo y su lejanía respecto de las masas. Haciéndose cargo de la dicotomía, Américo Ghioldi dictó en 1945 sus célebres conferencias luego publicadas bajo el título **Alpargatas y libros en la historia argentina**. Allí describía al peronismo como una reedición de la alternativa «civilización o barbarie»: una «fuerza primitiva» procedente de «los bajíos» de la sociedad que todavía no habían sido alcanzados por la obra de la cultura y la civilización, traída a la superficie por un caudillo irresponsable que alentó el «resentimiento» de las masas ignorantes.⁴

¹ Ezequiel Adamovsky, «Esa incómoda presencia: la izquierda y la «clase media» en Argentina, c. 1891-1943», *Políticas de la Memoria*, n° 8/9, Primavera 2008, pp. 239-247.

² Ver la Declaración del 22/10/1945, en Partido Socialista: **XXXV Congreso Nacional: Informes y proposiciones**, s./l., PS, 1946, p. 66.

³ Ver Marcela García Sebastiani, **Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 90, 167-69.



Otros dirigentes socialistas, como Juan Antonio Solari, fueron incluso más lejos en su desprecio por las masas lindante con el racismo: para él, se trataba de un «candombe» «sucio», «populachero» y «fanático», con imperiosa necesidad de «agua y jabón».⁵

Estaba claro: el peronismo y su propia reacción frente a él desplazaban implícitamente la identidad del PS más hacia la «clase media». Y sin embargo, el partido no podía abandonar formalmente su identificación con la clase obrera sin perder contacto con su pasado y con sus propios militantes, que año tras año reclamaban a la dirigencia mayores gestos «obreristas», con la esperanza de recuperar así las bases populares perdidas.⁶ En los años siguientes se nota una obstinada insistencia, en los debates del partido, por declararse a favor de los obreros, sin que por ello desaparecieran el tipo de visiones positivas respecto de la «clase media» que encontramos en la década de 1930.⁷ Y también había visiones más «ambivalentes», representante de las cuales fue por ejemplo Dardo Cúneo.⁸ La derechización de la dirección partidaria como respuesta al peronismo, que llegó al apoyo decidido al régimen militar de la Revolución Libertadora, produciría desde 1958 una diáspora de militantes que diezmó al PS.

b) Los comunistas

Aunque el peronismo socavó también fuertemente las bases del Partido Comunista (PC) y le restó influencia sindical, el partido no sufrió una debacle ni una «desobrerización» comparables a las del PS. En el rubro electoral no sólo no perdió cargos (porque no los tenía) sino que tuvo un notable desempeño: duplicó sus votos entre 1946 y 1948 hasta ubicarse cercano al 3%, para bajar en 1951 al 0,90%, cifra pobre, pero aún así superior a la obtenida por partidos históricos como el PS o el Partido Demócrata Progresista (PDP). La base militante y votante del partido mantuvo una importante composición obrera, que sólo iría perdiendo gradualmente durante las décadas siguientes. Como el PS, también el PC caracterizó a Perón como un líder fascista y participó en la Unión Democrática en alianza con la mayoría de las

fuerzas antiperonistas. Con un diagnóstico y una definición de aliados según lo previsto en la estrategia del «frente popular», no sorprende que no encontremos cambios sustantivos en la postura del PC respecto de los sectores medios. La Plataforma electoral del partido para las elecciones de 1946, por ejemplo, contiene apartados enteros dedicados a ese grupo social. Las «Reivindicaciones para los agricultores y pequeños ganaderos» incluyen políticas de crédito y comerciales en su favor, escuelas rurales, mejoras en los arrendamientos, etc. Las destinadas al «pequeño comerciante» proponen rebajas de impuestos y medidas contra los monopolios. Las dirigidas a los «sectores intelectuales y profesionales» plantean la reglamentación del ejercicio de las profesiones liberales, leyes de protección de la propiedad intelectual, reformas educativas, etc.⁹

Sin resignar su identidad obrerista, el PC mantendría en los años por venir esta actitud abierta e inclusiva respecto de los sectores medios. Si bien la amenaza fascista parecía haber terminado —o al menos, desde la derrota de la Unión Democrática, el PC había decidido no seguir caracterizando a Perón como «fascista» y evitar hostilizar permanente al régimen—, la política del comunismo internacional seguía indicando, especialmente para los países bajo dominio imperialista, la formación de frentes antiimperialistas amplios. Tras apoyar al golpe que derrocó a Perón, Victorio Codovilla —líder máximo del PC— imaginaba que se abriría la oportunidad para la formación de un amplio frente de coalición democrática, en el que el PC podría cogobernar el país junto al resto de los partidos democráticos. En sintonía con esa estrategia y para evitar perder el «nicho» que el PC aspiraba a ocupar dentro de una posible coalición, hacia principios de la década de 1960 algunos teóricos del partido se ocuparon de refutar a los sociólogos «burgueses» que por entonces se ocupaban de la clase media para socavar el esquema marxista de división binaria de la sociedad. Mauricio Lebedinsky, por ejemplo, argumentó que las «capas medias» (nunca «clases») en Argentina, a diferencia de lo que señalaban algunos académicos por entonces, sólo componían el 24% de la población total. De cualquier manera, era indispensable tenerlas en cuenta, ya que padecen junto con el resto del «pueblo» el avance del capitalismo y las políticas imperialistas. El PC debe escuchar la «inquietud profunda» que existe en las «capas medias» y explicarles «con paciencia y tenacidad» que su lugar está junto con los trabajadores en la «revolución agraria y antiimperialista». Se trata de un lugar, sin embargo, subordinado: «En el seno del Frente Democrático las capas medias tienen una ubicación legítima, alineándose detrás de la alianza obrera y campesina a cuyo frente marchará el proletariado dirigido por el Partido Comunista. No tienen otro camino.»¹⁰ Ernesto Giudici coincidía con su camarada en negar la existencia de una «clase» media: el proceso de división binaria que mostró Marx está en curso evidente hoy en la creciente «proletarización de las capas medias». Pero, si bien es falso que exista una tercera clase capaz de desempeñar un papel

⁴ Américo Ghioldi, *Alpargatas y libros en la historia argentina*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946, pp. 11, 24-25.

⁵ Juan Antonio Solari, «Frente a la demagogia dictatorial», *Antinazi*, n° 35, 25/10/1945, p. 2; «Higiene y política», *Antinazi*, n° 52, 21/2/1946, p. 4.

⁶ Ver, por ejemplo, Partido Socialista, *XXXIX Congreso Nacional: Cuaderno de proposiciones*, s./l., PS, 1953, p. 18. También, Cecilia Blanco, «Los jóvenes del PS: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario post peronista 1955-1956», *Cuestiones de Sociología*, n° 3, 2006, pp. 59-87.

⁷ Ver, por ejemplo, Rómulo Bogliolo, *Qué es, qué quiere el Partido Socialista*, serie «El Pequeño Libro Socialista» n° 63, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945, pp. 5-6; Américo Ghioldi, *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo, y la realidad argentina de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950, pp. 165-68; Jacinto Oddone, «La lucha de clases», *Revista Socialista*, sept. 1947, pp. 121-30, reprod. en el folleto del mismo título de la serie «El Pequeño Libro Socialista» n° 72, Buenos Aires, s./e., 1949; Partido Socialista: *XXXIX Congreso Nacional: Resoluciones adoptadas*, s./l., PS, 1953, p. 9.

⁸ Dardo Cúneo, «La clase media sin su revolución», *Nueva Argentina*, n° 79, Julio 1944, pp. 87-89; «Clase media: clase ahogada», *Acción Socialista*, n° 3, 4/6/1952, pp. 1 y 4 [aparece sin nombre de autor pero sin duda es de Cúneo]; *El desencuentro argentino 1930-1955*, Buenos Aires, Pleamar, 1965, pp. 90-100. Interesan también sus opiniones previas sobre la clase media, en *Juan B. Justo*, Buenos Aires, Americalee, 1943, pp. 268-69. Cúneo renunció al PS en 1952.

⁹ Partido Comunista, «Plataforma electoral nacional» [panfleto], febrero 1946, Archivo CeDInCI, Carpeta CA-1, folio 89.

¹⁰ Mauricio Lebedinsky, «Las capas medias en la sociedad argentina», *Cuadernos de Cultura*, n° 50, nov.-dic. 1960, pp. 91-99.

independiente (como sostiene la sociología «burguesa»), no debe concluirse de ello, como hace cierto «extremismo de izquierda» (i.e., el trotskismo), que «por su fatal proletarización no debe ser tenida en cuenta». Por el contrario, el Partido debe «alentar» en los componentes «más progresistas» de las «capas medias» la esperanza de lo que pueden llegar a ser como parte de un «proceso revolucionario dirigido por la clase obrera». Ya sabían los padres fundadores del marxismo-leninismo que «no se puede conquistar el poder ni mantenerlo sin asegurar el apoyo de partes de las capas medias». Por ello, como enseñó Lenin, corresponde «acercarse a todas las capas medias para decidir, de acuerdo al rumbo del proceso, el grado y la forma de la alianza».¹¹ Poco después, en 1962, Héctor Agosti —uno de los teóricos fundamentales del PC— se expresaba en términos similares. Luego de cuestionar la forma en que los sociólogos recortan los grupos sociales para sobredimensionar el peso social de una clase media, Agosti reconoce, de todos modos, que las «capas medias» ocupan un lugar importante y deben ser incluidas «en el vasto concierto de la liberación nacional». Como están sujetas a un proceso de «polarización» social, no cabe duda de que se incorporarán activamente, al menos en parte, a la «revolución antiimperialista». Es por ello indispensable superar la fractura que el peronismo produjo entre clase obrera y «capas medias», ya que sin su unión «el movimiento de liberación nacional resultaría gravemente lesionado».¹²

A pesar del cuidado que tuvo el PC en aclarar que la apelación a las «capas medias» no comprometía su identidad eminentemente obrera, no se salvó de los críticos que, por izquierda, cuestionaron su compromiso con el proletariado utilizando como prueba los gestos de acercamiento a la clase media. No sólo los trotskistas lo hicieron, sino incluso, fracciones izquierdistas del propio PC. En junio de 1948, por ejemplo, el periódico comunista **La Hora** celebraba el éxito que la campaña de finanzas había logrado entre «los profesionales y los comerciantes». Es que ellos comprendieron que «la línea política del Partido» es «la única que realmente defiende, junto a los de los obreros, los intereses de la clase media argentina, amenazada por el imperialismo, la oligarquía terrateniente, los trusts y monopolios».¹³ La línea izquierdista del «Movimiento pro Congreso Extraordinario del PC», que venía criticando a la dirección partidaria por su alejamiento respecto de la clase obrera, no perdió la ocasión de utilizar esta afirmación para lanzarle una acusación de «oportunismo». Desde las páginas de su periódico **Clase Obrera** respondieron: «Corresponde preguntarse si la clase media da únicamente dinero a nuestro Partido, o si, además o junto con el dinero, introduce sus influencias ideológicas y lo transforma en una secta pequeñoburguesa».¹⁴

d) Los trotskistas «tradicionales»

Los debates sobre estrategia entre los trotskistas se intensificaron en la década de 1940. Como parte de ese clima, y también en respuesta al desafío que significaba el peronismo, una vertiente del trotskismo, que se hacía heredera de la preocupación de Liborio Justo por la «cuestión nacional», evolucionaría hasta convertirse en una corriente que más tarde se identificaría como «izquierda nacional». De ellos nos ocuparemos en el apartado siguiente, reservando éste para los trotskistas más tradicionales.

El trotskismo de la década de 1940 buscó superar las limitaciones de la primera generación mediante intentos, parcialmente exitosos, de conseguirse una inserción, aunque fuera mínima, entre los obreros. Entre las medidas adoptadas a tal fin por algunos de los grupos estuvo la «proletarización» de sus militantes. El imperativo de dejar de ser «pequeñoburgueses» no era sino el ejemplo extremo de un compromiso exclusivo con la clase obrera, visible en los mismos nombres que se dieron algunas de estas todavía minúsculas agrupaciones: Unión Obrera Revolucionaria, Grupo Obrero Marxista, Partido Obrero Revolucionario, etc. No es de extrañar, entonces, que no se perciban en estos grupos, al menos por ahora, síntomas de interés o percepciones positivas sobre la clase media. Pero el trotskismo no será ajeno al tipo de ambivalencias que, sobre esa clase, encontramos en otras tradiciones izquierdistas. Un ejemplo interesante en este sentido es el de la más versátil de sus corrientes: el «morenismo». Inspirado por el que pronto se convertiría en el principal referente del trotskismo argentino, Nahuel Moreno, el morenismo contaba hacia 1949 con un centenar de militantes, algunos de origen obrero y otros procedentes de grupos estudiantiles que debían someterse a la difícil prueba de la proletarización. A diferencia de grupos más ortodoxos —como la Unión Obrera Revolucionaria—, los morenistas aceptaban que existían en la Argentina tareas democrático-burguesas pendientes, tales como la lucha contra el latifundio o contra el imperialismo, pero no estaban dispuestos a ir tan lejos como la «izquierda nacional» en la revisión del dogma obrerista y revolucionario. La ambigüedad respecto de este punto llevó al morenismo a la larga serie de oscilaciones y cambios de estrategia que lo harían famoso en la izquierda. La manifestación más visible de esa inconsecuencia fue la de la política frente al peronismo. Inicialmente hostiles al movimiento encabezado por Perón, y esperanzados con una rápida «vuelta a casa» de los obreros, debieron rever su estrategia cuando el ansiado regreso se demostró renuente. En los primeros años de la década de 1950 Moreno comienza a concebir la estrategia del «entrismo» dentro del peronismo: revalorizando la vieja estrategia del Frente Único Antiimperialista de la Internacional Comunista, los morenistas intentarán ahora una hegemonía dentro del «frente nacional» para ganar así la dirección de las masas peronistas. La creación, en 1953, del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) —una concesión de Perón que legalizaba a aquellas corrientes izquierdistas menos hostiles a su gobierno para así contrapesar la intransigencia opositora del PS y el PC— ofreció a la estrategia «entrista» una excelente oportunidad que el morenismo no dejó pasar. Disolviendo su organización ingresaron al nuevo par-

¹¹ Ernesto Giudici, «Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo», **Cuadernos de Cultura**, n° 50, nov.-dic. 1960, pp.14-18.

¹² Héctor Agosti, «Proceso de la actualidad», en *idem*: **Prosa política**, Buenos Aires, Cartago, 1975, pp. 153-71. Aunque caiga fuera de nuestro período de interés, cabe mencionar que el interés del PC por la clase media tendría continuidad. En 1982 un sociólogo ligado al partido produciría una investigación de largo aliento sobre esa clase: Alberto Escala, **Estructura social y sectores intermedios**, 2° ed., Cartago, Buenos Aires, 1986.

¹³ «Con la clase media», **La Hora**, 18/6/1948, p. 9.

¹⁴ «¿No da más que dinero al Partido la clase media?», **Clase Obrera**, n° 7, 24/8/1948, p. 3.



tido y pronto controlaron la «Federación Bonaerense» del PSRN. Desde allí apuntaron a lograr acercamientos con las masas peronistas con un programa antiimperialista y de defensa de las conquistas sociales contra los intentos golpistas.¹⁵ Hasta este momento, las apelaciones del morenismo siguen siendo exclusivamente obreristas. Más aún, en vísperas de la caída de Perón, desde sus artículos en **La Verdad**, Moreno llamó a la clase obrera a armarse en defensa de sus conquistas sociales y de su gobierno. En sus proclamas, culpaba insistentemente a la «clase media» de ser la base de apoyo social de los intentos golpistas patronal-clerical-imperialistas contra el gobierno de los trabajadores.¹⁶ Entrevistado en 1959, todavía sostenía que la «pequeña burguesía» tiene un papel «oportunista, centrista, inconsecuente», por lo que la revolución democrático-burguesa debía ser «dirigida por la clase obrera»; reconocía entonces, sin embargo, que «las más numerosas capas» de aquella clase «forman parte del pueblo explotado», y por consiguiente es «un problema de vida o muerte» para el proceso revolucionario «ganarla o neutralizarla».¹⁷

Pero incluso un obrerista tan consecuente como Moreno revisaría más tarde su hostilidad o escepticismo respecto de la clase media. La Revolución cubana (1959) tuvo un efecto profundo en la izquierda argentina, toda vez que parecía la demostración cabal de que una revolución socialista podía ser no sólo iniciada, sino incluso conducida exitosamente por grupos no-obreros. El impacto de ese descubrimiento no tardó en afectar al propio Moreno, quien en 1962 afirmaba que las «tareas democráticas» involucran a «todo el pueblo», es decir, a «las tres clases fundamentales: obrera, campesina y media urbana (moderna y pre-capitalista)». Y fue más lejos aún, al conceder que la Revolución cubana demostró que «el dogma de que la única clase que puede cumplir las tareas democráticas es la obrera, es falso». Por el contrario, «sectores de la clase media urbana y el campesinado son, en ocasiones, los caudillos revolucionarios».¹⁸

e) Silvio Frondizi y el grupo «MIR-Praxis»

Aunque existen importantes puntos de contacto entre el pensamiento de Silvio Frondizi y el trotskismo, su peculiar itinerario político y su influencia en la izquierda argentina ameritan un tratamiento aparte. Nacido en 1907 en el seno de una familia de inmigrantes italianos acomodada y culta que daría al país un presidente (su hermano Arturo), Silvio Frondizi inició su carrera como un académico de ideas liberales. Hacia 1946 había abrazado el marxismo, pero de un modo que lo alejaba de la fuerza marxista por entonces mayoritaria. La estrategia del PC de aliarse con los

conservadores contra Perón, su alineamiento acrítico con Moscú y su creencia en el papel progresivo de la burguesía nacional, eran aspectos que Frondizi no podía aceptar. Si, por un lado, reprochaba el abismo que la experiencia de la Unión Democrática significaba respecto de las masas, por el otro, su opción por un socialismo democrático y humanista y su escepticismo respecto de la burguesía local y la posibilidad de «etapas» en la revolución lo alejaban del estalinismo. En 1953-1954 redacta lo que sería su obra más importante: los dos volúmenes de **La realidad argentina**, publicados en 1955-1956. Su caracterización del capitalismo internacional lo lleva allí a concluir que los países periféricos (como Argentina) no están en condiciones de alcanzar el grado de desarrollo de los países centrales ni de realizar una revolución democrático-burguesa. En polémica con las posturas del PC, Frondizi argumenta que no existen contradicciones entre la burguesía local y los intereses del imperialismo tales que puedan alimentar en aquélla una postura revolucionaria o autárquica. La salida propuesta, entonces, es la de una revolución «permanente» conducida por la clase obrera, la única capaz de resolver los problemas de la fase democrático-burguesa y avanzar directamente hacia el socialismo.¹⁹

En **La realidad argentina** la consideración de la «clase media» tiene un lugar prominente. En una curiosa reelaboración de las categorías de Marx, Frondizi argumenta que el criterio «marxista» de distinción de clases sociales según la función que desempeñan en el «proceso productivo», indica que deben distinguirse no dos sino tres clases: «patronos», «proletarios» y «clase media»; ésta se encuentra «en una situación intermedia entre una y otra» y está compuesta por una «interminable serie de graduaciones intermedias» que incluyen a la «burguesía media», la «pequeña burguesía» y el «semi-proletariado». Esta «anomalía» en el esquema de clases de Frondizi se resuelve pronto, toda vez que el autor sostiene que la «polarización social» que trae el capitalismo periférico conduce a la «decadencia de la clase media» (restaurando así el esquema binario marxista). Para fundamentar esta tesis Frondizi critica extensamente las investigaciones sobre la clase media de sociólogos de la «modernización» como Gino Germani. La tendencia a la polarización social abre el camino para una revolución socialista conducida por el proletariado, que debe atraer a su programa a esta «pequeña burguesía pauperizada» y a los sectores de la «intelectualidad» que comprendan las tareas del momento.²⁰ Esto no será obstáculo, sin embargo, para que aparezcan en círculos de Frondizi las típicas diatribas contra la pequeña burguesía.²¹

Hacia mediados de la década de 1950, Frondizi, junto con el grupo de jóvenes que había ido formándose alrededor de él a partir de sus cursos, deciden pasar de la actividad puramente intelectual

¹⁵ Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 102-115, 313.

¹⁶ Ver sus artículos «¡La calle para los obreros!» y «Un sector de la reacción exige la renuncia de Perón», **La Verdad** (Avellaneda), 19/8/1955 y 5/8/1955 resp.

¹⁷ En Carlos Strasser (ed.), **Las izquierdas en el proceso político argentino**, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 141. Opiniones similares sobre las limitaciones (pero también la importancia) de la «clase media» pueden encontrarse en otros trotskistas no «morenistas» de la época. Ver Esteban Rey, **¿Es Frondizi un nuevo Perón?**, Buenos Aires, Lucha Obrera, 1957, pp. 125-30.

¹⁸ Nahuel Moreno, **La revolución latinoamericana**, Buenos Aires, 1962, p. 55.

¹⁹ Horacio Tarcus, *op. cit.* pp. 50, 58, 62, 82, 127, 133-34. El resto de la reconstrucción de las iniciativas políticas de Frondizi en este apartado está tomado de este libro, pp. 144, 346, 366-73.

²⁰ Silvio Frondizi, **La realidad argentina: ensayo de interpretación sociológica**, 2ª ed., 2 vols, Buenos Aires, Praxis, 1957, I, pp. 244-55, 333; II, pp. 227-228. Ver también: Silvio Frondizi, «La encrucijada argentina», **Liberación**, noviembre 1955, pp. 1 y 4.

²¹ Ver «La pequeña burguesía y la revolución socialista», **Revolución**, n° 11, 15/2/1958, pp. 4-5.

y propagandística a la práctica política: en 1955 fundaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-Praxis, una organización celular que hacia fines de la década contaba con un centenar de militantes y que sería vehículo de una importante renovación política y cultural de la izquierda argentina y latinoamericana. En los primeros años de la década siguiente, sin embargo, un cambio brusco en la línea estratégica de Frondizi crearía tensiones internas que acabarían con la experiencia del MIR-Praxis. Luego de 1959, la influencia de la Revolución cubana y del contacto personal con los masivos partidos de izquierda europeos llevaron a Frondizi a poner su propio obrerismo en cuestión. En 1961 anuncia un importante viraje estratégico a través de un escrito en el que el imperativo de la revolución socialista internacional queda desplazado por una más vaga apelación a una «solución popular», una salida argentina y «auténticamente nacional» hacia el socialismo, motorizada ahora por un «movimiento y un gobierno populares» (antes que por un partido revolucionario), apoyado en «sociedades vecinales» y otras formas de «democracia directa». Las referencias a los clásicos del marxismo desaparecen, reemplazadas por forzadas alusiones a tradiciones políticas nacionales. Frondizi sigue otorgando a la «clase obrera» una «función primordial y rectora», aunque ahora amplía sus miras: «Ello no excluye —todo lo contrario— la necesidad de que participen en la lucha por el progreso nacional la clase media productiva y empobrecida de la ciudad y del campo, los técnicos, profesionales e intelectuales esclarecidos, víctimas todos de la irracionalidad y crisis del capitalismo».²² En los años inmediatamente posteriores Frondizi profundizaría este viraje nacional-populista.²³ En lo que respecta al tema que aquí nos ocupa, el cambio de estrategia conduce a una mayor visualización de la clase media como tal. En 1964 aparece un folleto escrito por un militante del grupo de Frondizi, titulado «El problema político de la clase media argentina». El folleto anuncia el surgimiento, en los últimos tiempos, de un verdadero «movimiento» de carácter «nacional, popular y revolucionario» en el que la «clase media» es una de las «dos fuerzas claves», junto con el proletariado. Aunque recientemente desempeñara un «desafortunado papel» en la caída de Perón, no debe olvidarse por ello que tuvo momentos anteriores de «esplendor político y de coraje» en las revoluciones cívicas y radicales de fines del siglo XIX y principios del XX. Por ello es necesario dotar a este sector de una «política revolucionaria plausible», cuya carencia ha sido un obstáculo en el pasado. Tal política auspica la lucha por formas de «democracia directa» y medidas de «planificación» y desarrollo económicos que, contribuyendo a la distribución del ingreso y de la propiedad, aparten a la clase media (incluyendo «pequeños y medianos industriales») de la órbita de la oligarquía y del imperialismo, con los que muchas veces tienden a asociarse.²⁴ Ninguno

de los estereotipos negativos sobre la clase media se hace presente, ni tampoco la exigencia de que deba primero «proletarizarse» antes de estar en condiciones de aliarse a la clase obrera.

El brusco cambio estratégico de Frondizi no podía dejar de generar oposición en las filas de MIR-Praxis (por no mencionar las críticas por «pequeñoburgueses» que recibieron de sectores comunistas y trotskistas). A partir de 1961 el grupo sufre una diáspora que lo hace desaparecer rápidamente. La mayoría de los que se apartan lo hacen en busca de una postura más tradicionalmente izquierdista. Militantes de Capital protestaron en 1961 por la política de acercamiento a la pequeña burguesía urbana y rural, que consideraron una postura «pequeñoburguesa» y exigieron «una política independiente de la clase obrera».²⁵ El llamado «Grupo 6» cuestionó en 1963 a la dirección partidaria por ser «centrista» y situarse «a mitad de camino entre la clase media universitaria y el proletariado revolucionario»; exigió una definición claramente obrerista que los diferencie «nítidamente de todas las capas de las clases medias».²⁶ Otros, sin dejar de reconocer la importancia de ganarse a «los sectores más radicalizados» de la «clase media», se negaban a abandonar el camino obrerista, vanguardista e insurreccional.²⁷

No todos optaron por esta línea: tras la debacle de MIR-Praxis algunos de sus herederos profundizaron la línea popular-movimentista. Algunos de ellos, por ejemplo, se propusieron la formación de un «Tercer movimiento histórico» cuyo sujeto definían como «masas populares» compuestas por «las clases media y obrera» (aunque correspondía a ésta ser «vanguardia»), en antagonismo con la oligarquía.²⁸

f) La «izquierda nacional» y otros compañeros de ruta

Como habíamos mencionado en el apartado anterior, a partir de 1943 algunos nucleamientos de trotskistas evolucionaron, siguiendo la preocupación por el imperialismo y la «liberación nacional», hacia posiciones que los apartaban del excluyente obrerismo inicial para conducirlos a replantear la necesidad de alianzas más amplias con otras clases que demostraran vocación «nacional». Algunos de ellos saludaron la irrupción del peronismo como una forma de «nacionalismo de país semicolonial» que prometía la conclusión de las tareas democrático-burguesas (especialmente la emancipación respecto del yugo imperialista). Por ese camino, pronto pasarían del «apoyo crítico» al peronismo desde una posición aún obrerista, a una postura ya claramente nacionalista que cifraba esperanzas en las potencialidades antiimperialistas de la «burguesía nacional» y de Perón. El representante más famoso

²² Silvio Frondizi, **Bases y puntos de partida para una solución popular**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1961, pp. 24-26.

²³ Ver: Silvio Frondizi, **Manifiesto de la reconstrucción nacional**, Buenos Aires, s./e., 1964.

²⁴ **El problema político de la clase media argentina**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, s./f. [1964]. Debo este hallazgo a la generosidad de Elsa Pereyra. El folleto no lleva firma, pero su contenido tiene muchas similitudes con los de Frondizi citados en las dos notas anteriores. Según testimonio de Alberto Ferrari Etcheberry, su autor fue un colaborador cercano de Frondizi, Mario Podgaetzy (alias Mario Reles), hoy desaparecido.

²⁵ Enrique Mora, «Crítica al proyecto de tesis del MIR-Praxis sobre el Frente de Liberación Nacional», **Boletín Interno n° 4**, MIRA (zona Capital), 2° Quincena diciembre 1961, pp. 9-15. Archivo CeDInCI.

²⁶ **Por la liberación nacional y social: Documento para el Primer Congreso del MIRA**, s./l., mimeo, sept. 1963, pp. 1-2. Archivo CeDInCI.

²⁷ Jorge Peyro, «Apuntes sobre estrategia revolucionaria en la Argentina», **Marcha hacia la Revolución Socialista Argentina** (órgano oficial del MIRA y Reagrupar), n° 1, dic. 1964, pp. 25-29.

²⁸ **Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico**, Buenos Aires, 3MH, 1964, pp. 27 y 44.



de este tránsito fue Jorge Abelardo Ramos, quien desde fines de la década de 1940 llevó a cabo una intensa labor propagandística de las ideas de la «izquierda nacional».

Ante la realidad de la persistencia del peronismo entre los obreros y de la ya indudable relevancia mundial del «problema nacional» en la época de la descolonización, y bajo el influjo de la Revolución cubana, el conjunto de la izquierda experimentó desde fines de la década de 1950, en palabras de Horacio Tarcus, «una clara inflexión nacional-populista». Cantidad de militantes rompieron con sus partidos de origen y con la tradición liberal-democrática que los animaba, para abrazar alguna concepción de «socialismo nacional». Así, emigrados del PC (como Rodolfo Puiggrós) se acercaron a las posturas del tipo de las que venían postulando Ramos y sus acólitos. Por otra parte, había también importantes sectores del peronismo que se radicalizaban hacia la izquierda por influencia de John William Cooke y como consecuencia de la experiencia de la proscripción. Así se fue articulando un vasto conglomerado de «izquierda nacional» que conectaba a la tradición de izquierda propiamente dicha con el por entonces llamado «nacionalismo popular revolucionario». Este conglomerado desarrolló una intensa labor de difusión de sus ideas y de «revisiónismo» de la historia, que arrancó al PC y al PS el monopolio de la producción cultural de izquierda y logró imprimir en la cultura argentina una profunda huella, que aún perdura.²⁹

Cabría imaginar que, por su abandono del obrerismo excluyente y por su confianza en el papel emancipador de la «burguesía nacional», la «izquierda nacional» tendría una visión positiva de la clase media: los motivos «clasistas» para despreciarla, al menos, parecían haberse esfumado. Y sin embargo, es probablemente esta corriente la que más incidió en la formación y difusión de los peores estereotipos acerca de la clase media, que aún hoy circulan en la cultura argentina. Uno de los motivos para esta paradoja reside en la identificación de esta corriente con el peronismo y con «lo nacional/popular». La oposición al peronismo que llevaría a su posterior caída fue leída universalmente como una en la que la «clase media» desempeñó un papel protagónico, de modo que no es extraño que quienes lamentaban el derrocamiento de Perón cargaran tintas contra ella. Por motivos propios de la situación (es decir, sin que obedeciera esto a una caracterización «sociológica» de alcance universal), el tema del abismo entre las clases obrera y media, por otra parte, se superponía con otras dicotomías: nacional/popular vs. foráneo/elitista, o provinciano vs. porteño. Así, la clase media no sólo aparecía como antiperonista (y por ello haciendo el juego al imperialismo y a la oligarquía), sino como la encarnación de la petulancia intelectualista y de la tara cultural de quienes, sin poseer una alta posición social como para justificarlo, no sólo desprecian al pueblo, sino también a todo lo autóctono.

El caso de Ramos es en este sentido emblemático, por ser uno de los primeros y más violentos críticos de la clase media de la corriente que aquí nos ocupa. Ya en sus artículos de 1955 para el diario **Democracia**, en vísperas del golpe de Estado, explicaba que

²⁹ Horacio Tarcus, *op. cit.*, pp. 104-106 y 122-23.

la «clase media» se oponía a Perón, haciéndose «cómplice de la política antinacional del imperialismo», porque no soportaba al «negro ensoberbecido» por el peronismo, frente al cual se sentía «superior». Además, como el «pequeñoburgués de Buenos Aires» es descendiente de europeos, «sin gota de mestizo ni de criollo aindiado», se combinan en él «todos los factores como para sentirse separado de una política que le parecía 'exótica', 'personal', 'demagógica' y 'chauvinista'». Ramos criticaba por entonces también el «moralismo» del que la clase media pretendía ser guardiana. Para él, el pretendido escándalo ante la corrupción y las supuestas inmoralidades de Perón, la CGT y otras figuras del régimen, no son sino una maniobra del «gran capital imperialista» para bloquear al proceso revolucionario en curso.³⁰ Poco después, en su exitoso libro **Revolución y contrarrevolución en la Argentina** (1957), que conocería múltiples reediciones, Ramos volvió a la carga contra el «moralismo de la clase media», una mojigatería hábilmente aprovechada por la Iglesia para galvanizar todos los descontentos contra Perón en función de una «estrategia imperialista». Por lo demás, el texto abunda en otros estereotipos ya conocidos: la psicología «vacilante» de la clase media, su inseguridad, su miedo a caer, su individualismo, etc.³¹ Tales ataques, sin embargo, no fueron obstáculo para que el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, cuyo ideólogo era el propio Ramos, sostuviera en 1964 que «la alianza del proletariado con la pequeña burguesía constituye el fundamento estratégico de la revolución argentina»: los cambios que experimentaron las «clases medias» en los últimos años, con el surgimiento de una pequeña burguesía más ligada al mercado interno y a los intereses industriales, hacen que esta «alianza plebeya» con el proletariado sea viable.³² Y, a su vez, este reconocimiento no impidió a Ramos criticar por «pequeñoburguesa» a la izquierda tradicional que no comprendía la necesidad de aliarse con el peronismo.³³ Aunque los ataques izquierdistas a la clase media no eran novedosos, la virulencia que alcanzaron en la prosa de Ramos tenía pocos antecedentes. Pero lo más innovador eran algunos de los motivos que su ataque incluyó: la dimensión de prejuicio «moral», racial y antinacional y de identificación «porteña» que Ramos le adjudicaba a la clase media no formaban parte, hasta entonces, del repertorio de imprecaciones conocidas.

Otro representante prominente de la «izquierda nacional», Jorge Enea Spilimbergo, contribuyó a difundir ideas similares. En su también exitoso **Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario** (1958) incluye un artículo inédito, escrito dos años antes, acerca del «moralismo» de la clase media y su utilización para los fines de la «oligarquía». Allí acusa a la «clase media» de haber sido el apoyo social para el golpe que derrocó a Perón (y de paso incluye el de 1930), junto con otra serie de pecados: como es una clase desligada de la producción, que «vivió durante décadas como

³⁰ Jorge Abelardo Ramos, **De octubre a setiembre**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, pp. 310 y 327-32.

³¹ Jorge Abelardo Ramos, **Revolución y contrarrevolución en la Argentina**, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 454-57.

³² Partido Socialista de la Izquierda Nacional, **Clase obrera y poder: tesis políticas del III Congreso PSIN**, Buenos Aires, PSIN, 1964, pp. 61-62.

³³ Jorge Abelardo Ramos, «Rasputinismo y pequeña burguesía», **Izquierda Nacional**, n° 25, agosto 1973, pp. 7-10.

parásito del sistema oligárquico», carece de comprensión de los determinantes objetivos de la situación política (carencia que reemplaza con criterios éticos y «voluntarismo individual»); celosa de su «categoría», detesta ver a un «cabecita negra» ganando más que ella o vistiendo «dignamente» y se indigna por la «falta de sirvientas». Las debilidades de la clase media son utilizadas por la oligarquía para «dividir el frente del pueblo, aislando a sus sectores más revolucionarios» (el proletariado y «las masas pobres del Interior»), de la «pequeña burguesía urbana y rural». Pero para Spilimbergo no hay nada fatalista en esa división: la «contradicción» entre ambos sectores no es «esencial», sino «resultado de contingencias históricas», por lo que cabe la confianza en que, en el futuro, la clase media sabrá situarse en el lado que le corresponde.³⁴ Ese mismo año Rodolfo Puiggrós contribuía con otro libro de éxito, en el que la «pequeña burguesía», alejada de Perón por el enfrentamiento con la Iglesia, aparecía como apoyo fundamental del golpe de Estado, de lo que el autor extrae la enseñanza de que «hay que contar con ella para ganarla o neutralizarla: atacarla de frente es una locura y conduce al desastre.» Pequeña burguesía y proletariado deben marchar juntos en el «frente nacional antiimperialista y antioligárquico», aunque siempre bajo la dirección de éste y de su propio partido de clase.³⁵

En otro libro fundamental y de amplia circulación de la «izquierda nacional», **La formación de la conciencia nacional** (1960) Juan José Hernández Arregui aporta su cuota de invectivas contra «la clase media de origen inmigrante», un «instrumento» de la oligarquía para difundir su pensamiento: «su visión del mundo es enteramente individualista»; carente de «política propia» e «incapaz de definirse» entre los intereses de la burguesía y el proletariado, rechaza por incompreensión el nacionalismo; aspira al estatus de la clase alta y teme descender al de la clase baja, etc.³⁶ No obstante estas críticas, puestos a hacer política dentro del grupo CONDOR en 1964, Hernández Arregui y sus compañeros confiaban en que «el creciente proceso de nacionalización de importantes sectores de la clase media» abría por fin la posibilidad de realizar la indispensable alianza con el proletariado peronista (cosa que no les impidió cuestionar, en el mismo párrafo, el «oportunismo pequeñoburgués» de la izquierda tradicional).³⁷

Sin ser asimilables a la «izquierda nacional» por su origen directamente peronista o por su particular trayectoria dentro de la izquierda, existieron otras visiones de la clase media que estuvieron determinadas por la problemática de la liberación nacional. Algunas de ellas, como la de Alberto Astudillo —antiguo mili-

tante del grupo Insurrexit, luego devenido simpatizante del justicialismo—, fueron incluso mucho más benévolas con esa clase, a la que asignaban un papel central e indudable en la «revolución nacional».³⁸ Otras, como la de Hurtado de Mendoza, de extracción reformista, reconocían que las «clases medias» poseían un contenido «nacional y nacionalista» que las hacía aliadas fundamentales de los trabajadores en la lucha contra las «fuerzas oligárquico-imperialistas», aunque reservaban para la clase obrera el papel de dirección política.³⁹ Pero no podría dejar de mencionarse aquí, por su enorme repercusión, el libro de Arturo Jauretche **El medio pelo en la sociedad argentina**, publicado en 1966 y reeditado decenas de veces desde entonces. Veterano militante del nacionalismo popular desde que fuera animador del grupo Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), luego devenido peronista, Jauretche se transformaría, desde fines de la década de 1950, en una voz fundamental a favor de la «liberación nacional». Sin ser de izquierda *strictu sensu*, conocía y utilizaba algunas de las categorías del marxismo y sus ideas tenían sin duda resonancias con las de la «izquierda nacional». Su origen social —que él mismo definía como «de clase media acomodada, con estrecha vinculación con la oligarquía»—⁴⁰ no fue impedimento para que Jauretche lanzara una de las críticas más demoledoras de la clase media. El libro se ocupa de castigar con el ridículo el «medio pelo», una actitud mental definida por un intento de «aparentar un status superior al que en realidad posee». En Argentina esta actitud se manifestaría como un afán de figuración y de identificación con la oligarquía, la imitación servil de las pautas culturales y la adopción de los valores extranjeros (especialmente anglosajones) y el consiguiente desprecio por lo nacional y popular. Jauretche se ocupa largamente de denunciar el racismo que este desprecio produce, y la incompreensión de los problemas nacionales que acarrea, especialmente en lo que tiene que ver con la necesidad de una industrialización orientada al mercado interno y a ayudar en la integración social.

En rigor, Jauretche no lanza sus críticas contra la clase media: por el contrario, se ocupa de aclarar varias veces que el «medio pelo» surgió como actitud en la élite del siglo XIX y que el grupo social actual que lo alimenta es «la burguesía en ascenso y sectores ya desclasados de la alta sociedad» y que esto excluye «al grueso de la clase media». El blanco de sus críticas, más que una categoría social *per se*, es el tipo de cultura y de identidad presentes en la «superestructura cultural» de la nación (especialmente la «intelligentzia» porteña); su preocupación fundamental es la conducta de la nueva «burguesía» industrial, que, confundida por esa cultura, falta a su «función histórica» que es la «modernización» económica y social del país. A las «clases medias», por el contrario, les reconoce el mérito de haber sido «las precursoras del movimiento político-social» que presionó, desde épocas de Yrigoyen, en favor de una industrialización con visión nacional.

³⁴ Jorge Enea Spilimbergo, **Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario**, Buenos Aires, Amerindia, 1958, pp. 111-26.

³⁵ Rodolfo Puiggrós, **El proletariado en la revolución nacional**, 2ª ed., Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 159-74. Poco antes, en 1956, Puiggrós había criticado a «la Señora pequeña burguesía» por su papel político en la historia nacional; llamaba entonces, no obstante, a prestar más atención a esa clase y sus necesidades, ya que en ella «está la clave de problemas argentinos fundamentales». Ver: Rodolfo Puiggrós, **Historia crítica de los partidos políticos argentinos**, Buenos Aires, Argumentos, 1956, pp. 195-204.

³⁶ Juan José Hernández Arregui, **La formación de la conciencia nacional**, 3ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 94-98.

³⁷ C.O.N.D.O.R., **Manifiesto preliminar al país**, Buenos Aires, C.O.N.D.O.R., 1964.

³⁸ Alberto Astudillo, **La revolución nacional y las clases**, Buenos Aires, Relevo, 1963, pp. 37 y 43-51.

³⁹ Ángel Hurtado de Mendoza, **Fuerzas populares y oligarquía: la contradicción fundamental**, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 51.

⁴⁰ Ver: Federico Neiburg, **Los intelectuales y la invención del peronismo**, Buenos Aires, Alianza, 1988, p. 55.



Con ánimo autocrítico, reconoce que el peronismo «cometió indiscutibles torpezas» que terminaron alienando el apoyo de la clase media y empujándola a la oposición, «una posición accidental más dirigida contra los modos de ejecución de una política que contra la política en sí» («no puede confundirse clase media con 'medio pelo'», insiste). A pesar de estas prevenciones, el libro de Jauretche fue leído como un embate contra la clase media, a quien tendieron a adjudicarse el extranjerismo y racismo de la actitud «medio pelo»: la propia sinopsis que los editores incluyeron en la contratapa, lo anuncia como «el libro desmitificador por excelencia de la clase media argentina».⁴¹ Ampliamente leído y discutido hasta nuestros días, **El medio pelo** es una de las fuentes fundamentales que contribuyeron a forjar una imagen denigratoria de la clase media típica en la cultura de izquierda argentina.

g) Los contornistas y un clima de época

En 1964 Juan José Sebreli publicó **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, libro que, junto con los de Jauretche y la «izquierda nacional», tendría una profunda influencia en las percepciones de la clase media, no sólo entre la izquierda sino a nivel de la cultura general. Con un paso temprano por las filas del trotskismo, Sebreli había participado luego de la revista **Contorno**, publicación señera de la «nueva izquierda» argentina. Su libro a la vez resume y trasciende los temas de la crítica izquierdista a la clase media que hemos seguido a lo largo de este trabajo, en una diatriba que abarca no sólo un análisis «sociológico», sino también de su cultura específica y de su papel histórico en Argentina. En su nivel de desprecio y violencia verbal, la de Sebreli supera incluso a la crítica de la «izquierda nacional». Así, en el libro encontramos motivos ya conocidos: la clase media es «individualista», su vida cotidiana es «mezquina», «vive de las apariencias», tiene una «visión idealizada del mundo», «se balancea» entre los intereses de las dos clases principales y no se compromete políticamente, imita a la oligarquía y desprecia a los trabajadores, es «insegura» y tiene pánico a la «proletarización», rinde culto a las jerarquías y los títulos universitarios, funciona como «freno de la lucha de clases», engrosó las filas del «antiperonismo más resentido» y su «moralismo» fue utilizado por la oligarquía contra todo gobierno popular.

Pero Sebreli agrega también nuevos elementos en este ya amplio repertorio del escarnio. El autor analiza largamente el aspecto sexual de la obsesión por la «honorabilidad» y «el 'qué dirán'» de la clase media, que aparece entonces descrita como la «principal víctima de la represión puritana antisexual» y uno de los principales «pilares» de la «sociedad patriarcal burguesa y cristiana». A diferencia del proletariado (cuya sexualidad supone menos «inhibida», «pagana»), la de la clase media está marcada por la «frustración», la «frigidez», y un «profundo desajuste» que la lleva a la «hipocresía» de predicar una estricta moral sexual pero entregarse, como ninguna otra clase, al «onanismo y la homosexualidad» (siempre con culpa). Otro elemento novedoso que aporta

Sebreli es el señalamiento del «mito de la intimidad protegida» de la clase media, manifiesto en el encierro negador e individualista en el «hogar feliz». El análisis del antiperonismo de la clase media gana también en profundidad. Así, la irrupción de Perón trastornó la «apacible vida» de la clase media:

Todo ese mundo de mitos domésticos, de pequeñas cosas queridas —el barrio, el hogar, la escuela, el club— fueron atomizados por el dinamismo revolucionario, separados en categorías sociales, divididos en factores de producción, disgregada para siempre su antigua intimidad, manchado su candor, planificada su espontaneidad, perdida su confianza, politizadas las ingenuas relaciones de los hombres entre sí. El peronismo era un desafío a las tradiciones pequeñoburguesas, a sus costumbres, a sus valores establecidos, a sus clisés morales, a sus inhibiciones filiteas, a su hipócrita ideología de la virtud (...). También el peronismo contribuyó a la destrucción de la específica familia pequeñoburguesa. La ilusión de ser una entidad exclusivamente individual y privada ya no podía mantenerse. Toda vida se había hecho pública hasta lo más secreto del corazón. Nadie podía ya escapar al mundo (...). En el país del individualismo (...), el peronismo obligaba a todos a afirmar sus propias vidas en relación con los demás, con sus semejantes, con sus compañeros, aun con sus enemigos, por medio de la solidaridad, o de la hostilidad, de la complicidad o de la delación, pero nunca de la indiferencia.

Al influjo disolvente del peronismo Sebreli agrega el de la cultura juvenil de los años '60, que trastorna en sentido similar el mundo patriarcal de la clase media. (De hecho, podría pensarse que, además del origen político, mucho de la hostilidad de esta época hacia la clase media procede, también, de un proceso de modernización cultural frente al que los valores tradicionales de «respetabilidad» que había cultivado sobre todo esa clase estaban cayendo en la obsolescencia).

Otro elemento no estrictamente novedoso (ya lo habíamos visto en Ramos), pero muy reforzado por Sebreli, es el tema del racismo de la clase media y su identificación con el mundo porteño por oposición al interior. Así, la clase media leyó en clave racial y regional la diferencia de clase que la separaba del apoyo principal del peronismo: asimiló todo proletario al «emigrante de las provincias» y colgó a todo obrero «el despectivo mote de 'negro' y 'negrada'» (sin importar que «fuera rubio»): más incluso que la oligarquía, «el verdadero anticabecita negra es el pequeñoburgués». La reacción contra Perón tuvo que ver, precisamente, con la irritación por un régimen que «los mezclaba sin discriminación» con esa masa plebeya y orgullosa que inundaba la Buenos Aires blanca y de modales refinados de antaño.

La diatriba de Sebreli termina con conclusiones políticas que abren la puerta para una posible redención de la clase media pero también anuncian un peligro en ciernes. Sujeta a una creciente «proletarización», la clase media debe reencontrarse y «unir su destino al del proletariado». Este camino depende, sin embargo, de que la clase obrera tome conciencia «de su papel conductor» y

⁴¹ Arturo Jauretche, **El medio pelo en la sociedad argentina**, 16ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo, 1984, pp. 18-19, 182, 241-43, 252, 276, 353, 380.

se erija en «clase universal representante de la sociedad íntegra». Si eso no ocurriera, teme Sebrelí, el «fascismo» será «inevitablemente el destino de la clase media» (como parecía demostrar por entonces el creciente predicamento de grupos de derecha, como Tacuara, entre los estudiantes).⁴²

Años más tarde Sebrelí se identificaría él mismo como integrante de la clase a la que fustigaba y señalaría que las patologías de la vida íntima de la clase media que describía estaban tomadas de su propia experiencia familiar y de la de sus conocidos. Su implícita «autocrítica de clase» formaba parte de un clima de época de profundo autoexamen de la cultura de izquierda, luego de la evidencia innegable del abismo que la había separado (y aún las divorciaba) de las masas peronistas. Ya hemos encontrado este señalamiento claramente expresado en la «izquierda nacional». Parte de la «nueva izquierda» produciría, sin embargo, un desplazamiento interesante respecto de las críticas habituales. Porque, si hemos comprobado la paradoja de que son generalmente izquierdistas de clase media (y no obreros) quienes más insistentemente critican a la clase media, este escarnio siempre se hacía *en tercera persona*. Quienes manifestaban los vicios «pequeño-burgueses» eran siempre los otros (la clase media que no comprendía, los otros partidos de izquierda, o adversarios dentro del propio). En el mismo movimiento de la crítica, el que la ejercía ocultaba así su propio origen tan poco obrero como el del blanco de ataque. Implícitamente se había reconocido la cuestión, por ejemplo, cuando los diferentes grupos izquierdistas mandaban a sus cuadros a «proletarizarse». El sutil pero importante cambio que producirán los contornistas será el de asumir las limitaciones de clase explícitamente y en primera persona.

Carlos Altamirano ha analizado los determinantes de este momento crucial en la tradición de izquierda que llevara a Ismael Viñas a expresar en 1959, en las páginas de **Contorno**, que

solamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que eso nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación... No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx —ni, por supuesto, citarlo—, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa.

Altamirano vincula tanto la explosión de juicios condenatorios de la clase media en los diez años posteriores a la Revolución Libertadora, como el formato de culposa «automortificación» de algunos de ellos, como un fenómeno determinado por la patentización del divorcio entre el pueblo (peronista) y el resto de la sociedad que siguió a la caída de Perón. Si las movilizaciones contra Perón y el apoyo social a la Libertadora y luego al gobierno de Arturo Frondizi se habían leído como un distanciamiento *de clase* (y no meramente «político») entre la clase media y los tra-

bajadores, no quedaba por ello menos claro que la intelectualidad de izquierda, con toda su idealización retórica de una clase obrera abstracta, había quedado igualmente alienada respecto del proletariado real. Por ello, la literatura denigratoria de la clase media de estos años, con toda su violencia verbal, era un ejercicio de «mortificación» que no conducía a una «condena definitiva», sino que abría una vía de «expiación» que le permitiera «purgar» sus faltas y encontrar así el camino a la «reconciliación» con las masas. El hecho de que estos ejercicios de automortificación encontraran acogida tan favorable en un amplio público lector (que no puede dejar de suponerse también él de «clase media»), es interpretado por Altamirano como prueba de una conciencia de culpa y deuda respecto del pueblo por el abismo social abierto tras 1945, que resultaba ya «éticamente intolerable». Así, paradójicamente, quienes atacaban el «moralismo» de la clase media estaban apelando, a conciencia o no, a una reacción *moral* por parte de su propia clase. En este contexto, la perspectiva de una revolución podía asumir el papel de un «mito redentor» por el que la ansiada reconciliación entre el pueblo y los intelectuales de izquierda quedaría sellada.⁴³

La coyuntura del peronismo y su caída sin duda explican que haya sido el período 1955-1965 el de mayor despliegue de la literatura que analiza Altamirano. Sin embargo, los determinantes de la incómoda relación entre los izquierdistas y su propia procedencia de clase no pueden agotarse en aquel contexto. Porque, como hemos visto, los síntomas de esa incomodidad pueden rastrearse mucho antes de la irrupción del peronismo. Por otro lado, el tipo de autoexamen mortificado que vimos en Viñas puede encontrarse también en tradiciones de otros países, por ejemplo, en la «nueva izquierda» norteamericana.⁴⁴

Excursus: Sobre las derivas y persistencia de una problemática, y un interrogante sobre el presente

Pasado el contexto de la década de 1960, las ambivalencias sobre la clase media seguirán asaltando las certezas de las izquierdas, incluso a los grupos más claramente radicalizados u obreristas. El ejemplo insoslayable es el del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y su famoso folleto de 1972 **Sobre moral y proletarización, Pequeña burguesía y revolución**, en el que se hace un reconocimiento explícito del «doble papel» del grupo que nos ocupa. Si por un lado la pequeña burguesía desempeña un papel positivo en el movimiento, ya que es el grupo que introduce «desde fuera» una conciencia revolucionaria en el proletariado, al mismo tiempo lo contagian de todas sus «características de clase» negativas: «el individualismo, la pedantería, la vacilación», y también el «sectarismo», el «esquematismo» y la disputa por cuestiones personales. La solución que propone el PRT es

⁴² Juan José Sebrelí, **Buenos Aires: vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964, pp. 65-108.

⁴³ Carlos Altamirano, «La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio», **Prismas**, n° 1, 1997, pp. 105-123.

⁴⁴ Ver, por ejemplo, el debate desatado por Barbara y John Ehrenreich, compilado en Pat Walker (ed.), **Between Labor and Capital: The Professional-Managerial Class**, Boston, South End Press, 1979.



«exigir a los camaradas intelectuales la proletarización de su modo de ser y de vivir, obligándoles a romper con su clase» y a «trabajar, convivir y luchar con las masas adoptando sus puntos de vista y sus características de clase».⁴⁵ Luis Ortolani, el autor de los textos que componen el folleto, parece no advertir la inconsistencia entre una exigencia de fundirse completamente con el proletariado, y seguir reconociendo, sin embargo, la dependencia respecto de un «afuera» que aporte la conciencia política necesaria (él mismo, naturalmente, no era de origen obrero). La inconsistencia se reproducirá en las prácticas partidarias: mientras muchos militantes eran de este modo forzados a abandonar sus vidas habituales, mudarse a un barrio pobre y tomar un empleo en una fábrica para habituarse a la vida y la superior «moral» de la clase obrera, los dirigentes (que por supuesto, como Mario Santucho, no eran ellos mismos obreros) parecían cómodos en su tarea de ser los introductores de la conciencia revolucionaria.⁴⁶ Por otra parte, un testimonio recogido por Pablo Pozzi permite dudar que los obreros del PRT pudieran sentir como propios los mandatos de esta «moral proletaria» supuesta por Ortolani. Así, uno de sus entrevistados recuerda que al «Negrito» Fernández, militante de origen proletario que integraba el Comité Central del PRT,

un día lo acusaron de que era un pequeñoburgués. Me acuerdo que me dijo: «¡Qué más quiero que ser pequeñoburgués yo! [se ríe] Te imaginás, para mí sería más importante. De ser un raspo a ser un pequeñoburgués, la verdad que me vendría bien». Él estaba contento porque le habían dicho pequeñoburgués ¿Me entendés? ⁴⁷

Notemos, antes de terminar, la conjunción de algunos de los temas que veníamos viendo: la opción por la proletarización no se plantea sólo como una de intención meramente «pragmática» —tener más cercanía con los trabajadores para lograr mayor predicamento—, sino que aparece combinada con la temática «moral» de la necesidad de la «expiación» y reconciliación con las masas, estudiada por Altamirano. (Digamos, al pasar, que las ideas de Mao en este mismo sentido ya hacían notar su influencia).

El fin del sentido de la inminencia de la revolución luego de 1976, el posterior declive general de la tradición de izquierda y de las visiones nacional-populares y el breve entusiasmo del primer alfonsinismo, redujeron la urgencia por discutir sobre la clase media. Por supuesto, la incongruencia entre la doctrina y la realidad de las agrupaciones de izquierda que siguieron funcionando en los años ochenta y noventa siguió produciendo ambivalencias. Pero fueron de menor intensidad y perdieron la penetración en la cultura general que tenían en décadas previas. Con el empobrecimiento masivo de los sectores medios por obra de las políticas neoliberales, probablemente no resultaba de buen

tono lanzarles diatribas furibundas. La conspicua falta de interés del bajo pueblo por la política izquierdista en estos años tampoco autorizaba a levantar el dedo acusador. Entre el público de izquierda progresista, lector de diarios como **Página 12**, se hizo lugar a una mirada más benevolente que en los años sesenta que se apiadaba por la situación de los «nuevos pobres» y lamentaba nostálgicamente lo que se percibía como una veloz desaparición de la clase media.

En este escenario, la realidad inesperada que asomó con la rebelión de 2001 suscitaba interesantes desplazamientos. El innegable protagonismo de parte de los sectores medios y la radicalidad de algunas de sus acciones dejó perplejos a muchos analistas. Entre los intelectuales de izquierda que habían tenido una militancia intensa en los años setenta se generó entonces un interesante contrapunto. En el propio **Página 12** y en revistas como **Confinés** se hicieron sentir voces como las de Nicolás Casullo o Alejandro Kaufman que, en la tradición del ensayismo de los '50 y '60, continuaron afirmando una mirada escéptica sobre ese grupo social y su papel político. Resulta sugestivo, sin embargo, que otros intelectuales plenamente identificados con esa tradición, como Horacio González, defendieran entonces a la clase media del escarnio de sus colegas.⁴⁸ Otros imaginaron incluso que las jornadas de diciembre de 2001 anunciaban la reconciliación política de las clases media y baja, tras décadas de desencuentros. Resulta interesante destacar que, como parte de esta esperanza, se hizo presente por entonces, entre intelectuales y periodistas de izquierda, una imagen altamente significativa: la del 19 y 20 de diciembre como un «17 de octubre de la clase media».⁴⁹ Como he analizado en otro trabajo, la curiosa imagen traía la promesa de restaurar la unidad de la nación que aquél otro 17 de octubre (el del '45) había mostrado fracturada. Sólo un nuevo 17 de octubre podía deshacer el hechizo plebeyo que había surgido en 1945. El reencuentro de la clase media con la acción reivindicatoria colectiva y con los justos reclamos de la clase baja parecía anunciar la reconciliación de dos porciones de la nación que habían permanecido enfrentadas hasta entonces. Sin dudas, la fantasía de este reencuentro se sostenía no sólo en el hecho concreto y empírico de las luchas en común que ambos sectores habían librado en los tiempos previos a la rebelión (y que seguirían librando todavía durante un tiempo), sino también en la base subjetiva de la nueva autopercepción de vastos sectores medios, que se veían como una clase media pero empobrecida (es decir, simbólicamente más cerca de los pobres). Debe notarse, sin embargo, que

⁴⁵ Partido Revolucionario de los Trabajadores, **Sobre moral y proletarización, Pequeña burguesía y revolución**, s./l., PRT, s./f., pp. 3-4.

⁴⁶ Ver el trabajo de Vera Carnovale, «Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP», **Lucha Armada en la Argentina**, n° 5, febrero 2006, pp. 30-43.

⁴⁷ En Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, **Los setentistas: Izquierda y clase obrera: 1969-1976**, Buenos Aires, EUDEBA, 2000, p. 341.

⁴⁸ El debate está analizado en Ricardo Fava y Diego Zenobi, «Moral, política y clase media: intelectuales y saberes en tiempos de crisis», **Moralidades, economías e identidades de clase media: Estudios históricos y etnográficos**, ed. por Sergio Visacovsky y Enrique Garguin, Buenos Aires, Antropofagia, 2009, pp. 217-45.

⁴⁹ Por ejemplo en Rep: «La rebelión de la clase media», serie de la historia Gaspar el Revólú, **Página 12**, 5 al 27/12/2001; Mario Wainfeld, «La peor de las herencias», **Página 12**, 23/12/2001. Otro ejemplo similar en LG, «EL 17 de octubre de la clase media» (febrero 2002), http://elpanqueque.freeservers.com/politica_abril02.htm [acceso 29/8/2009]; José Pablo Feinmann, «Cambió mucho/poco/nada», **Página 12**, 20/12/2002. La imagen apareció con posterioridad en otros sitios, por ej.: Hugo Presman, «Los días en que la Historia ocupó la calle» (dic. 2006), <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article2408> [acc. 29/8/2009]

esta restauración de la unidad nacional se daba bajo la égida de la clase media y no en plano de igualdad. En la rebelión imaginada como un «17 de octubre de la clase media», el legado del peronismo (y la presencia plebeya que él expresó) quedaba reconocido y aceptado. Pero no por ello dejaba de tratarse de una rebelión de la clase media.⁵⁰ Por entonces, esperanzas similares en un posible cambio del papel histórico de la clase media se hicieron notar incluso entre la izquierda más duramente obrerista. Baste ver las intervenciones del líder máximo del Partido Obrero, Jorge Altamira, poco después de la rebelión de 2001, cuando —de un modo que recuerda las argumentaciones del PS de mediados de 1930— anunciaba que la «pauperización» de la «clase media» la lleva «a una posición objetivamente anti-capitalista» y que es el propio proceso capitalista el que la conduce «al campo revolucionario».⁵¹ La mayor predisposición a imaginar para la clase media un papel político positivo se dejó ver en el movimiento de «asambleas populares» surgido tras la rebelión de 2001, en cuya imaginación política la izquierda tuvo una importante gravitación. Aquí y allá encontramos, entre integrantes de asambleas, los típicos ejercicios de escarnio dirigido contra un grupo social que, sin embargo, según todas las evidencias, componía gran parte de la base social del movimiento.⁵² Sin embargo, resulta sintomático que se hallen otras evidencias en sentido contrario, que apuntan a identificarse como «clase media» sin por ello pedir disculpas, auto-denigrarse o distinguirse de los trabajadores. De hecho, se perciben en el movimiento asambleario numerosos signos de una vocación de, sin ocultar la procedencia de «clase media», concebirse como parte de un mismo grupo social (o al menos una sólida alianza entre iguales) junto a trabajadores o desocupados.⁵³ Un interesante diálogo registrado en la Asamblea Popular Cid Campeador (APCC) en su reunión del 31 de octubre de 2002 permite visualizar un proceso de negociación de identidades que quizás ayude a iluminar algunos de los aspectos discutidos en este artículo. El contexto era el de una discusión algo tensa de «jurisdicción» por algunas decisiones a tomar, entre los integrantes de la Comisión de Desocupados y el resto de la asamblea. La APCC se distinguía en esa época por tener una notable pluralidad de grupos sociales, etarios, de filiaciones ideológicas y de niveles de formación política previa. La Comisión estaba compuesta por algunos activistas con experiencia política o sindical anterior, e integrantes más nuevos y de origen social marcadamente más bajo que el del promedio de la asamblea.

Oscar, militante trotskista sin ocupación conocida, acusa a la asamblea de ser «pequeñoburguesa» por no comprender las necesidades de la Comisión. Octavio se identifica como parte de la «clase media» (trabaja asalariado como programador de computación) y responde que, sin embargo, no cree merecer ese desprecio. Alejandra (empleada estatal no jerárquica, con años de militancia con desocupados en La Matanza y miembro de la Comisión en cuestión), interviene para decir que dividirnos por clase «es cosa del sistema» y que en la Asamblea «somos todos trabajadores», aunque unos tengan más dinero que otros. Walter, trabajador manual (pintor) y simpatizante del PC, agrega que «la clase media se murió: ya no hay más clase media», por lo cual carece de sentido hacer distinciones de clase entre los asambleístas. Jorge, viejo militante del peronismo revolucionario, cierra la discusión afirmando que las asambleas ofrecen la posibilidad «inédita» de que la «clase media más esclarecida» se una con los trabajadores y desocupados, que precisamente esa es su misión, y lo que más teme el sistema.⁵⁴

El registro es interesante por cuanto el típico escarnio izquierdista de la clase media aparece pero es contestado y rechazado por gente de izquierda y de condición social variada (incluyendo obreros).

¿Anuncian estos indicios un cambio en la manera en que la izquierda percibe a los sectores medios? ¿O es sólo que el espacio plural y «horizontal» de una asamblea, sin doctrinas ni jerarquías que defender, hace audibles opiniones que siempre estuvieron allí pero que no encontraron la manera de dejar huellas en la literatura partidaria que hemos utilizado en este trabajo? Aunque hay algunos signos que apuntan a lo primero, los desarrollos de años posteriores parecieran desmentir esa posibilidad. Poco después, la «normalización» del país y el fin de las ilusiones de 2001 y 2002 dieron lugar a la reaparición de las tradicionales diatribas contra la clase media dentro de la izquierda. A medida que el humor social se fue volviendo cada vez más en contra de los movimientos piqueteros y avanzaron las demandas de represión, los reproches habituales volvieron a hacerse sentir, incluso en las agrupaciones menos relacionadas con la izquierda tradicional.⁵⁵ Desde las elecciones de 2007 y más visiblemente a partir del conflicto con las entidades patronales del campo en 2008, el gobierno kirchnerista —que hasta entonces no había hecho otra cosa que halagar a la clase media— agregó su voz. Se produjo desde entonces un verdadero *revival* de los argumentos e incluso del vocabulario del ensayismo de la izquierda nacional de tiempos de Jauretche.⁵⁶ El escarnio kirchnerista y de la izquierda contra la clase media incluso aumentó en los años siguientes.⁵⁷

⁵⁰ Ezequiel Adamovsky, «Esperando otro 17 de Octubre: La identidad de clase media y la experiencia de la crisis de 2001 en Argentina», de próxima aparición.

⁵¹ Jorge Altamira, «Disparan contra la clase media», *Prensa Obrera*, n° 737, 11/1/2002. Resulta también interesante una apelación anterior: «Por que la clase media debe apoyar la campaña financiera del Partido Obrero», *Prensa Obrera*, n° 677, 17/8/2000.

⁵² Ver, por ejemplo, Liber, «Clase media» [poema], *La Cacerola de Zapiola (Boletín de la Asamblea de Colegiales)*, año 2, n° 29, 21/5/2003; Blas De Santos, «El altruismo, o la penúltima tentación de la clase media argentina», *El Rodaballo*, n° 15, invierno 2004, pp. 21-27.

⁵³ Ver, por ejemplo, «Tomamos lo nuestro», *Boletín de la Asamblea Popular de Floresta*, n° 3, dic. 2002, pp. 4-5; [Ilustración de tapa], *Vecinos de Villa del Parque Autoconvocados (Boletín de la Asamblea)*, 10/8/2002, p. 1. Naturalmente, pueden hallarse también evidencias de una imagen de sí como movimiento únicamente de clase media; ver: Oscar, «Asambleas: aportes para la jornada de reflexión», *Boletín de la Asamblea Popular Cid Campeador*, n° 6, julio 2002, p. 4.

⁵⁴ El registro proviene de mis propias notas tomadas durante la reunión, E.A.

⁵⁵ Véase, por ejemplo, Jorge Falcone, «Una mirada militante sobre la incidencia de la clase media en el imaginario de los argentinos», *Darío Vive: portal latinoamericano de crítica social y pensamiento plebeyo*, 2008, disp. en <http://www.dariovive.org/notas/falcone2.html>; «La clase media recuperó sus niveles históricos de fascismo (2001-2008)», *Prensa de Frente*, 2008, disp. en <http://www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/a/2008/07/30/p3854>.

⁵⁶ Luis D'Elia, «¿Progresismo blanco o nacionalismo popular?», *Perfil.com*, 21/8/2008; Discurso de la presidenta de la Nación, 18 de junio en Plaza de Mayo y de Néstor Kirchner el 15 de julio en Plaza Congreso; *Clarín*, 26/7/2008. Llamativo en este sentido el «Poema a la clase media» de Daniel Cézare que circuló en 2008 profusamente por internet, falsamente atribuido a Mario Benedetti (disp. en <http://www.elforjista.unlugar.com/clasemediam.htm>).

⁵⁷ «Reapareció Kirchner y Cristina dijo que la clase media no entiende su polí-



Conclusiones (y una hipótesis política)

Recapitemos nuestros hallazgos. En primer lugar, es necesario destacar la continuidad de una problemática: hemos encontrado en la izquierda argentina signos de ambivalencia y de dificultad para «situar» políticamente a la clase media ya en 1891 y durante todo el período de nuestro estudio. Esos signos tienen muchos puntos de comparación con los que exhibía la tradición socialista internacional más o menos en los mismos períodos. Es preciso decir, sin embargo, que la presencia de tal problemática sólo se vuelve importante en la década de 1930, en la que se verifica un pico de interés por la clase media que sólo será repetido y superado en el contexto postperonista. Si en la explicación las causas del primer pico los motivos internacionales oportunamente reseñados tienen mayor peso, son los problemas nacionales los que predominan a la hora de dar cuenta del segundo. De ello se deriva una diferencia notable entre ambos picos: en el de los años treinta las referencias son a una clase media «abstracta» propia de los esquemas sociológicos generales, mientras que en la de los años sesenta se recortan contornos mucho más precisos, con color local y mucha más carnadura histórica. El impacto del fenómeno peronista es crucial para la aparición de elementos nuevos en el repertorio de críticas a la clase media, como lo son las acusaciones de racismo, «porteñocentrismo» o «moralismo». Comparativamente, resulta claro que el segundo pico desplegó un nivel de hostilidad hacia la clase media notablemente mayor que nada visto anteriormente (de hecho, en los años treinta la percepción tendió a ser más bien benevolente). Por otra parte, el impacto de las imágenes de la clase media generadas dentro de la izquierda fue mucho mayor en el momento postperonista, en el que traspasaron la barrera de una subcultura específica para contaminar el campo general de la cultura y de las representaciones sociales. En segundo lugar, hemos notado que las ambivalencias y la mayoría de los usos políticos de las referencias a la «clase media» recorren a la totalidad de las tradiciones estudiadas. Por otra parte, todas las corrientes utilizaron el mote de «pequeñoburgués» para atacar a sus adversarios internos o externos, y todas fueron objeto de ese tipo de anatemas. Contra lo que pudiera pensarse, no se verifican clivajes de clase en este punto: tanto los que criticaban a los demás por «pequeñoburgueses» como los que recibían el mote eran, desde el punto de vista de su origen social, de clase media o incluso alta. Sólo los contornistas, hacia el final de nuestro período de estudio, fueron capaces de visualizar y exponer a debate público, de modo autocrítico, su propia extracción no obrera.

¿Cómo interpretar la presencia tan constante de ambivalencias que proyectaban interferencias tan intensas en la identidad y en la estrategia de las izquierdas? Los hallazgos aquí presentados refuerzan la hipótesis adelantada en la primera entrega de esta investigación. Las dificultades de lidiar con la presencia incómoda de los sectores medios provienen de la reducción que realizó el

marxismo clásico del momento político al momento social. Como hemos señalado, ya los pensadores clásicos derivaron, del carácter *inevitablemente binario* del enfrentamiento *político* entre partidarios y enemigos del proyecto socialista, una lectura *sociológica* que suponía que esa oposición binaria ya estaba configurada y «lista» en la división de clases. Así, en este automatismo de lo social, el momento propiamente político quedaba oscurecido: en el marxismo clásico, más que *conceptos* para comprender las determinaciones estructurales de lo político, las clases sociales se convertían ellas mismas en *actores*. Es por ello que la rigidez binaria de los esquemas sociológicos del marxismo hacía de los sectores medios una presencia escurridiza y difícil de clasificar. La teoría, que indicaba una oposición excluyente de burguesía vs. proletariado, no se acomodaba bien a la necesidad, demostrada por la práctica, de contar a los sectores medios como aliados políticos —permanentes o tácticos— contra la burguesía. Los efectos de esta constatación no hicieron más que reforzarse tras la inflexión nacional-populista que experimentó la izquierda desde la caída del peronismo y particularmente tras la Revolución cubana.

Esta brecha entre teoría y práctica en el plano estratégico se superponía con otra, en el plano organizacional, que dificultaba el reajuste doctrinario. Todos los grupos de la izquierda argentina analizados en este trabajo han estado (y siguen estando) permanente y abrumadoramente dirigidos por personas de origen «pequeñoburgués» (o incluso de clase alta) que, sin embargo, no se cansaban de insistir en que era la clase obrera la única destinada a conducir un proceso revolucionario o de cambio radical. Ya que la teoría establecía que sólo de la clase obrera o del bajo pueblo emanaba la línea política correcta, podía siempre asumirse que cualquier línea incorrecta, inevitablemente, *debía* corresponderse con la extracción no-trabajadora de quien la sostuviera. Nuevamente aquí la evidencia de la reducción de lo político a lo social. Indudablemente, mucho del escarnio contra otros «pequeñoburgueses» funciona como proyección sobre los demás del propio estigma de no ser de la clase «elegida» (esta forma de canalizar «hacia abajo» el estigma es un mecanismo de defensa típico, ampliamente documentado por psicólogos y sociólogos). Pero es probable que esté también en juego un elemento «ideológico», en el sentido marxista (clásico) del término, es decir, un enmascaramiento de una situación o pretensión de poder. En efecto, el «ataque al pequeñoburgués» funcionó como un formidable dispositivo de disciplinamiento interno en las agrupaciones izquierdistas, toda vez que apelaba a un sentimiento de culpabilidad implícita del que a los militantes les costaba desembarazarse. Asumiendo la autoridad que les otorgaba ser supuestos voceros de la clase elegida, los dirigentes manejaban una base militante cuya propia autoridad estaba herida o disminuida por el estigma de no ser obreros. Naturalmente, es probable que esta «falsa conciencia» obrerista de los dirigentes, tan útil a la hora de sostener una situación jerárquica, haya funcionado como un desincentivo para cualquier revisión de la inconsistencia doctrinaria que venimos analizando.

El *impasse* en el que se halla la política emancipatoria se explica por diversas razones, pero una no menor está relacionada con la dificultad que ha tenido la tradición de izquierda para tematizar

tica», *Clarín.com*, 14/9/2010; José Pablo Feinmann, «El argentimedio y su odio al otro», *Página 12*, 26/12/2010; Alicia Dujovne Ortiz, «Pogrom», *Página 12*, 15/12/2010.

las relaciones entre la clase trabajadora y los sectores medios. Esta dificultad es doble; refiere tanto a las limitaciones doctrinarias a la hora de pensar un papel político por derecho propio para los sectores medios, como al tabú del origen no-obrero de las dirigencias y la militancia de izquierda y los problemas de comunicación con la clase trabajadora realmente existente que ello produce. Ambas dificultades, como intenté mostrar en este trabajo, están interrelacionadas: para desatar un nudo es preciso desatar el otro. En los debates de la izquierda internacional la primera cuestión ha recibido alguna atención, mientras que la segunda se ha beneficiado de la reflexión en medida mucho menor.⁵⁸ Las tesis del marxismo crítico acerca de la primacía del trabajo inmaterial, el toyotismo y el trabajo autónomo «de segunda generación» en el período postfordista, por ejemplo, han habilitado un interesante debate sobre el acercamiento objetivo en las condiciones sociales de los trabajadores y de secciones de lo que solía considerarse los sectores medios. Algunos afirman incluso que esas transformaciones vienen configurando un nuevo sujeto social cuyos contornos desafían la frontera que la izquierda tradicionalmente trazó entre clase obrera y sectores medios.⁵⁹ Por otra parte y de manera complementaria, la insistencia (de inspiración thompsoniana) de los teóricos del llamado «marxismo abierto» sobre la necesidad de repensar las clases sociales como procesos históricos de clasificación cuya resultante no puede conocerse *a priori*, también viene habilitando un replanteo de la cuestión de las relaciones entre clase baja y sectores medios.

En Argentina, las reflexiones en este sentido son todavía incipientes.⁶⁰ El peso de la tradición de los clásicos se suma a la intrincada trama ideológica e identitaria descrita en este trabajo, para dificultar cualquier «normalización» de las interferencias que causa la incómoda presencia de las clases medias en la teoría socialista. De la posibilidad de repensar esta cuestión quizás dependa, en parte, la capacidad de la izquierda anticapitalista de volver a ser una alternativa de cambio real para alguna porción relevante de la población.

Resumen:

Este trabajo analiza las imágenes y representaciones sobre la clase media dentro de la tradición de la cultura de izquierda en Argentina, desde la irrupción del peronismo hasta fines de la década de 1960, trazando luego una línea de comparación con la situación actual. Se estudian textos, declaraciones y discursos del Partido Socialista, del Partido Comunista y de los grupos trotskistas, de la «nueva izquierda» y de la izquierda nacional para indagar quiénes y con qué sentidos se refirieron a la «clase media». El recorrido ofrece un repertorio de usos de la «clase media» que va desde intentos de actualización doctrinaria para hacerle un lugar junto a la clase obrera como sujeto del cambio social, hasta la utilización del origen social «pequeñoburgués» como modo de desacreditar a adversarios en disputas políticas o de disciplinar a la propia tropa mediante la culpabilización por no ser suficientemente «proletarios».

Palabras clave: clase media; izquierda; Argentina

Abstract:

This article analyses images and representations of the «middle class» in the Left cultural tradition, from the rise of Peronism to the late nineteen-sixties, and then comparing them to the current situation. In texts, speeches and statements of the Socialist Party, the Communist Party, the trotskist groups, the «new Left» and the «national Left», this text studies who referred to the «middle class» and the reasons to do so. In the end, a repertoire of Left uses of the «middle class» becomes visible, from attempts to include this class alongside the working class as agent of social change, to the «critique of the petty bourgeois» as a way to discredit political enemies or to discipline the rank-and-file by blaming those whose social background was not «proletarian» enough.

Keywords: Middle Class; Leftwing; Argentina

⁵⁸ Un avance interesante en este sentido en: David Croteau, **Politics and the Class Divide: Working People and the Middle Class Left**, Philadelphia, Temple University Press, 1995.

⁵⁹ Ver: Sergio Bologna, **Crisis de la clase media y posfordismo**, Madrid, Akal, 2006; Boris Kagarlitsky, **The Revolt of the Middle Class**, Moscú, Cultural Revolution, 2006.

⁶⁰ Aparecieron, por ejemplo, en Nuevo Proyecto Histórico: «La autonomía como red cooperante», **Indymedia** (www.argentina.indymedia.org), julio 2003. Si el lector me permite la inmodestia de referir a mi propio trabajo, apunto que mis investigaciones recientes parten de este mismo interés teórico-político, al mostrar lo contingente e inestable de la separación entre el bajo pueblo y una «clase media» en nuestro país. Ver: Ezequiel Adamovsky, **Historia de la clase media argentina**, Buenos Aires, Planeta, 2009.



IV INTERNACIONAL presenta

CORRERÍAS del PIBE ALTAMIRA



EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN

en "LA COMUNA DE PARIS"

una historieta de PETER WATKINS

PIERRE GIAN MARIA PEPE
BARBEUX VOLONTÉ WERMUS

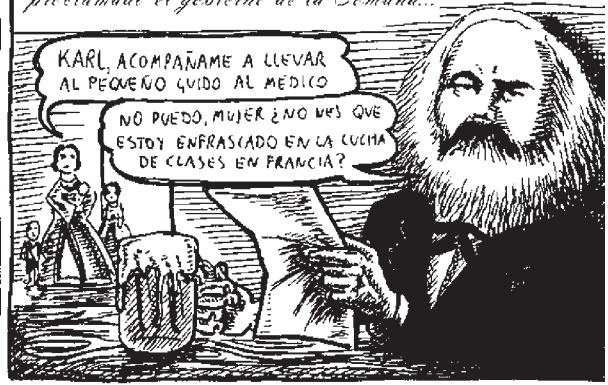
y la participación especial de
JAVIER BARDEM
como Eugene Varlin

LONDRES, 1871

Paris, 2 de Pradiat del año LXXXIX

Querido Karl:

El pueblo francés ha tomado el poder y se ha proclamado el gobierno de la Comuna...



... la madurez política del proletariado parisino permite una esclarecida confluencia de tradiciones revolucionarias.



El Comité Central de la Comuna ha tomado útiles medidas estratégicas que nos han granjeado la simpatía de todos los franceses...



... rápidamente se ha formado una disciplinada milicia revolucionaria con lo mejor de nuestros hombres y la reducción de experimentados jefes militares...



La revolución está en marcha. Esta experiencia humanará al marxismo con la democracia y consagrará el prestigio mundial de la Internacional.

¡Arriba patrias del mundo!

Le garçon Altamira



Oriente y Occidente en el pensamiento de Mariátegui*

Martín Bergel (UBA/CONICET)

La somnolienta laguna, la quieta palude, acaba por agitarse y desbordarse. La vida recupera entonces su energía y su impulso. La India, la China, la Turquía contemporáneas son un ejemplo vivo y actual de estos renacimientos. El mito revolucionario ha sacudido y ha reanimado, potentemente, estos pueblos en colapso. El Oriente se despierta para la acción. La ilusión ha renacido en su alma milenaria.

José Carlos Mariátegui, «La emoción de nuestro tiempo»

1.

El tono vibrante e inquisitorio con que Mariátegui comienza «El proceso de la literatura peruana», el último de los 7 ensayos de su célebre obra, desemboca en una afirmación que condensa la actitud que preside el panorama de la cultura del país que se apresta a brindar. Señala allí: «Concluida la época de incontestable autoridad ‘civilista’, en la vida intelectual del Perú la tabla de valores establecida por Riva Agüero ha pasado a revisión con todas las piezas filiales y anexas». ¹ En efecto, el espíritu de examen crítico que gobierna los célebres **Siete ensayos**, y en particular el que pasa revista al itinerario intelectual y literario peruano, se propone desmontar el conjunto de elementos que habían conformado el período precedente de la historia cultural del Perú que, simbolizado en la figura de José de la Riva Agüero, Mariátegui adjetiva como colonial.

En rigor, sin embargo, ese proceso de revisión de las certidumbres ideológicas heredadas del siglo XIX, ni había comenzado en los **Siete Ensayos**, ni era una tarea que el pensador peruano acometía en soledad. En efecto, fenómenos como la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa o, en el terreno de las ideas, la reacción antipositivista asociada a la emergencia de una «nueva sensibilidad», apropiados y sintetizados en el sintagma que anunciaba la emergencia de una «nueva generación», habían producido un descalabro en el arco de valores y temas de un amplio espectro de intelectuales de todo el continente.

Entre esos temas, la historia intelectual no ha tomado debida cuenta, hasta tiempo muy reciente, del nuevo lugar que ocupa el «Oriente» en las reflexiones de esa generación emergente. Durante el siglo XIX, en América Latina las representaciones necesariamente imaginarias sobre tema oriental tendieron a ajustarse a algunas facetas del dispositivo de pensamiento que Edward Said hizo célebre bajo el nombre de «orientalismo»: un prisma reductor que unificaba realidades heterogéneas, anudadas a través de un archivo de tópicos e imágenes que usualmente colocaban en un lugar subalterno a todo aquello que aparecía asociado al «Oriente». Así, por citar sólo uno de los casos más conocidos, en el **Facundo** de Sarmiento la barbarie americana es evocada continuamente a través de analogías que remiten a los clichés que el pensamiento europeo tenía de lo oriental: el desierto como espacio de anomia, el caudillismo latinoamericano u oriental como forma de gobierno por excelencia del despotismo, la pereza y la crueldad como manifestaciones de formas de sociabilidad que aparecían negativamente connotadas.²

Pues bien: en el escenario intelectual que adviene tras la crisis civilizatoria que supuso la Primera Guerra Mundial, en Latinoamérica surge una nueva imagen del Oriente (una imagen que, en trabajos anteriores, he denominado «orientalismo invertido»)³. En efecto, un abanico de referencias orientalistas confluyen en esa coyuntura, pero la novedad es que ahora son positivamente recepciona-

* Este artículo se originó en una ponencia inicialmente presentada en el Simposio Internacional «80 años de los **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** de José Carlos Mariátegui» (Lima, octubre de 2008); y luego en las V Jornadas de Historia de las Izquierdas «¿Las ideas fuera de lugar? el problema de la recepción y circulación en América Latina» (Buenos Aires, noviembre de 2009).

¹ José Carlos Mariátegui, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** (de aquí en más, **SE**), México, Era, 1993 [1928], p. 208.

² Cfr. Carlos Altamirano, «El orientalismo y la idea de despotismo en el **Facundo**», en C. Altamirano y B. Sarlo, **Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia**, Buenos Aires, Ariel, 1997.

³ Cfr. Martín Bergel, «Un caso de orientalismo invertido: la **Revista de Oriente** (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental», en **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, n° 10, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006; Martín Bergel, **Un caso de orientalismo invertido. Representaciones intelectuales del Oriente en la cultura argentina de la primera posguerra (1918-1930)**, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2010. La noción de orientalismo invertido refiere a un proceso de significación por el cual «Oriente» sigue siendo, como para Said, esencialmente un producto de la imaginación occidental (en este caso, de intelectuales latinoamericanos, es decir, de la periferia occidental); pero, a diferencia del orientalismo clásico, el componente negativo y subalternizador ha sido neutralizado e invertido.



das, y que en conjunto constituyen un insumo relevante que es integrado en la ansiada regeneración cultural latinoamericana de posguerra. Esquemáticamente, las dos avenidas principales que confluyen en esa rehabilitación del Oriente son, de un lado, el antiimperialismo desde el cual son leídos procesos de movilización como los de Gandhi en la India, el Kuomintang en la China, o el ejército de Abd-el-Krim en Marruecos, y que permite imaginar una inédita continuidad entre esas luchas y —por citar dos de resonancias continentales— las de Sandino en Nicaragua o la del nacimiento aprismo; y, de otro, la impronta espiritualista que, nuevamente en Gandhi o en figuras como Rabindranath Tagore (aproximadas a los espacios culturales del continente a través de mediadores europeos como Romain Rolland o Herman Keyserling), se engarzaba con el clima antipositivista que subtendía la actuación del elenco intelectual emergente. Así, por caso, el mexicano José Vasconcelos podía cerrar el prólogo a sus **Estudios Indostánicos**, publicados en 1921, afirmando que «todo el pensamiento contemporáneo ha de ir a la India en busca de las ideas esenciales que allí han elaborado grandes espíritus. Así se constituirá una filosofía que no sea expresión de una sola raza, ni obra de una sola época, sino resumen y triunfo de toda la experiencia humana: una filosofía mundial»;⁴ del mismo modo que el argentino José Ingenieros, pocos años después, no dudaba en afirmar que «todo latinoamericano que no sea partidario de Abd-El Krim me parece contagiado e inoculado de imperialismo».⁵

Como se desprende de la cita del epígrafe de este artículo, José Carlos Mariátegui fue ciertamente activo partícipe de ese movimiento de ideas que coincidió en diagnosticar y aún celebrar, entre los fenómenos más destacables de la posguerra, un «despertar del Oriente». Pero una aproximación al conjunto de su producción de la década del '20 permite observar la singularidad de su mirada sobre el tema dentro del espacio intelectual latinoamericano, señalando tanto los deslizamientos de sentido que la cuestión asumió en el curso de su obra como el sesgo diferencial que, frente a otras posiciones, la suya legó a la cultura de izquierdas del continente. Las notas que siguen a continuación no son más que un ensayo en esa dirección.

2.

Como sobre todo desde Said ha quedado en evidencia, la historia de las representaciones occidentales del Oriente no puede ser disociada de la autoconciencia o simplemente la imagen más o menos explícita del Occidente existente en cada momento. Las miradas positivas sobre tema oriental que alcanzaron consistencia en numerosos círculos intelectuales europeos y americanos tras la Primera Guerra Mundial tuvieron en ese sentido una crucial precondition: la de la idea de la descomposición de la cultura occidental que la gran conflagración bélica había traído apa-

rejada. Sea en los términos de una «crisis del espíritu» enunciada en 1919 por Paul Valéry, sea en la sentencia de la «decadencia de Occidente» registrada por Oswald Spengler un año antes en el famoso libro que portaba ese nombre (y eso sólo para citar dos de las referencias de mayor renombre en el mundo intelectual), la guerra había traído consigo la noción de una profunda catástrofe civilizatoria. Y en directa relación con ello, ese desfundamiento del Occidente tenía como correlato la recolocación del Oriente. Así, una figura tan influyente y tan atenta a los fenómenos de su contemporaneidad como Ortega y Gasset podía escribir en 1923 lo siguiente en su **Revista de Occidente**:

Tal vez, andando el tiempo, se diga con verdad que la realidad histórica más profunda de nuestros días, en parangón con la cual todo el resto es sólo anécdota, consiste en la iniciación de un gigantesco enfrentamiento entre Occidente y Oriente.⁶

En la afirmación de Ortega, que —acaso para sorpresa de nuestra mirada retroactiva— colocaba en la cúspide de las cuestiones de la primera posguerra la reactivación de la tramitación de valencias de la dupla Occidente/Oriente, se adivina el gesto del filósofo que busca esclarecer fenómenos que permanecen inadvertidos o no percibidos en toda su hondura por sus contemporáneos. Pocos intelectuales latinoamericanos asumieron esa misma vocación con tanta convicción como Mariátegui. De allí que fenómenos como la cuestión de la «crisis de Occidente» y el concomitante nuevo lugar del Oriente no pudieran estar ausentes en su obra. Y como será una constante en sus textos, la recepción de aspectos como los mencionados de esa escena contemporánea de la que era tan atento lector, nunca prescindirá de la toma de posición y del enfoque personal de los asuntos tratados.

Así, todavía desde Europa (donde, recordemos, vivió entre 1919 y 1923), podía comunicar al público peruano, a través de un artículo en la revista limeña **Variedades** publicado a fines de 1922, el ineluctable «crepúsculo de la civilización» (que no era otra que la europea occidental):

Máximo Gorki, en un emocionante artículo, nos hablaba hace poco del 'fin de Europa'. Y esta no es una frase de literato. Es una realidad histórica. Estamos asistiendo, verdaderamente, al fin de esta civilización (...) la quiebra de la sociedad actual precipitará a la humanidad en una era oscura y caótica. Así como se ha apagado Viena, festiva a la luz de la Europa de la *avant-guerre*, se apagará más tarde Berlín. Se apagarán Milán, París y Londres. Y, último y grande foco de esta civilización, se apagará Nueva York. La antorcha de la estatua de la Libertad será la última luz de la civilización capitalista, de la civilización de los rascacielos, de las usinas, de los trusts, de los bancos, de los cabarets y del jazz band.⁷

⁴ José Vasconcelos, **Estudios Indostánicos**, México, Ediciones México Moderno, 1921, pp. 18-19.

⁵ En **Repertorio Americano**, San José, Costa Rica, 30 de noviembre de 1925, citado por Oscar Terán, **José Ingenieros. Antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI, 1979, p. 115.

⁶ José Ortega y Gasset, «El problema de China» [1923], reproducido en **Viajes y Países**, Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1957, p. 61.

⁷ José Carlos Mariátegui, «El crepúsculo de la civilización», publicado en **Variedades**, Lima, 16 de diciembre de 1922, ahora en **Mariátegui Total** (en adelante, **MT**), Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, Tomo I, pp. 597-599.

El artículo de **Varietades** encontrará eco en la opinión pública peruana, y en la hora de su regreso del viejo continente, unos meses después, Mariátegui será interrogado en reportajes que tenían por objeto escudriñar esa crisis europea cuya novedad había anunciado en aquel texto.⁸ Ahora bien, lo que interesa a nuestros propósitos es señalar que, aunque la civilización que allí «tramontaba» —para usar un verbo que le será tan afín— podía ser adjetivada como capitalista, aún era la genérica civilización occidental —«su Ciencia, su Filosofía, su Arte»—⁹ la que manifestaba señales de eclipse. No sorprende entonces que en ese momento la referencia fundamental para Mariátegui, a la hora de ofrecer ese juicio global sobre la cultura europeo-occidental *in toto*, sea el «libro notable» de «uno de los pensadores más originales y sólidos de la Alemania actual»:¹⁰ no otro que **La Decadencia de Occidente**, de Oswald Spengler, cuyo enfoque así llamado orgánico de la vida de los ciclos culturales (su nacimiento, evolución y decadencia) el peruano traía a colación.

3.

En su retorno al Perú en 1923, atrapado como estaba en ese diagrama de crisis civilizatoria, Mariátegui se propone elucidar sus contornos más característicos en la serie de conferencias brindadas en la Universidad Popular González Prada agrupadas, luego de su muerte, en el volumen **Historia de la Crisis Mundial**. Son en efecto los rasgos que componen el cuadro histórico del mundo que se despliega ante sus ojos —en un movimiento que hallará natural prolongación en los textos reunidos en **La Escena Contemporánea** y en otras aproximaciones posteriores— los que Mariátegui busca comunicar al público de obreros y estudiantes que se reúne en la Universidad Popular. Allí, con trazo preciso y muy documentado, desanda los meandros de la crisis de posguerra, al tiempo que bosqueja las tendencias emergentes del movimiento del proletariado mundial. Y dentro de ese cuadro, trasuntado por un encendido internacionalismo que Mariátegui asociaba a los cambios materiales y técnicos que habían dado nueva e inédita unidad al mundo que entonces surgía reconfigurado,¹¹ tenía su

lugar la cuestión del también novedoso renacimiento oriental que emergía como una cuestión vinculada a la crisis civilizatoria:

Existe, además, otro motivo para la insurrección del Oriente. Hasta antes de la guerra, las poblaciones orientales tenían un respeto supersticioso por las sociedades europeas, por la civilización occidental, creadoras de tantas maravillas y depositarias de tanta cultura. La guerra y sus consecuencias han amonorado, han debilitado mucho ese respeto supersticioso. Los pueblos de Oriente han visto a los pueblos de Europa combetirse, desgarrarse y devorarse con tanta crueldad, tanto encarnizamiento y tanta perfidia que han dejado de creer en su superioridad y su progreso. Europa, más que su autoridad material sobre Asia y África, ha perdido su autoridad moral.¹²

En lo sucesivo, el «despertar de Oriente» ocupará la atención de Mariátegui en numerosos artículos.¹³ En particular, será hasta el final de sus días atento seguidor de acontecimientos que sacudían esas lejanas regiones y que acaparaban la atención de la opinión pública latinoamericana —especialmente de aquella más sensible a las manifestaciones anticoloniales—, tales como la revuelta del Kuomintang chino, la guerra del Rif en Marruecos, o los sucesos de la India de Gandhi. Ahora bien, si esos textos participaban de un extendido movimiento de opinión, dando cuerpo al discurso que hemos referido como orientalismo invertido, por regla general la pluma de Mariátegui no se circunscribió al rol de cronista de su época, sino que inyectó a las noticias que recibía un plus de interpretación y significación singular. Cabe detenerse un momento, a modo de *excursus*, en la posición de enunciación asumida por Mariátegui en el tratamiento de esos materiales.

Diego Tatián ha señalado que la habitual escritura fragmentaria de Deodoro Roca, que lo inhibió de publicar en vida libros completos, se ajustaba al género híbrido e inestable de un *periodismo filosófico*.¹⁴ Acaso el título sirve para pensar también el tipo de intelectual que supo ser Mariátegui. En efecto, ese «ante todo periodista» que, según el aserto de Antonio Melis, fue el peruano, parecía necesitar para su labor cotidiana de ese insumo fundamental que eran las noticias, y en particular las noticias internacionales. Los hechos del mundo contemporáneo eran la savia de la que Mariátegui ineludiblemente se nutría para pensar. Pero

⁸ Cfr. «La cuestión de Ruhr y la gran crisis europea. Diversos aspectos panorámicos. Conversando con José Carlos Mariátegui», en **La Crónica**, Lima, 15 de abril de 1923, p. 7, y «El ocaso de la civilización europea. Un interesante reportaje a José Carlos Mariátegui», en **Claridad. Órgano de la Juventud Libre del Perú**, n.º 1, 19 de mayo de 1923, ambos reproducidos en **MT**, *op. cit.*, pp. 840-842 y 842-844.

⁹ José Carlos Mariátegui, «El ocaso de la civilización europea», *op. cit.*, p. 844.

¹⁰ José Carlos Mariátegui, «El crepúsculo de la civilización», *op. cit.*, p. 597.

¹¹ «En la crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar, pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los del Extremo Oriente. La crisis tiene como teatro principal Europa; pero la crisis de las instituciones europeas es la crisis de las instituciones de la civilización occidental (...). Sobre todo, la civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la humanidad, ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen entre ellos una solidaridad inevitable. *El internacionalismo no es sólo un ideal; es una realidad histórica*». José Carlos Mariátegui, «Primera Conferencia. La crisis mundial y el proletariado peruano», en **Historia de la Crisis Mundial** (desde aquí, **HCM**), en **MT**, *op. cit.*, p. 845 (destacado nuestro). Nuevamente, pocos intelectuales latinoamericanos eran tan contundentes al destacar la naturaleza de las mutaciones de escala que tenían lugar en las comunicaciones y en la política planetarias. En Europa, sólo unos años después de esta sentencia de Mariátegui, Paul Valéry será igual de enfático al juzgar la

naturaleza irreversible de esos cambios: «Los fenómenos políticos de nuestra época están acompañados y complicados por un cambio sin ejemplo en la escala o, mejor, por un 'cambio en el orden de las cosas'. El mundo al que comenzamos a pertenecer, hombres y naciones, es sólo una 'figura parecida' al mundo que nos era familiar. El sistema de causas que gobierna la suerte de cada uno de nosotros se extiende en adelante a la totalidad del globo, lo hace resonar por completo a cada conmoción. Ya no hay cuestiones terminadas por haber sido terminadas en un punto» (Paul Valéry, «Sur l'histoire» [1928], compilado luego en su **Regards sur le monde actuel**, París, 1931, cit. en Giacomo Marramao, **Pasaje a Occidente. Filosofía y Globalización**, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 11).

¹² José Carlos Mariátegui, «Décimatercera conferencia. La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental», en **HCM**, en **MT**, *op. cit.*, p. 900.

¹³ Muchos de esos textos han sido agrupados por Juan Mariátegui en el volumen **José Carlos Mariátegui y el continente asiático (1923-1930)**, CLENALA, Lima, 1997.

¹⁴ Diego Tatián, «Memorias del subsuelo. Deodoro Roca y los años salvajes de la cultura», en **Pensamiento de los Confines**, n.º 14, Buenos Aires, 2004.



esos hechos, también de modo indefectible, debían pasar por el rasero del crítico, que los situaba en un contexto histórico-político y en una *filosofía* (entendida como cosmovisión intelectual). Esa particular disposición era concientemente asumida por el propio Mariátegui. En una de las varias facetas que han permitido a César Lévano adjudicarle el rótulo de «teórico de la comunicación», el autor de los **Siete Ensayos** podía diagnosticar tanto la indispensabilidad de las noticias de actualidad mundial, como las prevenciones que debían tomarse frente a los dispositivos materiales que proveían ese imprescindible combustible para el pensamiento que era la información internacional. De un lado, en una conferencia de 1923 podía señalar que

el diario es un mensajero, vehículo, un agente infatigable de las ideas (...). La revista y el semanario no marchan al compás de la vida moderna. No recogen la emoción del instante. El diario en cambio recoge la pulsación y el latido diarios de la humanidad infatigable (...). La revista y el semanario deben ser crítica de la crítica; el diario es la crítica de la vida palpitante.¹⁵

Pero si Mariátegui podía ser ferviente partidario de esos propagadores de «la emoción del instante», y recomendaba vehementemente empaparse del prisma provisto por ellos («todos debemos elevarnos por encima de los limitados horizontes locales y personales para alcanzar los vastos horizontes de la vida mundial», decía coetáneamente),¹⁶ en el mismo momento no dejaba de advertir acerca de los cuidados que debían tomarse para digerir adecuadamente ese novedoso caudal de noticias que llegaba de todo el orbe:

el proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y no puede saberlo a través de las informaciones fragmentarias, episódicas, homeopáticas del cable cotidiano, mal traducidas y peor redactadas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias.¹⁷

El corolario que podía deducirse de estas afirmaciones conducía a la construcción y la valoración positiva de una función asumida por el mismo Mariátegui. El cable, en particular, instantáneo proveedor de la materia prima que era la información, era tan necesario como imperioso era el trabajo del crítico. No casualmente, años después, una fecunda cantera de la producción mariateguiana se desplegaría en la revista limeña **Mundial** en una sección denominada «Lo que el cable no dice».¹⁸ He allí entonces el periodismo filo-

sófico de Mariátegui: uno que al tiempo que señalaba, en su insaciable sed de novedad, el carácter indispensable de las noticias y la importancia de la velocidad de la comunicación, reservaba a la criba del intelectual esa fundamental tarea de mediación: la de la tarea de procesar, situar y hacer jugar en el esquema filosófico provisto por categorías históricas y teóricas la información que arribaba de realidades no por lejanas altamente significativas.

4.

Volvamos al carril central de nuestro argumento. Hemos dicho hasta aquí que Mariátegui participa activamente de la corriente de opinión que señala un renacimiento de los pueblos del Oriente como efecto de la descomposición de la civilización europeo-occidental. Ahora bien, si una de las derivas de ese discurso conecta con una sensibilidad antieuropeísta que ganará creciente espacio dentro de las elites intelectuales latinoamericanas hasta tornarse uno de los componentes centrales de la cultura populista hegemónica en los años '60 y '70 en el continente, puede decirse que rápidamente Mariátegui parece volver sobre sus pasos, y que su spenglerismo, en lo que hace al diagnóstico de la senectud de la cultura europea, se evaporará rápidamente.

Una muestra altamente reveladora de esa posición puede verse en su importante texto «¿Existe un pensamiento hispanoamericano?», de 1925. Un año antes, uno de los intelectuales faro del americanismo de esos años, el argentino Alfredo Palacios —reconocido «maestro de juventudes» en todo el continente y especialmente admirado en el Perú—, dirigió un sonado «Mensaje a las juventudes Iberoamericanas» publicado en revistas de varios países. En él, influido también por la lectura de Spengler, ofrecía una inequívoca recusación de la cultura europea:

Nuestra América hasta hoy ha vivido de Europa, teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba la lucha del hombre contra el hombre (...). ¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos, a sabiendas, un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? (...) Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores.¹⁹

las revistas, el comentario alerta de los escritores independientes, el que puede defender al público de la intoxicación a que lo condena la trustificación del cable». José Carlos Mariátegui, «La preparación sentimental del lector ante el conflicto ruso-chino», en **Figuras y Aspectos de la Vida Mundial** (desde aquí, **FAVM**), en **MT**, *op. cit.*, pp. 1239-1240.

¹⁹ Alfredo Palacios, «Mensaje a la juventud Iberoamericana», en **Renovación**, año 2, n° 12, Buenos Aires, diciembre de 1924, luego en **Nuestra América y el Imperialismo Yanqui**, Madrid, Historia Nueva, 1930, pp. 87-88.

¹⁵ José Carlos Mariátegui, «Notas del discurso pronunciado en la inauguración de la Editorial Obrera Claridad», en **Anuario Mariateguiano**, Vol. IX, n° 9, Empresa Editorial Amauta, Lima, 1997, p. 21.

¹⁶ José Carlos Mariátegui, «Notas de la conferencia dictada en Barranca», en **Anuario Mariateguiano**, Vol. IX, n° 9, Empresa Editorial Amauta, Lima, 1997, p. 21.

¹⁷ José Carlos Mariátegui, «Primera Conferencia. La crisis mundial y el proletariado peruano», en **HCM**, en **MT**, *op. cit.*, p. 845.

¹⁸ En esa sección, retomará sobre el filo de la década el problema de la parcialidad de las agencias noticiosas que, en el marco de lo que otros comentaristas de la época llamaban «norteamericanización de la prensa latinoamericana», desarrollaban activamente un «trabajo de preparación sentimental del público para la aquiescencia o la incertidumbre». En respuesta a esa cuestión crucial, Mariátegui no juzgaba posible la creación de una agencia de noticias latinoamericana, como impulsaba la revista cubana **1929**, sino que seguía apostando a que sería «la indagación vigilante de

El influyente texto de Palacios, que halló reverberaciones en la prensa del continente, sentaba una posición significativa puesto que mostraba sin ambages hasta que punto las señales de distancia respecto a Europa observables en la cultura latinoamericana de posguerra cristalizaban ahora en una proclama netamente antieuropeísta por parte de una de las más reconocidas figuras del continente. Sin embargo, todo lo que la opinión pública peruana, y en particular la vinculada al espectro contestatario y de izquierda, estimaba a Palacios,²⁰ no impidió que Mariátegui creyera necesario salir al cruce de su postura:

Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Ibero-América han inducido, a algunos temperamentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispano-americano (...) *Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea* (...) La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como se dice, agotada y parálitica. Malgrado la guerra y la postguerra conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. *Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista*. La nueva forma social, el nuevo orden político, se están plasmando en el seno de Europa (...) En el panorama histórico que nuestra mirada domina, Europa se presenta como el continente de las máximas palingsias. Los mayores artistas, los mayores pensadores, ¿no son todavía europeos?²¹

Esta crucial precisión acerca del verdadero significado de la crisis presidirá en adelante el pensamiento de Mariátegui. Ya no es la entera cultura occidental la que habría perimido, sino uno de sus rostros: el provisto por la «civilización capitalista». En cam-

bio —como podrá observarse ejemplarmente desde 1926 en las páginas de su revista **Amauta**—, de las vanguardias europeas a Freud, de Chaplin a los desplazamientos y novedades en el campo intelectual francés contemporáneo (y todo ello para no hablar de las lecturas y elaboraciones que continuará haciendo al interior de su esquema socialista/marxista), los fenómenos políticos y culturales de la modernidad occidental seguirán ocupando un lugar de primer orden dentro de su apuesta intelectual.

En ese marco, la valoración positiva que continuará haciendo del «despertar del Oriente» no impedirá que señale matices críticos que, incluso, en algún caso podían remitir al universo del orientalismo decimonónico; pero, sobre todo, esa ponderación se desligará del anterior momento en la que surgía como contraparte de la noción del declive de una genérica civilización occidental. Así, cuando en ese mismo 1925 publica **La Escena Contemporánea**, Mariátegui dedica una de las secciones del libro a abordar una cuestión que se le antoja muy relevante dentro de la fotografía del momento que ese libro describe e interpreta: la que dispone bajo el título de «el mensaje de Oriente». Pero si allí se retrata en efecto un cuadro de figuras y aspectos que dan entidad a un fenómeno novedoso, éste ya no lleva implicado, como en una primera lectura podría suponerse, la decadencia occidental:

Uno de los hechos más actuales y trascendentes de la historia contemporánea es la transformación política y social del Oriente. Este período de agitación y de gravedad orientales coincide con un período de insólito y recíproco afán del Oriente por conocerse, por estudiarse, por comprenderse. En su vanidosa juventud la civilización occidental trató desdeñosa y altaneramente a los pueblos orientales. El hombre blanco consideró necesario, natural y lícito su dominio sobre el hombre de color. Usó las palabras oriental y bárbaro casi como equivalentes (...) Pero hoy que el Occidente, relativista y escéptico, descubre su propia decadencia y prevé su próximo tramonto, siente la necesidad de explorar y entender mejor el Oriente. Movidos por una curiosidad febril y nueva, los occidentales se internan apasionadamente en las costumbres, la historia y las religiones asiáticas. Miles de artistas y pensadores extraen del Oriente la trama y el color de su pensamiento y su arte (...) El Oriente, a su vez, resulta ahora impregnado de pensamiento occidental. La ideología europea se ha filtrado en el alma oriental. Una vieja planta oriental, el despotismo, agoniza socavada por estas filtraciones. La China, republicana, renuncia a su muralla tradicional. La idea de democracia, envejecida en Europa, retoña en Asia y África. La Diosa Libertad es la diosa más prestigiosa del mundo colonial, en estos tiempos en que Mussolini la declara renegada y abandonada por Europa...²²

Se observa cómo el despertar del Oriente que visualiza Mariátegui no surge en desmedro del Occidente. Antes bien, su emergencia ha sido impulsada por valores de la tradición occidental que en

²⁰ Dos resonantes visitas del argentino al Perú, en 1919 y 1923, dejaron como saldo una estrecha relación con la opinión pública y especialmente con las figuras surgidas del movimiento vinculado a la Reforma Universitaria. Son numerosas los señalamientos del influjo decisivo que para el desarrollo del reformismo peruano tuvo el primero de esos viajes. Por caso, según un relato de Manuel Seoane de 1924, «el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19» (Manuel Seoane, «La nueva generación peruana», en **Claridad. Órgano de la Federación Obrera local de Lima y de la juventud libre del Perú**, n° 7, Lima, noviembre de 1924, p. 9). Otras referencias al impacto de esa visita pueden hallarse en Luis Alberto Sánchez, **Haya de la Torre y el APRA. Crónica de un hombre y un partido**, Santiago de Chile, Editorial El Pacífico, 1955; Marcos Cueto, **La Reforma Universitaria de 1919**, tesis de Bachiller en Humanidades con mención en Historia, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1982 (mimeo); y Juan Manuel Gamarra Romero, **La Reforma Universitaria. El movimiento estudiantil de los años veinte en el Perú**, Lima, Okura, 1987. En cuanto a la visita de 1923, así era reseñada en el semanario **Varietades**: «El más resonante suceso de la semana, ha sido, sin duda, la presencia en Lima del ilustre maestro y tribuno argentino Alfredo Palacios (...)». Desde el día mismo de su llegada, el insigne argentino fue objeto de inmensas manifestaciones de cariño. La juventud y el pueblo le rodearon, tributándole rendido homenaje, ansiosos de escuchar su verbo apostólico, inspirado, siempre, en las más nobles causas y en los más generosos ideales (...). Inmensa muchedumbre estudiantil y obrera aplaudió, frenéticamente, la inspirada y cálida oración del maestro...». Cfr. **Varietades**, n° 793, Lima, 12 de mayo de 1923.

²¹ José Carlos Mariátegui, «¿Existe un pensamiento hispano-americano?», en **Mundial**, Lima, 1 de mayo de 1925, luego en **MT**, pp. 417-418 (destacados nuestros).

²² José Carlos Mariátegui, «El mensaje de Oriente», en **La Escena Contemporánea** [1925] (de aquí en más, **LEC**), ahora en **MT**, op. cit., p. 1006.



su mirada han jugado un papel positivo en tierras orientales: ora la democracia, ora la libertad, ora —agrega Mariátegui— otro producto europeo, el marxismo, que también fecunda el Asia.²³ Pero además, y complementariamente, si el Oriente es ahora ensalzado, ello no impide que perviva uno de los estereotipos caros al orientalismo clásico: en la cita, típicamente, aún cuando agonizante, el del despotismo oriental.

Esa impronta puede seguirse en la valoración que hace del líder hindú Mahatma Gandhi, cuyo pormenorizado itinerario llegó a ser conocido por el peruano —como en general por el público latinoamericano— sobre todo gracias a la biografía que le dedica en 1924 Romain Rolland (que es inmediatamente traducida del francés a varios idiomas, entre ellos el castellano).²⁴ Mariátegui se ve subyugado por la figura de Gandhi, en quien encuentra «uno de los mayores personajes de la historia contemporánea». Pero apenas bosquejado su perfil toma distancia de él. El líder hindú no es, a diferencia de lo que coetáneamente esgrime Henri Barbusse, un verdadero revolucionario. «Su obra es más religiosa y moral que política», señala, mientras se muestra abiertamente crítico de la concepción gandhiana de la no-violencia y la desobediencia civil.²⁵ Pero además de estos rasgos que a su juicio ponen freno al desenvolvimiento del movimiento anticolonial y revolucionario de la India, Mariátegui censura en Gandhi la postura retardataria y —según dice— «antihistórica» con la que éste se opone a la modernidad occidental:

El Mahatma repudia la civilización de Occidente. Le repugna su materialismo, su impureza, su sensualidad. Como Ruskin y como Tolstoy, a quienes ha leído y a quienes ama, detesta la

²³ Un año antes Mariátegui anticipaba ya la noción, que ya no lo abandonará, según la cual el despertar del Oriente tenía como principal causa la aclimatación de valores de la tradición de la cultura occidental que encontraban ahora hogar más hospitalario en países asiáticos y africanos: «Pero la libertad había huido ya a Egipto. Viajaba por el África, el Asia y parte de América. Agitaba a los hindúes, a los persas, a los turcos, a los árabes. Desterrada del mundo capitalista, se alojaba en el mundo colonial. Su hermana menor, la igualdad, victoriosa en Rusia, la auxiliaba en esta campaña. Los hombres de color la aguardaban desde hacía tiempo. Y ahora, la aman apasionadamente. Maltratada en los mayores pueblos de Europa, la anciana Libertad volvía a sentirse, como en su juventud, aventurera, conspiradora, carbonaria, demagógica...» (José Carlos Mariátegui, «La Libertad y el Egipto», en *Varietades*, Lima, 1 de noviembre de 1924, cit. por Ricardo Melgar Bao, *Mariátegui, Indoamérica y las crisis civilizatorias de Occidente*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1995, p. 69). En diversas oportunidades, Mariátegui señalará también que los principales líderes de los movimientos revolucionarios del Oriente habían recibido educación occidental.

²⁴ Como hemos mencionado ya, Rolland es uno de los principales canales intelectuales que intervienen en la recepción latinoamericana —y no solamente latinoamericana— del «nuevo Oriente». Como supo señalar David James Fischer, «antes que el escritor francés popularizara su imagen Gandhi era un oscuro abogado inglés, desconocido en Europa continental y en América» (*Romain Rolland and the politics of intellectual engagement*, Transaction publishers, New Jersey, 2004, p. 112; traducción nuestra). Por lo demás, el hecho de que el libro de Rolland se transformara en un auténtico *best-seller* (sólo en Francia, según indica Roland Lardinois, vende en el año de su publicación cien mil ejemplares), brinda testimonio del interés no sólo intelectual por las novedades provenientes del Oriente. Cfr. Roland Lardinois, «Romain Rolland», en Jean Pouillion (ed.), *Dictionnaire des orientalistes de langue française*, éditions IISMM-Karthala, París, 2008, p. 836.

²⁵ En una frase que no le hace justicia al antidogmatismo que exhibirá Mariátegui en muchos momentos de su obra, dirá en referencia a los métodos impulsados por Gandhi: «La revolución no se hace, desgraciadamente, con ayunos. Los revolucionarios de todas las latitudes tienen que elegir entre sufrir la violencia o usarla». V. José Carlos Mariátegui, «El mensaje de Oriente», en *LEC*, ahora en *MT*, op. cit., p. 1010.

máquina. La máquina es para él el símbolo de la satánica civilización occidental. No quiere, por ende, que el maquinismo y su influencia se aclimaten en la India. Comprende que la máquina es el agente y el motor de las ideas occidentales (...) Las requisitorias contra el materialismo occidental son exageradas. El hombre del Occidente no es tan prosaico y cerril como algunos espíritus contemplativos y extáticos suponen (...) Los occidentales son místicos y religiosos a su modo. ¿Acaso la emoción revolucionaria no es una emoción religiosa?²⁶

5.

Ese sesgo, que hacía diferencia respecto a muchos intelectuales latinoamericanos que simpatizaban con fenómenos atribuidos al Oriente (por ejemplo, la teosofía, de extendida presencia en círculos intelectuales y de izquierdas, y que era despreciada por Mariátegui),²⁷ no le impidió continuar siguiendo con atención y valorando positivamente los movimientos anticoloniales que abonaban el «renacimiento oriental». Así, por caso, en 1929 podía todavía constatar que «como afirma Romain Rolland, la India está en marcha. Se cumple en ese inmenso país un movimiento emancipador, en el que los factores económicos y políticos se confunden con los religiosos y que, en gestación mucho tiempo atrás, ha entrado en una fase decisiva después de la guerra».²⁸

Con todo, esa mirada que —en paralelo a las expectativas de la III Internacional— había cifrado ilusiones en el Oriente parece amenguarse, y con ello pierden asimismo vigor las referencias positivas sobre tema oriental.²⁹ Si entonces es dable advertir una curva de descenso en esas valoraciones respecto a las de 1923 o 1925, cabe preguntarse entonces qué imagen del Oriente surge de su más célebre libro, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, que ve la luz en 1928.

En rigor, las alusiones al Oriente en ese texto son pocas y episódicas, lo cual puede constituir un índice de ese relativo descenso

²⁶ *Ibid.*, pp. 1009-1010.

²⁷ Así, en la sección «Notas» de *Amauta*, podía escribir lo siguiente en 1929: «Es obvio que una revista socialista no puede ser benévola con la teosofía. Debía ser obvio, diremos mejor, ya que en Latino América la delicuescencia de cierto género de izquierdismo socialistoide es propicia al cultivo de toda suerte de espiritismos y animismos, asiáticos u occidentales. En un continente donde no faltan desorientados que estimen a Krishnamurti, -sino como un Mesías-, como un representante del mundo que nace, la Revolución y la Teosofía pueden sufrir desorbitadas confusiones, absurdos enlaces (...) nos proponemos publicar, en un próximo número de Amauta, algunos artículos de polémica antiteosofica» (en *Amauta*, n° 22, Lima, abril de 1929, pp. 92-93). Sobre la presencia y la circulación de la teosofía en las redes de intelectuales del modernismo literario, primero, y vinculados a la Reforma Universitaria, después, cfr. Eduardo Devés Valdez y Ricardo Melgar Bao, «Redes teosoficas y pensadores (políticos) latinoamericanos, 1910-1930», en *Cuadernos Americanos* (nueva época), año XIII, Vol. 6, n° 78, México, 1999.

²⁸ José Carlos Mariátegui, «Veinticinco años de sucesos extranjeros», en *FAVM*, ahora en *MT*, op. cit., p. 1214.

²⁹ Tal lo que ocurre ejemplarmente con la revolución china, aquella que por constituir «el signo más extenso y profundo del despertar del Asia» (*ibidem*, p. 1212) incentivó la curiosidad de Mariátegui en numerosos artículos. Ese entusiasmo progresivamente disminuyó ante el giro «termidoriano» y reaccionario que embargó al proceso desde 1927.

en el entusiasmo por su acontecer. Resulta significativo, en ese sentido, que su ensayo sobre «el factor religioso» no contenga referencias sobre el misticismo y la espiritualidad del Oriente, tópicos que apuntalaron una de las vías principales de su ingreso en América Latina en esos años. Allí, la mirada amplia y heterodoxa que se deriva de su concepto de religión, en especial en lo que hace a su conexión con las filosofías post-racionalistas y con el tema del mito, no resulta suficiente aliciente para albergar las señales de renovación espiritual que constituían, a juicio de muchos contemporáneos, parte fundamental del «mensaje del Oriente».

No hay que perder de vista, sin embargo, que los **Siete ensayos** tienen por objeto a la realidad peruana y no a esas figuras y aspectos de la vida mundial sobre los que Mariátegui contemporáneamente seguía escribiendo. No obstante, para ese observador tan amplio de miras que era el director de **Amauta**, un modo de aproximarse al conocimiento del Perú radicó en el uso de breves avistajes comparativos de otras realidades. Así, por caso, en los **Siete Ensayos** la Argentina fue materia de continuas operaciones análogas en las que, a menudo por contraste, se establecían juicios sobre aspectos de la vida peruana. Otro tanto es lo que ocurre, en pocas pero significativas oportunidades, con el Oriente.

La desestabilización de la civilización blanca de cuño europeo-occidental como único paradigma cultural, permitió la valoración de una pluralidad de otros. El Oriente supo ser, en esos años '20, una de las más visibles alteridades emergentes en ese momento de relativización del Occidente. De allí que, puesto a argumentar en los **Siete Ensayos** en favor de las potencialidades de ese otro más cercano que conformaban las poblaciones indígenas del Perú, se sirviera de analogías con esos pueblos orientales que resultaban un medio adecuado para ilustrar y persuadir acerca de las chances de asistir a un «renacimiento indio»:

La sociedad indígena puede mostrarse más o menos primitiva o retardada; pero es un tipo orgánico de sociedad y de cultura. Y ya la experiencia de los pueblos de Oriente, el Japón, Turquía, la misma China, nos han probado cómo una sociedad autóctona, aún después de un largo colapso, puede encontrar por sus propios pasos y en muy poco tiempo, la vía de la civilización moderna y traducir, a su propia lengua, las lecciones de los pueblos de Occidente.³⁰

En la economía textual de Mariátegui, la referencia oriental hacía las veces de estrategia argumentativa acerca de las posibilidades de redención de las poblaciones indígenas. El «mensaje de Oriente» venía así a jugar un papel en el alegato antifatalista respecto a la situación subalterna de los indios del Perú esgrimido por Mariátegui.³¹ Y sin embargo, como se observa en la cita una vez

³⁰ José Carlos Mariátegui, **SE**, cit. por Augusto Ruiz Cevallos, «Los indígenas como orientales. Intelectuales, política y civilización en el Perú del siglo XX», en Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy (eds.), **Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica, ss. XVI-XX**, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) e Instituto Riva-Agüero-PUCP, Lima, 2009, p. 343.

³¹ Ese comparatismo antifatalista involucra en los **Siete Ensayos** la crítica a los enfoques biologicistas y deterministas que, heredados del positivismo,

más, el renacimiento indígena que se impulsaba evocando el oriental implicaba poner coto a la pura autoctonía e incorporar a esos pueblos hasta ayer estancos a la modernidad occidental (aunque en esta oportunidad, y no es un agregado menor, esa incorporación implicaba una operación de traducción «a su propia lengua» de los elementos civilizatorios del Occidente).

En otro pasaje de los **Siete Ensayos**, el remoto Oriente imaginario, positivamente valorado, se discontinuaba en la apreciación de los aportes de los inmigrantes arribados de esas lejanas comarcas. Es bien sabido que el Perú fue uno de los países latinoamericanos que recibió mayores contingentes de poblaciones «orientales», fundamentalmente de la China y el Japón. Mariátegui se ha desprendido del concepto de raza en beneficio de una aproximación social y cultural en la ponderación de ese fenómeno, pero aun así, y como ocurrió también con otros compañeros de su generación, en la mirada sobre esos «orientales realmente existentes» se ha evaporado el halo de entusiasmo que podía generarle eso que había denominado «el mensaje de Oriente»:

La habilidad y excelencia del pequeño agricultor chino apenas si han fructificado en los valles de Lima, donde la vecindad de un mercado importante ofrece seguros provechosos a la horticultura. El chino, en cambio, parece haber inoculado en su descendencia el fatalismo, la apatía. Las tareas del Oriente decrepito. El juego, esto es, un elemento de relajamiento e inmoralidad, singularmente nocivo en un pueblo propenso a confiar más en el azar que en esfuerzo, recibe su mayor impulso de la inmigración china (...). El chino, en suma, no transfiere al mestizo ni su disciplina moral, ni su tradición cultural y filosófica, ni su habilidad de agricultor y artesano...³²

La observación dejaba claramente sentado que esos migrantes se diferenciaban de las señales vitales provenientes de su país de origen, aún cuando esas señales podían impactarles positivamente («Sólo a partir del movimiento nacionalista —que tan extensa resonancia ha encontrado entre los chinos expatriados del continente—, la colonia china ha dado señales activas de interés cultural e impulsos progresistas», podía afirmar). Ese juego de distinciones, no obstante, globalmente no impide concluir que hacia 1928 el canto alabado del Oriente ha progresivamente disminuido, en tanto que la rehabilita-

aún permeaban los usos de la categoría de raza: «El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista. Esperar la emancipación indígena de un activo cruzamiento de la raza aborigen con inmigrantes blancos, es una ingenuidad antisociológica, concebible solo en la mente rudimentaria de un importador de carneros merinos. Los pueblos asiáticos, a los cuales no es inferior en un ápice el pueblo indio, han asimilado admirablemente la cultura occidental, en lo que tiene de más dinámico y creador, sin transfusiones de sangre europea.» (José Carlos Mariátegui, **SE**, cit. en R. Melgar Bao, **Mariátegui, Indoamérica...op. cit.**, p. 116).

³² José Carlos Mariátegui, **SE**, op. cit., p. 311. Ese juicio era contiguo en el libro a la crítica a la utopía del mestizaje virtuoso que Vasconcelos desarrolló en su **Raza Cósmica**: «El mestizaje —dentro de las condiciones económico-sociales subsistentes entre nosotros— no sólo produce un nuevo tipo de humano y étnico sino un nuevo tipo social (...) la imprecisión o hibridismo del tipo social, se traduce, por un oscuro predominio de sedimentos negativos, en una estagnación sórdida y morbosa. Los aportes del negro y del chino se dejan sentir, en este mestizaje, en un sentido casi siempre negativo y desorbitado...» (**SE**, op. cit., p. 313).



ción del Occidente que se ha operado desde unos años atrás en el discurso de Mariátegui, por el contrario, se ha solidificado.

6.

Sobre el final de su vida, Mariátegui continúa siguiendo con atención los sucesos políticos del Oriente y, fiel a su prisma internacionista, apostando por ellos. Tal lo que ocurre por ejemplo con el movimiento anticolonial de la India.³³ Ahora bien, es necesario insistir en que esa búsqueda —a diferencia de lo que ocurría con una porción significativa de figuras de la generación antiimperialista de los años '20— no comportaba ya, en absoluto, un menosprecio del Occidente. Antes bien, el relativismo histórico varias veces invocado por Mariátegui tenía como límite una normatividad occidental que no solamente aceptaba, sino que defendía enfáticamente. Una muestra elocuente de ello se produjo hacia 1927, cuando mostrando una vez más su heterodoxia y su desprecio se sirvió del latiguillo de un resonante libro publicado en París ese año por el intelectual nacionalista católico francés Henri Massis (ligado a la Acción Francesa de Charles Maurras y dueño de una de las plumas más rabiosamente reaccionarias). El texto se titulaba inequívocamente **Defensa de Occidente**, y era una encendida denuncia de la «avalancha orientalista» que, propiciada tanto por la Rusia bolchevique como por la exangüe Alemania de posguerra, a juicio del autor debilitaba los fundamentos occidentales. Munido del arsenal provisto por el filón antimoderno del pensamiento neotomista, Massis reivindicaba una tradición «greco-latina-francesa» que, parafraseando el título del influyente libro de Nikolai Berdaieff, procuraba defender al Occidente invocando la necesidad de «una nueva Edad Media». El libro, inmediatamente traducido al castellano, encontró una significativa acogida en América Latina por parte de la ascendente franja de intelectuales nacionalistas católicos (al tiempo que era objeto de escarnio por parte de figuras de la izquierda).³⁴ Mariátegui, en cambio, sin dejar de criticar el horizonte ideológico del neotomismo, recogía semillas de verdad en el gesto que encomendaba la «defensa de Occidente»:

No es, en verdad, infundada la tesis de que la corriente del orientalismo mesiánico que desde hace algún tiempo se propaga entre los intelectuales y artistas europeos acusa un sentimiento de decadencia, derrotismo y desilusión. En la actitud de algunos «orientalistas» sería excesivo ver otra cosa que legítima curiosidad por culturas y tradiciones, cuyo valor reivindicaban de un lado, el relativismo histórico, y de otro lado, el espíritu universalista, dominantes ambos en la inteligencia contemporánea. Pero en la actitud de otros «orientalistas» —de los que melancólica y súbitamente desencantados de Occidente se vuelven ansiosos al Asia por pura decep-

ción— aparece evidente la abdicación de las mejores cualidades creadoras del pensamiento occidental (...). Desde este punto de vista, es indudable que la defensa de Occidente, aun como la concibe el neotomismo, presenta un lado positivo y contiene un principio de salud. El «orientalismo» en la medida en que conspira contra el activismo y el voluntarismo occidentales, constituye un veneno...³⁵

La extensión de la cita se justifica por la singularísima recepción que hace Mariátegui del libro de Massis. No obstante, en el mismo texto se encarga de precisar una vez más el concepto de Occidente por el que aboga, separándolo de su sustrato capitalista. Seguidamente, y asumiendo un punto de vista que vuelve a distinguirlo de buena parte de la intelectualidad latinoamericana —por ejemplo de la **Revista de Oriente** de Buenos Aires, la publicación de la Asociación «Amigos de Rusia»—, enfatiza las raíces irreductiblemente occidentales del experimento bolchevique, tan usualmente asociado al «despertar del Oriente»:

La precipitada definición del orientalismo como sucedáneo o equivalente del bolchevismo, arranca del erróneo hábito mental de solidarizar absolutamente la civilización occidental con el orden burgués. La revolución rusa, por mucho que su trayectoria la conduzca hoy al Oriente, no es en su espíritu un fenómeno oriental sino occidental.³⁶

En fin, si hace falta por última vez ratificar el encuadre de Mariátegui dentro de la civilización occidental, permítaseme citar las conocidas palabras con las que el peruano contesta en el breve prólogo a los **Siete Ensayos** a la remanida acusación de «europeísmo» que algunos le endilgaban:

No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.³⁷

Huelga decir que el hecho de que Mariátegui haya decidido incluir

³⁵ José Carlos Mariátegui, «Oriente y Occidente», en **Varietades**, Lima, 26 de noviembre de 1927, luego en **FVM**, ahora en **MT**, *op. cit.*, p. 1185.

³⁶ *Ibid.*, p. 1186. Un año después, en carta al argentino Samuel Glusberg, repetirá el mismo argumento: «Hago a mi modo la defensa de Occidente: denunciando el empeño conservador de identificar la civilización occidental con el capitalismo y de reducir la revolución rusa, engendrada por el marxismo, esto es por el pensamiento y la experiencia de Europa, a un fenómeno de barbarie oriental» (cit. en Roland Forgues, «Mariátegui, lazo de unión entre América y Europa», en **AAVV, José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento**, Lima, Empresa Editorial Amauta, 1993, pp. 74-75).

³⁷ José Carlos Mariátegui, **SE**, *op. cit.*, p. 14. La referencia a Sarmiento es significativa, puesto que, de ser una figura intocada dentro del panteón intelectual argentino y latinoamericano, ingresará paulatinamente en una pendiente por la cual el revisionismo histórico y variantes de la izquierda nacional acabarán por considerarlo negativamente (Al respecto, cfr. Elias Palti, «Argentina en el espejo: el 'pretexto' Sarmiento», en **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, n° 1, Buenos Aires, 1997). De allí que esa alusión a Sarmiento a menudo será

³³ Cfr. José Carlos Mariátegui, «La lucha de la India por la independencia nacional», en **Varietades**, Lima, 1 de enero de 1930, y «Los votos del Congreso Nacional Hindú», en **Varietades**, Lima, 4 de enero de 1930, ambos en **FVM**, ahora en **MT**, *op. cit.*, pp. 1263-1265.

³⁴ Me referí con cierto detalle al impacto del libro de Massis en la intelectualidad argentina en Martín Bergel, «Los bárbaros están otra vez sobre Roma». Acerca de la reacción antiorientista del pensamiento nacionalista católico argentino de los años 1920», **Iberoamericana**, n° 40, Berlín, diciembre de 2010.

esta afirmación en las palabras de inicio al texto que, por excelencia, aborda la especificidad nacional peruana, habla de su compromiso con el Occidente.

7.

Podemos ahora cerrar nuestro repaso de la obra mariateguiana y extraer alguna conclusión del recorrido efectuado. Como hemos visto, Mariátegui contribuye vivamente a la lectura que en Europa y América Latina coincidía en diagnosticar y festejar un «despertar del Oriente». Su posición sin embargo se separa de la corriente principal que sostenía esa postura. De un lado, su valoración del renacimiento oriental será ante todo política antes que espiritual, una dimensión que —a pesar de su interés por las corrientes filosóficas vitalistas y antirracionales— fue, en el caso del Oriente, despreciada por el peruano. En cambio, y en sintonía con el esquema provisto por la III Internacional, Mariátegui le dará gran importancia a la «agitación revolucionaria» de los pueblos orientales, tanto por su significación dentro del proceso de «crisis mundial» para una lente que, aún con un ojo en la realidad nacional, nunca cejó en su internacionalismo de base, como por la posible homología entre su despertar y el de las poblaciones indígenas cuya activación ocupaba un lugar nodal en su estrategia para el Perú.³⁸ De otro lado, esa ponderación positiva disminuye relativamente en los últimos años de la vida de Mariátegui, en la medida en que las expectativas puestas en algunos procesos, como el chino, se truncan. Y en parcial relación con ello, si inicialmente el correlato de la celebración del «nuevo Oriente» era el juicio sumario que sancionaba una genérica decadencia occidental, en el discurso mariateguiano se operará un significativo deslizamiento de sentido fruto del cual el Occidente —hecho el deslinde entre su concepto y el del capitalismo— pase a ser no sólo reivindicado sino incluso defendido. Así, si su obra, sobre todo la que se abre a fines de 1924, se singulariza dentro del corpus del marxismo latinoamericano por ofrecer un penetrante abordaje del tema nacional,³⁹ esa deriva nunca perdió de vista el horizonte internacional a menudo referido bajo el nombre de Occidente.

De todo ello, es posible concluir que, contra la lectura predominante que ha pesado sobre la obra de Mariátegui, sus reflexiones sobre Oriente y Occidente no son tan fácilmente integrables a la cultura nacional-popular y aun populista que tendió a hegemonizar a las izquierdas del continente. A diferencia de la corriente principal del discurso orientalista invertido, el de Mariátegui no conecta —al menos no lo hace sin verse violentado en uno de sus sesgos fundamentales— con el tercermundismo de tinte antioccidental que sur-

pasada por alto por quienes, desde esas posiciones, reivindican a Mariátegui.

³⁸ Ambas dimensiones, internacionalismo y homología entre el despertar oriental y el indígena, pueden apreciarse otra vez en el prólogo que Mariátegui hace en 1927 a *Tempestad en los Andes*, de Luis Valcárcel: «La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etc. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante.» (cit. por R. Melgar Bao, *Mariátegui, Indoamérica...op. cit.*, p. 115).

³⁹ La más lúcida lectura en esa clave de la trayectoria de Mariátegui puede hallarse en Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985.

girá en la segunda posguerra recogiendo motivos de esa nueva mirada sobre el Oriente de los años '20. Mariátegui muestra, en suma, cómo desde un rincón de América Latina fue posible conjugar creativamente el estudio de las especificidades locales, con un horizonte siempre ávido por nutrirse de las novedades de todo el orbe.

Resumen

Este artículo sitúa las consideraciones de José Carlos Mariátegui del «Oriente» y el «Occidente» dentro del debate intelectual que sobreviene en América Latina luego de la Primera Guerra Mundial y de la correlativa percepción de una crisis civilizatoria de alcances mayúsculos. Se argumenta que aunque Mariátegui participa de la recepción positiva de fenómenos atribuidos al Oriente en la que se embarca la generación intelectual de los años 1920, se distingue de su tronco principal por haber rápidamente recompuesto un concepto positivo de cultura occidental, horizonte civilizatorio en el que desde 1924/1925 inscribe sus reflexiones sobre el Perú y prisma desde el que continúa prestando atención a los fenómenos orientales.

Palabras clave: Orientalismo; crisis civilizatoria; periodismo filosófico

Abstract:

This article places Mariátegui's considerations about «East» ante «West» within the intellectual debate that occurred in Latin America after World War I and the correlative perception of a huge scope civilizational crisis. It argues that although Mariátegui took part in the positive reception of phenomena attributed to the East on which the intellectual generation of 1920 embarked, he distinguished himself from its main trunk by having quickly recomposed a positive concept of Western culture; civilizational horizon in which since 1924/1925 he inscribed his thoughts about Perú and prism through which he continued paying attention to eastern phenomena.

Key words: Orientalism; civilizational crisis; philosophical journalism



El alma política de las imágenes

Debates en la última bienal de San Pablo

José Fernández Vega (CONICET-UBA)*

1.

Los conflictos del arte con las distintas formas de censura recorren la civilización, pero la 29° Bienal de San Pablo logró inscribir un episodio singular en esa larga historia incluso antes de que se abriera al público el 25 de setiembre de 2010. La última edición de la bienal más antigua del hemisferio sur del mundo fue convocada bajo el lema «Arte y política». Una vez montada, «El alma nunca piensa sin imagen», obra del artista argentino Roberto Jacoby, fue prohibida de inmediato.

En plena campaña electoral por la presidencia de Brasil, la obra mostraba, en una pared lateral del sitio asignado al artista, enormes fotografías de los dos principales candidatos, José Serra, de la oposición, y Dilma Rousseff, del oficialismo. Jacoby promovía de modo manifiesto a esta candidata y convocó a un grupo de artistas e intelectuales (una «Brigada internacional argentina por Dilma») para que, en el amplio espacio que su obra dejaba libre, desarrollaran talleres gráficos, recitales y debates sobre lo que entendía como un trascendental proceso electoral cuyo impacto no se limitaría al perímetro de las fronteras nacionales donde tenía lugar, sino que se proyectaba a nivel regional. La obra intentaba evocar así el efervescente ambiente de un local partidario en plena campaña.

En una *avant-première* ofrecida a la escena VIP del arte, las reacciones que despertó entre los exclusivos invitados fueron extremas. Unos pocos aprobaron la obra, otros la denigraron y expresaron su rechazo a Dilma y una airada indignación contra el artista. Una semana después de que, por orden judicial, la Bienal cubriera las gigantografías expuestas por Jacoby y confiscara otros materiales vinculados a esa intervención, tuvo lugar la primera vuelta

electoral.¹ La ex jefa de gabinete de Lula obtuvo 46,9 por ciento de los votos y el candidato de la derecha el 32,1, por lo que se hizo necesaria una segunda vuelta, celebrada el 31 de octubre, en la cual se impuso Dilma. En ese momento cesó la prohibición judicial sobre las imágenes y, aunque el artista mostró su disconformidad, las fotos de los candidatos volvieron a mostrarse en la Bienal. La polémica se había aplacado y «El alma nunca piensa sin imagen» fue destapada para integrarse a la exhibición porque, justamente, el tiempo y la acción coordinada de los curadores y la justicia, habían logrado limar sus aristas más espinosas. Arte y política volvían a la normalidad.

2.

Brasil es el país más poblado de Sudamérica; en mayo de 2011 la presidenta Rousseff anunció que su economía había alcanzado el séptimo puesto mundial. La vasta geografía del país limita con todos las naciones del subcontinente con la sola excepción de Chile. Más allá del plano regional, Brasil se postula junto con China, Rusia e India como una nueva potencia internacional, rica en alimentos, con una extraordinaria reserva natural de agua y de biodiversidad. Brasil posee una industria pujante y diversificada que exporta desde aviones a bienes de consumo durables. En los últimos tiempos se descubrió una inmensa reserva de petróleo bajo sus aguas territoriales. El Producto Bruto Interno (PBI) del Estado de San Pablo es equivalente al de toda la Argentina, tercera economía de Latinoamérica.

Brasil es el líder político del Mercosur y respaldó las nuevas experiencias políticas de sus vecinos cuando éstos atravesaban dificultades. Apoyó especialmente a los presidentes de Bolivia y Ecuador cuando fueron acosados por ataques de la derecha tradicional de sus países. Desplegó, además, una diplomacia internacional independiente, tejiendo relaciones desde Teherán a La Habana. Esas iniciativas suscitaron recelos en Washington, pero

* El autor es investigador del Conicet y profesor de la UBA. Integró la «Brigada internacional argentina» que acompañó a R. Jacoby a la inauguración de la Bienal.

prosiguieron con decisión. La creciente hegemonía regional de Brasil también lleva aparejadas, por supuesto, firmes estrategias de dominio, pero el Partido de los Trabajadores (PT) se mostró capaz de inspirar confianza entre sus vecinos.² Algunas de las principales empresas argentinas, por citar sólo un ejemplo, fueron adquiridas por capitales brasileños en los últimos años, pero Brasil, hasta el momento, evitó ser considerado un nuevo subimperialismo y apostó por la integración regional. Muchas de las exportaciones industriales argentinas dependen del mercado brasileño, su principal comprador.

Lula, el primer presidente de origen obrero, erigió un liderazgo carismático que gozó de simpatías populares tanto dentro como fuera del país. Su gestión desplegó enérgicas políticas sociales que lograron una histórica reducción de la pobreza en el que se consideraba el país más desigual del mundo en términos relativos.³ Contrariamente a lo que se podría imaginar, la brutal concentración de la riqueza no disminuyó, pero las estrategias estatales lograron paliar el hambre popular. Como parte de un proceso de crecimiento que favoreció a todos los estratos sociales, en Brasil surgió asimismo una nueva clase media volcada al consumo que dispone de crédito fácil y posibilidades de ascenso social nunca antes imaginadas.

Mientras millones de personas prosperaban o superaban la indigencia, la burguesía se vio impulsada por políticas, consideradas neoliberales por algunos comentaristas, que multiplicaron sus ganancias y auspiciaron su activa expansión mundial. Perry Anderson condensó los lineamientos de la política social del gobierno del PT con la fórmula «distribución sin redistribución». En los años de Lula se habría logrado un «progreso sin conflicto» social para beneplácito de pobres y ricos, un proceso que Anderson compara con el que llevó al poco traumático, aunque tardío, final de la esclavitud en el Brasil del siglo XIX.⁴

A fines de setiembre de 2010, el PT de Lula lideraba las encuestas de opinión preelectorales pese a un poder mediático adverso que regularmente lanzaba noticias sobre escándalos de corrupción que involucraban a allegados al poder de Brasilia. La jefa de

gabinete de la entonces ministra Dilma debió renunciar acusada de tráfico de influencias y nepotismo poco antes de las votaciones. Las discusiones electorales parecían desarrollarse en los diarios y muy particularmente en la monopólica televisión privada de alcance nacional. El debate de cierre de campaña entre los candidatos no despertó más curiosidad que la telenovela emitida en el horario previo por la poderosa red O Globo.

Cuando se inauguró la Bienal, en las calles de San Pablo los anuncios electorales eran muy escasos, si bien la situación pudo haber sido distinta en otras ciudades. El intendente de San Pablo había prohibido tiempo atrás la proliferación de publicidad de todo tipo, y eso afectó también a la política. En vísperas de la primera vuelta electoral, apenas se detectaba algún disperso signo urbano que la recordara. En medio de un histórico momento de transformación en el que se jugaba mucho más que el propio futuro nacional, la imagen que ofrecía San Pablo era la de una sociedad desmovilizada y hasta cierto punto indiferente a la campaña en curso. La ciudad parecía más centrada en el consumo que en el futuro político.

3.

«El alma nunca piensa sin imagen» acaso logre un lugar peculiar en la historia de las obras víctimas de la censura por ser la primera prohibida por un tribunal electoral. En general, las prohibiciones suelen invocar algún artículo del código penal, como sucedió con los cuadros de la «Série Inimigos» del artista brasileño Gil Vicente, también presente en la Bienal, que fueron denunciados por la Ordem dos Advogados de São Paulo bajo el cargo de apología de la violencia. Vicente expuso una serie de dibujos donde se autorretrata ejecutando con una pistola a una serie de personajes políticos, entre ellos Lula, el Papa, Blair y Bush.

La obra de Vicente seguía expuesta mientras se desarrollaba un proceso penal; en contraste, la Procuraduría Regional Eleitoral se expidió sobre «El alma nunca piensa sin imagen» el mismo día en que recibió la denuncia y ordenó cubrir las fotos de los candidatos y confiscar todo otro material vinculado con las elecciones, además de elevar el caso para determinar si habían sanciones mayores, aunque sin aclarar contra quién estarían dirigidas. Lo indignante del caso, como puso de manifiesto una columna de la **Folha de São Paulo**, fue que los propios curadores de la Bienal habían hecho la denuncia ante la Procuraduría.⁵

La primera reacción del artista ante la censura de su obra fue la estupefacción. Quienes lo habían invitado a exponer bajo el lema «Arte y política» eran los mismos que llevaron su obra a la justicia. La excusa de los curadores Moacir dos Anjos y Agnaldo Farias fue que «El alma nunca piensa sin imagen» no podía ser exhibida sin consultar al tribunal de modo preventivo, pues se arriesgaban a sufrir sanciones que afectarían a la Bienal. Este calculado

¹ Los miembros de la Brigada desarrollaron estrategias para burlar a la censura, como estampar en sus remeras rojas la palabra «Vilma» en lugar del nombre de la candidata. Syd Krochmanly, integrante de la Brigada, realizó un video sobre la experiencia, disponible en línea: <http://vimeo.com/16063149>. Del mismo autor: «Tengo una mala suerte increíble», **Página 12** (Buenos Aires), 24/09/2010: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-19366-2010-09-24.html>.

Hay otras imágenes disponibles en: <http://brigadainternacionalargentina.blogspot.com/2010/09/la-brigada-en-accion.html>. Véase también la intervención crítica de Claudio Iglesias «Un destino sudamericano», **Página 12**, suplemento **Radar**, 19/09/2010: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-6470-2010-09-19.html> [todos los accesos 10/05/2011].

² Al respecto, son interesantes los comentarios de Marco Aurelio García, una figura clave del entorno presidencial de Lula en: Emir Sader y Marco Aurelio García, **Brasil entre el pasado y el futuro**, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010, trad. M. Granovsky, pp. 171-196.

³ Elisa Reis, «Inequality in Brazil: Facts and Perceptions», en: Göran Therborn (ed.), **Inequalities of the world**, Londres y Nueva York, Verso, 2006, pp. 193 y ss.

⁴ Perry Anderson, «Lula's Brazil», **London Review of Books** (Londres) n° 33, 8 de Mayo de 2011, pp. 3-12. <http://www.lrb.co.uk/v33/n07/perry-anderson/lulas-brazil> [acceso 08/05/2011].

⁵ La lista de las varias nota que el periódico le dedicó al tema puede consultarse en línea: <http://search.folha.com.br/search?q=jacoby&site=jornal>

tono pragmático y defensivo contrastaba con la lírica presentación de sus intenciones en la página web de la muestra, donde invitaban a superar los criterios establecidos:

(...) o título dado à exposição, «Há sempre um copo de mar para um homem navegar» —verso do poeta Jorge de Lima tomado emprestado de sua obra maior, **Invenção de Orfeu** (1952)—, sintetiza o que se busca com a próxima edição da Bienal de São Paulo: afirmar que a dimensão utópica da arte está contida nela mesma, e não no que está fora ou além dela. É nesse «copo de mar» —ou nesse infinito próximo que os artistas teimam em produzir— que, de fato, está a potência de seguir adiante, a despeito de tudo o mais; a potência de seguir adiante, como diz o poeta, «mesmo sem naus e sem rumos / mesmo sem vagas e areias». Por ser um espaço de reverberação desse compromisso em muitas de suas formas, a mostra vai pôr seus visitantes em contato com maneiras de pensar e habitar o mundo para além dos consensos que o organizam e que o tornam ainda lugar pequeno, onde nem tudo ou todos cabem. Vai pôr seus visitantes em contato com a **política da arte**.⁶

Los curadores alegaron ignorar el contenido de la obra de Jacoby porque fue presentada a último momento y eso explicaba que la hubieran incluido, con la mayor inocencia, en el catálogo. Sin embargo, en la breve presentación de la trayectoria del artista en la página web de la Bienal se podía ver la imagen de Dilma y Serra, hecho que fue luego la excusa para solicitar la intervención judicial. Junto con las fotos, el breve texto del catálogo afirmaba:

Em «El alma nunca piensa sin imagen», Jacoby convida artistas argentinos para produzir coletivamente camisetas, bótons, pôsteres, panfletos e suvenires de uma campanha política hipotética a ser difundida na Bienal. Esses elementos são montados junto a um pequeno palanque onde, ao longo da exposição, acontecem discursos e debates. Em ano de eleições presidenciais brasileiras, a obra torna-se uma oportunidade de reflexão, embora sempre indireta e ficcional, sobre as formas de propaganda partidária.

La navegación que proponía Jacoby tomaba un rumbo peligroso y despertó no sólo aprehensiones institucionales, sino una ambigua «consulta» concreta a la justicia electoral. Tras el escándalo público suscitado por la censura en la que derivó dicha consulta, los curadores explicaron el hecho de la siguiente manera:

O fato de as imagens dos candidatos Dilma Rouseff (PT) e José Serra (PSDB) estarem publicadas no catálogo e no site da 29ª Bienal de São Paulo não atesta, em absoluto, o con-

hecimento prévio da curadoria sobre conteúdo do trabalho tal como apresentado no espaço expositivo. As imagens foram entregues pelo artista apenas ao final do prazo de fechamento da edição do catálogo, com o objetivo suposto (nenhuma informação específica ou diferente daquelas anteriormente fornecidas foi oferecida pelo artista) de simbolizar a referida campanha fictícia e hipotética, dada a fácil identificação das imagens com o tema do trabalho. Não aceitá-las significaria deixar as páginas do catálogo em branco e não confiar na palavra do artista sobre o conteúdo de sua participação na 29ª Bienal de São Paulo. Presunção que se mostrou, como o desenrolar dos fatos iria provar, pouco prudente.

En su escrito de descargo, los curadores acusaban en todo momento al artista por su mala fe y por sus aviesas intenciones de autopromoción mediante el escándalo. Explicaban que la obra infligió la ley brasileña, puesto que la Bienal es un espacio perteneciente a la ciudad de San Pablo y en parte se financia con fondos públicos, lo cual vuelve ilegal cualquier actividad de propaganda o apoyo a candidatos durante un período electoral. La norma que se alegaba era clara, pero entraba en conflicto con la tradición liberal que reconoce la autonomía del arte mientras no trasgreda leyes penales serias, es decir, cuando se verifiquen lesiones concretas y no se trate de una mera «incitación» a la violencia contra figuras políticas o los habituales reproches de inmoralidad o herejía, siempre sujetos a interpretaciones y contra interpretaciones.

Los funcionarios públicos, según la ley argentina, deben tolerar el amplio uso de su imagen y las difamaciones que se les dirigen, mientras que los simples ciudadanos pueden apelar a los tribunales por esas causas. Estas consideraciones se establecieron para proteger a los periodistas que veían su trabajo amenazado por el asedio judicial de miembros del gobierno que los llevaban a los tribunales por calumnias e injurias. En su momento, el *affaire* producido por la muestra de León Ferrari en Buenos Aires en el verano de 2004-2005 sentó jurisprudencia respecto del arte en la Argentina. Los jueces que levantaron la medida cautelar dispuesta por un estrado inferior contra la muestra de Ferrari, dictaminaron que la censura está prohibida y que el único límite de un artista es el código penal. Pero en el caso de Jacoby, la discusión se centró en el código electoral, lo que vuelve tan singular al episodio.

Los curadores paulistas en ningún momento plantearon que las generales de la ley no deberían alcanzar al arte en estos casos. Se ubicaron sin vacilaciones del lado del dictamen del tribunal al cual, por lo demás, ellos mismos recurrieron alegando responsabilidades institucionales. En el debate que estalló de inmediato —canalizado a través de la prensa brasileña, la web oficial de la Bienal y solicitadas en Internet— los curadores volvieron a acusar al artista de malicia y maniobras destinadas a atraer la atención mediática. Los curadores, dicho sea de paso, colaboraron de manera decisiva con esas «maniobras» puesto que por propia iniciativa desataron el escándalo. Si la etimología nos dice algo, los curadores deberían «cuidar» las obras en lugar de llevarlas al banquillo. Ellos mismos se ocuparon de cubrir las fotos de Jacoby por mandato del tribunal. Denunciaron y luego ejecutaron.

⁶ Todas las citas están tomadas de la página oficial de la Bienal: <http://www.29bienal.org.br/FBSP/pt/29Bienal/29Bienal/Paginas/Curadoria.aspx>. Para las referencias a la obra de Jacoby y las respuestas de los curadores: <http://www.29bienal.org.br/FBSP/pt/29Bienal/Participantes/Paginas/participante.aspx?p=156> [acceso: 13/05/2011].



4.

Tan importante como el aspecto legal fue el económico. Menos subrayado en la discusión, esta dimensión reveló algo significativo acerca de la relación existente entre el arte contemporáneo, sus instituciones y el poder del dinero, cuyo interés se extiende más allá del episodio de San Pablo.

En su declaración ante las indignadas reacciones públicas contra sus medidas, los curadores se justificaron diciendo que era su deber velar por las finanzas de la Bienal las cuales, apenas dos años atrás, estaban al borde de la bancarrota. La asistencia de dinero público, argumentaron, se hubiera visto amenazada si no reaccionaban ante un delito electoral como el que habría cometido Jacoby.

El comentario lleva a pensar que también las empresas auspiciantes —Fiat y el banco Itaú son las que encabezan una larga lista de logos corporativos visibles en la web oficial y en la entrada principal de la Bienal— expresaron su inquietud acerca las preferencias de Jacoby sobre las elecciones brasileñas. El arte político, que los curadores promovían en su convocatoria, se vio así sometido no sólo a legislación electoral, sino a prerrogativas de imagen corporativa, y al disgusto personal de los empresarios patrocinantes. De hecho, la orden judicial de cubrir la obra, ejecutada de inmediato, se conoció en la mañana del día en que la Bienal, antes de abrir sus puertas al público, realizó un evento privado para los sponsors y los círculos empresariales de San Pablo. Se les evitó así el incómodo momento de encontrar fotos gigantes que mostraban a una Dilma sonriente y a un Serra demasiado preocupado.

El papel del capital privado suele ser pasado por alto cuando se habla de las bienales, pero fue, y sigue siendo, esencial, aunque no siempre con negativas consecuencias. La primera Bienal del mundo, la de Venecia, se organizaba (y se continúa organizando) a partir de pabellones nacionales y criterios políticos. Arte y orgullo patriótico estaban tan conjugados en ella como el deporte y la competencia de poder entre naciones en los juegos olímpicos. La Bienal de San Pablo, la segunda del mundo, fue creada en 1951 tomando como modelo la *Biennale*, y a instancias del industrial metalúrgico italo-paulista Ciccillo Matarazzo. Su interés era nacional, pero el impulso lo recibió desde la actividad privada. Interesado en establecer a su ciudad en el mapa del arte internacional, Matarazzo fue un gran promotor del arte. Fundó el Museo de Arte Moderna de la ciudad cuyo primer patrimonio fueron piezas de su colección particular. El Pavilhão del Parque do Ibirapuera (diseñado por Oscar Niemeyer), donde se realiza la Bienal, lleva su nombre como homenaje.

En nuestro tiempo proliferan las bienales, cada ciudad del mundo interesada en estimular el turismo organiza una.⁷ Y todas las

⁷ Intenté una reflexión sobre la multitud de bienales que existen en el mundo, junto con un análisis de la propuesta radical que hizo el curador de la anterior Bienal de San Pablo, en: «El arte global entre la crisis de sentido y el giro teórico», *Praxis filosófica*, Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle (Santiago de Cali, Colombia) Nueva Serie, n° 29, julio-diciembre de 2009, pp. 101-112. (Disponible en línea: http://praxis.univalle.edu.co/numeros/n29/jose_fernandez_vega.pdf).

bienales suelen contar con el auspicio de grandes empresas que, de ese modo, vinculan su nombre a la cultura y se publicitan entre un exclusivo circuito de conoedores; muy especialmente, entre los millonarios compradores de arte que viajan por el planeta visitando estos eventos.

Más allá de constatar otra vez la convergencia entre arte y dinero, se puede especular acerca de qué habría sucedido con la obra de Jacoby si no hubiese sido censurada durante la campaña electoral. ¿Habría alcanzado la repercusión que logró? El artista abandonó San Pablo después de la prohibición y no volvió a ocuparse de su trabajo. ¿Era realmente una obra de arte? ¿Era acaso una *buen*a obra?

5.

Inicialmente, los curadores de la Bienal habían rechazado otros proyectos propuestos por Jacoby argumentando restricciones financieras. El artista se decidió entonces por «El alma nunca piensa sin imagen», un proyecto simple y directamente vinculado con el lema lanzado por los anfitriones. Las relaciones entre el arte y la política se han vuelto difíciles y a menudo alguno de los dos términos terminan brillando por su ausencia: o el arte o la política (o ambos). El arte político acaso se convirtió en una nueva retórica de nuestro tiempo, tan inocua como oficial, pues a menudo es abiertamente impuestado como tema por las propias instituciones globales del arte. Así, el arte político se torna un mero discurso protegido que pretende adoptar un tono didáctico o denunciante sobre los obvios derechos de las minorías o los ostensibles peligros del cambio climático. El mundo del arte se halla saturado de obras moralizantes que apuntan a las buenas conciencias de los espectadores, pero sin identificar con claridad a los enemigos, ni producir consecuencias. El arte se despoja así de toda politicidad auténtica y elude el conflicto. Hay mucha demanda de «obras políticas», y las instituciones que las solicitan contribuyen a diluir su impacto o, peor, a regir desde el inicio su configuración en términos neutralizadores.⁸

Jacoby apostó a intervenir sobre el presente, aprovechando que el crucial proceso electoral brasileño coincidía con la apertura de la muestra más importante y antigua del sur del mundo. A su juicio, el PT, pese a todas sus limitaciones y sus connivencias con el *status quo* del país, debía seguir en el poder, puesto que no había otra alternativa visible y en ello también se jugaba la estabilidad y la continuidad de otros procesos políticos sudamericanos. Jacoby se volcó hacia un arte militante y convocó a otros artistas e intelectuales argentinos a viajar con él y apoyarlo. No podía conocer de antemano los efectos de su proyecto.

⁸ Sobre el tema, hice otras consideraciones en: «¿Es acaso político el arte político? Un comentario a las tesis de Cuauhtémoc Medina», *Ramona. Revista de artes visuales* (Buenos Aires), n° 101, junio de 2010, pp. 77-79. Disponible en línea: http://70.32.114.117/gsd/collect/revista/index/assoc/HASH5316/ee7695f4.dir/r101_77nota.pdf

Si bien era claro que su obra irritaría al medio paulista —territorio dominado por el partido de Serra— era imposible imaginar que ella sería inmediatamente censurada por la justicia, llevada a los tribunales por unos curadores politizados que incluso habían mostrado simpatías por el PT, impugnada con discreta eficacia por miembros de la elite de la ciudad que asistió a la pre-inauguración ofrecida a los ricos y famosos, y luego defendida por la **Fohla de São Paulo**, el periódico opositor considerado como el más serio del país y asociado, por cierto, a los ambientes conservadores de la ciudad.

La ironía fue que el propio PT recibió con frialdad las invitaciones que le realizó Jacoby para contribuir con su obra mediante el envío de panelistas, publicidad o declaraciones. El PT temía que la obra lo terminara perjudicando, o bien que se atribuyera la iniciativa de Jacoby a una maniobra coordinada con el partido para sumar simpatías por medios poco convencionales o para dañar la imagen de su principal adversario de un modo que podría terminar siendo contraproducente. Interesado en que nada perturbara su liderazgo en las encuestas nacionales, y evitar molestas sorpresas en San Pablo, donde no era favorito, el PT se mantuvo al margen.

En contraste, y con inteligencia liberal, la **Fohla** tomó distancia de la obra con argumentos artísticos, pero se pronunció contra el acto de censura y acusó a los curadores por haberlo provocado. Sin dicho acto, se puede conjeturar que la obra de Jacoby hubiese sido devorada, como tantas otras expuestas en la Bienal, por la saturación de presentaciones en el gigantesco pabellón de la exposición, donde se acumulaban como en un depósito, pobremente curadas como conjunto y carentes de los necesarios hilos conductores que permitieran reunir las en un relato coherente.

Abigarrada, superpoblada y desorientada, la Bienal ofrecía obras que, en la mayoría de los casos, resultaba difícil articular con el tema convocante. La muestra evidenciaba por sí misma las dificultades para generar un arte político para nuestro tiempo e intentó paliar sus vacíos estéticos recurriendo a algunas referencias insignes del pasado. Exhibió así documentación sobre la famosa muestra «Tucumán arde», llevada a cabo en el local de la CGT de los Argentinos de Rosario en 1968, por citar un ejemplo argentino entre otros materiales de archivo presentes en la Bienal. Jacoby estuvo involucrado en «Tucumán arde», donde se planteaba, como lo hacía su propia contribución para San Pablo, la noción de obra como proceso, y como proceso colectivo. Los curadores ofrecían una imagen arqueológica del arte político. Por eso exhibían los pobres registros testimoniales que nos quedan de «Tucumán arte» y de otras iniciativas sudamericanas, rápidamente reprimidas por las dictaduras contra las que se dirigían.

La obra de Jacoby, en cambio, impactaba de lleno en la actualidad inmediata y era además muy simple en términos materiales. Consistía en la exhibición de dos fotografías enormes en una pared lateral y un conjunto de actividades en el espacio que le tocaba ocupar: talleres de serigrafía, estampados de remeras, charlas y debates, espectáculos de magia y de música llevados a cabo por invitados locales y artistas de la «Brigada» que lo secundaba, e

integraba también una instalación de Fernanda Laguna sobre las dificultades del amor. A «El alma nunca piensa sin imagen» se le reprochó apelar a la literalidad, ser demasiado obvia y directa en su intervención. Sin embargo, se convirtió en un catalizador de situaciones y de reflexiones que desbordaban ampliamente las palmarias fotos de los candidatos. Rápidamente se llenó de complejidad por la reacción que provocó en las autoridades de la Bienal, verdaderos co-autores de lo que se volvió un *work in progress* debido las discusiones que despertó acerca de la libertad artística, de la relación entre arte y política, del papel de las instituciones y las curadurías. La obra «migró» hacia la discusión pública dentro y fuera de la Bienal: en las oficinas de los curadores y en los medios de comunicación, en los alrededores de la muestra y en Internet. Su escasa «materialidad» adquirió otro tipo de existencia, una presencia inmaterial, discursiva, distinta de lo que ella simplemente ofrecía a la vista.

6.

Algunas de esas transformaciones ocurridas en el curso de la exhibición eran quizá esperables, y acaso tuvieron influencia en la planificación de la obra, si bien no todas ellas podían ser calculadas con anticipación, ni mucho menos con precisión. Un factor azaroso las determinaba y en ello consistía su riesgo estético: lo más probable en el arte contemporáneo es que todas las repercusiones programadas por un artista para su pieza se vean defraudadas, diluidas entre el ruido, la proliferación visual y la mirada distraída a los que inducen mega-acontecimientos como las bienales.

Más importante que sus efectos es el hecho de que «El alma nunca piensa sin imagen» ponía en juego elementos constitutivos de la estética política que Jacoby defendió durante toda su carrera como artista. Considerada formalmente, su obra evitaba todo lo posible constituirse en un «objeto estético» y era coherente con la idea de desmaterialización del arte que Jacoby viene impulsando desde los años sesenta. Su obra proponía vínculos, relaciones entre las personas, estimulaba conversaciones sobre el poder, reflexiones sobre las instituciones; no ofrecía algo bello dirigido a entretener o extasiar la mirada. Se brindaba como una obra en parte también colectiva, en la que participaban otros artistas y gente de la cultura. En eso Jacoby proseguía una línea que venía de lejos: su primera muestra individual tuvo lugar recién en 2001, después de una trayectoria de varios lustros en el mundo del arte, interrumpida durante un período en el que abandonó toda práctica.

Jacoby envió a la consagratoria Bienal una obra compleja (parte esencial de su complejidad era que, en apariencia, resultaba demasiado simple), arriesgada, pensada para intervenir en una coyuntura concreta y producida para el momento y el espacio asignado. Vale decir que no se refugió en la exhibición de realizaciones anteriores, cuya eficacia ya hubiera sido comprobada. Otros artistas de amplia trayectoria, incluso figuras internacionales como el también conceptual Joseph Kosuth, se limitaron a enviar obras antiguas y fácilmente trasladables, como sus imágenes con definiciones de diccionario de los puntos cardinales («North, South,



East, West»). La obra de Jacoby empezaba y terminaba en la Bienal, no quedaría de ella nada que pudiese ser introducido en el mercado o ganara valor con la polémica que finalmente generó. La futura gran muestra retrospectiva de Jacoby en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, inaugurada en febrero de 2011, había sido pautaada con anterioridad y el episodio de San Pablo no influyó en ningún sentido en su realización.

7.

Todo lo dicho no clausura la discusión sobre «El alma nunca piensa sin imagen». El arte contemporáneo está destinado a recibir impugnaciones provenientes desde concepciones más o menos tradicionales, y el tipo de arte que practica Jacoby se halla particularmente expuesto al rechazo tanto del público lego como del circuito artístico mercantil. Porque este artista evita los «objetos» y promueve más bien formas de pensamiento difíciles de comercializar. Las alusiones conceptuales de su obra quizá quedaron marginadas por la polémica desatada a raíz de su impacto político.

El título «El alma nunca piensa sin imagen» es una cita literal de **De Anima** (III, 7. 431a17), libro donde Aristóteles postula su teoría del conocimiento. La frase indica que no tenemos un acceso directo al mundo a partir de nuestros sentidos, sino que la imaginación (*phantasia*) elabora imágenes (*phántasma*) mentales con las percepciones sensibles (*aísthesis*). A partir de la producción de tales imágenes, el intelecto (*noésis*) abstrae la forma o concepto. Toda percepción se encuentra entonces mediada por la imaginación, jamás llega al pensamiento como si fuera un haz de luz que impacta en una película sensible y pasiva.

Las *phántasma* (cuya traducción como imágenes es discutida por los eruditos) son voluntarias y no están atadas a un momento preciso ni dependen de la materia (como sucede con las percepciones). El papel que la filosofía de Aristóteles les otorga es muy amplio: intervienen en sueños, recuerdos y en las proyecciones del futuro. Son también condición de posibilidad de los deseos y de la acción. Tienen, por tanto, una función crucial para el conocimiento, y de ellas derivan consecuencias para la ética y también para la organización política, dado que permiten la planificación de las acciones y atesoran la memoria personal y la tradición comunitaria que las guía.

La imaginación posee en Aristóteles funciones que desbordan nuestra comprensión corriente de la palabra. Más tarde, también Kant reivindicaría, aunque a su manera, la facultad de imaginar tanto para el conocimiento como para el disfrute de la belleza, en la que juega un papel central. La imaginación reúne lo múltiple de las sensaciones y les imprime cierta orden para que luego pueda proceder sobre ellas el entendimiento e integrarlas como unidad con sentido propio, conceptual. Para Kant, se trata de una de las facultades del pensamiento, pero obedece también las leyes de los datos sensibles que recibe; es una facultad activa que reúne entendimiento y sensibilidad. La noción cambiará más tarde

su definición con el romanticismo: la imaginación será la capacidad de representar lo ausente como si estuviera presente.

A partir de la cita aristotélica, Jacoby acaso intentaba sugerir que no es en el plano de las sensaciones visuales donde se deciden las obras, puesto que la imagen a la que hace referencia su título «aristotélico» es mental y no física. Consiste en el producto de la actividad del sujeto y no en el resultado pasivo de la mera impresión de un objeto exterior en los sentidos y a través de ellos en la mente. Dicha actividad se prolonga hacia la política. «El alma nunca piensa sin imagen» reivindica la elaboración intelectual y la productividad propias de la imaginación, pero hace todo lo posible para distraer al espectador de este propósito puesto que la alusión filosófica estaba destinada a pasar desapercibida pues resulta demasiado críptica. La obra más bien invitaba a una lectura abiertamente política: la intervención en apoyo a una opción electoral a partir de dos enormes fotografías que se imponían a la vista. La impresión óptica distraía la atención de una propuesta estético-política más amplia y abstracta, pero que, en riguroso aristotelismo, no podía realizarse sin esa impresión primera y, a la vez, dicha impresión no era todo.

En San Pablo, Jacoby extremó las dificultades de comprensión porque mezcló planos en apariencia incompatibles: el compromiso y la distancia irónica, la radicalidad política y las simpatías por la candidata del oficialismo, una noción de la filosofía griega que explica que hay que trascender lo visual hacia lo intelectual y superar la imagen física hacia el pensamiento y la acción. Lo que indignaba de «El alma nunca piensa sin imagen» eran menos las complejidades de interpretación, difíciles de captar, que aquello que se situaba ante la vista de manera abrumadora: unas gigantografías políticas. Ellas generaron una discusión importante, que sin embargo terminó opacando otros sentidos de la obra, algo que el artista quizá buscó deliberadamente. La declaración de principios incluida en el título de la obra estaba destinada a ser eclipsadas por las reacciones que de una manera u otra iban a generar las imágenes y las actividades planeadas alrededor de ella. Y esas reacciones terminaron siendo tan intensas que el lema «aristotélico» del título acabó completamente inadvertido.

Es cierto que la obra de Jacoby también ponía en tela de juicio la relación existente entre el arte y la política aquí y ahora, por no hablar de su tácita denuncia, que terminó siendo explícita, a las complicidades de las instituciones artísticas con el poder real, pese a su retórica superficialmente politizada. Que alrededor de «El alma nunca piensa sin imagen» se hayan organizado tantos sentidos diferentes y profundos es algo que la justifica plenamente. ¿De cuántas obras expuestas en la Bienal puede decirse algo comparable? ¿De cuántas de las muchas que produce el arte contemporáneo bajo el amparo legitimador de la ya ruinosa categoría «arte político»?

Resumen:

La última edición de la Bienal de San Pablo escribió un original capítulo en la historia de la censura del arte. El episodio reveló una serie de tensiones entre el arte y la política, y entre las instituciones artísticas y el poder económico. La obra del artista argentino Roberto Jacoby fue censurada por la justicia electoral porque mostraba las fotos de los dos principales candidatos presidenciales de las elecciones brasileñas en plena campaña. En este artículo se analizan las implicancias políticas y estéticas del episodio, a la vez que se analizan las motivaciones del artista y se ofrecen indicios para una interpretación filosófica de su obra que va más allá de su tema explícito. Se sostiene aquí que dicha obra sugiere una defensa de un programa conceptual, un aspecto importante que pasó totalmente desapercibido en los debates a los que ella dio lugar.

Palabras clave: estética; política; censura

Abstract:

The latest edition of the Bienal of San Pablo wrote an original chapter in the history of censorship against art. A work of art by the Argentine artist Roberto Jacoby was censored by the electoral court. It is argued here that the judicial measure revealed a number of current tensions between art and politics, as well as the difficult relationship existing between artistic institutions and economic power nowadays. Jacoby's work showed two large photographs of the main candidates ruling for Brazil's presidency while their campaign was going on. This article explores the political and aesthetical implications of the episode, while analyzing the motivations of the artist. Also, it presents some clues to understand his work philosophically, that go far beyond the explicit subject-matter of the images he exhibited. Jacoby's work, it is argued here, tried to defend a conceptualist program for the arts, and this important aspect of his work was not perceived in the debate it arouses during the Biennial.

Keywords: aesthetics; politics; censorship



FABIAN SOCIETY presenta

CORRERÍAS del PIBE ALTAMIRA

EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN

en "LA MAQUINA DEL TIEMPO"

una historieta de GEORGE PAL

y la participación especial de JAVIER BARDEM como Sidney Webb

Prologo de GEORGE BERNARD SHAW



JORGE ALTAMIRA as himself

PEPE WERMUS

LONDRES, 1895 THE FABIAN SOCIETY

LOS INGLESES YA RECHAZAMOS EL CONSTITUCIONALISMO, EL SISTEMA MÉTRICO Y LA CORRIENTE A 220 V. NECESITAMOS UNA ALTERNATIVA AL SOCIALISMO EUROPEO

BIEN, GEORGE, ¿QUÉ TE PARECE SUSTITUIR EL "PLUSVALOR" POR LA "RENDA MARGINAL"? LA LUCHA ENTRE BURLESES Y PROLETARIOS POR LA LUCHA ENTRE ELOI Y MORLOCK Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO POR UNA MÁQUINA DEL TIEMPO?

EXCELENTE, H.G., ASÍ COMBATIREMOS LA DESIGUALDAD SIN MOVILIZAR A ESOS SUCCIOS OBREROS COCKNEY

... PERO ¿QUIÉN VAJARÁ EN ELLA?
 CONSEGUÍ A UN ENTUSIASTA JOVEN JUDÍO DE SUDAMÉRICA, LO ENVIARÉ AL FUTURO A EDUCAR A LAS MASAS



BUENOS AIRES, 2011

OH, EL FUTURO ES COMO DIJO COMTE: LA TECNOLOGÍA LE PERMITE A LA GENTE HABLAR SOLA POR LA CALLE, FILMAR Y PUBLICAR SUS RINAS Y FELACIONES, ADEMÁS DE HACER POSIBLE QUE MUJERES SOLTERAS DE 70 AÑOS TENGAN TRILCIZOS ¡DARWIN TENÍA RAZÓN!



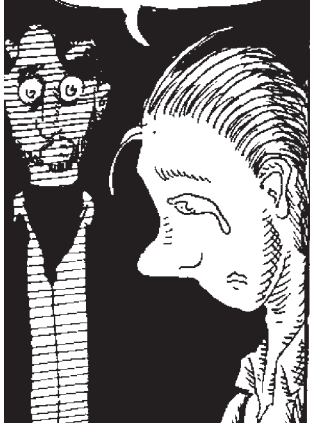
FELICITACIONES, JORGE, LA CAMPAÑA DE TWITTER GRACIAS, CHICHE. DE RIAL FUE UN ÉXITO

EL SECRETO ES LA BELLEZA DE NUESTRAS CHICAS, JHE JHE

TENES QUE TRAERLAS AL PROGRAMA, ASÍ LES MIDO LA DUREZA DEL CULO CON UNA LAPICERA



YO QUERÍA DEJAR DE SER UN BOLDU, PERO NO SER UN CTRICO... YA NO QUIERO CRECER

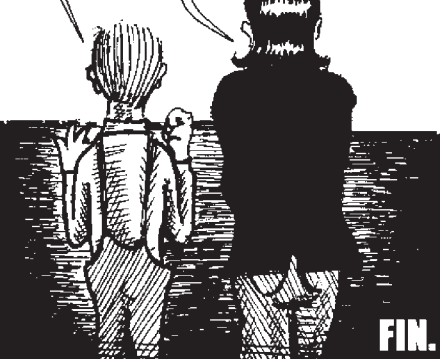


NO TE PREOCUPES, PIBE, VOS NUNCA VAS A CRECER SOS UN PERSONAJE DE HISTORIETA. ADEMÁS, EL IZQUIERDISMO ES LA ENFERMEDAD INFANTIL, Y LA INFANCIA ES LA PATRIA DEL HOMBRE: SIEMPRE ESTAMOS VOLVIENDO



BUENÍSIMO, ENTONCES, LA REVOLUCIÓN ESTÁ EN MARCHA

(AY, YA EMPEZAMOS) NO, PIBE, EMPEZAMOS DESDE EL PRINCIPIO, MIRÁ...



FIN.

La psiquiatría comunista argentina y el problema del antisemitismo soviético*

Luciano Nicolás García (UBA-CONICET)

Introducción

En un manuscrito autobiográfico inconcluso, titulado «Judío, marxista y psicoanalista», el psiquiatra y psicoanalista José Bleger (1922-1972) afirmó lo siguiente: «Mi judaísmo estuvo tranquilo muchos años; la lucha de clases y el triunfo del socialismo resolvían —entre otros— la cuestión judía. Mi viaje a la Unión Soviética me demostró lo contrario y los acontecimientos posteriores lo confirmaron». Según Bleger, el viaje efectuado en 1962 había cambiado drásticamente su parecer respecto de la cuestión judía en la U.R.S.S., pasando de «judío tranquilo» a «judío militante», según sus propios términos.

Esta conversión ha sido señalada como uno de los motivos por el cual se rompió la relación de Bleger con el Partido Comunista Argentino (PCA). Esta versión de la ruptura, sostenida especialmente por Juan Carlos Volnovich¹, implica un desplazamiento sobre la cuestión de la disputa por la legitimación del psicoanálisis que Bleger había tenido entre 1959 y 1962 con otros psiquiatras comunistas sobre su libro **Psicoanálisis y dialéctica materialista**. Dicha polémica ha sido habitualmente considerada como el motivo principal de expulsión o alejamiento de Bleger del PCA². En lo que respecta a este escrito, no se pretende ofrecer una exposición de los motivos «verdaderos» por

los cuales Bleger abandonó o fue expulsado del PCA, sino retomar las afirmaciones de Bleger sobre su identidad y compromiso con el judaísmo como un punto de partida para reconstruir, al menos en parte, un debate existente en el seno del comunismo argentino durante la primera mitad de la década de 1960: la cuestión del judaísmo en la U.R.S.S. La intención es ubicar esas afirmaciones, no en el plano del análisis individual de un autor o en la polémica interna al campo «psi» —psiquiatría, psicología y psicoanálisis—, sino su inserción intelectual en un debate más amplio que excedió los límites de dichas disciplinas pero que, como se intentará mostrar aquí, las atravesó.

En los últimos años se han recopilado fuentes personales de Bleger que permiten volver sobre su pertenencia judía, que fue trascendente desde su juventud y, también, fuentes partidarias que permiten vincular esa pertenencia a un ámbito político e intelectual más amplio. Lo que sigue entonces es el análisis de esas fuentes en relación a los debates sobre el judaísmo en el comunismo argentino y sus repercusiones en el medio «psi» local.

Bleger e Itzigsohn: recorridos por el judaísmo comunista

Hijo de una familia de inmigrantes judíos rusos, los vínculos de Bleger con el judaísmo local fueron tempranos; para 1946, Bleger ya disertaba en el círculo juvenil israelita rosarino «Deguel lehuda» respecto del control de territorios palestinos por parte de Gran Bretaña —sobre los cuales se constituyó el Estado de Israel en 1948—. En 1947 fue admitido en el cuerpo médico de asistencia para pobres de la sociedad israelita rosarina y en esos años llegó a ser presidente del Centro Juvenil Peretz. Según recuerda su hijo Leopoldo, Bleger por estos años se afilió al PCA para integrar sus sentimientos judíos con su ideología de izquierda, en momentos en los cuales la comunidad judía local miraba con rece-

* Agradezco a Mariano Plotkin y a Hugo Vezzetti por los materiales facilitados y por sus comentarios a versiones previas de este escrito.

¹ Por ejemplo, Juan Carlos Volnovich, «Bleger: la desgarrada soledad de un analista», *Diarios clínicos*, Buenos Aires, n° 5, pp. 117-126, 1992; y «José Bleger: La vida trunca» en Alejandro Vainer (comp.), *A la izquierda de Freud*, Buenos Aires, Topía, 2009, pp. 75-85.

² Sobre esta polémica véase Hugo Vezzetti, «La querrela de José Bleger. Psicoanálisis y cultura comunista», *La Ciudad Futura*, Buenos Aires, n° 27, 1991, pp. 21-22; Mariano Plotkin, *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Enrique Carpintero y Alejandro Vainer, *Las Huellas de la Memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70. Tomo I: 1957-1969*, Buenos Aires, Topía, 2004; Alejandro Dagfal, *Entre París y Buenos Aires: la invención del psicólogo (1942-1966)*, Buenos Aires, Paidós, 2009.



lo los elementos fascistas presentes en el peronismo³. Este itinerario biográfico muestra puntos de contacto con los de otro psiquiatra que tuvo trascendencia en el ámbito «psi», José Itzigsohn (1924-). También hijo de inmigrantes judíos rusos, Itzigsohn abrazó su identidad judía con el estudio del hebreo y experimentó el antisemitismo de la Argentina de los años treinta. Luego de la Segunda Guerra Mundial, el mismo Itzigsohn señaló en un *racconto* autobiográfico que «el triunfo peronista se nos presentó a muchos que no alcanzábamos a percibir todos sus aspectos contradictorios, como una reafirmación del fascismo»⁴. Debido a esto, ya iniciada su carrera de medicina en la ciudad de La Plata, se vinculó a otros judíos ligados a un ideario socialista y publicó un periódico llamado **Oriente Libre**. Poco tiempo después, se conectó con grupos de judíos de izquierda promotores de las ideas del sionismo y, en junio de 1948, se enlistó en el MAHAL⁵ como voluntario para la defensa del reciente Estado de Israel de los ataques árabes, y participó tanto en el frente como en un hospital psiquiátrico. A su regreso, terminó su carrera de medicina, se especializó en psiquiatría, y se afilió al PCA.

Estos recorridos biográficos muestran ciertos puntos en común, como el papel que el peronismo representó para el judaísmo progresista y la ubicación del PCA como un espacio político adecuado para una izquierda judía. Por otra parte, y específicamente para el caso de la formación científica, el PCA contaba por entonces entre sus filas con psiquiatras prestigiosos como Julio Peluffo y Jorge Thénon, además de «compañeros de ruta» como Gregorio Bermann, todo ellos referentes dentro de la psiquiatría local y con relevancia dentro de la intelectualidad del partido. Bleger de hecho tomó contacto con Bermann hacia 1948 y llegó a trabajar en el Instituto Neuropático que éste dirigía en Córdoba. Itzigsohn, por su parte, trasladó «el empuje y el fervor puestos antes en la defensa del pueblo judío y de Israel a la difusión de los logros científico-culturales soviéticos»⁶, y participó de forma estable en el grupo de estudio de Thénon dedicado a la reflexología pavloviana, junto con Antonio Caparrós y Juan Gervasio Paz, entre otros⁷. El PCA entonces se ubicó como un espacio político en el cual articular una militancia marxista con un campo intelectual prestigioso, en particular dentro de la psiquiatría. A esto se suman dos hechos,

más globales pero importantes, que permitieron situar al PCA como un punto de referencia para el judaísmo progresista local: la revolución rusa había terminado con los *gulags* y las normativas antisemitas del zarismo, y en 1947 la U.R.S.S., a través de su delegado en la ONU, Andrei Gromiko, se había explayado a favor de la creación del estado árabe-judío.

Para mediados de la década de los cincuentas, el PCA había conformado una comisión israelita que contaba con varias publicaciones, entre ellas el semanario **Tribuna**, editado en castellano e idish desde 1950 hasta principios de la década de 1970, desde el cual se defendieron abiertamente las posiciones de la U.R.S.S.⁸. La comisión también disponía de escuelas dependientes del Idisher Cultur Farband (ICUF - Federación de Entidades Culturales Judías de la Argentina), centros culturales, una colonia de vacaciones, instituciones de crédito y cooperativas propias, entre otras instituciones civiles, según lo expresa en un informe interno de esa comisión⁹. Además, habían obtenido, según los datos de dicho fuente, más del 30% de los votos de los socios en las elecciones de la Asociación Mutual Israelita Argentina e igual nivel de representación en Hebraica. Aún cuando este tipo de informe merece ciertos reparos en su tratamiento como fuente, permite señalar la existencia de una organización judía en el PCA con instrumentos y capacidad de acción. Aunque un armamento más completo del escenario general del judaísmo ligado al comunismo requiere de una indagación más sofisticada que la presente, estos datos en cierta medida permiten delinear una trama institucional en la cual ubicar los recorridos de Bleger e Itzigsohn.

Sin embargo, aunque durante la década del cuarenta el PCA podía ocupar una posición atractiva para el judaísmo, pronto se sucederían eventos ligados a la cuestión judía que tensarían las relaciones de ese sector con el partido.

El comunismo y el antisemitismo en la U.R.S.S.: experiencias y debates

La distinción que Bleger realiza sobre un período de judaísmo «tranquilo» en su vida intelectual, hasta su viaje a Ucrania en 1962 donde se hace «militante», es bastante peculiar. Parecería que Bleger no tenía previamente noticias de la situación de los judíos en la U.R.S.S., o bien que estaba conforme con ella, por lo que se halló sorprendido por el antisemitismo que encontró y eso lo llevó a cambiar radicalmente su forma de pensar al respecto. Pero si se tienen en cuenta algunos antecedentes sobre la cuestión del judaísmo en la U.R.S.S., se puede ampliar el marco, reubicar la postura de Bleger sobre el asunto y reconsiderar esa distinción retrospectiva.

³ Sobre los dichos de Leopoldo Bleger, véase Mariano Plotkin, **Psychoanalysis and Jews in Argentina: The Case of José Bleger: Zionist, Psychoanalyst and Marxist**, ponencia presentada en el Tam Institute for Jewish Studies, 16 de octubre de 2009, mimeo. María Luján Picabea, **José Bleger: las batallas de un hombre en construcción**, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009, pp. 18 y 19.

⁴ José A. Itzigsohn, **Una experiencia judía contemporánea**, Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 21.

⁵ También MACHAL o MAJAL, es una abreviatura para *Mitnadvei Hutz LaAretz*, literalmente «voluntarios de fuera de la tierra de Israel».

⁶ Itzigsohn, op. cit. p. 53.

⁷ Cabría también señalar que el primer libro de Bleger, (**Teoría y práctica del narcoanálisis**, Buenos Aires, El Ateneo, 1952), contiene múltiples referencias a las teorías de condicionamiento pavloviano. Hasta ese entonces, la reflexología y el psicoanálisis no eran corrientes antagónicas. De hecho, podían ser articuladas productivamente como lo señala Enrique Pichón-Rivière en el prólogo al primer libro de Konstatin Gavrilov: «las conclusiones que pueden derivarse de los estudios reflexológicos no están en contradicción con las del psicoanálisis, sino que, por el contrario, sirven de base para la explicación fisiológica de los mecanismos psicológicos que se presentan en las psiconeurosis y las psicosis» (**El problema de las neurosis en el dominio de la reflexología**, Buenos Aires, Editorial Vázquez, 1944, p. 9).

⁸ Durante las décadas de 1940 y 1950 los sectores judíos comunistas contaban con otras 8 publicaciones además de las mencionadas. Para una lista exhaustiva de las publicaciones judías de izquierda. Ver: Alejandro Dujovne, «Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953», **Revista del Museo de Antropología**, Córdoba, nº1, vol. 1, 2008, p. 121-138.

⁹ **Informe de comisión israelita del PCA**, copia dirigida a Vittorio Codovilla, 30 de julio de 1956, mimeo.

Existen algunos antecedentes conocidos para el judaísmo local que levantaron dudas y protestas sobre de la posición de la U.R.S.S. respecto de la cuestión judía. A partir del asesinato de Salomón Mijoels en 1948 y la disolución del Comité Judío Antifascista soviético, la comunidad judía local e internacional comenzó a percibir crecientemente una persecución antisemita en la U.R.S.S. La ejecución de importantes escritores y artistas de la cultura judía en 1952, el caso Slansky¹⁰, y el asesinato de médicos acusados de conspiración sionista en 1953, confirmaron las sospechas y resultaron en un impacto muy negativo en la colectividad judía. Estos eventos además recibieron la condena del líder político israelí Ben Gurión, y del entonces presidente Juan D. Perón, con el apoyo de la Embajada de Israel y la Organización Israelita Argentina¹¹. También, para principios de la década de 1950 el bloque soviético había dejado de apoyar al Estado de Israel y rápidamente se alió a los sectores árabes que luchaban contra el mismo. Además, en los últimos años del estalinismo, se produjo una asimilación forzosa de los judíos que redujo sus actividades culturales y capacidad de organización significativamente. Estos eventos tuvieron una amplia repercusión en la izquierda judía, y culminaron en la separación de las instituciones educativas del ICUF de la *Vaad Hajinuj*, el Consejo Central de Educación Judía, luego de que la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas en 1952 convocase a las instituciones judías a firmar una condena internacional contra el antisemitismo soviético y el ICUF, mediante sus portavoces loel Linkovsky y Mijl Raizman, se opusiera a hacerlo¹². Sin embargo, la admisión del antisemitismo por parte de Jruschov en 1956 en cierta medida generó un hiato expectante en los sectores judíos de izquierda. Estos eventos encausaron las discusiones posteriores sobre las políticas soviéticas respecto del judaísmo y el Estado de Israel.

Pero además de dichos episodios, pueden encontrarse otros antecedentes dentro de la psiquiatría local sobre viajes y experiencias de antisemitismo en la U.R.S.S. Para mediados de los años cincuenta, Itzigsohn había ganado un lugar considerable dentro de la psiquiatría comunista, y cierta visibilidad en la psiquiatría local, por traducir del ruso —idioma que aprendió de sus padres— libros de Pavlov y otros autores soviéticos, y por haber fundado, junto con Thénon y otros, la clínica Bulnes, dedicada a llevar a cabo psicoterapia e investigaciones clínicas basadas en las premisas de la reflexología. En ocasión de un viaje organizado en 1956 para médicos con el fin de visitar el sistema de salud chino y de otros países socialistas, Itzigsohn experimentó un evento similar al que luego relataría Bleger: «De manera inesperada, este viaje que parecía marcar un máximo alejamiento de toda mi pre-

via preocupación por una problemática específicamente judía, me llevó a darme nuevamente de bruces con el problema de la U.R.S.S.». Itzigsohn, se encontró en Moscú, Kiev, Polonia y Bulgaria con testimonios de judíos y no judíos que le indicaban que los prejuicios antisemitas no habían sido superados, y que no se explicaban por resabios del zarismo o la ocupación nazi. Itzigsohn ya conocía además problemas de antisemitismo relacionados con el estalinismo: «Debo admitir aquí que cuando se produjo el proceso a Slansky me incliné a tomar como ciertas las acusaciones que se hicieron contra él y contra organizaciones judías a las que se adjudicó el papel de agentes del imperialismo. Me incliné a creerlo así por carecer de suficientes elementos críticos y también porque como muchos necesitaba proteger mi sistema de convicciones y de creencias contra toda grieta que pudiera amenazarlo y ponerlo en duda»¹³. En su narración autobiográfica, Itzigsohn además menciona que al regresar «debatí las tribulaciones anímicas que me había originado el problema judío en los países socialistas con amigos que militaban en movimientos de izquierda»¹⁴. Esto último es indicio de que la cuestión del antisemitismo en la U.R.S.S. posterior a la muerte de Stalin fue conocida dentro del PCA, y si bien no es posible afirmar cómo esta fue divulgada o aceptada, permite ubicar un círculo de militantes que estarían advertidos de estos asuntos.

Algunos documentos de la comisión israelita del PCA permiten seguir ese indicio y mostrar que la cuestión del antisemitismo no constituía algo cómodo o siquiera resuelto para el comunismo local.

El informe de la comisión israelita antes citado hace mención a «los principales problemas que actualmente preocupan al sector judío». Uno de los más importantes consistió en los debates y desacuerdos dentro de la comisión sobre el proceso de la asimilación de la cultura judía en la soviética. El informe menciona que en la editorial del periódico **Tribuna** del 13 de Abril de 1956 se esgrimieron argumentos que criticaban la posibilidad del resurgimiento del *idish* en la U.R.S.S., por el contrario, se sostuvo que el lenguaje cotidiano de los judíos desaparecería por el proceso natural de asimilación a la cultura soviética y que la insistencia en el reclamo de un resurgimiento del idioma era una argumento ostentado desde sectores antisoviéticos. Además de las críticas externas, el informe señala que dentro mismo de la redacción del semanario se alzaron críticas y opiniones divergentes. Una de las posturas contrarias, adjudicadas en el documento a los apellidos¹⁵ de Goldberg y Preidkes, sostenía que la asimilación era un fenómeno indeseable; para el primero «La pérdida de rasgos judíos es un hecho negativo. (...) La asimilación es regresiva y anti-comunista», y para el segundo «La asimilación es reaccionaria. No debemos teorizar». Otra crítica, asignada a Sakin, señala que «No

¹⁰ Rudolf Slansky llegó a ser el secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia en 1948. Sin embargo disidencias fuertes sobre cómo adoptar el modelo soviético lo pusieron en contra del Primer Ministro Klement Gottwald, muy cercano a Stalin. Esto llevó a que Slansky y 13 dirigentes del partido fuesen acusados de conspiración, llevados a juicio y ejecutados en 1952. Todos los acusados eran judíos y fueron acusados de sionismo.

¹¹ Nerina Visakovsky, **El Tejido Icfufista. Cultura de Izquierda Judía en Villa Lynch (1937-1968). judíos, comunistas y Educadores**. Tesis doctoral no publicada, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009, mimeo, p. 82,

¹² *Ibid.*, p. 105.

¹³ *Ibid.* p. 54

¹⁴ *Ibid.* p. 62. Según Itzigsohn, este asunto fue muy conversado con Bleger, y mientras que el primero albergó esperanzas de un cambio en la orientación del partido, el segundo se marchó. Entrevista telefónica, Buenos Aires - Jerusalén, 20 de Agosto de 2009.

¹⁵ Desafortunadamente, al momento de escribir este trabajo no se ha accedido a fuentes que ofrecieran más datos sobre estos apellidos. En todo caso, el documento es claro respecto de su pertenencia a la redacción de **Tribuna**.



se puede hablar de antecedentes históricos afirmando que allí donde no son perseguidos, los judíos se asimilan. (...) No se conoce ningún caso bajo el capitalismo donde los judíos se hayan asimilado totalmente. (...) si bien no puede negarse el proceso de asimilación de los judíos, es atinado creer que ese proceso puede durar siglos». Una tercera crítica señala un error en la caracterización del público lector; según Schlesinger «No debemos hablar de ello porque es como anunciar al enfermo la proximidad de su muerte. Los dirigentes deben conocer mejor a las masas», y según Laufer, «No se puede negar que existe un proceso de asimilación de los judíos en todas partes. Pero no debemos mencionarlo porque es una falta de tacto». Por otra parte, el informe reconoce que el semanario **Tribuna** ha sido calificado como «sectario porque sale demasiado combativo». Tempranamente dentro de la comisión existían impugnaciones culturales, políticas y teóricas a la manera en que el asunto de la asimilación era planteado y defendido.

El semanario **Tribuna** constituyó el medio más representativo del judaísmo ligado al PCA y su ubicación política debe entenderse en función de los constantes debates que mantuvo con el periódico **Nueva Sion**. El mismo fue editado por la fundación Mordejai Anilevich, órgano del partido socialista israelí MAPAM-Hashomer Hatzair y publicado desde 1948 e interrumpido en 1977, con lo cual se convirtió en uno de los voceros privilegiados y más longevos de los sectores sionistas y socialistas de la comunidad judía¹⁶. Un artículo de Kahan sobre el intenso debate en las páginas de **Nueva Sion** a partir de los dichos de Rubén Sinay, director de **Tribuna**, sobre el *affaire* Eichmann de 1960 y las acciones antisemitas del Movimiento Nacionalista Tacuara durante 1962, permite mostrar los principales lineamientos políticos en el judaísmo de izquierda hacia principios de la década de 1960¹⁷. El debate mostró dos posiciones: en primer lugar, la socialista sionista, que definía el problema del antisemitismo como un problema específico en términos socio-económicos y, en tanto no incumbían a otros estratos sociales, sólo podía interesar genuinamente a la comunidad judía, la que debía unificarse y reclamar por sus derechos de forma particular. En segundo lugar, el comunismo sostenía que el antisemitismo es un derivado de políticas fascistas e imperialistas, por lo tanto, la comunidad judía debía unirse a los sectores rurales y proletarios para hacer frente de forma conjunta a las políticas reaccionarias que asolan América Latina. Desde esta última posición, el reclamo judío no era específico y la comunidad no debía autosegregarse de la realidad argentina. Para **Nueva Sion** esta perspectiva era inadmisibles, puesto que «si por un lado se puede distinguir [la] lucha de clases (con dos bandos enfrentados), en el antisemitismo la persecución es a todos los judíos por igual», es decir, el antisemitismo era un problema

que no podía resolverse con la supresión de clases en una sociedad socialista, argumento que remite al problema judío en la U.R.S.S. Por ello, «la lucha de los judíos de la Argentina contra el terror nazi y por sus derechos» debe ser llevada «al margen de la situación nacional»¹⁸. Para esta vertiente, la tesis asimilacionista, que fundamenta la idea de la unidad de los judíos con el resto de las fuerzas trabajadora, era inadmisibles en tanto suponía diluir el problema específico del antisemitismo y por ende adoptar una postura anti-judía que significaba desconocer las acciones y dichos antisemitas. Por el tenor de la discusión queda claro que las posiciones eran excluyentes y que los sectores de la izquierda judía tenían diferencias sustanciales. En cualquier caso, esta discusión ofrece los parámetros básicos de discusión sobre el antisemitismo local y en la U.R.S.S. en ese momento; para el sionismo, el antisemitismo sólo podía ser resuelto por la acción directa y unificada de los judíos; para el comunismo, debía resolverse integrando a los judíos en los reclamos generales de los trabajadores en contra de las políticas imperialistas.

Estas posiciones opuestas ofrecen un cuadro de situación que permite comprender una dinámica en la discusión que llevó a Itzigsohn a no expresar abiertamente sus dudas al llegar de su viaje por la U.R.S.S.: «no hice públicas mis preocupaciones porque tenía conciencia de que el problema judío en los países socialistas era y es agitado, a veces, por personas a quienes no les interesa ni en grado mínimo el destino del pueblo judío ni el progreso del socialismo sino más bien todo lo contrario. Sin embargo, creo que me equivoqué porque ahora comprendo que la adhesión a un pueblo o una causa no se demuestra con el silencio ni tomando por aceptable lo que no es, sino por el contrario, señalando con claridad lo que nos parece errado»¹⁹.

Bleger, Sinay y la polémica antisemitismo/asimilacionismo

A diferencia de Itzigsohn, Bleger no tardó en hacer pública su propia experiencia de 1962, y envió un artículo al respecto a **Nueva Sion**, los primeros días del mes de enero de 1963²⁰. De lo señalado anteriormente es claro que la elección de dicho periódico por parte de Bleger muestra que se inserta en una discusión ya planteada y con posturas delimitadas. En la carta que Bleger envía a la redacción aclara que «esta posición no se alienta ni entronca con posiciones antisoviéticas de las que firmemente quiero estar a salvo», en un intento por recortar el problema judío de la empresa soviética total. Sin embargo su toma de posición frente al papel de la U.R.S.S. y del PCA sobre la cuestión del judaísmo en la U.R.S.S. lo ubicarán claramente fuera del comunismo, como se verá en los argumentos que se expondrán a continuación.

¹⁶ Este periódico cuenta con una segunda época, de 1984 hasta la actualidad.

¹⁷ Emanuel Kahan, «'Sionistas' vs. 'progresistas'; una discusión registrada en las páginas de Nueva Sion en torno de la cuestión Israelí y la experiencia fascista durante el *affaire* Eichmann, 1960-1962», **Cuestiones de Sociología**, La Plata, n° 3, 2006, pp. 298-314.

Disponible en [historiapolitica.com](http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/kahan1.pdf), <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/kahan1.pdf> [último acceso 12/1/2010]. La paginación citada corresponde a la versión on-line.

¹⁸ *Ibid.* p. 12.

¹⁹ Itzigsohn, *op. cit.* p.62

²⁰ José Bleger, «Los judíos en la Unión Soviética» [1963]. Reproducido en AA.VV., **Nacionalidad oprimida. La minoría judía en la U.R.S.S.**, Montevideo, Mordejai Anilevich, 1968, pp. 222-231.

Bleger comenta lo siguiente: «Mi conocimiento del *idish* hizo que pudiera entrar con facilidad en relación con los judíos y a raíz de ellos y sin que específicamente me lo propusiera como objetivo del viaje, se renovaron y replantearon mis inquietudes e intereses por la cuestión judía»²¹. El artículo se inicia señalando los beneficios que los judíos obtuvieron luego de la revolución de 1917, especialmente remarcando la importancia del crecimiento cultural de la comunidad judía hacia la década de 1930. Para Bleger, este crecimiento congeniaba con los lineamientos marxistas que propiciaron la revolución: «No queda ninguna duda que la posición marxista ante el problema judío fue de fomento y desarrollo, igualdad y libertad, sin exigencia de asimilación. La segregación y la discriminación, tanto como la asimilación forzada o planeada quedaron totalmente excluidas del marxismo». Esta impugnación a la asimilación planeada remite al estalinismo, y aunque el régimen estalinista tuvo hasta 1948 políticas pro-judías, «la creación del Comité Antifascista judío y la intensificación momentánea de la vida judía, tiene todas las características del oportunismo en la política estalinista»²². Bleger no dejó de señalar insistentemente que lo peor del antisemitismo vino de la mano del estalinismo y de la ocupación nazi. Pero aún para 1962, «el antisemitismo no ha sido erradicado» y «fue unánimemente referido o confirmado con todos los judíos con quienes tuve oportunidad de hablar directamente». El punto es que para Bleger «la responsabilidad del gobierno es que no se pone freno ni se enfrenta al prejuicio antisemita de la población», y esto se demostraría en que «[p]ermanecen clausuradas todas las instituciones judías, escuelas, periódicos y editoriales en *idish*; no hay ninguna institución judía cultural o social»²³. También habría una discriminación religiosa puesto que «[n]o hay ninguna congregación central o unificada de la religión judía cuando sí la hay para otras religiones», y además, los judíos con carreras universitarias «no están presentes en una proporción equilibrada en las actividades productivas»²⁴. Para el psiquiatra, todo esto no hablaría de un proceso de asimilación voluntaria de los judíos en la cultura soviética, como sostendría el comunismo, sino de una política de marginación de la cultura judía.

La cuestión central para Bleger es que desde la muerte de Stalin, no hay indicios de reparación o fomento de la cultura judía en el mundo soviético. Esto sería señal de que «hay todavía un problema tanto o más serio al respecto: la negación del problema y el silencio alrededor de él. Entre nosotros (...) el problema es negado y subestimado por quienes justamente debieran enfrentarlo y los que informan o se ocupan de él, son directamente acusados

de estar en una posición antisoviética y reaccionaria. La negación del problema, así como su misma existencia son restos del estalinismo que tienen que ser resueltos radicalmente»²⁵. Bleger entiende que «hay en el presente, en cierta medida, una actitud muy estereotipada frente al sionismo» y exige que se reconozca que éste no puede ser reducido a una fuerza contraria al socialismo: «Nada impide —todo obliga— a que hagamos diferencias entre Israel y su gobierno, entre las fuerzas progresistas del sionismo y las reaccionarias. Todo este problema no es estrictamente una cuestión judía. Es una cuestión del socialismo»²⁶. Desde esta postura, el problema del judaísmo es entonces una muestra de que las políticas estalinistas tienen continuidad en la U.R.S.S., lo que desacredita el papel político la U.R.S.S. y ubica al comunismo defensor de la tesis del asimilacionismo como un elemento retrógrado respecto de la reivindicación de los derechos judíos.

La respuesta este artículo no se hizo esperar y mereció un folleto de 64 páginas escrito por Rubén Sinay y editado por **Tribuna**²⁷. El folleto realiza un análisis minucioso de cada afirmación del texto de Bleger y contrapone extensos argumentos con la pretensión de una impugnación total. En lo que sigue sólo se expondrán aquellos medulares para rastrear la posición del comunismo respecto de la solución del problema judío por la asimilación cultural.

Lo primero que se propuso Sinay es desacreditar las fuentes de Bleger, quien no aclara la fuente de los comentarios que recibió personalmente y son expuestos con demasiada generalidad. Para Sinay, las extensiones que Bleger hace de esos comentarios son excesivas y afirmó que hay muchos elementos atrasados y herméticos en el judaísmo soviético con los que él mismo asegura haberse topado también en Ucrania, el lugar en el que Bleger dice hay mayor antisemitismo. Por otra parte, Sinay desconfió de las estadísticas y datos generales que Bleger señala sobre la religión, las publicaciones y la actividad profesional, debido a que «tampoco se trata aquí de una comprobación personal, sino de información obtenida de fuente *antisoviética*»²⁸. La fuente en cuestión sería el informe que Nahum Goldman, presidente entonces del Congreso Mundial Judío y de la Organización Mundial Sionista, presentó en una conferencia internacional realizada en París en 1961. Sinay comparó las oraciones del informe con las de Bleger, y consideró una grave ingenuidad de Bleger confiar de ese informe producido por una institución con sede en Nueva York y, según él, abiertamente antisoviética. La comparación es indicadora también de la polarización de las posiciones, y sitúa a Bleger dentro de una discusión mayor y bastante anterior.

Sinay recurrió al censo oficial de la U.R.S.S. de 1959, una de las fuentes del texto de Goldman y de Bleger, que señala que los judíos representan el 1% de la población, son la quinta minoría y ocupan el 15% de los puestos profesionales, datos que para Sinay muestran que los judíos estaban lejos de ser discriminados pro-

²¹ *Ibid.* p. 222.

²² *Ibid.* p. 225.

²³ *Ibid.* pp. 226 y 227. Vale decir que para Bleger la cuestión de *idish* constituía el centro de la discusión del antisemitismo. En un manuscrito sin fecha titulado «Algunos aspectos de la cultura general y judía» del archivo de su hijo Leopoldo, Bleger afirma: «al *idish* y a la cultura en el que se basa debemos el vínculo principal de los judíos» (p.4). No era para él la religión lo que había mantenido unido al pueblo judío, sino su cultura, que podía pervivir sólo a través de su lengua. Esto permite entender que para Bleger las publicaciones y actividades en *idish* constituían un acervo de identidad y unidad fundamental. Desde luego, la cuestión del lenguaje en la comunidad judía es un asunto de larga data y Bleger, más que innovar, toma posición.

²⁴ *Ibid.* pp.227 y 229.

²⁵ *Ibid.* p. 228.

²⁶ *Ibid.* p. 230.

²⁷ Rubén Sinay, **La invención del «antisemitismo soviético»**, Buenos Aires, Ediciones Tribuna, 1963.

²⁸ *Ibid.* p. 12. Cursiva de Sinay.

fesionalmente. Sobre la cuestión religiosa, Sinay señaló que sólo los cultos más difundidos están representados por instituciones centrales, y éstos se reducen a cuatro. El resto, incluyendo al judaísmo, no lo estaba, pero su centralización dependería de la iniciativa de la propia colectividad, como sucedió con las otras, puesto que el estado soviético, por ser ateo, no impulsó esas organizaciones. Según este autor no había muestras de discriminación sino signos de que el judaísmo estaría en pleno proceso de asimilación. A partir de los datos que el propio Bleger señala como relevantes, Sinay interpretó a su favor que, de los dos millones y medio de judíos en la U.R.S.S., sólo un millón y medio tengan creencias religiosas, y que, del total de judíos, apenas el 20,8% reconozca el *idish* como su idioma propio. Todo ello no sería una muestra de una comunidad que sufra de censura cultural o que sea un dato significativo para generar políticas que alienten el crecimiento cultural, sino que corroboran que el proceso de asimilación se encuentra avanzado «no por imposición ni decreto administrativo, sino por evolución natural»²⁹.

Para Sinay, la asimilación consistía en un proceso objetivo de transformación cultural determinada por sus bases socio-económicas. No existiría el «judío como tal» del que hablaba Bleger. Más aún, esa idea sólo conduciría a la autosegregación y al conservadurismo. La perdurabilidad del judío —como la asimilación— debería explicarse por «el prolongado ejercicio de funciones económico-sociales comunes, específicas y diferenciadas en el seno de la sociedad feudal y precapitalista. El «secreto de la perdurabilidad del judío» se hallaría «en la persistencia o pérdida de la peculiaridad de esas actividades»; la religión, que para el Estado de Israel constituye el elemento unificador de los judíos, no sería más que «el reflejo ideológico de una determinada base social»³⁰. De esto se desprende que la asimilación en la U.R.S.S. no es más que un proceso de integración y transformación de las culturas motorizado por la socialización de la producción económica, y esta habría comenzado para Sinay en 1917 y no en 1948. Sin embargo, Sinay distinguió dos tiempos en el proceso de asimilación. Un primer momento de «aislamiento», en el que los grupos nacionales —y el judaísmo es considerado por sionistas y comunistas como nación— se reagrupan frente a un contexto novedoso en búsqueda de apoyo mutuo. Le seguiría un momento de «fusión» cultural y económica progresiva. Sinay consideraba que el caso de las corrientes inmigratorias argentinas fueron una muestra de ese proceso objetivo. Concluye entonces que el judaísmo en la U.R.S.S. «no se 'disuelve', no 'desaparece' (...) sino se transforma para dando lo suyo crear al nuevo hombre soviético en el que él —el judío— se reconoce»³¹. El sionismo, en sus términos, sólo pretende el aislamiento, y esto actúa como una fuerza reaccionaria a la unión de los pueblos en el socialismo.

Lo que sigue en el folleto es la reproducción de argumentos esgrimidos en una serie de nueve artículos publicados en **Tribuna** con el título de «Otra vez sobre lo específicamente judío» desde el

número 486 del 30 de Marzo al 495 del 1 de Junio de 1962, en contra del programa político del sionismo de izquierda. Sinay consideró que las tesis que plantea el sionismo de izquierda, divulgadas por **Nueva Sion**, no podrían ser solución alguna para judaísmo: «los 'marxistas' del sionismo de izquierda suponen que el problema del pequeño burgués o del buhonero judío se soluciona productivizándolo al servicio de capitales israelíes y extranjeros. Porque no olvidemos que Israel es un país burgués dependiente de los monopolios imperialistas»³². Por lo tanto, el «retorno» a Israel por parte de los judíos soviéticos sólo los llevaría nuevamente a un régimen capitalista: «es una picardía del 'sionismo de izquierda' el proponer a los judíos soviéticos que vayan a llenar con su sudor las faltriqueras de los capitalistas israelíes y norteamericanos ofreciéndoles como recompensa la ilusoria preservación de una indeterminada e inaprehensible 'condición judía' un futuro socialista del que ya están gozando desde hace casi medio siglo». Por todo esto, concluye: «Israel no es vital para los judíos soviéticos»³³.

Por otra parte, el sionismo tampoco sería una solución para los judíos argentinos. La insistencia en generar condiciones para el socialismo en Israel sólo sirvió, en la mirada de Sinay, para desatender las condiciones argentinas. Según él, todos los episodios importantes de antisemitismo en Argentina surgieron en momentos reaccionarios contra el conjunto popular, como la Semana Trágica, durante la Década infame, la Revolución Libertadora de 1955 y por el plan CONINTES. Por ende, los judíos locales deberían alinearse con las fuerzas trabajadoras locales en contra de los movimientos reaccionarios e imperialistas, defendiendo sus intereses, al avanzar sobre las causas del antisemitismo, y contribuyendo al resto de los sectores populares. La insistencia en la idea de «judío como tal» conlleva una autodiscriminación de la realidad argentina que no contribuiría en nada a cambiar las realidades locales en las que los judíos efectivamente están insertos. Para Sinay, entonces «no es la 'unidad judía', al margen de la realidad argentina, lo que traerá seguridad y paz a los argentinos, sino la Revolución agraria y antiimperialista»³⁴. Lo que Sinay reclamaba entonces es no poner al problema del judaísmo por encima de la lucha de clases.

El hecho de que sea Sinay el que responda muestra nuevamente que el texto de Bleger se insertó en una discusión cuyos carriles ya estaban delimitados hace tiempo y eran conocidos dentro de la comunidad judía de izquierda. Su esfuerzo por desarrollar ampliamente sus críticas y contrarrestar los argumentos de Bleger —y por extensión, de todo el sionismo de izquierda— indica un reconocimiento solapado a Bleger y a **Nueva Sion** como un sector que podía disputarle al comunismo el protagonismo logrado en el judaísmo progresista durante las décadas anteriores. Sin embargo, la exposición sistemática de Sinay, a pesar de su ahínco en mostrar que no hay una política antisemita en la U.R.S.S., finalmente tiene un efecto global que cede a los argumentos de Bleger: no se reconoce problema alguno, salvo ciertos prejuicios retrógrados y marginales, ni tampoco parecen necesarias políti-

²⁹ *Ibid.* p. 19.

³⁰ *Ibid.* p. 25.

³¹ *Ibid.* p. 20.

³² *Ibid.* p. 57.

³³ *Ibid.* p. 27 y 28.

³⁴ *Ibid.* p. 37.

cas activas para revertir esos prejuicios antisemitas de la población soviética. En este punto, la discusión del antisemitismo no tiene otro destino que el del *impasse*. Con todo, cabe señalar que la argumentación de Sinay es más compleja y advertida que el breve resumen que se puede apuntar aquí.

Al año siguiente de esta polémica **Nueva Sion** publicó un nuevo artículo de Nahum Goldman en el que se instaba a «luchar por el derecho de ser diferentes mientras gozamos de la igualdad de derechos como ciudadanos». Y aunque repetía las denuncias sobre la discriminación religiosa y cultural en la U.R.S.S., afirmaba que en esa defensa de los derechos judíos «no hay sentimientos o actitudes antisoviéticas». Para Goldman, los judíos no debían tomar partido en la Guerra Fría: «la opinión pública debe tener cuidado de no dejarse arrastrar en cruzadas antisoviéticas y en la guerra fría. Deben permanecer al margen de los conflictos de las potencias (...) los extremismos y las acusaciones violentas no harán otra cosa que perjudicar nuestra justa causa y la situación de los judíos soviéticos»³⁵. Este artículo puede considerarse como una estrategia de demarcación por parte del sionismo de izquierda; no debe posicionarse como antisoviético, pero tampoco tomar partido por la U.R.S.S. Esta postura «independiente» es congruente con la unidad judía y la autonomía del problema. Por otra parte, el periódico no perdía oportunidad de denunciar el antisemitismo soviético. Poco después denunció un folleto publicado por la Academia de Ciencias de Kiev «Judaísmo sin afeites» con evidente contenido antisemita. El diario no deja de remarcar que mientras las publicaciones oficiales de los partidos comunistas de Francia e Italia repudiaron el libelo, **Tribuna** «habla de 'la invención del antisemitismo soviético'»³⁶. Para este sector del judaísmo progresista, las soluciones no se hallaban en la U.R.S.S.

Psiquiatría y judaísmo luego de 1963

Para 1963 Bleger pasó a ser un intelectual de mayor trascendencia al ampliar su auditorio por fuera del campo «psi»; el tenor de la respuesta de Sinay permite ubicar a Bleger como un interlocutor importante dentro del judaísmo de izquierda. De hecho, a partir de ese momento comenzó a establecer vínculos entre ambos sectores. Ese mismo año, el simposio anual de la Asociación Psicoanalítica Argentina se dedicó al estudio psicoanalítico del prejuicio antisemita, en el cual Bleger expuso el problema del judaísmo soviético³⁷. En 1964 participó junto a Eliseo Verón en una mesa redonda titulada «Estructura del prejuicio antisemita» realizada en la Sociedad Hebrea Argentina. Ese año, en otra mesa llevada a cabo en la Asociación Argentina de Amigos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, titulada «Desarrollo del individuo en el mundo actual», compartió la mesa con Enrique Butelman. Esta presencia es significativa por su ubicación en el campo intelectual. Es sabido que Butelman y Bernstein pertenecían a la comunidad judía argentina,

y que su editorial Paidós tuvo una incidencia remarcable en la intelectualidad del momento. Su larga y exitosa colección **Biblioteca del hombre contemporáneo** contaba con varios libros dedicados al judaísmo, entre ellos, un grueso libro de Ari Benami titulado **El problema judío en la Unión Soviética**³⁸, publicado en 1967. El libro, que articula experiencias de antisemitismo del autor a lo largo de la U.R.S.S. con estadísticas oficiales, apareció pocos meses antes de la Guerra de los Seis Días y coincidió con el momento de mayor crisis interna del PCA; ello puede ser considerado como una muestra de la difusión del problema del antisemitismo en la intelectualidad del momento y la incapacidad del comunismo de mantener en su seno las fuertes controversias sobre la política soviética internacional. Ese mismo año Bleger, ya desligado de la Universidad de Buenos Aires (UBA) luego de 1966, conjuntamente con Isabel Luzuriaga y León Grinberg —quien para entonces ocupaba puestos de trascendencia en la International Psychoanalytical Association— encaró un proyecto ambicioso: la creación de un «Instituto israelí de investigación y enseñanza de ciencias psicológicas y psicoterapéuticas». Tal institución tendría diversos objetivos: otorgar atención psicológica producto del conflicto bélico; llevar a cabo tareas en la población de psicohigiene, es decir, de prevención de enfermedades mentales producto del conflicto y de las dificultades económicas; y contribuir a que los elementos nativos del Estado de Israel se integren con los judíos que provienen de regiones geográficas y culturales diversas, los que tienen que pasar por un duro proceso de adaptación. Este proyecto es una muestra tanto del despliegue académico de Bleger como de los intentos de vincular las disciplinas «psi» con políticas públicas de salud y el problema político-cultural del judaísmo. Finalmente Bleger, ya bautizado por Marie Langer como el «rabino rojo de la APA», participó del Congreso Judío Mundial en París de 1972, pocos meses antes de su muerte.

Por otra parte, Itzigsohn llegó a ser director del Departamento de psicología de la UBA en 1964 con varias materias a cargo. Acompañado por Antonio Caparrós y Juan Gervasio Paz, progresivamente se distanció del PCA hasta separarse de él luego de 1966, año en el cual también dejó sus cargos en la UBA. Itzigsohn participó, junto a Carlos Polak, León Pomer y Herman Schiller de la fundación de **Voz Libre**, un periódico con una colocación alternativa a **Nueva Sion** y **Tribuna** y ligado al «Grupo de los 13», fracción que se alejó del ICUF luego de intensas polémicas alrededor de la Guerra de los Seis Días³⁹. En 1969 publicó en Paidós su libro **Una experiencia judía contemporánea**, que, además de ofrecer una breve autobiografía, realiza un análisis muy crítico de la política soviética en Medio Oriente. Luego de la muerte de Bleger, publicó varios artículos reivindicando su dedicación a la cuestión judía. Posteriormente a abandonar la UBA, permaneció dirigiendo colecciones de libros sobre psicología soviética y psiquiatría, aunque su principal actividad estuvo dirigida al tratamiento de los problemas judíos, hasta que finalmente en 1976 se exilió a Israel.

³⁵ Nahum Goldman, «No todo está como entonces», **Nueva Sion**, n° 378, año XVIII, 28 de febrero de 1964, pp 2 y 6.

³⁶ «Partidos comunistas critican una actitud soviética», **Nueva Sion**, Buenos Aires, n° 384, año XVII, 27 de marzo de 1964, p. 1.

³⁷ Para un comentario de este simposio, véase Plotkin, *op.cit.* p. 19.

³⁸ Pseudónimo de Arie L. Eliav; ese año se publicó la traducción al inglés, editada por la Jewish Publication Society of America, con el título de **Between hammer and sickle**, fiel al original en hebreo.

³⁹ Visakovsky, *op. cit.*, p. 121.



Judaísmo, izquierda y campo «psi»

El recorrido presentado aquí muestra, al menos en sus derivaciones, la forma en que las discusiones sobre la cuestión judía en la U.R.S.S. impactaron dentro del campo disciplinar de la psiquiatría y la reciente psicología a principios de los sesentas. Desde ya, la cuestión del asimilacionismo de las minorías judías y las discusiones entre sectores sionistas y comunistas tienen muchos antecedentes en décadas previas a 1960. Este escrito se limitó a ubicar las figuras de Bleger e Itzigsohn en un espectro más amplio de problemas y en una coyuntura distinta a las disputas internas de la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología. La discusión de Bleger con los reflexólogos del PCA ha sido usualmente ubicada como un evento divisorio dentro de la psiquiatría de izquierda, en tanto el psicoanálisis, por oposición a una reflexología representante de una ortodoxia estalinista, sería un saber más sofisticado y por ello políticamente reivindicable. Esta perspectiva ha contribuido a generar posturas autojustificadoras en dichas disciplinas y miradas retrospectivas usadas como formas de legitimación internas al campo «psi». El problema del judaísmo permitiría complejizar ese escenario dicotómico en la medida en que no se generó dentro de dicho campo pero implicó a varios de los principales representantes de éste. La cuestión del antisemitismo soviético cobró relevancia, no en el plano de la identidad o de las convicciones políticas de Bleger, sino en la dimensión de un problema político que intersecó las posiciones dentro de la izquierda y medió las relaciones entre los docentes de la reciente carrera de psicología de la UBA, los miembros de APA y del PCA. Desde esta perspectiva, el problema del judaísmo impondría una grilla de posiciones que se solapa a las ubicaciones que los actores poseen dentro de sus disciplinas y en el ámbito político de izquierda. A partir de esta cuestión se podría considerar un reposicionamiento de los actores tanto de forma interna del ámbito «psi» como en medios externos a él.

Ciertamente la cuestión del antisemitismo funciona como un punto de tensión entre los sectores de izquierda. El carácter internacional del problema de Israel y de la U.R.S.S. fue seguido detenidamente por el judaísmo local, a lo que se sumaron el *affaire* Eichmann y las acciones de Tacuara. Todo ello contribuyó a un replanteamiento de los sectores de izquierda respecto al carácter de una solución socialista para el problema judío, y puso en cuestión la postura comunista, tanto desde otras filiaciones políticas como entre los mismos judíos vinculados al PCA. Debido al problema del judaísmo en la U.R.S.S. y por su política cambiante frente al Estado de Israel, podría considerarse que el PCA perdió progresivamente el dominio de su propio sector judío. En cierto sentido, no debería sorprender que estos conflictos se produzcan en esos años y que se ponga en cuestión el modelo soviético, si se recuerda que entre 1963 y 1964 se producen las separaciones del grupo de **Pasado y Presente** y de **La Rosa Blindada**. Además, podría conjeturarse que la política internacional soviética respecto de la cuestión del Estado de Israel y las guerras en Medio Oriente se sumó al conflicto entre China y la U.R.S.S., que por esos años se encontraba *in crescendo*, y contribuyó a erosionar su lugar de modelo socialista dentro mismo del comunismo. Estos años pueden entenderse como un momento de crisis intelectual del partido, la que incluiría a una comunidad judía disconforme con la postura del comunismo frente a un problema que adquirió una densidad propia.

Resumen:

Este artículo analiza las formas en que el problema del antisemitismo soviético fue abordado en la psiquiatría argentina comunista durante las décadas de 1950 y 1960. Específicamente, se trabajan escritos de José Bleger y José Itzigsohn, figuras relevantes dentro de la psiquiatría y la psicología local del momento. Se los ubica en el sector judío del Partido Comunista Argentino, y se analiza su posición frente a una discusión dentro del sector de izquierda de la comunidad judía argentina sobre el sionismo, el asimilacionismo y el antisemitismo soviético. Esa discusión se reconstruye a partir de los periódicos **Nueva Sion** y **Tribuna**, que representaron posturas antagónicas sobre esas cuestiones. A partir de ello se muestran los puntos de vinculación entre los diversos sectores del judaísmo de izquierda y el campo de la psiquiatría y la psicología. También se señala la importancia política de este debate dentro del Partido Comunista Argentino.

Palabras Clave: Judaísmo; comunismo; psiquiatría.

Abstract:

This article analyses the approaches of Argentinian communist psychiatry to the problem of soviet anti-Semitism during the decades of 1950 and 1960. The focus is on the writings of José Bleger and José Itzigsohn, both relevant authors in local psychiatry and psychology. The aim of this writing is to locate this authors in the Jewish segment of the Argentinian Communist Party, and how they took part in a discussion within the Argentinian left-wing Jewish community about Zionism, assimilation and soviet anti-Semitism. This discussion is reconstructed from the journals **Nueva Sion** and **Tribuna**, which represented opposite stances on the mentioned issues. From this debate, linking points between different factions of the left-wing Judaism and of psychiatry and psychology fields are shown. Also, it is considered the political importance of anti-Semitism discussion in the Argentinian Communist Party.

Keywords: Judaism; communism; psychiatry.

Teoría crítica e historia intelectual en José Sazbón*

Luis Ignacio García (UNC/CONICET)

Lo característico del tipo de crítica que en principio representa el materialismo histórico es que incluye de forma indivisible e incansable la autocrítica. Es decir, el marxismo es una teoría de la historia que pretende ofrecer a la vez una historia de la teoría.

Perry Anderson, **Tras las huellas del materialismo histórico**

Es sabido que la obra de José Sazbón (1937-2008) tuvo uno de sus centros de interés en el estudio de las derivas del «marxismo occidental» en general y de la «teoría crítica»¹ en particular, sus herencias y alternativas en la actualidad. Es notoria también la importancia que en sus trabajos adquieren las reflexiones teórico-metodológicas sobre «historia intelectual» y teoría de la historia en general. Pero un rasgo menos visible, y quizá más revelador de los intereses de Sazbón, es el modo en que, en sus trabajos, ambas tradiciones teóricas se dan cita en intersecciones de fecundación mutua. Nuestro objetivo es referirnos a algunas de esas encrucijadas. El propio Sazbón ha allanado nuestro trabajo al dejarnos un estudio referido explícitamente a este cruce, y titulado, precisamente, «Historia intelectual y teoría crítica», y sin dudas deberemos referirnos a él. Sin embargo, nuestra hipótesis más general sostiene que la articulación entre las estrategias de la historia intelectual y los reclamos de la teoría crítica no expresa un interés circunstancial acotado a un estudio suelto del resto de su producción, sino que señala el punto en que se condensa el sentido teórico y político del legado de Sazbón. Si, con la mirada amplia, diversificada y comparativa que el Sazbón historiador intelectual nos ayudó a ejercitar, entendemos que la teoría crítica puede ser inscripta en el marco más amplio de elaboraciones del denominado «marxismo occidental», entonces nuestra hipótesis podría reformularse del siguiente modo: en la obra de Sazbón asistimos al enlace productivo entre un emprendimiento historiográfico sujeto a los rigores metódicos y a la gracia artesanal de la historia intelectual, y un

programa de actualización pluralista y renovadora del marxismo en tiempos adversos para sus aspiraciones políticas y afa-nes teóricas. Ciertamente, el trabajo más explícito y programático en cuanto a estos entrecruces es el antes citado «Historia intelectual y teoría crítica», de 1997. Pero la evaluación de este enlace nos remitirá de lleno a los intereses más persistentes de la labor sazboniana, centralmente a su genealogía del desacople de estas dos instancias, método historiográfico y exigencia emancipatoria. El concepto que amparaba ese enlace era, para Sazbón, el de *conciencia histórica*. La crisis de este concepto a partir de la segunda mitad del siglo XX ha llevado a una desarticulación entre conocimiento histórico y praxis emancipatoria de amplios alcances teóricos y de resonantes corolarios políticos. De allí que el programa de una teoría crítica hoy reclame, para despejar el terreno de sus posibilidades y bloqueos, el ejercicio de una historia intelectual que muestre el panorama histórico de las ciencias humanas de los últimos decenios, que, por razones histórico-intelectuales delimitables, se ha mostrado opaco a los reclamos de un sentido crítico-emancipatorio de la práctica historiográfica. Este es el sentido en que la intervención teórico-política de Sazbón podría ser entendida como un esfuerzo por articular historia intelectual y teoría crítica: una teoría crítica de la historiografía, que reclama a esta última una orientación normativa que de sentido a su labor, y una historia intelectual de la teoría crítica, que haga consciente a esta última de las condiciones históricas de sus posibilidades y dificultades, confluyen en la formulación de un amplio programa de historia crítica del marxismo occidental. Con ello, Sazbón no hace sino confirmar una pauta metódica del materialismo histórico desde Marx hasta Perry Anderson, pasando por la clásica formulación de Horkheimer: la «teoría crítica» se diferencia de la «teoría tradicional» no tanto por su objeto o sus métodos sino por su aguda conciencia de sus propias condiciones de producción, o, como lo dice Anderson en el epígrafe de este trabajo, «el marxismo es una teoría de la historia que pretende ofrecer a la vez una

* Una versión preliminar del presente trabajo fue presentada en el marco del «Primer Encuentro Nacional de Teoría Crítica José Sazbón», realizado en Rosario en noviembre de 2010. La presente versión, aunque revisada, conserva algo del tono oral de la presentación inicial.

¹ Con esta expresión nos referiremos en lo que sigue a la variada constelación teórica planteada en torno a las producciones del Instituto de Investigación Social dirigido por Max Horkheimer, más tarde estilizada —no sin equívocidad— con la expresión «Escuela de Frankfurt».



historia de la teoría.»² Esta confluencia encuentra en Szabón una intensa productividad y se convierte en programa.

Exploraremos este programa en tres pasos. Nos aproximaremos primeramente a la teoría crítica como uno de los objetos privilegiados de la labor de Szabón. Aquí aparecerá como una de sus más sostenidos intereses la elaboración de una historia intelectual de la teoría crítica y del marxismo occidental en general. En segundo lugar, mostraremos los alcances y límites de la afinidad entre historia intelectual y teoría crítica, como formas convergentes de una amplia historia cultural de la modernidad burguesa. Por último, evaluaremos el modo en que Szabón erige la teoría crítica en juez de ciertas formas hegemónicas de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX. Con este recorrido, daremos cuenta de las múltiples facetas de la relación entre historia intelectual y teoría crítica en la obra de Szabón.

Historia intelectual de la teoría crítica

En primer lugar, el aspecto más inmediato y externo de los lazos entre historia intelectual y teoría crítica en Szabón se muestra en los diferentes trabajos en que se plantea a la teoría crítica como objeto de estudio. Diversos aspectos o autores de la denominada Escuela de Frankfurt aparecen como objeto recurrente de algunos trabajos o como objeto secundario en otros. Se muestran como un interés privilegiado, pero no excluyente. En realidad debe reconocerse la inscripción de este interés en el afán más general por reconstruir la variada y múltiple historia intelectual del denominado «marxismo occidental», con un doble sesgo a la vez comparativo y de permanente cotejo con la actualidad de esas tradiciones en el estado actual de las ciencias humanas, sus posibilidades y límites. Lukács, Korsch, Gramsci, Sartre, Althusser, Williams, Thompson, Anderson, configuran una serie continua de nombres y proyectos intelectuales en la que han de ser inscriptos los nombres de la Escuela de Frankfurt. En esto hay un conjunto de afinidades con el tipo de abordaje del «marxismo occidental» de Perry Anderson, algunas de ellas enunciadas en un estudio en el que Szabón coteja el proyecto de Anderson con el de Edward Thompson:³ en primer lugar, el afán comparatista, la búsqueda de claves de diálogo de una tradición marxista en sus diversas expresiones, que impida todo autocentramiento provinciano⁴; en segundo lugar, y consecuentemente, una mirada internacionalista que en el caso de Szabón, a pesar de cierto centro gravitacional francés, se expresó siempre en una cuidada aten-

ción al universo de producción marxista tanto en el mundo anglosajón cuanto en el universo continental en general; en tercer lugar, una hermenéutica expansiva que, en su afán de dar cuenta de la inscripción de la producción marxista en el multifacético universo de las ciencias humanas, conduce siempre a la gozosa expansión erudita que puebla sus textos; en cuarto lugar, la apreciación del enlazamiento entre conocimiento histórico y orientación de una praxis emancipatoria como parámetro de la crítica marxista, que para la práctica historiográfica se traduce en un permanente cotejo entre el objeto histórico y sus resonancias en un presente que se siente interpelado por él.

Dentro de esta orientación general, y junto a sus abordajes sobre Lukács, Korsch, Sartre, Althusser, Williams, Anderson, Thompson o Mariátegui, encontramos una serie de aproximaciones a la Escuela de Frankfurt que muestran un conjunto de rasgos que la singularizan. Su trabajo sobre «El legado teórico de la Escuela de Frankfurt» es no sólo uno de los más sólidos trabajos de reconstrucción crítica de esa tradición en nuestro país (donde la recepción de esa tradición ha sido bastante magra), sino que muestra una serie de rasgos inusuales en este tipo de reconstrucciones. En primer lugar, el emplazamiento de la Escuela de Frankfurt «como una provincia de la teoría política»,⁵ una inscripción inusual, sobre todo cuando se habla no sólo de Habermas, sino de toda la primera generación, escasamente revisada por los estudios de teoría política, y más bien recluida en los ámbitos de la teoría de la cultura. En segundo lugar, la recuperación de autores muchas veces olvidados tras el aura de los grandes nombres de esta tradición. Así, lo borroso del aporte político de un Adorno o un Horkheimer contrasta con el rescate de los trabajos de Franz Neumann y de Otto Kirschheimer, y de sus variados aportes a la teoría política, ofreciendo así un cuadro inusual de esta tradición. Por último, el permanente esfuerzo por evaluar la *actualidad* de esta corriente, como tradición política, en los desarrollos contemporáneos de la filosofía y las ciencias humanas, es otro de los rasgos que singulariza la historia intelectual de la teoría crítica en Szabón. Así, la actualidad de los planteos políticos de Neumann, Kirschheimer, Habermas o Benjamin traza un cuadro complejo y variado que interviene críticamente en el espacio contemporáneo de las ciencias humanas. La búsqueda de esta «actualidad» no es ajena al propio reclamo de la teoría crítica, destacado por Szabón, de una «permanente tensión entre pensamiento utópico y proyecto político».⁶

Otro rasgo que singulariza el interés de Szabón por esta tradición es la centralidad que en él adquiere la figura de Walter Benjamin, a quien más asiduamente ha dedicado su atención.⁷ No es trans-

² Perry Anderson, **Tras las huellas del materialismo histórico**, México, Siglo Veintiuno Editores, 2000, p. 7.

³ Véase José Szabón, «Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson» (1987), incluido en José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

⁴ Este comparatismo tiene distintas modulaciones, llegando incluso a registros hiperbólicos, como el que implica vincular a Sarmiento con Engels en «Mil ochocientos cuarenticinco» [1982], incluido en José Szabón, **Historia y representación**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002), o a Borges con Lenin (en «Pierre Menard, autor del Quijote» [1982], en *ibid.*). Asoma entonces su lúdico y sutil sentido de la parodia como forma de conocimiento a través del *shock*.

⁵ José Szabón, «El legado teórico de la Escuela de Frankfurt» (2002), en José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, *op. cit.*, p. 167.

⁶ *Ibid.*, p. 205.

⁷ Además de las páginas dedicadas a Benjamin en su estudio «El legado teórico de la Escuela de Frankfurt», deben recordarse «Historia y paradigmas en Marx y Benjamin» (1992) y «La historia en las 'Tesis' de Benjamin: problemas de interpretación» (2000), ambos en José Szabón, **Historia y representación**, *op. cit.* También encontramos amplias reflexiones sobre Benjamin en «Historia y experiencia» y en «Historia intelectual y teoría crítica», ambos en José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia inte-**

parente por qué fue justamente esta figura entre los teóricos del Instituto de Investigación Social la que llamó más insistentemente su atención. Múltiples motivos centrales del pensamiento benjaminiano tenderían más bien a distanciarlo del posicionamiento de Sazbón ante la historia y la política. La crítica del progresismo ilustrado; una concepción de la historia en la que la *interrupción* adquiere un rol epistémico y político decisivo; el explícito desacople de revolución burguesa y revolución proletaria; la afirmación decidida de la dimensión utópica, incluso mesiánica, de la acción política; la sobria pero sostenida recepción de Sorel en sus trabajos más explícitamente políticos: todos estos son rasgos del pensamiento histórico y político benjaminiano ajenos y hasta contrarios a la más clásicamente marxista concepción de la historia y la acción política de Sazbón, en la que la continuidad entre racionalismo ilustrado y revolución socialista es uno de los postulados fundamentales. Incluso hay que recordar que muchas de estas tendencias, que Sazbón tiende a soslayar en sus lecturas de Benjamin, son explícita y duramente criticadas en sus trabajos sobre Mariátegui, severamente enjuiciado por su irreflexivo sorelianismo.⁸ Todo lo cual acrecienta la importancia de aquellos aspectos en que Sazbón se reconoció en el pensamiento de Benjamin: en primer lugar, el trasfondo marxista, que en Benjamin siempre tuvo un sesgo militante ausente en el resto de los teóricos frankfurtianos; en segundo lugar, el modo en que Benjamin, a los ojos de Sazbón, supo articular teoría de la historia y práctica historiográfica, en un programa historiográfico materialista muy próximo a sus intereses, enlavados en la intersección entre filosofía e historia; en tercer lugar, el interés de Benjamin por el siglo XIX, y en particular, por ese París del Segundo Imperio que fuera una de las «formaciones impuras» con las que Sazbón probara la versatilidad del «modelo puro» marxista;⁹ por último, y quizá lo más importante, el *modo de apelación al pasado* presente en la teoría y en la historia benjaminianas tiene que haber estado en el trasfondo del vivo interés de Sazbón por un autor tan poco sazboniano en otros aspectos. Nos referimos a esa reciprocidad entre presente y pasado, a ese «giro copernicano de la historia» que establece el primado de la política sobre la historia, que no podría sino haber impactado en el núcleo de los intereses de este defensor de la «conciencia histórica» que fue Sazbón.

De este modo, se dibuja así un Benjamin singular en el contexto de las lecturas argentinas. En una época (años '80 y '90) en la que Benjamin se había convertido en el profeta de la modernidad, en el fisionomista de la gran ciudad, en el teórico de la experiencia, en el contexto de un marcado consenso postmarxista, Sazbón fue uno de los pocos (junto a algunos otros, como José

Aricó) que destacó el costado marxista y militante de la labor benjaminiana. Así, en «Historia y paradigmas en Marx y Benjamin» ofrece uno de los pocos cotejos comparativos disponibles en castellano entre los proyectos marxiano y benjaminiano. Y también destacó otro aspecto invisibilizado del legado benjaminiano: su perfil de *historiador materialista*, y no sólo de teórico de la historia. En «La historia en las 'Tesis' de Benjamin: problemas de interpretación» critica la prevaleciente lectura perezosa que hipostasía las tesis «Sobre el concepto de historia» haciendo de Benjamin un filósofo de la historia, cuando en realidad eran los apuntes teórico-metodológicos de sus «estudios históricos» sobre el siglo XIX, y muestra por tanto la pertinencia del aporte benjaminiano tanto para filósofos como para historiadores.

De allí el lugar central que ocupa Benjamin en un amplio trabajo sobre la relación entre «Historia y experiencia». Partiendo de los planteos de Koselleck, se propone allí una dilucidación de «la conexión entre las formas de la temporalidad (...) y las modificaciones de la experiencia».¹⁰ Este trabajo es especialmente importante, pues muestra la inscripción de la problemática benjaminiana en los intereses de más larga data de Sazbón. En particular, la conexión entre historia y experiencia, que no es sino la benjaminiana conexión entre pasado y presente, expresa la reserva crítica de la «conciencia histórica», ese concepto central para plantear una *política de la historia* que ha sido sistemáticamente combatido en el contexto de las ciencias humanas desde mediados del siglo XX, según el diagnóstico de Sazbón. En ese marco polémico, Sazbón destaca que «en Benjamin, la intelección recíproca de historia y experiencia alcanza su punto más alto».¹¹ E inmediatamente destaca que esta tematización de la experiencia estaba destinada a insertarse en el discurso filosófico marxista, para volver a plantear un cotejo entre el proyecto de Benjamin y el de Marx:

El de Marx suponía una apuesta a la coordinación positiva de ilustración científica y voluntad emancipatoria. Benjamin, en cambio, testigo de la declinación de esa promesa, confió más bien en un brusco despertar mesiánico y en una recuperación de la energía utópica del pasado.¹²

Frente a Marx, destaca Sazbón en Benjamin «su sombría certidumbre de la precariedad del canon ilustrado en una época de barbarie triunfante», y remata: «Se diseña así un marxismo de la adversidad, abismalmente desconfiante de los espejismos que generaron su parálisis y de las servidumbres que fomentaron su impotencia.»¹³

Así, Sazbón acuña una expresión que bien valdría para buena parte del «marxismo occidental»: *marxismo de la adversidad*, esto es, un pensamiento que, consciente de la catástrofe, intenta aún construir una perspectiva emancipatoria desde el horizonte del legado de Karl Marx. Benjamin, y por extensión la Escuela de

lectual, *op. cit.* Pero también debe recordarse que Sazbón fue el principal impulsor, junto a Nicolás Casullo, del Simposio Internacional sobre Walter Benjamin realizado en Buenos Aires en 1992, un hito en la recepción argentina del berlinés, y del que surgió el volumen colectivo **Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana**, Buenos Aires, Alianza/Goethe-Institut, 1993.

⁸ Sobre todo en «Filosofía y revolución en los escritos de Mariátegui» (1980), en José Sazbón, **Historia y representación**, *op. cit.*

⁹ Sobre las nociones de «modelo puro» y de «formaciones impuras» puede verse José Sazbón, «Crisis del marxismo: un antecedente fundador» (1980), en *ibid.*

¹⁰ José Sazbón, «Historia y experiencia» (1996), en José Sazbón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, *op. cit.*, p. 261.

¹¹ *Ibid.*, p. 278.

¹² *Ibid.*, p. 286.

¹³ *Ibid.*, p. 287.



Frankfurt, pueden ser entendidos así como un modo de salvar el marxismo en la era de la crisis terminal de sus versiones clásicas, ortodoxas o dogmáticas. Pensar en términos de un *marxismo de la adversidad* es un modo, como luego veremos, de ir más allá de los diagnósticos de la «crisis del marxismo» sin saltar por detrás de obsolescencias que esta crisis estaría denunciando.

Historia intelectual y teoría crítica

Ahora bien, si estos son los rasgos generales de la historia de la teoría crítica que construye Sazbón, hay otra dimensión de su planteo, más fundamental, en que las relaciones entre historia intelectual y teoría crítica se profundizan. En «Historia intelectual y teoría crítica» se propone ya no una historia intelectual de la Escuela de Frankfurt, sino un cotejo crítico entre los proyectos de una y otra orientación, planteándonos otra vía de acceso a la teoría crítica escasamente frecuentada.

Primeramente, Sazbón acentuará los puntos de convergencia. Antes que nada, destaca que ambas orientaciones asumen una perspectiva definidamente histórica, lo que da el marco más genérico de una confluencia. Pero inmediatamente surgen paralelos más estrechos entre ambas tradiciones, pocas veces destacados. Así, Sazbón muestra que los textos de los teóricos críticos constituyen ellos mismos ejercicios de historia intelectual, con ejemplos destacados que van desde la «Pequeña historia de la fotografía» de Benjamin, pasando por «Egoísmo y movimiento liberador», de Horkheimer, hasta **El cambio estructural de la esfera pública**, de Habermas. Y el vínculo con la historia intelectual no es en ningún caso externo o accidental. Por el contrario,

cada uno de estos escritos apela constantemente a la reconstrucción histórica en virtud de una necesidad interna: en ellos, la interpretación del pasado es un momento del discurso asertivo que especifica la vigencia del concepto y otorga densidad y concreción a la experiencia social que éste ilumina.¹⁴

Así, la teoría crítica puede ser pensada como un amplio programa de historiografía materialista del ascenso y la decadencia de la civilización burguesa, con diversos estilos y acentuaciones, desde la crítica immanente del idealismo en Adorno hasta la fisonomía de los artefactos culturales de la París decimonónica en Benjamin, pasando por los más tradicionales ensayos de historia de las ideas en los que Horkheimer o Marcuse rastreaban las alternativas de conceptos clave de la modernidad político-cultural, determinando sus transformaciones y sus funciones históricas en la sociedad burguesa.

Sin embargo, el paralelo no termina en este solapamiento de tareas, pues Sazbón se atreve a afirmar, además, que los aportes de los frankfurtianos enlazarían más con el estado actual de la denominada «historia intelectual» que con las formas más tradiciona-

les de la «historia de las ideas». Dicho en una palabra, si esta última privilegiaba el escrutinio de un «núcleo notional» y sus avatares en términos de «biografía de una idea», si se abocaba al estudio autocentrado de unidades discursivas cerradas en ámbitos de producción intelectual consensualmente establecidos, la «historia intelectual» implicaría, en sus múltiples formulaciones, un movimiento expansivo y centrífugo en virtud del cual se produce una vertiginosa ampliación de los tópicos y los archivos que hacen extender los límites de una «historia de la filosofía» tradicional, en la dirección de complejas reconstrucciones de redes densas de sentido, más próximas a una historia cultural. Para Sazbón, «es en esta nueva disposición de la disciplina para la exploración de los fenómenos de la significación en la historia (...) donde se puede insertar sin disonancia la dimensión histórica (...) de la teoría crítica.»¹⁵ Incluso más: los aportes de los frankfurtianos resultarían pertinentes en relación a las dos grandes orientaciones generales de esta nueva configuración de la historia intelectual, a saber, por un lado, aquella que acentúa la historicidad de las ideas en el propio análisis de los textos, de la intertextualidad y de los sistemas lingüísticos asociados a diversos autores o tradiciones de pensamiento, y por otro lado, aquella que enfatiza las condiciones técnicas y materiales de las configuraciones culturales de una época, su difusión y transmisión, contra la autosuficiencia de las ideas en la vieja «historia de las ideas». Tanto el sesgo hermenéutico como el sesgo materialista de la nueva historia intelectual encontraría en los frankfurtianos aportes a recuperar.

En relación al sesgo hermenéutico, al esfuerzo por recuperar la articulación epocal de los factores que están a la base de la transformación de un concepto, Sazbón emparenta las actuales indagaciones de un Reinhart Koselleck sobre los conceptos de «revolución» o «historia», con la recomposición de las figuraciones de conceptos clave de la filosofía burguesa (historia, egoísmo, ideología, autoridad, felicidad, cultura, razón, etc.) por parte de Horkheimer, Marcuse y sus compañeros, que también llevaron a la práctica este reclamo de historización de las ideas. Esta proximidad con la historia intelectual podría precisarse aún más si recordamos las críticas a la «sociología del saber» de Karl Mannheim (de Marcuse, Horkheimer y Adorno), que básicamente rechazan lo que la denominada historia intelectual criticara en la historia de ideas, a saber, la *exterioridad* entre idea e historia. De modo que, por ejemplo, no se trataría de establecer el concepto de razón para luego exponer sus avatares históricos, sino por el contrario de desplegar una verdadera *historia de la razón*, tal como se plantea en **Dialéctica de la Ilustración**.

En relación al sesgo materialista de la «historia intelectual» contemporánea, esto es, en relación a la consideración de las condiciones materiales y técnicas que están a la base del proceso cultural y su transformación, las investigaciones de un Robert Darnton acerca del papel decisivo de la imprenta como agente de cambio en los inicios de la Europa moderna, son puestas en relación, en el ámbito de la teoría crítica, con los trabajos de Walter Benjamin. Desde sus estudios sobre los orígenes de la

¹⁴ José Sazbón, «Historia intelectual y teoría crítica» (1997), en José Sazbón, *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, op. cit., p. 317.

¹⁵ *Ibid.*, p. 319.

técnica fotográfica, pasando por sus famosas reflexiones sobre la obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica, hasta las exploraciones radicalmente materialistas de su inconclusa obra de los **Pasajes**, con su puesta en valor filosófico de un catálogo de artefactos culturales aún hoy insólito para la historia y la crítica cultural, Benjamin se muestra como una de las fuentes fundamentales del denominado «giro material»¹⁶ en la historia intelectual contemporánea.

Ahora bien, si estos paralelos muestran la confluencia programática entre teoría crítica e historia intelectual, por el doble registro *historizante* y *materialista* que ambas compartirían, Szabón sostiene que habría un *plus* en la teoría crítica, un excedente inasimilable por las versiones contemporáneas de historia intelectual. Este plus remite a un registro *político*, o *normativo*, decisivo en los ejercicios de historia intelectual de la teoría crítica, y ausentes o diluidos en la historia intelectual, en la que primaría una mirada neutra y objetivante del pasado. La historia intelectual, a diferencia de la teoría crítica, no subtiende su construcción histórica «con un principio filosófico regulador que contrasta, en cada caso, las clausuras de un horizonte de época con el *telos* de una reintegración emancipatoria».¹⁷ Este parámetro crítico instala una frontera entre dos orientaciones que, a pesar de sus notables puntos de contacto, mantendrían una disímil apelación al pasado. Si una historia intelectual desprovista de teoría crítica podría ceñir el sentido del pasado «en un discurso avalorativo, como mero *factum* en la serie de producciones culturales», el teórico crítico *qua* historiador interroga ese pasado

con actitud judicativa desde la altura de una actualidad en la que vibra el efecto a distancia de esa producción de sentido y que se siente, entonces, concernida por su índole, por la conformidad o disparidad de esos conatos con una expectativa presente de la que quizás sólo se distingue por grados de posibilidad o de conciencia en el seno de una historia única.¹⁸

Esta reserva anti-historicista, que permite enlazar el pasado con un presente que se siente interpelado por aquél, más próximo a la idea blochiana de una *simultaneidad de lo asincrónico* que a los tradicionales recaudos disciplinarios contra todo «anacronismo», plantea una relación *política* con el pasado. Para decirlo de otro modo, el enlace entre historia intelectual y teoría crítica apunta a una articulación entre la *investigación histórica* y la *intervención crítica en el presente*. En ese marco, el pasado, más que un «mundo perdido» fijado con las estrategias de distanciamiento del discurso historiográfico, es la *latencia presente* de un bloqueo aún no despejado o de una posibilidad aún no realizada.

Teoría crítica de la historia intelectual

Aún en el marco del artículo que glosamos, encontramos una cita fundamental, que condensa lo que venimos sosteniendo y liga a este trabajo con el marco más amplio de intereses de Szabón. En ella se sostiene que la historia intelectual practicada desde la teoría crítica «supone también una intervención político-cultural en el presente articulada con una conciencia histórica que imanta y discierne sus conatos en el pasado.»¹⁹ Lo que aquí se denomina «conciencia histórica» oficia de mediadora entre el pasado escrutado por la historia intelectual, y la intervención político-cultural en el presente exigida por la teoría crítica. Sin «conciencia histórica», se sugiere, no podríamos coordinar la reconstrucción del pasado con las tareas del presente, objetivo clave de una historiografía permeada por la teoría crítica. Hay, por tanto, una relación inmanente entre teoría crítica y conciencia histórica en Szabón. Si esto es así, entonces su recepción de la teoría crítica se inserta no sólo en su programa de una historia intelectual del marxismo occidental, sino fundamentalmente en su más ambicioso programa de una verdadera *teoría crítica de la historia intelectual*, que ocupó a Szabón desde sus más tempranos afanes hasta el final de su vida. Ello nos lleva a un rodeo que nos permita reponer las claves de este programa. Para anticiparlas sintéticamente digamos que Szabón enlaza su diagnóstico de la depreciación de la noción de «conciencia histórica» con la irrupción del «estructuralismo», y ve en la denominada «crisis del marxismo» y en la denegación del legado de la Revolución moderna sus consecuencias políticas más estridentes.

El punto de referencia fundamental de este programa es una escena que regresa una y otra vez en la producción de Szabón: la crítica radical a la que Claude Lévi-Strauss sometió la filosofía madura de Jean-Paul Sartre, ejemplo notable de los esfuerzos del «marxismo occidental».²⁰ Esa confrontación es la dramatización más impactante y elocuente de una torsión general en el desarrollo de las ciencias humanas, con efectos teóricos y políticos de gran alcance, y cuya influencia sigue siendo eficaz aún hoy.

Szabón ha reconstruido de diversas maneras ese quiebre, pero en todos los casos se reiteran una serie de rasgos fundamentales. Lévi-Strauss expresaría de manera inaugural una serie de premisas luego convertidas en consenso en las ciencias humanas: la crítica del *cogito* como soberbia racionalista, como presuntuoso imperialismo cultural de occidente; la crítica de la noción de *conciencia* desde la reivindicación heurística de la idea de *estructura*; la crítica de la concepción de la *historia* como libre hechura de los hombres y el privilegio del estudio de aquellas estructuras de las que la acción depende y a las que está sujeta; la desvalorización de la conciencia a favor del *inconciente* y el consecuente deslizamiento desde el nivel de la *acción* al de la *significación*; el tránsito de la

¹⁶ Esta expresión se plantea en Anthony Grafton, «La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá» (2006), en **Prismas, Revista de historia intelectual**, n° 11, 2007.

¹⁷ José Szabón, «Historia intelectual y teoría crítica» (1997), en José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, *op. cit.*, p. 320.

¹⁸ *Ibid.*, p. 321.

¹⁹ *Ibid.*, p. 331.

²⁰ Nos referimos a las famosas últimas páginas de **El pensamiento salvaje**, de 1962, en las que Lévi-Strauss polemizaba frontalmente con la filosofía de la conciencia, del sujeto y de la historia planteada por Sartre en su **Crítica de la razón dialéctica**, de 1960.

historia a la *etnología*, y por tanto la desatención del problema del *cambio* y el privilegio del estudio de los *invariantes estructurales* que atraviesan culturas y épocas; la reducción de la intensidad vivida de la *conciencia histórica* —como el espacio en el que se condensan sentido y acción, construcción historiográfica y orientación práctica— a la instancia pre-racional del *mito*, de modo que el apremio histórico por transformar las condiciones sociales que permiten la explotación del hombre por el hombre se vería limitado a la sintaxis de una escena primordial, eternamente repetida, de la lucha entre el hombre y la naturaleza.

En cualquier caso, el balance que Szabón extrae de sus sostenidos estudios sobre Lévi-Strauss y el estructuralismo²¹ es que con ellos se marca el inicio de una tendencia en las ciencias humanas que ha tenido y sigue teniendo una eficacia notoria: la disolución de la *conciencia histórica* como promesa de coordinación entre saber histórico e iluminación racional de la praxis (es decir, la misma promesa que despuntaba en el propicio maridaje entre historia intelectual y teoría crítica). Con esto, Lévi-Strauss se convierte a la vez en el padre del estructuralismo y el verdadero iniciador del denominado «postestructuralismo», que sigue teniendo una eficacia poderosa y diseminada en las ciencias humanas contemporáneas.

La conexión de la intervención estructuralista/postestructuralista con el tópico de la «crisis del marxismo» tal como se expresó en los años 80, se manifiesta en que quienes sostenían la singularidad de esta crisis —en el marco de una tradición que, como ha mostrado Szabón, se vio permanentemente puntuada por declaraciones periódicas de «crisis»²²— configuraban sus argumentaciones con los elementos que la concepción estructuralista les ofrecía. De manera que la denominada «crisis del marxismo» se planteó, desde fines de los años '70, como parte de una más amplia «crisis de la razón», y remitía, por tanto, ya no a un proceso de recomposición crítica de las herencias y presupuestos de la tradición marxista, sino a su *crisis terminal*. Se plantearía entonces no una invitación a reformular críticamente sus presupuestos sino una «invitación al posmarxismo», como expresara Szabón en un recordado debate con Oscar Terán.²³

Para decirlo con uno de sus máximos representantes, la irrupción del estructuralismo representaría una «ruptura epistémica» que desconectaría el presente de los saberes y las prácticas de sus matrices anteriormente orientadoras: marxismo, modernidad, razón. Este quiebre, según Szabón, encuentra su impulso inicial no en el giro postestructuralista, sino ya en los planteos del padre del estructuralismo:

el giro postestructuralista interno a la obra de Lévi-Strauss es el antecedente más firme y especiosamente argumentado

de la denegación de una figura de la razón en la historia que arrastra consigo tanto las certidumbres del conocimiento histórico como los conatos de un saber que en él se apoya para trasvasarse en intervención política reflexiva y racional.²⁴

La «crisis del marxismo» proclamada en los años 80 presupondría, así, «un diseño general de devaluación de la conciencia histórica que impide cualquier restablecimiento de los nexos de racionalidad entre el conocimiento de lo social y la intervención activa en su producción.»²⁵

Pero esta intervención polémica de Lévi-Strauss, estratégicamente dirigida en los primeros años '60 contra Sartre, una intervención que «como después fue evidente, representó una bisagra en la historia intelectual francesa»,²⁶ no limitó sus alcances al ámbito de los debates teóricos, sino que cristalizaba en una verdadera crítica de la izquierda intelectual —una «crítica de la razón militante» se diría hoy— que transformaba en *mitos* sus parámetros referenciales fundamentales. Szabón cita a Lévi-Strauss:

el hombre de izquierda se aferra todavía a un período de la historia contemporánea que le dispensaba el privilegio de una congruencia entre los imperativos prácticos y los esquemas de interpretación. Quizá esta edad de oro de la conciencia histórica ya ha terminado.²⁷

Pero que la conciencia histórica se haya disuelto significa, ya en el propio Lévi-Strauss, no sólo una crítica del marxismo y su confianza en la historia y la conciencia, no sólo una disolución de la articulación entre intelección histórica y orientación de la práctica, sino también una crítica de las fijaciones del «hombre de izquierdas» en escenas movilizadoras de la historia de las que se vale para alentar y dar sentido a su praxis contemporánea. En particular, la atribución de obsolescencia de la conciencia histórica conllevaba, ya en Lévi-Strauss, una fuerte deslegitimación del aura de la Revolución Francesa, experiencia fundamental en la que Sartre pretendía, justamente, poner a prueba su teoría de los grupos prácticos en la **Crítica de la razón dialéctica**. La Revolución, como acontecimiento fundador de la *conciencia histórica*, es reducida al «mito de la Revolución Francesa».²⁸ La historia, como memoria movilizadora, deja lugar a la antropología, con sus fatídicas recurrencias. La Revolución Francesa, como emblema moderno de la coordinación entre dinámica histórica en movimiento e involucramiento subjetivo en una praxis transformadora, debía ser reducida a mitología de la izquierda desde que las propias nociones de historia y sujeto habían sido impugnadas. La construcción de grandes síntesis totalizadoras de sentido en la historia encontraría, para el «hombre de izquierdas», un ejemplo emblemático en la invención de la Revolución Francesa como instancia

²¹ Resulta una curiosa paradoja que el principal responsable de la introducción de Lévi-Strauss y del estructuralismo en general en la Argentina sea, al mismo tiempo, su más enfático crítico.

²² Véase José Szabón, «'Crisis del marxismo': un antecedente fundador» y «Una lectura sinóptica de la 'crisis'» (1989), ambos en José Szabón, **Historia y representación**, *op. cit.*

²³ Véase José Szabón, «Derecho de réplica: una invitación al posmarxismo», en **Punto de Vista**, Buenos Aires, n° 19, 1983.

²⁴ José Szabón, «Conciencia histórica y memoria electiva» (2002), en José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, *op. cit.*, p. 80.

²⁵ José Szabón, «Razón y método: del estructuralismo al postestructuralismo» (1993), en *ibid.*, p. 130.

²⁶ José Szabón, «Sartre en la historia intelectual» (2005), en *ibid.*, p. 130.

²⁷ Claude Lévi-Strauss, **El pensamiento salvaje**, cit. en José Szabón, «Conciencia histórica y memoria electiva», en *ibid.*, p. 79.

²⁸ *Ibid.*, p. 78.

fundadora y dadora de sentido, diseñada más para legitimar un presente que para conocer el pasado. De allí que Lévi-Strauss haya afirmado, provocativo, que «la Revolución Francesa, tal como se la conoce, no ha existido».²⁹ En esta dirección, y en función de la deseada emancipación del peso vinculante de la historia, se produjo un vaciamiento del legado de las tradiciones de izquierda, y de la propia idea de legado, es decir, de cierta concepción de la continuidad en la historia, de cierta interpelación de un pasado sobre un presente, de la experiencia de tareas pendientes en la historia, de posibilidades latentes (es decir, del concepto de historia implícito, como vimos, en la teoría crítica).

Pero lo que en Lévi-Strauss podía ser provocación teórica en los primeros años '60, entrados los '80 se aclimató como obviedad en los estudios históricos. Y ello con consecuencias que excedían en mucho el campo intelectual. El revisionismo historiográfico de François Furet que estuvo a la base de las celebraciones en la Francia de 1989 por el bicentenario de la Revolución Francesa, muestran la eficacia de la operación «estructuralista». Uno de los más famosos textos de Furet sobre el tema resulta elocuente por su solo título: «La Revolución Francesa ha terminado». Es decir, ha dejado de interpelarnos como un pasado movilizador para un presente, ha dejado de ser un «futuro pasado» y se ha convertido en reliquia alejada, desprovista de sentido político para un presente. En ese trabajo, Furet retoma la agenda crítica que Lévi-Strauss había movilizado en la década anterior para criticar el proyecto histórico-filosófico sartreano, para deslegitimar ahora en general las perspectivas historiográficas marxistas sobre la revolución.

En la estela de la producción de Furet ubica Sazbón el influyente proyecto intelectual de Pierre Nora, cristalizado en la revista **Lé Debate** y en los voluminosos tomos de su **Lieux de la mémoire**. Así como la revista se propuso ser «lo contrario de **Les Temps modernes** y de su filosofía del compromiso»,³⁰ sus **Lugares de la memoria** son un monumento a la concepción furetiana de una historia tras la disolución de la «conciencia histórica».

En Lévi-Strauss (...) podemos asistir (...) a la devaluación de la conciencia, la relativización de la historia y —como corolario— el adelgazamiento irrisorio de la conciencia histórica, posteriormente convertida en reliquia de la modernidad en el planteo inflexible de Pierre Nora.³¹

²⁹ Claude Lévi-Strauss, **El pensamiento salvaje**, cit. en José Sazbón, «El nuevo humanismo de Lévi-Strauss» (1971), en *ibid.*, p. 370; y en id., «Sartre en la historia intelectual», en *ibid.*, p. 409;

³⁰ Cit en *ibid.*, p. 406.

³¹ José Sazbón, «Conciencia histórica y memoria electiva», en *ibid.*, p. 74. Este adelgazamiento se vincula también a una transformación del estatuto del trabajo intelectual. Hay un deliberado regreso desde el «compromiso» sartreano a las prescripciones weberianas-aronianas de neutralidad del saber. «Furet ha sido elocuente en el rechazo de lo que considera una carga exorbitante sobre el espíritu del francés de nuestros días: la Revolución cumple una función 'tan tiránica en la conciencia política contemporánea' que es hora, piensa, de desembarazarse de ella para liberar el potencial de asombro desinteresado que sería propio del historiador, es decir, algo así como su 'primum movens... la curiosidad intelectual y la actividad gratuita de conocimiento del pasado'» (*ibid.*, p. 87) Del mismo modo sucede en Nora, cuya premisa general es igualmente «la extinción de la conciencia histó-

Con el hilo conductor de la disolución de la conciencia histórica, Sazbón propone todo un mapa de las ciencias humanas contemporáneas, próximo al diagnóstico andersoniano de una crisis del marxismo localizada en el ámbito latino, y sobre todo en Francia, incluyendo también el impacto del postestructuralismo francés en EEUU.

Lévi-Strauss y Furet la denuncian [a la conciencia histórica –L.G.] sobre todo en la pregnancia de la Revolución Francesa, Althusser la reniega como culpable 'historicismo', Foucault y Derrida la neutralizan anteponiéndole una mirada arqueológica o una desfundamentación antimetafísica, todo ello en nombre de una iniciativa liberadora que ya en esos años sesenta trasvasará su impulso, sus recursos y su inspiración «deconstructiva» al medio intelectual anglosajón: en 1966, Hayden White publica en **History and Theory** un incisivo artículo-programa, orientado desde el título mismo a desembarazarse de «The Burden of History».³²

De lo que se trataba era de deshacerse de ese lastre de la historia. Un pesado residuo que, cifrado en las articulaciones habilitadas por la «conciencia histórica», no era, en última instancia, sino la Revolución como mandato permanente.

Frente a esta corriente hegemónica en las ciencias humanas desde los años '60 hasta nuestros días, Sartre, recuerda Sazbón, buscaba elaborar los instrumentos cognoscitivos «mediante los cuales la Historia se piensa, en tanto son también los instrumentos prácticos por los que ella se hace».³³ Es decir, sentaba las bases de ese enlace en el que se juega el destino de la «conciencia histórica». Como vemos, no otro fue el sentido del vínculo pensado por Sazbón entre historia intelectual y teoría crítica: despertar en esta especialidad en expansión la conciencia crítica del necesario enlace entre reconstrucción histórica del pasado y reclamo emancipatorio del presente.

Vemos así el modo en que en Sazbón el «marxismo occidental» es el heredero, en el siglo XX, del reclamo marxiano de vincular inteligibilidad histórica e intervención práctica en el presente, legatario a su vez del mandato revolucionario del Iluminismo de *introducir la razón en el mundo*. Eso es lo que vincula a la teoría crítica con Sartre, con Lukács, con Williams, con Anderson, en una tradición contrapuesta a la orientación estructuralista-postestructuralista, hegemónica desde mediados del siglo pasado. En la figura de Sartre, es todo el marxismo occidental el que se hace presente en esa escena fundante de los primeros años '60 en la que Lévi-Strauss somete a crítica los presupuestos básicos de la **Crítica de la razón dialéctica**. Reponer la tradición del marxismo occidental es abrirse, en el objeto y en el método, a una visión

ca, que transfigura lo antes interiorizado en actual objeto extraño, ya que la otra cara de esa extinción es la consolidación del espíritu autocrítico de la historia como actividad académica.» (*ibid.*, p. 93) Volver a la gratuidad del conocimiento, o retraer la historia a mera actividad académica, son otros corolarios del declive de la conciencia histórica.

³² *Ibid.*, p. 89.

³³ Jean-Paul Sartre, **Crítica de la razón dialéctica**, cit. en José Sazbón, «Sartre en la historia intelectual» (2005), en *ibid.*, p. 413.



distinta del pasado. Una visión que, ligada aún al suelo de la «conciencia histórica», se permite pensar de otro modo el devenir de las ciencias humanas en la segunda mitad del siglo XX.

Contra la concepción anti-historicista y discontinuista, esta perspectiva permitiría pensar el debate Lévi-Strauss / Sartre como un episodio histórico y no como una «ruptura epistémica» irreversible. Pensar al estructuralismo como «ruptura epistémica» es pensarlo ya desde las categorías que él mismo intentó instalar. El enlace entre historia intelectual y teoría crítica le permite a Sazbón pensar el estructuralismo desde fuera del estructuralismo, es decir, considerarlo no como el tránsito irreversible a un nuevo suelo arqueológico, sino como una *decisión teórico-política*, lo cual presupone, ciertamente, la idea de una *conciencia histórica* operante en el trabajo historiográfico.

Desde este armado histórico-intelectual, fraguado en la intersección de teoría crítica e historia intelectual, Sazbón propone, de manera sutil y no esquemática, el contrapunto entre el estructuralismo y sus consecuencias, por un lado, y las múltiples formas del marxismo occidental, por otro, como polémica epistemológica y política central de las ciencias humanas y sociales desde mediados del siglo XX hasta nuestros días. También desde esta perspectiva pacientemente construida por Sazbón se puede sostener que la idea de una crisis *terminal* del marxismo no es sino un derivado de la concepción discontinuista de la historia inaugurada por Lévi-Strauss. Frente a ella, Sazbón puede sostener la idea de un permanente *ciclo de crisis y recomposición* como esencial al dinamismo de la tradición marxista en cuanto tal,³⁴ es decir, abre el espacio para pensar la crisis del marxismo por fuera del estructuralismo y sus consecuencias. Y por último, frente a la idea de la obsolescencia final del legado de la Revolución moderna, Sazbón sostendrá, con Benjamin, que «existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra», y que sólo puede desembocarse en la denegación de la Revolución de Furet o Nora si partimos de la negación de ese custodio de la relación entre teoría y praxis, entre pasado y presente, que era para Sazbón la *conciencia histórica*, un rechazo que estuvo entre las decisiones teórico-políticas fundantes del estructuralismo. Al esforzarse por abrir el espacio de una tradición ajena a esa decisión, Sazbón deja oír, en un contexto adverso, la latencia del mandato de la Revolución, a saber, de la coordinación entre el pensar y el hacer la historia, la experiencia de la historia como un acontecer fluido y la simultánea conciencia de su maleabilidad por parte del sujeto histórico. Tal parece ser el horizonte teórico, político e histórico más amplio que tuvo, en la producción de Sazbón, el esfuerzo de articular historia intelectual y teoría crítica.

³⁴ El motivo de la «crisis del marxismo» no tendría su comienzo sino en la más temprana elaboración de Marx y Engels, en particular en el año 1851, cuando el corpus marxista experimenta su primer gran torsión interna y se constituye en «antecedente fundador» de una tradición hecha de crisis. Véase José Sazbón, «Crisis del marxismo: un antecedente fundador», en *id.*, *Historia y representación*, *op. cit.*

Resumen

La intervención teórico-política de José Sazbón (1937-2008) puede ser entendida como un esfuerzo por articular historia intelectual y teoría crítica. Una teoría crítica de la historiografía —que reclame a esta última una orientación normativa que dé sentido a su labor— y una historia intelectual de la teoría crítica —que haga conciente a esta última de las condiciones históricas de sus posibilidades y dificultades—: ambas orientaciones confluyen en la formulación de un amplio programa de historia crítica del marxismo occidental. Exploramos este programa en tres pasos. En primer lugar, mostramos el modo en que la teoría crítica se constituyó como uno de los objetos privilegiados de la labor de Sazbón. En segundo lugar, recuperamos su esfuerzo por revelar las afinidades entre historia intelectual y teoría crítica, como formas convergentes de una historia cultural de la modernidad burguesa. Por último, evaluamos el modo en que Sazbón erige a la teoría crítica en juez de ciertas formas hegemónicas de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX.

Palabras clave: José Sazbón, Teoría Crítica, Historia Intelectual

Abstract

José Sazbón's theoretical-political intervention can be understood as the attempt to link intellectual history and critical theory. A critical theory of historiography —that sets a normative direction to the latter— and an intellectual history of the critical theory —that makes the latter aware of the historical conditions of its own possibilities and difficulties—: both orientations condense in a wide program of critical history of western Marxism. We explore this program in three steps. First we show how critical theory became one of the main objects of Sazbón's interests. Secondly, we recover his effort to disclose the affinities between intellectual history and critical theory, as convergent ways of a cultural history of bourgeois modernity. Finally, we point out the way in which Sazbón sets critical theory up as judge of certain dominant historiographical conceptions in the second half of the 20th century.

Keywords: José Sazbón, Critical Theory, Intellectual History

Debate sobre la violencia revolucionaria, la militancia y el marxismo

Otra breve vuelta de tuerca sobre una prolongada discusión

El libro colectivo **No matar. Sobre la responsabilidad. Segundo volumen** editado el año pasado por la Universidad Nacional de Córdoba recogió varios textos publicados originariamente en **Políticas de la memoria**: mi ensayo «Notas para una crítica de la razón instrumental» (PM 6/7), la réplica de Elías Palti «La crítica de la razón militante» (PM 8/9) y mi contrarréplica: «Elogio de la razón militante» (PM 8/9). Aparecidos estos textos, creí que tanto Palti como yo habíamos expuesto largamente nuestros argumentos y confrontado nuestras diferencias teóricas, políticas e historiográficas. Pero el editor cordobés decidió, no sé si por afinidad ideológica, por obsecuencia académica o por una mezcla de ambas, cerrar el volumen con un nuevo texto de Palti, «La violencia revolucionaria como problema historiográfico-conceptual. Para una arqueología de la subjetividad militante», donde reitera sus argumentos contra mi postura.

Triste final para un debate apasionado y apasionante, pues el editor eligió cerrarlo con un texto que clausura un debate político-intelectual postulando que todo fue un lamentable malentendido, pues nadie advirtió hasta su llegada que se había concluido la Historia ni que habíamos ingresado en la Poshistoria. ¿De qué sirve, entonces, la asunción de responsabilidad, o peor, de culpabilidad de del Barco, si en la Historia asesinar en nombre de valores transhistóricos era la regla? El problema que no advierten del Barco ni sus críticos, vino a decirnos Palti, es que la culpa es el producto de que ya nadie es capaz de escudarse en el Partido, la Revolución o el Comunismo para asesinar, sin caer en flagrante contradicción... ¡Todo el problema de del Barco y su antigüalla existencialista de la responsabilidad y la culpa es que, sin advertirlo, se le cayó la coartada! ¡Es la Poshistoria, estúpido!

Palti dice ahora que mi respuesta lo decepcionó, aunque abre sobre el final una generosa invitación a colaborar (sic) en su arqueología de la izquierda... En fin, si hemos de plantear las cosas en estos términos, yo debo decir que sus silogismos me aburren soberanamente, aunque debo reconocer que su invitación final me arrancó una sonrisa.

No he de responder aquí cada párrafo ni cada imputación de Palti, pues escogí el camino de airear el debate abriéndolo a otros interlocutores, incluso a investigadores de la generación siguiente. Respecto de su tratamiento del Merleau-Ponty de **Humanismo y Terror** como «compañero de ruta» del PC, me tienta recordarle que una acusación de ese talante fue la que llevó a su ruptura con Camus; que fue Sartre y no Merleau el que (tres años después) se acercó al comunismo y eso provocó la ruptura entre ambos amigos (1952-53); que en la entrevista con Gavi que Palti cita oblicuamente, Sartre habla de los esforzados equilibrios que Merleau y él hacían en los años de posguerra entre el PS, los republicanos populares y el PC, hasta que a principios de la década siguiente, cuando Sartre se convierte en «compañero de ruta», sus caminos se abisman definitivamente.¹ O que el lema de Merleau era: «No soy comunista, pero mucho menos soy anticomunista». Pero, en fin, me limito a este punteo sumario: Palti tiene todo el derecho de leer a Merleau-Ponty desde el prisma de Furet.

Quiero detenerme solo en un punto, que entiendo es el central. Si tratamos de encontrar algo nuevo en el último texto de Palti, podríamos recoger su insistencia en que nuestras diferencias no son de carácter político sino historiográfico. Es notable que ya entrado el siglo XXI alguien pueda hacer tan ligeramente semejante afirmación, como si las querellas historiográficas no estuvieran atravesadas por la política. Con notable candor, Palti sostuvo recientemente que la labor historiográfica tiene un carácter científico mientras que la política, algo quirúrgicamente separado de la historiografía, corresponde al plano del compromiso personal del historiador en tanto que ciudadano. Lo hizo, ante la perplejidad de los presentes, nada menos que en las Jornadas de Pensamiento Crítico «José Sazbón» realizadas en Rosario en noviembre de 2010. Por lo visto, Palti cree que su opción historiográfica es neutra políticamente (que sólo no lo es la mía), y de

¹ Sartre, Víctor, Gavi, **El hombre tiene razón para rebelarse**, Caracas, Monteávila, 1975, p. 32 y ss.



ahí el fastidio con el que responde cuando yo la califico de logicista, conservadora y despolitizante.

Por el contrario, sostengo que el núcleo de nuestras diferencias historiográfico-políticas radica en el modo en que cada uno entiende (y se planta frente a) el fin del «siglo corto», esto es, la decisiva coyuntura 1989-91. Sin duda, nadie negaría que hay un ciclo histórico que se cancela allí, pero las diferencias estallan cuando tratamos de definirlo: ¿se cierra el ciclo del comunismo nacido en 1917, el ciclo de las izquierdas nacidas entre mediados y fines del siglo XIX, el ciclo iniciado con las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII, o bien el ciclo de la misma modernidad? ¿O incluso, Fukuyama *dixit*, el de la historia misma? Los balances políticos y los proyectos historiográficos van a recortarse según se respondan de un modo u otro estos interrogantes en el presente.

He expuesto reiteradamente que, desde mi perspectiva, en 1989-91 se cierra el ciclo de los comunismos abierto con la Revolución de Octubre. Lo que entonces murió, sostuve y sostengo, es el comunismo, arrastrando consigo en su caída a toda la familia de los comunismos del siglo XX, desde el comunismo de izquierdas de los años '20 hasta el maoísmo, pasando por el trotskismo y varios ismos más. No niego, claro está, que el colapso del comunismo haya afectado al conjunto del arco de las izquierdas y al marxismo, pero creo también que tuvo su efecto liberador.

En América Latina, el ciclo de la lucha armada había concluido incluso algunos años antes, con la victoria sandinista de 1979 y la inauguración de un régimen democrático de partidos en Nicaragua. La victoria del FSLN le dio cierto aire a las luchas guerrilleras de América Central a comienzos de la década de 1980, pero con la fatídica experiencia de Sendero Luminoso en el Perú ese ciclo se cerró definitivamente. No puedo explayarme aquí sobre esto, ya lo hice en muchas oportunidades y existe al respecto una vasta bibliografía.

Ahora bien, desde que acepto que el ciclo histórico del trotskismo está *concluido* (más allá de que existan grupos supérstites que se reclamen trotskistas), entiendo que el diagnóstico vale para *todas* las familias de la tribu trotskista, sean éstas «mandelistas», morenistas, lambertistas o posadistas, por citar sólo algunas. Así lo escribí en el balance que esbocé en **El Rodaballo** a propósito del fallecimiento de Mandel: a pesar de todos sus méritos por haber logrado sacar el pensamiento trotskista de un enclave sectario, de haber renovado el pensamiento económico marxista y de haber pensado audazmente los problemas de su tiempo (el desarrollo capitalista de posguerra, la nueva revolución tecnológica, las transformaciones sufridas en el mundo del trabajo, los ciclos económicos, la naturaleza de las crisis, etc.), su techo, su límite, radicaba en su esperanza puesta en el carácter potencialmente revolucionario de un proletariado al que siempre le daba chances de recomposición social y política; así como en la pervivencia de tradiciones revolucionarias en la URSS que más tarde o más temprano se activarían en un proletariado dispuesto a encauzar una revolución política.

No me interesa pues, como me acusa Palti, demostrar que Mandel «tuvo razón» y Moreno no la tuvo, desde que sostengo que ambos, así como el resto de las familias de la tribu trotskista, sucumbieron víctimas de la misma esperanza. Dicho esto, mi oficio de historiador me obliga a distinguir dentro de la matriz que es común a todas las corrientes del movimiento, a trotskismos de diverso tenor, algunos más obreristas, otros más populistas; unos más teoricistas, otros consagrados ante todo a la urgencia de la acción militante; unos más bien sectarios y otros algo mejor dispuestos a la acción frentista, etc. En mi réplica a Palti señalaba que la debacle de fin del siglo XX afectó gravemente a toda la tribu trotskista, pero que algunas corrientes dispusieron de anticuerpos críticos que facilitaron su recomposición (ponía el ejemplo del trotskismo brasileño integrado en el PT, o del trotskismo francés recompuesto como partido anticapitalista), mientras que otras se vieron enfrentadas a un grave desarme teórico y lo pagaron con el precio de mayores divisiones y subdivisiones.

Palti, en su logicismo antihistórico, aplasta todas estas diferencias: convierte el trotskismo morenista en el paradigma de las «verdades» del marxismo; y proyecta el desarme teórico-político de esta corriente en 1989-91, al conjunto del marxismo, para así concluir que desde entonces no es más que una red llena de agujeros... Si me esforcé en mi contrarréplica en presentar otros trotskismos y otros marxismos, es porque creo que sí hubo respuestas marxistas de espesor teórico a dicha coyuntura y al fin de dicho ciclo, que Palti no sólo desconoce sino que se empeña reiteradamente en desconocer. Palti tiene todo el derecho del mundo de pasar del trotskismo morenista al posmodernismo. Lo que no debiera hacer es convertir ese pasaje tan personal en un camino real. Su decisión de cerrar su amarga pelea con Botana y volverse contra la izquierda, no es otra cosa que política. Lo más odioso de la perspectiva de Palti es que quiere hacernos creer que su *elección política* de pensar desde la poshistoria no es otra cosa que un puro resultado lógico.

Como, a diferencia de Palti, creo que el ciclo histórico de las izquierdas, las resistencias, las rebeliones y las revoluciones *no está concluido*, todo trabajo historiográfico que apunte a extraer del pasado un beneficio de inventario para el presente, permanece vigente. El leninismo ha muerto, sin duda, pero sigue siendo actual la pregunta de Lenin: «¿a qué herencia renunciamos?». O lo que es lo mismo, ¿qué permanece vigente para el pensamiento crítico y las luchas del presente del pensamiento y de las luchas del pasado? Por ello, no es que no *puedo* adoptar una olímpica distancia respecto de la experiencia militante para pensar sus supuestos (a causa de alguna deficiencia lógica, o una insuficiencia teórica — no haber leído lo suficientemente a Skinner), sino que *no lo quiero*. Es una decisión *política, tanto como lo es la suya*. Le deseo a Palti mucha suerte en sus excavaciones de arqueólogo, pero por mi parte me niego a considerar el conjunto de la historia de las luchas sociales y políticas y a las disputas en el seno del marxismo del siglo XX, *como si* tratara las querellas entre tirios y troyanos, o entre cátaros y albigenses. Propugno, en cambio, anudar de modo productivo historia, teoría y política (por mentar el título de un autor que es la *bête noire* de Palti) como lo han hecho,

por ejemplo, los historiadores marxistas británicos. Este compromiso con el presente no le quita necesariamente a mi trabajo un ápice de rigor, como tampoco el pretendido apoliticismo le agrega necesariamente rigor al quehacer histórico.

En efecto, abogo por una historia crítica de las izquierdas realizada desde una perspectiva de izquierdas y con el instrumental teórico de un marxismo crítico, así como otros lo hacen desde el nacionalismo, el liberalismo, el historicismo o el posmodernismo. Desde luego que esta somera declaración de principios historiográficos no basta, pues incorporo a mi perspectiva múltiples aportes que a muchos de los que hacen historia de la izquierda desde la izquierda les resulta ecléctica, revisionista, herética o liquidacionista. Poco me importa. No me interesa tampoco atender a esas críticas: conozco bien la obra de algunos colegas que practican la historia militante pura y simple, sin el menor distanciamiento, tratando a los actores históricos como sujetos políticos del presente. Así como he dado mi batalla contra el profesionalismo aséptico, también supe darlo contra las versiones oficiales u oficiosas de la izquierda, que también aplanan la historia.

Nuestro arqueólogo, con dudoso buen gusto, compromete a un colega en el relato de la siguiente anécdota: «Su intervención en este debate me trae a la memoria un señalamiento de Carlos Altamirano respecto al debate suscitado entre Pucciarelli y Tarcus al cierre de un encuentro realizado en la Universidad de Quilmes sobre los aportes recientes a la historia de la izquierda. Como decía Altamirano, si bien los argumentos de uno y otro parecían simplemente replicar posturas de los años setenta, se podía aún descubrir cómo se alteraron las condiciones de enunciación de esas mismas ideas» (p. 298).

Palti cita otra vez de mala fe: mi debate de la mesa de cierre de las jornadas sobre izquierdas de la UNQ (viernes 13/9/2002) no fue con Pucciarelli, sino con Luis Alberto Romero (por el contrario, coincidimos mayormente con Alfredo en éste y otros puntos). Yo defendí aquella tarde una vinculación productiva entre historia y política, mientras que Romero, como es previsible, defendió una profesionalización del historiador donde la historia se separa quirúrgicamente de la política. Es la postura que sostiene, con mayor sofisticación, es cierto, Palti hoy. Ahora bien, hasta donde sé, el debate no nació ni murió en la Argentina de los años '70 del siglo pasado, sino que atraviesa la historia de la historiografía contemporánea. Conozco y respeto la preceptiva croceana: «la historia no es justiciera sino justificadora». Los historiadores, dice Croce en **Storia come pensiero e come azione**, no deben juzgar sino comprender. Yo no creo que esto, así formulado, sea posible: la perspectiva liberal intrínseca a la historiografía de autores como Croce y como Romero es evidente para todos menos para ellos mismos. Reconozco la necesidad del historiador de comprender, pero creo que el historiador necesariamente juzga, que pondera desde el presente, con la perspectiva que le da el presente y desde un lugar que es, claro está, distinto del de su objeto. El historiador, aunque sea con sobriedad y ponderación, postula un juicio histórico, y al juzgar siempre articula, como quería Gramsci, pasado y presente. Es en ese sentido que elegí, hace ya muchos años,

comprometer mi propio trabajo historiográfico con la perspectiva de un Thompson, un Hobsbawm, un Anderson; de un Haupt, un Paris; de un Aricó, un Flores Galindo...²

Lo mismo vale respecto del debate sobre la violencia revolucionaria: no me interesa sopesar hoy qué autor del pasado «tuvo razón», sino entender por qué en determinados procesos históricos la violencia pudo ser ejercida dentro de los límites de cierta legitimidad revolucionaria, y en otros no. Trato de pensar la dinámica de procesos históricos en los cuales un poder insurgente frente a una situación de opresión estatal, en principio representativo y legítimo ante amplios sectores de las masas populares, puede transformarse en puro contra-estado y replicar las jerarquías, la violencia o la corrupción estatales de modo especular e instrumental; trato de comprender el momento en que la captura de rehenes enemigos se transforma en secuestro extorsivo, en que la muerte de un militar enemigo, inevitable en el asalto a un cuartel o en un enfrentamiento en una guerra civil, se transforma puramente en asesinato, como señala del Barco en su réplica a Rozitchner. Del Barco lo plantea bien, cuando sostiene, dentro del derecho a la rebelión, la apelación a la *contra-violencia*, pero, aclara, una *contra-violencia* «no asesina» (p. 102 del libro citado).

Desde ya que no es posible formular un conjunto de normas a priori que nos permitan diferenciar las formas, los tiempos y los procedimientos legítimos de los ilegítimos. Pero esto no nos coloca, como cree Palti, ante un problema indecible... Para Palti, la violencia legítima no se puede conceptualizar: cuando hay Historia con mayúsculas, la conceptualización no es necesaria; cuando ya no la hay, se vuelve vacía; y según sus cortes epocales, ayer hubo Historia, mientras que ya no la hay («el *Sattelzeit* volvió imposible toda referencia al pasado como fuente última de legitimidad»). Palti, entonces, le da la razón a los críticos de del Barco que sostienen que toda violencia revolucionaria excede la decisión individual responsable pues toda apelación a un principio que la justifique es necesariamente exterior (Historia, Revolución, Comunismo) e implica eludir dicha responsabilidad.

Sin embargo, cuando vivíamos bajo el reinado de la Historia, se ejercieron violencias revolucionarias que se legitimaron ante los ojos de las grandes masas —el ejército de Sandino, los republicanos españoles en guerra civil, la guerrilla cubana en la Sierra Maestra—, mientras que otras experiencias, como Sendero Luminoso, las FARC o la ETA, se empantanaron en prolongadas confrontaciones que las deslegitimaron por apelar a los métodos terroristas que ellas mismas nacieron para condenar en sus respectivos Estados. Por otra parte, hoy mismo, en la mismísima poshistoria de Palti, siguen vigentes apelaciones a la violencia revolucionaria, algunas de las cuales logran conquistar legitimidad social (el Ejército Zapatista que se alzó en Chiapas en 1994, por poner un caso) y otras no (el MRTA peruano, por poner otro). No creo, en suma, que la cuestión de la violencia revolucionaria pue-

² Además, no sería difícil imaginar un cuadro en el que Altamirano expone sobre peronismo y cultura de izquierdas en un coloquio en la Universidad Di Tella o San Andrés, y donde Botana le susurra al oído a Cortés Conde: ¡qué setentista que es todo esto!



da subsumirse y resolverse en la dicotomía historia/poshistoria. Creo, en cambio, en la necesidad de una explicación histórico-política, estudiando cada caso histórico en concreto, las tradiciones de lucha de cada nación, los métodos utilizados, las modalidades adoptadas en las tomas de decisión colectivas, los cambios en el apoyo popular, las tendencias militaristas que tienden a autonomizarse, las tendencias sustituidas, etc. En los extremos, no es lo mismo la decisión de un individuo o un grupo de asaltar un cuartel, que miles de campesinos chiapanecos votando previamente un levantamiento armado. En fin, una vez estudiadas diversas experiencias, es posible compararlas y pensar el problema de la legitimidad de la violencia revolucionaria y sus límites.

Desde ya que no creo que esas dinámicas sean el mero resultado de concepciones teóricas *previas*, sean vanguardistas, foquistas o lo que fuere. Esto es una mera atribución de Palti: yo no pienso en términos de que la «teoría» anticipe pura y simplemente a la «práctica», como solía plantearse en los debates de la socialdemocracia rusa del 900, ni tampoco que las ideas nazcan simplemente en el seno de la práctica, como postulaba El Gran Timonel. La formación y la transformación de las ideologías políticas es algo demasiado complejo para resumirlo en esos términos simples. Por eso no creo tampoco que el problema de las izquierdas sea simplemente de índole teórica, y que de aplicar en el futuro concepciones correctas, como las mías, las cosas se encaminarían, como Palti me imputa. Aquí su texto cae en lo que en la tradición militante se denominaba «una chicana barata». Acaso un síntoma de que la militancia no está tan muerta y enterrada como el propio Palti quisiera.

En mis «Notas para una crítica de la razón instrumental» traje al debate del Barco los planteos acerca de la violencia revolucionaria de Semán, Brocato, Helios Prieto, Pilar Calveiro, Schmucler y del propio del Barco veinte años atrás, no porque, como afirma Palti, me interesara presentar «quién anticipó [mis] propias ideas al respecto», sino porque busqué inscribirlo en un debate de mayor duración, iniciado en los mismos años de la lucha armada (¡en el transcurso mismo de la Historia!) y también porque busqué mostrar las dificultades con que se abrió camino y las veces en que fue asordinado, hasta que finalmente estalló en las páginas de **La intemperie**. Va de suyo que desde el momento en que los recupero, y construyo una cierta «tradición» a partir de figuras provenientes de diversas corrientes políticas, es porque creo que han aportado y siguen aportando algo productivo para el debate presente. Es algo que tiene que ver con la función intelectual, absolutamente ajena al profesionalismo aséptico de Palti, que interviene en el debate sobre la violencia revolucionaria, debate eminentemente intelectual, para plantear que nadie entiende los supuestos subyacentes sobre los que está parado, que por supuesto sólo él ve, para sofocarlo con su programa de historia conceptual académica.

Ahora resulta que Palti lee mis libros de historia de las izquierdas como historias justicieras, a la Bayer, donde establezco «héroes» y «villanos», los que llevan la «línea correcta», y los que se equivocan. Los «héroes» a los que alude, Silvio Frondizi y Milcíades

Peña, son tratados en **El marxismo olvidado** en todo caso como «héroes» trágicos. La lucidez que les atribuyo no se traduce nunca en «línea correcta», pura y simplemente porque no tiene traducción política. No me privo, por otra parte, de señalar sus tensiones, sus contradicciones, sus *impasses*, sus repliegues, sus derrotas... Por otra parte, las corrientes políticas de las izquierdas son tratadas con ponderación. Reconstruyo sus debates con otras figuras de su tiempo —Puiggrós, Ramos, Moreno— sin minusvalorar sus libros ni sus ideas, sin hacer jamás mofa de ellos. Sin duda, no habré encumbrado a Nahuel Moreno como hubiera querido Palti, pero el tratamiento de su figura y de su corriente fue llevado a cabo con ponderación. Incluso cuando trato de las querellas entre Moreno y Peña hago un juego de espejos con Sarmiento y Alberdi... Lo mismo puedo decir del tratamiento de figuras como Wilmar, Lallemand, Justo o Ingenieros en mi **Marx en la Argentina**: en vano se buscará allí una lucha entre marxistas «verdaderos» y marxistas «falsos». El «marxismo ortodoxo» de un Kautsky o un Lallemand es tratado como una construcción tan próxima o tan alejada del «marxismo de Marx» como lo es el «revisonismo». La concepción misma del **Diccionario biográfico de la izquierda** rompe desde el vamos con ese tipo de clasificaciones binarias. En fin, para qué seguir, llevo varios libros y decenas de artículos discutiendo perspectivas como la que Palti me atribuye. A ellos me remito, son mi mejor defensa.

Me interesa, como dije, la apertura del debate, sobre todo a las generaciones que nos siguen. En la página siguiente, Ariel Petruccelli ofrece su propio balance del debate en cuestión, enlazándolo con sus propias consideraciones sobre la situación presente del marxismo. Petruccelli, profesor de la Universidad del Comahue, y autor del **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia** (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998) y de **Docentes y piqueteros** (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005), viene de publicar **Materialismo histórico. Interpretaciones y controversias** (Buenos Aires, Prometeo, 2010). Está próximo a aparecer por esta misma editorial **El marxismo en la encrucijada**.

A continuación presentamos la ponencia que leyó Laura Sotelo, profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Rosario, en las Jornadas de Teoría Crítica «José Szabón», que se desarrollaron en noviembre de 2010 en esa ciudad. Sotelo es doctora en filosofía (UNR) y autora de **Ideas sobre la historia. La Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse** (Buenos Aires, Prometeo, 2009).

H. T.

El marxismo después del marxismo

Ariel Petrucelli

De la discusión de la violencia revolucionaria a la discusión del marxismo

En diciembre de 2004 Oscar del Barco publicó en la revista cordobesa **La Intemperie** una provocativa carta en la que su autor volvía a poner en discusión el complejo problema de la violencia revolucionaria. A diferencia de anteriores intervenciones a cargo de otros intelectuales, la carta de del Barco desató una encendida polémica. Un largo reguero de publicaciones —muchas de ellas condenatorias, pero algunas preocupadas por entablar un diálogo genuino y sincero sobre un ríspido tema— siguió a la carta. En un intento por coronar esos intercambios, Horacio Tarcus publicó en el verano de 2006/2007 un extenso trabajo titulado «Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco». Allí rastreaba una serie de textos anteriores en los que se desarrolló una vía crítica, desde las izquierdas, a la violencia sesentista, saludaba la provocación de del Barco, e intentaba pensar las falencias de la violencia revolucionaria en clave de la lógica instrumental que la habría sustentado. Siguiendo a Merleau-Ponty, argumentaba que el humanismo revolucionario se había transformado en terror como consecuencia de la ruptura de la dialéctica entre medios y fines, y preconizaba el restablecimiento de dicha dialéctica. Concluía preguntándose si ello implicaba un simple retorno al punto de partida, a lo que respondía:

No, no estamos en el punto de partida, puesto que el nuevo humanismo, después del momento de la violencia revolucionaria, ha perdido la inocencia. Prosigue su lucha, pero con beneficio de inventario. Entre otras cosas, ya no es posible decir «nosotros no sabíamos». Aquel humanismo inicial sabía que «el arma de la crítica no puede reemplazar a la crítica de las armas». El humanismo que perdió la inocencia sabe ahora que la inversa no es menos cierta: «la crítica de las armas no puede reemplazar las armas de la crítica».¹

El artículo de Tarcus sería sometido a dura crítica por Elías Palti. En «La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de **La fidelidad del olvido** de Blas de Santos y el 'affaire del Barco'», Palti intentó mostrar que el trabajo de Tarcus se quedaba corto; que los problemas no residían en el carácter instrumental de la violencia revolucionaria (lo que implica la posibilidad al menos de una violencia revolucionaria legítima, no instrumental), sino que en la actualidad los dilemas de la violencia revolucionaria se habrían tornado irresolubles. Los problemas, pues, no estarían en la razón instrumental, sino en la mismísima razón militante. Y las conclusiones de Palti eran sumamente crudas: «¿cómo puede la izquierda volverse sujeto?, pregunta que se despliega, a su vez, en otra: ¿cómo pensar la política en un mundo postsecular, en que no sólo nos vemos privados ya de la mano de Dios sino que todos sus remedos seculares (la Historia, la Razón, la Nación, la Revolución, etc.) se han también quebrado. *No es posible hoy encontrar la respuesta; tampoco está claro siquiera que la haya*».²

Con estas palabras, Palti declaraba destrozada, mortalmente herida, a la entera cultura de izquierdas.

Perspectivas deconstructivas versus perspectivas reconstructivas

Tarcus respondió con un largo artículo, tres veces mayor que el trabajo de Palti. Las réplicas considerablemente más extensas que los escritos criticados suelen despertar suspicacia. Su extensión puede ser síntoma de incomodidad, de incertidumbre res-

¹ H. Tarcus, «Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco», **Políticas de la Memoria** n° 6/7, verano 2006/2007, pág. 24.

² E. Palti «La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de **La fidelidad del olvido** de Blas de Santos y el 'affaire del Barco'», **Políticas de la Memoria** n° 8/9, primavera 2008, p. 19.



pecto a cómo responder, cuando no ocultar motivaciones subyacentes. Si la réplica de Tarcus estuvo sobredeterminada por alguna de estas cuestiones es algo difícil de establecer. Pero parece claro que lo fundamental de sus argumentos pueden ser explicados y comprendidos sin recurrir a este tipo de especulaciones. La extensión de la réplica se justifica plenamente cuando se observa que lo que hace Tarcus, más que replicar al breve artículo, es someter a examen crítico el fundamento mismo de las conclusiones a las que arriba Palti, esto es, las ideas que expuso en **Verdades y saberes del marxismo**. En este libro Palti desarrolla un análisis *deconstructivo* del marxismo, cuyos fundamentos se declaran destrozados. Para alguien como Tarcus, embarcado desde hace tiempo en un proyecto político-intelectual que bien podría ser catalogado como *reconstrucción* del marxismo, las conclusiones paltianas resultaban ominosas: de ser correctas, todo su proyecto se vería despojado de sustentación.³ ¿Cuáles son las ideas que expone Palti en **Verdades y saberes**?

Un examen detallado y ponderado del libro en su conjunto demandaría un espacio excesivo. Aquí, pues, haré una lectura sesgada, pero imprescindible para captar en qué medida y por qué razones sus páginas contenían una perspectiva y unas conclusiones inaceptables para Tarcus (y a decir verdad para cualquier interesado en una vía reconstructiva del marxismo).

Constatemos en primer lugar una significativa asimetría. Si bien el libro se titula **Verdades y saberes del marxismo**, lo cierto es que se concentra casi exclusivamente en las Verdades, y apenas subsidiariamente en los Saberes. Luego de un breve capítulo inicial —en el que sumariamente se declara disueltos los saberes marxistas e injustificados los intentos de salvar al marxismo como Saber luego de decretar su muerte como Verdad— Palti dedica cuatro extensos capítulos al marxismo como Verdad. Si a esto agregamos que el espacio dedicado a Nahuel Moreno es considerablemente mayor que el concedido a Mandel, Anderson o Jameson (teóricos marxistas los tres y dirigente político el primero considerablemente más destacados que Moreno), que el enfoque de Perry Anderson o Fredric Jameson es considerado una forma de Saber sin Verdad (cuando es bastante obvio que ni uno ni otro han renunciado a la Verdad del marxismo), y que insólitamente se le da un lustre de rigurosidad lógica y solidez teórica a los mecanismos de control e incluso «terrorismo ideológico» asociados con las sempiterna acusación de «liquidacionismo», entonces se torna comprensible la reacción de Tarcus. En su extensa respuesta, éste argumenta detenidamente en favor de la vitalidad de buena parte de los Saberes marxistas, al tiempo que rechaza con contundencia la pretensión de Palti de que el marxismo de Nahuel Moreno, si bien hoy destrozado, era al menos consistente y coherente, a diferencia del marxismo de Anderson o Mandel, que a su juicio no se hallan en mejor situación, pero además serían inconsistentes.⁴ Como síntesis de los puntos en

disputa Tarcus concluye que lo que los separa son «balances distintos, incluso opuestos, de la historia del marxismo y de las izquierdas del siglo XX».⁵ Una conclusión que parece más que plausible, obvia.

Palti respondió a la réplica de Tarcus con un escrito bastante extenso, en el que se muestra insatisfecho con la respuesta de éste.⁶ Arguye que Tarcus no comprende su enfoque, que no es otro que el de la *historia conceptual*, y se muestra molesto con el terreno en el que cree que Tarcus llevó la discusión: determinar qué corriente militante fue la que tuvo la línea correcta. A ojos de Palti, Tarcus habría organizado su respuesta como una defensa de la perspectiva mandelista, atribuyendo al autor de **Verdades y saberes** una perspectiva morenista. Se trataría, de tal cuenta, de una versión renovada de la polémica Mandel/Moreno, en la que Palti no tendría ningún interés en participar. Porque a su juicio las diferencias entre uno y otro no afincarían en disímiles concepciones político-ideológicas, sino en perspectivas historiográficas diferentes. A Palti no le preocupa especialmente qué es con exactitud lo que Mandel, o Trotsky o Anderson sostuvieron. Lo que él rastrea es aquello que *no* podrían haber dicho, las ideas que nunca hubieran podido articular sin destruir su marxismo; su objetivo es desnudar su núcleo aporético. Desde este ángulo, aun cuando el grueso de las críticas que Tarcus formula a sus interpretaciones singulares (qué sostuvo cada quién) fueran correctas, no llegaría al meollo del asunto, que concierne a lo que resulta impensable desde el marxismo. Y es desde esta perspectiva que el pensamiento de Moreno se le presenta como más consistente: Moreno habría sido consciente de qué era aquello que los marxistas siempre deberían presuponer, sin aceptar jamás; en tanto que Anderson o Mandel, al acercarse peligrosamente a esas conclusiones destructivas, estarían siendo incoherentes. ¿De qué se trata? En resumidas cuentas: de que no se puede seguir siendo marxista una vez que se acepta el triunfo final del capitalismo, como según Palti, pero no según Tarcus, sugiriera Mandel en el pasado o postula Anderson en el presente. Palti es completamente claro y concluyente al respecto, y por ello afirma:

aún cuando fuera cierto que yo me equivocara al respecto y le atribuyera a Mandel una tesis que él no sostuvo, está claro que esto de ningún modo afectaría a mi argumento. Si lo que Tarcus hubiera querido hacer era refutar el mismo, y no simplemente salvar el honor revolucionario de Mandel, tendría que haber podido demostrar exactamente lo contrario a lo que tan afanosamente se empeña en demostrar, es decir, que Mandel sí afirmó el fin del socialismo pero no por ello dejó de ser «un buen marxista». Dicho de otro modo, que se puede postular la verificación efectiva de un quiebre histórico que haga inactual la perspectiva de una revolución socialista sin dislocar con ello las premisas sobre las que se fun-

³ Para un análisis de los proyectos deconstructivos y reconstructivos puede consultarse a José Szabón, «Una lectura sinóptica de la 'crisis'», en su **Historia y representación**, UNQui, 2002.

⁴ La mayor «coherencia» del marxismo morenista estaría dada, según la interpretación de Palti, por su clara conciencia de qué es aquello que el mar-

xismo no puede aceptar sin auto-destruirse, a saber: la inactualidad del socialismo. Al sugerir Mandel esta posibilidad sería un virtual «liquidacionista». Más adelante cuestionaré este supuesto.

⁵ H. Tarcus, «Elogio de la razón militante. Respuesta a Elías J. Palti», **Políticas de la Memoria** n° 8/9, primavera 2008, p. 36.

⁶ E. Palti, «La violencia revolucionaria como problema histórico-conceptual. Notas para una arqueología de la subjetividad militante», en Luis Ignacio García (ed.), **No matar II**, Córdoba, Editorial UNC, 2010.

da la subjetividad militante. En suma, debería poder demostrar que tal hipótesis no señala simplemente un límite inherente suyo, algo que hay que postular pero que resulta, al mismo tiempo, impensable para un marxista.⁷

Ahora bien, es bastante obvio que Tarcus no defiende específicamente a Mandel, y mucho menos por creer que su marxismo exprese la «línea correcta». Lo que Tarcus hace es mostrar que existen marxismos que siguen siendo estimulantes y productivos, y otros prácticamente nulos. No se trata, pues, de defender ninguna «línea correcta» (al fracasar en sus objetivos políticos, todos estuvieron, en algún punto, equivocados). Se trata más bien, para Tarcus, de indagar y ponderar la productividad relativa de cada uno.

¿En dónde reside, pues, el núcleo de las diferencias entre Palti y Tarcus? ¿En balances diferentes, como quiere Tarcus? ¿En perspectivas historiográficas distintas, como sostiene Palti? ¿Y es cierto que entre ambos no hay diferencias políticas que permitan entender el debate?⁸

El juego de las diferencias

En mi opinión, las diferencias entre uno y otro atañen simultáneamente a divergencias en lo que hace al balance de la trayectoria del marxismo y a enfoques historiográficos diversos, con lo que cada uno tendría razón a su modo. Sin embargo, sostendré que si bien el enfoque de la *historia intelectual* (que es el de Tarcus) no resulta necesariamente incompatible con la perspectiva de la *historia conceptual* (defendida por Palti) —por lo que ambas concepciones podrían ser complementarias—, los análisis de Palti representan de hecho una auténtica amenaza para el *proyecto político-intelectual* de Tarcus, que excede largamente a sus propias investigaciones historiográficas. Desde este punto de vista, es ingenua la creencia de Palti respecto a que sus diferencias no pueden ser comprendidas ni explicadas en términos políticos: no lo serían si por términos políticos entendemos posicionamientos coyunturales ante acontecimientos del presente; pero sí, y muy claramente, si nos colocamos en la perspectiva político-intelectual de reconstrucción del marxismo, en la que Tarcus persiste y Palti considera clausurada.⁹

⁷ E. Palti, «La violencia revolucionaria como problema histórico conceptual».

⁸ «Aunque Tarcus busca darle a nuestras diferencias un sentido político-ideológico (y colocarme en un lugar nada agradable para mí), en realidad, no es posible hallar en este plano divergencias que justifiquen nuestra disputa. No hay aquí subyaciendo agendas políticas contrapuestas que puedan explicarla o permitan entenderla». E. Palti, «La violencia revolucionaria como problema histórico conceptual».

⁹ Si bien Palti nunca dice expresamente que la reconstrucción del marxismo no sea posible, es eso lo que sus textos implican, o al menos que la misma es abismalmente dificultosa. Esto es lo que se deduce de dos de sus conclusiones: que el marxismo ha colapsado como saber (*Verdades y saberes*, p. 57-64), y que hemos entrado en un «contexto pos-trágico de pensamiento, en que el accionar político se ve privado no sólo de garantías objetivas (la certidumbre de que las leyes históricas empujan en la dirección de la realización del propio proyecto político) sino también de todo soporte subjetivo que pueda sostener dicha empresa» («La crítica de la razón militante», p. 18). Se impone, pues, discutir si efectivamente estamos ante un colapso de los saberes marxistas, y si es verdad que se han disuelto los soportes subjetivos de la empresa revolucionaria.

En lo que sigue, exploraré críticamente los argumentos paltianos que lo llevan a sostener que los fundamentos del marxismo se hallan destrozados. Seguiré la lógica de la historia conceptual, antes que la perspectiva de la historia intelectual expuesta por Tarcus. Pero mi conclusión será semejante a la suya: la descripción de la situación actual del marxismo que nos proporciona Palti no resulta consistente, ni desde un estudio *histórico-intelectual*, ni desde un análisis *histórico-conceptual*.

Las preguntas que deberemos explorar son las siguientes: a) los sucesos de 1989/91, ¿dislocan por completo los saberes del marxismo?, b) ¿constituye la perspectiva de un triunfo final del capitalismo la premisa que funda al marxismo como práctica militante?, c) ¿es imposible seguir siendo marxista (revolucionario) si se acepta la imposibilidad del socialismo?

¿Crisis conceptual?

Hemos visto que en el libro de Palti existe una clara asimetría entre el estudio de los Saberes y el análisis de las Verdades. Esto se explica por el hecho de que Palti considera que los Saberes marxistas han colapsado. ¿Cómo llega a esta conclusión? No, por cierto, por medio del tedioso estudio y evaluación de todos y cada uno de los Saberes trabajosamente desarrollados por Marx y los marxistas a la luz de las actuales evidencias y argumentos. El camino es eminentemente conceptual. Busca establecer el núcleo duro que sustentaría a los Saberes marxistas, y mostrar que los mismos se disuelven por no poder dar cuenta, en sus propios términos, de los actuales acontecimientos.

Palti considera que los sucesos de 1989/91 habrían topado a los marxistas frente a aquello impensable, inaudito, inconcebible. En términos estrictos, aquellos acontecimientos entrañarían su colapso como Saber. ¿Por qué? Según Palti:

Lo que si plantea la teoría marxista (y esto constituye su base misma) es que cada avance de la clase obrera es también un avance de la revolución socialista (y viceversa). Lo que define el sentido de los procesos políticos, para un marxista, no es su ideología (como lo sería para un liberal), sino su carácter de clase ... (*Verdades...*, p. 61)

Esta «ley histórica» constituye un a priori para el marxismo. (*Verdades...*, p. 62).

Sin embargo,

... la «revolución política en los Estados obreros parece cuestionar esta «ley histórica» ... La idea de un triunfo revolucionario (de hecho, el más grande ocurrido desde octubre de 1917: la derrota del stalinismo en la URSS), que conduce, sin embargo, a una restauración capitalista en gran escala resulta algo simplemente inconcebible, desafía las leyes que supuestamente presiden el curso histórico, en fin, disloca todas aquellas certidumbres respecto de cómo se articula la

realidad y que permiten ordenar y comprender los fenómenos políticos y sociales. (**Verdades...**, pp. 62-63)

Este desplazamiento habría provocado una «crisis conceptual», equiparable, según Palti, al colapso de las cosmovisiones indígenas americanas luego de la conquista. Los esquemas de inteligibilidad con los que el marxismo intenta comprender el mundo se habrían vuelto de pronto ilusorios, inservibles. En sus propios términos:

Una auténtica crisis conceptual conlleva la percepción de que el marxismo *no lograría ya dar cuenta de la realidad ...ni de sí mismo*, de su condición presente. Desde esta perspectiva, la afirmación de una «derrota histórica» *no sería más que otra forma de rehuir la crisis*, de hurtarse a sus consecuencias más problemáticas (**Verdades...**, p. 64).

Por consiguiente Palti considera inviable la supuesta estrategia andersoniana de validar los Saberes marxistas mientras se reconoce la ineficacia actual de sus Verdades:

Desde el punto de vista del marxismo como práctica revolucionaria, la paradoja de apelar a las categorías marxistas para explicar su crisis actual en el mismo momento en que se las declara obsoletas e ineficaces para intervenir sobre la realidad se convierte en una llana contradicción, algo simplemente absurdo. Si el marxismo se revela inútil como herramienta para controlar y transformar la realidad, lejos de afirmarlo como saber, ello obliga a admitir que toda su teoría estaba errada (afirmar lo contrario equivaldría al caso del médico que informa a los familiares del paciente que la operación fue un éxito completo aunque aquél lamentablemente murió). (**Verdades...**, p. 80).

¿Qué se puede decir de estos razonamientos? ¿Son acertadas sus premisas? ¿Resultan inescapables sus conclusiones?

Para comenzar digamos que no es del todo aceptable que para la teoría marxista todo avance de la clase obrera deba ser simultáneamente un avance del socialismo (y viceversa). Los revolucionarios marxistas rara vez vieron en las conquistas del proletariado socialdemócrata o peronista un avance del socialismo; más bien veían en ellos una estrategia de estabilización del capitalismo que desviaba al proletariado de su «misión histórica». En verdad, lo único que necesita postular el marxismo es que la posibilidad del socialismo está abierta para los trabajadores (como no lo estaba para otras clases oprimidas), y que un orden socialista estable debería contar con el apoyo de los trabajadores. Esto es algo muy distinto a postular que todo avance del proletariado deba ser un avance del socialismo.¹⁰ Por consiguiente, no hay razones para pensar que el derrumbe del «socialismo real» resulte ininteligible desde

¹⁰ Dejo aquí a un lado la cuestión —más bien empírica que conceptual— que se plantea al preguntarnos hasta qué punto los sucesos de 1989/91 pueden ser considerados revoluciones obreras: con la excepción de Polonia, la participación obrera en los acontecimientos fue más bien limitada.

¹¹ Ver por ejemplo la compilación de R. Blackburn, **Después de la caída**, o la **Historia del siglo XX**, de E. Hobsbawm.

una perspectiva marxista. De hecho existen excelentes y muy sofisticados análisis marxistas del fenómeno¹¹...e incluso desde las versiones más ortodoxas y esquemáticas del marxismo se puede dar una explicación simple y plausible: puesto que el capitalismo se ha mostrado capaz de continuar desarrollando las fuerzas productivas, los intentos por superarlo fueron prematuros y, por ende, estaban destinados al fracaso, como efectivamente ocurrió.¹²

Si el marxismo no se halla desconcertado e incapacitado para proporcionar una explicación plausible de la debacle del comunismo, entonces pensar lo ocurrido en términos de «derrota histórica» (como lo hace Anderson) no es una manera de rehuir los problemas actuales de la teoría. Más bien parece una adecuada manera de pensar el presente. Y no hay razones para concluir que los Saberes marxistas quedan invalidados por la impotencia actual del socialismo. Para llegar a esta conclusión habría que presuponer un vínculo excesivamente estrecho entre teoría y práctica, y además creer que los problemas planteados pueden ser resueltos siempre. La medicina no queda invalidada porque no disponga de cura para una cantidad enorme de enfermedades; la matemática no se derrumbar por toparse con problemas sin solución. Más específicamente, las dificultades para pasar del diagnóstico social a la propuesta de soluciones viables es omnipresente en las ciencias sociales, como muy bien reconociera Clifford Geertz: «el tipo de atmósfera moral en la que alguien profesionalmente comprometido con la reflexión acerca de los nuevos Estados se encuentra, con frecuencia no me parece del todo incomparable con aquella del oncólogo, que sólo puede esperar la curación de algunos de sus pacientes y que dedica la mayor parte de su esfuerzo a exponer detalladamente severas patologías ante las que nada puede hacer».¹³

Si este es el panorama, ¿por qué los Saberes marxistas quedarían dislocados por su incapacidad para realizar el socialismo?

La última trinchera

Es posible que a Palti estos argumentos le resulten insuficientes. Más que en el marxismo como fenómeno intelectual, él está pesando en el marxismo como praxis militante. No olvidemos que lo que lo llevó a intervenir en la polémica era justamente la subjetividad militante, subjetividad que, a su juicio, se hallaría en una crisis de tal magnitud y características, que obligaría a poner en entredicho

¹² Yo no explicaría así las cosas. Pero no se trata aquí de discutir cómo se explica mejor el colapso del comunismo, sino meramente de constatar que no resulta ininteligible para el marxismo. Por otra parte, incluso el propio Anderson llegó a sostener, antes de 1989, que si bien los regímenes del «socialismo real» habían agotado, en principio, cualquier potencial de emancipación humana que permitiera pensarlos como socialistas, el único modelo histórico que poseían los marxistas para pensar la transición del capitalismo al socialismo era el prolongado e intrincado proceso de transición del feudalismo al capitalismo, que había llevado casi cinco siglos de ensayos y errores, de avances y retrocesos. Ver Perry Anderson, «Acerca de las relaciones entre el socialismo existente y el socialismo posible», en **Nueva Sociedad** n° 56, Venezuela, septiembre/diciembre 1981).

¹³ C. Geertz, **Los usos de la diversidad**, Barcelona, Paidós, 1996 (1986), p. 48. Si bien el pasaje hace referencia exclusiva a los «nuevos Estados», Geertz deja muy claro que se trata de dificultades comunes, existentes quizá en menor grado, pero en modo alguno ausentes en otras realidades.

el propio concepto de crisis.¹⁴ Aún cuando los Saberes marxistas pudieran pasar la prueba de los tiempos, subsiste, pues, el problema de si los mismos pueden sustentar una subjetividad militante.

Y bien, Palti cree haber hallado la premisa semi-oculta de la subjetividad militante, tal y como se desarrolló durante la mayor parte del siglo XX. En su opinión, se trata de una subjetividad trágica basada en la postulación, mas nunca aceptación, de la posibilidad de un triunfo definitivo del capitalismo. Dicho de otro modo, la posibilidad de que, si se pierde la oportunidad, el socialismo se eclipse definitivamente del horizonte de las posibilidades humanas. Siguiendo a Moreno, sostiene que el trotskismo se sustenta sobre dos principios cuya combinación proporciona algo así como la puerta de entrada de la contingencia dentro de un marco marxista ortodoxo, permitiendo desarrollar un suerte de lógica política marxista; lógica política que se supone ausente en Marx, para quien la política no sería problemática debido al determinismo estructural de última instancia: los sujetos políticos se habrán de comportar según el libreto que les tiene reservado la dinámica estructural.

¿Cuáles son los principios en cuestión? El primer principio sería la «inversión de la ley de causalidad histórica». Esto significa que habría pasado a ser la ausencia o presencia de un partido revolucionario —es decir, el más subjetivo de los factores— lo que se convierte, en el período de crisis capitalista, en el elemento determinante en última instancia. El segundo principio, sintetizado en la consigna «socialismo o barbarie», postula que si no se aprovechan las oportunidades presentes la posibilidad del socialismo podría eclipsarse para siempre. Estos dos principios representarían la Verdad implícita del marxismo, estableciendo en un único movimiento tanto el fundamento de su praxis militante cuanto su límite impensable. Esta Verdad subyacente sería el fundamento de la subjetividad militante una vez que la certeza respecto a que el devenir histórico nos conduce espontáneamente al socialismo se hubiera quebrado, dando lugar al paso del «progresivismo histórico» al «heroísmo militante»; paso que Palti, siguiendo a Badiou, ubica entre 1850 y 1920 y que explicaría «el grado de violencia, hasta entonces inaudita y en apariencia irracional, que entonces se desata».¹⁵ Cuando se abandona la idea de que el proceso histórico conduce naturalmente al socialismo, entonces:

...toda auténtica práctica revolucionaria (es decir, como algo dotado de un carácter decisivo en términos históricos, y no limitado únicamente a una cuestión de ritmos o plazos) se sostiene del supuesto de la eventualidad de un *triunfo* final del capitalismo, de la posibilidad de la no-realización del socialismo, lo cual constituye la noción límite del marxismo. ... la hipótesis de una derrota histórica del marxismo (el arribo a una sociedad poscapitalista), que, como vimos, resultaría destructiva de aquél como *práctica*, se revela, sin embargo, al mismo tiempo como su presupuesto. En última instancia el trotskismo no sería sino el índice de la *Verdad* implícita del

marxismo, (su dimensión *política* ocluida), esto es, aquello que lo funda como *práctica*, pero que resulta *inarticulable* en él. (p. 74).

Voy a hacer a un lado las complejísticas cuestiones historiográficas que hay aquí en juego, y que tornarían largamente discutible cada una de estas ideas. No discutiré si la periodización que Palti toma de Badiou es aceptable (a mí no me lo parece); si la creciente violencia observable en el comienzo del siglo XX se explica por la pérdida de fe en el progreso, y no por otros factores (como la existencia de una alternativa social al orden vigente, el paso de la lucha política entre facciones de una misma clase a la lucha política entre clases, el desarrollo de la tecnología bélica, etc.); o si lo sustancial de la subjetividad de los millones de militantes de carne y hueso que durante el siglo XX se lanzaron a tomar el cielo por asalto estuvo constituido por la incertidumbre y la tragedia, o si más bien dominaron (como creo) la épica y la certeza. Aunque hago constar mi escepticismo respecto de las afirmaciones de Palti, voy a limitar mi crítica a los elementos pura y estrictamente conceptuales. Porque con independencia de lo acertadas o erróneas que resulten sus descripciones históricas, si su análisis conceptual es certero nos encontraríamos, en toda su cruda desnudez, ante el presupuesto que haría a la vez posible e imposible la militancia marxista. Nos hallaríamos parados frente a la última trinchera, más allá de la cual ya no cabría seguir siendo marxista, en tanto se entienda al marxismo como *práctica* revolucionaria.

Una vez roto el optimismo histórico, quebrada la ingenua creencia en una Historia que desemboca inexorablemente en el socialismo, la subjetividad militante se afinca en el Sujeto. Rota la certeza, se impone la tarea (que Palti cree que encarna Moreno) de

concebir la acción subjetiva de un modo en que ésta no aparezca como un mero complemento de las determinaciones materiales, pero que tampoco las niegue, de hallar aquél punto de fisura que es a la vez inherente e inconcebible desde la perspectiva de la lógica marxista. (p. 68).

La combinación morenista de la inversión de la «ley de la causalidad histórica» con la perspectiva dicotómica de «socialismo o barbarie» permitiría, a un tiempo, dotar de sentido a la práctica revolucionaria (que no sería un mero complemento del determinismo estructural inevitable) y socavar su fundamento: la posibilidad del triunfo final del capitalismo debe presuponerse siempre pero no admitirse jamás. Si se da este último paso, ya no habría manera de seguir siendo marxistas. Pero, ¿es así? ¿Es ésta la última trinchera? Si se acepta la imposibilidad definitiva del socialismo, ¿no es posible entonces sustentar una práctica revolucionaria? La asunción de la contingencia dentro de un marco marxista de pensamiento, ¿requiere ineludiblemente postular que si el socialismo no triunfa en determinado momento podría no triunfar jamás?

Para comenzar a responder a estos interrogantes diré que no hay ningún inconveniente de *principio* por el cual un marxista no pueda concluir que el socialismo es imposible, como piensa Palti. Sería ciertamente muy raro que un marxista llegara a esa con-

¹⁴ E. Palti, *Verdades y saberes*, p. 13-18.

¹⁵ E. Palti, «Crítica de la razón militante», p. 17.



clusión. Porque, ¿cómo se podría alcanzar una certeza tan grande? ¿Cómo estar seguros de que ya no queda nada sustantivo por inventar, que se ha alcanzado el orden social definitivo? Convengamos que un triunfo *final* debe ser final en serio. No puede haber nada más allá de él: ni en el corto, ni en el mediano, ni en el largo, ni en el larguísimo plazo. Cualquier cosa menos que esto nos remite al contexto de una «derrota histórica», que puede ser durísima y tener efectos a plazos muy largos, pero no es definitiva. Y recordemos que la idea de «derrota histórica» es para Palti otra de las tantas formas de evadir los problemas grandes del marxismo contemporáneo.

Pero supongamos, sin embargo, que un marxista logra convenirse de que el socialismo es imposible, no ahora, sino por siempre jamás. Evidentemente, sería muy probable que al día siguiente de arribar a esta conclusión dejase de ser marxista, o al menos de ser un militante revolucionario. ¿Pero es ésta una conclusión ineludible? Evidentemente no. Nuestro marxista podría abandonar la lucha por modificar la sociedad global, pero intentar establecer islas de socialismo a pequeña escala, incluso por medios revolucionarios. O podría pensar que sólo luchando por lo imposible se consigue lo posible, así que permanece como un militante revolucionario que sabe lo inalcanzable de su meta, pero que cree que al menos sus esfuerzos ayudarán a que la humanidad alcance lo alcanzable. O podría simplemente considerar que ante un mundo tan inhumano la única actitud digna es combatirlo sin tregua y sin concesiones, con total independencia de la factibilidad del triunfo. Cualquiera de estas actitudes permiten admitir la imposibilidad del socialismo y seguir siendo revolucionario. En términos estrictamente conceptuales ambos cabos pueden reconciliarse. Y aunque Palti no lo admita, Tarcus ya había mostrado que tanto Trotsky como Anderson pudieron aceptar la inviabilidad del socialismo y seguir siendo marxistas (revolucionarios).¹⁶ Por otra parte, el razonamiento de Moreno, que Palti elogia por su consistencia conceptual, es en verdad bastante menos consistente de lo que éste piensa. Su alternativa ultimista «socialismo (ahora) o barbarie (para siempre)» no es en realidad un prerrequisito indispensable para asumir la contingencia dentro de un marco marxista. Más bien es una consigna que se funda en *no asumir plenamente la contingencia*, y pensada sobre todo para cuestionar las estrategias reformistas a la vez que afirmar la importancia histórica de una corriente revolucionaria pequeña y acosada. Es evidente que postular la imposibilidad definitiva de un orden social requiere de una filosofía especulativa de la historia equiparable a aquellas que postulan la inevitabilidad de otro orden social. Y es obvio para quien conozca la historia del trotskismo que la consigna «socialismo o barbarie» era un arma arrojada contra el

reformismo: simplemente negaba la posibilidad de cualquier mejora dentro de los marcos capitalistas. Si no triunfaba el socialismo todo iría peor. Y es sumamente dudoso, por lo demás, que Trotsky o Moreno pensarán que la llegada de la barbarie supusiera un punto definitivo, sin vuelta atrás: ¿por qué no se podría pasar de la barbarie al socialismo?¹⁷ ¿O por qué de la barbarie no se podría regresar al capitalismo, y de éste avanzar al socialismo?

Es cierto que el planteo de Moreno abre un espacio a la contingencia, pero es apenas una baldosa. De hecho cabe preguntarse si estamos ante un pensamiento que genuinamente intenta aprehender lo contingente, o si más bien nos hallamos ante una maniobra intelectual sustentada en *certezas cognitivas*, pero que debe dar respuesta a los dilemas que se le plantean a una organización revolucionaria minúscula que debe hacer frente, a la vez, a un movimiento reformista (la social-democracia, o el peronismo en el caso argentino) y a un movimiento que al menos en su discurso se presenta como revolucionario (el comunismo oficial). La alternativa de socialismo o barbarie, con el aditamento de ahora o nunca, parece un excelente discurso para sostener a una pequeñísima corriente de oposición que necesita obturar toda tentación reformista, pero al mismo tiempo justificar su existencia y su importancia histórica en relación a un movimiento comunista de masas (pero que podría llevar al socialismo a una derrota definitiva).

Obsérvese, finalmente, que la morenista alternativa «socialismo o barbarie» escamotea la posibilidad de una contingencia (más) radical. ¿Qué sería una contingencia radical? Pues al menos una ante la cual no tendríamos manera de saber si algún sistema social (y cuál) será capaz de alcanzar un triunfo *final*: mientras haya historia, siempre existirá la posibilidad de que los vencedores de hoy sean los vencidos de mañana. Una contingencia genuina, pues, debería contemplar un abanico de alternativas posibles, y no una elemental dicotomía en la que, además, una de las dos alternativas resulta subjetivamente inaceptable: ¿quién elegiría la barbarie? La verdadera contingencia hace su entrada cuando se asume que existen varias alternativas objetivamente posibles, cada una con sus más y sus menos, y ninguna como la encarnación de lo que es inevitable o imposible, ni del bien absoluto o del mal infinito. Cuando el marxismo (o cualquier sistema de pensamiento) asume esto, no tiene entonces más remedio que argumentar en favor de la *posibilidad* o factibilidad de sus opciones, sí, pero también de defender los *valores* que las orientan. El marxismo, pues, debe defender al socialismo como algo en sí mismo valioso, como un objetivo deseable (y no sólo posible, ni mucho menos inevitable); justamente el tipo de defensa que los marxismos ortodoxos hicieron generalmente a un lado en nombre del «socialismo científico». Y esto nos confronta con lo que efectivamente es la frontera última del marxismo concebido como práctica revolucionaria: lo que ningún marxista podría sostener es que el socialismo no es *deseable*.

¹⁶ H. Tarcus, «Elogio de la razón militante», p. 33 (para el caso de Trotsky) y 29-30 (para el caso de Anderson). Palti no acepta esta lectura porque entiende que Trotsky se planteó la posibilidad de la inactualidad del socialismo, mas no la aceptó; y porque considera que el marxismo de Anderson carece de Verdad, y por ende ha renunciado al socialismo. Sin embargo, al plantearse esa nefasta posibilidad Trotsky no concluyó que de verificarse la misma se debería abandonar la militancia: llamó a elaborar un nuevo programa «mínimo». Y en cuanto a Anderson, coincidió con Tarcus en que el suyo no es un marxismo que haya renunciado ni a la Verdad ni al socialismo, que sigue claramente siendo su horizonte.

¹⁷ Recordemos que ni Trotsky ni Moreno definieron nunca a esta barbarie en términos de una sociedad no industrial (lo cual sí podría tornar imposible una transición al socialismo).

Es la creencia en la deseabilidad del socialismo, en su carácter valioso, lo único que los marxistas no podrían abandonar y seguir siendo marxistas.

Pensamiento trágico y subjetividades militantes

De lo expuesto hasta aquí se derivan tres conclusiones. La primera es que ningún marxista ha postulado la imposibilidad definitiva del socialismo, pero ello no nos reenvía —como quiere Palti— a ningún núcleo aporético de la teoría: es simplemente una elemental cuestión de responsabilidad intelectual en un contexto en el que todas las certezas se han tornado problemáticas, y las certezas respecto del futuro prácticamente insostenibles. No es un problema que el marxismo no pueda sacar esta conclusión. El problema, más bien, sería que el marxismo pudiera sentirse capaz de sacar conclusiones de este tenor: si lo hiciera estaría asumiendo un optimismo epistemológico que hoy parece infundado. Se colocaría en el lugar de las filosofías especulativas de la historia.¹⁸

La segunda conclusión es que, en el improbable caso de que algún marxista llegara a la enormemente especulativa conclusión de que el socialismo es definitivamente imposible, no por ello debería dejar de ser marxista o revolucionario. La tercera conclusión es que no hay ninguna razón para pensar que la práctica revolucionaria debe fundarse en postular la posibilidad de un triunfo definitivo de la barbarie, pero sin concluir jamás que ello ya ha sucedido.

Queda por establecer, con todo, si Palti está en lo cierto al suponer que la subjetividad militante fue una subjetividad trágica anclada «no en ninguna certidumbre, sino [en] un gesto (primitivo, elemental): la imposible adecuación al mundo, el rechazo radical a la persistencia de un mundo que, desprendido de todo horizonte emancipador, carecería de sentido»; y si es cierto «que las condiciones que habían permitido el surgimiento de esta subjetividad militante se han disipado».¹⁹

Y bien, en principio diré que me resulta extraño pensar en una única subjetividad militante. Más bien hay y ha habido distintas subjetividades revolucionarias. No parecen compartir una misma subjetividad, por ejemplo, los anarquistas que luchaban en nombre de la Idea con los marxistas que lo hacían en nombre de la Historia. Este hecho no debería obturar, empero, la posibilidad de establecer la existencia de una subjetividad dominante o hegemónica. ¿Pero ha sido ésta una subjetividad trágica? No lo creo. De hecho, para la gran mayoría de los militantes reales el socialismo estaba garantizado por las leyes de la dialéctica histórica. En una magistral semblanza autobiográfica Gerald Cohen ha

expuesto y evocado vívidamente la fuerza subjetiva de esta doctrina, dominante en el movimiento comunista de mediados del siglo XX.²⁰ El siguiente pasaje autobiográfico, que recoge la visión de un niño formado en una familia judía comunista, es a mi juicio altamente ilustrativo del tipo de subjetividad militante hegemónica al promediar el siglo XX:

Cuando tenía alrededor de 12 años, conocí a un hombre llamado Tim Buck, que era el secretario general del Partido Comunista canadiense. Quedé deslumbrado cuando le conocí, no porque tuviera una personalidad brillante, sino porque creí que su experto control de las leyes de la historia significaba que él sabía *cuándo* llegaría a Canadá el socialismo. ... Pero aunque pensaba que Tim Buck sabía cuando llegaría el socialismo, no pensaba que él simplemente lo vería llegar —que se las arreglaría para no estar demasiado ocupado el mes en cuestión, de tal forma que tuviera una butaca de primera fila para presenciar la acción revolucionaria. Por supuesto no pensé eso. Pensé que estaría, y que él pensaba que estaría, en el centro de la lucha.

Así pues, ¿qué papel tendría él y, de hecho, qué papel tendría la voluntad humana en general y la acción política en particular dado que el advenimiento del socialismo estaba garantizado de antemano? Bueno, piensen en el embarazo. La futura madre puede creer que tendrá a su bebé en una semana o mes concreto, pero eso no significa que no haya que hacerle sitio a una comadrona cuando llegue ese momento... Así, también, el capitalismo está embarazado con el socialismo, pero se necesita de la política adecuada para asegurar su alumbramiento seguro. El marxismo clásico estaba dominado por una concepción *obstétrica* de la práctica política.²¹

Este pasaje resume magníficamente las características de la subjetividad predominante en el marxismo militante del siglo XX. El marxismo trágico de Lucien Goldman (al que se refiere Palti) está en cambio lejos, muy lejos, de ser representativo de la subjetividad de los movimientos socialistas y comunistas de masas del siglo XX. Y también lo está el marxismo de Moreno. Hemos visto además —y Tarcus también se ha referido con claridad al tema— que la dimensión trágica era mínima en el pensamiento morenista.

El marxismo militante del siglo XX no pecó por trágico, sino en todo caso por ser muy poco trágico. El desafío, por consiguiente, no es pasar a un contexto post-trágico,²² sino asumir claramente la tragedia. Convertirse en marxismo trágico. Y un marxismo trágico debe asumir la incertidumbre de toda opción política, tanto

¹⁸ En un mundo efectivamente pos-secular, como en el que Palti considera que vivimos actualmente (¿pero por qué no considerarlo *secular al fin o genuinamente secular?*), una idea semejante sería sencillamente inadmisibile. En un mundo que ha abolido las certezas, ¿cómo se podría decretar el carácter definitivo o la imposibilidad absoluta de cualquier cosa? No deja de ser curioso que Palti plantee que el marxismo no puede pensar ... aquello que hoy nadie podría pensar (sin verse reenviado a un contexto pre-secular).

¹⁹ E. Palti, «La crítica de la razón militante», p. 18.

²⁰ Ver especialmente G. Cohen, «Política y religión en una infancia comunista y judía en Montreal» y «El desarrollo del socialismo desde la utopía a la ciencia», en *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?*, Barcelona, Paidós, 2001 (2000). En el capítulo «Igualdad», de la misma obra, Cohen evoca con no menos vigor el carácter marginal y carente de autonomía de las reflexiones éticas en el movimiento comunista, dentro del cual la moral era vista como un «puro cuento ideológico».

²¹ G. Cohen, *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?*, pp. 63-64.

²² No es nada claro qué sería un contexto o un pensamiento post-trágico, aunque las opciones más plausibles son la *ironía* (incómoda consigo misma, para el caso de los marxistas que piensen que esta concepción del mundo está destruida pero aún así no pueden reconciliarse con el mundo), o el *cinismo*.



como la necesidad de que la misma sea, a la vez, éticamente defendible y prácticamente factible.

Sintomáticamente, Palti subtitula su respuesta a Tarcus «Notas para una arqueología de la subjetividad militante». La metáfora arqueológica pivota en torno a dos significados diferentes, no necesariamente contrapuestos, y que en el caso de Palti más bien parecen conjugarse. Por un lado, la arqueología descubre lo que está oculto. En nuestro caso se trataría de ciertos supuestos subyacentes de la subjetividad revolucionaria. Pero los arqueólogos generalmente se ocupan de culturas y civilizaciones ya extintas; lo cual, si trasladamos la metáfora, implicaría que el marxismo y su subjetividad militante son cosa del pasado. Ahora bien, si los argumentos desplegados en estas páginas son correctos, la conclusión que se impone es que la labor arqueológica de Palti posee graves deficiencias. No es la imposibilidad del socialismo aquello que los marxistas jamás podrían pensar; su clasificación de las subjetividades parece excesivamente esquemática y homogeneizante; no parece haber identificado adecuadamente la subjetividad militante hegemónica durante el siglo XX. Sin embargo estas falencias no invalidan por sí mismas el diagnóstico que reza que las condiciones históricas de la subjetividad militante se han disipado; diagnóstico que al fundirse con la metáfora arqueológica parece implicar que Palti considera al marxismo militante como cosa del pasado: lo que queda de él debería ser considerado meramente residual. ¿Pero es éste un diagnóstico certero? Es difícil saberlo. Y por tratarse de nuestra situación presente, la dimensión analítica se conjuga intensa e irremediablemente con la dimensión prescriptiva. Lo que en estas páginas intento sugerir, en todo caso, es la posibilidad de una renovación del marxismo revolucionario por vía de la adopción de una subjetividad trágica que en el pasado, lejos de ser dominante, existió apenas marginalmente.

Regresemos, por último, al origen de todo esto: la violencia revolucionaria. Palti sostiene que los límites de la violencia legítima se han tornado indecibles; y cree que Tarcus, apegado a la «perspectiva de los actores», es incapaz de comprender cómo se han visto socavadas las antiguas certezas. Ahora bien, cabe aquí preguntarse por el significado de «indecible». Es cierto en un sentido que los límites de la violencia legítima son indecibles: pero también lo son los límites entre la ciencia y la metafísica, las bondades relativas de dos teorías, la frontera entre lo observacional y lo teórico... incluso si el tronco que tengo en mi jardín es o no es una mesa puede ser indecible. Sería absurdo negar las complejidades intelectuales que plantea el estudio de qué violencia es aceptable o legítima. Pero no parece que sea algo sustancialmente más complejo que otras cuestiones, ni parece que otras tradiciones político-ideológicas posean un fundamento más sólido: ¿tienen los conservadores o los liberales criterios más claros o parámetros indiscutibles para decidir qué violencia es aceptable? Una vez que se asume la contingencia y la incertidumbre, una vez que se sabe que carecemos de certezas, la discusión es qué grado de conocimientos o qué probabilidades consideraríamos suficientes para embarcarnos en una empresa. Y lo mismo sucede toda vez que se acepta que no hay criterios éticos absolutos. En contextos así no hay repuestas indubitables, y el talan-

te de cada quién juega su papel. Habrá decisiones muy claramente temerarias, otras indiscutiblemente conservadoras, pero acaso la mayoría se halle en algún punto intermedio. Y es precisamente en este terreno en el que el pensamiento de la ambigüedad desarrollado por Merleau-Ponty juega su papel. Al contrario de lo que piensa Palti, el pensamiento trágico de Merleau-Ponty reivindicado por Tarcus no busca un refugio en certidumbres que hoy se vislumbran como espurias. Es un pensamiento que reivindica la acción, la militancia, la apuesta política ... asumiendo la existencia irreductible de la contingencia, de lo imprevisto, de la ignorancia sobre el futuro. El tipo de pensamiento, precisamente, que debería ser la base de una subjetividad militante una vez que se asume que no hay leyes de la historia que nos conduzcan ineludiblemente a ningún sitio; y que todo objetivo político debe ser defendido, simultáneamente, en el campo realista de su factibilidad y en el terreno ético de su deseabilidad.

El merleupontyano pensamiento de la incertidumbre estaba pensado para dotar de sustento subjetivo en circunstancias como éstas. Pero tenía ilustres precedentes. Como escribiera el propio Merleau-Ponty: «Hegel expresó admirablemente la imparcialidad del héroe que ve muy bien que sus adversarios no son necesariamente 'malos', que, en cierto sentido, todo el mundo tiene razón, y que cumple su tarea sin esperar ser aprobado por todos ni totalmente por sí mismo».²³

Claro que los «héroes» de Hegel —al menos muchos de ellos—, atemperaban el carácter problemático de sus decisiones con la creencia en un proceso histórico cuyo destino podía ser descubierto. Pero Merleau mostró casos concretos de militantes que habían renunciado a certezas de ese tipo, asumiendo radicalmente un pensamiento trágico de la incertidumbre como el que él mismo desarrolló. El problema es que se trata de individuos aislados. Son «héroes», precisamente, por actuar y pensar de manera contraria a la habitual. El «héroe» es, por definición, un individuo excepcional.

¿Será posible un movimiento de masas con la subjetividad de los «héroes» hegelianos? ¿Estamos, por así decirlo, en condiciones de asumir una *subjetividad trágica anti-heroica*? O por decirlo de otro modo, ¿es factible una subjetividad de masas que sea a un tiempo *trágica e irónica*? Estas son las preguntas. Estos son los desafíos de la cultura de izquierdas de cara al futuro. No se trata de inventar una subjetividad radicalmente nueva, ni tampoco de declarar clausurado todo soporte subjetivo para la militancia. Se trata, más bien, de luchar por volver usual algo que hasta ahora ha sido excepcional.

²³ M. Merleau-Ponty, **Humanismo y terror**, Buenos Aires, Leviatán, 1956, p. 31-32.

Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica

Una discusión con Elías Palti

Laura Sotelo

En la actual disputa sobre la crisis del marxismo y del proyecto socialista tiene una singular notoriedad, por lo sintomático de sus planteos, el libro de Elías Palti **Verdades y Saberes del marxismo**. La radicalidad con que allí se afirma la existencia de una «crisis terminal» de esta corriente se insinúa en la vastedad de un recorrido que intenta demostrar la existencia, ya caduca, de unos a priori lógico-prácticos que Palti entiende como constitutivos del marxismo en general y del trotskismo morenista, en particular, y que nos devuelven la imagen de lo que para el autor constituiría la Verdad del marxismo. En **Verdades y saberes del marxismo** Palti consuma la tendencia extrema de un cierto marxismo subjetivista nacido a comienzos del siglo pasado –cuyas raíces pertenecen tanto a la política como a la filosofía– en una depurada versión logista que busca detectar los axiomas fundantes de la concepción marxista, para mostrar su refutación definitiva por la práctica.

El subjetivismo filosófico y político de la propia concepción de Palti proviene de la raigambre badiouviana que vertebra su planteamiento, y se concentra en la idea de una «lógica política» en la cual se cifraría la identidad de la teoría y de la praxis revolucionaria.

Voy a concentrarme en la crítica de algunos núcleos políticos y epistemológicos del planteo de Palti: en primer lugar, quisiera discutir la validez de una «lógica política» marxista, que su texto encuentra en Trotsky y en Moreno, aunque no, paradójicamente, en Marx. Palti afirma la existencia de una lógica política propia del marxismo, que partiría del **Programa de Transición** de 1938, y que se consumaría en los dos principios que conjuga el programa de Moreno: el primer principio, la «ley de inversión de la causalidad histórica» y el segundo principio «socialismo o barbarie». Como lo dice el autor: «Según afirma Moreno, para Trotsky ya no son los factores objetivos, sino el más subjetivo de ellos, la presencia o no del partido revolucionario (el sujeto político) el que se convierte, en períodos de crisis capitalista, en el determinante en última instancia. Este, como veremos, se asocia a un segundo principio por el cual se reafirma que la alternativa es, hoy más que nunca,

socialismo o barbarie. Dicha fórmula marxiana sin embargo, con Trotsky, adquiriría un nuevo sentido. Ambos principios combinados diseñan una lógica política «marxista»¹.

La idea de «lógica política», tal como la plantea Palti, es decir, como una síntesis programática de principios a priori, vacía el sentido objetivo e histórico de la praxis política, y recae en la exclusiva actividad determinante del sujeto. Si bien es cierto que hubo, efectivamente, una «lógica política» en el morenismo, y que sin dudas, en algunas situaciones, la lógica del programa rozó visos de ceguera histórica, no es cierto que haya existido una «lógica política» en Trotsky, menos aún en Marx. No es la lógica sino la historia la matriz epistémica del marxismo, no las deducciones puramente conceptuales de principios, sino el conocimiento histórico vivo del propio presente de la teoría. Sin embargo, la exacerbación del polo subjetivo pertenece a un período de la praxis de Trotsky, aquel que coincide con el momento trágico en que se funda la Cuarta Internacional.

La convicción de los trotskistas de que el factor históricamente determinante es la presencia o ausencia del partido revolucionario, el subjetivismo del *Programa de Transición*, es inseparable de la situación de aislamiento, de la imposibilidad absoluta de realizar revolucionariamente la teoría que caracterizó el contexto histórico en que se fundó la Cuarta Internacional. Entre el subjetivismo trotskista y el cierre de las posibilidades históricas de revolución existen lazos internos y solidaridades nocionales, pero la génesis histórica de ese subjetivismo debe buscarse ante todo en la cruenta liquidación de las perspectivas revolucionarias de los años 30. Es preciso retrotraer a determinaciones histórico materialistas el origen del subjetivismo trotskista y el análisis de sus condiciones de emergencia histórica. La mentada «inversión de la ley de la causalidad histórica» por la cual el partido pasa a tener el papel pre-

¹ Elías Palti, **Verdades y saberes del marxismo**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pág. 58.



ponderante se configuró como una crítica de sesgo subjetivista de las determinaciones económicas, que el **Programa de Transición** comparte con gran parte del marxismo del siglo pasado. De Lukács a la Escuela de Frankfurt, desde Gramsci, a Sartre y a Althusser, la adición al corpus del marxismo de la efectividad superestructural, conciente e inconsciente del sujeto constituyó la piedra de toque de una reactualización filosófica y política que buscó responder a la debilidad de esos aspectos en la obra de Marx.

El subjetivismo trotskista, la tesis de que «la crisis de la humanidad es la crisis de su dirección revolucionaria», consume este viraje del marxismo hacia la propia subjetividad del partido y asigna escasa o nula efectividad al desarrollo de las fuerzas productivas.

En el planteo de Palti, el papel del partido como factor determinante en la situación histórica, se constituye en un verdadero principio lógico sobre el que se asienta el programa, al punto tal que la Verdad del trotskismo podría resumirse en la articulación de ese y un segundo principio: socialismo o barbarie.

El «subjetivismo» trotskista, la idea de que la crisis de la humanidad es la crisis de su dirección revolucionaria, pertenece por entero al espíritu trágico que se abatió sobre los marxistas en los años 30; sacada de su contexto específico, como determinación última de todo proceso histórico, contribuye a la deformación subjetiva de los problemas teóricos y políticos. El trotskismo expresó históricamente la necesaria exacerbación del polo subjetivo contra la degradación de todas las formas objetivas del mundo de la época, en donde no cifraba ninguna expectativa de reanimación de las luchas sociales o de las fuerzas productivas. En esto, el trotskismo estaba en compañía filosófica de la Escuela de Frankfurt, con la que guarda solidaridades epocales y electivas.

La Escuela de Frankfurt, con su viraje final hacia el sujeto freudiano, también expresa de modo cabal la deformación subjetivista de la historia. En Adorno y Horkheimer la «determinación en última instancia» subjetiva se desprende con nitidez de una dialéctica de la Ilustración, que ve en la represión del sujeto el núcleo mismo del proceso civilizatorio. Para **Dialéctica de la Ilustración**, escrito en 1944, el desarrollo de las fuerzas productivas a lo largo de la historia entrañó una coerción inevitable sobre los procesos psíquicos, cuya expresión más desarrollada y concreta tenía lugar en la personalidad fascista. También en Trotsky, aunque sin recaer en tesis ontológicas, existe la doble afirmación de la determinación del sujeto, y del agotamiento de la efectividad revolucionaria de los «factores objetivos» de la historia. Si en los frankfurtianos se conformó a partir de aquí una verdadera filosofía de la historia, negativa y autocentrada, no es éste el caso de las obras de Trotsky. La afirmación de Trotsky de que «las fuerzas productivas han dejado de crecer» pertenece por entero al año 1938; pero Trotsky no sostuvo siempre una idea semejante: basta mirar **Resultados y perspectivas**, o **Mi Vida** para percibir que el revolucionario ruso tenía en alta estima el desarrollo de las fuerzas productivas, en las que veía el atizador fundamental de los conflictos sociales. La corriente morenista, en cambio, sostuvo que las fuerzas productivas habían dejado de

crecer aún durante el *boom* de posguerra, renegando del estudio de las condiciones externas al subjetivismo del partido revolucionario. La inflación del sujeto en el morenismo fue muchas veces de la mano de la pérdida del sentido de la realidad externa, como cuando los morenistas vieron, cosa que Palti suscribe, el proceso de reformas democráticas en la URSS de los años 80, como el inicio de la revolución política contra la burocracia.

Palti sostiene que el morenismo es la Verdad del trotskismo, tal como éste es la verdad del marxismo, poniendo en juego un procedimiento reductivo muy afín a las reducciones husserlianas que ponen entre paréntesis el mundo, a fin de encontrar una «definición de esencia» de las cosas. Palti obra de esta manera cuando identifica Verdades a partir de principios esenciales que el marxismo presupondría, y que presidirían el curso mismo de la intelección histórica, fuera de los cuales no se puede ser marxista. «Lo que sí plantea la teoría marxista (y esto constituye su base misma) es que cada avance de la clase obrera es también un avance de la revolución socialista.»²

La convicción de que, si la clase obrera es la base social de un proceso histórico, éste debería manifestar tarde o temprano su «orientación socialista revolucionaria», se trata, en definitiva, de «una ley histórica, que constituye un a priori para el marxismo»³. Podemos pensar múltiples acontecimientos de la historia del siglo XX que no corroboran esta supuesta ley lógica de la identidad revolucionaria de la clase obrera, sin embargo a Palti la caída de la URSS le parece un caso excepcional anómalo frente a la ley, que acarrea la crisis de inteligibilidad del paradigma. La violación del principio «lógico» según el cual cada avance de la clase obrera representa un avance hacia la revolución socialista se produce porque, según sostiene Palti, la restauración capitalista en la Unión Soviética habría sido precedida por un triunfo histórico de la clase obrera rusa, que terminó con el stalinismo. Más allá de las dificultades que acarrea la valoración crítica del proceso abierto a fines de los años 80, es ya difícil sostener la vigencia de la «ley histórica» morenista-paltiana apoyándonos en los escritos de Marx o Trotsky. Difícilmente encontraremos en Marx o en Trotsky afirmaciones que apoyen la idea de que los avances de la clase obrera representan de por sí avances socialistas. Podría tomarse en cuenta la elaboración de Marx sobre los límites burgueses de las revoluciones de 1848, tanto como las críticas de los revolucionarios a las conquistas reformistas del siglo pasado.

Para pensar el problema de la vigencia teórica del marxismo habría que comenzar por inmiscuirse con los saberes de la obra de Marx, habría que demostrar que la «quiebra completa del horizonte de inteligibilidad histórica» en que Elías Palti encuentra al marxismo, corroe la fuerza cognoscitiva de categorías como crisis capitalista, lucha por la ganancia, tendencia al monopolio, pauperización, plusvalía, desarrollo contradictorio de las fuerzas productivas, modo de producción, fascismo, lucha de clases, y otras tantas que el marxismo ha legado a la comprensión contemporánea.

² Palti, *op. cit.*, pág. 61.

³ Palti, *op. cit.*, pág. 62.

Antes de extenderles el certificado de defunción, sería preciso iniciar el trabajoso esfuerzo de remitir las categorías al contexto de su formulación y establecer un cotejo crítico que decida sobre su pertinencia actual.

Palti obra de distinta manera cuando se pregunta «cómo se puede admitir una tradición como destruida y aún así pretender permanecer en ella», y encuentra la respuesta en la «lucha agónica por encontrar sentidos una vez que toda certidumbre, que todo sentido se habría ya quebrado».⁴

Al no encontrar sentido en el mundo ni en las categorías marxistas, los avatares de la supervivencia del marxismo se despliegan por entero en el cógito militante que expone Elías, no hay ningún sitio externo al sujeto, no hay territorio histórico donde aferrar ya la comprensión teórica ni la acción práctica. La dialéctica entre el mundo vacío de sentido y la interioridad sin objeto fue señalada por Adorno en el subjetivismo kierkegaardiano, y algo de este gesto se repite en Palti. La deformación logicista de la mirada histórica se vuelve radical en la mencionada interpretación de que la restauración capitalista en la Unión Soviética fue «el resultado paradójico de un gran triunfo revolucionario (la derrota del stalinismo por la masas rusas).» Una afirmación tan extraordinaria debería ser apoyada por la presentación de alguna ilustración histórica sobre los organismos, tendencias y luchas antiburocráticas que hubo en la URSS en la década del 80.

Por otra parte, al juzgar la falta de vigencia del marxismo a partir de la caída de la Unión Soviética, se procede un poco como Popper, tomado un cisne negro como falsador de la teoría, sin discutir hasta qué punto puede ser la Unión soviética de los años 80 tomada como un caso de la teoría. Sería preciso mostrar la caducidad de las categorías marxistas en el análisis del caso falsador, dirigir la mirada hacia la historia efectiva, mostrar la totalidad de las tendencias históricas que precipitaron la ocurrencia de ese acontecimiento singular. Fuera de esta investigación, se corre el riesgo de juzgar por impresiones subjetivas sobre una objetividad no analizada. Así, según Elías, es el impacto que la derrota de la URSS provocó sobre la subjetividad de los morenistas, el signo más ominoso de la crisis del marxismo. Refiriéndose a la quiebra del a priori del marxismo, según el cual todo avance de la clase obrera es un avance socialista, dice: «El hecho que haría insoslayable esta conclusión no fue tanto el colapso de la URSS como la desintegración de la corriente morenista que le siguió inmediatamente.»⁵

Al juzgar el acontecer histórico por las repercusiones que acarrea en los sujetos, el mundo no investigado repercute en la pérdida de sentido para quien se apercibe de él sólo a partir de sus impactos subjetivos.

La carencia de sentido del mundo y el aislamiento en la subjetividad revolucionaria o crítica, son parte de las modalidades aní-

micas e intelectuales de ese marxismo de la adversidad que se desarrolló a contrapelo de la historia durante los años 30.

El hecho de constituir una autorreflexión de la propia condición de marxistas en una época de cierre total de las perspectivas revolucionarias, hace de la obra de los frankfurtianos un legado que muestra, más que la crisis, la fertilidad teórica de algunas de sus premisas. El mérito de los pensadores de la Escuela de Frankfurt fue que convirtieron la derrota de la praxis en la actualización de la teoría marxista, y a tal punto se trató de un intento vasto y profundo de pensar las condiciones que le imponía su época, y aún hoy no podemos deshacernos de su legado para pensar el presente. Su actualización, me parece, pasa por comprender que la Escuela de Frankfurt, verdadera «epítome» del marxismo occidental, al decir de Szabón, pero también, en gran medida, el trotskismo, constituyeron formas del marxismo que se desarrollaron en la forzosa separación de la praxis y que eso ha dejado huellas en la «forma» de sus teorías.

Podrían encontrarse al menos notables puntos de coincidencia entre el Horkheimer de los años 30 y el **Programa de Transición** del 38. Antes que por Trotsky, la llamada ley de «inversión de la causalidad histórica» fue formulada por Horkheimer en 1932, en un texto que se denomina «Historia y psicología». Mostrando la necesidad de llevar la historia a pensar su factor más subjetivo, señalaba el signo de la época en el exacerbamiento del papel de la psiquis:

«En los momentos críticos, la psique llega a ser más que nunca un momento decisivo, porque los factores económicos ya no pueden resolver sin más la cuestión de sí, y en que sentido, la constitución moral perteneciente al período histórico que concluye es conservada o alterada por los miembros de las distintas clases sociales».⁶

Existe una unidad profunda entre esta epistemología subjetivista de la historia y el espíritu trágico que atravesó la producción de la Escuela de Frankfurt durante la década del 40. En efecto, ese sujeto que carga sobre sí el peso del papel determinante de la historia, y que, sin embargo, no logra conformarla según sus designios de libertad y justicia, conlleva en su subjetividad la tragicidad de las alternativas imposibles.

Palti sostiene que en Trotsky y en Moreno existe un «espíritu trágico», que partiría de una reformulación de la consigna de Marx «Socialismo o barbarie». En Marx, sostiene Palti, el «espíritu trágico» no existiría verdaderamente, ya que para él el socialismo era históricamente inevitable. En cambio para Trotsky y para Moreno el «espíritu trágico» partiría de una reformulación de esa consigna, según la cual la barbarie es una alternativa efectivamente posible, y el socialismo puede no suceder. Se podría pensar aquí en otro punto de unidad entre la corriente trotskista y la escuela de Frankfurt, sino fuera porque no hay ningún «espíritu trágico» en Moreno. El «espíritu trágico» se caracteriza —dice

⁴ Palti, *op. cit.*, pág. 27.

⁵ Palti, *op. cit.*, pág. 63.

⁶ Max Horkheimer, «Historia y Psicología», en **Teoría Crítica**. Buenos Aires, Amorrortu, *op. cit.*, pp. 32 y 41.



Tarcus— por la falta de «solución posible entre una y otra opción: tanto la aceptación de la realidad mundana como el refugio trascendente de los valores, sólo son formas inauténticas de compromiso. La tragedia radical no cree tampoco en la posibilidad de transformar el mundo y actualizar en él los valores auténticos. Es al mismo tiempo una exigencia de síntesis lúcidamente consciente de que esa síntesis no es posible. Ahí reside el extremo rigor y la extrema coherencia de la conciencia trágica, con su exigencia radical de absoluto y claridad».⁷

Los frankfurtianos son parte de ese anticapitalismo romántico que vio la modernidad, a partir de Lukács, a través de la idea metafórica de la totalidad estallada, de la pérdida de unidad entre el hombre y el mundo, de la desesperación subjetiva que no encuentra sentido ni en la vida interna ni en el mundo externo. La idea de Trotsky de que la crisis de la humanidad es la crisis del sujeto político, expresa prístinamente la fractura entre el partido y las condiciones objetivas de su desarrollo revolucionario. Si es cierto, seguramente, que el espíritu trágico es constitutivo de la corriente trotskista y de la escuela de Frankfurt, hijas como son de dos grandes derrotas, no es éste el caso de la corriente morenista.

El verdadero héroe trágico no avizora salida, ninguna plenitud en el horizonte presente o futuro, no se exalta con las oportunidades revolucionarias que se despliegan como «nunca antes» bajo el cielo de la historia. Nahuel Moreno escribía en 1980: «en este final del siglo veinte (...) presenciamos el ascenso revolucionario más grande que haya conocido la humanidad». «La etapa que vivimos se caracteriza por dos hechos fundamentales: la crisis definitiva del imperialismo y de la burocracia stalinista de los estados obreros, y el reingreso en la escena histórica del proletariado de los países más industrializados, como protagonista fundamental del proceso.»⁸

Si los trotskistas no acertaban a construir partidos de masas no era, para Moreno, debido a la falta de oportunidades objetivas, o a la presencia de fenómenos inasimilables a sus banderas, sino por la defeción de los propios trotskistas, que no supieron conservar el legado de Trotsky, como en los desviacionismos de Pablo y Mandel. Como lo dice Tarcus «esa matriz empuja a (...) construir un esquema histórico racionalista, unilateral y teleológico, según el cual, a pesar de desviacionistas, revisionistas confusio-nistas y oportunidades que acechan a izquierda y derecha, la línea correcta se abre camino a través del partido y su Dirección».⁹

Moreno veía en la masas una tendencia latente hacia el programa trotskista, que si no alcanzaba a aferrarlas, era menos por la interposición de realidades imprevistas por los trotskistas, que por el obstáculo que imponían las direcciones enemigas del movimiento obrero. La imagen histórica que pintaba

Moreno en los años 80 era la de una fuente siempre manante de luchas de masas, de oportunidades revolucionarias inagotables y latentes, que conducirían al Partido trotskista a las puertas de una nueva revolución de Octubre en cualquier lugar del mundo. Para el Moreno de «Actualización del Programa de Transición», su época histórica era la de la inminencia de la revolución trotskista; mal podría entonces ser tomado Moreno por un «espíritu trágico». La exacerbación del polo subjetivo en el morenismo se nutrió de un voluntarismo militante que no careció de méritos y de arrojo político, pero que en todo caso carecía de espíritu trágico.

Como se sabe, la exacerbación del polo subjetivo por parte de la Escuela de Frankfurt, fue su iluminado *Eppur si muove* contra el totalitarismo. La fundación de la Cuarta Internacional expresa también este «espíritu» subjetivista, aislado de la época. La tesis de que las fuerzas productivas habían dejado de crecer, como en Trotsky, o habían dejado de portar un germen progresivo para la transformación social, como en Adorno y Benjamin unifica las reflexiones de la Escuela de Frankfurt con el diagnóstico trotskista. Sólo extrapolarlo el contexto específico de estas formulaciones, podemos creer que, si ésta fue una constelación originaria de los años 30, es propicia su validez en cualquier instancia histórica posible.

El Manifiesto Comunista, Szabón y la teoría crítica

Puede ser fructífero contrastar la encerrona a que nos lleva la configuración de una lógica política subjetivista, con la tensión que Szabón supo marcar, en el **Manifiesto Comunista**, entre las «experiencias» históricas efectivas y el «horizonte de expectativas» que se entrelazan en el régimen discursivo de la obra. Szabón encuentra que la temporalidad en que se inscribe el **Manifiesto** está dada en primer lugar, por el *tempo* compulsivo en que se desarrollan y entran en crisis las fuerzas productivas del capital. Esta concepción permite una reubicación correctiva tanto del reformismo, que unilateralizó las potencialidades económicas encerradas en las fuerzas productivas, como de la tesis catastrofista, que sólo vio la unilateral regresión a que conducía ese progreso. Ambas posturas extremas, el reformismo y el catastrofismo económico, extreman aspectos que Marx conjuga en una tensión interna insoluble, y a las que Szabón recurre para mostrar la temporalidad política del **Manifiesto**. Para el Marx que recupera Szabón, es la marcha autocontradictoria del capital la que prepara las condiciones para la subversión social, a través de transformaciones tecnológicas y productivas que modifican constantemente las formas de explotación de la fuerza de trabajo. Es el capital el que instiga a la lucha de clases con cada nueva fase de la producción y del proceso de acumulación y crisis. Sobre la base de esta concepción materialista se construye, según Szabón, el «régimen discursivo» del **Manifiesto**, que ubica la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en una relación inmediata con el sentido de las «experiencias» y las «expectativas» históricas. Szabón dice que «(...) lo que el **Manifiesto** pone de relieve (...) es el juego de correspondencia

⁷ H. Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña**, Buenos Aires, El Cielo por asalto, 1996, pág. 31.

⁸ Nahuel Moreno, **Actualización del Programa de transición**. Introducción. http://www.marxists.org/espanol/moreno/actual/apt_1.htm#in

⁹ Tarcus, op. cit., pág. 38.

que se entabla entre cierto «espacio de experiencia» y determinado «horizonte de expectativa»¹⁰:

«En el caso del **Manifiesto** existe la apelación a una experiencia ya actuante, aunque de vigencia sólo segmentaria y bloqueada. Es la de las transiciones aceleradas, que a partir de la conmoción continua del régimen de la producción, impide la estabilización de las relaciones sociales, la firmeza de las instituciones y la autoridad de las creencias...»¹¹

Es el tiempo del crecimiento constante de las fuerzas productivas hasta su desplome en la crisis, aquel que, según Sazbón, dota a la temporalidad del **Manifiesto** de la objetividad de su propio «espacio de experiencia»:

«...si bien la burguesía ha desencadenado el flujo continuo de lo nuevo, también lo ha encadenado; no ha producido sólo cambio, sino también la inercia: el «retorno periódico» de las crisis, un *novum* tan epocalmente burgués como la alteración constante de los métodos de producción, delata, en el seno del tiempo móvil y acelerado, un tiempo irreversible y repetitivo y, en la plenitud del desarrollo civilizatorio, estallidos de momentánea barbarie».¹²

El acelerado desarrollo y la tendencia a las crisis, la modernización tecnológica y la concomitante destrucción de aquellas fuerzas productivas obsoletas para la valorización del capital, atraviesan —siguiendo tras las huellas sazbonianas— el régimen discursivo del **Manifiesto**. Sazbón reconstruye con agudeza exquisita las modulaciones de la temporalidad en que se inscriben las «experiencias» y las «expectativas», señalando en el **Manifiesto** una relación dialéctica que se despliega en un nuevo «tiempo creador de formas»¹³ de la revolución de 1848.

No hay «lógica política», en el sentido de Palti, en el **Manifiesto**, en eso Palti tiene razón. El espacio del pensamiento programático se abre a otras claves discursivas, propias de la «racionalidad regional» histórica a la que pertenece el marxismo.

Lucha de clases y/o determinismo económico

La pérdida de la comprensión unitaria del desarrollo de las fuerzas productivas y la lucha de clases, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y su choque con las relaciones de producción, genera discusiones infructuosas acerca del «verdadero motor de la historia», por ejemplo, si es la «lucha de clases», por un lado, o el «desarrollo de las fuerzas productivas» por el otro. El texto de Sazbón sobre el régimen discursivo del **Manifiesto** tiene otro mérito adicional: al poner en tensión el tempo compulsivo de la pro-

ducción capitalista con las experiencias y expectativas obreras, salta por encima de discusiones antidialécticas que el marxismo del siglo pasado planteó sobre el «verdadero motor de la historia». El resultado de estas discusiones que extrapolaron como motor del desarrollo histórico o el desarrollo de las fuerzas productivas, o la lucha de clases, recayó en la pérdida de la comprensión unitaria del proceso histórico. Al señalar en el régimen de producción capitalista la imposibilidad de la estabilización de las relaciones sociales, Sazbón liga las contradicciones de la producción económica con la dinamización de los conflictos clasistas, ambos inherentes a la organización capitalista. Elías, en cambio, salta por encima de esta discusión sobre los motores objetivos de la historia, para recaer nuevamente en la determinación del factor subjetivo. Así dice Elías: «Entre los dos principios motores de la historia que señaló Marx —relaciones de producción y lucha de clases— habría una oposición de principio. Los intentos de reconciliarlos dialécticamente terminarían invariablemente recluyendo el arco de las variaciones atribuibles al accionar subjetivo dentro de los marcos de determinaciones estructurales preestablecidas. La política no tendría, pues, un sentido creativo, carecería de todo papel sustantivo en la definición del curso histórico efectivo.»¹⁴

Sin embargo, aunque Marx nunca habló de dos motores de la historia, muchos marxistas afirmaron la efectividad de desarrollo contradictorio de las fuerzas productivas como algo separable de la lucha de clases, impidiendo una comprensión unitaria de la concepción de Marx sobre el proceso histórico.

Cuando Marx dice que en su desarrollo, las fuerzas productivas chocan con las relaciones de producción, liga este conflicto «económico» con las condiciones iniciales de un «período de revolución social». No hay por un lado, un «motor de la historia» que consista en el desarrollo y choque de las fuerzas productivas con las relaciones sociales, y por otro lado, el motor independiente de la lucha de clases. La interpretación reformista de Marx toma sólo una tendencia posible en la sociedad capitalista, omitiendo que Marx no concibe el desarrollo pacífico de las fuerzas productivas, sino su conmoción revolucionaria constante. La visión catastrofista, en el otro extremo, no reconoce ningún momento progresivo al desarrollo de las fuerzas productivas, y asignan el principal papel revolucionario a instancias mítico-subjetivas extremas, como El Partido, el programa trotskista, el Mesías benjamiano. Sin embargo, si atendemos a las formas en que pensaba la política el joven Trotsky, veremos que dista mucho de la subestimación de la importancia de las fuerzas productivas como factor de la lucha de clases. En **Mi Vida** Trotsky cuenta que, frente al pánico financiero de Nueva York del año 1907 se debatieron, entre los marxistas, la perspectivas que esta crisis abría: «Al ocurrir en la Bolsa de Nueva York la catástrofe del 'viernes negro', nos encontrábamos todavía veraneando en el pueblecillo bohemio de Hirschberg. Aquella sacudida fue la primera manifestación de una crisis mundial, que necesariamente tenía que afectar también a Rusia, tan trabajada por la guerra ruso-japonesa y por los sucesos de la revolución. ¿Cuáles serían las consecuencias de esta

¹⁰ J. Sazbón, «Un capítulo abierto de historia intelectual: el régimen discursivo del *Manifiesto*», en **Historia y representación**, Buenos Aires, UNQ, 2002, pág. 82.

¹¹ Sazbón, *op. cit.*, pág. 86.

¹² Sazbón, *op. cit.*, pp. 90-91.

¹³ Sazbón, *op. cit.*, pág. 91.

¹⁴ Palti, *op. cit.*, pag 65.



crisis? El punto de vista que prevalecía en el partido, en sus dos fracciones, era que la crisis agudizaría el movimiento revolucionario. Yo no compartía esta opinión. Después de un período de grandes luchas y descabros, las crisis no actúan sobre la clase obrera como acicate de exaltación, sino de un modo depresivo, quitándole la confianza en sus fuerzas y descomponiéndolas políticamente. En circunstancias tales, sólo un nuevo florecimiento industrial puede mantener en cohesión al proletariado, infundirle vida nueva, devolverle la confianza en sí mismo y ponerlo en condiciones de volver a luchar. Esta perspectiva, que era la mía, tropezaba con la crítica y la desconfianza». ¹⁵

Trotsky esperaba que el desarrollo económico sentara las bases de nuevas luchas revolucionarias, y descartaba que éstas pudieran darse en un período de depresión económica. De modo que reducir a Trotsky al Programa de Transición, o la canonización de éste por el morenismo, constituye un obstáculo para una reflexión integral de esa herencia militante.

Por otra parte, es también problemática la afirmación de Palti sobre una carencia de «teoría política»¹⁶ en Marx. ¿Cómo entender el **Manifiesto Comunista**, sino una declaración de los modos de interpretar, por parte de los comunistas, la trama histórica del surgimiento de la sociedad burguesa, la forma de concebir las condiciones y posibilidades de su supresión, y la delimitación de los modos de la acción práctica con el conjunto de las clases y partidos de la sociedad moderna?. Innegablemente existe en el **Manifiesto**, más que una «teoría política» o una lógica abstracta, una escritura al hilo de las revoluciones del 48, de notable flexibilidad en las aperturas y evocaciones de cursos de acción posibles, no prescriptibles para toda época histórica. «Los comunistas —dice el **Manifiesto**— sólo se distinguen de los demás partidos proletarios, en que reivindican siempre, en todas y cada una de las luchas nacionales proletarias, los intereses comunes de todo el proletariado, independiente de su nacionalidad; y que cualquiera que sea la etapa histórica en que se encuentre la lucha entre el proletariado y la burguesía, atienden siempre al interés del movimiento obrero en su totalidad».¹⁷

La amplitud de la praxis de los comunistas estaba en trabar las más amplias alianzas con grupos, tendencias, partidos obreros y progresistas a nivel internacional, defendiendo en cada situación precisa los intereses clasistas más generales. La medidas programáticas que figuran en el **Manifiesto** no exceden el carácter de ejemplificaciones de lo que puede hacerse en un momento de revolución social, no chalecos de fuerza «lógicos» para evitar el estudio de los casos históricos. La adopción, por parte de los trotskistas, del **Programa de Transición** como una verdad a priori, como la lógica ya consumada de lo que debe ser la revolución, obró en el sentido de su alejamiento social, y atentó contra la renovación de los saberes del marxismo en la corriente morenista.

¹⁵ Trotsky, **Mi vida**. <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/mivida/18.htm> pag. 127

¹⁶ Palti, *op. cit.*, pág. 64.

¹⁷ Marx- Engels, **Manifiesto del Partido comunista**. Buenos Aires, Ulrica, 2004, pág 133.

Deconstruccionismo e idealismo

El logicismo del programa, tal cual se dio en el morenismo, conlleva un implícito deslizamiento en el idealismo filosófico. El programa vendría a figurar, en esta tradición, como una categoría a priori que permitiría moldear, en la inteligibilidad del partido, una realidad económicamente regresiva o puramente pasiva, carente de efectividad revolucionaria propia.

A comienzos de los años 30, la presencia de idealismo era para Adorno o Marcuse un sesgo necesario de época: en una época en se asiste a «la quiebra de la totalidad», dirá Adorno, la *ratio idealista* se potencia como fuerza subjetiva autónoma, y quiere restaurar con conceptos unificantes, como en Husserl, en Scheler, o en Heidegger, la realidad «rota» e «injusta». Pero Adorno sabía que la filosofía no podía zanjar por sí misma el estallido de la totalidad en escisiones trágicas, si éstas no se zanjaban en la realidad, y que mientras la historia continuara en el estado de ruptura entre razón y realidad, más aislada estaría la filosófica y más bordearía los límites del idealismo filosófico. Marcuse, por su parte, justificaba la persistencia de esa tradición en la capacidad crítica que ideas como «libertad», «igualdad» y «justicia», podían asumir frente a la configuración cósmicamente cerrada del mundo.

Si aceptaron la existencia del idealismo como parte necesaria de la filosofía, intentaron su expurgación de diversas formas; en el caso de Horkheimer es conocido su inicial apego a las ciencias como correctivos de la metafísica; en Adorno, la autocrítica de la razón idealista deconstruyó unas cuantas mistificaciones conceptuales *ad usum* en la filosofía de la época.

El problema de erradicar el idealismo constituye una médula espinal del pensamiento frankfurtiano, y veo en la autoconciencia del problema un necesario reparo frente a las tentaciones, siempre renovadas, de entender la historia a partir de nuevos principios, o ante una radical falta de principios previos, lo que es lo mismo.

Ahora bien, no veo semejante prevención en la filosofía de Badiou, a quien acude Palti cuando piensa el «acontecimiento».

La ontología matemática de Badiou tiene los signos inconfundibles de una nueva forma de idealismo. ¿No traslada Badiou su universo de categorías ontológico matemáticas al campo de la historia, del acontecimiento, sin decir cómo y por qué esas categorías serían apropiadas para pensar aquello que no es ontológico?. El Uno, el Utra uno, el múltiple de múltiples, el vacío, que Badiou descubre en su meta ontología matemática, es extendida por él al campo de la historia, siendo que esta es, según el mismo Badiou plantea, no ontológica, es decir, no matemática. Esta es la inconsecuencia más radical que desbarranca el planteamiento de Badiou. En un sentido, Badiou procede como Kant, cuando interpone, sin demostrar, las categorías aristotélicas como formas a priori del entendimiento. Del mismo modo en Badiou, la validez de unas categorías de circunscripción matemática se trasladan a la historia sin que se registre la diferencia epistémica entre esas racionalidades disímiles. En el idealismo de Badiou las formas ontológicas de la mate-

mática caen sobre la historia como un viento helado, sin que se aclare bien porqué la razón matemática ha de presidir la inteligencia histórica. La pérdida del contenido histórico de las categorías badiouvianas con las que trabaja Palti, el mero planteamiento abstracto de su raíz matemática, se pone de manifiesto en los conceptos de «proletariado» y de «democracia» que Palti toma, el primero, de Rancière, el segundo, de Lefort.

El proletariado, dice Palti siguiendo a Rancière, «no indica ningún sujeto particular, no se confunde con ninguno de los actores sociales dados dentro de una determinada situación estructural, sino que designa, simplemente, aquella instancia que hace agujero en lo social (...), no tiene ningún proyecto que le venga asignado por su situación estructural, no lo distingue ninguna capacidad o facultad particular, sino que designa el lugar de un quiebre, lo indiscernible dentro de una situación».¹⁸

El proletariado coincide con un acontecimiento que es, esencialmente, socialmente indescible. La indefinición radical aparece como una virtud del marxismo deconstructivista que propone Palti, y así su concepto de democracia tampoco se confunde con ningún lugar social. Siguiendo a Lefort, Palti concibe la democracia como una «atopología de los valores», como la imposibilidad de fijar su concepto en ningún lugar social estable y definido. Cada grupo social que quiere reivindicar para sí el poder en nombre del pueblo, fija en su propia particularidad el interés de toda la sociedad, deteniendo el flujo circulatorio del poder democrático y contradiciendo la «atopología de los valores». Por lo tanto la indefinición del poder en el orden democrático pareciera constituir una necesidad rigurosa del concepto. Ahora bien, podríamos preguntar ¿cuál sería un caso histórico de ese concepto de democracia? ¿Cómo entender las democracias antigua y moderna sin hacer mención al régimen de propiedad estable característico de ambas?. Que la democracia antigua haya sido un régimen político acorde a propiedad esclavista, o que la democracia moderna sea el régimen en que se sostiene la propiedad capitalista, parece no exigir ninguna determinación conceptual sobre de la naturaleza de este régimen político.

La pérdida de sentido histórico de las categorías, el subjetivismo del partido, la ratio matematizante badiouviana acercan el planteamiento de Palti al terreno del idealismo. Esto no sería en sí mismo objetable si se expusiera con claridad la efectividad constructiva que tendría esa tendencia filosófica, pero habría que decidir, como lo hizo en su momento Adorno, porqué, y hasta que punto el idealismo debería continuar hoy en la interpretación histórica. En la conciencia de este problema los frankfurtianos adelantaban cualquier deconstrucción discursivista del idealismo; veo aquí una de las ventajas de la teoría crítica frankfurtiana sobre el deconstruccionismo francés, su racionalidad formal matemática, y su idea de una subjetividad aislada de la historia.

Para finalizar, quisiera plantear un sentido posible de la actualización de la teoría marxista. La producción teórica del marxismo del

siglo pasado, y su experiencia militante deberían ser recuperadas para una nueva forma de pensar y de actuar sobre el mundo. Sin abandonar el papel de la subjetividad, sin hacer tabla rasa de los más importantes aportes sobre las determinaciones psicológicas, políticas, o sobre el papel de la praxis crítica, es preciso retornar al pensamiento y a la acción que logre captar los procesos de la historia en sus determinaciones «objetivas», económicas y sociales, aquellas que se desarrollan por fuera de la subjetividad o de la voluntad del marxismo militante. El subjetivismo autoproclamatorio de muchos partidos de izquierda, según el cual cada uno de ellos, en su fragmentariedad, se reclama como garantía de una dirección revolucionaria, constituye un obstáculo a superar. Para colaborar en la apertura de un curso de la realidad hacia la idea, parece ser preciso que la idea retorne, más allá del cógito militante, hacia la realidad.

Por otra parte, también la teoría crítica frankfurtiana, en su versión de los años 40, debe ser rectificada en el sentido de una apertura de la filosofía fuera de la subjetividad aislada. La reconstrucción habermasiana y honnethiana por la vía de la intersubjetividad comunicativa y del reconocimiento mutuo, no excede el marco de las disposiciones subjetivas de la historia. Habría que recoger el momento subjetivo, para decirlo hegelianamente, en un viraje hacia el objeto, hacia las formas en que se articula hoy, al decir de Szabón, el *tempo* del capital, en su actual recrudescimiento crítico a escala global.

¹⁸ Palti, *op. cit.*, pág. 176.



Vida del CeDInCi

En abril de 2011 el CeDInCi cumplió trece años de existencia. Como suele decirse, han sido muchos los desafíos, los obstáculos, los imponderables, pero más importantes han sido los logros.

En primer lugar, uno de los motivos para celebrar es que a nuestra casona de Fray Luis Beltrán 125 hemos sumado una nueva sede íntegramente dedicada a contener la biblioteca, la hemeroteca y el voluminoso archivo de José Sazbón, que fueran generosamente donados por su esposa Berta y su hijo Daniel. Este material de incalculable valor documental, bibliográfico e intelectual ya se encuentra ordenado temáticamente para ser catalogado.

En segundo lugar, el equipo de Biblioteca y Hemeroteca dio por concluido un trabajo de varios años: el CeDInCi dispone de todos sus catálogos en línea. Los clásicos catálogos temáticos (publicaciones políticas, revistas culturales, movimientos sociales, etc.) y buena parte de sus bibliotecas (Biblioteca marxista, Biblioteca Raurich, Biblioteca Maite Alvarado, etc.) han sido vertidos en una base de datos unificada y accesible on line (<http://cedinci.no-ip.org/pergamo/opac/cgi-bin/pgopac.cgi?ISRCH>). Hasta el presente hemos alcanzado los 50 mil registros, aunque, desde luego, hay todavía muchísimo por catalogar!

En tercer lugar, el equipo de Archivos y Colecciones Particulares ha finalizado un inventario por unidades de conservación de la totalidad de su acervo y puesto a la consulta *online* la descripción archivística de 36 archivos particulares, la colección fotográfica, los afiches y parte del material audiovisual (<http://www.cedinci.org/archivo.htm#>) Todo este valioso material se encuentre abierto a la consulta pública, la que puede realizarse todos los días con solo realizar una reserva previa (archivos@cedinci.org).

Paralelamente, concluimos con la catalogación el Fondo de Archivo José Ingenieros, un acervo que reúne alrededor de tres mil cartas con correspondientes de todo el mundo, escritos inéditos, fotografías, objetos, papeles familiares y personales, documentos de revistas y emprendimientos editoriales, recortes de prensa, etc. Estamos preparando actualmente una **Guía de Archivo**, que los interesados podrán adquirir en nuestra sede, aunque también estará accesible en línea. Por otra parte, la apertura a la consulta pública del fondo de archivo de uno de los intelectuales más relevantes del siglo XX latinoamericano coincidirá con el inicio de las VI Jornadas de Historia de las Izquierdas, las que se realizarán en el mes de noviembre bajo el nombre "José Ingenieros y sus mundos".

Finalmente, y dado que no solo del papel vivimos los historiadores y los archivistas, queremos contarles que CeDInCi ya está en Facebook, en Twitter y en la Wikipedia.

Área Académica e Investigación

Además de sus tareas como centro de documentación, el CeDInCi ha desarrollado una intensa actividad en el área académica. Actualmente, con la dirección del área a cargo de Adriana Petra, varios investigadores y becarios tienen a este centro como sede de trabajo. En este marco se desarrollan el **Seminario de Historia Intelectual y Recepción de Ideas**, dirigido por Horacio Tarcus, y el **Programa de Investigación del Anarquismo en Argentina**, dirigido por Laura Fernández Cordero; dentro de este último, Armando Minguzzi coordina el *Grupo de Estudios sobre Revistas Anarquistas*.

El día 28 de mayo de 2011, se realizó en el CeDInCi el **III Encuentro de Investigadores sobre el Anarquismo** en el que se discutieron



siete valiosos trabajos con la presencia de investigadores del país y del exterior. Luciana Anapio y Fernanda de la Rosa fueron organizadoras de este Encuentro que se extendió a lo largo de todo el día. Hacia el final surgieron compromisos de nuevos encuentros, intercambio de material y contacto con otros investigadores. También se participó en la organización de las **Jornadas Internacionales José María Arico**, que se realizaron en Córdoba los días 27, 28 y 29 de setiembre con la participación de más de cincuenta expositores del país y del exterior (<http://jornadasarico2011.blogspot.com>)

Como parte de la consolidación de la tarea académica y la investigación, informamos que a partir del año próximo el CeDInCI se convertirá en un núcleo de formación de postgrado a través de la oferta de seminarios acreditables en las más importantes universidades nacionales. Los seminarios serán dictados por los investigadores del CeDInCI y docentes invitados de la Argentina y el exterior.

Jornadas de Historia de las Izquierdas

Las V Jornadas de Historia de las Izquierdas del CeDInCI se llevaron a cabo en noviembre de 2009 en el IDES de Buenos Aires. Como ya es habitual, giraron alrededor de un tema convocante. Esta vez, el Comité Organizador propuso una zona de indagación muy transitada en los estudios recientes de los procesos culturales latinoamericanos: el de la circulación internacional y recepción de ideas. El texto inicial de convocatoria a las Jornadas explicaba el porqué de esta elección: “La historia intelectual de América Latina ha encontrado en el problema de la recepción uno de sus tópicos ineludibles. Podría afirmarse que todo estudio que se proponga iluminar algún aspecto del pensamiento latinoamericano, de sus sistemas de ideas, modelos doctrinarios o experiencias político-intelectuales es, de una u otra manera, un ejercicio de reflexión sobre el momento de la recepción. Los avatares de las ideas emancipatorias y del pensamiento de izquierdas no escapan a esta particularidad de la cultura latinoamericana, desde la lectura y la apropiación de los socialistas románticos durante la primera mitad del siglo XIX, pasando por todo el arco de las ideologías modernas como el anarquismo, el socialismo, el sindicalismo y el marxismo, hasta llegar al conjunto de intervenciones que vinieron a poner en cuestión desde fines de los años 60, las certezas teóricas y políticas que otorgaron sentido a buena parte del siglo XX. El proceso, siempre activo y creativo, mediante el cual un cuerpo de ideas es leído, traducido e interpretado, apropiado, usado y discutido, supone siempre un problema teórico, pero fundamentalmente crítico-práctico, como lo han evidenciado las múltiples querellas y debates que han cruzado la historia latinoamericana entre universalistas y criollistas, europeístas y nacionalistas, marxistas y peronistas, entre tantos otros... Así, en el centro del problema de la recepción se ubican las disputas por la identidad y la diferencia, el desencuentro y el descentramiento que marcan el movimiento mediante el cual en el proceso cultural latinoamericano las ideas concebidas en otras latitudes fueron percibidas, no sin cierta fatalidad, como ‘impracticables y al mismo tiempo indispensables’, para ponerlo en los términos en

que lo planteaba Roberto Schwarz en 1973, en un texto que se ha convertido en un clásico de los estudios sobre recepción”.

Precisamente, las Jornadas quisieron disponer la zona de interrogación propuesta en conexión con la perspectiva instalada por el crítico brasileño. Lo hicieron ya desde su título: “¿Las ideas fuera de lugar? El problema de la recepción y circulación de las ideas en América Latina”. Pero además, el CeDInCI tuvo el privilegio de hospedar a Schwarz en una de las contadas ocasiones en que en los últimos años se desplazó fuera del Brasil. Y a él le correspondió además presidir la mesa de clausura, —en la que lo acompañaron Carlos Altamirano, Horacio Tarcus, María Elisa Cevalos y Alejandra Mailhe—, dedicada a examinar su célebre texto de 1973 (véase en este mismo número el *dossier* “Las ideas fuera de lugar’, todavía”, que reproduce parte de las exposiciones que allí se llevaron a cabo).

Más allá de ese memorable evento de cierre, las Jornadas contaron con la presencia de una nutrida cantidad de ponentes nacionales e internacionales, y con la participación de un elenco de comentaristas de primer nivel. Todo ello no hizo sino confirmar que se ha arribado a un respetable estadio en los estudios de recepción, de un lado; y que, de otro, la realización de congresos o simposios sobre ejes específicos constituye un acierto que caracteriza ya a los encuentros del CeDInCI, y que ocupa un lugar entre los hechos significativos de su propia historia.

Con este auspicioso antecedente, las VI Jornadas, que se realizarán en noviembre de este 2011 en el Campus de la Universidad de San Martín, se encuentran ya en su última fase de organización. El Comité que les da impulso —conformado por Horacio Tarcus, Adriana Petra, Laura Fernández Cordero, Martín Bergel, Hugo Vezzetti y Carlos Altamirano a nivel local, y por Ricardo Melgar Bao, Olga Uliánova, Javier Garciadiego, Alexandra Pita, Gerardo Caetano, Claudio Batalha y Pablo Yankelevich como red de apoyo internacional— ha decidido dedicarlas no ya a una problemática particular, sino a todas aquellas dimensiones que suscita una de las figuras clave de la historia intelectual de las izquierdas argentinas y latinoamericanas: José Ingenieros. Reproducimos entonces a continuación los párrafos iniciales de la convocatoria a estas nuevas Jornadas, que llevan por nombre “José Ingenieros y sus mundos”:

La recuperación, catalogación y apertura pública del Fondo de Archivo perteneciente a una personalidad de relieve continental como José Ingenieros, es el punto de partida de esta nueva convocatoria del CeDInCI a sus VI Jornadas de Historia de las Izquierdas. La figura de Ingenieros (1877-1925) funciona entre la última década del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX, como un prisma que refracta un haz de luces muy diversas, del librepensamiento al anarquismo, del socialismo al antiimperialismo, del positivismo al espiritualismo. Un prisma que ofrece múltiples y acaso desconcertantes facetas: la del masón y la del hombre público; la del militante político y a la vez el hombre de ciencia; la del “fumista” de la bohemia porteña y la del maestro de las juventudes de la Reforma Universitaria; la del tratadista científico y la del escritor

modernista; la del cientificista comprometido con el más férreo determinismo y la del ensayista comprometido con el idealismo moral. Fue acaso el último de los polígrafos latinoamericanos, abordando desde disciplinas tan diversas como la psiquiatría, la criminología, la medicina legal, la sociología, la filosofía, la ética y la historia, temas tan variados como la interpretación materialista de la historia argentina, la risa, el individuo y la multitud, la simulación, el amor, la moral emancipada de la religión, la reforma de la universidad, la experiencia soviética, la tradición del pensamiento liberal en España, la reacción de la filosofía espiritualista en Francia y la emancipación de los pueblos latinoamericanos. Su pensamiento y sus obras trascendieron las fronteras argentinas y se proyectaron sobre todo el continente, con un impacto que se hizo sentir incluso varias décadas después de su muerte. Activo animador cultural, incansable editor de libros y revistas, fue uno de los nodos de las intensas redes que figuras políticas e intelectuales de toda América Latina establecieron en las primeras décadas del siglo XX, con especial intensidad después de la Revolución mexicana (1910), la Reforma Universitaria (1918) y el fuerte impacto local que tuvo la Revolución Rusa de 1917.

La convocatoria está dirigida a investigadores del país, del continente y de todo el mundo con el fin de que envíen trabajos centrados en la figura o la obra particular de Ingenieros y que, a la vez, den cuenta de la red de relaciones político intelectuales que se establecieron en América Latina entre fines del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX en torno a estas corrientes de ideas, estas disciplinas y estos acontecimientos.



Reseñas

A propósito de María Cristina Tortti, **El «viejo» Partido Socialista y los orígenes de la «nueva» izquierda**, Buenos Aires, Prometeo, 2009, 414 pp.

Cristina Tortti llena un vacío historiográfico al ocuparse tanto del derrotero del Partido Socialista luego de la Revolución Libertadora como de la experiencia del Partido Socialista Argentino de Vanguardia en los primeros sesenta. Es que, por un lado, las investigaciones sobre el PS privilegiaron mayormente un recorte temporal concentrado en el periodo pre-1946, una *edad dorada* para los propios socialistas cuando el Partido poseía programa de *política científica*, base obrera y representación parlamentaria permanente; por el otro, los estudios sobre la nueva izquierda en nuestro país se asimilaron a la *nueva izquierda cultural* o a las organizaciones político-militares.

La crisis partidaria de 1957, que en pocos años atomizó al viejo Partido, le permite a la autora estudiar la transformación de una zona de la izquierda argentina. Como sostiene Cecilia Blanco, el rápido desencanto de las expectativas abiertas por la Revolución Libertadora y la consecuente puesta en debate del consenso antiperonista prolongado durante diez años en el seno del Partido erosionaron el universo de sentidos socialista. Gradualmente, en la agenda partidaria se incorporaron nuevos elementos, resultantes tanto de una reevaluación del peronismo en tanto fenómeno político de masas como de una relectura crítica de la historia del PS por su estrategia *liberal-burguesa*.

Tortti propone una investigación centrada en la fracción juvenil radicalizada del PS que surgió a mediados de los años cincuenta y que integró la escisión que, aliada con figuras como A. Palacios, A. Moreau, C. Sánchez Viamonte o J. L. Romero, quebró con el Partido y formó el Partido Socialista Argentino en 1957. Dicha fracción estaba integrada por A. Latendorf, E. Semán, E. Rando, P. Giusani y J. Constenla entre otros. La opción por una corriente interna implica la posibilidad de pensar las continuidades en el marco de la izquierda argentina de

los años cincuenta y sesenta: la crisis del PS —que enfrentaba a un sector *liberal* y *gorila* a otro, definido como *renovador*— que estalla a meses de la Revolución Libertadora y que en el 44° Congreso partidario del año 1958 llevó a la división en el PSA (los renovadores aliados con los sectores juveniles) y el Partido Socialista Democrático (el *ghiolismo*). La misma fracción que en el año 1961 protagonizó una nueva escisión al alejarse del PSA y fundar el PSAV.

El acierto de la autora es no ocuparse exclusivamente de la experiencia del PS, el PSA o el PSAV sino más bien problematizar la emergencia de programáticas políticas radicales y novedosas y así tematizar la emergencia de la llamada nueva izquierda en el seno de los partidos de la izquierda tradicional: la fracción juvenil y radicalizada del PS es pasible de comparación con el grupo nucleado alrededor de E. Laclau en Filosofía y Letras que se unió al núcleo de J. A. Ramos a principios de los '60 o con las experiencias de Pasado y Presente y el grupo de J. C. Portantiero (luego Vanguardia Revolucionaria) que por los mismos años rompieron con el Partido Comunista —y por qué no, también, los jóvenes frondizistas decepcionados que formaron el MLN). Esta opción metodológica le permite a la autora mojonar el proceso de radicalización: incorporación del marxismo leninismo como lenguaje, debates en torno a la estrategia insurreccional o el juego de alianzas a seguir. Esta fracción juvenil se radicaliza a partir del impacto de la emergencia de un movimiento obrero con alto nivel de combatividad durante los primeros años de la resistencia peronista al mismo tiempo que de la aparición de la Revolución Cubana en el horizonte trastocando las coordenadas temporales a partir de las cuales construir el socialismo. En suma, la emergencia de nuevos problemas políticos, sociales o culturales que impactaron en el modo en que ciertas zonas de la izquierda construyeron su análisis de la realidad argentina y, en el caso del PS, alentaron la crítica del *Programa mínimo*.

Conviene pensar dos cuestiones: por un lado, si la opción por el grupo representa una

mayor comprensión de cuestiones ya reseñadas al precio de descuidar las trayectorias de estas figuras juveniles y por el otro, si en ciertos pasajes la autora no le asigna al grupo un plan deliberado y perfectamente racional. La reconstrucción de las trayectorias de Latendorf, Giusani y compañía podría ser de utilidad para descubrir los elementos que cimentaron al grupo; asimismo frente a la mirada teleológica de la autora conviene recostarse en otros pasajes del mismo trabajo en los que el programa de la juventud aparece atado a la propia lógica partidaria de alineamientos y alianzas internas, a la sinuosa política del sindicalismo peronista (y del movimiento en general) y al posicionamiento del resto de las fuerzas en el campo de la izquierda, en especial el PC.

Un pormenorizado trabajo sobre fuentes partidarias, un invalorable número de entrevistas a dirigentes y el análisis exhaustivo de publicaciones vinculadas al grupo le permite a Tortti reconstruir una experiencia que dista mucho de agotarse en un mero recorte partidario. El resultado pone en cuestión el sentido común, cuyos orígenes sin dudas están en la izquierda nacional, que considera al PS pos-1955 un partido cerradamente *gorila* (la «leche de la clemencia» de A. Ghioldi en 1956) o pragmáticamente oportunista (la candidatura *fidelist* de Palacios en 1961); al mismo tiempo que se aleja de las perspectivas para el estudio del periodo observan al sistema político en su conjunto y que caracterizan a la política posperonista a partir de categorías como *juego imposible* o *emparte hegemónico*.

Pablo Manuel Requena
(Universidad Nacional de Córdoba-CONICET)

A propósito de Alejandro Marti, **La biografía del anarquista Simón Radowitzky. Del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española**, Buenos Aires, De la Campana, 2010, 343 pp.

Pocos nombres tienen el poder simbólico y la fuerza revulsiva de Simón Radowitzky. Mártir, asesino, vengador, caso judicial, su figura provocó controversia incluso dentro del movimiento anarquista desde el momento en que se hizo célebre volando el coche en el que viajaba el jefe de la Policía de la ciudad de Buenos Aires. Pero hasta ahora eran pocos los trabajos sobre su vida que trascendieran el atentado y la condena. Alejandro Marti, periodista y editor, compone a través de expedientes judiciales, entrevistas, folletos, documentos oficiales, memorias y cartas personales, el itinerario de una vida que se revela compleja y delicada. Este material disperso, recopilado por el autor en los principales archivos de las culturas de izquierdas y bibliotecas populares de Argentina, Uruguay, Holanda y Suiza es sistematizado por primera vez en un relato integral sobre su vida.

La investigación está centrada en el atentado al Coronel Ramón Falcón. De los diez capítulos en los que está organizado el libro los primeros cinco están dedicados al atentado, sus antecedentes y el juicio. Tal vez por ello el autor eligió privilegiar el primer capítulo —al que le dedica un espacio mayor que al resto— en el que reconstruye la coyuntura particularmente conflictiva de los días previos a la movilización del 1 de mayo de 1909, la matanza policial y la huelga general conocida como la «Semana Roja». Simón Radowitzky recién aparece en el segundo capítulo que relata su infancia y adolescencia en Ucrania. El tercer capítulo reconstruye el atentado y las diversas versiones sobre la participación de otros miembros del movimiento anarquista local en su planificación.

Como si sus vidas hubieran quedado irremediablemente unidas, en el cuarto capítulo el protagonista es el joven Ramón Falcón. Sus orígenes familiares, la carrera militar, los ascensos, la vinculación con la política y con la Policía de Buenos Aires aparecen como un juego de espejos frente a la trayectoria de su futuro matador, perseguido por las autoridades desde su infancia. No obstante, este intento por contra-

ponerlas confluye en la construcción de la imagen del mártir de ambos lados. Tanto para el movimiento anarquista como para la Policía de Buenos Aires el atentado dio lugar a la creación del mito ideal; el mártir de la idea, el santo ácrata, por un lado, y el mártir caído en cumplimiento del deber que encabezó el mausoleo policial, por el otro.

El quinto capítulo se centra en el expediente judicial de la causa contra Simón Radowitzky. En este punto Marti sostiene que si bien en la causa hay varios indicios que dejan entrever que Radowitzky no actuó solo en la planificación y ejecución del atentado, la policía no siguió la pista de posibles colaboradores. El autor encuentra una explicación a este hecho en la presión gubernamental por una sentencia ejemplificadora. El capítulo seis, titulado «el infierno de Ushuaia» relata el martirologio de Radowitzky en el presidio. Si bien se trata de relatos conocidos la reconstrucción de los 21 años de encierro logra la contundencia que el autor busca transmitir. De estos años data la construcción del nombre de Radowitzky como símbolo de lucha del anarquismo y la imagen de «mártir de la idea».

Los últimos cuatro capítulos se dedican a la vida de Radowitzky después del castigo. La etapa en la que vivió en Montevideo, el reconocimiento público, la vinculación al movimiento anarquista uruguayo, la ayuda a los deportados de Argentina tras el golpe de 1930, la vida cotidiana y las persecuciones tras el golpe de Estado de Terra en Uruguay. De esta segunda parte el capítulo sobre España es el más logrado. Lejos de la imagen del héroe mítico que lo canonizó antes de los cuarenta años, el Simón Radowitzky que va a pelear como voluntario por la revolución española es obstinado en su insistencia por estar en el frente, crítico con la acción de algunos sectores del anarquismo y en sus cartas se advierte la certeza del aislamiento progresivo de la revolución. Su particular anarquismo se vislumbra en la confianza en los hombres y mujeres que pelean ante la incertidumbre, en la ética con la que se relaciona con sus compañeros y se evidencia como

una actitud ante la vida. El último capítulo relata su vida en México luego de la derrota de la guerra civil que representó el fin de una etapa para el anarquismo y para Simón. Aquí el relato vuelve a un tono más bien intimista centrado en la vida cotidiana, el trabajo y los amigos. Simón Radowitzky murió a los 65 años de un paro cardíaco, en circunstancias dudosas, como tantos otros aspectos de su vida.

La edición cuenta con una serie de fotografías. Algunas muy conocidas, como la del pronuntario policial a los diecisiete o dieciocho años; la imagen con el traje y el polín a rayas que aparecía publicada con regularidad en la prensa libertaria durante las campañas por su liberación. Otras en cambio son hallazgos: una toma del coche que conducía a Falcón y su secretario el día del atentado con los rastros visibles de la bomba; una foto tomada presuntamente por un niño el día que era liberado del penal de Ushuaia; con sus amigos y compañeros en Montevideo; un certificado del 4.º Batallón de Infantería del Ejército del Este en España en la que se lo ve con una boina negra y las marcas de la madurez.

La biografía de Simón Radowitzky es un aporte en muchos sentidos. Sumada a otras biografías, memorias y autobiografías de militantes, intelectuales y propagandistas del anarquismo local contribuye a trazar trayectorias, derivas y avatares del movimiento. Resulta un acierto en este sentido que el libro unifique un relato que va desde principios del siglo XX hasta la década del cincuenta y que, si bien está centrado en la trayectoria personal, deja entrever el derrotero del movimiento anarquista.

El libro cobra fuerza cuando complejiza la imagen del mártir, cuando restablece al hombre por sobre el niño eterno, el héroe abnegado y el luchador inculdicable. Por eso los capítulos sobre Montevideo y sobre todo España merecen una lectura detenida. Marti organiza con retazos de información la vida cotidiana de Simón Radowitzky: el amigo entrañable de la escritora anarquista Luce Fabbri, el «her-

mano» de Salvadora Medina Onrubia, a cuyas cartas y amistad le debe el «haber salvado su corazón» y con la que mantiene un vínculo espiritual toda su vida; el militante entregado a la causa pero que no es un buen orador, y lo sabe; que es inseguro y por momentos dice sentirse solo, débil, cansado y se queja de que «lo hacen sentir viejo»; el que antes de salir de Barcelona derrotada se llevó en un camión el archivo de la Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica (CNT-FAI) que hoy puede consultarse en el Archivo del Instituto de Historia Social de Amsterdam.

Leída en esta clave la vinculación indisoluble entre Radowitzky y el atentado a Falcón, que funciona como el eje que estructura el libro, pierde fuerza. El autor no explica cómo el movimiento libertario construyó el mito del vindicador-mártir y por momentos parece naturalizar un proceso que tuvo distintos momentos y generó tensiones para los anarquistas que nunca articularon un discurso único sobre la violencia. Radowitzky se convirtió en símbolo a costa de un debate que supuso discriminar qué tipo de acción directa sería reivindicada por las principales instituciones del anarquismo y cuáles quedaban irremediadamente afuera.

La tensión entre el hombre y el mártir que el libro no se propone resolver tiene varias ventajas. Por lo pronto habilita pensar en Simón Radowitzky más allá del acto de arrojar la bomba, como un militante más, un anarquista. El autor elige terminar la biografía con una cita de Liberto Callejas que lo define en su sentido más heroico como «un hombre de acción y todo un carácter. De esos hombres que prefieren estar solos mientras no pueden juntarse con sus iguales, que se pasean entre los hombres como si fueran árboles». Para el lector que llegó al final del libro esas palabras no dicen nada de Simón Radowitzky.

Luciana Anapios
(UBA-IDAES/UNSAM)

A propósito de Hugo Vezzetti, **Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009, 288 pp.
(Versión autorizada por la revista *A Contra corriente*)

El libro de Hugo Vezzetti **Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos**, prolonga la inquietud intelectual de su autor por pensar la violencia política en Argentina y las

memorias y representaciones que, sobre este «pasado que no pasa», circulan en el espacio público. En su trabajo anterior, Vezzetti examinó la interpretación y representación forjada sobre el terrorismo de Estado por el juicio a las Juntas militares en 1985 y analizó las variaciones de esa configuración de la memoria hasta las postrimerías del siglo pasado. En esta nueva obra analiza la violencia revolucionaria y su papel en el ciclo de violencia política que atravesó la Argentina entre las décadas del sesenta y setenta del siglo XX y las diversas lecturas, evocaciones y representaciones sobre ella desde su surgimiento hasta la actualidad.

Escrito en un lenguaje académico el libro se dirige, sin embargo, a un público amplio interesado en la historia política argentina reciente, en los dilemas abiertos por la violencia política y la dictadura, en los debates por interpretarlas y rememorarlas y en la discusión sobre la cultura política de las izquierdas. La originalidad de este ensayo, inscripto en el campo de estudios sobre la memoria social, estriba en combinar una historia de las ideas sobre la violencia revolucionaria, con el análisis político y cultural de las formas con las cuales ha sido evocada y representada.

Específicamente, el libro ofrece una serie de características que lo distinguen de otras producciones del campo de estudios. Primero, amplía los marcos temporales para examinar este pasado, al no limitarse al período de la última dictadura militar (1976-1983) y remontarse al análisis de la violencia política que la precedió. Ello permite abordar la reflexión y el debate sobre la emergencia y el desenvolvimiento de la violencia política. Segundo, analiza las responsabilidades en la violencia, estudiándola en términos culturales y políticos, incorporando la pregunta por los patrones ideológicos que la hicieron posible. Por último, presenta un enfoque novedoso, propicio para el debate sobre la memoria y su futuro, al discutir los cánones con los cuales se representa y evoca este pasado. En función de estas apuestas, el autor examina distintas facetas de la violencia revolucionaria desde diversos ángulos.

En el primer capítulo, «La memoria justa: política e historia», Vezzetti retoma el concepto de *memoria justa* de Paul Ricoeur para postular la necesidad de que todas las memorias de las víctimas de la violencia política sean reconocidas en el espacio público. Con esta premisa sostiene que el análisis de la violencia revolucionaria habría sido relegado, en la reflexión sobre este pasado, por la exposición y el tratamiento de los crímenes de Estado, lo

cual habría desplazado el examen de las responsabilidades de las organizaciones guerrilleras. En ese contexto, el análisis crítico de la violencia revolucionaria sería ineludible para una memoria que no oblitere responsabilidades en el ciclo de violencia política. La memoria justa se arraigaría, entonces, en un doble fundamento, a la vez ético y político, que posibilitaría remover los obstáculos para que la comunidad rememore el pasado que la desgarró. Y, de ese modo, permitiría integrar el examen amplio del ejercicio de la violencia y el reconocimiento de todas sus víctimas más allá de las diferencias que, en términos jurídicos, puedan existir entre crímenes imprescriptibles, los perpetrados por el Estado, y los cometidos por grupos particulares. Ello, según el autor, podría abrir las puertas de una conciliación con el pasado, apaciguando los términos en que se lo debate y se lo rememora.

En el segundo capítulo, «La política y la violencia», Vezzetti discute que la violencia revolucionaria pueda explicarse como una reacción al golpe de Estado de 1955 contra Perón. Para ello, propone a la Revolución Cubana y al ideario guevarista como las fuerzas motrices que alimentaron esa vocación. En ese sentido, discutiendo las tesis de Pilar Calveiro, afirma que el militarismo de las organizaciones armadas no fue una desviación posterior sino un componente inicial de la concepción guerrillera, la cual entendía el escenario político como una guerra.

La violencia revolucionaria, recuerda Vezzetti, fue criticada desde las filas de la propia izquierda y los sectores progresistas. Basándose en los hallazgos de la investigación de Marina Franco, el autor afirma que los sectores progresistas de centroizquierda cuestionaron duramente la violencia guerrillera tras el retorno del peronismo al gobierno en 1973. Si estos actores la habían justificado o condescendido durante la dictadura de la autodenominada "Revolución Argentina" (1966-1973), en especial tras la gran protesta popular que condenó el Cordobazo en mayo de 1969, la continuidad de la lucha armada tras el abrumador triunfo electoral de Perón clausuró ese tipo de valoración de la insurgencia.

Este cambio cobró especial visibilidad, señala Franco en su trabajo y Vezzetti lo reafirma en su libro, en el diario **La Opinión**, expresión en la prensa gráfica del pensamiento progresista en ese período. Simultáneamente, al compás del surgimiento de la violencia paramilitar de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) bajo el tercer gobierno de Perón, los actores mencionados, junto a la izquierda tradicional,

criticarán la actividad guerrillera proponiéndola como favorable al bloque reaccionario y disociada de la lucha de la clase obrera y los sectores populares y condenarán, mediante un «esquema bipolar», el terrorismo de izquierda y de derecha. Esta perspectiva será asumida, también, por algunos organismos de derechos humanos como la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) que, fundada en diciembre de 1975, meses antes del golpe, condenó enérgicamente a la guerrilla calificándola de terrorista y, a la vez, denunció la represión ilegal.

En el mismo capítulo, Vezzetti rastrea la crítica de la violencia revolucionaria durante la dictadura destacando que en determinadas publicaciones, como la revista **Controversia** editada por ex militantes políticos exiliados en México, se desarrolló una revisión profunda de la experiencia guerrillera y se cuestionó como parcial la adopción de la cultura de los derechos humanos si no se incorporaba a las víctimas de la insurgencia. De este modo, Vezzetti recupera la existencia de una crítica de la violencia revolucionaria desde el interior del universo de sus protagonistas que impugnó su autoritarismo, su mesianismo, su ejercicio del «terrorismo» y su ceguera política para reconocer la derrota y admitir sus responsabilidades en el proceso de violencia.

El autor señala, también, que la condena a los dos terrorismos será retomada en el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos que arribó a la Argentina en 1979 para realizar una inspección *in loco* tras haber recibido centenares de denuncias por desapariciones. Finalmente recuerda, retomando los aportes del autor de esta reseña, estos trazos del informe de la CIDH y la proveniencia de la APDH de varios integrantes de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), creada en 1983 por el presidente constitucional Raúl Alfonsín para investigar el destino de los desaparecidos, y autora del informe **Nunca Más**.

Por último, Vezzetti, registra los recorridos recientes de las memorias y representaciones sobre la violencia revolucionaria. Por un lado, destaca las intervenciones de ex militantes guerrilleros que, públicamente, revisaron e impugnaron sus prácticas y los crímenes perpetrados al interior de sus organizaciones, y la emergencia de las voces de los familiares de las víctimas de la violencia guerrillera. Sin embargo, también reconoce la profusa literatura testimonial que, desde mediados de los

años noventa, resalta los ideales y el espíritu de la militancia armada desatendiendo el examen de su cultura política y sus prácticas. Retomando las ideas de su obra anterior, el autor propone que estas iniciativas estarían reproduciendo, bajo otras formas, la figura de la víctima inocente cristalizada en el informe **Nunca Más**.

Tanto el tercero como el cuarto capítulo («Le vimos la cara a Dios» y «El hombre nuevo») proponen una crítica a la cultura guerrillera. El culto al coraje y al sacrificio; la sacralización y erotización de la violencia; la proposición de la figura del guerrero como paradigma; la exaltación de los héroes, cuya muerte obra como certificado de pureza; de las armas en desmedro de los programas; la sumisión a los jefes; y la disposición a ver traición en toda disidencia y en el acto de sobrevivir emparenta según Vezzetti —quien retoma aquí ideas de Pablo Giussani y de Emilio Gentile—, a la cultura de la guerrilla con la del fascismo. En igual sentido, el autor propone una genealogía de un emblema de la cultura revolucionaria, el «hombre nuevo» al cual, tras historizar su origen en la tradición jacobina, en el *ethos* cristiano y contrastarlo con el humanismo marxista, asocia con la ideología radicalizada del fascismo.

Por último, el autor explora las configuraciones actuales de la memoria sobre la violencia revolucionaria y destaca que los cuestionamientos críticos conviven con su recuperación mitológica por parte del gobierno de los Kirchner y el movimiento de derechos humanos, actores que estarían construyendo una visión idealizada y autocomplaciente que soslayaría el análisis de las responsabilidades guerrilleras, sus métodos de lucha y sus consecuencias. Estos tópicos, son específicamente abordados en el apéndice: «Espacios, monumentos, memoriales» que reúne trabajos publicados por el autor entre 2004 y 2006 sobre el Espacio para la Memoria en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el Parque de la Memoria y el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado. En ellos, analiza críticamente las iniciativas para constituir estos tres espacios como sitios de memoria tanto en su estructuración como tales como en función de los relatos e interpretaciones que proponen.

Sobre el primer tópico, identifica como rasgos comunes la falta de discusiones abiertas sobre los sentidos y relatos que deberían conjugar estos sitios, y la delegación estatal en las organizaciones de derechos humanos del uso de los espacios y la interpretación del pasado. Es decir, la ausencia de una política pública de la

memoria. En contraposición, el autor describe la multiplicación y superposición de entes burocráticos, la fragmentación y agregación *ad infinitum* de las iniciativas y de los hechos que allí se conmemoran, indicadores, todos, de la falta de consenso sobre cómo evocar este pasado y de la ausencia de una intervención independiente del Estado. Respecto de las narrativas que proponen estos sitios, examina las tensiones que se producen entre los relatos que se sitúan en la cultura de los derechos humanos y en la cultura de la revolución. Frente a este estado de cosas, postula la necesidad de que prevalezca la deliberación amplia y pública, que trascienda a los grupos de afectados, sobre el relato que propongan estos sitios, y sugiere que se concentren en promover la circunspección ante las víctimas del terrorismo de Estado y la desaparición y promuevan una reflexión crítica sobre la violencia.

De este modo, Vezzetti postula una serie de proposiciones que, por su agudeza y valor intelectual, merecen ser discutidas. En primer lugar, vale detenerse, por su importancia, en la idea de «memoria justa». Esta fórmula se inscribe en el desafío del autor por imaginar formas a través de las cuales una sociedad pueda tramitar el pasado de violencia, al reconocerse como una comunidad con derechos, deudas, responsabilidades y legados compartidos, más allá del tratamiento jurídico de ese pasado en los tribunales. Vezzetti traduce esta proposición en la necesidad de incorporar la reflexión sobre la violencia revolucionaria y el reconocimiento de sus víctimas. Sin embargo, este intento parte de una exégesis de la violencia que opaca la escalada de la represión estatal entre 1955 y 1973 y la proscripción política del peronismo. En igual sentido, la ponderación que se propone de la Revolución Cubana en la gestación de la violencia revolucionaria desplaza todo factor de la historia nacional de la explicación sobre el cariz que asumieron los giros subjetivos y políticos de sectores intelectuales, del movimiento estudiantil y obrero años antes de que el paradigma guevarista cobrara fuerzas en el país.

Por otra parte, la «memoria justa», al asentar-se en la figura de la víctima, reforzaría aún más la autoridad que ésta ya posee en el escenario de la memoria en Argentina y las barreras que la potestad del sufrimiento y la afectación han erigido para abrir un debate inclusivo que posibilite la ampliación del «nosotros» que rememora y discute ese pasado. De ese modo, la figura de la víctima, sostenida en una matriz moral, podría constituirse en un obstáculo para un trabajo de memoria ciudadana. Asimismo, la restricción de las víctimas a los asesinados

por causas políticas, soslayaría la ausencia de proporcionalidad entre los producidos por la violencia insurgente y los causados por la represión estatal, la diferencia entre la muerte y la desaparición, y el hecho de que las violencias de Estado también comprendieron, entre otras, el exilio, la tortura sistemática, la prisión política en cárceles legales y la apropiación de los hijos de los desaparecidos. En el plano político, desplazaría las razones e intereses que motorizaron el conflicto, y las responsabilidades morales y políticas de otros actores, ajenos al binomio víctima y perpetrador, en el ciclo de violencia. Por último, es difícil entrever la escisión entre el concepto de «memoria justa» de la reconciliación y el perdón. Recuérdese que Ricoeur propone esa idea como el ejercicio de una memoria que, tras apaciguar las pasiones, incluya esas dimensiones junto al duelo y al olvido.

En segundo lugar, el aporte indudable que realiza Vezzetti a la historización de las críticas de la violencia revolucionaria y su exposición de los graves y profundos errores políticos que signaron las experiencias guerrilleras en Argentina, los cuales comprendieron pero excedieron el militarismo, merecería ser complementado con un aporte teórico sobre la relación entre guerra y política y por el análisis histórico de esa violencia. Por un lado, porque no hay una relación de necesidad entre una lectura del escenario político en términos de guerra y el militarismo. Si bien esta asociación no ha ido desdeñable, el pensamiento revolucionario en otras latitudes incorporó la teoría clásica de la guerra, reflexionó sobre el momento político-militar de la relación de fuerzas y criticó el militarismo. Por otro lado, el análisis de las consideraciones discursivas que mereció la violencia guerrillera entre 1973-1976, específicamente su calificación como terrorista, debería confrontarse con un examen profundo de sus prácticas a fin de analizar correspondencias y tensiones entre ambos niveles de análisis. En el mismo sentido, un examen más amplio de la cultura de izquierdas merecería incluir la reflexión sobre las responsabilidades de la izquierda no armada y la centroizquierda que sostuvieron el esquema bipolar de los «dos terrorismos» y recibieron con grandes expectativas, y en ciertos casos con entusiasmo, la promesa de la última dictadura de equidistancia y neutralidad ante ambas violencias. En síntesis, este espectro de discusiones podría ser enfocado de manera más amplia con el fin de enriquecer el estudio de las políticas del conjunto de las izquierdas y el arco progresista en ese tiempo.

En tercer lugar, el análisis de Vezzetti incorpora un tópico soslayado por las memorias militantes: el examen crítico de la cultura política de los proyectos revolucionarios y su práctica de la violencia bajo los gobiernos constitucionales peronistas entre 1973 y 1976. Efectivamente ello fue obliterado, primero, por la condena al terrorismo de Estado y por la consagración de la figura de la víctima inocente y, luego, desde mediados de los años noventa, por una renovada literatura de las virtudes, condensada en las biografías testimoniales de los militantes, ya no basada en la figura de la víctima ajena a todo compromiso político, pero que igualmente reprodujo la ponderación de los valores morales de la militancia revolucionaria por sobre el análisis crítico de sus prácticas y cultura política.

Sin embargo, la asimilación que propone Vezzetti entre la cultura de la guerrilla con la del fascismo a partir de la proposición de una cultura guerrera compartida signada por el culto a los héroes, al coraje y al sacrificio pierde fuerza a la luz de un aspecto que el propio autor destaca: la existencia de esa cultura como patrimonio de Occidente y su presencia desde las sagas homéricas hasta las epopeyas republicanas y nacionales. La afinidad y filiación entre guevarismo y fascismo se establece por su crítica común al individualismo burgués, la supuesta autonomización de la voluntad combatiente de toda ideología expresada en el culto a la acción y el origen ideológico de una fracción de la conducción de la guerrilla de Montoneros. Debido a las raíces seculares de esta cultura, que Vezzetti destaca, puestas en juego en diversos escenarios de polarización, movilización de las pasiones políticas y de ejercicio de la violencia, las afinidades postuladas parecen no ser suficientes para establecer la genealogía propuesta. La misma, además, colocaría al guevarismo por fuera de la cultura de izquierda, tradición en la que, sin embargo, podría reconocerse por su voluntad de transformación radical de carácter anticapitalista de la realidad social y de la subjetividad, por las formas de organización partidaria cerradas a la discusión interna, el culto a la personalidad de los jefes o la épica al sacrificio individual de los militantes.

Finalmente, tiene especial interés el apéndice, «Espacios, monumentos, memoriales», por ser uno de los pocos esfuerzos disponibles en la literatura sobre el pasado reciente y sus memorias en Argentina para pensar críticamente la conformación de sitios de memoria en Buenos Aires. Escrito con agudeza, expone las deficiencias oficiales en las políticas de concep-

ción, gestión y administración de estos espacios, desnuda su burocratización, la potestad otorgada a las víctimas en su gestión y determinación de su sentido y la paralela ausencia de una dimensión estratégica en las políticas públicas.

Vezzetti expone acertadamente la tensión entre diversos relatos que circulan en estos sitios y propone, en sintonía con su distinción entre el ejercicio de una memoria de los combates y otra de las víctimas, centrar la voluntad de memoria en esta última figura. Esta proposición, sin embargo, deja de lado la superposición que, entre una proporción importante de desaparecidos, existe entre ambas figuras. Pese a ello, cabe destacar que la identidad guerrillera de muchos desaparecidos es oculta por la ausencia de registros oficiales, de carácter público, que presenten sus compromisos políticos. Ello evidencia la vigencia en el plano político y simbólico, pese al discurso oficial, de la restricción dictatorial que limitaba a los «inocentes» la condición de sujetos de derecho y confirma y pone de relevancia el reclamo de Vezzetti para que se amplíe la deliberación sobre el pasado, incluyendo a otras voces.

En síntesis, valiente y polémico, expresión de un esfuerzo intelectual comprometido en pensar críticamente a la violencia política y a sus protagonistas, el nuevo libro de Vezzetti sobresale dentro del campo de estudios sobre la memoria. Sus ideas trascienden el convencionalismo y las perspectivas autocomplacientes y tienen la capacidad de provocar el debate y desafiar sentidos comunes y nociones instaladas. Por ello, suscitara acuerdos y desacuerdos pero su lectura será ineludible para quienes acepten el reto de pensar la historia y las memorias de este pasado en Argentina y de imaginar los futuros posibles de su tramitación, representación y evocación.

Emilio Crenzel
(CONICET-UBA)

*A propósito de Joy Damousi & Mariano Plotkin (Ed.), **The Transnational Unconscious. Essays in the history of psychoanalysis and transnationalism**, London-New York, Palgrave Macmillan, 2009, 264 pp.*

The Transnational Unconscious indaga en los límites teóricos y metodológicos que han dominado en la historia del psicoanálisis, revisando

las bases conceptuales que permiten pensar al saber psicoanalítico en tanto «disciplina transnacional», diferenciándose de la economía, la sociología o la historia, en las cuales prevalecería su origen fuertemente anclado en marcos nacionales. La notable capacidad del psicoanálisis para traspasar las fronteras nacionales y exhibirse como un campo especializado de conocimiento desde comienzos del siglo XX se debería, según los compiladores, a la voluntad universalista de sus categorías, capaces de interpelar a los sujetos sociales por sobre sus diferencias políticas o ideológicas, así como también a su «inmanente» potencia interpretativa para interrogar la realidad. A lo largo de nueve capítulos, esta hipótesis se sostiene, especialmente, sobre trabajos que atienden al desarrollo del psicoanálisis en espacios extra-europeos, reconstruyendo los contextos sociales y culturales de recepción que operan para la implantación local de un saber singularmente «transnacionalizado».

Las variables modalidades de apropiación del saber psicoanalítico en locaciones periféricas de un «sistema transnacional de creencias», su vertiginoso éxito en diferentes comunidades académicas, así como el profuso diálogo que promovió el psicoanálisis con otras disciplinas intelectuales, configuran el andamiaje sobre el que transitan los estudios incluidos en esta compilación. El desafío metodológico que supone la producción de una historia transnacional del psicoanálisis es calibrado por los compiladores en la introducción al volumen, a partir de una serie de recaudos propios de aquellos estudios que asumen una perspectiva analítica sensible a los contactos entre comunidades intelectuales: el objeto de estudio que reúne a las colaboraciones del libro identifica al psicoanálisis como un fenómeno cultural, traspasado por complejas tensiones y contradicciones, irreductibles a términos normativos. La atención, entonces, se desplaza para captar las apropiaciones heterodoxas y las discontinuidades institucionales que produjeron singulares «culturas psicoanalíticas» a lo largo de geografías de porosas fronteras, cambiantes centros de producción intelectual y variables circuitos de circulación de ideas, a fin de iluminar el vínculo entre lo local y lo global en la expansión del psicoanálisis.

The Transnational Unconscious está dividido en cuatro secciones. La primera, contiene los artículos de Elizabeth Ann Danto y Eli Zaretsky. Ambos trabajos focalizan su atención en el triunfo internacional del movimiento modernista en relación al auge del psicoanálisis como práctica de «liberación» de la opresión étnico-

política sufrida por la población afroamericana en Estados Unidos (Zaretsky) o de las neurosis que aquejaban a la clase trabajadora en la Viena *fin-de-siècle* (Danto). El segundo apartado del libro, presenta los trabajos de Frances Gouda y de Federico Finchelstein quienes analizan dos diferenciales operaciones de recepción del psicoanálisis: como instrumento justificador del dominio colonial holandés (Gouda) y como arma de resistencia antifascista (Finchelstein). La sección número 3, «The Transnational diffusion of psychoanalysis», incluye un texto de Joy Damousi dedicado al psicoanalista húngaro Andrew Peto, errante figura con una inusual capacidad para articular proyectos de difusión de la teoría psicoanalítica con las modalidades clínicas vigentes en los particulares escenarios nacionales donde se insertó.

Desde una perspectiva comparativa, Mariano Plotkin se ocupa de los patrones de recepción y circulación del psicoanálisis en Argentina y Brasil entre 1910 y 1940, antes de su consagración institucional, demostrando así la disparidad de las apropiaciones ejercitadas en ambos contextos en relación a un proceso de construcción de identidades nacionales fuertemente condicionado por clivajes políticos y étnicos. Finalmente, los trabajos de Alejandro Dagfal, Jane Russo y Sergio Visacovsky sobre la recepción de las teorías de Melanie Klein y del psicoanálisis laciano en Argentina, Brasil y España, plantean una argumentada crítica contra los análisis en términos de «centro-periferia» que invisibilizan otros circuitos de circulación de ideas alternativos, desconociendo la extrema complejidad que éstos constituyen.

Ofreciendo un interesante distanciamiento con respecto a las historias del psicoanálisis centradas en el genio creador de Freud como con aquellos trabajos «en extremo contextualistas» focalizados sólo en las condiciones socio-culturales del surgimiento del psicoanálisis en Viena, **The Transnational Unconscious** explora productivamente la circulación internacional de ideas y los diferentes derroteros nacionales del saber psicoanalítico. Su marcada intención de dialogar con el campo de los estudios sobre recepción y apropiación de ideas significa una sugerente invitación a reflexionar sobre los alcances de pensar la producción de saberes en coordenadas geográfico-culturales de variable disposición.

Ezequiel Grisendi
(UNC-CEMICI, Museo de Antropología / CONICET)

A propósito de Samuel Amaral y Horacio Botalla, **Imágenes del peronismo. Fotografías 1945-1955**, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Tres de Febrero, 2010, 232 pp.

Recorriendo las páginas de este libro, el interés por las imágenes del peronismo allí seleccionadas se convierte rápidamente en fascinación. La fotografía nos acerca casi como ningún otro documento impreso al pasado, aun cuando sabemos que la recreación de la realidad se construye en función del punto de vista del fotógrafo y en la elección del ángulo de la cámara. Esto es visible en las imágenes que el libro presenta en las que vemos composiciones notables: hay planos en picada, contrapicada, ángulos imprevistos, grandes planos, diagonales pronunciadas, etc. El universo fotográfico extraordinariamente rico se acentúa porque los autores han elegido cuidadosamente fotos que, por su calidad estética, por su valor histórico, y por la manera en que han sido incorporadas en las páginas nos dejan indiferentes. Apelan a nuestras emociones y a una disparidad de asociaciones.

La compilación reúne más de doscientas fotografías. La mayoría corresponde a momentos significativos de la historia social y política del peronismo: el 17 de octubre, las manifestaciones populares, las inauguraciones de obras, la presentación de los planes quinquenales, el acto del Día de la Lealtad, Perón y Evita frente a multitudes. También hay lugar para escenas cotidianas, como las pintadas durante la campaña electoral de 1946, la clausura de un negocio durante la campaña contra el agio y la especulación en 1950; de igual manera, aparecen reportajes de situaciones menos oficiales como la serie realizada por la fotógrafa Sylvia Salmi en su visita personal a la pareja Perón-Duarte.

Los autores se preocuparon por delimitar el contexto histórico de esas fotos, y a partir de allí sortearon el riesgo de alimentar una mitología a favor o en contra del peronismo. El libro se organiza según un criterio temático y cronológico: «El surgimiento», «El Ascenso», «Las Multitudes», «Las Fiestas», «Las Obras», «El Cenit» «La Muerte de Eva» y, finalmente, «La Caída». Para orientar al lector, cada parte es introducida por una breve reseña que enmarca los hechos del período, y en las últimas páginas un útil índice cronológico. Los epígrafes de las fotos prolijamente escritos completan esas informaciones, además de revelar el nombre del fotógrafo o su anonimato, la mención del archivo y de la colección. Todo esto habla del rigor con que los autores encararon el trabajo.



En este importante corpus fotográfico nos podemos detener especialmente en el género retratos de Eva y Perón, en la representación de las multitudes y en las imágenes de la agenda oficial. Un hito considerable en el desarrollo de la fotografía de consumo público fue el interés de las figuras políticas en difundir sus retratos a través de la prensa, afiches, folletos y otros medios gráficos. Es así como se convirtió la fotografía en una herramienta política privilegiada en la difusión de una determinada imagen tanto de Eva como de Juan Domingo Perón. Lo destacado de estos retratos consiste en su composición de gran dinamismo, destreza técnica y búsqueda estética. Inclusive, no faltan artificios destinados a crear una atmósfera hogareña, gozosa. Todas estas cuestiones implicaron un aprendizaje en el modo de hacer retratos, no sólo por parte de los fotógrafos sino también por parte de los retratados. Una fotografía curiosa, que nos habla de cierta complicidad entre los fotógrafos y Perón, es aquella que lo muestra empuñando una cámara *Speed Graphic* — cámara predilecta de los reporteros gráficos en la época—, llegando a divisarse en la solapa de su traje un distintivo típico de reportero gráfico. Un fenómeno similar se da en la representación de las multitudes. Tanto estas como Eva y Perón son representados en un permanente diálogo, expresado corporalmente, como se observa en la foto que abre el libro en donde el segundo aparece inmerso y acariciado por sus seguidores.

Las escenas de la gente en la calle son vistas como multitudes ordenadas, nunca turbulentas; multitudes transportadas por la euforia, la alegría o el llanto, participando en grandes acontecimientos y acompañando a sus líderes. De esta manera, dada la riqueza del material que se pone a disposición, un lector atento, pero también aquellos interesados en el estudio del fenómeno peronista, pueden obtener importantes conclusiones sobre las implicancias culturales y políticas de estas imágenes.

Las fotos de la agenda oficial incluyen situaciones probablemente poco usuales hasta ese entonces, como las de Eva y Perón con los representantes del sindicato de tintoreros; obsequiando bicicletas a nenes cuidadores de petisos del Parque Tres de Febrero; o en gira ferroviaria por el interior del país. Nuevamente, la habilidad de los fotógrafos nos sorprende, como la fotografía tomada en un acto de la Sociedad Rural en la que se hace evidente el desencuentro entre los asistentes, Eva y Perón. Curiosamente, en el libro no existe ninguna explicación que dé cuenta de la enorme producción fotográfica que fue realizada durante

ese período por el departamento fotográfico de la Subsecretaría de Informaciones. Sin embargo, inferimos que muchas de ellas formaron parte de esa producción y que actualmente se encuentran en el Archivo General de la Nación, tal como figura en los respectivos epígrafes. Tal vez, en su momento estas fotografías tuvieron una circulación muy amplia, pero dadas las restricciones que acontecieron sobre el peronismo a partir de 1955, recién ahora pudieron ser recuperadas como parte integral del patrimonio histórico del país.

En líneas generales, creemos que las doscientas fotos compiladas son un valioso aporte para una comprensión cabal sobre cómo se construyó un relato fundante del peronismo a través de las imágenes, permitiendo iluminar nuevas aristas en torno al problema de la estructuración de un imaginario visual que le fue propio. Y es esta una de las intenciones de los autores que logra tener éxito. Es evidente que su interés no era el de brindar información sobre las condiciones de producción y circulación de esas fotografías en el momento en que fueron realizadas y posteriormente reutilizadas. Pretensión quizás excesiva, provocada sin duda por este excelente y necesario libro que tiene la virtud de ofrecer un capítulo sobre las imágenes del peronismo correspondientes a su primera década, reuniendo tal como se enuncia en el libro «las más conocidas... y otras menos difundidas... las de grandes artistas... como las de autores ahora desconocidos; tanto aquellas que se destacan por la oportunidad, el encuadre o la luz, cuanto otras menos bellas pero no menos significativas».

Lucía Ulanovsky
(UBA-CONICET-EHESS)

*A propósito de Horacio Tarcus, **Cartas de una hermandad**, Buenos Aires, Emecé, 2009, 326 pp.*

Uno se puede acercar a este libro de muchas maneras. **Cartas de una hermandad** es un libro que reúne el intercambio de todas las cartas encontradas hasta hoy, como resalta esperanzado Tarcus, cruzadas entre Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Lugones, Luis Franco y Samuel Glusberg, una comunidad espiritual surgida en los años veinte y que en la década del treinta se dispersó geográficamente y se sostuvo a través del viejo género epistolar. Uno encuentra comentarios de la vida cotidiana, penurias económicas, penas de amor, decepciones políticas y existenciales, quejas,

allidos y sombras de soledad, pedidos de rescate, promesas de verse, de vivir juntos, tácticas para sobrevivir en la selva misionera, en la selva de cemento, en la selva.

Entonces, uno puede acercarse a este libro de muchas maneras: buscando bibliografía sobre uno de estos cinco hombres, para investigar los problemas estéticos que se plantean en alguna de las décadas entre los veinte y los sesenta, para rastrear el humor cotidiano frente a los cambios políticos del país en uno de los escritores, para meterse en las tonalidades propias que presenta el género epistolar, o para revisar la historia de la literatura nacional.

Uno puede buscar todas esas cosas, pero cuando uno entra en el libro, se encuentra con algo que no buscaba. Porque estas cartas no vienen sólo a darnos el panorama de una época, que también lo dan, o algunos datos curiosos sobre sus protagonistas. **Cartas de una hermandad** es una intervención sobre el presente, y particularmente una intervención sobre el campo intelectual. Golpea las fronteras de nuestras respectivas islas —la quintita que cuidamos con esmero— y nos enfrenta a un escenario en cuyo espejo no podemos reflejarnos sin que nos afecte. La imagen que vemos no es la del espejo. O no es la nuestra. Y entre el conocimiento del pasado que nos proporciona y la conciencia del presente al que pertenecemos, se interpone la nostalgia de lo que no se puede buscar, no se puede encontrar, y tal vez incluso no se puede perder.

Estamos frente a un acontecimiento inusual, un acontecimiento que, aunque fuera frecuente, seguiría siendo extraordinario. Estos cinco hombres están ligados por relaciones que exceden las relaciones literarias, políticas, ideológicas, incluso las de la amistad. Lugones, Glusberg, Martínez Estrada, Franco y Quiroga forman una hermandad, una cofradía, una fraternidad, una comunidad de pensamiento: hay algo que subyace a los acuerdos, que violenta los acuerdos y que es más fuerte que los acuerdos. «Por donde se la mire —dice Tarcus— desde el nacionalista Lugones hasta el judío Glusberg, la diversidad de los miembros de la hermandad es enorme. A las evidentes diferencias en cuanto a pertenencia generacional, se añaden posiciones disímiles en la trama del campo literario, desavenencias políticas y discordancias temperamentales.» Tarcus genera un enigma: se pregunta cuál es la amalgama que une a estas personas. «Se trata, a partir de una cierta analogía estructural, de un movimiento de convergencia, de atracción recíproca, de confluencia activa, de

combinación capaz de llegar hasta la fusión». En vez de acuerdos, afinidades. Tomando un término que tiene una larga historia y que no casualmente viene de la alquimia, Horacio Tarcus —aquí el alquimista— toma el anarquismo, lo libertario, como el fluido que da lugar a este caso de «afinidades electivas».

Un acuerdo puede conjugar programas, medidas, reformas, protestas, solicitadas, alianzas electorales y cánones literarios. Pero precisamente una de las calamidades políticas y espirituales contemporáneas, es creer que un acuerdo alcanza para delimitar un «nosotros». A diferencia de los que tienen acuerdos y dependen de ellos para (no) escucharse, Tarcus está prendido —prendado— por la afinidad subterránea que atraviesa estos desacuerdos fundamentales. Asombro de todas esas diferencias haciendo un cuerpo, una máquina de amor y de guerra.

El estudio de Horacio Tarcus que prologa este libro lleva a leer estas cartas como una trama. La trama se distingue de la colección, o del archivo, porque su ordenamiento, el de la trama, avanza conectando zonas de intriga, explosiones de acción, momentos de suspenso. No es puramente un ordenamiento cronológico, o indicial. En muchos libros uno puede saltarse el prólogo, a veces conviene hacerlo y leerlo después, o nunca. En este libro, el prólogo es imprescindible, forma parte de la trama de este quinteto, la hace existir para nosotros. Y la voluntad de transmitir a los lectores esta trama es tan fuerte que casi se vuelve parte de esa hermandad.

¿Cuál es el nombre propio de la hermandad? La figura del autor cede al peso específico de la relación con cada uno de los otros cuatro. Se nota que Tarcus nos quiere hacer ver que estas no son cartas *de* sino cartas *entre*. Aquí, en el entre, aparece Glusberg, el destinatario de 138 de las 179 cartas aquí compiladas. Samuel Glusberg, cuyas cartas los herederos o albaceas de Lugones Franco Estrada y Quiroga no guardaron, va surgiendo a través de estas páginas como el motor de la hermandad, el que incitó a Martínez Estrada a escribir **Radiografía de la Pampa**, el interlocutor de Franco, el amigo de Quiroga, el confidente de Lugones, y el editor de todos ellos. «Aunque su prosa falte en este libro, —dice Tarcus— resolví incluir su nombre entre los autores por ser Glusberg una pieza clave del quinteto gracias a su rol de mediador, editor y propiciador. Ausente en la letra y sin embargo activamente presente en las letras de sus amigos, sus cartas perdidas pueden ser 'leídas' en las entrelíneas de las cartas de sus corresponsales.»

La irrupción de dos oscuros izquierdistas, Glusberg y Franco, un editor y un poeta —o un cuentista sin gran talento y un militante con mucha verba—, en el centro del horizonte amoroso, pensativo y creador de tres pilares de la historia literaria e intelectual argentina, sacude a los críticos. Se preguntan cómo fue, cómo fue que estos dos amigos íntimos de tres gigantes, pasaron desapercibidos para el canon, por qué el canon los negó. La primera reacción —y tal vez la última— es: «hay que reformarlo».

En su puesta en primer plano de Glusberg, Horacio Tarcus no está realizando un encomio del trabajo de carretilla del campo intelectual, ni es una reivindicación de los escritores que no han llegado al estrellato. Sino un intento, tan agresivo como amoroso, de rescatar la dimensión no mediática del pensar, el más que humano de la creación. Una comunidad de pensamiento nunca podrá ser atrapada agregando un nombre más a la lista. Lo que Tarcus encuentra no es agregable: no es un nombre propio, un autor más al que hay que leer. Es una forma de estar en el mundo. Parafraseando a Marx respecto de la propiedad privada, el canon nos ha hecho estúpidos e indolentes: ya sólo sentimos que es nuestro aquello que podemos vender, intercambiar o utilizar.

En este libro Tarcus no habla de la recepción, la pone a prueba. Así como está armado, con su prefacio sobre las afinidades electivas, dividido no por autores, sino por emisores y destinatarios, este libro muestra una praxis, una usina. Nos hace pensar: dónde estoy, quiénes son mis pares, en qué otro lugar existo además de donde estoy. Lo real es una trama, espacio intersticial donde las células trabajan, antes de tener nombre, para llegar a ser lo que serán. La literatura, el pensamiento, no terminan ni empiezan en el autor o en la corriente. Señalar eso, hacerlo ineludible, es una posición política, ética. Ninguna otra cosa es la crítica al humanismo burgués, al individualismo.

Horacio Tarcus cuenta que a él lo que lo sedujo es «el hecho de que tipos de distintas generaciones e ideologías pudieran construir este tipo de hermandad, un poco al estilo de las viejas, y reunirse a pensar, intercambiar libros, lecturas, estimularse, influenciarse, prologarse, comentarse, leerse, recomendarse autores y discutir acerca de... Me resulta tan atractivo una comunidad de pensamiento si la comparás con ese individualismo competitivo del campo intelectual, o del campo académico.»

La pasión de Tarcus consiste en hacer de sus hallazgos un documento visceral, un animal ines-

peradamente lanzado en la cuadrícula del conocimiento. Un archivo que no se pueda archivar, que haga saltar el archivo. En estas cartas encontramos, más que el arte de la argumentación que busca el tореo de lo razonable, un lirismo de la inteligencia que invita, como Quiroga a Glusberg, a cerrar por un rato los periódicos y juntarse a ver cómo crecen los lapachos.

Laura Klein
(UBA)

A propósito de Isabella Cosse, **Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, 264 pp.

La tapa del libro de Isabella Cosse debería advertirnos, no estarán dedicadas sus páginas a la revolución del amor libre, las experiencias comunitarias, las consecuencias libertarias de la píldora o las innovaciones de las vanguardias. Tal vez, en ese caso, la portada hubiera sido roja y, en cambio, tenemos un libro rosa salmón con la fotografía de una pareja sentada en el piso a la altura de un hijo pequeño; él, moderadamente pelilargo, ella con zapatos masculinos. Los cambios entre la escenografía de la vieja foto familiar y esta nueva imagen tomada de una revista de la época son parte de una excelente indagación con la que Cosse escribió una tesis y obtuvo el doctorado en la Universidad de San Andrés. En apenas 200 páginas, la autora —investigadora del CONICET y docente de posgrado de varias instituciones académicas locales— reformuló su tesis y logró, en un mismo movimiento para cada capítulo, una exposición muy ordenada que comienza en los años cincuenta, se detiene en los sesenta y remata con algunos apuntes de los tempranos setenta. Las problemáticas que aborda en cinco capítulos incluyen: las pautas del cortejo y el noviazgo, la sexualidad con su doble moral, la crisis del modelo conyugal y sus profundas continuidades, y la crianza de los hijos con notables variaciones en los modos de ser madres y padres.

La de los años sesenta es una década que casi inevitablemente reclama para sí una caracterización revolucionaria. Cosse no evita ese mandato, pero le agrega al proceso que estudia un adjetivo muy acertado: se trata de «una revolución *discreta* en Buenos Aires»; y no por discreta debe entenderse leve sino, al contrario, la autora remarca la intensa y definitiva transfor-



mación de las parejas, la sexualidad y la familia durante los años sesenta. El término es un productivo hallazgo porque contiene a la vez la idea de la discontinuidad y de la moderación. Así, si bien los sesenta suponen una alteración considerable respecto al pasado, no resultan una irrupción inexplicable, sino que sus movimientos entroncan y resisten las normas hegemónicas de las décadas precedentes. Las imágenes que mejor ilustran esta revolución discreta no serán ya rupturas, quiebres estructurales o cambios catastróficos sino, en palabras que la misma autora busca para definirlos: fisuras, flexibilidad, reactualización, amalgama, ambigüedad, convivencia de patrones, coexistencia de pautas ordenadoras, etc.

Cosse extiende la moderación a su misma indagación porque, en lugar de tentarse con falsas universalidades, explícita que su alcance se limita a la clase media en ascenso de Buenos Aires, y no aborda particularidades regionales ni especificidades de clase (en donde surgen otras innovaciones y se arrastran otras costumbres). Tampoco revisa con exhaustividad lo que ocurre en ámbitos más específicos como las organizaciones armadas y las vanguardias. Es en el corazón mismo de las relaciones familiares hegemónicas —cuyo modelo está basado en la pauta nuclear, la reducción del número de hijos, la intensidad afectiva y la división entre la mujer ama de casa y el varón proveedor— donde la historiadora identifica múltiples fisuras que fueron afectando las bases de ese modelo a partir de nuevos patrones, los cuales mantendrán ciertas continuidades con aquellos que apenas unos años atrás habían organizado el amor de los padres. Esa elección se corresponde con los materiales que sostienen la investigación ya que su objetivo, aclara, es indagar las audiencias y, por tanto, elige programas de televisión y de radio, algunas películas y, sobre todo, revistas. Ese material riquísimo y heterogéneo se complementa con unas treinta entrevistas y con algunos manuales de sexología, leyes, estadísticas, ensayos y memorias. A pesar de que, sobre ellos, la autora evita la descripción llana y propone lecturas perspicaces, resultan algo aplanados en una interpretación que no atiende a sus particularidades de género y de soporte. Y quizás no pueda hacerlo atenta a otros objetivos no menos dificultosos como ponerlas en diálogo y lograr que superen la mera ilustración de una época.

Cosse señala que no ha sido ésta una de las problemáticas más transitadas por la historiografía local, sin embargo, la continuidad tam-

bién es una dimensión con la que piensa su propio trabajo. A diferencia de otras investigaciones en las que la tradición feminista se ignora o se descarta, indica con justicia que este tipo de objeto — vida cotidiana, sexualidad, etc. — ha sido una preocupación política y académica de los feminismos precedentes. Del mismo modo, la autora se inscribe en una línea que incluye los estudios de género y la nueva historiografía de la familia. En esa dirección, sería deseable que las lecturas de su libro reparen en que no sólo da cuenta de una problemática particular, sino que busca demostrar que la subjetividad y el género no son accesorios, anecdóticos o marginales, sino dimensiones fundamentales para la historia de cualquier período.

Para los años de la dictadura —que Cosse elige como límite de su indagación— existe claramente otro modelo para la pareja, la sexualidad y la familia en el que se ha discutido, especialmente, el estilo doméstico del matrimonio, pero en el que se reafirmó el mandato de la unión estable y monogámica. Lidiamos todavía con aquellos mandatos porque no por ser discreta a esta revolución le deja de cuadrar la pregunta incómoda: ¿cuándo termina una revolución? La autora no propone una lectura presente, pero se impone, y lo demuestra la reciente sanción del matrimonio igualitario. Mientras el matrimonio civil decae en las estadísticas, oportuna y estratégicamente otros grupos pugnarán (y lograron) incluirse en ese modelo. Nuevamente la monogamia y la estabilidad como marco para la crianza de los hijos dominaron, al menos, los discursos de mayor aceptación, pese a la enorme transformación que supone discutir el mandato heterosexual de la familia (que, por otro lado, resistió incólume el embate de los sesenta).

Por último, es necesario avisar al lector que otro efecto del libro es la nostalgia: se hace casi imposible recorrerlo sin el asalto de las anécdotas más queribles del relato familiar. Así, me recuerdo como la escolta involuntaria del noviazgo de mi prima, ya que se veían obligados a conversar en el living de la abuela ante mi presencia. En ese entonces yo no comprendía del todo por qué al final de la visita les llevaba tanto tiempo despedirse en la puerta y, aunque lo entendí muy poco después, ahora Cosse me asiste: en cada larga despedida Adriana y Rubén estaban derritiendo los más sólidos mandatos del amor.

Laura Fernández Cordero
(CONICET-UBA-CeDInCI)

A propósito de Alicia Servetto, 73-76. El gobierno peronista contra las «provincias montoneras», Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, 288 pp.

73-76. El gobierno peronista contra las «provincias montoneras» de Alicia Servetto trata centralmente del ciclo de intervenciones provinciales decididas entre noviembre de 1973 y noviembre de 1974, bajo los gobiernos del general Juan Domingo Perón y de Isabel Martínez de Perón. Una de sus virtudes radica en haber puesto el foco en la especificidad de los escenarios provinciales, en el contexto de la dinámica altamente conflictiva del «tercer peronismo» a nivel nacional. Por otra parte, y éste es un interés central de la autora, se muestra cómo, inmersas en un feroz antagonismo, las fracciones partidarias saltan por sobre cualquier regla de convivencia política y llevan sus disputas al plano estatal, deteriorándolo. En tercer lugar, se hace posible observar que la erosión de la autoridad de los gobernadores se vio facilitada, y fue posible, por la acción —o la inacción, según los casos— del gobierno y de los líderes partidarios nacionales. Finalmente, en relación con lo anterior, el trabajo deja ver el contraste entre la capacidad movilizadora demostrada por la «Tendencia Revolucionaria» en el período previo a las elecciones y la posterior debilidad de su inserción institucional. En tal sentido, la autora muestra cómo en el fracturado peronismo de los setenta, la potencia del «centro carismático» fue empujando la resolución de los conflictos en dirección a un progresivo desplazamiento de la «izquierda» hacia el lugar de lo ideológicamente «extraño».

La autora ofrece una muy detallada descripción de cinco escenarios políticos provinciales en los que la «Tendencia Revolucionaria» del Peronismo había logrado una visible —aunque desapareja— presencia en la determinación de las candidaturas que se presentarían en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Además de presentar los rasgos más salientes de la estructura socio-económica de esas provincias, informa acerca de las principales fuerzas sociales, de sus demandas y de expresiones corporativas; pero sobre todo, expone las características propias de cada tradición política provincial y de las tramas organizativas en las que se apoyan. Naturalmente, con especial atención en la activada vida interna del peronismo en vísperas del proceso electoral.

En todos los casos, es posible ver que la nominación de los candidatos dio lugar a duras disputas entre fuerzas que, en términos generales, pueden ser ubicadas como «izquierda» y «derecha» del peronismo, sin olvidar que cada una de

ellas contaba con simpatías y apoyos —o enemistades— fuera del estricto ámbito partidario del peronismo. De acuerdo con el relato, en Formosa, Salta, Santa Cruz y Mendoza, la «Tendencia» logró que un dirigente cercano a ella fuera consagrado candidato a gobernador, aunque aceptando que la nominación del vicegobernador proviniera de sectores sindicales y de «derecha». Únicamente en Córdoba se dio el caso de que ambos miembros de la fórmula contaron con las simpatías de la «izquierda».

Si bien en las cinco provincias el peronismo ganó con un importante caudal electoral, las fórmulas consagradas cargaban, a nivel partidario, con una debilidad: habían resultado de precarios acuerdos internos, y las fracciones que habían resultado minoritarias —y se consideraban guardianas de la «ortodoxia»— no se mostraban dispuestas a permanecer en esa situación. De modo que rápidamente, sobre todo cuando a nivel nacional las relaciones de fuerza comenzaron a variar desfavoreciendo a la «Tendencia» —a partir del desplazamiento del Presidente Cámpora—, esos grupos se lanzaron a una feroz ofensiva que, en todos los casos, culminó con la destitución de los gobernadores. Formosa y Córdoba fueron las primeras provincias en ser intervenidas por el gobierno central, en ambos casos mientras ejercía la presidencia el general Perón; las restantes corrieron el mismo destino durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón.

El capítulo 1 («Apertura política y transición electoral en una Argentina conflictiva: los escenarios provinciales, 1971-1973»), que da un primer marco conceptual a la investigación, apela a interpretaciones que han destacado la «bifrontalidad» del peronismo y su peculiar estilo para dirimir conflictos internos, trasladándolos al estado. Observado que en las provincias en cuestión, y en la coyuntura de 1973, ese rasgo habría provocado una fuerte «tensión entre dos formas de legitimidad»: una basada en los mecanismos constitucionales/electorales, y otra sustentada en el ejercicio de un poder extra institucional, ligado a la movilización, la presión corporativa y la violencia política.

En realidad, según la autora, todo el período de «transición a la democracia» (1971-1973) habría estado marcado por una «debilidad institucional» originada en el hecho de que los actores políticos, más que como fervorosos adherentes a los valores democráticos, habrían actuado movidos por una visión «instrumental» de la democracia: cada uno habría elaborado «su propia fórmula democrática; para algunos una fórmula de consenso y garantías

acordadas entre los principales partidos, para otros simplemente se trataba de conquistar el poder para la transformación revolucionaria». Si bien la cita es suficientemente clara respecto de la responsabilidad adjudicada a quienes buscaban una «transformación revolucionaria», no resulta fácil situar al resto de los actores políticos (¿a quiénes habría que ubicar entre los entusiastas del «consenso»?). Tal vez ocurra que las divisiones del campo político del período 1971-1973 hayan sido más complejas de lo que esa bipartición puede captar: ¿dónde habría que ubicar a la recurrentemente mencionada «derecha político-sindical» del peronismo?, y ¿dónde a quiénes teniendo objetivos «revolucionarios» participaron en gobiernos legítimamente elegidos y violentamente desalojados por quienes no los tenían?

A partir del capítulo 2 y hasta el 6, el texto se interna en los procesos que culminaron en las intervenciones producidas por el gobierno nacional entre noviembre de 1973 y noviembre de 1974. La autora compone el cuadro de las disputas intrapartidarias mostrando, sobre todo, el grado de fragmentación previa de esos peronismos provinciales, cruzados por múltiples enfrentamientos que no sólo ni siempre respondían al eje «izquierda-derecha». En cuatro de los casos estudiados —Formosa, Mendoza, Santa Cruz y Salta—, en el proceso electoral interno, el compromiso entre fracciones dio lugar a lo que podría denominarse como una «fórmula dividida» (gobernador apoyado por la «izquierda», y vice sostenido por la «derecha sindical y política»), anticipo de un futuro ejecutivo escindido e imposibilitado de alcanzar algún grado de estabilidad y eficacia en la gestión.

A la inversa, en Córdoba, la fórmula Ricardo Obregón Cano-Atilio López lucía políticamente coherente: surgida de la supremacía de los sectores de «izquierda», no había necesitado recurrir a pactos con los grupos «ortodoxos» y, además, logró sortear las presiones y chantajes que, en nombre de la pureza doctrinaria del peronismo, le dirigían sus adversarios. Sin embargo, fue en Córdoba donde el desalojo de los titulares del ejecutivo provincial se produjo de la manera más brutal, aplicando la técnica del golpe de estado como paso previo a la intervención por parte del ejecutivo nacional.

En todos los casos, los relatos dejan ver cómo, en tales circunstancias, las reglas y los procedimientos resultan irremediabilmente arrasados, y los gobiernos debilitados. Desde el punto de vista analítico-conceptual, en estos capítulos se recurre a un conjunto de categorías habitualmente utilizadas por la ciencia polí-

tica para dar cuenta de la dinámica de los sistemas políticos —y de partidos—, en regímenes liberal-democráticos. De este modo, la caracterización de los procesos y de los gobiernos que fueron intervenidos suele estar formulada en términos de «deslegitimación», lo cual habría sido producto de la «incapacidad» para construir una «coalición dominante estable», o por su escasa o nula «efectividad y eficacia para satisfacer las demandas de la sociedad». Sin desconocer la utilidad analítica de dicho bagaje conceptual, tal vez sea necesario matizar algunas de esas afirmaciones, para lo cual no hay más que recurrir a los relatos ofrecidos por la propia autora. En ellos se muestra a gobiernos provinciales embestidos por quienes, sintiéndose respaldados por autoridades partidarias y nacionales llegaron, en el caso de Córdoba, al desalojo policial del gobernador y el vicegobernador precedido por las palabras de Perón calificando a Córdoba como «foco infeccioso» (palabras similares de un gobernador habían desatado el «Viborazo», en 1971).

Sin embargo, en los capítulos 1 y 8, es la misma autora quien complejiza el análisis cuando al referirse a los «marcos habilitadores de las intervenciones provinciales» las vincula con la «decisión disciplinadora» del Presidente Perón, manifestada en algunos de sus mensajes y en la falta de sostén institucional a los jaqueados gobernadores —y en otros resonantes episodios a nivel nacional. En el mismo sentido actúa el mostrar la presencia de la represión ilegal que, entre otros hechos, produjo el asesinato de Atilio López —ex vicegobernador de Córdoba—, y la «desaparición» del ex gobernador de Salta, Miguel Ragoné.

Finalmente, es casi inevitable pensar que en el cuadro de la embestida del gobierno peronista contra las «provincias montoneras» falte el caso de la provincia de Buenos Aires. Si bien es cierto que esa provincia no fue intervenida, los episodios que llevaron en enero de 1974 a la renuncia del gobernador Bidgain —y a su reemplazo por el vicegobernador Calabró— no parecen diferir sustancialmente de los procesos que este libro analiza.

María Cristina Tortti
(UNLP)

A propósito de Fredric Jameson, **Valences of the Dialectics y otros textos**, London and New Cork, Verso, 2009, 665 pp.

¿Qué providencias debe tomar un crítico marxista inserto en el centro del capitalismo? La



intervención de Fredric Jameson estructura una respuesta productiva a esa pregunta que cimienta su posición entre los intelectuales más importantes de nuestros días. Primer gran pensador de la era de la globalización, une una sorprendente invención teórica a un interés voraz por diferentes asuntos y tradiciones nacionales. De hecho, puede decirse de él que nada cultural le es ajeno. En su extensa obra —una veintena de libros, incluida la reciente publicación de la compilación de ensayos **Valences of the Dialectics**— coexisten la formulación de nuevas categorías para actualizar la vocación del marxismo por ser la filosofía del presente, con estudios de las formas de arte de nuestros días, de la arquitectura posmoderna a la producción de videos, pasando por el cine de los países periféricos, y, también, con estudios sobre la gran tradición realista y modernista (e, inclusive, con análisis de época acertados, como, por ejemplo, su caracterización de los años 1960 como «era de la emisión de un exceso de crédito superestructural» que se tradujo en una ilusión de libertad y de posibilidad de cambiar la realidad objetiva del momento, luego cercenada por la dureza de un sistema en expansión en todo el globo); o, también, su caracterización precisa de los parámetros del presente en el que es tal vez su libro más influyente, **Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío**, complementada con la apreciación cáustica de lo que nos pueden ofrecer los tiempos neoliberales en **A Singular Modernity**.

Esa variedad justifica que algunos de los estudiosos de su obra —hoy hay al menos una docena de libros y más de una centena de artículos dedicados a analizarla— propongan considerarlo, como hace Michael Denning, no simplemente como un gran autor más de nuestra Era de la Teoría, sino como un nuevo campo cultural. En la misma línea, Ian Buchanan sostiene que para no subutilizar el potencial de su legado, debe ser leído «dogmáticamente, como el fundador de un discurso (para usar la descripción de Michel Foucault de las obras de Freud, Marx y Nietzsche) o sea, alguien cuyo pensamiento nos llega en forma de un sistema en el que podemos situarnos y utilizar para propósitos propios». No me opongo a esas visiones, pero creo que puede resultar más esclarecedor pensar la obra de Jameson como un ejemplo de la capacidad de la tradición de la crítica cultural materialista de producir un pensador que puede retratar y trascender los límites de la situación que lo engendra. En ese sentido, su obra representa un marco para quien se interese por una crítica cultural cuya propuesta es comprender el funcionamiento de la vida social explotando el potencial cognitivo

de sus formas de producción simbólicas. Para ese tipo de crítica, la cuestión continúa siendo la de entender para modificar, uniendo la tarea de la filosofía —y hoy de la teoría— de explicar el mundo con la cada vez más urgente tarea social de contribuir a cambiarlo.

Como buen crítico dialéctico, Jameson sabe que para constituir ese marco tiene que dar cuenta del lugar y de la hora histórica en que está situado. Nacido en 1934, se formó en literatura en la Universidad de Yale en plena Guerra Fría, un momento particularmente hostil al pensamiento libre en los Estados Unidos. Como se sabe, uno de los muchos efectos perniciosos de la persecución sistemática a cualquier forma de disidencia que acompañó la consolidación de los Estados Unidos como poder hegemónico mundial fue el declive de una floreciente tradición cultural de izquierda y la creación de una atmósfera intelectual opuesta a cualquier tipo de crítica antisistémica, sindicada de inmediato como antiamericana. En esa situación, Jameson tuvo que crear las condiciones para construir un proyecto que diese cuenta de las cuestiones impuestas a un crítico consecuente por los tiempos áridos del capitalismo globalizado.

El primer gran paso en esa dirección fue establecer las conexiones entre ese proyecto intelectual y el pensamiento europeo que lo tornaba posible: su tesis de doctorado, publicada en 1961, aborda las formas del compromiso a través de un estudio del fundamento ideológico del estilo de Sartre. Su segundo libro, **Marxism and Form** (1971), presenta estudios iluminadores de la gran tradición de lo que por convención se llama Marxismo Occidental, representada en las obras fundamentales de Georg Lukács, Theodor Adorno, Walter Benjamin, Herbert Marcuse, Ernst Bloch y del propio Sartre. El proyecto de Jameson va a dar continuidad a las realizaciones de la teoría crítica y a actualizar sus resultados más productivos. Gran lector de Hegel, sabe que un asunto no se agota en sus conclusiones, sino en su elaboración. Uno de los objetivos del libro es traer la buena nueva de la dialéctica para el centro irradiador de la ideología liberal, para un público lector embebido de positivismo, empirismo y de pragmatismo, donde la claridad es la regla que simplifica el raciocinio y oscurece las conexiones entre arte y sociedad, crítica y conocimiento, historia y conciencia. A contramano de la fragmentación vigente, Jameson va a reafirmar allí los grandes temas de la dialéctica: la cuestión de la totalidad, la interacción entre sujeto y objeto, la relación de la parte con el todo, de lo concreto con lo abstracto, de lo

intrínseco con lo extrínseco, de lo existencial y de lo histórico. Se trata de retomar y avanzar en los grandes frentes abiertos por la tradición. Reaparecen en su obra la fascinación de un Lukács por la periodización histórica y por la forma narrativa —para Jameson, narrar es el gran ejemplo de la dialéctica en funcionamiento—; la noción de Benjamin del arte como alegoría que deja leer lo que la historia oficial oculta; el gusto de Marcuse por la crítica de la sociedad de la tecnología y el consumo; así como, para usar las palabras de Perry Anderson, «la fluidez excepcional de un Sartre» para describir el mundo degradado creado por la preponderancia incontestada de las mercancías; y, también, la recuperación tomada de Bloch, figura cuya influencia en su obra aumenta progresivamente, del valor heurístico de los sueños y esperanzas arraigados en objetos y obras de arte, que será trabajo de la crítica desentrañar. De Adorno, sobre quien Jameson escribió un libro de gran interés, hereda la marca de la ambición por mantener constante el trabajo de negar las limitaciones de lo que existe y pagar el precio de osar llevar el pensamiento más allá de sí mismo. En la estela de Adorno, sabe que la representación de la totalidad exige que se construya un idioma a contrapelo de las tendencias particularizantes del pensamiento hegemónico según el cual cada acontecimiento es único, desgarrado de determinaciones.

Este es el fundamento histórico y político del estilo de Jameson. Mucho ya se escribió sobre la sintaxis presuntamente abstrusa que hila sus sentencias, que buscan desempeñar la difícil tarea de coaligar rigor estructural, crítica inmanente y pronóstico histórico. Para su colega británico Terry Eagleton, consiguió forjar un modo de escribir único, que evita tanto la transparencia anémica del estilo anglosajón, como las oscuridades muchas veces intratables del estilo europeo, estructurando una prosa a un tiempo densa y lúcida. Para Perry Anderson, autor del mejor libro sobre Jameson, su escritura «eclosionó como una serie de fuegos de artificio en la noche sombría del posmodernismo, transformando sus sombras y opacidades en un *tableau* revelador». Pienso que, siguiendo la explicación del propio Jameson, se trata de una adecuación estética de la forma a un contenido que la demanda: como el pensamiento dialéctico es de hecho un pensamiento sobre cómo se piensa, «un pensamiento de segundo grado, que se inclina sobre un determinado objeto y al mismo tiempo retiene la percepción de sus propias operaciones intelectuales», es preciso traer esa autoconciencia inscrita en la propia prosa. De ese modo, la complejidad de la escri-

tura es un acto de intransigencia frente a la simplificación escondida en los ideales de claridad y fluidez que son enseñados como normas en las escuelas de Letras y en las redacciones de los periódicos. La verdad de las relaciones sociales y sobre cómo la cultura les da forma no está ciertamente en la superficie de la vida cotidiana, en una sociedad como la nuestra donde la ocultación es esencial para el buen funcionamiento del sistema. Si el capitalismo siempre buscó esconder la porción de explotación e inequidad necesaria para la reproducción del mundo bajo la égida de la forma mercancía, la ofuscación no puede sino acentuarse en nuestra era «posindustrial», que encubre la lucha de clases bajo la saturación de los medios, y la fragmentación del sujeto bajo los placeres serializados del consumo. Jameson contrapone, a la inmediatez de la aprehensión plana de las imágenes, el esfuerzo y el tiempo necesarios para la reflexión, para el desmonte del sentido común, y para la posibilidad de ir más allá de lo dado.

El lector que se permite llegar por el ritmo desconcertante de sus párrafos puede obtener, además de un saludable ejercicio mental, una nueva perspectiva para pensar los principales ítems en la agenda de discusión intelectual del momento: casi todos ellos son objeto de la reflexión iluminadora de Jameson. De hecho, su carrera puede ser vista como una sucesión de intervenciones fulminantes en los debates más candentes de la época. Su primer gran entreevo fue con las concepciones vigentes de lo que se acordó en llamar, en literatura, «crisis de la interpretación». La moda en 1981, año de la publicación de **The Political Unconscious**, ya era decididamente la que iría a imperar hasta nuestros días, la de la textualización de la literatura: los textos serían un objeto más en el abominable nuevo mundo de la cosificación. La especificidad de la literatura se agotaría en ser un artefacto verbal, con poca o ninguna relación con el contexto sociohistórico que la forma e informa. Esa concepción florece a modo de epidemia en la academia norteamericana en la que la Nueva Crítica, desde fines de los años 1950, enseña a todos a pensar el texto literario en sí mismo, clausurando sus relaciones con la historia y con la vida social. A partir de los años 1970, el predominio de la visión aislada de los textos se sofisticó: el padre de la deconstrucción, Jacques Derrida, dio en 1966 una conferencia en la universidad Johns Hopkins en la que denunció lo que denominó «sueño de descifrar la verdad» y los límites de la razón dualista, dando así inicio a la avalancha posestructuralista. El objetivo del análisis literario, bajo esa perspectiva,

pasó a ser el de desmontar las oposiciones binarias que construían la racionalidad del texto literario. La tarea principal de la crítica sería así la de problematizar el uso del lenguaje en el texto, y afirmar la imposibilidad de cualquier afirmación o toma de posición. Todo el movimiento puede resumirse en el título del influyente ensayo de la crítica neoyorquina Susan Sontag: «Contra la Interpretación».

El libro de Jameson vino a invertir esa dirección. En un contexto en el que se ha vuelto habitual señalar que no se puede decidir sobre el sentido, afirma de modo convincente que no hay nada que no sea histórico y social, y por lo tanto inteligible para quienes buscan sus determinaciones. La propia discusión sobre la posibilidad de la interpretación es síntoma y refuerzo del proceso acelerado de alienación de la vida social bajo el capitalismo tardío: cuanto más abstractas aparecen sus estructuras y más disfrazada la realidad del trabajo y de la explotación, más se habla de la imposibilidad de entender ese mundo; cuanto más se da la separación entre la sociedad y el individuo, más éste se percibe como un mero engranaje en el proceso social y menos como alguien que puede interferir en ese proceso. Los que debieran pensar ese momento, se enredan en infinitas discusiones sobre usos del lenguaje y cuestiones de método. En tiempos de desvanecimiento del sentido del desarrollo histórico, subsumido en el eterno presente del consumo, Jameson muestra que la historia es lo que «hiere, lo que rechaza el deseo, lo que pone límites inexorables a la práctica individual y a la colectiva». Por más de que los críticos se esfuerzan por olvidarla o reprimirla, transformándola, por ejemplo, en solamente un texto más, o decretando, como Fukuyama, su fin, podemos tener certeza de que sus necesidades alienantes no se van a olvidar de nosotros.

La propia narrativa, lejos de ser un juego aleatorio de significantes, es un acto social simbólico que busca resolver de forma imaginaria, pero no por eso menos significativa, los conflictos reales de la sociedad. La historia de la novela realista, trazada en el libro a través del examen de la obra de Balzac, George Gissing y Joseph Conrad, es también la historia de la formación de la subjetividad burguesa. Jameson analiza la conciencia relativamente unificada, autoconfiada y centrada de las primeras obras de Balzac, y muestra cómo esa conciencia se transforma en el principio estructural de la novela, el género literario que va a articular y moldear esa subjetividad. La obra de Gissing es vista como el momento del desencanto con la

instrumentalización y fragmentación de esa sociedad. La crisis alcanza un nuevo punto de intensidad en el siglo veinte, con la expansión del imperialismo y la aceleración de la mercantilización; la novela se refugia en una intensificación del yo, marca del modernismo, que funciona como una compensación utópica ante el declive del sujeto en la sociedad real. El movimiento de lectura política abogado por Jameson restaura la riqueza de significados de la producción estética, que es a un tiempo un complejo de aspiraciones y deseos y, también, un registro de las limitaciones de la historia y de la ideología. Interpretar un texto literario equivale a liberar su inconsciente político.

La siguiente gran batalla fue, para Jameson, la del carácter del presente. Caído el Muro de Berlín y concluido el ciclo histórico de los dos mundos, el lado vencedor comienza a discutir el carácter de la nueva sociedad. El foco del debate intelectual se desplaza de las cuestiones económicas —desde la óptica de los intelectuales orgánicos del sistema parece indiscutible que el capitalismo es el estado natural de la humanidad— y de las cuestiones políticas —de nuevo, la democracia al servicio del mercado parece vivir su reinado supremo. La atención de los ideólogos se vuelca entonces a la cultura, esfera de creación de significados y valores que ordenan un modo de vida que es preciso adecuar a las necesidades del consumo. En un mundo globalizado, las diferentes culturas operan todavía como el residuo de cierta heterogeneidad que es preciso estandarizar y poner al servicio del mercado. Mientras los analistas de coyuntura alineados proclaman, como el especialista del Pentágono y profesor de Harvard Samuel Huntington, que la cuestión central del siglo XXI será el choque de civilizaciones —a ser presumiblemente evitado por la supremacía de una de esas civilizaciones erigida como patrón y policía del mundo—, en la esfera de las ciencias humanas todos se complacen en discutir la nueva versión del viejo orden mundial como si ella se redujera a un problema de estilo: todos nos dedicamos a discutir la existencia o no de lo posmoderno y a celebrar las oportunidades abiertas en un mundo donde no habría más centro—excepto el formado por el complejo económico-militar, claro, pero eso pocos lo decían.

La intervención de Jameson presenta un punto de vista que reordena el debate. Muestra que lejos de ser un punto de llegada único e inevitable, el capitalismo contemporáneo corresponde a una etapa más adelantada del viejo sistema. Ernest Mandel ya había dividido en el tiempo esas mutaciones: hubo tres momentos fundamentales del capitalismo, cada uno por-

tador de una expansión dialéctica en relación al anterior. Después de la Revolución Industrial del siglo XVIII, una primer etapa, la del mercado, marcada por la tecnología de los motores a vapor; luego una monopolista o imperialista apoyada en la tecnología de los motores eléctricos o de combustión; y, a mediados del siglo veinte, la etapa multinacional, signada por la producción de motores electrónicos o nucleares y hoy oficialmente conocida como era de la globalización. El paso que da Jameson en **Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío** es demostrar que a cada etapa correspondió un estilo cultural —el realismo, el modernismo y el posmodernismo respectivamente. Pero más importante que esa periodización de estilos, es mostrar que la lógica que aceita el funcionamiento del capital en su fase de expansión máxima, la de la globalización, es cultural. Por ello se quiere decir que cada vez más el sistema, ahora planetario, requiere una sociedad de imágenes volcada al consumo para «resolver» las contradicciones que continúa creando. Si antes la cultura podía ser vista como un espacio de contradicción posible, hoy ella funciona de forma simbiótica con la economía: la producción de mercancías sirve a estilos de vida que son creaciones de la cultura, y hasta inclusive la alta especulación financiera se apoya en argumentos culturales (como el de la «confianza» que se puede tener en ciertas culturas nacionales o los cambios de «humor» que derrumban índices y arrasan economías). La producción cultural también se volvió económica, orientada a la producción de mercancías: basta pensar en las inversiones que funcionan como garantías de interés en películas de Hollywood.

En esta coyuntura, la crítica cultural puede ser un eficiente instrumento de descripción del funcionamiento de la sociedad, y es justamente ése uno de los movimientos centrales del proyecto de Jameson. Sirviéndose de categorías como «mapeo cognitivo», interroga la producción artística contemporánea en busca de indicios para la difícil tarea de mapear las presiones y límites impuestos por la aceleración constante de un sistema que alcanza una extensión que excede la capacidad del individuo de ubicarse y, principalmente, de tomar distancia de lo que es, dificultando y mucho la capacidad crítica. Es en ese sentido que la obra de arte, cuyo material es la experiencia de lo vivido, interviene en la formación de la conciencia. Pero más que eso, retomando a Bloch, Jameson insiste en que la forma artística acaba siempre por buscar figurar el deseo de una experiencia menos espúrea, una conciencia anticipatoria que busca expresar una concepción diferente de la que el orden actual reprime.

Ese trabajo de desentrañamiento de la esperanza, en un mundo signado por la reiteración constante de la inevitabilidad de lo que es, constituye una de las características de la originalidad de Jameson. En su libro **Signatures of the Visible** demuestra cómo, aún en las producciones cinematográficas más comerciales, es posible divisar una dialéctica entre ideología y utopía, entre lo existente y lo aspirado. En la medida en que la falsa conciencia repite la lección de la inevitabilidad del modelo de vida en escena en la actualidad, la tarea de romper con la inexorabilidad de esperar apenas más de lo mismo se torna más urgente. Ese es el sentido de su libro **Archaeologies of the Future**, publicado en 2005. Un estudio de las formas de experimentar futuros alternativos —los libros en la tradición de **Utopía** de Tomás Moro y sus correlatos contemporáneos, las obras de ficción científica—, ese libro es también un llamado a retomar la función utópica de la crítica cultural. Y antes de que alguno de nuestros camaradas más empedernidos se escandalice con el aparente idealismo de tal propuesta, cabe recordar que para Jameson se trata de pensar a la Utopía como una estrategia política de ruptura con las inevitabilidades del presente que amenazan colonizar también el futuro.

Hacer de la crítica cultural una de las formas de la ruptura necesaria respecto de la producción de infelicidad que caracteriza el paisaje devastado de la mismidad globalizada es el gran plano que nos lega este intelectual impar. Claro que él sabe, como insiste en los ensayos sobre la globalización reunidos en Brasil en **A Cultura do Dinheiro**, que todavía no tenemos noticia de ninguna conciencia colectiva capaz de oponerse a la hegemonía del capital mundializado. Pero eso, insistiría Jameson, no es sino una razón adicional para dejar abierta una brecha donde el futuro pueda llegar a luchar para existir.

Maria Elisa Cevasco
(USP)

[Traducción del portugués de Martín Bergel. Revisión técnica de María Elisa Cevasco]

A propósito de Andrés Reggiani (comp.), **Los años sombríos. Francia en la era del fascismo (1934-1944)**, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2010, 224 pp.

A menudo, los historiadores argentinos que se ocupan de acontecimientos sucedidos fue-

ra del país, han tenido que hacer un esfuerzo suplementario para explicar el por qué de sus intereses *foráneos*. La sensación probable que les acomete frente al resto de sus colegas podría compararse, exagerando algo, con la de algún director de cine nativo que decidiera filmar, por ejemplo, «una de romanos». El pedido de *justificar* la decisión de dedicarse a esos temas —al menos desde afuera— pareciera imponerse con mucha más fuerza al *européista* argentino (nótese lo todavía extraña que suena esa combinación de palabras) que quiere analizar el siglo veinte, que al estudioso local que se adentra en los archivos del virreinato del Río de La Plata. La distancia geográfica pareciera ser menos digerible, en ocasiones, que la temporal.

Afortunadamente, como señala Natalio Botana, prologuista de este libro que reseñamos, Andrés Reggiani optó por romper una vía generalmente única de construcción de conocimientos (la de estudiosos europeos que indagaban sobre nuestro pasado), para emprender la tarea de compilar y publicar en nuestro país, un libro sobre historia *francesa*, en uno de sus períodos más controvertidos: el de la Ocupación alemana y la instauración del llamado régimen de Vichy. Para demostrar la dificultad de la empresa abordada, podemos señalar que, sin contar al prologuista, Reggiani es el único argentino en la lista de autores del volumen, teniendo que recurrir el compilador, a la voz acreditada de tres historiadores franceses y dos autores norteamericanos (surgidos de una tradición sí habituada a extenderse en sus investigaciones, más allá de sus fronteras nacionales).

Frente a la posible pregunta, las respuestas y razones que se aducen para realizar la iniciativa editorial no surgen tanto de la *utilidad* comparativa con nuestro país (aunque sea mencionada por el prologuista y por más que el compilador reconozca, que el tema plantea la existencia de una *opinión* que «como también ocurre en nuestro país, parece asignar igual credibilidad a todo cuanto se dice y publica como un tema de 'interés general'»; sino que se relacionan, más profundamente, con planteos historiográficos y sociales propios de la historia francesa y europea, inscriptos en el amplio debate acerca del desarrollo y las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

En ese sentido, desde el libro se problematiza sobre ciertos aspectos de la experiencia de Segunda Guerra que han supuesto una marcada dificultad en ser asimilados a la imagen que los franceses se habían construido sobre

ellos mismos como colectivo nacional. Esta mirada que indaga en el proceso de construcción de identidades y mitos nacionales y al lugar que el pasado ocupa en él, no sólo como creador, sino también como posible cuestionador, resulta particularmente interesante a la reflexión histórica en general.

Luego del prólogo (al que preceden un glosario de nombres y términos, una cronología del período y dos mapas de ubicación), el libro se nos presenta dividido en dos partes: «Historia» y «Memoria». La primera se abre con una introducción historiográfica de Reggiani, «Vichy y los historiadores», que de manera muy clara y pertinente, se encarga de trazar los principales acontecimientos en la historia francesa de entreguerras; de enmarcar los debates circulantes que se han presentado sobre esos años y de enumerar y poner en perspectiva crítica, las *oleadas* historiográficas que, desde el fin de la Segunda Guerra, se sucedieron y confrontaron para analizar el período.

En el capítulo mencionado, el autor resalta la discusión existente y recurrente que se ha manifestado entre los historiadores, con respecto de la «inmunidad» o «alergia» francesa al fascismo en los años treinta. Pareciera ser, en efecto, que de ello dependiera, en parte, la capacidad de entender la *normalidad* o no, de los *años sombríos*. Podemos apreciar, en ese sentido, que el mantenimiento de la denominación del período de manera *negativa* y traumática que se comparte con la mirada inicial de los primeros testimonios (los años *negros* de Jean Guéhenno) ya predisponen a los historiadores a cierto riesgo teleológico, a girar en torno de un nuevo «huevo de la serpiente». En ese sentido, los capítulos 2, 3 y 4 son los aportes de tres reconocidos especialistas de la historia de entreguerras, Serge Berstein, Michel Winock y Robert Soucy, que buscan indagar sobre los precedentes de Vichy.

El primero de estos autores está interesado en analizar lo que denomina «el enfrentamiento simulacro de los años treinta», que hizo posible, de manera indirecta, los posicionamientos futuros en la época de Vichy, al fomentar la degradación parlamentaria y las críticas al — hasta entonces — consenso republicano. Esta etapa de demanda por acciones radicales, «independientemente de su contenido», generaría un debate político dado en «un ambiente de guerra ideológica alimentada por el antifascismo y el anticomunismo (mucho más que por el fascismo y el comunismo)» y que será considerado algo *artificial* por el autor, frente a las demandas *reales* de los franceses a partir de la crisis. A pesar de ese halo de *irrealidad*, la vio-

lencia discursiva generada en los treinta se transformará en el vector de diferenciación política posterior, ante la caída de la República y la ocupación alemana, adquiriendo caracteres de violencia física concreta, en la cual «los aprendices de brujo del verbo-simulacro se convertirán en los actores de una guerra civil real».

Bajo las coordenadas establecidas por Berstein, parecen disputarse los sentidos acerca de la *verdadera* implantación de la ideología fascista en Francia. Es en torno de la agrupación *Croix de Feu*, liderada por el coronel La Rocque, donde se centra el nudo del debate, ya que al ser ésta reconocida como una fuerza política de masas, su definición como fascista, refutaría la idea de la «inmunidad» francesa al fascismo. Como vemos, el debate no carece de presupuestos, que son los que tienden a menudo a esquematizar en cierta medida la discusión entre los *bandos* historiográficos representados por Michel Winock y Robert Soucy en esta compilación. Podría pensarse incluso, que de no existir tal *clivage*, ambos historiadores acordarían en gran parte de los puntos ya construidos por la investigación histórica, acerca de la *Croix de Feu*. Sin embargo, como suele suceder en otros ámbitos geográficos, la fuerza *perturbadora* de cómo definir el fascismo, afecta fuertemente la manera en que se leen y se interpretan los diferentes documentos, y tiende a que el debate se acorrale entre los «sí» y los «no» de una posición previa.

En la segunda parte, dedicada a los procesos de memoria sobre el suceso referido, pueden leerse los aportes de dos de los principales conocedores de la temática: Robert Paxton y Henri Rousso. En el primer caso, se trata de la traducción de una conferencia dada por el historiador estadounidense en la Universidad Di Tella en 2007. En ella, Paxton analizó el juicio a Maurice Papon, acusado por sus acciones como Secretario del Prefecto con sede en Burdeos, relacionadas con el arresto y deportación de 1560 judíos desde esa ciudad a Drancy, para luego ser enviados a los campos de exterminio. Paxton analiza el juicio, teniendo muy en cuenta su propia participación como *perito histórico* o «experto» en el mismo, y enmarcando dicho acontecimiento, a la vez, en el proceso de judicialización de Vichy, comenzado, congelado y reactivado numerosas veces desde el origen mismo de la Cuarta República. Luego de analizar las múltiples complejidades de este proceso (particularmente interesante resulta la *tensión* operada al interior de la dirigencia de postguerra por la creciente importancia dada —al pasar los años— a los crímenes contra la población judía frente al inicial interés por condenar la represión a los *resis-*

tes), Paxton recuperará en el apartado final (titulado «El historiador y el juez», como inversión del nombre del libro de Ginzburg), el lugar que los *profesionales del pasado* podemos ocupar frente a la sociedad, demostrando que — a diferencia del juicio fulminante — nuestra actividad esta «orientada a demostrar y explicar procesos humanos, y a considerar opciones y posibilidades».

En el segundo aporte, también es destacable el componente autobiográfico, ya que Rousso analiza —en paralelo— la mirada que la sociedad francesa fue reformulando acerca del período de Vichy desde la década del 1960, con su propio derrotero de investigación. En ese sentido, la narración acerca de la realización de su libro **Le syndrome de Vichy**, nos muestra las dificultades que algunos investigadores tuvieron que afrontar en el proceso de constitución de un campo de historia del tiempo presente y de investigaciones sobre la memoria. Sin embargo, también resulta interesante analizar los problemas que aparejaría (a los propios autores) una recepción posterior y excesivamente laudatoria de su trabajo pionero. De allí, el intento de Rousso, de escribir (junto a Eric Conan), otro libro llamado **Vichy, un passé qui ne passe pas**, como intento de «recuperar cierta libertad de palabra y pensamiento y, con ello, romper la imagen del historiador titular —e históricamente ‘correcto’— de la memoria de Vichy». Esta nueva vuelta sobre antiguas inquietudes demostró ser efectiva, al volver a despertar polémicas en el ámbito cultural francés.

De esta manera, y con esa última contribución, llegamos al final del libro; agradeciendo al compilador, el esfuerzo por acercar en nuestro país, y mediar con su contribución, una versión actualizada de un debate de no tan accesible difusión, pero de particular interés para quienes investigamos el siglo veinte. Como en el caso de los *spaghetti western*, una mirada a los *universales*, desde lugares *periféricos*, puede ser altamente gratificante.

Andrés Bisso
(UNLP-CeDInCI)

A propósito de José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2009, 439 pp.

Las antologías son especialmente propicias a esa diversidad de lecturas y significaciones a las que se presta cualquier texto; tienen, en



principio, la forma misma de la inconstancia, de la pluralidad de entradas y salidas, de la apertura de desvíos, atajos, demoras y reinicios. Así, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual** podría ser leído (al menos y también a la vez) como un homenaje a uno de los más destacados intelectuales argentinos de izquierda, como un paseo por la trayectoria intelectual de José Szabón (1937-2008), como ejemplo —claro— de los desarrollos en el campo de estudios de la historia intelectual, y como una expresión también de las tensiones del pasaje de la modernidad a la posmodernidad.

Publicado póstumamente en la colección Intersecciones que dirige Carlos Altamirano para la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes (donde apareció también otra compilación de sus trabajos, **Historia y representación**, en 2002), **Nietzsche en Francia** está compuesto por una selección —preparada por el mismo Szabón— de dieciséis de sus principales artículos de historia intelectual, editados originalmente en libros y revistas de Argentina y Venezuela entre 1971 y 2005, muchos de ellos de difícil acceso hasta ahora. Pero reúne también las características vocaciones de José Szabón, como docente, editor e investigador erudito y riguroso, y permite reconocer múltiples situaciones de su itinerario intelectual: el estudiante marcado por el marxismo sartreano y lukacsiano o el joven lector de **Les Temps Modernes**; el receptor del estructuralismo, el traductor de Saussure, Lévi-Strauss, Sartre, entre otros, o el exiliado que envía sus artículos desde Maracaibo; el filósofo crítico y sugestivo, el ironista, el pensador que busca constantemente las articulaciones con la historia. Y es una muestra de la variedad de sus temas: del estructuralismo a la historia intelectual, pasando por las relaciones entre historia y memoria, la Revolución Francesa, el pensamiento argentino y latinoamericano, siempre desde el marxismo y la Teoría Crítica. Basta remitir, para poner de prisa dos ejemplos paradigmáticos, al ya clásico «Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson» y al artículo «El legado teórico de la Escuela de Frankfurt», donde abre la pregunta sobre aquellas lecciones frankfurtianas todavía vivas, para pensar desde ahí en las áreas en que el legado del pensamiento político de la Escuela de Frankfurt se reveló productivo. En todos estos ensayos está Szabón con sus disgustos y placeres, siempre con la búsqueda de una lectura política.

Ahora bien, como ejercicio de historia intelectual, **Nietzsche en Francia** da cuenta de los

debates y desarrollos en torno a las corrientes renovadoras de la historia de las ideas. La que aparece entonces es una multiforme y plural *intellectual history*, una historia intelectual como historia del sentido; ya no la «biografía de una idea» sino un campo de estudios que, en la actualidad, se dispone a explorar los fenómenos de la significación en la historia, a «identificar la generación y establecimiento de los significados en formas de vida, tramas de interacción y comunidades interpretativas». Están ahí las aplicaciones de estos desarrollos; por ejemplo en el ensayo que abre y da título al volumen, «Aspectos de la recepción temprana de Nietzsche en Francia», donde reconstruye la presencia del pensador alemán y las diversas apropiaciones de su figura en la Francia de fines del siglo XIX y principios del XX, en un movimiento que atiende tanto a los soportes materiales de esa recepción como al análisis de los discursos y las operaciones de lectura: la mediación wagneriana, el influjo de Nietzsche en la vanguardia antidecadente, la vía de Sorel y el sindicalismo revolucionario, y la del nacionalismo integral de Charles Maurras y la *Action française*; un Nietzsche afrancesado en el horizonte omnipresente de la *décadence*.

Puede aventurarse, finalmente, que una de las problemáticas que atraviesa **Nietzsche en Francia** es la de la tensión entre modernidad y posmodernidad, por ejemplo en el pasaje del existencialismo al estructuralismo y postestructuralismo, de la confianza en la soberanía del hombre a su desaparición. Dirigido en la École Normale Supérieure de los años setenta por ese *maître à penser* de la época postsartreana, como él mismo define a Jacques Derrida, apasionado intelectual universal de impronta sartreana e introductor fundamental del estructuralismo, José Szabón no deja de intervenir una vez y otra sobre las posibilidades y los límites de la transición de la modernidad a la posmodernidad. Situados en la bisagra entre dos siglos, esos textos dan testimonio del cambio de hegemonía que supuso, en los años sesenta, la demolición del historicismo, el humanismo y la filosofía de la conciencia. A través de Sartre, blanco y víctima del estructuralismo y una de las seis «Figuras» a las que reserva la última parte del libro —junto a Lévi-Strauss, Mariátegui, Voltaire, E.P. Thompson y De Angelis—, Szabón analiza ese quiebre de época y lo que nos distancia de aquella ambicionada historia total; un desplazamiento que inauguró «una nueva, y desencantada, fase de la historia intelectual». Al interior de ese pasaje, en «Razón y método: del estructuralismo al postestructuralismo» señala que en la segunda mitad de la década de 1960 ya estaban

emplazadas las bases de ese pensamiento caracterizado, entre otras cosas, por la crítica radical de la razón, la ocusión del imperativo de la verdad, el sentido como objeto a disolver: «El supuesto de una vigencia sucesiva y no simultánea del estructuralismo y el postestructuralismo no se sostiene si se toman en cuenta las fechas de aparición de las obras características de la corriente y el modo en que éstas incidieron en la coyuntura cultural». Dos textos fundantes son entonces el capítulo final de **Las palabras y las cosas**, de Foucault, y «La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas», publicado en **La escritura y la diferencia**, de Derrida. Ambos alejados de la afirmación científica del estructuralismo, y también anteriores a los movimientos de 1968, donde se ha tendido a ubicar la línea de corte, contienen ya —afirma Szabón— «una asimilación de los resultados de los métodos estructurales unida a su utilización como materia prima de una elaboración filosófica orientada a un rechazo de la recomposición racional de las ciencias humanas, viciadas —en esta perspectiva— por su dependencia de la representación, de la figura del hombre, de la metafísica del origen, de la clausura del juego de la diferencia».

Todos y cada uno de estos accesos hacen de **Nietzsche en Francia** un texto integrado a las novedades historiográficas de la historia intelectual que convoca a retener, como diría Szabón a propósito de Voltaire, «la inscripción del texto en el mundo y no su fluencia autocontenida», a atender a esas luchas en que se prolonga la presencia de Szabón, «uno de nuestros últimos intelectuales humanistas de erudición universal», según la lograda formulación de Horacio Tarcus en el prólogo. Así leídos, estos ensayos son expresión de una lección que no es sólo teórico-metodológica sino también (y sobre todo) de imaginación histórica: Szabón descifra, esquivo el canon de lectura y se adentra en márgenes desiertos; y en esa tarea construye un lenguaje propio.

Mariana Canavese
(UBA-CONICET)

A propósito de Marina Becerra, **Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique del Valle Iberlucea**, Rosario, Prohistoria ediciones, 2009, 224 pp.

Los trabajos sobre la tradición socialista argentina se han detenido en pocas figuras, princi-

palmente en el «fundador», Juan B. Justo, y en el «heterodoxo», José Ingenieros. El primer mérito del trabajo de Marina Becerra —una versión corregida de su tesis doctoral, defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires— es el de abordar a uno de los más importantes políticos e intelectuales del socialismo argentino, Enrique del Valle Iberlucea, desatendido por la mirada académica y que sólo había recibido la ocasional mirada de la hagiografía partidaria. Y, sin embargo, se trata de «el primer senador socialista de América», de un notorio jurista — en tal condición ocupó numerosas cátedras universitarias y participó de la redacción del proyecto de Código de Trabajo y de algunos de los primeros proyectos en defensa de los derechos de las mujeres—, de un activo promotor cultural, del más notorio de los impulsores de la incorporación del Partido Socialista a la Tercera Internacional, de un inmigrante español que ingresó al Parlamento Nacional para, años después, ser expulsado en una votación escandalosa. Puede aventurarse que si cualquiera de estos rasgos habría hecho a Del Valle Iberlucea merecedor de homenajes y estudios, la combinación de todos ellos parece haber generado incomprensión y olvido.

Para intentar dar cuenta de esta figura multifacética sin reducir las complejidades a la presupuesta continuidad de una «obra», la autora propone un recorrido por cuatro dimensiones del trabajo de Del Valle Iberlucea. En primer lugar, Becerra señala que tanto la lectura que Del Valle Iberlucea hacía de Marx, en la que subrayaba la herencia hegeliana, como su inserción en redes intelectuales internacionales, que le permitían estar al tanto de una profusa bibliografía que ponía en cuestión el «economicismo histórico» y las ideologías simplistas del progreso, lo separaban de Justo, colocándolo en la senda del pensamiento de socialistas como Antonio Labriola. Desde esa perspectiva culturalista de matriz italiana, sostiene la autora, Del Valle Iberlucea produjo una relectura original del vínculo entre el socialismo y las tradiciones populares argentinas lo que, al postular un «núcleo de buen sentido» en «nuestro gaucho», hubiera permitido al Partido Socialista alcanzar un mejor vínculo con ese «otro diferente» que la ofrecida por el iluminismo evolucionista de Justo. Sin embargo, creemos que por momentos Becerra exagera en el argumento: por un lado convierte al español en un gramsciano *avant la lettre* que habría pensado su lugar como «intelectual orgánico» más que como «vanguardia»; por otro, exagera las distancias con un Justo que, lo mismo que el Senador Socialista, rechazaba la alternativa reforma

ción y negaba que el socialismo debiera limitarse a alcanzar mejoras para la clase obrera. En cambio sí es original y sin precedentes en la tradición socialista, como subraya la autora, la lectura que Del Valle Iberlucea hace de la historia jurídica, y el modo en que, remitiendo a las Cortes de Cádiz, entronca las libertades argentinas con una dimensión de la herencia hispánica —la del despertar de las energías latentes de un pueblo resistente— que era negada por los nacionalistas «telúricos» del Centenario, reivindicadores de la herencia de dominación de la España jesuita.

En segundo lugar, Becerra aborda el intenso pero poco estudiado vínculo entre Del Valle Iberlucea y el movimiento feminista argentino. Analiza la tesis doctoral que aquél presentara en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que recomendaba la inclusión del divorcio en el Código Civil y destaca la novedad que representaba, frente a los argumentos de otros intelectuales liberales y reformistas también defensores del divorcio, el argumento en torno a la cuestión del amor, y a la falta de amor como causal legítimo de disolución del vínculo. La autora señala también las tensiones entre la reivindicación universal de la ciudadanía y el reconocimiento de que la ciudadanía igual se concedía a diferentes, sexos, a la vez que argumenta con sutileza que la explicación que el intelectual socialista daba a la resistencia de las propias mujeres a la ley de Divorcio —una deficiente instrucción—, colocaba al Partido Socialista, destinado a la tarea pedagógica, en una posición paternalista. Por otra parte, y luego de rescatar otras iniciativas del Senador socialista en pos de los derechos femeninos —su proyecto proponiendo ampliar la no punibilidad del aborto a causas más allá del riesgo vital de la madre, su proyecto de emancipación civil de la mujer— Becerra subraya la estrechez de la asociación que el español planteaba entre emancipación obrera y femenina, una asociación en la que, a la luz de la «Revolución de Octubre», la primera parecía tener el lugar preponderante.

En tercer lugar, la autora reconstruye el llamativo y rápido recorrido que, en pocos años, llevó a Del Valle Iberlucea de ser el más ferviente partidario de la ruptura de relaciones con Alemania a ser el principal referente de quienes pedían la adhesión del Partido Socialista a la Tercera Internacional. Becerra comienza reconstruyendo la mirada del español sobre la Gran Guerra, señalando que sus palabras debían mucho a la tradición liberal que colocaba el centro de su prédica en la defensa de las libertades nacidas de la Revolución Francesa. La

posición del Senador socialista, explica la autora, era pacifista y de simpatía por el «neutralismo» del presidente norteamericano Wilson, al que diferenciaba del de Yrigoyen, y sería justamente a partir del ingreso de Estados Unidos en la guerra que comenzaría a pronunciarse en favor de la ruptura de relaciones con Alemania. También lo haría la mayoría de los parlamentarios socialistas pero, señala Becerra, mientras Justo fundamentaba tal posición en clave económica, basada en la defensa del libre comercio, Del Valle Iberlucea, oscilando entre lo moral y lo jurídico, apelaba al derecho internacional para abandonar la postura en favor de la neutralidad, lo que lo haría enfrentarse con quienes, reafirmando esa postura, fundarían el Partido Socialista Internacional. Sin embargo, poco tiempo después del Valle Iberlucea coincidiría con estos adversarios en la defensa de la Revolución Rusa. En este punto se extraña un seguimiento más atento de las posiciones del Senador socialista acerca de la situación del socialismo internacional: creemos que ello se debe a que la autora toma como referencia el surgimiento de la corriente «tercerista» en 1920 —que postulaba la adhesión del Partido Socialista a la Tercera Internacional— y a partir de ese punto lee hacia atrás las intervenciones de Del Valle Iberlucea en los años previos. Consideramos que es sólo por ello que se le vuelve enigmático el modo en que el Senador Socialista, como tantos otros socialistas, combina la admiración a Lenin con la continuidad de una política parlamentaria y reformista. La autora señala con acierto que en sus escritos de esos años el español reinterpretó sus textos del pasado para encontrar en ellos una postura revolucionaria y activista, pero, a diferencia de Becerra, creemos que esa «invención de la tradición» se relaciona menos con el intento de construir una mitología fundacional para la Internacional Comunista que con el permanente trabajo de reinterpretación que un intelectual, y sobre todo un intelectual tan atento a la dimensión simbólica de la acción como lo era Del Valle Iberlucea, hacía sobre una tradición que consideraba propia: la socialista. Podemos pensar que esa fue la razón por la que no abandonó las filas partidarias con los «terceristas»: su lectura de la tradición asignaba al Partido Socialista un linaje revolucionario al que no estaba dispuesto a renunciar.

En la cuarta parte del recorrido, Becerra analiza las iniciativas de Del Valle Iberlucea en términos de política cultural. Retomando el argumento de algunos de sus trabajos anteriores, la autora señala los dilemas de un socialismo que postulaba la inclusión en la ciudadanía nacional pero, a la vez, encontraba que el nacionalismo

se constituía en la forma privilegiada de integración. Ante la situación, señala, algunos socialistas buscaron construir espacios educativos propios, fundando «escuelas socialistas» —y luego, cuando se consideró a tal definición como excluyente, escuelas «laicas» o «populares». Sin embargo, casi lamenta la autora, la tendencia hegemónica, liderada por Juan B. Justo, decidió abandonar el sostenimiento de tales iniciativas por considerar, en el espejo francés, que el Estado debía ser el único responsable de la educación. Luego de no pocas tensiones, el Partido Socialista parecía haber adoptado una postura integracionista que lo alejaba no solo de la vía insurreccional sino también de los esfuerzos por construir un embrión de contrasociedad. Al no avanzar en la construcción de espacios en que confluyeran los elementos dispersos de las diferentes tradiciones populares, señala con acento gramsciano Becerra, el Partido Socialista limitaba su voluntad hegemónica a definiciones en términos universales que no cuestionaban, antes bien consolidaban, el discurso democrático liberal encarnado en las políticas estatales.

En conclusión, Becerra propone y lleva a cabo con acierto una tarea necesaria e ineludible: la reconstrucción del pensamiento y la obra de uno de los principales intelectuales y políticos socialistas de la Argentina. Con su libro propone un modelo de abordaje que hace justicia tanto a los matices del pensamiento como a las diferentes arenas de lucha de Del Valle Iberlucea. Pero el aporte de Becerra no concluye aquí: su lectura permite iluminar algunas de las principales limitaciones del socialismo argentino —y en particular de la línea liderada por su líder Juan B. Justo— y, lo que es quizás más significativo, las de una tradición liberal que no sólo renunciaba a hacer avanzar una ley de divorcio que era corolario de la de «Matrimonio Civil» impuesta décadas atrás, sino que, vergüenza mayor, aceptaba el desafuero de un Senador de la Nación por un «delito de opinión».

Ricardo Martínez Mazzola
(CONICET-UBA-UNSAM)

A propósito de Alexandra Pita González, **La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes Intelectuales y revistas culturales en la década de 1920**, México, El Colegio de México, Universidad de Colima, 386 pp.

El libro de Alexandra Pita, producto de una larga y cuidadosa investigación y, a la vez, pro-

ceso de elaboración complejo por la dimensión de su objeto y la hondura de su perspectiva es, para el lector, varios libros al mismo tiempo, pero logra ser finalmente una obra completa, allí su primera virtud: es un libro sobre una revista, un estudio pormenorizado y profundo sobre ella y sobre sus relaciones. Es también el estudio de una organización, la Unión Latino Americana (ULA), de sus vinculaciones y de sus derivaciones en el marco de los debates sobre el imperialismo en los años veinte. Es, asimismo, un libro que recorre analíticamente y aporta nuevas miradas acerca de unas biografías intelectuales decisivas: José Ingenieros (el último Ingenieros) y Alfredo Palacios. Pero también otras que ahora incorporamos al amplio escenario de los intelectuales de entreguerras, ejemplificadas en la de Arturo Orzábal Quintana, la más desarrollada en el texto, a la que acompañan esos casi desconocidos de la gran historiografía: Isidro Odena, Baldrich, Guglielmini, por citar sólo algunos. Pero además, y con todo esto, es un vasto mapa del desarrollo de las ideas que rodearon al complejo mundo de los jóvenes reformistas entre 1918 y 1930. Alexandra logra entonces, en primer lugar, construir un relato con un fuerte basamento biográfico que nos conducirá a través de las páginas hasta unas conclusiones que, situándonos en el terreno de la historia de las ideas, desarrollan con precisión el tránsito americano de los conceptos de *juvenilismo*, *americanismo* y *antiimperialismo*. Es éste un libro que viene, a su vez, precedido por valiosos antecedentes, los propios estudios contemporáneos a la Reforma, o los que más tarde aportaron figuras como Juan Carlos Portantiero, José Aricó y Oscar Terán y los más recientes trabajos de Patricia Funes y de Martín Bergel. Todos estos aportes están incorporados a lo largo del texto.

A juicio de este lector es el primero de la larga serie esbozada más arriba que comienza a armar un mapa confiable, no ya sólo de las ideas, turbulentas, esquivas y muchas veces inclasificables de los reformistas, sino de la acción encarnada de ellas en el escarpado territorio de la política americana. Por eso mismo, Alexandra comienza a trazar unas líneas de trabajo que ahora serán para el investigador, más seguras de transitar. En los últimos años es frecuente hacer referencia a las redes americanas de la Reforma Universitaria y sus publicaciones, y algunos investigadores, entre los que creo encontrarme, las han bosquejado parcialmente. Ahora creo ver que tenemos, en este libro el primer diseño completo de esta trama. O al menos una guía de trabajo sobre cómo reconstruirla y eso no es poco.

Comenzando como la indagación histórica de una concreta creación material como fueron el Boletín **Renovación** y la Unión Latinoamericana y explorando en profundidad aspectos novedosos de la figura de Ingenieros, la autora atraviesa los problemas políticos del continente durante la década del veinte para resituarnos en el final en la consideración de tres aspectos que marcaron el paso de aquella juventud y le dieron el tono a su vida política por aquellos años: el Juvenilismo, el Americanismo y el Antiimperialismo. Al repasar en las páginas del libro de Alexandra Pita la particular posición de Ingenieros con respecto al reformismo que es a la vez una nueva posición con respecto a una nueva trama de ideas, se puede entender esa reacción de rápido interés que Oscar Terán encontró en formaciones intelectuales no tradicionales, como la de la revista **Inicial** y ese mundo particularmente extraño, de alquimia intelectual, que ella plantea. Encontrar ecos de **Renovación** en **Inicial**, es vincular mundos que en una primera lectura se nos presentan incomunicables, pero sin embargo dialogan entre sí, por ese fenómeno de imantación que las diferentes épocas contagian a los hombres que las transitan. José Luis Romero habló de «clima de ideas» y sigue siendo un concepto tan útil como acertado.

La historia que se trama en este libro es así: Los sucesos de 1918 en Córdoba tomaron rápidamente una dimensión espacial que pudo verse en la época como el triunfo de un puñado de ideales juveniles. Pero allí mismo, para sus mismos actores, nació el problema: ¿de qué ideales se trataba? Y sobre todo, ¿qué hacer con ellos? Este libro desarrolla una de las respuestas posibles a esos interrogantes iniciales. El de los maestros y jóvenes reunidos alrededor del Boletín **Renovación** y la Unión Latino Americana.

Los buenos relatos históricos tienen, generalmente, una potente escena fundacional: Alexandra Pita la sitúa en el homenaje a José Vasconcelos durante su visita a la Argentina en 1922, consecuencia de otra escena no menos significativa ocurrida un año antes: el Congreso Internacional de estudiantes en México. Lo que Ingenieros captó bien en 1922, los estudiantes ya lo habían presentado en 1921, claro que con fórmulas que todavía estaban claramente apegadas a aquel clima arielista del 1900. El discurso de Héctor Ripa Alberdi antes sus pares, en ese gran evento, tanto como el del propio Deodoro Roca en ocasiones diversas, derivaba todavía, con pocos puntos de fuga, de aquél que José Enrique Rodó había escrito 20 años atrás. Alexandra piensa y describe la escena reformista de aquí en ade-

lante, cuando ya nuevas ideas y nuevos moldes de expresión comienzan a consolidarse y a hacerse escuchar en las publicaciones del continente. En 1924, Pedro Henríquez Ureña, al sumarse al póstumo homenaje que se le brindaba al malogrado Héctor Ripa Alberdi, describía emocionado el ambiente que se estaba gestando al calor de las nuevas redes de jóvenes intelectuales, devenidas de aquel Congreso del 21: «Y a su patria volvió con sus compañeros para comunicar a todos la fe en el México nuevo. Cuando en 1922 visitamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el 'ambiente mexicano' creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las 'ideas mexicanas'...»

A este ambiente «mexicano» se agregaría, producto de la diáspora provocada por la represión del gobierno de Leguía, el clima «peruano» que daría a La Plata su nota más distintiva. Estos jóvenes peruanos, adherentes en su mayoría a la naciente Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), se vinculan allí con los grupos reformistas ligados a las revistas **Sagitario** y **Valoraciones**, como en Buenos Aires lo harán con **Claridad**, **Inicial** y **Renovación**. En estos laboratorios de la militancia moderna que constituyeron las editoriales y revistas juveniles de los años 20, los exilados latinoamericanos compartirán sus experiencias político-culturales con quienes todavía confiaban en que la República Estudiantil era el núcleo de la Reforma Social. Entre los argentinos que sostenían por entonces esta posición con más fervor se contaban Julio V. González y en cierta medida Carlos Sánchez Viamonte, ambos ligados estrechamente a la revista platense **Sagitario** dirigida por Carlos Américo Amaya. Así es reveladora de esa misión de la juventud el editorial de la revista platense **Sagitario**, que establece las diferencias entre la vieja generación, entregada de lleno al amor de la cultura como «directa consagración del espíritu» individual: «En nuestra América, el gran movimiento de reconstrucción se ha localizado en la Universidad. En 1918 y subsiguientes, la juventud de las aulas, conmovida hasta en su más recóndita fibra por el cataclismo mundial y la revolución rusa, se enroló en la campaña de la Reforma Universitaria. Portadora de un vigoroso germen de renovación social y cultural, está preparando los centros donde se elabora el pensamiento de la comunidad para plasmar la nueva ideología que infiltrará en la conciencia colectiva». **Renovación** y la ULA intentarán buscar y definir, y a su modo, ese espacio imaginado como «comunidad» y «conciencia colectiva» donde hacer de sus ideales realizaciones constatables.

Porque, todo aquello que se venía declamando, debía ser realizado. Lo sabían bien estos jóvenes, que muy pronto serían acusados por otros jóvenes, también universitarios pero de firme militancia partidaria comunista de seguir entendiendo la política como unos extendidos, inacabables «juegos florales». El libro desarrolla a partir de estas escenas, la historia del Boletín **Renovación** y la de la propia ULA, prestando especial atención al establecimiento de lazos generacionales con el sistema de publicaciones de la vanguardia. Unos lazos que en el caso de **Renovación** serán bífidos, por un lado con revistas acaso más tradicionales como la **Revista de Filosofía** y **Nosotros**, y por el otro **Inicial**, **Sagitario**, **Martín Fierro**, exponentes definidos de la renovación estética.

El capítulo siguiente de esta historia refiere a la fundación y organización de la ULA mostrando la productividad de este recién nacido boletín. En efecto, el modelo juvenilista autónomo, propio de estas experiencias, se exacerba. Ya no se trata del viejo mecanismo donde los grupos políticos fundan periódicos o revistas, sino exactamente al revés. Una revista funda un movimiento político. Es más, la ULA nace como propuesta conjunta de varias revistas porteñas: **Nosotros**, **Revista de Filosofía**, **Renovación**, **Valoraciones**, **El Universitario** e **Inicial**, presentándose como una izquierda «renovadora» antes que revolucionaria. Así comienza su construcción continental a través de las redes que primero proveerá el propio Ingenieros y luego intentará consolidar Palacios, cuando éste ya no esté. La táctica privilegiada era, además de la circulación de las publicaciones, la del envío de «misiones», un proceso extendido y utilizado por varias revistas juveniles durante los años 20. **Martín Fierro**, **Inicial** y **Valoraciones** la habían desarrollado con suerte diversa y una orientación, que, además de los fines políticos declamados, no ocultaba acciones más tangibles como la promoción de los fondos de las editoriales vinculadas.

La investigación de Alexandra comienza a brindar aquí uno de los frutos que creemos será más perdurable. Ella devela otros cursos de acción, otras redes que se van superponiendo a ésta e indaga sobre figuras poco o nada transitadas por la historiografía. Nos referimos a la Arturo Orzábal Quintana, y a esa otra asociación nacida de la ULA: La Alianza Continental. Es que aquí, ya acercándonos al 28 (que por muchas razones es una fecha clave en toda esta historia), los vientos de la política mueven y reacomodan todo aquello que los jóvenes del 18 en el fondo creo que consideraban bastante hijo:

unos ideales que irían desenvolviéndose e imponiéndose a través del continente y que por el peso de ellos mismos (y de las multitudes por ellos ilustradas) acabarían con los corruptos gobiernos del continente. Todo, está claro, fue más difícil y para conseguir algo había que plantarse frente a la política con mayúsculas, un final inevitable. La experiencia de la Alianza Continental, sus relaciones con el yrigoyenismo, con los generales Mosconi y Baldrich, es un hallazgo de Alexandra, que, puesto al filo del Manifiesto pro-Yrigoyenista de los jóvenes martinferriistas, nos señala una línea de trabajo posible: aquella que nos habla acerca de las relaciones de los reformistas con la política de los partidos políticos nacionales. Junto a ello, y retomando algo que se tramó desde aquel fundacional discurso del 22, Alexandra nos adentrará en el capítulo VI en torno a las vinculaciones no siempre llanas entre Unionismo, Aprismo y Antiimperialismo, en un época (c. 1925) ya dominada por la multiplicación de diversas ligas antiimperialistas en América y Europa. Relata Alexandra aquí ese capítulo de la Reforma entrañable para los argentinos y con mayor precisión para los platenses que fue la presencia y la militancia de los jóvenes del APRA en Buenos Aires y La Plata. Con ellos, la recepción de **Amauta** y la apertura al pensamiento de Haya de La Torre y en especial de José Carlos Mariátegui.

Después de este rápido repaso, que sólo ha pretendido enumerar senderos recorridos por la investigación de Alexandra, es necesario que nos detengamos en el último capítulo. Él condensa las líneas de tensión que esta historia contiene desde su inicio. Quizá haya sido para los contemporáneos una amarga constatación que el fin del proyecto *unionista* encuentre a sus herederos batallando por la módica conquista del decanato de una Facultad porteña (por más importante que ésta fuera, y claro que la de Derecho lo era). Y su vez, que su fin no pueda dejar de vincularse de algún modo a los vericuetos de esa «política criolla» a la que tanto quisieron evitar. Por otra parte es evidente al repasar la lista de directivos y amigos de **Renovación**, la abrumadora presencia de los abogados porteños. El llamado Partido Unión Reformista de Centro Izquierda reunió a muchos de ellos y en su nombre se dio esta batalla por el decanato de la Facultad, que por fin terminó ubicando en él (por breve tiempo) a Alfredo Palacios, candidato de un centro de estudiantes en el que militaban, entre otros figuras que mucho tendrían que decir a la política argentina de épocas posteriores, con diferente grado de resonancia: Isidro Odena, Homero Manzi y Arturo Jauretche. Si no fue épico podemos suponer con estos nombres



mediante, que fue poético, vibrante y caballescico como precisamente seguía pensándose la política juvenil por entonces.

La épica del APRA, la de la juventud universitaria cubana, la venezolana o la mexicana, no eran alcanzables en los marcos de la Argentina de entonces. Una realidad diferente condujo a los jóvenes nacidos a la política con la Reforma Universitaria por caminos distintos. Muchos de ellos fueron, al pasar las décadas, notorios políticos en el radicalismo, el comunismo y el peronismo. Pero no hay duda de que por entonces pensaron sus vidas futuras de otra forma. Lo que quedó, al fin de esta aventura generacional que bien relata el libro de Alexandra, ya estaba inscripto al comienzo, y en verdad, si para estos reformistas el resultado fue quizá magro, hoy podemos decir que para la historia de América fue mucho lo que ellos aportaron. En muchos de nuestros sueños viven los de aquellos jóvenes. Muchas de las formas de comunicarnos entre nosotros, los que nos llamamos intelectuales, y de pensar nuestra intervención en la política, nacen, aunque no lo reconocamos con facilidad, entonces. Deberíamos pedir permiso quizá a Alexandra para rebautizar, aunque sea por un momento, su libro, y, en homenaje al maestro Oscar Terán, llamarlo «Nuestros Años Veinte».

Fernando Rodríguez
(FFyL-UBA)

A propósito de Maristella Svampa, Pablo Stefanoni y Bruno Fornillo, **Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización**, Buenos Aires, Editorial Taurus, 2010, 296 pp.

Si algo parecía improbable en 1985, luego de la derrota de la Central Obrera Boliviana (COB), la relocalización de 20.000 trabajadores mineros y la implantación violenta de las recetas neoliberales promovidas por el consenso de Washington, era la posible llegada al poder de un partido de base popular que llevara como candidato a la presidencia a un dirigente sindical de origen aymara. Veinte años después Evo Morales hacía su entrada triunfal al Palacio Quemado de la mano de un partido no tradicional y con el apoyo de una gran cantidad de organizaciones sociales.

La reciente edición del libro **Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización** viene a confirmar que, ya entrados en el segundo período de gobierno del Movi-

miento al Socialismo (MAS), un balance del primer mandato es un desafío que bien vale la pena enfrentar. Fruto del trabajo colectivo de los investigadores Maristella Svampa, Bruno Fornillo y Pablo Stefanoni, el texto —dividido en dos partes— ofrece múltiples entradas para abordar la compleja y por momentos inasible realidad social y política boliviana. La primera parte del libro está compuesta por tres ensayos individuales escritos por cada uno de los autores del libro. La segunda parte contiene un conjunto de entrevistas a una serie de funcionarios que están o estuvieron directamente involucrados en el día a día del gobierno de Evo Morales.

Una primera aproximación al texto deja entrever que los autores, más allá de la manifiesta empatía que les genera el proceso político boliviano, no necesariamente acuerdan en su caracterización. El debate, la polémica están entonces inscriptos en la propia gestación del libro. Pensar Bolivia hoy —la gran apuesta del libro— es abrir el debate sobre los verdaderos alcances de las transformaciones que se dieron en Bolivia a partir de 2005, los desafíos abiertos de cara al futuro y sus posibles proyecciones.

A la hora de hacer el balance del primer gobierno del MAS, el artículo de Maristella Svampa recorre tres ejes principales: la compleja relación entre el gobierno y las organizaciones sociales, los efectos de la actualización de la tradición nacional-popular y las tensiones que generan hacia el interior del proyecto el despliegue del modelo de desarrollo impulsado desde el gobierno. La autora observa, por lo bajo, una reactualización de lo nacional-popular en el pragmático proyecto del MAS que, pese sus resonancias indianistas, hace que la Bolivia de Evo no escape a una tendencia más amplia de reafirmación del Estado compartida por otros países de América Latina. De cara al futuro, Svampa encuentra una interesante tensión en el interior del proyecto: la noción ecocomunitaria del «Buen Vivir» entra en colisión frente al despliegue de una aspiración al desarrollo basada principalmente en el impulso de la economía extractiva. La pregunta clave es entonces: ¿es posible pensar en vías alternativas de desarrollo? Los autores descargan toda la tensión implícita en esa pregunta en la entrevista realizada al vicepresidente en funciones Álvaro García Linera. El resultado de ese intercambio es uno de los pasajes más interesantes del libro porque ilumina una polémica en cuya resolución quizás resida una de las llaves para entender el tenor de las transformaciones que se proyectan sobre el país andino.

En su artículo sobre la relación entre intelectuales y política en la era katarista, Bruno Fornillo encuentra que la especificidad boliviana —en la que reconoce que la noción clásica de «campo intelectual» no resulta productiva— termina actuando como un entorno favorable para la difusión y recepción nacional de ideas. Luego de recorrer una serie de experiencias nodales para pensar esta cuestión —desde los pensadores de perfil indianista agrupados alrededor del Taller de Historia Oral Andina, pasando por el complejo y diverso entramado de ONG's, hasta el nacimiento del grupo Comuna— el autor sugiere que la reflexión intelectual en Bolivia trasciende el espacio compartimentado de un grupo o sector social y subraya en cambio la existencia de una inteligencia colectiva que, entre otras cosas, logró imponer un programa de gobierno. Esta es una cuestión clave a la hora de entender el proceso de relevo de la clase dirigente que acompaña la instauración de un nuevo bloque de poder al mando del Estado boliviano.

El artículo de Pablo Stefanoni despliega en el largo plazo las derivas del indigenismo en Bolivia. El autor entiende que los tópicos sobre la indianidad en Bolivia han emanado de dos imágenes opuestas sólo en apariencia. Se trata de aquella clásica dicotomía arguediana que opone la idea de «raza de bronce» con la de «pueblo enfermo». Durante buena parte del siglo XX este doble sentido primó en las consideraciones sobre los pueblos originarios: era al mismo tiempo, aquella «raza heroica» constructora de «grandes civilizaciones» y a la vez una «raza vencida y degenerada». Stefanoni propone que alrededor de estas dos imágenes giraron una variada gama de vertientes, desde el indigenismo romántico hasta el nacionalismo indígena, pasando por el indigenismo de Estado de los años cincuenta o el katarismo-indianismo de los setenta.

El libro concluye con un conjunto de entrevistas a dirigentes y funcionarios en las que se recorren críticamente experiencias de gestión, desafíos aún irresueltos y posibles proyecciones. La selección de los entrevistados permite abrir un interesante abanico de problemáticas —reforma agraria, descentralización administrativa, autonomías, rol del Estado, exploración petrolera, etc.— e incluye los testimonios del vicepresidente Álvaro García Linera, del actual viceministro de Planificación Estratégica, Raúl Prada, del ex viceministro de tierras, Alejandro Almaraz y de la mujer que ocupa el delicado cargo de coordinadora del departamento de Autonomías en Santa Cruz de la Sierra, Helena Argirakis.

En resumen, **Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización** es, a un mismo tiempo, un aporte al campo de la historia intelectual y política boliviana y una invitación al intercambio polémico cuya premisa básica es pensar, más allá de las novedades más evidentes, las no siempre reconocidas continuidades, las dificultades y las tensiones que han surgido en el interior del proyecto político liderado por Evo Morales.

Hernán Topasso
(UBA)

A propósito de *Claudia Hilb (comp.)*,
El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero,
Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores,
2009, 263 pp.

Como señala la contratapa del libro aquí reseñado, la trayectoria de Juan Carlos Portantiero constituye un prisma privilegiado para revisar el vínculo entre los intelectuales adscriptos a la izquierda y la política nacional. Los responsables del volumen, Federico Schuster y Claudia Hilb, desde distintas perspectivas lo destacan muy bien al comienzo de la compilación, mostrando cómo su itinerario se va formando al compás del vaivén que le imponen la política y el campo intelectual.

En el libro están todos los temas que preocuparon a Portantiero desde que irrumpió en la escena pública a principios de los años cincuenta: el socialismo, el peronismo y la democracia. Sobre el primero de estos temas, Juan Carlos Torre ensaya una hipótesis acerca del fracaso del encuentro entre socialismo y clase obrera para explicar por qué en Argentina no hubo un movimiento obrero socialista fuerte. Haciendo foco en la «excepción norteamericana», Torre sostiene que, al igual que en la patria de Lincoln, la temprana conquista de ciudadanía política por parte de los trabajadores bloqueó el combate contra el capital haciendo posible que el conflicto se desdoble en, por un lado, las reivindicaciones salariales y por el otro, las políticas. Así, la Unión Cívica Radical (UCR) captó para sí las demandas políticas de los trabajadores y bloqueó con eficacia las pretensiones del partido socialista, hecho que minó las pretensiones de un fuerte partido de clase al modo europeo. Martínez Mazzola, por su parte, examina la relación que Portantiero entabló con el socialismo. La estrategia es por demás acertada. En efecto, la misma permite iluminar los vaivenes de su trayectoria, pero sobre todo las tensiones que

atraviesa un intelectual de izquierda con vocación de posicionarse en el centro de la escena nacional aun cuando su filiación ideológica no lo permite.

Refiriéndose al mismo tema, pero poniendo el foco sobre el socialismo actual, Giuseppe Vacca desplaza su mirada a Europa y recorre las diferentes coaliciones que desde 1989 aparecen en la escena política italiana. Hace un diagnóstico de la actualidad de la izquierda (poco positivo por cierto) y traza los grandes desafíos con los que tiene que enfrentarse el partido democrático, la coalición del ala socialista más representativa del escenario político actual europeo. Por su parte, Giacomo Marramao, a través de una entrevista, reflexiona sobre el mundo contemporáneo. La reflexión es estimulante porque ahonda en los desafíos de occidente (los dos occidentes en la perspectiva del italiano, el oceánico y el continental) en el contexto de la globalización. Analiza las tensiones que se despliegan en un mundo multipolar y las tareas que Europa debería encarar para oponerse a las visiones dominantes encarnadas en, por un lado, Estados Unidos y por otro, China e India. En un registro filosófico de gran densidad donde dialogan varias tradiciones, Marramao describe las tareas que se le presentan al socialismo de cara al futuro. Allí el autor articula movilidad y pleno empleo con reforma del Estado de Bienestar como ejes centrales de la política socialista para el combate del mundo actual. Estas dos intervenciones resultan muy significativas para entender los intereses de Portantiero porque, como se recordará, desde su temprano encuentro con la lectura de Gramsci a principios de los años cincuenta, el socialismo italiano estará presente a lo largo de toda su carrera como un interlocutor privilegiado de sus recorridos tanto teóricos como políticos. Su relectura de Weber a fines de los años setenta y la incorporación de Bobbio ya entrado los años ochenta son el producto del diálogo que Portantiero entabló con los intelectuales italianos a lo largo de su trayectoria.

De la renovación intelectual de los años sesenta y de la cual Portantiero fue parte activa se ocupa Horacio Crespo al interrogar las motivaciones que llevaron a Aricó a emprender los **Cuadernos de Pasado y Presente**. Para ello utiliza dos argumentos centrales: por un lado, las razones que Aricó señalaba sobre el porqué de la empresa, y por el otro, se concentra en el contexto político y las redes que el grupo cordobés construyó con sectores de «la nueva izquierda» y, más específicamente, el Partido Comunista Revolucionario —que a fines de los años sesenta se vinculó en Córdoba a

los sectores sindicales del clasismo—, concluyendo que la intervención de los **Cuadernos...** tenía una intención política.

Hacia principios de los setenta Portantiero publicó un texto que hizo fortuna en el ambiente académico. Allí, como se recordará, acuñó la noción de empate hegemónico, problema que recoge el ensayo de Pablo Gerchunoff. Entablando un diálogo entre la economía y la política, este autor amplía el argumento de Portantiero poniendo de relieve datos en el análisis que no estaban presentes en la primer versión del segundo. Alrededor del llamado *stop and go*, que explica el comportamiento cíclico de la economía argentina, Gerchunoff analiza su forma ampliada en los años noventa y traza un diagnóstico sobre los problemas de la estructura económica actual.

El tópico de la democracia está presente en los ensayos de Hugo Quiroga y Ludolfo Paramio. Este último se refiere a la revalorización de la democracia por parte de la tradición socialista en el ambiente cultural latinoamericano. Sostiene que lo que sucedió es un cambio de paradigma, donde la revalorización de la democracia expresa el abandono del enfoque estructural para concentrarse en el aspecto subjetivo de los comportamientos sociales. Si bien el diagnóstico es acertado, el español parece perder de vista que el conglomerado intelectual no es homogéneo y, por otro lado, que en el caso de Portantiero aunque la democracia como régimen político fue una de sus preocupaciones más salientes, en sus textos menos difundidos no descuidaba el peso de la deuda externa como tampoco el carácter de economía dependiente del país. En un registro que combina lo emotivo y el análisis histórico, Quiroga evoca el papel del intelectual público en los años ochenta cuando Portantiero se desempeñó como consejero de Alfonsín. Destaca su labor en pos de una democracia activa e igualitaria y rememora el famoso discurso de Parque Norte del entonces presidente, donde Portantiero intentaba sentar las bases para un pacto democrático y plural.

Por su parte, Emilio De Ipola se ocupa del populismo y la revisión que sobre éste, iniciara junto a Portantiero a fines de los setenta. Centrándose en la reflexión que sobre el tema desarrolla Ernesto Laclau, muestra puntos fuertes y debilidades de su teoría en un consistente análisis crítico. El volumen cierra con los emotivos recuerdos de Oscar Terán en ocasión de un homenaje a Portantiero en 2007, cuando se cumplía un mes de su muerte. Allí traza su perfil de intelectual resaltando sus cualidades para darle forma a pensares, creencias e ilusiones



cuando estos todavía no cristalizaban en un razonamiento definido. Para Terán, Portantiero fue un gran dador de forma. Este quizás sea el ensayo que mejor retrata la figura del intelectual en su sentido clásico, la figura de un sujeto que intenta darle coherencia a los murmullos de la calle e imprimirle una dirección política más precisa.

Por último, ¿qué puede pedírsele a un libro homenaje como es **El político y el científico**? La pregunta es pertinente porque en el género, salvo algunas pocas excepciones, se destaca un tratamiento apenas superficial de los temas recién aludidos. Pero este no es el caso del presente libro. En sus páginas se encuentran diversas tematizaciones reflexivas y productivas que están a la altura de las que desarrollara, en otros momentos, el homenajeado.

José María Casco
(UBA-UNLAM)

A propósito de Maximiliano Fuentes Codera, **El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra, Lleida, Universitat de Lleida/Pagès editors, 2009, 308 pp.**

El campo de fuerzas europeo en Cataluña ofrece una nueva mirada sobre la controvertida figura de Eugeni d'Ors, el intelectual catalán que, a pesar de ser, durante las primeras décadas del siglo XX, una destacada figura del movimiento de renovación cultural de la región, instalado el franquismo devino uno de sus intelectuales orgánicos. Para comprender esa transición, Maximiliano Fuentes Codera comienza por desconfiar de las reconstrucciones que tienden a hallar en la actividad temprana de d'Ors a un fascista *avant la lettre*, y desde esa desconfianza emprende una revisión detenida de las múltiples intervenciones y vínculos de Xènius —según uno de los seudónimos más usados por el catalán— centrada en los años 1914 a 1916. El resultado es la visualización de una peculiar posición respecto de la Primera Guerra Mundial que el fraccionamiento dicotómico entre francófilos y germanófilos, dominante en los primeros años del conflicto, había condenado al olvido.

La investigación se instala en el cruce interdisciplinario (del análisis del discurso, la sociología y la historia) propuesto por la historia intelectual, y específicamente se vale de la idea benjaminiana de campo de fuerzas —cuya eficacia para la historia intelectual ha sido mos-

trada por Martin Jay en los ensayos que componen el libro homónimo— para organizar la revisión de un amplio corpus textual y su relación con el contexto. De la metáfora de campo de fuerzas, Fuentes Codera extrae la certeza que justifica su reconstrucción de las intervenciones y debates de los intelectuales durante esos pocos años: el texto y el contexto, las ideas y sus promotores o impugnadores, se retroalimentan haciendo emerger un complejo espacio en tensión, espacio que se escurriría y empobrecería si la mirada presente del historiador buscara trazar rígidos fraccionamientos ideológicos, o se empeñara en una coherente narración teleológica.

Luego de explicitar el modo de abordaje de la actividad intelectual de d'Ors, el libro se detiene en el clima de ideas previo a la Gran Guerra. Son retomados allí los debates historiográficos de los últimos diez años para mostrar que es 1905 —y no 1914— el año de quiebre de la historia intelectual y política europea, sobre todo francesa. El rastreo de las declaraciones de intelectuales de fracciones ideológicas enfrentadas, como Zola, Maurras y Valéry, choca con la acostumbrada visión de una *Belle Époque*, pues evidencia que la cuestión nacional, la búsqueda de un sentimiento de comunidad, ya en 1905 es pensada en continuidad con la guerra. Para entender el aislamiento de una posición europeísta como la orsiana será central destacar el amplio consenso sobre las esperanzas regeneracionistas de la guerra —del que participan el catalán y, en un principio, incluso un neutralista como Romain Rolland— y la emergencia de «culturas nacionales de guerra» —a las que se enfrentan desde una posición europeísta Rolland y d'Ors. En efecto, esas culturas ejercerán una influencia determinante no sólo en la interrupción de la prolongada paz entre las naciones europeas, sino también en el fraccionamiento tajante entre germanófilos y francófilos.

La recuperación de las posiciones de personalidades influyentes permite a Fuentes Codera mostrar que si el *affaire* Dreyfus había convocado a los intelectuales a asumir un compromiso político, la guerra acentúa ese llamado hasta convertir a destacados filósofos franceses y alemanes en agentes de propaganda nacional, como es el caso del célebre Henri Bergson. Y habrá que esperar hasta 1916 —año en que concluye la investigación— para que el mencionado fraccionamiento del campo intelectual europeo se resquebraje, y una figura como Rolland consiga que su posición neutralista y europeísta deje de ser reducida al diletantismo o la germanofilia encubierta, comprensión que por las diferencias del espacio cultural español no alcanzará d'Ors.

Reconstruido ese amplio campo cultural, a partir del capítulo cinco se buscan recuperar los términos propios y cruces en los que el intelectual catalán formula su propuesta, un imperialismo catalanista que además de guardar importantes puntos de contacto con la unidad cultural europea propuesta por Rolland, reelabora cuestiones del nacionalismo integrista y el regeneracionismo catalán, se nutre de tópicos maurrasianos y sorelianos, y que, en tanto se inscribe más allá de la división entre francófilos y germanófilos, permanece incomprendido por sus contemporáneos. La teoría del imperialismo y las oportunas modificaciones que realiza d'Ors de su interpretación del conflicto bélico como una «guerra civil europea», son abordadas a partir de un detenido recorrido analítico por las distintas publicaciones orsianas, desde el temprano artículo «Noruega imperialista» de 1905, pasando por **Glosari, Lletres a Tina**, los dos manifiestos del Comitè d'Amics de la Unió Moral d'Europa (que fundara d'Ors a fines de 1914), la conferencia de «El Sitio» en Bilbao hasta el «Ampli Debat» y el boletín **Els Amics d'Europa**, ambos de 1915. Esta lectura se enriquece con la reconstrucción de la compleja inserción de la renovación cultural orsiana, el «novecentismo» de cuño intervencionista, en una institución liberal como la Liga Regionalista, a lo que se suma el relevamiento de los debates en torno a la posición de d'Ors, y específicamente la reconstrucción del cruce epistolar entre Marius André y Rolland, a través del cual el primero intenta —y logra— encasillar al imperialismo orsiano en la fracción germanófila.

En síntesis, la presentación de la teoría del imperio de Eugeni d'Ors y las tensiones que produce en sus contemporáneos consigue enriquecer la mirada sobre el período, y dado que ello se logra a través de un atento análisis de los vínculos intelectuales, las publicaciones periódicas y los archivos personales, la investigación muestra además la productividad de esas fuentes en la tarea del historiador. Por otra parte, si se tiene en cuenta que el novecentismo orsiano es tempranamente recepcionado por los intelectuales argentinos, y que en 1921 d'Ors visita el país invitado por el líder de la Reforma Universitaria en Córdoba, Deodoro Roca, su inscripción en el campo de fuerzas europeo puede recibirse también como una invitación a reconstruir las modulaciones de esa figura y sus ideas en el campo intelectual local.

Natalia Bustelo
(UBA)

A propósito de Marc Angenot,

El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, 232 pp.

Por iniciativa de Carlos Altamirano se publica una selección de textos de Marc Angenot que introduce —finalmente— los núcleos teóricos y temáticos más destacados de su vasta producción al público hispanoparlante. El esfuerzo por rebasar una recepción hasta ahora restringida a medios académicos vinculados a la socio-semiótica, se justifica por la particular pertinencia de su trabajo como analista del discurso y de la retórica de la argumentación para la historia intelectual y cultural. Los destinatarios de **El discurso social** (en tanto obra de Angenot pero también como hecho de traducción) son los historiadores, filósofos, politólogos y críticos interesados por entrelazar lo que se dice, se escribe o se fija en imágenes, con las condiciones históricas y sociales que confieren a tales discursos significación e inteligibilidad. Ya en el prefacio, su autor apuesta por un estudio de las ideas y las formas del discurso inscriptas en contextos sucesivos, en medios e instituciones que las adoptan, las adaptan y hacen algo con ellas. Entendido como *hecho social*, el discurso responde menos a una lógica atemporal o a un misterioso espíritu de época, que a una hegemonía de lo pensable y decible en un momento determinado, expresada en sistemas genéricos, *topoi* y reglas de encadenamiento de enunciados que organizan la narración y argumentación discursivas.

La extensa producción de Angenot encuentra en **1889. Un état du discours social** (1989) el intento más sistemático por exponer y aplicar su teoría del discurso social. La primera parte de la compilación que aquí se reseña se compone del capítulo inicial y las conclusiones de ese texto. Mediante un corte sincrónico que recuerda el trabajo de Starobinski sobre 1789, Angenot realiza un muestreo extensivo del material impreso en Francia en el año 1889, abarcando no sólo libros, sino también diarios, revistas, folletos, *posters* y panfletos, buscando dar cuenta de las leyes generales que ordenan la aparente diversidad de temas, opiniones y lenguajes que componen el vasto rumor del discurso social. El autor trabaja con un paradigma heurístico donde las nociones de *intertextualidad* e *interdiscursividad* contribuyen a poner en comunicación lógica y temática la reflexión filosófica, la literatura de ideas, el slogan político y la canción popular. Más que una democrática «heteroglosia» (Bajtín), Angenot identifica un mecanismo hegemónico que regula y estabiliza las producciones discursivas y dóxicas concretas, imponiendo aceptabilidad y jerarquización sobre lo que se dice y escri-

be. El discurso social, al fiscalizar y legitimar el uso de la palabra, funda rechazos y exclusiones según una lógica unitaria de cohesión interdiscursiva. Como corolario de esta preocupación en singular por lo discursivo, Angenot ofrece sólo una mirada de soslayo al papel histórico de las voces contrahegemónicas.

La segunda parte de la compilación está compuesta por tres textos independientes. El primero aborda la relación entre arte y política en un análisis de las reflexiones de la izquierda francesa sobre pintura en tiempos de la Segunda Internacional, que complementa un trabajo anterior sobre la crítica comunista de literatura en los treinta. La hipótesis central se resume en la fórmula de la mutua ininteligibilidad entre arte moderno y realismo socialista, en el contexto de una evolución de la práctica pictórica y del goce estético en la que se renunciaba a cualquier reclamación por el sentido social de las representaciones. En el segundo texto, también asociado a su interés por la historia de las ideologías políticas y los «grandes relatos» de la modernidad, Angenot parte de una crítica del concepto de *gnosis* (Voegelein) buscando señalar los límites de las hermenéuticas genealógicas que desde el siglo XIX postularon la tesis de la persistencia denegada de los esquemas de la escatología cristiana en las ideas estructurantes de la modernidad occidental. Para el autor, este paradigma de degradación de la idea de ruptura moderna (sostenido por Schmitt, Löwith y Cohn, entre otros) es inaceptable por razones epistemológicas ya que supone una concepción ontológico-sustancial de la historia de las ideas. El tercer texto resume sus propuestas para el estudio de la argumentación y los debates de ideas en la esfera pública, en clara confrontación con la tradición de estudios de retórica anclados en la lógica formal del derecho. Lejos de perspectivas intemporales y normativas, Angenot posa su atención en las rupturas cognitivas y argumentativas que se producen en el lenguaje corriente, en las contradicciones y malos entendidos que componen los «diálogos de sordos» habituales en las polémicas de la vida pública.

En la tercera y última parte del libro, una entrevista realizada por Laurence Guellec ilumina al lector recién iniciado sobre los principales mojoneros en la trayectoria de Angenot, propone un balance de sus aciertos y puntos ciegos, y señala nuevas direcciones en sus estudios, orientadas por la cuestión del régimen de memoria y olvido del pasado en las sociedades contemporáneas.

Juan Buonoome
(UBA-FADU/UdeSA)

A propósito de Jaime Massardo,

La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2008, 345 pp.

El libro de Jaime Massardo se organiza a través de cinco capítulos, de los cuales el primero da cuenta del marco teórico, la metodología y la complejidad que caracteriza estudiar a Luis Emilio Recabarren como objeto de estudio desde una perspectiva de la historiografía social basado en la cultura política de las clases subalternas. Seguido a esto, el segundo capítulo se refiere al legado político de Recabarren, en donde se muestran las diferentes oscilaciones interpretativas de la historiografía chilena y las necesidades políticas que surgieron en distintos momentos en torno a su figura. Finalmente, los últimos tres capítulos dan cuenta de las distintas ideas políticas del pensamiento de Recabarren, haciendo referencia específicamente a sus raíces libertarias, democráticas y republicanas, así como a su matriz socialista. Estos elementos, según Massardo, son los que permiten comprender la formación de un imaginario político más bien ecléctico de Luis Emilio Recabarren antes que doctrinario como establece la historiografía comunista.

La figura de Recabarren ha sido siempre motivo de cuestionamientos y debates en la historiografía chilena, por lo que han surgido diversas discusiones teóricas respecto a éste. Estos, según Massardo, se fundan principalmente en la difusa y poco ortodoxa base ideológica que manifestaba el propio Recabarren tanto en su discurso como en su accionar político, asociado a los reclamos por los derechos laborales que los nuevos políticos e intelectuales surgidos de las incipientes clases medias comenzaban a plantear bajo la idea de *cuestión social*. De este modo, la historiografía de izquierda ha presentado a Recabarren como ícono y precursor de la lucha obrera en Chile, desarrollando hagiografías en relación a su persona, ya sea por fines políticos o ideológicos, los cuales fueron representados fielmente en un principio por la escuela marxista clásica chilena de Hernán Ramírez Necochea, Julio César Jobet y Jorge Barria, entre otros. Por su parte la historiografía tradicional, de tono más conservador, desarrolló críticas y omisiones del protagonismo de esta figura junto con el de la clase obrera, lo que denotaba a través de estas características cómo estos mismos historiadores descalificaban el papel de Recabarren en la sociedad y en las luchas de la clase trabajadora.



Es bajo esta problemática que Jaime Massardo desarrolla su libro como resultado de su tesis doctoral. **La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren** es una investigación que forma parte de un nuevo tipo de análisis historiográfico donde se desarrollan elementos que no han sido tomados en cuenta por las historiografías antecesoras a la historia social chilena. De esta manera, se observan diversas características y argumentos en los que Massardo logra concretar un quiebre analítico historiográfico sobre el rol que pesa en la figura histórica de Recabarren, borrando los distintos prejuicios que recaían sobre éste, ya sean positivos o negativos.

Massardo trabaja con dos conceptos fundamentales a lo largo de su investigación: cultura política e imaginario político. Por cultura política entiende «una manera de percibir la vida social y una manera de concebir el quehacer propiamente político que parecen permanecer durante un ciclo largo en la memoria colectiva formando parte sustantiva (...) de un movimiento orgánico»; por lo tanto la cultura política se manifiesta como la adopción de una nueva forma de vivir, donde las prácticas sociales y el accionar político están sujetas a los ejes centrales que forman la cultura en el cual está inmerso cada individuo, desarrollando muchas veces un eclecticismo político guiado solamente por el sentimiento de generar el bien según la percepción de cada uno.

En cuanto a su conceptualización de imaginario político, hace mención a un «proceso de formación de una determinada constelación de intuiciones, de percepciones y de representación de la vida política, por una colección de imágenes que, en función de su valor simbólico, organizan la visión de la vida social». En este sentido, Recabarren habría generado un legado de carácter cultural-pedagógico en los trabajadores a partir de una determinada forma de percibir la realidad social, sin lugar para el conformismo y con la lucha de clase como herramienta esencial en la búsqueda de mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores. Esta herencia, como sostiene Massardo, perduró en el imaginario de la clase trabajadora hasta la irrupción del golpe de Estado de 1973, momento en el cual finaliza todo tipo de organización sindical y partidista ganada durante largos años de lucha obrera iniciada a fines del siglo XIX con las primeras mancomunales y sociedades de socorros mutuos.

Dentro de las ideas más importantes que presenta Massardo se encuentran las diversas matrices ideológicas que forman parte del ima-

ginario político de Recabarren. En una primera instancia se muestra su raíz libertaria, en la que destaca su apelación «al protagonismo obrero, es decir uno de los fundamentos más profundos del propio pensamiento libertario», dando cuenta de una adscripción poco ortodoxa al marxismo y del que sólo se extraen generalidades en torno a la unión de los trabajadores y a un mayor protagonismo de éstos en el ámbito productivo pero sobre todo en el social. Seguidamente, Massardo destaca la matriz democrática-republicana en la cual habría recalado Recabarren a través de las ideas básicas y fundamentales de esta ideología. La última estación del pensamiento de Recabarren es el socialismo de donde tomó sus elementos fundamentales y los equiparó con los tradicionales provenientes del cristianismo, como lo son la noción de amor al prójimo y la que coloca a *El Pueblo* en lugar de *Dios*, es decir, «para un Cristiano, Dios es eterno. Para Recabarren el pueblo es eterno».

En síntesis, Massardo presenta a Recabarren como una figura mucho más compleja que sólo un ícono partidista. A través de su estudio cuestiona los enfoques historiográficos de las diferentes directrices políticas que se disputaron una determinada interpretación de su producción intelectual y política. Y es que en más de una oportunidad estas producciones historiográficas no solamente terminaron por limitar o simplificar el verdadero alcance de su visión sobre la realidad chilena, sino también por permitir la difusión de ciertas ideas y programas partidistas de esos mismos historiadores.

Sebastián Hernández Toledo
(Universidad Diego Portales-Chile)

A propósito de Isidoro Gilbert, La Fede, alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista (1921-2005), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2009, 799 pp.

El escritor y periodista Isidoro Gilbert fue por largo tiempo jefe de corresponsalía de la agencia de noticias soviética Tass, esa labor y su vínculo con el Partido Comunista Argentino (PCA) le confieren a esta historia de la Federación Juvenil Comunista (FJC) la ventaja de conocer íntimamente el funcionamiento organizacional, los ámbitos de sociabilidad y a muchas de las personas que por allí transitaban. Basándose en esos conocimientos Gilbert emprende la ambiciosa tarea de hilvanar una historia, que comienza con la ruptura

de las juventudes socialistas a principios de la década del veinte, y llega hasta la disolución de la Fede en 1995, con su posterior refundación en el año 2005.

El trabajo está sostenido en el uso de abundantes fuentes partidarias y periódicas en los capítulos que abordan las décadas del veinte al cincuenta, y que luego comienzan a entremezclarse con la memoria del autor. En general éstas representan un problema a la hora de investigar al PCA durante los períodos en los que estuvo en la ilegalidad, o para comprender discusiones internas, o expulsiones; es allí donde la memoria y los saberes del autor juegan un rol que resulta enriquecedor. Así y todo, en ciertos pasajes del libro este recurso resulta problemático, puesto que muchos episodios mencionados no cuentan con ningún respaldo documental, ni se contrastan con otro tipo de fuentes. De todos modos, el objetivo del libro no es tanto acercarse a un rigor académico sino brindar inteligibilidad al rol de una organización política que supo atraer a numerosos protagonistas de la historia política argentina del siglo XX. Echar luz sobre el entramado de vínculos y prácticas que terminaron por conformar una identidad y una sensibilidad política, en la que lo político-partidario se vinculó con lo moral y lo afectivo.

El autor se propone develar algunos secretos, hacer justicia con algunos olvidados, desentrañar falsificaciones, ir contra la censura que ejerció la dirección partidaria al borrar de su historia a ciertos hombres. Partiendo desde el nacimiento mismo de la organización, Gilbert aclara que el primer secretario general de la Fede no fue Orestes Ghioldi sino Luis Koiffman, que pasó al olvido por no acatar la línea política del partido. Esta tensión en el vínculo entre la organización juvenil y el partido es uno de los ejes principales que recorre las páginas del libro. Se indaga sobre el grado de autonomía y el tipo de articulación entre los miembros dirigentes de la FJC, que participaban del Comité Central del PCA, y la dirección partidaria. Desde 1946 el estatuto de la FJC marcó la necesidad de coincidir en la línea política, la Fede debía ser un «arma auxiliar del PC». Pero en la práctica esa relación, compleja y cambiante, fue el caldo de cultivo en el que se produjeron las más importantes rupturas dentro del PCA. La «cuestión generacional» se hizo presente especialmente a partir de los años sesenta cuando la irrupción de la Revolución Cubana, el acercamiento al peronismo y el debate sobre la vía armada generaron una efervescencia en las juventudes que no encontró eco en las directivas políticas del PCA. Las expulsiones del gru-

po Pasado y Presente en 1963 y el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario en 1967 fueron ejemplo de ese desfase (tanto José María Aricó como Otto Vargas fueron notorios líderes de la Fedé).

El libro está dividido en diecinueve capítulos que siguen un orden cronológico por décadas, en los que el autor buscó relacionar los recorridos de la FJC con cada contexto de época. El resto de los capítulos están organizados en torno a algunos tópicos relevantes característicos de la FJC como las tareas de educación, prensa, finanzas, el aparato de formación militar o el amor. Se indaga sobre el frente estudiantil (universitario y secundario), el frente sindical, la sección infantil, que por mucho tiempo publicó *Compañerito* y la figura del «niño militante». Sobre los vínculos internacionales, con la sede de la FJC en Budapest, el Komsomol y los viajes de miembros de la FJC a estudiar en las escuelas de leninismo soviéticas, o a participar de los Congresos internacionales. También se abordan tangencialmente prácticas y ámbitos de sociabilidad: las fiestas, campamentos, las estrategias para afiliarse; así como la dimensión moral, los mecanismos de expulsión, la difamación, las repercusiones en los vínculos familiares, la relación con la vida privada, el rol de la Comisión de Control del PCA. En este conjunto de elementos el autor buscó establecer qué tuvo de específico la Fedé como organización política.

La larga enumeración de nombres que aparecen a lo largo del libro le permitió al autor demostrar la hipótesis de que la Fedé fue un «semillero» de cuadros políticos, y que estableció una «matriz» en la política argentina; pero también generó polémica con algunos de los nombrados, como fue el caso de un ex vicescanciller que desmintió públicamente su paso por dicha organización. «Es mi memoria contra la suya» explica Gilbert, y acto seguido comenta haber borrado ese nombre. Según el autor su intención no era hacer una «lista de nombres» si no demostrar la injerencia permanente que la FJC tuvo en la trayectoria de muchos políticos argentinos, en la creación de una sensibilidad política y en la conformación de prácticas militantes. La motivación de Gilbert fue demostrar la relevancia de ese espacio político, rescatarlo del olvido; como se evidencia en uno de los epígrafes en donde cita a Jacques Derrida en relación al tema de la responsabilidad que está implícita en el reconocimiento de toda herencia. Es por eso que por momentos el libro tiene visos de autobiografía. El uso de anécdotas, confidencias y la mención de «el autor» recorren el libro, especial-

mente en las zonas en las que el acceso a fuentes primarias es más complejo. Es así que, finalmente, Gilbert logra contar una historia en la que se puede recorrer el entramado de relaciones que existió entre esta organización partidaria juvenil, sus hombres, ideas y acciones, y que será un importante aporte para la renovación historiográfica de los estudios sobre las izquierdas en la Argentina en futuras investigaciones.

Laura Prado Acosta
(UBA)

A propósito de Carlos Altamirano (dir.), Historia de los intelectuales en América Latina, Uruguay, Katz Editores, 2008-2010, 2 volúmenes: I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo (Jorge Myers ed.), 587 pp., y II. Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX (Carlos Altamirano ed.), 811 pp.

Más que una reseña de la **Historia de los Intelectuales**, ésta pretende ser una breve *noticia* de la aparición de la obra y de su indudable importancia para toda historia intelectual, de las ideas y las elites culturales que ha sucedido en nuestras latitudes. En primer lugar, entonces, habría que consignar la notable medida en que los dos volúmenes colectivos aparecidos entre 2008 y 2010 lograron anudar motivos y alternativas largamente visitados por el director del proyecto, Carlos Altamirano, al tiempo que condensar un haz de cuestiones nodales de la historia intelectual latinoamericana y una serie de desarrollos indicativos de la evolución disciplinar de los últimos veinte años. A la vez, habría al menos que apuntar otro de los datos significativos del proyecto, la asunción de una escala que es más que la adición de cuadros de situación nacionales o la ocasión de síntesis parciales, porque efectivamente habilita cuestiones y miradas nuevas.

En el primer orden, la **Historia de los Intelectuales** expresa un movimiento muy notable que va de las ideas a las figuras que las elaboran, sistematizan o trafican, a las instituciones, formaciones y redes que las vinculan o albergan; movimiento que si en parte acompaña el curso de la historia intelectual del continente, en los últimos años también prolonga de manera muy fluida el recorrido efectuado por el propio Altamirano, uno de sus grandes artífices. En efecto, esta *historia* sería impensable sin las sucesivas estaciones a través de las cuales su director fue cercando un conjunto de temas y problemas a

la vez que intentando amojonar un campo que reclamaba el concurso de disciplinas diversas; piénsese, si no, en **Conceptos de sociología literaria**, redactado junto a Beatriz Sarlo (CEAL, 1990), **Términos críticos de sociología de la cultura** (Paidós, 2002), **Ideas para un programa de historia intelectual** (Siglo XXI, 2005) y, de manera especial dada su inmediatez respecto de esta *historia*, en el breve y orientador **Intelectuales. Notas de investigación** (Norma, 2006). Y si el largo recorrido de Altamirano estuvo signado por una inquietud contextualista (respecto de la literatura primero y, crecientemente, respecto de una «literatura de ideas» que era señalada como el corpus más significativo de la experiencia argentina), no es menos notable en él la diversificación de los contextos que interesan, nunca meramente lingüísticos. Así, como anunciaban las **Notas**, al tiempo que las tradiciones intelectuales fueron las instituciones, las formaciones y las redes, las que cobraron un lugar nuevo en el esfuerzo por pensar tanto la producción cuanto la circulación y acogida de ciertas ideas políticas, económicas, estéticas o territoriales. Y fue básicamente en esa conmocionada arena donde se afincó el programa de la **Historia de los intelectuales**: «No resulta difícil [...] identificar la labor de estas figuras. Sin embargo, aunque sabemos bastante de sus ideas, no contamos con una historia de la posición de los hombres de ideas en el espacio social, de sus asociaciones y sus formas de actividad, de las instituciones y los campos de la vida intelectual, de sus debates y de las relaciones entre 'poder secular' y 'poder espiritual', para hablar con Auguste Comte. Hay excelentes estudios sobre casos nacionales, por cierto, y el Brasil y México son los que llevan la delantera en este terreno, pero carecemos de una historia general.»

En esa dirección, mayormente y como impronta fundamental, se orientó el notable esfuerzo colectivo que involucró a un numeroso conjunto de investigadores latinoamericanos desde 2005, reuniendo y poniendo en discusión una serie de exploraciones respecto de los contextos más o menos sociales, institucionales, intelectuales de ciertas ideas (el americanismo, el cesarismo, el modernismo o las vanguardias políticas o estéticas), de ciertos *tipos* intelectuales y las formas más o menos orgánicas de su relación —letrados coloniales o patriotas, expertos y escritores; formaciones que sostuvieron revistas señeras en el continente o redes como las que sustentaron y propalaron el reformismo—, y de las maneras a la vez sociales y materiales de circulación de las ideas (la *fábrica* del libro, la prensa o la traducción tanto como los viajes de formación, concertación o prédica ideológica).



En lo que hace al segundo aspecto destacado, la voluntad de producir una historia general en términos «latinoamericanos» podría, en lo fundamental, tomar dos direcciones inversas: la primera, invocar una serie de historias *nacionales* relativas a los países en los que se reconoce un pasado común, anudado en la experiencia del coloniaje luso-español y en la búsqueda de una identidad hecha en la confrontación con Europa y con la América anglosajona —es decir, proyectar sobre el pasado bordes relativamente próximos—; la segunda, relevar los datos efectivos de ese pasado común y los momentos en que ciertas comunidades fundadas en él fueron elaboradas o reactivadas, más acá o más allá de la emergencia de los estados nacionales. Y aunque ambas alternativas prometan avanzar con voluntad sintética sobre un terreno signado por historiografías nacionales y condensar la serie de desarrollos que, por la vía de la comparación o la del estudio de circulación de ideas, han tenido lugar en tiempos recientes, sólo la segunda es capaz de plantear una verdadera *cuestión de escala*; es decir, de introducir preguntas y problemas nuevos, relativos a experiencias *datadas* pero también *situadas*. Éste es, creo, uno de los grandes méritos de la **Historia de los intelectuales** y uno de los resultados más claros de las instancias de intercambio que la precedieron: figuras intelectuales como el letrado colonial, el jurista o el letrado patriota y fenómenos como el coleccionismo anticuario, el relato de orígenes nacionales es el reformismo universitario o la creación de un sistema editorial son remitidos a geografías que se recortan cada vez, pero no como contingencia sino como condición. «América Latina» aparece así como noción-expectativa, fundada histórica y conceptualmente —en parte por ese *americanismo* que el libro muestra tan cambiante— pero abierta a cartografías que relevan porciones del subcontinente, segregan otras o las vinculan con diversa intensidad a muy diversos centros urbanos y culturales.

A lo largo de sus dos volúmenes (el primero editado y presentado por Jorge Myers y el segundo por el propio Altamirano), la **Historia de los intelectuales** invita a recorrer las alternativas de unas elites culturales que mutaban —produciendo tipos intelectuales diversos y añadiendo o aboliendo funciones simbólicas precisas— al tiempo que lo hacían sus mundos y comunidades efectivos. Por eso esta historia puede ser, a la vez, la de unos linajes sociales e intelectuales y la de una serie de complejas reestructuraciones políticas, económicas y culturales entre los siglos XVI y XX.

Una serie de núcleos problemáticos organiza las colaboraciones; algunos muy generales (por ejemplo, los que focalizan la intersección entre estado y sociedad civil o entre acción cultural y política), otros muy específicos (los consagrados a elites revolucionarias, a ciertas revistas o al desarrollo de las ciencias sociales). Las razones de esas diversas elecciones han sido desplegadas por Altamirano en sendas introducciones, haciendo gala de ese —su— *arte mayor*: el de expresar con claridad y caladura cuestiones intrincadas que sólo podrían ser formuladas tras un largo camino.

Ana Clarisa Agüero
(Universidad Nacional de Córdoba -CONICET)

A propósito de *Laura Sotelo*, **Ideas sobre la historia. La Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse**, Buenos Aires, *Prometeo Libros*, 2009, 224 pp.

Desde un encuadre deliberadamente abierto, este libro plantea distintos registros de lectura posible. Al menos podrían señalarse tres: una reflexión crítica sobre la historia; una visión reconstructiva de la Escuela de Frankfurt; y una interrogación tenaz acerca de la legitimidad de la filosofía en su relación con la praxis histórica. En cuanto a lo primero, la exploración crítica de diversas «ideas sobre la historia», el trabajo va enlazando dos hilos argumentales que redundan en una visión coherente acerca de la historia y de la labor de una historia intelectual. Por un lado encontramos el registro de las «ideas sobre la historia» que se propone como objeto, es decir, las diversas visiones sobre la historia que fueron desplegando Adorno, Horkheimer y Marcuse a lo largo de sus trayectorias. Pero junto a ello hallamos una noción implícita sobre qué significa hacer historia intelectual, que Sotelo asume a lo largo de su estudio como pauta de trabajo. Aunque no haya una explicitación metodológica inicial, se expresa a cada paso una visión anti-idealista que, en su búsqueda de comprensión de ciertos episodios intelectuales, de ciertas formaciones culturales específicas (en este caso, la Escuela de Frankfurt) reclama como su condición la conexión del fenómeno cultural estudiado con los acontecimientos histórico-políticos de la época, sin los cuales resultarían ininteligibles no sólo las «ideas», sino fundamentalmente los procesos de su transformación. Sin embargo, este deslinde entre «objeto» (las «ideas sobre la historia» de los frankfurtianos) y «método»

(una historia intelectual anti-idealista) es sólo analítico, pues en el libro se dan como dos caras de una misma moneda, esto es, de una misma noción de «teoría crítica» de la que se parte. Si lo que diferenciaba a la «teoría crítica» de la «teoría tradicional» era, según el programático ensayo de Horkheimer, la capacidad de la primera para tematizar y hacer consciente aquello para lo que la segunda permanecía ciega, esto es, su propio contexto pragmático de emergencia histórica, sus propias condiciones de producción, entonces en este punto se tocan objeto y método en este libro: en él se trata de reconstruir las «ideas sobre la historia» de estos representantes de la «teoría crítica» en función de la explicitación de sus condiciones histórico-políticas de emergencia (es decir, del criterio establecido por esa misma «teoría crítica»). Y no hay aquí circularidad, sino una rica tensión hermenéutica que podría ser nombrada con una expresión de herencia hegeliana: *crítica immanente*. Pues no hay un mimetismo con el objeto, sino un juicio que pone como criterio no una pauta abstracta o externa al objeto, sino la más alta promesa de pensamiento crítico sobre la historia que —según la autora— estos intelectuales supieron plantearse a sí mismos. Esa promesa se formula en este libro de dos maneras: como el programa de una historiografía materialista del ascenso y decadencia de la civilización burguesa, y como el proyecto de una crítica radical del idealismo filosófico. Como Sotelo muestra, estos autores no siempre estuvieron a la altura de su propia promesa.

Este es el lugar sistemático del segundo registro de lectura posible de este trabajo, el más evidente e inmediato: la reconstrucción de la Escuela de Frankfurt desde esta perspectiva crítica. Por un lado, ello significa situar la emergencia de esta tradición en el contexto que la explica, que para Sotelo debe ser delimitado, antes que nada, como el de la *derrota de la revolución* y de la emergencia del nazismo. Pero, por otro lado, aunque la pregunta históricamente planteada haya sido compartida, las respuestas teóricas esbozadas no fueron homogéneas. La perspectiva metodológica adoptada invalida una reconstrucción totalizante, y recomienda más bien atender a las singularidades de planteos no reductibles entre sí. Es desde este presupuesto que se justifica la estrategia de separar la exposición en tres grandes secciones, dedicadas a cada uno de los tres autores seleccionados por separado, algo que de otro modo podría suscitar la impresión de cierta desarticulación expositiva. Por el contrario, esta estrategia redundante en la explicitación de las particularidades y facilita la dimensión com-

parativa del texto: al no presuponerse una uniforme «filosofía de la historia», se deslindan una serie de programas diferenciados que pueden ser comparados y cotejados entre sí. La justificación del orden dado a la exposición (Adorno, luego Horkheimer y finalmente Marcuse) no aparece tan clara, aunque a lo largo del desarrollo se insinúe como una suerte de progresivo pasaje desde una *ontología* de la historia hacia una *teoría crítica* de la historia, desde una visión en la que sólo se promete la liquidación del idealismo desde dentro, hasta una praxis teórica en la que el idealismo sería superado a partir de una articulación de la teoría con las luchas históricas de la hora. En este sentido, comenzar con Adorno es comenzar con una propuesta que, según Sotelo, debe ser comprendida como el más coherente intento de superar el idealismo desde dentro de la propia filosofía. Se destaca la centralidad del concepto de «historia natural» como el espacio en el que la filosofía de la historia confiesa su propia falsedad, en el que el idealismo y su afán de transfiguración del sufrimiento muestra su miseria teórica y ética. Pero ello se realizaría en el propio terreno del idealismo, que para Sotelo significa: sin capacidad de pasar al registro de la historia efectiva, material, sino como una crítica filosófica de la filosofía. De ese modo afirma que habría en Adorno una *ontología* histórica (una asunción de la pregunta por el *ser* de la historia). Aunque se trate de una ontología del carácter irredimible del sufrimiento en la historia, lo que Sotelo llama una «*ontología negativa*», sin embargo la promesa de una historiografía materialista se vería sólo limitadamente realizada.

Horkheimer, en la reconstrucción de Sotelo, tiene la importancia de haber sido el teórico crítico que con más decisión supo desprenderse del clima marcadamente idealista de la tradición del pensamiento alemán, y que más dispuesto estuvo a transformar ese idealismo alemán en un programa de investigaciones empíricas en el que la «filosofía social» colaborase en igualdad de condiciones con las ciencias particulares en la explicación de una historia que, ahora sí, se plantearía como una historia «empírica», material. Este ambicioso programa, con el que Sotelo identifica la más rica promesa epistemológica de la Teoría Crítica, y con el que Horkheimer daba una respuesta a la cuestión de la derrota de la revolución alternativa a la de Adorno, encuentra un punto de ruptura en los años cuarenta. Y Sotelo, consecuente con su planteo, no explicará este quiebre como un simple movimiento de las ideas, o como un cambio de opinión subjetivo de sus autores, sino como consecuencia de las cir-

cunstancias histórico-políticas condensadas en el nazismo. Ello explica la asunción de motivos adornianos (condensados en la idea de «historia natural») por parte de los Horkheimer hasta el momento ajeno a ellos. El Horkheimer que escribe junto a Adorno la **Dialéctica de la ilustración** es un teórico que llega a posturas próximas a Adorno por razones poco adornianas, vale decir, por haber tomado nota de la historia empírica más que por la voluntad de delinear una teoría negativa de la historia. De allí que en la posguerra Horkheimer —a diferencia de Adorno— pueda volver a torcer su rumbo, aunque, ciertamente, ya no sea para volver al programa del materialismo interdisciplinario de la década de 1930 sino para asumir un rol notablemente conservador en el contexto de la reconstrucción alemana de Adenauer. En cualquier caso, Sotelo destaca a Horkheimer como un paso más allá respecto a Adorno en la proyectada crítica del idealismo. En sus mejores momentos, esbozó una crítica de la filosofía no ya desde la propia filosofía, sino desde un materialismo interdisciplinario favorable a las ciencias empíricas, que entroncaba explícitamente con la tradición iluminista.

Por último, Marcuse representa, para Sotelo, la asunción más radical del proyecto de la Teoría Crítica en tanto conciencia crítica de las luchas emancipatorias. Pero tampoco aquí ahorra Sotelo matices al asunto, incluso paradojas y contradicciones. Pues los primeros pasos de Marcuse obligan a ubicarlo como el más fuertemente marcado por el idealismo alemán de los tres pensadores analizados. Sea a través de Hegel, Heidegger, o incluso Freud, se plantea que en las distintas etapas iniciales del itinerario de Marcuse hallamos una *ontología* de la historia (como se dice en el título de su tesis de habilitación) que a diferencia de la de Adorno, siempre fue una *ontología positiva*, pues careció del agudo sentido adorniano para las trampas del concepto, tanto cuanto de la aspiración horkheimeriana de superar el idealismo de la mano de las ciencias empíricas. En Marcuse las ideas de la razón funcionaban como parámetros críticos de una realidad no racional, de manera que el idealismo filosófico no habría sido un simple credo filosófico, sino que encontraba una justificación histórico-política concreta: lo irracional de lo real sólo podía ser juzgado desde la afirmación incondicional de los parámetros ideales de racionalidad, libertad y felicidad incondicionados. Pero al igual que Horkheimer, y a diferencia de Adorno, Marcuse habría sabido adecuar su Teoría Crítica a un nuevo escenario de renovación de las alternativas de liberación social. Cuando la pura negatividad de una épo-

ca signada por el totalitarismo dio lugar al escenario político y social de la posguerra, Marcuse habría iniciado un «retorno paulatino a la 'facticidad histórica'», nos dice la autora, ya no sólo en el sentido epistémico que pudo tener para el Horkheimer de los treinta, sino ahora en un sentido eminentemente político y hasta «militante» de una teoría que acompañó la radicalización de la «nueva izquierda» de los años sesenta y setenta. Como todo balance adecuado de la Escuela de Frankfurt en tanto experiencia intelectual históricamente determinada, este libro termina con una valoración del debate que se planteó de manera epistolar entre Marcuse y Adorno en torno a la relación entre Teoría Crítica y movimiento estudiantil. Si el reclamo de *historizar* las relaciones entre teoría y praxis fue constitutivo de la teoría crítica, para Sotelo es Marcuse quien con más consecuencia asume esa exigencia en los años de la revuelta estudiantil. Si la relación teoría/praxis se planteaba como una relación *histórica*, no podía hipotetarse el momento de máxima distancia entre una praxis histórica mancillada hasta el horror por la movilización total nazi y una teoría que, cual «mensaje en una botella», preservaba, sin destinatario, el secreto de una civilización emancipada (como sucedía en el famoso comienzo de **Dialéctica negativa** de Adorno, de 1966: «La filosofía, que otrora pareció obsoleta, se mantiene con vida porque se dejó pasar el instante de su realización.»). Para Marcuse, esa botella había llegado a las costas de la «nueva izquierda» y ese mensaje estaba siendo leído por los estudiantes, las mujeres, los negros, que desde los países centrales intentaban articular sus luchas con las de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. La Teoría Crítica debía asumir ese pasaje a la praxis o renunciar sí misma.

Y así se muestra el tercer registro en el que puede ser leído este libro, a saber, la pregunta por la legitimidad de la filosofía en relación a la praxis histórica. Ese parece ser el sentido de pensar la historia desde la filosofía para la autora. Se trata de un registro en el que se tocan los dos anteriores, pues él está implícito como núcleo político tanto de la historiografía crítica con la que partimos, cuanto del derrotero histórico de la Escuela de Frankfurt. Más allá incluso de los propios pensadores de Frankfurt, se deja oír como un bajo continuo a lo largo del libro el reclamo de una renovación liberadora del marxismo como una filosofía que ha de medirse con la praxis de las mayorías para hallar su sentido y legitimidad. La Escuela de Frankfurt es uno de los campos en el que esta vieja problemática, heredada



de Hegel y planteada explícitamente por el joven Marx, se dirimió en el siglo XX. Ahora bien, decir *siglo XX* es convocar una dimensión, una experiencia, que no estaba ni en el horizonte de Hegel ni en el de Marx, a saber, el horizonte de la *derrota de la revolución*. Si la crisis del idealismo absoluto, esto es, de la síntesis idealista entre realidad y razón, condujo a los jóvenes hegelianos a postular la realización revolucionaria de la filosofía en la historia, la crisis de esa realización revolucionaria en el siglo XX produjo un marxismo anómalo, «occidental», consciente de la compleja trama de mediaciones que entre razón y realidad pueden atascar el proceso de realización histórica de la libertad prometida por la filosofía. El tercer registro que trabaja en este libro es el de una interrogación tenaz por las relaciones entre teoría y praxis en un tiempo en el que la revolución se había transformado en una escena ausente. **Ideas sobre la historia** puede ser leído como la pregunta por *las ideas en la historia* una vez que la relación entre ellas se ha tornado opaca, una vez que el *fracaso de la revolución* ha roto los puentes de sentido que tras la disolución del idealismo hegeliano prometían aún una *realización de la razón*, ya no en clave idealista sino de revolución social. En ese sentido, la Escuela de Frankfurt, tensionada entre la filosofía y la historia, entre la teoría y la praxis, habitada por una serie no siempre coherente de diversas respuestas ensayadas ante esta tensión, es un laboratorio de experimentación para el marxismo en el siglo XX, es decir, para la «teoría de la praxis» en tiempos de fractura entre teoría y praxis. Si esto es así, el libro que reseñamos se convierte en una importante contribución a lo que José Szabón llamó un *marxismo de la adversidad*, un marxismo a la altura trágica de la historia del siglo XX, abismalmente consciente de los espejismos que generaron su parálisis y de las servidumbres que fomentaron su impotencia. Un marxismo que seguramente se cuenta entre las principales tareas de nuestro adverso presente.

Luis Ignacio García
(UNC-CONICET)

A propósito de Andrés Bisso, **Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)**, Buenos Aires, CeDInCI Editores, 2009, 188 pp.

Andrés Bisso presenta en **Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)** un conjunto de hipótesis y

líneas de indagación que, como el título lo indica, abordan distintos aspectos de la compleja relación entre la sociabilidad, la política y la movilización. La presentación de estos avances de investigación en formato libro, cuyos interrogantes son deudores de su trabajo precedente, **Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de Guerra Mundial**, son el inicio de un «nuevo ciclo de trabajo» orientado a avanzar en la comprensión de aquellas prácticas que dotan de sentido a toda sociedad en un momento histórico y lugar determinados. A lo largo de cuatro capítulos, estas nuevas líneas de investigación —aproximaciones a una relación compleja y dinámica entre sociabilidad y política— indagan en las posiciones políticas de la prensa antifascista y las crónicas de los periódicos de ciudades bonaerenses sobre distintos acontecimientos culturales, con el fin de alcanzar a captar aquella «pulsión social» que signó el período histórico que se extiende desde 1932 a 1943.

A lo largo de sus páginas, Bisso realiza distintos acercamientos a la relación en términos de un «ida y vuelta,» perspectiva de análisis que le permite emprender, sin caer en esquematismos conceptuales, una búsqueda de aquellos acontecimientos bonaerenses que significaron procesos sociales de politización, bajo formas aparentemente banales o nuevas formas de experimentar la sociabilidad política como los mitines danzantes organizados por el antifascismo bonaerense. Sin adentrarse en una discusión, aún abierta, sobre el concepto de sociabilidad, esta investigación preliminar indaga en aquellas prácticas sociales en donde lo político, el ocio y la diversión popular se entrelazaron, al punto de tornar borrosas las líneas que permitirían distinguirlas. Hallar estas «zonas grises» en donde la experiencia social cotidiana y la política se funden y retroalimentan, por lo tanto, se constituye en una nueva puerta de entrada a un período histórico que, desde la perspectiva del autor, no ha dejado de ser esencializado bajo rótulos como el de «Década Infame».

El primer acercamiento que nos propone Bisso tiene su punto de partida en las formas de movilización política del antifascismo bonaerense a partir del análisis de la prédica y las distintas miradas que, sobre ésta, tuvieron tanto la dirigencia nacional como la militancia antifascista del interior de la provincia de Buenos Aires. La indagación sobre la recepción de la prédica antifascista en distintas localidades bonaerenses permite identificar la multiplicidad de interferencias, apropiaciones y creaciones que se gestaron en torno al discurso que daba unidad polí-

tica y capacidad de movilización al antifascismo argentino. Cierta autonomía que adquiere el discurso antifascista en las localidades bonaerenses le permite a Bisso ahondar en las relaciones entre la dirigencia nacional antifascista —productores y emisores del discurso— y sus receptores, los militantes y habitantes de las localidades de la provincia de Buenos Aires. En este sentido, si desde la dirigencia nacional el interior de la provincia de Buenos Aires era visto como campo fecundo para la penetración nazi debido a la ingenuidad de la gente «común», Bisso encuentra que, más allá de la «altisonante alerta» sobre posibles cooptaciones nacionalistas, los militantes bonaerenses generaron un constante proceso de reapropiación y creación del discurso antifascista. En efecto, las visitas de las figuras políticas del antifascismo a distintas localidades del interior de la Provincia de Buenos Aires —estrategia política de «prevención»— además de generar admiración en los militantes bonaerenses, provocaba no sólo un acontecimiento local de importancia sino que le permitía a los referentes antifascistas bonaerenses llamar la atención sobre la población local, al tiempo que permitía fortalecer las organizaciones locales atrayendo y convenciendo a los notables locales. En este sentido, señala Bisso, estas visitas de propaganda también eran utilizadas por la militancia bonaerense para delinear estrategias políticas locales. Es por esto que, si bien la relación entre la militancia antifascista se encontraba signada por la admiración hacia los referentes políticos del movimiento antifascista no se constituyó, desde la perspectiva del autor, una relación de simple subordinación.

Este «uso» sobre las estrategias políticas definidas por el Consejo Nacional, también se observará en la apropiación y modificación del discurso antifascista por parte de los militantes bonaerenses. En distintas localidades de la Provincia de Buenos Aires no sólo se producirán variaciones en los tonos de la prédica antifascista sino que, muchas veces, se manifestarán divergencias importantes en torno a definiciones políticas claves. La utilización de un tono más coloquial y bromista en la denuncia que el antifascismo bonaerense lanzaba contra el «fascismo criollo» será una forma de quitarle temeridad, frente a la cercanía y vecindad, a aquellos que encarnaban el totalitarismo local. Por otro lado, no sólo se procesaban sutiles variaciones sino que Bisso hallará cómo el antifascismo bonaerense sostuvo posiciones más radicales que las pronunciadas por la dirigencia nacional e incluso en abierta divergencia con la línea política nacional. Es el caso de **Tribuna Roja** de Luján que en sus páginas no sólo denunciará al imperialismo inglés a

pesar de las posiciones de apoyo a Gran Bretaña por parte de la dirigencia o la profesión de amistad hacia la Unión Soviética. Según Bisso estas divergencias con respecto a las posiciones establecidas por el Consejo Nacional no respondieron a la «tibieza», «desconocimiento» o «ingenuidad» adjudicadas por la dirigencia nacional a los habitantes del interior de la provincia de Buenos Aires sino que circulaban otras razones, de peso para la militancia bonaerense, que las motivaban. Diferencias políticas locales largamente sostenidas impedían, muchas veces, llevar adelante la conformación de un Frente Popular cuando ésta se presentó como alternativa política de movilización e incluso cierto cansancio hacia las formas políticas de movilización establecidas cristalizaban, muchas veces, en críticas hacia las conferencias de referentes por considerarlas desmovilizantes y poco convocantes. En esta primera aproximación, por lo tanto, Bisso propone comprender las sociabilidad política del antifascismo como una relación signada por un proceso de negociación y disputa en torno al «sentido de las prácticas de adhesión política», al tiempo que la indagación realizada sobre los distintos usos de la prédica antifascista le permite relativizar aquellas posiciones que han tendido a verla como una «ideología pura e inmutable».

El segundo acercamiento se centrará en el análisis de las concepciones que sostuvieron tanto el socialismo como otros grupos antifascistas sobre los distintos espacios de sociabilidad popular, focalizando en las posiciones ambivalentes sostenidas en torno a distintas prácticas de diversión popular. Si como objetivo político el socialismo planteaba la necesidad de «civilizar» las formas de diversión popular, como el fútbol o el carnaval, consideradas interferencias para «la movilización y concientización de la lucha antifascista» mediante la suplantación e impulso de actividades consideradas más nobles y elevadas, Bisso encuentra que la necesidad de incrementar la movilización conducirá al socialismo a rever esta misma práctica más allá de sus posiciones. Es decir, el socialismo deberá «lidiar con formas de sociabilidad precedente» ya que prácticas como fútbol se constituían en espacios convocantes y, por lo tanto, lugares propicios para la promoción política. En este sentido, la organización de partidos de fútbol entre los mismos militantes socialistas se transformará en una herramienta política más para establecer un lazo con la juventud considerada, muchas veces, apática.

Por otro lado, la sanción de ciertos festejos como el carnaval, fiesta popular considerada «grotes-

ca» e «irrespetuosa» ante la tragedia que vivía el mundo, no impidió que el socialismo bonaerense defendiera otro tipo de actividades festivas, principalmente si estas prácticas eran censuradas por las autoridades conservadoras. La disposición municipal de la ciudad de Avellaneda que prohibía el baile de la *conga* y del *bugi-bugi* por considerarlas danzas que atentaban contra las buenas costumbres, le permitirá al socialismo relanzar una crítica a la inmoralidad, no del baile sino del fraude electoral. Si bien el socialismo poseía una visión severa frente a determinados tipos de diversión popular por considerárselos una amenaza «a la cultura, la moral y la virtud», esta posición no impidió que disputaran el sentido de ciertos espacios de sociabilidad popular. Desde esta perspectiva de análisis, esta segunda aproximación permite rever cómo se vinculan la política, la sociabilidad y la movilización bajo formas que no siempre responden a lo planteado desde las cúpulas políticas. Por lo tanto Bisso propone reconsiderar el lugar que ocupan en la movilización política aquellas formas aparentemente despolitizadas de la vida social, ya que en determinados momentos histórico-sociales pueden constituirse en una instancia más de transmisión y propagación de ideas. De ahí que esta aproximación permita desplazar aquellas explicaciones que dan una función central a la interpelación ideológica y abrir la reflexión hacia los grados de influencia que pueden tener tradicionales prácticas de sociabilidad popular sobre la movilización política.

En el tercer acercamiento, Bisso propone rastrear el rol y la visión que sobre las festividades populares tuvieron los periódicos locales bonaerenses. El seguimiento de las actividades festivas y de esparcimiento de la comunidad realizado desde una «predica de pedagogía cívica» permitió que sus redactores y periodistas, autoerigidos en vigías de la civilidad, cumplieran el rol de «facilitadores, catalizadores y propulsores del desarrollo cultural local». Este papel de supervisores de la cultura y la necesidad de controlar las prácticas festivas consideradas «peligrosas», junto a la promoción de ciertas actividades de esparcimiento y diversión para los sectores populares se realizaba, señala Bisso, desde un lugar de «asepsia política». Inmersos en el viejo debate de la tradición liberal —desde Rousseau a Jovellanos— las posiciones que sostuvo la prensa bonaerense en torno a la sociabilidad popular estuvo atravesada por una histórica tensión: entre las visiones que consideraban a las actividades culturales instancias «fermentarias» que debían promover el progreso y civilización, y aquellas otras que veían en las actividades festivas manifestaciones culturales

que debían garantizar un «paréntesis» en la rutina diaria de los sectores populares. Sin embargo, esta imparcialidad pregonada no impidió que se deslizara una permanente preocupación porque las formas locales de sociabilidad popular, consideradas inocentes o simpáticas, fueran afectadas por los conflictos políticos de orden nacional o internacional. Por lo tanto, el rol de tutora de la civilidad asumido por la prensa bonaerense convivirá con el «temor perpetuo» a que distintas prácticas de sociabilidad popular adquiriesen un «marcado perfil político e ideológico».

El análisis de la opiniones vertidas en los diarios locales bonaerenses en torno a la conformación de compañías de *Boy Scouts*, actividad que fue extendiéndose en el interior de la provincia de Buenos Aires durante el período analizado, le permite a Bisso, por ejemplo, señalar cómo la prensa local percibirá la sociabilidad popular como una «zona gris» en donde lo político podía revelarse o entrelazarse de modos imprevisibles. En este sentido, las comisiones organizadoras de paso de carrozas, las cuales contaban con la participación de intendentes o jefes comunales, podían constituirse, también, en «ámbitos de discusión ciudadana». De ahí que Bisso encuentre en esta tercera aproximación una imbricación más profunda entre sociabilidad y política, al destacar cómo instancias aparentemente desprovistas de toda politicidad pueden constituirse en ámbitos en donde se dota y disputan sentidos políticos. Esta posibilidad de fuerte imbricación política y sociabilidad la encuentra, también, en un cierto «parentesco simbólico» entre las festividades populares y la política ya que, desde la perspectiva del autor, ambas poseen la capacidad de recrear un mundo distinto al de la realidad cotidiana. En efecto, a pesar de lo infructuoso de los fines pedagógicos de la prensa bonaerense, esta tercera aproximación a la relación le permite a Bisso destacar como, a nivel comunitario, persistió la creencia, arraigada también en corrientes políticas como las socialistas, sobre «rol delineador y fundador de la política» en la dinámica social.

En su cuarto acercamiento, Bisso se centra en el análisis y función simbólica de las elecciones de las reinas de belleza. Más allá de su significación sobre lo que las comunidades erigían como estandartes de belleza y femineidad en la «reina plebeya», para el autor, estas fiestas populares escenificaron, bajo una forma lúdica, procesos de soberanía política. Como señala el autor, las elecciones de reinas y sus electores, festejos considerados a simple vista banales, adquieren



gran relevancia bajo el contexto de un régimen fraudulento ya que en ellos pudieron ponerse a prueba una multiplicidad de formas de participación popular como la democracia de electores, voto-carta, voto-cupón. Si bien como procesos electorales distaron muchas veces de aquellos mecanismos basados en el principio de «un hombre, un voto» (práctica electoral que también se observó en la investigación sobre Acción Argentina), se constituyeron en espacios de sociabilidad popular en donde se ejercieron «prácticas democráticas y electorales en un período de transición a la democracia de masas». Asimismo, la elección de electores permite retomar el lugar que ocupan los notables locales en la comunidad. En este sentido los electores de reinas no sólo «alegrían a las reinas por su rol de funcionarios sino por el lugar y capital social que los habitantes locales les reconocían», al tiempo que su prestigio se veía validado y «mediado por la voluntad popular».

No sólo la participación de notables le permitirá a Bisso identificar cómo estas festividades orientadas a exaltar la belleza femenina estuvieron acompañadas por la actividad política, sino que su vínculo se expresa en, por ejemplo, algunos discursos pronunciados por las «reinas plebeyas» o, incluso, en las denuncias de fraude en las elecciones de reinas. Asimismo, casos como la celebración de los socialistas de Baradero en 1941 ante la elección de una de sus «conciudadanas», acto que contó con la presencia del vice-presidente de la Nación, Ramón Castillo, permite reflexionar sobre otra de las inquietudes planteadas por el autor: «la concurrencia de identidades y lealtades múltiples» en este acontecimiento en donde puede observarse una competencia entre la fidelidad hacia el «convencimiento partidario» y la fidelidad hacia «el orgullo vecinal». En este sentido, la relación entre sociabilidad y política que en el ámbito local se estrecha, le permite a Bisso ahondar la sospecha del lugar de «facilitador de la militancia» y «adhesión política» que cumplen tanto la interacción social como los componentes afectivos.

Los nuevos interrogantes sobre la relación entre sociabilidad y política propuestos en este libro se distancian, por lo tanto, de aquellos presueltos que han tendido a subordinar las prácticas de sociabilidad a las necesidades políticas, e incluso de aquellas que han tendido a despojar cualquier rasgo de politicidad a acontecimientos sociales y culturales que no se presentan como netamente políticos. Desde esta perspectiva, no basta con observar los posicionamientos ideológicos producidos por los dirigentes políticos o sus organizaciones para com-

prender las formas que adquiere la movilización política. Los espacios de sociabilidad festiva, incluso los más tradicionales, pueden ser ámbitos fecundos de politicidad a pesar de que sus formas puedan no estar encuadradas en los parámetros estipulados en la militancia partidaria. En estas instancias de ocio y esparcimiento, propone Bisso, pueden desplegarse disputas políticas que, muchas veces, se constituyen en un factor clave de movilización.

Los «aportes preliminares» de **Sociabilidad, política y movilización**, por lo tanto, están orientados a promover y renovar líneas de investigación en el campo de la historia política planteando como desafío la comprensión de lo político más allá de las formas históricas que adquieren sus organizaciones, formas de gobierno o instituciones. En este sentido, la propuesta de indagar y hallar las conexiones entre la sociabilidad y la práctica política es un interesante aporte que incita a repensar el lugar de lo político, no como una esfera distinta de lo social sino como un ámbito constitutivo e inscripto, también, en las prácticas cotidianas.

Clara Bressano
(UBA)

A propósito de Christine Hatzky, Julio Antonio Mella (1903-1929). Una biografía, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008, 479 pp.

Un dato significativo acerca de Julio Antonio Mella es el número de biografías en torno a su figura: por caso, las dos de Dumpierre (**Mella. Esbozo biográfico y J.A.Mella. Biografía**) que sintetizan la historia oficial, la versión más heterodoxa de Cabrera (**Mella: una historia en la política mexicocubana**) y recientemente la de Cupull y González (**Julio Antonio Mella. Biografía**). Todas ellas son producciones del campo intelectual y académico cubano, aunque Cabrera editó su obra cuando ya trabajaba fuera de allí.

Es por esto que el libro de Christine Hatzky, profesora de la Universidad de Duisburg-Essen, resulta novedoso por tratarse de una biografía sobre Mella escrita por una historiadora alemana. Publicada originalmente en alemán en 2004, la Editorial Oriente la ha editado en español en 2008 en Cuba. Se puede manifestar que este trabajo posee un conjunto de características que lo hacen superior a buena parte de lo producido sobre el tema. Una de ellas es la rigurosa empresa de desmitificación sobre el Mella

sacralizado de la Cuba posterior a 1959, la cual es asumida a su vez con la suficiente distancia como para eludir los recelos con el sistema cubano que en otros estudios opacan el análisis. Por otro lado, se destacan una muy sólida tarea de archivo por parte de Hatzky en Cuba, México, Moscú, y EE.UU., la utilización de fuentes orales, y el detallado abordaje hermenéutico.

Con prólogo de la historiadora cubana Angelina Rojas Blaquier, la estructura del texto es clásica en las biografías sobre Mella. Una primera parte introductoria, una segunda referida a los años cubanos (1903-1926), si bien aborda la etapa de su adolescencia en EE.UU. y el viaje iniciático a tierras mexicanas de 1920, y una tercera que contempla el exilio en México, hasta el asesinato en 1929 y sus derivaciones. Un dato relevante es que Hatzky incluye en cada una de estas grandes divisiones numerosos capítulos y apartados, algunos que contextualizan el escenario general de los veinte, a nuestro criterio en pos de acercarlo a un público más amplio. El libro se completa con un interesantísimo anexo documental y un listado bibliográfico.

Dentro de sus tesis novedosas se halla el hincapié en la socialización infantil y juvenil de Mella entre EE.UU. y Cuba, proceso que había sido obliterado en la mayor parte de la producción previa, el cual explica que estuvo «influido por ambas culturas». Esa mixtura se revela fundamental: por caso, el perfecto manejo del inglés le permitió a Mella convertirse en traductor de escritos de Marx y de Lenin que no circulaban en Cuba o México, además de insertarse en redes políticas e intelectuales más amplias, especialmente durante el exilio.

Un apartado fructífero es aquel que analiza el crucial año de 1923 en Cuba, cuando confluyeron una serie de movimientos críticos con la república cubana. Y he aquí un punto central, que es la real ponderación de Mella como líder político-estudiantil, que habría que leer de forma especular a las perspectivas más anquilosadas. A modo de ejemplo: en el Congreso Nacional de Estudiantes de 1923 —el punto más álgido de la reforma universitaria en Cuba, pero también el inicio del reflujó— la historiografía tradicional contemplaba un Mella, ya marxista-leninista consumado, que hegemonizaba el Congreso, mientras que Hatzky matiza esa construcción, sin desmerecer el liderazgo y carisma del joven cubano, pero exponiendo que su postura radicalizada no era mayoritaria, sino que los temas centrales se vinculaban con el replanteo de «lo nacional». De todos modos, el biografiado no es ajeno a esa cuestión: así, nacio-

nalismo, juvenilísimo, antiimperialismo, marxismo y revolución conforman una «mezcla explosiva» que sería, de acuerdo a la pluma de la autora, el núcleo duro de sus desavenencias con las estructuras del comunismo.

En esa línea, el libro dedica un apartado a la operación intelectual de redescubrimiento del legado martiano por parte de Mella. Para Hatzky, «la difusión por Mella de una nueva imagen de Martí convirtió a éste en un factor político de primer rango», por lo que el combate simbólico por apropiarse de ese ideario es inaugurado en clave radical por Mella. Quizás por la propia estructura del texto, queda pendiente estudiar *strictu sensu* esa difusión de un «nuevo Martí»; sólo queda mencionado el rol de la vanguardia artístico-intelectual del minorismo en esa tarea.

Para el clivaje entre el período cubano y el exilio, Hatzky aprovecha documentación de la Komintern para iluminar el proceso que el Partido Comunista de Cuba llevó adelante contra Mella luego de su famosa huelga de hambre a fines de 1925. El lector se encuentra no sólo con un pormenorizado análisis, tanto de la huelga como de la decisión del PC —la cual para la autora se trata de una «expulsión», por más que la sentencia sea de «separación»—, sino con las propias actas del juicio. En ellas se ponen de manifiesto las contradicciones que existieron entre esos compañeros de un partido que había sido fundado pocos meses antes.

Y he aquí una de las hipótesis fundamentales: en su periplo dentro de las organizaciones comunistas —especialmente el PC cubano y el mexicano— Mella habría estado en varias situaciones cerca de la ruptura, lo cual queda como conjetura porque públicamente jamás renegó del PC, y también, especialmente, por la trágica razón de su asesinato. De todos modos, según la autora, «[Mella] había demostrado que no estaba dispuesto a someterse incondicionalmente a la disciplina del Partido, y que en caso de duda confiaba en sus propias valoraciones». Esto permite, a nuestro criterio, avanzar más lejos que leer a esta figura en perspectiva heterodoxa, mediante un análisis concreto de los entrecruzamientos entre los militantes comunistas de los veinte.

Los argumentos centrales para trabajar esa hipótesis aparecen en la tercera parte del volumen, la cual aborda el exilio de Mella, así como sus viajes políticos. Nos interesa remarcar algunos ejes del aporte de Hatzky en esta sección. Uno de ellos es la estadía en la URSS. Tras el Congreso de Bruselas contra el «Imperialismo y la Opresión Colonial», en 1927 el joven cuba-

no recorre el país soviético, del cual da cuenta en varios escritos a primera vista sumamente apoloéticos. De todos modos, la autora encuentra indicios de contactos con la Oposición de Izquierda, por lo que considera plausible que el tono de esos textos debe medirse menos como una aceptación acrítica de la URSS, que como producto de una «auto-censura» de quien ya habría detectado los peligros de señalar fallas en el modelo.

Más evidencias se vinculan con las propuestas de Mella sobre la cuestión sindical en México: su tercerismo dentro del PCM, es decir, fundar una tercera central —táctica cercana a la Internacional Sindical Roja (ISR)— contrarecía la línea oficial, que hasta 1928 mantuvo la agitación dentro de la Confederación Regional Obrera Mexicana. La autora demuestra, a partir del análisis de intercambios epistolares, las tracciones en las que estaba inmerso Mella por esa postura, aun a escala internacional: el recelo de Codovilla hacia su persona queda de manifiesto. De todos modos, el giro a la izquierda del VI Congreso de la Komintern habría sido una victoria pírrica para Mella, ya que los comunistas mexicanos fundaron en enero de 1929 una nueva central bajo su control. La fecha no es menor: Mella había sido asesinado ese mismo mes por las balas de Machado.

Otro punto central se relaciona con la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), a la cual, según Hatzky, Mella habría dedicado sus esfuerzos en 1928. Esta asociación, cuyo objetivo era iniciar un levantamiento armado contra el gobierno de Machado en Cuba, no era controlada por los comunistas, y poseía un amplio programa que pretendía aglutinar una variopinta alianza de enemigos del presidente cubano. Y he aquí un dato interesante: al mismo tiempo que Mella se encuentra organizando la ANERC, escribe su famoso opúsculo «¿Qué es el ARPA?», en el cual critica duramente a Haya de la Torre. La biógrafa se pregunta entonces si debemos seguir leyendo ese clásico melliano exclusivamente en clave de acusación al reformismo del APRA, o también como estrategia para demostrar su ortodoxia marxista-leninista en un momento tenso de sus relaciones con sus camaradas; además, cabe pensar, según Hatzky, ese texto como distractivo con respecto a sus planes con la ANERC, cuyo programa era similar al del APRA. La cuestión es válida.

Por supuesto que el libro es mucho más que lo que nos permiten estas líneas. Con pocas debilidades —tal vez un tratamiento laxo de categorías bourdianas sea una—, consideramos

como conclusión que se trata de uno de los mejores que se han escrito sobre el tema, cuya lectura es sumamente estimulante y con un rigor que se mantiene constante. Y quizá lo más destacado sea que constituye un texto bisagra para continuar desentrañando a Mella.

Manuel Muñiz
(UBA)

A propósito de Ezequiel Adamovsky, Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003, Buenos Aires, Planeta, 2010, 540 pp.

En un contexto intelectual cada vez más dominado por el *paper* de ocasión, el artículo erudito de lenguaje farragoso, la ponencia breve y fragmentaria y ese sucedáneo de libros cada vez más ausentes que son las compilaciones, debe darse una calurosa bienvenida a toda obra de largo aliento que no renuncia a la mirada global o (¡escándalo!) totalizante. En el libro que aquí reseñamos, Adamovsky se propone, a un tiempo, llenar un vacío historiográfico, cuestionar algunas tesis establecidas, proponer hipótesis alternativas originales, brindar una mirada panorámica de su objeto de estudio (la «clase media»), y hacer todo esto en un lenguaje accesible para un lector no especializado. Un objetivo ambicioso, ciertamente; pero que no ha sido tomado a la ligera. Al contrario. **Historia de la clase media argentina** es el fruto de una década entera de investigación. Lo cual se nota en el amplio bagaje documental, en la maduración de las ideas expuestas y en el pulido estilístico del relato. Producto de un historiador joven, se trata de una obra completamente madura. Y con toda probabilidad destinada a convertirse en un clásico de lectura obligatoria para los futuros investigadores de la clase media.

Adamovsky rastrea las huellas de la clase media en un universo documental verdaderamente impresionante: prensa escrita y gráfica, entrevistas, novelas y obras de teatro, cine, estudios académicos de diferentes épocas, discursos y documentos políticos, textos eclesíasticos, materiales de organizaciones gremiales, encuestas y censos. Una mirada verdaderamente detectivesca sigue los pasos de la clase media allí donde se encuentren. Un gran mérito de este enfoque, además de la amplitud de la mirada y la diversidad de los detalles resaltados, es que el proceso histórico y los acontecimientos más relevantes son concebidos como la resultante (prevista o imprevista, deseada o no) de las



acciones intencionales de actores individuales o colectivos, pero siempre concretos. Con excepción de algunos pasajes de la primera y la segunda parte, que no constituyen el centro de la investigación, no hay en la obra atisbos de ninguna tentación funcionalista, ni apela Adamovsky a supuestas necesidades de la sociedad como un todo o a intenciones de «actores» infaltables, como la «clase dominante», los «desposeídos» o el «poder». Sus actores son o bien individuos, o bien colectivos sociales (un periódico, una organización gremial, un partido) de los que se puede demostrar que pensaron, hicieron o dijeron determinadas cosas; y no suprantidades abstractas.

El texto está organizado en cuatro partes, de las cuales la segunda y la tercera son indudablemente las más importantes. La primera parte condensa una rápida mirada panorámica de la evolución de las estructuras sociales en la Argentina, y de las representaciones simbólicas que las acompañaron, entre mediados del siglo XIX y 1943. Esta mirada se orienta polémicamente a refutar una serie de «mitos» supuestamente arraigados: la «modernización» y el carácter «esencialmente igualitario» de la sociedad argentina difundido por Gino Germani y buena parte de la sociología posterior. Adamovsky se esfuerza por hacer visibles los componentes indígenas y africanos de la población argentina, al tiempo que muestra convincentemente los elementos racistas ocultos en el mito nacional del «crisol de razas». Pero al margen de la voluntad polémica, quizá sea más adecuado decir que sus argumentos y demostraciones invitan a concluir que las ideas sobre la modernización y la evolución igualitaria de la sociedad argentina deben ser matizadas y balanceadas con algunas tendencias en contrario a veces injustamente olvidadas, antes que lisa y llanamente abandonadas por haber sido refutadas. Sí queda bien establecido que en la sociedad del siglo XIX y comienzos del XX la clase media era un actor ausente.

Con todo, el núcleo central de libro es el que se expone en la segunda y tercera parte. Allí su autor se propone mostrar lo dificultoso y equivocado que resulta considerar al radicalismo como un gobierno de la clase media o que expresaba el ascenso de los sectores medios. Sin dejar de hacerse eco de las voces críticas a esta representación —que señalaban el apoyo de sectores obreros a Yrigoyen y el perfil más bien aristocrático o de «clase alta» del grueso de la dirigencia radical— Adamovsky introduce un decisivo elemento adicional: la ausencia casi total de organizaciones o representaciones simbólicas que unificaran a ciertos grupos sociales en torno a la identidad de «clase media».

Además de carecer de homogeneidad objetiva (en cuanto a formas de vida y de trabajo), los habitualmente considerados «sectores medios» adolecían también de uniformidad o auto-identidad subjetiva en las primeras décadas del siglo XX. De esto se deriva la hipótesis central del libro de Adamovsky: que la identidad de «clase media» fue en realidad un sub-producto imprevisto del peronismo. El argumento, sólidamente ensamblado, sostiene que fue la tumultuosa emergencia de la plebe peronista, y su confrontación con la «oligarquía», lo que generó un espacio para que ciertos sectores que no querían identificarse ni con el movimiento obrero peronista ni con una oligarquía anti-nacional pudieran comenzar a auto-definirse como «clase media». Este espacio, sin embargo, no se abriría de manera «natural», ni la identidad de clase media surgiría de una pura espontaneidad. Los cambios en las coordenadas sociales y políticas introducidos por el fenómeno peronista habilitarían una posibilidad; pero el afianzamiento y desarrollo de una identidad de clase media mucho es lo que debió a los esfuerzos deliberados de determinados sectores políticos, entre los que destacaron la Acción Católica y particularmente Roberto Bonamini. Lejos de presentarnos un discurso inexorable, este libro nos muestra que la relación entre clase media y peronismo fue más compleja de lo que a veces se piensa. Pasó de la ilusión al resentimiento; pero el momento empático existió, y acaso el resentimiento no fuera el único final posible. De manera semejante, se argumenta que el trato dispensado por las fuerzas de izquierda a la clase media fue mucho más ambiguo y ambivalente de lo que sugieren algunas leyendas.

En conjunción con las hipótesis generales antes expuestas, el libro incluye algunas perlas empíricas dignas de destacarse. Por ejemplo las evidencias que Adamovsky trae al escrutinio público de los intentos tempranos y a la postre abandonados del mismísimo Perón por ganarse los favores de una clase media que le sería esquivo, lo cual lo obligó, a regañadientes, a orientar su política hacia un movimiento obrero entusiastamente peronista, pero que no fue, para el líder, su primera o anhelada opción. Los siguientes pasajes se cuentan entre los tantos de este libro sobre los que vale la pena tomar debida nota: «algo que incluso los estudiosos han pasado completamente por alto, es que en 1944 Perón hizo grandes esfuerzos por movilizar a la «clase media», de modo de no depender sólo del apoyo de los trabajadores. Entre fines de julio y mediados de agosto de ese año Perón participó en tres grandes actos públicos —llamados «asambleas de la

clase media» por la prensa—, organizados a instancias de la propia Secretaría de Trabajo y Previsión (STP).» La asistencia a estos eventos fue masiva. Sin embargo no lograría Perón concitar una adhesión mayoritaria entre los sectores medios. «Ironías del destino: aunque Perón pasó a la historia como un líder amargamente enfrentado a la clase media, ningún otro político argentino había hecho tantos esfuerzos para convocarla públicamente. Nunca antes un organismo oficial como la STP se había ocupado de diseñar políticas dirigidas explícitamente hacia ella».

La última parte se ocupa del período 1962-2003. Se rastrea aquí el giro a la izquierda de buena parte de los sectores medios a mediados de los sesenta, las peripecias de la clase media durante el apogeo del neoliberalismo, y la ambigua mezcla de individualismo y acción colectiva que impregnó a estos sectores durante la crisis de 2001 y los meses subsiguientes. A diferencia del núcleo central de la obra (y a semejanza de la primera parte), el relato aquí se acelera, pierde sutilezas de detalle, se hace menos profundo. Los actores individuales o colectivos, cuyas acciones venían ocupando el centro de la escena, son en parte reemplazados por un ambiguo y omnímodo «poder» que, por ejemplo, «contraataca». Estas falencias, sin embargo, pueden ser disculpadas en virtud de la voluntad de llevar la investigación a los tiempos contemporáneos, contraviniendo la «norma» de concluir las mucho antes. Lo que pierde en sutileza y profundidad, la última parte lo compensa con el filo intelectual para afrontar problemas fundamentales de la Argentina actual. Algo que los historiadores deberían hacer con más frecuencia.

Ariel Petruccelli
(Universidad Nacional del Comahue)

FICHAS DE LIBROS

Luis I. García (comp.), **No Matar. Sobre la responsabilidad**. Segundo volumen. Universidad Nacional de Córdoba, 2010, 301 pp.

El «debate Del Barco» sigue siendo un interesante objeto de polémica pero también de estudio. La Universidad Nacional de Córdoba publicó en 2010 una compilación de artículos producidos por diversos intelectuales y académicos en los últimos años con la intención de otorgar un sentido más compacto y homogéneo al debate sobre la violencia revolucionaria de los sesenta y setenta que generó el primer

volumen publicado en 2007. Es así que en el presente libro pueden encontrarse intervenciones vinculadas a la polémica por parte de autores como Cristian Ferrer, Claudia Hilb, Horacio Tarcus, Elías Palti, junto a otros escritos elaborados por jóvenes generaciones. Aunque centralmente este segundo volumen evidencia la continuidad del problema de la violencia asociada a la construcción tanto de un relato histórico como de una memoria de aquellos años, su lectura también permite dejar en claro cuales son hoy las preocupaciones para un sector del campo intelectual nacional. En este sentido, hay al menos dos momentos que reflejan parcialmente lo dicho: por un lado, el dialéctico enfrentamiento entre Horacio Tarcus y Elías Palti —en tres textos de los trece que contiene el libro—, y por el otro, los artículos publicados para un *Dossier* del **Journal of Latin American Cultural Studies** en compañía de otros tantos producidos en el ámbito universitario argentino. Mientras que el primer caso refleja las persistentes formas de un debate intelectual tradicional, los segundos evidencian cómo el «debate Del Barco» ha logrado constituirse en un objeto de estudio académico por parte de nuevas generaciones de investigadores. No obstante estas consideraciones, el libro a lo largo de sus artículos logra sostener el objetivo trazado por su compilador, en el sentido de constituirse en un valioso aporte para la reflexión y al análisis detenido sobre las formas en que lograron articularse violencia, izquierda e intelectuales en los sesenta y setenta, con el afán de continuar generando nuevas preguntas al habitual problema de la convivencia política.

Francois Dosse, Christian Delacroix y Patrick Garcia (dir.), **Historicidades**, Buenos Aires Waldhuter Editores, 2010, 344 pp.

Muy lejos de la vetusta aseveración sobre el «fin de la historia», el libro compilado y dirigido por Francois Dosse, Christian Delacroix y Patrick Garcia evidencia los nuevos bríos de un anhelado renacer por el saber histórico en los últimos tiempos. Y no sólo porque otro giro más —el «giro histórico»— parece haber invadido el actual quehacer de las ciencias sociales, sino también porque al preguntarse por la temporalidad y sus usos la historia ha colaborado en poner en tela de juicio las visiones dominantes sobre las relaciones siempre complejas entre pasado, presente y futuro. Sin embargo, como se asevera en la introducción, no es seguro que ésta esté todavía en condiciones de responder a la desorientación temporal en la que fue sumida, en un mutuo juego de pinzas, por la opacidad de la idea de

pasado y la crisis de las visiones de futuro. Por ello, el libro publicado por la joven editorial Waldhuter tiene como objetivo interrogarse sobre los cambios que desde la disciplina histórica y la filosofía del tiempo se han venido planteando con respecto a la «revuelta de las temporalidades». Para ello propone a través de la idea de «régimen de historicidad» un estudio genealógico y pluridisciplinar de la historia. Un ejemplo de esto último lo constituyen los artículos escritos en conjunto por geógrafos, antropólogos y psicólogos, en un intento por plantear una perspectiva plural que tienda a analizar las formas de la historicidad en campos aledaños al de la historia, al tiempo que poner a prueba la propia hipótesis de «giro histórico». En tanto en su primera parte se analiza la genealogía de esta noción, complementándose con la propuesta de problematización que enuncia François Hartog, en la segunda parte el libro funciona como un homenaje a uno de los pensadores que más bregaron por un desarrollo específico para la semántica de lo histórico: Reinhart Koselleck.

Analia Hounie (comp.), Alain Badiou, Toni Negri, Jaques Rancière, Slavoj Zizek y otros, **Sobre la idea del Comunismo**, Buenos Aires, Paidós, 2010, 249 pp.

El libro compilado por Analia Hounie plantea en el actual panorama filosófico, aunque también pertinente a otros espacios del saber y aun políticos, el problema de cómo pensar el cambio social en el mundo globalizado de hoy. Vieja pregunta, aparentemente ausente de una respuesta concreta, precisa y de carácter colectivo, la idea del comunismo aparece en este coloquio organizado en Londres en 2009 como —según afirma aquí Badiou—, la única idea político filosófica desde Platón en adelante digna de ofrecer posibles respuestas. Sin dudas provocadora y polémica, pero no por ello menos interesante, la reflexión sobre la vigencia de esta hipótesis en relación tanto a las condiciones de dominación que impone el capitalismo global, como a la concerniente al lugar de la izquierda en dicho proceso, fue un punto central en la organización y convocatoria de filósofos de la talla de Jaques Rancière, Alain Badiou, Toni Negri y Gianni Vattimo. Es así que estas participaciones junto a las de otros filósofos y pensadores menos renombrados evidencian por un lado, las potencialidades emancipadoras que todavía comporta la idea del comunismo para cierta intelectualidad europea, y por el otro, la necesidad de replantear las coordenadas teóricas que la constituyeron como tal y que alentaron varios de los acontecimientos humanos más dramáti-

cos del siglo XX. Más allá de las diferencias que existen entre los filósofos participantes —perfectamente distinguibles en cada una de las quince ponencias— el libro como conjunto admite trazar un criterioso y ajustado balance sobre la actualidad de esta idea en términos de una posible política transformadora y, al mismo tiempo, interrogarnos por el lugar que ocupan o creen ocupar estos intelectuales de la izquierda europea en sus respectivas sociedades.

Luis Miguel Donatello, **Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto**, Buenos Aires, Manantial, 2010, 176 pp.

La lucha armada ha sido en los últimos tiempos un tema muy visitado por numerosos autores y distintas publicaciones, en el marco de un problema más amplio y complejo que es el de explicar el cruce entre política y violencia ocurrido en la Argentina de los años sesenta y setenta. En esta ocasión, el libro de Luis Donatello explora este mismo campo temático desde una mirada analítica atenta al vínculo entre lo religioso y político, en términos de detectar sus mutuas influencias y retroalimentaciones que afectaron el predominante sentido dicotómico con el que en general la historiografía y las ciencias sociales dieron cuenta de uno y otro. Producto de una tesis de doctorado en ciencias sociales pero despojado de las complejidades del registro académico, en su escritura se observa un intento por vincular el mundo católico conformado a lo largo de buena parte del siglo veinte con el surgimiento y el posterior desarrollo de organizaciones guerrilleras como Montoneros en particular, y con ciertas prácticas y creencias comunes al resto de la izquierda en general. Presto a un análisis y estudio de las redes de sociabilidad, acciones, trayectorias personales y representaciones a través de las cuales se formaron gran parte de los integrantes de esta organización armada —y que el autor asocia al surgimiento de un catolicismo renovador o contestatario gestado en los sesenta—, el libro logra clarificar un aspecto no demasiado abordado, aunque en ocasiones intuido, que es el de comprender al fenómeno de la lucha armada como parte de un enorme proceso histórico de secularización y acoplamiento de las creencias religiosas en el plano de lo político.

Rolf Wiggershaus, **La Escuela de Fráncfort**, Buenos Aires, F.C.E., 2010, 992 pp.

La Escuela de Fráncfort de Rolf Wiggershaus, recientemente traducido del alemán y publi-



cado por el Fondo de Cultura Económica, es un libro fundamental para la comprensión del nacimiento, desarrollo y posterior ocaso del último grupo importante de pensadores marxistas de occidente. Sus casi mil páginas son parte de una monumental reconstrucción de los programas, debates y tensiones que dieron forma a esta rama del marxismo europeo, junto a las trayectorias, redes académicas y políticas que los creadores de la Teoría Crítica desplegaron de manera tanto colectiva como individual en distintos espacios nacionales: en la Alemania de los treinta, en el exilio norteamericano y en la Europa de posguerra. Aunque es cierto que el libro se recorta centralmente en las figuras de Max Horkheimer y Theodor Adorno —ejes de los diversos proyectos intelectuales y de los recursos y subvenciones vitales para el funcionamiento del Instituto de Investigación Social— su trama sin embargo no oculta la participación de otras figuras de esta experiencia intelectual como fuera Walter Benjamin, de enorme influencia en el pensamiento de Adorno. Un caso similar ocurre con quien fue director de tesis de doctorado del autor, Jürgen Habermas. En cuanto se atraviesa el desafío de una lectura que ciertamente no da respiro, la sensación finalmente reinante es la de estar ante una obra imprescindible para la comprensión sobre cómo se gestó este colectivo intelectual que tanto ascendente generó y aún genera en el mundo académico de Europa, Estados Unidos y América Latina. Y es quizás esta vigencia de la Teoría Crítica lo que permita en parte explicar las razones que llevaron al Fondo de Cultura Económica a la publicación de este libro aparecido en 1986 y que recién hoy está al alcance del público hispanoparlante.

José M. Aricó, **Marx y América Latina**, Buenos Aires, F.C.E., 2010, 299 pp.

Marx y América Latina es la edición definitiva de un libro que, publicado por primera vez en 1980, se convirtió con el paso del tiempo en un clásico del pensamiento marxista latinoamericano. El problema de las vicisitudes del desencuentro entre Marx y América Latina fue gracias al libro de José Aricó, la expresión regional de un movimiento intelectual y político más amplio que anunciaba en occidente una nueva crisis del marxismo a principios de la década del ochenta. La riqueza intelectual, erudición y lectura aguda del canon marxiano que realizó por aquel entonces Aricó todavía hoy pueden ser apreciados, al tiempo que convocan a una lectura atenta y alerta de esta tradición a pesar de los vaivenes sufridos. De

hecho, el libro continúa siendo un brillante ejemplo sobre cómo una distancia crítica con aquello que fue vivido tan íntimamente puede ser reconocido todavía como propio aunque necesariamente infiel. Pero en el caso de esta reedición, su publicación ofrece al lector algo más. Permite acceder por primera vez a la correspondencia privada de Aricó y a partir de la misma, como bien lo expresa Horacio Crespo en el prólogo, ubicar al libro en el marco de una producción intelectual y política específica. Así, Aricó y su correspondencia con intelectuales como Juan Carlos Portantiero o Carlos Franco son interesantes e inevitables momentos que permiten comprender cómo el libro fue gestado, en qué marco intelectual se insertó y cómo tomó forma la crítica coyuntural política e histórica de mediados y fines de los setenta a través de la mirada de un intelectual marxista. Estas cartas no solamente son un insumo invaluable en la restitución de la densidad de ideas y sensibilidad de época que estuvieron presentes en su creación, sino también un vital punto de partida para la elaboración de una necesaria biografía intelectual y política de este hombre de ideas y militante argentino. Esto, claro, siempre y cuando el diablo no vuelva a meter la cola.

Mabel Bellucci, **Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política**, Buenos Aires, Planeta, 2010, 224 pp.

Mabel Bellucci explora a través de la figura política y social de Carlos Jáuregui la historia e importancia del activismo gay en la Argentina reciente. Documentos, testimonios e imágenes son las fuentes en donde abreva la reconstrucción de un itinerario personal que despunta los momentos más salientes de los movimientos sociales vinculados al reclamo por la igualdad de derechos y oportunidades para las minorías sexuales. Desde las primeras marchas en las cuales Jáuregui participó en París allá por 1981, pasando por su militancia en un pequeño grupo del Movimiento Al Socialismo (MAS) y la fundación de la Comunidad Homosexual Argentina durante la década del ochenta, hasta la organización de la primera marcha del Orgullo Lésbico-Gay en Buenos Aires hacia 1992, el libro logra retratar la vida pública de un militante como parte de un movimiento mucho más amplio y activo, especialmente en Buenos Aires. La confluencia entre homosexuales, travestis, transexuales y lesbianas que se afianzó notablemente hacia la década del noventa, fue en parte posible a partir de la construcción del espacio Lésbico, Gay, Travesti y Transexual (LGTT), en donde Jáuregui no solo

fue su más visible promotor, sino uno de los que con más claridad planteó la intervención de las minorías sexuales como parte de un activismo político. En el cruce entre la defensa de los Derechos Humanos y la labor político-social, Jáuregui emergió como una figura central en la promoción de la «cuestión sexual» que, con el paso del tiempo, permitió de manera conjunta pensar temas como la represión, la discriminación y la subalternidad como los inmediatos antecedentes de uno de los cambios más significativos de la vida social argentina contemporánea: la ley de matrimonio igualitario.

Michel Winock, **El siglo de los intelectuales**, España, Edhasa, 2010, 1046 pp.

Los estudios sobre la historia de la vida intelectual en Francia en los últimos tiempos se han incrementado notablemente. Como en pocos casos, la figura del intelectual, sus actividades e ideas tienen en este país una presencia académica tal que, podría aventurarse, constituye *per se* un propio campo de investigación. Como un signo visible de esta situación, el libro de Michel Winock **El siglo de los intelectuales** es un arduo y por momentos brillante trabajo sobre un aspecto hasta ahora no explorado con debida profundidad: los debates públicos y enfrentamientos político-intelectuales que se sucedieron en Francia desde fines del siglo XIX hasta la década de 1970. Con una escritura amena y sencilla, poco común en el tradicional paisaje cartesiano del pensamiento francés, Winock se interesa por recuperar e iluminar el peso que tuvieron los intelectuales franceses —de izquierda y derecha— en la opinión pública de su país a través de una minuciosa reconstrucción de sus múltiples querellas morales y políticas. Así, los «años de Barrés», los «años de Gide» y finalmente los «años de Sartre», configuran el orden de la exposición del libro y los contornos a partir de los cuales, según Winock, se fueron configurado distintos escritos de combate y sensibilidades de época. Al mismo tiempo, y en torno a estas figuras, reconstruye ciertas formas dominantes de representación del intelectual en Francia que han tenido una enorme capacidad de traccionar y delimitar la manera en que estos entendían su propio lugar y deber en determinados momentos importantes de la vida cívica. No obstante su extensión y la dificultad que genera el acceso a las jugosas notas finales de cada capítulo por el tipo de formato editorial, el libro complementa una ya rica historia de los intelectuales franceses quienes, como observa el autor en sus conclusiones —al interrogarse por el posible final de esta especie—, aún hoy

no escapan a la función crítica y orgánica en torno a la defensa de las bases éticas de la sociedad democrática contemporánea aunque, en vista del tiempo recorrido y actual, sin ningún tipo de potestad enunciativa.

Flavia Fiorucci, **Intelectuales y Peronismo. 1945-1955**, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011, 226 pp.

Cuando parecía que sobre el peronismo ya se había dicho todo, en los últimos años sin embargo una profusa literatura ha emergido, aunque con diversos intereses y objetivos. Nuevas miradas, objetos, procesos y temas son parte de una búsqueda actual por cuestionar un imaginario público y académico que tendió a ocultar, antes que permitir, un análisis profundo de las complejidades del primer peronismo. El libro de Flavia Fiorucci, como la propia autora advierte en la introducción, se inscribe plenamente en esas hipótesis, argumentos y observaciones que desde un sector de la historia y la sociología académica se han venido alentando. En el caso particular de este libro, su objetivo se conforma a partir de un doble aspecto relacional: las políticas culturales desplegadas por el gobierno de Perón, en especial frente al campo intelectual y las respuestas enunciadas por parte de los intelectuales. Más allá del escaso éxito que tuvo el peronismo por incorporar a un significativo grupo de intelectuales al estado —como lo evidenció el fracaso de la «Junta Nacional de Intelectuales»—, la puesta en primer plano de estas políticas evidencia lo poco que estuvo abordado el tema por parte de la historiografía, al tiempo que advierte sobre la necesidad de matizar la canónica idea de una supuesta ausencia. Asimismo, el conocido rechazo de buena parte del campo intelectual hacia el peronismo no se explicaría, según el estudio de Fiorucci, en razón de enunciaciones individuales o por medio de revistas únicamente, como fue el conocido caso de *Sur*. Formas de intervención colectiva hasta ahora poco advertidas, como el caso de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), demuestran la capacidad de reconocimiento, autorregulación y agrupamiento amplio que todavía disponían los escritores en aquellos años del peronismo clásico. Pero también, y he aquí un contrapunto clave del libro, la autora demuestra que esta capacidad no fue potestad únicamente de intelectuales hostiles al régimen. Similar estrategia emplearon hombres cercanos al gobierno como Manuel Gálvez, Leopoldo Marechal y Raúl Scalabrini Ortiz, quienes al conformar la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA)

se ubicaron en ese mismo espacio, aunque en simétrica oposición a la SADE. La resultante de una creciente politización interna del campo intelectual durante el período —que se profundizará en décadas posteriores—, se explica entonces por el cruce entre el hostigamiento continuo del peronismo ante el fracaso de cooptar a los intelectuales y un inalterable discurso de oposición enunciado por distintas formaciones y figuras intelectuales. Y fue justamente este creciente proceso de imbricación entre política y labor intelectual, concluye la autora, lo que permite repensar otro aspecto conocido de la vida intelectual argentina de la década de 1950: la ruptura del consenso antiperonista como parte de un momento previo al derrocamiento de Perón, pero que solo alcanzará profundidad acaso por las distintas posiciones asumidas frente al gobierno de la Revolución Libertadora.

Alejandra Mailhe (comp.), **Pensar al otro/ pensar la nación: Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina**, La Plata, ediciones Al Margen, 2010, 382 pp.

Pensar al otro/ pensar la nación es un libro que recoge los resultados de varias investigaciones interdisciplinarias sobre intelectuales y vida cultural en América Latina durante el siglo XX, producidos en el marco de la Universidad Nacional de La Plata. Su objetivo principal es abordar la construcción de distintos objetos discursivos e itinerarios intelectuales de pensadores latinoamericanos como Manuel Ugarte, Martínez Estrada, Oliveira Lima, Bernardo Kordon, Luis Valcárcel y Carlos Astrada, entre otros. En la compilación se destaca un sostenido intento por considerar las preocupaciones que estos intelectuales enunciaron con respecto a la «cultura popular» y su articulación con los problemas, temas y motivos vinculados a la definición de una determinada identidad tanto nacional como latinoamericana. Atentos a tradiciones, representaciones, omisiones y contradicciones, los artículos recorren un sinuoso camino que abarca, en su primera entrada, las tensiones existentes entre el espiritualismo arielista, el positivismo hegemónico y el indigenismo enunciados por autores como Ugarte y Valcárcel durante la década de 1910. Asimismo, Kordon y Lima son abordados desde una perspectiva que apunta a distinguir la dimensión simbólica de sendos viajes a Brasil y Argentina respectivamente y la doble alteridad de sus miradas en relación, tanto al país vecino como al Otro social. Su última parte en cambio gira en torno a un eje temporal marcado por los gobiernos populistas de los cuarenta y las tensiones radicales de la década

del setenta, analizando los recorridos y discursos sobre lo popular y lo nacional enunciados desde diversos géneros e intelectuales como el ensayo (Martínez Estrada), la literatura (Héctor Agosti y Amaro Villanueva) y la filosofía (Astrada y Rodolfo Agoglia). Todo lo cual, en conclusión, permite apreciar al libro no solamente como parte de un productivo cruce entre historia intelectual y la sociología de la cultura como posible encuadre teórico-metodológico, sino también un resultado que evidencia la histórica capacidad de los intelectuales latinoamericanos por asumir distintos roles (pedagogos, mediadores políticos, profesiones, interpretes culturales), en un juego especular entre autolegitimación identitaria y definición de lo popular y lo nacional.

FICHAS DE REVISTAS

Revista Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX, Montevideo, año 1, Volumen 1, 2010.

La revista uruguaya **Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX**, es una publicación editada por parte de profesores e investigadores de la Universidad de la República. Anuncia en su primera página que tendrá una frecuencia anual y el objetivo principal para los editores es «promover un necesario espacio de intercambio y diálogo entre quienes se ocupan de los estudios históricos desde diferentes lugares y posiciones». Además de dar cuenta de un avance significativo que existe hoy en el campo de las ciencias sociales y humanidades en el Uruguay, en cuya promoción participa activamente la Agencia Nacional de Innovación e Investigación (ANII), la revista aspira a integrar a diversos profesionales, investigadores y espacios institucionales en una apuesta que pretende alentar el desarrollo de una perspectiva local e internacional en el análisis sobre los procesos históricos del siglo XX. El *Dossier* de este primer número —que incluye secciones como entrevistas, bibliografías, archivos, eventos y recordatorios— tiene como tema principal una mirada transnacional de la Guerra Fría en América Latina desde perspectivas y abordajes como la historia de los intelectuales, las relaciones internacionales, la historia política y el análisis cultural.

Perseu. Historia, memoria y política, San Pablo, Brasil, n° 3, año 3, mayo 2009.

La presencia rutilante del Partido de los Trabajadores (PT) y del gobierno de Lula en la escena política del Brasil ha tenido en los



últimos años profundos efectos en el campo intelectual de dicho país. La aparición de la revista **Perseu** en 2007 puede ser entendida como una de sus repercusiones más reconocidas en el ámbito cultural de un fenómeno político todavía en expansión. Interesada en alentar la difusión de trabajos que tienen como objetivo la historia política y cultural de los trabajadores articulada con la historia de las izquierdas, la publicación en sus tres primeros números propició temas afines y fundamentales para la comprensión de la historia reciente. Si en el primer número presentaba un *Dossier* cuyo tema central era explicar el surgimiento político-partidario del PT en la coyuntura electoral de 1982, en el segundo y último esa preocupación se revela recurrente, pero desde otro ángulo analítico: el lugar que ocupó el PT en la cultura de los trabajadores en ese mismo momento histórico del Brasil. Perteneciente a la Fundación Perseu Abramo y dirigida por el centro Sérgio Buarque de Holanda —en el cual participan investigadores y docentes de distintas universidades brasileñas— la revista se ha convertido en una publicación imprescindible para todos aquellos que investigan sobre la historia próxima del Brasil y aquellos otros interesados en comprender su situación política-cultural actual.

Prismas. Revista de historia intelectual, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, n° 14, año 14, 2010.

La revista de historia intelectual **Prismas** publicó a fines del 2010 su número 14. En dicho ejemplar, continúa la presentación de sus ya características secciones que, a lo largo de estos diez años de aparición anual, se han convertido en un importante aporte para el desarrollo de éste y otros campos de estudios afines. La sección *Artículos* refleja la tradición instaurada en la revista de exhibir textos que aborden diversas temáticas y enfoques: desde el estudio cultural del concepto de «raza mexicana» y la representación sobre los Canudos en el siglo diecinueve brasileño, pasando por la producción literaria antiimperialista del escritor guatemalteco Máximo Soto Hall, llegando a los trabajos de dos historiadores argentinos sobre la mirada que desde la literatura se realizaba de Santiago del Estero a principios de siglo veinte y el proceso de crítica y secularización del catolicismo argentino en los años '50. En tanto, el debate entre Otto Brunner y Reinhart Koselleck sobre las tesis historiográficas que el segundo discute del primero y el tipo de relación que debiera darse entre la teoría e investigación histórica, son un

rico acerbo y aporte para el desarrollo reflexivo en el cruce de la historia conceptual y la teoría historiográfica. Por último, aunque central, en este número **Prismas** presenta un *Dossier* en base al clásico libro de David Viñas, **Literatura argentina y realidad política**. Allí es posible encontrar textos de Hugo Vezzetti, Adrián Gorelik, Gonzalo Aguilar y Alejandra Laera, originados en las lecturas que del mismo se realizaron en el Seminario de Historia de las Ideas, Los Intelectuales y la Cultura «Oscar Terán», en septiembre del 2009.

Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico, Prometeo, Buenos Aires, n° 7, año 5, septiembre/octubre, 2010.

Por quinto año consecutivo la revista **Nuevo Topo** aparece en las librerías argentinas. El número actual se organiza en torno al problema de la «burocracia sindical». En momentos en que los trabajadores y sus principales organizaciones parecían definitivamente anclados en formas tradicionales y pasivas —en especial durante la década de los noventa—, en los últimos años un activismo creciente de trabajadores, partidos de izquierda y diversas organizaciones sociales han venido a cuestionar el modelo sindical dominante conformado desde mediados del siglo XX y su lugar en el mapa social del país. Como una deriva de esta situación, los problemas del mundo del trabajo han tomado nuevos bríos en las agendas de investigación académica. **Nuevo topo** recoge algunos de los trabajos y enfoques más recientes y novedosos que abordan esta cuestión, sea desde la historia, la sociología o el ensayo. También, el número ofrece dos artículos que tienen como eje al Partido Socialista: por un lado, la constitución del Partido Socialista Independiente en la Capital Federal entre 1927 y 1930, y por el otro, un estudio regional sobre la función de la propaganda del Partido Socialista en el interior agrícola bonaerense. Además de la consabida unidad temática respecto a las reseñas críticas, la novedad de éste número radica en que su distribución de ahora en más la realizará la editorial Prometeo.

IV INTERNACIONAL presenta

CORRERÍAS del PIPE ALTAMIRA

EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN en "LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO"

una historieta de HELVIO SOTO con

Naicho PETROV Pepe WERMUS y la participación especial JAVIER BARDEM como Velasco Alvarado Música ASTOR PIAZZOLLA



SANTIAGO DE CHILE 1973

A VER LA FOTO, DIGAN WHISKY

¡VODKA!

AUGURO QUE LA DÉCADA DEL '70 SERÁ LA DÉCADA DEL CAMBIO EN AMÉRICA LATINA, Y EL BIGOTE QUE DARÁ COMO SÍMBOLO DE ESPÍRITU REVOLUCIONARIO LO DIGO YO, OSVALDO DOMÍNGOS



¿CHE SALVADOR, LA COSA POR AQUÍ PINTA JODIDA ¿QUERÉS QUE TE DEJE A ALGUNOS MUCHACHOS DE LA ORGA POR SI LAS MOSCAS?

DE NINGUNA MANERA, CHILE TIENE UNA SÓLIDA TRADICIÓN REPUBLICANA E INSTITUCIONALISTA QUE NOS DISTINGUE DEL RESTO DE AMÉRICA LATINA, Y SANSREMOS HONRARLA PARA LOGRAR EL SOCIALISMO POR LA VÍA DEMOCRÁTICA: UN PLEBISCITO TERMINARÁ POR ACLARAR LAS COSAS.



OYE, CHICO, SI NO FORTALECES TU GOBIERNO SE VA TODO A LA MIELDA, CON ESA VAINA DERECHISTA VAN A ARMARTE LA GOLPE VERRACA, CHICO, TOMA MI KALASHNIKOV Y FORMA MILICIAS, PAPI, O UN EJÉRCITO REVOLUCIONARIO, Y A LOS TRAIDORES LOS ELIMINAS CON UN ACCIDENTE TIPO CAMAGNEY

DEJA DE HUEVEARME CON ESO, REPITO QUE RESPETARE LAS INSTITUCIONES ACEPTO TU REGALO, PERO NO LO USARE



OYE TÚ, PIPE ALTAMIRA, ESTE SALVADOR ES UN PINGO TESTARUDO, AYÚDALO A FORTALECER SU GOBIERNO, COFETO EN TÍ

A LA ORDEN, COMANDANTE



PRESIDENTE ALLENDE, LE PRESENTO AL NUEVO JEFE DEL EJÉRCITO, UN GENERAL 100% APOLÍTICO Y PROFESIONAL, QUE AYUDÓ A REPRIMIR EL TANQUETAZO DE JULIO



GENERAL AUGUSTO PINOCHET UGARTE, UN GUSTO SERVIRLO

ENCANTADO E IGUALMENTE

LA REVOLUCIÓN CHILENA YA ESTÁ A SALLO, AHORA HAY QUE BUSCAR UN GENERAL SAN MARTINIANO EN ARGENTINA





Normas para el envío de originales

Invitamos a enviar artículos y reseñas originales para su publicación en **Políticas de la Memoria**. Los textos enviados deberán ser inéditos y no ser sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.

Políticas de la Memoria publica trabajos que contribuyan al estudio y reflexión de los debates actuales en torno a los estudios sobre:

- » las izquierdas y los movimientos sociales en la Argentina y en el mundo,
- » las teorías críticas y emancipatorias; y
- » las políticas de archivo, preservación y representación de la memoria colectiva, desde diversas tradiciones disciplinares.

Las contribuciones recibidas serán evaluadas por el Comité Editorial, el cual puede considerar la necesidad de evaluaciones externas. Del mismo modo, este Comité se reserva el derecho de solicitar contribuciones o reseñas bibliográficas a especialistas cuando lo considere oportuno.

Por otra parte, sólo se considerarán los artículos y reseñas enviados a este Comité que se ajusten a las normas de publicación que se detallan a continuación. El orden de publicación de las contribuciones aceptadas será establecido por este Comité y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número.

Normas generales de presentación de los trabajos

- a) Los trabajos serán enviados a la siguiente dirección: **politicadela memoria@cedinci.org**. Se remitirá una copia en formato electrónico word y dos copias en papel impreso. Los impresos serán presentados en papel tamaño A4, con márgenes usuales, centrado, sin sangrías ni otras especificaciones de formato de párrafo o espaciados. El texto debe presentarse en letra Times New Roman, tamaño 12, espaciado 1 y medio.
- b) En la primera página del trabajo deberá constar.
 - » Título, nombre completo de autora/autor, institución.
 - » Resumen de contenido, en castellano y en inglés, de entre 120 y 150 palabras, seguido de tres palabras clave.
 - » Las aclaraciones acerca del trabajo (agradecimientos, mención de versiones previas, etc.) se indicarán mediante un asterisco en el título, remitiendo a pie de página.
- c) Extensión (en caracteres con espacio)

Intervenciones: hasta 20.000 caracteres;

Notas de Dossier: hasta 50.000 caracteres;

Notas de Investigación: hasta 50.000 caracteres;

Introducciones a Documentos inéditos: hasta 20.000 caracteres

Reseñas críticas: hasta 5000 caracteres.

- a) Sistema de citas
 - » **Sistema cita-nota:** las referencias de las citas deberán estar enumeradas de manera correlativa en el cuerpo del texto, y colocadas las referencias al pie de página/final del documento. A continuación detallamos las especificaciones formales del texto (orden, tipo de letra y puntuación):
 - » **Libros:** nombre del autor, apellido, **título**, lugar de edición, editorial, fecha de publicación, volumen o tomo. Ej.: Mike Hammersley y Peter Alkinson, **Etnografía**, Buenos Aires, Paidós, 1994.
 - » **Artículos de revistas y periódicos o capítulos de libro:** nombre del autor, apellido, "título del texto", nombre y apellido del/a compilador/a o editor/a del libro o revista, *nombre del libro o revista*, editorial, lugar de edición, número de revista, tomo, volumen y páginas del capítulo o artículo citado, fecha de publicación. Ej.: Robert Stake: "Case Studies", en N. Denzin (ed.), **Handbook of Qualitative Research**, London, Sage Publications, 1994.

De elegir este formato no es necesario listar nuevamente la bibliografía al final, excepto si se consulta bibliografía no citada en el texto («Bibliografía consultada»).

- » **Sistema autor-fecha:** en el texto se anota la referencia entre paréntesis indicando: (nombre del autor, año de edición: número de página). Ej.: (Velazco, 1997: 27).

Al final se consignarán los datos completos de la obra como «Referencias bibliográficas», en orden alfabético de autores (apellido, nombre) según el ejemplo:

- » Velazco, Hugo (1997), **La lógica de la investigación etnográfica**, Madrid, Trotta.
- e) **Se solicita además utilizar:**
 - » Negritas (bold) para títulos de libros o publicaciones periódicas (**Clarín, Ficciones**)
 - » Itálicas para enfatizar y para palabras extranjeras (*tertium datur*)
 - » Comillas tipográficas "xxx" (y no "xxx"). En caso de entrecorillado dentro de citas usar comillas simples ("xxx 'xxx' xx")
 - » Guiones cortos para palabras compuestas (político-social), y
 - » Guiones largos para frases interpoladas —xxx— (control + alt + -)
 - » Numerales: 1º, 2ª (y no 1ro. ni 2da.)

Evitar los subrayados, los espaciados a fuerza de golpes del pulgar en el espaciador así como todas las formas tipográficas propias de la máquina de escribir.

Políticas de la Memoria

Anuario de investigación información del CeDInCI

Políticas de la Memoria n° 1 (junio 1998). Quedó inaugurado el CeDInCI / Donaciones / Se presentó **El Rodaballo** n° 8 / Donación de la Fundación Pedro Milesi / Campaña por cien socios adherentes / Para un archivo de historia oral / Horacio Tarcus, Biblioteca Córdoba Iturburu y Archivo José Paniale / Ciclo de conferencias 1998.

Políticas de la Memoria n° 2 (julio 1999). Horacio Tarcus, Un año de CeDInCI: alcances y límites / Roberto Pittaluga, Un aluvión de donaciones / ¡Compramos **Martín Fierro**, huija! / Ana Longoni, Abrimos un espacio para el arte político. León Ferrari en el CeDInCI / Gabriel Rot, Quiénes consultan la biblioteca, la hemeroteca y el archivo. Para un perfil de nuestros lectores / Programa de talleres y seminarios / Fin de año en el CeDInCI.

Políticas de la Memoria n° 3 (octubre 2000). Horacio Tarcus, Editorial / Osvaldo Bayer, La revista **Martín Fierro** y la cultura anarquista de principios de siglo / Bruno Groppo, Memoria e historia / Michael Löwy, Resistencias campesinas al capitalismo en la historiografía de Eric Hobsbawm / Andrés Bisso, La apelación antifascista y su recepción en la práctica de la Unión Democrática / Roberto Pittaluga, Catalogación del material documental / Graciela Karababikian y Fernando López Trujillo, Proyectos de digitalización y microfilmación / Convocatoria a las Ias. Jornadas de Historia de la Izquierda / Horacio Tarcus, Centros europeos de documentación e investigación / Donaciones, canjes y adquisiciones / Gabriel Rot, Un nuevo perfil de nuestros lectores / Juan Carlos Romero, Desocupación: una muestra libro / Horacio Tarcus, Alfredo Alonso (1915-1999) / Documentos: Adrián Patroni, Necesidad de la acción política / Caricaturas de Tristán.

Políticas de la Memoria n° 4 (2003) Editorial: Para una política archivística / **Notas:** Ricardo Piglia, Guevara, el último lector; Perry Anderson, La era de E/H / Dossier Revisionismo histórico anti-antifascista y políticas de la memoria: Bruno Groppo, Revisionismo histórico y cambio de paradigmas en Italia y Alemania; Enzo Traverso, La «desaparición». Los historiadores alemanes y el fascismo/ **Dossier El marxismo de Germán Avé-Llallent y la experiencia del periódico El Obrero (1890-1892):** Horacio Tarcus, ¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Llallent y su recepción de Karl Marx en la década de 1890; Ricardo H. Martínez Mazzola, Campeones del proletariado. El Obrero y los comienzos del socialismo en la Argentina; Israel Lotersztain. De coimeros, marxistas y privatizaciones en el siglo XIX. El Obrero y la crisis del '90 / **Notas:** Guillermina Georgioff, La cuestión nacional en el marxismo: una historia de encuentros y desencuentros; Gabriel Rot, Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las FAL; Vania Markarian, Los exiliados uruguayos y los derechos humanos: ¿un lenguaje de denuncia o un programa emancipatorio? / **Documentos inéditos:** Guillermo David, A la búsqueda de un sujeto político: las afinidades electivas de Carlos Astrada; Diego Ruiz y Cristina Rossi, Carta inédita de Siqueiros; Cristina Rossi, A propósito de Berni y «Ejercicio Plástico» / **Vida del CeDInCI:** El patrimonio cultural del CeDInCI. Una visita guiada; Grupos de investigación; Proyecto de Microfilmación; Segundas Jornadas de Historia de la Izquierda / **Reseñas críticas:** a propósito de Juan Suriano, Claudia Gilman, Situaciones y Zibechi, Duhalde/Pérez, E. Torres, Vommaro, Iñiguez y Marcos López. Ilustraciones de la revista **Nervio**.

Políticas de la Memoria n° 5 (2004) Editorial / **En torno a las representaciones del pasado reciente:** Alejandra Oberti / Roberto Pittaluga, Temas para una agenda de debate en torno al pasado reciente; Ana Amado, El documental político como herramienta de historia; Federico Lorenz, Pensar los setenta desde los trabajadores / **Utopías tardías, entre Europa y América**

Latina: Robert Paris, Utopía y ciencia en el imaginario socialista; Tony Burns, Marxismo y ciencia ficción. Un homenaje a la obra de Úrsula K. Le Guin; Adriana Petra, La utopía del individuo integral o el mito de la Arcadia sudamericana. Anarquismo, eugenesia y naturismo en el *Viaje al país de Macrobio*; Laura Fernández Cordero, Una utopía amorosa en Colonia Cecilia; **Documento:** Giovani Rossi, Un episodio de amor en la Colonia Cecilia / **Militancia y vida cotidiana en los 60/70:** Alejandra Oberti, La moral según los revolucionarios; Alejandra Ciriza/Eva Rodríguez, Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP; **Documento:** Luis Ortolani, Moral y proletarización / **El Club alemán socialista Vorwärts y los orígenes del movimiento obrero argentino (1882-1901):** Horacio Tarcus, Entre Lassalle y Marx. Los exiliados alemanes en la Argentina de 1890 y la recepción del socialismo europeo; Jessica Zeller, Entre la tradición y la innovación. La experiencia del **Vorwärts** en Buenos Aires; **Documento:** Augusto Kühn, Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina / **Ideas y figuras de la izquierda argentina:** H. T., Simón Radowitzky y Salvadora Medina Onrubia. Anarquismo y Teosofía; Simón Radowitzky, Catorce cartas inéditas de S. Radowitzky a S. Medina Onrubia; Martín Bergel, Mariana Canavese y Cecilia Tossounian, Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau; Claudia Bacci, Las políticas culturales del progresismo judío argentino. La revista **Aporte** y el ICUF en la década de 1950 / **Vida del CeDInCI:** Graciela Karababikian, **Catálogo de movimientos sociales de Argentina;** Adriana Petra, **Los socialistas argentinos a través de su correspondencia;** Microfilmación 2004; Ediciones digitales; III Jornadas de Historia de la Izquierda: Los exilios en la historia argentina y latinoamericana / **Reseñas críticas** sobre Silvia Licht, Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, Roberto Bardini y Daniel Gutman, Plis-Sterenber, Blanqui, Sarlo, Sandra McGee Deutsch, Federico Neiburg y Mariano Plotkin y Daniel Lvovich. Ilustraciones de Manuel Kantor.

Políticas de la Memoria n° 6/7 (2006/7). Editorial. **Debates e intervenciones a raíz de la carta de Oscar del Barco:** Victoria Basualdo, Horacio Tarcus. **Las Izquierdas, los intelectuales y la cultura frente a la dictadura militar:** Jorge Cernadas, Horacio Tarcus, Emiliano Álvarez, Cecily Marcus. **Entrevista con Enzo Traverso. Derivas del antiimperialismo latinoamericano de los años '20:** Laura Erlich, Alexandra Pita, Martín Bergel, Daniel Kersfeld y Ricardo Melgar Bao. **Escrituras Libertarias:** Michel Löwy, Martín Albornoz, Armando V. Minguzzi, Claudia Bacci y Laura Fernández Cordero. **Archivos del Sur:** Roberto Pittaluga, Adriana Petra, Mariana Nazar y Andrés Pak Linares. **Vida del CeDInCI.** Reseñas críticas. **Ilustraciones:** Luis Seoane.

Políticas de la Memoria n° 8/9 (2008/9) **Tensiones entre memoria e historia:** Daniel James / **Crítica y defensa de la razón militante:** Elías Palti, Horacio Tarcus / Diálogo con Judith Revel / Pablo Ortellado, Pannekoek, Castoriadis, Lefort: **Dossier Socialisme ou Barbarie / Intelectuales a contracorriente:** Víctor Serge, Max Eastman, Tristán Marof, Mario Pedrosa / **Variaciones sobre Ernesto Quesada:** Laura Fernández Cordero, Martín Bergel, Diego Pereyra, Sandra Carreras, Sol Denot, Gerardo Oviedo / Nuevas aproximaciones a **la historia de las izquierdas en Argentina:** Ezequiel Adamovsky, Andreas Doeswijk, Adriana Petra / **Encuesta sobre recepción:** Jorge Dotti, Hugo Vezzetti, Alejandro Blanco, Mariano Plotkin, Luis García / Claudia Bacci y Mariana Canavese: **la recepción argentina de Arendt y de Foucault / Historia reciente:** Roberto Pittaluga, Julia Rosenberg, Alejandra Oberti / **Vida del CeDInCI / Reseñas críticas** sobre Bisso, Lorenz, Franco y Lewin, Tarcus, Funes, Blanco, Adamovsky, Markarian, Longoni, Winock, Calabrese y de Llano, y la nueva edición MEGA / Recuerdos de **André Gorz, Oscar Terán, José Sazbón y Jorge Schvarzer** / Homenaje gráfico al **Mayo francés**